Año — 1890

La Moda.

Encuadernación
DE
MATEOS Y OROZCO
SEVILLA

1890

LA MODA ELEGANTE
ILUSTRADA
PERIODICO DE LAS FAMILIAS

AÑO XLIX DE SU PUBLICACIÓN

MADRID
ADMINISTRACIÓN CALLE DE ALCALÁ NÚMERO 23
PRINCIPAL

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO XLIX.—1890.

Novelas, poesías, crónicas de salones y teatros, artículos, etc.

Contenido de las hojas de patrones y dibujos.

Grabados de labores, modas, etc.

Figurines iluminados.

FIN DEL ÍNDICE

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 6 de Agosto de 1890.** | **Año XLIX.—Núm. 29.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Chaquetas y camisolines.—Un modelo de vestido.—Confecciones para viaje.—Sombreros redondos.—La fiesta nacional y la gran revista.—Patriotería incurable.—Un rey de carnaval.—La perfumería Guerlain.—Pensamientos.

LA camiseta ó el camisolín ó la blusa interior, de toda clase de telas y colores, y la chaqueta de seda, de pañete ó de lanilla, gozan de un gran favor entre nuestras elegantes. Hasta en los trajes de viaje y de playa se ven algunos, compuestos de falda enteramente redonda, chaqueta abierta y la blusa-camisolín de fular, añadida sobre un forro que va pegado á la misma chaqueta.

He visto un precioso modelo de este género, hecho de sarga de lana azul. La falda, completamente redonda, llevaba quince hileras de pespuntes. Chaqueta de sarga entreabierta sobre un delantero de camiseta de fular azul con lunares de color de paja. La camiseta iba fruncida en el cuello y en la cintura con una especie de chorrera plegada.

Se hacen estos interiores de chaqueta de mil modos distintos. Algunas jóvenes, un poco originales, han adoptado como adorno una corbata de seda, pasada simplemente por un anillo que la estrecha en el cuello. En la parte inferior, esta corbata va sujeta por encima de la cintura con una joya sencilla, alfiler ó barreta.

Respecto á las chaquetas de que hablamos, unas son lisas, otras bordadas, otras guarnecidas de aplicaciones de piel ó de paño. Las más lindas son de lanilla grano de pólvora, con mangas anchas y largas de seda negra, cubiertas de tul ó de malla con lunares de terciopelo. Este tul ó malla se monta con mucho vuelo en el hombro, á fin de dar el aspecto de un bullonado á la manga, y se le estrecha en el borde inferior con un puño ajustado.

***

Fuera de las chaquetas, lo que domina es el corpiño plegado, de talle redondo y ligeramente prolongado por delante en forma de V.

La fig. 1.ª representa un precioso traje de este género, hecho de *pongée* blanco salpicado de pensamientos morados y color de rosa. El corpiño va guarnecido de un canesú plano, como un cuello grande vuelto. Un cordón fino de seda color de rosa pasa por las mallas de la guipur y viene á

1.—Vestido de playa. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 3.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

2. Vestido de cheviota de verano. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

Grabados de labores, modas, etc.

Figurines iluminados.

FIN DEL ÍNDICE

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 6 de Agosto de 1890.	Año XLIX.—Núm. 29.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Chaquetas y camisolines.—Un modelo de vestido.—Confecciones para viaje.—Sombreros redondos.—La fiesta nacional y la gran revista.—Patriotería incurable.—Un rey de carnaval.—La perfumería Guerlain.—Pensamientos.

La camiseta ó el camisolín ó la blusa interior, de toda clase de telas y colores; y la chaqueta de seda, de pañete ó de lanilla, gozan de un gran favor entre nuestras elegantes. Hasta en los trajes de viaje y de playa se ven algunos, compuestos de falda enteramente redonda, chaqueta abierta y la blusa-camisolín de fular, añadida sobre un forro que va pegado á la misma chaqueta.

He visto un precioso modelo de este género, hecho de sarga de lana azul. La falda, completamente redonda, llevaba quince hileras de pespuntes. Chaqueta de sarga entreabierta sobre un delantero de camiseta de fular azul con lunares de color de paja. La camiseta iba fruncida en el cuello y en la cintura con una especie de chorrera plegada.

Se hacen estos interiores de chaqueta de mil modos distintos. Algunas jóvenes, un poco originales, han adoptado como adorno una corbata de seda, pasada simplemente por un anillo que la estrecha en el cuello. En la parte inferior, esta corbata va sujeta por encima de la cintura con una joya sencilla, alfiler ó barreta.

Respecto á las chaquetas de que hablamos, unas son lisas, otras bordadas, otras guarnecidas de aplicaciones de piel ó de paño. Las más lindas son de lanilla grano de pólvora, con mangas anchas y largas de seda negra, cubiertas de tul ó de malla con lunares de terciopelo. Este tul ó malla se monta con mucho vuelo en el hombro, á fin de dar el aspecto de un bullonado á la manga, y se le estrecha en el borde inferior con un puño ajustado.

***

Fuera de las chaquetas, lo que domina es el corpiño plegado, de talle redondo y ligeramente prolongado por delante en forma de V.

La fig. 1.ª representa un precioso traje de este género, hecho de *pongée* blanco salpicado de pensamientos morados y color de rosa. El corpiño va guarnecido de un canesú plano, como un cuello grande vuelto. Un cordón fino de seda color de rosa pasa por las mallas de la guipur y viene á

1.—Vestido de playa. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 3.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

2. Vestido de cheviota de verano. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

anudarse por delante. La manga es de codo, alta de hombros, con puño *Mazarino* vuelto sobre la manga.

***

Como confección de viaje, la moda oscila entre el carrick, que se hace de mil modos, y el abrigo largo de *surah* tornasolado. Este abrigo ó guardapolvo tiene unas veces la forma de la pelliza *Bonne-Femme*, montada con fruncidos ó pliegues alrededor del cuello y sujeta en la espalda con una cinta de faya; otras la de una levita, con vuelo en el cuello y fruncidos en la cintura por delante.

Fig. 1.ª

Otras veces, cuando el viaje reclama una prenda de más abrigo, se hace la pelliza ó la *douillette* de vigoña listada ó *chinée*, con rizado grueso de seda en los delanteros, cuyo rizado va hecho de dos ó tres volantes recortados de los colores de la vigoña.

Se llevan muchos trajes de lanilla *tennis*, fondo blanco rayado, gris ó de varios colores. Como forma, se adopta para estos trajes la falda redonda con pespuntes, la chaqueta con solapas de seda y el camisolín, ó bien la chaqueta cruzada con dos hileras de botones de nácar y solapas anchas medio forradas de seda. Esta es la última moda y la que reemplaza el *smoking* como novedad.

Fig. 2.ª

***

Además de las preciosas muselinas bordadas con estampación de colores, que componen deliciosos vestidos, tenemos la muselina completamente blanca, con la cual se hacen pantalones, enaguas y cubrecorsés. Como adorno, lo más sencillo es el volante festoneado con dientes largos y agudos. Esta moda es muy elegante y parce ser una transición que nos conducirá tal vez á la enagua blanca, tan abandonada hace tiempo.

***

Los sombreros redondos son indispensables para campo, para playa, etc. En la fig. 2.ª damos el dibujo de uno de estos sombreros, que es de paja de Italia con fondo de paja negra. Como adornos, nada más que un volante de encaje, fruncido en torno de la copa y cubriendo el ala, á cuyo volante va unido un ramo de narcisos y de capullos de rosas, anidado en la vuelta del sombrero por detrás.

***

La fiesta del 14 de Julio y la revista de Longchamps han terminado dignamente la *saison* de París. Cualquiera que sea su clase, su educación, sus opiniones políticas, ningún francés resiste al aparatoso espectáculo de esta exhibición de la fuerza militar de Francia. Entre todas las fibras de este pueblo excitable como pocos, ninguna más sensible que la fibra patriótica, por no decir patriotera.

Sin contar con que la fiesta nacional atrae á las orillas del Sena infinidad de amigos y conocidos de provincias y del extranjero, el parisiense se ve obligado á conservar su casa abierta y á no suprimir nada de su tren para hacerles los honores de la capital. Así que, á despecho de la noticia dada por ciertos periódicos de que «todo París está ausente», se ha podido observar esta semana la presencia en la gran ciudad de la mayoría de las notoriedades que forman su verdadera aristocracia, y hemos visto en las tribunas de Longchamps una asistencia de que se envanecería el salón más encopetado.

El gran mundo, la *high life*, se reunió allí por última vez este año, antes de dispersarse por todos los puntos del mapa. Pasado este día, el París aristocráctico ha entrado en la penumbra, y el período del eclipse general ha empezado para la capital.

***

La revista del 14 de Julio ha vuelto á poner sobre el tapete la cuestión de un uniforme para el Presidente de la República en las solemnidades oficiales. Estos franceses tienen decididamente en la masa de la sangre las aficiones monárquicas, y no pueden renunciar á su pompa y oropeles. Convencidos de que, por ahora, no hay medio de resucitar la antigua monarquía ó un régimen que se le parezca, quisieran hacer del primer magistrado de la República una especie de rey carnavalesco; pues no aciertо á comprender qué vestimenta podrían dar al Presidente para distinguirle de los demás ciudadanos, que no se asemejara al manto regio y á la corona.

Puesto que todos los prefectos visten de uniforme en los actos y ceremonias oficiales, ¿por qué el Presidente de la República, que es el prefecto supremo de la nación, no ha de disfrutar del mismo privilegio? Y sobre este tema han disertado los periódicos durante una semana.

Afortunadamente, el presidente Carnot ha resuelto la cuestión con su buen sentido habitual. «Como los senadores y diputados, ha dicho, no usan uniforme, no hay razón para que el Presidente de la República adopte un traje especial.» Y siendo, como es, un simple paisano, se atiene simplemente al frac y á la corbata blanca.

La desilusión ha sido grande para los papanatas, que soñaban con una mascarada más, como si no tuviésemos bastante con las que existen.

***

Debo recomendar á mis lectoras, como el medio más eficaz de poseer un cutis alabastrino, el *sapoceti* fabricado con el blanco de ballena por Guerlain, perfumista, 15, *rue de la Paix*.

Merced al uso cotidiano de este jabón sin igual, las bellas clientes de M. Guerlain pueden rivalizar, por el brillo y la pureza de su tez, con las soberbias hijas del Norte.

Para los cuidados de la boca, recomendaré también el *alcoholato de coclearia hecho con berro y quina*, que blanquea la dentadura, conserva sanas las encías y mantiene el aliento en un estado de frescura exquisita.

Hay que añadir que M. Guerlain posee extractos que rivalizan, por la excelencia y verdad de su perfume, con el de la misma flor, y sus *saquitos* de piel de España figuran en el guardarropa de todas las elegantes. Es un perfume que la casa de Guerlain ha puesto á la moda.

***

Pensamientos:

La mejor prueba de ingenio es no manifestarlo en ciertas ocasiones, y, sobre todo, no echar de ver que los demás carecen de este don.

La muchedumbre que no se reduce á la unidad, es confusión; la unidad que no depende de la muchedumbre, es tiranía.

Los que se quejan de la fortuna, deberían á menudo quejarse de sí propios.

Tres *muchos* y tres *pocos* son perniciosos al hombre: hablar mucho, y saber poco; gastar mucho, y tener poco, y presumir de mucho, y valer poco.

Hay que callarse, ó decir cosas que valgan más que el silencio. Arrojad antes una piedra al acaso, que una palabra ociosa é inútil. No digáis pocos ó muchas palabras, sino en pocas palabras decid mucho.

V. de Castelfido.

París, 1.º de Agosto de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Vestido de playa.—Núms. 1 y 3.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de cheviota de verano.—Núms. 2 y 4.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Cenefa al crochet para cortinas.—Núm. 5.

Se compone esta cenefa de cuadros ejecutados separadamente y reunidos después. Se hacen en su borde interior y exterior varias vueltas, ejecutadas *en redondo*. Para un cuadro se hace, con algodón de mediano grueso, una cadeneta de 12 mallas al aire, la última de las cuales se junta con la primera:

1.ª *vuelta*.—3 mallas al aire,—23 bridas sobre el círculo y una malla-cadeneta sobre la tercera de las 3 primeras mallas al aire.

2.ª *vuelta*.—* Una malla al aire,—un piquillo (es decir, 5 mallas al aire, y sobre la primera una malla simple),—8 mallas al aire,—una malla simple sobre la segunda de estas 8 mallas,—6 mallas al aire;—sobre la malla simple anterior 4 mallas simples, cuyas 2 primeras van separadas por 7 mallas al aire, y cada 2 mallas siguientes van separadas por 6 mallas al aire;—una malla al aire,—un piquillo,—2 mallas al aire,—3 mallas simples sobre las 3 mallas más próximas de la vuelta anterior.—Se vuelve á empezar otras 7 veces desde *. Se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla de esta vuelta;—se fija la hebra y se la corta.

3.ª *vuelta*.—* Una malla simple sobre las 7 mallas al aire del medio del dibujo más próximo de piquillos,—9 mallas al aire,—una malla simple sobre las 7 mallas al aire del medio del dibujo de piquillos siguiente,—15 mallas al aire;—se vuelve á empezar otras 3 veces desde *,—una malla simple sobre las mismas 7 mallas al aire en las cuales se ha hecho la primera malla simple de esta vuelta.

4.ª *vuelta*.—2 mallas al aire,—4 veces, alternativamente, 15 bridas sobre las 9 mallas al aire más próximas,—29 bridas sobre las 15 mallas al aire siguientes;—pero se termina haciendo 28 bridas y una malla-cadeneta sobre la segunda de las dos primeras mallas al aire de esta vuelta.

5.ª *vuelta*.—* Una malla simple sobre la segunda brida siguiente de las 15 bridas más próximas,—4 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la tercera malla siguiente,—una malla simple sobre la tercera malla siguiente de las 29 bridas más próximas,—8 veces, alternando, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la tercera malla siguiente;—vuelve á empezarse otras 3 veces desde *.

6.ª *vuelta*.—Una malla simple sobre las 5 mallas al aire más próximas,—* 3 veces, alternando, 6 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes, y otra malla simple sobre las 5 mallas al aire más próximas,—7 veces, alternando, 6 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes, y una malla simple sobre las 5 mallas al aire más próximas;—vuelta á empezarse otras 3 veces desde *;—pero, en vez de la última malla simple, se hace una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta. El cuadro queda terminado. Cada cuadro siguiente se ejecuta del mismo modo, y se le reune al cuadro anterior. Cuando se ha reunido el número de cuadros suficientes, se hace en su borde interior:

1.ª *vuelta*.—Siempre alternando, una brida sobre las 6 mallas al aire más próximas del cuadro más inmediato,—3 mallas al aire, pero en cada pico se hace, sobre las 6 últimas mallas al aire del cuadro que precede á este pico, una brida triple,—5 mallas al aire,—una brida cuádruple sobre las 6 mallas al aire todavía libres del cuadro de la esquina ó del pico,—5 mallas al aire,—una brida triple sobre las 6 mallas al aire más próximas del cuadro siguiente;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera brida de esta vuelta.

2.ª *vuelta*.—4 mallas al aire;—después, siempre alternando, una brida sobre la segunda malla siguiente,—una malla al aire;—pero se suprime la malla al aire en cada esquina y se pasan 7 mallas;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la tercera de las 4 primeras mallas al aire.

3.ª *vuelta*.—3 mallas al aire:—después siempre una brida sobre cada malla,—pero en los picos se pasan siempre 3 mallas.

4.ª *vuelta*.—Como la 2.ª *vuelta*, pero en los picos ó esquinas se pasan 3 mallas.

Encaje al crochet.—Núm. 6.

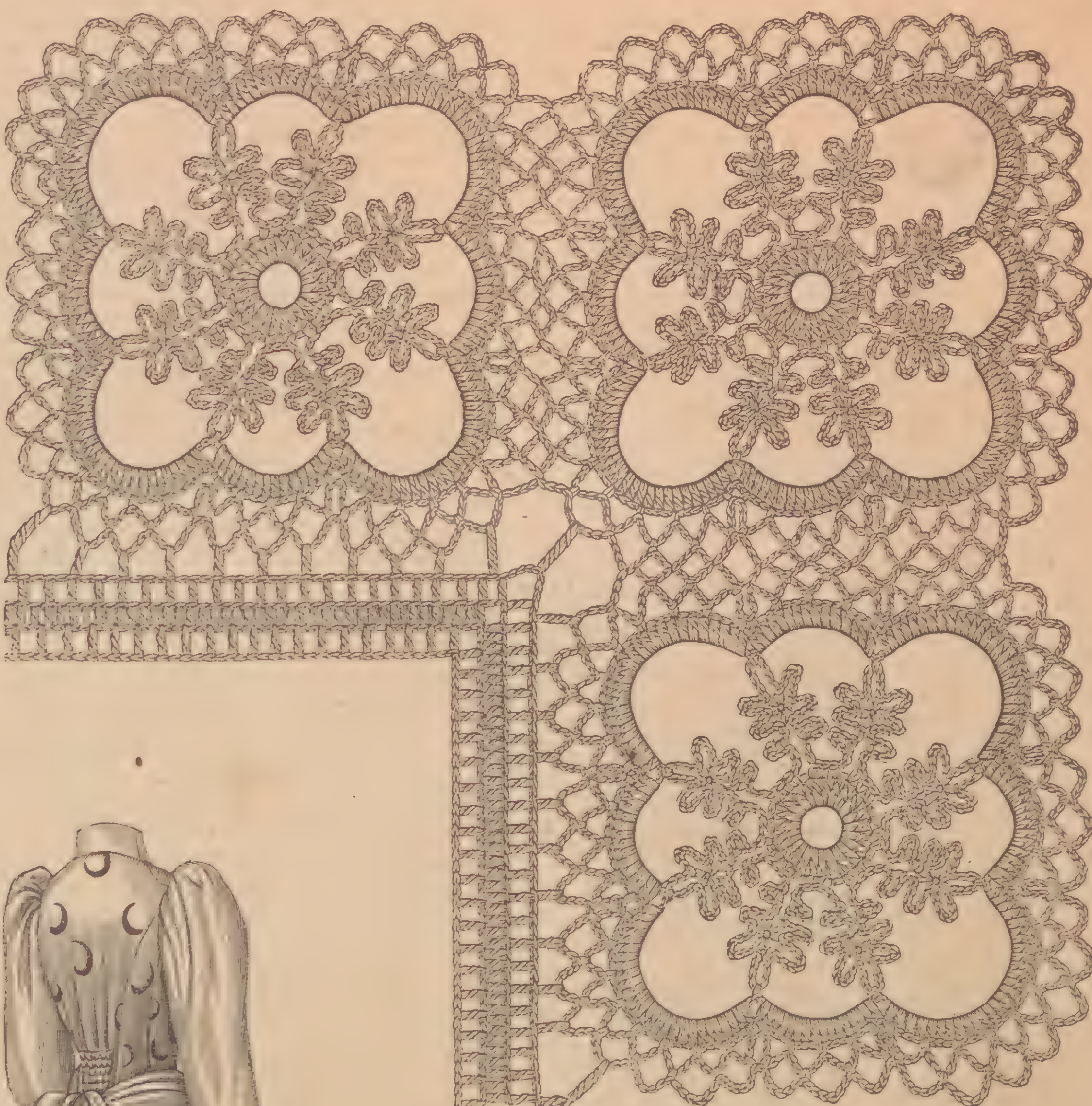
Se hace este encaje con algodón color crema, y se compone de dibujos ejecutados separadamente y reunidos luego entre sí. En su borde superior se hacen dos vueltas ejecutadas á lo largo.

Para un dibujo, se hacen 20 mallas al aire, la última de las cuales se junta con la primera.

1.ª *vuelta*.—30 mallas simples sobre el círculo, y sobre la 1.ª una malla-cadeneta.

2.ª *vuelta*.—4 mallas al aire,—17 veces alternando, una brida sobre la 2.ª malla siguiente,—una malla al aire;—

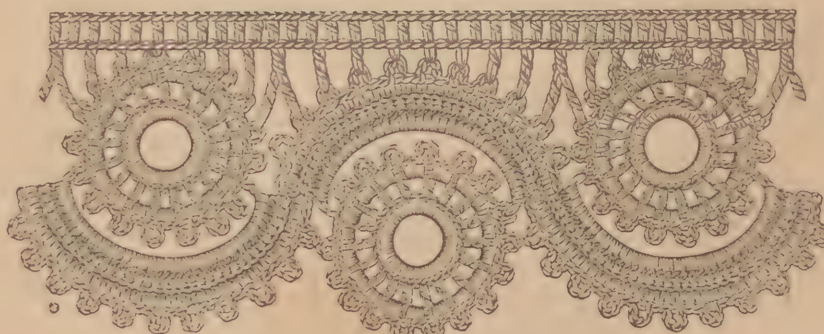
3.—Vestido de playa. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO I.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



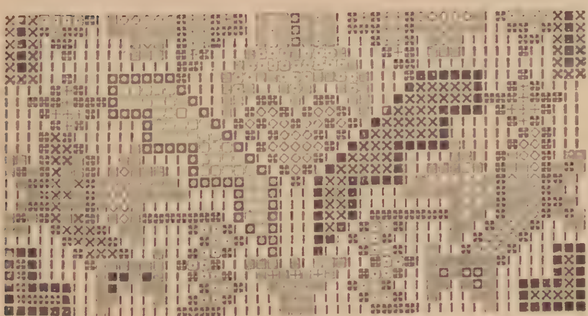
5.—Cenefa al crochet para cortinas.

7.—Tapete pequeño. *Véase el dibujo 8.*

4.—Vestido de cheviota de verano. Espalda.
Véase el dibujo 2.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

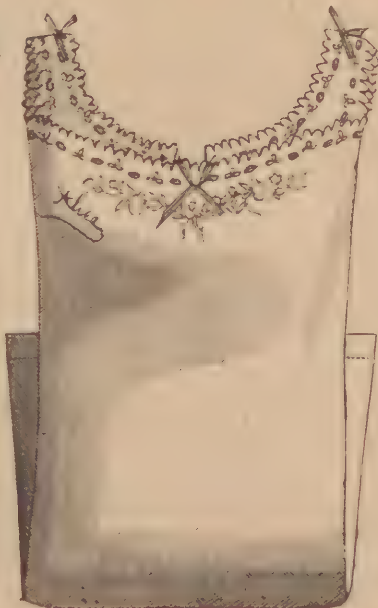


6.—Encaje al crochet.



8.—Bordado del tapete. *Véase el dibujo 7.*
Explicación de los signos: ■ marrón rojizo; ◇ encarnado; ✕ azul obscuro; ⊞ azul claro; ✤ marrón bronceado; ⊡ amarillo; ✷ lila obscuro; □ lila claro; ▤ verde aceituna; ❙ fondo.

9.—Vestido semilargo para *bebé*.



10.—Camisa de vestir para señoras.

11 y 12.—Guarnición para corpiños. Espalda y delantero.

se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 4 primeras mallas al aire de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—17 veces alternando, 2 mallas simples sobre la malla al aire más próxima,—un piquillo,—2 mallas simples sobre la malla al aire siguiente,—18 mallas al aire, reunidas al 11.º piquillo,—36 mallas simples sobre las 18 mallas al aire;—se vuelve la labor,—una malla al aire,—36 mallas simples en el lado de malla de detrás de las 36 mallas simples anteriores;—se vuelve la labor, —una malla al aire,—11 veces alternando, 3 mallas simples sobre el lado de malla de las 3 mallas más próximas,—un piquillo,—3 mallas simples en el lado de malla de las 3 mallas más próximas.—Se fija la hebra, y se la corta. El dibujo queda terminado. Cuando todos los dibujos se hallan reunidos, se hace, para el borde superior del encaje:

1.ª *vuelta.*—* Una brida sobre el tercer piquillo del dibujo más próximo,—2 mallas al aire,—una malla simple sobre el piquillo siguiente,—3 veces alternando, 2 mallas al aire,—una malla-cadeneta sobre el piquillo más próximo,—2 mallas al aire,—una brida sobre el piquillo más próximo,—3 mallas al aire,—una brida triple sobre el piquillo siguiente, pero sólo se terminan al principio dos lados de mallas de esta brida,—una brida doble sobre el piquillo correspondiente del dibujo más próximo. Se termina su lado de malla superior en el lado de malla más próximo de la triple brida, y se termina al mismo tiempo el último lado de malla de esta brida,—3 mallas al aire;—se vuelve á empezar una vez desde *,—pero en lugar de tres veces, se hacen 2 veces, alternando, 2 mallas al aire,—una malla-cadeneta sobre el piquillo más próximo, y se vuelve á empezar siempre desde el principio de la vuelta.

2.ª *vuelta.*—Siempre alternando, una brida sobre la 2.ª malla siguiente,—una malla al aire.

Tapete pequeño.—Núms. 7 y 8.

Se hace este tapete con un cuadro bordado y rodeado de una cenefa de felpa, de 6 centímetros de alto, y forrado de seda.

Para hacer este cuadro, se toma un pedazo de cañamazo antiguo crudo, tejido de oro, de 26 centímetros en cuadro; se hace un dobladillo de un centímetro de alto, y se le adorna por encima del dobladillo con una tira calada de 1 ½ centímetros de ancho. Para hacer esta tira, se sacan 8 hebras á lo largo, y se pasa una hebra de seda marrón obscuro en medio de las hebras transversales que quedan cruzando 4 de estas hebras. Se hace en las esquinas una ruedecita con seda igual.

El fondo va bordado, como indica el dibujo 8, con sedas de los colores marcados por los signos, al punto de cruz. Cada punto va hecho sobre 2 hebras de alto y de ancho del tejido. Se bordan los contornos de los dibujos aislados con puntos transversales, hechos con hilos de oro.

Vestido semilargo para bebé.—Núm. 9.

Es de nansuc, y va adornado con tablitas y entredoses bordados. Un bordado guarnece el corpiño, cuya parte superior va vuelta en forma de berta.

Camisa de vestir para señoras.—Núm. 10.

La escotadura va festoneada y guarnecida de ojetes, por los cuales se pasa una cinta cometa.

Guarnición para corpiños.—Núms. 11 y 12.

Esta guarnición de corpiño, con cuello Médicis, de pasamanería calada, se hace de todos colores, y sirve para adornar corpiños de trajes de visita, *soirée* y teatro.

Camisas para señoras.—Núms. 13 á 15.

Para la explicación y patrones de la primera camisa (dibujo, 13) véase el núm. IX, fig. 38 de la *Hoja-Suplemento.* Véanse las explicaciones de las otras dos camisas al final del *anverso* de la misma *Hoja-Suplemento.*

Camisa de dormir para jovencitas.—Núm. 16.

Esta camisa, de percal fino, va adornada con unos plieguecitos de lencería y un punto de espina por delante. Cuello y puños vueltos festoneados.

Chaqueta para jóvenes de 14 á 16 años.—Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 20 á 26 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje para niños de 7 á 9 años.—Núms. 19 á 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 12 á 19 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de lanilla de verano.—Núms. 22 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la *Hoja-Suplemento.*

Blusa con camisolín.—Núms. 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 27 y 28 de la *Hoja-Suplemento.*

Camisas para señoras.—Núms. 26 á 28.

Para las explicaciones y patrones, véanse los números VI á VIII, figs. 34 á 37 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de muselina de lana.—Núm. 29.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Chaquetilla y camiseta para señoritas.—Núms. 30 y 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 29 á 33 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de luto para jóvenes de 14 á 15 años.—Núm. 32.

Este traje, de velo negro, se compone de una falda recta y plegada, abierta sobre un delantero estrecho de crespón inglés, y un corpiño redondo sin pinzas con pliegues estirados por delante sobre un peto abrochado en la izquierda. La espalda, sin costura, lleva unos pliegues estirados en la cintura, bajo un cinturón de crespón, cuyo centro de detrás forma unas correas cruzadas. Correas dobles de crespón en el hombro. En los lados, dos correas salen igualmente del cinturón.—Sombrero redondo de paja forrado de crespón inglés, con lazo del mismo crespón.

Abrigo para niños pequeños.—Núms. 33 y 34.

Este abrigo es de lanilla blanca, y se compone de una falda ancha abierta sobre el delantero y montada en la cintura con cinco fruncidos. Corpiño recto que se cierra sobre el delantero y se pierde en la falda. Volante triple que va montado en forma de esclavina sobre el corpiño; el último volante principia en el hombro y se monta con cabeza. Cuello vuelto; manga recta, estrechada en el puño con un fruncido.

Tela necesaria: 2 metros 75 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho.

Vestido para niños de 2 años.—Núms. 35 y 36.

Este vestido se hace de fular color de rosa estampado y fular liso del mismo color. Falda encañonada de fular estampado y delantero de corpiño que va á unirse con la espalda de la misma tela. Cinturón de terciopelo color de rosa que principia en la espalda y termina en el delantero. Delanteros plegados y abiertos sobre una especie de camisolín de fular liso, añadido sobre el forro de los delanteros, y fruncido en forma de canesú redondo. Espalda de levita enteramente plegada de fular liso. Cuello plegado y manga alta de tela igual. Unos botones cierran la parte de encima de la manga.

Tela necesaria: 3 metros de fular estampado; 3 metros 50 centímetros de fular liso, y 25 centímetros de terciopelo.

Trajes de playa.—Núms. 37 á 41.

Núm. 37. *Vestido de crespón chinchilla y encaje blanco sobre transparente de seda, y quilla de encaje en el lado izquierdo.*—Falda de crespón abierta sobre la quilla; la parte de detrás va plegada. Corpiño de cintura redonda, compuesto de espalda y lados de espalda y delantero izquierdo de encaje plegado, que cruza y se pierde bajo el delantero derecho, el cual se pliega en el hombro y se le dispone en una especie de fichú. El forro de los delanteros se cierra en medio y se ajusta con dos pinzas. Cinturón ancho de pasamanería laminada de oro. Manga alta y abrochada, con una guarnición de encaje en lo alto, fijada en un adorno de oro.—Capota pequeña de crin, con fondo calado, atravesado por una guirnalda de rosas y adornado con dos mariposas de encaje.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de seda; 13 metros de crespón, y 2 metros 50 centímetros de tejido de encaje, de 70 centímetros de ancho.

Núm. 38. *Sombrero para señora joven.*—*Toque* de crin negro, rodeada de un galón de pasamanería negra, laminada de oro. Hacia atrás, rosácea de plumas negras. Por delante, rosácea igual con penacho de plumas negras y oro. Bridas de terciopelo negro.

Núm. 39. *Vestido de fular estampado fondo gris mercurio, con adornos de entredoses de guipur artístico.*—El fondo de falda es de tafetán, y va cubierto en el lado izquierdo de fular atravesado de entredoses. Delantero recto de forma Princesa plegado en la costura del hombro y en la cintura. Adorno de pasamanería en el hombro derecho, y correa-cinturón con fleco de bolas de pasamanería en forma de V. Espalda y lados de espalda de corpiño ordinario, terminados en un paño de detrás añadido. Manga alta atravesada de entredoses puestos al sesgo. Cuello alto de entredoses. El forro del delantero se cierra en medio y se ajusta por medio de pinzas.—Sombrero de encaje de paja con ala retorcida, y adornos de rosas y cintas de terciopelo Ofelia.

Núm. 40. *Chaqueta para señoritas.*—Se hace esta chaqueta de pañete de cualquier color. Nuestro modelo es de color de banana, y va guarnecido de pasamanería negra y de un peto de terciopelo negro. Se compone la chaqueta de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con una pinza, que se abren sobre el peto ó chaleco. Unos adornos de pasamanería en forma de palmas van puestos á cada lado en el borde de los delanteros. Cuello alto enrollado y rodeado de pasamanería. Manga alta y ancha de hombro y ajustada por abajo, donde se la guarnece de pasamanería. El forro de la chaqueta es de *surah* gris.—Sombrero de tul fruncido, guarnecido de jazmines de terciopelo y de un encaje moreno, dispuesto por delante en forma de conchas.

Tela necesaria: un metro 70 centímetros de pañete, y 4 metros 50 centímetros de *surah.*

Núm. 41. *Vestido de casino.*—Este elegante vestido es de crespón de la China color de rosa, y va guarnecido de encaje blanco y fleco de color de rosa, con cabeza de pasamanería de seda floja cuadriculada y sentada. Unas cuentas finas adornan el fleco y la cabeza cuadriculada. Fondo de falda de seda ligera, y quilla plegada de encaje en el lado izquierdo. El lado izquierdo del corpiño es de encaje plegado, que se pone sobre un transparente de seda color de rosa. Delantero Princesa de crespón, abierto y plegado sobre el delantero de encaje. Hombrera de pasamanería. Manga alta, remetida en el guante. La espalda y el lado de espalda del corpiño terminan en un paño de detrás semilargo. Lado izquierdo de vestido, abierto sobre la quilla de encaje. Cuello alto de crespón. El forro de los delanteros se cierra en medio y se ajusta con dos pinzas.—Capelina de encaje de paja, guarnecida de flores y de un lazo de terciopelo verde en forma de penacho.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de seda ligera y 14 metros de crespón de la China.

LA HEREDERA.

ACE muchos años, Isabel abandonó furtivamente el magnífico palacio de su padre, para casarse en secreto con el doctor Lista, que la aguardaba en la parroquia con tres testigos; un anciano sacerdote bendijo la unión de los dos amantes, y un notario extendió el acta correspondiente, que firmaron los desposados, el cura y los testigos; Isabel y Lista salieron de la iglesia, llenos de amor y de esperanza sus corazones enamorados, y se dirigieron á la modesta casa del doctor, elegida para domicilio conyugal en un pueblo cerca de Madrid.

Era la primavera, y parecía que la Naturaleza tomaba parte en la alegría de los dos recién casados: las avecillas gorjeaban en la enramada del jardín, y anidaban amorosamente en los nudos de los árboles; las flores exhalaban dulces perfumes, que el blando céfiro llevaba en sus invisibles alas; el sol, majestuoso y esplendente, surcaba el inmenso pabellón azul del cielo.

Pero ¡cuán poco duran las alegrías de la vida!

Llegó el triste invierno, enmudecieron las avecillas, marchitáronse las flores, cubrióse de negros nubarrones el espacio; y una tarde sombría de Enero, mientras la nieve caía en grandes copos, el doctor Lista, víctima de un trabajo incesante, herido por enfermedad cruel y traidora, ya moribundo, decía con voz apagada á su esposa:

—¡Isabel! ¡Isabel mía y adorada! Mañana estarás sola en el mundo!

—¡No, no, esposo mío!—contestaba la pobre joven, extenuada, macilenta, con voz llena de lágrimas y suspiros.—¡No me dejes sola! ¡Palpita en mi seno el hijo de nuestro amor!

Y el enfermo, sonriendo con amargura, acercó sus labios á los de su esposa, y en un beso ardiente dejóla su postrer aliento.

***

Isabel, huérfana de madre, era hija del opulento banquero y conde Suárez de Pinelas, quien había contraído segundas nupcias con una mujer vulgar, ambiciosa y devorada por la más baja pasión del corazón humano: la envidia.

Y esta ruin madrastra, empezando por odiar cruelmente á la huérfana, concluyó por infundir el odio en el padre y en el hermano de la niña.

Y he aquí por qué, habiéndose opuesto los tres al matrimonio de los jóvenes enamorados, éstos, cumplida la mayor edad de Isabel, se casaron casi en secreto, ante el cura párroco, y en presencia de un notario y de tres testigos.

Pero la madrastra no podía consentir en que se le escapase la inocente víctima; y con halagos, con lisonjas, y con miserables falsos testimonios, arrancó á su marido la promesa de desheredar á la que ya era esposa del doctor Lista, y el banquero Suárez, que murió de un ataque apoplético algunos días más tarde, cumplió la promesa, desheredando á su propia hija.

Nació Gertrudis, que así se llamó la hija del doctor y de Isabel, y en vano ésta, abandonada de todos y en situación precaria, humillóse hasta suplicar á su hermano y á su madrastra que tuvieran piedad de la pobre criatura; pero la madrastra y el hermano, sordos á todas las súplicas, encomendarón á su notario que entregase á Isabel algunos miles de reales que la pertenecían por su herencia materna, y despidieron fríamente á la desolada viuda, invitándola á no volver á visitarlos.

Entonces Isabel abandonó á Madrid, y establecióse en el pueblo mismo que había sido testigo de los breves días de amor y felicidad que había pasado con su esposo.

A los quince años, Gertrudis era una muchacha lindísima, pero triste, pensativa, sin sonrisas en sus labios, ni más amor en el corazón que el amor de su madre; y los campesinos, cuando la veían pasar, decían con involuntario respeto, mezclado de lástima:

—¡Parece mentira que sea hija de un doctor y nieta de un conde!

—¡Pero pobre como una inclusera!—contestaba alguno de ellos con desdeñosa frase.

Y era verdad; aunque la Naturaleza se había complacido en reunir en aquella niña las distinciones y caracteres de las razas aristocráticas, al ver caminar á Gertrudis por las arenosas calles del pueblo, saltaba á la vista el contraste que ofrecía su humilde vestido de percal con su noble semblante y su actitud soberbia. ¡Parecía una hermosa princesa disfrazada de aldeana!

Isabel, que por ella no deploraba la miseria, sino por su hija, escribió á su hermano, pidióle perdón de faltas que la infeliz no había cometido, rogóle otra vez que tuviese piedad de la desheredada Gertrudis; pero aquel hombre millonario permitió que la avaricia y el orgullo vencieran á la piedad y al amor fraternal, en su duro corazón, y rechazó de nuevo las súplicas.

Y la infeliz Gertrudis, sola con la adoración de su madre, pasaba la triste vida en aquel ambiente de pobreza y de melancolía.

***

Una tarde de estío, Gertrudis estaba sentada bajo el frondoso tilo que daba sombra al pozo del jardincito de su casa.

Oyó de repente el galope de un caballo, y levantó la cabeza, que tenía apoyada en las manos: un apuesto jinete estaba delante de ella, mirándola con verdadero arrobamiento.

Echó pie á tierra el caballero, y pasando las bridas por el brazo izquierdo, acercóse á la niña, sombrero en mano, y la pidió sonriendo un sorbo de agua...

—¡Hace tanto calor, señorita!—añadió con más expresiva sonrisa.

Gertrudis, nueva Samaritana, se levantó silenciosa, inclinóse hacia el pozo, hizo bajar la herrada, y luego que ésta se llenó de agua límpida y fresca, empezó á tirar de la cuerda, alzando primero una mano y luego la otra, con alternado movimiento de sus blanquísimos brazos.

El caballero la contemplaba casi en éxtasis, y cuando la herrada subió hasta el brocal del pozo, acercó á ella sus labios y bebió largo tiempo, exclamando entre sorbo y sorbo:

—¡Qué rica está!

Pero al acabar de beber, apoyó sus labios en la mano derecha de la niña, antes que ésta pudiera evitarlo.

Gertrudis dejó caer la herrada, y el agua salpicó al caballero, quien prorrumpió en sonora carcajada; y en seguida, como por amorosa venganza, cogió la mano de la niña, estrechóla y acercósela al lado del corazón.

Pero de pronto se quedó estupefacto: vió que los ojos de Gertrudis estaban arrasados en lágrimas, y sin duda adivinó en su triste mirada una historia de sufrimientos; y pidiéndola perdón humildemente, la dijo estas palabras:

—Soy capitán, señorita, y mañana marcharé al Ejército del Norte: si vuelvo de la guerra, vendré á estrechar otra vez esa mano, y á rogar á usted que me permita adorarla..... Empeño mi palabra de honor, jamás quebrantada: soy el Conde de Pinelas.

Gertrudis palideció, y estuvo á punto de caer desvanecida: aquel gentil caballero era su primo, hijo del hermano de su madre Isabel.

Partió el jinete, y Gertrudis le vió desaparecer entre la polvareda que levantaba el galope del caballo; mas pocos instantes después tornó el joven Conde, y quitándose una sortija, se la puso á Gertrudis, y díjola:

—¡En memoria de este feliz encuentro, en prenda del cumplimiento de mi promesa, y para que usted se acuerde de rezar por mí todos los días!

Gertrudis no se preguntó siquiera si debía tomar en serio la promesa del caballero, y sólo pensaba en que no podía ser obra de la casualidad aquel encuentro con el hijo del hombre que disfrutaba de toda la herencia correspondiente á su madre Isabel; y en que tampoco podía ser casual la súbita simpatía del mancebo, ni la palabra de honor que había empeñado, ni la súplica de permitirle que la amase.

Y en seguida se dirigió á la iglesia, dió gracias fervientes á la Virgen y al Angel de su guarda, y presentóse luego, como transfigurada por la alegría, á su buena madre, sin confiarla, quizá por timidez, nada de lo ocurrido.

¡Ay! Aquel amor de Gertrudis fué un sueño fugitivo: un mes después la *Gaceta de Madrid*, que ávidamente leía la niña todas las tardes, anuncióla que su valiente primo había caído en el campo del honor, en las alturas de Somorrostro.

Isabel, en oyendo aquella noticia, alzó las manos, y exclamó severamente:

—¡Castigo de Dios!

Gertrudis, estrujando entre las manos el periódico oficial, cayó desvanecida, murmurando:

—¡Le amaba, madre mía, le amaba!

Sólo entonces llegó á saber Isabel la escena del pozo.

***

Gertrudis se hizo de aquel amor una religión: no olvidaba un momento á su primo; evocaba día y noche su imagen sonriente; prestaba atento oído á los rumores, pensando en que resonaba á lo lejos el galope de un caballo, y una voz que la llamaba.

Y así transcurrieron cinco, diez, veinte años.....

Un día se miró al espejo, y observó que era ya tan vieja como su madre..... y volviendo el espejo hacia la pared, continuó evocando la imagen del caballero, y complaciéndose en verle tan gentil y sonriente como el día en que le dió de beber junto al pozo del jardín.

Llegó una noche en que esa imagen la perseguía con más constancia que otras veces: era primavera, y un ruiseñor, oculto entre las ramas del frondoso tilo, enviaba al espacio dulcísima canción de amores.

Pero llamaron reciamente en la puerta de la casa.

—¡Quién será?—preguntó Gertrudis.—¡Quizá algún mendigo! ¡Quizá alguna vecina que viene á pedirme socorro para su hijo moribundo, para su madre afligida!

Sonaron dos golpes más fuertes, que despertaron á Isabel, anciana paralítica, la cual dormía en ancho sillón, junto al fuego de la chimenea.

Gertrudis bajó á abrir: llamaba el cartero, quien la entregó un pliego certificado.

Era una carta del viejo notario, que leyó Gertrudis con amarga sonrisa, mientras sus ojos se reanimaban con fulgor esplendente.

Isabel quería saber lo que acontecia, y Gertrudis, subiendo lentamente la escalera, sentóse al lado de su madre, con la lámpara en una mano y la carta del notario en la otra, y dijo:

—¿Sabes, mamá?..... Mi tío ha muerto de repente, sin testar..... y el notario dice que tú eres la única heredera de su fortuna.

Un grito agudísimo resonó en el silencio de la noche.

—¡Ah!—exclamó la anciana y paralítica Isabel.—¡Ah! Heredo millones, sí, millones..... ¡y ahora!

En un momento pasó por la mente de aquella desdichada mujer su triste vida de privaciones y de miseria; recordó á su marido, víctima del trabajo en lo mejor de su juventud; pensó en que la décima parte de la herencia, si la hubiese recibido entonces, habría sido bastante para salvarle de la muerte y para dar á su hija la educación selecta que corresponde á las señoritas de su clase.

Y repetía con nervioso acento:

—¡Millones, sí, millones para dos pobres viejas, cansadas de vivir! ¡Oh! ¡Paréceme que tengo sobre mi corazón el peso de tanto oro, y que me oprime, me ahoga, me da frío!.....

Y miraba á su hija Gertrudis, cuyo semblante alumbraba de lleno la luz de la lámpara.

Pero ¿aquella mujer era su hija? ¿por qué no tenía ya las rubias trenzas de los quince años? ¿por qué no tenía ya sus mejillas sonrosadas y frescas, sus labios rojos, su dentadura de nácar?

Y entonces una desesperación inmensa se apoderó de la anciana Isabel, que pretendía destruir lo irreparable, el curso implacable del tiempo.

—¡Ah!—gritó otra vez.

Y luego, nada: la infeliz exhaló en aquel grito su postrer aliento.

Gertrudis, la rica heredera, había perdido el único bien que poseía en la tierra: aquella madre adorada, cuya vida hubiera rescatado, á ser posible, con todos los millones que heredaba de su tío.

J. Menéndez y Garcés.

LA VENTURA.

(ENSAYO DE NOVELA.)

(Continuación.)

En esto entró la señora del Espinar, diciendo:

—¿Qué estarás hablando, aturdida?

Consuelo se sonrió maliciosamente, y variando de tono con la rapidez de quien finge con facilidad, respondió:

—Decía que la Marquesa de Villa-Nara se interesará por ésta si la conoce. Debemos presentársela.

—Algo de eso había pensado yo. Como la Villa-Nara es presidenta de *La Protectora de los indigentes*, tiene más obligación de ejercer la caridad que yo, que soy secretaria. Mira, hija, hay que pensarlo, porque ¿á qué persona decente vas á presentar esta criatura con su tristeza cursi y su aire?..... Y dime, pequeña, ¿has acabado de zurcir los pares de medias que hace una semana te dí para que te acostumbres á trabajar y puedas ganarte la vida? Sí, pequeña, ganarte la vida, porque no siempre te vamos á tener de balde en la casa y mantenida además. Por supuesto, que si no sabes coser mejor, no sé lo que será de tí. ¡Qué manera de educar tienen algunas pobres á sus hijas! Las enseñan la música, y de remendar, ni una puntada.

—Yo pienso—añadió Consuelo—que cualquier día que la Marquesa venga, se la presentaremos. Ella, que es tan bondadosa, se alegrará de tener una nueva desgracia que socorrer.

—Sí, no me parece mal tu idea; se arreglará todo eso. Ahora tú, Josefina, puedes retirarte, y tú, niña, prepárate, que tenemos convidados á comer.

Obedeció sonriendo melancólicamente la ex cómica, y Consuelo contestó á su madre:

—¿Convidados? Siempre serán amigotes de papá. ¿Cuándo pensáis convidar al poeta?

—¡Al poeta! Ya pareció aquello. Eres incorregible.

—Y tú intransigente.

—¡Niña!

—¡Mamá!

El enérgico tono de Consuelo al pronunciar esa palabra, intimidó sin duda á Asunción, que amablemente dijo:

—Pero, tontuela, ¿qué porvenir te prometes con ese escritorcillo, sin más patrimonio que sus aplausos? ¡Mira tú que un poeta es una fortuna! Te llenará la cabeza de monólogos ó de quintillas, y te morirás de hambre.

—No tanto, no tanto; que un hombre de talento nunca es pobre; y aunque lo fuera, ¿no soy yo rica?

—Pues por eso y por tu educación y tu hermosura puedes y debes aspirar á un título de Castilla, que te haga ser la diosa de sus salones, y en Palacio te dé, nos dé un puesto entre la alta servidumbre.....

—¡Oh! eso de la servidumbre no me gusta, porque yo, ante todo, amo la libertad; lo demás de tu programa confieso es muy bonito, pero no me interesa, porque lo que yo quiero es casarme con mi poeta, y asistir á los estrenos de sus dramas para que todo el mundo me envidie, y dar reuniones á los artistas y á los literatos, que son muy galantes, y, en una palabra, vivir la vida del espíritu, como dice él.

Asunción pudo contestar: «La vida de la vanidad, digo yo»; pero como tal idea no pasó por su mente, se limitó á murmurar, malhumorada:

—¡Jesús! ¡Cuántas simplezas se te ocurren!

—Y le quiero con toda mi alma—siguió exaltadamente Consuelo;—es guapísimo, y viste el frac con una corrección admirable.

—¡Bah! todas esas tonterías las olvidarás cuando dejes de verle.

—¡Olvidarle! Nunca, querida mamá.

La madre, al oirse llamar cariñosamente, hizo de nuevo un pinito de energía, y exclamó:

—Pues, niña, es indispensable que le olvides, ¿entiendes? Que te acostumbres á la idea de no hablar más á ese tonto, de perderle.....

—¡Perderle! Jamás, jamás. ¡Ah! tú no me quieres cuando te opones á mi dicha.

Y diciendo así Consuelo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Hija de mi corazón!—gritó su madre con arrebato.—No digas eso. Porque te quiero sobre todas las cosas del mundo, me gustaría hacerte ver..... convencerte.

Al oir estas últimas frases sollozó fuertemente Consuelo, y Asunción, emocionadísima, añadió:

—Cálmate, cálmate, que no puedo verte llorar de ese modo..... Además, hija mía, el llanto estropea el rostro..... Cálmate, por Dios, que todo se arreglará. Se hará lo que tú quieras; pero que yo no te vea sufrir, que yo no te vea llorar, hija de mi alma.

Abrazáronse cariñosamente las dos, y en los ojos de la joven, húmedos aún, brilló una fascinadora mirada de satisfacción. Empezaba su triunfo.....

. . . .

Algunos días después decía Consuelo alegremente á la huérfana:

—¡Nos hemos salvado! Siéntate junto á mí, y oye, que tengo que contarte muchas cosas. ¡Ya soy feliz!

—¡Cómo!—murmuró Josefina;—¿no lo era usted antes?

—Me faltaba algo que desde anoche tengo. Hace unos días tuve una escena con mamá, y como todavía se resistía un poco, he pasado una semana sin querer comer, y tan tristona, que al fin anoche, después de una segunda escena, mamá ha capitulado, y consiente—con condiciones, por supuesto—que me case.

—¡Cuánto me alegro de que realice usted sus aspiraciones! ¿Se olvidará usted de mí?

—Eso nunca. Mi novio contribuirá á que tú también..... Le he escrito, y esta tarde vendrá á visitarnos, y le conocerás..... ¡Le amo tanto! ¡Qué dicha es ser amada! ¿Tú no has tenido novio nunca?

—¿Novio?

—¿No has sentido en tu alma los sueños del amor, esto que yo siento ahora y que no puede explicarse; un afán de ver á la persona querida, de oir su voz, de sentirse adorada y de adorar al mismo tiempo? El amor es la vida de la juventud, la gloria. ¡Bendito sea el amor!

Las preguntas, las frases de Consuelo, loca de entusiasmo y de felicidad, conmovieron á la huérfana: sintió un poderoso deseo de expansión, de contar sus anhelos, de dar salida á la inmensa ternura de su alma, hablando de su ídolo, y replicó con voz apasionada:

—Sí, sí, yo siento todo eso; yo también amo. Mi soledad, mis infortunios de hoy sólo con una esperanza puedo soportarlos. ¡Ser su esposa! A veces pienso que me mataría la felicidad de ser su esposa.

—Pues lo serás, y todos viviremos felices. Oye; quiero que mi casamiento se haga con todo lujo: serán padrinos los de Villa-Nara: iremos á París, á Suiza, á Italia. El será un trovador; daremos grandes reuniones, y me llamarán la inspiración, la musa del insigne poeta.

—¡Poeta!—murmuró débilmente Josefina.

El precioso reloj de níquel y bronce que estaba sobre la chimenea, en aquel momento dió al aire tres metálicas vibraciones, y Consuelo exclamó con gozo:

—¡Las tres! Ya estará cerca. Voy á mudarme de vestido y á recogerme mejor el cabello para recibir dignamente su visita, que me acredita de diplomática, ¿verdad? Ponte junto á mí; nos colocaremos enfrente del espejo grande, y me ayudarás á hacerme la *toilette*. Ante todo, llama á mi doncella para que me calce y me traiga los últimos vestidos de casa que me han hecho, á ver cuál me sienta mejor.

Entró la criada, dejó sobre un mueble los dos vestidos que Josefina le indicó, y calzó los gruesos pies de Consuelo con altas botas de negro tafilete. Terminada esta operación, durante la cual se había separado la joven de su gran amigo el espejo, volvióse á él y se roció la cabeza con suave perfume: con finísima borla de armiño extendió sobre su cutis moreno aromada nube de rosado color; se alisó el cabello con transparente peinecillo de marfil, y después de dar mil vueltas ante su propia imagen, se quitó la elegante bata que la envolvía y que dejó descubiertos los hombros esculturales de Consuelo. Tras largas vacilaciones, la elección de traje se decidió, y Consuelo vistióse el que era de fular azul, pero estaba tan recargado de adornos, que entre ellos se perdían las líneas del cuerpo que lo llevaban. Así lo comprendió la vanidosa; se lo quitó precipitadamente, y lo arrojó al suelo con rabia. Josefina lo recogió y ayudó á vestirla con el otro, que era de color verde obscuro, y de riguroso corte inglés. Bajo las anchas plegaduras de la falda marcábanse enérgicamente las curvas caderas, y la ajustada chaquetilla hermoseaba el busto majestuoso de Consuelo Espinar, que completó su tocado adornándose las torneadas muñecas con finos aros de oro.

Quería hacer alarde de sencillez, para que solamente en su hermosura fijara la atención el hombre amado.

La doncella anunció que esperaban en el salón á la señorita, y Consuelo dijo con gozo y precipitación:

—¡Es él! No te vayas, Josefina, que quiero contarte lo que hablemos.

Y fuése al salón, donde su madre y su novio ya estaban reunidos.

Asunción, que presentía toda la trascendencia de aquella visita, que era la segunda que les hacía el amado de Consuelo, estaba, más que contenta, resignada, y decía cosas indiferentes cuando llegó su hija.

La conversación, lánguida al principio, animóse al encomiar Asunción *su actividad en el desempeño* de los meritorios cargos de *secretaria*, *tesorera* y *vocal*, respectivamente, de tres sociedades de beneficencia domiciliaria.

Ya en este punto la conversación, dijo la señora:

—Yo por un lado, y Consuelo por otro, hacemos lo posible para aliviar la gran miseria que hay en Madrid. En estos momentos amparamos á una pobre chica que no tiene á nadie en el mundo; Consuelito la ha tomado á su cargo, y no vive más que para ella.

Consuelo leyó en la mirada del joven esta pregunta: —*¿Para ella nada más?*

Y vivamente contestó:

13 á 15.– Camisas para señoras.
Explic. y pat., núm. IX, fig. 38 y al final del anverso de la Hoja-Suplemento.

18.– Chaqueta para jóvenes de 14 á 16 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 17.
Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 26 de la Hoja-Suplemento.

23.—Vestido de lanilla de verano. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 22.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

16.– Camisa de dormir para jovencitas.

17.— Chaqueta para jóvenes de 14 á 16 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 18.
Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 26 de la Hoja-Snplemento.

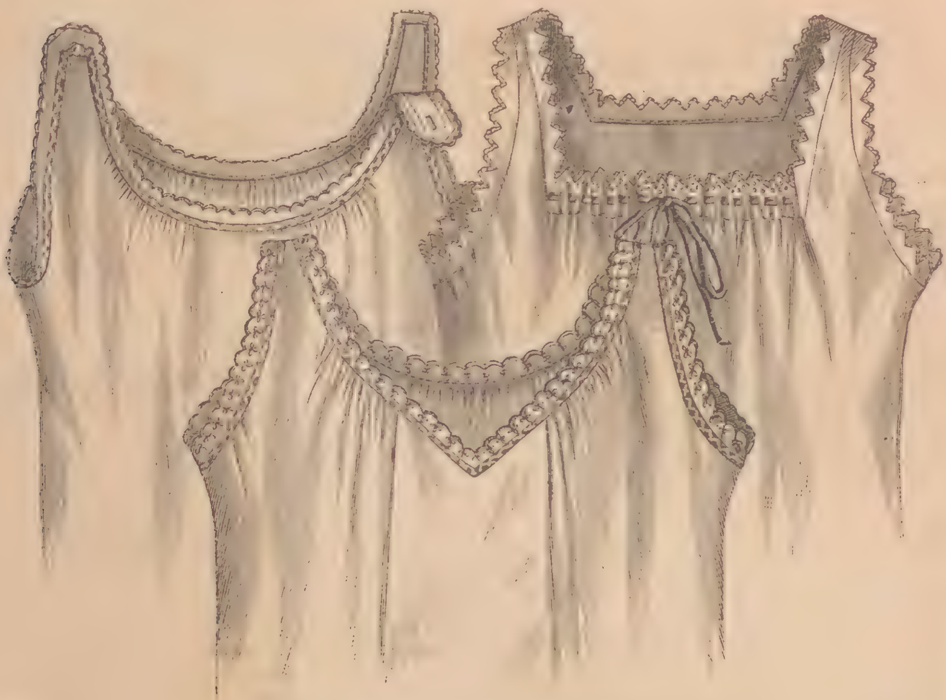
19.—Traje para niños de 7 á 9 años. Delantero.
VÉANSE LOS DIBUJOS 20 Y 21.
Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 19 de la Hoja-Suplemento.

22.—Vestido de lanilla de verano. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 23.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

24 y 25.—Blusa con camisolín. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 27 y 28 de la Hoja-Suplemento.

20.—Blusa del traje para niños de 7 á 9 años. Espalda. *Véase el dibujo 19.*

21.—Pantalón y corpiño de debajo del traje para niños de 7 á 9 años. *Véase el dibujo 19.*



26 á 28.—Camisas para señoras.
Explic. y pat., núms. VI á VIII, figs. 34 á 37 de la Hoja-Suplemento.

30.—Chaquetilla y camiseta para señoritas. Delantero.
Véase el dibujo 31.
Explic. y pat., núm. V, figs. 29 á 33 de la Hoja-Suplemento.

31. Chaquetilla y camiseta para señoritas. Espalda.
Véase el dibujo 30.
Explic. y pat., núm. V, figs. 29 á 33 de la Hoja-Suplemento.

29.—Vestido de muselina de lana.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

32.—Traje de luto para jóvenes de 14 á 15 años.

33 y 34.—Abrigo para niños pequeños. Delantero y espalda.

35 y 36.—Vestido para niños de 2 años. Delantero y espalda.

—¡Oh! no tanto, mamá, no tanto. Quiero mucho á esa pobre chica. ¡Es tan humilde y tan interesante!

—Consuelo, Consuelo—dijo el poeta con todo el entusiasmo de su alma—quien puso á usted tan hermoso nombre presentía las virtudes de usted.

—Nada de eso, poeta exagerado. Es obligación de los dichosos consolar á los tristes. ¿Conoce usted alguna satisfacción más grande que la de ejercer la caridad?

—Sí, conozco un placer mayor que ese, y confieso que ese lo es mucho.

—¿Cuál?

—El placer de admirar á usted.

Asunción, que no escuchaba con mucha paciencia semejante tiroteo amoroso, deseosa de que la conversación tornara al punto de partida, ó, como si dijéramos, al punto de las propias alabanzas, que era su conversación favorita, indicó:

—¿Por qué no llamas á esa chica, para que este caballero comprenda cuánto.....? Pero no, el espectáculo de la desgracia no es agradable. A veces yo, en las visitas que, como *vocal visitadora*, hago á las guardillas, me conmuevo tanto, que quisiera no ver más pobres en el resto de mi existencia.

Consuelo se levantó, parecióle excelente aquella idea de su madre.

—¡Es de tan buen efecto—pensó—que él conozca á un pobre ser protegido por mí!

Y fué en busca de la muchacha.

A los pocos momentos entró en el salón con ella de la mano: más que á su protegida, Consuelo parecía arrastrar un trofeo glorioso que daba la expresión del orgullo á sus negras pupilas.

—Aquí está—dijo.

Josefina alzó su linda cabeza, y al ver al joven gritó:

—¡Luis!

El, acercándose á ella, exclamó sorprendido:

—¡Josefina! ¡Mi amiga de la infancia!

—¡Cómo! ¿se conocen ustedes?—murmuró á su vez sorprendida Asunción.

La huérfana, apoyada en una silla, pestañeó como si viera ante sus ojos algo extraordinario, movió afirmativamente la cabeza, y Luis respondió:

—Sí, señora, somos paisanos; nuestros padres fueron muy amigos.

Y dirigiéndose á Josefina, añadió:

—¡Qué ajeno estaba yo de encontrarte! Como que pensaba subir luego á preguntar qué te había ocurrido en tus viajes, y á ver á tu abuelita..... Pero ¿qué es eso, lloras?..... Te veo vestida de luto..... ¿Ha muerto D.ª Isabel? ¿Por qué no me habéis avisado? ¡Yo no sabía nada!

—Sí, murió—respondió la *secretaria* de *La Protectora de los indigentes*;—y gracias á nosotras no han ocurrido desgracias mayores. ¿Qué hubiera sido de esta chica y de su hermano sin nuestro auxilio?

—¡Oh, señora, qué desgracia!—añadió un poco afectado el poeta.—Reciban ustedes la expresión de mi gratitud por los favores á esta pobre niña otorgados. Hay que hacer algo por ella. Canta muy bien: necesita estudiar.

—¡Estudiar! — exclamó Asunción. — ¿Y para qué, para que vuelva á ser cómica? De ninguna manera; yo la he arrancado de ese camino de perdición, y no quiero que vuelva á él.

—Yo he pensado—dijo Consuelo—presentarla á la Marquesa de Villa-Nara, y una vez que ella la conozca se podrá disponer algo más fácilmente. La costearemos la carrera de la Música.

—Es larga, y en tanto.....—arguyó su madre.

—En tanto, señora—dijo Luis—yo velaré por esta niña.

—Sí, nosotras le dejamos á usted cooperar en nuestra obra—añadió graciosamente Consuelo.

—¡Oh! Yo no dudo que usted me permitirá *gozar la más grande satisfacción que usted conoce.*

El poeta, aun en aquellos momentos difíciles, acentuó intencionadamente estas frases pronunciadas antes por Consuelo, y siguió:

—Yo ayudaré á ustedes á consolar á estos pobres huérfanos, y espero que todo se arreglará perfectamente. ¡Quién había de sospechar esta catástrofe! Con el estreno de mi drama, y la vida agitadísima que he tenido que hacer en estos últimos tiempos, no he podido consagrar un minuto á mi pobre amiga. En los primeros días de los estrenos, los banquetes, los amigos y los editores le vuelven á uno loco. Nada molesta tanto como la gloria, y más cuando se logra inmerecidamente..... Vamos, Josefina, hija mía, es necesario que te hagas valiente, y que sepas sobrellevar con paciencia tu dolor; que cuides á Perico, que te alegres un poco, y hasta que te cases. ¿Verdad, señoras? Hay que buscarte un buen novio, y esperanza en el porvenir.

Ni las frases cariñosas, ni el tono jovial del joven queriendo animar á su amiga, hicieron moverla. Sentada en un sillón, con el rostro pálido, las pupilas dilatadas y ansiosas, y los labios entreabiertos, apenas movidos por la respiración, notábase en ella el terrible pesar que conmovía su espíritu. Si los seres que la rodeaban no hubiesen estado ciegos por su felicidad y sus propias pasiones, fácilmente advirtieran en el demudado semblante de la huérfana la lucha que agitaba su ser.

Solamente cuando Luis, hablando de la familia y de la infancia de la huérfana, dijo:

—¡Pobre Josefina! La quiero como si fuese mi hermana.

Estremecióse la infeliz, y repitió maquinalmente:

—¡Su hermana!

Consuelo, acariciando con más coquetería que cariño la cabeza de Josefina, exclamó:

—Yo me prometo hacerla dichosa. ¿Y usted me ayudará, Luis?

Luis, con apasionamiento, contempló á su amada, y respondió galantemente:

—Aseguro á usted que yo envidio á nuestra pobre amiga, porque usted la protege, y usted es un ángel.

—¡Es un ángel!—repitió débilmente la desdichada Josefina al oir las frases de Luis, y dos lágrimas cayeron de sus ojos.

Luis manifestó deseos de saludar al señor del Espinar, que, como siempre que tenía visita su mujer, se metía en su despacho; despidióse muy expresivamente de Josefina y de sus protectoras, y al retirarse, la huérfana, que se había levantado del sillón, no pudo sostenerse y en él cayó desmayada.

¡Oh! Luis Casal pudo apreciar entonces los nobles sentimientos de aquellas señoras, que estuvieron sublimes de caridad (como él decía). Mientras Consuelo rociaba las sienes de su protegida con un fuerte perfume, su madre ponía en conmoción á los criados pidiendo una taza de caldo con jerez.

¡Inútil solicitud! La infortunada no se había desmayado de hambre, aunque Asunción creía que sólo de hambre se desmayan los pobres.

SOFÍA CASANOVA.

(Continuará.)

Á UNA PUESTA DE SOL.

SONETO.

¡Miradle allí! El coloso refulgente
Que inundara el espacio de colores,
Vertiendo apenas débiles fulgores
Va á ocultarse en las sombras de Occidente.
Volando va la brisa dulcemente,
Meciendo al paso las pintadas flores,
Y con sonora voz los ruiseñores
Se cuentan su pasión tierna y ardiente.
¡Todo tristeza es! La noche obscura,
Infundiendo en el ánimo pavura,
Por el límpido azul del cielo avanza;
Pero pronto esa luz que desfallece
Volverá á aparecer, como aparece
Tras la tormenta el iris de bonanza.

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.

FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA.

Discutíase entre gente formal, pocos años hace, sobre los inventos modernos y las maravillosas aplicaciones de la ciencia.

Y el Dr. García, hombre de unos treinta y cuatro años, moreno y de fisonomía franca y sonriente, quien desempeñaba á la sazón la cátedra de Física y Química, ganada por oposición, en un Instituto de segunda Enseñanza, fué solicitado por los contertulios para que diera su parecer acerca de los más útiles inventos de nuestra época.

El Dr. García se echó á reir, y dijo á los que discutían:

—Pero qué, ¿pretenderán ustedes acaso que los descubrimientos más notables de nuestros días son el vapor, la electricidad, los poderosos agentes explosivos y qué sé yo cuántas cosas más? Vamos á ver: ¿les produce á ustedes algún placer el viaje en tren *express*, tan rápido que no se puedan dar cuenta de los pueblos por donde cruzan? ¿Sienten mucha satisfacción en hablar por teléfono con una persona de quien no pueden ver siquiera la nariz? ¿Creen admirable el hecho, repetido por desgracia con frecuencia, de que un pedazo de roca ó una bala explosiva, llegados de un barreno cercano, les deje aplastados en medio de un camino y en menos de un segundo? Pues yo creo, señores, que son ustedes locos de remate.

Las paradojas del profesor hicieron reir mucho á los oyentes, mas él continuó imperturbable:

—Los inventos no valen sino en razón directa de la felicidad que proporcionan á la humanidad; y he aquí por qué los ferrocarriles, el teléfono, los cañones enormes, la dinamita que hace saltar las montañas, aunque soberbios inventos, sí, muy soberbios, tienen su lado flaco, y hay que recibirlos con algunas cortapisas..... La única invención loable, sin lado flaco, sin cortapisas, sin restricciones de ningún género, es á la vez ciencia y arte.

—¿Cuál, cuál?—exclamaron todos, interesados por aquel razonable preámbulo.

—¿Cuál? ¡La fotografía!

Una carcajada general recibió la declaración del doctor García, quien fué calificado en el acto de informal, burlón y excéntrico.

—¡Repito que es la fotografía!—prosiguió el joven catedrático.—La fotografía, señores, no hace daño á nadie, y en cambio presta bien á muchos. ¿Quién resucita en el hogar del hijo las facciones de sus llorados padres? ¡La fotografía! ¿Quién consuela en la ausencia á seres que se aman? ¡La fotografía!..... Y en último resultado, yo, que soy feliz con mi esposa y los dos adorados ángeles que alegran y embellecen mi humilde casa, ¿á qué debo tanta dicha? ¡A la fotografía!

Los oyentes hicieron un movimiento de curiosidad, y el doctor les refirió la siguiente conmovedora historia.

***

—Había yo comprado un aparato de fotografía instantánea, tan grande como un despertador de mesa de noche, ligero, portátil, que se podía esconder y guardar fácilmente en un bolsillo del gabán; pero en el momento oportuno bastaba oprimir un botoncito para que todo lo que se encontraba delante del objetivo quedase fijado con la más nítida corrección de detalles en la placa.

¡Cuántas veces he visto maravillarse á personas que me saludaban por vez primera, enseñándoles su propio retrato, un retrato natural, hecho al descuido, sin que las figuras retratadas tuvieran el ademán ficticio de los retratos que se ejecutan en el estudio del fotógrafo! ¡Cuántas veces he opuesto á las denegaciones de mis discípulos, si protestaban contra un castigo, el retrato de los mismos discípulos más díscolos, obtenido por mí, sin que ellos lo vieran, en el instante de levantar el brazo para lanzarme bolitas de papel!

Pero vengamos á mi asunto.

Comencé mi carrera de profesor en un buen colegio de Madrid incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros, y en la casa de enfrente había dos grandes placas doradas, que indicaban el bufete del Sr. Abelosgui, notario, hoy mi padre político.

Sobre el estudio tenía su cuarto particular, justamente enfrente del mío, y la calle era y es tan angosta que yo podía ver fácilmente lo que pasaba en la habitación de mi vecino; pero desde el primer día no vi sino una persona, una sola: su hija, su hermosa hija la señorita Casilda.

Ella iba y venía por salas y gabinetes, ejecutando con actividad y gentileza los quehaceres domésticos, porque el Sr. Abelosgui era viudo, y alegrando y llenando de luz y color, con su mirada angelical, su risa argentina, su garbo y gentileza, aquel severo gabinete de trabajo.

Su aparición fué para mí como un rayo que me hiriese en el corazón (ese rayo que los psicólogos de ahora niegan obstinadamente, por la sencilla razón de que nunca les ha herido), y desde luego adiviné que mi amor era una locura, amor insensato, imposible, manantial de grandísimos dolores.

¿Por qué? Porque el notario era rico, riquísimo, y yo no tenía sino mi título de doctor en ciencias y mi diploma de profesor de Física y Química en un colegio de segunda enseñanza.

Esperanzas de ascensos tenía muchas; pero ¿cuándo habrían de realizarse?

Guardé mi amor en el corazón, como en un santuario, contentándome por entonces con adorar en silencio á aquella angelical criatura.

Un día tuve el atrevimiento de retratarla instantáneamente, sin que ella lo supiera, anhelando yo poseer su imagen adorable: coloqué mi aparato en el balcón de mi cuarto, y negligentemente, sin ostentación, fotografié á mi bella vecina mientras abrazaba á su padre.

Otra vez la retraté cuando ella estaba regando sus macetas; otra cuando hacía labor de *crochet*, sentada ante el bufete del notario; otra..... ¿qué diré á ustedes, señores? En poco tiempo reuní una colección de retratos de mi linda vecina, y en algunos de ellos quedaron también retratadas en la placa no pocas personas que se hallaban en el cuarto de su padre en el momento de verificar yo la operación fotográfica.

Y en todos los retratos la señorita Casilda me parecía hermosísima, ideal, ya estuvieran hechos de frente, ya de perfil, con semblante alegre ó triste, en traje de paseo ó de casa.

***

Un día no vi á la adorable niña, y me dijeron que estaba enferma.

Pero una semana más tarde llegué á saber que el notario Sr. Abelosgui había sido arruinado completamente por un banquero de dudosa fama, y aun se hablaba con insistencia de posibles procedimientos criminales contra el padre de Casilda.

En efecto, un mes después el proceso, incoado con actividad extraordinaria, se vió ante el tribunal de lo civil, y yo fuí á la audiencia.

¡Infeliz Abelosgui! Estaba pálido, abatido, demacrado, como si la infame acusación de que era objeto le hubiese arrancado la salud y le matase lentamente; y, sin embargo, en su semblante se reflejaban la inocencia y la probidad.

Escuché con doloroso interés, primero al acusador, luego al acusado, y en seguida á los abogados de ambos, que pronunciaron sendos discursos, y comprendí en resumen que el asunto estaba reducido á pocas palabras: el banquero había confiado al notario un abultado pliego de valores al portador, y el notario no se lo había devuelto al banquero, cuando éste se lo reclamó; y cuanto más el Sr. Abelosgui afirmaba que se lo había devuelto, y en su propio bufete, una mañana de Junio, tanto más el banquero lo negaba, y hasta negaba su visita al estudio del notario.

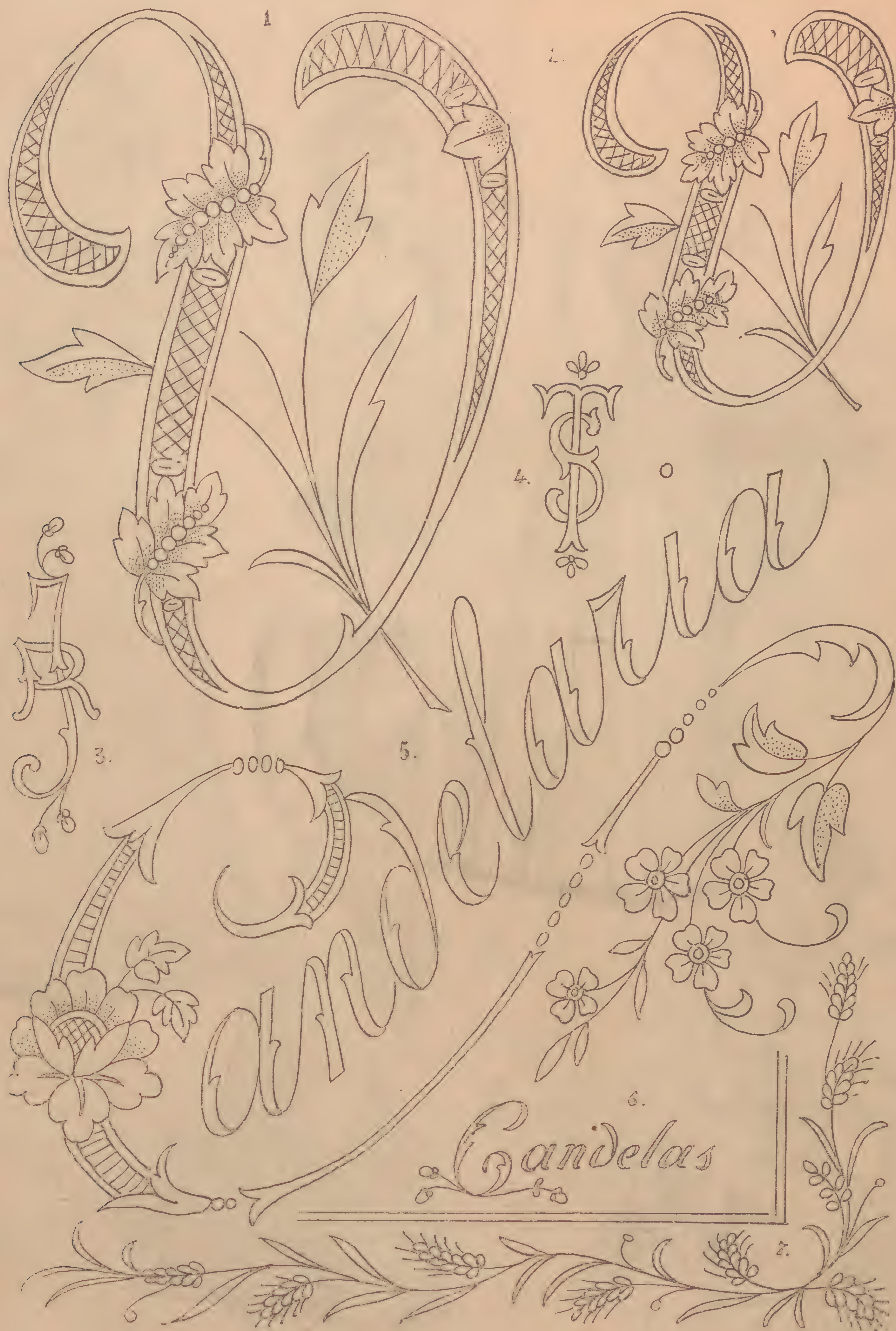
No había testimonio favorable al notario, porque el de su hija Casilda era inútil en aquel grave asunto, y ya se terminaban los debates con la petición fiscal de una pena enorme y deshonrosa para el padre de mi adorada, cuando el banquero, en la embriaguez de su triunfo, volvióse de frente al público que llenaba la sala, y dirigióle arrogante mirada de desafío.

Inmediatamente reconocí el semblante de aquel hombre.

¿Dónde lo había visto yo? ¡Ah! El recordarlo en tal instante era quizás asunto de vida ó muerte, y por más que escudriñaba en mi memoria con el ardiente afán que pueden ustedes suponer, el recuerdo no venía en mi ayuda.

De pronto surgió en mi mente un rayo de luz: el semblante de aquel hombre estaba impreso en una de las placas fotográficas de mi colección de retratos de Casilda.

¡No tenía duda alguna! El banquero, el hombre que negaba su visita al estudio del notario, había sido retratado por mí, desde el balcón de mi casa, en el acto



1 y 2. Continuación de abecedarios para sábanas y almohadas. 3 y 4. Enlaces para pañuelos de diario.—5. Nombre para almohadas. 6. Nombre para pañuelos.—7. Cenefa para caja de guantes.

37 Á 41.—TRAJES DE PLAYA.

de recibir del notario el pliego de valores, en presencia de la señorita Casilda.

Verdad es que los retratos eran pequeños, casi microscópicos; pero ¿qué importaba, si una ampliación hábilmente ejecutada revelaría con detalles la salvadora escena?

Dí un salto en el banco donde estaba sentado, atropellé á la gente que había delante de mí, acerquéme al abogado del notario, y le conté en pocas palabras, dichas casi al oído, la importancia de mi recuerdo.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó el hombre de toga.—Corra usted á su casa, y traiga inmediatamente esa placa fotográfica. ¡Corra usted, hombre!

Suspendióse el acto público á petición del abogado, y diez minutos después entraba yo triunfante en la sala, llevando en una mano la fotografía y en otra un poderoso objetivo de ampliación.

—¡Aquí está la prueba!—grité.

No había duda: mi fotografía, vista por el tribunal con ayuda del lente de aumento, representaba al notario entregando un pliego al banquero en presencia de Casilda.

Pueden ustedes, señores, adivinar la conclusión: el inocente Sr. Abelosgui fué absuelto, y al falaz y trapisondista banquero se le impuso la pena que merecía su acción villana.

***

Aquella misma tarde el Sr. Abelosgui me visitó en mi cuarto, me estrechó en sus brazos y no se retiró sin que yo le diera palabra de acompañarle á la mesa, para que su hija Casilda conociera y estimara al providencial salvador de su padre.

En efecto, aquella hermosa niña, apenas me vió en el estudio de su padre, precipitóse hacia mí con las manos cruzadas, y creo ¡Dios me perdone! que deseaba arrodillarse y venerarme.....

—¡Ah, caballero!—exclamó llorando de alegría.—Ha salvado usted el honor y la fortuna de mi padre. No hay en el mundo nada, ¡nada! que pueda mostrar á usted la inmensidad de mi agradecimiento.

—¡Ah! ¡sí, sí!—interrumpíla, estrechando sus dos manos.

Y decidido á todo, invité al Sr. Abelosgui á pasar á su estudio, y le conté el secreto de aquella fotografía salvadora; le hablé de mi amor y de mis esperanzas, guardados hasta entonces en el fondo de mi alma.

¿Qué más añadiré, señores? En el breve plazo de dos meses, Casilda y yo éramos esposos.

Y el doctor García, mirando con grata complacencia á sus amigos, concluyó de este modo:

—¿Ven ustedes cómo la fotografía puede conducir al hombre hasta el matrimonio?

—¡Ah! ¡indudablemente!—contestó uno de aquéllos, solterón egoísta y escéptico.—¡Indudablemente! ¡hasta el matrimonio..... de fotografía instantánea!

J. Menéndez Puga.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á una Novia.—Después de dar parte del enlace y ofrecimiento de casa, no hay día fijo para hacer la visita á los novios. Esto para las personas de cumplido, pues los amigos de confianza y parientes les visitan á los pocos días, sin aguardar la participación.

Sra. D.ª Pilar B. de G.—Para hacer el *chantilly* se baten á la nieve, en una fuente honda, seis claras de huevo, y cuando están ya consistentes, se les echa poco á poco 100 gramos de azúcar tamizada, y se sigue batiendo.

Aparte, en otra fuente, se bate mucho una copa de nata muy buena, y cuando se va poniendo dura se le echan también poco á poco 150 gramos de azúcar y un trocito de vainilla raspada. En seguida se mezcla la nata con la clara, y se echa en un molde, el cual se ha forrado de bizcochos anteriormente.

Se pone durante dos horas en una cacerola rodeada de hielo, se vuelca en un plato sobre una servilletita, y se sirve.

Á Emiliana.—Siento decirla que me está prohibido contestar á las personas que no demuestren ser suscritoras á una de las ediciones de lujo, y muy especialmente á las que dirigen sus cartas en forma anónima.

Á una Golosa.—La *mermelada de ciruelas ó albaricoques* se hace así: Se abren y deshuesan las frutas, y así preparadas, se pesan, y se ponen por cada libra de fruta tres cuarterones de azúcar; se van colocando en una cacerola de porcelana capas de fruta y de azúcar machacada, y cuando la cacerola está llena, se cubre con un paño blanco, y se deja una noche en un sitio fresco; al día siguiente se pone á cocer á fuego vivo, sin dejar de moverlo para que no se pegue, y cuando empiece á hervir se modera el fuego para que la cocción sea lenta durante tres cuartos de hora.

Para saber si está cocido, se saca un poco de mermelada con una cuchara, se pone en un plato, se deja enfriar y después se pone el plato de lado: si el jugo se extiende por el plato, poco compacto, es que está en su punto.

Á una Caprichosa.—Sírvase leer la contestación que doy, en este mismo número, *A Emiliana*.

Á una Aficionada.—La *salsa holandesa* se hace de la manera siguiente: Deslíase en una cacerola 125 gramos de manteca fresca, tres ó cuatro yemas de huevo, un poco de sal, pimienta, nuez moscada, y el jugo de un limón; se coloca la cacerola al baño de María, moviendo sin cesar la salsa con una cuchara de palo, y cuando ha tomado consistencia, se aparta; se incorpora poco á poco un pedazo de manteca, y se sirve.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

Á María.—Para paseo, sombrero de tul ó encaje negro, puesto que lleva luto, y para campo, de paja con lazos de cinta de piel de seda, ó florecillas blancas, ó violetas, si el luto no es muy rigoroso.

Siendo aritos estrechos, puede llevar dos ó tres en cada brazo.

Tenga la bondad de repasar los dibujos de nuestro periódico y verá el tamaño que han de tener las letras.

El calzado se lleva de tafilete negro, puesto que es para vestir, con punta sumamente estrecha y medio tacón Luis XV.

Los abanicos más elegantes para luto son de ébano, con país de gasa negra ó de *surah*.

Una Andaluza.—Me parece bien la idea de arreglar el vestido gris, de tela igual á la muestra que me envía, y adornarlo con encajes negros; y para su hechura debe guiarse por la figura 3.ª del figurín iluminado de nuestro número de 30 de Julio último, que es muy elegante.

Las enaguas de color pueden hacerse también de batista buena, de color liso ó con flores.

Á una Aragonesa.—Sírvase leer la contestación que doy, en este mismo número, *A Emiliana* y *A una Caprichosa*.

Á D.ª Luisa L.—Las pastillas á que se refiere, para dar sustancia al caldo, se hacen así: Pónganse á cocer dos libras de carne de vaca muy magra, un hueso partido por el centro y una gallina; después de espumado, se añade un litro de vino blanco, una raíz de jengibre, dos ó tres zanahorias, sal, pimienta en grano y dos cebollas con dos clavos de especia; se cubre la marmita y se deja cocer seis horas á fuego lento; se cuela el caldo por un tamíz de crín, se prensa la carne en un lienzo muy fuerte y se deja reposar hasta el día siguiente; se desengrasa y se pone á cocer en una cacerola, dejando que espese hasta quedar muy reducida, y entonces se echa en un plato ancho y se deja enfriar. La gelatina que resulta se corta en pedacitos cuadrados, los cuales se ponen á secar en el horno, y cuando se necesitan, se echa en el caldo una de estas pastillas, obteniéndose por este medio que dicho caldo sea de gusto exquisito, y muy nutritivo.

Á una Presumida.—Voy á darle la receta que desea de *leche de rosas para blanquear y suavizar el cutis*. Se trituran en un mortero 100 gramos de almendras dulces, mezclando poco á poco 500 gramos de agua de rosas, y obtenida así una especie de horchata, se pasa por un lienzo fino; se pone aparte, en un cazo de baño blanco, cinco gramos de jabón blanco de buena calidad, otros cinco de cera blanca, cinco de esperma de ballena y cinco de aceite de almendras dulces, y se deslíe todo al baño de María, agitándolo un poco. Además, en un vaso se mezclan bien 125 gramos de alcohol, cinco de esencia de bergamota, uno de esencia de Lavanda, cinco de geranio de rosa; se va echando después poco á poco la leche de almendras en la mezcla, aun caliente, de jabón, cera, etc., batiéndolo fuertemente; cuando está ya casi frío, se le añaden el alcohol y las esencias muy lentamente, pues si se mezclara muy de prisa, ó estando aún demasiado caliente, podría cortarse.

Es conveniente volverlo á pasar por un lienzo fino antes de ponerlo en los frascos.

Á Marieta.—Los édredones no deben tenerse puestos á la vista durante el día.

La aconsejo que ponga las miniaturas tres á cada lado del espejo, encerradas en marcos de *peluche*.

Se anuncian tres novedades para el próximo otoño. Los abrigos largos ajustados, estilo Luis XVI; los *paniers* lisos en las caderas, adornando la parte superior de la falda; y los tejidos cambiantes con dibujos, lunares, cuadros menudos, etc., y flores de terciopelo sobre seda mate, y sedas lisas negras, sobre todo, combinando los trajes elegantes.

No se han desechado por completo las medias lisas negras: sin embargo, la mayoría están bordadas con florecitas ó flechas de seda. El miosotis, las violetas y capullitos de rosa muy pequeños son las flores que más se llevan.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 29.

Corresponde á las Sras. Suscritoras á la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.

TRAJE DE PASEO Y «DESHABILLÉ» DE JARDÍN.

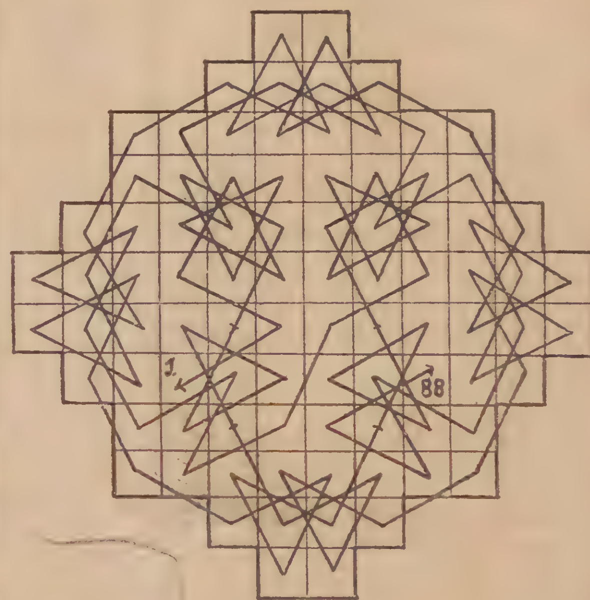
1. *Traje de fular Hortensia con ramos negros, adornado con choux de terciopelo negro.* Este elegante traje es muy fácil de confeccionar. La falda va drapeada en la parte superior y adornada en la inferior con una *ruche* de fular Hortensia liso, sujeta de trecho en trecho con un *chou* de terciopelo negro. La parte de detrás va fruncida en la cintura y roza ligeramente el suelo. El cuerpo termina en punta, liso por detrás, y adornado por delante con un plastrón plegado y rodeado de dos tirantes de encaje fruncido, pasando en redondo por el centro de la espalda. El hombro izquierdo y el final del cuerpo van adornados con dos *choux* de terciopelo negro. Manga muy amplia, con frunces en todo el largo del brazo, formando un bullonado. Sombrero de paja calada adornado por delante con *choux* de terciopelo negro, un penacho de plumas y *esprit* color Hortensia.

2. «*Deshabillé*» *de jardín*.—Este bonito *deshabillé* es de seda blanca con rayas satinadas, encaje blanco y cinta de faya verde sauce. Falda adornada con un delantal de entredoses de encaje bullonado, sujetos con cinta de faya verde. La parte inferior va guarnecida de un ancho volante de encaje, formando de trecho en trecho un grupo de pliegues cubilete, sujetos con lacitos de cinta de faya verde. Por detrás es de forma Princesa, y va adornado con una cascada de encaje. Cuerpo liso con pinzas, adornado por delante con una doble cascada de encaje que cae sobre la falda, rodeada por ambos lados con una *draperie* de faya, recogida graciosamente en las caderas por un lazo de cinta y siguiendo hasta el borde de la falda para sujetar el delantal. Cuello Médicis, unido con un lazo á la *draperie*. Manga de entredoses de encaje bullonado y de cinta, guarnecida con un ancho volante de encaje, abierto bajo un lazo de faya. Este *deshabillé* puede confeccionarse en tela de más abrigo, y en tal caso se reemplazan los entredoses bullonados por crespón de la China.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

SOLUCION AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 25.



RESOLUCIÓN.

¿Por qué corre el alma ansiosa
Tras de una ilusión liviana,
Que se mira más lejana
Cuando se ve más hermosa,
Y apenas llega, anhelosa,
A alcanzarla complacida,
La contempla ya perdida
Tornando á perder la calma?
Es que en las flores del alma
Dura un instante la vida.

Jorge de Almenara.

La han presentado las Sras y Srtas. D.ª Rita y D.ª Mercedes Arenillas.—D.ª J. Varela Menéndez de Limia.—D.ª Elena y D.ª Rosario Díez y Llanderal.—D.ª Amalita, D.ª Abelenda y D.ª Alicita Fernández Corujeda.

También han presentado la solución al salto de caballo del núm. 21 las Sras. y Srtas. D.ª Micaela y D.ª Estrella Rodríguez Palazón.—D.ª Julia Jalón de Ruiz.—D.ª Natalia y D.ª Juana de Echavarría y Maisonnave.

EAU D'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant,** perfumista, *París*, 19, Faubourg St Honoré.

PAPELERIA DE ANDRÉS GARCÍA
23, ALCALÁ, 23.

Gran surtido en papeles ingleses, franceses y del reino, escribanías, papeleras, tinteros y todo lo necesario para oficinas y escritorios particulares. Novedades en petacas, carteras y otros artículos de piel.

NUEVAS CAJAS DE PAPEL INGLÉS, CON SOBRES, Á 1,25, 1,75, 2 Y 2,25 PTAS.
23, ALCALÁ 23.

La Edad Dichosa, Revista ilustrada de instrucción y recreo, para niños y niñas, dirigida por el reputado escritor don Carlos Frontaura.—Las madres de familia que deseen inculcar á sus hijos la afición á la buena lectura deben proporcionarles dicha Revista y los volúmenes que constituyen la *Biblioteca Ilustrada de los Niños*, que son un modelo en su género.
Títulos de los volúmenes publicados: *Botón de Oro.—Los Corazones amantes.—La Herencia de la tía.—Susanita.—La Piel del diablo.—Historia de Germana.—Ejemplos morales.*
Los precios de *La Edad Dichosa* son: 15 pesetas al año en Madrid, 16 en provincias y 5 pesos oro en Ultramar.
Cada volumen de la *Biblioteca Ilustrada*, encuadernado en tela con planchas doradas, ptas. 3,50 en toda España.
Los pedidos se dirigirán á los editores Ocaña y C.a, Caballero de Gracia, 19 y 21, Madrid, ó á las principales librerías de España y de Ultramar.

ACEITE OPHYR, Olores superfinos. *Para la conservación y belleza del Pelo*
VINAGRE DE TOCADOR Superior á todos *Antiséptico, Tónico y Saludable*
POLVO DENTÍFRICO Salud de la Boca *Blanquea y conserva la Dentadura*

Perfumería exótica SÉNET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

Perfumería Ninon, Ve LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.
Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.
Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS
Para el Pañuelo
de RIGAUD y Cia, de PARIS
Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El KANANGA del Japón	*El MELATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila	*El CHAMPACCA* de Lahore

que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidez del marfil.*
DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*
Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cia.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.
NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.
DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá, 23, Madrid.*

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNANDEZ BREMÓN.
De venta, en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá, 23, Madrid.*

AVISO AL PÚBLICO.—Desconfíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados.
Piesse & Lubin TRADE MARK — MARCA DE FÁBRICA

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.
Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS para curar *Anemia, Pobreza de la Sangre, Dolores de Estomago.* - **50 Años de Exito.**
Exigir la firma QUEVENNE y el Sello de "l'UNION des FABRICANTS". — Paris, 14, r. Beaux-Arts.

PÂTE AGNEL ✱ AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias

PÍLDORAS DE BLANCARD

con **Yoduro de Hierro inalterable**

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruacion nula ó difícil*), la **Tísis**, ...
En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.
N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exijase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.* *Blancard*
Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Almidon Mack

Marca de Fábrica.
de doble fuerza

Con esta nueva preparacion se plancha **con sorprendente rapidez y facilidad, obteniendo un lustre y tesura extraordinaria.**
Unico Fabricante-Inventor **H. MACK, Ulm s/D.**
Se vende en todas las Droguerias y Almacenes de Ultramarinos.
Precio Pes 0.90 por caja de 1/2 Kilo, Pes 0.45 por caja de 1/4 Kilo.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, José Lafont, 22, calle del Call.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad,** porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirosis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave, y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pidase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ***¡Gran novedad!* — DUSSER, Inventor** ***Rue J.-J.-Rousseau, nº 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **MELCHOR GARCIA**, y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc. — *Barcelona:* **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerias de **Lafont**, etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 22 de Agosto de 1890. | Año XLIX.—Núm. 31.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

La hegira de los parisienses.—Vacaciones.—Atractivo del Océano.—Las playas de Bretaña y de Normandía.—La isla de Wight.—Su Majestad Graciosísima.—Dos modelos de vestidos claros y una confección.—¡Más alto, más alto!—Una adversaria de los descubrimientos geográficos.

Henos aquí en la estación del «sálvese quien pueda» general. La alta y la mediana sociedad parisiense han abandonado la capital ó están á punto de abandonarla. Esta es la hora del reflujo de este gran río humano que arrastra incesantemente sus ondas y cuyo rumor se extiende á todos los ámbitos del universo. Para ser consecuente con París, el cronista debe seguir este movimiento de expansión, y sus revistas deben ser *nómadas*, como lo es en la actualidad la vida elegante.

En este mes de Agosto, mes de vacaciones, el Océano es el que atrae mayor número de viajeros, y las costas de Normandía y Bretaña están literalmente invadidas. Sin embargo, cada parte del mundo parisiense tiene su estación de veraneo predestinada, á donde se transporta como atraída por un imán irresistible. Sólo con saber la situación social del viajero que se acerca al despacho de billetes del ferrocarril, puede una adivinar el punto para donde toma el billete. Podría establecerse la fórmula de esta teoría ambulatoria, diciendo: Sé quién eres; luego sé dónde vas.

*
* *

Todo un grupo de la *ultra fashion* parisiense, desdeñando las costas normandas ó bretonas, ha elegido la isla de Wight para la temporada de baños de mar. El traslado á la isla es el *non plus ultra* de la elegancia. Hay que confesar que existen pocos sitios más encantadores, y que el panorama que ofrece á la admiración del bañista es maravilloso. Cowes, y en segundo lugar Ryde, son los puntos de cita por excelencia de la *fashion*. Cerca de Cowes-Este se halla situado Osborne-House, residencia actual de la reina Victoria. La mansión Real, construída con arreglo al gusto inglés, no tiene nada de notable desde el punto de vista arquitectónico; pero el parque, con sus alamedas umbrosas que descienden hasta el mar en cuesta suave, es delicioso.

Desde Osborne, la vista abraza un horizonte inmenso, toda la extensión del Solent-Portsmouth y Spithead en lontananza. Por lo demás, el mes de Agosto es el mes de grande animación en la isla de Wight, pues es el mes de las regatas de Cowes. El *yachting* reina y gobierna en Cowes. Así el traje naval es de rigor para ambos sexos. Todo marítimo: tal es la divisa. Á lo cual hay que añadir las flores en el corpiño de las damas, y en el ojal de la levita ó marinera de los caballeros, desde que sale el sol. Se ve bien que la isla de Wight es una canastilla de flores arrojada en medio del mar, según una definición legendaria.

Pero el *sport* marítimo, aunque imperante, no quita que otros *sports* tengan sus adeptos en la isla británica, y que la danza sea uno de los más favorecidos. Puedo asegurarle que se ignora el *spleen* en estos parajes encantados, y que la existencia, aun en nuestros *watering places* más famosos, como Dieppe, Trouville ó Dinard, aparece mezquina comparada con la que se lleva en la isla. Sólo que no aconsejaré á las fortunas modestas que la elijan por residencia de verano. Se necesita el *chèque* respetable para darse el tono de bañista en la isla de Wight, en la ciudad de Su Majestad Graciosísima.

*
* *

A pesar de todo, el bosque de Bologne conserva todavía cierta animación, y sorprende encontrar en sus frescas alamedas tantas lindas *toilettes* y tantos semblantes conocidos.

Días pasados llamaban la atención dos damas de la colonia hispano-americana, jóvenes y lindísimas, que lucían dos vestidos á cual más dignos de notarse.

El primero era un vestido de fular claro sembrado de anémonas color de rosa y negras. La falda era redonda. Por encima, en forma de delantal, llevaba tres puntas largas y plegadas, sujetas cada una bajo una rosácea de terciopelo negro. Corpiño plegado con unas puntitas de fichú y rosáceas de terciopelo. Corselillo del mismo terciopelo negro y mangas plegadas y terminadas en un puño alto de terciopelo (fig. 1.ª).

El sombrero, que era de paja de Italia, iba forrado de crespón color de rosa, ajaretado y adornado con un ramo de anémonas negras y color de rosa, mezcladas con encaje negro.

El otro traje era de crespón color de cielo y encaje negro (fig. 2.ª). En el borde inferior del vestido, por delante, iba un volante de encaje negro formando festón y una guirnalda de tulipanes aplicados, de encaje negro. Por detrás, dos paños, completamente sembrados de tulipanes iban acompañados en medio de otro paño de crespón liso formando abanico. Corpiño plegado, de crespón liso. Faja de crespón cerrada bajo una rosácea por detrás. Gola vuelta de encaje y mangas de lo mismo, sin

1.—Sombrero sevillano.

forro.—El sombrero consistía en una capelina grande de paja enteramente cubierta de plumas color de cielo.

***

Las aplicaciones de encaje negro son una de las creaciones más elegantes de la moda actual.

Fig. 1.ª

Sobre los vestidos, como sobre las sombrillas, producen un delicioso efecto. A veces el objeto va recortado y puesto en forma de sembrado; otras veces, como para las sombrillas, es un tul de Malinas sumamente fino, sobre el cual se destacan flores ó mariposas, y el tul es tan fino, que no se ven las mallas cuando está puesto sobre un transparente de color.

Los anchos volantes de crespón liso componen también adornos muy elegantes. Se les pone en forma de fichú sobre un corpiño, ó de *jockey* sobre una manga de codo, de la cual forma el bullonado, ó sobre las sombrillas, colocados á lo largo de cada ballena, como una especie de chorrera.

***

Después de haber descrito varios vestidos claros, diré dos palabras acerca de los de carruaje, que se llevan como guardapolvo ó como abrigo de lluvia.—Véase el modelo cuyo croquis publicamos (fig. 3.ª).

Fig. 2.ª

Es de *surah* tornasolado negro y color de fuego. Su forma es la de una *douillette*, ancha y cruzada en el lado izquierdo. En la parte inferior va un volante de encaje, que lleva por encima un rizado. A lo largo del delantero del cuerpo, á la derecha, en la parte que cruza, va un volante-chorrera, que se abrocha con corchetes de trecho en trecho y va estrechándose hasta la cintura. La manga, plegada en lo alto bajo una rosácea de encaje, va guarnecida, en el borde inferior, de un volante del mismo encaje. En el cuello, dos volantes rizados forman una gola.

***

Los corsés de Mme. Léoty continúan haciendo las delicias de las coquetas de París y del extranjero, sin distinción de nacionalidades. Y es que esta artista, que está á la altura de su época, inventa todos los días nuevas elegancias, y moldea el talle de sus lindas clientes en verdaderos estuches de brocado y de sedas espléndidas, de fabricaciones y dibujos exclusivos. Sobre fondos de raso color de carne, se abren magníficas rosas té ó se desarrollan en forma de guirnaldas de puro estilo Luis XVI.

Pero la riqueza del tejido no sería nada si la gracia y la perfección del arte no realzase estos corsés maravillosos.

Fig. 3.ª

La última creación de Mme. Léoty es el dril de seda y la piel de seda, que causan la admiración de cuantos han visto esta tela de reflejo incomparable y de una flexibilidad extraordinaria. Todo lo cual explica el éxito creciente de la casa Léoty, 8, plaza de la Madeleine.

***

Un sordo entra en una barraca donde se representa una pantomima.

Al cabo de cinco minutos, aplica el oído, se inclina, forma una concha acústica con la mano arqueada, y al fin, impacientado, grita:

—¡Más alto, más alto, que no oigo nada!

Hablábase delante de Elena, niña de siete años, de un explorador célebre que viaja en busca de países desconocidos.

—¡Bonita idea!—dice la niña interrumpiendo.

—¡Cómo!—replica el padre;—¿tú tienes una opinión sobre la materia, y desapruebas la conducta del gran explorador?

—¡Ya lo creo!—añade Elena;—si ese caballero descubre un nuevo país, eso aumentará la Geografía que tengo que aprender, y que es, gracias á Dios, bastante larga.

V. DE CASTELFIDO.

París, 15 de Agosto de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero sevillano.—Núm. 1.

Este sombrero es de paja mate. El ala va enrollada á todo el rededor y forrada de un encaje negro. Lazo mariposa. Penacho de plumas negras por detrás, y en el lado izquierdo borde de plumas, terminado bajo un *pouf* de las mismas plumas negras.

Funda para almohadón de canapé.—Núms. 2 á 4.

El almohadón, que tiene 45 centímetros de largo por 52 de ancho, es de raso color de salmón. Se le cubre de una funda, cuya parte de encima va hecha de cañamazo bordado y la parte de debajo de raso color de salmón. Se guarnece la funda de un encaje al huso, fruncido, que tiene 6 centímetros de alto. Para la parte de encima de la funda del almohadón se corta un pedazo de cañamazo color crema, muy apretado, que tiene las dimensiones requeridas por el almohadón, dejando 1 ½ centímetro de tela de más para el dobladillo. Se bordan los cuadritos con torzal de seda crema, al punto plano. Para las hileras caladas entre cada cuadro, se rodean las dos hebras que han quedado libres con torzal de seda blanca. Los adornos calados de las tiras estrechas al sesgo se bordarán con seda color crema, al paso que el fondo calado del medio de los adornos grandes de las esquinas va hecho con seda blanca. El adorno del borde se ejecuta al punto plano con seda color crema. Para las hileras caladas del borde, se rodean cada tres hebras con un punto de seda blanca. Después de terminar el bordado, se hace el dobladillo á todo el rededor y se une al pedazo de raso, que lleva en uno de los lados largos un dobladillo de 3 centímetros de alto, para hacer una tapa de botones. Se fija en la mitad superior de la funda una tapa de ojales del mismo raso. Se guarnece la funda de encaje.

Traje de baños de mar para niñas de 4 á 6 años. Núm. 5.

Este traje es de lana azul. Se compone de un pantalón corto adornado con galones, una falda corta guarnecida del mismo modo y una blusa cruzada y abrochada en el lado derecho sobre un peto *jersey* blanco y azul. Cuello á la marinera, de lana blanca, bordado con un punto ruso azul. Manga corta.—Sombrero de paja adornada con una cinta de cuadritos.

Enaguas para señoras.—Núms. 6 á 8.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Enagua de surah.—Núm. 9.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Dos guardacorsés.—Núms. 10 y 11.

Para la explicación y patrones, véase el *reverso* y el núm. XI, figs. 64 á 67 de la *Hoja-Suplemento.*

Tira de tapicería para cortinaje.—Núm. 12.

Se borda esta tira sobre cañamazo de mediano grueso, y se la emplea para adornar cortinas, portières, tapetes y otros objetos análogos.

Sombreros para niñas y niños.—Núms. 13 á 18.

Núm. 13. *Sombrero Manola.*—Es de fieltro gris con ala encañonada y forrada de terciopelo del mismo color. Por encima pasa una banda plegada de terciopelo gris y un ramo de plumas de color igual.

Núm. 14. *Sombrero Celina.*—Fieltro blanco con bordes enrollados y forrados de terciopelo blanco. Lazo grande de cinta blanca y encarnada. Una cinta igual rodea la copa.

Núm. 15. *Sombrero de bebe.*—Se hace este sombrero de fieltro blanco y se le guarnece de pluma blanca puesta en forma de corona. Por delante y por detrás, lazo de cinta blanca.

Núm. 16. *Sombrero Julieta.*—Es de fieltro blanco, con ala ondeada, festoneada y bordada de lunares. Un rizado *achicoria* de seda blanca rodea la copa. Por delante y por detrás, lazos de cinta de terciopelo blanco.

Núm. 17. *Sombrero Marino*, para niños de 3 años.—Fieltro azul de ala ancha, con cinta bordada de un ancla, que rodea la copa y se anuda en el lado derecho.

Núm. 18. *Sombrero para niñas pequeñas.*—Este sombrero es de fieltro *beige* y su copa va rodeada de una cinta de tercipelo color de nutria. Por delante y por detrás, lazo de cinta *beige* obscuro. Unas bridas atraviesan la copa.

Bordado al punto de cruz para vestidos y delantales de niños.—Núm. 19.

Nuestro dibujo representa un adorno para vestidos ó delantales de cañamazo ó satinete. Se aplica sobre la tela un pedazo de muselina gruesa, sobre la cual se borda, y que se retira después sacando todos los hilos uno á uno. El festón se traza sobre la tela. Se puede emplear para esta labor seda ó algodón de bordar.

Sombrero á la romana.—Núm. 20.

Se compone este sombrero de tres barretas de cinta de terciopelo crema salpicadas de cuentas blancas. En lo alto, lazo de cinta color crema mezclado con rosas musgosas. Mariposa de encaje blanco por delante, y bridas de cinta color crema.

Vestido para jóvenes de 14 años.—Núms. 21 y 22.

Se hace este vestido de batista de lana escocesa azul Gobelinos y gris. Se le guarnece de entredoses de bordado y de un volante igual, y se compone de una falda al sesgo, guarnecida en el borde inferior de dos entredoses, y de un corpiño de batista lisa, también al sesgo, con un canesú bullonado, guarnecido de un volante de bordado. La parte inferior de los delanteros se estrecha en la cintura con unos fruncidos y se le adorna con cuatro cintas de tercipelo que terminan en forma de V. La primera cinta rodea el talle y se cierra con una rosácea. Cierre invisible en el lado izquierdo por delante. Espalda recta, fruncida en la cintura. Cuello alto guarnecido de un bordado. Manga de codo abrochada y guarnecida de tres hileras de entredoses.

Tela necesaria: 12 metros de tela escocesa.

Pantalones para señoras.—Núms. 23 á 25.

Para las explicaciones y patrones, véanse los números IV, figs. 28 y 29, y XIII, figs. 78 y 79 de la *Hoja-Suplemento.*

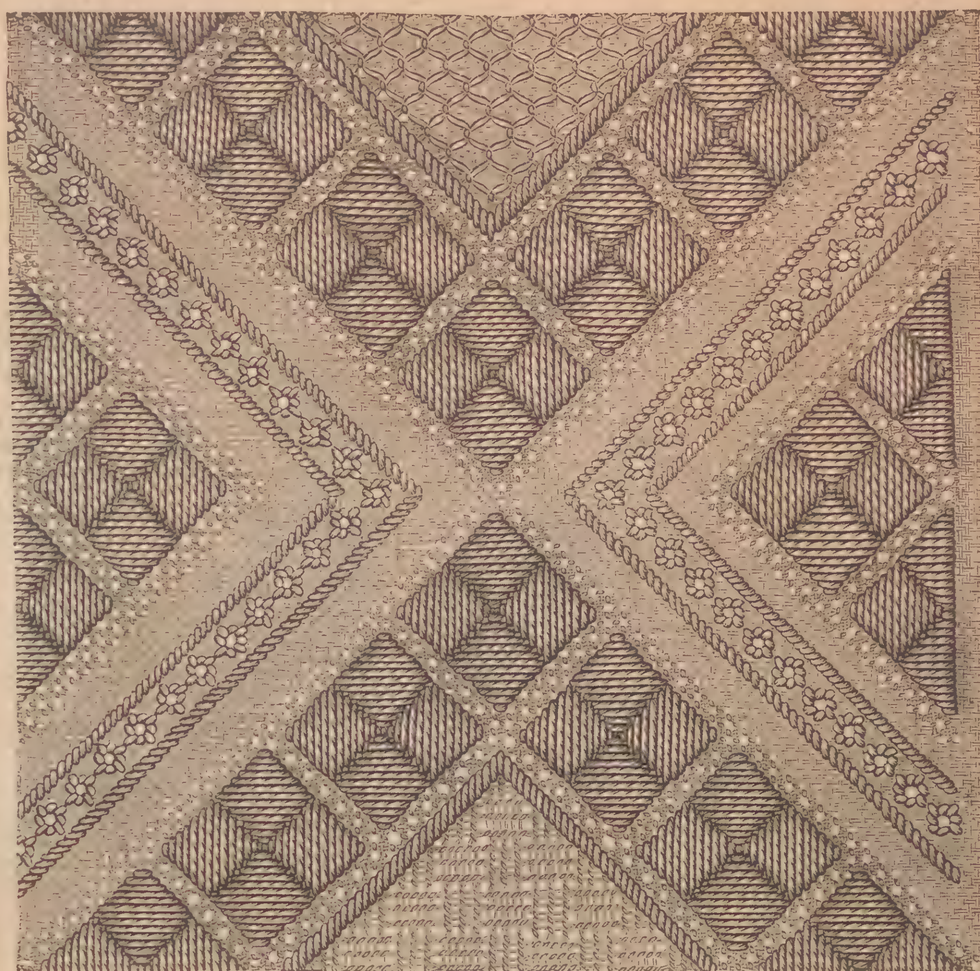
Cinturón de enagua para señoras gruesas.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, fig. 36 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de recepción.—Núm. 27.

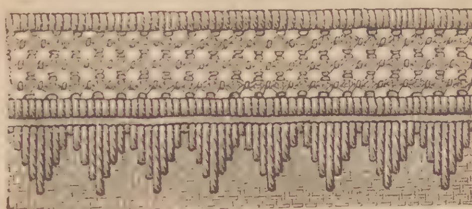
Vestido de fular fondo blanco, salpicado de pensamientos matizados. Adorno de guipur blanca y fular liso. Fondo de falda de tafetán y falda de fular que se cruza sobre el delantero. Corpiño terminado en puntas y com-

2.—Funda para almohadón de canapé. *Véanse los dibujos 3 y 4.*



3.—Bordado de la funda para almohadón de canapé. *Vease el dibujo 2.*

6 á 8.—Enaguas para señoras.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.



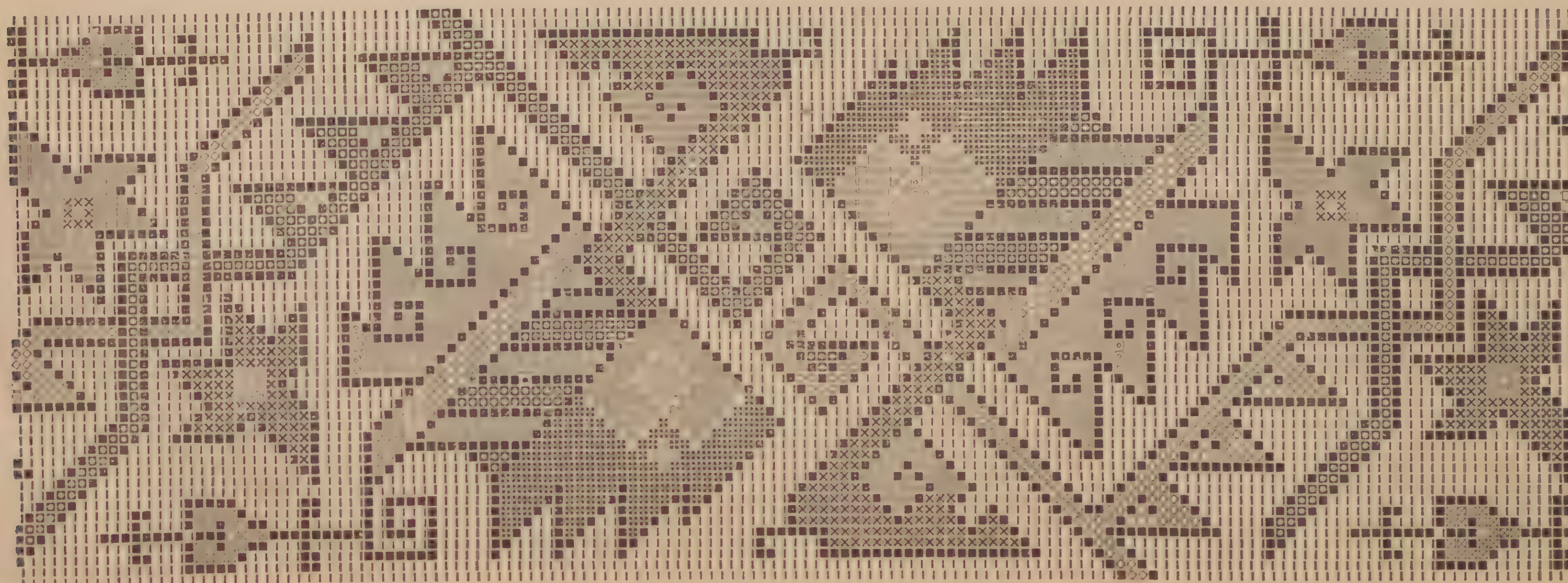
4.—Cenefa de la funda para almohadón de canapé.
Véase el dibujo 2.

10.—Guardacorsé.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

11.—Guardacorsé.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 64 á 67 de la Hoja-Suplemento.

9.—Enagua de *surah*.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

5.—Traje de baños de mar para niñas de 4 á 6 años.



12.—Tira de tapicería para cortinaje.

Explicación de los signos: ■ marrón obscuro; encarnado obscuro; encarnado mediano; ☒ encarnado claro; azul obscuro; azul claro; aceituna; ◙ bronce; □ amarillo; ❙ fondo crudo ó color masilla.

puesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros ajustados con pinzas y abiertos sobre un peto estrecho, ajaretado, de fular liso, el cual se añade sobre el forro, que se cierra en medio. La parte superior del peto va guarnecida de guipur. Una banda plegada de fular se pone sobre los delanteros. Manga ancha con cartera plegada de fular liso.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 14 metros de fular rameado, y un metro 50 centímetros de fular liso.

Vestido de vigoña.—Núms. 28 y 29.

Este vestido se hace de vigoña gris, y va guarnecido de seda negra y de cenefas de pasamanería negra dentada, de 12 y 6 centímetros de ancho. La falda de debajo va hecha de alpaca gris; se cubre su borde inferior con vigoña y forma por detrás unas jaretas. La guarnición se compone por delante de un pedazo de vigoña dispuesto en cada lado del centro en un pliegue hueco; se pone en los lados de este pedazo otro pedazo de la misma tela, de 59 centímetros de ancho, sesgado en el borde por detrás y cubierto en el borde de delante con seda otomana negra, cuya parte superior va guarnecida de una cenefa de pasamanería dentada. La guarnición de la falda va dispuesta por detrás en dos pliegues huecos que caen rectos. El corpiño va cubierto por delante con un peto de seda plegada; se le guarnece con solapas de vigoña terminadas en unos pedazos de faya y cubiertas de una cenefa de pasamanería; el borde inferior de los lados va guarnecido de aldetas hechas en parte de vigoña, en parte de faya, y cubiertas de una cenefa estrecha de pasamanería.

Traje de viaje.—Núms. 30 y 31.

Este traje se hace de lanilla marrón claro, y va guarnecido de seda color de cobre y seda azul obscuro. La falda de alpaca va provista por detrás de correas elásticas y de cintas; se guarnece su borde inferior con lanilla. La guarnición de lanilla va adornada en el borde inferior con dos tiras terminadas cada una en un vivo color de cobre y azul. Se pliega el borde superior de la guarnición por delante, y se le dispone por detrás en dos pliegues dobles huecos. Los delanteros del corpiño van guarnecidos en el borde de delante con dos volantes plegados de faya color de cobre, que tienen cada uno 5 centímetros de alto; se cubren los delanteros con faya color de cobre, fruncida en el escote. La chaqueta, que forma solapas, va guarnecida de bolsillos; se fijan sobre el cuello recto de faya color de cobre dos tiras de tela que se anudan por delante. Mangas fruncidas en lo alto y estrechas en el borde inferior.

Vestido de tafetán listado.—Núm. 32.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de crespón.—Núm. 33.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 14 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de cachemir bordado.—Núm. 34.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 15 á 19 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje para señoritas.—Núm. 35.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 20 á 27 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para jóvenes de 15 á 16 años.—Núms. 36 y 37.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 39 á 50 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para jóvenes de 14 á 15 años.—Núms. 38 y 39.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 51 á 63 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para señoras de edad.—Núms. 40 y 41.

Este vestido se hace de raso color de heliotropo obscuro, con dibujos claros y de terciopelo negro. La falda, hecha de faya, va guarnecida en el borde inferior con un volante recortado de faya; se la provee por detrás de una jareta. La guarnición se compone de un pedazo de terciopelo negro, sobre el cual se ponen los delanteros y los lados ligeramente plegados. Los delanteros y la espalda del vestido de encima van hechos de raso Duquesa, y los lados cortos de terciopelo; se fruncen los delanteros en el hombro formando una cabecita. El corpiño va abierto sobre un peto de terciopelo. El cuello, recto, el semicinturón y los puños van hechos de tul negro, sobre el cual se fijan unas tiras estrechas de terciopelo; se les guarnece en el borde exterior con encaje negro dispuesto en pliegues huecos.

Abrigo de viaje.—Núm. 42.

Es de paño *beige*, y va guarnecido de terciopelo habano. Tiene la forma de una levita plegada por detrás y abierta en medio. El delantero se recorta sobre un borde de terciopelo, y las ondas van ribeteadas de un galoncito de seda *beige*, que guarnece al mismo tiempo el borde inferior del abrigo. Esclavina recortada y guarnecida del mismo modo. En el lado derecho, bolsillo cuadrado de paño y terciopelo. Cuello recto y manga de codo.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de paño, y 2 metros de terciopelo.

Vestido para niñas de 2 á 4 años.—Núms. 43 y 44.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 30 á 35 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 3 á 5 años.—Núms. 45 y 46.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figs. 68 á 77 de la *Hoja-Suplemento.*

LOS MUEBLES DEL PORVENIR.

(APUNTES CURIOSOS.)

Recordáis, lectoras madrileñas, las hermosas plantas de bambú que adornaban calles y paseos en la Exposición de las islas Filipinas que se celebró en el parque de Madrid, de esta corte, en el verano de 1887? Eran altas, recias, flexibles, y habiendo sido plantadas de fina estaca á primeros de Abril, cuando se verificó la solemne apertura del concurso, bajo la presidencia de S. M. la Reina Regente, el día 30 de Junio, llegaban á una altura de cuatro y cinco metros y el diámetro del tronco medía, en muchas de ellas, once y aun catorce centímetros.

Pues hace ya bastantes años que un ilustrado viajero francés, el Barón Cloquet, regresando á su patria después de larga excursión por la India, escribió esta profecía: «Andando el tiempo, la planta del bambú será tan útil á las familias europeas, como beneficiosa ha sido la patata para la alimentación del pueblo.»

Y esta profecía, recibida entonces con sonrisa desdeñosa por los fabricantes de muebles, de aquellos pesados muebles de nogal que hoy *se imitan* (aunque se continúe llamándolos *de nogal*), revistiendo de una chapa de esta madera, delgada y muy brillante, la más blanda, porosa y quebradiza de pino, está á punto de cumplirse.

China y Japón, que han inundado á Europa de caprichosos mueblecitos, de porcelanas, de lacas, de bronces artísticos, la han dado también la planta del bambú: ésta, cultivada primero en algunos jardines como una rareza exótica, se reproduce maravillosamente en varias provincias de Francia y de Italia, y es lástima que no se cultive igualmente en nuestra Península, habiendo ofrecido tan excelente resultado los ensayos hechos en el parque de Madrid.

Por ejemplo: en el departamento de los Bajos Pirineos hay campos extensos de bambú, tan poblados como si fuesen de gramíneas, y los cultivadores afirman, según la revista *La Ciencia en la Familia*, que solamente la especie denominada *Bambusa violacea*, propia para la fabricación de muebles, les deja una ganancia líquida de 15 por 100. ¡Figuraos, lectoras, lo que sucedería si se cultivasen de igual modo las 171 especies de bambúes, todas útiles para esa fabricación y otras semejantes, mencionadas por el Dr. Schrœter, catedrático del Colegio Politécnico de Zurich!

El crecimiento del bambú es tan activo, que se hace, digámoslo así, á la vista: en pocos meses llegan ciertas especies á la prodigiosa altura de 100 pies, y en los años sucesivos ya no crecen, sino que se desarrollan su tronco y sus ramas enormemente.

Y si se tiene en cuenta que hay muchas especies propias de los terrenos palúdicos, y cuyos troncos y ramas absorben el agua de los pantanos, á manera de bombas aspirantes, y la exhalan después convertida en vapor y purificada, ¿no sería oportuno que los botánicos é higienistas españoles procurasen el saneamiento de tantos terrenos palúdicos que envenenan el ambiente de nuestras provincias del Mediodía y de Levante, poblando éstos de bosques inmensos de bambúes?

Hay otra cualidad rarísima en esa planta: quizás transcurre medio siglo sin que broten sus flores, y cuéntase que el botánico Mutis permaneció veintidós años esperando estudiar la flor del bambú llamada *Gadua augustifoglia*, y no lo consiguió; pero en compensación, en ciertos años el bambú da una abundancia increíble de flores, transformándose los bosques de la India en una inmensa floresta, en un triunfo espléndido de la Naturaleza.

Recuérdese que en 1812 las flores de bambú libraron del hambre á la India: fué un año terrible en aquellos países, donde el hambre es una plaga tremenda que ocasiona mortalidad enorme, y providencialmente, como por encanto de una hada benéfica, los dilatados bosques de bambú se cubrieron de flores, y la población famélica pudo alimentarse con ellas, porque la flor del bambú, tan agradable á la vista y al olfato, es un alimento sabroso y nutritivo.

En 1868 florecieron también los bambúes de los jardines de Europa, y los periódicos parisienses de aquella época refirieron que cierto príncipe francés regaló á una aristocrática dama de la corte de Napoleón III un ramo de flores de bambú que le había costado 6.000 francos.

***

Los chinos, los japoneses, los indios, los malayos, encuentran en el bambú la *materia prima* de casi todas sus industrias: no solamente los abanicos, los muebles, el papel y tejidos de varias clases, unos muy recios y otros finísimos, hácense con madera ó con fibras de bambú, sino que en las construcciones urbanas, las galerías interiores de las casas, las escaleras, las balaustradas se hacen también con esa madera durísima y á la vez elástica.

¿Queréis saber para qué sirven allí las cañas de bambú más gruesas? Para tubos conductores de agua desde los manantiales más lejanos de las poblaciones; y la razón es obvia: cada una de esas cañas puede tener quince ó veinte metros de longitud, y si la cañería cuesta poco, si se compara con las de zinc ó de barro cocido que se construyen en Europa, su colocación cuesta muchísimo menos y es obra de pocos días.

Dos años hace, cuando se celebraron en Roma las fiestas del Jubileo sacerdotal de Su Santidad León XIII, unos comerciantes japoneses, que saben adaptarse á los gustos de Europa, enviaron á Roma dos cargamentos de farolillos hechos con madera y papel muy resistente de bambú: muchos tenían las armas pontificias, perfectamente ejecutadas en brillantes colores, y otros las armas de Italia, también en colores; y los discretos comerciantes é industriales tuvieron la buena suerte de vender millares de aquellos farolillos, por el ínfimo precio de quince céntimos cada uno.

Ligero y flexible, capaz de recibir las formas elegantes de los muebles de madera curvada, que tan usados y apreciados son en todos los países, el bambú está predestinado en nuestra Europa á servir de *materia prima*, como en China y Japón, para construir sillas y mesas, banquetas y veladores, y otros muebles graciosos y ligeros.

¿No es el ideal de una silla la circunstancia de que *pese poco* y preste *comodidad y descanso*?

Lo es indudablemente: por eso hemos visto que poco á poco se han ido reemplazando en nuestras casas los colosales sillones que usaron nuestros abuelos, por las sillas volantes, las *trotteuses*, que dicen los franceses.

Los muebles del hogar doméstico no deben ser depósito de polvo, de insectos, de microbios, y no deben ser pesados, para que su traslación á otro punto se haga con facilidad y sin que cueste tanto como los mismos muebles.

El éxito merecido de las sillas de madera curvada es prueba de la necesidad que tenemos de muebles ligeros y airosos: magníficos, elegantes, cómodos son los *capitonnages*, esos muebles suntuosos revestidos de divanes, en ricas telas ejecutados; pero no son posibles, ni aun higiénicos, para usarlos continuamente.

Así como cayeron los sillones y las sillas de gutapercha, hace años tan celebrados y hoy reducidos á ocupar el cuarto menos habitado de la casa, caerán también, para el uso diario, esos otros, y servirán sólo de ostentación lujosa y artística en los grandes salones.

Los muebles del porvenir serán de bambú, de cañas de Indias recolectadas en Europa, cómodos, elegantes, higiénicos y baratos.

EMILIA DE S***.

LA VENTURA.

(ENSAYO DE NOVELA.)

(Continuación.)

El Marqués de Villa-Nara, que era un diplomático riquísimo, y acaso por esto muy apreciado en todas partes, hacía diez años que estaba unido á la encantadora Ernestina Veroldi, nacida en América de padres italianos. El tal matrimonio (verificado en la capital francesa) dió mucho que decir en la corte. Las damas asombrábanse de que el solterón, que había pasado «sin acercarse al sacro fuego del himeneo» lo mejor de su vida, casi al final de ella se decidiera á dar su nombre á una mujer desconocida, sin tener acaso grandes probabilidades de que supiera llevarlo dignamente.

Como la fortuna del Marqués había sido codiciada por muchas hermosas que no habían logrado decidirle á llevarlas al altar, tronaron á más y mejor al saber que le decidía otra, y de ella inventaron lo que les dió gana, y cuenta que no les dió por inventar nada bueno. Los hombres, ayudando á criticar á las mujeres, deseaban conocer á la joven Marquesa, alabadísima por la prensa de París. Ellos decían, fundadamente, que la mujer que había logrado *pescar* al hombre desdeñoso de grandes bellezas, tendría excepcionales encantos; así, no es extraño que los curiosos desearan conocerla y los Tenorios enamorarla; y no faltó necio que apostó ser el primero de los íntimos que la Marquesa había de tener.....

Con tales antecedentes, no tiene nada de particular que, cuando terminado el largo viaje de boda vinieron los esposos á Madrid y se instalaron en la rica mansión construída expresamente para recibirlos, fueran los seres á la moda.

Los aficionados á las impresiones fuertes, que se figuraron que aquella pareja desproporcionada (él tenía cincuenta y cinco años y ella veinte) sería una de las que diera más cebo á la crítica con sus escándalos, se equivocaron completamente.

Los Marqueses de Villa-Nara, socialmente considerados, eran los más correctos esposos del mundo. Ni él tenía celos de su mujer viéndola rodeada de adoradores, ni ella escuchaba á éstos con mayor preferencia que á las mujeres.

Él, siempre galante con las damas, ni un solo momento se olvidó de serlo con la suya; y ella, con todos igualmente afectuosa, si por alguno tenía predilección, lo disimulaba de un modo admirable.

No era la Marquesa de Villa-Nara una mujer correctamente hermosa, pero era peligrosamente atractiva. Su estatura, sus formas, sus reposados ademanes y su exaltada imaginación, recordaban su origen romano; su cabeza, profusamente coronada de rizos negros, verdadera cabeza de criolla por lo graciosísima, mostraba la frente tersa y pálida como las hojas de la azucena, y no mirando los fulgurantes ojos de Ernestina, dijérase que por aquella frente no pasaban ni los deseos que abrasan, ni los pensamientos que abruman..... ¡Engañosa apariencia! Contemplando los ojos de Ernestina, grandes, obscuros, sombreados, fascinadores en la expresión, un observador perspicaz podría sorprender en ellos un espíritu ardiente, avasallador, quizás pérfido ó malo, puesto que trataba de esconderse en la aparente serenidad de la mirada.

Las mujeres que más criticaban á la Marquesa, como sucede siempre, eran las que más solicitaban ser sus amigas y presentarla en sus salones, y los hombres, no dándose por vencidos ante la indiferencia de Ernestina, continuaban enamorándola y esperando que ella se rindiera.

Mas como en esta situación pasaron algunos años y la sociedad tiene cada día un nuevo ídolo, la impertinente curiosidad de las gentes fué poco á poco apartándose de la bella que ¡cosa singular! á medida que la miraban menos, más atentamente se fijaba en las personas, y alguien hubiera podido sorprender en sus miradas una predilección ó un deseo que desbordadamente salía á sus ojos.

¡Oh! sin duda en aquel ser que empezaba á sentirse libre del espionaje de la sociedad, que, aturdida, volvíase á destrozar un nuevo ídolo, en aquel ser asomaban las pasiones á la superficie, rompiendo el hielo de la hipocresía.....

Si á partir de esta fecha tuvo ó no tuvo devaneos la de Villa-Nara, es cosa que no nos interesa averiguar. La crónica mundana cuenta de ella horrores; pero la encantadora Marquesa es presidenta de la *Protectora de los indigentes*, asociación cual ninguna útil y beneficiosa, aunque poquísimos pobres conocen su existencia, y la dama más solicitada en los salones, en los teatros, en todas partes en donde lo más escogido del gran mundo se divierte.

Los Marqueses de Villa-Nara vivían en el barrio de Argüelles, y sería imposible describir la suntuosísima morada que tanto difería de las otras que hermoseaban aquella zona de Madrid, por su forma puramente árabe.

Entre los árboles de un gran jardín frondoso se levantaban dos pabellones separados por largo invernadero que servía de comunicación á los dos departamentos de la casa. De éstos partían las escaleras de servicio, que comunicaban á su vez con las cocheras y las cocinas, convenientemente separadas de las habitaciones señoriales.

Las riquezas amontonaron en ella los mármoles de Italia, los mosaicos argelinos y los costosos azulejos morunos. El arte labró los mármoles de las escalinatas, modeló y trabajó preciosamente los vanos del pórtico, y dió al exterior esos tonos vivos y resistentes, característicos de la rica y caprichosa arquitectura morisca.

En el invernadero (en el que las noches de gala se servía la cena) las palmeras asiáticas crecían como acariciadas por el ardiente sol; las tradescancias cubrían las paredes con sus pintados follajes, y á veces se enroscaban á las estatuas que adornaban aquel hermoso recinto. Al beso de la luna creciente rompían las gardenias su fresco capullo, nido del más grato perfume, y al lado de ellas crecían las begonias aterciopeladas, y entre musgo escondíanse las violetas y se erguían majestuosamente pletóricas de savia las exuberantes plantas tropicales.

Los dos pabellones en que estaba dividida la casa contenían cuanto de más diverso y hermoso ofrece nuestro siglo, amén de notabilísimas antigüedades.

Los Marqueses ocupaban el pabellón de la derecha. El Marqués, siempre galante con su esposa, se había instalado en el entresuelo, aunque le gustaba más el principal; y ella, satisfecha con las complacencias de su esposo, y convenientemente separada de él, en los amplios salones del principal vivía comodísimamente.

El otro pabellón era, si vale la frase, el *marquesado mismo*, es decir, en sus salones estaban representados de mil modos elocuentes los timbres gloriosos de la noble familia de los Villa-Nara, y la fortuna inmensa que el actual Marqués poseía. Era un museo que despertaba la codicia de la gentes: algo así como una pública manifestación de pergaminos y millones.

La tal morada, que fué uno de los regalos de boda que hizo el diplomático á su mujer, se construyó á gusto de ella. Ella trazó los planos, enterando minuciosamente de mil detalles al arquitecto, y ella, por una genialidad que aplaudió su marido, bautizó ambos pabellones con estas palabras: *Tú* y *Yo*. *Tú*, era el de la izquierda, cuyas habitaciones bajas destinó á biblioteca y museo arqueológico del Marqués: las altas, decoradas espléndidamente, á salones de gran recepción, de mundanas fiestas; y el *Yo* (dejando aparte el piso del Marqués, que lo alhajó á su gusto) eran las habitaciones de ella, ella misma reflejada en los varios muebles, en mil detalles frívolos: en la sala de tapices, donde, sentada al piano, arrancaba á las teclas dulcísimos acordes ó sonidos salvajes que revelaban su alma de mujer caprichosa y vehemente, y en su *boudoir*, que era una primorosa tarbea de sultana coquetísima, en la cual pasaba la Marquesa muchas horas tendida en un diván mirando en el techo, escritos con caracteres árabes, los textos del Korán, ó apartando de ellos las pupilas para cerrarlas al influjo de esas somnolencias voluptuosas á las que son en extremo propensas las naturalezas apasionadas.

La Marquesa recibió á las del Espinar y á Josefina con su acostumbrada finura, y las hizo sentarse á su lado en el *boudoir*.

Desde allí podían admirarse en toda su belleza los cuatro salones, que formaban una larga línea, un magnífico sendero de preciosidades, resplandecientes á la luz de cien bujías que, al reproducirse en las lunas venecianas, daban á las habitaciones un aspecto deslumbrador.

Dos lámparas, cuyas luces al pasar por las rojizas bombas envolvían en misteriosa penumbra el gabinete morisco, resultando así menos violento, casi armónico, el conjunto de los trajes y los fracs á la moda, con los divanes de arabescos dibujos tejidos con seda y oro; los almohadones, con estudiado descuido apilados en el suelo sobre telas indianas; las mesillas bajas de menudo alicatado, cargadas unas con lindos juguetes, otras destinadas á sostener una colección de narguilaes preciosos, cerca de los cuales, ardiendo lentamente en dorado pebetero, embalsamaban la atmósfera suaves perfumes orientales.

Desde allí el saloncito de juego se destacaba por su sencillez: veíase luego la estancia de los tapices, majestuosamente severa, sin más adornos entre sus muebles de brocatel obscuro que un piano y un arpa, y allá en un ángulo, un admirable bronce florentino; y, por último, la biblioteca, pequeñita, alegre, tapizada de claro, con sus barros cocidos, sus acuarelas, sus porcelanas, sus flores, unos estantillos repletos de libros, en su mayor parte franceses, lujosamente encuadernados.

¡Oh! claramente decían aquellos volúmenes y la juvenil y risueña vestidura del aposento, que quien acudía algunas tardes á visitarlo no lo hacía para recoger el espíritu estudiando á los grandes autores, sino para entretener los ratos de aburrimiento con lecturas ligeras y agradables.

Josefina miraba todo esto con interés, hasta que la llegada de Luis le hizo olvidarse de cuanto veía.

Consuelo, apoyada en el brazo del joven, estaba radiante de contento al oir los murmullos de admiración con que á su paso la saludaban los hombres.

La Marquesa hacía galantemente los honores á cuantas personas iban llegando, y á menudo dirigía una mirada ansiosa á los corredores de entrada.

La concurrencia no era numerosa, pero sí distinguida. Allí estaban los amigos íntimos del aristocrático matrimonio, gente acaudalada y alegre, que acudía los lunes á casa de los Villa-Nara á pasar una noche agradable, cenando bien y comentando mejor los *succès* de la semana última.

No faltaban entre los concurrentes el Secretario del Embajador, contemporáneo del Marqués, tieso, enjuto y pulcramente vestido, que se preciaba como nadie de decir palabritas de miel á las señoras, ni el político discutidor, ni el heredero de una gran familia, tonto de capirote. Entre las damas, que no pasarían de quince, había dos lindas hermanas, las cuales, serias y altivas, solamente hacían una excepción al hablar con el tonto heredero cuando éste en torno de ellas mariposeaba; una rubia espiritualísima, que renegaba *sotto voce* de las *matinées* de la Duquesa***, y porque se leían versos y no se bailaba cotillón, y varias señoras que rodeaban á una bajita y muy compuesta, de sesenta años lo menos, que hacía las delicias de la gente por sus pretensiones de niña melindrosa.

Pepitita, aquella soltera pintada, vestida de blanco, diciendo tonterías, haciendo ridiculeces, creyendo de buena fe las burlescas declaraciones amorosas que la dirigían los muchachos, accediendo gustosa á las peticiones que todos la hacían para que cantara *flamenco*, ha pasado por muchos salones siendo la diversión, la mofa de la sociedad, á la cual ella sonreía satisfecha, cegada por una incomprensible insensatez.

Avergonzada, como del delito mayor, de verse vieja, no quería ostentar sobre sus sienes marchitas el cabello blanco, esa augusta corona de la ancianidad, y ¡triste cosa! la juventud irreflexiva, siempre que veía la vejez asomada á través de los postizos, no podía contenerse y la escarnecía.....

Algunas damas rogaron á la Marquesa que tocara el arpa; pero ella, suavemente, con la mayor dulzura, se negó á complacer á sus amigas.

Parecía un poco inquieta.

Daban las doce en el momento que el sobrino de los Villa-Nara, Enrique Gualdaro, entró en los salones. Saludó cariñosamente á su tío (á la sazón engolfado en una partida de ajedrez), y luego estrechó las manos á la Marquesa, que lo recibió mirándole con marcada frialdad.

El contestó aquella mirada glacial con una vehementísima; pero la Marquesa, haciendo un gesto desdeñoso, le volvió la espalda. Paróse un momento en cada uno de los grupos por las habitaciones esparcidos, diciendo á todas las personas una frase afectuosa: acercóse á su marido, y tocándole cariñosamente en el hombro, murmuró:

—Ten cuidado, amiguito: supongo que no querrás arruinarme.

El Marqués sonrió á su mujer como se sonreía siempre, con una sonrisa sello de su rostro, manifiestamente de hombre tranquilo, confiado, seguro de su felicidad, y continuó jugando.

Enrique dió una vuelta mariposeando entre las damas, y después fué á sentarse al lado de su tía en el saloncito árabe. Allí estaban también Consuelo y Luis saboreando los dulces sueños de los enamorados, y Josefina, en la cual no se había ocupado la Marquesa hasta aquel momento que la entregó un libro con magníficas ilustraciones para que la niña lo admirase.

Una joven comenzó á tocar en el piano el rondó de *Lucía*, y entre las armonías de la música se perdían las palabras que acaloradamente se dirigían la Marquesa y el capitán. Mas cuando las últimas notas en lentas gradaciones se desvanecieron, percibióse la voz de la Marquesa, que decía con sigilo:

—No, tú me engañas; tú me ocultas algo.....

—Te juro por mi honor.....—indicó valientemente él.

Y algunos aplausos otorgados á la pianista ahogaron lo restante de aquel breve diálogo íntimo.

La Marquesa se levantó, y un observador acostumbrado á leer en el rostro las más ocultas emociones del alma, hubiera advertido la plácida expresión de contento que brilló desde aquel instante en el rostro de Ernestina.

Entonces, y como si la tranquilidad que sentía la hiciese recordar que estaba allí la huérfana, dijo á sus amigos:

—Señores, ha llegado el momento de que conozcan ustedes la sorpresa que les tengo preparada.

Un movimiento de curiosidad siguió á estas frases. La Marquesa y Asunción del Espinar se dirigieron á Josefina, que en medio de las dos, y como si quisieran ambas disputársela, fué conducida al salón de los tapices donde todos los concurrentes estaban.

Adelantóse un poco Ernestina, y señalando á la rubia, dijo sencillamente:

—Josefina Ventura, huérfana, protegida por las señoras del Espinar, canta admirablemente.

Un prolongado ¡ah! emitido por todos aquellos seres, se oyó terminada la familiar presentación. Josefina hizo una inclinación de cabeza, y la madre de Consuelo, que no quería que ignorasen todo lo amplia que era su protección, comenzó á hablar de ella detalladamente; pero la Marquesa, mujer de exquisita educación, encontró del peor gusto aquella palabrería de su secretaria, y la cortó diciendo:

—Ea, señores, vamos á oir cantar á esta niña. Consuelito, ¿la acompañas tú?

Consuelo se separó del lado del poeta, y cogiendo del brazo á Josefina, la llevó al piano.

La huérfana cantó el *Ave María*, de Gounod, mejor aún que en casa del banquero. Flotaba su voz dulcísima con tal expresión de sentimiento, de fervorosa súplica, que parecía que cantando aquellas frases tristes, inspiradísimas, conmovedoras, por medio de ellas la huérfana demandaba al cielo resignación, piedad, algo supremo y bendito que los humanos no habían de darle nunca.

SOFÍA CASANOVA.

(Continuará.)

EN EL ÁLBUM DE TRES SEÑORITAS.

I.

¿Por qué se antojan, las tres unidas,
De mi gastado tosco laúd,
Si mis canciones envejecidas
Son flores mustias, descoloridas,
Astros errantes faltos de luz?

Tal vez ignoran ¡santa ignorancia!
Que las canciones tienen su edad,
Como las flores suave fragancia,
Ruidos la fuente, sueños la infancia,
La noche sombras, perlas el mar.

Si diera el cardo flores hermosas
Y las tinieblas rayos de sol,
Para este libro de hojas preciosas,
Nardos, jazmines, mirtos y rosas
En mis verjeles tuviera yo.

Pero volaron los bellos días,
Las ilusiones del trovador,
Y se llevaron las armonías,
Dejando sólo cenizas frías
Allá en el fondo del corazón.

¿Por qué los años, que raudos vuelan,
El ritmo apagan de mi laúd,
Cuando tres Gracias versos anhelan
Para este libro, donde revelan
Su amor al Arte, del genio luz?.....

Mas los recuerdos del tiempo viejo
Valor y fuerzas me ofrecen ya;
Y en este álbum escrito dejo,
Con tosca pluma, sano consejo
Que en la memoria conservarán.

II.

Viste la aurora de un claro día
Joyas y trajes de oro y tisú;
Pero yo encuentro más armonía,
Más ricos trajes, más poesía
En los albores de la virtud.

Si el talle esbelto de la sultana
Y el rojo labio de bella hurí
Son los encantos de una mañana,
Lindos celajes de azul y grana,
Que fácil borra niebla sutil;

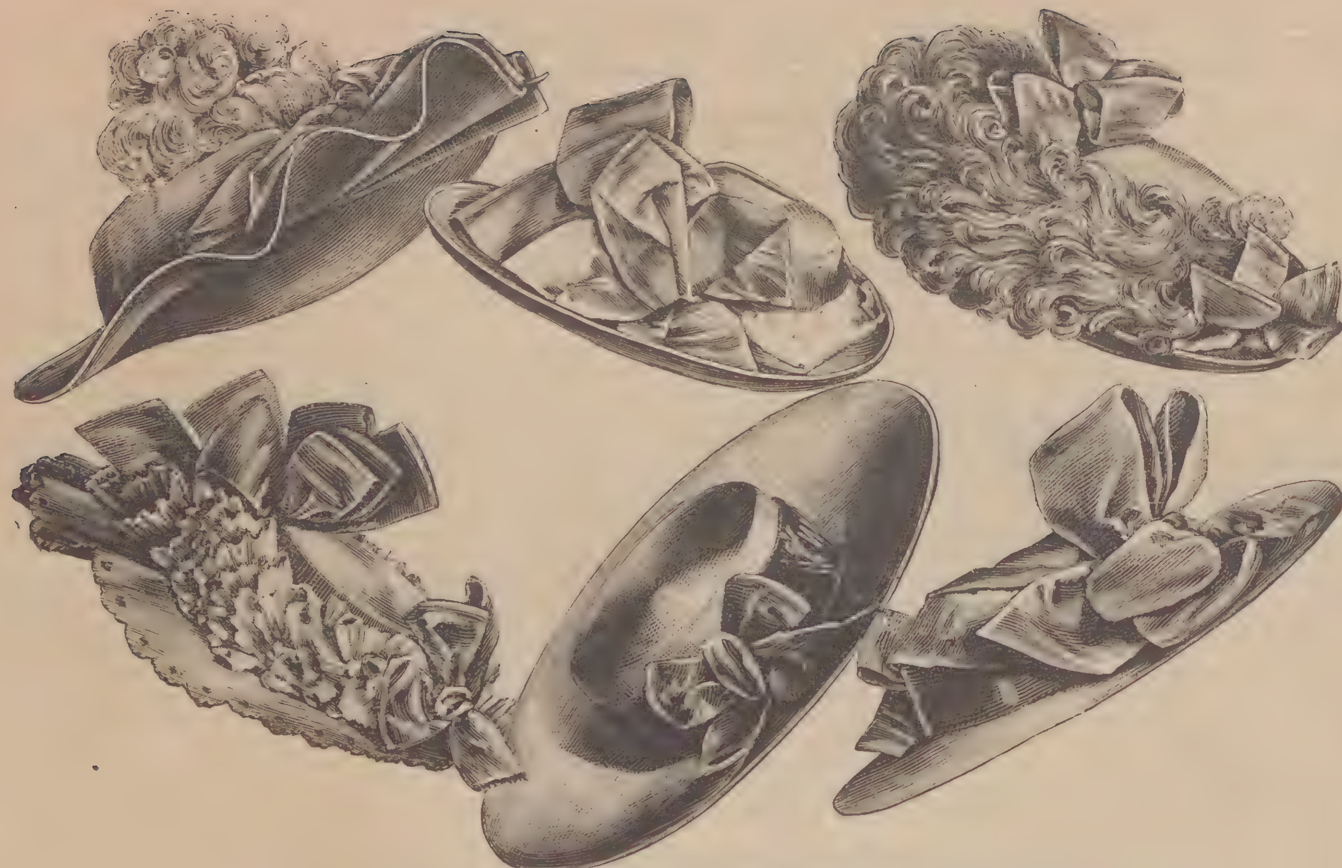
No así el adorno de un alma pura,
Sumisa esclava de la virtud;
Pues si decaen de la hermosura
Los atractivos, aquél perdura,
Porque es eterno como la luz.

Jamás olviden, Flores del Lago,
Del huerto adorno, luz del hogar,
Que las rendidas al dulce halago
De las pasiones, hallan en pago
La triste muerte del ser moral:

Que hay en la tierra rosas y espinas,
Dulces panales y amarga hiel;
Inmensos llanos, cimas andinas,
Versos ramplones, trovas divinas,
Y eternas luchas del Mal y el Bien.

Y en esas luchas, si desoídas
Las previsiones de un padre son,
Seguramente serán vencidas
Las tiernas niñas, flores caídas
En el revuelto mar del error.

¿Pero á qué vienen las predicciones
Que al alma visten de negro tul,
Si las tres Gracias, por galardones,

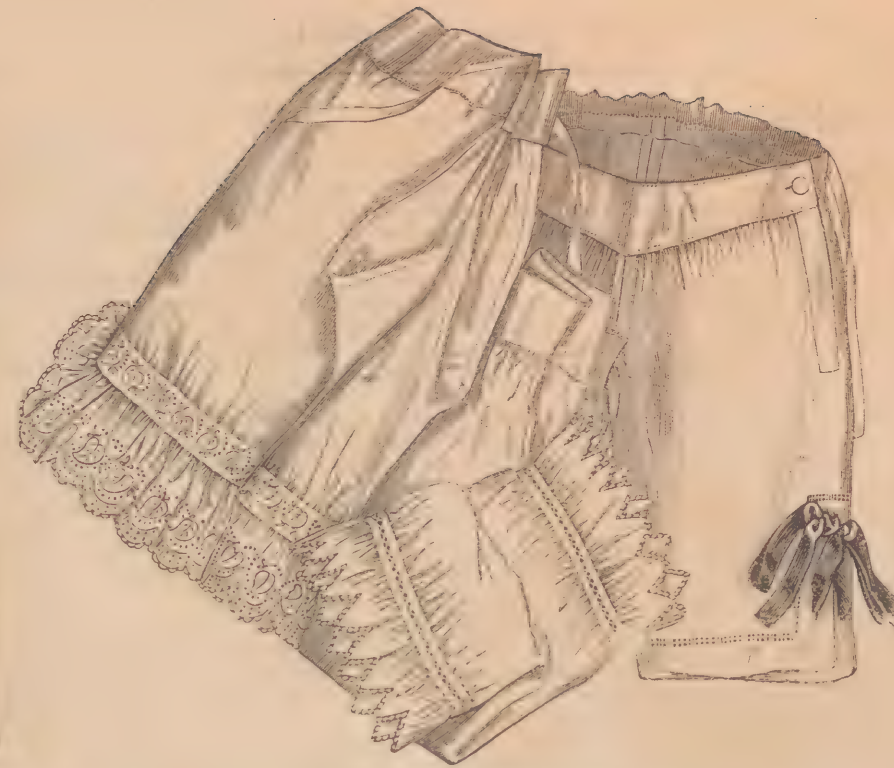


13 á 18.—Sombreros para niñas y niños.

29.—Vestido de vigoña.
Espalda
Véase el dibujo 28.

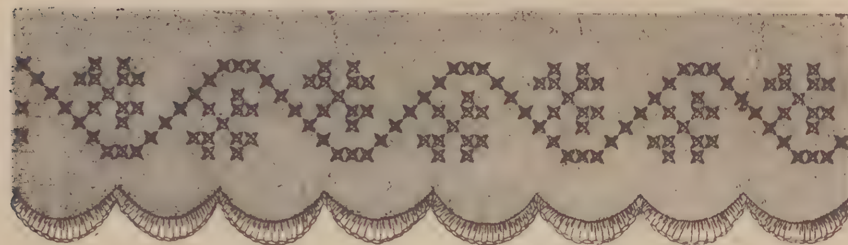
20.—Sombrero á la romana.

31.—Traje de viaje.
Espalda.
Véase el dibujo 30.

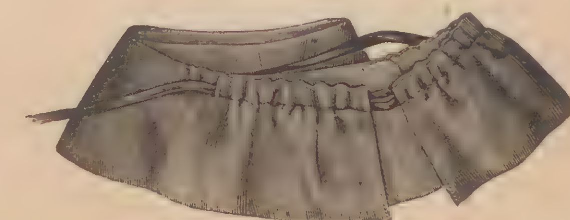


23 á 25.—Pantalones para señoras.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 28 y 29, y núm. XIII, figs. 78 y 79 de la Hoja-Suplemento

21 y 22.—Vestido para jóvenes de 14 años.
Espalda y delantero.



19.—Bordado al punto de cruz para vestidos y delantales de niños.



26.—Cinturón de enagua para señoras gruesas.
Explic. y pat., núm. VI, fig. 36 de la Hoja-Suplemento.

27.—Trraje de recepción.

28.—Vestido de vigoña.
Delantero.
Véase el dibujo 29.

32.—Vestido de tafetán listado.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

33.—Vestido de crespón.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 14 de la Hoja-Suplemento.

34.—Vestido de cachemir bordado.
Explic. y pat., núm. II, figs. 15 á 19 de la Hoja-Suplemento.

30.—Traje de viaje. Delantero.
Véase el dibujo 31.

35.—Traje para señoritas.
Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 27 de la Hoja-Suplemento.

Del cielo tienen las bendiciones,
Porque se escudan con la virtud?.....

Son los recuerdos del tiempo viejo,
Recuerdos gratos al corazón,
Los que hoy me traen, como reflejo
De amor paterno, sano el consejo
Que en estos versos derramo yo.

Bellas ondinas del manso lago,
Adorno y gala y luz del hogar,
Jamás olviden que el dulce halago
De las pasiones es fuerte amago
Contra la vida del ser moral.

JOAQUÍN QUINTERO.
(Venezolano.)

MI TÍO JUAN.

(CUENTO.)

SALÍAMOS de la iglesia de San Ginés, de esta corte, mi amigo y condiscípulo Antonio y yo, en una deliciosa tarde de Mayo último, cuando se acercó á nosotros un anciano mendigo, y pidiónos limosna por amor de Dios.

Mi amigo Antonio, antes que yo diera al postulante una moneda de diez céntimos, echóse mano al bolsillo del chaleco, sacó un duro, le besó y le dejó caer en el sombrero del mendigo.

Yo, sorprendido de tanta esplendidez, dije á mi amigo, sonriendo:

—¡Qué rico estás, y qué generoso!

—Este anciano desgraciado me recuerda una historia de familia..... Vamos á paseo hacia Recoletos, y te la contaré.

La historia que me refirió Antonio es la siguiente.

***

Mi familia, oriunda de Vigo, no era rica; mas vivía discretamente sin dar que hablar á los murmuradores, aunque mi padre, que trabajaba mucho en su oficio, no ganaba sino precisamente lo necesario para vivir con privaciones.

Mi madre sufría mucho por la estrechez de nuestra existencia, y siempre tenía en los labios palabras acres para su marido, y alusiones veladas y pérfidas; y el pobre hombre todo lo sufría en silencio.

No se me olvidará su ademán habitual para resistir á las injustas recriminaciones de su esposa: pasábase la mano derecha abierta por la frente, como para enjugarse un sudor que no existía, y nada contestaba, por conocer la impotencia de su dolor.

Se economizaba en todo: jamás aceptaban mis padres una comida de parientes ó amigos, por no quedar obligados á corresponder con otra; se compraban las provisiones de más bajo precio, y por lo tanto, las peores; mis dos hermanas se hacían sus modestos vestidos, y las discusiones acerca de las hechuras, para elegir la que exigiera menos tela y menos adornos, duraban largo tiempo.

Excuso decirte que yo entonces, chicuelo revoltoso, era objeto de severos castigos cuando llegaba á casa, de vuelta del colegio ó de jugar en los muelles y en la playa, si me faltaba un botón en la chaqueta, ó tenía los codos rotos, ó bien algún *siete* en los pantalones.

Todos los domingos salíamos con los trapitos de cristianar, como se suele decir, á dar un largo paseo por el muelle y las orillas de la ría: mi padre llevaba su ya lustrosa levita negra, sombrero de copa y guantes, y daba el brazo á mi madre; y mis hermanas, ya casaderas, estaban siempre dispuestas para dar la señal de la partida.

Solía ocurrir en el último instante que la mirada escudriñadora de mi madre descubría alguna mancha en la levita ó en el pantalón de mi padre, y era necesario limpiarla en el acto con fricciones de extracto de bencina. ¡Allí habías de ver á mi madre con sus gafas caladas, pues era présbita, frotando la levita y á la vez regañando entre dientes, y á mi padre, puesto el sombrero y en mangas de camisa, esperando con soberana calma el fin de la operación!

Emprendíamos la marcha: las niñas caminaban delante, del brazo, y llamaban la atención de los transeuntes por su lindo palmito y su modestia; yo iba al lado de mi madre, cuyo brazo derecho se apoyaba en el izquierdo de mi padre.

¡No se me olvidará el aire pomposo de mis padres, la seriedad de su semblante, la gravedad de su acompasada marcha! Avanzaban lentamente con el cuerpo muy erguido, las piernas muy estiradas, los pasos siempre iguales, como si de su grave aspecto pendiese un negocio importantísimo.

Y todos los domingos también, cuando veíamos entrar en el puerto algún vapor transatlántico, ó cualquiera otro buque procedente de remotas playas, mi padre pronunciaba suspirando, indefectiblemente, estas palabras:

—¡Ah! ¡Si Juan viniera á bordo de ese barco! ¡Qué sorpresa!

***

Mi tío Juan, hermano mayor de mi padre, era la esperanza de la familia, después de haber sido su terrible amenaza, su espada de Damocles.

Yo había oido hablar de él casi desde mi niñez, y creo que le hubiera conocido, sin haberle visto jamás, á la primera mirada. ¡Tan grabado estaba en mi imaginación su semblante de ogro, con arreglo á las gráficas descripciones de mi madre!

Había tenido, según parece, mi tío Juan una conducta malísima, comiéndose en pocos años buena cantidad de pesetas, y esto constituye, como es sabido, en las familias medianamente acomodadas, el mayor de los delitos; y después de derrochar lo suyo, comenzó á *dar aire* (así se dice en mi tierra) á lo que pertenecía por herencia á su hermano, ó sea á mi padre.

En suma: que le embarcaron en uno de los buques de vela que, atestados de emigrantes gallegos y asturianos, zarpan mensualmente de nuestras costas para las de la América del Sud.

Establecióse en Montevideo, y empezó á comerciar en no sé qué, mas con algún éxito, porque antes de un año escribió á mi padre afectuosamente, manifestándole que ganaba ya *buenos cuartejos* y que esperaba indemnizarle en breve del dinero que le había derrochado.

¡Qué carta aquella! Era yo un chiquillo de seis años, y todavía recuerdo, como si hubiera ocurrido ayer, la emoción que produjo en mi familia.

¡Oh! Aquel Juan que antes no valía un ochavo (como entonces se decía, por no haber nacido el céntimo) se transformó súbitamente, en opinión de mis padres, en hombre honrado y caballero, hombre de corazón de oro y de nobles pensamientos.

Por casualidad supimos, tres ó cuatro meses más tarde, que mi tío Juan había abierto un gran comercio en una calle principal de Montevideo, y dos años después recibió mi padre otra carta que decía así:

«Mi querido Felipe: Te escribo estas pocas líneas para que no estés inquieto por mi salud, que es buena, ni por mis negocios, que marchan viento en popa; pero mañana saldré de aquí para un largo viaje á la América del Norte, y tal vez carecerás de noticias mías largo tiempo.

»Si no te escribo, no te preocupes de ello, y ten presente que volveré á Vigo en cuanto logre redondear mi fortuna; y como espero que esto no será empresa muy larga, pronto viviremos juntos, Dios mediante, y felices.—Tu hermano, *Juan.*»

Esta carta vino á ser un evangelio para mi familia: mis padres la leían á cada momento y la mostraban á todos sus amigos; pero transcurrió un año, y dos más, y otros, hasta diez, y mi tío Juan no llegaba, ni nos escribía, ni nadie nos dió noticias suyas.

Mas la esperanza nuestra se agrandaba con el tiempo, y hasta mi desconfiada madre murmuraba con frecuencia:

—Cuando venga el buen Juan cambiará en absoluto nuestra situación. ¡Excelente Juan! ¡Cómo ha sabido corregirse de sus locuras, y hacerse hombre de provecho!

Y todos los domingos, repito, cuando surgía de las ondas, en el lejano horizonte, un colosal transatlántico, lanzando al espacio enroscadas serpientes de humo negro y espeso, mi padre decía su eterna frase:

—¡Ah! ¡Si Juan llegase á bordo de aquel vapor! ¡Qué sorpresa!

Y acaso el infeliz esperaba, aunque siempre en vano, verle en la cubierta del buque, agitando un blanco pañuelo, y gritando con voz estentórea:

—¡Eh, Felipe! ¡eh, Felipe! ¡Aquí estoy!

***

Mi hermana mayor tenía entonces veintiséis años, y la otra veinticuatro.

Cierto día se presentó un candidato á la blanca mano de la primera, tan linda como buena: era el tal un empleado en Hacienda, no rico, aunque sí muy honrado.....

Dios me perdone, pero desde entonces he tenido la convicción de que la carta de tío Juan, leída una noche por mi padre delante del novio, contribuyó en gran manera á disipar las vacilaciones del joven.

Decidióse que el casamiento se efectuara en el término de un mes, y que el viaje nupcial, acompañando á los recién casados toda la familia, no se prolongara más allá de la Coruña, hermosa ciudad que aun no conocíamos.

Aquel viaje, más que el casamiento de mi hermana, fué preocupación constante, único ensueño de mi espíritu en todos los momentos.

Llegó el día feliz, y desde la iglesia nos dirigimos casi procesionalmente al muelle, para embarcarnos en un vapor francés que partía á las once para la Coruña.

Lo veo todo en este instante como si hubiese acontecido ayer, y han pasado ya treinta años..... ¡casi una vida!

El vapor humeante estaba atracado al muelle; mi padre, lleno de zozobra, vigilaba el embarque; mi madre, inquieta, agarrada al brazo de su hija menor, parecía un pez fuera del agua; los nuevos esposos, que siempre se quedaban detrás, pasaron los últimos á la cubierta del buque.

Este silbó, y levando anclas, empezó á deslizarse por la ancha ría, que semejaba una inmensa tabla de azulado mármol; contemplábamos las lejanas orillas, que huían delante de nosotros, con el arrobamiento casi estúpido que embarga al ánimo la vez primera que se viaja por mar; yo me sentía feliz, orgulloso, dispuesto á acometer las más altas empresas.

Ya en alta mar, observamos entre los pasajeros á dos elegantes jóvenes que ofrecían ricas ostras á dos señoras, las cuales estaban sentadas en la toldilla de popa; y las dos parejas comían con suma delicadeza los sabrosos moluscos que un viejo marinero les presentaba en su callosa mano, abiertos ya por un golpe magistral de cuchillo.

Mi padre, que gustaba mucho de aquel marisco, seducido por la distinción de comer ostras á bordo de un vapor transporte, acercóse á mi madre y hermanas, preguntándolas:

—¿Queréis ostras?

—Sí, papá, sí—contestaron mis hermanas.

Pero mamá, vacilando por causa del gasto, dijo de mal humor:

—Temo que me hagan daño..... ¡Muchas gracias!..... Y vosotras, niñas, comed pocas....., que son muy pesadas.

Y en seguida, volviéndose hacia mí, añadió:

—Pepe no debe comerlas..... ¡no hay que enseñar gollerías á los muchachos!

Y no tuve más remedio, después de tan injusta distinción, que permanecer sentado cerca de mi madre, mientras mi padre, hermanas y cuñado se acercaban majestuosamente al viejo marino vendedor de ostras.

Mi padre quiso enseñar á sus hijas la manera de abrir el molusco sin verter la deliciosa agua encerrada en las conchas, y tuvo tan mala fortuna y tan fatal desacierto, que derramó sobre su levita el líquido de la primera ostra que cogió en sus manos.

—¡Mejor harías si vinieras á sentarte á mi lado!—gritóle su mujer con aspereza.

Y era que el buen señor estaba tembloroso desde que fijó la mirada en el vendedor de ostras; se alejó algunos pasos con disimulo, volvió á mirar fijamente al viejo marinero, y más pálido que un muerto acercóse á mi madre, y la dijo al oído con balbucientes palabras:

—¡Cómo se parece á Juan ese vendedor de ostras!

Mi madre, estupefacta, preguntó:

—¿A cuál Juan?

—A Juan..... á mi hermano Juan..... Si no supiese que Juan es rico y está en América, yo juraría que era él.....

—¿Estás loco?—interrumpióle colérica mi madre.—Sabiendo que no es él, porque no puede ser él, ¿por qué me dices tal necedad?

—¡Vete á verle!—insistió mi padre.—Prefiero que juzgues tú misma.....

Mi madre se levantó, y fué á reunirse con sus dos hijas y su yerno.

Yo también miraba al marinero ostrícola: era un viejo arrugado por los años ó por las penas, mal vestido, sucio, indiferente á todo lo que acontecía alrededor de él, menos á la venta de sus ostras.

Mi madre regresó á su asiento, y temblaba.

—¡Creo que es él!—dijo rápidamente á mi padre.—Dirígete al capitán, y pídele noticias..... ¡A ver si eres hábil y prudente!

Yo seguí á mi padre, que estaba profundamente emocionado.

Era el capitán del buque un hombre alto, delgado, recio, con ceño fruncido, rizado bigote y grandes patillas negras; y se paseaba por el puente con tanta prosopopeya, dándose tanta importancia como si fuese almirante de una escuadra de guerra.

Papá se aproximó ceremoniosamente, y le preguntó sobre el oficio; deshaciéndose en cumplimientos, y para mostrarse hábil, según le había recomendado su esposa, interrogóle acerca de la Coruña, de sus edificios, de su puerto, hasta de su comercio é industria, ni más ni menos que si se tratase de la más ignota aldea del Celeste Imperio, y acabó por decirle con voz alterada por la emoción:

—Tiene usted á bordo un vendedor de ostras que me parece hombre por demás interesante. ¿Se saben algunas particularidades acerca de ese individuo?

—Sí, conozco algunas—respondió el capitán.—Es un viejo vagabundo gallego á quien he encontrado medio muerto de hambre en Nueva York, el año último, y le he traído á su patria; mas no quiere abandonar mi barco, y menos aquí, porque dice que tiene acreedores por una buena suma..... Es de Vigo, y se llama Juan..... Juan de..... ¿de qué?..... ¡Pues no recuerdo el apellido que me dijo! ¡Tengo tan mala memoria!

—¡Ah, ah! Basta, caballero, basta..... Doy á usted gracias por su galantería—contestó mi padre.

Y se alejó del capitán, que se quedó mirándole estupefacto.

Mi padre volvió al lado de su mujer, tan pálido y vacilante, que aquélla le dijo:

—¡Cálmate, hombre! ¡siéntate!..... ¡Si nuestro yerno comprendiese algo de lo que ocurre!.....

Y entonces él, cayendo en una mecedora, dijo:

—¡Es él, sí; es él!

Y luego preguntó:

—¿Qué debemos hacer?

Mi madre contestóle con vivacidad:

—Es necesario que se alejen de allí las muchachas, y también el yerno; y puesto que Pepe lo sabe todo, porque nos ha oído, que vaya á llamarlas..... ¡Vete, niño, inmediatamente!

Mi padre estaba aterrado.

—¡Qué catástrofe!—exclamaba.—¡Qué catástrofe!

Mi madre, olvidándose de que Juan era noble y generoso cuando nos escribió sus dos cartas, empezó á murmurar de este modo:

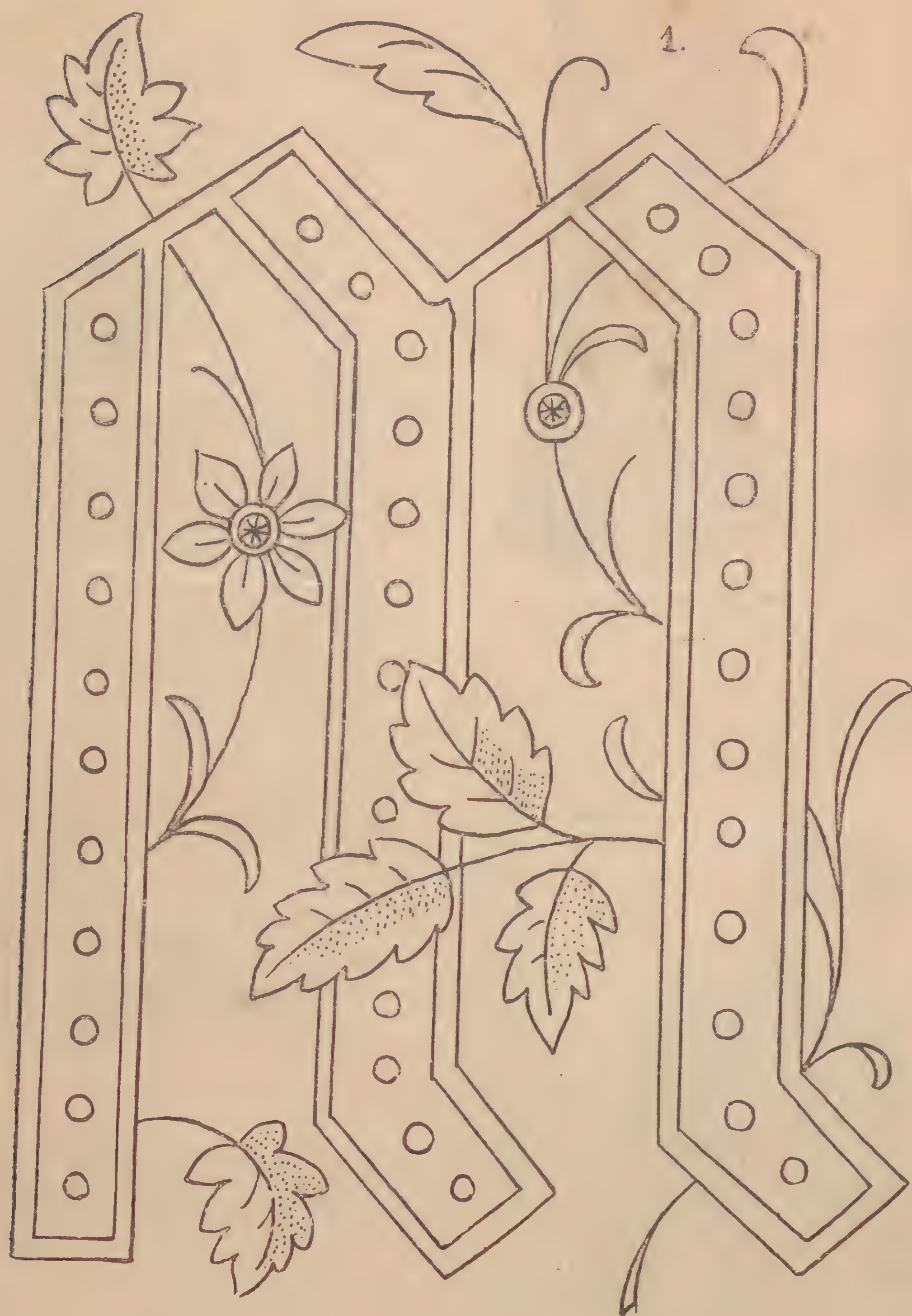
—¿Quién había de esperar nada de ese perdido? ¡Pues apenas tiene desvergüenza! ¡Escribir que está redondeando su fortuna, y encontrarle transformado en mendigo! ¡Bah, qué asco! ¿Cómo suponer que hay en toda tu familia un hombre honrado?

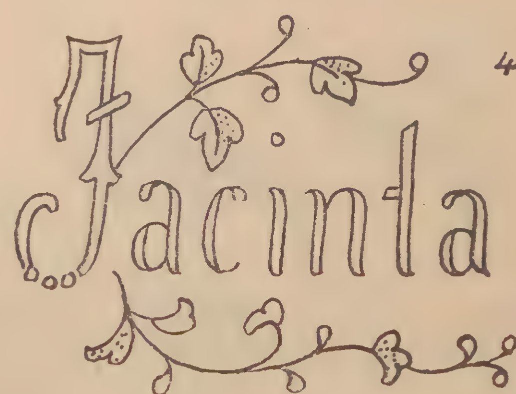
Y mi padre, en oyendo tales improperios, se pasaba por la frente la mano abierta, según su antigua costumbre.

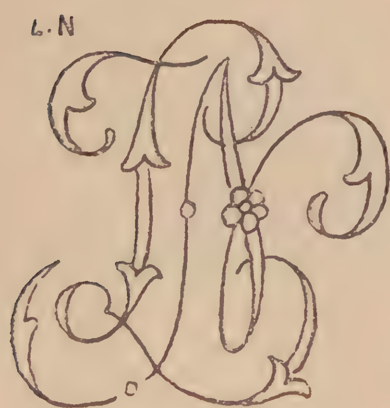
—Da dinero á Pepe—añadió mi madre con desdén—para que pague las ostras..... ¡no quiero deber ningún favor á tu hermano Juan, ya que nos ha dado él tantos disgustos!..... Vámonos á la otra extremidad de la cubierta, para estar más lejos de ese hombre.

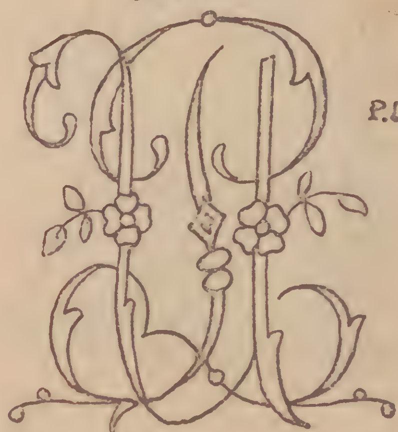
Y los dos se alejaron, después de darme un duro para pagar las ostras.

Mis hermanas, sorprendidas por mi intervención en









1 y 2. Continuación de abecedarios para marcar sábanas y almohadas. 3. Anagrama del nombre de Marcela. 4. Nombre para pañuelos.– 5. Enlaces para marcar pañuelos de diario.

37.—Vestido para jóvenes de 15 á 16 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 36.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 39 á 50 de la Hoja-Suplemento.

39.—Vestido para jóvenes de 14 á 15 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 38.
Explic. y pat., núm. X, figs. 51 á 63 de la Hoja-Suplemento.

41.—Vestido para señoras de edad. Espalda.
Véase el dibujo 40.

42.—Abrigo de viaje.

36.—Vestido para jóvenes de 15 á 16 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 37.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 39 á 50 de la Hoja-Suplemento.

38.—Vestido para jóvenes de 14 á 15 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 39.
Explic. y pat. núm. X, figs. 51 á 63 de la Hoja-Suplemento.

40.—Vestido para señoras de edad. Delantero.
Véase el dibujo 41.

43 y 44.—Vestido para niñas de 2 á 4 años. Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. V, figs. 30 á 35 de la Hoja-Suplemento.

45 y 46.—Vestido para niñas de 3 á 5 años. Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 68 á 77 de la Hoja-Suplemento

aquel asunto, me preguntaron por papá, y yo les dije que estaba al lado de mi madre, quien sentía los efectos del mareo.....

—¿Cuánto se debe, buen hombre?—pregunté al viejo marinero, y tuve tentaciones de llamarle tío mío.

El me respondió:

—Diez reales, señorito.

Le dí la moneda, un duro isabelino, y el viejo me devolvió el resto.

Miré su mano: era una mano encallecida, arrugada, seca, propia de un lobo de mar, y miré también su viejo rostro, más lleno de arrugas que la mano, curtido por el aire marino, triste, miserable.

Y entonces sí que dije en mi interior:

—¡No hay duda! Es mi tío Juan, porque tiene todas las facciones de mi padre.

Le dí dos reales de propina, y me rindió gracias con el acento de un pobre mendigo que recibe una limosna, y que está acostumbrado á recibirla, diciendo:

—¡Dios le bendiga, señorito!

Pensé entonces que el pobre hombre había mendigado también en América.....

Mis hermanas me contemplaban estupefactas, admirando mi generosidad, y cuando entregué á mi padre las dos pesetas sobrantes, mi madre preguntó con exaltación:

—¡Cómo! ¿os habéis comido tres pesetas de ostras?

—He dado al vendedor—respondí con firmeza—dos reales de propina.

—¿Dos reales nada menos? ¿á ese perdido? ¿á ese miserable?

Y calló al punto, cuando la mirada de mi padre le indicó que todo lo escuchaba el yerno.

***

Delante de nosotros, en el lejano horizonte, surgía del mar la graciosa silueta de la Coruña.

Mas antes de abandonar el buque sentí vehementes deseos de volver á ver á mi tío Juan, acercarme á él, decirle algunas palabras de consuelo y de afecto.

Pero como ningún pasajero pensaba entonces en comer ostras, sino en pisar cuanto antes los muelles de la Coruña, el vendedor de moluscos había desaparecido. ¡Tal vez estaba ya acurrucado en el fondo de la sentina infecta en que habitaba el desgraciado!

¡No he vuelto á ver al hermano de mi padre!

....

Y he aquí, amigo mío (concluyó el narrador, con acento de profunda melancolía), por qué doy un duro de limosna á todos los ancianos que me la piden: en memoria de mi pobre tío Juan.

Rafael García y Mendoza.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á Rubí.—Para ese acto me parece mejor, puesto que se trata de una señorita joven, el traje blanco y sombrero.

Para la comida, traje claro color paja, malva, rosa, azul, etc.

Sí; puede ir de blanco á paseo, visitas, etc.

Puede limpiar las sombrillas y la colcha con espíritu de bencina perfumada.

No conozco ningún procedimiento para las otras manchas que dice, pues, según tengo entendido, ni en los tintes las hacen desaparecer.

Es muy bueno, para calmar la irritación de la piel, lavarse dos veces al día con una muñeca de salvado empapada en agua tibia, exprimiéndola bien hasta poner el agua blanca.

Siento no poder contestar á su décima pregunta, pues no sé á qué clase de casacas se refiere.

Siguen estilándose mucho los festones en la ropa blanca.

Ha pasado poco tiempo del luto que lleva para acudir á ninguna clase de diversión, pues debe transcurrir un año.

Sí; es costumbre ofrecer la casa en la primer visita que se recibe.

El salmón está exquisito cortado en lonchas no muy gruesas, con sal, y envueltas en papel de barba untado de aceite de Marsella, y á los lados del trozo de salmón se pone un pedazo de manteca de vacas. Se envuelve bien y se mete en el horno, en una parrilla, y se tiene hasta que se dore el papel.

Se sirve aparte salsa holandesa, tártara ó mayonesa.

Á D.ª Ana T.—Los almohadones se marcan con las dos iniciales en cada uno de los extremos, y si se prefiere, pues también se estila, se puede poner el nombre entero, mas en los dos lados, porque sólo en uno haría muy mal.

Los dos almohadones, lo mismo el de encima que el de debajo, se marcan exactamente.

La fecha en las cartas se pone al principio y un poco esquinada.

Á una Murciana.—Tenga la bondad de leer mi contestación *A una Morena* en nuestro número de 6 de Junio próximo pasado, pues el peinado que allí explico es el que más se lleva para jovencitas. Vea asimismo el grabado 14 de La Moda Elegante del 6 de Julio último, en que se describe también el mismo peinado.

Á una Curiosa.—Para *conservar los tomates* se cortan éstos en trozos, y se ponen en frascos tapados herméticamente con un pedazo de vejiga de puerco, bien lavada, la cual se ata con un bramante, y en seguida otra encima atada de la misma manera. Después de esto se ponen á cocer durante cuatro minutos al baño de María, y se guardan luego en un sitio fresco.

Á Alejandra.—Los trajes de *fular* son elegantísimos, y se llevan mucho: los colores más generales son, en primer lugar, el azul con dibujos blancos, azul porcelana, azul lápiz, azul ceniza, etc., adornados con bordados blancos ó crudos, y cinturón estrecho de piel blanca, granulada, y con hebilla. El color malva se lleva casi tanto como el azul, y después el verde con tul negro bordado, que hace un traje muy original.

Á Conchita.—El guante de piel de Suecia claro es más de vestir que ningún otro.

Siguen estilándose en los sombreros muchos alfileres, mariposas hechas de encaje, y, sobre todo, pájaros. Puede hacerse un sombrero grande, precioso, adornado con dos palomas enteras, y tul que vaya bien con el color de la paja.

Empiezan también á adornarse los sombreros con frutas, singularmente cerezas, en vez de flores.

El tul rayado no puede tener, para transparente, seda negra brochada, porque el brochado impediría que resaltase el dibujo del tul.

Á Miosotis rosa.—Una señora joven debe salir al encuentro de un señor de edad ó de un personaje ilustre por su categoría ó por su talento, y acompañarle al marcharse hasta más allá de la puerta del salón; pero no siendo en este caso, la señora no debe levantarse sino para recibir ó despedir á otra señora.

Adela P.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 31.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición.

TRAJES DE EXCURSIÓN.

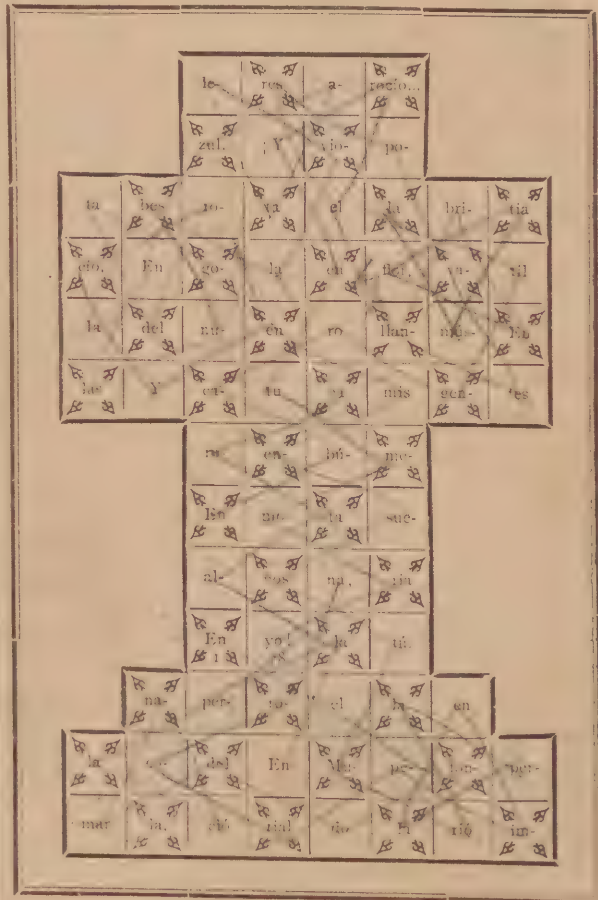
(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Traje de lana color beige y velutina verde musgo.*—Túnica en forma de polonesa, drapeada en el costado izquierdo, cayendo recta por el derecho en forma de quilla y rodeada de un bies de velutina. La parte de detrás de la polonesa forma un ancho pliegue, doble, á cada lado de un plegado en abanico. El cuerpo es liso por detrás y se abre por delante sobre una *draperie* de velutina. La manga, que es muy alta del hombro y abrochada en la parte inferior con botones, va cubierta con una *draperie* de velutina, que parte desde el cuello, en el hombro. Cerrando la abertura del cuerpo, lleva una aplicación de flores de pasamanería verde.—Sombrero muy grande, de paja amarilla, adornado con un lazo de faya verde y dos rosas grandes con capullos.

2. *Traje de pañete gris azul y terciopelo más obscuro.*—Falda de paño adornada en la parte inferior con tres bieses de terciopelo de diferente anchura, lisa en las caderas y plegada por detrás. El cuerpo, de paño más obscuro, termina ligeramente en punta, por delante, sobre dos franjas de pasamanería gruesa, con fleco. Esclavina con canesú de pasamanería.—Sombrero de paja azul con plumas pequeñas y una amazona que cae sobre el cabello. (Este sombrero puede también hacerse en fieltro ó terciopelo.)

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR LA SRTA. D.ª MERCEDES GAMERO, DE VILLAFRANCA (BADAJOZ).



PRINCIPIA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 78.

HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA DE PARIS

para curar *Anemia, Pobreza* de la *Sangre, Dolores* de *Estomago.* - 50 Años de Exito.
Exigir la firma **QUEVENNE** y el *Sello* de "l'UNION des FABRICANTS".—Paris, 14, r. Beaux-Arts.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias

Dentifricos de Rigaud y Cía

PERFUMISTAS EN PARIS

La generalidad de los polvos dentífricos rayan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisiense no emplea hoy más que los dos productos siguientes:

1° La **CREMA DENTIFRICA** de **RIGAUD** que, humedecida por el agua, forma un mucílago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la cáries.

2° La **DENTORINA RIGAUD,** elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, disipa la irritación de las paredes bucales en los fumadores, activa la circulacion sanguínea en las encías y les da el color sonrosado natural á la salud, previniendo la cáries. Es un calmante excelente en los dolores de muelas más violentos.

Madrid : Romero Vicente.
Barcelona : Conde Puerto y Cía.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

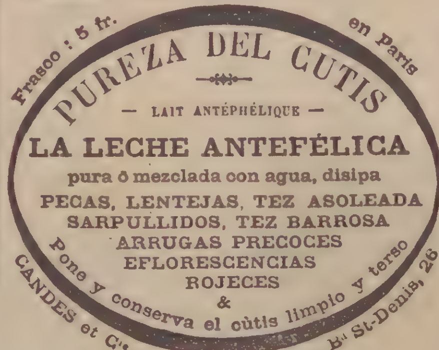
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confíen sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompanados de su importancia

Almidon MACK de doble Fuerza

Marca de Fábrica.

Con esta nueva preparacion se plancha con sorprendente rapidez y facilidad, obteniendo un lustre y tesura extraordinaria.
Unico Fabricante-Inventor H. Mack, Ulm s/D.
Se vende en todas las Droguerias y Almacenes de Ultramarinos.
Precio Pes 0.90 por caja de 1/2 Kilo
" " 0.45 " " " 1/4 "



COMPÍA LIEBIG
VERDRO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago histerismo,* todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos · París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad,** porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, José Lafont, 22, calle del Call.

PILDORAS DE BLANCARD

CON
Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos,* etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,**

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

AGUA FIGARO

TINTURA ESPECIAL

en 2 dias ó instantánea
para los **CABELLOS** y la **BARBA**
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.

Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Madrid : G. DE GUINEA, Carmen, 1.

JULIA DE ZUGASTI.

LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSÉS
HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI
CORSETERAS DE LA REAL CASA
y premiadas en varias Exposiciones

Á LAS DOS PALABRAS
C. HORTALEZA, 1.

Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud,* que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia.

Se remiten á provincias y al extranjero.

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.° mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.° mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.° mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá, 23, Madrid.*

VERDADERAS PILDORAS DEL Dr BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace más de 50 anos, por la mayoría de los médicos, para curar la **Anemia,** la **Clorosis** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes.

La inscripcion de estas píldoras en el nuevo Codex francés, dispensa de todo elogio.

NOTA. — Estas píldoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100, al precio de **5** y **3** francos, y nunca sueltas.

Exíjase sobre cada píldora el nombre del inventor como en esta marca.

BLAUD

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES
PARIS : 8, Rue Payenne. — *De venta en las principales Farmacias.*

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

AGUA DIVINA

llamada
AGUA de SALUD

E. COUDRAY

Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO.**

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise.*

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigole, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito,** de altas recompensas en las Exposiciones los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, el marmol.— **DUSSER,** Inventor, **1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias*)
En Madrid : MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona : VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Agosto de 1890. | Año XLIX.—Núm. 32.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Nos hallamos en pleno período de vacaciones: en la estación de viajes, de excursiones, de partidas de campo, de esa vida agitada y nómada que los franceses denominan *villégiature*, de la palabra *village*, pueblo, aldea, lugar campestre.

Pero en la *villégiature*, como en todo, existen diversidades, categorías, géneros múltiples y completamente distintos. Todo el mundo conoce el que ha servido durante tanto tiempo de tema á la sátira y á la caricatura, y que nos representa á unos honrados burgueses, vestidos de americana y sombrero de paja, que habitan una casita de cartón cerca de París, con tres palos de escoba á todo el rededor, á guisa de árboles, y una maceta de flores que hace las veces de jardín. A la sombra de sus geranios toman el fresco, lo que no obsta para que se consideren felices, puesto que «están en el campo».

No es mi ánimo burlarme de este género de *villégiature*, pues cada cual proporciona sus placeres y diversiones á sus medios pecuniarios; pero ya comprenderán mis lectoras que no es este el campo donde la crónica va á buscar los elementos de que vive, el lujo y la elegancia, sino donde la vida campestre y hospitalaria se practica en condiciones muy diferentes y se presenta bajo el aspecto más agradable y fastuoso; donde hallaréis mansiones edificadas según los modelos de las grandes épocas de la arquitectura francesa y en que el gusto más refinado no tiene nada que tildar. Y no sólo la satisfacción de la vista es completa en lo que al exterior se refiere, sino que en el interior de las habitaciones la decoración, el amueblado, los detalles más minuciosos del *confortable* no dejan nada que desear. Imitando la vida inglesa en el campo, en lo que tiene de mejor entendido, estas habitaciones reunen lo cómodo á lo agradable y lo práctico á lo fastuoso. Observad, por ejemplo, la disposición de los cuartos llamados de «amigos» en las residencias de que voy hablando. ¡Qué diferencia entre estos cuartos y el amueblado exiguo de la única habitación puesta antiguamente en las casas de campo de Francia á disposición de los huéspedes! En vez del modesto lavabo que constituía el mueble capital de los cuartos en cuestión, se encuentra hoy un gabinete de tocador especial, cuidadosamente provisto de todos los accesorios que son de desear en semejante sitio, principalmente de un baño con todo lo que se necesita para utilizarle con facilidad y rapidez.

1.—Traje de recibir.

El *hall*, por supuesto, es de *rigor* en estas nuevas mansiones: es el terreno común donde se encuentran á cada momento los huéspedes y los dueños de la casa. En el *hall* se hallan establecidos infinidad de juegos y multitud de distracciones ofrecidas á cada cual según la edad, el gusto, etc. Añádase á esto la biblioteca, con su mesa de lectura llena de periódicos y revistas, y la sala de fumar con sus divanes, sus butacas y sillas mecedoras, tan á propósito para meditar perezosamente siguiendo la dirección del humo del cigarro.

El estado de la casa y el sistema de vida se hallan conformes con el género de las habitaciones. A la hora de almorzar, traje de *negligé* ó fantasía; pero para comer hay que presentarse con vestido semiescotado las señoras, y de frac los hombres, ó bien, cuando se trata de jóvenes, se halla admitida la *smoking-jacket*, con la corbata blanca. El cubierto, abdicando la solemnidad de París, exhibe, mezcladas con la cristalería más rica y original, todas las flores del jardín y del campo. Una particularidad digna de notarse: la dueña de la casa tiene su día de visita señalado, como en París; lo cual sirve de pretexto á *garden party*, merienda campestre y multitud de juegos al aire libre. Tal vez es la gran *villégiature* la que sirve de norma al mundo elegante.

***

Echemos ahora una ojeada á los baños de mar. La semana de las carreras de Deauville, que son acontecimiento mundano tan importante como el Gran Premio de París, ha estado brillantísima. En Deauville, como en París, la tela que domina es la muselina de lana, la muselina de ramos grandes, de flores extrañas, de un colorido sumamente delicado.

No se ven este año muchos fulares. Desde que los almacenes de novedades han puesto en venta fulares muy baratos, esta tela, sin embargo de ser tan cómoda, empieza á caer en descrédito.

En cambio, además de la muselina de que he hablado, se llevan muchas franelas *tennis* para mañana, y para vestir, el crespón—crespones de todos géneros—gasa y batista de seda, todo ello guarnecido de encaje blanco ó negro, cintas de terciopelo, etc.

Citaré en prueba de lo que digo un precioso vestido de crespón listado al través de una tira lisa y una tira satinada y gofrada. Sobre el fondo blanco, un sembrado de lunares color de oro. Primera falda, enteramente redonda; segunda falda, un poco recogida en las

caderas hacia atrás y guarnecida de un dobladillo ancho. Alrededor de la cintura, un torzal delgado de terciopelo botón de oro.

Llaman sobre todo la atención los vestidos guarnecidos de tirantes, como los modelos que ya hemos descrito.

He aquí otros dos.

Fig. 1.ª

Uno de ellos, visto en una partida de *tennis*, era de batista color de malva; su falda, lisa, adornada con tres cintas de terciopelo negro en forma de aros. Corpiño y falda iban reunidos por medio de un cinturón ajaretado formando corselillo. Los mismos ajaretados en el cuello, en el borde del jockey y en el borde inferior de las mangas (fig. 1.ª). Los tirantes, de terciopelo negro, pasan figurando una chaquetilla por delante, y caen rectos á cada lado de la cintura, terminando en dos picos largos con cocas, que caen por detrás sobre la falda.

A veces estos tirantes guarnecen tan sólo la espalda; salen de los hombros, bajo un lazo mariposa de cinta de terciopelo, bajan hasta la cintura, donde los sujetan otros dos lazos, y caen en picos largos.

Fig. 2.ª

Otras veces los tirantes adornan espalda y delanteros, pero sin caídas, como se ve en el precioso modelo representado por la fig. 2.ª Este traje, observado en un palco del casino de Trouville, consistía en un vestido de crespón de la China color de azufre, enteramente recto, guarnecido de un volante en el borde inferior de un volante de encaje antiguo. Corpiño Recamier, plegado y escotado por delante y por detrás. Manga de codo, con volante de encaje. Tirantes de terciopelo color de pensamiento, figurando por delante una chaquetilla, y formando dos líneas rectas por detrás, las cuales se reunen en la cintura bajo un lazo de la misma cinta.

Sombrero de paja de arroz negra, guarnecido de terciopelo color de azufre y plumas moradas y color de pensamiento.

***

Ideas sueltas:

Es prudente interrogar el pasado; su contestación constituye la experiencia.

Llevad cada día una espuerta de tierra al mismo sitio, y formaréis una montaña.

La mayor parte de las penas llegan hasta nosotros porque andamos la mitad del camino.

V. de Castelfido.

París, 24 de Agosto de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recibir.—Núm. 1.

Vestido de lanilla *beige*, guarnecido de terciopelo recortado color de tabaco ó mordorado. Espalda Princesa y lados de espalda que dan el vuelo necesario para dos pliegues encañonados. Los delanteros, que son también de forma Princesa, van cruzados de izquierda á derecha, con pinzas de pecho y pinza que marca el lado de delante. El lado izquierdo forma unos pliegues anchos en el pecho y en la cadera. Manga alta de hombro, de terciopelo recortado. Una tira del mismo terciopelo marca el cruce del vestido.

Tela necesaria: 7 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho, y 2 metros de terciopelo.

Canastilla de labor.—Núms. 2 y 3.

Esta canastilla, que es de mimbre, tiene 32 centímetros de alto por 42 de diámetro, y descansa sobre un pie formado por tres palos de bambú que se cruzan y tienen 70 centímetros de alto cada uno. Su parte inferior va reunida en un triángulo de bambú. Los pies de bambú van rodeados de tiras de tela cresponada color masilla tejida de oro, y el triángulo va rodeado de percal rojo. Se guarnecen además los pies de cordón rojo y azul y de unas conchas hechas al crochet con lana del mismo color é hilillos de oro.

La parte exterior de la canastilla va cubierta con 6 pedazos puntiagudos, doblados hacia dentro en el borde superior y cortados alternativamente de tela cresponada roja y color masilla y guarnecidas en las costuras con cenefas al crochet que forman curvas y van hechas con algodón rojo y azul. Los adornos se completan con unas rosáceas compuestas de presillas del mismo color y bolitas de lanas de varios colores.

Se guarnece el interior de la canastilla alternativamente con tres galones rojos de 20 centímetros de ancho cada uno, adornados con bordados y terminados en punta hacia el borde inferior, y con tres pedazos de tela cresponada color de masilla, sobre los cuales se fijan unos bolsillos hechos de la misma tela plegada. Los galones van bordados al punto de cruz (véase el dibujo 3) con algodón azul y blanco. Cada punto va hecho sobre dos hebras dobles de altura y de ancho. Los dibujos van rodeados de torzal de oro fino. Se emplea para los puntos de Renamiento torzal igual. El principio de los pedazos de tela en el borde superior va cubierto, como las costuras del exterior, con una cenefa estrecha hecha al crochet con algodón encarnado. El borde superior de la canastilla va adornado con un cordón azul y rojo cruzado.

Fleco para canastillas, muebles, etc. Núm. 4.

Este fleco va hecho al crochet con lana verde de dos matices y lana encarnada obscura. Se hace con lana verde obscura una cadeneta que tenga próximamente el doble del largo necesario, después de la cual se hace:

1.ª *vuelta.*—Con lana verde claro: una brida sobre la malla más próxima de la cadeneta,—* se pasan 7 mallas,—4 bridas sobre las 4 mallas más próximas,—5 bridas sobre la malla siguiente,—4 bridas sobre las 4 mallas más próximas;—se vuelve á principiar desde *.

2.ª *vuelta.*—Con lana encarnada: * 34 mallas al aire, cuya 5.ª va unida al lado de malla superior de delante de la 4.ª brida de la división más próxima del dibujo de la vuelta anterior: la 9.ª va unida al lado de malla más inferior vertical de la 3.ª brida; la 20.ª va unida al lado de malla vertical inferior de la 3.ª última brida, y la 24.ª, al lado de malla superior por delante de la 4.ª última brida de la misma división del dibujo, después de lo cual se hacen 8 bridas dobles sobre la 30.ª de las 34 mallas al aire,—3 mallas al aire,—una malla-cadeneta sobre la misma malla en que se han hecho ya las 8 bridas dobles;—se vuelve á principiar desde *.

3.ª *vuelta.*—Para el borde superior del fleco, con lana verde obscura,—* una malla-cadeneta sobre la malla del medio de las 7 mallas más próximas de la cadeneta, pasadas por la 1.ª vuelta,—6 mallas al aire,—2 bridas dobles sobre las 2.ª y 1.ª de estas mismas mallas,—una malla-cadeneta sobre la malla del medio de las 11 mallas al aire de la 2.ª vuelta,—6 mallas al aire,—2 bridas dobles sobre las 2.ª y 1.ª de estas mismas mallas;—se vuelve á principiar desde *. Se hace al revés, el cual forma el derecho de la labor, con cordón rizado, la

4.ª *vuelta.*—* 4 mallas-cadenetas sobre los lados de malla de delante de las cuatro primeras bridas de la división más próxima del dibujo de la 1.ª vuelta,—5 veces, alternando, una malla al aire,—una malla-cadeneta sobre el lado de malla de delante de la brida más próxima,—4 mallas-cadenetas sobre el lado de malla de delante de las 4 bridas siguientes,—3 mallas al aire,—7 mallas-cadenetas sobre las 7 mallas más próximas de la cadeneta pasada,—3 mallas al aire;—se sacan las mallas del crochet ó gancho y se pasa éste por debajo de las 3 mallas al aire ejecutadas en primer lugar;—vuelve á principiarse desde *.

5.ª *vuelta.*—Siempre una malla-cadeneta sobre cada malla de la 2.ª vuelta, pero sobre las 8 bridas dobles se hacen, 8 veces alternando, una malla al aire,—una malla-cadeneta sobre el lado de malla de delante de la malla más próxima,—se rodean, después de estas mallas, los cordones contra las 8 bridas dobles varias veces con el cordón rizado.

6.ª *vuelta.*—Siempre una malla-cadeneta sobre el lado de malla más próxima del borde exterior de la 3.ª vuelta, pero en cada cruz se hacen, en los dos lados de las mallas-cadenetas, una malla simple en el lado de mallas y se terminan juntas las mallas.

Para cada borla del fleco se cortan 12 hebras de lana verde obscura que tengan próximamente 20 centímetros de largo, se las pone en medio, sobre una hilera de 23 mallas al aire, y se las arrolla sobre una borla. Se pasan las hebras de la hilera de mallas al aire al revés por las mallas sobre las cuales se han ejecutado las 8 bridas dobles de la 2.ª vuelta, y se las fija en las bridas y en la borla.

Babero al crochet.—Núms. 5 y 6.

La fig. 37 de la *Hoja-Suplemento* al núm. 31 de La Moda corresponde á este objeto.

Este babero, hecho al crochet con algodón color *crema*, va rodeado de un encaje de algodón crema y algodón encarnado. Se le ata en medio, por detrás, con una cinta de raso encarnado, que va pasada al través del encaje.

El dibujo 6 representa una parte de la labor del babero, de tamaño natural. Se principia por el borde inferior, con arreglo á la fig. 37, haciendo una cadeneta que tenga el largo necesario y sobre la cual se labra, yendo y viniendo:

1.ª *vuelta* (al derecho de la labor).—3 mallas al aire, que equivalen á media brida,—después siempre media brida sobre cada malla.

2.ª *vuelta.*—4 mallas al aire,—media brida en el lado de malla de detrás de la 2.ª malla siguiente,—luego, siempre alternando, una malla al aire,—media brida en el lado de malla de detrás de la 2.ª malla siguiente.

3.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—se pasa la malla más próxima,—luego, siempre media brida en el lado de malla de detrás de la malla más próxima.—Se vuelven á empezar siempre las 2.ª y 3.ª vueltas, pero desde el escote se termina cada mitad separadamente y se crece ó se mengua según las dimensiones del patrón. Se guarnece el escote del babero, en primer lugar, con una vuelta de mallas simples, y después con una vuelta de piquillos ejecutada con algodón encarnado, en cuya vuelta se hacen, siempre alternando, 3 mallas simples sobre las 3 mallas más próximas,—un piquillo (es decir, 5 mallas al aire, y en la primera una malla simple). Se hace el encaje con algodón crema y encarnado, siguiendo las indicaciones del dibujo.

Arandela para frascos, jarros, etc.—Núm. 7.

La fig. 38 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 31 corresponde á este objeto.

Se hace esta arandela de paño color aceituna y tiene la forma de una hoja de parra. Se pasa el dibujo de la fig. 38 á un fondo de paño que tenga las dimensiones necesarias, y se aplica paño marrón para formar la rama puesta sobre la hoja. Se festonea su contorno con seda marrón y seda aceituna. Para las venas y las ramitas se hacen unos puntos de cadeneta con seda aceituna de varios matices. Se borda la mariposa con sedas de diferentes colores al punto de cadeneta, punto de cordoncillo y punto de festón. El escarabajo va bordado con seda bronceada y negra. El caracol se hace con seda color masilla de varios matices, al punto de cadeneta, de festón y punto de cordoncillo. Se guarnece el contorno de la hoja de unos puntos de festón apretados hechos con seda aceituna y marrón rojizo. Después de terminar el bordado, se recorta el fondo todavía libre y se forra la hoja de paño encarnado obscuro.

Redondela para lámparas.—Núm. 8.

Esta redondela, que tiene 31 centímetros de diámetro, va hecha de fieltro color masilla y recortada en el borde por el borde exterior en curvas dentadas. Se la forra de satinete. Se aplica sobre el fondo de fieltro una rama de hojas, flores y capullos de paño color de aceituna y de felpa color de fresa y bronceada de varios matices. Se bordan y se rodean las hojas y los tallos de felpilla de seda fina, fijada con puntos de seda y hebras dobles de metal. Las flores y los capullos van bordados con felpilla y torzal de oro.

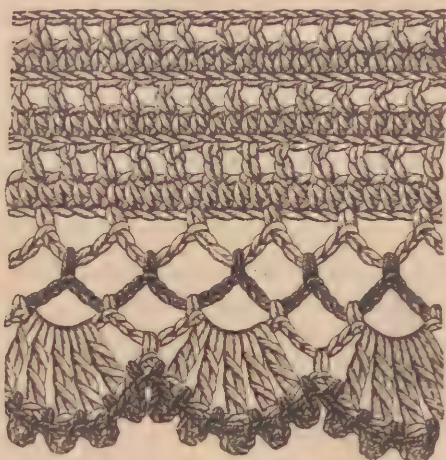
Falda de calle.—Núm. 9.

Esta falda es de lanilla ligera, de cuadritos verdes y blancos. El delantero va plegado con pliegues echados y ligeramente recogido en la izquierda bajo los pliegues de detrás, que van apretados y echados en el cen-

2.—Canastilla de labor.
Véase el dibujo 3.

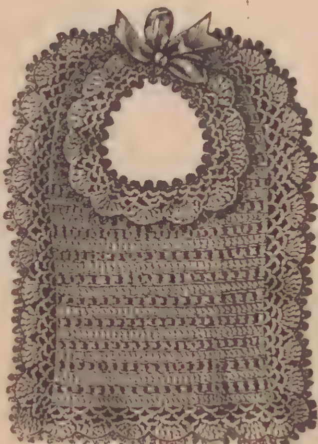
7.—Arandela para frascos, jarros, etc.

8.—Redondela para lámpara.



6.—Detalle del babero. (Tamaño natural.)
Véase el dibujo 5.

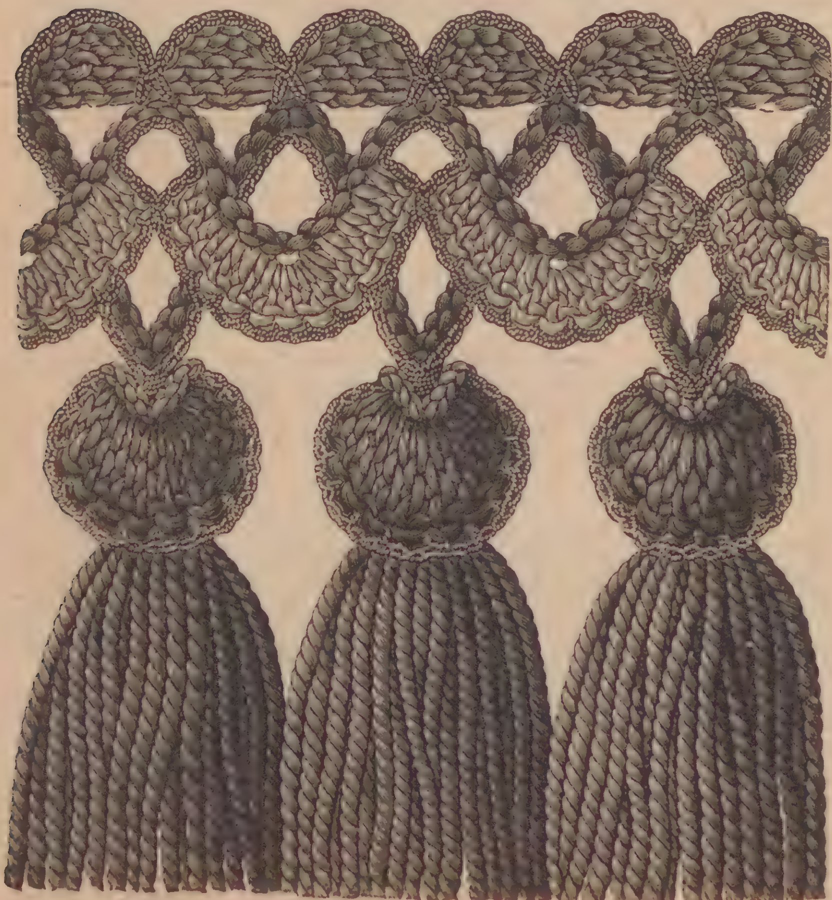
3.—Bordado de la canastilla.
Véase el dibujo 2



5.—Babero al crochet.
Véase el dibujo 6.

9.—Falda de calle.

11 y 12.—Casaca de ceremonia. Espalda y delantero.



4.—Fleco para canastillas, muebles, etc. Crochet. (Mitad del tamaño natural.)

10.—Traje para niños de 2 á 4 años.

13.—Corpiño para traje de recibir.

tro. En la derecha, el delantal se separa y se pliega ligeramente; el borde va seguido en lo alto con varios botones.

Traje para niños de 2 á 4 años.—Núm. 10.

Se hace este trajecito de cachemir blanco, ó gris para el otoño. La falda va plegada y adornada con un galón bordado de anclas encarnadas. Blusa bordada sobre sí misma y abierta sobre un chaleco plegado, que va abrochado en medio bajo un galón. Cuello marino rodeado de un galón. Manga ancha con puño de galón. Gorra de lana blanca con galón y lazo encarnado.

Casaca de ceremonia.—Núms. 11 y 12.

Esta casaca se hace de seda negra, que forma granitos; va ajustada en la espalda, y los delanteros flotan sobre un forro ajustado de tafetán disimulado con tela de encaje, que cae en faldones cortos. Cuello recto abrochado bajo un lazo de cinta, de donde sale un encaje dispuesto en forma de conchas. La aldeta se abre en tapas cuadradas. Hombreras de pasamanería ligera. Manga de codo enteramente cubierta con una red de cordón de seda y que lleva por encima una punta ó sobremanga de tela de seda con fruncidos en el hombro.

Corpiño para traje de recibir.—Núm. 13.

Es de fular rameado. Los delanteros, cortados al sesgo y sin pinzas, van abiertos sobre un bordado, que pasa bajo un cuello grande vuelto de bordado. Manga plegada sobre otra manga inferior de bordado. La sisa se recorta sobre un bordado. La aldeta de detrás es muy corta y forma dos puntitas.

Corpiño de muselina de lana.—Núm. 14.

Este corpiño, á propósito para teatro y concierto, es de muselina de lana antigua de fondo claro con flores grandes que imitan las de las cretonas de la época de Luis XIII. Su fondo es crema. Va plegado por delante en forma de corazón y adornado con una especie de chorrera de crespón color de rosa y una gola á la veneciana del mismo crespón. Tres barretas de terciopelo color de musgo terminan el corpiño por delante, y dos de ellas suben en punta hacia el pecho.

La falda que acompaña á este corpiño es de la misma tela, y va guarnecida en círculo de tres cintas de terciopelo color de musgo.

Chaqueta semilarga.—Núm. 15.

Es de paño gris, y va guarnecida de un galón gris obscuro y de botones del mismo color. Espalda y lados de espalda de chaqueta ordinaria, y delantero cruzado con pinza que marca el lado de delante. El cruce forma dientes en medio y va fijado con botones espaciados. En el lado izquierdo va un bolsillo con cartera abrochada. Otro bolsillo un poco más pequeño y abrochado del mismo modo, en la izquierda del pecho. Manga bullonada, con un puño alto, guarnecido de una cartera figurada en un galón y fijada con un botón en medio. Cuello alto, doblado, rodeado de un galón y fijado con dos botones. Forro de seda.

Tela necesaria: 2 metros de paño, y 5 metros de seda ligera.

Vestido para jovencitas de 13 años.—Núms. 16 y 17.

Se hace este vestido de cachemir azul marino y se le guarnece de crespón liso color de pan tostado. Se compone de una falda recta, que se pliega por detrás en forma de pliegues encañonados y se abre en forma de levita sobre un delantal plegado. Se forman dos pliegues á cada lado de la abertura de la levita. Corpiño terminado en un cinturón de cinta del mismo color, que se anuda por detrás y cae en picos flotantes. El corpiño se compone de una espalda plegada en medio y un delantero plegado, en forma de tirantes. Volante doble de crespón plegado formando cuello vuelto sobre una guarnición doble del mismo crespón, que adorna el centro del corpiño. Manga ancha, sujeta con una serie de fruncidos dispuestos como un puño alto.

Traje de otoño para señoritas.—Núm. 18.

Vestido de lana color búlgaro, guarnecido de terciopelo negro y borlillas también negras. Manga de faya color búlgaro, con lunares grandes de terciopelo negro tejidos en la faya. Fondo de falda de tafetán y falda de lana guarnecida de una tira de terciopelo negro puesta en forma de entredós sobre el dobladillo y rodeada de bolitas de lana. Corpiño de talle redondo, compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero con cierre invisible atravesado por dos tiras de terciopelo y un cinturón igual. Pinzas de pecho. Cuello alto de terciopelo. *Toque* de terciopelo negro, con plumas negras delante y detrás.

Tela necesaria para el vestido: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 6 metros de tela de lana; un metro 70 centímetros de faya con lunares, y 2 metros de terciopelo.

Vestido de paseo para niñas de 12 á 13 años.—Núm. 19.

Este vestido es de paño gris y terciopelo negro. Falda corta, abrochada en la izquierda y adornada con pespuntes. Corpiño con aldetas redondas, de 3 centímetros de ancho, compuesto de una espalda que se abrocha en medio, y lados de espalda, lados de delante y delantero sin costura, con pinza de pecho, y de mangas de codo abrochadas. Chaquetilla de terciopelo, compuesta de espalda y lados de espalda, y delanteros abiertos, con cuello y solapas de paño gris muy claro. Botones en los delanteros. Manga muy alta de hombros, del mismo terciopelo.—Sombrero de fieltro gris con ala plana y lazo de cinta encarnada.

Tela necesaria: 4 metros de paño y 3 metros de terciopelo.

Vestido de recibir.—Núm. 20.

Es de vigoña color de heliotropo y velo *Pompadour*, fondo crema. Fondo de falda de tafetán, sobre el cual se pone un delantal de velo. Delanteros de forma Princesa, hechos de vigoña, uno de los cuales, el derecho, cruza y se abre sobre el delantero de velo. La parte superior del delantero termina en una especie de cuello grande doblado. Camisolín de velo *Pompadour*, que se pone sobre los delanteros de forro y se añade al vestido en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Una pinza que marca los laditos se forma sobre los delanteros de forma Princesa. La espalda y los lados de espalda del corpiño, que es de talle redondo, terminan por detrás en una falda añadida. Un botón grueso, puesto en la cintura, reune los delanteros. Manga alta de hombros y terminada en una especie de puño bullonado de velo.

Tela necesaria: 3 metros de velo, y 6 metros de vigoña, de un metro 20 centímetros de ancho.

Sombreros de otoño.—Núms. 21 y 22.

Núm. 21. Este sombrero es de fieltro azul con ala enrollada por detrás y fijada con un ramo de rosas moradas. Por delante, ramo de rosas del mismo color, y sobre el fondo, lazo grande de terciopelo color de berengena. Bridas de cinta de terciopelo del mismo color.

Núm. 22. Fieltro rojo obscuro de pelo largo, con ala que forma una vuelta no muy ancha y va atravesado y fijado con un lazo de terciopelo negro. Una brida del mismo terciopelo atraviesa el lado izquierdo de la copa y forma un lazo que va colocado por delante sobre el ala. Golondrinas negras y lazo de terciopelo puesto por detrás sobre el fondo.

Vestido de paño para señoras jóvenes.—Núm. 23.

Este vestido de otoño, sumamente original y distinguido, viene á ser una funda muy ajustada de paño color de piel de Suecia, sobre la cual caen de arriba abajo unas tiras anchas de paño color de nutria, que forma tirantes en el corpiño y quillas en la falda. Un cinturón de moaré negro, anudado en el lado derecho, completa el vestido.

Vestido de lana de cuadros y lana lisa.—Núm. 24.

Se hace la falda de debajo de faya *beige* y se cubre su borde inferior de lana *beige* con cuadros color de tabaco. Se la guarnece de una segunda falda de lana de cuadros, puesta de plano por delante y formando pliegues largos por detrás. Se pone por delante, sobre la falda, un delantal plegado de lana *beige*, cuyo contorno va festoneado con seda del mismo color. El corpiño, corto, es de lana lisa y va guarnecido de un peto de lana de cuadros, rodeado de una esclavina corta, hecha de lana lisa y festoneada. Mangas y cuello recto de lana de cuadros.

Vestido de encaje y tafetán tornasolado.—Núm. 25.

La falda de debajo, que es de tafetán tornasolado verde y oro, va cubierta de una segunda falda de encaje negro fruncido. El corpiño, plano, es de tafetán tornasolado y va cubierto por delante y por detrás de encaje plegado, que deja ver la parte superior del corpiño. Se completa éste con una esclavina plegada del mismo encaje, que termina en punta por delante y cuyo borde superior va cubierto con una cinta de seda verde. El borde inferior del corpiño va guarnecido de una cinta igual.

Matinée de batista bordada.—Núm. 26.

Se hace esta elegante *matinée* de batista ó muselina de lana bordada. El delantero, plegado, se cierra bajo un encaje formando chorrera. Chaquetilla bordada y recortada en dientes agudos, así como la manga, de donde sale una segunda manga bordada, ligeramente plegada y adornada con un volante de la misma tela y un lazo de cinta flotante. Cuello recto adornado con un lazo. Cinturón de cinta anudado por delante.

Traje de chateau para señoras jóvenes.—Núm. 27.

Vestido de crespón de la China color de paja. La falda fruncida va ribeteada de una cinta de terciopelo color de malva, que lleva por encima una guipur antigua color crema. Corpiño de crespón color de malva abrochado bajo el brazo y cubierto de galones de seda color de paja. Este corpiño va medio velado por un corselillo de crespón color de paja y guipur, rodeado de dos cintas de terciopelo. La espalda va hecha por el mismo estilo del delantero. Manga alta y de codo, enteramente cubierta de galones. Cuello de terciopelo, abrochado en la izquierda, como el corpiño.

Tela necesaria: 4 metros 60 centímetros de tafetán, para el fondo de falda; 6 metros de crespón, para la falda y el corselillo, y 2 metros 50 centímetros, para el corpiño.

Chaqueta de paño blanco.—Núm. 28.

Esta chaqueta, de mañana, va hecha de paño blanco y rodeada de un cordón de bordado. Se compone de una espalda de chaqueta y lados de espalda, lados de delante y delanteros con aldetas un poco puntiagudas y que se cierran en medio. La parte superior va abierta en forma de V y guarnecida de un cuello vuelto con solapas. Manga recta con bordado en su borde inferior.

Tela necesaria: un metro 60 centímetros de pañete.

Corpiño-blusa de surah negro.—Núms. 29 y 30.

Va fruncido y pegado á un canesú hecho de encaje negro, por cuyos calados se pasan unas cintas color de maíz anudadas por delante. El cinturón, el cuello y los puños van hechos del mismo modo.

Traje de visita.—Núm. 31.

Es de faya *beige* con lunares negros estampados. Su forma es la de una polonesa con pliegues agrupados por delante bajo dos rosáceas de cinta *beige*. Corpiño plegado en la derecha bajo una rosácea. Tirantes de cinta de terciopelo negro reunidos en la cintura, por detrás, bajo un bullonado de faya. El vestido se cierra en la izquierda bajo el tirante y bajo un pliegue de la falda. Esta va rodeada de entredoses de encajes negros. Mangas de faya *beige* con bordado negro.

Tela necesaria: 9 metros 90 centímetros de fular.

Cuello Médicis de encaje antiguo.—Núm. 32.

Va cerrado por delante bajo un peto estrecho de crespón plegado.

Traje para señoritas.—Núm. 33.

Se hace este vestido de velo color crema. Sobre un fondo de falda de tafetán se pone una especie de blusa, cuyo vuelo va sujeto en la cintura con una cinta de terciopelo color esmeralda, pasada por unas aberturas que se hacen de trecho en trecho y fijada en la izquierda bajo un lazo. El mismo adorno en el borde inferior de la falda. La blusa tiene el mismo aspecto en la espalda que por delante, y, como el delantero, va montada sobre un canesú de seda color esmeralda, y la cabeza va sostenida con una cinta anudada por delante, pero que rodea todo el corpiño. Cuello de terciopelo, abrochado en la izquierda, cómo la blusa. Manga bullonada, cuyo vuelo va estrechado con unas cintas anudadas.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de velo, de un metro 20 centímetros de ancho.

LA VENTURA.

(ENSAYO DE NOVELA.)

(Continuación.)

Los inteligentes contertulios de los Marqueses hicieron justicia á los méritos de la huérfana prodigándola largos elogios, y Consuelo, entusiasmadísima, dando un inconsciente ejemplo de mansedumbre á su madre, se inclinó á besar la casta frente de la desheredada.

—Canta muy bien—decían unos.

—Tiene una voz encantadora.

—Pero necesita estudiar.

—¿Conque usted la protege, Marquesa?—preguntó una señorita.

—Sí—respondió la hermosa Ernestina;—pienso hacer algo por ella.

—Hará usted que estudie con buenos maestros.

—¡Oh! ¡qué duda tiene!

—Y perfeccionada su voz, podrá dedicarse á cantar en las iglesias. Piensa usted que las señoras de la Asociación costeen á esa niña los estudios, ¿no es esto?

—No, pienso costeárselos yo solamente.

La huérfana, emocionadísima, al oir las palabras de la Marquesa, sintió impulsos de arrodillarse á sus pies; pero una idea desconsoladora la detuvo.

—¿Y mi hermano?—pensó con angustia—¿Querrá separarme de mi hermano?

Al pasar al comedor, la Marquesa y su sobrino se dijeron rápidamente estas palabras:

—Muy bien, Ernestina; eres toda una actriz.

—¿Por qué dices eso?

—Te he oído hablar de cierta protección musical.

—¡Ah! sí, y ¿sabes? estoy decidida á otorgarla.

—¡Eh! ¡qué tontería! Lo que esa muchacha necesita es un pedazo de pan, y si tú te encargas de dárselo, ella estará satisfecha.

El Marqués estuvo muy obsequioso con Josefina, y su mujer, sentada al lado de ella, la habló largamente. Las últimas palabras de la conversación fueron éstas:

—Mañana yo enviaré por tus cosillas; no traigas más que lo indispensable. A la caída de la tarde puedes venir, y espero que aquí te hallarás muy bien.

—¡Oh, señora Marquesa!—exclamó con gratitud la pobre—toda mi vida agradeceré á usted el bien que me hace; pero.....

—¿Qué?—replicó Ernestina frunciendo ligeramente las cejas.

—Mi hermano..... no tiene á nadie en el mundo más que á mí—indicó tímidamente la niña.

—¿Cuántos años tiene?

—Once.

La Marquesa se quedó pensativa unos momentos, y luego añadió:

—Bueno; tráelo contigo y vivirá también aquí. Le ocuparemos en cualquier cosa.

Terminada la cena, volvieron los convidados á los salones. La Marquesa ejecutó una preciosa melodía en el arpa, y á instancias de la gente joven tocó luego una tanda de valses, que bailaron algunas parejas.

La grata *soirée* de los Marqueses de Villa-Nara terminó, como de costumbre, á las tres.

XI.

¡Cuánto sufrió Josefina al despedirse de la pobre Manuela, y al abandonar para siempre su triste cuarto de la calle de Valverde! Al dejar el cuartito en el que cada rincón, cada objeto recordaba á la niña su infancia, su familia, sus desventuras; aquellas cuatro paredes entre las cuales veía flotar las religiosas visiones que conso-

laban su espíritu en las horas aciagas, y las protectoras sombras de sus muertos, Josefina sentía que dejaba allí algo de su ser, y lloraba despidiéndose de todo.

Perico, que desde la vuelta de Orduela había vivido casi puede decirse en la calle, temiendo que el cambio de vida coartara su libertad, renegó al principio; pero luego, con la volubilidad propia de la niñez, se consoló de la mutación de hogar, y alegre ayudó á su hermana á recoger las cuatro chucherías que formaban todo el equipaje de los huérfanos.

A las cinco de la tarde, cogiditos del brazo, los hermanos Ventura entraron en el hotel de Villa-Nara.

Los Marqueses habían salido, pero un criado esperaba á los niños, y los condujo á la habitación preparada para ellos.

Era una salita sencillamente amueblada y bañada toda por el sol.

Los Marqueses, al regresar de paseo, hablaron con la huérfana, y al ver al niño, Ernestina dijo á su marido algo que no comprendieron los Ventura.

Les sirvieron la comida en su cuarto; Ernestina se marchó á una *soirée*, y Josefina y Perico, pensando que la hora de la justicia había llegado para ellos, se acostaron temprano y contentísimos.

Al día siguiente, el diplomático llamó á Perico, y al volver éste al lado de su hermana exclamó:

—¡Chica! ¿Sabes una cosa? Estoy empleado.

—¿Empleado? ¿Qué dices?

—Sí, con el Sr. Marqués. Me va á comprar un uniforme muy bonito, y haré todo lo que el señor me mande. En fin, que seré su lacayo.

Josefina palideció, pero reponiéndose, dijo con trémulo acento.

—No me parece mal..... Te portarás muy formalmente..... y serás un lacayito muy mono.

El niño prosiguió:

—Me ha dicho que mañana iré al sastre para que me tome las medidas; que la chaqueta tendrá tres filas de botones muy igualitas, y que ningún lacayo de Madrid llevará el cuello tan bien planchado como yo. Lo malo es que no dormiré ahí en el cuartito de al lado, como anoche, sino cerca del Sr. Marqués.

Josefina fué llamada aquella tarde por la Marquesa, y ésta la habló afablemente, diciéndola que buscaba para ella un buen maestro de música; que se preocupaba de su bienestar y del de su hermano, y que en tanto que no comenzase sus lecciones se ocuparía en algunas cosillas de la casa, y la señalaba por esto un magnífico salario.

A partir de este día, la huérfana desempeñó al lado de la Marquesa los oficios de camarera distinguida.

En esta situación llegó el mes de Julio. El cólera había penetrado en Europa, y tenía aterradas á Francia y á Italia, donde la terrible enfermedad hacía estragos.

Los Marqueses de Villa-Nara, como otras muchas personas aristocráticas, tuvieron que suspender la expedición al extranjero que es de rigor hacer en tales épocas del año.

Asunción del Espinar, que había proyectado hacer el veraneo en compañía de la Marquesa (quizá para imitar á ésta en todo), quedóse también en la corte, y como es de suponer, esto agradó mucho á los novios, que hacían los preparativos de sus bodas.

Durante el verano, las veladas en la mansión de los Marqueses continuaron bastante animadas, y las personas que allí acudían, y que no amaban gran cosa la quietud, organizaron paseos matinales y fiestas campestres, capaces de hacerles olvidar que el calor achicharraba los pájaros en España.

En los primeros días de Agosto, la huérfana notó estremecida que Pardo rondaba las cercanías de la casa. ¡Oh! el temible ricacho allí estaba de nuevo, terco y brutal, acechando á la niña.

Esta volvió á sentir el íntimo desasosiego que la presencia de aquel hombre le causaba. Josefina salía poco; sus quehaceres reducíanse á vestir á la Marquesa, á guardar sus trajes y á obedecer algunas órdenes secretas que Ernestina le daba, recomendándola la más completa discreción (todo esto en tanto que las lecciones de música no empezaran); pero una tarde que tuvo que ir á casa de la del Espinar con un recado urgente de la Marquesa, al dar algunos pasos en la calle, Josefina sintióse fuertemente cogida por el brazo; contuvo un grito al ver cerca de sí al ganadero, y quedóse un momento parada.

El, con sonrisa de triunfo, exclamó:

—Gracias á Dios, mujer, que te echo la vista encima. Yo, como buen perro cazador, apenas pierdo la pista vuelvo á hallarla; ya te tengo cogida, y esta vez no te dejo, pichona.

—¡Por Dios!—balbuceó ella—suélteme usted.

—Sí que te soltaré, porque aquí no estoy en mi pueblo, ni cuento con la gente mía; pero no te escaparás, que he de casarme contigo.

Y diciendo esto, soltó el brazo de Josefina, que echó á andar seguida de su perseguidor.

—Escucha—fué diciendo Pardo;—yo te quiero desde que te vi; yo estoy acostumbrado á lograr cuanto este bruto que llevamos en el pecho me pide; y en cada latido, que parece un latigazo, me grita que te coja, que te coja bien. Tú te vendrás conmigo, lo tengo apostado, y yo no pierdo mi mejor caballo por tí.

—Señor Pardo—murmuró agitada la pobre—déjeme usted. Yo no quiero casarme, yo sólo ambiciono vivir tranquila, al lado de los nobles señores que me amparan.

—Quita allá, tonta; mejor estarás conmigo que sirviendo á esa señorona amiga de los otros que están para casarse; tengo noticias de ellos también, y por ellos he seguido la pista.....

Llegaron á la calle de Valverde, entró ella en casa del banquero, y á la salida (que retardó cuanto pudo por ver si Pardo se cansaba de esperar) nuevamente el cacique de Orduela la siguió, hablándola de sus atrevidos proyectos.

Cerca ya de la casa, murmuró Pardo con irritado acento, al oir las negativas de la joven:

—Piénsalo bien, y no me hagas hacer una barbaridad..... Te vienes conmigo, y allá nos casaremos. Mientras tanto, saldrás estas tardes á hablar conmigo.

—Jamás; déjeme usted—contestó ella, corriendo hacia la entreabierta puerta de la casa.

Pardo pudo sujetar un instante á Josefina, y luego la dejó.

Josefina tuvo muchos días en su brazo una señal negra, indicio de la fuerza y la rabia con que oprimió su brazo aquel hombre.

Presa de la más grande emoción, corrió Josefina al *boudoir* de la Marquesa, y le contó lo que pasaba.

Por primera vez explicó la pobre quién era Pardo, su persecución, sus frases amenazadoras y el miedo que la inspiraba.

Mas la bella Ernestina, al oir la precipitada narración de su doncella, la dijo riéndose:

—Todo lo que me cuentas es novelesco y muy interesante. ¿Conque está enamorado de tí un hombre enérgico, arriesgado, casi un Otelo? Mujer, eso es muy divertido. Ya tengo deseos de conocerle. Será una naturaleza vehemente, capaz de las grandes pasiones, hasta del heroísmo.....

Josefina, que escuchaba inquieta el equivocado juicio que de Pardo tenía su señora, contestó:

—Es un hombre malo.....

—¡Un hombre malo!—dijo en una carcajada Ernestina;—di entonces que es un hombre como los demás, porque todos son malos.

—Hay excepciones—dijo alzando una cortina y penetrando en el saloncito Enrique;—¿verdad, querida Marquesa?

—¡Qué sé yo! No estoy muy segura, sobrino—contestó con festivo tono Ernestina estrechando la mano al joven.

Y luego, volviéndose á la huérfana, continuó:

—Nada temas, tonta, que ese tenorio callejero no se tomará el trabajo de robarte. Espera mis órdenes en el salón inmediato, y que nadie me moleste. Vete.

Josefina no volvió á salir sola, pero á menudo veía al ricacho enfrente de la casa, y recibió una carta de él que rompió sin abrir. La constancia de aquel hombre la aterraba, y, por otra parte, la indiferencia que mostraba la Marquesa cuantas veces hablaba de él la niña, hacía desfallecer su corazón.

A mediados de Septiembre todo estaba preparado para que Consuelo y Luis se unieran indisolublemente. La Marquesa, siempre galante con sus amigos, les manifestó que sería muy de su agrado que se desposaran los novios en su morada, y que antes de emprender el viaje de novios habitasen en otro pabellón de la casa, ya que la destinada á los jóvenes no estaría terminada de alhajar hasta Enero, época en que regresarían de su excursión los recién casados. Fué este deseo de la amable Ernestina acogido por la familia del Espinar con fruición: los prometidos vieron en tal obsequio un motivo más de gozo, y la Marquesa, que á veces estaba triste y preocupada, parecía que con la boda y la instalación de sus amigos en su casa quería distraerse de algo que la hacía daño.

Quizás echaba de menos la presencia de su sobrino, á la sazón ausente en Sevilla, y, según muchas personas aseguraban, enamorando á una riquísima heredera.

Una noche entró malhumorada la Marquesa en sus habitaciones: escribió una carta que rompió al leer, y luego que meditó un rato, exclamó airadamente:

—¡Basta de humillaciones!..... A engaño, engaño..... No quieres venir, pues vendrás.

Y dichas estas palabras, escribió nerviosamente en una cuartilla algunas frases que corrigió y copió en otro papel. Tocó un timbre, y dijo sonriendo con amargura:

—Muriéndome, sí, muriéndome de celos, aunque te digo que de enfermedad.

En esto apareció Josefina.

—Muchacha, ahora mismo vas á llevar este telegrama á la Central. ¿Oyes lo que te digo? En este momento.

La joven instintivamente miró á un reloj de pared: señalaba las doce.

La Marquesa, al notar la mirada de Josefina, que era como una muda protesta, gritó enfurecida:

—Necia, ¿qué miras? Obedece mis órdenes, ó vete inmediatamente á morirte de hambre. Que no se entere ni tu sombra de lo que llevas ahí. Vuela.

Josefina, con la cabeza inclinada sobre el pecho, oyó silenciosa semejantes palabras. Estaba tan acostumbrada á los arrebatos de su señora, que no la sorprendieron esta vez.

Hizo un saludo, y al retirarse á cumplir la orden de la Marquesa, ésta le dijo:

—Oye, toma dinero para que vayas en coche, mujer, no sea que intente robarte tu rondador imaginario.

La Marquesa dió algunas pesetas á Josefina, y nadie al verla en aquel momento, tranquila, apaciblemente hermosa, la hubiera creído capaz de sentir la ira y de proferir un minuto antes palabras cruelísimas para la huérfana.

Josefina sintió tanto miedo de salir sola, que se hizo acompañar por Perico, y así hablaban los dos por el camino.

—De verdad te aseguro, hermana, que me duele hasta la cabeza de tenerla siempre sin movimiento por causa de este endemoniado corbatín. Ya estoy cansado de esta vida: mejor quería ser cómico en Orduela que no lacayo; siquiera allí corría y movía la cabeza á mi gusto; y no que aquí, cuando no hago los recaditos del señor, quieto que quieto en la antesala. Luego te veo tan poco, que me aburro. Solamente á las horas de comer estoy contigo un rato; pero como está toda la servidumbre delante, vamos, que no se puede hablar. Con que, chica, á tí ¿qué tal te va con la señora? ¿Bien? Pues mira, no pelechas, porque cada día te encuentro más flacucha. ¿Quieres unas pastillas muy ricas que tengo en el bolsillo? Las he guardado para tí.

—¿Quién te las ha dado?

—¿Quién me las había de dar? Mis manos. Las he cogido.

—Perico, eso está mal hecho.

—¡Tonta! ¿Qué entiendes tú?

—Ya sabes cuánto deseo que cumplas con tu deber, y eso.....

—Pero, tonta, si el mismo ayuda de cámara del señor Marqués me ha dicho que las cogiera.

Josefina oía con disgusto cuanto su hermano le decía. No eran las pícaras enseñanzas de los criados de los Marqueses las enseñanzas que para el niño ambicionaba la pobre. Y en verdad que el muchacho estaba desconocido en cuanto á lo moral. Hablaba de asuntos difíciles con precoz desenfado, y una risita maliciosa se dibujaba en sus labios al contar los amoríos de la servidumbre, sonrisa que parecía indicar que su alma comprendía ya el alcance de las pasiones, en la infancia absolutamente ignoradas.

De vuelta de poner el telegrama, el chico encendió con énfasis un cigarrillo y comenzó á chuparlo; pero como apenas sabía sostenerlo en la boca, el humo se le metía en los ojos y le hacía llorar á lágrima viva.

Josefina le dijo enfadada que tirase el cigarro; obedeció el chico de malísima gana, y recostándose lo mejor que pudo en el coche, murmuró:

—Como me levanto al rayar el día, tengo un sueño..... Y estoy cansado de veras.

¡Pobrecillo! su hermana tuvo que despertarle al llegar á la hospitalaria mansión de los Villa-Nara.

SOFÍA CASANOVA.

(Continuará.)

CARTAS Á UNA MADRE.

IV.

Te quejas de mi silencio, Luisa, y me preguntas los motivos de él: es inútil que te los diga, porque mirando á tu conciencia los hallarás al instante: ninguna de las ideas que en tus cartas emites está acorde con la mía; y así como sería una deslealtad indigna el aprobarlas, es una tarea penosa é inútil el estarte desaprobando y reprendiendo continuamente.

Estoy convencida de que sólo una terrible lección de la suerte puede cambiarte en favor tuyo y de tu familia, y pido al cielo que esos días de prueba lleguen para tí. El dolor purifica como el fuego, y de él saldrás regenerada, paciente y sufrida.

En los dos años que han pasado siendo nuestra correspondencia poco frecuente, algún espíritu enemigo de tu ventura ha inspirado tus acciones. Tengo cartas de tu marido y de tus hijas, en las que se ve claramente lo desgraciados que son todos. ¡Qué doloroso es para mí el ver razonar á esas pobres niñas de ocho y nueve años, para fundar sus quejas y su dolor por el abandono, por la dureza de su madre! Mucho más daño me hacen las cartas de Blanca y de Laura que las de tu marido..... «Mamá ya no nos quiere—dice tu hija mayor;—cada día nos ve menos, y se pasan ya semanas sin que la veamos absolutamente. Cuando no está fuera de casa, que es casi siempre, se encierra en su cuarto y allí se hace servir la comida; nadie nos cuida, y nosotras, ayudadas de una criada, que es nueva con frecuencia, tenemos que coser nuestros vestidos rotos y á planchar nuestra ropa blanca. Mucho más nos cuida y nos acaricia papá, que es tan bueno como si verdaderamente fuera nuestro papá: si algo hacen por nosotras las criadas, es por las severas órdenes de papá; pero como él no está en casa en todo el día, hacen poquísimo caso de cuanto dice, y estamos poco menos que abandonadas á nosotras mismas.»

Tu marido deja ver en su carta toda la amargura que encierra su alma. «Mi funesto enlace—dice—no me ha dado ni compañía, ni ventura, ni bienestar. Luisa, que es una mala madre, no puede ser buena esposa, porque no se puede ser á un tiempo buena y mala; yo, enemigo del escándalo y el ruido, hago cuanto puedo para soportarla, que es refugiarme en una completa indiferencia: el trabajo es mi sola compañía.»

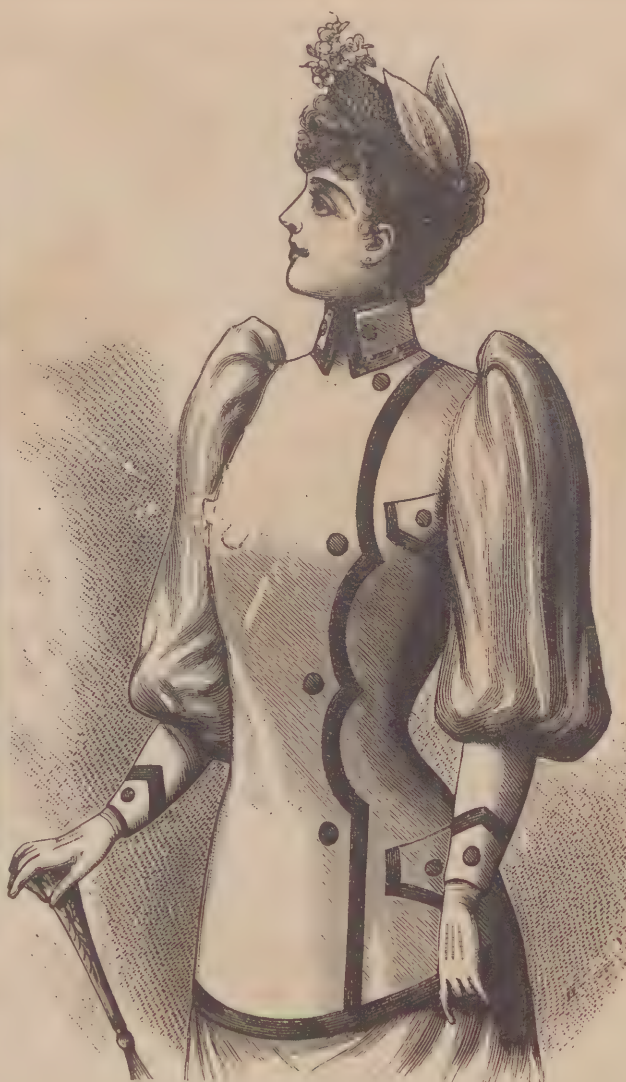
He dejado para lo último el hablarte de tu hijo: con sólo diez años de edad, Fernando es el juez inexorable de tus desaciertos. Te culpa del abandono de todos tus deberes, y te culpa con la madurez de una razón á la que el dolor ha dado una prematura y triste experiencia; compadece á tu marido, y le dedica frases de profundo cariño y alta estimación; y en cuanto á sus hermanas, demuestra por ellas una piedad profunda y un vivo deseo de ser hombre para ampararlas y cuidar de ellas.

«Nos iremos á vivir los tres solos—dice—y saldremos de esta casa, más triste que una tumba y en la cual nadie nos ama.»

¿Qué cuenta darás á Dios de la felicidad de los tuyos el día que te llame á su terrible juicio? ¿qué responderás? ¿No te avergüenza ese descuido de tus deberes, esa amarga y solitaria vida que has impuesto al esposo que te ha dado su nombre, su honor, su vida entera?

—Yo no le he faltado en nada—me contestarás;—yo soy una mujer fiel á mis deberes; no le culpo de mi abu-

14.—Corpiño de muselina de lana.


15.—Chaqueta semilarga.

16 y 17.—Vestido para jovencitas de 13 años. Delantero y espalda.

18.—Traje de otoño para señoritas.

19.—Vestido de paseo para niñas de 12 á 13 años.

20.—Vestido de recibir.

21 y 22.—Sombreros de otoño.

23.—Vestido de paño para señoras jóvenes.

24.—Vestido de lana de cuadros y lana lisa.

25.—Vestido de encaje y tafetán tornasolado.

rrimiento de la vida, pero tiene que soportar las consecuencias.

Pues si tenías preparado este argumento, déjalo, porque no tiene novedad ninguna: conozco muchas mujeres persuadidas de que la fidelidad conyugal es su único deber, y de que no faltando á ella, todo lo demás les está permitido: error profundo del que se desengañan cuando ya su vida está minada por una irremediable desgracia.

Seguramente habrás oído muchas veces hablar de maridos extraviados, á pesar de la virtud de sus esposas; pues ciertamente, la virtud de esas esposas abandonadas no tenía más que un mérito: la fidelidad; en compensación, suelen ser irascibles, displicentes, perezosas, apasionadas del lujo y del dispendio, sin corazón para la desgracia ajena, indiferentes para su familia, murmuradoras, prosaicas en sus costumbres, desaseadas, malas, en fin, no sólo para la felicidad, sino hasta para la sociedad conyugal. Pues bien, Luisa; el día en que los maridos de esas mujeres fieles hallan en su camino una mujer agradable, afectuosa, inteligente y activa, despiertan como de un marasmo doloroso y le dan todo el amor que la esposa indolente, aburrida, fastidiosa, aunque muy fiel, no ha sabido guardar.

Créelo: cuando un hombre se cansa de una esposa bonita y fiel, y da un lugar en su vida á otra que al parecer vale menos, algo hay en esta última que él ha buscado en vano en la compañera de su destino.

Dices que te aburres mucho con la monotonía de la vida: ¿una esposa, una madre aburrirse? ¡El decirlo, el pensarlo, hace ya tu proceso! Ya sé yo que el trabajo doméstico, que el cuidado de la casa es siempre el mismo, y que su monotonía no se altera; pero persuádete de la santa verdad que guía á tantas mujeres buenas: el deber no es divertido y variado, sino severo y grave; el único placer que da es la certeza de haberle cumplido por penoso que sea; pero esta satisfacción, á veces un poco melancólica, es grande, inmensa, y llena el alma de una plenitud tan grande de dicha, que vale más que todos los placeres que la frivolidad mundana nos ofrece.

No tienes más remedio que todos los días hacer las mismas cosas; lo mismo les sucede á mujeres eminentes, que además del cuidado de su casa y de su familia, brillan en algún arte y saben ganar dinero, que no gastan, sino que dedican al bienestar de los suyos.

Te escribo con esfuerzo, amiga mía: el acusar continuamente no se aviene con mi carácter; pero no te hará ver el precipicio á cuyo borde te hallas ninguna de esas que se llaman tus amigas: ó no lo ven, ó te quieren precipitar en él; mas yo quiero que lo mires para que te alejes, y para que me digas cuando nos veamos: «Tú eres mi amiga leal y verdadera.»

María del Pilar Sinués.

LA MOSCA VERDE.

(leyenda oriental).

El visir Alí-Hassán, ministro del califa Harún, paseaba un día por el campo, en las cercanías de Bagdad, con un humor de todos los diablos.

Desde por la mañana todas las cosas le contrariaban: en primer lugar, la noche anterior había dormido mal, muy mal; en segundo, su hijo primogénito, que salió de casa antes de anochecer, fué conducido ante el padre, en la hora del alba, abominablemente embriagado; en tercero, la doncella que acompañaba á su hija Amina, hermosa niña de diez y seis años, le había dicho que, por quinta vez, un joven caballero se acercaba á saludar á su señorita, y ésta, con el pretexto de prenderse bien el velo, se le quitó en presencia del mancebo, y mostró á éste su divino semblante y su más graciosa sonrisa.

Y para colmo de desventuras, cuando el ministro Alí-Hasán apareció en la Sala del Consejo, ya estaba en ella su glorioso dueño y señor, el califa Harún, quien le recibió con frialdad y arrugando el ceño; y era que, habiendo estallado una sublevación en provincia no lejana de la capital, reprimióla severamente el Visir, y con fortuna, en breves días, y juzgó inútil enterar del caso al Califa, quien aconsejado por los enemigos de Alí, culpaba á éste: primero, de *haber permitido* que estallase una rebelión en el Imperio; segundo, de haber ocultado la noticia á su señor; tercero, de haberla reprimido con rigor, en vez de hacerlo por medio de la persuasión, de buenos consejos, de sensatas concesiones.

Alí, en saliendo del Consejo, llevaba la impresión de que su crédito estaba fuertemente lastimado; y sin ir á su casa, donde le aguardaba su mujer para pedirle un vestido más rico que el de la esposa del Gobernador de la ciudad, dirigióse á los jardines de extramuros, y desde allí á la solitaria campiña, para meditar sobre su repentina desgracia.

—¡En verdad, en verdad—decíase con voz quejumbrosa—que hay días fatales para nuestra existencia! ¿Qué es vivir? Padecer dolores casi todos los días. ¡Mejor sería no padecerlos, aunque la vida fuera entonces más corta!

***

Un sol ardiente abrasaba con sus rayos de fuego la inmensa llanura de los alrededores de Bagdad, y Alí no tardó en sentir un deseo irresistible de sentarse á la sombra.

Vió una senda que, por lo estrecha y tortuosa, prometía no lejos un poco de frescura en hondo valle, y caminando por ella, encontróse al pie de un viejo muro sombreado por frondosas palmeras.

Alí exhaló un suspiro de alivio, y sentóse al pie del muro, bajo los pabellones ondulantes de las palmeras.

Meditó largo tiempo en la inconstancia de las cosas humanas, y de repente sintió cerca de sus orejas un monótono zumbido: una graciosa mosca verde daba rápidas vueltas, con sus alas de oro, alrededor de la cabeza del Ministro.

Este la asustó con la mano, y el insecto, como si tuviera empeño en molestarle, lejos de huir, acabó por posarse en la frente de Alí.

¡Qué humillación para un Visir del Califa de Bagdad! Alí, furioso, llevóse la mano á la frente para apoderarse de su alado enemigo; mas la mosca huyó con ligereza, y ¡oh destino fatal! en su precipitación por escapar, el verde insecto quedó prisionero en una telaraña, que se extendía por encima del Visir, desde el viejo muro hasta el tronco de una palmera.

Alí, testigo de aquella catástrofe, no pudo menos, en el primer instante, de exclamar con egoísta y cruel alegría:

—Ahora, atrevido insecto, preso en la telaraña, no volverás á turbarme en mis meditaciones.

Pero mientras estaba observando á la mosca prisionera, vió salir de un agujero del muro á una monstruosa araña, de abultado cuerpo y largas patas negras, que corrió hacia su presa, y empezó á dar vueltas alrededor de ella, cual si gozase con el espanto y la agonía de la mosca verde.

Alí contemplaba los esfuerzos desesperados del insecto para librarse de los viscosos hilos que le apresaban, y movido á compasión, aunque el importuno insecto le había molestado, no pudo resolverse á dejarle perecer tan miserablemente.

Levantóse, hizo huir á la araña, cogió la mosca verde, y exclamó, abriendo los dedos:

—Libre estás ya: vuela, y no me molestes.

El insecto alzó el vuelo con rapidez, y Alí bien pronto le perdió de vista.

Entonces el Visir volvió á sentarse bajo la palmera, reclinó la cabeza en el muro, cerró los párpados y se quedó dormido.....

***

¿Quién pronunciaba en alta voz y con dulcísimo acento el nombre del Visir del califa Harún?

Ante Alí apareció súbitamente un personaje de espléndida belleza y gigantesca estatura, que tenía sobre la frente una llama blanquísima y en la espalda dos alas inmensas y diáfanas.

Alí, aunque dormido, comprendió que se encontraba en presencia de un genio.

—¡Oh Visir!—le dijo aquel ser verdaderamente sobrenatural—yo soy la mosca verde que se posó en tu frente y á quien acabas de librar de la muerte..... Y no te extrañen mis palabras, porque has de saber que un pérfido abejorro, enemigo mío, se había metamorfoseado en la panzuda araña que me cogió prisionera en su tela..... Has de saber también que si el Ser Supremo permite á los genios tomar la forma que más les plazca, están expuestos por lo mismo á las asechanzas que rodean á los seres cuya apariencia tienen, y sin tu generoso auxilio yo no me habría salvado de la muerte..... Pídeme en recompensa una merced, que juro concedértela, cualquiera que sea.

El Visir, extático ante el genio, no pudo responder en seguida; mas pronto le animaron las miradas protectoras y las dulces sonrisas de la gentil aparición, y después de serias reflexiones contestó:

—¡Oh espíritu benéfico y tutelar! Decíame, pocos momentos hace, que los míseros mortales no tenemos ninguna ventaja con vivir largos años, cuando casi todos los días nos persiguen y ahogan las amarguras, las penas, los sinsabores de toda clase. ¿Cuánto mejor sería una existencia más breve, formada sólo de nuestros días felices y alegres?..... Pues he aquí, oh genio, lo que te pido: suprime en mi vida los días de aflicción y contrariedades, y déjame solamente los felices, los exentos de toda pena..... Si me lo concedes así, me pagarás con largueza el favor que acabo de prestarte.

Al oirle, el genio sonrió enigmáticamente.

—¿Sabes—le preguntó—lo que me pides?

—Sí—respondió Alí.

—¡Hágase, oh Visir, según tu deseo!

Dijo el genio, y súbitamente el desdichado Alí creyó que su fantástico interlocutor, agarrándole con férreos brazos por la cintura, lo elevaba á una altura tan prodigiosa, que el Visir no tardó en perder el conocimiento.

Y cuando volvió en sí, encontróse en su palacio de Bagdad, acostado en su lecho, con el cuerpo rígido y frío, sin poder moverse ni hablar; sus párpados estaban cerrados, y sin embargo veía lo que pasaba alrededor de él, y también oía lo que se hablaba; en la sala lloraban su mujer y sus hijos, rodeados de los amigos íntimos; todos maldecían del adverso destino, deplorando la pérdida de un buen esposo, de un buen padre, de un amigo leal y generoso.

—¿Qué quiere significar esto?—pensaba Alí.—¿Acaso habré muerto?

—¡Sí!—respondióle una voz.

Era la del genio, que estaba allí, enfrente del lecho, inmóvil, rígido, visible sólo para Alí, en cuyo pensamiento leía.

—¡Pérfido espíritu!—pensó Alí.—¿Así cumples tus promesas?

—No me culpes—respondióle aquel ser maravilloso;—antes al contrario, culpa sólo á tu insensatez. ¿Por qué me has pedido lo imposible? Dios encargó á dos hadas que hilasen los destinos de los hombres: delante de una amontonó gran cantidad de lana blanca, y con ella se hilaban los días felices, y delante de otra, lana negra, con la que se hilaban los días infaustos; mas cierta noche, habiéndose dormido las dos hadas, el enemigo del género humano, que no duerme jamás, juntó los dos montones de lana, y los enredó de tal manera que las hadas, cuando despertaron, comprendieron que era imposible desenredarlos..... Y desde entonces, Alí, los días que las hadas hilan están mezclados de blanco y negro, de alegrías y pesares. ¡Acuérdate de tu pasado! ¿Encuentras algún día en que no hayas sufrido una pena, una aflicción, una contrariedad, por leve que fuera? Y en compensación, ¿encuentras uno sólo en que no hayas tenido siquiera un momento de dicha, de placer, de alegría?.....

Alí, que no podía moverse, ni hablar, ni hacer el más sencillo ademán, pensó en que, si pudiese, contestaría al genio:

—¡Hoy! ¡hoy no he tenido sino amarguras!

Y el genio, que leyó en el pensamiento del Visir, exclamó:

—¡Mientes, ingrato! Has sentido la satisfacción que produce una acción buena, cuando me salvaste de la pérfida telaraña que me aprisionaba..... Pues bien, pidiéndome, en recompensa de esa acción, que te librase en el porvenir de tus días infaustos, de los días en que hubieras de sufrir alguna pena, he tenido que suprimirlos todos, porque la vida del hombre es una sucesión no interrumpida de venturas y desventuras, de alegría y llanto, de blanco y negro..... y has llegado de repente al instante fatal de la muerte. ¿Te desagrada la lección? Pues sólo tú la has buscado.

—¡Desgraciadamente—pensó Alí—esa lección no me servirá de nada..... porque, según dices, oh genio, estoy muerto!

—¡Cómo! ¿quieres volver á ser lo que has sido? ¿te arrepientes de tu petición?

—No deseo otra cosa, y me arrepiento.

El genio extendió la mano derecha hacia Alí, y éste perdió el conocimiento.

Cuando le recobró, pocos instantes después, encontrábase reclinado al pie del muro, á la sombra de la palmera; y levantándose al punto, preguntábase si aquella singular aventura había acontecido en realidad, ó si únicamente fué un ensueño, una visión profética.

***

Emprendió pensativo el camino de su palacio, y como el sol había declinado hacia el Oeste, mientras durmió el Visir, éste no sintió los rigores de sus rayos de fuego.

Tal fué su primera satisfacción en aquel día que tan infausto se anunció por la mañana.

Otras esperaban al atribulado Ministro.

En llegando á casa le dijeron que su hijo, repuesto de la embriaguez, había jurado no beber en lo sucesivo sino agua; y que el joven desconocido, á quien su hija mostrara el rostro sin protector velo, era único vástago y heredero de cierto magnate de Bagdad, y pedía en matrimonio á la hermosa Amina.

Una hora más tarde, cuando Alí reposaba de su largo paseo y reconciliábase con la vida por las alegrías que compensaban sus aflicciones de la mañana, recibió un mensaje del califa Harún, quien le manifestaba, después de maduras reflexiones, que estaba muy satisfecho de su conducta prudente, y á la vez enérgica, en reprimir la sublevación; añadiendo, por vía de epílogo, que le confirmaba en su gracia y en su alto puesto.

Alí daba gracias de todo corazón al cielo, y bendecía al maravilloso genio que le hubo confortado en sus tribulaciones, y cuando, llegada la hora del descanso, acostóse en mullido lecho, decíase:

—Y aunque todos mis asuntos no hubiesen presentado tan buen aspecto en pocas horas; aunque sólo hubiese hecho, después de mis primeros sinsabores, la buena acción de salvar la vida á la mosca verde, ¿podría yo decir que el día de hoy había sido infausto para mí, absolutamente perdido?

Emilia de S***.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(novela.)

1.º Enero 1882.

Dios mío, líbrame de morir de tristeza ó desesperación, y no me olvides entre la nieve que sube al derredor de mí, un poco más cada día!

¿Cuántas veces he repetido esta oración? Difícil sería contarlas, y voy á escribirla, no por temor de que se borre de mi memoria, sino porque lo escrito parece tener más fuerza que las palabras. Además, hace tiempo que tengo costumbre de hablar alto en vez de pensar; el eco de mi voz, al retumbar en los labrados artesones de estos vetustos techos, vibra en mis oídos como la de un ser misterioso que me hace compañía. Después de todo, si el escribir distrae, me prometo en tan nueva ocupación pasar alegremente el día de hoy: ¿qué recurso buscaré para mañana?

Esta afición á las *letras* que se ha despertado en mí de pronto, me ha hecho tropezar con mil dificultades al tratar de realizar el deseo de satisfacerla. Empezaré por decir que mi primer afán era ocultar las impresiones del alma que ansiaba trasladar al papel, y que me hallaba sin una llave ni cerradura que garantizara la seguridad de lo que trataba de esconder; que la tinta estaba seca en una botella, que las dos plumas que traje del colegio se habían extraviado, y que no existía en el castillo ni siquiera un pliego en blanco, aunque, bien mirado, ¿qué

falta podía hacerme si no tengo correspondencia con nadie?

Hay en mí, sin embargo, una cualidad que supera á todas, y que me permitiré llamar *perseverancia*, por no darle su verdadero nombre de *terquedad*. Así, decidida á escribir el *Diario* de mi existencia, he apelado á cuantos medios he creído necesarios, desechando desde luego como deficiente el decantado recurso que emplean en las novelas los prisioneros: el de picarse la vena y trazar letras con sangre.

Algunas gotas de agua en la seca borra de la botella me han suministrado tinta abundante, y dos plumas de la cola de una pava, que se las ha dejado arrancar con estoica indiferencia, han completado mis útiles de escritorio. En cuanto al papel, que era lo más difícil, tuve que trastornar cuantos armarios y alhacenas contiene este viejo palomar, hasta encontrar un antiguo cuaderno, grueso como cartón y amarillo como azafrán, que, por fortuna, sólo tiene dos páginas escritas en cada pliego. Es el protocolo de un pleito emprendido hace ochenta años entre mi bisabuela y un señor Juan Manuel Burgos, alias *Colorín*, á propósito de un coto cuya caza devastaba nuestras tierras. ¡Ay, qué bueno fuera hallar un vecino pleitista y unos cotos que se prestaran á litigaciones, para ocupar mi eterna soledad!

¿Habrá muchas personas que conozcan como yo la exacta significación de esta palabra? El Diccionario de la lengua la define así: *Soledad es el acto de hallarse sola una persona;* y más arriba, en la frase *solo*, añade juiciosamente: *Solo es estar sin compañía de otros.*

¡Ay, Dios mío! La verdad es que hay soledad de soledades, y no es la peor la del cartujo que escoge por su voluntad una celda de cinco pies cuadrados, ni la del trapense en el jardincillo donde cava la fosa en que han de sepultarle, cambiando con sus compañeros frases consoladoras acerca de una vida mejor. La más horrible de las soledades es la mía, la de Eladia Bazán, que no ha elegido su suerte y se halla próxima á no poder sufrirla. ¡Sola á los diez y ocho años, con el corazón lleno de afectos y la cabeza de ideas, de que nadie quiere participar! ¡Sola para llorar, reir y encolerizarse!..... ¡Por cierto que hay asunto para perder el juicio!

Durante la primavera, el estío y el otoño podía soportar fácilmente el aislamiento: los árboles y las flores tienen un lenguaje más claro de lo que piensan muchas personas, y así, medio oculta entre los verdes setos, como una tórtola en su nido, pasaba las horas escuchando cien voces que hablaban conmigo, y me hacían reir sola, empezando por el susurrar del aura en las copas de los árboles hasta concluir por los insectillos que saltaban entre la hierba.

Otras veces me atrevía á montar la vieja *Papalina* (una burra contemporánea de la de Balaán, que nos sirve para sacar agua de la noria), y seguida de mi fiel *Lolo* (un Terranova de pura raza, que sentado á mis pies me mira escribir), me aventuraba en los caminos de travesía, en los bosques de pinos y en lo más áspero de las montañas que por todas partes nos rodean, y daba paseos tan largos como deliciosos. En fin, para distraer el tedio de las noches, tenía por discretas amigas á las estrellas: habíame puesto en relaciones con todas, las llamaba por sus nombres, les confiaba mis penas, y al oirme contar las amarguras del aislamiento en que vivo, más de una titilaba, como haciéndome señales de compasiva amistad.

Pero el viento que sopla hace dos meses, los torbellinos de nieve que caen sin cesar y nos separan cada vez más del mundo, y, más que nada, la voz agria de mi tía, cuyo horrible diapasón aumenta á todas horas, van á concluir con mi paciencia en un plazo muy breve.

Y á propósito de mi tía, voy á trazar su retrato con dos pinceladas, sintiendo de antemano que no despierte la simpatía de mis lectores: es alta, delgada, morena; los ojos negros, grandes y algo caídos de los ángulos; hay en su mirada una expresión singular, rígida unas veces, sarcástica otras y fría siempre como los témpanos de hielo que penden y se balancean en las desnudas ramas de los árboles; tiene las cejas duras y casi unidas sobre la nariz; la tez biliosa, manchada de pecas, y salpicada aquí y allá de granujillos de un rojo impuro; su boca, sobre todo, es el complemento de este rostro que nada tiene de ideal: caída también de los ángulos, de labios delgados y descoloridos, que sólo se abren para reprender con aspereza ó hablar con ironía, son tan pocas las veces que se modela en ellos una sonrisa, que puede asegurarse han perdido casi por completo la costumbre de tan suave expansión.

Si de las cualidades físicas me deslizo á perfilar las morales, tales como se muestran, ó al menos como yo las comprendo, hay en mi tía algo que inspira desde luego viva repulsión: severa, desdeñosa, burlona con frecuencia y agresiva siempre, solamente la he visto reir cuando sus duras reconvenciones cubren de lágrimas mis mejillas. Y esta criatura, que parece constituída de diferente modo que las demás, ¿ha de ser para el porvenir mi sola y obligada compañía? ¡Oh, no, Dios eterno! ¡Apiadaos de mi desdichada suerte, y haced que uno de vuestros ángeles traiga hasta este rincón del mundo al ser destinado para librarme de la horrible situación en que me hallo!

Cuando pienso en *él;* cuando hablo á las nubes, las estrellas y las flores de este amigo desconocido, pero simpático á mi corazón, me pregunto muchas veces: ¿Cómo vendrá? ¿Aprovechará para buscarme las serenas alboradas de Mayo, las noches luminosas de Agosto, ó las tardes de Octubre veladas por nieblas pardas y purpúreos arreboles?

¡Ay! á pesar de mi deseo de abandonar estos muros que se caen, confieso humildemente que no tengo la pretensión ni la esperanza de que el compañero de mi vida se aventure á venir á través de la nieve, por caminos detestables y expuesto á ser arrollado por el huracán.

Preciso es aguardar la vuelta del buen tiempo, y como éste ha de tardar mucho, para afirmar mi fe en el porvenir, que vacila con frecuencia, tengo que recurrir á uno de los grandes volúmenes que huelgan en los estantes de la biblioteca, y leer historias maravillosas de princesas encerradas en ruinosos castillos, y que siempre hallan héroes que venzan los encantos que las retienen y las devuelvan á su rango, patria y familia. La analogía entre ellas y yo no puede ser más perfecta, y si nuestras situaciones se parecen, ¿por qué no han de ser idénticos los desenlaces?

Aunque la hermosura es el distintivo de todas las heroínas de leyendas, puedo afirmar, sin falsa modestia, que mi físico es bastante regular para que cualquier caballero andante encontrara bien recompensados sus trabajos con llegar á obtenerme por esposa: y para que no se tache lo que digo de vanidad ridícula, voy á retratarme, en breves frases, tal como soy.

Permítaseme antes asegurar que no comprendo la costumbre establecida de celebrarlo todo, menos la propia fisonomía. Si se exclama: «¡Hermoso caballo! ¡bellísima cosa!», ¿por qué se prohiben las mismas alabanzas respecto al rostro, sólo porque es nuestro?

Búrlase alguno de sus faltas y describe con gracia la nariz torcida ó los ojos bizcos; pero confesar sencillamente que miran derecho y que las facciones armonizan entre sí, ¡líbrenos Dios de tal cosa! Débese aparentar perfecta ignorancia, y hasta hacerse de nuevas si nos lo dicen, como si un pedacillo de espejo ó el agua de un estanque no hubiera revelado mil veces este secreto á los interesados en él. ¡Extrañas leyes de sociedad! Se inclina una y se ve linda: ¿es esto un crimen que haga preciso enturbiar el agua, para que se cubra de arrugas el fresco semblante que refleja? Los ciervos y las corzas que durante el estío he visto bajar á beber en los arroyos, hacen exactamente lo que yo he hecho: cuando concluían de apagar la sed, quedaban un rato inmóviles, inclinadas las cabezas, y sus dulces ojos clavados en la imagen que copiaba el agua; después se alejaban de un salto, alegres y dichosos de haber admirado el obscuro color de sus pieles y las bien plantadas ramas de su testuz; cuando ellos se iban acudía yo á mirarme, me veía en el mismo fondo azul, cortado por nubecillas blancas ó grises, y cuando me alejaba del arroyo era tan dichosa como los gallardos habitantes de la sierra, porque no hallaba en mí nada que me desagradara.

Advierto, sin embargo, que estas digresiones dilatan más de lo regular el retrato prometido, y pido de antemano perdón al lector de mis *Memorias* (si es que llegan á ser leídas por alguien). Diré sólo que mi rostro recuerda el de las gitanas de todos los países: tan grandes son los ojos, tan aguileñas las facciones, tan rojos los labios y tan rosadas las morenas mejillas, que tienen algo del aterciopelado de la fruta en sazón. Mi sola pena es el color del cabello, rubio acobrado, tan crespo y desigual, que sus mechones parecen las crines de un león. Si he de creer á mi tía, no soy alta, pues siempre que pasa junto á mí murmura con la punta de los labios un «*pequeñuela*», que me pone á nivel del suelo: la verdad es que sólo llego á la altura de su codo, pero me consuela que no hay en nuestras montañas un hombre de su estatura.

Vivo en un castillo de antigüedad tan venerable, que se cae á pedazos; de cuatro torres que tuvo en sus tiempos de esplendor, dos han venido á tierra, y las otras dos es de temer que sigan el mejor día el ejemplo de sus hermanas. En la del Este se halla mi aposento, y en él una gran ventana de arquitectura gótica, tan coronada de hiedra, que para ver los montes y valles cubiertos de nieve tengo que romper muchas veces la cortina de verdura. Desde allí interrogo el horizonte pensando en mi *ideal*, y preguntándome cómo y cuándo vendrá á librarme de la prisión á que me condena el destino.

Año Nuevo, hermoso día festejado en todo el mundo, ¡cuán triste me pareces al contemplar el cielo gris y la absoluta soledad que me rodea! ¡Cómo echo de menos los sonoros repiques que anuncian tu fiesta, las solemnes ceremonias religiosas y el trono de luz y flores donde se ostenta la imagen del Niño Jesús, desnudito en su cuna de paja! ¿Quién me dará todas las alegrías del mundo de los vivos? Año Nuevo, que te presentas tan sombrío, ¿qué me guardas en tu fugaz reinado?

8 de Enero.

Una cosa que me hace reflexionar mucho y que nunca me he atrevido á preguntar á mi tía, es la clase de lazos que nos unen. ¿Está ella en mi casa ó yo en la suya? ¿Me ha traído á su castillo, ó le doy hospitalidad en mis ruinas? ¿Las dos torres y las cuatro murallas que permanecen de pie, llevan su nombre de Castrojériz ó el mío de Bazán? Todo lo lejos que se remontan mis recuerdos, me encuentro á su lado como hoy; ella siempre, alta, fría, severa, encerrada en la mejor cámara del castillo, donde da el sol y no combate el viento, y tan olvidada de mí como si no existiera; yo corriendo á mi gusto, con libertad de entrar y salir con bueno ó mal tiempo, medio salvaje, por no decir salvaje del todo. Entre las dos, Nicolasa, que es á la vez cocinera, hortelana, ama de llaves y jardinera, mi única y verdadera amiga; *Papalina*, que antes como ahora sacaba agua del pozo, y y mi fiel *Lolo*, únicos vivientes que acompañan nuestra soledad.

Las memorias risueñas de mi vida son los dos años que he pasado en el convento; época feliz en que me oía llamar por mi nombre, en que mi lecho formaba fila entre los quince blancos y sencillos que ocupaban el dormitorio, y me entregaba al sueño distraída con los alegres cuchicheos de mis compañeras. ¡Convento amado, en que dejé amistades tan tiernas, en que aprendí á torcerme el cabello, á manejar el abanico, á rezar y á entretener el ocio con primorosas labores! ¿Quién me devolverá la paz de tus serenas horas?

Aunque los muros eran muy altos, los ruidos de la ciudad no morían al llegar á ellos; antes bien, penetraban con las auras y se esparcían por todas partes, dando pábulo á nuestras conversaciones de la semana. ¡Oh! ¡cuántos diálogos sostenidos á media voz entre los bosquecillos del parque, discretos protectores que nos ocultaban á la vigilancia de las maestras! ¡Cuántas carreras dadas á escondidas de las religiosas, que tenían forma de severas y palabras de inefable dulzura! ¡Cuántos billetes cambiados entre las educandas, que corrían de carpeta en carpeta, con apariencia de notas geográficas y verdadero sentido de críticas burlonas! El mar Mediterráneo significaba una persona, el Báltico otra, y les hacíamos decir y hacer cosas que hubieran trastornado en un instante todas las leyes de la Naturaleza.

Otro de mis mejores recuerdos son los premios que recibía con frecuencia, y consistían en lazos azules ó color de púrpura, de que pendía una medalla, y que ostentábamos en el pecho con más orgullo que ostenta el veterano la cruz laureada de San Fernando, emblema siempre de heroicas acciones. ¿Qué compensación ofrece mi estado actual á tanta felicidad perdida?

El reverso de este alegre cuadro fué el día en que me llamaron al locutorio por la primera vez después de dos años de estancia en el convento, y hallé á mi tía, que había venido sin anunciarse, para llevarme consigo.

—Tu educación está concluída—me dijo sin preámbulos;—y pues no has tenido la fortuna de establecerte convenientemente en el tiempo que llevas aquí, hace falta que vuelvas al castillo.

La noticia me aterró hasta el punto de sospechar que iban á precipitarme en una tumba, cuya losa caería sobre mí sepultándome en vida.

—Tía—murmuré sin saber precisamente lo que anhelaba decir—no creáis que sé todo lo que es preciso aprender: sólo tengo escasas nociones de ortografía, historia, aritmética.....

Balbuceaba al hablar, y hubiera querido no poder articular palabra á fin de darle la peor idea posible de mi educación; pero mi tía se encogió de hombros, y me interrumpió con su aspereza habitual.

—¡Si no has aprendido nada, tanto peor para tí!—me dijo.—Todo será que hayas permanecido inútilmente dos años en el colegio. La ganancia es tuya, porque añades á tu situación de señorita sin dote los encantos de la ignorancia, y figúrate cómo te facilitarán estas cualidades el camino de la vida; pero, á Dios gracias, no es culpa mía; antes bien, he hecho por tí más de lo que me era posible.

Levantóse al mismo tiempo con una resolución que cortaba el diálogo, sin esperanza de reanudarlo más; sentí una angustia tan viva, que sin conciencia de lo que decía, exclamé:

—¿Y si tuviera vocación religiosa?

El eco de estas frases me hizo temblar de miedo y desesperación; al oirlas, mi tía se detuvo, volvióse lentamente, y con una sonrisa particular contestó:

—En ese caso únicamente podrías quedarte aquí.

A. Hermill.

(Continuará.)

ENSUEÑO DE VENTURA.

En plácida tarde de estío una joven pareja, prometida y prometido, paseaba por sombría alameda de un jardín espléndido, y detrás marchaban dos señoras de edad, la madre y la tía de aquella niña.

Hablaban éstas en voz baja, recordando el pasado, contemplando á *su hija* (que así la llamaban las dos), pensando en que su Clara se casaría con su amado en la mañana del día siguiente; y fué tan grande, tan íntima la emoción de las dos señoras, que su voz temblaba y sus pasos eran vacilantes.

La madre de Clara, viuda á los diez meses de matrimonio, y su hermana Juliana, *tita* Juliana, según la nombraba la joven, habían pasado diez y seis años en éxtasis maternal delante de aquella rubita, su único amor, idolatrada tiranuela de las dos mujeres.

Y juntas las tres vivieron, durante aquel tiempo, en la elegante *villa* que Clara debía abandonar bien pronto y en la cual, como si hubiera sido para ellas el universo entero, habían gozado inefables dulzuras y también sufrido grandes sinsabores.

Mas ¿quizá no esperaban consolarse de la ausencia de Clara, pensando en que dentro de algunos meses verían allí el sonrosado y fresco rostro de un niño, un nietezuelo que habría de crecer bajo los mismos árboles que dieron sombra á su hija amada?

Y además, con la tristeza de la cercana separación se juntaba la alegría de saber que Clara era feliz: amaba y era amada, y el porvenir se aparecía ante sus ojos más sereno y hermoso que el azul de un cielo sin nubes.

Dieron las diez en el reloj de la *villa*, y *tita* Juliana exclamó:

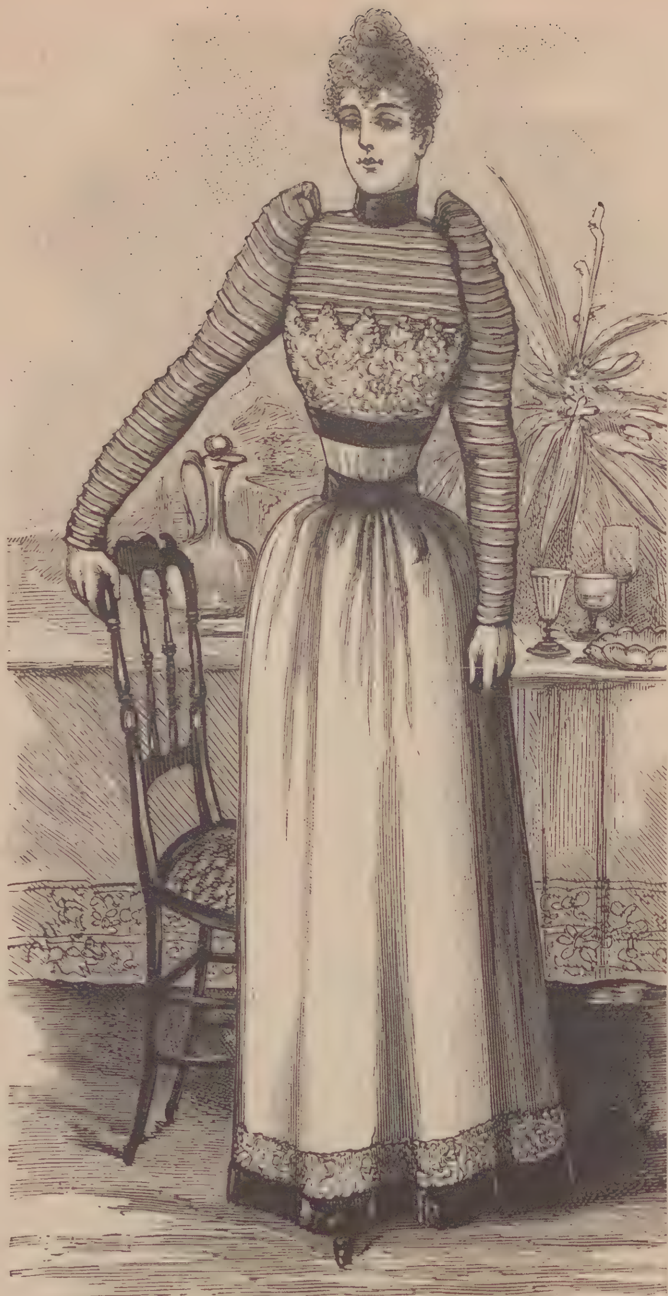
—¿Oyes, Clarita? Las diez..... Acompañaremos á Enrique hasta la puerta de la verja, y en seguida vámonos á casa..... Es preciso que mañana estés fresca y sonrosada.....

Enrique, en efecto, se despidió á la puerta del jardín, estrechando las dos manos de su prometida, y diciéndola en voz baja y trémula:

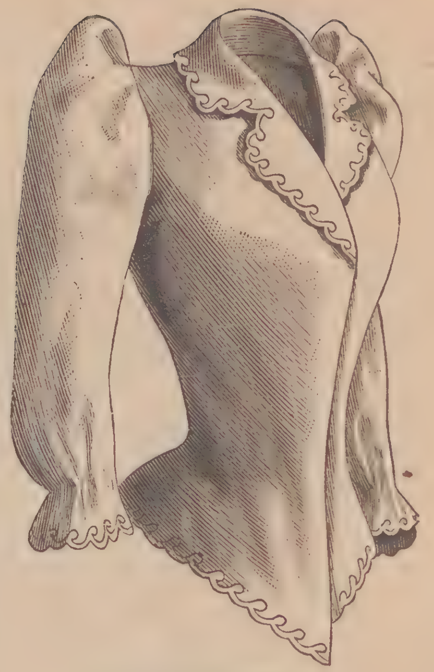
—¡Hasta mañana, amada Clara!..... Y desde mañana ya no volveremos á separarnos.

***

26.—Matinée de batista bordada.



27. —Traje de *château* para señoras jóvenes.



28.—Chaqueta de paño blanco.

29 y 30.—Corpiño-blusa de surah negro. Espalda y delantero.

31.—Traje de visita.

32.—Cuello Médicis de encaje antiguo.

33.—Traje para señoritas.

En lontananza resonaron las doce campanadas de media noche.

Clara estaba sentada á la ventana de su cuarto de soltera, en dulce ensueño de ventura adormecida su alma candorosa: el sueño huía de sus ojos, y la hermosa novia prefirió pensar en su amor y en sus dulces esperanzas, arrullada por el silencio grandioso de la noche y los suaves alientos del céfiro de los jardines.

Todo era paz alrededor de ella: las flores se inclinaban sobre su tallo; las hojas de los árboles temblaban en las ramas; el estanque parecía un ancho espejo de plata; las trémulas estrellas asemejábanse á innumerables ojos de lánguida mirada, que contemplaban amorosamente á la joven prometida de Enrique.

Era la media noche, hora misteriosa y poética; la última media noche que Clara pasaría en la *villa*, bajo el materno techo, y soltera.....

Y su arrobamiento se prolongó tantas horas, que la luna se hundió en el horizonte lejano, las estrellas palidecieron, poco á poco se dibujó en las cumbres de las montañas y en el fondo de los extensos valles una franja de color de rosa que anunciaba al nuevo día.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Clara, despertando de su ensueño, y sonriendo.—¡Es el alba que nace! ¿Ya?

Y levantándose con apresuramiento, cerró la ventana y se dirigió al casto lecho.

—¡Es extraño!—dijo al recogerse.—Diríase que tengo una venda delante de los ojos..... No veo bien..... Sin duda el relente de la noche y el aire fresco de la mañana. ¡Si *tilla* Juliana lo supiese; ella que me prohibe asomarme á la ventana por la noche! ¡Si supiese que todavía no he dormido!

Y en seguida, murmurando una plegaria por el eterno descanso de su padre, á quien no había conocido, se durmió.

Y á las nueve de la mañana, no sintiéndose ningún rumor en el cuarto de Clara, las dos madres entraron á despertarla.

—¡Dormilona! ¡todavía en el lecho! ¡y en día como hoy!—exclamaron ambas.

Al oirlas, Clara se volvió.

—¡Dormilona!—dijo débilmente, aun presa del sueño.—¿Pues qué hora es? ¡Si no ha amanecido!

—¿Que no ha amanecido?—repitieron las dos señoras, con alegre carcajada.—¿Pues no ves qué hermoso rayo de sol entra por la ventana? ¡Mira, mira!

Clara se frotó fuertemente sus azules ojos.

—Pero, *tilla*—contestó—¡si no veo el sol, ni la luz!

La madre y la tía lanzaron un grito de angustia.

—Dime, hija mía—preguntó la madre—¿no ves que estamos aquí las dos?

Clara extendió los brazos sobre ellas, y dijo:

—Os toco, os siento, os oigo..... ¡pero no os veo!

—¡Dios del cielo!—gritaron las dos señoras.—¡Ciega, ciega la hija de mi alma!

***

Clara se había sentado en su lecho bruscamente: dilató sus pupilas todo lo que pudo, y dirigió sus ojos sin mirada al crucifijo de su reclinatorio y á la imagen de la Virgen de la cabecera de su lecho, á la ventana, á la puerta, á todos los lados de la estancia; y en seguida, sin poder reprimir el llanto, exclamó:

—¡Ciega! ¡estoy ciega!..... ¡ya no podré ver á mi Enrique!

Grave, doloroso, terrible silencio sucedió á aquella explosión de angustia.

La madre le rompió.

—¡Es imposible! ¡no puede quedarse ciega súbitamente! Será un incidente pasajero..... ¡El médico! ¡que venga el médico!

Y mientras dos criados salían á escape en busca del doctor X***, sabio oculista, las dos madres, sentadas á la cabecera del lecho de Clara, reprimían sus propias lágrimas para consolarla y confortar su ánimo, meciéndola con palabras de amor, con tiernas caricias, con frases de esperanza.

Llegó el médico, y examinó atentamente los ojos azules de Clara.

—¡Esto no es nada, amiguita mía!—dijo el doctor, con acento ligero.—Algunas lociones y un colirio inofensivo devolverán á usted la vista..... dentro de una ó dos semanas..... ¡nada más!

Clara estrechó febrilmente la mano del oculista, y preguntóle:

—¿Me lo prometéis? ¿no quedaré ciega? ¿volveré á ver?

—¡Cierto, cierto!—balbuceó el doctor conmovido.—Tened un poco de paciencia..... y creo que eso no será nada.

Mas cuando salió de la estancia, dijo en voz muy baja á la madre y á la tía de Clara:

—Es la *gota serena*..... La curación será larga, difícil, quizá imposible: ni yo debo ocultarlo, ni ustedes deben ignorarlo..... Se necesita mucha paciencia, y ¡cuidado con que ella lo sepa!

—¡Ay!—exclamaron las dos señoras.—Tenemos el corazón destrozado el mismo día en que pensábamos tenerle henchido de alegría y de ventura.....

—¡Qué despertar más horrible, Dios mío!—murmuró la madre, reprimiendo el llanto con su pañuelo.

—¡Éramos ayer, hermana—contestó tía Juliana—demasiado felices!

Entretanto, un criado iba á llamar á Enrique.

Clara dormía cuando el joven llegó, y las dos señoras no se atrevieron á despertarla: Enrique contempló largo tiempo el dulce semblante de su prometida, tan pálida, tan desolada, y luego, estrechándola una mano, salió de la casa, prometiendo volver por la noche.

—¡Ay, Dios mío!—dijo la madre.—¡No la ama bastante para casarse con ella si queda ciega!

Y las dos mujeres, tristemente, doblaron el blanco vestido nupcial y el velo de desposada, y los guardaron en ancha cómoda con la corona y el ramo de flores de azahar.

Enrique volvió, como había prometido.

Estaba grave y muy pálido; acercóse lentamente al sillón en que estaba sentada Clara, y arrodillándose ante su prometida, la dijo así:

—Mi amada Clara, dulce prometida mía: tú sabes cuánto te amo, y hoy, en viendo tu tristeza, tu dolor, tus amarguras, te amo más todavía, y renuevo todos mis juramentos. Clara de mi alma, ¿quieres ser mi esposa?

***

El matrimonio se efectuó quince días después, y los recién casados habitaron en la *villa* con la madre y la *tilla* de Clara.

Pasó un año, y vió la luz una hermosa niña, que tenía tres madres para adorarla.

Esperábase con mucha confianza la curación de Clara, afirmando el docto oculista que ya era asunto de pocos días. ¿Cuántos? Lo ignoraba, pero la esperanza hace el tiempo menos largo.....

Un día de verano, después de comer la familia en el jardín, á la sombra de verde emparrado, Clara llenaba de caricias á su hija, meciéndola en sus rodillas; Enrique estaba á su lado y contemplábala amorosamente; la madre y tía Juliana, gozando con el tierno cariño que se profesaban los jóvenes esposos, cosían á toda prisa un abriguito de blanca lana para su nietezuela.

—¡Qué hermosa es!—exclamó de repente el padre.—Es tu retrato, querida Clara, con tus rubios cabellos, tus ojos azules.....

Clara, levantando la niña hasta su rostro, y fijando en ella sus ojos arrasados en lágrimas de alegría, exclamó:

—¡Embustero! ¡Si tiene los ojos tan negros como los tuyos!.....

Clara, á fuerza de mirar á su hija, había recobrado la vista.

Condesa de Campoblanco.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á D.ª María N.—Efectivamente, el *dulce de tomate* es exquisito.

Para cuatro kilos de tomates se necesitan cuatro kilos de azúcar, una vaina de vainilla y la carne blanca de medio limón.

Se escogen los tomates muy carnosos, se ponen en una cacerola y se les echa agua hirviendo para pelarlos, y después se van echando en agua fría; se cortan luego en dos, al través, para quitarles las pipas con el mango de una cucharilla (operación que se debe hacer con sumo cuidado), y se vuelve á meterlos en agua fría.

Se pone á fundir azúcar en una cacerola, con poca cantidad de agua, y cuando empieza á cocer, se echan los tomates, la vainilla y el limón, estas dos últimas cosas cortadas en pedacitos pequeños; se deja cocer durante dos ó tres horas, moviéndolo casi constantemente, pues se quema con facilidad, y cuando el gusto del tomate ha desaparecido por completo, se aparta y se guarda en los frascos.

Á dos Provincianas.—Para el regalo á que se refiere me parece que debe escoger un espejo rodeado de flores de porcelana, ó bien una papelera de porcelana, imitación antigua, ó algún centro ó grupo de figuras.

La tintura de benjuí es excelente para el cutis, echando sólo unas gotas en el agua de lavarse. Creo que haciendo esto con perseverancia conseguirá tener la piel muy suave.

Á D.ª M. de C.—El *helado* que lleva por nombre *Alejandrina* se hace así: Para doce personas, se toma una docena de huevos, y se separan las claras de las yemas; pónense éstas en un plato, y se baten durante ocho ó diez minutos, mezcladas con doce cucharadas de azúcar; se cuentan para cada yema tres cucharadas de vino blanco, que se van echando, sin dejar de batir, exceptuando cuatro ó cinco cucharadas, en las que se derrite ó funde un pedazo de cola de pescado; se incorpora esta cola al batido, y se pone al fuego, sin dejar de moverlo hasta que la mezcla esté bastante sólida; entonces se echa en un plato hondo y se deja enfriar.

Se guarnece un molde con bizcochos mojados en un poco de ron; se baten las claras á la nieve, y después de mezclarlas con la crema, cuando esté ya fría, se echa en el molde y se rodea de hielo durante dos horas.

Adela P.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 32.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

TRAJES DE PASEO.

1. *Vestido para señoras jóvenes.*—Se hace este vestido de fular rameado ó de faya ó piel de seda, para la estación entrante. Se le guarnece de seda ó terciopelo verde tallo. Fondo de falda de tafetán y falda de fular ó de faya recogida con varios pliegues en las caderas. Corpiño con faldoncitos de frac, cuyo corpiño se compone de espalda y lados de espalda, que forman los faldoncitos; lados de delante y delanteros con vuelo suficiente sujeto con un cinturón de seda ó de terciopelo figurando una V por delante, cuyo cinturón sale de la costura de debajo de los brazos y se enlaza sobre el delantero. El forro de los delanteros se ajusta con dos pinzas y se cierra en medio con corchetes. Un cierre invisible termina en el lado izquierdo el delantero de tela de encima. En lo alto del delantero, y cubriendo la abertura, va un peto de seda ó terciopelo. Cuello alto y puños de la misma tela. Unos botoncitos cierran los puños y guarnecen los faldoncitos de frac.—Capelina de paja blanca guarnecida de flores.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 14 metros de fular ó de faya, y un metro de seda ó terciopelo.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

2. *Vestido para niñas de 12 años.*—Se hace este vestido de muselina de lana fondo blanco con florecillas color de malva. Adornos de cinta de terciopelo negro. Falda ancha de muselina de lana, con cinta de terciopelo puesta en forma de entredós sobre el dobladillo. Corpiño también ancho, escotado en redondo sobre un fichú plegado, al que se pone un peto añadido en el forro. El corpiño se compone de espalda con centro ancho, lados de espalda y delanteros con bastante vuelo, el cual va estrechado en la cintura con un grupo de pliegues. Cinturón de terciopelo negro, abierto en medio y anudado por detrás. Manga ajustada, abrochada por abajo y adornada en lo alto con un bullonado y una carterita de terciopelo. Cuello alto de muselina. Cierre invisible en el corpiño.—Sombrero de paja, guarnecido de terciopelo Ofelia.

Tela necesaria: 10 metros de muselina, ó 5 metros de tela de lana de doble ancho.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Sólo corresponde á las Señoras Suscritoras á la 1.ª edición de lujo.

1. Ángulo de pañuelo.—Se trazan en un pedazo de *moleskine* todos los contornos del dibujo; se hace después el encaje, sobre estos contornos, frunciéndole delicadamente en los puntos marcados; se ponen luego las barritas y los bodoques.—Este ángulo de pañuelo es de ejecución fácil y muy rápida.
2. OR, enlace para servilletas de té.

3 y 4. HL y AH, enlaces para pañuelo.

5 y 6. Cuello y *plastrón* en bordado Richelieu, sobre tela muy fina.

7. Bocamanga en bordado Richelieu.
8. Escote de camisa de señora, en bordado inglés.

9 y 10. *Elvira* y *Rafaela*, nombres para pañuelos.

11. NS, enlace para pañuelos.
12. Continuación de alfabeto.

forma, su aspecto de mujeres cansadas, si hubiesen hecho uso de aquel benéfico corsé!

Con frecuencia se nos pregunta: «¿Qué corsé nos aconsejáis?»; y siempre respondemos, como ahora, que los mejores corsés, indudablemente, son los de la casa DE VERTUS, desde el punto de vista de la elegancia y la higiene, y á dicha casa es conveniente dirigir aquella pregunta.

PTYCHOTIS, Victoria, Lila blanco, etc. *Olores nuevos muy concentrados para el Pañuelo*
AGUA de COLONIA REAL muy apreciada. *Perfume exquisito y duradero para el Tocador*
JABON DULCIFICADO Olores superfinos. *De una acción saludable sobre la PIEL*

La perfumería especial á la Lacteina, recomendada por las notabilidades medicales de París, ha valido, en la Exposición Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, *rue d'Enghien*, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legión, la Medalla de Honor y de Oro.

PIANOS FOCKÉ, **MEDALLAS DE ORO.** Alquiler y venta. 83, *Avenue Victor Hugo*, 83, *París*.

PAPELERIA DE ANDRÉS GARCIA
23, ALCALÁ, 23

Gran surtido en papeles ingleses, franceses y del reino, escribanías, papeleras, tinteros y todo lo necesario para oficinas y escritorios particulares. Novedades en petacas, carteras y otros artículos de piel.

NUEVAS CAJAS DE PAPEL INGLÉS, CON SOBRES, Á 1,25, 1,75, 2 Y 2,25 PTAS.

23, ALCALÁ, 23.

POLVOS OPHELIA adherentes invisibles, exquisito perfume. **Houbigant**, perfumista, *París*, Faubourg St Honoré, 19.

La Edad Dichosa, Revista ilustrada de instrucción y recreo, para niños y niñas, dirigida por el reputado escritor don Carlos Frontaura.—Las madres de familia que deseen inculcar á sus hijos la afición á la buena lectura deben proporcionarles dicha Revista y los volúmenes que constituyen la *Biblioteca Ilustrada de los Niños*, que son un modelo en su género.

Títulos de los volúmenes publicados: *Botón de Oro.—Los Corazones amantes.—La Herencia de la tía.—Susanita.—La Piel del diablo.—Historia de Germana.—Ejemplos morales.*

Los precios de *La Edad Dichosa* son: 15 pesetas al año en Madrid, 16 en provincias y 5 pesos oro en Ultramar.

Cada volumen de la *Biblioteca Ilustrada*, encuadernado en tela con planchas doradas, ptas. 3,50 en toda España, excepto los *Ejemplos morales*, que sólo cuestan ptas. 1,50.

Los pedidos se dirigirán á los editores Ocaña y C.a, Caballero de Gracia, 19 y 21, Madrid, ó á las principales librerías de España y de Ultramar.

EAU D'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, *París*, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

Perfumería Ninon, Ve LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (*Véanse los anuncios.*)

TSARINE POLVO de ARROZ RUSO. *Adherente, Suavizante, Invisible.* PREPARADO POR VIOLET, 29, Bould. des Italiens, PARIS

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* envía gratis á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

PERFUMERÍA - ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ, CRÈME-ORIZA, ORIZA-LACTÉ, ORIZA-OIL, ORIZA-TONICA — Hermosura del Rostro. Conservacion de los Cabellos.

ORIZALINE, tintura instantánea. ESS-ORIZA, todos olores. ORIZA-HAY, Agua de tocador. ORIZA-POWDER, ORIZA-VELOUTÉ — Polvo de arroz adherente.

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.
Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.
De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Catálogo-Bijou remítese gratis y franco.

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS
Para el Pañuelo
de RIGAUD y Cía, de PARIS
Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:
El KANANGA del Japón — *El MELATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila — *El CHAMPACCA* de Lahore
que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:
BOUQUET de PARIS — LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS — LIRIO
HELIÓTROPO Blanco — MAGNOLIA
IXORA de AFRICA — NEW-MOWN-HAY
JAZMIN — OPOPONAX
JOCKEY-CLUB — RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidéz del marfil.*
DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*
Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá, 23, Madrid.*

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de **E. COUDRAY**

Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirosis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería.

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA. Polvos adherentes é invisibles. Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro, en la Perfumería central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS *y en las seis Perfumerías sucursales que posée en París, así como en todas las buenas perfumerías.*

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica* (*Eau Brise Exotique*) de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque* (*Fleur de Pêche*), polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**,

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

FALTA DE FUERZAS
ANEMIA — CLOROSIS
el **HIERRO BRAVAIS**
Reconstituye la sangre de las personas debilitadas
DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, José Lafont, 22, calle del Call.

ANTIGUA CASA
DE PLUMENT-FEDOU
Thérèse FEDOU, Sucesora
Privilegiada S. G. D. G. — (Marca depositada: P. P.)
PARIS, 33, Rue Vivienne, 33, PARIS

Corsé-Sultane
y
Corsé-Directoire

PROVEEDOR DE LA CORTE DE MADRID
y de las principales cortes de Europa
MEDALLA DE ORO
Á LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

El mejor dentrifico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:
Agua de Philippe
empleada con la
Odontalina
PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA
PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

ESS BOUQUET
Y OTROS SELECTOS PRODUCTOS DE PERFUMERÍA

BAYLEY Y CO.
CASA FUNDADA EN 1739
PERFUMISTA Y FABRICANTES DE JABONES DE TOCADOR
17, COCKSPUR, ST., LONDON, S. W.

SPERMACETI
JABONES DE OTRAS CLASES
y todos los artículos de tocador
Proveedores de las más altas clases sociales en todo el mundo

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 6 de Septiembre de 1890.	Año XLIX.—Núm. 33.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Los caprichos de la estación.—Un verano estrambótico.—Sedentarios y excursionistas.—Carreras de caballos en Dieppe.—Un modelo entre mil.—Objetos varios.—Tarjetas de *menus* originales.—Una revolución indumentaria.—Cambio de papeles.

No me atreveré á afirmar si son dignos de lástima ó de envidia los que, en cumplimiento de sus deberes profesionales, ó por otras razones no menos dignas de consideración, se ven forzados á permanecer en París. Con este tiempo caprichoso, de calor sofocante y frío casi glacial, alternativamente, de lluvias torrenciales y tormentas nunca vistas que arrebatan árboles y hombres cual pluma liviana, y destruyen caseríos enteros en menos tiempo del que se necesita para contarlo, empiezo á creer que la capital es la residencia más tranquila y segura, la que ofrece un refugio más cómodo contra la desagradable intemperie de este verano estrambótico.

Pero sea de ello lo que quiera, la moda posee el don de transformar la fealdad en belleza, muda á su placer lo destemplado en apacible, y pone ante los ojos de sus adeptos un velo de color de rosa que no les permite ver lo anubarrado del horizonte. Así es que, á despecho de chubascos y tempestades, y desafiando todas las furias celestes, así la pavorosa electricidad, como el huracán avasallador, la gente de buen tono, convencida, y, al parecer, entusiasmada, continúa solazándose á orillas del mar, ó atraviesa los asolados campos, ó trepa á las empinadas montañas.

***

Después de Trouville, Dieppe ha convidado á las elegantes parisienses á sus carreras de caballos. Todas las aristocráticas escapadas de París habían acudido á la invitación. Enumerar, y sobre todo, describir las lindísimas *toilettes* que desfilaron aquel día por el célebre terrado del casino de Dieppe, sería punto menos que imposible.

Véase, entre mil, la que representa nuestro croquis (fig. 1.ª). Vestido de crespón de la China verde agua, dispuesto en pliegues con un arte exquisito bajo unos lazos de cinta de raso del mismo color. El corpiño va guarnecido de volan-

1. Manteleta de otoño. 2.—Traje de paseo. *Véase el dibujo 3.*

tes formando conchas, que pasan sobre los hombros y van á morir en la cintura, por delante y por detrás, en medio de los pliegues del corpiño. Dos lazos de cinta,

Fig. 1.ª

uno sobre cada hombro, sostienen estos volantes. La manga es ajustada y va abrochada desde el puño hasta la sangría del brazo. Para completar tan delicioso traje, una capotita de terciopelo color de rosa, adornada con cuentas de azabache y plumas cortas negras.

La gola movible, es decir, separada del vestido, hecha de encaje, tul ó crespón, sigue más de moda que nunca (fig. 2.ª). La verdad es que, con lo variable del tiempo que atravesamos, puede admitirse este adorno, sobre todo á orillas del mar, en

Fig. 2.ª

que el aire es siempre un poco húmedo y frío, principalmente por las noches.

***

Entre las novedades observadas, ora en la playa, ora en las *villas* que he visitado últimamente, hay algunas que merecen particular mención.

Citaré desde luego el saquito de tafilete cuyo dibujo insertamos (fig. 3.ª). Es enteramente aplastado, cuando está vacío, como una cartera de abogado, y fácil de llevar, por consecuencia; pero que se infla repentinamente para albergar multitud de objetos. Para viajes y excursiones este saco es un compañero de suma uti-

Fig. 3.ª

lidad. Así es que casi todas las elegantes lo han adoptado.

Existe además otra porción de objetos más ó menos caprichosos y de un refinamiento de buen gusto, que se encuentran en todas las casas bien puestas.

He aquí, en primer lugar, el cubremaceta *fin de siglo*, hecho de papel arrugado, como se hacían tantas pantallas el año último. Se emplea para este objeto papel de dos colores, que se arruga formando dos cabecitas y se adapta sobre la armazón (fig. 4.ª). Dos hebras de seda y una abrazadera de cinta sostienen el papel sobre esta armazón. En el campo, donde no se dispone siempre del lujo de la ciudad, este cubremaceta *fin de siglo* tendrá mucho éxito. Se le hace de diversos modos, y también con cintas diferentes, á fin de evitar la monotonía.

***

Como tarjetas de *menus*, de género sencillo y verdaderamente campestre, los dibujos de frutas y las flores son los que más se usan.

En los dibujos que publicamos (fig. 5.ª), la flor entera, recortada y pintada como la flor natural, sirve de tarjeta de *menu*, donde se escriben, de buena letra, los platos del día, y los pétalos separados de la misma flor sirven para contener el nombre de cada convidado. Algunas veces los dibujos representan legumbres ó frutas; pero las flores son más lindas, de colores más finos y delicados.

***

Acaba de recibirse de Lyón una noticia muy singular, que, si bien no concierne á las modas de nuestro sexo, excitará indudablemente la curiosidad de mis lectoras.

A propósito de una gran fiesta que ha de celebrarse próximamente en la capital del departamento del Ródano, la Sociedad filantrópica de maestros sastres de Lyón lanza una verdadera filípica contra el clásico frac negro, y abriga nada menos que el propósito de destronarle, reemplazándole con el frac ó casaca de color y el calzón corto, que algunos jóvenes del gran mundo han adoptado ya y ofrecido á la admiración de sus contemporáneos.

Por lo demás, el móvil de esta revolución indumentaria no es un secreto para nadie; el Secretario de la mencionada Sociedad lo descubre en una circular elocuente.

«Es indispensable—nos dice este dictador de las modas masculinas—una mudanza de moda que obligue á

Fig. 4.ª

Fig. 5.ª

los hombres de distinción á dirigirse á los sastres para ir vestidos con elegancia y al gusto del día, sin lo cual perderíamos nuestro prestigio, y la importancia de nuestros negocios disminuiría y pasaría á otras manos.

»Es preciso, pues, salir de este marasmo, que dura tanto tiempo ha, creando nuevas modas.

»Con este fin, la Sociedad filantrópica de París y de Lyón ha adoptado el traje siguiente:

»Frac á la francesa, de colores vivos, como granate, azul, salmón, heliotropo y otros colores claros, con solapas y carteras de seda de colores que resalten; chaleco blanco de seda ó de lana, brochado ó bordado, con transparentes del color de las solapas del frac; calzón gris claro ó color de perla y otros por el estilo; medias del color del calzón; zapato bajo, con hebillas doradas ó plateadas; camisa con chorrera y puños iguales; corbata blanca de seda ó de encaje; sombrero á la francesa.

»Este traje ó uniforme es obligatorio para todos los comisarios del baile que organiza la Sociedad.

»Los convidados que no quieran ponerse el frac de color, serán aceptados de frac negro, añadiendo las solapas de seda.

»Esta fiesta tiene por principal objeto estimular el movimiento de elegancia, que se descuida demasiado en nuestros días, y se hace cada vez más antiguo.»

No se me ocurre otro comentario á estos proyectos *filantrópicos* de los sastres de Lyón que, si por casualidad fuesen aceptados por la mayoría, podrían dar resultados enteramente distintos de los que sus autores se proponen; es decir, que los sastres se verían reducidos á vestir á las señoras, mientras que los hombres tendrían que dirigirse á las modistas para confeccionar sus nuevos trajes de seda y encajes.

Cambio de papeles cuyas consecuencias serían incalculables.

V. de Castelfido.

París, 1.º de Septiembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Manteleta de otoño.—Núm. I.

Esta manteleta, que forma un paletó por detrás, va terminada por delante en caídas largas, va hecha de terciopelo verde y forrada de seda negra: se la guarnece con encaje negro; la parte superior de las mangas va adornada con encaje negro.

Traje de paseo.—Núms. 2 y 3.

Este traje se hace de paño gris claro y paño blanco, y va guarnecido de una cenefa de pasamanería de 6 centímetros de ancho; esta cenefa se compone de galones estrechos de lana blanca, adornados con una trencilla de seda gris tejida de hebras de metal; los galones van reunidos con anillos pequeños hechos de hebras de metal. La falda de debajo va cubierta con una segunda falda de paño gris, terminada en el borde inferior con una tira de paño blanco, que tiene aproximadamente 25 centímetros de ancho. El corpiño-chaqueta, de paño gris, va guarnecido de un chalecho de paño blanco, adornado con una cenefa de pasamanería. El cuello, recto, va adornado con una cenefa igual; las mangas, fruncidas, van hechas de paño blanco.

Capelina de paja ó de fieltro.—Núm. 4.

Se puede hacer esta capelina indistintamente de paja ó de fieltro. Nuestro modelo es de paja negra, y el ala, que forma punta por delante, va muy levantada por detrás y forrada de tul negro grueso con lunares de felpilla. Sobre la copa, que es muy baja, va un lazo de cinta de terciopelo negro, y otro lazo por detrás y bridas también de terciopelo. Grupos de plumas negras por delante y por detrás.

Dos sombreros de luto.—Núms. 5 y 6.

Núm. 5. El casco de este sombrero va cubierto de cachemir negro, puesto de plano. Se le ribetea de una tira de crespón inglés, de 6 centímetros de ancho. Se cose en el borde exterior del sombrero una tira ancha de crespón plegada, y se le guarnece de un velo de crespón de un metro 80 centímetros de largo, formando triángulo, de manera que los dos picos del medio, puestos uno sobre otro, adornen la parte delantera del sombrero. Se fija además el velo por detrás. Los adornos se completan con unas bridas y un lazo de crespón.

Núm. 6. Este sombrero, cubierto de granadina de seda, va guarnecido en el borde de delante de una punta María Estuardo, cubierta de una granadina y ribeteada de una hilera de cuentas mates. Se fija sobre esta punta un rostrillo de granadina plegada, sujeto en medio con un travesaño de granadina. El sombrero va adornado en medio por delante con cuatro tiras al sesgo de la misma tela, cuyas tiras van plegadas. Las bridas se componen igualmente de tiras de granadina plegadas, que se continúan hasta el medio del sombrero por detrás.

Peto con cuello.—Núm. 7.

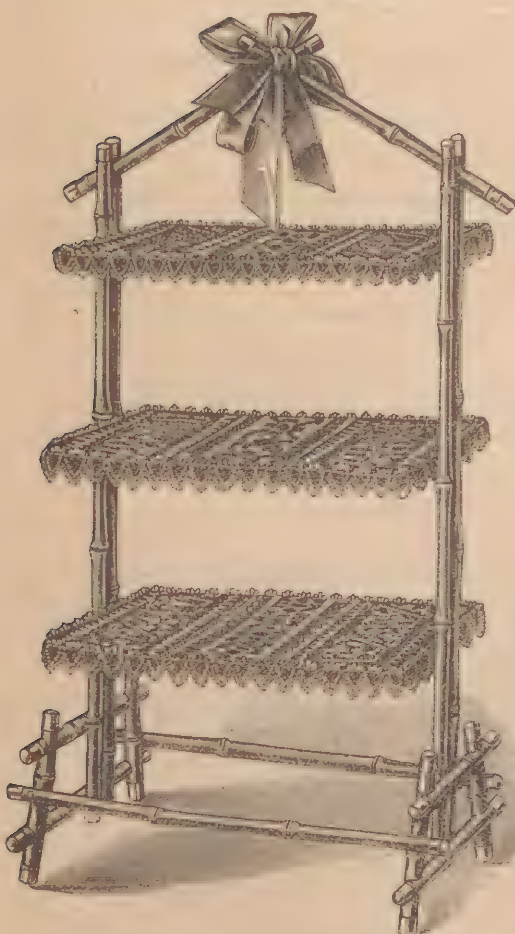
Se compone este peto de dos pedazos de tul negro, á los cuales se cose, en uno de sus lados largos, un pedazo de raso maravilloso negro, de 26 centímetros de ancho. Los bordes de tul todavía libres de los dos pedazos van reunidos desde el lado transversal superior, sobre 13 centímetros de largo. Se fruncen siete veces todos los pedazos, se les pliega en el borde inferior y se les cruza bajo un cinturón de raso plegado, adornado con un lazo de raso y tul. Se guarnece el borde superior del peto con un cuello recto de raso, tul y forro, cerrado por detrás. El peto va adornado en medio por delante con un lazo de tul.

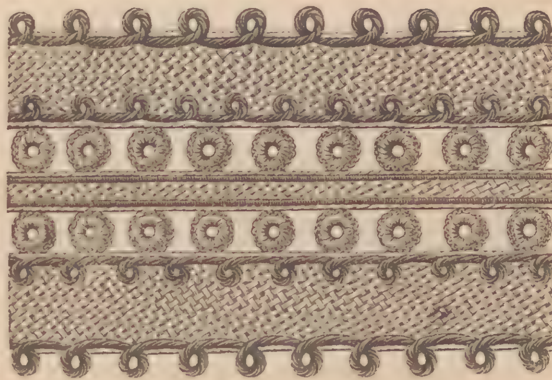
4. Capelina de paja ó de fieltro.

5. Sombrero de luto.

7. Peto con cuello.

6.—Sombrero de luto.

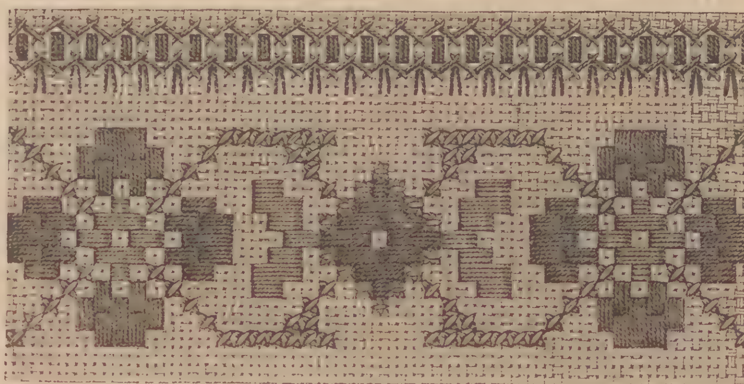

11.—Aparador de gabinete con tablitas bordadas.
Véanse los dibujos 12 á 14.


3.—Cenefa de pasamanería del traje de paseo.
Véase el dibujo 2.

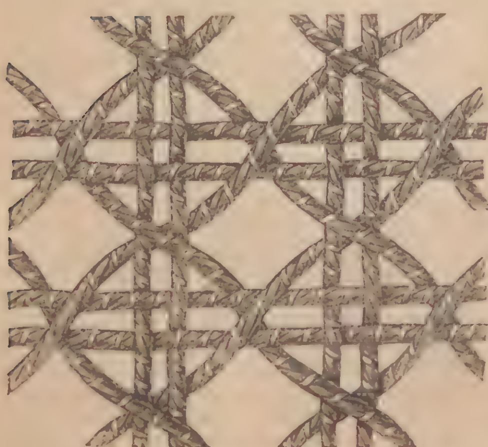
15.—Almohadón para los pies. *Véase el dibujo 16.*

8 y 9.—Manteleta de luto.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. II, figs. 26 á 30 de la Hoja-Suplemento.

12.—Cenefa al crochet del aparador.
Véase el dibujo 11.


13.—Galón bordado del aparador. *Véase el dibujo 11.*

10.—Cuello de encaje.


16.—Labor trenzada del almohadón.
Véase el dibujo 15.

4.—Galón bordado del aparador.
Véase el dibujo 11.

17.—Faja para hombres.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 33 y 34 de la Hoja-Suplemento.

Manteleta de luto.—Núms. 8 y 9.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 26 á 30 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuello de encaje.—Núm. 10.

Se dispone en pliegues huecos un encaje de Chantilly de 12 centímetros de ancho por 90 de largo. Se cose sobre estos pliegues un encaje negro bordado, de manera que el pedazo inferior de este encaje, que forma dientes agudos, vaya puesto sobre el primer encaje, y que la parte superior forme el cuello recto. Este cuello va adornado por delante con una chorrera, hecha con dos pedazos de encaje y cosida sobre una cinta otomana negra de 3 centímetros de ancho.

Aparador de gabinete con tablitas bordadas. Núms. 11 á 14.

Este aparador, que es de bambú obscuro pulimentado, tiene hasta la tabla superior una altura de 80 centímetros. Se fijan tres tablitas, que tienen 44 centímetros de largo por 25 de ancho cada una, sobre cuyas tablitas se pasan unos tapetes bordados, ó bien hechos con galones reunidos y guarnecidos de una cenefa al crochet. El aparador va adornado con un lazo de cinta otomana azul obscura y amarilla, de 6 centímetros de ancho.

Cada tapete se compone de un galón crudo y dos galones azules de 16 centímetros de ancho, bordados con algodones de diferentes colores, al punto plano, punto de cruz, punto de Esmirna y punto ruso, adornados de costuras cruzadas y reunidos después. El galón crudo del medio (véase el dibujo 13) va bordado con algodón encarnado y azul; los galones azules (véase el dibujo 14) van bordados con algodón encarnado y crudo. Se bordan las hileras en los dos lados del pedazo del medio. La unión de los galones va cubierta con unas costuras cruzadas hechas con algodón azul.

Cenefa al crochet.—El dibujo 12 representa una parte de esta cenefa.

1.ª *vuelta.*—Con algodón azul: para una onda, se hacen 8 mallas al aire, y volviendo sobre estas mallas, se pasa la malla más próxima,—una malla simple,—una media brida,—una brida,—una brida doble,—3 bridas triples sobre las 7 mallas siguientes.

2.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor (esta parte forma el derecho de la labor) con algodón crudo sobre el lado derecho de la onda,—siempre una malla simple sobre cada lado de malla,—luego * 6 mallas simples sobre la parte de detrás de las 6 mallas más próximas de la onda más inmediata,—2 mallas simples sobre la malla de la cadeneta que se ha pasado,—5 mallas simples sobre las 5 mallas más próximas del otro lado de la onda;—se pasa una malla,—2 mallas simples sobre los dos lados de las mallas siguientes. Se vuelve á empezar desde *.

Con algodón encarnado:

3.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor,—* una malla simple sobre la malla más próxima en el borde superior de la cenefa,—un piquillo,—2 bridas separadas por un piquillo sobre la 3.ª malla siguiente,—un piquillo,—se pasan 2 mallas,—se vuelve á empezar desde *.

4.ª *vuelta.*—En el borde inferior de la cenefa, una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente de las 5 mallas simples más próximas,—* 2 veces, alternando, 3 mallas al aire,—una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente,—luego 5 mallas al aire,—2 veces, alternando, una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente,—3 mallas al aire,—una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente,—se pasan 4 mallas,—una malla simple sobre la malla más próxima;—se vuelve á principiar desde *.

Almohadón para los pies.—Núms. 15 y 16.

La fig. 38 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este almohadón.

Tiene 35 centímetros de largo por 20 de ancho. Para cubrir la parte del centro, se emplea un pedazo de paño azul claro de 25 centímetros en cuadro, sobre cuyo fondo se aplica una labor trenzada hecha de cordón grueso color masilla. Esta labor, representada en parte por el dibujo 16, puede ejecutarse sobre el almohadón, ó bien en un telar de mano. En el primer caso, se extiende sobre el almohadón, horizontalmente, en los intervalos indicados con alfileres largos, el número necesario de cordones doblados en dos partes. Se fijan después verticalmente unos cordones iguales, que van trenzados con los anteriores, después de lo cual se pone, primero sobre los alfileres superiores y luego sobre los de los lados, otro cordón cuyas extremidades van trenzadas al sesgo con los anteriores. Las puntas que sobresalen van cortadas después de terminada la labor y cosidas dos á dos. Fijada la labor sobre el almohadón, se cubre el borde de éste con una tira de paño marrón claro, dispuesta en los picos en varios pliegues y reunida por los lados. Se cubre la parte de debajo del almohadón de paño negro. Se guarnecen los picos todavía libres del almohadón con unos pedazos de fieltro marrón bordados. Para ejecutar este bordado, se pasa el dibujo de la fig. 38 á un fondo que tenga las dimensiones necesarias. Se llenan los arabescos con unas costuras cruzadas y apretadas, hechas con seda bronce claro y con hebras extendidas de seda azul claro y marrón claro, las cuales van fijadas con puntos transversales de seda igual. En los contornos se cose un cordón color masilla claro con seda del mismo color. Se ejecuta el galón estrecho del borde superior con unos puntos aislados de seda encarnada y azul y unos puntos anudados de seda amarilla. Se recorta el borde exterior de este adorno en ondas dentadas, y se le fija sobre el almohadón. Este va adornado además con unas bolas de lana azul y marrón claro.

Faja para hombres.—Núm. 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 33 y 34 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 18.

Este vestido es de *surah* color de rosa antiguo. Falda fruncida y plegada en medio por delante, cuyo delantal forma la continuación de un chaleco plegado igualmente en forma de abanico, sobre el cual se abre el corpiño, también plegado. Espalda plegada y escotada sobre un canesú de terciopelo negro, abrochado por delante. El escote y el borde inferior de la falda van guarnecidos de un rizado que forma conchas. Manga plegada por arriba en pliegues de lencería, que caen sobre una manga de terciopelo. Sombrero de terciopelo negro adornado con lazos de cintas color de rosa antiguo.

Traje de entretiempo para niñas de 5 á 7 años. Núm. 19.

Se hace este vestido de lanilla escocesa azul y verde. Falda fruncida pegada con cabeza doble en el borde de un corpiño, el cual va plegado por el mismo estilo y escotado sobre un camisolín de *surah* azul. Cuello plegado al través. La espalda, hecha como el delantero, se abrocha en medio. Manga fruncida en el borde y adornada con un bullonado en su parte superior.—Sombrero de fieltro negro, adornado con un lazo de cinta escocesa.

Abrigo para niñas de 4 á 7 años.—Núms. 20 y 21.

Se hace este abrigo de lanilla color gris claro, bordada de seda, y forma una esclavina triple, dispuesta en volantes bordados y montados con fruncidos. Capucha estrecha de bengalina gris, plegada y adornada con unos lazos flotantes de cinta. Cuello alto, cerrado con un lazo.

Vestido para niñas de 8 años.—Núms. 22 y 23.

Este vestido se hace de lanilla escocesa de fondo verde, y se guarnece de un camisolín de *surah* verde pálido y con solapas de terciopelo verde obscuro. Falda y corpiño cortados al sesgo; cinco pespuntes indican el dobladillo de la falda. Corpiño con cinturón de cinta, cerrado en la izquierda sobre el delantero con un lazo. Espalda y lados de espalda, delanteros abiertos sobre el camisolín, fruncido en el escote y añadido sobre el forro de los delanteros. Manga alta y abrochada. Cuello alto y solapas de delante de terciopelo.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho, y 50 centímetros de *surah*.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 57 á 66 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 7 á 9 años.—Núms. 26 y 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 49 á 56 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de paseo con paletó corto para señoritas. Núms. 28, 33, 43 y 44.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 25 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de luto.—Núm. 29.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de luto para señoritas.—Núm. 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 39 á 48 de la *Hoja-Suplemento*.

Camisa de lana para hombres.—Núm. 31.

Se hace esta camisa de lana satinada con listas de seda.

Traje de amazona.—Núm. 32.

Se hace este traje de paño negro. Falda rasante, ajustada y recogida en el lado derecho con un cordón y un botón, que permite levantarla á voluntad. Corpiño muy ajustado, terminado en punta por delante y muy recortado en las caderas. La aldeta de detrás es corta y va abrochada en medio; los lados se fijan con una hilera de botones. Cuello recto abrochado en medio con corchetes. El corpiño se abrocha con botones en el lado izquierdo. Manga ajustada y abrochada con botoncitos.—Sombrero de copa alta.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho.

Vestido con esclavina figurada.—Núm. 34 y 35.

La falda, de paño azul obscuro, va ligeramente recogida por delante y guarnecida de una cenefa bordada de seda negra, de 46 centímetros de alto, en la cual se recorta la tela entre los dibujos aislados, que van reunidos con puntos hechos de torzal de seda negra. Un bordado igual adorna el corpiño liso, como también la esclavina figurada, la cual es corta, se cierra sobre el hombro y cuyo borde exterior va cubierto con volantes fruncidos de paño; éstos terminan en punta hacia el borde inferior. El cuello y las mangas van adornados con bordados; el borde inferior del corpiño va cubierto con una cinta de terciopelo terminada en un lazo.

Manteleta Janina.—Núms. 36 y 37.

Es de paño color de masilla claro. En el borde de una esclavina va montado un volante fruncido, que lleva por encima otro volante, ambos adornados con un rizado de tul negro y una guirnalda bordada. Cuello Médicis, de terciopelo negro. La manteleta va abrochada bajo una especie de chorrera larga de tul negro plegado con vivo de raso.

Vestido para niñas de 5 á 6 años.—Núms. 38 y 39.

Este vestido es de paño azul de Sèvres y va guarnecido de un cordón estrecho de bordado. Se compone de una falda plegada con dobladillo indicado con un bordado. Chaqueta compuesta de espalda y lados de espalda, delanteros abiertos sobre un camisolín ancho, abierto igualmente sobre un chaleco pequeño y plano de la misma tela, abrochado sobre el centro. El camisolín va doblado hacia la parte inferior y añadido á la chaqueta con las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Cuello ancho que baja en forma de solapas y adorna la chaqueta. Cuello alto en el camisolín. Manga de codo. Cordón de bordado en la abertura del camisolín, la parte inferior de las mangas y sobre los dos cuellos.

Tela necesaria: 3 metros 75 centímetros de paño, de un metro 20 centímetros de ancho.

Camisa de dormir para hombres.—Núm. 40.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 31 y 32 de la *Hoja-Suplemento*.

Camisas de vestir para hombres.—Núms. 41 y 42.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Cuellos y puños para hombres.—Núms. 45 á 47.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 35 á 37 de la *Hoja-Suplemento*.

Camisa de franela listada para hombres.—Núm. 48.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 67 á 72 de la *Hoja-Suplemento*.

Tiras para adornos de lencería.—Núms. 49 á 51.

Estas tiras, de percal blanco con borde encarnado ó azul, van guarnecidas de bordados hechos con algodón azul ó encarnado.

Cenefas tejidas para delantales, lencería, etc. Núms. 52 á 54.

Estas cenefas, de percal blanco con dibujos tejidos azules ó encarnados, se emplean para adornar delantales ó prendas de ropa blanca.

Pecheras para camisas de hombres.—Núms. 55 á 58.

Se hacen estas pecheras de hilo blanco y se las adorna con tablitas, tiras caladas y dibujos tejidos de diferentes colores.

Calzoncillos para hombres.—Núm. 59.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figs. 73 á 75 de la *Hoja-Suplemento*.

LA VENTURA.

(ENSAYO DE NOVELA.)

(Continuación.)

XII.

LLEGÓ el día feliz.

El departamento del hotel de los Marqueses llamado por ella *Tú*, estaba convenientemente engalanado para servir de nido á los novios.

En un alegre saloncito se improvisó una capilla, y al lado de ella veíanse alhajadas con prolijo esmero las habitaciones que Luis y Consuelo habían de ocupar por breves días.

A las cinco, la morada de los Marqueses de Villa-Nara estaba llena de convidados, y á las seis, Luis y Consuelo, ante el altar, oían de labios de un sacerdote hermosas máximas, que, desgraciadamente, apenas oídas, echan en olvido la mayor parte de los matrimonios.

Allí, ante Dios y los hombres, juráronse los enamorados una fidelidad y un respeto que suelen trocarse en indiferencia.

Perico miraba desde el jardín la ceremonia, y su hermana (que fué invitada á ella, pero que se excusó de asistir) estaba en su cuartito con todas las señales de un terrible dolor en su pálido rostro impreso.

Desde el día anterior en que Luis, hablándola cariñosamente, la invitó á la boda, y Asunción la recomendó que se presentara bien vestida, la pobre sufría mucho.

Cada vez que al cruzar un corredor, ó desde el cuarto de su señora, veía el jardín adornado para la fiesta, y oía las conversaciones de las varias personas que llegaban al hotel, y el alegre ruido que hacían los criados en el comedor preparándolo para una gran comida, la huérfana cerraba los ojos y se tapaba los oídos, deseosa de no ver ni oir cuanto la rodeaba. Se metió en su cuarto, cerró las maderas de las ventanas, cual si temiera que la luz, la luz que iluminaba á los dichosos, fuera á escarnecer su dolor, y á obscuras, entre aquellas dos noches, la de su alma y la que envolvía la habitación, pasó muchas horas.

En vano, para llorar, repasaba una por una sus desgracias: pensaba en su padre, acaso muerto en el mar; en su madre, en sus abuelos, en todo cuanto conmovía su ser; pero las lágrimas no asomaban á sus ojos.

Cuanto más quería apartar la mente de su amor, con más exactitud su amor le representaba la ceremonia que al otro lado de la casa concluía en aquellos momentos.

Allí, en la sombra, veía á Luis; de él quería apartar la mirada, pero más allá, en la sombra, tornaba á verlo; y como por arrancar de sí los mil recuerdos de su amor evocaba los de su orfandad y los de su infancia desolada, llegó un momento en el cual unos y otros, atropelladamente, cayeron de su memoria á su corazón, con la horrible tenacidad del agua que penetra y

penetra en la boca del náufrago, hasta hacerlo morir.....

En tanto, la fiesta había llegado á ese momento que los revisteros llaman *el mayor grado de brillantez posible*.

Había terminado la espléndida comida, y paseaban los convidados por los salones resplandecientes, con ir y venir bullidor, mareante, de la gente harta de comer y ávida de placeres que se propone divertirse.

Con razón mostrábase orgullosa la señora del Espinar al ver que á la boda de su hija había acudido cuanto de notable tenía la corte. El Presidente del Consejo de Ministros, el noble de más antiguo abolengo y el representante de la más poderosa nación europea confundiéndose con las bellas, los millonarios, el dramaturgo á la moda y poeta ameno, solamente aplaudido en los salones.

Poco después de terminada la comida, con visible aire de contrariedad llegó Enrique Gualdaro, que fué recibido por algunos concurrentes á la boda con extrañeza, pues muchos no ignoraban que se hallaba en Sevilla, y no sabían su regreso.

La Marquesa al verlo entrar se puso muy pálida, y un rayo de impetuosa alegría brilló en sus ojos.

Enrique la saludó esquivo, la miró un instante, y luego se perdió entre la gente.

Más tarde hallábase el joven apoyado en una ventana del salón central.

La Marquesa, que le espiaba, cruzó con ademán de reina los salones, sonriendo amablemente á sus amigos, y con tono galante, apenas encubridor de íntimo desasosiego, dijo, colocándose en la ventana al lado de Enrique:

—¿Qué es eso, sobrino, te aburres?

El la dirigió una fiera mirada, y respondió:

—Calla.

—¡Callar! No lo creas, tenemos que hablar mucho, mucho..... ¿Qué tal lo has pasado en Sevilla?

El, fingiendo no oir á la dama, volvió desdeñosamente la cabeza.

Ella, dominando un arrebato de ira, prosiguió con el más irónico acento:

—¿Y á qué se debe tu feliz regreso tan pronto?

—¡Hipócrita!—murmuró airado él.

Ernestina, con una carcajada que se parecía mucho al llanto, exclamó:

—¿De modo que al recibir el telegrama te pusiste en camino? Cuéntame todo, que me divertirá mucho tu relato. ¿Creíste lo que el parte decía? ¡Ja, ja, ja!

—No pude figurarme que tuvieras la desfachatez de valerte del nombre de mi tío para dar apariencia de verdad á un maquiavelismo, á una supercheria.

—¡Ah, sobrino, cuánto lamento que esa muñeca sevillana, que es una imbécil, te haya pegado su imbecilidad! Nunca creí que fuese tan contagiosa la tontería.

El hizo un despreciativo movimiento de hombros, y siguió:

—Y he vuelto esta noche para decirte que esto no puede continuar..... Que todo ha terminado..... Aquí traigo tus cartas, y mañana me vuelvo á Sevilla.

Dicho esto, Enrique hizo ademán de retirarse de la ventana.

Ernestina, que hasta entonces había hablado sonriendo irónicamente y como con calma, al oir las últimas frases del joven sintió el dolor, la rabia de la leona á traición herida, y deteniendo con impetuoso movimiento á Enrique, le dijo atropelladamente estas palabras:

—¡Oh! hace tiempo que todo cuanto me dices debí decírtelo yo; pero no es tarde aún. Te desprecio. Mis cartas, sí, mis cartas, dámelas ahora..... No, espera..... La gente empieza á mirarnos..... sube dentro de una hora á mi cuarto, y allí te arrojaré al rostro las tuyas.

La Marquesa calló, fatigada por el esfuerzo que hacía dominando su cólera y el salvaje impulso que sentía de lanzarse á Enrique y abofetearlo.

Éste añadió friamente:

—Pues hasta luego.

Y se alejó de la ventana.

Ernestina se apoyó fuertemente en ella, de espaldas al salón; llevóse el fino pañuelo de encaje á la boca; lo mordió convulsivamente, y, hecho jirones, lo arrojó al jardín.

Un momento después, la Marquesa, muy pálida, pero sonriente, sentábase al piano y tocaba con inspiración la hermosa *Fantasía morisca*, de Chapí.

Cuando terminó, dijo á la señora del Espinar:

—Asunción, me encuentro molestada por una horrible jaqueca, y me retiro un momento á mi cuarto. Antes que sirvan la cena estaré aquí.

Llegó á su *boudoir*, tocó en seguida el timbre que comunicaba con el cuarto de la huérfana, y con febril agitación abrió el *secretaire* que estaba en la alcoba, comenzando á sacar de él algunos papeles.

Josefina se presentó en aquel momento, y la Marquesa, sin mirarla, dijo imperiosamente:

—Quédate en el salón inmediato: si viene el Marqués, dile que estoy descansando, porque estoy fatigada. Mi sobrino va á llegar ahora; que pase. Vete.

Enrique Gualdaro llegó pocos momentos después.

La Marquesa, que le esperaba impaciente, al oir sus pasos apresuróse á levantar el tapiz para que el joven entrara. Volvió á caer la cortina, y la huérfana se quedó sola.

No estaba iluminado el salón en que se hallaba la camarera de Ernestina: sólo la luz que salía del pabellón que estaba enfrente de las habitaciones de la Marquesa refractaba tenue fulgor.

La pobre niña, que había huído de la fiesta, ante la fiesta la colocaba su aciago destino: intenciones tuvo de correr á su cuarto, aislado y silencioso, pero tenía que obedecer y esperar allí.

Sentóse en un extremo del salón, y aquella lucha que todo el día sostuvo su pecho, se disputaba ahora con mayor fuerza el dominio de la triste huérfana.

Martirizando sus oídos, llegaban hasta ellos los suaves acordes de la música, y la alegría y el bullicio de la fiesta trastornaban su dolorida frente. De pronto se levantó, y vencido su miedo por un inusitado afán de ver lo que antes esquivara, se asomó á la ventana. Todavía, antes de fijar sus ojos en el pabellón de enfrente, miró el cielo azul y la circular extensión del jardín, cual el suicida, antes de entregarse á la muerte, mira, acaso para vencer el último pensamiento que le liga á la existencia, cuanto hay en torno suyo.

Las ventanas abiertas permitían verlo todo: ante ellas cruzaban y volvían á cruzar las damas, apoyadas en el brazo de los caballeros. El raso, la pedrería y los encajes deslumbraban; y entre aquella confusión del lujo y los encantos, Consuelo Espinar se destacaba por su belleza y por su precioso atavío de nevados tules.

Josefina la vió, y animada de dolorosísima curiosidad la persiguió con la vista, y mirándola pensaba la pobre que todos cuantos prometieron protegerla contribuían á su desventura; que todos la habían abandonado en poder de la Marquesa, y que ésta, por un pedazo de pan, explotó su desgracia haciéndola su espía.

Cesaron sus pensamientos al ver asomarse á la ventana de enfrente una gentil pareja.

Eran Consuelo y Luis: las frases de su conversación no podía percibirlas la huérfana; pero vió, adivinó, mejor dicho, la mirada tenaz, amorosísima, con que Luis envolvía á Consuelo, mientras ésta agitaba, dándose aire, un abanico de abundantes plumas blancas que, á cada movimiento de la mano de la novia, removía sobre la nieve de su seno la nieve de valiosos encajes.

Luis aprisionó una mano de Consuelo y la llevó apasionadamente á sus labios.

Josefina se retiró de la ventana, dió algunos pasos vacilante, y junto á un diván, en el que se apoyó un momento, cayó sin sentido.

Al salir Enrique Gualdaro del *boudoir* de la Marquesa, llamó á la niña; pero como ésta no respondió, el capitán dijo alejándose:

—Se ha dormido, mejor; así me evito darle la última propina.

XIII.

Desde el casamiento de Luis Casal puede decirse que en Josefina se extinguió la juventud.

A la joven soñadora siguió la joven resignada, que, falta de aliento para pelear contra la suerte, pone la mente en Dios y se entrega á una fría confianza, parecidísima á la indiferencia del porvenir que dejan en el alma las crisis supremas.

En varias ocasiones la Marquesa (que desde la marcha de su sobrino estaba siempre de mal humor) la reprendió duramente por su *estúpida* tristeza—como ella decía—y hasta llegó á pronunciar estas palabras:

—Si no varías de carácter, ignoro lo que será de tí, porque yo no puedo soportar las caras compungidas.

En esta situación recibió Josefina una carta de Pardo, al cual, tras breve interregno, volvió á ver en las cercanías de la casa ó hablando con el portero, del que se había hecho amigo.

El escrito decía de este modo:

«Te habrá extrañado no haberme visto estos últimos días: he estado en Colmenar, y ya resuelto á irme á Orduela, como no quiero irme sin tí, te comunico en ésta mi resolución. Si dentro de cuatro días no te escapas conmigo, dentro de cuatro días me presento á tu señora, le digo que me quiero casar contigo, y me caso. Si te resistes, te mato sin más miramientos: estoy cansadísimo de aguantarte.»

La niña, con aquella carta entre las manos, se asomó á la ventana de su habitación, desde la cual se veía mucho cielo, muchos tejados, las arboledas de la Moncloa, el Palacio Real y la rotonda de una iglesia, que enseñaba al sol todos los remiendos de su campanario viejísimo.

La leyó nuevamente, repitiendo algunas de sus frases, y cuando terminó la lectura de la grosera carta, la rompió calmosamente, y arrojó al jardín los pedazos, que desaparecieron impelidos por el bochornoso viento de la tarde.

Tendió la huérfana la vista en torno suyo, y apoyando la cabeza en su mano pequeñísima y blanca, miró á dos palomas tornasoladas y bellas que se arrullaban, acariciándose con las pequeñas plumas, y que unidas emprendían el vuelo, rozando casi la frente de Josefina, que mucho tiempo después escuchaba ó creía escuchar aún el ruido suave que producían las alas de la enamorada pareja, agitadas para volar perezosamente.....

Y mientras las veía volver, trayendo en el pico flores y ramas que depositaban juntamente en un rincón, diciéndose inexplicables cosas con sus arrullos monótonos, Josefina dejó escapar estas palabras del fondo inmenso de sus pesares.

—¡Dios mío! ¿Por qué se acuerda este hombre de mí? ¿Por qué me persigue y me amenaza? ¿Por amor? Si es amor, lo que Luis me inspira ¿cómo se llama? ¿Qué nombre tiene el éxtasis con que le miro, mis celos silenciosos, mis tristezas por la felicidad que otra mujer le ha dado, y mis oraciones porque sea dichoso siempre con esa mujer que adora?..... Y ella también..... ¡ah! pero yo le hubiese querido más aún. Yo hubiera sido para él lo que es aquella paloma tornasolada que le quita del pico á su compañero, como para evitarle trabajo, las hojas secas que trae para depositar en el blando nido. Yo, solamente yo arreglaría su despacho para que manos ajenas no estropearan las coronas de laurel que le adornan; yo le aguardaría en las heladas noches del invierno, avivando el fuego de la chimenea, y le quitaría de los hombros el húmedo abrigo, y á su lado me sentaría en el suelo para calentarle los pies en mi regazo..... Yo cosería mis trapos, para que gastara menos conmigo y pudiéramos socorrer á los pobres, y estaría siempre vestida de azul, que es su color predilecto. Yo vertería todas las mañanas en el agua fresca las gotas de *Lubin*, para que se lavara los ojos doloridos por el trabajo, y temerosa de que le cansaran mis besos, cuando estuviese dormido le besaría silenciosamente en las sienes y en los ojos. ¡Mas para qué pienso en estas quimeras, Dios mío! Y Pardo, ¿ese hombre qué intenta? Casarme con él sería morir.

Apagáronse las pálidas luces de la tarde; tocaron á la oración las campanas de la iglesia vecina; los chiquillos con sus juegos y con sus cantos alborotaban las calles, llenas de esos mil ruidos del anochecer, y Josefina continuaba inmóvil, apoyada la cabeza en las manos, la mirada fija en el horizonte y el alma sumida en vaguedades.

Al otro día, Perico entró en el cuarto de su hermana, y la dijo alegremente:

—Hola, picarilla, ¿con que esas tenemos? ¡Pues no eres tú poco reservada! Lo sé todo.

—¿Qué sabes?

—Sí, hazte de nuevas ahora. Sé que te hace el amor aquel ganadero que conocimos en Orduela, y que nosotros pensábamos aquella noche que te quería matar.—¡Qué borricada! Le he visto por ahí haciendo el oso, y además me ha dicho el portero que ese señor se quiere casar contigo; ¿es verdad?

—Es verdad.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué pienso hacer?

—Sí, tontona. Parece que estás alelada. Mira, yo creo que debías casarte; nos iríamos á Orduela, y, á vivir, tropa. ¡Con qué gusto correría yo por aquellos campos! Y estudiaría también. Y lo que es á tí te vendría de perlas dejar esto, porque cada día estás más delgada y más paliducha. ¡Claro! ¡como no estabas acostumbrada á servir! No creas que es mala proporción, y en estos tiempos..... Vaya, chica, me voy, no sea que llegue mi amo, y por no encontrarme en la antesala me tire de las orejas, como acostumbra, hasta hacerme llorar. Dame un beso.

Josefina besó y abrazó cariñosamente á su hermano, que se alejó de prisa.

La conversación inocente del niño fué oída por la huérfana con impasibilidad. Mas algunas de aquellas palabras llegaron, sin conmover la superficie, hasta el fondo mismo de su corazón.

Casada con Pardo el niño sería acaso feliz..... ¡Cómo se grabó esta idea en el corazón de la triste!

A los cuatro días justos de la carta de Pardo, una tarde, al regresar la Marquesa y los recién casados de paseo, el atrevido cacique de Orduela se presentó en la casa, con la pretensión de hablar á Ernestina.

Ella, que tenía noticias del tal hombre, instigada por conocer al perseguidor tenaz de su doncella, acudió á recibirlo, y dijo á Luis y Consuelo, que la habían acompañado hasta sus habitaciones:

—Quedaos conmigo, porque sospecho que la escena va á ser chistosa. Vamos á conocer un Tenorio que pretende á Josefina.

Al penetrar Pardo en el salón en que lo recibió la Marquesa, ésta y los jóvenes contuvieron una carcajada.

El ganadero, sin cortedad alguna, antes bien con el tono altanero que le era peculiar, dijo, contestando á las preguntas que la Marquesa le dirigía:

—Francamente, yo vengo á molestar á ustedes porque me gusta la chica, y quiero casarme con ella.

—Me parece muy bien—exclamó Ernestina;—pero yo ¿qué puedo hacer en ese asunto?

—¡Bah!—respondió con seguridad el pretendiente—usted puede hacer que se case conmigo.

—¿Y si ella no quiere?—preguntó Luis.

—Ella querrá, si la señora Marquesa se lo manda.

—¿Yo? ¡Dios me libre!—replicó riendo la Marquesa.—Lo único que puedo hacer es aconsejarla en favor de usted. Precisamente, hoy más que nunca, la convendría casarse, porque estos señores y yo pensamos muy en breve hacer un largo viaje por el extranjero, y no había de venir con nosotros, aunque no pienso por eso abandonarla. Ahora bien, ya que se le presenta una ocasión de vivir independiente, creo que debe aceptarla. ¿No os parece lo mismo?—terminó la Marquesa, dirigiéndose á Consuelo y Luis.

—Sin duda, seguramente—respondieron á la vez los jóvenes.

Sofía Casanova.

(Concluirá.)

Á REMEDIOS J. DE O.

Como eres niña, te dedico un cuento:
Náufrago errante, de luchar rendido,
Corría por el mundo un descreído,
Ajeno del amor al sentimiento.
En su propio cariño halló el tormento,
Y así, llevando el corazón herido,
Odiaba á las mujeres, convencido
Que el amor era en ellas fingimiento.
De todas despreciando la ralea,
Al hallarse de un ángel frente á frente:
«¡Maldito, dijo, el que en amor no crea!»
Y el cuento terminado, ten presente
Que eres tú el ángel que cambió mi idea,
Y yo el ateo que creí ferviente.

Julio de las Cuevas.

18.—Vestido para niñas de 7 á 8 años.

20 y 21.—Abrigo para niñas de 4 á 7 años. Delantero y espalda.

24.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 25.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 57 á 66 de la Hoja-Suplemento.

28.—Paletó corto del traje de paseo para señoritas.
VÉASE EL DIBUJO 33.
Explic. y pat., núm. I, figs. 18 á 25 de la Hoja-Suplemento.

26.—Traje para niños de 7 á 9 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 27.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 49 á 56 de la Hoja-Suplemento.

22 y 23.—Vestido para niñas de 8 años. Espalda y delantero.

19.—Traje de entretiempo para niñas de 5 á 7 años.

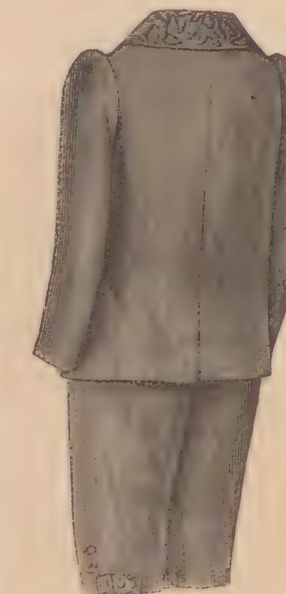
29.—Traje de luto.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

30.—Traje de luto para señoritas.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 39 á 48 de la Hoja-Suplemento.

25.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 24.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 57 á 66 de la Hoja-Suplemento.

31.—Camisa de lana para hombres.

32.—Traje de amazona.



27.—Traje para niños de 7 á 9 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 26.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 49 56 de la Hoja-Suplemento.

35.—Vestido con esclavina figurada. Espalda.
Véase el dibujo 34.

33.—Traje de paseo para señoritas con paletó corto.
VÉANSE LOS DIBUJOS 28, 43 Y 44.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 25 de la Hoja-Suplemento.

34.—Vestido con esclavina figurada. Delantero.
Véase el dibujo 35.

FANTASIA.

Tenía yo diez y seis años cuando se me apareció la vez primera, en una hermosa tarde de Mayo.

Había salido del paseo de la Castellana, sin más compañía que mis pensamientos, algo inquieto y receloso, aunque sin saber por qué; y cansado de andar á través del campo, sentéme al pie de un olmo frondoso, y me quedé adormecido.....

De repente vi delante una criatura celestial que me miraba sonriendo: túnica más blanca que nívea azucena caía en graciosos pliegues á lo largo de su gentil cuerpo, dejando al descubierto dos pies desnudos y blanquísimos como el mármol de Paros; sus rubios cabellos flotaban en rizados bucles alrededor de la garganta; sus mejillas tenían la frescura y el esplendor de las flores que adornaban su nacarada frente; sus ojos brillaban como dos zafiros, como dos jacintos sobre la nieve á los primeros besos de la primavera; una de sus manos se apoyaba en el pecho, y con la otra me invitaba á acercarme, á ponerme de rodillas ante sus plantas.

Permanecí algunos instantes en mudo arrobamiento, delicioso, embriagador, contemplándola. ¡Quizá venía del cielo, porque su hermosura no era terrenal, y un ambiente luminoso la envolvía en dorado nimbo!

—¿Quién eres?—grité, extendiendo hacia ella los brazos.

—Amigo mío—contestóme con voz más suave que el murmullo del céfiro en los verjeles—soy el hada que el rey de los genios adormeció en tu seno en el instante mismo de tu entrada en este mundo; y allí dormía aún esta mañana, cuando me despertaron los latidos de tu corazón..... Mi vida está hecha con tu propia vida, y soy tu hermana, y seré tu compañera hasta el día en que, arrojada por tí mismo, como flor marchita, te abandone para siempre en el camino que recorreremos juntos desde ahora..... ¡Y ese día, oh joven amigo, no está lejos!..... Entretanto, yo te pondré en la cabeza una corona que muchos reyes, aun juzgándose felices, quisieran comprar al precio de la suya; yo te daré alegrías en abundancia, y te seguiré por todas partes, y te haré conocer mi benéfica influencia; yo embelleceré los sitios por donde vayas, infundiendo mi espíritu á la Naturaleza entera para que te sonría todas las mañanas cuando abras los ojos á la luz. ¡Ah, qué hermosos días viviremos juntos! Pero sabe, joven amigo, que importa mucho conocer los bienes que te ofrezco; apoderarse de ellos antes que se desvanezcan; saber disfrutarlos sin que se agoten; guardar algunos, en suma, los mejores, para tener provisión de ventura y alegría en la otra mitad del viaje que has de hacer sin mi protección y guía.....

Y diciendo esas palabras, como un ángel custodio que se inclina sobre la cuna donde reposa inocente niño, inclinó hacia mí su rubia cabeza, y sentí en la frente dulcísima impresión de sus labios, más frescos, más perfumados que las florecillas de menta que brotan en las márgenes de cristalino arroyuelo.

Alargué los brazos para asirla, y la blanca aparición se desvaneció como un ensueño.

¿Quizá no era todo un hermoso ensueño?

***

Otra vez se presentó delante de mí el hada de nívea túnica y dorada cabellera.

Había cumplido yo treinta y cinco años, y era una tarde de Octubre, triste, sombría, melancólica; y como en aquella deliciosa de Mayo, salí del paseo de la Castellana, y sentéme á descansar al pie del olmo, cuyas hojas, ya secas, amarillentas, se desprendían de las ramas.

¡Cuánto me agradaba la soledad de los campos, oyendo á lo lejos el confuso rumor de la gran ciudad!

Mas de pronto, al levantar la mirada, vi á pocos pasos de distancia una figura pálida que me miraba con tristeza: era el hada, y costóme trabajo reconocerla. ¡Tan cambiada estaba!

Alrededor de ella ya no había la atmósfera luminosa en que estaba envuelta, como en nimbo celestial, el día de su primera aparición; una rasgada túnica dejaba al descubierto su pecho herido; sus pies tenían manchas de sangre, como lastimados en largo viaje por áspero camino, y sus brazos desnudos caían inertes y macilentos sobre los costados; el azul de sus ojos destellaba obscuros reflejos, y sus lágrimas habían escaldado las mejillas lívidas; la desventurada, semejante á un lirio tronchado en sus ramas, parecía encorvarse hacia el suelo.

—¿Qué quieres de mí?—la pregunté.

—Ha llegado la hora, amigo mío, en que debemos separarnos; mas antes de abandonarte para siempre, he querido que recibas mi último adiós—murmuró con voz lacrimosa, más triste que el viento glacial del invierno.

—¡Vete, vete—exclamé—oh hada engañadora!—¿Qué has hecho por mí? ¿Dónde están los bienes que me prometiste? ¡En vano los he buscado en mi camino por el mundo! ¿Dónde están los tesoros que ofrecías derramar ante mis pasos? ¡Sólo he encontrado la pobreza! ¿Dónde está la diadema de flores que pensabas colocar en mis sienes? ¡Mis sienes no han llevado hasta ahora sino corona de punzantes espinas! ¿Dónde está la brillante comitiva de alegrías que me anunciaste? ¡Ah, Dios mío! ¡Sólo he tenido por escolta el dolor, la amargura y la soledad!

—Yo no soy el espíritu del mal—respondió—ni tampoco el genio del dolor..... Es destino del hombre no conocerme sino después que me pierde para siempre; no saber apreciar la valía de mis beneficios sino cuando ya no puede disfrutarlos..... ¡Has sido ingrato conmigo, como lo son todos los hombres, tus hermanos! Me acusas, y te compadezco..... Dentro de poco me conocerás, y entonces querrás volver á verme, siquiera una vez, y aun á costa de los años de vida que Dios te reserve, tan hermosa y sonriente de felicidad como me viste cuando tenías tres lustros..... Me preguntas con amargura dónde están los bienes que te prometí. ¡He mantenido todas mis promesas, y tú has despreciado los tesoros que te prodigaba á manos llenas! Por diadema te puse en la frente la frescura, el esplendor, la serenidad de una hermosa mañana de primavera; por comitiva de alegrías y venturas te dí la fe y el amor, la esperanza y las ilusiones; tu pobreza la hice tan halagüeña, tan dulce, que muchos potentados de la tierra la habrían trocado por su opulencia; tu soledad la poblé de ensueños deliciosos, y tus penas las llené de consuelos tan gratos que te embriagaste de felicidad con tus mismas lágrimas..... ¡Oh amigo mío! ¡Tu mayor dolor en lo sucesivo consistirá, no lo dudes, en no poder derramarlas, en no poder llorar sobre tus penas!

Al oir tales palabras, una ráfaga esplendente, demasiado tardía, iluminó mi espíritu; sentí que de mis ojos se desprendía un velo obscuro, que hasta entonces me había privado de ver con claridad el fondo de mi corazón.

—¡Espera, espera!—exclamé con voz suplicante.—Devuélveme esos bienes que he desconocido y despreciado, porque mis ojos se abren ahora á la verdadera luz; devuélveme la fe y la esperanza, el amor y las ilusiones..... ¡Oh hada benéfica! Protégeme aún siquiera un solo día, una hora, y ¡te lo juro! quien quiera que seas, te bendeciré al morir.....

—¡Ay de mí!—dijo el hada tristemente.—¡Yo soy quien debe morir! ¿No lo ves? Mírame: he sufrido tanto, que no soy ni sombra de mí misma; hace algún tiempo que un mal desconocido me consume, que una fiebre lenta seca mis huesos y agota en mi corazón los manantiales de la vida..... Coge mis manos, y sentirás en ellas la humedad glacial de la muerte..... ¡Eres tú, cruel, quien me mata antes de tiempo; tú, sí, porque todavía hubiera podido vivir contigo largos años!..... Pero he gastado mis fuerzas y he destrozado mis pies por seguirte: corrías, corrías en el mundo, y yo imploraba piedad, siempre en vano. «¡Adelante!», gritabas, y te seguía yo en tus locos desvaríos..... Alguna vez te parabas en un verjel encantador, en un oasis de ventura, y yo te decía: «¡Aquí está tu felicidad! ¡párate! ¡descansa!»..... y tú me rechazabas en seguida, y proseguías tu insana carrera, llevándome contigo á la fuerza..... ¿Me has preservado la cabeza contra los huracanes de la vida? ¡Cuántas veces desalentada y llorosa me senté en medio del camino, decidida á abandonarte! Pero ¡oh ingrato! te amaba..... y cuando tú, sorprendido de no sentirme caminar contigo, te volvías hacia mí, y me llamabas con la voz ó con un ademán, levantábame presurosa, y corría en pos de tus huellas..... ¡Ahora moriré!

—¡No morirás, no!—exclamé alargando los brazos para detenerla.—¡Oh extraña criatura! ¡Habla! ¿Quién eres?

—¿No lo has adivinado, ingrato?—respondió.—Ya no *soy*, no: *fuí*..... tu juventud!

Al oir estas palabras, quise abrazarla; mas el hada había desaparecido.

Y allí donde estuvieron sus plantas, sólo encontré las flores ya marchitas que engalanaron su dorada cabellera.

Y las cogí todas, y ni una siquiera conservaba la lozanía y el perfume de la juventud.

El Barón de Esplunes.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Dirigióse á la puerta sin mirarme, y añadió desde el umbral:

—Veinticuatro horas tienes para reflexionar lo que has de hacer; mañana volveré á saberlo.

Y desapareció como una pesadilla.

¡Veinticuatro horas ganadas! Al verla irse creí que había asegurado la paz de mi porvenir, y la toca y el negro velo de las religiosas me parecieron casi hermosos, pensando que gracias á ellos escaparía del destierro con que se me amenazaba.

Aunque estaba severamente prohibido, cuando pude gané el dormitorio sin ser vista, y en un instante, con dos pañuelos blancos y el delantal de lana negra, arreglé mi cabeza con el tocado de la religión. Sin duda me sentaba mejor el traje de colegiala, pero tampoco parecía repulsiva con el adorno monjil; antes bien, la banda de tela blanca que me ceñía la frente hacía parecer mis ojos más grandes y más negros.

Tranquila sobre este punto, que me interesaba más de lo que quería confesarme, mi resolución se afirmó en términos que llegó á ser irrevocable.

Durante el día, me entregué á todas las penitencias que juzgaba deber hacer en mi nueva vida; y en el entusiasmo de tan rápida vocación, habiendo sido enviada por mi maestra á la enfermería, que se hallaba situada á un extremo del jardín, hallé medio de hacer el trayecto descalza, alegrándome mucho de no sentir más incomodidad que algunos arañazos y desolladuras casi insignificantes.

Cuando llegó la hora de retirarnos al dormitorio, la fiebre de mortificación que se había apoderado de mí era tal, que me hizo desear pasar la noche en vela y oración. Así, dejé caer las cortinas del paramento, y me arrodillé al lado de la cama, oprimiendo contra el pecho un manojo de llaves, un cortaplumas cerrado y algunos alambres que me había colgado al cuello á manera de cilicio, y cuyas puntas se clavaban desagradablemente en mi piel. Dos veces, al pasar la religiosa que vigilaba, tuve que arrojarme precipitadamente en el lecho; pero el ruido de hierro viejo que hacían mis instrumentos de martirio la hizo levantar la cortina y permanecer algunos instantes en observación. Por fortuna, supe aparentar el sueño de tal modo, que tornó á marcharse, y me dejó continuar mis plegarias. Por fin, rendida, á la madrugada quedé profundamente dormida.

Cuando desperté al día siguiente, un poco más tarde de lo que tenía por costumbre, hallé el colegio lleno de alegría y confusión. El Visitador, que se esperaba para la toma de hábito de cinco novicias, había enviado á decir que iría á las dos, y apresuradamente se disponía todo para la solemne ceremonia.

—Esto es hecho—pensé, mientras me esforzaba en alisar los rebeldes bucles de mi cabello, empapándolos en agua—Dios me ofrece la última prueba, y esta tarde podré contestar á mi tía con pleno conocimiento de causa.

Por la inquietud y agitación de los ánimos no pude hablar particularmente con la superiora respecto de mi vocación; pero al reunirnos para bajar á la capilla, el afán que había tenido en peinarme sencillamente atrajo todas las miradas sobre mí.

—¿Qué has hecho?—me dijo una compañera al colocarnos en fila.—¡Graciosa estás de gotas de agua!

Y casi á la vez la madre Agueda exclamó severamente:

—Señorita de Bazán, ¿habéis mojado la cabeza en la palangana? Id á secaros, y volveos á peinar.

Un poco humillada de la reprensión, pero firme en mis religiosos anhelos, me apresuré á obedecer, y subí al peinador con cuanta ligereza me fué posible. Una vez allí, pronto me convencí de la justicia con que me reñían. Todos los rizos estaban cuajados de gotas de agua, y si el efecto no era demasiado feo, el conjunto resultaba antimonacal. Sequé el intempestivo adorno de los líquidos brillantes, y torné á bajar, deseosa de no perder el más leve detalle de la religiosa fiesta que se iba á celebrar.

Mi exaltación crecía por momentos, y cuando llegó la hora, sentíame presa de verdadero delirio: las flores, las luces, las nubes de incienso, los ecos del órgano y las armoniosas voces de las cantoras, aquellas cinco jóvenes, dos de ellas casi niñas, cuyos largos trajes de seda blanca resbalaban suavemente sobre las baldosas del coro, excitaban mi fervor de tal suerte, que el sentimiento de no ser una de ellas hacía correr mis lágrimas sin cesar.

A través de la reja veía parte de la concurrencia, y en primera fila llamó mi atención un hombre alto, elegante, simpático, que vestía el uniforme de oficial de Estado Mayor, y miraba con insistencia á las nuevas religiosas. ¿Era un amante desdeñado que venía á ver por última vez al objeto de su amor? Algunos rumores de esto habían llegado á nuestros oídos, y confieso humildemente que me pareció el asunto novelesco y atractivo hasta el último grado.

Pero la ceremonia adelantaba, los trajes de novia fueron sustituídos por los negros hábitos, el desapacible crujido de las tijeras anunció que los cabellos caían, como se arrancaban de aquellos corazones las vanidades mundanas; en breve las sedas, blondas y galas formaron confuso montón sobre un sitial, y las religiosas, postradas en tierra y cubiertas de un velo funerario, escuchaban el Oficio de difuntos, mientras doblaban las campanas, poblando el aire de sus fúnebres tañidos.

¿Qué pasó en mi espíritu al ver este horrible cambio? No puedo explicarlo, pero sí diré que mi vocación se desvaneció como el humo. Temerosa y llena de angustia huí del coro, y me fuí á reunir mi escaso equipaje.

A la hora indicada por mi tía estaba esperándola en el locutorio, llenas las manos de objetos que llevaba como recuerdos de mis compañeras, anegados en lágrimas los ojos, de las tiernas despedidas que acababa de recibir, pero tan resuelta á marcharme, que el aborrecido castillo de Bazán se me aparecía en lontananza como rodeado de un nimbo luminoso.

Cuando mi tía llegó, me dijo con un gesto de sorpresa muy marcado:

—Y bien, ¿qué significa esto?

—Que estoy pronta á marchar—respondí solamente, y sin hacer caso de un mohín de despecho que no pudo contener, y del cual me he acordado después con frecuencia.

Abracé llorando á la superiora, que, muy conmovida, me colmaba de caricias, y salí del colegio entre una espesa niebla, menos triste que el estado de mi ánimo.

—Estación del Norte—dijo mi tía, cuando subimos al carruaje que nos esperaba.

Y dos horas más tarde corríamos por el camino de hierro, con un silencio digno de las cinco religiosas que tan inconscientemente me habían quitado mi frágil vocación.

Cuando llegamos á la estación donde íbamos á detenernos, la horrible góndola destinada á conducir viajeros sólo nos recibió á nosotras; al empujarme mi tía hacia ella, indicándome que subiera, con un gesto de mal humor, yo, imitando su mutismo, le señalé la imperial, cuyo asiento me parecía más atractivo que aquel estrecho cajón de madera pintado de amarillo, propio solamente para renovar el suplicio de los Carvajales.

—No, no—me respondió con aspereza;—ya no te apartarás nunca de mí; subamos al coche las dos.

En la aldea nos aguardaba una tartana miserable, que guiaba Nicolasa, y de la cual tiraba la vieja *Papalina*. Desde la góndola nos trasladamos al desvencijado vehículo, y en la misma noche, aturdida todavía por el brusco cambio de mi suerte, me encontraba entre las cuatro paredes de la habitación que me estaba destinada, y que llena de asombro vi completamente vacía de muebles, excepción hecha de una cama, estrecha y pobre como cama de estudiante.

Nunca podré pintar el desaliento que se apoderó de mí al hallarme sola en aquella gran cámara, fría y húmeda como un sepulcro. El eco de mis pasos retumbaba como si anduviera por una iglesia, y la luz de la bujía, que apenas bastaba para disipar las sombras, tenía el tétrico fulgor de un blandón funerario. Al considerarme tan desamparada de todo recurso humano, una inmensa debilidad se apoderó de mi ser; sentéme en el suelo, y abrazada á mi maleta, lloré todas las lágrimas cuya generosa fuente había creído agotar el día antes.

Más de una hora permanecí absorta en la contemplación de mi desdicha, sin voz, sin pensamiento, sin más que una estúpida aflicción que me hacía llorar continuamente. Por fin logré sacudir la torpeza que me abrumaba, y abrí la ventana para que penetrara un rayo de luna, pero su claridad me mostró la soledad que nos rodeaba y el aislamiento en que estábamos de todo el mundo, entonces alcé los ojos al cielo y exclamé en alta voz:

—¡Dios mío!, ¿quién me sacará de aquí?

Y un eco que por primera vez vibró entonces en mi interior, respondió dulcemente:

—¡Él!

He aquí por qué espero á mi libertador, y me pregunto cada aurora:

—¿Vendrá hoy?

15 Enero.

Decididamente, el escribir distrae; y es prueba de ello que el cuaderno de Juan Manuel ha llegado á ser mi confidente y mi amigo. Cuando estoy delante de él, con la pluma en la mano, me parece que cuento mis penas á un alma compasiva que toma en ellas gran interés; lejos de él, procuro ordenar las ideas para anotarlas mejor, y si esto continúa, será preciso echar muchas veces agua á la tinta, y arrancar más plumas á la pava del sacrificio.

No quiero detenerme en referir las angustias de los primeros días que pasé en el castillo; cuanto más grandes son los sentimientos, menos pueden traducirse en palabras; diré solamente que las que me dirigió mi tía en el locutorio habían llegado á ser mi preocupación constante.

—Puesto que no has logrado establecerte en estos dos años—me dijo—preciso es que vengas.

¿Podía ocurrírsele á mi tía que un convento fuese lugar propio para encontrar marido? Nuestra absoluta separación del mundo, la severidad con que se nos educa, la falta de trato social, todo hacía inadmisible tal hipótesis, y no acabo de comprender cómo pudo germinar en el cerebro de una persona de la edad y condiciones de mi tía.

El deseo de investigar las causas del extraño carácter que es árbitro y señor de mi suerte, me han hecho interrogar á Nicolasa, que está á su lado hace más de treinta años, y he aquí el resultado de sus explicaciones.

Martina Amelia de Castrojériz y Lugo no es fea porque es vieja, sino porque lo ha sido desde que nació, hasta el punto que su legendaria fealdad la persigue como su sombra. Aun estaba en mantillas, y no se parecía sino á sí misma, y lo peor es que la condición moral amenazó desde luego sobrepujar á lo desagradable del físico.

¿Dependerá su insufrible carácter de la falta de hermosura, ó será ésta consecuencia de aquél? Difícil fuera afirmar nada en tal sentido, pero lo cierto es que se avienen admirablemente.

Perdone desde luego el que lea estas páginas la falta de amor que demuestran hacia la persona que hoy constituye mi única familia; pero no es culpa mía si, á pesar de haber hecho grandes esfuerzos para ello, mi corazón permanece frío y no puede otorgarle sino el afecto que se concede á cualquier prójimo; pero sírvame de disculpa que jamás he recibido de su parte la más leve muestra de interés, que mis lágrimas han corrido mil veces por su causa, y que siempre la he hallado severa, agresiva é indiferente á mis sufrimientos.

No es culpa suya, en verdad, no ser hermosa, pero sí lo es no haber tratado nunca de hacerse simpática; conozco seres más deformes, y que, sin embargo, se han hecho querer de cuantos les rodeaban. ¿Por qué mi tía no ha procurado imitar esta laudable conducta? Nicolasa afirma que en su juventud, padres, hermanos y amigos se alejaban de ella cuanto les era posible, por las burlas é insultos con que les zahería; así, no puede extrañarse que mi madre, menor que ella quince años, llevase ya algunos de casada cuando su hermana esperaba en vano un pretendiente que la diese el obligado ascenso de señorita á señora. La pérdida de sus esperanzas en tal sentido, esperanzas que conservó á despecho de muchos desengaños, le ha dejado una amarga levadura de odio al género humano en general, y en particular á las mujeres jóvenes ó los niños..... Cualquier muñeco de mantillas la pone nerviosa; una cabecita cubierta de rizos de oro le hace el efecto de la cabeza de Medusa, y si en las pocas veces que salimos á paseo encontramos una joven pareja que se habla tiernamente al oído, aislada en medio de la familia que la rodea, ó nos cruzamos con la alegre comitiva de una boda, que desde el pueblo torna á su caserío, es seguro que los novios no olvidarán en mucho tiempo la mirada que les dirija la castellana de Bazán.

¿De qué dimana esto? De que mi tía quisiera que todas las mujeres siguieran su misma suerte, y cada una que escapa á la regla que sobre ellas tiene establecida, renueva las heridas de su ulcerado corazón; á veces ha mostrado simpatía por mujeres feas ó ancianas, á quienes consideraba como seguras compañeras de su infortunio, pero si por acaso alguna ha contraído matrimonio, no es posible explicar el aborrecimiento en que se ha trocado su afección, ni la constancia con que la ha perseguido.

¿Qué imprevista catástrofe me ha entregado, niña de apenas tres años, á este corazón tan seco de ternura? Apenas puedo darme cuenta de ella; pues mi tía guarda, respecto á este asunto, profunda reserva. Las escasas revelaciones de mi anciana sirvienta me han hecho comprender vagamente que mi padre, joven aún, con una brillante carrera de capitán de fragata y un título nobiliario de que podía con justicia envanecerse, pereció en un naufragio, y que mi madre sucumbió al dolor pocos meses después. Nuestra fortuna, casi agotada por las prodigalidades y malversación de los tutores de mi padre, habría podido rehacerse si éste hubiese vivido, pero con su muerte quedó reducida á las mínimas proporciones del castillo que habitamos y á la exigua renta de algunas tierrecillas anejas á él. Soy la última de una raza que se extingue en mí; de los ascendientes, sólo resta mi tía Martina, pues ni mi padre tuvo hermanos, ni hay noticias de sus parientes, lejanos todos hasta el punto de ser difícil averiguar si existen.

Cuando quedé huérfana, ¿á quién entregarme sino á la única hermana de mi madre, que sólo por serlo asumía en sí todos los derechos? Júzguese, pues, la buena voluntad con que la señorita de Castrojeriz me recibiría bajo su techo, viendo en mí desde luego una enemiga, pues por ley natural la niña debía convertirse en mujer algún día. Así, la primera resolución que tomó fué dejar su casa de la ciudad, y trasladarse conmigo á este desierto, aislándose en él. Aquí ha corrido la época indecisa de mi existencia, edad ingrata en que la crisálida va labrando el capullo de donde luego saldrá mariposa; faz de la vida que nada revela y que mi tía acechaba con inquieta curiosidad. ¿Qué resultaría de mi tez quemada por el sol y el viento, de mis facciones desproporcionadas y de mis pies y manos, que no se cansaban de crecer? ¿Qué tinte llegaría á tomar el rojo azafranado de mi cabello? Según todas las apariencias, la fealdad de mi tía sería hereditaria en la sobrina, y habría perpetuamente dos castellanas en las ruinas de Bazán.

Sentiré que se atribuya á malicia la amargura de mis reflexiones. Aseguro desde luego que no hay en mi corazón ni un átomo de ella, y que sólo de deducción en deducción he llegado á la realidad. No hay nada que despierte la inteligencia como la soledad en que he vivido y el despego con que me han tratado.

Por fortuna ó desgracia, el cambio de niña en mujer fué en mí casi tan rápido como un sueño, y el día que mi tía se convenció de que sus prevenciones iban á resultar equivocadas, me llevó al convento sin vacilar. ¡Ay! Mi pobre madre, que preveía sin duda el porvenir que me estaba reservado, exigió á su hermana la promesa de que siquiera dos años de mi vida de soltera los pasaría en la ciudad, y el tiempo dedicado á mi educación ha sido la manera ingeniosa con que la señorita de Castrojeriz ha cumplido su palabra. Concluyeron los dos años, y ha conducido de nuevo á la vieja torre de Bazán á esta sobrina, que si Dios no lo remedia, seguirá paso á paso las huellas de su tía.

¡Cuánto debió halagarle mi proyecto de entrar en religión! ¡Cuán dichosa solución para sus cuidados y temores! Pero mi frágil propósito se deshizo, y ha sido necesario traer consigo estos aborrecidos diez y ocho años, cuya perspectiva la ha atormentado desde que me pusieron en su poder; pero bien se desquita en cuanto puede de tales mortificaciones, abrumándome con palabras que suenan en mis oídos como las paletadas de tierra que se arrojan sobre un ataúd. Está empeñada en probarme con especiosas razones que Eladia Bazán se halla muerta para el mundo, y lo más que puede esperar es un responso por sus dichas de la tierra.

Indiferente al parecer, pero herido el corazón de agudas espinas, la dejo hablar sin interrumpirla ni una vez. ¡Mas que tenga cuidado: no estoy muerta, y espero probárselo algún día!

20 Enero.

Sigue nevando, y el termómetro continúa en baja. ¿Cuándo cesarán de caer estos copos, tan ligeros en el aire y tan pesados cuando llegan á tierra? La sabana blanca que se extiende ante mí, deslumbra; diríase que es un mar de nieve, cuyas olas están formadas con los vallados y colinas; si continúa mucho tiempo esta atmósfera glacial, temo que se nos acabe la leña y haya que echar mano de los sillones para quemarlos en la chimenea.

Para colmo de desdichas, los recuerdos del pasado, que he tenido la debilidad de evocar, han debido salir de mi cuarto como una nube de murciélagos ó lechuzas, aves todas de pésimo agüero, porque el mal humor de mi tía ha aumentado hasta un punto inconcebible, y sus predicciones de porvenir me persiguen sin cesar.

¡Aislamiento y pobreza! ¡Murallas de piedra y murallas de olvido! ¡Qué bien resume todo lo que me separa de los vivientes con una alegría que no trata de ocultar! Tiene, sin embargo, frases de picante dulzura, para trazar el cuadro de nuestras dos existencias unidas y solitarias hasta el fin. Cuando las escucho tengo precisión (por no llorar como una tonta) de mirar á la ventana y recordar que los pájaros suelen romper sus prisiones y volar por el espacio, aunque faltos de fuerzas lleguen á caer y mueran de hambre en medio de un camino.

¡Oh, Dios mío!, ¡apiadaos de la pobre huerfana que os invoca con todo su corazón! Si mi tía ha bebido en la amarga fuente de las decepciones, ¿es justo que me haga beber de ella hasta ahogarme? Indudablemente, mi horóscopo le parece demasiado benigno, cuando trata de ennegrecerlo sin compasión.

Una casualidad me ha revelado lo que sospechaba hace tiempo; aunque la entrada en el cuarto de mi tía me está prohibida, por la puerta que abrió un golpe de viento vi el interior, y hallé con sorpresa un verdadero palacio: todos los muebles mejores se han refugiado allí; hay cortinas de encaje, sillerías de seda, espejos magníficos y soberbios tapices: sin duda la señorita de Castrojeriz ha aprovechado mis dos años de ausencia en arreglar su nido, aunque veo claro que lo ha hecho con las plumas y pajas del ajeno; así en vano he buscado los cojines que bordó mi pobre madre, las cómodas ricas y los bufetillos incrustados de plata, ébano y nácar; todo está en su poder. ¡Mas líbreme Dios de que llegue á sospechar que he averiguado tal cosa!

En semejantes circunstancias, la delicadeza me ha parecido superflua, y como me han destinado una habitación espaciosa cual dormitorio de convento, y sólo en ella una cama donde apenas puedo moverme, determiné amueblarla con los objetos que hallara más á propósito para el caso, intención que he realizado ayudada por Nicolasa: de ello resulta que las piezas comunes se hallan vacías, y desde el ala izquierda á la derecha, el castillo parece deshabitado. Sólo el comedor queda como terreno neutral, y luce el aparador con algunas piezas de la antigua vajilla y la mesa y sillería de roble tallado: la verdad es que no he necesitado de esto para surtir mi cámara, pues tengo más sillones de los precisos, y algunos con respaldo y asiento de cuero de Córdoba, labrado y dorado, lo cual es el colmo del lujo: poseo además tres canapés forrados de tapicería, con damas y caballeros vestidos á la moda del siglo XIII y un número crecido de mesas de todas hechuras: sin duda éste es el mueble que menos agrada á mi tía, y las ha dejado redondas, cuadradas, hasta de alas y de medio punto. Sólo que participa de mis aficiones, y hace debajo de cada una de ellas su cuartel de invierno, para pasar las noches: en suma, el aspecto total del dormitorio tiene mucha semejanza con una almoneda de muebles antiguos, por más que procuro limpiarlos y bruñirlos continuamente.

El testero principal lo ocupa un viejo lecho de ébano y bronce, que dormía olvidado en el fondo de un zaquizamí, y cuyos desperfectos he arreglado de modo que no se advierten: cuando le admiro desde el extremo opuesto con sus flotantes colgaduras de damasco rojo, forradas de muselina bordada (que Nicolasa y yo hemos lavado y planchado dejándolas como nuevas), no puedo menos de admirar con qué poco trabajo se hacen servibles los muebles buenos, y cuánto mejor parece esta cama que la dispuesta por mi tía: á la cabecera he colocado un reclinatorio, el mejor de seis que se arrinconan en los desvanes; y sobre él mi libro de oraciones, la medalla de la primera comunión y el rosario que me dió al marchar la superiora del colegio.

Como estoy persuadida que una mujer debe ser ante todo limpia y hacendosa, ni aun á Nicolasa confío el arreglo de mi cámara, sino en los días que es preciso trastornarla toda. Me levanto temprano; á pesar del frío abro la ventana y empiezo la tarea de sacudir, limpiar, pasar delicadamente el plumero por los objetos pequeños, hacer mi cama, cambiar el agua á las flores de brezo que en dos jarrones de porcelana adornan la chimenea de mármol, donde pocas veces se enciende fuego, y como á pesar de hacerla con minucioso cuidado la faena dura escasamente dos horas, sucede que he concluído á las nueve de la mañana, y tengo que dedicarme á buscar ocupaciones para estos días interminables.

Por fortuna mi educación no es tan deficiente como quise hacer creer á mi tía: he aprendido en el colegio muchas labores, que me aplico diariamente á perfeccionar; algunos paquetes de lana de colores y largas tiras de cañamazo me han proporcionado horas de verdadero recreo, en que contando los puntos del dibujo y abismada en la contemplación de arabescos y flores, he olvidado las tristezas de mi vida; poco á poco voy transformando en bellas tapicerías estos ovillos multicolores, y aun envueltos en papeles de seda, guardo ya dos rollos que pueden formar artísticas combinaciones para decorar el salón más elegante. ¿Realizarán alguna vez tal destino, ó servirán para saciar la glotona gula de los ratones y polillas?

A. Hermill.

(Continuará.)

LA MUJER Y LA EDUCACIÓN.

(APUNTES.)

La mujer desempeña grandes destinos en el hogar y en la sociedad, reflejándose en ésta las virtudes ó los vicios que reinan en el primero.

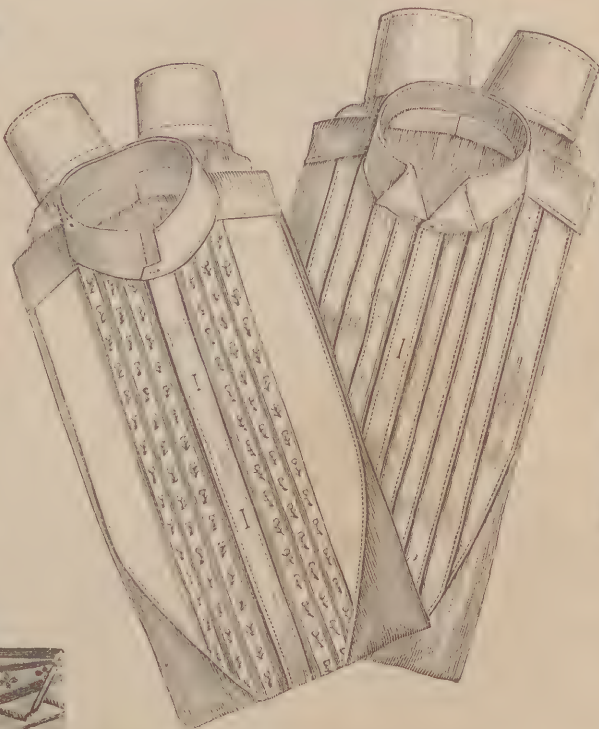
Como madre, es maestra; como esposa, consejera; como amiga, noble guía; como mujer, en fin, es árbitra en cierto modo del porvenir de la humanidad.

¿Os parece esto una hipérbole? Pues hojead las páginas inmortales de la Historia, y encontraréis que los acontecimientos más notables, en religión ó política, han estado unidos con ella en estrecho lazo; buscad el origen, sí, y encontraréis que la mujer, por sus pasiones, sus celos, sus venganzas, ha sido causa de guerras, llanto, exterminio, ruina de florecientes estados.

36 y 37. Manteleta Janina. Espalda y delantero.

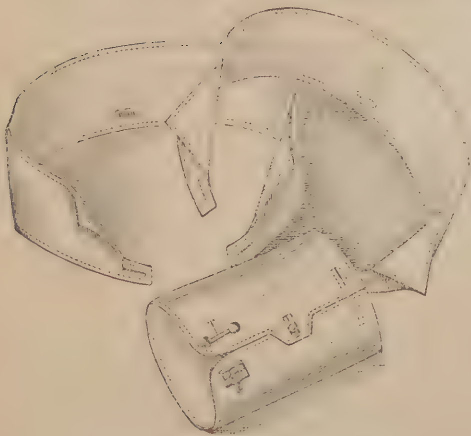
38 y 39.—Vestido para niñas de 5 á 6 años, Espalda y delantero.

40.—Camisa de dormir para hombres.
Explic. y pat., núm. III, figs. 31 y 32 de la Hoja-Suplemento

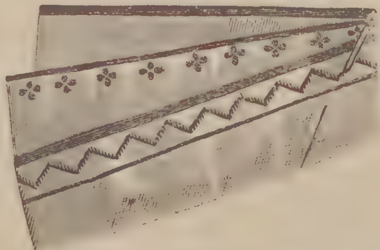


41 y 42.—Camisas de vestir para hombres.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

43 y 44.—Traje de paseo para señoritas.
Espalda y delantero.
Véase el dibujo 33.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 17 de la Hoja-Suplemento



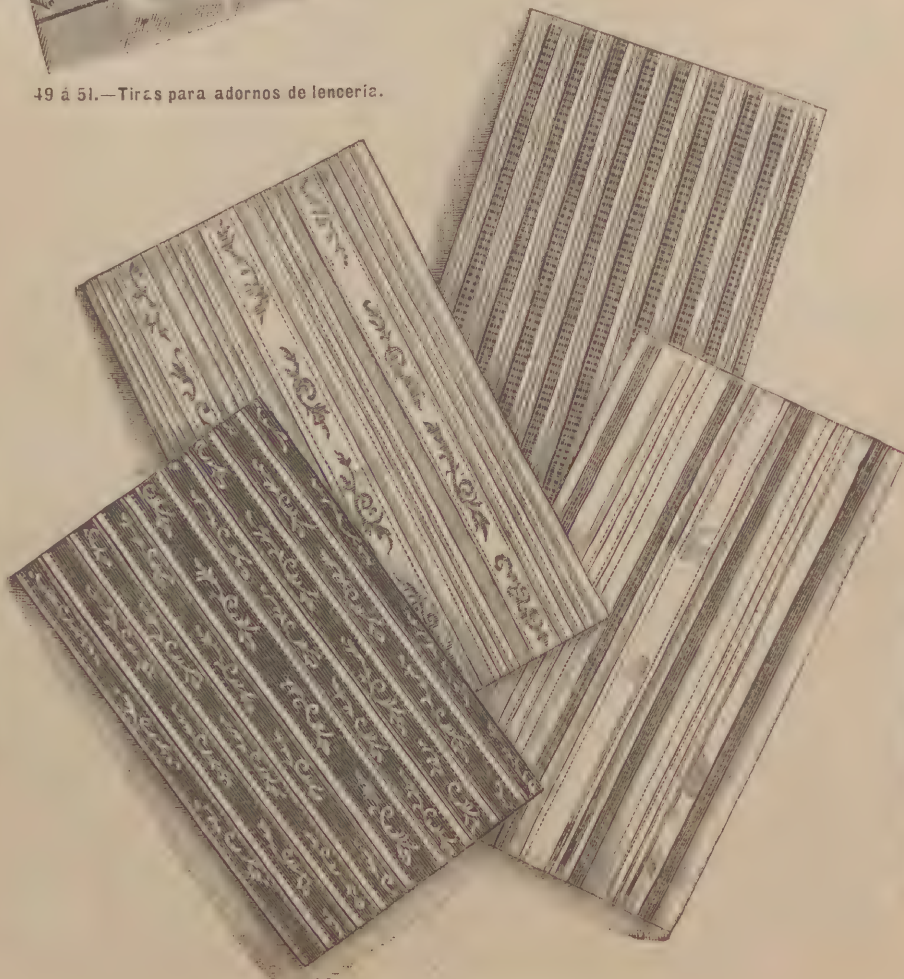
45 á 47.—Cuellos y puños para hombres.
Explic. y pat., núm. V, figs. 35 á 37 de la Hoja-Suplemento.



49 á 51.—Tiras para adornos de lencería.

52 á 54.—Cenefas tejidas para delantales lencería, etc.

48.—Camisa de franela listada para hombres.
Explic. y pat., núm. X, figs. 67 á 72 de la Hoja-Suplemento.



55 á 58.—Pecheras para camisas de hombres.

59.—Calzoncillos para hombres.
Explic. y pat., núm. XI, figs. 73 á 75 de la Hoja-Suplemento.

Judit en el pueblo judío, Elena en Grecia, Cleopatra en Egipto, Florinda en España, Isabel en Inglaterra, y otras tantas, puede decirse que cambiaron la faz de su país, decidiendo de su suerte. Esto refiere la Historia de manera clara y averiguada; ¿y cuántas veces no ha influído en secreto ó indirectamente la mujer? En todos los siglos y en todos los pueblos ha sido, es y será, directamente ó de un modo indirecto, la causa inmediata de su ruina ó de su engrandecimiento.

El tirano más cruel es esclavo de la mujer; porque si él lleva el cetro, ella lo dirige; él tiene la autoridad, ella la ejerce; él conquista la gloria, ella se reviste de sus reflejos; de manera que influye en los destinos del mundo, en buen ó mal sentido, pero ella en primer término, ella en segundo, ella en tercero, ella siempre, y su dominio no concluirá sino con el último de los mortales.

Esta es la razón que existe para hacer de la mujer un elemento de progreso y engrandecimiento social, religioso y moral, por medio de una sólida y cristiana educación; base sin la que jamás se podrá levantar ese colosal edificio, porque la mujer es la piedra angular sobre la que tiene que descansar el remate, la cúpula, el coronamiento.

Dotada la mujer de preciosos elementos intelectuales, físicos y morales, apropiados al bien ó al mal, produce admirables frutos en uno y en otro caso: una imaginación viva y perspicaz, un corazón tierno y generoso, una alma elevada y sensible, un carácter ligero é impresionable, son cualidades que, utilizadas por una buena educación, harán de la mujer un ángel de felicidad para el hogar y un timbre de gloria para la sociedad.

La mujer es peligrosa si no se la contiene con la moral más severa, poniéndola el antemural de la piedad cristiana; y una educación sin esta necesaria virtud, produciría resultados negativos para la regeneración social: porque ofuscada por el reflejo de su vanidad, la ilustración produciría en ella soberbia, altanería, petulancia y desmedido deseo de dominar siempre y en toda circunstancia; traspasando los límites que Dios y la Naturaleza la señalaron, se convertiría en perpetua y tenaz antagonista del hombre; caprichosa por carácter, no daría oídos sino á las sugestiones de su amor propio, y no llenaría su misión siendo dulce y cariñosa compañera, ni cumpliría como madre los sagrados deberes que le impone la Naturaleza; el hogar carecería de los encantos que sabe diestramente acumular allí una mujer virtuosa é ilustrada, y esa pequeña máquina que gira impulsada por la próvida mano de la mujer cristiana, marcharía en lastimoso desconcierto, sin la paz y alegría que reinan en el verdadero hogar.

La mujer virtuosa sabe cultivar un precioso verjel de delicadas y preciosas flores, para regalar con ellas al afortunado esposo, cuando éste regresa hastiado de sus ordinarias tareas, en cada mirada, en cada sonrisa y en cada tierno agasajo que ha sabido inspirar á los preciosos y encantadores vástagos de su amor: ella conserva puro y brillante ese misterioso cristal de la ilusión que nos oculta siempre la espantosa realidad de la materia, para reflejar en él sus encantos y atraer al esposo sin violencia y cautivarlo sin esfuerzo.

La mujer bien educada ejerce en el hogar el más sublime sacerdocio enseñando á sus hijos los deberes que tienen para con Dios y sus semejantes, ya aconsejando al esposo con la persuasiva palabra de su ternura, ya consolando las amarguras de su vida y amenizando los ratos de familiar intimidad con el acopio de sus conocimientos, embellecidos por la gracia que regaló Dios á la mujer para hacer la felicidad del hombre.

La mejor fortuna que debe llevar la mujer al matrimonio es la edución, porque ella la enseña á ser amable, prudente, discreta, indulgente, sensible, fiel, modesta y económica.

Educar á la mujer es regenerar la sociedad; que haya buenas mujeres, y habrá buenos hombres.

Si la fuente de donde se bebe está envenenada, morirán los que de ella beban; si la madre es ignorante, los hijos la amarán por instinto natural; pero si es inteligente y virtuosa, la amarán por convicción y deber.

El hombre jamás olvida las palabras de su madre, y en medio del caos de sus extravíos ve brillar una luz, que no ha podido apagar el huracán del mundo, en las primeras lecciones de su madre.

¡Cuántas veces ha operado en su espíritu una transformación completa ese recuerdo! ¡Ah! con San Agustín lo dirían muchos hombres.

La educación de la mujer no consiste en ciertos adornos superficiales: primero se debe educar su corazón, donde está reconcentrada la vida; en seguida su cabeza, y después sus sentidos: sólo de este modo conservará sus atractivos y llenará cumplidamente su misión.

Es preciso no olvidar que hay que educar madres y esposas, y contraer de preferencia la atención á este punto.

El hombre, al unir su suerte á la de una niña, no debe ser egoísta, satisfaciendo sólo su corazón y su cálculo; ante todo debe fijarse en los seres que vendrán en pos y de cuya felicidad ó desgracia será responsable; porque el que dispone de medios para cumplir con el deber de darles buena madre, su omisión no tiene excusa.

Además, que él mismo será desgraciado ligándose á una mujer que, por ignorante ó por mal educada, no le comprende, viéndose obligado á vivir solo, porque bien pronto se acabarán los encantos físicos que lo sedujeron, y entonces comprenderá su error, siendo ya tarde.

Los padres deben procurar á sus hijos la educación como el único medio de que sean felices y hagan la de los demás, y las niñas deben penetrarse de esta verdad: una mujer bien educada siempre es preferida á otra que no lo sea, aunque fuere bella; la experiencia lo acredita.

La sociedad reclama imperiosamente la educación de la mujer como el más eficaz elemento de civilización y de progreso, y la cultura de un país puede medirse por la de sus mujeres; en ellas se refleja la de los hombres, y es natural.

Un hombre ilustrado gusta de una mujer culta, porque sin esta condición no llegará jamás á compartir con él sus goces y sus alegrías; no la asociará al consorcio del espíritu, sino á la comunidad de la materia, muy pobre por cierto para satisfacer la noble ambición del alma.

Conviene urgentemente que el espíritu reconquiste sus derechos usurpados por la materia; sólo así será una hermosa realidad el reinado de la inteligencia y del positivo progreso. Procurarlo es el deber de todo corazón noble, y conseguirlo, la gloria de los hombres inteligentes.

¿Aprovechará sus benéficos resultados la sociedad, por medio de la educación de la mujer?

FELISA M. DE CHAVES.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

Á CRISTINA.—En el luto que me indica deben hacerse las visitas á los seis meses.

También pasados seis meses pueden los niños empezar ó proseguir el estudio del piano.

Á UNA SOSA.—Las servilletas de refresco se marcan en una de sus esquinas.

El traje interior de una novia debe ser todo blanco: así es que puede hacer á su gusto la enagua de batista ó seda, pero blanca.

El cubrecorsé, haciendo juego con las otras prendas del traje interior.

Á UNA ANTIGUA SUSCRITORA.—Las señoritas llevarán este otoño sobre todo los *smoking* con camisolines de colores ó blancos, y también llevarán esclavinas.

El sombrero estará mejor adornado con terciopelo negro y lilas; pero de todos modos está ya demasiado avanzada la estación para sombreros de esa clase.

Á NIEVES.—Para la estación que empieza, el pañete es la tela más á propósito y elegante; para la forma, lo más bonito es el *smoking*, y también casacas sueltas, con chaleco, bordadas unas y con galones otras adornando el contorno.

Lo más nuevo es el galón *mohair*, mezclado con hilos de oro y plata.

Á ORILLAS DEL EBRO.—Los pollos que son tiernos están muy buenos con ostras.

Se frota el pollo con sal y pimienta, se rellena de ostras y se mete en una olla de barro que cierre herméticamente, la cual se pone á cocer dentro de un perol lleno de agua, dejándolo hasta que el pollo esté tierno. Entonces se saca, y el jugo que ha soltado se pone en una cacerola con 60 gramos de manteca, media taza de nata, dos huevos duros picados con hierbas aromáticas y una cucharadita de fécula. Se pone á hervir unos momentos, y se cubre con esta salsa el pollo, ya colocado en la fuente en que ha de servirse.

Á D.ª MANUELA T.—Voy á indicarle una especie de jabón que sirve para lavar y quitar las manchas en telas de seda, paño, franela, etc.

Se deslíen 130 gramos de jabón de Mora en 65 gramos de alcohol, añadiendo después 4 yemas de huevo, 25 gramos de esencia de trementina rectificada, y la cantidad suficiente de magnesia para obtener una pasta consistente; y cuando todo está muy bien mezclado y desleído, se echa sobre un mármol, y se forman allí, con moldes, las pastillas de jabón.

Á ELISA.—Para el otoño los niños llevarán lanas escocesas puestas al bies, crespones de lana en colores lisos, y sargas de seda adornadas de terciopelo.

Los sombreros de invierno serán muy grandes, y completamente cubiertos de plumas.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 33.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.

TRAJES DE OTOÑO Y DE VIAJE.

1. *Traje de lana color guisante y terciopelo verde obscuro, con fleco de bellotas de pasamanería del mismo color.*—La falda va ligeramente fruncida por delante y adornada en la parte inferior con tres bieses de terciopelo colocados sobre un fleco de bellotas. La parte de detrás va plegada en abanico, que sale por cada lado de un ancho pliegue doble. Cuerpo sin costura en la espalda, fruncido en el talle; el delantero va igualmente fruncido, y se abrocha cruzándose bajo un cinturón de terciopelo, con fleco de bellotas; dos solapas de terciopelo, que se reunen en el pecho, y un *jockey* que cubre la parte superior de la manga, forman un cuerpo muy bonito y nuevo. Cuello Médicis, de terciopelo y fleco de bellotas, y mangas de codo, con ángulo de terciopelo al borde.—Sombrero de fieltro verde, adornado con lazos de faya verde y un pájaro colocado en la parte de delante.

2. *Traje de pañete color madera, con mangas de paño beige liso.*—Falda drapeada por delante, y adornada en los costados con dos bieses de terciopelo marrón, sujetos, en la parte superior é inferior, con dos botones de plata oxidada. Cuerpo liso por detrás, con aldetas amazona, y adornado por delante con dos bieses de terciopelo marrón, formando chaleco, sujetos con botones de plata. Mangas anchas al bies, con vueltas de terciopelo cerradas por dos botones. Cuello Médicis, de terciopelo marrón.—Sombrero de fieltro marrón, adornado con plumas color *beige*.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 30.

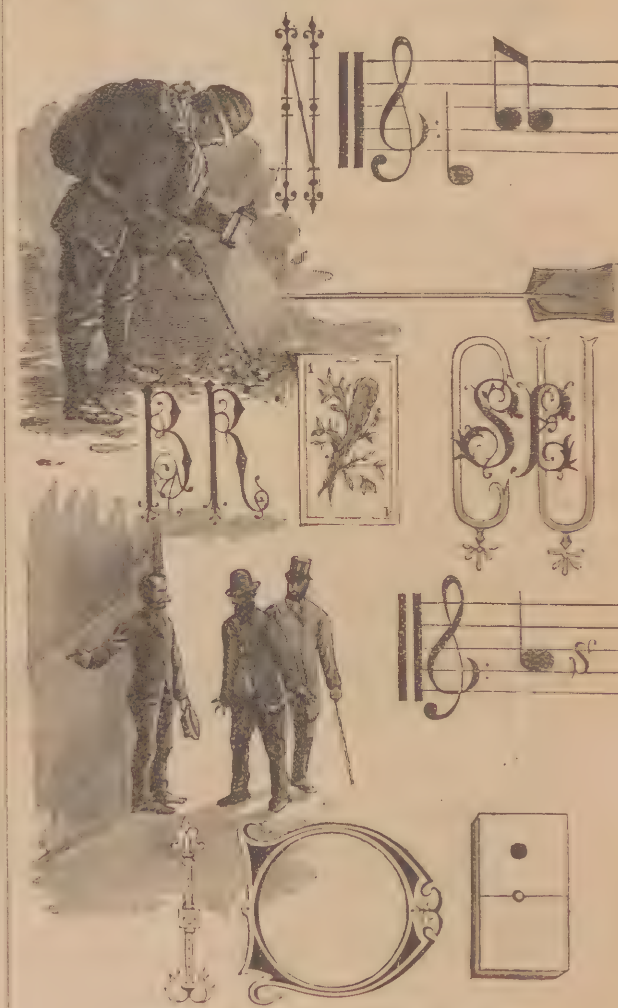
El amor y el chocolate cuanto más claro peor.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Silvia Cintora de Villar.—Doña Carmen de Benito.—D.ª Clementa López.- D.ª Dolores Arévalo.—D.ª Concepción Iglesias.—D.ª Brígida Hernández.—D.ª Alfonsa Torralba de Rincón.—D.ª Josefa Vivanco de Moreno.—D.ª María Fustegueras.

También hemos recibido la solución al jeroglífico publicado en el núm. 19, por la Srta. D.ª Ana Merino y Cancio (Habana).

Igualmente hemos recibido la solución al jeroglífico publicado en el número 23, por las Sras. y Srtas. D.ª Natalia y D.ª Juana de Echavarría y Maisonnave.—D.ª Esperanza Gutiérrez (México).—D.ª Ana Merino (Isla de Cuba).—D.ª Carmen y D. Enrique Barinaga y Fernández Pellón.

Asimismo hemos recibido la solución al jeroglífico publicado en el núm. 26, por la Srtas. D.ª Natalia y D.ª Juana de Echevarría y Maisonnave (Puerto Rico).—D.ª Ana Merino (Isla de Cuba).

JEROGLÍFICO.

LA SOLUCIÓN EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

ANUNCIOS.

DIENTES BLANCOS

Higiene de la Boca

EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera *Agua de Botot*

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS

ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.

DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca Botot, *superior como primor y perfume.*

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París. —Depósito en Barcelona, José Lafont, 22, calle del Call.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos,* etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,** [illegible]

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise.*

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS

Para el Pañuelo

de RIGAUD y Cía, de PARIS

Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El KANANGA del Japón	*El MELATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila	*El CHAMPACCA* de Lahore

que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTÍFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidéz del marfil.*

DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*

Madrid: Romero Vicente.

Barcelona: Conde Puerto y Cía.

PIESSE Y LUBIN

Fabricantes de Perfumería de todas cuantas flores exhalan fragancia

AROMAS DULCES

LIGN-ALOE. OPOPONAX

AMOR ENTRE LAS ROSAS

FRANGIPANNI

Y MIL OTRAS

Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros

2 New Bond Street Londres

AVISO AL PÚBLICO.—Desconfíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados

Piesse & Lubin

TRADE MARK

NINON DE LENCLOS

Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Çall.

VINO DE BUGEAUD

TONICO-NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias, reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.

EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

PUREZA DEL CUTIS

Frasco: 5 fr. en Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA

SARPULLIDOS, TEZ BARROSA

ARRUGAS PRECOCES

EFLORESCENCIAS

ROJECES

&

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 26

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNANDEZ BREMÓN.

De venta, en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR. — Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confíen sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias

HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA DE PARIS

para curar *Anemia, Pobreza* de la *Sangre, Dolores* de *Estomago.* - 50 Años de Exito.

Exigir la firma QUEVENNE y el *Sello* de "l'UNION des FABRICANTS".—Paris, 14, r. Beaux-Arts.

OBRAS DE SELGAS.

ESCENAS FANTÁSTICAS.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

EL MUNDO INVISIBLE (continuación de las *Escenas fantásticas.*) — Un tomo 8.º mayor, 4 pesetas.

UN RETRATO DE MUJER.—Un tomo, 2,50 pesetas.

HECHOS Y DICHOS.—Un tomo, 3 pesetas.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, á las oficinas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion *absolutamente nueva* bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. *¡Gran novedad!* — **DUSSER**, Inventor *Rue J.-J.-Rousseau, nº 1, Paris.* (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid*: MELCHOR GARCIA, y en las Perfumerias Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc.—*Barcelona*: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

MADRID.— Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 14 de Septiembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 34.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las carreras de caballos en provincias.—Castellanas y campesinos.—La verdura á la moda.—El Presidente de la República en Fontainebleau.—Mme. Carnot y Mme. Thiers.—Cien mil kilos de guisantes.—La influencia inglesa en las modas.—El *Canotier* y la camisa de hombre.—Un vestido funda.—No se come, sino se chupa.—Las botas de un banquero.—Boca cerrada.

Las carreras de caballos que se suceden actualmente en provincias, constituyen un elemento poderoso de animación en la existencia campestre. En efecto, sobre el terreno hípico es donde se encuentran las «castellanas» (como las llamaría el héroe manchego) de los alrededores de la ciudad en que se celebran las carreras y sus convidados de París, de lo cual resulta grande emulación de *toilettes* y de lujo. Breaks de caza tirados por vigorosos caballos de posta, victorias por anglo-normandos con arneses de piel amarilla, faetones, *dog-carts*, *paniers*, calesas de familia, ómnibus de *château* conteniendo hasta quince personas apiñadas, jinetes de todos géneros y sobre toda clase de monturas, desde el *pur sang* hasta el buen jaco de la hacienda; todo este gentío llega al prado, con grande estrépito de cascabeles, gritos y chasquidos de látigos y entre nubes de polvo. Mientras las tribunas se llenan de gente, en torno de las cuerdas y sobre la pista se mueve una multitud compacta, alborotadora, entre la cual las blusas azules de los campesinos y las cofias blancas de las aldeanas forman como puntos brillantes. Allí se oye gritar con frenesí: «¡Es el azul! ¡No, el rojo! ¡Miren cómo le lleva la delantera! ¡Jamás podrá alcanzarle!»

En una palabra, el día de carreras es día de fiesta para todo el país, y por la noche hay banquete y baile en las casas de recreo de las cercanías.

***

El verde, por no decir la verdura, está á la moda, y el Presidente de la República y su esposa le han dado la sanción oficial estableciéndose en Fontainebleau inmediatamente después de la clausura del Parlamento. Afirman los periódicos que, al contrario de Mme. Thiers cuando residía en Versalles, Mme. Carnot se ha negado á aceptar los productos frutales ú hortícolas de las huertas del Estado para la mesa presidencial.

La costumbre de utilizar los productos de las fincas del Estado para uso de la presidencia dió lugar, bajo el mando de M. Thiers, á una aventura algo burlesca. Se había tratado en aquella época de suprimir la huerta de Versalles; pero M. de Larey la defendió é hizo observar que, vendiendo las hortalizas que producía, se cubrirían con creces los gastos de entretenimiento.

Poco tiempo después se recibió en el Ministerio de Agricultura una comunicación pidiendo de un modo apremiante los fondos necesarios para pagar á los hortelanos.

—¿Pero cómo es eso? ¿no se han vendido las hortalizas?—preguntó el jefe del negociado.

—¿Y cómo habían de venderse? Sólo de guisantes, la Presidencia ha pedido más de cien mil kilos.....

1.—Traje de recibir.

Calcúlese á qué epigramas daría lugar, entre los bastidores oficinescos, esta asombrosa cantidad de guisantes para un estómago tan diminuto.

***

En varias ocasiones he hablado de la influencia que los ingleses ejercen en nuestras modas. Es indudable que el gusto francés corrige, modifica y embellece estas importaciones; pero la inspiración procede á menudo de Inglaterra.

En Dieppe, sin ir más lejos, donde los ingleses abundan, se observa este fenómeno mejor que en ninguna otra parte. Dicho sea sin ofender á algunas *misses* cuyo gusto tendría gran necesidad de ser reformado, se ve en Dieppe, en caricatura, la mayor parte de las modas que entusiasman á las parisienses.

Por ejemplo, el sombrero *Canotier*, que las inglesas llevaron, casi todas tan mal, durante el pasado invierno en Cannes, Niza y Menton, reaparece ahora en las costas del Norte. Sólo que mientras multitud de jóvenes y aun de ancianas inglesas se lo plantan en la coronilla, donde produce el efecto más risible, las francesas están lindas y graciosas con esta clase de sombrero. El *Canotier* afrancesado es de alas más anchas, va guarnecido de alas de *Mercurio* y acompañado de un velo, lo que forma un conjunto lleno de gracia y coquetería.

Otro tanto podría decirse de la «camisa de hombre» que las bañistas han adoptado. Se ven no pocas inglesas que llevan la camisa en cuestión de una manera desairada, sin chaqueta, sin corbata, sujeta al talle con un cinturón cualquiera.

¡Cuán distinta es la manera de nuestras elegantes! Éstas han hecho de la prenda masculina un adorno delicioso, mostrando solamente su pechera por la abertura de una chaqueta, y acompañándola con la corbata *regata*, de batista de color, apuntada con un alfiler.

En definitiva, el traje llamado de sastre continúa estando en boga, y es también Inglaterra la que nos lo ha impuesto. Pero las francesas no comprenden el traje de *tennis* blanco listado sino cuando va acompañado de la chaqueta larga, de que llevamos publicados varios modelos. Con la chaqueta corta ordinaria sólo sirve para excursiones ó reuniones en la playa, en esas tiendas-salones donde se está como en casa.

Lo que está también muy en boga es el vestido ajustado, tan ceñido que no se observa ni un movimiento de tela por delante ni en los lados. Todo el vuelo va reunido por detrás, y se escapa en una especie de cola.

He aquí un modelo de esos vestidos en forma de campana, pero en el que, por lo menos, los adornos disimulan lo ceñido de la funda.

Es un precioso vestido de banquete ó teatro, hecho de bengalina negra, crespón negro y tela brochada gris bordada de plata. Todo el delantero es de tela brochada, y los lados van enteramente cubiertos de volantes plegados de crespón liso, puestos en escala: dos galones anchos de pasamanería de azabache van puestos á lo largo del delantal. Por detrás, el vestido forma una cola corta de bengalina. En cuanto al corpiño, es también de bengalina negra, y va guarnecido de un peto de tela brochada gris, con chorrera de crespón. Varios adornos de bordado de azabache descienden sobre los delanteros negros. Mangas de bordado de seda gris, con carteras de azabache y adornos de lo mismo en los hombros. Cuello Médicis de azabache, sostenido con alambres.

***

Dos labriegos, llegados á París para asistir á las últimas fiestas, fueron á comer á una fonda del boulevard.

Después de la comida, que había sido abundante, el mozo les sirve en un plato á cada uno un mondadientes. Uno de ellos trata en vano de cortarlo con el cuchillo.

El otro mira á su compañero con aire de inteligente, y le dice:

—¡Infeliz! ¡eso no se come..... eso se chupa!

***

Un pintor algo necesitado soñaba con captarse la protección de un rico banquero.

Para lograrlo, hizo el retrato de su futuro Mecenas en traje de caza, con botas hasta las rodillas.

Dos amigos del pintor contemplaban la obra.

—¿Qué te parece?—dijo uno de ellos.

—No está mal—contestó el otro;—pero encuentro las botas demasiado *lamidas*.

***

Enrique, que acaba de cumplir cinco años, es un niño encantador. El domingo pasado dijo á su tío que le comprase un caballo mecánico.

—Hoy no—contestó aquél;—el bazar está cerrado.

Un momento después, el tío pidió á Enrique un beso.

—Hoy no—replicó á su vez el niño;—mi boca está cerrada.

V. DE CASTELFIDO.

París, 8 de Septiembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recibir.—Núm. 1.

Vestido de cachemir blanco. Un tableado de *surah* blanco guarnece el contorno de la falda, que es redonda, y otro el delantal, que forma pliegues y va recogido en el lado derecho, según se ve en el dibujo. Corpiño suelto y guarnecido alrededor de la aldeta, redonda, de un tableado igual al de la falda. Una cinta ancha de dos colores y bordada de florecillas rodea la cintura y termina en un lazo con una caída que llega hasta el borde inferior del vestido. El cuello y la chorrera, que es enorme, así como los puños, son igualmente de *surah* blanco plegado, el cual puede reemplazarse, si se quiere, con muselina de seda ó crespón liso blanco.

Fleco de galoncillo y torzal de seda.—Núm. 2.

Se ejecuta este fleco, como indica el dibujo, con galoncillo y torzal negro. Se le emplea para adornar esclavinas, manteletas y otros objetos análogos.

Fleco sobre fondo de encaje.—Núm. 3.

Este fleco es de cordón de seda y torzal negro, sobre un fondo de encaje, cuyos dibujos van rodeados de un cordón de seda negra. Se le emplea para adornar vestidos, confecciones, etc.

Bordado para taburetes y almohadones.—Núm. 4.

Se ejecuta este bordado sobre cañamazo sin dividir, con lana más ó menos gruesa. Se hacen primero con lana encarnada perpendicularmente dos hileras de puntos de cruz apretados unos contra otros, haciendo cada punto sobre dos hebras de alto y de ancho del tejido, después de lo cual se pasan tres hebras. Sobre las hileras de puntos de cruz se bordan unos puntos trenzados con lana negra, tomando una hebra del cañamazo en ambos lados de las hileras, á fin de dejar libre solamente la hebra del medio de las tres hebras pasadas. Se recortan estos puntos de trenza en medio, lo que forma unas tiras que imitan la felpa entre las hileras de puntos de cruz.

Fleco enrejado.—Núm. 5.

Se hace este fleco con torzal negro fino de seda, y unos galoncillos de seda negra, que forman dibujos en medio del enrejado.

Silla de junco guarnecida de tela de seda.—Núm. 6.

Se la puede guarnecer igualmente de tela de lana, adornándola en ambos casos con un fleco de cascabeles.

Lazo de encaje.—Núm. 7.

El lado derecho va plegado formando conchas, y en la izquierda el encaje cae naturalmente.

Camisita para bebé.—Núm. 8.

Esta camisita es de seda color de rosa. La escotadura y el borde de las mangas van adornados de encaje.

Bordado al punto de cruz.—Núm. 9.

Nuestro dibujo representa un adorno de vestidos ó delantales de cañamazo, lanilla ó satinete para niños. Se aplica sobre la tela un pedazo de muselina gruesa, sobre la cual se borda y se la quita después sacando los hilos uno á uno. El festón se traza sobre la tela misma. Se puede emplear en este bordado seda floja ó algodón de bordar.

Gola de crespón blanco.—Núm. 10.

Los pliegues que forman esta gola van levantados en el lado derecho y caen por delante formando conchas.

Pantalla de mano forma Duquesa.—Núm. 11.

Nuestro modelo es de gasa color de rosa pálido y va adornado con un bordado ligero hecho al punto lanzado con seda muy fina de varios colores. La armazón es de madera dorada.

Sombrero de luto para señoritas.—Núm. 12.

Este sombrero va cubierto de crespón plegado y el ala se recorta y se abre en dos vueltas por detrás, cuyo hueco va adornado con una lazo de cinta de terciopelo negro. Por delante, concha de crespón bordado, apuntada con un lazo de cinta de terciopelo negro.

Chaqueta de luto.—Núms. 13 y 14.

Esta chaqueta se hace de cachemir y crespón negros, y se compone de espalda, lados de espalda y de delante, delanteros cerrados en el centro y ajustados con dos pinzas. Aldetas guarnecidas de una tira ancha de crespón; solapas de crespón en la derecha. Cuello alto y enrollado, de crespón. Manga alta de la misma tela.

Tela necesaria: un metro de cachemir, de un metro 20 centímetros de ancho; 2 metros 50 centímetros de crespón, y 4 metros de seda, como forro.

Sombrero Enriqueta.—Núm. 15.

Es de fieltro negro. El ala es ancha y va enrollada por detrás bajo un torzal de crespón encarnado. Unas plumas del mismo color completan los adornos.

Velos de luto.—Núms. 16 á 18.

Núm. 16. Velo de tul con festón y bordado sobre crespón.

Núm. 17. Velo de tul con cenefa de crespón bordado.

Núm. 18. Velo de tul con borde de crespón.

Pasamanería de cordón de lana.—Núm. 19.

Esta pasamanería, que es de cordón de lana negra, va ejecutada con arreglo á las indicaciones del dibujo. Se la emplea para guarnecer vestidos, abrigos y confecciones.

Corpiño para señoritas.—Núm. 20.

Es de cachemir color de rosa. No lleva pinzas. La espalda y el delantero van abiertos sobre un bordado blanco, y los pliegues de delante se fijan con una hebilla alta de nácar, marfil ó doublé. La espalda no lleva costura, y su vuelo va estrechado en la cintura bajo dos correas cruzadas. Manga abierta por arriba hasta más abajo del brazo sobre un bordado blanco, y abrochada por abajo.

Traje de luto para jóvenes de 14 á 15 años.—Núm. 21.

Vestido de velo negro rayado y crespón inglés. Sobre un fondo de falda de alpaca negra, va dispuesta una falda de velo adornada por abajo con una tira ancha de crespón inglés. Corpiño con aldeta recortada en hojas por detrás, y chaleco de crespón abrochado en medio con corchetes bajo dos hileras de botones. Los delanteros, forrados de crespón, se doblan formando solapas. Manga alta de crespón, abrochada por abajo. Cuello de crespón.—Sombrero de crespón bordado, cuya ala es de paja negra. Como adorno, un lazo-abanico de crespón.

Traje para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 22.

Se hace este vestido de vigoña *beige*. Falda plegada, montada en el borde de un corpiño fruncido y adornado con un canesú rodeado de un galón calado de seda color de nutria, cuyo galón atraviesa el pecho al sesgo y termina en el borde de la falda. Bajo este galón se abrocha el vestidito. Manga plegada en el hombro y en el codo. Carterita de galón.—Sombrero de fieltro color de nutria, adornado con una cinta labrada color de nutria y *beige*.

Bata Frou-Frou.—Núms. 23 y 24.

Nuestro modelo es de crespón de la China color de malva; pero se la puede hacer de cualquier tela de lana del mismo color. Su forma es la de una blusa cuyo canesú va formado por dos cabezas fruncidas. Manga de codo abierta sobre una manga de *surah* color de malva. Lazos flotantes de cinta color de paja en los hombros y la parte inferior de las mangas. Berta de encaje. Un encaje igual adorna el cuello y las mangas. Cinturón de cinta color de maíz, anudada por delante.

Cuello Médicis de pasamanería.—Núm. 25.

Este cuello, de pasamanería de cuentas negras, va sostenido con un alambre en el borde exterior. Se le adorna en el borde de delante con una especie de peto corto y por detrás con un fleco de 8 centímetros de ancho.

Vestido de soirée y teatro.—Núm. 26.

Se hace este vestido de crespón de la China gris azul y bengalina de matiz más obscuro. La falda de debajo, que es de seda, va cubierta de una segunda falda de crespón ligeramente plegada por delante, fruncida por detrás y terminada en un dobladillo ancho. El corpiño, corto y en punta, es de bengalina, y va cubierto por delante y en los lados de crespón de la China. Cuello de crespón. Mangas de la misma tela, adornadas de bullones y terminadas en una tira estrecha de bengalina.

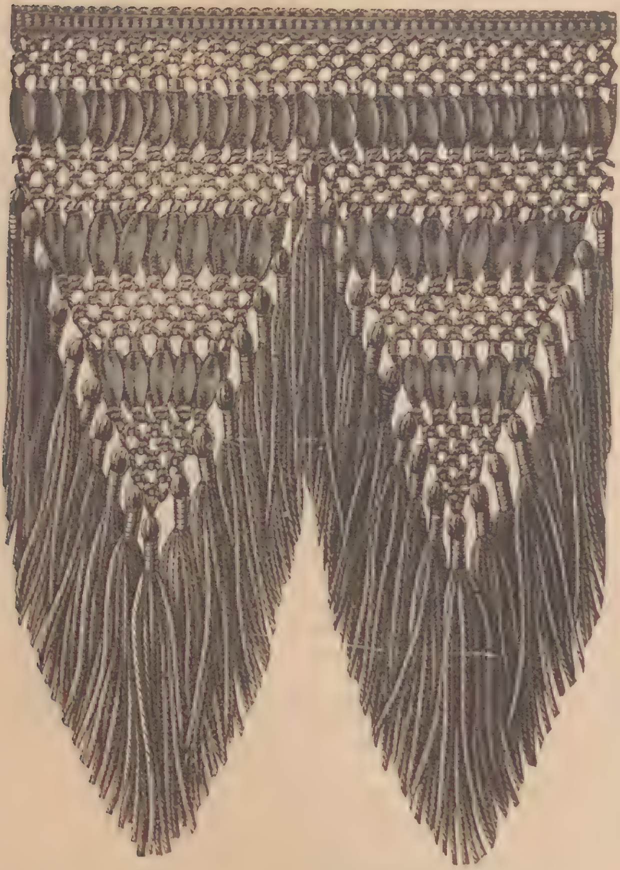
Traje de calle.—Núm. 27.

Vestido de paño gris, guarnecido de paño blanco. Fondo de falda de tafetán y falda semilarga de paño gris, formando varios pliegues por delante y rodeada de solapas de paño blanco. Corpiño remetido en la falda, y compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros abiertos que se pliegan sobre un camisolín de crespón blanco añadido sobre el forro de los delanteros, el cual se cierra en medio y se ajusta con pinzas. Delanteros de chaquetilla en forma de armadura, añadidos sobre los delanteros abiertos. Cuello alto de paño gris. Cinturón de paño blanco, plegado en forma de V. Manga alta, abrochada en la parte inferior.—Sombrero con ala encañonada, guarnecido de plumas verdes.

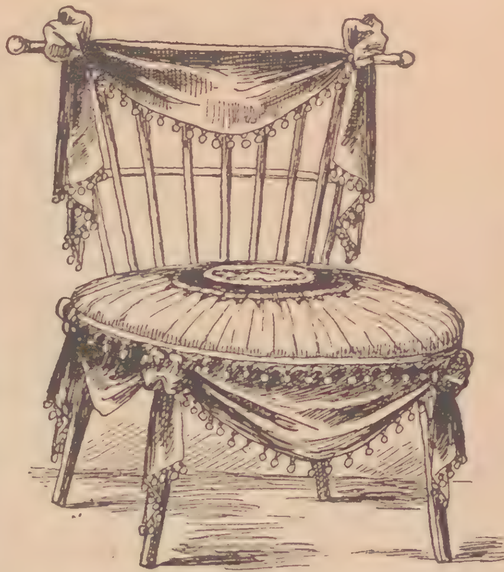
Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, 7 metros 50 centímetros de paño gris, y un metro de paño blanco.

Manteleta Renacimiento.—Núm. 28.

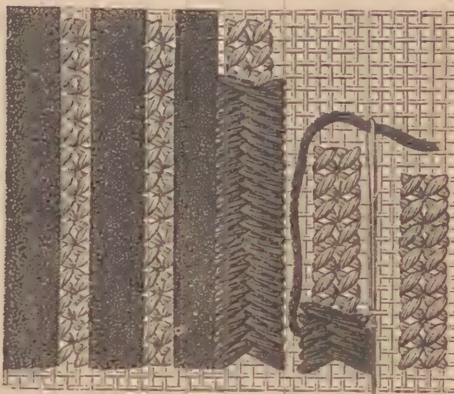
Esta manteleta, para traje de ceremonia, es de terciopelo gris. A todo el rededor, unas ondas almenadas



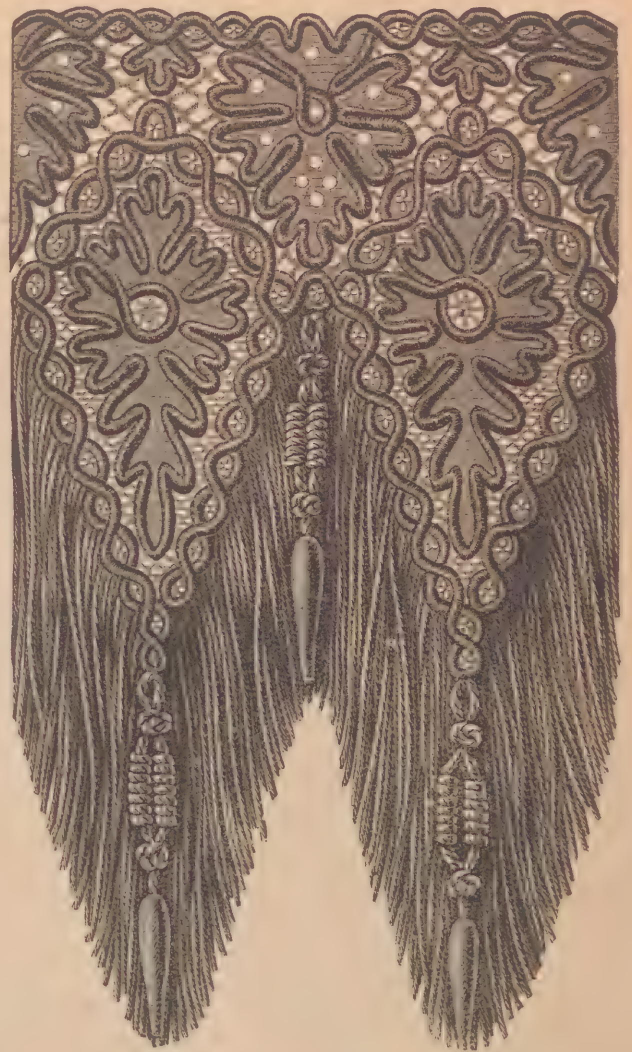
2. Fleco de galoncillo y torzal de seda (mitad del tamaño natural).



6. Silla de junco guarnecida de tela de seda.



4. Bordado para taburetes, almohadones, etc.



3.--Fleco sobre fondo de encaje (tamaño natural).

7.—Lazo de encaje.

9.—Bordado al punto de cruz.

8.—Camisita para bebé.

10.—Gola de crespón blanco.

5.—Fleco enrejado (dos terceras partes del tamaño natural).

11.—Pantalla de mano forma Duquesa.

marcan el borde y suben hasta el cuello para formar la especie de corbatín que le aprisiona y que es el rasgo distintivo de la época. Las ondas van rodeadas de cuentas de plata antigua, que puede reemplazarse con una trenza metalizada. La manteleta, que es muy corta por detrás, remonta sobre el hombro para caer formando estola por delante. Va acuchillada por delante y en lo alto de las mangas, y lasaberturas van ribeteadas, como las ondas, de una trenza metalizada. La manga llega por encima del codo y va adornada con bucles de cinta y un bordado de plata. Un entredós del mismo bordado va dispuesto en forma de peto por delante y se continúa en tiras estrechas sobre la estola.

Deshabillé de surah color de rosa.—Núms. 29 y 30.

El delantal es de encaje y va atravesado por pliegues de *surah*. Rosáceas de cinta. Esclavina y manga de encaje, esta última plegada como indica el dibujo.

Traje para jóvenes de 13 á 15 años.—Núm. 31.

Vestido de lana color de ceniza claro y obscuro. Falda recta adornada con una franja ancha del color más obscuro. Corpiño redondo plegado y abierto sobre un corpiño que forma canesú. Los pliegues del hombro van sujetos con una cinta encarnada. Cinturón de cinta igual, anudada en el lado derecho. Manga bullonada, que sobresale del codo y va adornada con una cinta anudada por encima. Cuello recto abrochado por detrás, así como el corpiño.

Traje de viaje y paseo.—Núm. 32.

La falda de debajo, cubierta de una segunda falda de lana escocesa cortada al sesgo, va guarnecida en su borde inferior de dos tiras de lana verde obscuro de diferentes anchos. Esta falda, plana por delante, va dispuesta por detrás en pliegues largos. Se la guarnece en el lado izquierdo de un pedazo de lana lisa dispuesto en un pliegue hueco. El corpiño, que es de lana de cuadros, va completado con una esclavina de lana lisa y lana escocesa.

Traje de luto rigoroso.—Núm. 33.

Vestido de crespón de lana. Sobre un fondo de falda va dispuesta en pliegues la falda de crespón liso, que forma una cola poco prolongada y adornada con una franja de crespón inglés. El corpiño, que es redondo y cuyo cinturón de crespón inglés termina por detrás en dos puntas cruzadas, se abrocha en medio con corchetes bajo una especie de peto plegado, que se estrecha
sobre el hombro izquierdo. Manga alta de crespó [redacted]
glés, plegada por encima.—Capota plegada de cre [redacted]
inglés con un borde estrecho de crespón inglés bla [redacted]
Velo largo de crespón que llega hasta el borde d [redacted]
falda.—Guantes negros de piel de Suecia.—Zapat [redacted]
medias negras.

Tela necesaria: 5 metros de crespón liso, de un m [redacted]
20 centímetros de ancho, y 2 metros de crespón in [redacted]
de 80 centímetros de ancho.

Matinée para señoras jóvenes.—Núm. 34.

Es de *surah* color de paja, y tiene la forma de [redacted]
blusa doblada por abajo á todo el rededor, sobre la [redacted]
se pone una chaqueta de imitación de guipur anti [redacted]
Cinturón anudado por delante: Manga recta y an [redacted]
adornada con una cartera de guipur.—Puede hac [redacted]
esta *matinée* de cualquiera clase de tela de lana.

Lazo mariposa.—Núm. 35.

Se hace este lazo de tul negro bordado, y se adapta, como una chorrera, á cualquier corpiño sin adornos.

Traje para señoritas de 15 á 16 años.—Núm. 36.

Este traje es de crespón de lana azul antiguo. Falda corta, plegada ligeramente por delante y un poco recogida en los lados sobre la falda fruncida por detrás, y adornada á todo el rededor con una pasamanería negra calada. Corpiño de aldeta muy corta, fruncido por delante y por detrás y pegado á un canesú redondo de pasamanería, todo ello montado sobre un forro ajustado. Este corpiño, que se abrocha en la espalda, termina bajo un cinturón de pasamanería, que forma punta por delante y por detrás. Manga alta de codo, adornada con pasamanería.—Sombrero de fieltro negro forrado de terciopelo negro y adornado con plumas también negras.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

as no sólo el bordado en colores ocupa mi soledad: tengo también bastidores en que el guipur sobre red toma las formas de cojines y hasta de velos de sillón: por último, el mundillo cubierto por impalpable red de hilos, á cuyos lados se agolpan manojos de menudos bolillos espera con impaciencia que me canse de la tapicería ó la malla, y confieso ingenuamente que los encajes que veo brotar entre mis dedos no son los que menos contribuyen á disminuir la longitud de las horas.

¡Bendito el trabajo! No hay remedio más eficaz para el aburrimiento, no hay bálsamo de más poderosa virtud para cicatrizar las heridas de un corazón agobiado de tristeza: el anhelo de hacer con perfección las obras que emprendo aguza mi inteligencia de manera que tengo más presentes ahora las lecciones que cuando las recibía, y arreglo dibujos é invento calados de tal modo, que si me vieran las profesoras, no conocerían en esta activa reclusa á la alegre y perezosa señorita de Bazán.

Pero hay días que todas mis buenas resoluciones se estrellan en el desaliento que me abruma, y permanezco horas enteras inmóvil y como embargada por el peso de esta existencia que no se parece á ninguna: salir de mi cuarto para ir solamente al comedor á escuchar las acres reflexiones de mi tía, me produce tal hastío, que cuando vuelvo á mi estancia no tengo ánimo ni para acariciar á *Lolo*, que se arrastra á mis pies; sólo puedo derramar lágrimas y deplorar que el destino me haya dejado sobre la tierra, después de la muerte de mi adorada madre.

¡Pobre Nicolasa! Cuando me ve afligida de este modo anda alrededor mío balbuceando frases que nada significan, hasta que se le ocurre apelar á su más heroico remedio.

—Vamos, niña—me dice;—vente á la cocina y harás pastelillos.

Muchas veces sigo su consejo; pero me canso pronto de manejar harina y manteca, y dejo concluir á mi criada las obras que empiezo, y mientras se afana en ellas, trata de distraerme con sus cuentos de nodriza, y empieza el consabido: *Había una vez un rey y una reina.....*

3 de Febrero.

Hoy se me ha proporcionado una diversión inesperada, y su recuerdo me hace reir todavía.

La chacina se había concluído, y mi tía mandó traer más del pueblo, de modo que cerca de las nueve llegó un carro cubierto de tela encerada, con nieve hasta los ejes de las ruedas, y en el cual venía nuestro proveedor el viejo Benito y un nieto de apenas doce años, que nos traían el repuesto pedido.

Un rostro nuevo, una voz nueva, ruido de cascabeles, puertas que se abrían y cerraban con estrépito..... Todo este desusado movimiento en el patio del castillo me impresionó agradablemente, y bajé corriendo como una loca.

—¿Tío Benito, sois vos?—pregunté al viejo, todavía no muy segura de no equivocarme. ¡Tanto tiempo hacía que le vi la última vez!

[redacted]

pregunté al muchacho, llevándole á la cocina para que se calentara en el hogar:

—¿Qué se hace por el pueblo? ¿Cómo pasan allí el mal tiempo? ¿Creen que dure mucho la nevada?

Cuanto más le preguntaba, más se encerraba en su mutismo el nieto de Benito, dilatada la boca de oreja á oreja, con una risa estúpida é inextinguible; sin duda se divertía á mi costa, de tan buena fe, que su alegría se me comunicó y empezamos á reir como dos tontos.

Por fin se estableció la confianza y respondió á mis preguntas: así he llegado á saber que durante el invierno preparan los aldeanos las semillas que han de sembrar, componen los carros y los útiles de labranza, y por las noches se reunen las familias al calor del fuego para cascar nueces y asar castañas en el rescoldo, rociando la merienda con buenos tragos de un vinillo nuevo, blanco y oloroso, yéndose luego á acostar alegres y tranquilos; paréceme que les oigo desde aquí, y me prometo abrir la ventana esta noche por si el viento quiere traerme el eco de sus voces ó carcajadas, aunque me asemeje aquel pobre que comía su pan al olor de los asados del vecino.

—¿Y cuando estáis reunidos, de qué se trata?—volví á decirle.

—Antes que nada rezamos el rosario.

—¿Y cuando éste se acaba?

—¿Cuando se acaba? Casi siempre me duermo, señorita Eladia.

Después me ha dado detalles del ganado, contando los rebaños por el número de cabezas, como pastor inteligente, y añadió que el próximo verano tendría trabajo doble, según habían aumentado las vacas y ovejas; entonces me asaltó un pensamiento, y antes de reflexionar sobre él, le dije:

—¿No tendrás necesidad de una pastora? En ese caso avisa, que yo conozco alguna de entera confianza y que no pondrá dificultades en la cuestión del salario.

Mi interlocutor tomó el aire malicioso del aldeano que quiere hacer un negocio de provecho, estiró los labios y respondió con afectada indiferencia:

—¡Diantre!, si la señorita abona por ella, quizá pueda hacerse algo.

—¿No he de abonar?—repuse aturdidamente;—la pastora soy yo.

Su asombro fué tal, que no pudo articular más sílabas, y continuó riendo hasta que su abuelo le gritó desde el patio:

—Muchacho, ¿dónde estás?

Marchó corriendo, y creo que tendrían asunto de conversación para el camino, respecto á mi propuesta.

Al subir hallé á Nicolasa en el corredor, y á pesar de que iba cargada con una pila de platos, la abracé gritándole:

—Alégrate, viejecita mía; esta noche vamos á partir nueces.

—¿Nueces?—repitió;—¿tienes gana de comerlas?

—No por cierto; pero divierte el partirlas, según dice el nieto de Benito, y vamos á ensayar este medio de distracción.

La anciana se alejó sacudiendo la cabeza con aire de duda; pero me ofreció bajar un saco del granero y buscar dos piedras para emprender el nuevo oficio.

10 de Febrero.

Hace una semana que nuestras dos vacas se hallan enfermas; el asunto no tiene nada de interesante, y sin embargo, me ha procurado el mejor día que he pasado hace mucho tiempo.

La primera mañana que nos faltó leche se hizo té, la segunda café y la tercera chocolate; pero mi tía no se conforma con las privaciones, y ha hecho llamar á una mujer de las cercanías, que nos trae en su asno una cántara del delicioso líquido.

Hoy vino temprano; yo estaba levantada como de costumbre, y bajé á recibirla para cambiar con ella algunas palabras. Su franqueza me agrada y más la poesía hija de la Naturaleza que campeaba en todas sus narraciones: apenas habíamos anudado un diálogo animadísimo cuando sonó violentamente la campanilla del cuarto de mi tía, y Nicolasa acudió presurosa, llevando á prevención un frasco de bálsamo, pues sospechaba que la causa del alboroto era haber despertado su señora con un dolor en la paletilla izquierda, que le ataca frecuentemente, y para el cual sólo encuentra alivio con enérgicas fricciones.

Quedé sola junto á la lechera que vaciaba su cántara y medía las raciones que nos pertenecían; nuestros jarros estaban llenos, y la buena mujer se dispuso á partir.

—¿Sobra hoy leche?—le pregunté, al par que señalaba otra cántara llena.

—No, señorita—respondió;—ésta es para una casa nueva.

—¿Se halla muy lejos de aquí?
[redacted] riba un cuarto de legua escaso; es en el
[redacted] rriat donde me esperan.
[redacted] las manos al hablar y sacudía las espaldas
[redacted] el frío del camino; al fin guardó las medi-
[redacted] las cántaras, é iba á marcharse cuando
[redacted] idea.
[redacted] lugar suyo, qué buen paseo á través de
[redacted] in reflexionar en los inconvenientes del
[redacted] o dije, suplicándole con tal vehemencia,
[redacted] urbada, no sabía qué responder: aprove-
[redacted] para subirme de un salto en el pollino,
[redacted] dar una carrera después de cinco meses
[redacted] y aunque la lechera quiso oponerse, lla-
[redacted] s á Nicolasa, dí un golpe con la vara á mi
[redacted] ancó en una serie de corcovos, que po-
[redacted] desatinado galope.
[redacted] taros en el hogar mientras vuelvo, amiga
mía—dije á la mujer;—tenéis la nariz roja, los labios cárdenos y las manos hinchadas; descansad un rato y os hará bien. Cuidaré del burro como vos misma.

Creo que no llegó á sus oídos mi discurso, tal era la distancia que ponía entre las dos la rápida carrera del borrico; me eché por los hombros una manta que hallé sobre el aparejo, y seguí hostigando al animal con frecuentes varazos.

Durante algunos minutos todo fué á las mil maravillas; el trote iba igualándose, la nieve que me azotaba en la cara parecía tan suave como espuma de jabón, y yo cantaba alto con la alegría de un arriero de oficio; pero el sendero empezó á subir, las piedras mal ocultas por la nieve hicieron tropezar al asno, y por último, una ráfaga de viento me arrebató de los hombros la manta, y me ví obligada á apearme para recogerla y envolverme en ella de nuevo.

Salté sin dificultad, cobré la manta y me rebujé en ella cruzándola sobre el pecho y sujetándola con largos alfileres, mientras el asno corría sin hacer caso de mis repetidas órdenes.

—¡Soo..... borrico..... sooooo!.....

¡Trabajo perdido! Tuve que correr tras él hasta alcanzarle, mas al tratar de montar, hallé que la empresa era difícil; no tenía donde afirmar los pies y me hundía en la nieve sin cesar; por fin logré atraerle junto á un vallado, y á duras penas subir, acomodándome entre las dos cántaras; pero cuando quise hacerle andar, le hallé más inmóvil que un guardacantón. Ni la vara, ni los talones, ni tirarle del ronzal en todos sentidos, conseguían más que obligarle á dar saltos de carnero y corvetas que mostraban su perversa intención y hacían derramar el líquido contenido en las cántaras.

—Arre..... arre..... arre.....—gritábale sin tomar aliento; y tanto se lo repetí en las mismas orejas, que logré poner de acuerdo su voluntad con la mía y echó á correr de nuevo.

Al llegar al caserío de Gorriat la nieve era un ciclón y el viento una tromba; los colonos me recibieron con mil aspavientos de compasión: querían que me acercara al fuego y darme á beber aguardiente, pero como añadieran que el aire refrescaba y que se preparaba una tormenta, me apresuré á dejar la cántara de leche y volví á emprender el camino con el vago deseo de que mi tía no se enterase de la escapatoria.

Pero esta vez llevábamos el viento de cara, y ni el asno ni yo gustábamos de tal regalo: la cuesta era muy difícil de bajar, la nieve se hacía resbaladiza, y de percance en tropiezo y de tropiezo en peligro, llegué pronto al sitio en que iba á producirse la catástrofe que debí prever.

Habían aumentado de tal modo las dificultades, que con sagacidad maravillosa comprendió mi asno que la salvación imposible para ambos era realizable para él solo; así, dobló de pronto las cuatro patas, se tendió en el suelo y me depositó en una zanja profunda, donde la nieve me recibió como un cobertor, y en la cual quedé más hundida que en un nido de plumas, mientras el muy bribón se levantaba de un salto y emprendía tal galope que hacía temblar el suelo.

No dejaba de ser divertida mi situación, y el primer movimiento fué de alegría, tanto más sincera, cuanto que creía poder levantarme en el momento que lo deseara; pero el golpe me aturdió sin duda, porque, á pesar de mis esfuerzos, no conseguí moverme; sentíame tan magullada, que recuerdo haberme comparado con una cucaracha caída boca arriba y agitando sus patas en el aire.

Empecé á no sentir vida alguna en los miembros, y hasta creí que mi corazón se deshacía en agua como la nieve entre los dedos; al mismo tiempo parecía evaporarse todo lo que constituye el interior de la cabeza, tal era el vacío que notaba en ella: por lo demás, no experimentaba sensación alguna desagradable, la profundidad de la zanja me ponía á cubierto de las ráfagas de aire, y mi lecho, á pesar de su frescura, era blando..... tan blando que me hundía en él cada vez más, y que nuevos copos descendían sobre mí como si me amortajaran dulcemente.

Corría el tiempo, y á pesar del pensamiento que me asaltaba de que no acudieran á sacarme de allí, no experimentaba ningún temor y hasta habría deseado sonreir, pero los labios se negaban á ello: en rigor, mi situación podía compararse con la de una estatua que tuviera facultad de pensar: es decir, voluntad de mover los brazos que no pueden alzarse, voluntad de pronunciar frases que no puede articular una garganta de mármol...., Después nada.....; concluí por figurarme que no era una mujer de carne y hueso, sino una masa de plomo; tan intensa llegó á ser la pesadez que me invadía.

¿Cuánto tiempo duró esta suspensión de la vida? No podré nunca apreciarlo. ¿Fué una hora ó un día entero? Poco importa; lo que puedo asegurar es que cuando recobré el conocimiento casi me dió pena que me hubieran interrumpido el agradable reposo que gozaba.

A un lado de mi lecho, trastornada por el dolor y vertiendo gruesas lágrimas, estaba mi pobre Nicolasa, del otro sentí un hocico húmedo que se deslizaba entre las mantas, y me hallé de pronto en medio de mis dos grandes afecciones; la fiel sirvienta y *Lolo* me prodigaban á la vez continuas muestras de cariño, mientras la lechera sollozaba tendida sobre uno de los canapés, sin respeto á las damas y paladines estampados en sus viejas cretonas.

Lo primero que he notado al volver á la vida, es que la buena mujer continúa con las narices rojas como un pimiento, y que sus manos tienen el mismo matiz de remolacha cocida: ¿cómo no ha logrado hacerlas entrar en calor durante el tiempo que ha durado mi sueño?

A la par me asaltan extrañas dudas: ¿mi cobertor es de lana ó de nieve? Pero al extender las manos reparo con sorpresa que estoy rodeada de botellas de agua caliente, y esto basta para convencerme de que no me hallo en la zanja del camino; pero la única figura que falta en mis recuerdos, sale de pronto de la sombra exclamando en alta y colérica voz:

—¡Loca y archiloca! Digo y repito que no quiero nada con ella. ¡Bonita calaverada, irse á correr caminos montada en un burro! Detesto las niñas aficionadas á aventuras extravagantes, y declaro que no está mi casa organizada para socorrer á los que tratan de helarse por su gusto.

¡Helada! Esta idea me impresiona desagradablemente, y mientras la puerta de mi cámara se cierra con estrépito, á impulsos de la amable mano que tan bien conozco, acuden á mi imaginación todas las historias que he oído contar, y veo visiones de dedos de pies arrancados con las botas, y manos que se vienen tras de los guantes. ¡Dios del cielo! ¿Cómo estarán las mías?

Aterrada y sin determinación para moverme permanezco buen rato, hasta que un grito de alegría que exhala Nicolasa sintiéndome respirar, me hace reir, á pesar de mi susto.

Conservo los labios en buen estado, y esto me anima á tender los brazos á mi fiel sirvienta. ¡Oh placer! Los diez dedos permanecen en su sitio: he aquí el instante más feliz de mi existencia.

Mi historia, contada por Nicolasa y apoyada por la lechera, es corta, pero terrible: según parece, debo la vida al buen *Lolo*, que salió desalado á buscarme cuando la llegada del burro llevó la alarma al castillo: milagros de fuerza y milagros de amor han realizado las dos pobres mujeres para seguir al perro, recogerme de la zanja y conducirme á casa, entre el espanto de la más horrible tormenta que ha devastado al país hace muchos años.

Pero después de las lágrimas y caricias han venido las reconvenciones, y Nicolasa jura que no me perdonará jamás el susto que le he dado; su tono es tan formal, que creo será preciso esperar á mañana para hacer las paces: en tanto me obliga á beber tisanas ardiendo, me arropa con todas las mantas que halla á mano, y da mil vueltas en torno de mi lecho sin mirarme, para no caer del pedestal de su enojo.

A. Hermill.

(Continuará.)

CARTAS Á UNA MADRE.

V.

No te negaré que tienes razón cuando me dices que la vida es monótona, pesada, aburrida en su eterna igualdad: en efecto lo es, pero da fuerzas para sobrellevarla el sentimiento del deber, la certeza de que cumplimos la misión que nos ha designado el cielo, y el deseo de merecer el perdón de nuestras faltas por la paciencia y el amor al prójimo, que es la caridad; pero á la vez que te concedo que la vida no es buena ni alegre, me admira dolorosamente el que una madre y una esposa la encuentre aburrida y vacía de todo goce.

El hastío de todo es una enfermedad moral que proviene del abuso de los goces *vacíos*: permíteme la palabra, y deja que te la explique según mi manera de ver las cosas.

Llamo yo *goces vacíos* á todos los que son hijos de la vanidad; esto es, á los triunfos del lujo y de la coquetería, y al anhelo insaciable de asistir á fiestas, bailes, teatros, visitas, etc. Es decir, que, para mí, son goces vacíos todos los que provienen del exterior y en el exterior solamente se buscan.

Estos nos abandonan cuando la primera arruga surca nuestras sienes, y conforme van huyendo: se llevan la alegría de nuestra alma, dejando en ella una amargura profunda, un vacío inmenso, una sorda irritación contra la humanidad entera; porque la humanidad, que halaga todo lo frívolo y le prodiga aplausos, sólo se apasiona por lo que es bueno, justo y elevado.

La flor de tu belleza se ha marchitado ya—según dices—mi pobre Luisa, y á causa de eso estás mortalmente triste: esa delicada flor ha durado aún mucho más de lo que yo esperaba, atendida la agitación de tu vida y el poco reposo que le has concedido, y luego la inquietud de ánimo y el descontento de sí misma son enemigos de la belleza, porque el sosiego es tan preciso á ésta, como es preciso para los pulmones un aire puro. El gusano roedor de la conciencia consume, no sólo la hermosura del cuerpo, sino también la bondad, la inocencia y la ternura de los sentimientos: cuando nos reconocemos culpables, nos volvemos irascibles, impacientes, dolorosamente susceptibles, y en cada persona que nos habla ó nos mira creemos encontrar el censor que merecemos.

¿No es cierto lo que digo? ¿No estás inquieta, descontenta de todos y de tí misma? ¿No te molestan los juegos de tus hijos, el silencio acusador de tu marido, el modo de cumplir sus deberes tus criados? ¿No estás nerviosa, irritable, triste, fatigada, abrumada, en fin, por lo que llamas «aburrimiento de la vida»?

Pues todo esto no es otra cosa que enojo contra tí misma y alejamiento de Dios: es que has fiado toda tu felicidad á las ilusiones y á los placeres de la tierra, cuando la dicha sólo reside en el cumplimiento de nuestros deberes y en hacer felices á los que amamos. Tu marido, enfermo, no puede ya dedicarse asiduamente á los negocios, y la abundancia de tu casa se ha vuelto sólo modesta medianía. Seguramente que tus amigas de salón te visitarán ahora mucho menos, que tus aduladores habrán menguado, y que las invitaciones á fiestas y bailes serán ahora en mucho menor número que antes; pero no lamentes esas decepciones, y antes bien bendícelas, puesto que te traen un saludable desengaño.

¡Pobre amiga! tus cartas me hacen sufrir, porque veo en qué profunda tristeza estás sumergida, qué inmenso desaliento te embarga, y cuán sola te miras en el inmenso océano que llamamos mundo. «No tengo en mí desventura—me dices—ni aun la simpatía de mi marido, cuyo humor sombrío y caviloso le tiene siempre alejado de mí.» ¡Ay, amiga mía! ¿y quién se alejó primero? ¿Ha encontrado en tí jamás la dulce compañía que deseó? ¿No quedaba trabajando solo cuando tú corrías de fiesta en fiesta? Ese corazón herido, esa altivez humillada se apartan hoy de tí, y bastante hacen si no te culpan duramente; porque el exceso de trabajo ha minado la robusta salud de tu marido: tú gastabas en lujo todas las rentas de tus hijos, y él quería subvenir sólo á todas las necesidades del hogar, que son muchas cuando está establecido bajo la base de la ostentación que tú deseas en todo y que es como tu elemento.

Pido á Dios con todo mi corazón, y debes pedírselo tú también, el que tu marido te perdone tu modo de ser, que tanto daño le ha hecho; y en tanto que su dolencia le retiene en casa, procura hacerle olvidar todo lo pasado, porque, si no, es fácil que halle en el camino de su vida alguna otra que le haga conocer esa dicha íntima que tú no has querido darle: entonces jamás volverá á tí, y es posible realice lo que ya en mal hora se le ha ocurrido: alejarse para siempre.

Lamentable error es el pensar que la juventud y la alegría han de durar siempre: poco á poco el hastío de los placeres va invadiendo el alma: á la manera que para el estómago son los mejores los manjares más sencillos, así son para el alma los más sanos los goces sencillos y las expansiones del cariño y de la amistad: lo mismo que fatigan los platos aderezados con especias fuertes y con salsas mordentes, cansa y abruma el abuso del teatro, el ruido de los salones y los delirios del lujo; y cuando no ha sabido una mujer crearse goces verdaderos y los ficticios la abandonan; cuando la belleza desaparece con la fortuna, entonces el vacío que la rodea es espantoso, y nadie compadece el tormento que ella misma se ha buscado.

Muchas mujeres conozco en el deplorable estado moral en que tú te hallas, y una conocí de tan cerca, que mi vida era un continuo susto, temiendo que atentase á la suya: su malestar moral pasaba todos los límites de lo posible; su vida superficial y vacía de toda ocupación noble había debilitado de tal suerte su fe religiosa, que ni le ocurría pedir consuelo al dispensador de todos los bienes: sólo lo pedía á los bienes terrenales, y no hallándolo, se desesperaba y acusaba al cielo y á la tierra, llamando á la muerte. Un día en que estaba desesperada, llorosa, sombría, fuí á verla después de oir misa; empezó á reirse amargamente de lo que llamaba «mis simplezas». Yo, no sabiendo qué decir, abrí mi libro de horas y le señalé dos renglones.

«¡Jesús, manso y humilde de corazón!—leyó—haced mi corazón semejante al vuestro.»

La pobre mujer cruzó las manos, alzó los ojos al cielo, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas: aquella sencilla y tierna súplica fué una revelación para su espíritu entristecido y lleno de amargura. Oró y lloró: estaba salvada.

María del Pilar Sinués.

IR POR LANA.....

(PROVERBIO EN ACCIÓN.)

El rico *indiano* D. Antonio, hijo de un campesino de la montaña de Santander, había trabajado desde la edad de seis años para ayudar á sus padres y «ganarse la vida»; cuando llegó á los quince, lleno de esperanzas y de ambición honrada, marchó á la Habana, y entró en una casa de comercio; con su aplicación ganó altos cargos y con sus economías reunió un capital muy respetable para poder regresar á San Vicente de la Barquera, su pueblo natal, y descansar de la vida de trabajo que hasta entonces había llevado, sirviendo á Dios y, en todo lo posible, á los hombres.

Allí vivía D. Antonio en un precioso hotelito, cerca del mar y rodeado de frondosas huertas y jardines, y vivía soltero, pues era *muy original*, según decían las muchachas de la comarca, sin duda porque no ignoraban que había escuchado con oídos de mercader las numerosas indicaciones que se le hicieron para que doblase el cuello á la dulce coyunda del matrimonio.

Pero la soledad le pesaba, y el buen D. Antonio, aconsejándose de su noble corazón, adoptó á una ahijadita suya, pobre huérfana abandonada, enfermiza, melancólica, pero de hermoso rostro y bellísimos sentimientos.

En pocos años la niña Julieta, que así se llamaba la huérfana, transformóse en gentil muchacha y en hacendosa ama de gobierno, que pagaba con afectuosos cuidados, con filial cariño, á su honrado padrino, y éste la correspondía con tan sincera gratitud, con tan noble y paternal confianza, que las gentes observándolo diariamente, decían:

—¡El *indiano* regalará un buen dote á la pequeña Julieta! ¡No la faltarán novios!

Y no la faltaron, como se puede suponer, porque siempre hay zánganos que vuelan alrededor de la miel del colmenar.

Uno era Celestino, hijo del boticario de no sé qué pueblo, y otro era Marcelo, hijo de un abogado, y los dos paseantes en corte y aldea, según se suele decir, por oficio y beneficio.

Sin embargo, las gentes, aquellas murmuradoras gentes que daban por hecho lo del dote, decían que cualquiera de los dos muchachos habría de ser un excelente partido para la linda Julieta: el del boticario, porque en la farmacia se hacían negocios de oro; el del leguleyo, porque los pleitos se enredan como enmarañada madeja, que aprieta á los litigantes entre sus complicados nudos hasta agotar su paciencia y su dinero.

D. Antonio, que no dejó de observar las idas y venidas de los dos pretendientes alrededor del hotelito, dijo un día á su ahijada:

—Ya estás en edad de casarte, y hay dos buenos mozos, según creo, que suspiran por tí: Celestino y Marcelo.

La muchacha, que no amaba á ninguno de los dos, guardó silencio.

—Piensa, hija mía, en que eres una pobre huérfana, y que mejores proporciones no se te volverán á presentar. ¿A cual de los dos eliges?

Y esto lo decía D. Antonio con mucha socarronería, y mirando alegremente á Julieta.

—Si usted lo manda, le obedeceré: elijo á Marcelo.

—¡Vaya por Marcelo! Desde mañana le permitiré hacerte el amor, porque no quita lo cortés á lo valiente, y haré comprender á Celestino que deje de rondar mi hotelito y dirija sus pasos á otra parte.

Por supuesto que la elección de la muchacha fué objeto de dimes y diretes por espacio de largos meses, entre las comadres de la comarca, porque Celestino tenía más partido que Marcelo.

Y un año después, decidido el matrimonio de los jóvenes, las mismas comadres bebían los vientos para que el *indiano* contestase francamente á esta pregunta:

—¿Cuánto da usted en dote á su ahijadita, D. Antonio?

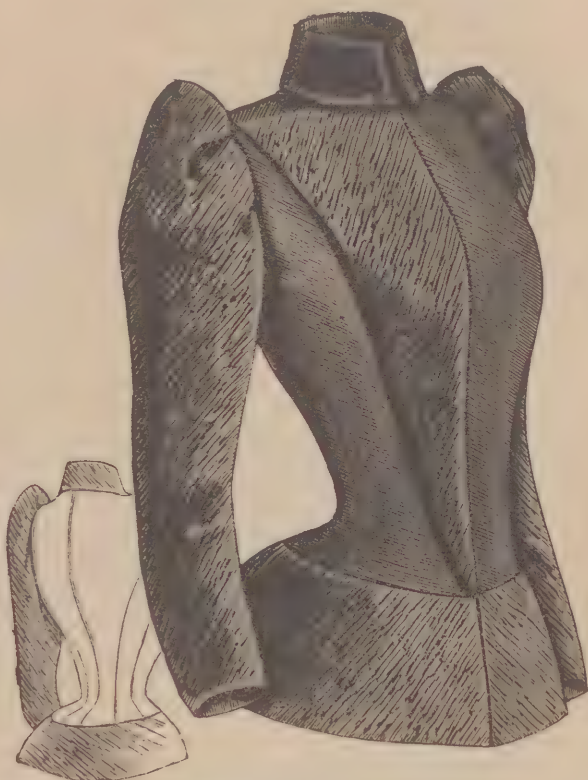
—Ya veremos, ya veremos.....—respondía el buen señor con cierto misterio y no poca burlona zalamería.

—¡Bah!—pensaba Marcelo, el novio agraciado, frotándose las manos.—No quiere decirlo, porque la deja heredera de todo lo que él posee.

***

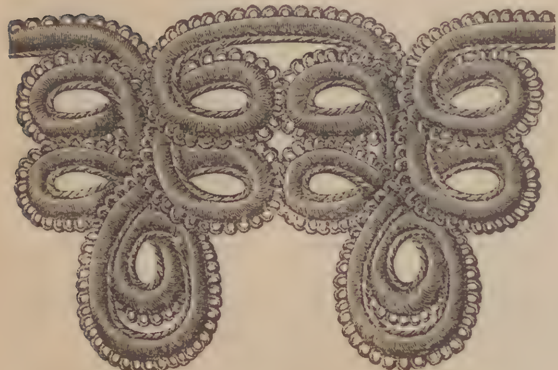
Ocurrieron en poco tiempo graves sucesos. Una hermana de D. Antonio, viuda y pobre, que habitaba en una aldehuela próxima á San Vicente de la Barquera, murió de repente, dejando dos huérfanas: Lola, que te-

12. Sombrero de luto para señoritas.



13 y 14. Chaqueta de luto. Espalda y delantero.

15. Sombrero Enriqueta.



19. - Pasamanería de cordón de lana (tamaño natural).

20. Corpiño para señoritas.

16 á 18.—Velos de luto.

21.- Traje de luto para jóvenes de 14 á 15 años.

22. - Traje para niñas de 5 á 7 años.

23 y 24.—Bata Frou-Frou. Delantero y espalda.

25. Cuello Médicis de pasamanería.

26.- Vestido de soirée y teatro.

27.- Traje de calle.

28.- Manteleta Renacimiento.

nía veinte años, y Jesusa, que pasaba ya de los diez y ocho; y el caritativo *indiano*, después de asistir al entierro de su hermana, y pagar los funerales y todas las deudas que ésta había dejado, regresó á su hotelito con las dos huérfanas, de quien había de ser en adelante único protector.

Pero Lola y Jesusa, mal educadas y con mediano carácter, holgazanas, chismosas y soberbias, adoptaron desde luego aires de mando en casa de su tío, y diéronse tono, en el pueblo, de ricas herederas, porque, en verdad, no se le conocían otros parientes á D. Antonio; mas éste prefería á Julieta, siempre buena y afectuosa para su padrino, y la cual, desde la llegada de aquellas señoritas al hotelito, era objeto de burla para las dos huérfanas.

Y sucedió también un acontecimiento inesperado: aunque la boda de Julieta y Marcelo era cosa decidida, este mancebo habíase apartado poco á poco de su prometida, y malas ó buenas lenguas aseguraban que hacía el amor á Lolita; mientras Celestino, el hijo del boticario, obsequiaba con entusiasmo á Jesusa.

La pobre Julieta sufrió mucho al principio con el abandono en que la dejaba su prometido, aunque bien pronto se consoló con las razones y consejos que la daba D. Antonio.

—Ese bigardo—solía decirla el *indiano*—sólo quería, sin amarte, agarrar un buen dote, y la llegada de mis sobrinas ha cambiado sus proyectos..... Veremos, veremos quien ríe el último.....

Y así diciendo, y después de besar en la frente á su querida ahijadita, una tarde se dirigió á la farmacia del padre de Marcelo, y dijo á éste sin andar en rodeos:

—Se me dice, amiguito, que ama usted á mi sobrina Lola. ¿Es verdad?

—¡La adoro!

—Corriente, hombre: se casará usted con ella..... Yo la hablaré, y..... pierda usted cuidado, porque Julieta no le guardará rencor.

La misma tarde, cumplida aquella visita, D. Antonio se encaminó á casa de Celestino, y le habló de esta manera:

—Mi sobrina Lola se casa con Marcelo, el que fué prometido de mi Julieta: usted, que antes que pretendió á mí ahijada, hoy libre, ¿quiere casarse con ella?

—¡Ay de mí!—respondió Celestino, llevándose las manos á la cabeza.

—¿Qué ocurre, hombre?

—Pues ocurre, D. Antonio, que no la amo ya.....

—¡Ah! ¡Corriente!..... Pues buenas tardes, amiguito.

—Espere usted un momento, D. Antonio—se apresuró á decir el taimado Celestino,—porque deseo decirle que amo á la otra.....

—¿A quién?—preguntó el *indiano* sencillamente, como si ignorase las aspiraciones del mozo.

—A su sobrina de usted, la señorita Jesusa.

—¡Bien, hombre, bien! Marcelo y usted serán dos mortales felices..... ¡Serán mis sobrinos!

Y cuando el buen D. Antonio volvía á su hotelito, frotábase las manos lleno de satisfacción, y murmuraba:

—¡Bendito sea Dios! ¡así me quedaré libre, y en un solo día, de mis dos imbéciles sobrinas!

Lola y Jesusa, en efecto, se casaron en el mismo día con Marcelo y Celestino.

Y dos años después (pocos meses hace) murió el buen D. Antonio en brazos de su cariñosísima y apenada ahijadita Julieta, que no se apartó un momento del anciano en su postrera enfermedad, hasta cerrarle los ojos y rezar por él, arrodillada á la cabecera del lecho mortuorio.

***

El día era magnífico, uno de esos días de sol esplendente y aire tibio que llenan de alegría el corazón y de hermosas ilusiones la mente.

Casi todos los habitantes de San Vicente de la Barquera estaban en el campo, en la costa, en las montañas próximas, disfrutando de las caricias halagadoras del sol y del ambiente purísimo: solamente Marcelo y Celestino se habían encerrado en la sala donde tres días antes había fallecido el *indiano* D. Antonio, y en el silencio de aquella cámara mortuoria no se atrevían á comunicarse sus mutuas impresiones.

Mas el hijo del leguleyo, Marcelo, dijo por último al hijo del boticario, Celestino:

—¿Puedo saber en qué piensas?

—Lo mismo digo—respondió el otro.—¿En qué piensas tú?

—Pues, francamente: pienso en lo que habrá ahí dentro—dijo Marcelo extendiendo la mano hacia un enorme armario de caoba, fiel depositario de alhajas del difunto.

—Sí; pero antes convendría leer.....

—¿El testamento, verdad?

Celestino se puso más encarnado que una amapola, y contestó:

—Cierto..... ¡Si hubiésemos sido desheredados!

—Pues busquémosle.

—¿Dónde estará la llave de la mesa?

—Escucha: tío Antonio solía dejarla en la pila del agua bendita.....

—¡Voy á cogerla!..... ¡Ah! ¡aquí está!

Dicho y hecho: la llave estaba colgada en la pila del agua bendita.

Marcelo abrió el mueble, registró los cajones y halló un sobre de luto, cerrado y lacrado, que contenía la inscripción siguiente: «Esto es mi testamento.—No hay codicilo.»

—¡Hola!—exclamaron á un tiempo los dos sobrinos de D. Antonio.—¡Muy bien pensaba las cosas el viejo tío!

Marcelo rompió el sobre, leyó el testamento, un escrito de veinte líneas, y arrojó al suelo el papel, pisoteándole furiosamente.

—¡Nos deshereda!—exclamó.

Y después de haber leído y releído ambos la postrera voluntad del *indiano*, encendieron una bujía, y con su luz quemaron el ingrato papel.....

Mas ocho días después de esta escena, los dos matrimonios, únicos parientes conocidos de D. Antonio, recibieron un aviso del escribano de la villa, convocándolos, y también á Julieta, á una reunión en la casa del difunto.

—Esta muchacha es una intrusa—dijo Lola con desdén, señalando á la ahijada del *indiano*.

—¡Toda la herencia nos corresponde de derecho!—añadió con soberbia Jesusa.

—Eso es lo que vamos á ver, señoras—insinuó el escribano con voz melíflua, dejando sobre la mesa un cofrecito que bajo el brazo derecho llevaba.

Y en seguida, dirigiendo á los sobrinos de D. Antonio una mirada sardónica, prosiguió así:

—Señores y señoras: sírvanse ustedes acercarse aquí, porque van á oir la misma voz de su señor tío.....

—¿Qué?—interrumpió Celestino riendo burlonamente.—¿Ha venido ya del otro mundo, metido en ese cofrecito?

—¡Ese cofrecito es para tí!—murmuró Marcelo al oído de su mujer.

—Este precioso cofrecito—continuó el escribano con lentitud calculada, gozándose en el golpe de escena que tenía preparado;—este precioso cofrecito no contiene diamantes, ni billetes del Banco, ni siquiera papel del Estado.....

—¿Pues qué contiene? ¡Sepámoslo!—dijeron á la par Marcelo y Celestino.

—Ya lo he dicho: la voz de D. Antonio, porque..... es un fonógrafo.

Los cuatro sobrinos se levantaron de las sillas que ocupaban, é hicieron ademán de taparse los oídos.

—El buen D. Antonio—continuó el escribano—que era *muy original*, según decían las gentes, compró este fonógrafo pocos meses antes de su muerte, y le confió su última voluntad, remitiéndole en seguida, lacrado y sellado, á mi estudio, para que, ocho días después de su fallecimiento, ejecutase yo el acto presente, y lo autorizase legalmente. ¡Oigan ustedes, señoras y señores, que el fonógrafo va á hablar!

Y el escribano, rompiendo los sellos de lacre, levantó la tapa del cofrecito é hizo funcionar al fonógrafo.

Del fondo de aquella caja salió al punto la voz sarcástica y algo temblona del *indiano*, que decía, mientras los sobrinos se persignaban, de este modo:

«Mi testamento está en la mesa de mi despacho, y si el escribano ó el juez no lo encuentran, resultará que mis sobrinos le han robado y hecho pedazos; pero como tengo previsto el caso, el mismo escribano recibirá un duplicado del documento, y tercer copia legalizada entrego al señor cura párroco de la villa.

»Ahora confirmo verbalmente aquella mi última voluntad, diciendo así:

»*Artículo I.*—A mis desinteresados y amantísimos sobrinos Marcelo y Celestino dejo sus esposas, que son mis ejemplares sobrinas Lola y Jesusa; y á cada uno, 25 pesetas para que hagan decir misas por mi eterno descanso.

»*Artículo II.*—A mi ahijada Julieta dejo todos los bienes que posea en la hora de mi muerte, para que encuentre un marido que la ame y la haga tan feliz como ella merece serlo.»

....

Los sobrinos de D. Antonio escaparon de allí echando pestes, y el escribano, después de felicitar á la buena Julieta, decía, refiriéndose á aquéllos:

—*Ir por lana, y volver trasquilados.*

RICARDO MARÍA DE BRETÓN.

LA VENTURA.

(ENSAYO DE NOVELA.)

(Conclusión.)

luego Luis, con muestras de interés, añadió:

—Josefina es una muchacha buenísima, digna por mil conceptos de ser dichosa. La conozco desde la infancia, lamento su orfandad, pero estoy muy contento de que la señora Marquesa, apartándola del peligroso camino del teatro, la haya protegido. En esta casa ha encontrado la pobrecilla paz, cariño y amparo. Como usted comprenderá, nosotros, que nos interesamos tanto por ella, necesitamos saber si en el hogar de usted hallará cuanto deja en el hogar de los nobles Marqueses de Villa-Nara.

—¡Oh! de eso no hay que dudar—respondió con orgullo y equívoca expresión el ganadero;—soy el más rico propietario de mi provincia.

—Eso es una garantía de felicidad—dijo riéndose la Marquesa;—pero Josefina me ha contado que usted la ha perseguido un poco violentamente..... que usted no es ningún santo...... Veamos: ¿qué le ha hecho usted á la muchacha para que le tenga tanto miedo?

—Los enamorados hacemos mil locuras—contestó sin inmutarse Pardo, esquivando más explicaciones.

—Usted sabe—continuó Luis—que el amor es la felicidad del matrimonio. ¿Ama usted mucho á Josefina?

—¡Que si la amo! ¡Pues si estoy deseando llevármela!

Estas frases, que revelaban todos los malos deseos del cacique, fueron muy celebradas por la Marquesa y sus amigos: les pareció leal y franco el interés que aquel hombre, un tanto brusco, pero digno, mostraba por la pobre huérfana.

La Marquesa hizo llamar á Josefina.

Al presentarse ésta en el salón, una nube de grana cubrió sus facciones.

—Josefina—dijo la Marquesa—este..... señor (no se atrevió á decir caballero) viene á pedirte en matrimonio. Nosotros, que te queremos mucho, creemos que te conviene, y que debes casarte con él.

Consuelo, que hasta entonces había oído con indiferencia la conversación, entretenida en contar y pasar de unas á otras los dijes de sus pulseras, repitió:

—Sí, monina, debes casarte con él.

—Josefina—murmuró Luis con seriedad—aunque hoy no te falta nada, las circunstancias pueden variar: la vida tiene mil complicaciones inesperadas, y aunque nosotros no habíamos de abandonarte nunca, tu porvenir es más lisonjero casándote y formando una familia. Yo, que te quiero mucho, estoy en el deber de aconsejarte esta unión, y quisiera que se verificara antes de ausentarnos; y, si la Marquesa no dispone otra cosa, Consuelo y yo seremos los padrinos.

Pardo, que radiante de satisfacción oía esto, manifestó lo mejor que pudo su reconocimiento á Luis, que continuó:

—Ahora que conoces nuestra opinión, Josefina, decide. ¿Quieres casarte con el Sr. Pardo?

La huérfana, sin levantar la cabeza, sin palidecer, sin estremecerse, dijo:

—Sí; pero con una condición.

—¿Cuál?—preguntaron todos.

—La de que mi hermano viva conmigo.

—Acepto—dijo Pardo.

—¡Bravísimo!—gritó la Marquesa.

—Así me gusta—exclamó Consuelo.

—Eres una muchacha razonable y juiciosa—añadió el poeta—y me felicito de tu resolución. Usted, señor Pardo, está de enhorabuena: tendrá una excelente esposa; procure hacerla feliz.

El ganadero tendió la mano á Josefina en señal de alianza; la huérfana, mirándole con glacial expresión, estrechó su mano, en tanto que él decía:

—Dentro de quince días estaremos casados.

Durante la comida los Marqueses y los de Casal no hablaron de otra cosa que del improvisado matrimonio de la huérfana. Consuelo y su madrina hacían burla del novio, y Luis, con la mejor buena fe del mundo, exclamaba:

—Ustedes pueden burlarse lo que quieran; pero verdaderamente ha sido una gran cosa que la pobre niña haya encontrado marido. Yo confieso de todo corazón que estoy muy satisfecho de esa boda.

....

Días antes de su enlace con su enemigo, Josefina, sentada en su cuarto, arreglaba su cofrecillo, y en una caja de su hermano metió, muy envuelto, un paquete de cartas y un abanico, diciendo:

—Yo no debo tener esto ya.

En seguida cogió un devocionario que desde su niñez conservaba, y comenzó á hojearlo calmosamente.

Afirma Alfonso Daudet que nada se parece tanto á una mujer como su *boudoir*, é imitando al gran novelista, puede decirse que nada hay que refleje tanto el alma de una joven virtuosa, como su devocionario. En él guardaba Josefina las flores secas, de feliz memoria; las estampitas con que premiaron su aplicación en el colegio; los retratos de sus padres, los de sus abuelitos y uno de Luis. En todos éstos había, escritas por la mano de la huérfana, algunas líneas llenas de cariñosas palabras: eran aquellas líneas los amorosísimos epitafios que no pudo poner en las ignoradas tumbas de sus muertos; la promesa, ante sus imágenes escrita, de recordarlos diariamente en sus oraciones. En el retrato de Luis se leían estas palabras:

«¡Qué dicha si alguna vez pudiera decirte lo que aquí escribo temerosa! *¡Te adoro!*»

La huérfana lo miró, y al leer lo escrito, una triste sonrisa entreabrió sus labios; cogió el paquete de cartas que antes guardara, y entre ellas metió la fotografía.

Contempladas un instante las cartas, pasó rápidamente la mirada por los renglones que trazó su mano en las esquinas, renglones que encerraban toda la historia de su malogrado amor. Después ató el paquete y lo volvió á colocar en la caja de Perico.

¿Por qué Josefina no rompió los papeles y el retrato, frías muestras de la amistad del poeta?

Quizás no tuvo valor más que para separarlos de sí.

En los últimos días de Octubre dos coches de los Marqueses de Villa-Nara conducían al templo la escasa comitiva de la boda de Josefina Ventura.

En uno iba la novia con los padrinos; en otro Pardo, dos amigos suyos y Perico.

Al terminarse la ceremonia del matrimonio, Pardo, que era ya el *verdugo legal* de Josefina, la abrazó sin miramientos, diciéndola con terrible calma:

—¡Ya estás en mi poder!

La actitud de la infeliz era la de la víctima cristiana que va al suplicio: no hablaba, no lloraba, casi no daba señales exteriores de vida; la serenidad, la impasibilidad de Josefina en tan terribles momentos hacía pensar que, bajo aquella nieve que la envolvía, quedaban enterrados la rebelión, el grito y el sollozo.

Estaba convenido que, al día siguiente, Pardo, su mujer y Perico dejarían la corte para encaminarse á Orduña.

En el comedor de la fonda (en la cual pasarían Pardo y los Ventura las veinticuatro horas que faltaban hasta emprender el viaje) se había preparado una mesa perfectamente servida para diez cubiertos, y profusamente adornada con ramos de flores.

Cuando el matrimonio llegó de la iglesia, algunos de los invitados esperaban en el comedor matando el tiempo con tragos de buen vino.

Por fin, sentáronse todos en torno de la mesa, dis-

puestos, en su mayor parte, á devorar los manjares que fuesen presentados.

No es posible describir la tal comida sin pecar de atrevimiento. Hay que figurarse siete hombres toscos, casi todos corredores de granos ó cosecheros de vinos, que no saben pronunciar tres palabras sin proferir una desvergüenza, que comen hasta saciarse, que beben para emborracharse, que no tienen la más ligera noción de cultura y delicadeza, y se podrá formar una idea de los convidados á la boda de Josefina, de sus conversaciones, de las bromas groseras que dirigían á la desposada, con gran contentamiento de Pardo, y de la insensata alegría que animó la fiesta.

Cuando se terminó la comida, algunos de los invitadas se habían quedado dormidos sobre la mesa; otros, completamente beodos, danzaban por el comedor pronunciando discursos extravagantes, ó rociando la cara de los dormidos con Jerez para que se despertasen.

El niño jugaba, sentado en el suelo, con un gato muy grande, y Pardo condujo á un ángulo de la estancia á Josefina y la hizo sentar á su lado en un sofá que junto á la chimenea estaba.

Pardo, aunque había bebido muchísimo, no estaba borracho, pero tampoco tenía la cabeza despejada.

Con voz enronquecida por el alcohol decía á su mujer mil frases, más que amorosas, soeces, y mortificado por el tenaz silencio de ella, gritó cogiéndola por un brazo:

—¡Háblame, háblame!

Josefina continuó callada.

—Pues has de hablar, tonta—siguió él;—has de hablar, y mucho.

Y abrazándola, con tal fuerza la estrechó contra su pecho, que la niña no pudo contener un grito.

Revolvióse furioso Pardo, y con toda su fuerza empujó en dirección del sofá á la niña, que vaciló un instante, y cayó al suelo golpeándose la cabeza en el mármol de la chimenea, entre la cual y el sofá quedó la huérfana tendida.

Perico, que andaba persiguiendo al gato por los corredores, al oir el ruido que el cuerpo de Josefina produjo al caer, corrió al comedor, y al verla en el suelo, empezó á gritar desesperadamente.

Pardo y dos de sus amigos acercáronse á Josefina, y como ésta no se movió, la levantaron y la recostaron en el sofá. Estaba desmayada, y gruesas gotas de sangre caían de su cabeza.

Perico, ayudado por José, destrenzó los cabellos de Josefina; rociaron su frente con agua y árnica, y lo mejor que pudieron vendaron la herida que en el cráneo abría dos gruesos bordes.

Para que Josefina volviera en sí hicieron cuantos remedios caseros se conocen, pero todos inútiles. El niño entonces exclamó llorando:

—¡Por Dios! que vayan á buscar un médico, porque mi hermana se va á morir.

José, que se paseaba malhumorado por la estancia, gritó:

—Calla, burro. ¡Qué médico ni qué demonio! Eso es un rasguño, ni más ni menos, que con agua y vinagre se cura.

A la habitación preparada de antemano para el matrimonio llevaron á Josefina. Despidiéronse los convidados á la tristísima boda del ganadero, y junto al lecho de la herida quedaron una camarera de la fonda y Perico.

En esto llegó el médico, avisado muy contra el gusto de José. El médico, apenas reconoció á Josefina, se alarmó. Pidió detalles de lo ocurrido, y ya justificada la caída, siguió el reconocimiento de la enferma.

La herida era profunda, y lo violento del golpe, y el estado febril de la huérfana, hacían temer que un derrame cerebral se presentase amenazador.

El médico lavó y vendó la herida; recetó, y cuando al despedirse vió que la joven era presa de una fiebre intensísima, y que empezaba á delirar, dijo:

—¡Ah! ya está ahí lo que yo me temía. Se inicia un período de gravedad para la enferma, que necesita un reposo absoluto.

José paseábase por el gabinete murmurando:

—¡Maldita muñeca, cuánta guerra da! Y el médico dice que está enferma.... ¡Estupideces! ¡Vaya un día!..... No, esto no puede ser..... ¡Ea, Perico, fuera de ahí! y tú, mozuela, andando á la cocina.

—¡Por Dios!—replicó el niño;—déjeme usted quedarme ahí al lado de mi hermana. Está delirando y me llama en su delirio.....

José continuó paseándose agitadamente por la estancia: parábase á veces ante el lecho en que reposaba Josefina, y maldecía su boda, y volvía á decir á Perico que se marchara.

Al fin el cansancio que las repetidas emociones de aquel día le causaron, y el quebrantamieuto que el alcohol y la digestión le producían, empezaron á vencer físicamente su naturaleza, y rendido, abrumado, se dejó caer en una butaca. Pocos momentos después en el gabinete oíanse los ronquidos de aquel hombre, y en la alcoba las entrecortadas frases de Josefina delirante y los ahogados sollozos de su hermano.

Pasados tres días, la muerte, compadecida de la huérfana, apagó el soplo vital que animaba su cuerpo. Josefina Ventura se entregó á la muerte como el infante al sueño; sin temor, sosegada, risueña.

Cuanto el pesar, ese monstruo que se alimenta de llanto, dejó de Josefina Ventura, se veía sobre un lecho de flores custodiado por el amor filial.

Allí estaba el cuerpo, que es el puente sin el cual el espíritu no podría salvar la distancia que hay de la tierra al cielo.....; el cuerpo sagrado, por ser obra de Dios, y augusto y sagrado porque ama y padece.....

Arrodillado Perico junto al cadáver de Josefina, ¡qué amargas lágrimas vertió! ¡Qué horribles pensamientos le asaltaron! ¡Cómo aquel niño, doblemente huérfano ya, envidió el postrer sueño que dormía su hermana!

XIV.

Un año después de su boda, Luis Casal ocupaba con su mujer un hotelito del barrio de Salamanca, lujosa y preciosamente decorado.

Cierta tarde, hallábase Luis sentado ante su mesa, y escribía con precipitación lo que sin duda meditaba en los momentos que precedían á la escritura, en los cuales, apoyada en las manos la pensadora cabeza, miraba en silencio y sin fijarse el jardín, ó miraba fijándose el retrato de Consuelo, que artísticamente colocado en un pisapapeles de cristal de roca sobre las cuartillas estaba.

Escribía Luis su segunda obra, y rompía lo escrito con el descontento de todo artista que lucha desesperadamente queriendo dar forma sensible y bella á las creaciones, que, sin poder expresar con la palabra, iluminadas por la inspiración, agitábanse en su mente.

Así le sorprendió la visita de Perico Ventura.

Perico había crecido, pero estaba muy delgado.

A sus ojos negros, de mirar intenso y firme, el dolor había dado una prematura sombra de tristeza.

El aire serio del niño denunciaba en él al niño pensador, y en su modo de hablar se descubría la honradez y la bondad no agotadas, antes bien, robustecidas con las cavilaciones del infortunio.

—Supongo á lo que vienes, muchacho—le dijo amablemente Luis;—quieres volver á ser lacayo, ¿verdad? Pues te recomendaré con mucho gusto, ó te quedarás aquí.

—No, señor—interrumpió Perico;—no vengo á eso. Es que entre mis cosas he hallado un paquetito de cartas envueltas en un papel, en el que está escrito de mano de Josefina: «Cartas de Luis.» Yo, por ser recuerdos de usted y de ella, no me he atrevido á romperlas, y sin abrir el paquete, por dejarlo atado conforme ella lo tenía, se lo he querido traer á usted. Aquí está.

Y diciendo esto, el muchacho sacó de su bolsillo y puso sobre la mesa un paquetito cuidadosamente envuelto.

—¡Ah! ¡pobre Josefina!—exclamó el poeta.—¡Cuánto he sentido su inesperada muerte! ¿Y tú, qué has hecho en este tiempo que yo he estado fuera? ¿de qué has vivido?

—¿Qué he hecho?—contestó conmovido el niño.—Nada, llorar y pasarme días enteros en el camposanto. Con el dinero que la señora Marquesa nos dió cuando salimos de su casa he ido comiendo, y he dado algún cuarto á la pobre Manuela.

—¿Y ahora, á qué piensas dedicarte? Cuenta conmigo para todo, Perico.

—Muchas gracias, muchas gracias. Yo dentro de poco no necesitaré nada..... Me he decidido á ser hombre..... Vamos, quiero decir que he tomado una determinación.

—¿Cuál, muchacho?

—¿Cuál? Pues.....—aquí el chico se detuvo, y variando de tono, continuó—ya se la diré á usted.

—Bien, hombre, respeto tu reserva; pero supongo que no será ninguna tontería lo que piensas hacer.

—No.

—Ten mucho cuidado. ¡A tu edad es tan peligrosa la independencia!

—No tenga usted cuidado por mí, que seré siempre formal para que mi pobrecita hermana vea desde el cielo que hago cuanto me decía.

El niño rompió á llorar, y Luis continuó:

—Vamos, Perico, cálmate; no te aflijas, que aquí estoy yo para cuanto quieras. Y Pardo ¿cuándo se marchó?

—Antes de que enterrasen á Josefina. Como usted no pudo asistir al entierro, yo sólo la acompañé al camposanto.

Despidióse el niño de Luis; éste le dió un bolsillo con dinero, y le rogó que volviese á visitarle.

—¡Ah! ¡La vida, la vida—exclamó Luis con indecible tristeza—qué cruel es á veces! ¡Pobres criaturas! ¡Pobre niño, solo en el mundo! ¿Dónde existes, felicidad? ¿En el amor? No. ¿En la gloria? Yo quiero refugiarme en la gloria, y por ella, sólo por ella, trabajar y hacer imperecedero mi nombre.

¿Por qué hablaba así el poeta?

Cogió el paquete que Perico dejó sobre la mesa, y desatándolo, empezó á repasar una por una las cartas que contenía.

Al leer las líneas que Josefina en ellas escribió, y al leer aquellas sentidas frases que en su propio retrato vió Luis, frases inesperadamente reveladoras del amor que inspiró á su amiga, el poeta no pudo contener una exclamación de extrañeza y dolor; cruzó los brazos sobre el pecho, y en actitud meditabunda estuvo algunos instantes. Luego se pasó emocionadísimo las manos por la frente, y con dolorida voz exclamó:

—¡Dios mío! ¿qué es esto? Y si esto es cierto, ¿cómo no me has permitido ver antes la verdad? ¡Ah! ¡Pobre niña, alma cándida y soñadora, que has sufrido por mí, perdóname! Yo no te merecía. Tú no eras altiva, ni vanidosa, ni mudable..... Yo he estado ciego, y ahora que no puedo alcanzarla, ahora vislumbro la felicidad..... Estoy castigado..... ¡Si yo pudiera resucitarte!

El poeta inclinó con desaliento la cabeza, y acercó á sus labios las líneas que Josefina trazara con amor.

. . . .

Del puerto de Santander alejábase majestuosamente el vapor *Vulcano*.

Muchos pasajeros admiraban sobre cubierta aquella grandiosa parte del Cantábrico, aquellas abruptas peñas de la costa, negras á pesar del empeño que las blancas olas tienen de cubrirlas con sus espumas.

Entre los pasajeros veíase un niño con el uniforme de soldado, que, de pie sobre la popa, miraba tristemente la extensión que tras sí dejaba el buque. Y cuando, ya muy lejano el puerto, iban á perderse de vista la confusa silueta de la ciudad y los contornos durísimos de las rocas, que comenzaban á suavizar con sus vaguedades las nieblas de la tarde, el niño, con los ojos llenos de lágrimas, agitó muchas veces en el aire su gorrilla, diciendo:

—¡Adiós, adiós!

Era Perico Ventura, que había sentado plaza de músico en un regimiento destinado á la América del Sur.

FIN.

SOFÍA CASANOVA.

MIS DOS ROSARIOS.

Un rosario de recuerdos
Escondo dentro del alma;
Cada cuenta que repaso,
Con elocuencia me habla
De ilusiones venturosas,
De amores y de esperanzas,
De una fecha memorable,
De alegrías ó de lágrimas.

El rosario de mi madre,
El que preside mi cama,
Me hace subir hasta el cielo
De pura oración en alas,
Y repitiendo lo mismo
Una y otra vez, las almas
Sienten consuelo inefable,
Porque hasta la Virgen santa
Parece que van llegando
Nuestras sentidas plegarias.

Con el uno me embeleso
Volviendo atrás mis miradas,
Y con el otro suspiro
Y no sé lo que me pasa;
Que aquellas cuentas redondas,
Por *su* mano acariciadas,
Noches de mortal desvelo
Y de angustias me delatan.

El amor formó el rosario
Que llevo dentro del alma,
Y humildes anacoretas
Que viven en mis montañas,
En las calladas *ermitas*
De la sierra de mi patria,
El que me legó mi madre
Para que siempre rezara,
Alimentando en mi pecho
La ardiente fe que nos salva.

. . . .

Rosarios de mis amores
Que en la vida me acompañan,
Yo quiero morir con ellos,
Besando sus cruces santas,
De la Redención el signo,
Consuelo de mis desgracias.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á SPEME.—Me extraña mucho no haya leído la contestación que tuve el gusto de dirigirla en nuestro número del 14 de Abril.

A pesar de la dolorosa pérdida que ha sufrido, debe ofrecer su nueva casa á todos sus amigos.

Las tarjetas para ofrecer su nuevo hijo deben ir redactadas en esta forma:

D..... y D.ª..... participan á usted el nacimiento de su hijo ó hija (aquí el nombre de pila).

Á LOLA.—He oído hablar muy bien de la crema y los polvos que me indica; sin embargo, no puedo garantizárselos de una manera absoluta.

Los polvos dentífricos de los PP. Benedictinos dan buenos resultados.

Voy á indicarla una buena receta para dar vigor al cabello y evitar su caída:

Un litro de vino blanco, un puñado de romero y otro de trigo: se cuece todo durante una hora, herméticamente tapado, y después se cuela y se echa en un frasco.

Se usa lo mismo que el vino de quina, al tiempo de peinarse.

Lea mi contestación *Á una Suscritora* en nuestro número del 22 de Marzo último, en la que doy la receta de una excelente pasta para las manos.

Á FLOR DE LIS.—Siento no poderla complacer en su primera pregunta, pues nunca he oído nombrar esa clase de almohadas.

Están mejor para el sofá los almohadones cuadrados.

A A. R. EN SU POSESIÓN DE VERANO.—No está bien, ni es necesario, cubrir los cuadros al óleo.

Sí; las camisas de dormir, para señora, se usan también de color, de batista en colores claros, con flores, lunares, rayas, etc.

Como verá en nuestro periódico, ahora empezamos á publicar los modelos de sombreros para otoño é invierno.

Sí; me parece bien el regalo que dice.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

29 y 30.—Deshabillé de surah color de rosa. Delantero y espalda.

31. Traje para jóvenes de 13 á 15 años.

32. Traje de viaje y paseo.

33.—Traje de luto rigoroso.

34. Matinée para señoras jóvenes.

35.—Lazo mariposa.

36.—Traje para señoritas de 15 á 16 años.

Á LA SRA. VIUDA DE A. G.—No puedo darle en este momento la receta que me pide; pero en uno de los próximos números tendré el gusto de complacerla.

«LES QUATRE ETOILES».—Los vestidos de entretiempo, color gris, como el que me dice, se hacen muy sencillos, pues únicamente se adornan con pespuntes y algún chaleco de pañete blanco muy fino.

El calzado para señorita se lleva con la punta muy estrecha y medio tacón Luis XV.

Con respecto á su última pregunta, procuraremos complacerla lo antes posible.

Voy á darle una receta de *cold-cream* de fresas, excelente para suavizar la piel y hacer desaparecer las pecas:

Se toman
12 ½ gramos de manteca de cacao.
12 ½ — de cera virgen.
100 — de aceite de almendras dulces.

Se pone todo á fundir al baño de María, y aparte en un mortero se machacan un puñado de fresas, que después se pasan por el tamiz; en seguida se vierte en otro mortero la primera preparación, y se añaden poco á poco, sin dejar de batir, 75 gramos del jugo de fresas obtenido, y cuando está un poco frío se echa en los botes y se tapa.

Á UNA SOLITARIA.—Los impermeables que llevan ahora las señoras en los puertos de mar ó en los establecimientos balnearios situados en paraje donde llueve con frecuencia, no son nada molestos ni mal vistos; por el contrario, son muy elegantes los de seda flexible impermeable, en colores *beige*, negro, blanco, gris, etc.

Se van á llevar mucho este invierno los sombreros de felpa planchada en la copa y rizada en las alas, adornados con plumas y cintas de terciopelo escocés.

Á D.ª CECILIA D.—La *ensalada austriaca* se hace así. Se cuecen patatas, y después de cocidas se pelan y se parten en rodajas, echándoles achicorias muy picadas; se pone todo en una ensaladera, se echa por encima salsa mayonesa y se adorna con trufas, aceitunas, anchoas y remolacha.

Á JACINTO BLANCO.—Los cuerpos más nuevos son los que están adornados con volantes puestos en forma de bertas. Esta clase de adorno sienta mejor á las señoras delgadas.

La cristalería de color no se emplea en las comidas de cumplido, porque es únicamente para diario, ó para comida de familia.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 34.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

TRAJES DE PASEO.

1. *Vestido de otoño para señoras jóvenes.*—Este vestido es de lana *beige* obscuro y va guarnecido de una red color de nutria y tela de seda del mismo color. Fondo de falda de tafetán y falda de lana guarnecida de un entredós de red de seda. Por delante va ligeramente plegada, y en medio por detrás forma unos pliegues largos. Corpiño terminado en un cinturón de tela de seda color de nutria, el cual forma punta en la espalda y en el delantero. Este corpiño se compone de espalda recta y ancha, cuyo vuelo se estrecha en la cintura, y delantero de cierre invisible, que se frunce en el escote y se pliega en la cintura sobre un forro de delante ajustado con pinzas y cerrado en medio. Cuello alto de red. Mangas altas cubiertas enteramente de red y terminadas en una cartera de seda.—Capota de terciopelo, guarnecida de plumas y de una corona de azabache.

Tela necesaria: 6 metros de lana y 50 centímetros de seda.

2. *Vestido para niñas de 5 años.*—Se hace este vestido de lana roja cuadriculada de rayas blancas, y se le guarnece de terciopelo negro. Se compone de una falda plegada y adornada con una franja de terciopelo y un corpiño-blusa, con espalda y delanteros rectos estrechados por medio de un cinturón suizo de terciopelo. Cierre invisible. Manga ancha con puño de terciopelo. Esclavina corta de terciopelo, formada por un volante fruncido pegado á un cuello alto del mismo terciopelo.—Sombrero de fieltro rojo, ribeteado y guarnecido de terciopelo negro.—Medias negras.

Tela necesaria: 3 metros de tela de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro 50 centímetros de terciopelo.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Alfabeto al punto cruzado.—Núms. 1 á 25.

Sirve este alfabeto para marcar manteles y servilletas, y se le ejecuta al punto cruzado con algodón de un solo color, ó bien para mantelería bordada de colores, con algodón de dos colores que igualen á los del bordado de la mantelería. El más obscuro de los dos colores es el del centro de la letra.

El mejor medio de ejecutar este bordado consiste en poner sobre el mantel ó servilleta un pedazo de cañamazo, sobre el cual se bordan las letras. Cuando la labor se halla terminada, se sacan los hilos del cañamazo.

Pantalla de mano.—Núms. 26 y 27.

Esta pantalla es de raso moaré color de rosa, con cenefa de felpa granate y galón de oro. El bordado se ejecuta al pasado con seda de varios colores, azul antiguo de tres matices, color de carne de cuatro matices y color de oro antiguo de tres matices. Las hojas se hacen de seda color reseda, gris verde y verde de rosa. Los tallos se ejecutan con seda color de madera, de tres matices. Nuestro dibujo 26 representa la pantalla montada y guarnecida. Nuestro número 27 representa el dibujo del bordado.

Mariposa para adornos de sombreros.—Núm. 28.

Se hace esta mariposa de encaje de Chantilly ó de encaje de color, y se monta sobre alambre.

Alfileres para sombreros.—Núm. 29.

Figuran estos alfileres varios caprichos originales: un grano de avena, una castaña de la India, una pandereta, unas castañuelas y una mosca.

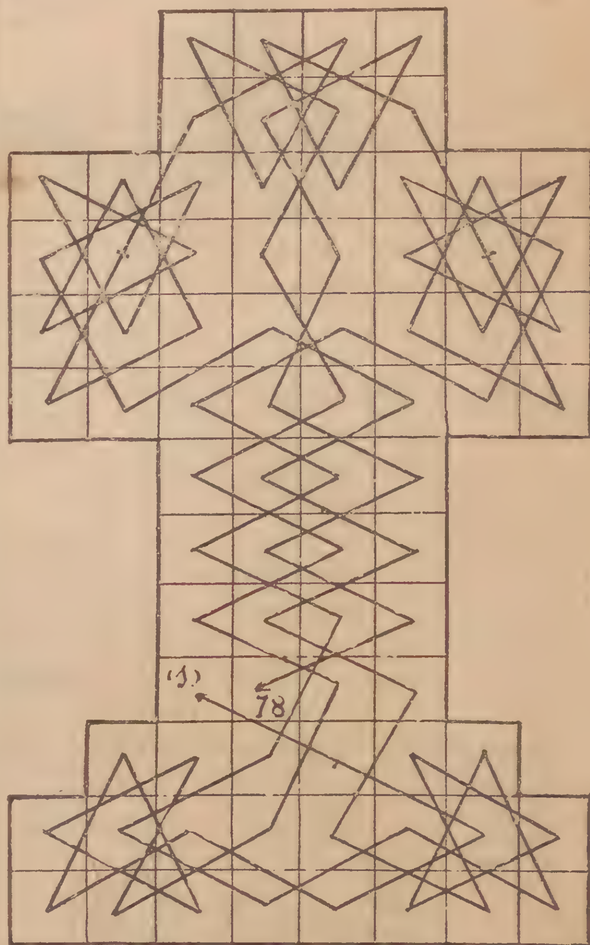
Dibujos heráldicos.—Núms. 30 y 31.

Núm. 30. *León heráldico.* Se borda al pasado con seda color de oro antiguo, de cuatro matices desvanecidos.

Núm. 31. *Salamandra heráldica.* Va bordada al pasado con seda verde gris y aceituna. Llamas rojas. Fondo bordado de color caldero, de dos matices.

SOLUCIÓN AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 31.



En el fondo del mar nació la perla,
En la alta roca la violeta azul,
En las nubes la gota del rocío,
Y en mis ensueños tú.
Murió la perla en imperial corona,
En búcaro gentil la mustia flor,
En brillantes vapores el rocío.....
¡Y en tu memoria yo!

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Rita y D.ª Mercedes Arenillas.—D.ª Elvira y D.ª Josefina Gasca.—D.ª Pepita Herráiz Ruybal.—D.ª Lola Madariaga.—D.ª Soledad Pariente.—D.ª Adelaida Iglesias Ramos.—Señorita D.ª Dolores López Saavedra.—D.ª Pura, Abila, Jesusa, Elisa y Aurora Casaleiz.—D.ª Consuelo Olmedo y Plaza.—D.ª Buenaventura de Sierra.—Doña Emilia Cancio de Couto.—D.ª J. Varela Menéndez de Limia.

También ha presentado la solución al salto de caballo del núm. 25, la señora D.ª Julia Jalón de Ruiz (Habana).

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 22 de Septiembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 35.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

La impaciencia, mala consejera.—Cómo aparecen las novedades.—Consejos prudentes.—El *statu quo* es la regla de las modas de entretiempo.—Algunos pronósticos.—Los abrigos de viaje y de lluvia.—Un hombrecito vestido de contramaestre.—Apertura de la caza.—Las Dianas modernas.—Cuestión de olfato.

Apenas hemos salido del verano—si verano puede llamarse á la estación que acabamos de atravesar—cuando deberíamos, á juzgar por los deseos apremiantes que nos manifiestan algunas lectoras, predecir y anunciar todas las sorpresas que nos reservan las modas de otoño y hasta las del invierno. Deberíamos saber ya si se llevarán las faldas planas y estrechas ó ahuecadas, los talles largos ó cortos, los sombreros grandes ó pequeños, etc. En una palabra, deberíamos saber lo que nadie sabe, ni puede saber todavía.

Por desgracia, las novedades aparecen de repente, según lo he explicado más de una vez en el curso de una temporada, sin que se sepa cómo, ni á impulsos de qué inspiración, y en la época en que estamos no es posible dar otra cosa que pronósticos, presunciones, vagos indicios de la moda del porvenir.

***

Hasta ahora seguimos condenadas á las faldas planas, un poco largas por detrás, á los talles largos y á los cierres invisibles, cualquiera que sea el género de la tela. El paño, lo mismo que la seda ó la batista, van extendidos sobre el pecho, con algunos fruncidos solamente en la cintura. Para una persona delgada esta forma favorece mucho y viste muy bien; pero las gruesas deben renunciar á esta moda, que no se ha creado para ellas.

Anúnciase, es verdad, que este otoño se verá mucho el azul marino, y que las telas que se llevarán serán indistintamente la vigoña, la cheviota y el paño. Se dice también que las formas variarán hasta lo infinito, y que los adornos serán de varios géneros, dominando los galones estrechos de oro y las aplicaciones de pasamanería calada; que los sombreros disminuirán de volumen y serán más bien pequeños que grandes, muy levantados por detrás y adornados por delante con pájaros de todas clases, entre los que se distinguirá el *mochuelo*. ¿Pero quién puede decir que no surgirá de aquí á unas cuantas semanas, quizás unos cuantos días, una revolución que cambie casi por completo la faz de la moda?

De lo que precede debemos deducir que hay que aguardar los acontecimientos y no darse prisa á preparar una estación en que todavía no hemos entrado. Entre paréntesis: obrar así, además de ser prudente, es de muy buen tono. En vez de ocuparnos de los trajes y abrigos de invierno á mediados de Septiembre, debemos combinar más bien esos lindos trajes de entretiempo que prestan tan señalados servicios. No hay que perder de vista que la temporada de otoño es una temporada esencialmente de transición.

1.—Sombrero de casino y teatro.

Para los trajes de que hablo tenemos abrigos muy cómodos y elegantes, y hechos de diferentes modos. Existe, en primer lugar, para viajes y días lluviosos, la capa larga bretona, de paño *molleton*, enteramente redonda y muy ancha, y completada con una capucha á la religiosa: abrigo muy práctico y de un precio sumamente módico.

Estas capas ó pellizas, tan largas como el vestido, tienen, por lo demás, formas muy variadas. Citaré una que es de paño rojo, va ajustada por detrás en la cintura y forma como un pliegue Watteau vuelto, es decir, que el vuelo del centro de la espalda, en vez de caer por encima, va sujeto por debajo y escondido por el vuelo que viene de los lados. En resumen, viene á ser como una esclavina muy larga, montada alrededor de un canesú plano, y cuyo vuelo va distribuído como el de las faldas que ahora se llevan, con pliegues interiores en medio de la espalda. Todos los canesús de estos abrigos son planos, y forman parte del cuello Médicis, que sube hasta más arriba de las orejas y se forra de plumas. El modelo á que me refiero, que era, como he dicho, de paño rojo, iba cubierto de bordado negro, y una tira de plumas negras forraba el cuello y rodeaba el canesú por abajo, formando un bonito adorno.

Otro abrigo, casi del mismo género, era de paño color masilla, y su espalda enteramente ajustada con pliegues de lencería que llegaban poco más abajo de la cintura. El resto era de forma de esclavina, montada también alrededor de un canesú con pliegues por delante y fruncidos para la altura de los hombros.

Hay también abrigos más cortos, especie de manteletas redondas, un poco más largas que los *carricks*, tan generalizados en la estación última, y que han pasado completamente de moda. Todos estos abrigos van montados sobre un canesú redondo, más ó menos largo, en el pecho

y en la espalda, pero de ningún modo esos canesús en forma de fichú que llegaban hasta la cintura é iban adornados con un volantito en su contorno.

Todas las faldas de nuestros trajes irán guarnecidas por abajo, ora de volantes, ora de rizados, ora de galones, y muchos corpiños serán de cintura redonda, rodeada de una faja ó un cinturón que el genio de la coquetería se encargará de variar hasta lo infinito.

⁂

Varias mamás nos han pedido un dibujo de esos trajes originales y poco generalizados que llevaban los niños el verano que acaba de terminar. Accediendo á sus deseos, les presentamos hoy uno de esos hombrecitos vestidos de *contramaestres*, que se veían poco ha en las playas de Dieppe ó de Trouville: pantalón largo, en forma de pie de elefante, chaleco de algodón listado al través, y chaqueta abierta, sobre la cual cae un gran cuello azul.

⁂

La apertura de la caza ha sido la señal de un cambio de decoración en la vida del mundo elegante. Nuestras parisienses han desertado en masa de los baños de mar y de las estaciones termales, para instalarse en sus *chateaux*—las que lo tienen—y tomar sus disposiciones para pasar lo más agradablemente posible la temporada cinegética.

Las costumbres *sportivas*, cada día más generalizadas en Francia, inducen á un gran número de nuestras elegantes á declarar la guerra á conejos y perdices, siguiendo en esto el ejemplo de la Condesa de París, quien, según se dice, posee una habilidad particular en el tiro. En algunos dominios señoriales se ha imaginado organizar partidas de caza exclusivamente femeninas; en cuyo caso los hombres no son otra cosa que amables auxiliares encargados de velar por el buen orden de la jornada y facilitar á las cazadoras el ejercicio de sus funciones. Estas partidas son, á lo que parece, muy divertidas, y se extenderán, á no dudarlo, por el mundo elegante.

⁂

Es indudable que en ninguna época nuestro sexo ha mostrado tanta coquetería, tanta elegancia y esbeltez en el talle como en la época presente. Los corsés de Mme. Léoty contribuyen poderosamente á este milagro.

Principalmente para trajes de montar, el corsé en cuestión, hecho de piel, es una verdadera maravilla, ciñendo el busto lo mismo que un guante. Viene después el corsé de gasa madrileña, que envuelve el talle y lo sostiene sin aprisionarle, dándole una flexibilidad incomparable. Insistiremos, por último, acerca de los corsés de brocados que representan magníficas flores, cuyos colores se combinan como un mosaico.

La casa de Mme. Léoty, 8, *Place de la Madeleine*, continúa siendo objeto de las visitas de las más nobles y elegantes damas que acuden á París de todos los países extranjeros en esta época del año.

⁂

En una fonda.

El mozo sirve un plato de pescado á un caballero, á la vez que una chuleta á otro sentado enfrente.

—¡Mozo! este pescado huele mal.

El mozo sonriendo:

—Dispense usted, no es el pescado; es la chuleta de aquel caballero.

V. de Castelfido.

París, 16 de Septiembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero de casino y teatro.—Núm. 1.

Se compone este sombrero de una corona de rosas cubierta de encaje de Chantilly negro. Un volante del mismo encaje va dispuesto sobre el fondo, y unos adornos de azabache tallado fijan el encaje. Bridas formadas con un rizado grueso de encaje y cerradas en el lado izquierdo con una rosa sin hojas.

Delantal para señoritas.—Núms. 2 y 3.

Para hacer este delantal, que tiene 79 centímetros de ancho, se corta un pedazo de satinete verde obscuro, de 62 centímetros de largo, y se le guarnece en el borde inferior de una cenefa de cañamazo color crema, de 9 centímetros de alto, la cual va bordada, con arreglo al dibujo 3, al punto de cruz y punto de Renacimiento, con sedas de diferentes colores, y forrada de satinete crema. Un dobladillo de 9 centímetros de alto, hecho de satinete verde, termina el borde inferior del delantal. Se frunce el borde superior formando una cabecita que tiene tres cuartas partes de centímetro de ancho, y se le frunce otras cinco veces á fin de dejarle en 36 centímetros de ancho. Se fija por el revés una tira de tela de 2 centímetros de ancho, y se cosen en los lados unas tiras de satinete de 75 centímetros de largo y 5 ½ centímetros de ancho, adornadas en sus lados transversales con puntos de Renacimiento.

Delantal para señoritas.—Núm. 4.

Este delantal, que tiene 60 centímetros de largo por 63 de ancho, va hecho con una banda romana color de cobre, tejida de tiras de diferentes colores. Se frunce el delantal á 4 centímetros de distancia del borde de costado, de manera que quede reducido á 16 centímetros de ancho. Se fija bajo las series de pliegues una cinta de seda color de cobre, de 2 ½ centímetros de ancho, doblada en dos y cerrada en el lado izquierdo bajo un lazo de cinta igual. El borde inferior del delantal va guarnecido de flecos de diferentes colores, de 9 centímetros de ancho.

Cuello con peto.—Núm. 5.

Se ejecuta el peto con dos pedazos de crespón de la China color de rosa, de 50 centímetros de largo por 53 de ancho. Se les junta por uno de sus lados largos, sobre 12 centímetros, y se les frunce ocho veces en sentido transversal, á intervalos regulares. Se pliega el borde inferior de estos pedazos, se les cruza y se añade un cinturón de la misma tela, plegada y forrada y que forma una punta en medio. Este peto va guarnecido de unas tiras de crespón liso bordadas con sedas de color, que tienen 10 centímetros de ancho. El cuello, recto, es de crespón de la China, plegado, forrado de seda y cerrado por detrás.

Chaqueta á la marinera para niños de 2 á 3 años. (Crochet.)—Núms. 6 y 7.

Las figs. 66 á 68 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á esta chaqueta.

Nuestro modelo es de lana azul marino; se le adorna con botones y anclas de metal. Para ejecutar esta labor se corta un pedazo entero de gasa por la fig. 66, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para el borde del delantero izquierdo. Se labra con arreglo á este patrón, principiando en el borde del delantero de la derecha, sobre una cadeneta que tenga el número necesario de mallas.

1.ª *vuelta*.—Se pasa la malla más próxima,—después siempre una malla simple sobre cada malla.

2.ª *vuelta*.—2 mallas al aire,—luego, siempre alternando, una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente,—una malla al aire,—se termina haciendo una malla simple.

3.ª *vuelta*.—2 mallas al aire,—luego, siempre alternando, una malla simple sobre la malla al aire que precede á la malla simple más próxima,—una malla al aire;—se termina haciendo una malla simple sobre la malla al aire siguiente, hecha sobre la malla simple más próxima. Se vuelve á empezar, siempre la vuelta anterior, pero siguiendo las dimensiones del patrón, se crece ó se mengua; y para formar las sisas y la abertura, se pasan, sin hacerlas, el número de mallas necesario, y se ejecuta un número igual de mallas al aire, sobre las cuales se hacen las mallas de la vuelta más próxima.

En la 4.ª y última vuelta, se hacen, para los ojales, á intervalos de 5 mallas simples, separadas por una malla al aire, 3 mallas al aire, bajo las cuales se pasan 2 mallas simples. Se hace sobre la abertura del borde inferior una vuelta de mallas simples, y se junta cada hombro desde 66 hasta 67.

Se hace el cuello por la fig. 67 y la manga por la fig. 68, formando un dibujo igual; pero la manga va ejecutada desde el borde superior, primero yendo y viniendo, y después en círculo hasta la abertura, y otra vez yendo y viniendo. Se juntan las piezas de la chaqueta acercando los números iguales.

Se puede hacer esta chaqueta de paño con arreglo al mismo patrón.

Trajes de amazonas.—Núms. 8 y 9.

Núm. 8. *Este traje es de paño azul marino.*—El cuello, vuelto, es de terciopelo negro, así como las carteritas de los bolsillos y los vivos de las mangas. Corbata de raso negro.—Sombrero negro con torzal de gasa azul.

Núm. 9. *Es de paño verde obscuro con botones de oro.*—Gola de tul griego negro.—Sombrero negro adornado con una banda de tul verde obscuro.

Pelliza para bebés.—Núms. 10 y 11.

Esta pelliza, bastante larga, es de cachemir blanco bordado, y va guarnecida de guipur artístico. Se compone la pelliza de una falda larga, abierta en medio, rodeada de bordado y montada en el borde de un delantero que se cierra en medio, y va adornado con unos tirantes de cachemir, bordados de un punto inglés, de unas mangas con puños guarnecidas del mismo modo, de un cuello vuelto y una esclavina larga, que se frunce en forma de canesú redondo. Esta esclavina va rodeada de un cordón de bordado, forrada de seda blanca y terminada en una guipur ancha y dentada.

Esquina de servilleta para huevos.—Núm. 12.

Nuestro dibujo representa de tamaño natural la esquina bordada de una servilleta para huevos pasados por agua. Para ejecutar este bordado, se emplea algodón encarnado claro para las partes claras del dibujo, y granate para las partes obscuras.

Chaqueta de otoño.—Núm. 13.

Esta chaqueta es de paño obscuro. Su forma es recta, y se abre sobre un chaleco de paño más claro bordado de trencilla. Cuello vuelto y solapas de terciopelo. Cuello en pie en el chaleco.

Chaquetilla de recibir.—Núm. 14.

Es de terciopelo negro. La espalda es de forma Fígaro: va bordada en punta en el centro. Bordado de seda color de rosa por delante. Cuello Médicis bordado de negro sobre raso color de rosa.

Chaqueta de lana rayada.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 29 á 35 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de paño.—Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figs. 69 á 72 de la *Hoja-Suplemento*.

Capota Sylock.—Núm. 19.

Se compone esta capotita de tres barretas de terciopelo negro, guarnecidas de fieltro de azabache, con pendientes de lo mismo. Por delante va un ramo de plumas negras.

Vestido de cheviota.—Núms. 20 y 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 19 á 28 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 7 á 9 años.—Núms. 22 á 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 37 á 48 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 25 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 49 á 58 de la *Hoja-Suplemento*.

Bata para señoras.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 59 á 65 de la *Hoja-Suplemento*.

Trajes de viaje.—Núms. 28 y 29.

Núm. 28. *Abrigo para señoras jóvenes*.—Se hace este abrigo de lana escocesa y paño color de piel. Cuerpo de levita compuesto de espalda y lados de espalda, que dan el vuelo para los pliegues, y delanteros con una pinza de pecho y otra que marca el ladito. Peto ancho de paño color de piel, fijado con dos hileras de botones, que cierran el delantero. Esclavina doble, ribeteada de un bies de paño, y manga de codo con cartera abrochada del mismo paño. Cuello doblado y ribeteado de un bies. —Sombrero de fieltro guarnecido de plumas y pájaros.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de lana escocesa, de un metro 20 centímetros, y un metro 30 centímetros de paño.

Núm. 29. *Vestido de lanilla estampada*, compuesto de un fondo de falda de tafetán y una falda ancha, estrechada por abajo á la altura de un volante con cuatro ajaretados. El corpiño se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero izquierdo, formando un cruce marcado con un bies de seda lisa, que sale del hombro derecho, atraviesa el pecho y ribetea una aldetita plana. Una tira ancha y plegada forma tirante sobre este delantero cruzado. El delantero derecho se pierde bajo el izquierdo, y va ajustado con pinzas. El forro de los delanteros se cierra en medio bajo el cruce. Cuello alto. Manga de codo, con jockey bullonado y añadido en lo alto; lazos en los hombros y presillas en el borde inferior.—Sombrero de terciopelo, con lazo de cinta por delante y plumas por detrás.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 7 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

Traje de paseo.—Núm. 30.

Vestido de bengalina color de piel de Suecia con listas marrón. El vestido es recto, y el corpiño ajustado, escotado y cerrado al sesgo con una pasamanería de color, que va á abrocharse bajo el brazo. Cinturón ancho de raso marrón, anudado en el lado izquierdo. Manga plana y un poco bullonada en lo alto. Camiseta de gasa blanca, muy gruesa, sobre transparente de raso. El cuello es también de raso marrón.—Sombrero de fieltro marrón, levantado por delante en forma de aureola y adornado por encima con encaje blanco, galones y plumas muy delgadas formando penacho.

Para paseo se completa este traje con el paletó que describimos más abajo (dibujo 32).

Casaca de entretiempo.—Núm. 31.

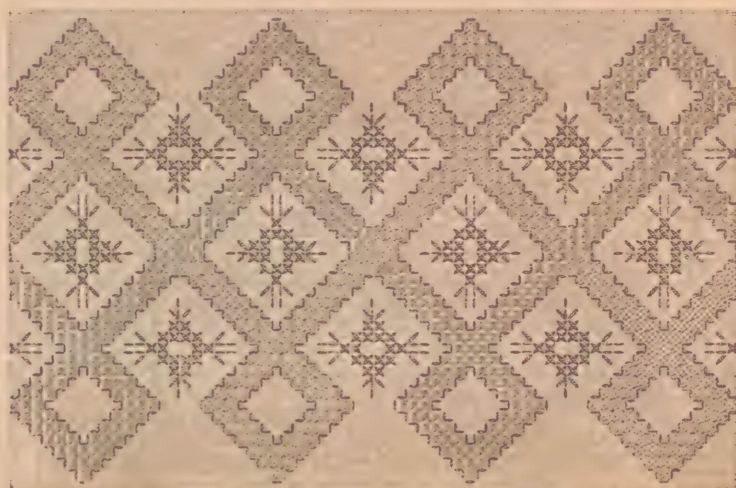
Esta chaqueta larga es de paño color de tabaco. La aldeta va cerrada por detrás con una especie de pliegue apuntado con tres botones en lo alto. Los delanteros, doblados en forma de solapas, van forrados de paño *beige* y ajustados con una pinza que sale de debajo del brazo. Las solapas se continúan formando un cuello vuelto.—Chaleco ajustado de paño *beige*, abrochado en línea recta y abierto en redondo sobre una pechera y con cuello alto y doblado de batista. Corbata de seda encarnada. Manga de codo un poco alta de hombro, con pespunte en el borde inferior, así como en el borde de la casaca.

Tela necesaria: un metro 80 centímetros de paño color de tabaco, y 70 centímetros de paño *beige*.

Paletó de otoño.—Núm. 32.

Este paletó es de cheviota color de piel de Suecia, y va adornado con pasamanería y fleco, en la forma que indica el dibujo.

2.– Delantal para señoritas.
Véase el dibujo 3.


3. Bordado del delantal. *Véase el dibujo 2.*

4. Delantal para señoritas.

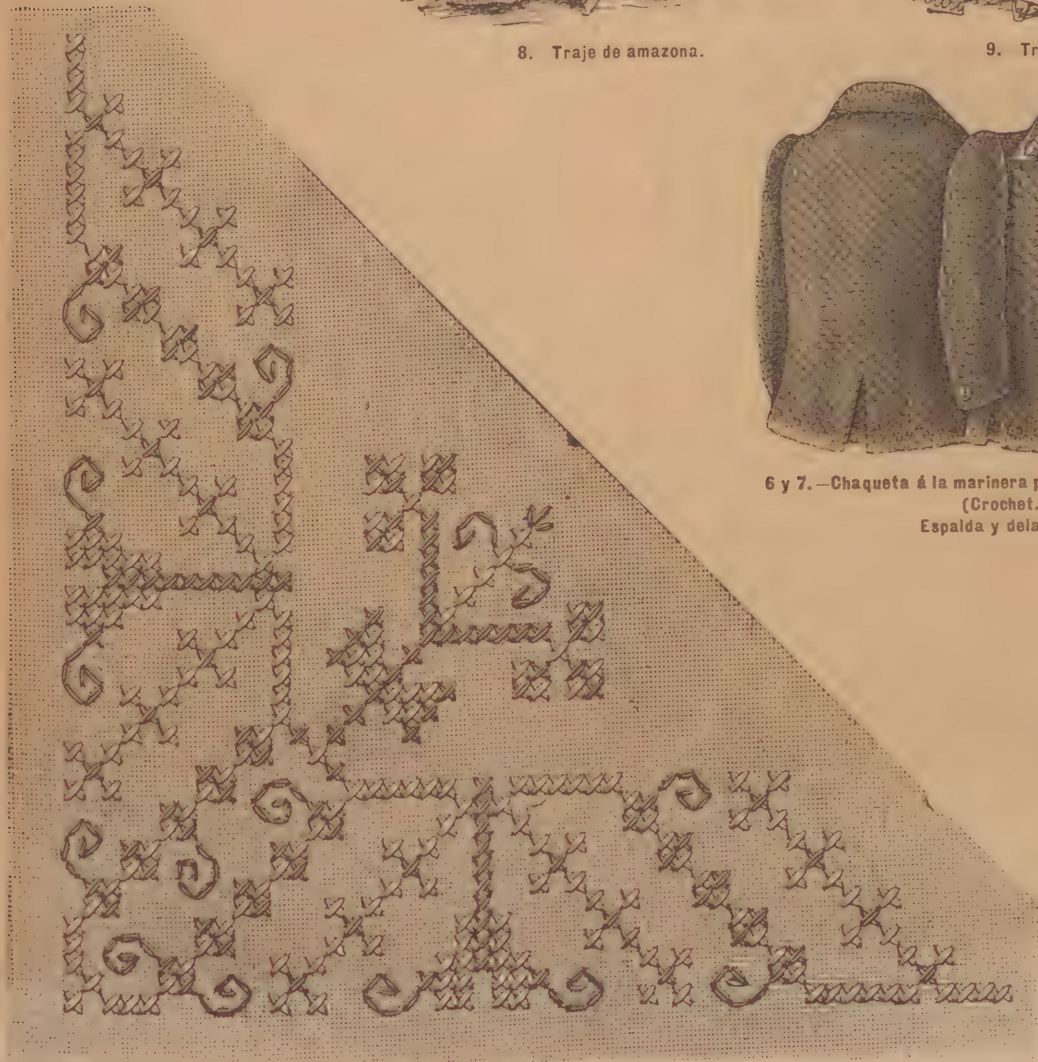
5.—Cuello con peto.

8. Traje de amazona.

9. Traje de amazona.

10 y 11.—Pelliza para bebés.
Espalda y delantero.

6 y 7.—Chaqueta á la marinera para niños de 2 á 3 años.
(Crochet.)
Espalda y delantero.


12.—Esquina de servilleta para huevos.

13.—Chaqueta de otoño.

14.—Chaquetilla de recibir.

Corpiño para señoritas.—Núms. 33 y 34.

Es de velo azul, y se compone de una espalda encañonada y una aldeta redonda, con lados de delantero y delanteros fruncidos en el escote y remetidos sobre el forro de la aldeta, de manera que forme un delantero-blusa ajustado. Dos galones marcan un canesú puntiagudo, y fijan el vuelo de los delanteros sobre el pecho. Una chorrera doble adorna el centro del delantero. Manga ancha, con puño alto ribeteado de un galón, sobre el cual cae la manga. El forro de los delanteros se ajusta con pinzas. Cuello alto, guarnecido de un galón.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de velo, y 3 metros de galón.

Deshabillé Fígaro.—Núms. 35 y 36.

Se hace esta elegante *deshabillé* de paño encarnado, crespón de la China color de carne y terciopelo negro. Espalda ceñida, de paño, y delanteros abiertos de la misma tela, redondeados en forma de chaquetilla Fígaro sobre una especie de camisa plegada de crespón. La camisa se monta sobre un cuerpo de corpiño, con espalda, lados y delanteros ajustados con dos pinzas. Cinturón plegado de terciopelo y aldetas anchas, formadas por la camisa plegada. Por delante, chorrera doble de crespón. Cuello abierto en la chaqueta y cuello alto y plegado en la camisa. Manga muy ancha, de crespón, sujeta por abajo con un brazalete de terciopelo formando un lazo. Otro lazo igual en el escote.

Tela necesaria: 75 centímetros de paño, y 7 metros de crespón.

Manteleta de visita.—Núms. 37 y 38.

Es de piel de seda negra bordada, y va guarnecida de tableados de seda floja, de encaje negro y de cinta, y se compone de una espalda de fichú, sujeta en la cintura con una serie de fruncidos, y delanteros de manteleta, estrechados en la cintura con un cinturón que se anuda por delante. Unos tirantes de cinta terminados en lazos guarnecen la espalda. Cuello alto, con encaje vuelto y plegado sobre el cuello, cuyo encaje desciende en punta para formar una chorrera. Manga-esclavina bordada, como el borde inferior de los picos de la manteleta, y dentada sobre un tableado de seda floja. Los dientes bordados van sujetos con unos galones de seda.

Tela necesaria: 4 metros de piel de seda; 2 metros 50 centímetros de seda floja, y 4 metros de encaje.

RICO Y POBRE.

(NOVELITA.)

El conde Juan de Valroyes se casó con la señorita Emilia de San-Queralt el mismo día en que su guardabosque Pablo Garnacha se casaba con la aldeana Rosa Minos; celebráronse las dos bodas con breve intervalo de tiempo, según convenía entre señores y criados; pero Pablo y Rosa fueron admitidos á la mesa condal, porque ella era hermana de leche de la señora, y él, Pablo, último descendiente de una familia de leales servidores á los antepasados del Conde.

Emilia era bella, pero Rosa era más bella que la joven Condesa: alta, morena, robusta, con ojos negros muy expresivos, pero que nunca miraban de frente; había morado largos años en el palacio de los San-Queralt, amada por los padres de Emilia como si fuese hija de ellos, y en aquel ambiente, que no debió ser el suyo, se hizo altiva y maligna; miraba á su señorita Emilia, y la traidora envidia, mordiéndola en el corazón, hacía subir á sus labios estas palabras:

—Yo soy más hermosa..... y ella lo tiene todo, todo, mientras yo no tengo nada, nada.

Entre el conde Juan y su fiel servidor Pablo no existía nada de eso: tenían la misma edad, habían crecido juntos, hasta se parecían no poco por sus ojos azules, su retorcido bigote rubio, su figura arrogante y esbelta; y los aldeanos de Valroyes, en viéndolos pasar juntos, los consideraban más como buenos hermanos que como señor y criado.

—Si viviésemos en Francia y reinase otra vez la época del Terror—solía decir riendo el conde Juan al guardabosque Pablo—¿subirías tú á la guillotina por mí?

—¡Oh! ¡Ciertamente, señor Conde!—respondía Pablo.—Moriría gustoso dando la vida por mi señor.....

***

Con tres días de diferencia, nació un hermoso niño en el palacio de los Valroyes, y nació otro niño, también hermoso, en la vivienda de Pablo y Rosa; los dos matrimonios derramaron lágrimas de satisfacción, y celebróse con espléndido banquete en la morada señorial el nacimiento del vizconde Jacobo y del pequeño José; pero Rosa, nodriza de ambos niños, porque la salud de la condesa Emilia estaba muy quebrantada, cuando recibió en los brazos al hijo de sus señores, que tenía al cuello una cadena de oro de la que pendía cruz de finos corales y brillantes, murmuró tristemente, mirando á su hijo José:

—Y á tí, pobrecito mío, ¿quién te dará tan ricas joyas?

Rosa, pasados pocos días, volvió á estar fuerte y robusta; pero la condesa Emilia, para restablecer su delicada salud pasó el invierno, por prescripción de los médicos, en una población de Andalucía, próxima al mar, y adonde la acompañó su amante esposo el conde Juan.

Los dos niños, Jacobo el vizconde y José el plebeyo, permanecieron en Valroyes, en la humilde casita del guardabosque, con su nodriza Rosa; ¿y con quién mejor?

Un día de aquel invierno, triste y nebuloso, la mujer de Pablo estaba sentada en su cuarto al amor de la lumbre, y los dos pequeños dormían plácidamente en sus cunas.

Ella veía caer la nieve en grandes copos, que azotaban reciamente los cristales de la ventana, y pensaba en su marido, siempre en el campo y escopeta al hombro, porque los cazadores furtivos y los ladrones á quienes él perseguía sin cesar, en cumplimiento de su deber, no temen al frío, ni á la nieve, ni á la ventisca.

En un instante, creyendo haber oído un gemido de los niños, acercóse la nodriza á las cunas: la del vizconde Jacobo era de palosanto, con adornos de plata, colgaduras de encaje, preciosa cruz de marfil y sábanas de batista; la del pobre José era de mimbres, con modestas cortinas de muselina blanca, sabanitas de algodón y cruz de madera y conchas.

—También tú, hijo mío—pensaba la madre contemplando á José—tendrás que andar por la nieve en las noches de invierno, y agobiado por los ardientes rayos del sol en los calorosos días de verano, exponiendo en cada instante tu vida, lo mismo que hoy la expone tu padre, para que los cazadores furtivos no roben un faisán en los parques de Valroyes..... Y entretanto el hijo del Conde, ese niño que duerme ahora á tu lado, entonces dormirá en su palacio, y aun se quejará del frío en invierno y del calor en verano.....

Dirigió una mirada de enojo á la cuna de palosanto, y quizás al angelito que en ella reposaba dulcemente, y prosiguió:

—El amo será él, sólo él..... Tú, pobre José, no tendrás sino las migajas que sobren de su mesa..... y creerá que es muy generoso si te ofrece un vaso de vino después que hayas andado leguas y leguas persiguiendo á los malhechores que intenten saquear sus bosques..... ¿Y por qué, Dios mío, por qué? Tú, pobre José, eres tan hermoso como el vizconde Jacobo, y tienes ojos tan azules como los suyos, tan grandes, tan bellos, ojos que no debían saber lo que son lágrimas..... ¿Qué diferencia existe entre vosotros dos? Ninguna: vuestros cuerpecitos son iguales, vuestras almas se mostrarán más tarde, sí, más tarde. ¡Oh! ¡qué idea! Si pusiese á mi hijo en la cuna del Vizconde, y con las ropas del Vizconde, ¿quién podría sospechar el cambio?.....

Y tomó en sus brazos al pequeño José; desnudóle cerca del fuego de la chimenea, lo vistió en seguida con finas ropitas del Vizconde, y le acostó en la cuna de palosanto y colgaduras de encaje, después de pasar á Jacobo, vestido con humildes ropas de José, á la cuna de mimbres y colgadura de muselina.

Pero mientras el Vizconde volvía á dormirse con plácida sonrisa en la cuna de mimbres, el pequeño José, como protestando providencialmente contra la mala acción de su madre, lloraba rabiosamente y se agitaba desesperado entre las sábanas de batista con la corona condal blasonadas.

—Calla, hijo, calla—le decía Rosa meciéndole amorosamente;—tú serás feliz, noble, rico..... y el otro, destinado á serlo, compartirá nuestra pobreza y nuestras penas.

Y al poco tiempo llegó Pablo, sacudiéndose la nieve que le cubría; besó á su mujer, y se acercó á las cunas de los dos niños, á quienes amaba con igual afecto, sin que la menor sombra de duda obscureciese la tranquilidad de su corazón.

—Buenos días, camarada—dijo alegremente á su hijo besándole.

Y en seguida, con saludo militar, añadió:

—Buenos días, Sr. Vizconde.

¡No había conocido la sustitución criminal de Rosa!

Esta, respondiendo con una carcajada á los joviales saludos de su marido, puso la sopa en la mesa.

—¡Lo hecho bien hecho está!—murmuraba la mujer de Pablo.—Mi hijo será Vizconde, y el Vizconde no pasará de aldeano de Valroyes.

***

Transcurrieron muchos años, y el fraude fué definitivamente consumado.

La condesa Emilia murió joven, y el conde Juan, que la amaba con verdadero amor, cayó en profundo abismo de melancolía, y siguióla muy pronto al sepulcro.

El único descendiente de los Valroyes-San-Queralt residía en Madrid y París, alternadamente, derrochando en crapulosa vida la riquísima y saneada fortuna que le dejaron sus padres.

Una ó dos veces en el año llegaba á sus palacios de Valroyes y San-Queralt, conferenciaba una hora con su apoderado, embolsábase las rentas, y regresaba inmediatamente á Madrid ó á París; pero jamás hacía una visita á Pablo y Rosa, ni les enviaba aviso de su llegada, y si por casualidad encontraba en el parque al leal guardabosque, siempre cumpliendo su deber, tratábale duramente, y alejábase de él mal humorado, sin preguntarle siquiera por su..... nodriza..... Rosa.

Jacobo de Valroyes no era amigo de melancolías..... Y sin duda para disiparlas en su ánimo solía llevar consigo, en esas rápidas excursiones á los antiguos dominios de sus antepasados, brillante comitiva de amigos desvergonzados y mujeres equívocas, que le ayudaban á derrochar su herencia, con tanta rapidez como pasa el agua por una cesta de mimbres.

Y Rosa, envejecida por las penas y el remordimiento, más que por los años, triste, desengañada, solía decir:

—¡Es mi hijo, y no me conoce! ¡Le adoro y me desprecia!..... ¿Pero tengo el derecho de quejarme?..... Y sin embargo, me parece que no es feliz, que trata de aturdirse, de olvidar sus penas en el ruido de la orgía..... Y el otro, el verdadero Jacobo, el que todos en el país llaman Pepillo, vive tranquilo, contento, amante..... y dentro de poco se casará con la niña que adora y que le ama con sincera pasión..... ¡Y es feliz, sí, con su rudo trabajo cotidiano y con su amor! ¡Qué desengaño!..... Sufro tanto, que mis dolores deben ser la expiación.....

Noche y día, despierta ó en sueños, pensaba siempre en su hijo.

—¿Qué hará—decíase—ahora en Madrid? ¡Dios mío! ¡Si llegase á caer enfermo lejos de mí!.....

Y se estremecía de horror; y miraba con torvos ojos á Pepillo que se dirigía sosegadamente al campo, con una flor en el sombrero y la azada al hombro, tarareando una canción popular.

—Tu madre está hoy de mal humor—decíale entonces Pablo;—pero hay que tener paciencia, muchacho, porque se va haciendo vieja..... y eso no les gusta á las mujeres que han sido guapas.....

***

Un día, en la portada del abandonado palacio de San Queralt, el mismo palacio que fué cuna de la condesa Emilia, aparecieron grandes carteles amarillos.

¡El palacio se vendía en pública subasta por orden judicial!

Todo fué dividido en lotes: el edificio, el parque, los jardines, los prados y bosques adyacentes se adjudicaron al mejor postor.

Rosa estaba desesperada: su hijo, aquel hijo hecho Conde por un delito de ella misma, se había arruinado, aprovechando mal la grandeza usurpada, la fortuna robada al legítimo heredero de los Valroyes y San Queralt; y entretanto, Pepillo, casado con la mujer que adoraba, era ya padre de un niño hermoso como el amor, que le hacía bendecir la vida.

Pablo, el abuelo, lloraba de alegría, y la joven esposa del laborioso aldeano estaba radiante de dicha; mas solamente la criminal y desventurada Rosa, inaccesible á la felicidad de los suyos, era presa de la mayor desolación.

Las gentes del país, observándolo tristemente, explicábanse el dolor de aquella mujer con estas palabras:

—¡Pobrecilla! Amaba tanto á sus señores, que desde que han muerto no levanta la cabeza.

Así se la compadecía.

Pasaron seis meses más, y en la fachada principal del palacio de Valroyes aparecieron un día otros carteles amarillos, semejantes á los del palacio de San Queralt: aquella mansión de cien abuelos del conde Jacobo, desde la época de la Reconquista, en cuya pila bautismal habían sido regenerados, y en cuya capilla reposaban con el sueño eterno de la muerte; el palacio de Valroyes, en suma, era vendido también y despedazado en lotes por orden judicial.

Rosa lloró con inmensa angustia, mesándose los cabellos, retorciéndose las manos.

El mismo día de la venta en pública subasta, cuando el cielo se cubría de negras nubes, los relámpagos fulguraban, los truenos ensordecían, en un atajo del bosque, no frecuentado por los campesinos, Rosa encontró al conde Jacobo que llegaba de improviso para contemplar por última vez el palacio de los Valroyes.

—¡Mal día, nodriza!—la dijo tristemente, al verla con la cabeza inclinada sobre el pecho.—¡Todo se acabó! ¡soy un miserable!

La pobre mujer sollozaba amargamente, escondiendo el rostro entre los pliegues de su delantal: tenía los cabellos blancos, la piel arrugada, el cuerpo tembloroso.

Jacobo prosiguió:

—¡Todo se acabó!..... Y un Valroyes no sobrevive al deshonor..... porque es el deshonor lo que me espera.....

—¿Qué vas á hacer, hijo mío?—exclamó la infeliz mujer.

—¡Hijo tuyo!..... Vamos, te perdono la intimidad de esas palabras, porque no tengo derecho á ser altivo..... y además, tal vez eres tú la única persona que me ama en el mundo..... ¿Qué voy á hacer? ¡Oh! ¡pronto se acabará todo!

—¿Morir? ¿quieres morir?

—Sí, debo morir..... ¡No me compadezcas! Tienes un hijo que vale más que yo, tienes á tu esposo Pablo, tienes una nueva familia..... y estáis contentos con vuestra suerte..... Hay un proverbio antiguo, y siempre verdadero, que dice: «Ni el oro ni las grandezas dan la felicidad». ¡Adiós para siempre, nodriza!

—¡Hijo mío!—gritó aterrada la infeliz Rosa.

Y echando sus brazos al cuello de Jacobo, en pocas palabras, regadas con triste llanto, le reveló su secreto.

—¡Miserable! ¡Miserable!—contestóla Jacobo rechazándola brutalmente.—¡Me has hecho desgraciado! ¡Cayó sobre mi cabeza, en aquel momento infame, la maldición de Dios!

Y desapareció en la obscuridad del bosque.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!—gritaba Rosa.

Y sólo contestaban á sus gritos el fulgor del relámpago y el estampido del trueno.

***

En aquel instante apareció Pepillo en el lindero del bosque: veía acercarse la tempestad, y regresaba á casa guiando una yunta de magníficos bueyes, después de dejar los surcos humeantes en la heredad trabajada y fecunda.

Enfrente de él apareció Pablo, acompañando á una mujer bella y joven, que llevaba en brazos á un hermoso niño: iban corriendo en busca de Pepillo para obligarle á acelerar el paso, porque la tempestad rugía cada vez más cerca y con más fragoroso estrépito.

Rosa, escondida detrás de un árbol, miraba con rabia al feliz campesino, le amenazaba con los puños apretados, le dirigía con labios temblorosos una imprecación satánica.....

Y mientras aquellos seres felices, felices por su conciencia tranquila, entraban en la casa y sentábanse á

frugal mesa, y bendecían á Dios humildemente, Rosa corría desesperada por el bosque, llamando á su hijo, y repitiendo las horribles frases que Jacobo, al separarse de ella, la había dirigido:

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Has llamado sobre mi cabeza la maldición de Dios!

Estaba loca.

....

Del falso Jacobo no se volvió á saber nada.

Algunos aldeanos dijeron, días después, que el señor Conde de Valroyes había sido víctima de un rayo.....

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

15 Febrero.

Sin la vigilancia que ha establecido Nicolasa, creo que ensayaría irme otra vez á la zanja del camino: tal va llegando á ser mi aburrimiento y desolación. De la aventura pasada no me ha quedado ni el padecimiento más leve; pero he ganado con ella que *Lolo*, cuando me ve en tren de salir, ladra furiosamente como para llamar á mi cancerbero, que no tarda en presentarse.

He recurrido con ansia á la tapicería, la red y el encaje; pero no he hallado en estos elementos de distracción lo que encontraba al principio: el desaliento continúa apoderándose de mí como la parálisis de los cuerpos; cada momento que me reune en el comedor con mi tía me deja amarguísimas memorias: ayer mismo murmuraba bastante alto para que pudiese oirla mientras me alejaba:

—¡Odiosa..... odiosa criatura!.... ¿Quién me librará de ella?

¿Qué le hago yo, Dios mío! ¿En qué estorbo su vida? ¿Qué sacrificios le impongo? Mi sumisión es absoluta; mi temor de desagradarla, tanto, que apenas me atrevo á hablar en su presencia. Pero ¿qué tiene de extraño si de las frases más sencillas forma contra mí capítulo de culpas?

Deseosa de ocupar la imaginación con algo que me haga olvidar, he buscado á mis discretos amigos los volúmenes de la biblioteca; pero sucede que me sé de memoria los cuentos de hadas y princesas, y las demás son obras demasiado serias para que puedan ofrecerme distracción.

La vuelta del buen tiempo va á ser para mí epoca de grandes resoluciones; quiero á toda costa separarme de mi tía, y estoy resuelta á recorrer el país aunque sea con una balija de cartero sobre la espalda: también he pensado que tendría excelente colocación entrando como sirvienta en el mesón de la aldea. ¡Qué felicidad ver todos los días nuevas caras, moverse de continuo, hablar y reir en alta voz! ¡La escoba en la mano y la risa en los labios de la mañana á la noche! He aquí una vida que da ganas de vivirla..... Pero se me ofrece una duda: ¿me admitirán allá abajo? Esto es lo que ignoro todavía.

En tanto mi guardarropa se deshace; y como es imposible pensar en que me compren trajes nuevos, pues ni yo he de pedirlos, ni la señorita de Castrojériz se fija en las faltas que pueda haber, he tenido precisión de revolver cuantos arcones viejos hay en el castillo, y sacar de ellos los desechos de mis bisabuelas para confeccionar algo servible.

Diez ó doce trajes de formas y colores tan extraños, que harían las delicias de un pintor á la moda para adornar su estudio y vestir tipos de dos siglos atrás, fueron el fruto de mis prolijas investigaciones; y cuando los tuve descosidos, planchados y doblados cuidadosamente, surgió para volverlos á convertir en trajes otra dificultad. ¿Qué hechura darles? ¿Dónde hallar figurines de moda? Después de muchas reflexiones, me decidí á copiar á las damas de mis tapices, y logré, no sin grandes tropiezos, salir adelante con la empresa.

Satisfecha de mis obras, elegí el último domingo, el más bello, á mi parecer, y me atavié con él para la hora del almuerzo: era una tela gruesa, mezcla de seda y lana azul obscuro, con una lluvia de pajitas de plata que le daban extraordinario realce: la hechura, muy sencilla, consistía en una saya lisa, corpiño con dos puntas y mangas bullonadas; sólo me faltaba la escarcela para copiar á una dama del siglo XV, y preciso es confesar que mis bucles rubios caían bien sobre el ancho cuello de encaje.

Ataviada así, con la ligereza que prestan diez y ocho años y la satisfacción de deber una á sí misma todo lo que posee, entré en el comedor y no olvidaré nunca la mirada que me dirigió mi tía: púsose pálida, temblaron sus labios, y balbuceó con soberano desdén.

—Puedes estar orgullosa de venir hecha un adefesio.

Sentí que la sangre me subía al rostro y que acudían á mis labios frases bien amargas; pero me contuve, incliné la cabeza y ocupé el asiento que me estaba destinado, sin pronunciar ni una palabra.

¡Dios mío, qué sarcasmos, qué irónicas felicitaciones, qué burlas tan crueles llovieron sobre mí durante media hora! Mas ¡cosa extraña! á medida que zumbaba en mis oídos aquel aluvión de conceptos pesados, mi espíritu se tranquilizaba y yo no podía menos de pensar:

—Cuando tanto la enoja, es prueba de que el traje me sienta bien.

Terminó por fin el almuerzo y corrí á encerrarme en mi cuarto, donde pude ver reproducida mi figura en un viejísimo espejo, y ciertamente no encontré en ella nada que justificara las diatribas de que había sido objeto. ¡Tanto peor si no agrado á la señorita de Castrojériz! ¡Tampoco ella será nunca mi ideal!

Y á propósito de ideal: ¡cuánto se han modificado mis ideas respecto á él! Antes lo deseaba hermoso hasta enloquecer; alto, esbelto, moreno, con el cabello rizado, ligero bigote, ojos grandes y negros, de mirada firme y noble, porte elegante y aire distinguido; pero el aburrimiento es padre de las concesiones, y rebajando un poco cada día del tipo que he pintado, creo que hoy me daría por contenta aunque mi libertador fuese de escasa estatura, rubio y con los ojos azules; sólo quería que pareciera hombre de bien y que me amara como deseo ser amada.

¿Será malo, ¡Dios mío! este anhelo por abandonar el castillo de mis antepasados? ¡Oh, no! Si tuviera una madre tierna, un padre cariñoso, hermanos que jugaran en torno mío y hermanas que cambiaran conmigo besos y confidencias, seguramente no habría tenido jamás las locas ideas que me atormentan. ¿Quién desea abandonar un hogar feliz y tranquilo? ¿Quién puede estar contento en la tumba que me encierra?

28 Febrero.

Mi amiga la lechera ha venido á saber cómo me hallaba, y su alegría al verme perfectamente buena ha sido tan ruidosa como sincera.

—¡Diantre, señorita Eladia!—me ha dicho;—bien podéis creer que os habéis salvado por milagro; durante dos horas os hemos creído muerta.

¡Y ved lo que son las cosas!—añadió filosóficamente;—de vuestro percance no os ha quedado ni un arañazo; y el bribón del asno, que pensó salir del paso mejor que vos, ha atrapado una medio pulmonía que le hace estar en la cuadra rodeado de montones de paja y acribillado de cáusticos y sangrías.

Muy contenta de que alguien se ocupase de mí, hice sentar á la visita en el más blando de los canapés, decidida á retenerla para hablar con ella largo rato; pero como no la consideraba de bastante cumplido para interrumpir mi trabajo, continué bordando, mientras ella seguía con visible admiración la flor que empezaba á copiar.

—De veras, señorita—me dijo al cabo de algunos instantes de silencio—que no sé cómo tenéis cabeza para no equivocaros entre tantos colores.

—Pues hay labores más difíciles—le contesté.

—¿Y trabajáis muchas horas?

—Casi todas las del día.

—¿Siempre en esto?

—No; también bordo en blanco y en red.

—¡Diantre, señorita! por mucho que diviertan tan hermosas obras, alguna vez han de cansaros.

Retuve un suspiro que pugnaba por brotar de mis labios, y no le respondí.

—La vida en el castillo no debe ser muy alegre—prosiguió pensativa—y ya me explico vuestro deseo de dar el otro día una carrera en mi asno. Cualquier cosa que varíe la existencia, tiene atractivos irresistibles.

Siguió reflexionando un rato, trabajo difícil y poco frecuente en ella; después, como quien cree haber encontrado la solución á un problema, me preguntó de pronto:

—¿Por qué no os casáis?

—¡Casarme!—repetí con tristeza;—no es á mí á quien toca tal cuidado; mi tía es la llamada á disponer de mi suerte.

La lechera me miró, abriendo cuanto podía sus ojos faltos de expresión.

—¡La señorita Martina!—balbuceó como si lo que acababa de decirle fuese el mayor de los disparates;—¿querrá hacerlo? y dado que quiera, ¿podrá, con su manera de ser, salir adelante en tal empresa?

Incliné la frente, porque sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas: demasiado comprendía que la señorita de Castrojériz no tenía voluntad, ni diplomacia, ni nada de lo que se necesita para casar á una sobrina pobre.

—¡Si me atreviera á daros una idea!.....—murmuró la lechera inclinándose hacia mí, para dar más peso á la confianza que iba á hacerme.

—Dádmela—respondí;—aunque no pueda llevarla á cabo, siempre os agradeceré el buen deseo.

—Id á consultar con la madre Ana; sus consejos son de oro.

—¿Y quién es la madre Ana?

Mi interlocutora me miró con un asombro tan cómico, que no pude menos de echarme á reir.

—¡Cómo!—exclamó sin darse por agraviada de mi intempestiva alegría;—¿no sabéis quién es la madre Ana?

—Oigo ahora su nombre por primera vez.

—¡Parece mentira!—dijo con sincero asombro—¡pues si no hay en diez leguas á la redonda persona más conocida! En fin, os referiré lo que sé de ella, y juzgaréis si es merecida la fama de que goza.

Madre Ana es una honrada viuda sin hijos, que bien puede llamarse madre de todos los desvalidos, según se afana por aliviarlos y protegerlos. Vive á media legua de aquí, sola en su cabaña á la margen derecha del Urpeel, y no hay enfermo á quien no asista, dándose tan buena maña con sus hierbas y raíces, que ha hecho más curaciones que el más famoso de los médicos. Por las tardes junta á los chicos de las cercanías, les da pan y frutas para merendar y les enseña la doctrina con una paciencia que da gozo oirla. Ella suele poner paz entre matrimonios desavenidos, aconseja á las doncellas que dudan en la elección de estado, y cada palabra de su boca es una sentencia de admirable sabiduría. Id á verla, señorita; contadle la suerte que os ha cabido, y estad segura de que no os arrepentiréis de ello.

La lechera se despidió, y yo quedé reflexionando en lo que acababa de decirme. Iré á ver á la madre Ana, estoy resuelta á ello, y la escucharé como á un oráculo. Puesto que se desvela por favorecer á sus semejantes, ¿no ha de inspirarle compasión mi orfandad y desamparo?

10 de Marzo.

Decididamente hay grandes simpatías entre la nieve y yo: poco ha faltado para que vuelva á sepultarme en la mañana de hoy; pero ¡loado sea Dios! he luchado y he vencido.

Diez días hace que preparo mi segunda escapatoria, con la paciencia de un cautivo sentenciado á prisión perpetua; por fin hoy vi á Nicolasa entregada á la faena de un lavado monstruo; supe que mi tía se había encerrado en su departamento, prohibiendo que se la llamara hasta la hora de comer, y deslizándome á paso de lobo por la ancha escalera, seguida de *Lolo*, á quien mis amenazas habían conseguido reducir al silencio, pasé el umbral con la alegría de un muchacho que se escapa de la escuela para hacer novillos.

Me había recogido el traje lo suficiente para que no me estorbara al andar; calzaba gruesas botas, como las montañesas, é iba envuelta en una capa con capucha, que debió pertenecer á la más friolera de mis abuelas. Con tal equipaje, bien podía una aventurarse á caminar hasta el polo.

La choza de madre Ana se hallaba situada al pie de un bosque de pinos y abetos, cuyas altas ramas se extendían sobre ella como una segunda techumbre; la nieve había borrado las huellas de los visitantes del día anterior, y en el presente no se divisaba ninguna persona en cuanto terreno abarcaba la vista: mucho me agradó esta soledad, pues temía que de ser conocida mi visita, llegara en breve á oídos de la señorita de Castrojériz.

Llamé á la puerta, que estaba entornada, y se abrió inmediatamente. La misma anciana me franqueó el paso, con una agradable sonrisa.

—Pasad, señorita—me dijo con tanta naturalidad como si le hubiera hecho veinte visitas, siendo así que me veía por primera vez.

Antes de entrar dirigí al interior una mirada curiosa: todo estaba limpio y brillante; los escasos muebles coquetamente arreglados, y en la chimenea encendido un buen fuego; á un lado, y sobre las brasas, hervía una marmita, cuya tapa mal cerrada dejaba escapar un apetitoso perfume. Sentí alguna vacilación al pensar en qué forma expondría lo que deseaba decir; pero había adelantado mucho para retroceder, y entré resueltamente.

—Calentaos un poco—añadió la anciana, señalándome un sillón de paja próximo al hogar, donde me instalé, mientras *Lolo* se tendía á mis pies y alargaba con delicia sus patas hacia el fuego.

La madre Ana ocupó un escabel enfrente de mí y se puso á mirarme con benévola curiosidad: era de edad de más de setenta años, pero ágil, robusta y con un sello de bondad en el semblante, que predisponía en favor suyo: vestía cumplido refajo de bayeta azul y un capuchón de la misma tela, completando su tocado un pañuelo de seda obscuro que le cubría la cabeza, y del cual se escapaban algunos mechones de cabello blanco como la nieve. Sin parecer extrañar mi silencio, se inclinó hacia el fuego, lo avivó añadiéndole un puñado de sarmientos, retiró la marmita y la destapó: luego introdujo en ella un cazo de madera y lo sacó lleno de patatas y castañas sazonadas con olorosa matalahuva.

—¿Os gustan calientes?—me preguntó alargándome el cazo para que tomara parte en su refacción.

—Sí—contesté sonriendo á pesar mío; tanto me agradaba la sencillez de la madre Ana.

Eché en el espaldar del sillón mi capa cubierta de copos de nieve, que empezaban á liquidarse con la vecindad del fuego, y me puse á pelar una patata, cuya harina, plateada en fuerza de ser blanca, se veía por las aberturas del pellejo, lo cual probaba estar á punto de comerse.

La anciana tomó también con buen apetito parte del contenido del cazo, y esta cordial recepción me animó hasta el punto que le hablé de cuanto me sucedía, aunque teniendo que interrumpirme con frecuencia para soplarme la punta de los dedos y cambiar de una mano á otra la abrasadora patata.

A. HERMILL.

(Continuará.)

Á LOS OCHENTA AÑOS.....

Creedme, señores: mi tía Silvina, que en gloria esté, se casó á los ochenta años.....

—¡Angelito!—exclamó una linda morena.

—¿Era rica?—preguntóme un marquesito sin rentas.

—¡Riquísima!

—Pues ya lo comprendo: aceptaría la callosa mano de su mayordomo.....

—Se equivoca usted—contesté al aristócrata tronado.—Aceptó la mano del noble conde Roberto de Aranda, regidor perpetuo de una ciudad castellana, y más rico que mi tía Silvina.

—Joven y buen mozo, ¿no es verdad?

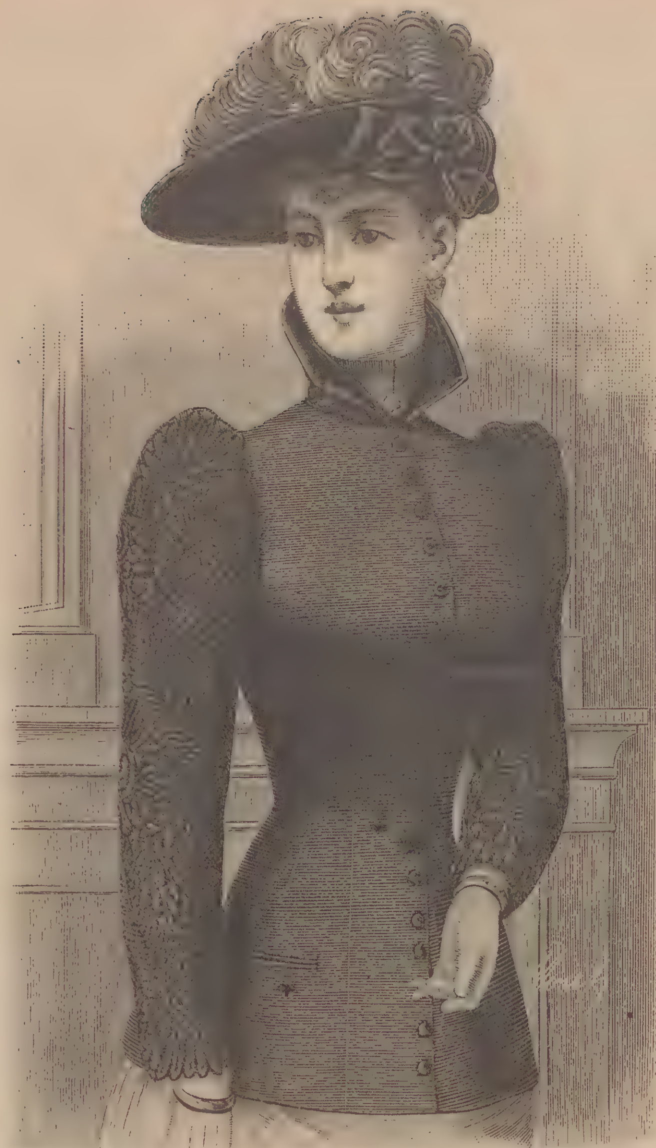
—Buen mozo..... no lo sé, porque jamás le vi; joven..... un año menos que mi tía: cumplió los setenta y nueve en el mismo día de la boda.

—¡Bravo! He ahí una historia que merece ser conocida—dijo la morena.—Cuéntela usted.

Y la conté, en efecto, del siguiente modo.

***

20. Vestido de cheviota. Espalda.
Véase el dibujo 21.
Explic. y pat., núm. II, figs. 19 á 28 de la Hoja-Suplemento.



15.—Chaqueta de lana rayada. Delantero.
Véase el dibujo 16.
Explic. y pat., núm. III, figs. 29 á 35 de la Hoja-Suplemento.

16.—Chaqueta de lana rayada. Espalda.
Véase el dibujo 15.
Explic. y pat., núm. III, figs. 29 á 35 de la Hoja-Suplemento.

23.—Chaqueta del traje para niños de 7 á 9 años.
Véase el dibujo 22.
Explic. y pat., núm. V, figs. 45 á 48 de la Hoja-Suplemento.

18. Capota Sylock.

17.—Manteleta de paño. Espalda.
Véase el dibujo 18.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 69 á 72 de la Hoja-Suplemento.

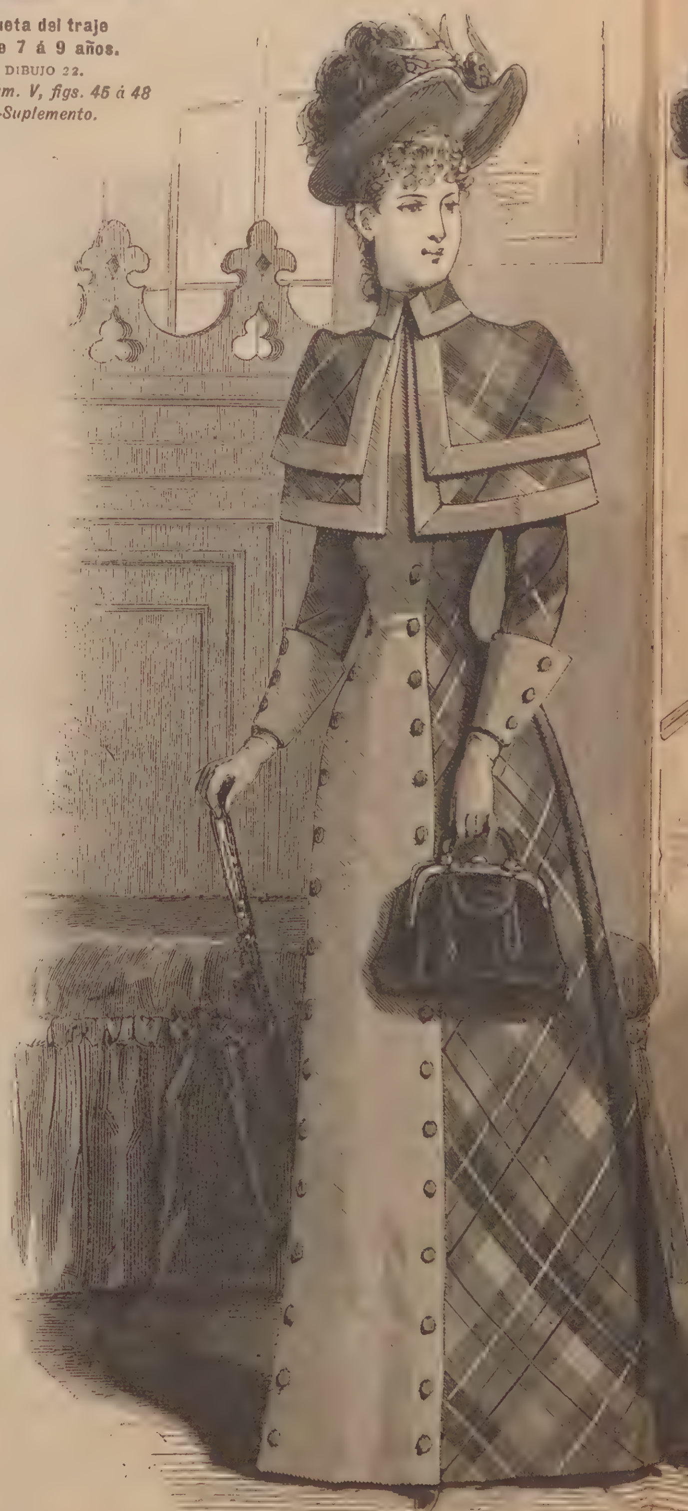
34.—Camiseta del traje para niños de 7 á 9 años.
Véase el dibujo 22.
Explic. y pat., núm. V, figs. 40 á 44 de la Hoja-Suplemento.

18.—Manteleta de paño. Delantero.
Véase el dibujo 17.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 69 á 72 de la Hoja-Suplemento.

26. Vestido para niñas de 7 á 9 años. Espalda.
Véase el dibujo 25.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 49 á 58 de la Hoja-Suplemento.

21.—Vestido de cheviota. Delantero.
Véase el dibujo 20.
Explic. y pat., núm. II, figs. 19 á 28 de la Hoja-Suplemento.

22.—Traje para niños de 7 á 9 años.
Véanse los dibujos 23 y 24.
Explic. y pat., núm. V, figs. 37 á 48 de la Hoja-Suplemento.



28 y 29.—Trajes de viaje.

25.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero.
Véase el dibujo 26.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 49 á 58 de la Hoja-Suplemento.

27.—Bata para señoras.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 59 á 65 de la Hoja-Suplemento.

Tía Silvina habitaba en Santander, en un viejo palacio que tenía cuatro torres tan altas como las de la catedral, y cuya soberbia portada exornaban dos marmóreos escudos nobiliarios.

Era una anciana seca, arrugada, que pasaba su vida solitaria yendo de una poltrona á otra; atizando el fuego de la chimenea, aun en verano, con manos trémulas y forradas de mitones de lana; ya adormeciéndose en dulce somnolencia, ya escuchando la voz cascada de un verde papagayo, tan viejo como ella, y á quien enseñó, cuando era joven, á decir aquello de «lorito real, para España y no para Portugal».

Y cuando, hacia el mediodía, el sol iluminaba los balcones del palacio, tía Silvina se arrastraba con paso torpe hasta la barandilla del principal, y contemplaba á lo lejos el mar y los buques del puerto, y también se dignaba mirar á las pobres pescadoras que pasaban por la calle con hondas banastas atestadas de sardinas.

No sentía dolores ni alegrías; no tenía ninguna nostalgia; esperaba el fin de su vida con tranquila indiferencia, como todo buen creyente, porque mi tía lo era, que confía en la infinita piedad de Dios.

Vivía con su criada, tan vieja como ella, y todas las noches la visitaba el conde Roberto de Aranda, ex diplomático, regidor perpetuo, caballero Sanjuanista y qué sé yo cuántas cosas más: el noble Conde la amó en sus mocedades, y tía Silvina le desdeñó con altivez, por haberle oído en cierto día elogiar la bravura de los soldados franceses en la batalla de las Pirámides.....

¡Oh! Era española de la gran raza, y para ella no había en el mundo soldados más valientes que los de Castaños, ni paisanos más heroicos que los de Zaragoza y Gerona.

El conde Roberto habitaba en otro barrio lejano, y todas las noches, á pesar de sus setenta y nueve años, hacía una larga visita á su antigua y desdeñosa novia: iba el buen viejo envuelto en su capa azul, apoyado en su grueso bastón de puño de oro y pisando firme con sus zapatos de doble suela y reluciente hebilla de plata; bebían los dos algunas tazas de té, al amor de la lumbre; jugaban á la brisca un par de horas, no excediendo cada partida de un cuartillo de real, como en aquellos benditos tiempos se decía.

Reinaba entre los dos ancianos una amistad verdadera, confiada, pacífica, tan dulce como el perfume de las rosas de invierno, cuyos pétalos, cuando se las deshoja, huelen á nieve.....

Algunas veces olvidaban su edad, y tenían delicadezas conmovedoras, casi infantiles: hablaban de su juventud, de los hermosos días de sus amores, y sonreían al contemplar en su mente dulces recuerdos como visiones de dicha reflejadas en limpio espejo; tía Silvina regalaba al conde Roberto exquisito pescado de Laredo y buen vino de la Rioja, y el conde Roberto correspondía á tía Silvina obsequiándola con las mejores violetas de sus jardines, y con los más exquisitos dulces de Madrid y París.

Y así pasaban la vida los dos nobles ancianos.

***

Habría sido cosa deliciosa verlos juntos en el salón del palacio de tía Silvina, á la luz de una lámpara velada por fina pantalla de tafetán amarillo, jugando á la brisca lentamente con sus trémulos y huesudos dedos, mirando las cartas á través de enormes gafas de cristal de roca y armadura de oro, reflejándose en los tapices de las paredes sus perfiles de ave de rapiña.

Y al final de la partida, el caballero retiraba su silla con aparente desenvoltura, se arriesgaba á proferir un cumplido de fina galantería, y se inclinaba para besar respetuosamente, por encima de los mitones, la arrugada mano que le abandonaba la señorita Silvina.

Y alguna vez murmuraba el Conde:

—¿Por qué fuiste, Silvina, tan cruel conmigo?

Y ella suspiraba sin responder, y los dos permanecían algunos minutos en silencio, pensando en su juventud pasada, en los tiempos felices en que sus corazones palpitaban de amor.

—¿Por qué fuiste, Silvina, tan cruel conmigo?—repetía el conde Roberto.

Y Silvina acababa por contestarle:

—¿Seríamos tan buenos amigos como somos hoy, señor caballero?

Y en seguida llamaba á la criada, permitía que el Conde la besase en las puntas de los dedos, le acompañaba hasta la puerta, y mientras él bajaba la escalera, agarrándose á la barandilla y apoyándose en su recio bastón, le decía con voz inquieta y casi maternal:

—¡Ten cuidado, Roberto! ¡no bajes los peldaños de dos en dos! ¡mira que el último está muy separado de los otros! ¡no te caigas!

***

Una noche conversaron tanto y bebieron tantas tazas de té con gotas de espirituoso ron de Jamaica, que poco á poco se cerraron los ojos de los dos viejos, y éstos quedaron dormidos, en sus respectivos sillones, con profundo sueño.

La criada no apareció á las once, según costumbre, porque su *señorita* no la llamó, y también ella dormía; las bujías se consumieron hasta las arandelas de plata; la lámpara y el fuego de la chimenea se extinguieron.....

Pasadas lentamente las horas de la noche, la luz del alba empezó á meterse por las rendijas de las verdes persianas; los pájaros cantaron en los árboles del jardín; en el templo cercano resonó el toque de la primera misa, la misa de los trabajadores y de los criados; la lluvia azotó bruscamente los cristales del balcón, produciendo notas agudas y sonoras; los carros de los hortelanos bajaban á la plaza del Mercado, y las vendedoras de sardinas pregonaban á gritos su fresca mercancía. ¡La vida se despertaba en la ciudad!

Tía Silvina abrió los ojos, bostezó ruidosamente, estiró los brazos, y cuando alzaba la mano derecha para persignarse, lanzó una exclamación de estupor en viendo al conde Roberto, que tenía la peluca torcida y la enorme corbata deshecha, y que aun roncaba pacíficamente en el fondo de su poltrona.

La exclamación de tía Silvina le despertó, y los dos ancianos se miraron con espanto, con un espanto cómico, cual si fuesen culpables sorprendidos por un padre ó un marido celosos.

¿Era posible aquello? ¿El conde Roberto de Aranda había pasado la noche enfrente de tía Silvina, y bajo el mismo techo? ¿Quién lo hubiera imaginado nunca? ¿Qué dirían las comadres de la vecindad, ávidas de escándalos?

¡Oh! ¿Aquella señorita de ochenta años habría de ser el ludibrio de la población? ¡Estaba horriblemente comprometida, ella, la siempre honesta, la inmaculada que no había cometido jamás un pecado venial!

¿Cómo salir de la casa el conde Roberto, en pleno día, sin que le vieran los vecinos, sin que se parasen á contemplarle, sonriendo maliciosamente, las gentes que le conocieran?

Y sobre todo, ¿qué pensaría la criada, chismosa incorregible, portadora de hablillas y manantial de murmuraciones?

La pobre tía Silvina se desesperaba, sollozaba, se tapaba el arrugado semblante con un pañuelo de fina batista de Holanda, y murmuraba con acento quejumbroso y golpeándose el pecho:

—¡Qué deshonor, Dios mío, qué deshonor!

***

Entonces el conde Roberto de Aranda tuvo un rasgo propio de la nobleza y caballerosidad que constituían el fondo de su carácter.

Rehízose el nudo de la corbata, ajustóse la peluca, tosió dos veces como hombre que se dispone á pronunciar un discurso, y adelantándose hacia el medio del cuarto, en actitud correcta, y profundamente conmovido, pronunció estas palabras:

—Hay un medio, señorita, sólo un medio de reparar nuestra distracción.....

—¿Cuál, cuál?—preguntóle tía Silvina, con tanta ansiedad como náufrago que se agarra á una tabla de salvación.

—Este—respondió con gravedad el conde Roberto:—¿quiere usted concederme su mano?

Tía Silvina le miró con ojos arrasados en lágrimas, y tembló de pies á cabeza; mas en seguida los dos viejos se abrazaron, sin decirse una palabra más.

. . . .

—Y he aquí, señores—concluí—por qué mi tía Silvina se casó en la tierna edad de ochenta años, con un jovencillo de setenta y nueve..... y no llevó en su féretro la blanca palma que hace pensar en las alas de los ángeles y en el cáliz de las azucenas.

EMILIA DE S***.

EN EL CUMPLEAÑOS DE BODA.

No me es posible explicar
Lo que quisiera decir,
Pues me había de faltar
Numen para improvisar
Y papel para escribir.

Hoy hace treinta y seis meses
Que en fortunas y en reveses
Son, con raras excepciones,
Unos nuestros corazones
Y unos nuestros intereses.

¡Tres años!..... Digo, no es cosa:
Y pienso fué ayer el día
Que el cura con voz calmosa
Me dijo si te quería.....
¡Vaya una pregunta ociosa!

Recuerdo que dije *sí*
Con voz tan clara y robusta
Que hasta el templo conmoví.
Dije que sí y no me asusta.....
Amalia, ¿te asusta á tí?

¿Son ya dichas ilusorias
Nuestro amor y nuestras glorias?.....
¡No!..... Bien pronto se repara;
¡Lo estoy leyendo en tu cara,
Que es mi libro de memorias!

Me quieres como yo á tí;
Los dos con pasión bendita;
Y si alguien duda de mí,
Ahí está nuestra Angelita
Que también dice que sí.

¡Ángela!..... nuestro embeleso,
Nuestro afán, nuestra fortuna,
Nuestro delirante exceso,
¡Dulce emanación de un beso
Que hizo de dos almas una!

¡Ángela!..... rayo fecundo
Que mis pesares destierra.
¡Ella, mi afán más profundo!
¡Ella, mi sol en el mundo!
¡Ella, mi cielo en la tierra!

¿Cómo poderte olvidar?.....
¿Cómo dejarte de amar
Si mi bien nació de tí?
¡Si juntas os llevo en mí
Y no os puedo separar!

Por mi amor no guardes pena;
¡Vive tranquila y serena
Como tranquilo me ves,
Que me tienes á tus pies
Prisionero en su cadena!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á LUISETA.—Si el regalo que se quiere hacer es de precio, podrá consistir en alguna alhaja, sortija, broche, pulsera, etc.; y si es de menos precio, en un juego de tocador, de lámparas, ú otro objeto análogo.

Las colchas que indica se adornan con encaje torchón, ó festoneadas en todo alrededor. Las sábanas también se adornan con encaje torchón, ó Valenciennes, y cenefas bordadas. Unicamente en los juegos de diario pueden bastar el jaretón y las iniciales.

Á HELIOTROPO BLANCO.—Ha tenido usted mucho gusto para elegir el figurín, y el traje de luto que desea hacerse estará muy elegante con esa forma.

Procure buscar una lana de dibujo con ramos, si es posible, y si no, de rayas, cuadritos, lunares, medias lunas, etc., y adornar el traje con encaje de Chantilly y *choux* de cinta de faya ó piel de seda.

Sí; se llevarán en ambas estaciones los sombreros grandes, y el que usted ha elegido es precioso.

Á ELISTRA.—Para boda los trajes claros dominan mucho, y son lo más elegante. Los tonos verde Ofelia muy claro, verde agua, azul turquesa, malva claro, rosa marchita, solo ó mezclado con gris, son los colores más aceptados y elegantes.

Las señoras de alguna edad llevan trajes obscuros ricamente adornados; por ejemplo, heliotropo obscuro, azul Francia, verde obscuro, etc., con bordados de oro, plata y sedas.

Á UNA ZAMORANA.—Tengo el gusto de ofrecerla, como pide, la receta para hacer *camuesas merengadas*.

Póngase en un plato hondo cantidad suficiente de mermelada de camuesas, bien azucarada, de manera que forme una pirámide; cúbrase toda ésta con claras batidas á la nieve; espolvoréese después con azúcar tamizada, en la que se habrán puesto raspaduras de corteza de limón y de naranja, y en seguida se garapiña la superficie de la pirámide con azúcar piedra, partida en pequeños granitos.

Se pone al horno, para que tome buen color y consistencia, cuidando de que aquél tenga poco calor.

Á D.ª MARÍA R.—Le diré, según desea, un medio de *conservar las judías verdes* para el invierno.

Se escogen las judías que sean tiernas, se mondan y se ponen en agua fría, y en seguida en agua hirviendo, donde se tienen nada más que un momento. Después se escurren y se ponen en tarros, echándolas por encima una fuerte salmuera, y por último una capa de aceite. Se cubre cada tarro con un pergamino, y se conserva en sitio seco.

Á ELOÍSA.—Los almohadones para camas de matrimonio son de dos varas de largo, y del ancho de la tela (que se fabrica con ese objeto expreso), la cual suele tener de 86 á 90 centímetros. Para cama pequeña, los almohadones son de vara y media de largo (un metro 26 centímetros), y el mismo ancho que los de cama grande. Las iniciales se ponen en los dos extremos y á una altura, sobre el jaretón, de 5 á 6 centímetros.

Á HORTENSIA.—Las telas que se anuncian para este otoño son los pañetes y lanas gruesas en color tierra, gris y madera, cuando son colores lisos, y además se llevarán con profusión los cuadros grandes formados por rayas finas, amarillas, blancas, rosa ó grises, sobre pañete azul pálido ó de color gamuza.

Los paños lisos se adornan primorosamente con bordados de oro, plata y perlas, y el paño azul-Francia obscuro se llevará mucho mezclado con paño blanco.

Á UNA AFICIONADA.—El *gazapo salteado con trufas* está exquisito.

Se pone en una cacerola, con manteca, sal y pimienta; cuando está dorado se saca, y se echa en la manteca á freír una cucharada de harina. Se añade vino blanco y un poco de extracto de carne Liebig, desleído en una cucharada de agua tibia; se deja cocer unos instantes, y luego se echa el gazapo con trufas cortadas en pedazos, dejándolo cocer un cuarto de hora. Se sirve en un plato, bien caliente, echándole por encima la salsa.

Á CAROLINA.—Las casacas ó chaquetas con faldones largos son las más elegantes, y van adornadas invariablemente con el cuello Médicis.

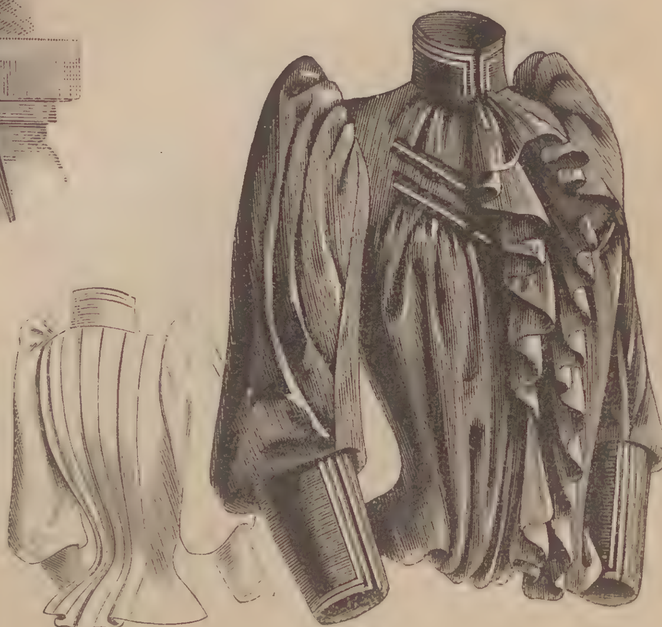
La describiré una de este género, de paño azul-gris obscuro: las solapas son de paño blanco, bordado de azul, abriéndose sobre un chaleco de paño azul: estas solapas van sujetas con botoncitos esmaltados. Cuello Médicis forrado de blanco.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

1. Cifra para pañuelos de niños.—2. Rafael, nombre para pañuelos.—3. Enlaces IN y LT, para idem. -4. Continuación de abecedario para manteles.—5. Nombre de Herminia, Jesús y Clotilde, para bordar en pañuelos con hilo filipino.—6. Enlace LN y nombres de Ursula, Carolina y Patrocinio, para marcar pañuelos

31.– Casaca de entretiempo.

30.—Traje de paseo.



33 y 34.—Corpiño para señoritas. Espalda y delantero.

37 y 38.—Manteleta de visita. Espalda y delantero.

32.—Paletó de otoño.

35 y 36.—Deshabillé Fígaro. Delantero y espalda.

Á UNA RECIÉN SALIDA DEL COLEGIO.—Los sombreros de terciopelo se llevarán mucho adornados con profusión de plumas. En cuanto á su forma, será grande; pero no la puedo indicar alguna de las que publicamos, porque es más conveniente probarse el sombrero y escoger la forma que haga mejor á la cara.

En nuestro número del 6 de Septiembre hay un *smoking*, señalado con el núm. 28, donde puede ver la forma.

Me parece bien la hechura que indica para el vestido de pañete claro, tela que se llevará mucho este invierno. La esclavina estará muy elegante haciéndola color *beige*, con canesú bordado de color café y toques de oro.

Á UNA ELEGANTE.—Voy á darle una idea para el traje de interior que quiere hacerse. Este puede ser de crespón de la India rojo, con el cuerpo plegado en acordeón hasta la cintura, abrochado bajo un galón de oro y seda azul pálido. Un cinturón del mismo galón se anuda en la cintura por delante, y cae hasta el borde del vestido, terminando en fleco. Esta bata resultará elegantísima.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 35.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición.

TRAJES DE OTOÑO.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Traje de lana y terciopelo color ciruela, y bordado ciruela y oro.*—Fondo de falda de seda color ciruela, fruncido y recubierto de una segunda falda de lana, drapeada por delante y plegada en abanico por detrás bajo un *choux* de cinta de terciopelo; el costado derecho va adornado con una ancha franja de bordado ciruela y oro, que sube por el delantero. La falda es independiente del cuerpo, mas va montada de manera que los pliegues disimulan el empiece del mismo cuerpo, el cual debe ser bastante largo.

Cuerpo de lana, que se abrocha en el costado y lleva adorno de bordado. Manga Isabel, de terciopelo ciruela, con puño bordado.

Capotita del mismo color del traje con encaje bordado de oro, y *sprit* también de oro.

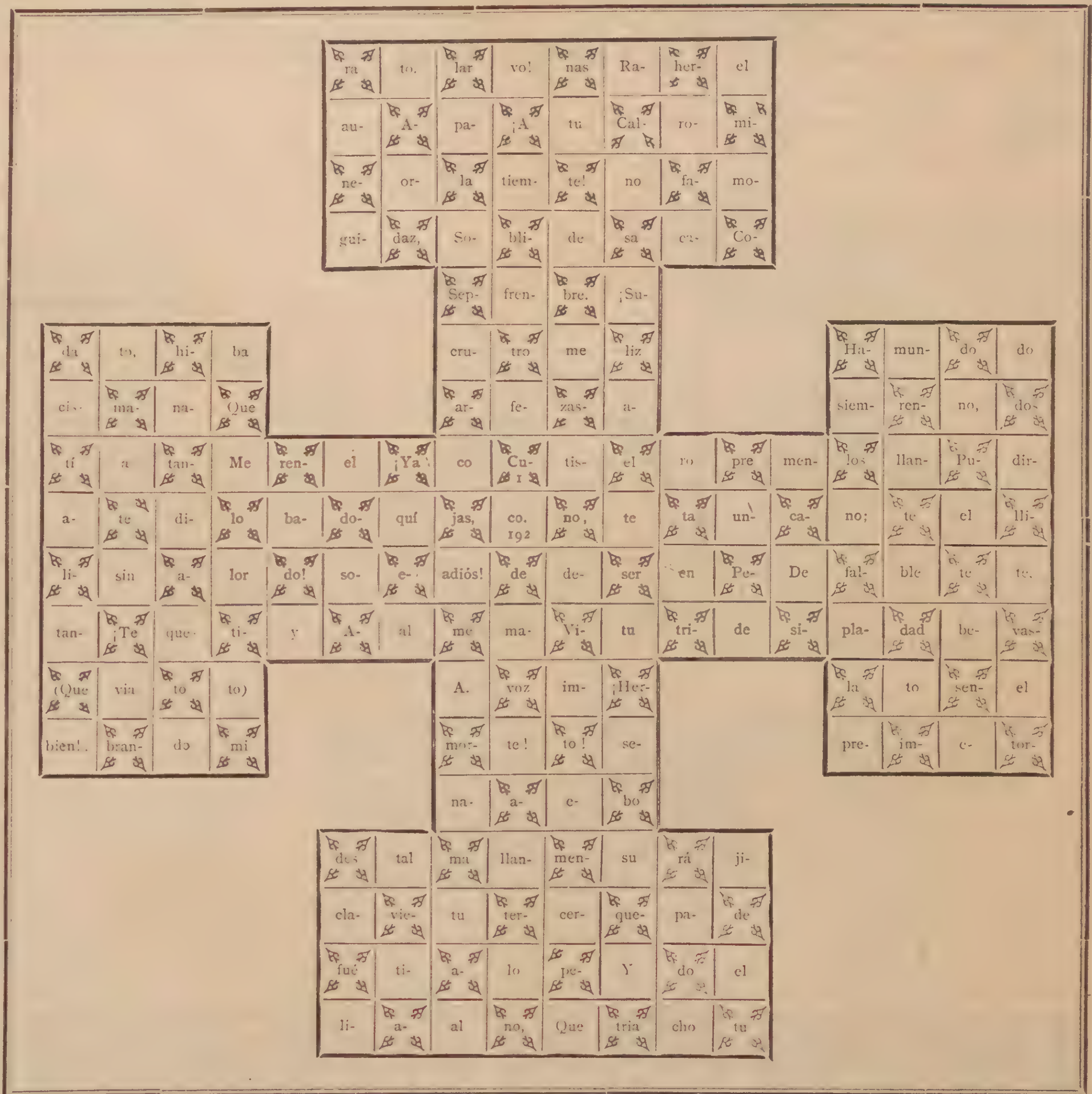
2. *Abrigo largo de entretiempo, de paño beige y terciopelo marrón.*—Este elegante abrigo va adornado con una esclavina traída hacia el delantero, de muy graciosa forma y que no hace grueso el cuerpo. Tiene un pliegue en el hombro, que sigue hacia la espalda, y un grupo de frunces sobre el brazo, que forma la manga; por detrás es redonda como una esclavina ordinaria (véase la espalda del figurín), y el delantero termina en punta, bajo un golpe de pasamanería *beige* que frunce un poco la parte anterior del abrigo. Cuello Médicis forrado de terciopelo, y delantero del mismo terciopelo, abrochado en un costado. Manga de codo, con vueltas de terciopelo marrón.

Sombrero de encaje negro, adornado con plumas negras y *beige;* lazo y bridas de este último color.

INFORMES PARISIENSES.

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR DOÑA MANUELA SERRANO.



PRINCIPIA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 192.

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** (*Maison Leconte*), 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Vicente Ferrer y en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

AGUA DIVINA

llamada

AGUA de SALUD

E. COUDRAY

Preconizada

PARA EL TOCADOR

Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**.

DIENTES BLANCOS

Higiene de la Boca

EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera Agua de Botot

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS

ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.

DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca **Botot**, *superior como primor y perfume.*

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida. Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confíen sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tejidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

PILDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**,

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, en casa de los Sres. José Lafont, 22, calle del Call.

«AJUSTA COMO UN GUANTE.»

THOMSON'S

GLOVE-FITTING.

OCHO PRIMERAS MEDALLAS

MARCA DE FÁBRICA

CORSÉ

Perfección en la hechura, en los detalles y duración ***Aprobado*** por todas las elegantes del mundo.

Vendidos hasta la fecha: más de **un millón** por año. Pedidos hechos por Comerciantes de todo el mundo.

Fabricantes: W. S. THOMSON & CO., LTD., LONDON.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

¡AVISO AL PÚBLICO. — Desconfíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados.

Piesse & Lubin

TRADE MARK. — MUSK DEER

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París. — Depósito en Barcelona, José Lafont, 22, calle del Call.

Dentifricos de Rigaud y C.ía

PERFUMISTAS EN PARIS

La generalidad de los polvos dentífricos rayan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisiense no emplea hoy más que los dos productos siguientes:

1° La **CREMA DENTIFRICA de RIGAUD** que, humedecida por el agua, forma un mucílago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la cáries.

2° La **DENTORINA RIGAUD**, elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, disipa la irritación de las paredes bucales en los fumadores, activa la circulación sanguínea en las encías y les da el color sonrosado natural á la salud, previniendo la cáries. Es un calmante excelente en los dolores de muelas más violentos.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C.ía

COMP.ÍA LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

VERD.RO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

JULIA DE ZUGASTI.

Á LAS DOS PALABRAS
C. HORTALEZA, 1.

LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSÉS

HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI

CORSETERAS DE LA REAL CASA

y premiadas en varias Exposiciones

Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud*, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia.

Se remiten á provincias y al extranjero.

VINO DE BUGEAUD

TONICO NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias,
reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.
EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.° mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.° mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.° mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid*.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, el marmol.— **DUSSER**, Inventor, 1, **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Septiembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 36.

SUMARIO.

1 á 6.—Trajes de otoño para niñas y niños.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Una estación abortada.—Modas de otoño.—Transformación del talle.—Consejo á las personas gruesas.—El fichú *petit-abbé*.—Sombreros y peinados.—Una niña práctica.

En medio de esta revolución de los elementos, es punto menos que imposible hallar materia para una crónica de modas. Cuando llueve á cántaros, como durante toda la segunda quincena de Agosto y lo que llevamos de Septiembre, las *toilettes* elegantes se eclipsan como el sol, envolviéndose en obscuros mantos, como las pardas nubes que cubren el cielo; pero cuando el sol se muestra de repente con esplendor sin igual, como sucede siempre en esta época, cada cual se da prisa á engalanarse con los claros y vaporosos atavíos de verano, que apenas había podido exhibir, y la estación de otoño queda por el momento aplazada. Puede decirse que la época presente, sobre todo este año, es la más pobre y estéril en materia de modas.

***

Así, pues, pocas novedades podré anunciar hoy á mis lectoras. Lo único que señalaré es la transformación manifiesta que se está operando en el talle femenino. En efecto, según lo anuncié tiempo há, el talle se transforma, y como no podemos mudar lo que es obra de la Naturaleza, es al corsé á quien pedimos las líneas y las formas que constituyen ahora el ideal de todas las elegantes.

No veremos de hoy en adelante más talles rígidos, estirados, de pecho alto y opulento. Para ser bella en la actualidad, y de una elegancia irreprochable, hay que ser flexible como una bayadera, con un abandono lleno de gracia y de coquetería. La cintura es delgada y completamente redonda, el talle muy largo, pero sin que se advierta la presión de las ballenas y aceros: diríase que ha desaparecido el corsé; y se comprende sin dificultad lo que favorece á la mujer este nuevo modo de vestirse.

Los corpiños plegados se prestan mucho mejor que los ajustados á esta transformación del talle; así es que se les lleva más que nunca. Muchos de ellos, sin aldetas, van sujetos con un cinturón un poco alto; otros tienen la espalda de una sola pieza, ligeramente fruncida. Muchas fajas de terciopelo ó de seda floja sujetan el talle, á manera de corselillo, y acentúan su flexibilidad.

Las personas un poco gruesas que no pueden, sin inconveniente, renunciar á la tiránica opresión del corsé, y no podrían envolverse el talle en una banda plegada ó un cinturón alto, siguen más fieles que nunca al *chaqué* ó á la chaqueta, que se hace de mil modos, con chaleco-camisolín de formas sumamente variadas.

***

Mi opinión sobre este asunto es que las personas gruesas hacen mal en ajustarse con exceso, como lo practican generalmente. No hay nada más desagradable á la vista ni que acentúe de una manera más desventajosa la obesidad.

Un corsé demasiado apretado hace rebosar por encima y por debajo del talle ciertas rotundidades que no saben, por decirlo así, dónde alojarse, y que forman una especie de jorobas hasta en la espalda. He visto algunas señoras gruesas apretarse el corsé hasta el extremo que las redondeces estaban tan acentuadas en la espalda como en el pecho. Las caderas desbordan; el paso, dificultado por el maldito corsé, se hace más pesado; la barba descansa sobre el pecho; en fin, la persona así agarrotada ofrece un espectáculo triste, penoso.

Si las personas de que voy hablando quieren seguir mis consejos, no se aprieten en demasía, no lleven confecciones enteramente ajustadas, sino siempre chaquetas con delanteros flotantes ó plegados; ni colores claros, ni telas rameadas ni de cuadros, sino colores obscuros, listas y, por lo general, telas flexibles y sedosas que se adapten bien al cuerpo.

***

Por lo que hace á las jóvenes y esbeltas, pueden seguir el capricho de la nueva moda, llevando el talle muy largo y redondo, con un cinturón ó faja que deja al busto toda su gracia y su abandono.

***

Entre las novedades que señalé últimamente, el fichú llamado *petit-abbe* es una de las que más se han generalizado. He aquí un modelo, de *surah* color de rosa antiguo, con un traje de vigoña azul marino. Hay que notar que este fichú no se introduce por la abertura del corpiño, sino que va puesto por encima.

***

En la estación que atravesamos, los sombreros son mucho más pequeños que en la pasada. Las capotas son tan diminutas, que consisten en una corona de flores para teatro, ó en varias bandeletas, ó un torzal de terciopelo ó crespón para calle (véase la figura).

Respecto á los sombreros redondos, siguen siendo de la forma Luis XV, con alas estrechas, muy cortas y levantadas por detrás. Como adornos, un mochuelo, varias alas de paloma torcaz, orejas de terciopelo, una corona de rosas, una banda de terciopelo de color raro un poco obscuro.

***

El peinado se halla también en ple..a transformación. Los cabellos alisados han pasado de moda. Toda la cabeza forma ondas, como si estuviese despeinada, y un

rodete muy pequeño va retorcido por encima de la nuca, bajo el ala del sombrero, atravesado por un alfiler de diamantes ó por otra joya más ó menos rica.

***

Un *bebé* «fin de siglo»:

La niña Laura viaja en ómnibus, sentada sobre el regazo de su mamá. Un rayo de sol la molesta visiblemente, cuando un caballero amable que lo nota, baja la cortinilla.

La mamá:

—Niña, da las gracias al señor.

Laura, sorprendida:

—¡Y por qué, si no me ha dado nada!

V. DE CASTELFIDO.

París, 23 de Septiembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Trajes de otoño para niñas y niños.—Núms. 1 á 6.

Núm. 1. *Trajes para niños de 8 años*.—Se hace este traje de paño azul marino; se compone de un pantalón con ligas y un paletó semilargo, de espalda ceñida y y delantero cruzado, cuya parte superior va escotada sobre un peto de lana, añadido á cada lado bajo los delanteros y bordado de un ancla. Cuello en pie en el peto, y cuello á la marinera hecho de seda encarnada y montado sobre el paletó. Una cordonadura de seda negra pasa bajo el cuello y se fija sobre el pecho. Carteras de bolsillo en las caderas.—Sombrero bretón, de fieltro negro.

Tela necesaria: 2 metros de paño, y 50 centímetros de seda encarnada.

Núm. 2. *Vestido para niñas de 8 años*.—Este vestido, que es de lana azul obscuro, va guarnecido de muselina de seda azul celeste festoneada. Falda plegada con pliegues redondos, y chaqueta de aldetas aplastadas, cuya chaqueta se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros abiertos sobre un camisolín ancho de muselina, añadido sobre unos delanteros de forro que se cosen á la chaqueta en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Un volante festoneado, de muselina de seda, figura un cuello redondo en la espalda y cae por delante formando unas solapas fruncidas. Cinturón plegado de muselina sujetando los pliegues del camisolín. Cuello alto de lana. Manga de codo con cartera de muselina de seda.—Sombrero de ala ancha, hecho de fieltro azul y guarnecido de cinta de terciopelo azul.

Tela necesaria: 3 metros 50 céntimetros de lana, y un metro 25 centímetros de muselina.

Núm. 3. *Paletó para jóvenes de 14 años*.—Este paletó, semilargo, es de paño color de piel, con mangas, cuello y bolsillos bordados de seda. Se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero cruzado, con cuello chal en lo alto. Manga de codo. En las caderas, aberturas de bolsillos con carteras de seda bordada.—Sombrero de fieltro, guarnecido de cinta y de plumas.

Tela necesaria: Un metro 70 centímetros de paño.

Núm. 4. *Traje para niños de 6 años*.—Se hace este traje de sarga de lana azul, y se compone de un pantalón ancho, abrochado por debajo de las rodillas, y una blusa á la marinera, con espalda y delanteros rectos, que se doblan hacia dentro. Unos botones cierran el delantero, el cual se abre sobre una camisa de seda blanca bordada. Cuello puntiagudo, de sarga azul. Manga ancha, cuya parte inferior va estrechada con unos pliegues cosidos que forman puño. Bordado en el brazo izquierdo y en la pechera de la camisa. Bolsillo en el lado izquierdo. Cuello á la marinera, de seda blanca.—Gorra de lana azul y corbata de seda del mismo color.

Tela necesaria: 2 metros de sarga de lana, y 75 centímetros de seda.

Núm. 5. *Traje para niñas de 10 años*.—Se le hace de lana azul obscuro, y se le guarnece de un punto ruso hecho con seda encarnada y dispuesto en forma de entredós ancho en el borde inferior de la falda, sobre un cinturón-corselillo y en los puños y cuello en pie. Un volante de encaje blanco forma cuello y solapas. Falda ancha, montada con fruncidos, y corpiño ancho, con espalda y delanteros fruncidos en el escote y estrechados en la cintura con el corselillo, que se cierra bajo el brazo. Manga ancha, con puño ajaretado.—Sombrero de fieltro color de piel, con ala ancha y guarnecido de cinta azul y encaje blanco.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de lana, y un metro 75 centímetros de encaje.

Núm. 6. *Traje para niñas de 13 años*.—Se hace este traje de cachemir gris plata y se le guarnece de crespón de la China bordado. Se compone de una falda ancha, terminada en un volante fruncido con cabeza y un entredós de crespón bordado. El corpiño termina en un cinturón-corselillo de crespón plegado, que se cierra en medio por detrás con una rosácea de crespón. Espalda lisa con centro ancho estrechado en la cintura con una serie de pliegues. El centro de delante va ajaretado en el escote y dispuesto en forma de camisa plegada. Los lados de delante son planos. Cuello alto ajaretado. Un volante de crespón bordado va dispuesto en cuello vuelto redondo y forma solapas por delante. Manga ancha, sujeta con un puño alto de crespón bordado. Los delanteros se cierran en la izquierda, bajo el volante.—Sombrero de fieltro gris con ala ancha, arqueada y forrada de terciopelo azul. Este sombrero va guarnecido de crespón gris y terciopelo azul.

Tela necesaria: 6 metros de cachemir, y 2 metros 50 centímetros de crespón.

Banda de tul.—Núms. 7 y 8.

Esta banda, que tiene un metro 50 centímetros de ancho, es de tul blanco de motitas, el cual se borda con lana gruesa blanca formando dos hileras (véase el detalle de la banda). La hebra de lana forma un nudo en cada mota. Se corta la hebra entre los nudos y se dobla el tul de seda ligera, blanca ó de color, ó de gasa. Se adorna la banda con un fleco compuesto de presillas, para cuyo fleco se toma una hebra triple, que se reune á intervalos de un centímetro y medio con un lazo hecho con una hebra sencilla, que forma más adelante la unión. Hecho esto, se corta la hebra de unión sobre la banda á intervalos de 2 centímetros, formando presillas de 5 centímetros de largo.

Mantón al crochet.—Núms. 9 y 10.

Nuestro modelo va hecho con lana amazona azul pálido y un crochet ó gancho bastante grueso. El dibujo 10 representa el fondo del mantón, de tamaño natural. Se hace una cadeneta de 82 mallas (labrando *flojo*) y se ejecuta, siempre yendo:

1.ª *vuelta*.—2 mallas (separadas por un echado) recogidas sobre la 2.ª malla siguiente; todos los lados de mallas que se encuentran en el crochet van reunidos en una malla que se termina *;—se saca la malla á fin de darle un centímetro de largo; se echa la hebra; una malla recogida en al lado de malla formada por la conclusión de las mallas, y después 2 mallas separadas por un echado y levantadas sobre la 2.ª malla siguiente de la cadeneta. Todos los lados de mallas que se encuentran en el crochet van reunidos en una malla que se termina. Se vuelve á empezar desde *.

2.ª á 38.ª *vueltas*.—Como la vuelta anterior; pero las 2 mallas separadas por un echado que han sido levantadas en la 1.ª vuelta sobre las mallas de la cadeneta, van siempre recogidas sobre los dos lados de mallas de la vuelta anterior con las cuales se han terminado todos los lados de mallas de la división más próxima del dibujo. Y además, en la última vuelta se recogen siempre tan sólo las dos primeras mallas de la división del dibujo. Después de haber terminado éstas, se hace una malla al aire.

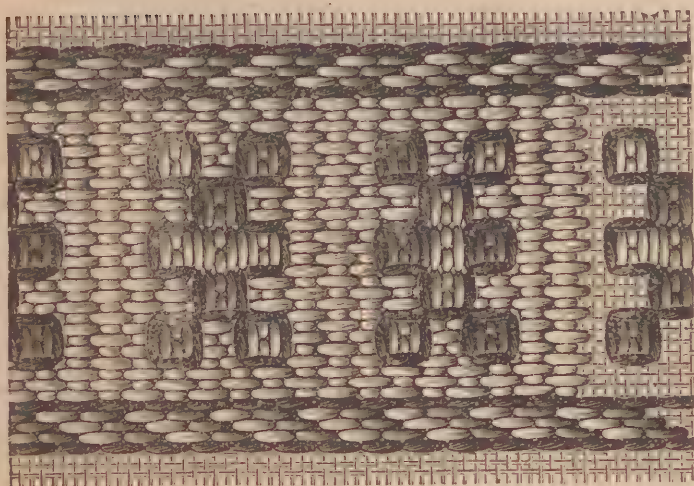
CENEFA QUE GUARNECE EL FONDO.

1.ª *vuelta*.—* 30 mallas al aire, — se forma un círculo con las 9 últimas, haciendo una malla-cadeneta para formar un anillo, — 18 mallas simples sobre el círculo y una malla-cadeneta sobre la primera de estas mallas, — + 13 mallas al aire, — se forma un círculo en las 9 últimas como anteriormente, — 18 mallas simples sobre el círculo y una malla-cadeneta sobre la primera de las 18 mallas simples, — se vuelve á principiar otra vez desde +, — después 5 mallas al aire, — una malla-cadeneta sobre la 17.ª de las 30 mallas al aire anteriores, — se vuelve á principiar otras 27 veces desde *, — se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla de esta vuelta.

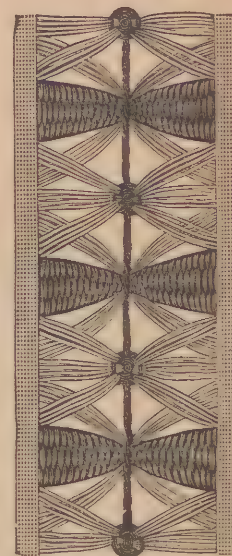
2.ª *vuelta*.—Se fija de nuevo la hebra, * 6 mallas simples sobre las 6 mallas del medio de las 16 mallas libres de las 30 primeras mallas al aire de la división más próxima del dibujo, — + 3 mallas simples sobre la 3.ª á la 5.ª de las 18 mallas simples del anillo más próximo, — 3 veces, alternativamente, un piquillo, — se pasa la malla más próxima, — 2 mallas simples sobre las 2 mallas siguientes, — una malla simple sobre la malla más próxima, — se vuelve á empezar otras dos veces desde +, — después se principia de nuevo desde *, pero á cada repetición desde * se unen el 1.º y 2.º piquillos al último y penúltimo de la anterior división del dibujo, y

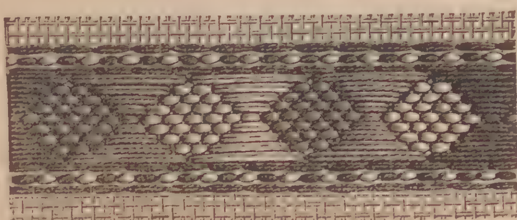
7. Banda de tul. *Véase el dibujo 8.*

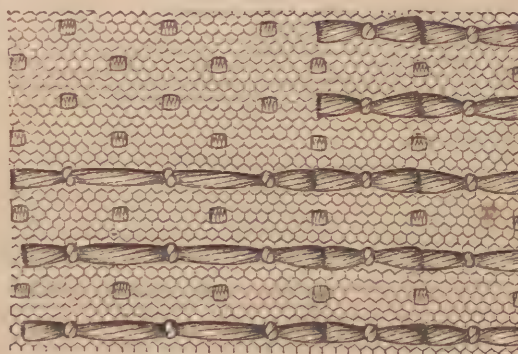
9.—Mantón al crochet. *Véase el dibujo 10.*


11.—Galón para alfombras y almohadones.

13. Toalla bordada. *Véanse los dibujos 14 y 15.*


15.—Lista calada de la toalla. *Véase el dibujo 13.*


12.—Galón bordado para trajes de niños.


8.—Detalle de la banda de tul (tamaño natural). *Véase el dibujo 7.*

10.—Fondo del mantón al crochet (tamaño natural). *Véase el dibujo 9.*

14.—Mitad de la cenefa de la toalla. *Véase el dibujo 13.*

se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 1.ª malla de esta vuelta.

3.ª *vuelta*.—Del otro lado de la 1.ª vuelta * 14 mallas simples sobre las 14 mallas del centro de las 16 primeras mallas de las 30 mallas al aire más próximas, pero no se termina aún la última de estas mallas, — una brida quíntuple, cuyo lado de malla superior se termina con la malla simple anterior, sobre la primera malla simple del anillo del medio de la división más próxima del dibujo, — se vuelve á empezar desde *, — se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta.

4.ª *vuelta*.—* Una malla al aire, — un echado, — 3 mallas separadas cada una por un echado y levantadas sobre la 2.ª malla siguiente, — todos los lados de mallas que se encuentran en el crochet, á excepción de la malla que precede al primer echado, van reunidos en una malla, y se terminan los dos últimos lados de mallas. Para concluir, se hace una malla-cadeneta sobre el lado de malla de esta vuelta, que precede la primera malla al aire.

5.ª *vuelta*.—Como la vuelta anterior, pero el dibujo debe hacerse en sentido contrario.

6.ª *vuelta*.—Una malla simple sobre cada malla; — se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta.

Galón para alfombras y almohadones.—Núm. 11.

Se ejecuta este galón sobre cañamazo no dividido con sedas de diferentes colores al punto plano. Para las cenefas que adornan el galón se hacen, con seda marrón, unas costuras pespunteadas, haciendo cada punto sobre 4 hebras. La parte interior va llena con seda encarnada, azul, verde y amarilla. El fondo va hecho con seda crema, ejecutándose cada punto sobre 2 y 4 hebras. Las tiras estrechas del borde exterior se hacen con seda encarnada y seda amarilla.

Galón bordado para trajes de niños.—Núm. 12.

Este galón va bordado sobre cañamazo no dividido al punto plano, con sedas de varios colores. Los dibujos cuadrados se ejecutan con seda bronceada de dos matices, haciendo cada punto sobre 2 hebras. El fondo va lleno con puntos prolongados hechos con seda azul de tres matices: las hileras, rectas, se ejecutan con seda marrón, haciendo cada punto sobre 4 hebras. Los puntos que están entre las hileras se hacen, alternativamente, con seda encarnada y blanca. Cada punto va hecho sobre 2 hebras del cañamazo.

Toalla bordada.—Núms. 13 á 15.

Esta toalla, hecha de lienzo grueso blanco, lleva en sus bordes transversales un dobladillo de 5 centímetros. Se guarnece uno de los lados transversales de una cenefa bordada y adornada con una lista calada.

Para ejecutar la cenefa, se pasa el dibujo (véase el dibujo 14) del fondo; se llenan las hojas y flores con puntos hechos con algodón blanco, y se les rodea con unos puntos de cordoncillo hechos con algodón encarnado. Para hacer la lista calada de ambos lados de la cenefa, se sacan las hebras á lo largo sobre 2 ½ centímetros de ancho, y se bordan las hebras transversales que quedan con algodón encarnado, al punto de zurcido. Se pasa en medio una hebra de algodón igual, yendo y viniendo, y se cruzan las hebras *flojas*, que van adornadas con ruedecitas. Una marca bordada al pasado con algodón encarnado y blanco completa la toalla.

Capota de tul para teatro.—Núm. 16.

Esta capota, bullonada, va hecha de tul negro con puntitas de azabache. Unas barretas de azabache fijan los bullones y ribetean los bordes de la capota. Peineta de azabache puesta por delante, á guisa de penacho, sobre un *pouf* de tul negro. Bridas de cinta de terciopelo.

Manteleta Saladino.—Núms. 17 y 18.

Cuerpo de fichú con espalda y delantero de encaje de Chantilly, estrechándose en punta en la cintura. Aldetita postillón formada con un volantito de encaje y banda de encaje en torno de la cintura, anudada por delante y terminada en dos caídas con adornos de azabache. Un volante ancho de encaje va montado en el borde de un canesú de terciopelo guarnecido de encaje, y se abre en la espalda y en el delantero. Un fleco *lluvia* de azabache va puesto sobre los delanteros, sobre la espalda, y por encima de los brazos. Cuello alto abarquillado, de terciopelo forrado de encaje. Esta manteleta va forrada de seda negra.

Manteleta corta de entretiempo.—Núm. 19.

Se compone de una esclavina doble de terciopelo y *surah*. Esta última va montada sobre un rizado. Cuello en pie.

Abrigo para niñas de 9 años.—Núms. 20 y 21.

Se hace este abrigo de lanillla fondo *beige*, y se compone de una falda añadida, abierta en forma de levita sobre un delantal estrecho cubierto de volantes recortados, y un corpiño con espalda, lados de espalda y de delantero y delanteros abiertos sobre un peto puntiagudo, añadido á cada lado sobre el borde de los delanteros. Un volante recortado pasa por encima de los hombros, y desciende formando tirantes sobre la espalda y los delanteros. Cuello alto. Cinturón anudado por delante, con lacito en medio de la cintura por detrás. Manga de codo abrochada.

Tela necesaria: 3 metros 75 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho.

Corpiño de soirée para señoritas.—Núm. 22.

Es de terciopelo color de lirio, y va bordado de plata. Chaleco de seda *beige* con bordado Pompadour. Faja y adornos de seda color de oro. El corpiño se compone de una chaquetilla Fígaro de terciopelo bordado, con delantero redondo y espalda ceñida, la cual termina en una aldeta de seda *beige* adherida al chaleco. Este va ajustado con dos pinzas y cerrado por delante. La faja, que es muy ancha, pasa bajo la chaquetilla. Cuello arqueado de terciopelo forrado de seda botón de oro, y cuello alto y plegado en el chaleco. Manga de codo semilarga de terciopelo, con carteras plegadas de seda botón de oro. La falda que acompaña á este corpiño es de seda ó lanilla del color del chaleco.

Casaca de terciopelo.—Núm. 23.

El cuerpo es el de una chaqueta de terciopelo negro liso y aplicaciones de terciopelo negro sobre seda verde lagarto. Los adornos son de pasamanería bordada de oro. El cuerpo se compone del centro de la espalda y del delantero, hechos de aplicación, y los lados de espalda y de delante, de terciopelo liso, los cuales se prolongan para formar una aldeta plana guarnecida de fleco, y van cubiertos enteramente de pasamanería. Manga pagoda de aplicación y manga esclavina de terciopelo. Ambas mangas van guarnecidas de una tira de piel de zorro azulado. Cuello alto de pasamanería.

Corpiño para señoritas.—Núm. 24.

Se hace este corpiño de crespón de la China azul obscuro bordado. La parte inferior de la manga y el camisolín son de crespón de la China color de rosa pálido. Delantero de cinturón de pasamanería de plata, formando una V, cuyo cinturón pasa bajo el delantero de crespón bordado, que va recortado en punta. El corpiño se compone de espalda recortada en forma de V, lados de espalda y de delante, y delanteros abiertos sobre el camisolín, el cual va plegado como indica el dibujo y añadido sobre unos delanteros dobles de forro. Un cordón de cuentas rodea el escote, y una chorrera de crespón color de rosa ocupa el lado izquierdo del camisolín. Manga corta, bullonada, de crespón azul bordado y parte inferior semilarga de crespón color de rosa plegado. Un brazalete de cuentas ribetea el lado de la manga. La falda que acompaña á este corpiño es de crespón color de rosa ó azul pálido.

Vestido para niñas de 5 años.—Núm. 25.

Este vestido es de velo azul pálido, y va guarnecido de bordado y de cinta. Faldita terminada en un volante fruncido y adornada con un entredós bordado y unos plieguecitos. Corpiño con espalda y delanteros fruncidos en forma de fichú, sujeto con una especie de corsecillo puntiagudo, que se forma de entredoses adornados con un punto inglés. Delanteros y espalda abiertos en forma de V y guarnecidos de un volante fruncido de bordado. Manga ancha, estrechada con unos pliegues en el borde inferior y guarnecida de un volante bordado. Cinturón de cinta, anudado en el lado izquierdo.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de velo.

Abrigo para niños de 5 años.—Núm. 26.

Pelliza de bengalina gris ó *beige*, guarnecida de entredoses de guipur y compuesta de una falda de levita, montada con fruncidos en el borde de un corpiño recto cerrado por delante, y de una esclavina fruncida en el escote. Cuello alto, enrollado. Manga recta.—Puede hacerse esta pelliza de paño ó cualquiera otra tela de lana.

Matinée para señoritas.—Núm. 27.

Se hace esta *matinée* de cachemir azul marino, y va ajustada en la espalda y terminada en un volante fruncido, así como el chaleco, todo de la misma tela. Los delanteros forman chaquetilla suelta, y van bordados con seda blanca. Manga recta, guarnecida de carteras bordadas.

Vestido para niños de 6 años.—Núms. 28 y 29.

Este vestidito, que se lleva con un abrigo de color claro, es de bengalina encarnada y va guarnecido de guipur. Se compone de una falda encañonada y un corpiño plegado con cabeza sobre un canesú de guipur. Un entredós de guipur adorna la falda. El corpiño se compone de un delantero y una espalda abrochada en medio. Cinturón de cinta, cerrado en medio con una rosácea. Manga con *jockey* bullonado sobre una manga de codo, guarnecida de un entredós de guipur.

Tela necesaria: 7 metros de bengalina.

Trajes de otoño.—Núms. 30 á 32.

Núm. 30. *Vestido de paño gris plata*, guarnecido de bordado de pasamanería de acero.—Fondo de falda de tafetán y falda de paño un poco recogida por delante, con pliegues rectos por detrás y pliegue grueso y redondo en la derecha sobre la cadera. Este pliegue se cubre de bordado de acero. Corpiño en puntas, compuesto de espalda con centro bordado y delantero abierto y plegado en forma de fichú sobre un peto bordado, el cual va añadido sobre el forro de los delanteros, que se cierran en medio y se ajustan con dos pinzas. Cuello alto, bordado. Cinturón doble, que sale de debajo de los brazos, atraviesa el delantero y se cierra en medio en forma de V con una hebilla de plata. Manga alta de hombro, cuya hoja de encima va casi toda cubierta de bordado. Sombrero de terciopelo, guarnecido de cinta y de una alondra negra.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 6 metros de paño. Los bordados se fijan ó se ejecutan sobre la tela.

Núm. 31. *Vestido de faya gris mercurio* y camisolín de crespón de la China color de rosa pálido, fruncido y añadido á un cuello alto y plegado.—Fondo de falda de seda ligera, y falda de faya terminada en once pliegues cosidos. Delantero dispuesto en varios pliegues redondos, y paño de detrás plegado en forma de abanico. Corpiño en puntas, compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros plegados en la costura de los hombros, cuyos pliegues van cosidos hasta la altura de un canesú. Los delanteros van cruzados sobre el pecho. El delantero derecho forma fichú y va fijado con una escarapela de cinta sobre la cadera izquierda. El camisolín se pone sobre el forro de los delanteros, que se cierra en medio y se ajusta con dos pinzas. Cuello alto, que se abre sobre el centro plegado. Manga bullonada por arriba, cuyo vuelo va sujeto con una escarapela de cinta. La parte inferior es ajustada, y va abrochada con botoncitos.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de seda ligera; 15 metros de faya, y 75 centímetros de crespón.

Núm. 32. *Vestido de cachemir Ofelia*, adornado con bordados calados de matiz más obscuro.—Fondo de falda de tafetán y falda de cachemir, con delantero plegado y lados lisos. Sobre cada pliegue se pone un entredós bordado. Quillas de bordado sobre los lados lisos. La parte de detrás de la falda, sin bordados, cae en pliegues anchos. Corpiño en puntas, compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero de cierre invisible. Sobre el delantero, tres entredoses bordados. Manga alta, cuya parte inferior es ajustada, y va abrochada con botones pequeños. Un entredós adorna la hoja de encima de la manga. Cuello alto, bordado.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 7 metros de cachemir, de un metro 20 centímetros de ancho.

Abrigo para jovencitas de 12 á 14 años. Núms. 33 y 34.

Este abrigo de entretiempo, que es de pañete gris azul, se compone de un corpiño ajustado en la espalda y ligeramente plegado por delante, sobre el cual va montada una falda fruncida y una esclavina *embozada*, cuyo embozo va fijado en el hombro izquierdo con unos corchetes bajo un golpe de pasamanería. Manga recta, que cae sobre un puño alto. Cuello en pie, abrochado por delante con corchetes.

Corpiño de soirée y teatro.—Núms. 35 y 36.

Es de tul griego muy grueso. Sobre un forro ajustado y abrochado en medio por delante, bajo una banda de tul plegada en ondas en el lado derecho, cruza el delantero izquierdo, el cual va plegado en línea recta hasta la cintura. La espalda va plegada de derecha á izquierda, hasta un lazo de cinta que rodea la aldeta, la cual es corta y terminada en punta. Escotadura redonda por delante, formando punta en la espalda y ribeteada de una franja de plumas. Manga plegada en el hombro, bajo un lazo de cinta. En la mitad del brazo va una cinta anudada, y otra igual, pasada por un bullón seguido de un volante, que termina el borde inferior.

Abrigo bretón.—Núm. 37.

Este abrigo ó pelliza no es otra cosa que una rotonda fruncida sobre un canesú. Unas vueltas de terciopelo forman la capucha. Un ribete de piel de zorro rodea el abrigo.

Chaqueta de entretiempo para señoras jóvenes. Núm. 38.

Se hace esta chaqueta de paño gris platina. Los delanteros flotan sobre un chaleco puntiagudo, ajustado y abrochado en medio, y se doblan sobre sí mismos para formar una solapas bordadas sobre paño gris más claro. Cuello en pie. Manga estilo de sastre, abrochada por encima. Aldeta abierta por detrás y en los lados.

Tela necesaria: 2 metros de paño, de 2 metros 30 centímetros de ancho.

Traje de recepción.—Núms. 39 y 40.

Este elegante vestido, que tiene la forma de un frac, es de seda brochada color de rosa y verde Nilo, y se abre sobre una falda de piel de seda color de rosa. El delantero termina en punta, y se pliega al través bajo una hebilla de plata antigua. Peto de muselina de seda color de rosa. Cuello plegado y solapas de la misma muselina. Collar de plumas color de rosa, cerrado con un *sígueme-pollo*. Una tira de plumas color de rosa rodea el frac. Manga ancha, guarnecida de plumas y de muselina de seda.

Tela necesaria: 7 metros de piel de seda, y 7 metros de seda brochada.

EN LOS ÚLTIMOS.....

(CUADROS DE COSTUMBRES.)

EN tres ó cuatro cristales de una linterna mágica, reproducidos y agrandados por lentes de aumento en la pared de mi gabinete, y con interesantes detalles, acabo de leer la historia que á continuación os presento, amables lectoras.

Una dama del gran mundo, hermosa, rica, obsequiada, que prefiere espléndidos triunfos en los salones, entre la frívola sociedad del *beau monde*, al amor de su esposo, á la dulce ternura de sus hijos, á la serenidad augusta de la conciencia.....

***

Primer cristal.

La señora está enferma; la consulta facultativa ha terminado, y los médicos se retiran muy graves, muy serios, y también muy satisfechos de haber cumplido un deber de compañerismo expresando su diagnóstico de la dolencia con estas ó parecidas palabras: «Opino como el de cabecera.»

tres antepasados y lo que os debéis á vos misma. Convengo en que es triste vegetar aislada, sin nadie que se interese por vuestras penas y alegrías; pero creed á mi experiencia del mundo: donde no hay vergüenza ni remordimientos, no hay situación verdaderamente desgraciada. Si quisierais seguir mis consejos.....

—¿Pues no he de querer?—respondí conmovida por el interés que me demostraba.—¿Acaso no he recorrido el largo trecho que separa vuestra casa de la mía sólo para rogaros que me favorezcáis con ellos?

Movió la cabeza con aire de duda y contestó:

—Estoy segura de que os han hablado de mí ventajosamente y ésta es la causa de vuestro viaje; pero creed que la fama de sabia que me dan es gratuita..... Conozco, es verdad, las virtudes de algunas hierbas propias para curar las enfermedades del país, y un poco del corazón humano para procurar inclinarlo al bien: en esto consiste toda mi ciencia.

Suspiré profundamente al ver desvanecida la aureola de sobrenaturales conocimientos que la lechera atribuía á madre Ana: ésta comprendió lo que significaba mi suspiro, y añadió con una sonrisa:

—Puesto que estáis decidida á hacer lo que os aconseje, sabed que lo primero es olvidar ese loco afán de tender las alas fuera de vuestro nido; trabajad por acostumbraros á él, variad de labores, ejercitaos en la economía doméstica y procurad haceros una mujer activa y hacendosa: nada más aborrecible que un ser á quien nadie comprende, que se empeña en vivir de ilusiones y quiere erigir en leyes sus caprichos, sin someterse á los de nadie. Esperad en el porvenir; apenas contáis diez y ocho años, y la suerte no tarda todavía. Pero no esperéis encontrarla haciendo el papel de doncella andante: aguardad tranquila, y ella vendrá.

Confusa en extremo, á pesar de la dulzura de estas reconvenciones, hubiera querido estar siete estadios bajo tierra, é inclinaba la frente cada vez más. La anciana comprendió cuánto me mortificaban mis pensamientos y se apresuró á añadir:

—Entretanto, y como no es probable que vuestra tía se preocupe mucho ni poco en buscaros un buen casamiento, creo que sin salir de los límites de honesto recato que convienen á una señorita como vos, podéis ayudar á que sea pronta y conveniente vuestra elección de estado, poniéndoos bajo la protección de un santo á quien Dios, nuestro Señor, no suele negar nada de lo que le piden sus devotos.

—¡Un santo!—repetí llena de asombro.

—Sí, señorita—afirmó la madre Ana;—y cuenta que no soy yo, sino el Serafín del Carmelo, quien os va á hablar para que tengáis confianza en él.

Y dirigiéndose á un viejo arcón de roble, que ocupaba uno de los testeros de la choza, levantó la tapa, buscó á tientas algunos minutos, sacó un libro, volvió junto á mí, lo abrió, y señalándome una página que presentaba señales de largo tiempo de uso, me dijo lacónicamente:

—Leed.

Era la *Vida de Santa Teresa de Jesús*, y precisamente en aquel párrafo trataba de las muchas enfermedades que la mística Doctora padeció recién profesa, y de cómo, al ver cual la tenían los médicos de la tierra, se encomendó muy de veras á San José.

«Le tomé, dice, por mi abogado y señor, y vi claro que ansí de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, me sacó este padre y señor mío, con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora de haberle pedido cosa que no me la haya concedido; es cosa que espanta las mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado ansí de cuerpo como de alma, que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, mas éste tengo por experiencia que las socorre todas.» *(Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma.)

Cerré el libro y lo devolví á la madre Ana, mientras procuraba ordenar el tropel de pensamientos que acudían á mi imaginación.

—¿Tenía yo seguridad en lo que os decía?—me preguntó dulcemente la anciana.—Cuando de tantos asuntos graves ha sacado á nuestra madre Santa Teresa, ¿ha de rehusaros la protección que demandáis?

—¡Oh, Dios mío!—exclamé.—¿Será posible?

—No dudéis—me interrumpió con una fe sencilla, pero inmensa;—siendo pequeñuela, ¿no pedíais á los mayores que os alcanzasen los frutos, colocados tan alto en los árboles, que no os era posible llegar á ellos? Pues haced como entonces: rogad á Dios, por intercesión del Santo Patriarca, y veréis cómo recibís los bienes que deseáis.

Su fe era tan comunicativa, que mientras la escuchaba sentía latir apresuradamente mi corazón, y me parecía ver á través del blanquecino velo de la nieve el cielo abierto, y en él á sus dichosos moradores. ¿Cómo no había pensado acudir nunca á Dios para que se efectuara algún cambio en mi desdichada suerte?

—Haced lo que voy á deciros—prosiguió la madre Ana:—empezad el día 13 un septenario al bienaventurado esposo de María, para concluirlo el día 19, que es su fiesta; pero rogadle con fervor, y sobre todo con gran confianza: al mismo tiempo procurad ser una mujer humilde, de condición suave, trabajadora y llena de virtudes; cultivad sobre todas la paciencia: hoy tenéis que ejercerla sufriendo los injustos caprichos de vuestra tía, pero no sabéis la prueba que el Señor puede enviaros el día de mañana, y bueno es estar prevenidos para todo. No olvidéis el refrán de que «á Dios rogando, y con el mazo dando», y estad segura de que vuestras súplicas serán atendidas, si os conviene que lo sean.

Dejé la cabaña tan consolada y llena de esperanzas, como triste me dirigí á ella. ¡Oh, qué buena mujer es la madre Ana! ¡Qué fe tan grande y qué inmensa caridad para los males del prójimo se anidan en su corazón!

13 de Marzo.

El altar que he formado para mi Santo es magnífico, y ocupa todo un testero de la cámara; tapices, encajes y cuanto mejor he hallado, me ha servido para decorarlo; ramas de brezo cubiertas de rojas flores llenan los antiguos vasos de porcelana, y los seis candeleros del oratorio ostentan velas de esperma, que me ha proporcionado Nicolasa.

¡Cuánta alegría fué para mí encontrar en el más abandonado rincón de la capilla una preciosa imagen de San José, de cerca de un metro de altura! Llevarla á mi cuarto y colocarla en el trono que le tenía destinado, fué asunto de un momento. Delante del altar puse el reclinatorio, y no podré explicar nunca la alegría que experimenté cuando, arrodillada en él, con mi rosario del colegio en la mano y abierto ante mis ojos el devocionario que me regaló la Superiora el día de mi primera comunión, empecé el septenario que ha de decidir de mi existencia.

14 de Marzo.

Un loco temor me preocupa desde ayer. ¿Vendrá mi tía y llevará á mal que sin su permiso haya trasladado á mi habitación casi todo lo que había en el oratorio? ¡Bah! no es probable; ni baja nunca á él, ni me visita jamás.

Después de empezado el septenario que me aconsejó la madre Ana, parece aumentar por momentos la fe con que lo hago: creo firmemente que San José ha de concederme lo que deseo. Para un Santo como él, ¿qué es mi petición? Si quisiera millones ó triunfos mundanos, locura sería pensar que me los concediera el humilde carpintero del Nazareth; pero como lo que únicamente deseo es un corazón bueno y generoso que llegue á ser el compañero de mi vida, bien puedo tener esperanzas.

15 de Marzo.

Ya van tres días de súplicas fervientes, y una animación extraordinaria se apodera de mí; estoy tan cierta de que ha de parecer cuando menos lo espere el libertador que anhelo, que me dan ganas de arreglar mi equipaje para que no haya retardo en la marcha. ¿Cómo vendrá? ¿A pie ó en carruaje? Muchas veces creo que suena la campana de la puerta, y hasta me parece escuchar una voz dulce y grave que dice á la señorita de Castrojériz:

—Tengo el honor de pediros la mano de vuestra sobrina la señorita Eladia de Bazán.

Esta mañana colocaba bien doblados en mi maleta algunos de mis trajes favoritos, cuando entró Nicolasa y se echó á reir á carcajadas.

—¿Vas de viaje, Eladia?—me dijo en son de broma.

Nada le respondí, porque no me creo con derecho de anunciar los acontecimientos que irremediablemente han de suceder; pero ¡qué lejos está de suponer la verdad con que habla!

16 de Marzo.

Cuanto más contemplo al bendito Patriarca, más dulzura hallo en su rostro y más confío en su intercesión poderosa: el niño Jesús, reclinado en su hombro con un abandono lleno de gracia, ciñéndole el cuello con su bracito desnudo, me sonríe de tal modo, que parece decirme: «*Pide, pide:* por mucho que pidas, le amo tanto, que nada puedo negarle.» Cuando hoy les limpiaba el polvo con el más fino de mis pañuelos de batista, me pareció que los ojos de ambos se animaban con la luz de dulces promesas, y que hasta la rama de azucenas que sostiene el esposo de María, temblaba ligeramente como haciéndome señas de asentimiento.

¿Habrá algo en mi semblante ó mis maneras que me haga traición? ¿Comprenderá mi tía, á pesar del disimulo que procuro tener, esta lucha de febriles sentimientos que me atormentan sin cesar? Verdaderamente no lo sé; pero me mira de un modo tan extraño, que me inspira gran inquietud.

Aproveché un momento de descuido para fijar los ojos en el espejo que corona la chimenea del comedor, y nada hallé en mí que justificara los recelos de la señorita de Castrojériz. Tengo, sí, las mejillas más rojas, y á causa de ello parecen quizás los ojos más negros: diríase que así el color de la tez como el del cabello se me ha obscurecido hace algunos días; pero ¿qué sospechas pueden inspirar los tonos más ó menos vivos de una fisonomía?

16 de Marzo (por la noche).

Mi emoción aumenta, y quisiera hacer largas y duras penitencias para mostrar, á la vez que la confianza y la fe, la humildad con que ruego y el gran favor que espero recibir: las horas me parecen siglos, y en balde, siguiendo los consejos de la madre Ana, no sólo bordo, hago red, encajes, coso, escribo y leo, sino que ayudo á Nicolasa cuanto es posible y hasta improviso alguna golosina que añadir á nuestra comida de diario. A propósito de una de ellas, tuvo mi tía la primera palabra de elogio que la he escuchado desde que nací.

—No es malo—me dijo—que descubras disposición para algo, y voy creyendo que podrás servir de cocinera.

¡Duro estaba el cumplido, pero lo recibí gustosa! ¡Qué diría si supiera que estas habilidades son ensayos para cuando tenga que dirigir una casa exclusivamente mía!

—Aprende—me dice Nicolasa cada vez que me da lecciones del arte culinario, que posee á la perfección;—si andando el tiempo tienes quien te sirva, sabrás mandarlo á tu gusto, y si no, sabrás hacerlo, sin hallarte apurada jamás.

Pero las horas de verdadera delicia son las que paso arrodillada al pie de mi altar y embebida en oración. ¡Cuánto hecho de menos la capilla del colegio, ó el rincón de la más humilde iglesia de aldea! Vivir sin tener un templo donde alzar nuestras plegarias no es verdadera vida: mejor puede llamarse vegetar en la más fría de las soledades.

17 de Marzo.

La fe traslada las montañas, y como procuro que sea la mía sincera y fervorosa, tengo casi derecho á esperar una recompensa. Desde luego todo me es propicio: el tiempo, que parece querer ensayar las primeras sonrisas de primavera; el cielo, que á través de las nubes deja ver de cuando en cuando trozos de azul purísimo; el germen de vida que reemplaza á mi abatimiento de antes; la dulce alegría que me acompaña; y bien puedo, sin hacerme ilusiones, notar en torno mío como un alerta misterioso que anuncia la hora de mi anhelada libertad.

El más asombrado de cuantos me rodean, quizás porque su instinto le advierte mejor que á otros lo que pasa por mí, es *Lolo*, asiduo compañero de las soledades, que son como la atmósfera en que vivo, y testigo tanto menos importuno, cuanto que no le es dado hablar. Echado siempre á mis pies, fijos los ojos en mi semblante, permanece inmóvil las horas largas que empleo en rezar, y se da por contento cuando al levantarme del reclinatorio paso la mano por su inteligente cabeza. ¡Bueno y fiel *Lolo!* No faltará un sitio para él en el carruaje que me lleve del castillo de Bazán; y cuando refiera á mi libertador todo lo que debo desde mi niñez á este animal; cuando sepa que me salvó de la muerte, sacándome de un río cuya corriente me arrastraba; que en dos ocasiones, gracias á sus auxilios, no he quedado sepultada en la nieve, estoy cierta de que le querrá como le quiero yo.

18 de Marzo.

¡Ay de mí! el viento huracanado arrecia que es un horror; la nieve cae de continuo, y en la sabana de inmaculada blancura que se extiende ante mis ojos, tiemblo que se aventure por llegar más pronto el viajero á quien aguardo con impaciencia.

¿Este camino tan áspero, tan lleno de peligros, no llegará á cansarle?

¿Verá entre los barrancos la estrecha senda que está obligado á seguir?

¡Oh, qué gratitud tan grande me inspira su constancia! Porque, eso sí, estoy completamente cierta de que vendrá.

¡Oh, Dios mío, iluminad la tierra con un rayo de sol! ¡Hace tanto tiempo que se halla envuelta en su mortaja de nieve!

19 Marzo.

¡El día de mi nueva existencia, el día de mi libertad la fiesta de San José! No hay en mi corazón una fibra que no palpite, y me parece que corre la sangre por mis venas con más ligereza que ha corrido nunca.

Ni aun rezando me hallo tranquila. A cada instante vuelvo los ojos á la ventana, y procuro distinguir entre la espesa niebla la gallarda silueta de mi desconocido libertador.

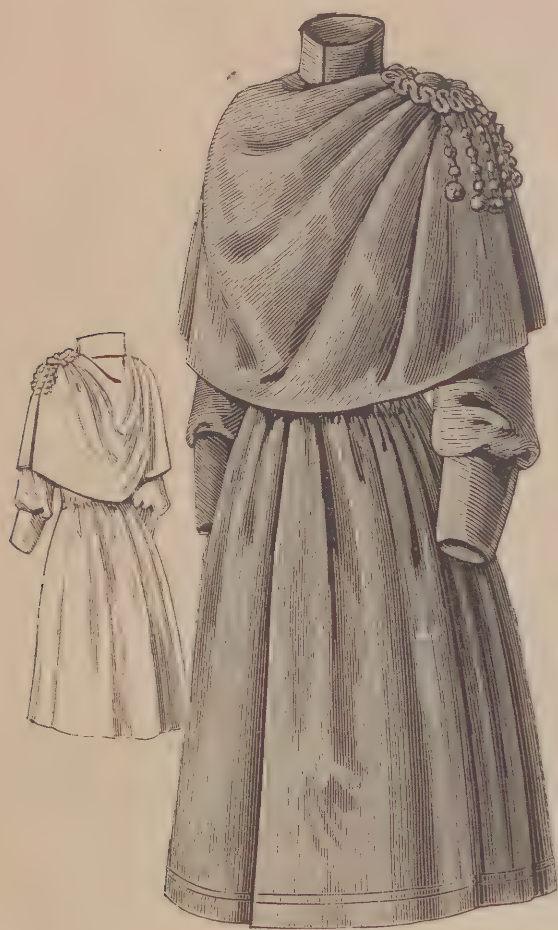
Todos los ruidos me hacen estremecer. Si oigo pasos ó rumor de voces, me pregunto llena de zozobra: ¿Habrá llegado? ¿Por qué no me llaman? ¿Qué dirá mi tía? ¿Cómo afrontar su presencia en tales circunstancias?

A. HERMILL.

(Continuará.)

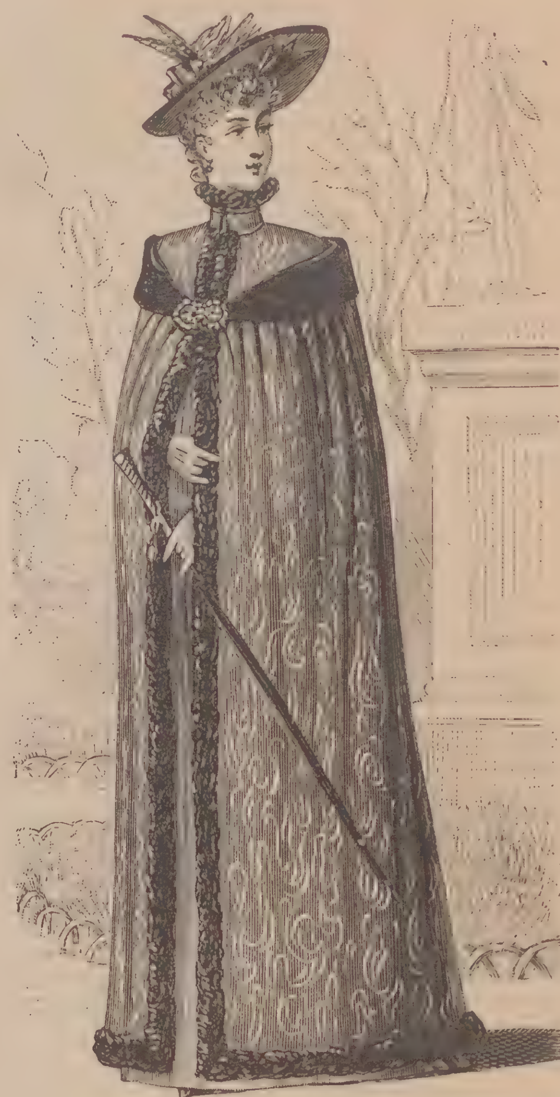
LA FIESTA DE LA ALDEA.

Oculto nido de flores,
Hermosa y tranquila aldea,
¡Con qué júbilo recuerdo
Los rumores de tu fiesta,
La solemne, la del Santo
Que en el pueblo se venera,
En una ermita que tiene
Sus viejos muros de piedra,
Donde las huellas del tiempo
Nuestros ojos deletrean!
Todo en el lugar es gozo
Cuando la aurora se acerca,
Y el sol, con besos de fuego,
Aves y flores despierta.
Dejan el lecho las mozas,
Que puros amores sueñan,
Y peine y flores requieren
Para sus hermosas trenzas,
Sirviéndose, cual espejo,
De un arroyo que refleja
Sus caras de serafines,
Sus blancos dientes de perlas,
Y sus mejillas de rosas,
Y sus gracias hechiceras.
Que no es bien que sus galanes
Miren, más tarde, en la reja,
Descuidos en el tocado
Ni palideces siniestras,
Cuando el aire de los campos
Embalsama y colorea.
«Dejad el apero á un lado
Y requerid la vihuela»,
Parece que van diciendo
Los céfiros de la sierra,
Casa por casa, á las mozas
Que á la diversión se aprestan,



33 y 34.—Abrigo para jovencitas de 12 á 14 años.
Espalda y delantero.

35 y 36.—Corpiño de soirée y teatro.
Delantero y espalda.



37. Abrigo bretón.

38.—Chaqueta de entretiempo para señoras jóvenes.

39 y 40.—Traje de recepción.
Delantero y espalda.

Mientras alondras y niños
De cantos los aires pueblan,
Como anunciando el gran día
De la fiesta de la aldea.

....

....

Himnos de júbilo entona
La campana de la iglesia,
Y todos de gala visten,
Esperando en la plazuela
Que la procesión se forme,
Y que el padre cura venga,
Y la autoridad ordene,
Y que todos obedezcan.
La animación va creciendo,
Y más la esquila voltea,
Y la procesión arranca
Abandonando la iglesia,
Entre dos filas de luces
Al soplo del aire inquietas.
Allí va el Patrón del pueblo,
El que en los contornos reina,
El que la salud devuelve
Y disipa las tristezas,
El cura, y un estandarte
Con borlones de oro y seda,
Y antes un mozo robusto
Con una cruz de madera,
Que va indicando el camino
Por donde pasa la fiesta.
Se lanzan los voladores
Que los espacios atruenan,
Y se repiten los vítores
Y los clamores no cesan,
Hasta que la comitiva
De la procesión regresa.
Después en la abierta plaza,
Defendida por carretas,
Algunos mozos valientes
A los novillos capean,
En tanto que otros se marchan
Al valle ó á la pradera,
Dando á coloquios de amores
Corazón, guitarra y lengua.
Allí el columpio se mece
Que dos árboles sujetan,
Siendo trabas de hermosura
Sus fuertes tirantes cuerdas;
Allí al rumor de los crótalos
Bailan, también, las mozuelas,
Y celos, amor y dudas
Las guitarras nos expresan,
Como cantares, modelo
De no aprendida elocuencia.

....

....

Rincón de mi Andalucía,
Patria de flores cubierta,
¡Con qué placer hoy recuerdo
Esa fiesta de la aldea,
Que como blanca paloma
En el riñón de la sierra
Tiene su nido, esperando
Que de nuevo llegue á verla!!

Julio Valdelomar y Fábregues.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

Julieta.—Casi puedo asegurar que el sombrero más elegante para este invierno será el de fieltro *beige*, gris y negro, adornado con penachos de plumas y lazos de terciopelo.

Cuanto á las capotas, la última novedad es el casco de terciopelo, bordado con cuentas de fino azabache.

Se hacen elegantísimas de terciopelo rosa viejo, dalia, Ofelia y paja, bordadas, como antes he dicho, con azabache y adornadas de plumas negras.

Las plumas están, efectivamente, muy caras (¡tanto es el consumo que de ellas se hace!); pero por lo mismo, la moda pide cada vez más este adorno.

El paño se usará también para las capotas; y los cascos, todos de azabache calado, con *bandeaux* de terciopelo claro y *esprit* de rizadas plumas, serán también muy elegantes.

Á una Aficionada.—He aquí la manera de hacer las *perdices asadas con trufas*.

Se preparan y limpian las perdices, y se rellenan con los hígados picados y mezclados con trufas partidas muy finas, rehogándolo todo en grasa de tocino.

Después de rellenas, se ponen á hervir á la *broche* durante media hora, añadiendo manteca de vez en cuando.

El jugo que sueltan se sirve aparte en una salsera.

Á María.—Las *ruches* y los volantes se han generalizado hasta en la ropa blanca.

Se adornan con *ruches* picadas las capas de los *bebés* y los faldones de cachemir, y se ponen volantes en las camisas de dormir de las señoras.

También se adornan así los pantalones.

Sí, siguen llevándose mucho los pecheros de crespón de la China y muselina de seda con los *smokings*.

Azucena.—La aconsejo que se haga un traje de pañete gris ratón. Falda amazona, con pliegues por detrás. Cuerpo postillón cerrado por delante con soutaches de plata. Los ojetes van cubiertos con bellotitas de plata. Cuello Médicis.

Sombrero de fieltro gris, adornado con plumas grises.

Á Magdalena R.—Haga los *sachets* de raso y llenos la mitad de polvos de iris y la otra mitad de polvos de heliotropo, y colóquelos en los armarios y en los cuerpos y faldas de los vestidos.

En este invierno la pasamanería se llevará mucho, no solamente en los abrigos largos y *smokings*, sino también en los vestidos.

Los trajes blancos de desposada más nuevos y elegantes se hacen de raso, adornados de pasamanería blanca ó bordados de pluma marabut. El cuello, ligeramente descubierto, va rodeado de una boa de pluma. El velo de punto de Inglaterra, de Alençon ó de tul, guarnecido de encaje, se hace de día en día más de moda.

Geranio-rosa.—Creo que la *salsa picante* por que me pregunta es la que describo en esta receta:

En un poco de manteca se fríe una cucharada de harina, y cuando toma color se le añaden dos partes de caldo y una de vinagre, sal y pimienta, y se pone en el centro del fuego hasta que empiece á cocer. Entonces se retira un poco, y se deja hervir despacio durante diez minutos.

Cuando ya va á servirse, se le añaden algunos pepinillos picados y un poco de perifollo y estragón, también picados.

Á una Provinciana.—Se ponen á cocer catorce onzas de patatas; se pelan y se machacan muy bien, aromatizándolas con azahar, limón ó la esencia que más agrade; se baten aparte veinte yemas de huevo y una libra de azúcar en polvo, y también aparte veintidós claras de huevo; después se reune todo, se vierte en un molde untado de manteca y se mete en el horno, cuando esté un poco fuerte, dejándolo cocer durante cuatro horas. Creo que éste será el *pastel de Saboya* por que me pregunta.

Adela P.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 36.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de visita.—Vestido de vigoña *beige chine* y terciopelo color de nutria, adornado con plumas y pasamanería tejida de oro. Fondo de falda de tafetán y falda de terciopelo en la parte inferior del delantal. Delantero Princesa, de vigoña, escotado y plegado en forma de corselillo sobre un delantero liso de la misma tela, de cierre invisible. Va adornado con unas hombreras de pasamanería, que figuran una especie de canesú en la espalda. Una guarnición plegada, de terciopelo, cerrada con una rosácea de pasamanería, adorna el escote por delante. La parte inferior del delantero Princesa va plegada en forma de baldaquín con unas rosáceas de pasamanería. La parte de detrás del vestido es de terciopelo y de forma Princesa, con espalda y lados de espalda, que dan el vuelo suficiente para dos pliegues encañonados y una cola semilarga guarnecida de plumas. Gola de la misma pluma. Manga de terciopelo, alta de hombros y terminada en una cartera de pasamanería. El forro de los delanteros se cierra en medio y se ajusta con pinzas.—Sombrero redondo de terciopelo, con ala plana doblada hacia arriba por detrás; va adornado de plumas que forman dos penachos.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 13 metros de terciopelo, y 3 metros de vigoña, de un metro 20 centímetros de ancho.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Sólo corresponde á las Señoras Suscritoras á la 1.ª edición de lujo.

1. Cubierta bordada para libro de primera comunión.
2 y 3. Relojera al pasado. (Parte superior y parte inferior.)
4. Delantal para *lunch*, de fular crudo, adornado de encaje y cintas, y bordado en el borde de abajo.—Los tirantes, anchos y plegados por delante, son estrechos y cruzados por detrás.
5. Guirnalda del bordado para el delantal.—Se hace al plumetis, cordoncillo y bodoques. Modelo nuevo é inédito.
6. Traje ruso para niño de cuatro á cinco años. *Redingote* de pañete con ancha aplicación bordada, y faldita de debajo, de *surah*, bordada á la inglesa.
7. Bordado á la inglesa para la faldita del traje anterior.
8. Hoja de biombo, con bordado al pasado.
9 á 12. CM, AC, MS y TL, enlaces con coronas, para pañuelos.
13. Conclusión del abecedario empezado en la *Hoja-Suplemento* del núm. 30.

CELEBRIDAD PARISIENSE.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 33.

Buscando las palabras se encuentran las ideas.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Emilia Cancio de Couto.—Doña Consuelo Olmedo y Plaza.—D.ª Rosa Amor y Racho.—D.ª Soledad Martín y Ortiz de la Tabla.—D.ª Carolina Piña.—D.ª María del Rosario Mayalde Tolosa.—D.ª María Fustegueras.—D.ª Lucía Núñez de Novo.—D.ª Carmen Benito.

También hemos recibido solución al jeroglífico publicado en el núm. 30 por la Sra. D.ª Lucía Núñez de Novo y D. Buenaventura de Sierra.

Asimismo hemos recibido solución al jeroglífico publicado en el núm. 26 por D. Enrique Barinagã.—D. F. Pellón, y por el niño D. Abraham David García Senior (de Colombia).

JEROGLÍFICO.

LA SOLUCIÓN EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Dubet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral., izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

MARI-SANTA

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *lise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS

Para el Pañuelo

de RIGAUD y C[ía], de PARIS

Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El KANANGA del Japón	*El MELATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila	*El CHAMPACCA* de Lahore

que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidéz del marfil.*

DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C[ía].

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE LOS NIÑOS

OCAÑA Y COMPAÑÍA, EDITORES

(Caballero de Gracia, 19 y 21, Madrid.)

Títulos de los volúmenes publicados: *Boton de oro, Los Corazones amantes, La Herencia de la tía, Susanita, La Piel del diablo.*

Precio en Madrid de cada volumen, con una linda encuadernación en tela, 3.50 pesetas.—Hállase de venta en casa de sus editores, y en las principales librerías.

Puntos de venta en América: HABANA, *Viuda de Villa.*—MÉXICO, *J. Buxó y Compañía y Herrero y Benavides.*—VERACRUZ, *Rafael Rodríguez Jiménez.*—MONTEVIDEO, *A. Barreiro y Ramos.*—CALLAO DE LIMA, *Colville y Compañía.*

El mejor dentrífico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:

Agua de Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

ESS BOUQUET

Y OTROS SELECTOS PRODUCTOS DE PERFUMERÍA

BAYLEY Y CO.

CASA FUNDADA EN 1739

PERFUMISTA Y FABRICANTES DE JABONES DE TOCADOR

17, COCKSPUR, ST., LONDON, S. W.

SPERMACETI

JABONES DE OTRAS CLASES

y todos los artículos de tocador

Proveedores de las más altas clases sociales en todo el mundo

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE

La mejor recomendación de este ameno libro, para nuestras lectoras, es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico.

MADRID, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 23.

PERFUMERÍA-ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ		*ORIZALINE,*	tintura instantánea
CRÈME-ORIZA	Hermosura del Rostro.	*ESS-ORIZA,*	todos olores.
ORIZA-LACTÉ		*ORIZA-HAY,*	Agua de tocador.
ORIZA-OIL	Conservacion de los Cabellos.	*ORIZA-POWDER*	Polvo de arroz adherente
ORIZA-TONICA		*ORIZA-VELOUTÉ*	

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.

Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.

De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Catálogo-Bijou remítese gratis y franco.

PÍLDORAS DE BLANCARD

CON

Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — PARIS 1855

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,**

En fin, ofrecen á los practicos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

ANTIGUA CASA DE PLUMENT-FEDOU

Thérèse FEDOU, Sucesora

Privilegiada S. G. D. G. — (Marca depositada: P. P.)

PARIS, 33, Rue Vivienne, 33, PARIS

Corsé-Sultane

y

Corsé-Directoire

PROVEEDOR DE LA CORTE DE MADRID

y de las principales cortes de Europa

MEDALLA DE ORO

Á LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA

de

E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ,

ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad,** porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA — CLOROSIS

el HIERRO **BRAVAIS**

Reconstituye la sangre de las personas debilitadas

DESCONFIESE DE LAS IMITACIONES

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,

en la Perfumeria central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas perfumerias.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

I bis — Abrigo de terciopelo. Espalda.

Véase el dibujo 1.

Familia vuelven á la corte mañana con objeto de marchar poco después á Andalucía, y presidir las fiestas dispuestas en Huelva; provincianos y extranjeros llenan ya los hoteles y las casas de hospedaje de la capital; en fin, en todas partes se advierten y notan los preparativos para las funciones que deben verificarse entre nosotros tan luego como regrese de su excursión la corte, y lleguen á ella los Soberanos de Portugal en la fecha del 25 del corriente.

Madrid va á presentar, pues, durante algunas semanas un aspecto extraordinario de animación y movimiento, á lo cual contribuirá también el ser la época del año en que renace la vida social; en que los más perezosos tornan á sus lares, después de haber pasado dos ó tres meses en el campo ó á las orillas del mar.

Este año, por las causas expresadas arriba, la gente vuelve antes que de costumbre, deseosa de ver lo que hacen el Gobierno y el Municipio para festejar uno de los sucesos más grandes y gloriosos de nuestra historia.

⁂

La Reina Regente obsequiará con un banquete y un baile á sus augustos huéspedes el rey D. Carlos y la reina doña Amelia; el Ayuntamiento celebrará recepción nocturna, semejante á aquella que dedicó al Príncipe Imperial de Alemania años atrás; en fin, parece probable que el nuevo representante del reino lusitano, Conde de San Miguel, festeje al Monarca de modo digno.

La juventud se las promete muy felices con ocasión tan oportuna, pretendiendo que los demás Embajadores y Ministros extranjeros no podrán menos de contribuir de algún modo á la doble solemnidad del Centenario y de la visita del Soberano portugués.

En fin, hay quien supone que la Duquesa viuda de Bailén, antes de emprender su viaje á Niza—donde se propone pasar el invierno—dará un gran baile en su hermoso palacio, cerrado dos años ha; y que el Sr. Cánovas del Castillo

ha decidido imitar el ejemplo con otro sarao no menos brillante en su residencia de la Castellana.

* * *

Pero al ilustre hombre de Estado le ha cabido ya la gloria de dar la señal para las fiestas y diversiones, y su reunión del 28 último en «la Huerta» ha sido como el prólogo de la obra, como la inauguración oficial de la temporada.

Magnífico aspecto ofrecía desde las nueve de aquella noche la espléndida mansión del Presidente del Consejo.

Iluminada verdaderamente *à giorno* con luces eléctricas, así los jardines como las estancias, deslumbraban con sus fulgores.

En el vestíbulo, la señora de la casa, más bella que nunca, y vestida con su elegancia de siempre, recibía á los convidados, que eran, en primer término, los que han venido desde los distintos países de América á tomar parte en la conmemoración de un hecho insigne.

Figuraba también allí el Cuerpo diplomático extranjero, con el Nuncio de Su Santidad á la cabeza; las autoridades de la capital; algunos de los Ministros—los de Marina, Gobernación y Guerra;—varias damas del gran mundo, infinitos hombres políticos y literatos.

Dos músicas militares y una estudiantina, que acudió á última hora, contribuyeron poderosamente á los atractivos de la fiesta, siendo igualmente importante accesorio de ella un *buffet* exquisito y bien servido—*lunch*, que escribiría alguno que no sabe lo que la palabra significa.

A la una de la madrugada se retiraron los concurrentes, llevando gratas impresiones de las horas transcurridas.

* * *

Ya se ha dicho que los matrimonios abundarán en el mes que principia; y en la última crónica comuniqué los nombre de varios de los futuros contrayentes.

Ahora añadiré otros más: en el número el celebrado el 30 de Septiembre en el Real Sitio de San Ildefonso, entre la bella hija segunda de los Marqueses de Mirasol, la señorita de Palavicino, y el Sr. Avial, perteneciente á la opulenta familia de este apellido.

El 12 se unirán igualmente con vínculos eternos los hijos de dos personas que han hecho en el comercio fortunas considerables: una hija del difunto D. Matías López, el famoso fabricante de chocolate, y el primogénito del senador don Martín Esteban.

Otra hija de éste se enlazará en época próxima con el sobrino de otro opulento capitalista; y por último, ha sido pedida la mano de una hija del Sr. D. Enrique Parrella para el Sr. D. Cristóbal Vallín, hijo del Marqués de Muros.

* * *

Quien está verdaderamente de enhorabuena con estos faustos sucesos y con no haber podido hacer las familias aristocráticas su habitual viaje á París, es el famoso sastre Peña y Pérez de Guzmán, á la puerta de cuya casa de la plaza de Celenque se detienen á todas horas del día los carruajes de multitud de damas ilustres.

El Sr. Peña, auxiliado por su elegante y bella consorte, desafiando la epidemia reinante, ha hecho el viaje á las orillas del Sena, y traído de allí telas de gran novedad y modelos preciosos que le arrebata de la mano literalmente el gran mundo.

Así, el inteligente industrial podrá repetir aquella frase de nuestros vecinos: «*A quelque chose malheur est bon.*»

* * *

Es asunto resuelto que el miércoles 12 del actual abrirá sus puertas el Regio coliseo con la ópera de Wagner *Tannhauser;* á la cual seguirá inmediatamente el estreno de *Garín*, la segunda obra del maestro Bretón, que tan ruidoso éxito consiguió en Barcelona la primavera última. Todo anuncia que la temporada será excelente para el público y para la Empresa, pues pocos años se ha hecho un abono tan considerable.

La *high life* aguarda impaciente la inauguración del recinto donde se cita y reune por las noches: donde no sólo se oye excelente música, sino se goza de los encantos de la sociedad.

* * *

Los demás teatros abren uno detrás de otros sus puertas.

El de Lara ha sido el primero, convocando la semana anterior á sus fieles y numerosos concurrentes.

El programa de la función no ofrecía ninguna novedad, porque se componía de piezas muy conocidas, y, sin embargo, las localidades de la pequeña sala de la Corredera de San Pablo se vieron ocupadas por señoras bellas y elegantes, por personajes ilustres y jóvenes conocidos.

En la compañía se nota mucho, empero, la falta de Matilde Rodríguez y de su esposo Rubio, que han ido á engrosar las huestes de Vico en el Corral de la Pacheca.

Porque á aquel eminente actor le ha sido adjudicado por la Corporación municipal el teatro Español, no habiéndose presentado otro competidor que el Sr. Mata, artista también laborioso y estimable.

* * *

Pero no he consignado todavía que en Lara ha habido ya un estreno: el de la pieza en un acto *Azucena*, original de D. Joaquín Abati.

La obra y el desempeño han logrado éxito igual: el de hacerse aplaudir sin dificultad y con repetición.

Principio quieren las cosas, y éste no puede ser más favorable.

* * *

La Comedia ha seguido para su reapertura una costumbre inveterada: la de comenzar con una composición de fecha más ó menos antigua.

Ahora le ha tocado el turno á la de Tirso de Molina *Desde Toledo á Madrid.*

¿Quién no conoce sus bellezas? ¿Quién no ha reído sus chistes? ¿Quién no ha pasado horas regocijadas con aquel diálogo chispeante, con aquellas situaciones cómicas?

El efecto esta vez ha sido el mismo de las anteriores; el auditorio, dominado por la magia del estilo, por los efluvios del ingenio, ha aplaudido sin tregua así al inmortal autor y no tanto á los intérpretes de sus conceptos.

* * *

Siguiendo el orden cronológico de los sucesos, debiera haber hablado antes de *España*, fantasmagoría en cuatro actos y veintitantos cuadros, que se puso en escena el jueves en la sala del paseo de Recoletos.

Y la he llamado *fantasmagoría* por no saber qué nombre darle.

Aquello no es un drama ni una comedia, sino una especie de viaje por varias provincias del reino, para exhibir una serie de decoraciones, las unas mejores que las otras—ninguna mala—con el auxilio de música escrita por el maestro Fernández Caballero.

El libro lo escribió en Barcelona durante su larga permanencia en la ciudad condal el distinguido autor dramático D. Ceferino Palencia; pero no hay en él cosa alguna digna de su talento ni de su pericia.

Cierto que tendría que someterse á las exigencias del pintor y del músico; cierto que carecería de libertad de acción; pero de todos modos el resultado no ha correspondido á lo que debía esperarse del ingenio, de la experiencia, de la práctica de aquel á quien debe la moderna Talía composiciones notables.

* * *

La primera noche el público, ó la *claque*, que era numerosísima, se limitó á llamar á las tablas á los pintores Busato y Amalio Fernández, que han hecho primores para este verdadero panorama teatral; el maestro Fernández Caballero, al cual se deben algunas piezas de buen corte y gratas al oído, obtuvo asimismo los honores del palco escénico; pero en la segunda representación, ejecutados innumerables cortes en el diálogo, también se pidió la salida del Sr. Palencia, quien por hallarse enfermo no pudo aparecer ante el auditorio.

Por la época en que se representa, por las circunstancias especiales del momento, *España* se mantendrá largo tiempo en el cartel; y los *Isidros* que deben venir de las provincias—y sobre todo los que procedan del extranjero y no entiendan nuestra lengua—irán á contemplar los lienzos pintados con hábil mano por Fernández y Busato, y á oir aquellas jotas y aquellas gallegadas en que Fernández Caballero ha sabido hacer gala de su ciencia y de su imaginación.

España no puede ser juzgada como obra literaria ni dramática, sino como una excursión por la Península, en que se exhiben sus principales monumentos, se presentan sus poblaciones históricas, y, en fin, se da idea de los usos y costumbres de sus moradores.

En cuanto á la ejecución, sólo deben citarse, en justicia, á la Sra. Montañés y al Sr. Pinedo.

Éste ha tomado carta de naturaleza en Madrid, y quizás le veamos pronto en una de las primeras compañías de la corte, en la que habrá conquistado honroso puesto con su inteligencia y buena voluntad.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

2 de Octubre de 1892.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Abrigo de terciopelo.—Núms. 1 y 1 bis.

Este abrigo, que tiene la forma de una chaqueta larga y abierta por delante, y de una capita Enrique III por detrás, es de terciopelo liso negro y terciopelo labrado negro con fondo gris perla. El terciopelo negro va guarnecido de pasamanería de azabache. El cuello y el delantero forman chaleco de plumas negras.—Sombrero de fieltro gris, terciopelo negro y terciopelo gris perla, adornado con plumas negras.

Esclavina de terciopelo tornasolado para señoritas. Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figura 30 de la *Hoja-Suplemento.*

Capelina para niñas pequeñas.—Núms. 3 y 4.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 31 á 34 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido bordado para niñas y niños de 1 á 3 años. Núms. 5 y 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 50 á 57 de la *Hoja-Suplemento.*

Borceguíes y polainas para señoras, hombres y niños. Núms. 7 á 9.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 64 á 69 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje á estilo de sastre.—Núm. 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 12 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido Princesa.—Núm. 11.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Abrigo para niñas de 4 á 6 años.—Núm. 12.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 21 á 26 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 13.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Abrigos de invierno para señoras y señoritas. Núms. 14 á 26.

Para la explicación y patrones, véase la *Hoja-Suplemento, anverso* y *reverso.*

Delantal para niños de 3 años.—Núm. 27.

Es una especie de blusa de tela rayada blanca y azul, guarnecida de un punto de bordado hecho con algodón azul de bordar. Delantero de una sola pieza, y espalda cerrada en medio formando pliegues gruesos, que se adornan hasta la cintura con un punto de bordado. Los bolsillos, el dobladillo de la blusa, el canesú y los puños van adornados del mismo modo. El cinturón pasa bajo los pliegues y se cierra en medio por detrás.

Traje para niños de 6 años.—Núm. 28.

Este traje, á propósito para ejercicios gimnásticos, para montar en velocípedo, etc., es de lienzo grueso azul pálido listado de azul obscuro, y va guarnecido de botones de nácar y de un cinturón de piel natural. Pantalón ancho y corto con liga, y blusa compuesta de una espalda recta y un delantero cruzado en la derecha y cerrado con una tapa de debajo abrochada. Cuello alto y puño guarnecido de un punto de bordado. Botones de nácar en los puños.

Arandela para copa.—Núm. 29.

La fig. 72 de la *Hoja-Suplemento* corresponde á este objeto.

Esta arandela tiene 22 centímetros en cuadro. El bordado se ejecuta, sobre raso color de cardenillo forrado de gasa, por el dibujo de la fig. 72, con hilos de oro, cordoncillo de oro de diferentes gruesos y felpilla de oro lisa y rizada. Para las flores, se cose una felpilla lisa sobre un fondo de algodón, y se le rodea de torzal de oro fino. Se ribetean del mismo modo los dibujos que forman cintas, los cuales se llenan con un cordón doble de oro fino, dispuesto en hileras apretadas y fijado con unos puntos transversales hechos con seda. Se dispone el cordón en presillas, que se llenan con unos pedacitos de felpilla rizada. Para el marco del círculo grande, se ejecutan unas presillas á intervalos de un centímetro, pero no se las llena. Para las barretas, se cose un pedazo de felpilla rizada y dos pedazos de felpilla lisa. El bordado va rodeado de un cordón grueso de oro doble. Se forra la arandela de seda encarnada, y se la guarnece de un cordón grueso de seda color de cardenillo, anudado en las esquinas.

Corpiño Imperio.—Núm. 30.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Traje de paseo.—Núm. 31.

Vestido de faya color de malva lisa y pekín de seda y lana con entredoses de encaje blanco. Falda de faya lisa y vestido Princesa de pekín con flores y encaje, el cual se abre para formar cuatro entrepaños sobre la falda. El vestido se compone de espalda ceñida y delantero de una pieza, que se abre sobre la falda desde la cintura, y se ajusta con pinzas de pecho y otra pinza que marca el lado del delantero. Forro cerrado en medio y cierre invisible en la izquierda del cuerpo, debajo de los brazos. Cuello alto enrollado y manga alta de hombros.

Tela necesaria: 6 metros de faya, y 8 metros de pekín de lana y seda.

Bata de crespón.—Núm. 32.

Se hace esta bata de crespón azul pálido. Va montada con una cabecita sobre un canesú de terciopelo del mismo color del crespón, adornado con redondeles de guipur. La espalda va dispuesta como el delantero. Un paño sesgado va añadido en el centro por detrás. El vuelo va reunido en la cintura con pliegues, bajo una cinta de moaré anudada por delante. Rizado de crespón en el escote y lazos en los hombros. Manga plegada, montada bajo un rizado que forma hombreras. El borde inferior de la manga va adornado con redondeles de guipur.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de crespón, de un metro 20 centímetros de ancho.

PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.

El uso y abuso de las estufas ha desterrado en cierto modo la costumbre de colocar un gran espejo sobre las chimeneas, porque corre riesgo de romperse, á causa del excesivo calor que aquéllas despiden; por esto los caloríferos tienen su sitio en el corredor ó corredores, y en el recibimiento. En las demás habitaciones, lo más admitido y lo más elegante es la chimenea de leña. Pero si colocáis estufa en el comedor y hasta en las piezas de recibo, como sucede en bastantes casas, diremos que en vez del espejo debe ir un reloj de pared de grandes dimensiones, siempre que se carezca de uno de los adornos más bonitos y alegres, como es el cristal de una pieza, que de noche se cubre con el *stor.*

Diremos una vez más, que cuando no es posible tapizar las habitaciones, el papel liso de color claro para la sala, verde obscuro en el despacho, encarnado en el comedor, y azul claro en los gabinetes, es el más á propósito, en bien de la distinción y del lucimiento de cuadros, estantes, cornucopias y repisas.

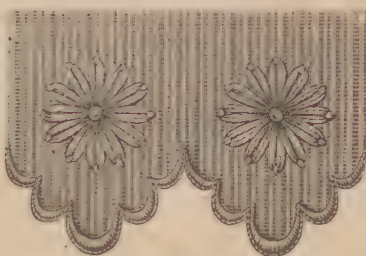
Todos los objetos destinados al aseo de la persona no deben estar muy á la vista, como no se trate de magnífico lavabo y soberbio baño de pila; y esto no lo decimos por inclinarnos á la ostentación, sino porque no es fácil ocultarlo, puesto que es de lo que se compone el cuarto de baño, pieza que, cuando enseñamos la casa á los amigos, no hay razón de ocultar.

Y de tal suerte aconsejamos la sencillez en todo y por todo, que, fundándonos en lo que hemos observado, creemos que cuando se poseen lujosos *necessaires* de *toilette*, no debe hacerse alarde de ellos exhibiéndolos en mesas donde más luzcan, sino, antes por el contrario, llevarlos al aposento que, por lo general, sólo nosotros frecuentamos, como, por ejemplo, el cuarto-tocador, y á falta de éste, la alcoba.

2. — Esclavina de terciopelo tornasolado para señoritas.
Explic. y pat., núm. V, fig. 30 de la Hoja-Suplemen o.

3. — Capelina para niñas pequeñas.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 31 á 34 de la Hoja-Suplemento.

5 y 6. — Vestido bordado para niñas y niños de 1 á 3 años. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. X, figs. 50 á 57 de la Hoja-Suplemento.



4. — Bordado de la capelina.
Véase el dibujo 3.

7 á 9.—Borceguíes y polainas para señoras, hombres y niños.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 64 á 69 de la Hoja-Suplemento.

10. — Traje á estilo de sastre.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 12 de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido Princesa.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Abrigo para niñas de 4 á 6 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 26 de la Hoja-Suplemento.

13.—Vestido para niñas de 7 á 9 años.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

14 Á 26.—ABRIGOS DE INVIERNO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

14. — Paletó-saco de paño y terciopelo. Delantero. VÉASE EL DIBUJO 25. *Explic. y pat., núm. VIII, figs. 37 á 42 de la Hoja-Suplemento.*

15. — Abrigo de tartán. Delantero. VÉASE EL DIBUJO 23. *Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.*

16 y 17. — Abrigo de vigoña guarnecido de pieles. Delantero y espalda. *Explic. y pat., núm. II, figs. 13 á 20 de la Hoja-Suplemento.*

18. — Esclavina larga de tartán. *Explic. y pat., núm. XI, figs. 58 á 63 de la Hoja-Suplemento.*

19. — Abrigo de seda gruesa labrada. Delantero. VÉASE EL DIBUJO 24. *Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento*

20. — Paletó de paño guarnecido de piel. *Explic. y pat., núm. IX, figs. 44 á 49 de la Hoja-Suplemento*

21. — Cuello-esclavina de paño guarnecido de pieles. *Explic. y pat., núm. IV, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.*

22. — Paletó de terciopelo y reps de seda. Delantero. VÉASE EL DIBUJO 26. *Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.*

Ese suntuoso arsenal colocado sobre la mesa-tocador, forrada ésta de raso y ricos encajes, comienza á ser del exclusivo uso de las personas que emplean más tiempo en enriquecerse que en elegantizarse. Semejantes objetos, no nos cansaremos de repetirlo, se han inventado para el *misterio del gabinete-tocador*, como dicen los franceses.

Y el verdadero lujo, tienen razón los ingleses, está en que abunden el agua fría y la caliente, claridad de noche y de día, y una temperatura agradable.

Eso dicen, refiriéndose, como habrá comprendido la inteligente lectora, al cuarto de baño. Cuando se puede disfrutar de este envidiable lujo, conviene procurar que el aposento sea abrigado, y que no falte un grifo de agua caliente y otro de agua fría, ni calentador para la ropa interior. Si las paredes no son de mármol ó de azulejos, deben pintarse al óleo en color claro; y claras también deben ser las maderas de los escasos muebles. Nada de *parquet;* baldosa ó hule, es lo indicado; y frente al baño, la consabida tabla de corcho. La red para colocar las esponjas, la jabonera y el toallero han de hallarse á mano, así como el asiento, claro está. Éste que sea bajo, para secarse los pies y calzarse con toda comodidad.

Es conveniente que en ese mismo cuarto haya un armario donde guardar la ropa de baño, los jabones, pasta de almendras, el salvado y todo lo que hace falta para el caso.

Cuando no se puede tener baño, no debe carecerse del higiénico y cómodo *tub;* para el aseo es lo mismo.

El amplio tocador inglés, cubiertas las paredes de mármol blanco, bien provisto de pomos de cristal, blanco también, cajas de marfil, palanganas y jarros de porcelana también blanca, será siempre más elegante que esos tocadores de adorno, cuyas guarniciones de raso rechazan hasta una gota de agua, y parecen decir: «Mírame y no me toques».

La claridad, de día, no debe ser excesiva, tanto en las habitaciones de recibo como en el comedor. Conviene que *stores* y cortinajes velen algo la luz del sol. Cuando ésta es muy viva (así lo dicen los médicos) produce jaqueca y debilita la vista; pero además de ese inconveniente hay el de que, en un salón donde penetran demasiado los rayos solares, se estropean los muebles, los cortinajes y los tapices. Los objetos de arte, desprovistos de sombra, pierden en gracia y en armonía; los cuadros resultan confusos. Y si lo dudáis, no tenéis más que fijaros en los detalles de luz y en el fondo que buscan para todo lo que es artístico, no sólo sus autores, sino los verdaderos *amateurs*.

La profusión de tapices da mucho realce á los muebles, y, por supuesto, á la casa también; y después de todo es un gasto no muy exorbitante, se hace de una vez, mientras que el piso encerado reclama tiempo de sobra y criados de sobra también, por más que eso resulte, hoy por hoy, lo más admitido.

Que todo sea de buen gusto antes que de gran precio; los más bellos objetos no son siempre los que se pagan más caros.

No negamos que en la ornamentación interior de las casas el lujo va en aumento.

Hoy imperan las telas antiguas y costosas. Hace algunos años, al amueblar una casa, el gusto no se sujetaba á determinada época, considerándose imprescindible que el comedor y la biblioteca fuesen del más puro estilo Enrique II; el gran salón Luis XIV, y los gabinetes y la habitación de la señora Luis XV, mientras el cuarto de dormir del amo de la casa era del más severo estilo Luis XIII. Hoy la moda, y también el buen gusto, imponen como primera condición la armonía en el conjunto, tanto exterior como interior del edificio, reservándose la ornamentación de la época Luis XIV para los grandes palacios, accesibles solamente á los príncipes de la aristocracia ó del dinero, en tanto que las construcciones más modestas hallan inagotables manantiales de coquetería y elegancia en los modelos que las épocas de Luis XV y de la encantandora María Antonieta nos ofrecen.

No hace mucho tiempo considerábase como la última palabra del lujo y de la belleza artística decir que «el *boudoir* de la Sra. X... estaba *capitonné* de raso de este ú otro color». La elegancia modernísima ha destronado tal costumbre, y actualmente los *boudoirs* de las más aristocráticas damas, entre ellas el de la Reina de Bélgica, hállanse tapizados de sederías antiguas, cuyos tenues matices armonizan maravillosamente con la delicada belleza de sus poseedoras. En los modernos *boudoirs* vense sujetos á la pared por anchas cintas de raso ó *moiré*, terminadas en gracioso lazo, uno ó más sacos de telas antiguas, adornados de valiosos encajes y cintas, llamados *vide poche*, y en los cuales las señoras depositan, al desnudarse, el rico pañuelo de seda bordado, las alhajas de uso diario, y esas mil bagatelas, como espejo de bolsillo, frasco de esencia, etc., que hoy constituyen una necesidad en el adorno de una mujer elegante.

Los cuartos de dormir se hacen muy espaciosos y con sobriedad de muebles. La cama, colocada siempre sobre un estrado no muy alto, carece de colgaduras, excepto en la cabecera en que, formando un dosel coronado, y esto es una de las novedades actuales, por un penacho de plumas, vese descender á ambos lados una rica colgadura de tapicería ó de seda antigua.

La Medicina moderna, representada por distinguidos profesores higienistas, ha influído no poco en esta casi supresión de las colgaduras del lecho. Á un lado de éste, y en el espacio que le separa del balcón ó ventana, colócase actualmente lindísimo biombo de cristales, tras del cual flotan ligeras cortinas de gasa ó tejidos orientales; precaución muy necesaria para evitar que los rayos de luz hieran la vista al despertar.

De una novedad extraordinaria queremos dar aquí cuenta para que conste en el siglo venidero y se comparen estos tiempos con aquellos. ¿Qué os parece, lectoras, un precioso lecho como el que acabamos de describir, y cuyas sábanas y almohadas fuesen de raso negro? Pues nada menos que el raso, y negro por añadidura, ha sustituido á la finísima holanda en que nuestras bellas se envolvían.

Si á primera vista esta innovación sorprende, el resultado que ofrece prácticamente es en verdad ideal. ¿Puede darse nada más poético que una linda cabecita rubia descansando en una de esas almohadas, cuyos obscuros reflejos parecen el fondo de algún cuadro de Rembrandt ó de Velázquez? El tono rosado de la carne adquiere sobre el raso negro matices delicadísimos, y más bien digna de un artista que de alguna beldad caprichosa, parece esta invención. Las almohadas van adornadas con encajes y entredoses negros, bajo los que alguna cinta de color se desliza en transparente, y cuyo tono ha de ser igual al de la seda empleada para bordar las cifras, azul, encarnado ó malva; este último con preferencia.

Entiéndase bien que esto que acabamos de referir lo consignamos como uno de los más originales caprichos de la moda, y para que, si estas líneas viven un siglo, sepan los del próximo las originalidades más en boga á fines del XIX.

Si en los grandes salones y en el comedor del gusto inglés más exquisito el lujo ha sentado sus reales, ora distribuyendo por las paredes telas y pinturas costosísimas, ora bronces y estatuas, platos de precioso metal repujado, sillones tallados que representan un caudal, la coquetería, la elegancia y la riqueza distribuyen como hadas benéficas todos sus dones en las estancias reservadas á las femeniles beldades.

Para que nuestras lectoras formen idea exacta de esta afirmación, describiremos, siquiera sea á grandes rasgos, el cuarto de baño de una de las reinas de la moda en la presente época.

Las paredes hállanse cubiertas de terciopelo de Génova blanco, tela costosísima y delicada, como podrá suponerse. Alrededor de la habitación extiéndese un zócalo de mármol rosado, delante del cual vense jardineras de porcelana de Sajonia, desde las cuales trepan, enlazándose hasta el techo, plantas de mimosas, rosas té y heliotropos blancos. El pavimento es todo de idéntico mármol, y sobre él hállanse extendidas algunas soberbias pieles de oso blanco del Polo. El baño está hecho de cristal tallado á facetas, como las piedras preciosas, y los grifos para el agua caliente y fría son de plata esmaltada, cuyo dibujo figura amorcillos y ninfas. El tocador es de madera de palo de rosa, con mármol igual al de la habitación, y de cristal de roca con tapas de oro, sobre las que se ven las iniciales de su dueña, son los frascos, cepilleras, etc., etc., que sobre dicho mueble se hallan colocados. Por último, algunos pequeños sillones forrados de telas antiguas de tonos muy claros, y una confortable *chaise-longue* de raso color salmón con bordados de pájaros y flores, y sobre la que aparece echada al descuido una magnífica piel, completan tan suntuosa y extraña habitación.

La *peluche*, que durante algún tiempo imperó con extraordinario poder, así en muebles como en colgaduras, vese hoy, es decir, á fines del año 92, completamente postergada por las tapicerías antiguas, por los Gobelinos y Aubusson, que alcanzan precios fabulosos. Tapicería ha habido por la que ha llegado á pagarse hasta cien mil francos, no bajando nunca el coste de cualquiera de ellas de diez mil. Todos los días se ven, en los principales periódicos franceses, anuncios solicitando la adquisición de alguna de esas tapicerías, rarísimas en el mercado, desgraciadamente.

Las cortinas de *peluche* se han visto reemplazadas por tejidos orientales, algunos de ligeras gasas con arabescos de diversos colores y oro. Estas cortinas, forradas de seda cuyo color armonice bien, ó simplemente solas, cayendo en gruesos pliegues de mucho vuelo, son de un efecto lindísimo y muy coquetón.

La madera de olivo prefiérese para los muebles destinados en general á las habitaciones de los hombres. Las chimeneas de mármol ceden su puesto á las altísimas de madera tallada, ornamento indispensable hoy en todo salón de lujo, como también la sobriedad en los muebles es la nota que predomina y que contrasta con aquella profusión de silloncitos, *etagères*, *bibelots*, etc., etc., que obstruían el paso y que convertían en almacén de baratijas los salones de nuestras elegantes.

Pocos muebles y muy ricos: éste es hoy día el rigor de la moda..... para los ricos.

Los relojes no se colocan ya sobre la chimenea, admirándose en su lugar estatuas de mármol ó de bronce, á cuyo lado álzanse hermosos candelabros. La sillería para un gran salón ha de ser de madera dorada ó blanca, con tapicería fondo muy claro, nunca amarillo, y como novedad, merecen citarse los pequeños sofás para dos personas solamente, y que constituyen en la actualidad un mueble muy buscado.

Muy pocas vitrinas, y en éstas, alumbrados por la luz eléctrica, objetos de precio, esmaltes antiguos con preferencia. Las paredes cubiertas con tapicerías, ó las colgaduras, en las cuales aparecen las iniciales, el escudo ó la corona de los dueños de la casa, son hoy el *non plus ultra* del lujo y del buen tono.

Por el suelo, diseminados, tapices turcos de subido precio y algunas pieles raras; éstas para habitaciones de más confianza. En una palabra: mucha riqueza, mucho arte y mucha sobriedad.

....

Las habitaciones de los criados exigen tanta caridad como higiene, y, por lo tanto, limpieza, mucha limpieza.

Las mesas de noche deben ser de pino barnizado, y, si es posible, con piedra de mármol exterior é interior; y la cama y las perchas de hierro. Procúrese siempre que esas habitaciones tengan ventana ó balcón, que permanezcan abiertas gran parte de la mañana y que no duerman en ellas más de dos personas.

Los cuartos de los criados son, en absoluto, los que más ventilación y más luz necesitan.

Es inconcebible que todavía haya quien al edificar una casa no se acuerde de ellos, que son hijos de Dios como los amos, y merecen otro aposento que el obscuro y poco ventilado cuchitril que les destinan en las casas de Madrid. Consideramos un deber repetir esto muchas veces.

La sencillez, tan difícil de observar en la ciudad, es, en cambio, una ley en el campo. Los dorados, las molduras, los bronces, el raso y los tapices huelgan por completo. La cretona y la *persia* son las telas admitidas. El nogal, el bambú y el junco son las maderas de rigor.

Las paredes y molduras del salón se pintan, por lo general, de gris claro. Los marcos de los espejos, de madera tallada, ó lisa, lo mismo da, deben ir también pintados de gris. Los medallones formados en la pared pueden representar algún cuadro al pastel, género Greuze y Boucher, con marco de terciopelo color granate. La tela de los muebles, *portiers*, cortinajes, etc., debe ser, ya lo hemos dicho, la cretona, y, si se quiere, satinada, es más lujosa y bonita. En cuanto al dibujo, lo dejamos á vuestro gusto, convencidos de que no sabréis por cual optar, pues son, casi todos, á cual más bellos. El estilo de los muebles debe ser Luis XVI. En vez de arañas, cestas de flores pendientes del techo y cuyas guirnaldas sean muy largas.

Lo mismo en el campo que en la ciudad, la biblioteca y el *fumoir* deben alhajarse severamente. Este último aposento, que es el *boudoir* masculino, exige alfombras y telas de Oriente.

La sala de billar debe ser extensa, para que los jugadores puedan circular cómodamente alrededor de la mesa. Las paredes, tapizadas ó pintadas de claro.

El fondo de las chimeneas debe quedar cubierto de plantas, y esto en el campo es bien fácil.

Para las habitaciones de dormir, la *persia* á rayas anchas, con dibujos de flores y pájaros, es la tela que más aceptación tiene. Algunas señoras hay que la adornan con volantes plegados de muselina color crema, y resulta muy bien. Los marcos de los cuadros y de los espejos deben ir forrados de esa misma tela *persia*, que es sumamente económica. Pero cuando se trata de las cortinas y los *portièrs*, es indispensable, llámese *persia* ó cretona la tela, forrarla de percalina asargada, de color entero, el que mejor armonice con el dibujo y el fondo de aquéllas.

Las camas de hierro, pintadas de blanco, dan buenos resultados. Se usan también de pino barnizado.

Para la terraza, así como para el jardín, nada hay mejor ni más á propósito que los bancos, sillas y sillones de hierro pintados de rojo, bronce ó verde; deben ser ligeros y de forma elegante, y si no se quiere gastar tanto, los hay de mimbre, que también sirven.

Los *stores* de tela color gris ó crema con rayitas encarnadas ó azules son muy propios para el campo.

Las habitaciones destinadas á los amigos deben merecer mayor esmero aún que las propias vuestras; que nada falte en ellas, desde jabón, toallas, peines y cepillos para la *toilette*, hasta el papel, los sobres, la tinta y la pluma para escribir.

A propósito de huéspedes.

En muchas casas de campo, de las más hospitalarias, impera la costumbre de que los huéspedes paguen á la lavandera, á fin de que puedan mudarse de ropa interior cuantas veces quieran; y en esas mismas casas sus dueños no suelen pagar los sellos de Correo tampoco; de esta suerte los convidados tienen libertad absoluta de escribir todas las cartas que gusten. Esto, amén de que toda persona prudente, cuando va de temporada en casa de sus amigos ó de sus parientes, debe llevar buen acopio de sellos, así como de algunas libras de dulces para obsequiar á quienes le obsequian. Y si estuviere en paraje donde hubiese buenas tiendas, no olvide que antes de abandonar la casa ha de hacer un regalo á la señora ó señorita; obsequio que siempre consiste en algún artístico objeto de porcelana conteniendo preciosas flores. Según el tiempo que esté de huésped ha de ser la propina á los criados. El huésped no debe permanecer ni largas horas encerrado en su habitación, ni tampoco estar siempre con la familia que lo convida: lo uno para que no parezca que hace de la casa una fonda, y lo otro para no estorbar. Un justo medio, como en todo. Ahora bien, en los amos de la finca está el dejar en completa libertad á sus invitados.

También aquéllos deben procurar que los criados atiendan antes que á ellos á los huéspedes; no se dé el caso de aquel señor, muy conocido por cierto, que fué á pasar una temporada de campo con unos amigos, muy conocidos también, cuyo señor tuvo que hacerse todas las noches la cama, porque el criado que pusieron á su servicio no se dignaba tomarse ese trabajo. Y lo que el señor decía: «¡Yo no tenía más remedio que callar!»

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

Continuará.

EL NÚMERO TRECE.

Continuación.

TODOS los convidados habían llegado durante mi ausencia, y debían pensar que el futuro no se daba mucha priesa. El sirviente alzó el *portier* del salón, y vi á la familia sentada en círculo. Sentí sus miradas fijas sobre mí, haciéndome pasar revista de inspección. ... pero felizmente hallé la dulce sonrisa de mi Clara, y esto me dió ánimo.

—El señor *de* Lubín—dijo en aquel momento el criado, ennobleciendo, sin conciencia de lo que hacía, el apellido de mi nuevo amigo;—el señor de Santaló.

Doña Engracia sonrió amablemente, y respondió mirándonos:

—Os aguardábamos con impaciencia.

—Tened la bondad, señora—contesté—de perdonar mi tardanza, y permitid que os presente á mi amigo el eminente doctor Lubín, que á pesar de sus graves ocupaciones, tiene la amabilidad de tomar parte en nuestra fiesta de familia.

—Estimamos su atención en lo que vale—repuso la señora de Zulueta—y le estamos sumamente reconocidos. Dispensad que os tratemos sin ceremonia, pues nuestra reunión es puramente de confianza.

Ardían sesenta bujías en candelabros de plata, sin contar seis lámparas, cuyas combinadas luces formaban una espléndida iluminación. Las señoras vestían los ricos trajes designados por la moda para las comidas más elegantes, y todos los caballeros lucían el severo frac y la corbata blanca. ¿Qué guardaría mi suegra para un convite de ceremonia?

Las presentaciones comenzaron por un hermano del señor de Zulueta y su esposa, honrados propietarios que la mayor

parte del año vivían en una linda casita labrada á toda costa en Aranjuez; tocó luego el turno á una tía anciana, sorda como un poste y algo maniática, pero muy atendida, á pesar de sus faltas, porque poseía cuantiosa fortuna que sería á su tiempo una herencia envidiable; después otro tío, hermano del abuelo materno, coronel retirado, condecorado con las cruces de San Fernando y San Hermenegildo, cuyo pie izquierdo estaba medio inútil de un balazo recibido en la campaña de Africa, solterón recalcitrante, de carácter fuerte, pero en el fondo un buen hombre; una prima y su marido, jerezanos recién venidos á la corte: él es notario, ella debe de ser mala como el diablo; su boca fruncida y sus ojos maliciosos no anuncian nada bueno; traen consigo el único fruto de su matrimonio, *bebé* de diez y nueve años, que si no es completamente tonto lo parece, pues se pone colorado de que lo miren; en fin, una hermana de D.ª Engracia, la tía Cecilia, señora de cuarenta años, que ha sido y es bastante linda, y cuyas facciones recuerdan las de Clara: aunque su genio es triste, tiene mucho talento, finura y simpatía; viuda, sin hijos, todo su cariño lo posee mi novia, que por su parte la ama tiernamente. No falta más que la prima Dorotea, pero como su costumbre es no parecer hasta después de la sopa, no se la espera más.

Un cuarto de hora hacía que la cocinera refunfuñaba, y por no aumentar su disgusto pasamos al comedor, que se hallaba no menos iluminado que el saloncito. ¡Qué lujo de bujías, de flores y de plata! Lubín llevaba del brazo á la señora de Zulueta, y ésta le decía con afectada sencillez:

—Sin cumplidos, caballero, sin cumplidos de ninguna clase; una comida de familia..... Tened la amabilidad de ocupar vuestro sitio entre mi tío el Coronel, que se alegrará de ser vuestro vecino para consultaros sobre su enfermedad, como ha consultado á todos vuestros colegas, y mi tía la señorita de Brull, á quien os recomiendo atendáis especialmente: aunque sorda, comprende lo que se le dice por el movimiento de los labios.

Lubín, que adivinaba nuevos clientes en los dos viejos que le daban por vecinos, se dió tal prisa para obedecer, que al precipitarse hacia su silla aplastó una pata de *Rubí*, que venía pisando la cola de su dueña.

A los aullidos del perro se unieron los gritos de D.ª Engracia; cogió al animal en brazos, y le cubrió de besos, mientras el pobre doctor no sabía cómo disculparse.

—Pero, mujer, ¿por qué no encierras á ese animal siquiera cuando tenemos convidados?—preguntó ásperamente el señor de Zulueta, cansado, y con razón, de aquel barullo.

—Liborio—repuso enojada mi suegra—mézclate en tus asuntos y déjame en paz. Pobre chiquito, tesoro, amor mío, dadme árnica para ponerle un cabezal.

Los criados corrieron á traer lo que pedía su señora; en tanto la sopa estaba servida, y se enfriaba lastimosamente.

Curado el perro, se le acostó en su cojín, y como le dí bastante azúcar para que olvidara el percance, se dignó callar, hacer la rosca y dormirse, con lo cual renació la calma y nos sentamos á la mesa.

Comimos la sopa, y la prima Dorotea sin parecer.....¿Por fin sonó la campanilla..... ¿Sería ella?

Nueva decepción..... el criado con otra carta, concebida en estos términos:

«Querida Engracia: He ajustado la cuenta, y si voy sin mi hijo somos *trece á la mesa:* así he decidido no ir hasta despues de comer. Tu prima,

DOROTEA.»

Mi suegra se puso pálida como la cera; su marido rojo como un cangrejo; Clara se estremeció, y yo miré á Lubín que hacía desaparecer el contenido de su plato con destreza prodigiosa: bebió en seguida medio vaso de vino generoso, lo paladeó lentamente, y guiñando los ojos, dijo al dueño de la casa:

—¡Exquisito á fe mía!

Pero nadie le respondió; todos estaban aterrados como si tuvieran presente la cabeza de Medusa, y el que más ó menos repasaba mentalmente el número de convidados, para asegurarse de que era *trece*. ¡Decididamente la familia de mi Clara era supersticiosa hasta el ridículo! La tía sorda miraba de reojo á Lubín, que tragaba cuanto tenía á mano: parecía que en ocho días no hubiese tomado alimento. ¡Valía la pena el mal rato que me dí para buscar el convidado *número trece!* Pero la verdadera culpa es de mi suegra: ¿no me dijo: tráete alguien de grado ó por fuerza? Ahora decentemente ¿quién dice á Lubín que se vaya?

Cuanto más repulsiva se me hacía la presencia de aquel hombre, más ordinario le hallaba; sus manos, sobre todo, me parecían pezuñas de buey; ¡valiente tipo! come como un ogro, bebe como una esponja, y toda su facha dice que es un quidam sin pizca de delicadeza. ¿Mas qué se puede esperar del hombre que acepta la primera invitación que le dirige un desconocido?

¡Miserias humanas!

Cuando alguien puede servirnos le adornamos de todas las virtudes; cuando llega á ser inútil, le llamamos vicioso y le arrojamos á empellones. ¡Eterna comedia que se juega desde el primero al último escalón de la escala social!

Todos nos esforzábamos en parecer alegres, y como la comida era opípara y los vinos selectos, poco á poco llegamos á olvidar; sólo el semblante de mi suegra continuaba ceñudo y evitaba cuidadosamente mirar al doctor. ¡Hombre fatal que no contento con ser el número *trece*, ha tenido la audacia de aplastar una pata á *Rubí!*

Pero el convidado no se ocupa de mi suegra; toda su atención está cifrada en llenarse el plato y vaciarlo de seguida; lo he traído á comer y lo hace á conciencia; no habla al coronel sino para pedirle vino, y cuando tiene el vaso lleno, se vuelve ceremoniosamente á la señorita de Brull, la saluda y lo vacía de un trago.

La sorda piensa que el pretendiente de su sobrina es Lubín, é inclinándose al oído de la prima jerezana, le susurra no tan bajo que yo no le oiga:

—Le creía más joven, y hasta me aseguraron que era buen mozo; pero le hallo horriblemente gordo y feo. En fin, si gusta á Clara, es cuanto puede desearse.

—Os engañáis—replica la señora de los labios fruncidos;—el futuro esposo es el que está junto á la niña; y á propósito, ¿no os parece que no debían haberlos puesto al lado uno de otro? Mi prima olvida que un matrimonio concertado no es matrimonio hecho.

—Tenéis razón—contesta la de Brull, empeñada en hacer creer que oye lo que le dicen;—pero á mí me gusta más la sopa de arroz que la de tapioca.

La esposa del notario se vuelve á su vecino de la derecha, el hermano de D.ª Engracia, y le dice en voz baja:

—¿No sois de mi opinión?

—No, señora—responde francamente el interpelado;—si los prometidos esposos están juntos, es porque no ha venido la prima Dorotea, que debía colocarse entre los dos: por mi parte no veo ningún mal en ello, aun cuando el matrimonio no debiera realizarse.

La jerezana me dirige una mirada oblicua llena de misteriosos rencores: decididamente no le agrado; pero ella me causa el mismo efecto: nuestra antipatía nació de la primera mirada. ¿Soñaría tal vez casar al *bebé* monstruo de su niño con mi encantadora Clara?

En fin, llegamos á los postres; falta menos de un cuarto de hora para que Lubín se marche como ha prometido: para distraerme mientras concluye aquel Heliogábalo, dirijo algunas palabras á Clara, y cuando ella va á contestarme, atrae nuestra atención la voz del coronel que responde con impaciencia al doctor:

—¡Pardiez, caballero! ¿Cómo he de deciros que no tengo tales molestias? Basta y sobra con las que me causa mi piel agujereada y tres dedos de menos.

—Y yo sostengo que los tenéis—afirma Lubín con una seguridad capaz de hacer perder la paciencia á un santo:—los he descubierto en personas que juraban no saber lo que eran, y sin embargo sufrían tan horriblemente, que el cirujano trataba de amputarles los pies: por dicha para los pacientes, he llegado con mi estuche, he operado, y mi triunfo ha sido tal, que la fama me da el nombre del hábil, del incomparable Lubín; si hubiera querido, ostentaría muchas condecoraciones, pues he tenido entre mis manos gran número de pies, que sustentaban cabezas coronadas; pero quiero mi libertad, y rehuso las cadenas aunque sean de oro. ¡Guardad, poderosos de la tierra, guardad vuestras cintas multicolores, y sabed que todos los pies son iguales ante mí.

Calló un instante, tomó el vaso lleno hasta los bordes, y añadió:

—Se acerca el momento de dejar tan grata compañía, y sería un grosero si marchara sin brindar por vuestra salud.

Levantóse, reclamó silencio, alzó el vaso, y mientras le contemplábamos con asombro, exclamó:

—¡Respetable familia que has sido tan hospitalaria para mí, nunca olvidaré el tiempo que he pasado entre vosotros, y podéis estar ciertos que á cualquier hora del día ó de la noche que llaméis á Lubín, le tendréis dispuesto á aliviar vuestros padecimientos: ved mis tarjetas; en ellas está mi dirección, y ahora permitid que beba á la extirpación de vuestros callos! ¡Adiós queridos y nuevos amigos, os llevo á todos en el corazón!

Dejó la sala, y un momento después vimos cerrar la puerta de la escalera.

El discurso de nuestro convidado nos dejó mudos de sorpresa; en cuanto á D.ª Engracia, más blanca que su servilleta, no hacía más que murmurar:

—¡Estamos perdidos! ese hombre es Satanás en persona. ¡*Trece á la mesa!* ¡Ha brindado por nuestra próxima muerte!

—Vaya, sobrina, tranquilízate y no digas locuras—gritó alegremente el coronel, que reía á carcajadas:—no hay tal diablo, antes empiezo á comprender sus discursos y el brindis final: he aquí su tarjeta.

Y leyó en voz alta.

PIETRO LUBÍN,

CALLISTA ITALIANO

Mayor, 150, tercero izquierda.

Hubiera querido que la tierra me tragara; todas las miradas se fijaron en mí.

—¿Es vuestro amigo?—me preguntó con malicia la esposa del notario.

Afortunadamente comprendí que la mejor manera de salir del paso era decir la verdad, y conté las cosas como habían pasado; todos rieron de buena gana, y hasta se llegó á encontrar un mérito relativo en el signor Pietro Lubín: repartiéronse sus tarjetas, y sin duda al guardarlas pensó cada cual que no era malo saber de un buen callista, en caso de necesitar su oficio: después de esta confesión me sentí más tranquilo, y si no hubiera sido por la contristada expresión del semblante de mi suegra, habría sido completamente dichoso.

Una vez terminada la comida, pasamos al saloncito donde estaba servido el café: llegaban entonces algunas personas, y entre ellas la prima Dorotea, á quien D.ª Engracia abrumó á reconvenciones: riendo también, se defendió con echar la culpa á su hijo, y acabó por decir:

—Sólo en una cosa he hecho mal, y es haber dejado de venir, dando así la razón á tus agüeros.

Y á renglón seguido enfiló un rosario de historias para probar que más de veinte veces había ella comido en compañía de otros doce, y que allí estaba como prueba viva de la mentirosa fatalidad que se atribuía al número *trece*. Cuando acabó su perorata, que duró más de un cuarto de hora, se acercó á mí:

—Me alegro mucho, Javier, de que entréis en nuestra familia—me dijo afectuosamente.—Me da el corazón que haréis feliz á nuestra querida Clara; pero sabed que al desposaros con ella, atrapáis el premio gordo en la lotería de la vida.

Como mi opinión estaba perfectamente de acuerdo con la suya, estreché la mano que me tendía, y la reunión acabó sin otro incidente.

A. HERMILL.

Concluirá.

AVES Y FLORES.

Á LA MEMORIA DE MI BUENA Y QUERIDA AMIGA LA EXCMA. SRA. D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

¡Descanse en paz el corazón humilde,
Tan delicado y tierno,
Que sólo para amar tuvo latidos,
Que sólo para amar vino á este suelo!
¡Descanse en paz la noble inteligencia,
El inspirado genio
De aquella que las *aves* y las *flores*
Por hermana dulcísima tuvieron!
Almas como la suya son palomas
Mensajeras del cielo;
Y cruzan por la tierra sólo á darnos
De modestia y virtud grandes ejemplos.

¡Buena amiga! Los rayos de tu gloria
Son vívidos reflejos,
Y forman como estela refulgente
Que va tus pasos por doquier siguiendo.
Violeta de humildad, tu dulce nombre
Hoy repite la fama en altos ecos;
Justo premio del mérito que ignora
Lo que merece su valor inmenso.
¡No logrará la muerte tu memoria
Borrar de nuestros pechos;
Que el que viene cual tú, no muere nunca,
Antes vive por siempre su recuerdo!

¡Flores que en el edén donde vivía,
Á su sombra crecieron,
Mirándola inclinarse cariñosa
Para besar los matizados pétalos;
No era el rayo del sol quien impulsaba
Á doblar vuestros cálices soberbios
Y sacudir las perlas de rocío
Como llanto de amargo desaliento,
Cuando de vuestra dueña idolatrada
Visteis pasar el fúnebre cortejo;
¡Al perder la más tierna protectora,
Era justo y bien justo vuestro duelo.

¡Aves que de sus manos generosas
Recibíais alimento,
Y encantabais las horas de su vida
Con vuestros dulces, tímidos gorjeos.
Cuando el espacio azul ibais cruzando
Y á los rayos de un sol vivo y risueño,
Visteis pasar de vuestra dueña amada
El enlutado féretro;
¿No es verdad que un temor grave y profundo
Un triste desconsuelo,
Vuestros cantos de amor y de alegría
Hizo trocar en funeral concierto?

¡Descansa en paz! repiten nuestros labios,
Y de amargura llenos,
Al par los corazones que te aman
Viven sin luz, sin paz y sin consuelo.
El llanto del dolor nuestras mejillas
Escalda como fuego,
Y si flores queremos ofrecerte,
Le sirven nuestras lágrimas de riego.
¡Aun tu sombra querida contemplamos,
Aun nos parece percibir tu acento,
Y es que seres cual tú no mueren nunca,
Porque vive en las almas su recuerdo!

¡Estrella de süaves resplandores
Tan puros y tan bellos,
Que con rayos de luces eternales
Iluminas del mundo los senderos;
Paloma que á otros valles más dichosos
Has levantado el vuelo,
Ruega por los que lloran, y al perderte
Su ventura perdieron!
¡Bendita sea la fe que nos alienta
Al pensar en los muertos,
Y nos hace del polvo de su tumba
Alzar los ojos y mirar al cielo!

ISABEL CHEIX.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

Á UNA PROVINCIANA.—Para hacer el *roasbeef* se escoge un buen trozo de carne de vaca, de lomo bajo; se coloca sobre ella una tira de tocino y una rama de perejil, y se envuelve y ata muy bien la carne en forma de rollo; se pone á asar con manteca, en una cacerola y á fuego muy fuerte, durante un cuarto de hora ó más, si el trozo es grande, pero

23 y 24.—Espalda de los abrigos núms. 15 y 19.

27.—Delantal para niños de 3 años.

29.—Arandela para copa.

25 y 26.—Espalda de los abrigos núms. 14 y 22.

28.—Traje para niños de 6 años.

30.—Corpiño Imperio.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

31.—Traje de paseo.

32.—Bata de crespón.

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 14 de Octubre de 1890.	Año XLIX.—Núm. 38.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Lo que nos reserva la moda.—Novedades de invierno.—Modelos de levita y de chaqueta.—Tentativas y resurrección del manguito *tamborin*.—Sombreros y *toques*.—Joyas de fantasía.—Uvas bien imitadas.—Dos cinturones.—Reformas en los teatros.—Seres insociables.—Sombreros al vestuario.—Máximas y proverbios.

Aunque la época sea aún prematura, forzoso será que tratemos desde hoy de las modas de invierno: millares de lectoras aguardan con ansiedad á que manifestemos nuestro parecer sobre las novedades de la estación próxima.

El paño estará más de moda que nunca, y en vista de su gran boga, se fabrican paños tan flexibles, tan elásticos, tan finos, que se ajustan al cuerpo como la piel de Suecia.

Un color que parece el favorito es el azul *lobelia*, que viene á ser el antiguo azul franco, brillante, un poco crudo, bonito para una librea, pero que, á mi juicio, es feo para un vestido ó para un sombrero.

Se llevarán mucho las telas de lana burda, telas gruesas lisas ó labradas: *neigenses*, pekines, *camaïens*, una de cuyas listas es afelpada, mientras que la otra es lisa. Hay telas de lunares afelpados sobre un fondo liso, y otras con llamas de dos colores: rosa y negro, amarillo y negro, sobre fondo azul ó color de berengena. Los dibujos que representan anillos enlazados ó lazos Luis XV, apenas distintos, se destacan en claro ó en obscuro.

Se verán muchos vestidos de color azul marino adornados con paño ó crespón de la China color de albaricoque, y no pocos verdes con adornos morados ó color de rosa con negro.

No se trata de telas escocesas, por lo menos como novedad. Se llevarán algunos vestidos de este género, si se quiere, pero no serán del gusto del día.

Las sedas de este año son más lindas que nunca. Siguen fabricándose muchos fondos de raso con signos de color, no ya el ramito del año pasado, sino lunares, granos de café, ziszás, centellas, óvalos grandes, almendras y otros mil dibujos. Estos serán grandes ó pequeños, pero muy pocos representarán flores.

Como colores, verde claro sobre negro, color de rosa sobre azul marino, malva sobre verde, amarillo sobre azul ó negro: tales son las combinaciones preferidas.

1.—Sombrero para señoritas.

Respecto á las formas, continuarán, hasta nueva orden, las faldas aplastadas y largas, los corpiños de talle redondo y las chaquetas de estilo Luis XIII, que son muy elegantes y se llevan hasta con los vestidos de seda. La aldeta larga será plana ó plegada, pero mezclada siempre con una tela labrada, si el vestido es liso, ó guarnecida de plumas.

No es posible imaginar la cantidad de plumas que se ponen en los vestidos, menos, sin embargo, en los trajes de calle que en los trajes ricos ó de ceremonia. Se las dispone interiormente, de manera que sobresalgan, á lo largo del cruce de una falda, ó en el contorno de una chaqueta, ó como tirantes, ó en forro de un cuello abarquillado, etc., etc. Sobre un vestido de brocado negro, por ejemplo, se pone un delantal de raso blanco, ribeteado de un galón de oro en el borde inferior y de una tira ancha de plumas negras.

Se hacen boas, medias boas y cuellos igualmente de plumas. Si no se quiere hacer el gasto de una boa larga, que cuesta bastante cara, se compra una media boa, es decir una especie de cuello, que rodea el cuello y termina en la cintura.

Casi todos los corpiños llevan en el cuello y en el borde de las mangas esos adornos de plumas que producen el mejor efecto.

Veremos asimismo este año, más que nunca, el oro, la plata y el acero, empleados en galones, en bordados, en canesús, cinturones, etc.

Las mangas continúan siendo largas, cayendo á menudo sobre la mano, á la Teodora, pero un poco menos voluminosas.

Las chaquetas y pellizas se llevarán indistintamente, según el tiempo, y serán los abrigos más generalizados.

Se verán indudablemente manteletas de varias clases, ricas, adornadas con lujo, centellantes de azabache ó recargadas de pieles; pero ésta será la prenda solemne para visitas ó ceremonias. Aparte de este género de trajes, lo que se llevará, repito, es la chaqueta larga, la pelliza, tan cómoda y elegante, y la levita con esclavina ó sin ella.

Mencionaremos, por ejemplo, la levita larga *Hadji*, de piel de seda negra, con pliegues abanico por detrás, y cerrada por delante con unas presillas de seda y doble hilera de botones. Esclavina

y capucha, forradas ambas de seda color canaque, muy obscuro. Faja anudada de la misma tela. Manga listada de seda negra y color canaque.

Como confección corta merece citarse la chaqueta con alzacuello de paño azul, llamado paño de oficial, ajustada por delante y por detrás y guarnecida de un canesú del mismo paño, bordado de seda color sobre color. Un fleco largo de seda va puesto en el borde del canesú. Mangas enteramente bordadas y muy largas. Cuello recto de piel.

Algunas elegantes tienen la intención de resucitar el manguito *tamborín*, tan incómodo como ridículo, y sobre todo, tan poco «fin de siglo»; pero no creo que lo consigan, por lo mismo que es un retroceso injustificado.

Por el contrario, la *estola* de piel de zorro, con su cuello grande y redondo, su cuellecito en pie y sus largas caídas, será una de las novedades más elegantes de la estación.

El astrakán y las pieles de pelo largo serán las preferidas de la moda. Pero ya volveré á tratar más de una vez de todos estos asuntos, que hoy no he hecho más que indicar.

***

Entretanto, digamos algo de los sombreros que se llevan actualmente. Jamás han sido más elegantes ni de variedad más extraordinaria.

Se llevan pocas capotas, prefiriéndose, por el momento, la *toque*, que es más juvenil y más graciosa. Se hacen muchas *toques* de fondo flexible, que se guarnece en forma de turbante. He visto una de esas *toques* de paño color de tórtola, con borde encañonado de terciopelo negro. Como adorno, dos alondras, una de ellas colocada como un penacho por delante, hacia la izquierda, y la otra aplicada sobre el fondo, con las alas extendidas y la cabeza inclinada.

***

El capricho, la pura fantasía, reina en la fabricación de las joyas que sirven de adorno á sombreros y vestidos, lo que no excluye la novedad y el buen gusto. Constituye la nota dominante, en este género de joyas, los granos de uvas, imitadas de una manera perfecta. La transparencia de la fruta, la película que la envuelve, todo está tan bien imitado, que cualquiera creería estar viendo la uva blanca de Provenza ó nuestro dorado albillo.

Fig. 1.ª

Estas lindas uvas revisten mil formas diferentes, como se ve por la fig. 1.ª: alfileres de corbata, alfileres de sombreros, cadenas de reloj, broches, etc.

Nótese además, en la misma figura, una espada que sale de la vaina y que se clava en una banda ó en una guarnición de sombrero, de donde sale un poco más lejos para volver á entrar en la vaina. La espada atraviesa así la tela de parte á parte. Véase después un lacito Luis XV, de chinas del Rhin, y una golondrina de cuentas y plata cincelada, provista de un muelle que se fija fácilmente con una mano.

Todos los días se inventa algo nuevo en este género de joyas, que viene á despertar nuestra coquetería, y

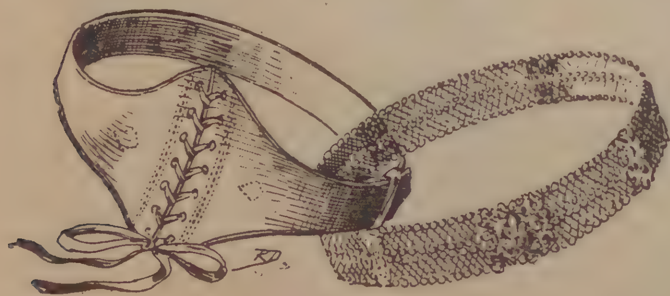


Fig. 2.ª Fig. 3.ª

que, en último resultado, cuestan poco y dan una nota muy original y elegante al traje femenino.

Para los corpiños de talle redondo, que están hoy tan de moda, he aquí un cinturón suizo (fig. 2.ª) de piel amarilla, enlazado en medio y que produce muy buen efecto sobre un vestido obscuro.

El otro cinturón (fig. 3.ª) se adapta á los elegantes vestidos de recibir y á los *deshabillés*, lo mismo que á un traje de baile para señoritas. Es de mallas de oro ó metal dorado, con cierres de plata antigua, labrados como las medallas. Viene á ser un objeto artístico de muy buen gusto.

***

Las reformas y modificaciones impuestas dos años ha á nuestros teatros por la comisión contra incendios, y que tantas quejas arrancó á las empresas teatrales, pueden considerarse como terminadas, con gran contentamienta del público, que disfruta hoy, no sólo de una seguridad casi absoluta, sino de comodidades inapreciables. La transformación de las salas de espectáculos de París es completa. Las dificultades de otro tiempo para sentarse, moverse ó llegar hasta su puesto sin molestar al prójimo, han desaparecido; ahora no son los empresarios, sino los espectadores, los que dan pábulo á la crítica. En efecto, de todas partes, de la prensa como de los círculos de gente bien educada, salen protestas contra el desenfado de ciertas personas que tratan al público y á los actores sin el menor miramiento, entrando en la sala después de levantado el telón, y á veces en medio de una escena que interrumpen sin el menor empacho. ¿No habrá correctivo posible para estos actos de insociabilidad?

En el mismo orden de ideas, la cuestión de los sombreros voluminosos de las espectadoras que van á las butacas es objeto de serias reclamaciones. En una capital del extranjero—en Viena si no me equivoco—se ha resuelto la cuestión de una manera tan radical como ingeniosa. Se ha puesto un anuncio á la puerta de los teatros declarando que sólo las señoras de «cierta edad» tenían derecho á entrar en la sala con el sombrero puesto. Todos los sombreros han sido confiados á las acomodadoras. Recomendamos este procedimiento expeditivo á los empresarios de teatros en vías de reforma.

***

MÁXIMAS Y PROVERBIOS.

Los elogios de los lisonjeros son menos peligrosos que sus consejos, pues aquéllos acarician nuestro amor propio y éstos una mala pasión.

Los efectos de la cólera se parecen á la caída de una casa, que, al derrumbarse sobre otra, se destruye á sí misma.

V. DE CASTELFIDO.

París, 7 de Octubre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero para señoritas.—Núm. 1.

Sombrero redondo de fieltro negro. Fondo flexible, cubierto de crespón color de hoja de rosa, dispuesto en pliegues. En el delantero y en la parte de detrás, un penacho de plumas negras.

Velo-pantalla.—Núm. 2.

Se hace esta pantalla, en forma de velo, de tafetán ligero color de paja, y se la adorna con un bordado inglés hecho con seda color de paja. Un torzal fino de oro va cosido por encima de este bordado. El velo ó pantalla forma dientes en su contorno superior y en el inferior.

Camisa de vestir y camisa de dormir para señoras. Núms. 3 y 4.

La camisa de vestir es de batista estampada con lunares color de rosa. El delantero va bordado de color de rosa, formando una guirnalda.—Los delanteros de la camisa de dormir, que es de seda, van plegados, y los pliegues sujetos en la cintura con dos entredoses bordados. Un volante recortado en ondas adorna las mangas y el escote. Lazo de cinta azul.

Tocador adornado.—Núm. 5.

Esta mesita-tocador va adornada, así como el espejo, con muselina bordada y andrinópolis azul celeste, y unos ramitos de flores artificiales, según se ve en el dibujo.

Cenefa al punto de cruz.—Núm. 6.

Este dibujo, que puede servir para guarnecer delantales de lienzo ó cañamazo, para niños, ó bien para cenefas de toallas, va bordado al punto de cruz con algodón grueso, encarnado ó azul. Para hacer esta labor más fácil, se aplica sobre la toalla un pedazo de cañamazo más ó menos grueso, en el cual se pueden contar fácilmente los hilos. Cuando la labor se halla terminada, se saca el cañamazo tirando de los hilos uno á uno.

Tapete pequeño.—Núms. 7 y 8.

Este tapete, que es redondo, tiene, sin contar el encaje, 58 centímetros de diámetro. Se hace al punto de red, con hilo crudo ó seda, un cuadro, empleando un molde de un centímetro y medio de circunferencia. Se extiende este cuadro sobre un marco, y se borda el fondo con arreglo al dibujo 8, que representa el bordado á la mitad de su tamaño natural. Se ejecuta este bordado al punto de lienzo con sedas de varios colores. Los dibujos aislados se rodean con seda marrón obscura, y sobre estos dibujos se ejecutan unas cruces y unas barretas, para las cuales se extiende la hebra yendo y viniendo. Se rodean estas hebras, ó bien se las borda al punto de zurcido. El *punto de espíritu* va hecho con torzal de oro. Algunos dibujos van rodeados y bordados con felpilla. Cuando el bordado está concluído, se corta el sobrante de la red. Se ribetea el contorno con un encaje de oro, de 5 centímetros de alto, y se cubre la costura con un cordón de felpilla.

Cuello chorrera.—Núm. 9.

Se hace este adorno de crespón y encaje. Se compone de un rizado de encaje sujeto con crespón y estrechado bajo un lazo de cinta.

Chaqueta Romani.—Núm. 10.

Se hace esta chaqueta de paño verde olivo y se le adorna de pasamanería negra, de galón también negro y de un chaleco de astrakán, que se pone sobre unos delanteros dobles añadidos á la chaqueta por medio de las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. El chaleco se abrocha en un lado y se ajusta con dos pinzas. La chaqueta se compone de espalda, lados de espalda y de delante, y delanteros con pinzas, abiertos y recortados sobre el chaleco, y guarnecidos de adornos de pasamanería. Cuello alto de paño y cuello de astrakán. Manga de codo con carteras ribeteadas de galón y guarnecidas de un adorno de pasamanería. Galón en el contorno de la chaqueta.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de paño.

Chaqueta Mistral.—Núms. 11 y 12.

Se hace esta chaqueta de paño gris fieltro, y se la guarnece de terciopelo negro y piel de skungs puesta en forma de vivo y en tiras. Espalda, lados y delanteros con pinzas, abrochados con dos hileras de botones. Una cinta, puesta por el revés, se fija con dos pespuntes sobre el delantero derecho y sostiene los botones. Carteras de bolsillo y cuello-chal de terciopelo, y cuello en pie de paño con guarnición interior de piel, que sobresale del borde. La misma guarnición rodea la chaqueta.

Tela necesaria: un metro 75 centímetros de paño y 50 centímetros de terciopelo.

Chaqueta Húsar.—Núms. 13 y 14.

Es de paño color de piel, y va guarnecida de astrakán y trencillas negras. Espalda, lados de espalda y de delante y delanteros con una pinza, los cuales se abrochan en medio con corchetes y se guarnecen de una tira estrecha de astrakán. Una tira del mismo astrakán, un poco más ancha, guarnece el borde inferior. Un bordado de trencilla adorna el contorno de la chaqueta y lo alto de la espalda. Manga de codo. Cuello y carteras de astrakán. Forro de seda color de nutria.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de paño.

Abrigo Fabiola.—Núm. 15.

La forma de este abrigo es la de una levita de paño color banana, con adornos de galón de pasamanería y rizado grueso de terciopelo en torno del escote. Esta levita se compone de una espalda Princesa, que da el vuelo suficiente para dos pliegues encañonados, y unos delanteros con pinzas, lados de delante y de espalda, que terminan en faldones añadidos. Los delanteros se abrochan en la cintura con un cruce doble abrochado. Una solapa de paño guarnecida de tres galones se dobla sobre el lado izquierdo del delantero. Manga ajustada, cuya parte superior va recortada en punta y guarnecida de galones.

Tela necesaria: 5 metros de paño.

Abrigo de paseo.—Núm. 16.

Este abrigo, en forma de levita, conviene para señoritas ó señoras jóvenes, y se compone de un delantero de falda añadido, de paño color de piel, abierto sobre un delantal muy estrecho de lanilla cuadriculada. Delantero de chaqueta estilo de sastre, ajustado con una pinza y abierto sobre un chaleco cruzado de lana de cuadritos. La parte superior del chaleco va abierta sobre un peto de paño fijado con un cuello en pie de la misma tela bajo el borde del chaleco. Un botón grueso en la cintura fija la chaqueta, y unos botoncitos como los del chaleco adornan lo alto de las solapas, que son de lanilla de cuadritos. Cuello vuelto de la misma tela ajustado á las solapas. Espalda de levita larga con lados de espalda que dan el vuelo necesario para los pliegues. Los lados del abrigo van abiertos sobre una quilla estrecha de lana de cuadritos.—Sombrero de fieltro, guarnecido de plumas negras.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de paño, y un metro 30 centímetros de lana de cuadritos.

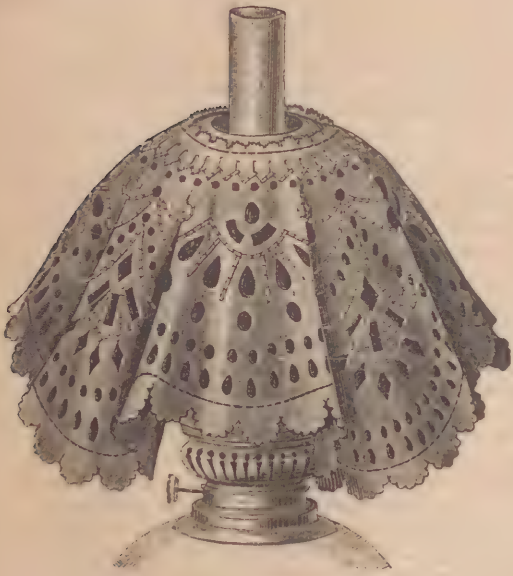
Sombrero Fantina.—Núm. 17.

La forma de este sombrero, de tul negro, es la de una capota, con un encaje ancho de azabache á todo el rededor. Unas bridas de terciopelo negro se cruzan sobre el fondo y dan para un lazo, que se fija bajo un bullonado de tul negro. En el centro del tul se pone un pájaro gris-amarillento mosqueado.

Abrigo Rosalba.—Núms. 18 y 19.

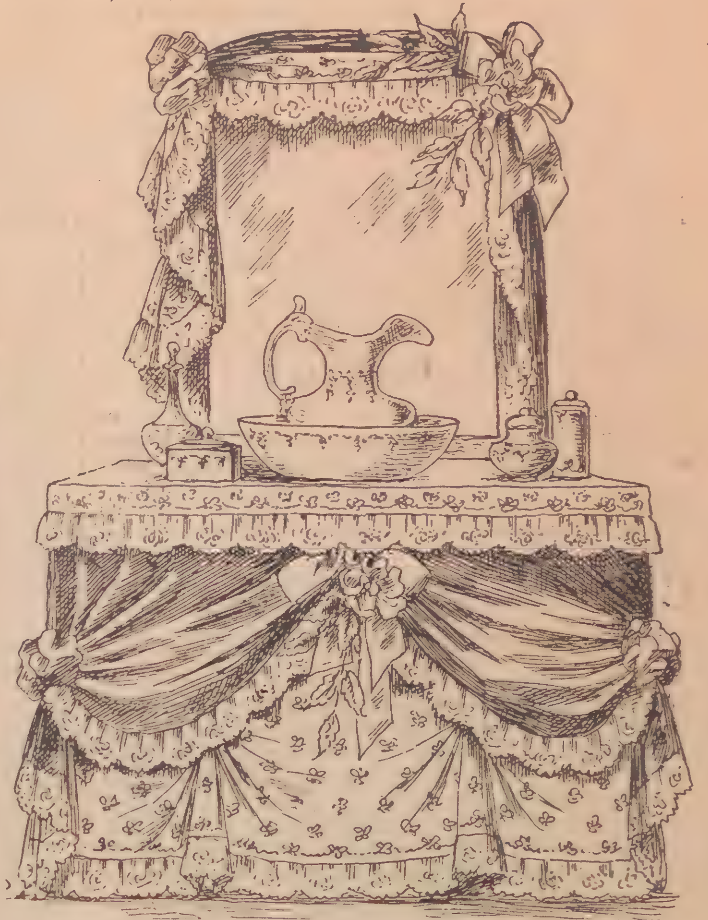
Se hace este abrigo de seda labrada fondo verde y seda lisa del mismo color. La espalda y los lados dan el vuelo necesario para la falda, con pinza que marca un segundo lado de espalda. Los delanteros se cruzan y se pliegan de derecha á izquierda, con pinza que marca el lado del delantero. Cinturón-faja de seda lisa, que pasa bajo las costuras de la espalda, atraviesa el delantero y se anuda en la izquierda sobre el cruce. Una especie de fichú puntiagudo, de seda lisa, se frunce sobre el cuello alto y guarnece la parte superior del abrigo. Dos bieses de seda lisa estrechan los fruncidos en el cuello. Manga ancha de seda labrada, con la parte inferior ajaretada y guarnecida de una cartera enrollada de seda lisa.

Tela necesaria: 11 metros de seda labrada; 11 metros



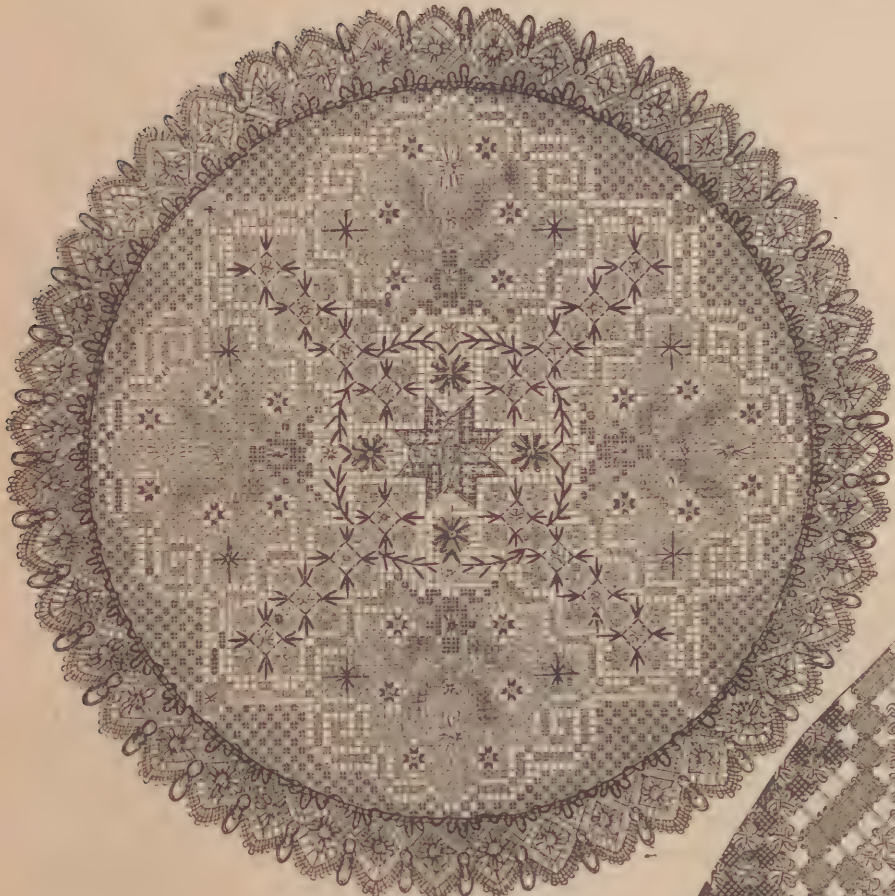
2.—Velo-pantalla.

3 y 4.—Camisa de vestir y camisa de dormir para señoras.



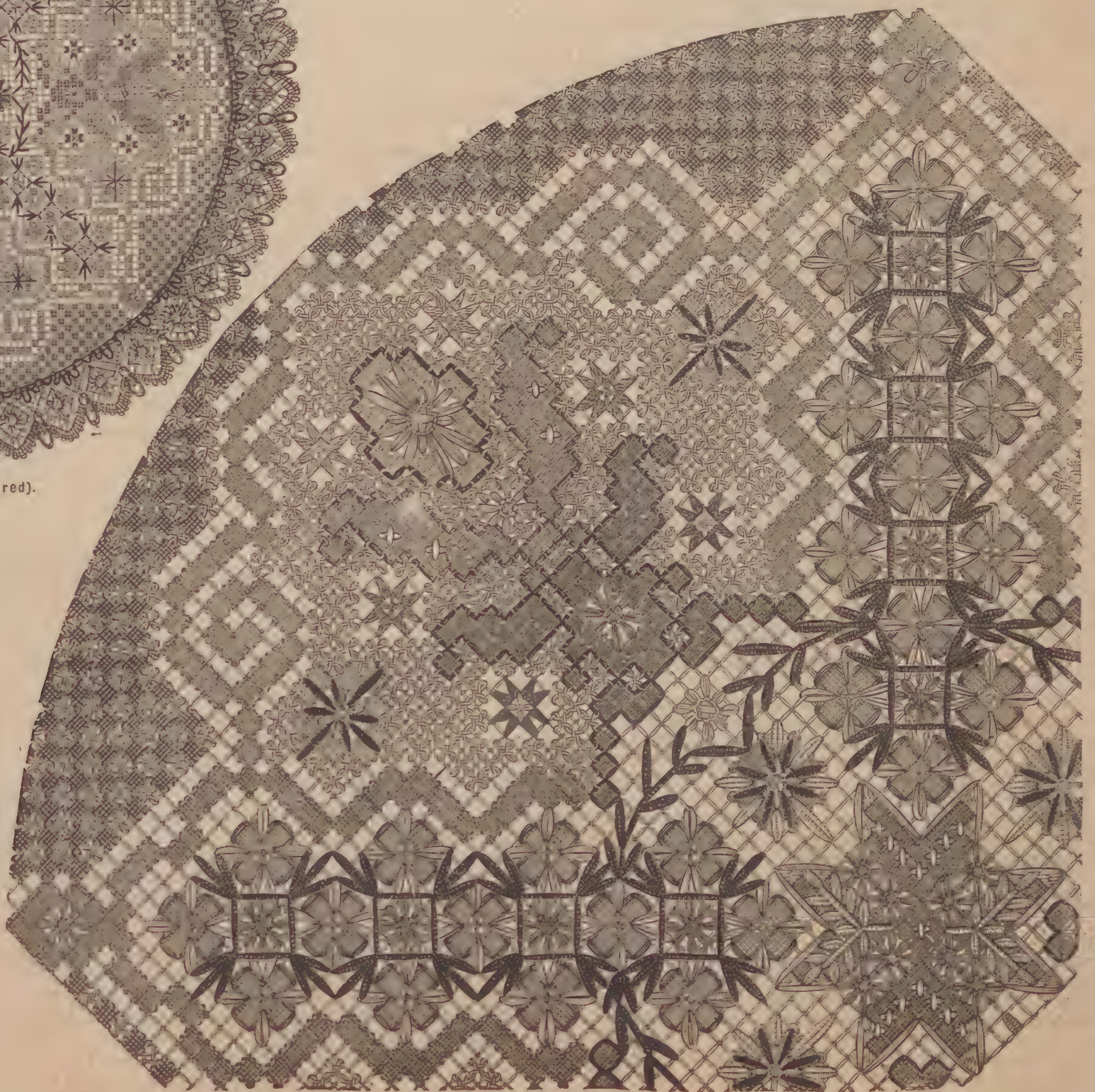
5.—Tocador adornado.

6.—Cenefa al punto de cruz.



7.—Tapete pequeño (guipur sobre red).
Véase el dibujo 8.

9.—Cuello-chorrera.



8.—Dibujo del tapete pequeño (mitad del tamaño natural). *Véase el dibujo 7.*

de forro de tafetán, y 4 metros 50 centímetros de seda lisa.

Levita larga.—Núms. 20 y 21.

Se hace esta levita de paño color de piel y se la guarnece de astrakán negro. Se compone de espalda y lados de espalda, que terminan en forma de levita plana, abierta en medio con tira de astrakán en la abertura, y delanteros cerrados en medio, con pinza de pecho y pinza que marca el ladito. Mangas de astrakán. Cuello alto de paño y cuello también alto y abarquillado de astrakán, que desciende en forma de estola sobre el borde de los delanteros. Forro de seda color de nutria.

Tela necesaria: 4 metros de paño, y 12 metros de forro.

Encaje al crochet.—Núm. 22.

Este encaje, que puede servir para enaguas, chambras ó *matinées*, se ejecuta en varias veces. Se principia por la onda con la primera parte del entredós de piquillos, inclusa la conchita, que se compone de 5 barretas. Hecho esto, se cierra la 2.ª hilera de cadenetas de piquillos, después de lo cual el pie del encaje viene á reunirse con los piquillos de la 2.ª hilera. Como el dibujo de este encaje está claramente detallado, es muy fácil contar los puntos.

Traje de entretiempo para niñas de 6 á 7 años. Núm. 23.

Vestido de *surah* grueso escocés negro, encarnado y verde. Falda y chaleco de *surah* escocés. Guarnición plegada en forma de conchas en el borde de la falda. Chaqueta de terciopelo adornada con botones de acero cincelado. Manga de *surah* con puño de terciopelo, adornada con un rizado. El mismo adorno en el cuello. —Sombrero de terciopelo negro, guarnecido de un borde de plumas encarnadas. Lazo de cinta negra.

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 24.

Este traje es de bengalina color de algarroba. Falda plegada, pegada á un corpiño-blusa adornado con dos bandas plegadas y cruzadas, que van sujetas en la cintura con una hebilla de plata. Esclavina fruncida de guipur. Manga plegada, guarnecida de una cartera de guipur.—Sombrero de terciopelo del color del vestido, adornado con plumas color crema.

Traje para niñas de 5 á 6 años.—Núm. 25.

Vestido de lanilla azul y gris. Falda plegada de lanilla. Chaleco de la misma tela, cuyas listas van dispuestas al través y cortadas en la cintura con un cinturón de terciopelo. Chaqueta de terciopelo, adornada, así como el borde inferior de las mangas, con una guipur. Mangas de terciopelo y bullonado de lanilla en lo alto de las mangas.—Sombrero de fieltro con ala ondulada y adornado con un penacho de plumas azules.

Mangas, cuellos y adornos para corpiños. Núms. 26 á 36.

Núm. 26.—Manga de seda, que se monta sobre un forro de manga de codo muy alta de hombros. El vuelo de la seda va estrechado en una especie de V de pasamanería negra, que termina en un fleco. La parte inferior de la manga va abrochada.

Núm. 27.—Cuello y canesú *Ascanio*. Ambos son de terciopelo bordado. El canesú termina en una puntita. El cuello se abre en forma de embudo. Un bordado cubre el borde del cuello, termina el canesú y guarnece el centro.

Núm. 28.—Manga de codo hecha de tela de lana y abierta en el codo sobre un bullonado de seda lisa. Un broche de pasamanería bordada de azabache estrecha el bullonado en el codo. En lo alto de la manga va un adorno de seda que figura cuatro orejas rodeadas de galón de oro y reunidas en medio con un adorno de pasamanería. Triple hilera de galones en la bocamanga.

Núm. 29. Cuello alto.—Este cuello, de tela de lana, es muy alto y termina en una especie de canesú que forma dos puntas por delante. Unas puntas de terciopelo adornan la parte superior del cuello, y un vivo del mismo terciopelo rodea el canesú. El centro va abrochado con botones.

Núm. 30. Aldeta *Carmen*.—Se la hace de paño, se la rodea de pespuntes y se la fija en el borde de un cinturón rodeado de terciopelo. La parte de detrás va encañonada; el delantero forma una especie de bolsillo, cuya parte superior va abrochada con dos series de botones.

Núm. 31. Cuello *Archiduque*.—Este cuello, muy alto, es de paño bordado. La parte superior va redondeada en forma de cuello Médicis. El centro del delantero se redondea y se abre sobre una brida de cinta de terciopelo cerrada en la derecha con dos caídas de terciopelo que van sujetas con una hebilla de plata.

Núm. 32. Cuello *Cortesano*. — Cuello alto de paño doblado y forrado de terciopelo. Va abierto sobre un centro de paño liso, atravesado por una corbata de terciopelo, que se anuda en la izquierda.

Núm. 33. Guarnición *Imperio*.—Se compone esta guarnición de corpiño de dos tirantes arqueados de pasamanería sostenidos con alambres. Los tirantes se ponen sobre los hombros y sólo llegan hasta el medio del pecho. La sisa va rodeada de un galón. Otros galones rectos figuran un canesú y van puestos entre los dos tirantes. Cuello muy alto ribeteado de plumas. Cenefa de pasamanería al pie de la pluma.

Núm. 34. Cuello *Saladino*.—Este cuello, de terciopelo, es muy alto, y sobre él va otro cuello menos alto, de paño, abierto y fijado con botones.

Núm. 35. Manga *Leonato*.—Manga ajustada, de terciopelo, abierta en el codo sobre un centro de seda lisa y cerrada con cuatro lazos de cinta. Un bordado rodea la manga de terciopelo. En lo alto, bullonado de seda lisa redondeado y estrechado en medio con un adorno de pasamanería.

Núm. 36.—Manga de codo, hecha de paño, abierta en la costura del codo sobre una tira plegada de seda lisa. Tres barretas de paño, que se cierran con una hebilla de plata van puestas á la altura del codo. La parte inferior de la manga es de seda y forma un puño ajustado.

Trajes de calle.—Núms. 37 y 38.

Núm. 37. Vestido de seda negra brochada, guarnecido de un bordado de seda verde, amarilla y color de pan moreno. Fondo de falda de seda ligera, y falda de seda brochada, cuyos paños de detrás caen en pliegues rectos y formando por delante un delantal largo y ancho, bordado en su parte inferior. Corpiño de la misma tela, compuesto de espalda y lados de espalda, que se remeten en la falda, lados de delante y delanteros plegados y abiertos sobre un delantero plano de seda negra lisa, bordado en lo alto y en la derecha. El delantero derecho, plegado, figura una especie de chaquetilla y deja ver el bordado. El delantero izquierdo se pliega en forma de banda y termina en una punta de aldeta plegada. Los delanteros, plegados, se cierran en un lado, se ajustan con dos pinzas y se añaden á la espalda por medio de las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Mangas bordadas en la hoja de encima. Cuello alto.—*Toque* plegada de terciopelo verde esmeralda, con plumas negras y bridas de terciopelo negro.

Tela necesaria para el vestido: 16 metros de seda brochada, y 60 centímetros de seda lisa.

Núm. 38. Vestido de lana gris chinchilla, guarnecido de volante y entredoses de encaje negro. Fondo de falda de tafetán y falda redonda de lana gris, rodeada de dos entredoses de encaje separados por dos pliegues y terminados en un volante fruncido de encaje. La parte superior del delantero de la falda va recogida en pliegues redondos. Corpiño de aldetas planas, compuesto de espalda de una sola pieza, atravesada de arriba abajo por entredoses y pliegues, y delantero por el mismo estilo, cerrado en medio bajo una chorrera de encaje. Las pinzas se forman sobre el forro. Rizado grueso de encaje en el escote, y lazo largo y flotante que cae sobre la espalda. Un volante fruncido termina la aldeta. Manga ancha, terminada en un puño alto de encaje.

Tela necesaria: 9 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

Vestido para niños pequeños.—Núms. 39 y 40.

Este vestidito es de velo blanco con lunares azules. Cinturón de cinta de faya azul. Falda corta montada con una serie de pliegues cosidos en el borde de un corpiño ancho, fruncido en el escote y estrechado en la cintura con una cinta que se anuda en la izquierda. Un rizado adorna el escote y las mangas, que son de codo.

Tela necesaria: un metro 70 centímetros de velo, de un metro 20 centímetros de ancho.

Abrigo para niñas de 9 años.—Núms. 41 y 42.

Se hace este abrigo de lana escocesa y se le guarnece de terciopelo y de un fleco de bolas. Falda ancha, pegada en el borde de un corpiño de espalda ceñida, y delanteros abiertos sobre un centro de delantero Princesa formado de tres pliegues redondos y cortado al sesgo. Una tapa abrochada cierra el lado izquierdo. Esclavina abierta y alta de hombros, montada sobre un canesú de lana cubierto de un cuello de terciopelo. Cuello alto de la misma tela. Manga de codo con cartera abierta de terciopelo.

Tela necesaria: 4 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, y 60 centímetros de terciopelo.

CARTAS Á UNA MADRE.

VI.

«JESÚS, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro!»

Si la dulzura infinita de esta súplica no hubiese consolado mi alma desde que la leí, me hubiera bastado para conocer todo su valor ver el efecto rápido y profundo que produjo en el alma herida y desolada de mi amiga. Terminé mi carta anterior, querida Luisa, describiéndote dicho efecto, y tú misma me aseguras en la que acabo de recibir, que aquella súplica elocuente ha conmovido también hondamente la tuya.

La pobre mujer de que te he hablado vió, por una intuición repentina y luminosa, que la humildad cristiana, que la sumisión á la voluntad divina, son precisas para poder soportar la vida, que si bien parece risueña y hermosa cuando pintan su prisma las doradas ilusiones de la juventud, se va volviendo amarga y vacía conforme vamos avanzando en el camino: por un rápido declive, casi sin transición, pasamos del florido verjel al árido desierto; y es lo más triste que, cuanto más avanzamos, ansiamos más que nos quieran, que nos estimen, que nos acompañen, y lo logramos menos..... porque la vejez es triste y poco atrayente, y mucho más cuando se presenta desengañada y falta de creencias y de bondad.

Esperemos, amiga mía; sí, esperemos las dos que esa buena semilla que mi tierna amistad ha enviado á tu alma dará ricos y hermosos frutos; olvida un poco al mundo que te atormenta, que te desdeña ya, porque vas dejando de ser joven y bella, porque tu fortuna va á menos, y trabaja contigo misma para que tu corazón se vuelva *manso y humilde*, como el de nuestro dulce Jesús: entonces nuevos horizontes se abrirán ante tus ojos, y hallarás en el cumplimiento de tus deberes la verdadera, la única felicidad.

Sólo cuando la vida nos maltrata es cuando volvemos los ojos al supremo consolador; cuando estamos heridos, magullados, abrumados de decepciones; cuando ya no podemos fijar los ojos en la tierra, entonces exclamamos:

—¡DIOS MÍO!

Y jamás la suprema bondad nos deja sin consuelo ni desoye nuestro acento dolorido; implórala para que te dé fuerzas y valor, porque mucha violencia tienes que hacerte para cambiar las condiciones de tu carácter; para hacerte, de egoísta, cariñosa y amante; de frívola, sensible; de irascible, benévola y sufrida; de dominante, paciente. Pero ¿qué no puede el socorro divino, cuando procuramos merecerlo por una sumisión verdadera y un sincero deseo de ser buenas? Nada podemos sin Dios, nada; sin él no hay felicidad posible, no hay paz en el alma, no hay valor; con su divino auxilio todo es benevolencia, alegría y amor para los nuestros.

Tu situación es hoy dificilísima; nunca he podido, para consolar una desgracia, disminuir la importancia del mal; el tuyo es grande, ¿á qué negarlo? El carácter de Mariano, que nunca ha sido dulce, está amargado, ya por el mal estado de sus negocios, ya porque esperaba hallar en tí lo que no ha encontrado hasta hoy; su salud está resentida de sus penas morales, y la misantropía y la anemia minarán su vida y le conducirán quizá al suicidio. Para colmo de males, tu marido no ha tenido jamás muy sólidas creencias religiosas, y eso aumenta el peligro.

Pero más grave que todo esto considero tu situación moral respecto de tus hijos: desde su más tierna infancia han estado abandonados á sí mismos, y tú, en los bailes, en el teatro, en paseo, en visitas, no pensabas en que se hallaban confiados á las criadas y en que luego te sería muy difícil cambiar sus ideas y sus inclinaciones.

La afección maternal es la sola que posee los tesoros de paciencia, de dulzura y de persuasión, que son el medio para conseguir de los niños cuanto se desea, formando poco á poco su corazón y su inteligencia: ninguna influencia, ni aun la del padre, es más fecunda ni mejor que la que ejerce una madre inteligente y cariñosa; á las madres solas pertenece el honor de hacer hombres honrados y buenos, porque de las madres es el deber de sembrar en el alma del niño la buena semilla, que produce más tarde las flores y los frutos de la prudencia, de la integridad y de la justicia.

Sería un estudio muy curioso el remontarse á los primeros años de aquellos hombres cuyo sitio está marcado en la memoria de los pueblos por grandes y nobles acciones: estoy segura de que todos esos héroes de la humanidad habían recibido enseñanza dulce y saludable, que saliendo de la boca amada de una madre se graba en lo más profundo del corazón y no sale jamás de él.

Busquemos, al contrario, en la vida de esos hombres oprobio de la humanidad, de esos criminales que parecen haber elegido por tarea el exterminio de sus semejantes, y sin duda descubriremos todas las miserias de un abandono completo en sus primeros años, ó el ejemplo funesto de unos padres esclavos de la holganza y del vicio.

Y fuera de estos dos extremos, no sería menos curioso el analizar la existencia de tantos *inútiles*, de los cuales la sandez es el sello indeleble. Incapaces del bien, como del mal, pasan su vida sin excitar ni afectos ni odios, incomodando á todos con su vulgar personalidad, ostentando la necia y pueril vanidad de una fortuna hereditaria: esos son, en su mayor parte, los hijos de las mujeres frívolas, que, careciendo de reflexión, incapaces de aceptar un deber y de cumplirle, hacen de sus hijos seres inútiles como ellas.

Continuaremos hablando de este importante asunto: entretanto, Luisa, empieza por salir poco de tu casa; ocúpate, trabaja, pide á Dios sumisión y paciencia, y poco á poco irás ganando terreno en el camino de la resignación, del valor y del aprecio de tí misma, que te consolará de muchos sinsabores.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

IFIGENIA.

I.

TENÍA este nombre de heroína del teatro helénico. Era griega, de esa raza noble y brava—simpática como todas las razas oprimidas—que en la riente Creta lucha desesperadamente contra la tiranía musulmana.

Era la joven morena y pálida, con la sana palidez de las hijas de Oriente. Su cabeza pequeña se inclinaba con el peso de una regia cabellera. Su mirada profunda, ora parecida á una llama, ora á una sonrisa, iluminaba un rostro de óvalo puro, de rasgos clásicos, que recordaba los inmortales tipos de la antigüedad.

Y sobre este conjunto de perfecta belleza florecía un encanto de juventud y de gracia: atractivo ingenuo, que, aun emanando de una virgen, inspira sólo un amor acompañado de respeto.

Ifigenia estaba prometida al valiente Risco, griego, como ella, de origen, de alma y de religión.

Debían casarse en la época de las vendimias.

Pertenecía Risco, lo mismo que su futura, á una honrada familia de la isla, considerada altamente por su situación y su fortuna, pero estimada sobre todo por su intransigencia política y religiosa.

Las autoridades turcas sabían que Himetos, el padre de Ifigenia, podía ser contado entre el número de los irreconciliables, y que cuando los intereses del país se encontraran en juego, Risco se mostraría valiente entre los más valientes.

Pero como hasta el día estos conocidos sentimientos no habían tenido ocasión de afirmarse de una manera turbadora para la paz pública, dejaban en paz al joven y al viejo, contentándose con vigilarlos, sin que por esto ellos se dignaran quejarse.

Y de este modo, turcos y griegos, cristianos y mahometanos, vivían juntos, detestándose como se detestan conquistadores y conquistados, oprimidos y opresores, como hombres cuyo ideal político, religioso y doméstico es absolutamente contrario.

Pero, en fin, reinaba entre ellos la calma, ya que no una perfecta armonía. Nada turbaba el orden material establecido por los dueños, y esto era todo lo que se pedía.

II.

Para los habitantes del Norte, aunque no sean poéticos y soñadores, el Oriente es un país mágico. Nombrarlo es como evocar lo que la Naturaleza tiene de más encantador, lo que el cielo y las aguas tienen de más luminoso, lo que los recuerdos tienen de más sagrado.

Y los habitantes del Norte tienen razón. ¡Qué contraste el de sus horizontes grises, su cielo pesado, la tristeza que gravita sobre sus lugares más pintorescos, con la visión de esos países de luz, de esas lontananzas iluminadas por el sol, de esa armonía perfecta de líneas que en la obra humana revela al artista, y en la obra divina la mano suprema!

Es el país de la belleza, del valor aventurero, de las leyendas poéticas, de las epopeyas guerreras. Lo que ha ensombrecido á tan hermoso país ha sido el hombre, no el que allí colocó Dios, sino el que, con el hierro y el fuego en la mano, empujado por el fatalismo de su fe y de su raza, entró en aquellos poéticos lugares como vencedor y se estableció como tirano.

Estos y otros pensamientos ocupaban la mente de Risco, mientras seguía el camino que desde Retimo conducía á los *Almendros*, casa de campo de Ifigenia.

A su izquierda se extendía el mar hasta lo infinito, chispeante, casi inmóvil, azul, con ese azul que sólo se ve en Oriente, con ese azul matizado de sol, que es la desesperación de los pintores.

El aire estaba lleno de rayos luminosos, vibrante de calor, y, sin embargo, tan ligero, que el caminante sentíase como con alas.

A derecha, una cadena de colinas corría paralelamente al mar, encerrando el camino en una zona estrecha. Los olivares, con su manto gris, revestían aquellas ondulaciones de terreno sobriamente argentado, sirviendo en cierto modo de fondo obscuro al brillo radiante del mar y del cielo.

Risco alegremente caminaba, con la frente iluminada por un noble pensamiento, y á veces con un relámpago sombrío en los ojos.

Alto, elegante bajo su traje nacional, que prefería á toda otra vestimenta, con el cuerpo bien ajustado en su veste, enérgica y fiera la cabeza, coronada por el gorro de púrpura, ofrecía una hermosa muestra del tipo griego, en toda su nobleza y pureza primitivas.

De pronto ábrese un paso en la roca, frente á una pequeña bahía que el Mediterráneo besa dulcemente con sus olas. Risco penetra en aquel pasaje, y después de algunos pasos más, hállase á la entrada de una heredad que tiene cierta lejana semejanza con el Paraíso terrestre.

Aquí es donde Ifigenia habita con su padre.

Figuraos sinnúmero de naranjos, de limoneros, de almendros, de palmeras, de laureles, de rosales, de mirtos, de olivares, de encinas, de tamarindos, toda la flora, en fin, del Oriente, mezclada con la de nuestros países en el más pintoresco desorden. En un vasto estanque de orillas umbrosas, toda una tribu de ánades de plumas riquísimas se entretiene en alegres juegos. Un perfume dulcísimo, impregnado de olores diversos, flota en el ambiente. Llenos están los bosquecillos de cantos de pájaros.

Al penetrar en aquel edén, sintió Risco ensanchársele el corazón y refrescársele la frente.

La sombra de los frondosos árboles, después del sol y del polvo del camino, es, sin embargo, menos deliciosa para el joven, que la presencia de Ifigenia, su amada.

Allá abajo la descubre, viniendo á su encuentro. Ella también le ha visto, y viene con los brazos cargados de los panales de miel que ha sacado de las colmenas. Su sencillo vestido casero, casi de trabajo, pues ella no desdeña las humildes faenas rústicas; esas ropas, de corte sencillo y gracioso, de colores vivos, se armonizan perfectamente con aquel marco pintoresco y familiar.

Un poeta hubiera creído ver en ella una joven griega del tiempo de Homero; un pintor hubiera caído en éxtasis á sus plantas; un romántico hubiera pensado en la virgen Cimodocea.

Para Risco, el noble candiota, el audaz griego que lloraba la esclavitud de su patria, ocultando su llanto de coraje, ella era la dulzura, el encanto, el sosiego: era Ifigenia, la prometida, pronto la esposa, la guardiana de su nombre y de su dicha.

—Negros son hoy tus pensamientos—le dijo ella después de devolverle el cordial saludo, mirándole con atención inquieta y tierna.

—Sí, Ifigenia, no puedo ocultártelo.... Pero, apenas te veo, todo lo olvido.

—Dime lo que has pensado.

Y posando sobre la hierba sus panales de miel, sentóse á la sombra de una higuera, invitando con un gesto á su amado á hacer lo mismo. Y dispúsose á escucharle tan sencillamente confiada, en su simplicidad de niña, tan segura de él, que no vacilaba en preguntarle sus secretos.

¿Había acaso algún secreto para ella? Desde que el anciano Himetos uniera las manos de los dos jóvenes en la suya caduca, Ifigenia conocía todos los pensamientos de Risco.

Se amaban; sus almas habían venido á ser hermanas.

—He pensado en la patria—dijo Risco con voz sombría.—He repasado en mi mente todo lo que se ha dicho anoche en casa de Patroclo.

—¿Os habéis reunido en casa de Patroclo?—interrogó la joven, que había palidecido.

—Sí.... Ha llegado la hora, no sólo de hablar, sino de obrar. La medida está en su colmo.

Ifigenia bajó la cabeza. Sabía el significado de estas palabras; sabía qué influencia tan grande el enérgico, el patriota Patroclo ejercía sobre la joven generación candiota. Ella amaba á su patria. No quería pronunciar una palabra que pudiese entibiar en el corazón de su amado el noble sentimiento del honor y del valor, que ella misma estaba orgullosa de ver en Risco. Pero al fin era mujer, y temblaba.

—Escucha—prosiguió Risco, exaltándose á medida que hablaba.—Escucha las quejas de los que son nuestros hermanos por la sangre, por la religión, por los lazos más sagrados que puedan unir á los hombres. Escúchalos gemir, pidiendo á los turcos malditos su libertad, su honor..... todo lo que vale, en suma, la pena de vivir. Mira lo que han hecho de este país que les ha sido entregado por la fuerza..... En otro tiempo, Creta era rica, populosa, comercial. Por su actividad, su inteligencia, el hombre hacía valer los dones del cielo, colaborando en la obra maravillosa del Creador. ¡Con qué esplendor brillaba entonces nuestra isla, luciente joya que la mano divina puso en el estuche de las olas azules del Mediterráneo!..... Hoy..... Ifigenia, no me obligues á recordar el grado de envilecimiento en que hemos caído. Tú lo sabes como yo..... La corrupción, la incuria musulmanas, el aniquilamiento nos invade. Es la muerte que, á pasos lentos, se extiende sobre nosotros si no reaccionamos con fuerza, si no nos mostramos al fin como cristianos y como hombres. ¡Mil veces antes la muerte que la vergüenza!

Habíase animado poco á poco, apareciendo hermosísimo en esta exaltación, que ponía una llama ardiente en su rostro y hacía relampaguear sus negros ojos bajo sus cabellos obscuros. Mirábale tierna y tristemente Ifigenia, adivinando que se acercaba la terrible prueba á la que ni podía ni quería ella sustraerse, pero que desde luego le helaba el corazón. La palidez de su frente se acentuaba, mientras que el fuego de una indignación viril animaba las facciones enérgicas de su prometida.

—¿Cuándo? — preguntó sencillamente, procurando dominar el temblor de su voz.

—Apenas estemos preparados.... Dentro de poco, según creo.

—¿Y mi padre?

—Traigo el encargo de hablarle..... Pero advierto, Ifigenia, que te estoy entristeciendo.

Heroicamente la joven reprimió dos lágrimas que no debían ser vistas.

—¿Qué importa el dolor, cuando es el deber quien habla?..... Y tú y mi padre sabéis mejor que yo vuestro deber.

Miróla Risco con un respeto enternecido, como á una de esas santas que, para la mirada llena de veneración cristiana, son, representadas en una imagen, el tipo más puro de la poesía y de la perfección femeninas. ¿No era ya el entusiasmo de la mártir lo que se despertaba en la pupila húmeda de la valerosa doncella?

Bajaba en el horizonte el sol, atravesando con sus flechas oblicuas los espesos follajes. Un rayo ponía un nimbo suavísimo en la frente de la joven griega, acabando de darla aquel parecido sagrado ante el cual se hubiera arrodillado con gusto Risco. Una inmensa calma reinaba en aquellos hermosos lugares, que en breve debía abandonar Ifigenia. Los pajarillos enviaban sus himnos no interrumpidos hacia el Dios de paz y de amor.

—No te lo he dicho todo.....—prosiguió Risco.—Me ha encontrado Hassan.

La joven se estremeció, sonrojándose ligeramente, fijando la mirada candorosa sobre su amado, cuyos ojos habían tomado una expresión terrible.

—¿Y le has hablado?—balbuceó Ifigenia casi sin aliento.

—¿Yo hablar á un turco? No. Fué él quien me detuvo.....

—¿Y qué?—preguntó la joven, con el pecho oprimido.

—Me ha mirado con mirada insolente, y se atrevió á preguntarme á dónde iba.

—¿Y tú le dijiste?.....

—Que soy dueño de mis actos. Entonces, con reconcentrado furor, con esa actitud altanera tan habitual en él, repuso:

«—Te aconsejo que no sigas con tanta frecuencia el camino de los *Almendros*. El aire que allí corre puede ser dañino para tí. Es un buen consejo que te doy.»

—Allí es precisamente donde me dirijo—repuse á mi vez, desafiándole con la mirada.—Y pienso ir todos los días, hasta que llegue la hora de tener allí un lugar, el lugar que desea mi amor.

Púsose rojo de cólera. Su actitud tuvo mucho de amenazadora; pero luego, encogiéndose de hombros, me volvió la espalda, y fuése, seguido por una mirada mía, que, puedes creerlo, no se había bajado ante la suya.

—¡Imprudente! — murmuró la joven con una débil sonrisa.

—¿Imprudente? ¡Es posible! Pero cobarde, ¡jamás! ¿Acaso no es lo que deseo aquello mismo que osa desear ese hombre? A tí, á tí, Ifigenia..... Te ama; se ha atrevido á decírtelo..... ¡Él, un turco, un malvado!

—Creo que le respondí de modo que no torne á abrirme la boca. Y bien sabes que desde ese día no salgo de los *Almendros*. No he vuelto á poner los pies en el Retimo.

—Tengo plena confianza en tí: eres mi amada, mi santa—dijo Risco, con acento vehemente;—pero respecto á ese malvado..... le temo, no por mí, sino por tí. ¡Ah! ¡si ya estuviéramos casados!

—Lo estaremos pronto.

—Preciso va á ser, sin embargo, que te deje; de un día á otro esperamos recibir la señal de tomar las armas y.....

—Vamos á decírselo todo á mi padre—dijo dulcemente la joven, levantándose para ir al encuentro de Himetos, que, habiéndolos visto desde lejos, iba hacia ellos con una grave sonrisa en su hermoso rostro de patriarca.

III.

Habían tomado las armas: ardía Creta. Los turcos, muy inferiores en número, refluían hacia las poblaciones, espantados por la explosión de los odios que habían sublevado. En tanto, los candiotas se retiraban á las montañas.

Eran éstas una trinchera inexpugnable donde los hombres, decididos á morir, daban abrigo á sus mujeres, á sus hijas y hermanas, á aquellas para quienes la derrota podía traer consecuencias peores que la muerte.

La inferioridad numérica de los turcos, ya compensada con la superioridad de sus armas, disminuía cada día á consecuencia de la llegada de nuevos destacamentos que el gobierno del Pachá enviaba con la misión de reducir á la obediencia á los rebeldes.

No hay necesidad de decir cómo trataban á estos rebeldes cogidos con las armas en le mano, ó sospechosos de pactar con la revolución. Pero los pactistas habían previsto su suerte, y denodadamente la deseaban, con la esperanza de que á su causa no sería inútil su sacrificio. Con los ojos vueltos hácia Grecia, la madre patria, se atrevían á creer que llegaría un día en que su infortunio hallaría piedad en Europa.

Pero ¡ay! Europa tiene otros cuidados. Así es que Grecia, ante el martirio de sus hijos, volvía los ojos para no verlos, transida de pena.

Obediente á las órdenes de Himetos y á las súplicas de Risco, habíase retirado Ifigenia al interior de la isla; pero no había querido seguir á las más tímidas hasta el corazón mismo del país, detrás de aquellas montañas cuyas moles majestuosas, dominadas por el Ida, formaban á las fugitivas una muralla infranqueable. En compañía de algunas cretenses valerosas, á quienes sólo la obediencia retenía lejos del teatro de la lucha, habíase detenido Ifigenia en los primeros valles, escuchando con ansiosa atención los ruidos confusos de la llanura.

Batíanse allá abajo..... Ocurrían terribles escenas; esas escenas que siguen á la explosión de rencores de razas, cuando el fuego de estos rencores viene siendo atizado durante siglos. Ifigenia conocía á sus compatriotas, cuya sangre ardiente corría en sus propias venas. Sabía también de cuánto eran capaces los dominadores, amenazados en sus vidas y haciendas; feroces conquistadores que quizás tendrían que emprender una nueva conquista. Y la joven temblaba en el fondo de su corazón: temblaba, no por ella, sino por aquellos á quienes amaba.

Supo un día una terrible noticia. Himetos, que á pesar de su edad decrépita habia tomado las armas, acababa de caer en manos de los soldados del Pachá.

No había que dudar sobre su suerte: su sentencia de muerte era segura.

Sin perder un momento tomó Ifigenia el camino de Retimo.

Previendo todas las eventualidades, se procuró un vestido de mujer del pueblo turca, con el cual debería serle más fácil pasar inadvertida.

Caminaba rápidamente la joven por el sendero, polvoroso aún, á pesar de las primeras lluvias del otoño. El verano cretense deja en pos de sí huellas de sequía que no se borran fácilmente. En torno de la joven todo era esplendor, riqueza, sonrisas. La isla abunda en sitios encantadores, bañados con la luz más radiante, con la más dulce de las claridades.

La joven no encontró por su camino á nadie. No eran muy seguros los caminos y sí muy preciosos los instantes para que, sin una grave necesidad, persona alguna se pasease por los campos.

El lugar donde se asienta Retimo está lleno de encanto. Siéntese Ifigenia extrañamente conmovida. Parece que ve á este pueblo, donde ha nacido, por última vez.

¿Qué va á hallar detrás de sus muros? Látele el corazón dolorosamente; una tristeza profunda la invade, pero no piensa en volverse atrás. ¡Ver, ó quizás salvar á su padre, ó morir con él! Este es su único pensamiento.

Antes de penetrar en la población saca de su seno una crucecita y la besa con fervor; después la guarda bajo su manto, que se echa sobre los ojos. Este manto es de tela gruesa, y no de esa gasa transparente á que las turcas elegantes confían el cuidado de no ocultar mucho su belleza. De los rasgos puros y encantadores de la joven no se ven sino los ojos, relámpago valeroso

11 y 12.—Chaqueta Mistral. Delantero y espalda.

10.—Chaqueta Romani.

13 y 14.—Chaqueta Húsar. Espalda y delantero.

15.—Abrigo Fabiola

16.—Abrigo de paseo.

18 y 19.—Abrigo Rosalba. Delantero y espalda.

17. Sombrero Fantina.

22.—Encaje al crochet.

20 y 21.—Levita larga. Espalda y delantero.

23.—Traje de entretiempo para niñas de 6 á 7 años.

24.—Traje para niñas de 7 á 9 años.

25.—Traje para niñas de 5 á 6 años.

de un alma que ha resuelto afrontarlo todo, hasta la muerte.

En la cintura de la falsa musulmana, un puñalito está al alcance de su mano, disimulado bajo los pliegues de las ropas.

Ifigenia puede, pues, entrar en Retimo.

Jorge del Valle.

(Concluirá.)

LO QUE ES EL AMOR.

(CUENTO.)

Era en Roma, no la Roma actual, sino la gran ciudad de los Césares. En la época en que tiene lugar nuestra narración, el amor puro, el amor verdadero había tenido que emigrar fuera de la ciudad, donde sólo se le apreciaba por el valor de los diamantes y ricos presentes con que el amante obsequiaba á su adorada, quien le correspondía á su vez con no menos ricos presentes: entonces se aseguraba que se amaban mucho. ¡Tal era Roma, y tales sus costumbres!

No lejos del retiro en que se albergaba el amor habitaba en una preciosa quinta la bella Teodosia, cuya hermosura había sido cantada por todos los poetas de la época. Teodosia quedó viuda tres meses después de su matrimonio, que, cual todos los de su época, se hiciera por conveniencias de capital y familia. A causa de su estado de viudez había determinado retirarse al tranquilo palacio que poseía en las afueras de la gran metrópoli.

A corta distancia de este suntuoso retiro vivía en otro no menos lujoso el príncipe Roderio, cuya belleza, riqueza y nobleza en nada eran inferiores á las de la linda Princesa, su vecina. Cansado del bullicio de la corte, y amante de la independencia, decidió alejarse de aquel centro de corrupción, donde todos los jóvenes se disputaban su amistad; pero él sabía que en el fondo aquellas amistades no eran sino el pretexto para explotarle, á la vez que le arrastraban al vicio y á la depravación, que le eran tan odiosos.

Roderio, tan pronto como quedó terminada su instalación en la quinta, comenzó á informarse de sus vecinos, y al saber que entre ellos se encontraba la hermosa viuda, determinó visitarla muy rendida. Teodosia le recibió con grandes muestras de agrado, y ambos convinieron en que se verían á menudo, pero con la condición de que sus conversaciones sólo serían las de dos buenos amigos, con prohibición absoluta de que en ellas se emplease ninguna de las palabras *belleza* ni *amor*.

—Consiento—replicó Roderio;—jamás mis labios proferirán esas palabras: yo tampoco deseo conocer más que la amistad, pero esa amistad verdadera que tan grata es al corazón humano, y que hasta ahora he desconocido por completo. Creo haberla encontrado en vos; me daréis vuestros mejores consejos, y mis perfecciones, si las adquiero, serán el producto de vuestras observaciones, de vuestro talento, de vuestra amistad.

Teodosia estaba encantada oyendo al Príncipe hablar así, y viendo nacer una amistad tan sincera, de la cual hasta entonces tanto había necesitado y buscado inútilmente.

Mientras se ocupaban ambos en jurarse amistad eterna y completa renuncia al amor, una esclava vino á anunciarles que cierto jóven mercader pedía permiso para entrar, y mostrarles sus mercancías, sin igual bellas y sin igual ricas. Se le hizo entrar, y fué poco á poco enseñándoles los objetos más preciosos de su colección.

—¿Para qué sirven tantas cosas inútiles?—dijo Teodosia.

—Es lo que más vendo—replicó el comerciante;—generalmente los jóvenes prefieren estos objetos á los que puedan serles más útiles. Aquí tenéis un objeto que debería estar en moda—dijo, mostrándoles una lanzadera preciosa;—es la primera que se construye.

—¡Qué bonita y qué sencilla! ¿Cómo se llama la madera de que está hecha?

—Mirto, señora—respondió el mercader, con un tono un tanto ingenuo, y dirigiendo á la Princesa miradas que la hicieron ruborizar, sin darse ella cuenta de semejante fenómeno.

—Es un obsequio tan sencillo, que creo no dudaréis en admitir de mí—dijo Roderio.

Y dirigiéndose al vendedor, le preguntó:

—¿Cuál es su precio?

—Ninguno, yo se la regalo á la Princesa, y la ruego que la admita; tiempo llegará en que me consideraré pagado. Voy á enseñaros su uso. Tendréis que adquirir seda como esta muestra—la dijo, mostrándola una hebrita de seda de un color azul precioso;—la devanáis en esta lanzadera, y cuando estéis sola haréis un nudo como éste—dijo—haciendo uno cada vez que penséis en la persona hacia la cual tengáis más amistad. Esto os permitirá demostrar á esta persona cuánto habéis pensado en ella con sólo mostrarla los nudos hechos: ¡ya véis que es una distracción bien inocente!

Teodosia ensayó á hacer uso de tan especial objeto, consiguiendo con gran facilidad la perfección más completa en los nudos que el mercader la había enseñado á ejecutar hábilmente.

—Ahora—dijo éste—justo es que también haga un regalo al Príncipe.

Y sacando de una caja varias tablas enceradas y un punzón, los mostró al Príncipe, diciéndole:

—Vos tendréis seguramente personas por las que sentiréis gran amistad; cuando estas personas estén ausentes, escribiréis en estas tablas las ideas que vuestra amistad os inspire; y ahora, adiós, hasta dentro de un año que os veré en Roma.

Apenas hubo partido tan extraño mercader, Roderio partió á una cacería, y Teodosia quedó sola: deseosa de recibir el aire fresco de la tarde, salió á pasear por sus jardines. Los ruiseñores cantaban..... se detenía nuestra Princesa, y en un instante de arrobamiento se puso inconscientemente á hacer nudos en la madeja de seda que llevaba en la mano: pasados algunos mementos, continuó su interrumpido paseo, y vió dos mariposas que á los últimos rayos del sol poniente revoloteaban, acercándose y acariciándose: este espectáculo la distrajo mucho..... pero en su distracción continuaba anudando la hebra de seda, que no dejaban sus dedos. A algunos pasos de distancia divisó un encantador grupo de tórtolas que unían amorosamente sus picos: á la vista de este nuevo grupo se distrajo y perdió de vista á las alegres mariposas, que siguieron revoloteando hasta posarse en una flor, pero Teodosia ya no las veía; su atención toda la ocupaba el delicioso grupo de tórtolas, y en su abstracción continuaba anudando la frágil hebra, que no se separaba de sus manos. ¿En quién pensaba?

Al regreso de Roderio la madeja entera estaba llena de nudos.

Ella le preguntó por la caza; pero ésta era sumamente escasa. ¡Había invertido todo el tiempo en escribir en las tablas que le diera el mercader!

Así pasaron los días, y el año de término que les dió el comerciante iba á tocar á su fin, sin que ni él ni ella se olvidasen, de escribir él, y de anudar ella en los momentos de ausencia.

Mientras tanto el plazo espiraba.

Un día llegó en que se presentó á los Príncipes el mercader, y les invitó á acompañarle á Roma.

—¿Por qué salir de aquí?—replicó Teodosia.—¡Estamos tan bien así!

—Pero las noches son tan largas.....—objetó el mercader.

—¡Ah!—respondió Teodosia—es el mejor tiempo del año; además, Roderio ya no va tanto de caza.....

—Según eso, habréis hecho muchos nudos.

—No he cesado un instante en sus ausencias.

—¿Y las tablas, príncipe?

—No hay ya ni sitio para escribir una palabra.

El mercader vió los nudos, los contó, y después leyó las tablas, en las que vió pensamientos elevadísimos.

—Pues bien; ahora voy á enseñaros para qué sirve esto—dijo, señalando la rueca y las tablas.

Y en el momento el aire, que era frío, se templó, los pajarillos salieron de sus nidos y empezaron á gorjear alegremente, y las plantas del jardín cubriéronse de exuberante verdor y multitud de flores.

—¿Qué milagro es éste?—dijeron á la vez Teodosia y Roderio.

—Significa que no existe el invierno para los que bien se aman.

Teodosia y Roderio se miraron; pero su sorpresa fué mayor cuando vieron reunirse en las manos del mercader todos los nudos que con las suyas había fabricado Teodosia, y formar una red que, extendiéndose, envolvió á los dos amigos.

El mercader á su vez se transformó, tomando una forma encantadora.

—¿Quién sois vos?—dijo Teodosia temblando.

—Soy la amistad—dijo el Amor.

—¿La amistad?—repitió Teodosia.

—Sí—contestó el dios;—soy la única verdadera amistad que puede existir entre el hombre y la mujer; así es como se consigue ser dignos del amor, así es como se llega al amor puro y santo que para siempre ha huído de aquella ciudad—dijo, señalando hacia Roma.—Ahora, sed esposos, aumentad vuestra felicidad, apretad las mallas de esta red que con el menor esfuerzo se rompe y que con el amor conseguiréis unirlas; en cuanto á mí, no os abandonaré jamás.

Teodosia y Roderio se unieron y fueron felices durante el resto de su vida. En cuanto al Amor nunca se separó de ellos, haciendo de esta adorable pareja el encanto y la admiración del pueblo romano.

Inés B.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Mi corazón dejó de latir un segundo; tal fué la impresión que me hizo este diagnóstico. Debo confesar, sin embargo, que no me arrepentí de haber recogido al desgraciado; al menos podría espirar tranquilo, entre personas que le asistieran y no abandonado en un camino cubierto de nieve.

Salí por un bálsamo que se preparaba en casa, especial para toda clase de heridas, y tan aturdida me hallaba, que tardé en encontrarlo; cuando volví, después de un rato de ausencia, hallé que el doctor tenía ya la cabeza del herido cubierta de compresas, empapadas en árnica y hasta curada de primera intención una pierna, que, según me dijeron, tenía rota: dióle después algunas gotas de cordial, que tragó difícilmente, y dejándole rendido al letargo, se aproximó á mí.

—Está medio muerto, ¿verdad?—preguntó ásperamente mi tía.—Felicitad á la señorita por el laberinto en que nos ha metido.

—Vaya, no riñáis á Eladia—repuso Sangrán con tono conciliador;—pensad más bien en la satisfacción que resulta de hacer una obra de caridad; acordaos de la parábola del Samaritano.

—Dejadme de parábolas; harto tengo que pensar con esta sobrina que el Señor me ha dado para castigo.

—¿Cómo es eso? ¿Conque tratáis de olvidar las lecciones del Evangelio? ¿Conque os pesa el aceite y el vino que gastáis en curar las heridas de vuestro prójimo?

—Pero, en fin, ¿está realmente ese hombre en peligro de muerte?

La media sonrisa que animaba la plácida fisonomía del doctor al dirigir á la señorita de Castrojériz las anteriores frases, desapareció, y repuso gravemente:

—Se halla bastante mal, y no es posible precisar todavía las consecuencias que podrá tener el golpe de la cabeza.

Al escucharle sentí á la vez terror, angustia y suprema compasión; mi tía, en cambio, más enojada con el pronóstico, iba á emprender una serie de lamentaciones, cuando Sangrán la interrumpió:

—¡Chist, señora!—dijo—en el cuarto de un enfermo, sólo el médico tiene derecho á mandar; así, valido de la autoridad que tal título me concede, voy á permitirme rogaros que habléis sin eco; además, como mi intención era pediros hospitalidad para la noche, vais á mandar á Nicolasa que me traiga un sillón aquí, pues pienso pasarla á la cabecera del herido. Es una lucha que he entablado con la común enemiga de los mortales, y no quiero que me halle desprevenido.

—Conste, doctor—replicó agriamente la señorita de Castrojériz—que no he tomado parte en nada, y me propongo no acercarme en cien leguas á ese hombre.

—Hacéis perfectamente—repuso, ya incomodado, el pacífico Sangrán;—así como así, las manos de las jóvenes son las más dulces y ligeras para asistir enfermos.

Mi tía salió tan colérica, que me daba miedo; y el programa del médico se realizó, con la sola adición de que Nicolasa y yo veláramos, á la par suya, aquel sueño que de un instante á otro podía trocarse en sueño eterno.

28 de Marzo.

¡Tres días de angustias y temores continuos! ¡tres días contemplando un tronco inerte, que apenas da señales de vida!

Por fin, esta madrugada ha abierto los ojos y dirigido en torno suyo una mirada donde no se advertía luz de inteligencia; después ha vuelto á cerrarlos y á caer en el pesado sopor que tanto me asusta.

¿Quién es el herido á quien prodigamos nuestros cuidados? El doctor, que no nos abandona, ha enviado á Nicolasa á preguntar en el mesón de la próxima aldea y en los caseríos vecinos. Nadie da razón de él, ni sus señas convienen con las de los viajeros que se han visto por las inmediaciones hace una semana; por lo demás, su ropa es de tela buena, y las pieles del cuello suaves como la seda; la manta en que se envolvía dice el doctor que es inglesa y de subido precio ¿Quién será? Su pañuelo está marcado con una A y una E. ¡Pero es tan difícil adivinar por las cifras un nombre!

A pesar de su inesperada aparición entre nosotros y de haber llegado á ser huésped del castillo, merced al desgraciado accidente que ha sufrido, desde que estoy convertida en enfermera he fijado alguna vez los ojos en su semblante, y observándole me he convencido de que jamás será este caballero el libertador que yo pedía á San José. Verdad que su estatura es elevada, que tiene las manos blancas y finas y el cabello obscuro y rizado, pero hay en su rostro algo que inspira repulsión: aunque medio cubierto por las vendas, la parte que veo es completamente antipática á la idea que tenía formada de mi ideal.

¿Por qué motivo caminaba á tal hora y con tan mal tiempo? En vano hago cálculos, y mi ignorancia aumenta sin cesar. Nicolasa afirma que es cartero ó fotógrafo, á juzgar por la extraña forma de su maleta. El doctor lo califica de comisionista; yo de nada. Una carterita de cuero de Rusia, marcada en plata con las mismas iniciales que el pañuelo, y que mi sirvienta halló en uno de los bolsillos, sólo contiene tarjetas en blanco y algunas monedas de oro y plata.

Aunque no me sea en manera alguna simpático, mi compasión por él aumenta de día en día. ¡Con qué buena voluntad ayudo al doctor en cuanto puedo! Quisiera devolverle la salud instantáneamente, y que se alejara de aquí, siquiera por no oir las perpetuas reconvenciones de mi tía.

—Si no se cura pronto y bien, no será por descuido vuestro, querida enfermerita—me dijo esta mañana el doctor Sangrán.

¿Cómo agradecer á tan excelente amigo el favor que nos hace, con sitir lleno de incansable celo al pobre herido? Lo peor es que mi tía no ha de pagarle un céntimo por esta cura, y, segura de ello, pienso de continuo qué regalo hacerle que le sea útil. ¿Le agradarán mis tapicerías? Podrán servirle al menos para renovar los muebles de su salón, que, según dice Nicolasa, están bastante malos. Nada más justo sino que yo pague, pues por mí ha tenido el trabajo.

Nicolasa es también una enfermera incansable; tres noches hace que vela á mi lado. ¡Dios mío, que un feliz éxito corone nuestros afanes, y pueda este desgraciado alejarse bueno del castillo de Bazán!

30 Marzo.

¡Al fin está salvado! Habla ya, y me siento tan dichosa, que me dan ganas de saltar y gritar como una loca.

Ayer noche, á pesar de mi sueño y cansancio, me

empeñé en velar, acompañada, por supuesto, de Nicolasa. El doctor había tenido precisión de visitar á un enfermo, y no debía volver hasta el otro día. Siguiendo punto por punto sus instrucciones, preparé un cordial, renové el hielo que se aplica en la frente del herido, aticé el fuego, y después me instalé al lado de la chimenea en un sillón de alto respaldo, decidida á no dejarme vencer del sueño.

Para estar más cómoda, reemplacé mi entallado vestido por una amplia falda de lana rosa pálido, y me envolví en una toquilla de estambre blanco, un pico del cual me eché por la cabeza á modo de capuchón. Así dispuesta, dirigí los ojos al enfermo, sumido siempre en su letargo, y los volví después á las llamas que serpeaban sobre los troncos. No sé cómo pasó, pero el hecho es que me dormí tan de prisa, que no tuve lugar de luchar con el sueño, y permanecí dormida quizá dos horas, mientras Nicolasa, echa un ovillo enfrente de mí, hacía tiempo que me había precedido en el descanso.

La lámpara que se apagaba, ó el fuego próximo á extinguirse, y más que todo la sensación de frío y tristeza que acompañan á las veladas solitarias, me despertaron de pronto, y me levanté de puntillas á ver la hora en el reloj. Faltaban diez minutos para dar al enfermo la poción que le correspondía, y como Nicolasa continuaba dormida con el mismo descanso que si estuviera en el lecho más mullido, quise aprovechar el tiempo en templar el ambiente de la cámara, que se había puesto glacial.

Arrodilléme junto al fuego, reuní lo que restaba de él, apliqué algunas hojas secas, y después me puse á soplar con todas mis fuerzas, á fin de que prendieran en los tizones las débiles brasas que relucían entre la ceniza. Y ya empezaban á producirse fugitivas llamas, cuando oí una voz ronca y desagradable exclamar:

—¡Señora!.....

Levanté la cabeza y miré al herido. Sin duda era él, porque el ojo derecho, que la venda descubría, dejaba escapar una mirada dura, pero viva é inteligente. Apoyado sobre un codo, tenía el aire tan asombrado como si se encontrara en un planeta completamente distinto del mundo que habitamos. Corrí hacia él, pero en vez de repetir su llamamiento me miró de pies á cabeza con cierta burlona curiosidad que me desagradó en extremo, y aunque hubiera querido preguntarle qué deseaba, no hallé palabras con que empezar aquella primera conversación.

—¡Señora!—repitió vacilando, como si esperara oirme protestar del grave estado que gratuitamente me atribuía.—¿Tendréis la amabilidad de decirme dónde estoy?

—En el castillo de Bazán—respondí, temblando un poco, no sé si de frío ó de miedo.

—Muy conocido..... de quien lo conozca—murmuró irónicamente.—¿Y sin duda sois vos la castellana?

—A medias..... sí, señor.

—Y..... perdonadme esta tontería, ¿qué hago en una casa que me es totalmente desconocida?

—Restableceros del grave accidente que habéis sufrido.

—¿Grave accidente?.....—repitió—no recuerdo..... ¿llevaréis vuestra condescendencia hasta decirme la fecha en que estamos?

Si no hubiera visto la perfecta calma de su rostro, habría creído que aquellas frases eran hijas del delirio; pero hablaba con tal serenidad, que á pesar de que la pregunta me pareció extraña, respondí maquinalmente:

—Hoy es 30 de Marzo.

—¿De veras?—murmuró, como si hablase consigo.—Entonces hace diez días que vivo sin conciencia de vivir.

Reinaron algunos instantes de silencio, que yo creí necesario interrumpir para decirle:

—¿Queréis algo?

—Sí—respondió;—papel y pluma, para escribir á un amigo, que debe hallarse muy inquieto.

—Mañana os lo daré; esta noche es imposible.

—¿Por qué?—interrumpió frunciendo las cejas, como hombre que no está acostumbrado á que le contraríen.

—Porque el médico os tiene prescrito reposo absoluto, y no me permitiré desobedecerle—repliqué con acento inseguro; tanto me imponía la extraña superioridad del enfermo.

La media sonó en el reloj, y recordé la medicina que debía darle; tomé el vaso que la contenía, y me aproximé á él.

—Bebed—le dije con cuanta dulzura me fué posible.

Pero retiró la cabeza con tan enérgico ademán de negativa, que añadí suplicante:

—No rehuséis, por favor; el médico lo ha dispuesto, para que podáis dormir bien.

Bebió sin contestar, recostóse en la almohada, murmuró «gracias», y diez minutos después dormía como ha dormido hasta la llegada de Sangrán, que está ahora á su lado.

. . . .

El doctor se halla muy contento; han desaparecido los síntomas de congestión; el estado de la pierna es relativamente satisfactorio, pero según lo que puedo juzgar del carácter del enfermo, por el breve diálogo que sostuve con él, debe ser difícil de contentar, y más difícil que obedezca.

—¡Qué lástima, hija mía!—me dijo el doctor Sangrán al retirarse;—si el letargo hubiera durado un mes en vez de diez días, se habría simplificado mucho el tratamiento de nuestro enfermo.

—¿Por qué?—le pregunté con curiosidad.

—Porque habla de levantarse y correr montes y valles, y como, naturalmente, es imposible, se enfurece porque no lo dejan.

Nicolasa, que lo ha asistido durante el día (pues yo no me he atrevido á entrar, por miedo que se enojara conmigo), me dijo que se manifestaba tranquilo, que tarareaba de vez en cuando, y que no preguntaba por nadie.

El médico volvió antes de ponerse el sol, y apenas se hubo instalado á la cabecera del enfermo, empezó éste á demostrarle en términos breves, pero delicados, el agradecimiento que sentía por los cuidados que le prodigaba.

—Os estoy tanto más obligado—concluyó—cuanto que lo cruel del tiempo avalora el mérito de vuestra conducta.

Después emprendió una serie de preguntas que nuestro antiguo amigo apenas podía contestar.

—¿Qué tengo en la pierna, doctor? Supongo que no me la habréis cortado sin apercibirme de ello? ¿Y en la cabeza, que la hallo cubierta de vendajes?

El médico ha procurado tranquilizarlo, pero no es el herido de los que se satisfacen con medias palabras; ha sido necesario darle detalles de su caída, del daño que se hizo y del estado de insensibilidad en que ha pasado diez días. Después ha pedido un espejo, y al mirarse en él murmuró:

—¡Bonito negocio! Precisamente he ido á desfigurarme lo mejor que tengo, que es la frente, según dicen. Pero, contestadme á una pregunta: ¿podré en el espacio de media semana librar á la propietaria del castillo de las molestias que mi estancia en él deben causarle?

Y como Sangrán moviera la cabeza sin responder, con un gesto que claramente quería decir: «Vaya, amigo, estáis diciendo simplezas, pero no juzgo á propósito contradeciros», el enfermo, lleno de cólera, quiso con tal imperio que le dijeran fijamente el día de su curación, que Sangrán se vió obligado á marcar el término de un mes, sin perjuicio de doblar el plazo si era preciso.

—¡Un mes!—gritó furioso.—¿Pensáis que puedo permanecer un mes amarrado á este potro de tormento? Tengo ocupaciones más perentorias que aguardar la soldadura de mis huesos y que la piel nueva reemplace á la averiada por la caída. Dentro de un mes quiero dormir recostado en una hamaca de red, bajo las pobladas ramas de un bosque de cocoteros, rodeado de esclavos que me hagan aire con abanicos de plumas, y viendo á través de las hojas el ardiente sol de la India.

—Supongo que no tendréis voluntad de quedar lisiado toda la vida, por no sufrir el reposo que vuestra situación exige—replicó Sangrán.

—No, ciertamente; pero hay recursos para todo, y lo mismo es tender horizontalmente la pierna en la cama que en un carruaje ó en un vagón del ferrocarril; la inmovilidad puede asegurarse.....

—Sólo viajando sobre nubes—interrumpió el doctor con una sonrisa.

—Y aun sin ellas—repuso vivamente su interlocutor.—¿Creéis imposible hallar diez ó doce montañeses de buena voluntad, que me lleven en una camilla hasta la primera estación? De línea en línea, fácil es hallar el Océano, y una vez transportado á la cámara de un buque, lugar tengo de esperar tranquilo que se una la rotura de mi pierna.

—¿Pero es cuestión de asuntos urgentes? ¿Os espera una herencia allende los mares?

El enfermo sonrió.

—¿Creéis—dijo—que una herencia de millones de millones me haría dar un paso siquiera? El viaje que voy á emprender es únicamente para cumplir mi gusto.

Sin responder ni una frase, el doctor se levantó, tomó el sombrero y el paletó, que había dejado secándose junto al fuego, y se dispuso á retirarse. Pero al verle en tren de marcha, el enfermo se agitó con tal furia, que temiendo un acceso de fiebre, Sangrán volvió á aproximarse á él.

—¿Quién podrá impedir que me vaya cuando me acomode?—barbotaba el herido, irritándose con sus mismas palabras.

—¡Dios mío! No seré yo por cierto—replicó tranquilamente el doctor;—pero puesto que no os gustan las fábulas ni las medias palabras, hablemos con franqueza. Desde luego permitid que os diga que, como individuo, no me cuido para nada de vos, y que bien podíais dividiros en piezas sin que alzara el dedo meñique para estorbarlo. Mas al presente, una casualidad me ha hecho vuestro médico, y las circunstancias cambian á las personas. ¿Habéis sido militar alguna vez? Aunque no es probable que sepáis lo que significan las frases *obediencia y consigna*. Se coloca de guardia á un soldado, con orden de no dejar pasar alma viviente..... ¿Por qué? ¿cómo? ¿en nombre de quién? Nada sabe, pero fuerte con el mandato recibido, pondrá la bayoneta al pecho de cualquiera, sea amigo ó enemigo. Entre nosotros hay algo de esto. Os hallo en medio de un camino, no os conozco, y no movería ni un guijarro por serviros. Pero sucede un fracaso, una caída, y ya sois mío; os levanto, os llevo, os cuido y respondo de vos, como el soldado de la trinchera que guarda. Bien puedo no amaros, hasta si me apuráis contaros en el número de mis enemigos; pero si la enfermedad ó la muerte os amenazan, cumpliré mi deber de luchar para que no logren sus intentos. Sin que nadie os haya entregado á mí, me pertenecéis, caballero, y si tratáis de pasar la puerta, me hallaréis armado de todas armas para impedirlo.

Esta larga tirada disipó el mal humor del paciente, hasta el punto que una media sonrisa se dibujó en sus labios. Tendió la mano al doctor, y replicó resignado, al menos en apariencia:

—Perdonadme lo imprudente y obstinado que he sido, y sabed que me constituyo prisionero, bajo mi palabra de honor, por todo el tiempo que lo juzguéis necesario. Aunque tengo la cabeza dura, cedo cuando se me habla en razón.

—Muy bien dicho, y no tratemos más de ello—contestó el buen Sangrán.

Y se retiró, después de ordenar que se diesen al enfermo todos los útiles necesarios para escribir.

31 Marzo.

Acabo de saber el nombre de mi huésped. Es el conde Andrés de Errazu; y si se puede juzgar á un individuo por lo que manifiesta, su profesión es hacer necedades, según dice el doctor. En mi opinión, tiene un carácter rarísimo, sumamente difícil de contentar, y tan violento que á veces raya en grosería.

Ahora que la profusión de vendajes ha disminuído y que el rostro va recobrando su color natural, no parece tan desagradable como los primeros días. Antipático siempre, eso sí, sobre todo los ojos, que tienen un matiz parecido á los de la señorita de Castrojériz. ¡Uf! los ojos verdes me dan miedo, y no es precisamente que sean verdes los suyos, sino que cuando se enfada toman reflejos metálicos. La barba, demasiado crecida, y el cabello enmarañado, tampoco le prestan hermosura. Decididamente, tengo vivos deseos de que recobre la salud y se marche; su presencia en el castillo me va siendo penosa, más que por nada, porque aumenta los malos tratamientos de mi tía.

¡Dios mío! ¡qué lluvia de reconvenciones, qué aluvión de injurias me dirige siempre que me ve! Retraída en su cámara, no sé cómo la infeliz Nicolasa tiene paciencia para oirla. Sus gritos y dicterios llegan alguna vez hasta la habitación del Conde, y no tengo necesidad sino de ver la burlona sonrisa que contrae sus labios para comprender que llegan á sus oídos todas las lindezas que me prodiga mi amable parienta.

Voy, sin embargo, á hacer una confidencia á este diario, discreto amigo que me proporciona los consuelos únicos de mi vida. Desde que me hallo envuelta en el torbellino de tan extraños sucesos, he cesado de pensar en el porvenir. Rezo tranquilamente al pie de la bendita imagen de San José; renuevo las flores de los vasos, pero no pido absolutamente nada. Y, á la verdad, ¿qué he de pedir? Arrepentida estoy de mis vehementes plegarias de antes, porque es tan sujeto á errar el criterio humano, que casi nunca sabemos lo que pedimos. ¡Cuán razonables me parecen las palabras de mi madre Superiora, para enseñarnos á no prodigar súplicas desatinadas cuyo valor ignoramos: «Acaso otorga el Señor airado lo que niega misericordioso.»

Además, si mi libertador hubiera de parecerse al Conde de Errazu, creo que no lo aceptaría, á pesar de mi triste destino: es demasiado satírico para que me agrade, y demasiado escéptico para inspirarme lástima.

A. Hermill.

(Continuará.)

EULALIA [1].

(cuando cumplió dos años.)

Pimpollo tierno y dulce de la fragante rosa;
Crisálida ligera de blanca mariposa;
Lucero claro y fúlgido
Del cielo tropical,
Es la niña á quien canto con grata melodía;
La niña á quien celebra la pobre canción mía;
Eulalia, ángel purísimo
Del coro celestial.

Apenas los umbrales de la vida ha pasado;
Apenas su alma pura del sueño ha despertado,
Que goza, santo y místico,
El alma en su Creador;
Apenas brilla el alba feliz de su existencia;
Apenas aún despide sus rayos su inocencia,
Y ya cautiva el ánimo
Su mágico esplendor.

Ríe como la brisa que los valles orea;
Anda como el arroyo que en el bosque serpea;
Piensa como el espíritu
Que vive en la abstracción.
Es vapor que se cierne sobre el árido suelo;
Es llama de sí misma, que descompone el hielo
Del limbo en que sumérgese
Su propio corazón.

Crepúsculo que flota entre el cielo y la tierra;
Inmaterial perfume, que frágil vidrio encierra;
Alma y cuerpo congénitos;
Ángel y humano ser;
Luz que el aliento aviva del Hacedor divino;
Misterio que se aclara, cumpliendo su destino;
Profecía magnífica
Del ínclito saber.

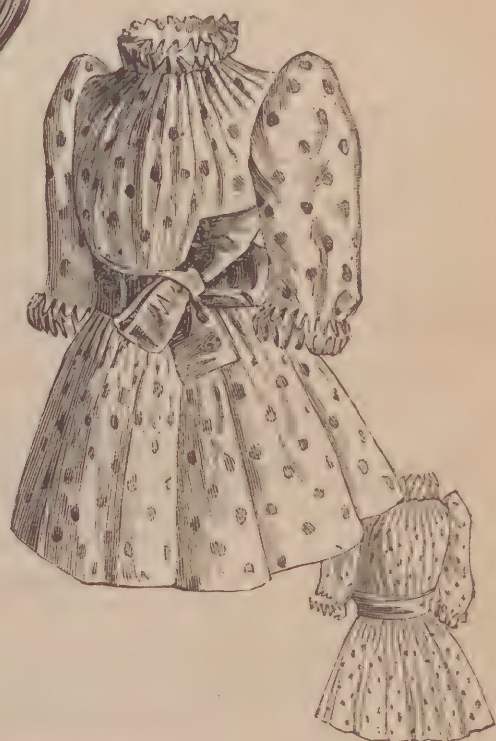
¡Dios misericordioso la libre de dolores,
La llene de venturas, la colme de favores,
La bendiga é inúndela
De paz y de salud!
Y cuando al orto llegue de la futura vida,
Cuando á las puertas llame de su Sión perdida,
Ábraselas y prémiela
Su gracia y su virtud.

José Salvador de Salvador.

(1) Poesía inédita del malogrado vate granadino D. José Salvador de Salvador.—*N. de la R.*)

26 á 36.—Mangas, cuellos y adornos para corpiños.

37 y 38.—Trajes de calle.



39 y 40.—Vestido para niños pequeños. Delantero y espalda.

41 y 42.—Abrigo para niñas de 9 años. Delantero y espalda.

LOS TRES AMORES.

(TRADUCCIÓN DE UHLAND).

Á las orillas del Rhin undoso
Hay una pobre, vieja hostería,
Y allí, en alegre tropel ruidoso,
Los tres amigos fueron un día.
—¡Ea, patrona! Vengan los vinos,
Y de lo puro, pues sed tenemos.....
Mas..... ¿dónde guardas la niña, dínos,
Tu hermosa hija, que no la vemos?
—Catad el vino—dice llorosa—
Que es de lo añejo. ¿Della me hablasteis?.....
¡En la mortuoria urna reposa
Mi pobre hija que tanto amasteis!
Del rayo heridos, á la otra sala
Entran, do se alza negro ataúd,
En cuyo seno la niña exhala
Su último aroma de juventud.
Á contemplarla llega el primero,
Y alzando el velo que la cubría:
—¡Ah, si aun vivieras!—dice sincero—
Desde hoy, oh virgen, te adoraría.
Caer el velo deja el segundo,
Se aparta, y dice bañado en llanto:
—¿Por qué te fuiste, niña, del mundo?.....
¡Ay, sin saberlo, te amaba tanto!
Llega el tercero, levanta el velo,
La besa el labio lívido ya:
—Te amé, te amo—dice—y al cielo
Mi amor eterno te seguirá.

J. A. Pérez Bonalde.
(Venezolano.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

Á una Desesperada.—Es bueno para *suavizar las manos* y *quitarse el paño* que se forma con el aire y el sol darse todas las noches, al recogerse, vaselina mezclada con jugo de limón. También es muy bueno lavarse con nata agria, pues el ácido quita las manchas y el paño, y el aceite que contiene este líquido es muy bueno para la piel, porque la dulcifica mucho.

Á una Lectora asidua.—Si quiere un sombrero elegante para esa señorita, escoja una forma grande (estilo *capeline)* de fieltro *beige* y ala flexible, adornado con una *draperie* de crespón de la China azul cielo ó rosa.

Sí; la aconsejo una gola de pluma negra; y cuanto al sombrero, no es necesario que sea igual al traje.

Los colores más de moda para vestidos son el *beige*, barro cocido, azul marino, paja, etc.

Las mangas de terciopelo han decaído mucho; más bien se hacen combinaciones de dos telas y bordados en sedas y *soutache*.

El cachemire, el paño y la vigoña gruesa son las telas preferidas para los trajes de calle.

Una señorita lleva siempre las sortijas en el anular de la mano derecha.

Todavía se ven algunas capotas sin fondo; pero los modelos de invierno son todos cerrados; y se hacen muy bonitas, de fantasías de azabache, ó bordados sobre terciopelo.

Las capas se llevarán también este invierno, en formas sumamente variadas.

Á una Hacendosa.—Los cepillos se echan á perder lavándolos, porque es difícil no mojar la madera durante la operación. Vale más limpiarlos con polvos de almidón: se extienden éstos sobre un papel y se restriega el cepillo con ellos hasta que esté completamente limpio.

Las esponjas quedan perfectamente limpias teniéndolas seis horas en agua salada.

Á una Indiscreta.—Las invitaciones para una comida se hacen con ocho días de anticipación, de viva voz ó por escrito. Si los convidados no aceptan, deben hacerlo saber en seguida á la señora de la casa, para que pueda hacer, si quiere, otras invitaciones; pero su negativa no les dispensa de una visita, durante los ocho días, para dar las gracias.

Los que aceptan deben llegar un cuarto de hora antes de la comida, á menos que no sean muy íntimos y les ruegue la señora de la casa que vayan antes.

El caballero que acompaña á una señora á la mesa, debe procurar sentarse á su lado, y servirla, y ocuparse de ella durante la comida.

No se pone en ninguna mesa de cumplido á niños menores de diez años.

En una gran comida las señoritas se ponen flores (naturales, con preferencia) en los cabellos y en el cuerpo del vestido.

El traje debe ser claro: malva, azul cielo, verde agua, paja, rosa, etc.

Para baile, casi todos los trajes se hacen hoy cada vez más ligeros y vaporosos.

El tul liso ó bordado con perlas hace elegantísimo, adornando el cuerpo con un corselete de raso y faya ó con aplicaciones de flores bordadas.

Á D.ª C. de R.—Mejor que todas las lejías que me indica para lavar en casa la ropa blanca, sin gran trabajo y mucha economía, es la receta siguiente:

Tómese un trozo de jabón de Mora y córtese en pedazos pequeños, los cuales se disuelven en agua caliente que no hierva, añadiendo luego 25 gramos de bórax de sosa por cada kilogramo de jabón.

Lavando la ropa en este líquido y aclarándola después en agua tibia, quedará blanquísima y tersa como nueva.

El líquido sobrante puede servir para limpiar utensilios de cocina, como cacerolas y peroles de hierro y de estaño, y aun los de porcelana, que resultarán perfectamente desengrasados.

No hay reglas generales en la materia á que se refiere.

Puede escoger para su dormitorio unos muebles de nogal encerado, estilo Luis XV, con colgaduras de pekín de seda Pompadour (tela listada con florecillas). Esos mismos muebles, revestidos de telas orientales, son más á propósito para dormitorio de caballero.

Adela P.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 38.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Elegante «deshabillé» de surah heliotropo, gasa iris Pompadour y punto de Venecia.*—Fondo de falda de gro de armar, color heliotropo, que sirve de armadura á una segunda falda de *surah* heliotropo, ligeramente drapeada por delante, formando quilla en el lado derecho, y adornada de trecho en trecho con cinco botones de tamaño diferente de pasamanería negra. Por detrás forma media cola. Cuerpo de gasa iris Pompadour, con corselete ajustado de encaje de Venecia. El costado izquierdo está formado por una *draperie* heliotropo, que parte desde el hombro y va á sujetarse en la cadera derecha, bajo la quilla. Gola género Enrique VIII, de tul de seda blanca, formando *ruche*, abrochada por detrás. Manga de gasa Pompadour, muy alta del hombro, con tres bullonados hasta el codo, y terminada en la parte inferior con un volante del mismo tul que la gola.

2. *Traje de paseo, de lanilla color «beige» y rayas rosa formando cuadros.*—Falda lisa por delante, con dos anchos pliegues en los costados y un abanico por detrás. Cuerpo-casaca, con vueltas formando el cuello, abierta sobre un chaleco blanco guarnecido de una cascada de batista, sujeta con un *cinturón-bolero* igual al traje. Espalda muy ajustada, con aldetas formadas por dos pliegues huecos. Manga amplia abrochada con botoncitos hasta el codo.—Sombrero de paja negra, adornado con una paloma blanca.

3. *Traje de lana coral y lana escocesa, para niñas de 12 años.*—El costado izquierdo de la falda y la parte de detrás son de lana escocesa plegada, y el costado derecho, de lana lisa coral, ligeramente drapeada. Cuerpo fruncido por delante, abrochado debajo del brazo y metido debajo de la falda, cuya unión cubre un cinturón plegado de seda negra, y abrochado por detrás bajo un *choux* de cinta. Manga amplia de tela lisa, cayendo sobre un puño escocés. Esclavina escocesa, muy fruncida en los hombros. Cuello recto de seda negra.—Sombrero de paja negra, adornado con un lazo de cinta coral con rayas botón de oro.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

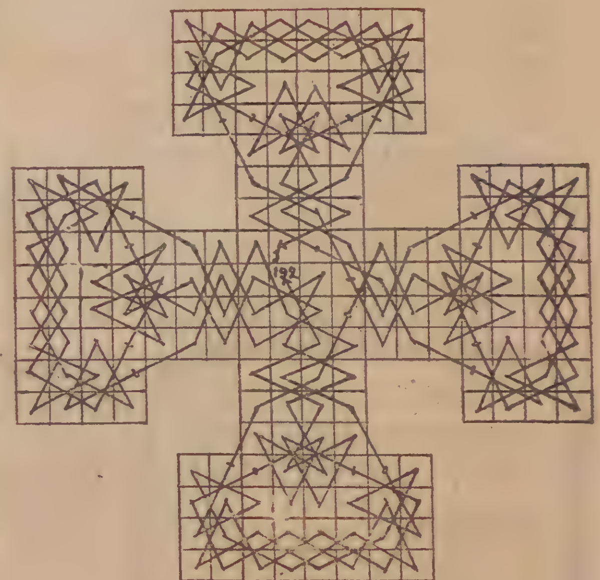
CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición.

1. Delantal con hombreras fruncidas, bordado á punto de espina.
2. Tira del borde del delantal.
4 y 5. Bolsillo y canesú del delantal.
6. Mitad de la manga del mismo delantal.
3. Conclusión de abecedario. (Véase la *Hoja-Suplemento* del núm. XVI.)
7. *Deshabillé* de fular crudo, con bordado y encajes.
8. Bordado de las solapas y del contorno del *deshabillé*. (Al cordoncillo, bodoques y punto de armas.)
9. Dibujo para bordar en traje de niño. (*Soutache* fino y punto de espina.)
10. *M*, letra para bordar en satín, encima de *sachet*. (Al cordoncillo fino y grueso.)
11. *E*, letra para pañuelos.
12. *MS*, enlace para ídem.
13. *P*, *A*, letras para ídem.
14 y 15. *B*, letra para servilletas.
16. Dibujo para ángulo de pañuelo de caballeros. (Al cordoncillo, con algodón de color.)
17. *M*, letra para pañuelos de caballeros.

SOLUCIÓN AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 35.



CUATRO DE SEPTIEMBRE.

SONETO.

¡A RAFAEL CALVO!

Águila audaz, cruzaste triunfalmente
De los mundos el vasto torbellino,
Hallando siempre en el feliz camino
Coronas para orlar tu hermosa frente!
¡Sublime artista de la edad presente,
Pudo rendirte el implacable sino;
Pero ser inmortal fué tu destino,
Y tu patria lo aclama eternamente!
¡Hermano, adiós! ¡Ya solo y abatido
(Que sin tí nada alivia mi quebranto)
Aquí me dejas, al dolor rendido!
¡Me hiciste tanto bien!... ¡Te amaba tanto,
Que el eco de tu voz será el quejido
Que alivie al pecho de su acerbo llanto!

A. Vico.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Carmen Carambot de Lázaro.—D.ª Rita y D.ª Mercedes Arenillas.—D.ª María Eugenia Ocaña.—D.ª Consuelo Olmedo.—D.ª Ana María Bugallal de Méndez.—D.ª Adelaida Iglesias Ramos.—D.ª María M. y Revuelta.—D.ª Emilia Cancio de Couto.—Doña J. Varela Menéndez de Limia.

También hemos recibido la solución al salto de caballo publicado en el número 31, por las Sras. D.ª A. H. Campos de Docal (Isla de Cuba).—D.ª Josefa C. de Cruz (Méjico).

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & C^ie

PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones à todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envios *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid**: *Plaza del Angel, 12* – entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral., izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

FALTA DE FUERZAS
ANEMIA — CLOROSIS
el HIERRO BRAVAIS
Reconstituye la sangre de las personas debilitadas
DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

MLLE. ALEXIS

acaba de llegar de París con los últimos modelos de sombreros para señora.

Puerta del Sol, 9, entresuelo izquierda.

ESS BOUQUET
Y OTROS
SELECTOS PRODUCTOS
DE
PERFUMERÍA

BAYLEY Y CO.
CASA FUNDADA EN 1739
PERFUMISTA Y FABRICANTES DE JABONES DE TOCADOR
17, COCKSPUR, ST., LONDON, S. W.

SPERMACETI
JABONES
DE OTRAS CLASES
y todos
los artículos de tocador
Proveedores de las más altas clases sociales en todo el mundo

MANUAL DE LA MODA ELEGANTE

ESCRITO Y CONFECCIONADO

POR

LA REDACCIÓN DEL PERIÓDICO

Tratado de costura, bordados, flores artificiales, corte de prendas de vestir, labores de adorno para señoras y señoritas; es un libro de tanta utilidad y tan excelente enseñanza, que debía encontrarse en toda casa de familia.

Está ilustrado con numerosos grabados y figuras, explicación gráfica del texto, y con varias láminas al cromo.

Véndese, á 4 pesetas en rústica, y 5,50 pesetas encuadernado en tela, con una bonita plancha dorada.

Diríjanse los pedidos, con su importe, á la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

IZOD'S

Corsé privilegiado
EL MEJOR DE TODOS

IZODS PATENT CORSETS CONFECCIONADO POR NUEVO Y ESPECIAL PROCEDIMIENTO CIENTÍFICO.

La opinión médica le recomienda **para la salud.** La opinión pública de todo el mundo está unánime en declarar que ninguno le aventaja por su **comfort, su hechura y su duración.**—Inmensa venta en Europa, y también en la India y Colonias.— El nombre y la marca de fábrica **(Ancora)** estampados en el corsé y en la caja.—Escríbase á **IZOD'S** con las medidas, para recibir el pliego de dibujos.

E. IZOD E HIJO
30 Milk Street, London
MANUFACTURA: LANDPORT, HANTS

PILDORAS DE BLANCARD

CON
Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK 1853 — *Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores frios*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,**

En fin, ofrecen á los practicos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiél é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

PERFUMERÍA - ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ — *ORIZALINE*, tintura instantánea
CRÈME-ORIZA, *ORIZA-LACTÉ* — Hermosura del Rostro. — *ESS-ORIZA*, todos olores.
ORIZA-HAY, Agua de tocador.
ORIZA-OIL, *ORIZA-TONICA* — Conservacion de los Cabellos. — *ORIZA-POWDER*, *ORIZA-VELOUTÉ* — Polvo de arroz á barcete

Catálogo-bijou remítese gratis y franco.

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.

Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.

De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, Paris.—Depósito en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

ANTIGUA CASA

DE PLUMENT-FEDOU

Thérèse FEDOU, Sucesora

Privilegiada S. G. D. G. — (Marca depositada: P. P.)

PARIS, 33, Rue Vivienne, 33, PARIS

Corsé-Sultane
y
Corsé-Directoire

PROVEEDOR DE LA CORTE DE MADRID
y de las principales cortes de Europa

MEDALLA DE ORO
A LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

El mejor dentrifico, mas agradable y, sobre todo, mas Higienico:

Agua de Philippe
empleada con la
Odontalina
PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise.*

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

Kananga del Japon

RIGAUD y C^ía, Perfum^tas
Proveedores de la Real Casa de España
8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga
Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga
Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.

Jabon de Kananga
El mas grato y untuoso, conserva al cútis su nacarada transparencia.

Loción vegetal de Kananga
limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caída, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y C^ía.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes ó invisibles. Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,

en la Perfumeria central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas perfumerias.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 22 de Octubre de 1890.	Año XLIX.—Núm. 39.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las modas de otoño.—Lo que se vé en la Opera.—El corpiño *Gabriela de Estrées* y el corpiño *Margarita de Valois*.—Los rizados en los hombros.—Capotas y sombreros.—Noticias de los teatros líricos.—Renacimiento de la opereta.—Un tío de provincia.—Entre amigos.

En confirmación de lo que expuse en mi anterior Revista, sólo añadiré hoy que los trajes de otoño son de una gracia y una distinción incomparables, mostrando esa elegancia de formas que no aparece sino á largos intervalos, cuando la moda, después de haber agotado todas las originalidades que la imaginación puede ofrecerla, se ve al fin obligada á volver á su punto de partida; en cuyo caso adopta los paños artísticamente recogidos, que imitan en cierto modo la túnica griega y conservan á la mujer toda su gracia.

Atravesamos actualmente esta fase afortunada, y nuestros trajes unen á la distinción una sencillez relativa sobre manera elegante.

Las telas son lindísimas, y la riqueza de sus colores sobrepujan la del otoño mismo. A la vez suaves y brillantes, dan una nota alegre á la melancólica naturaleza, al sol otoñal, sol tibio y pálido, que semeja más bien á una proyección eléctrica que al rey de los astros.

***

Como las veladas empiezan á ser largas y las recepciones de invierno no han principiado aún, hay que ir al teatro para ver las modas nuevas.

En la Opera, principalmente, es donde se notan los modelos más elegantes.

He aquí dos corpiños enteramente originales:

Corpiño *Gabriela de Estrées*, hecho de fular de la China color de maíz. El cuello y los hombros, el volante fruncido y el corselillo son de encaje de oro.

El otro corpiño, *Margarita de Valois*, es de seda de granito azul antiguo. El peto y las mangas de debajo son de terciopelo azul de Francia, bordado de trencilla de plata.

Añádase á esto una capota de terciopelo azul, rodeada de trencilla de plata y adornada con florecillas azules aterciopeladas, puestas por delante de la capota y sobre el rodete.

***

La última palabra de la elegancia consiste en guarnecer las hombreras de las mangas, lo mismo en los corpiños escotados que en los altos, con un rizado de cinta de seda núms. 12, 15 y 20, rizado muy abultado que rodea lo alto de la manga. Se hacen tam-

1.—Vestido de paño y terciopelo. 2. Vestido de siciliana.

bién estos rizados de cinta cometa satinada, ó de cinta de crespón y muselina de seda.

En un palco de la Opera vi la semana pasada un vestido de tul de Bruselas negro, sobre transparente negro, escotado en forma de fichú Manón, con hombreras rizadas de cintas color de rosa. Cinturón de cinta color de rosa núm. 12, con picos flotantes en el lado izquierdo.

Otro corpiño del mismo género llevaba una señorita. Falda y corpiño de tafetán blanco. Varias bandas plegadas de tul en el corpiño y hombreras de cinta cometa, de raso azul pálido.

Estas hombreras, que son—lo repito—una verdadera innovación, se ponen igualmente sobre un corpiño de terciopelo y son un medio excelente de «modernizar» un corpiño cuyas mangas no tengan el ancho requerido.

***

Las capotas más lindas y los sombreros mas variados esmaltan todas las noches el brillante anfiteatro de nuestro primer coliseo lírico—sabido es que las señoras no van á las butacas de la Opera.—Describiré los modelos que más me llamaron la atención:

Capota de teatro—estilo griego—con barretas de encaje y galón de oro antiguo. El galón rodeaba la capota, y el fondo iba atravesado de dos barretas desiguales. Por delante, y sobre el cubrepeineta, varias plumas blancas atadas, á manera de ramos, con cinta de oro.

Otra capota, que puede servir para visitas de ceremonia, era de pasamanería de azabache. Por delante, ramos de rosas sin hojas y marco de cinta color de rosa, formando corona sobre el sombrero y anudada por detrás para venir á formar bridas bajo la barba.

Otra era de redecilla de felpilla negra, con dos barretas á todo el rededor, de galones de oro y felpilla negra. Por delante, un murciélago negro y color de oro.

Un sombrero redondo, bastante original, era de fieltro gris, con ala calada y bordada, y adornado con plumas grises puestas de dos en dos, según la moda del día.

Algunas de nuestras principales modistas tratan de lanzar los sombreros inmensos que empezaban á decaer; pero es de esperar que no se generalicen, porque, á la verdad, no sientan bien á todo el mundo.

Se trata también de resucitar la antigua «toque pandero», que se llevaba veinticinco años atrás. Las hay de fieltro con borde de piel, de terciopelo, de astrakán ó de seda. Un pajarito ó una pluma rizada va puesta hacia atrás por encima del rodete, pues esta manera de adornar los sombreros, figurando el «cubrepeineta», se propaga con extraordinaria rapidez.

Los sombreros grandes de fieltro, levantados sobre el rodete, llevarán, pues, en la parte doblada lazos de cinta, pájaros, plumas y flores en abundancia. Estas últimas se llevarán generalmente sin hojas.

***

La temporada musical será este año, á lo que parece, muy interesante. En primer lugar, la creación de nuevas escenas líricas, tiempo ha anunciadas, producirá indudablemente la de nuevas obras, cuyos autores aguardan con impaciencia la ejecución.

En la Opera, las dificultades suscitadas á propósito de las decoraciones entre el ministro de Bellas Artes y la empresa, no permiten prever lo que saldrá de semejante situación. Esto no obstante, los empresarios señores Ritt y Gaillard han asegurado que, si las cosas se arreglan, están dispuestos á empezar los ensayos de *Salambó*. Algunos suponen que los estudios han empezado ya, y que no descuidarán nada para poner en escena dignamente la obra de M. Reyer, desde el punto de vista del lujo, de las decoraciones, de los trajes, etc. Se echará mano de todos los recursos que ofrecen la ciencia y el arte de nuestros días para reconstituir la antigua Cartago, donde pasa la escena de la célebre novela de Flaubert.

Los papeles de *Salambó* están ya distribuídos de la manera siguiente: *Salambó*, Sra. Caron; *Matho*, señor Duc; *Amílcar*, Sr. Lassalle; *el Gran sacerdote de Tanit*, Sr. Vergnet; *Nar'Havas*, Sr. Delmas; *Spendius*, Melchissedec.

Respecto á la nueva ópera de Massenet, *El Mago*, es muy de temer que la contralto *(rara avis)*, que el compositor no ha podido coger todavía en sus redes, no sea causa de un aplazamiento indefinido. Entre tanto, el ilustre maestro se ocupa en dar la última mano á la partitura de su *Werther*.

La Opera Cómica ha abierto sus puertas hace más de un mes con el *Barbero de Sevilla*, muy bien montado y perfectamente cantado por la Sra. Laudonz y los señores Delaquerrière, Fugère, Soulacroix y Fournets. Las obras que han seguido al *Barbero* son *Mireille* y *La Basoche*, y están en ensayo *Mignon*, *Carmen*, *Le Roi d'Is*, *Le Pré aux Clers*, y otras óperas que no recuerdo en este instante. Varios *débuts* tendrán lugar en algunas de estas obras, principalmente el del barítono Renand y el de la Srta. Clarisse Ivel. Se ha dado principio también en este teatro á los estudios de la ópera nueva *Benvenuto*, del compositor E. Díaz.

El invierno pasado un joven director de orquesta me decía, con tono lúgubre y desconsolado: «La opereta agoniza, lo cual será un gran daño para nuestras sociedades musicales, que sólo quieren ejecutar música que se aprenda á la primera lectura.» Consuélese nuestro novel artista; no es la muerte de la opereta la que nos anuncia la caída de las hojas, sino su renacimiento. M. Desfossez transforma, según se dice, en teatro de opereta la sala del Paraíso-Latino—¡título predestinado!—y que trocará su nombre por el de Opera Bufa. Un nuevo campo para nuestros jóvenes compositores, aun cuando la obra de inauguración, *Les Noces d'Olivette*, no sea una obra inédita.

***

Aunque de la música al corsé la transición sea algo violenta, mis lectoras no llevarán á mal que les hable de los de Mme. Léoty, 8, plaza de la Madaleine.

Se puede llevar un simple vestido de paño con estos corsés y tener el aire de una reina, al paso que con uno de estos corsés ridículos, confeccionados como corazas, la más elegante parecerá común, ordinaria y de maneras poco graciosas.

La belleza del talle no consiste siempre en la delgadez y finura, sino en las proporciones discretamente conservadas. Hay personas bastante gruesas que poseen talles distinguidos.

El corsé de dril de seda, de raso ó de brocado duquesa, es hoy el bello ideal de todas las parisienses, que están convencidas de que no obtendrán su carta de naturalización entre las elegantes hasta haber revestido este corsé sin rival.

***

Un parisiense recibe la visita de un tío de provincia.

—Vengo á anunciarte—le dice el provinciano—el próximo casamiento de tu primo.....

—¿Con quién?

—Con una joven, cuyo padre tiene cuarenta mil francos de renta, y cuyo hermano y hermana están tísicos en el último grado.

Y el buen provinciano añade con orgullo:

—Cítame un partido semejante en París.

***

Entre amigos:

—No conozco nada más desagradable que un hombre que no tiene dinero.

—Es verdad; porque no se le puede pedir prestado.

V. DE CASTELFIDO.

París, 15 de Octubre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Vestido de paño y terciopelo.—Núm. 1.

Este vestido, que es de paño gris azul y terciopelo del mismo color, se compone de una falda y una especie de levita larga. La falda de debajo, que es de tafetán gris azul, va ribeteada de un volante plegado y cubierta en la derecha, en el lado en que se abre la levita de arriba abajo, de paño plegado. La levita se cubre sobre el forro con terciopelo ligeramente fruncido en el escote. Mangas de terciopelo. El corpiño, que se abrocha bajo el brazo izquierdo, va fruncido varias veces en la cintura, y adornado, así como la falda, con una pasamanería de terciopelo.

Vestido de siciliana.—Núm. 2.

Este vestido, hecho de siciliana color de nutria, va adornado con flecos de cascabeles mezclados de oro. Los mismos adornos en el corpiño, que termina en punta.

Traje para niños de 11 á 13 años.—Núms. 3 y 4.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo para niñas de 5 á 7 años.—Núms. 5 y 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 34 á 44 de la *Hoja-Suplemento*.

Portaaguja.—Núm. 7.

La fig. 77 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Se ejecuta el portaaguja de paño ligero color granate obscuro y granate claro y franela azul claro. Se corta de paño obscuro y varias capas de franela un pedazo, entero, por la fig. 77, que sólo representa la mitad. Se pasan al paño destinado á servir de cubierta de encima los contornos de la fig. 77; se recorta este pedazo con arreglo al dibujo, y se le forra de paño de color más claro, perforado de manera que se pueda ejecutar el bordado. Se fija este pedazo por medio de un punto de cadeneta hecho con seda granate obscuro. El fondo, de color más claro, va adornado con unos puntos ejecutados con seda granate obscuro. Se recortan los contornos y se fijan las hojas de franela por el interior.

Saco para labores de aguja ó crochet.—Núm. 8.

Este saco, tan cómodo como sencillo, se compone de un pañuelo de algodón de cuadros *(madrás)*, ó bien, si se le quiere más elegante, de un pañuelo de fular también de cuadros, de 62 centímetros en cuadro. Se puede forrar el saco y adornarlo con un bordado ligero. Los ángulos, guarnecidos de cintas, van doblados hacia fuera. Se anudan las cintas cruzándolas.

Corsé para señoras gruesas.—Núms. 9 y 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 66 á 76 de la *Hoja-Suplemento*.

Corsé para jovencitas de 12 á 14 años.—Núms. 11 y 12.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figs. 60 á 65 de la *Hoja-Suplemento*.

Corsé sostén para jóvenes de 13 á 15 años. Núms. 13 y 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 21 á 30 de la *Hoja-Suplemento*.

Trajes de visita.—Núm. 15.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigos de visita, de calle y de viaje.—Núms. 16 á 25.

Núm. 16. *Manteleta semilarga, de terciopelo del Norte*, guarnecida de bordado, de flecos viruta y golpes de pasamanería.—Espalda con tres costuras, que termina en una aldeta encañonada; manga de visita, con bullón añadido en el hombro; delanteros que se cierran en medio, y cuello alto. Un fleco adorna los delanteros, las mangas y el cuello. Bordado en las mangas, en la espalda y sobre los pliegues de las aldetas. Unos golpes de pasamanería bordada de azabache terminan los delanteros.—Vestido de paño verde, abierto en forma de levita sobre un delantal bordado de negro.—*Toque* formada con dos barretas bordadas de cuentas y guarnecida de un lazo de cinta.

Tela necesaria para la manteleta: 6 metros de terciopelo, 6 metros de forro y 5 metros de fleco.

Núm. 17.—*Chaqueta larga de paño gris*, guarnecida de bordado de seda negra, con aplicaciones de felpa.—Un vivo grueso de la misma felpa rodea esta chaqueta-paletó. Espalda con aldetas abiertas en medio, lados de espalda y de delante y delanteros que cruzan en la cintura, ajustándose con una pinza y abriéndose sobre un peto de paño bordado, añadido á cada lado bajo el borde de los delanteros. Cuello enrollado y solapas bordadas. Cuello en pie en el peto. Unos pespuntes guarnecen el contorno de la chaqueta. Manga alta de hombros, con bordados en la hoja de encima.—Vestido de paño, guarnecido de piel en su borde inferior.—Sombrero de terciopelo, adornado con pájaros.

Tela necesaria: 2 metros de paño; un metro de felpa, y 5 metros de forro.

Núm. 18. *Abrigo largo de paño amazona «beige»*, guarnecido de bordados y de piel de lince.—Cuerpo de levita acortado en los lados sobre una parte de detrás de falda plegada, añadida. La levita se compone de una espalda Princesa bordada y abierta desde la cintura, de espalda y lados de espalda sin aldetas, y de unos delanteros de forma Princesa, con una pinza de pecho. Estos delanteros se cierran en medio y se bordan en los lados y en el pecho de modo que figuren un peto puntiagudo, rodeado de pieles, que descienden á cada lado sobre el borde de los delanteros. Cuello alto de piel. Manga de codo guarnecida de bordado y ribeteada de piel, y manga-esclavina plegada y añadida sobre el forro.—Sombrero de fieltro *beige* claro, guarnecido de terciopelo y de plumas negras.

Tela necesaria: 7 metros de paño, y 5 metros de piel.

Núm. 19. *Abrigo corto de terciopelo del Norte*, guarnecido de plumas y bordado mate.—Se compone de espalda con tres costuras y con manga-visita, que va guarnecida de una especie de entrepaño largo bordado y terminado en un fleco de felpilla negra, y delanteros que terminan en picos de manteleta, plegados desde la cintura y guarnecidos de bordado y de un fleco. Cuello alto encañonado. Unas tiras de plumas ribetean la manga y la parte inferior de la espalda.

Tela necesaria: 6 metros de terciopelo, y 6 metros de seda para forro.

Núm. 20. *Manteleta de terciopelo negro del Norte*, guarnecida de bordado mate, de un fleco de bolas y de otro fleco imitando pluma.—Espalda de tres costuras con manga de visita, que se abre en los lados, de manera que figure una especie de manga pagoda, puntiaguda y guarnecida de fleco. Delanteros de manteleta guarnecidos de fleco imitando plumas. Cuello del mismo fleco. Bordado en las mangas.—Vestido de paño liso color de piel.

Tela necesaria: 5 metros 25 centímetros de terciopelo.

Núm. 21. *Abrigo corto de terciopelo negro del Norte*, guarnecido de seda negra lisa, de bordado mate y fleco de azabache.—Cuerpo de chaqueta, compuesto de un delantero con pinza, que se abre sobre un peto puntiagudo bordado. Los delanteros, abiertos, se pliegan al abrirse. El primer pliegue plano se cubre con una solapa de seda lisa, la cual desciende sobre la espalda, que tiene tres costuras y va dispuesta como el delantero. Cuello alto de terciopelo, y cuello enrollado de seda. Un fleco va puesto en la cintura y cae sobre los lados de la aldeta. Un ladito de delante completa el cuerpo de chaqueta. Manga de codo y manga-esclavina, que sale de las solapas de la espalda y llega hasta el pecho.—*Toque* de terciopelo, guarnecida de plumas negras.

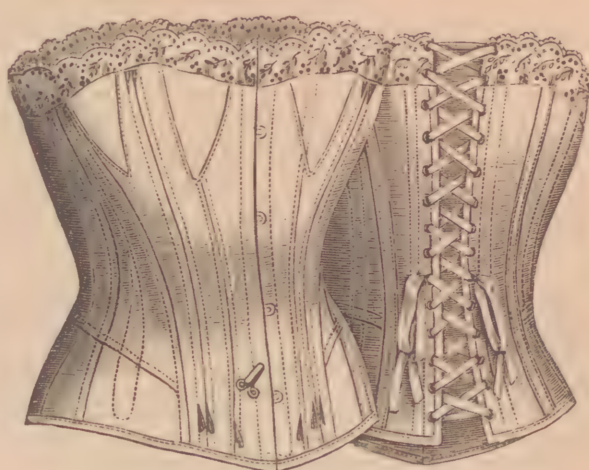
Tela necesaria: 6 metros de terciopelo, y 6 metros de forro.

Núm. 22. *Abrigo largo de terciopelo negro y seda «matelassée» negra.*—Adornos de pasamanería mate. Se compone este abrigo de un delantero Princesa, con pinza de pecho y pinza que marca el ladito, cuyos delanteros se cierran en medio y van guarnecidos con unas solapas anchas de seda *matelassée*. Desde la cintura los delanteros se doblan hacia atrás y forman una especie de solapa bordada de pasamanería que se pone sobre el terciopelo. Espalda y lados de espalda, que terminan en una aldeta de frac sobre una falda añadida de *matelassée*. Una pasamanería guarnece la aldeta. Cuello alto y abierto con picos doblados. Manga ancha de seda *matelassée*, con puño alto de terciopelo.—Capota adornada con barretas de terciopelo bordado de pedrería y guarnecida de una mariposa y de un *pouf* de plumas negras.

Tela necesaria: 11 metros de seda *matelassée*, y 6 metros de terciopelo.

Núm. 23. *Abrigo de terciopelo negro y lana labrada* fondo gris azul brochado de oro antiguo, para señoras jóvenes. Como adornos, fleco *marabout* de felpilla, con cabeza rizada, y fleco-bolas de felpilla en el borde de los delanteros. Estos tienen la forma de una levita larga de lana, y la falda de detrás, que es de la misma tela, va añadida bajo un cuerpo de chaqueta de terciopelo, que se compone de espalda sin aldetas y delanteros abiertos con una pinza de pecho, formando los lados

3.—Traje para niños de 11 á 13 años.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.



9 y 10.—Corsé para señoras gruesas.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. X figs. 66 á 76 de la Hoja-Suplemento.

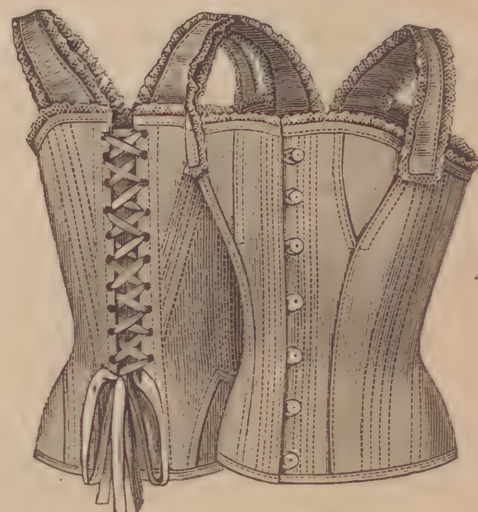
5 y 6.—Abrigo para niñas de 5 á 7 años.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 34 á 44 de la Hoja-Suplemento.

7.—Portaagujas.

8.—Saco para labores de aguja ó crochet.

4.—Chaleco del traje para niños de 11 á 13 años.
VÉASE EL DIBUJO 3.
Explic. y pat., núm. I, figs. 4 y 5 de la Hoja-Suplemento.

15.—Traje de visita.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



11 y 12.—Corsé para jovencitas de 12 á 14 años.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 60 á 65 de la Hoja-Suplemento.

13.—Corsé sostén para jóvenes de 13 á 15 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 14.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 30 de la Hoja-Suplemento.

14.—Corsé sostén para jóvenes de 13 á 15 años.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 13.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 30 de la Hoja-Suplemento.

de espalda y de delante y prolongándose en aldeta puntiaguda. La parte inferior de esta aldeta va ribeteada de fleco *marabout*. Los lados y el borde de la espalda van guarnecidos de fleco bolas. Cuello alto de *marabout* y cuello arqueado y abierto de terciopelo. Manga ancha, estrechada con un brazalete terminado en un fleco. El centro del delantero va adornado con fleco *marabout*.—*Toque* de terciopelo, con penacho de plumas fijado con una joya.

Tela necesaria: 2 metros 75 centímetros de tela de lana, y 5 metros de terciopelo.

Núm. 24. *Abrigo de visitas.*—Este abrigo es de terciopelo del Norte liso y terciopelo bordado. Adorno lujoso de verdadera pluma de avestruz, formando orla en el centro del delantero, en el borde de las mangas y en el escote. Espalda con tres costuras, lados de espalda y de delante y delanteros que se reunen con la espalda bajo una manga visita, que se recorta hacia atrás, se prolonga á manera de alas cuadradas y forma en el hombro un bullonado muy alto. Esta manga y el centro de la espalda van guarnecidos de bordado-aplicación. Los delanteros, de terciopelo liso, se prolongan igualmente como los picos de una manteleta. Manga de codo de la misma tela, y tira de plumas en el borde de la espalda. Un fleco-bolas adorna la parte de detrás de la manga larga.

Tela necesaria: 8 metros de terciopelo.

Núm. 25. *Abrigo largo de vigoña gris azul obscuro*, guarnecido de terciopelo negro. Cuerpo de chaqueta de forro, que llega sólo hasta la cintura, y se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con pinza, abrochados en medio con corchetes. Un canesú redondo, puesto en lo alto del forro, va guarnecido de tiras de terciopelo y terminado en una especie de esclavina escotada, adornada igualmente con dos tiras de terciopelo y abierta en medio en el delantero y en la espalda. El abrigo largo, que se añade bajo la esclavina, se compone de un delantero plegado, abierto en medio con bordes de delante ribeteados de terciopelo. El centro de la espalda forma un pliegue Watteau. Manga esclavina larga y terminada en un borde de terciopelo. Manga de codo ribeteada de terciopelo y montada al cuerpo de chaqueta. Cuello alto de terciopelo y cuello enrollado de vigoña ribeteado de terciopelo.—Sombrero de terciopelo negro, adornado con plumas negras.

Tela necesaria: 6 metros 50 centímetros de vigoña, de un metro 20 centímetros de ancho, y 2 metros 50 centímetros de terciopelo.

Vestido de mañana.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 12 á 20 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de paño adornado con aplicaciones.
Núms. 27 y 28.

La explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Abrigo largo de paño.—Núms. 29 y 30.

La explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Paletó para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 31 y 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 53 á 59 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para señoras de cierta edad.
Núms. 33 y 34.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 45 á 52 de la *Hoja-Suplemento.*

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

La temporada de invierno.—El regreso de los ausentes.—¿Por qué tardan?—Madrid en Octubre.—Salones y teatros.—*Five o' clock* y tresillos.—Bodas.—La reapertura del Regio coliseo.—Los espectadores.—El *Otelo* de Verdi.—La interpretación.—Los cantantes conocidos y los desconocidos.—La Tetrazzini.—Battistini.—El tenor Durot.—La Sembrich en *Lucía*.—Su triunfo.—En la COMEDIA: Lo antiguo y lo moderno.—En la PRINCESA: María Tubau.—LARA: Un fiasco.—Los otros teatros.

Ha comenzado lo que se llama entre nosotros «la temporada de invierno», marcando el termómetro 28 grados.

Días de sol, noches de luna han favorecido la inauguración de los placeres sociales.

En la sala de la plaza de Oriente, donde generalmente hace frío, se siente ahora calor.

Por la tarde en el Retiro y en la Fuente Castellana hay mayor número de carruajes abiertos que cerrados, y las damas que los ocupan llevan trajes vaporosos y ligeros.

¿Es este otoño suave y delicioso, es esta temperatura primaveral lo que detiene á multitud de familias en las orillas del mar, en las del Balsaín, en San Sebastián, en Zaráuz y en París?

No: hay otro motivo triste y doloroso.—La salud pública deja mucho que desear en Madrid, donde la epidemia variolosa causa bastantes víctimas.

Cierto que todos los años en semejante época sucede lo mismo; cierto que durante el otoño se desarrolla esa plaga que ataca indistintamente á niños y adultos; pero ahora, por circunstancias que no es del caso examinar, se publican en el *Diario Oficial* y en los demás periódicos las cifras de los atacados y de los que sucumben á ella, y esto ha producido viva alarma y profundo temor en los que se hallaban á punto de volver de las excursiones estivales, deteniéndoles en sus respectivas residencias.

Otras veces y á estas fechas eran contadas las familias que no habían regresado: hoy son infinitas las que aguardan en diferentes sitios á que las noticias sean mejores y más tranquilizadoras.

Sin embargo, son contadas las personas conocidas que han muerto de resultas de la viruela: entre ellas únicamente recuerdo á una hija del consejero de Estado D. Feliciano Pérez Zamora, y un nieto de otro individuo del propio alto Cuerpo, D. Juan Valero y Soto; porque la señora de Cubillo, hermana de la Condesa de Belascoain, ha logrado triunfar de la temible erupción, y se halla convaleciente.

***

Pero Madrid no es todavía Madrid.—El Teatro Real no es aún el centro de todas las ilustraciones y de todas las elegancias.

En las cuatro representaciones que en él se han celebrado hasta el presente, se han visto más palcos vacíos que ocupados, contándose por docenas las damas ilustres ó hermosas que faltaban en sus habituales puestos.

Otras muchas no asistían tampoco encontrándose en la corte, por hallarse revacunadas.

He aquí la preocupación de la gente *comme il faut*: la de inocularse de nuevo el virus de la vaca ó de la ternera.

En el instituto de la calle de Goya, en el de la de Valverde y en otras partes, hay *numerosa y brillante concurrencia*—según decimos los cronistas—durante las horas destinadas á la vacunación; notándose entre ella, no sólo niños y jóvenes, sino personas de edad avanzada, que se dejan pinchar en los brazos ó en las piernas por temor de verse atacados de la epidemia.

El cuadro sería triste, si no fuese, ante todo, cómico.

***

Pero, á la verdad, ¿si no se ocupara en eso, en qué se ocuparía la *high life*?

No hay un *five o' clock*, un tresillo, un banquete, una tertulia.

Los aburridos—y son muchos—se meten en la cama á las once de la noche, ó asisten á los teatros de la Comedia, de la Princesa y de Lara, cuando no les corresponde el turno en el Real; todos maldiciendo del buen tiempo, y deseando la lluvia para que mejore el estado sanitario y tornen los miedosos y cobardes.

No hay otro asunto para las conversaciones, como no sea el de los matrimonios, comidilla eterna y sabrosa de todas las reuniones.

Aunque es el caso que son tantos los descompuestos como los próximos á realizarse; tantos los supuestos como los auténticos, y en la duda, vale más abstenerse de publicarlos.

Diré, sin embargo, que es cierto y positivo el de una de las hijas del difunto Duque de Abrantes con el señor D. José Caro, hijo menor de otro muerto egregio, el Marqués de la Romana; y el de la hija del opulento representante de la casa Rostchild en Madrid, el señor Baüer, con el primogénito de los Duques de Baena.

También deben unirse con sagrados vínculos el Marqués de Prat de Nantouillet, nuestro representante cerca del Rey de Grecia, con una hija de los Condes de Jover; y aquí me detengo, porque si continuara la lista sería interminable.

***

Hora y sazón es ya de hablar del único acontecimiento digno de fijar la atención: de la reapertura del Regio coliseo, con una ópera nueva de un compositor famoso.

A esta verdadera solemnidad para el gran mundo le han faltado ahora varias circunstancias importantes: la asistencia de la corte, la de muchas familias de la grandeza de España, como la Duquesa de Medinaceli, los Duques de Alba y de Fernán-Núñez, que otras veces aumentaban con su presencia el interés del acto.

No se veía en su proscenio á los Ministros, y sólo el Sr. Cánovas del Castillo estuvo con su bella esposa en una platea del lado izquierdo.

Las *toilettes* de las señoras no eran tampoco lujosas; pocas estaban escotadas y de manga corta; pocas lucían joyas y preseas.

En fin, hasta algunos hombres, en lugar del severo frac negro, llevaban el *smoking*, al que puede aplicarse lo que se dice de los uniformes: «media gala».

La representación fué tan fría como lo demás; ni hubo durante ella grandes aplausos, ni muestras de desaprobación.

La *claque* se despachó á su gusto, llamando á las tablas á los artistas cuantas veces quiso, sin protestas de la generalidad; pero el *Otelo* de Verdi tuvo no un éxito caloroso, sino tibio.

La única pieza que realmente entusiasmó al auditorio, fué el *Ave María*, que canta en el acto cuarto la Tetrazzini con verdadera unción religiosa y con verdadero acento dramático.

El resto de la *partittura* se escuchó con indiferencia, á excepción del dúo de soprano y tenor, en el primer acto, que agradó bastante.

¡Qué inmensa distancia entre *Aida*, la penúltima composición de Verdi, y la de que se trata!

En aquélla brillan y resplandecen el genio y la inspiración: en ésta sólo se advierte el estudio de extraños modelos, el afán de imitar los procedimientos wagnerianos.

La melodía aparece sacrificada á la armonía: los grandes efectos—no conseguidos—preferidos á los arranques del sentimiento y de la pasión.

Los críticos italianos notaron al estrenarse en Milán *Otelo* la debilidad de los actos segundo y tercero de la ópera, y realmente son muy inferiores al primero y al cuarto, sin que estos mismos sean una maravilla.

A no ser por el nombre del maestro, por su prestigio, por su ancianidad, acaso la última etapa de su gloriosa carrera hubiera sido una derrota.

Ayudáronle á evitarla allá tres artistas de primer orden: la Pantaleoni, el tenor Tamagno y el barítono Maurel.

Aquí también la Tetrazzini, Durot y Battistini han sido hábiles intérpretes de la composición, que tal vez sea «el canto del cisne» del insigne compositor, teniendo en cuenta que se aproxima á los setenta y seis años.

La dirección del Teatro Real, y la orquesta, dirigida con fortuna é inteligencia por Mancinelli, han contribuído poderosamente á la acogida dispensada á *Otelo.*

La primera lo ha presentado con lujo, así en decoraciones como en trajes; y la segunda, de grande importancia en la ópera, ha contribuído mucho al buen efecto de ciertas escenas.

***

Tras de *Otelo* hemos escuchado *Lucia di Lammermoor*, y nunca contraste alguno ha sido más grande.

Allá, ruido estrepitoso; aquí, suaves melodías: de los dos atletas del arte, uno conmoviendo el corazón, otro atronando los oídos: éste deléitanos constantemente; aquél, haciendo admirar su potencia intelectual.

Una *diva* famosa, que en dos ocasiones distintas había arrebatado al público madrileño, ha vuelto á presentarse en escena y conseguido la propia acogida de antes: bravos, palmadas, ovaciones.

La Sembrich es siempre la cantante que domina y fascina al auditorio con su voz armoniosa, con su habilidad incomparable, con sus prodigios de ejecución.

En 1882 cantó trece noches en el Regio coliseo; en 1884-85 sólo cinco, y todos deseaban tornar á verla y á aplaudirla.

El triunfo por ella obtenido el domingo anterior fué completo, y ha debido satisfacer y llenar de legítimo orgullo á la que todos proclaman digna sucesora de la Patti, y una de las estrellas de la música en los tiempos modernos.

El tenor Lucigniani volvió á presentarse en la parte de Edgardo, y fué bien recibido; y nuestro compatriota el barítono Tabuyo, encargado del papel de Ashton, hizo gala de sus buenas facultades y de sus progresos.

***

El Conde de Michelena, al publicar la lista de su compañía, promete como novedades, además de *Otelo* que ya ha dado, un *spartitto* del maestro español Serrano; *Edgar*, de Puccici, y *Cavalleria rusticana*, la ópera en un acto del joven maestro Mascagni, el acontecimiento musical del año último en Italia, y que darán á conocer entre nosotros los que la estrenaron allí: la soprano Bellincioni y el Sr. Stagno, que tantos apasionados cuentan en la corte de España.

Otro suceso que llamará vivamente la atención: la Sembrich y Baldelli reproducirán *La Figlia dil reggimento*, de Donizetti, que no ha vuelto á ponerse en escena en la plaza de Oriente desde que la célebre Marieta Alboni la cantó..... ayer:—el año de 1850.

***

Poco se puede decir de los otros coliseos, que acaban de abrir sus puertas con antiguallas como *El Viejo y la Niña*, de Moratín, y *Marcela*, de Bretón de los Herreros.

Seamos empero justos: el desempeño ha hecho que parezcan nuevas las obras del autor cómico de fines del siglo XVIII, y del que cultivó gloriosamente el mismo género en los comienzos del XIX.

La legión de artistas que acaudilla Mario ha mostrado su pericia y su celo al presentarnos el cuadro de dos sociedades que fueron, pintado de mano maestra.

Un sainete de D. Ramón de la Cruz—*La Comedia de Maravillas*—ha completado el efecto de ambas obras y puesto de relieve el talento de los que las representaban.

***

Pero el coliseo de la calle del Príncipe tiene este año un rival:—el de la Princesa, donde tras larga ausencia ha vuelto á aparecer una de las artistas más bellas é inteligentes de la época:—María Tubau;—la cual ha agrupado en derredor suyo actrices y actores poco conocidos en Madrid, pero que merecen serlo.

Los hermanos Fabiana y Domingo García; los señores Amato y Manso poseen cualidades y dotes que les hacen dignos de figurar al lado de los primeros, y les prometen risueño y venturoso porvenir.

En *Batalla de damas*, *Frou-frou*, *Durand y Durand* y *Divorciémonos*, han merecido, lo mismo la simpática y distinguida empresaria que sus *pensionistas*, un éxito ruidoso.

Para todos hubo señales repetidas de aprobación, aunque María Tubau es la que ha tenido el privilegio de cautivar á los espectadores y de hacer que la llamen á las tablas al final de cada acto, casi después de cada escena.

***

Lara, el teatro más afortunado de todos, ha sufrido un percance, ha presenciado un naufragio.

La obra era, no obstante, de un marino acostumbrado á desafiar los peligros y á conducir las naves al puerto.

Pronto tomará su desquite, y ya que el género cómico no le ha sido propicio, volverá al dramático, en el que ha conseguido tantas y tan legítimas victorias.

De Eslava, de Apolo, de Romea, ¿qué diré?—Que continúan, como antes, en mal camino, cultivando una literatura que de tal no tiene sino el nombre; hiriendo con algunas de sus piezas aquello que debe siempre respetarse:—el pudor y la moral.

El Español se propone comenzar la temporada la semana próxima, y ha hecho una adquisición preciosa: la de María Guerrero, á quien deseo toda clase de prosperidades en la nueva senda donde se propone penetrar con pie seguro y ánimo esforzado.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Octubre de 1890.

IFIGENIA.

(Conclusión.)

IV.

Con el paso lento de las mujeres turcas, siempre un poco cohibidas con sus pantuflas, atenta á no hacerse notar, la joven se dirigió hacia la prisión, cuya entrada, naturalmente, le fué negada. ¿Qué hacer? ¿A quién dirigirse en una población donde reina todo el desorden, toda la crueldad del terror? Y la pena de muerte se le presenta entretanto en la imaginación..... ¡La pena de muerte!..... ¿Acaso no se ha pronunciado ya?

Estos pensamientos enloquecen á la pobre niña. Emprende dos ó tres tentativas inútiles, y dominando sus repugnancias supremas, temblorosa, pero muy valiente, adopta una resolución extrema.

Va á ver á Hassan.

Es introducida á su presencia en el despacho donde el oficial recibe las quejas y las denuncias de los habitantes. La mano de Ifigenia se estremece un poco al tocar á hurtadillas el mango de su puñal.

Hassan es un joven de tipo árabe, de fino perfil, iluminado por unos ojos inquietos, que se veían ordinariamente bajo unos párpados pesados. Es difícil adivinar los pensamientos que se agitan bajo esta máscara impasible. Sólo su boca delata la obstinación de su voluntad.

Bajo las ropas que disfrazan á Ifigenia, Hassan no ha reconocido á la joven cretense á quien ha honrado con su admiración. Altivo, en medio de su gravedad oriental, espera á que se explique la joven.

Con brusco movimiento, Ifigenia se separó el velo. Iluminóse su frente impasible; sus ojos se animaron bajo sus párpados morenos.

—Hassan—dijo Ifigenia con grave voz, cuya emoción ella se esfuerza en dominar.—Mi padre está en tus manos..... Si eres generoso, puedo pedirte su perdón.

—No depende de mí—repuso lacónicamente el turco.

Pero en la chispa que ha brillado bajo sus pestañas, se comprende que miente. Ifigenia continúa:

—Vengo á pedirte su perdón, persuadida de que si no depende de tí, puedes á lo menos muchísimo para obtenerlo. A vuestros ojos, mi padre es culpable..... Yo no diré las razones que pueden explicar, hasta justificar su conducta..... Para tí estas razones no tendrían valor alguno, y no es para discutirlas para lo que aquí he venido. Tú y yo somos de dos razas diferentes que jamás se entenderán; de dos razas enemigas.

—Te engañas en eso—interrumpió fríamente Hassan;—te engañas, á lo menos en lo que á tí concierne. Bien sabes que yo no soy tu enemigo..... al contrario, te amo.

—Sea—repuso con calma la joven.—Lo creo, puesto que lo dices..... Pues bien, si me amas, no permitas que muera mi padre.

Ella dijo esto con nobleza, con sencillez, como mujer que no quiere rebajarse hasta la súplica, juzgándola, por otra parte, inútil. Ahora no era ya una gracia, sino casi un derecho lo que reclamaba.

El oficial turco la miró al rostro.

—¿Y cuál será mi recompensa?

—¿Qué me propones? ¿Un contrato acaso?—dijo Ifigenia, en un tono más vivo que lo que pedía la prudencia.

Pero en seguida, deplorando aquellas frases que el turco podía hallar ofensivas, añadió con triste dulzura:

—Piensa en que me he confiado á tí..... que en mi inmenso abandono á tí he acudido. Una palabra tuya puede salvar á mi padre. Mi estimación será tu recompensa. ¿No vale acaso nada lo que te doy?

—Sí, con condición que venga acompañada de tu amor.

—Ya sabes que lo he dado á otro. Estoy á otro hombre prometida. Y tampoco desconoces todo lo que nos separa, á tí, musulmán, y á mí, cristiana.

Estaba bella y conmovedora dominando su angustia, tratando de ablandar á su enemigo tan humilde como digna.

Hassan reflexionó un instante. Había en él dos hombres: el uno, el mejor, no era insensible á la nobleza de la actitud de la doncella, al encanto púdico de aquella cristiana que imponía respeto. Avergonzábase el musulmán de explotar aquel dolor, aquella abnegación filial. Pero el otro hombre que en él había, el turco que amaba con furor, con celos, no podía resolverse á perder aquella ocasión única.

Rápida debía de ser la resolución. Establecióse un grave compromiso entre los dos hombres que formaban la persona de Hassan.

—Te amo demasiado para consentir en perderte voluntariamente—dijo el oficial con brutal franqueza.—Pero comprendo que este momento no es el de decírtelo. Tu corazón está henchido de otros sentimientos. Apenas me escucharías; no me comprenderías si yo te repetiese que, al respetarte tanto como un cristiano pudiese hacerlo, cuento, al casarme contigo, no tener otra compañera que tú, y darte todas las dichas de que soy capaz..... Tú quieres salvar á tu padre, y yo también quiero. Solamente.....

La miró, y con la mirada repentinamente colérica, prosiguió:

—Solamente, no soy bastante débil para faltar á mi deber por agradarte, y tú misma comprenderás que esta gracia es forzoso que te cueste algo.

Aterrada escuchaba la joven, con el corazón acelerado.

—No te pido una promesa—continuó el oficial, con perversa sonrisa.—No cumplirla sería muy fácil. Quiero solamente que me respondas á dos ó tres preguntas.

—Si puedo, lo haré—dijo ella, ocultando su turbación.

—¿Ha tomado Risco las armas?—preguntó el turco con duro acento.

Estremecióse ella. No podía denunciar á su amado.

—Es infame lo que me exiges.

Pero el hombre, muy frío, muy dueño de sí, continuó:

—No olvides que le odio, y que de todas maneras sabré apoderarme de él. Piensa en tu padre, condenado á muerte esta mañana, y que, pasada esta noche, no volverá á ver más levantarse el sol si.....

Rápido como el relámpago, el pensamiento de negar ó de fingir que ignoraba lo que se la había preguntado, atravesó por la mente de Ifigenia. Comprendió que no podría escapar de aquel hombre. Teníala bien presa en sus garras crueles, á ella, pobre paloma que había venido á meterse en la guarida de un ave de rapiña. El leería la verdad sobre su rostro. Ya con la mirada empezaba á fascinarla.

—Espero tu respuesta—dijo Hassan tranquilamente.

Ella habló entonces.

—Como todos los candiotas que aman á su patria, Risco ha tomado las armas.

Un relámpago de malvada alegría cruzó por los ojos de su verdugo.

—¿Dónde está?

—Se encontraba en la *Rambla* la última vez que tuve de él noticias.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Le acompaña mucha gente?

—Veinte hombres.

—¿Está entre ellos Patroclo?

—Sí.

La denuncia fué completa.

—Ahora vas á jurarme, por tu Dios, que es verdad lo que acabas de decirme.

—Lo juro.

La voz de la joven ya no tembló. Había en sus ojos no el sonrojo de una acción mala, de una culpable y homicida debilidad, sino una especie de exaltación fiera, y hasta casi un desafío.

—Está bien—dijo Hassan;—dentro de breves minutos tu padre será libre.

—Te lo agradezco. Estamos pagados.

—Ahora voy á faltar á mi deber en provecho tuyo.

Sonó un timbre. Apareció un soldado, á quien Hassan dijo en turco algunas palabras

—Sigue á ese hombre—añadió, dirigiéndose á la joven griega.—Va á llevarte donde está tu padre. Esta noche las puertas de la prisión se abrirán para él y para tí. Toma este pasaporte, con el cual podréis permanecer sin peligro en los *Almendros*. ¿Me atreveré á suplicarte que no salgas durante algún tiempo? Te lo digo por tu interés propio.

La joven tomó el papel que la entregó Hassan, y se alejó rígida, con la fiebre en los ojos, pero altiva la frente.

V.

Ya había cerrado la noche cuando Ifigenia y su padre llegaron á los *Almendros*.

El camino, que era corto, había parecido mortalmente largo al viejo y á la joven. El marchaba con trabajo; el mal trato de la prisión había inflamado la herida, por lo demás ligera, recibida en la última lucha, en la que cayó entre las manos de los turcos. Sentía la joven inquietud por su padre, y pensando en su amado, creía morirse.

Nada había dicho al anciano, sino lo estrictamente necesario. La hubiese maldecido quizás..... ¡Pobre, pobre Ifigenia!.....

Cuando vió á su padre en el retiro, desde entonces seguro, de los *Almendros*, acostado en su lecho, aliviado, ya mejor y dispuesto á olvidar sus males en medio del sueño, le besó tiernamente, con un beso largo, como en una despedida. Después, confiándolo á su vieja y leal nodriza, se retiró á su aposento.

Cuando de allí salió, ya no era Ifigenia, sino una joven candiota preparada para la lucha contra el Islam. El pantalón bombacho, la chaquetilla ajustada, la pistola en el talle: traje y armas de un hermano suyo muerto dos años antes, y que ella guardaba como una reliquia.

Se envolvió en un capotón obscuro, y bajó con pasos ahogados.

Sabía que Hassan había mandado que la siguieran desde la prisión, y que ella, lo mismo que su padre, estaban vigilados. El oficial turco debía desconfiar de ella. Además, seguirla ¿no era el mejor medio de dar con Risco?

Deslizóse la joven fuera del jardín por un boquete practicado en una valla. La noche era sombría; algunas estrellas brillaban en el cielo sin luna. Ifigenia caminó durante largo rato. La soledad, la obscuridad no la aterraban; una exaltación nerviosa la sostenía. Pero sus pies sangraban; había momentos en que perdía la cabeza. Entonces se detuvo un instante, pidiendo á Dios fuerzas para llegar, decir una palabra, una sola..... Después ¿qué la importaba morir? Había cumplido su deber.

Al alba, se detuvo cerca de una casa donde era conocida, y cuyos moradores no podían dejar de ayudarla en su piadosa empresa. Admirada del silencio que rodeaba aquellos lugares, llamó. No respondió nadie. La puerta cedió bajo el empuje de sus manos. Quiso entrar.....

¡Qué horror! Cinco cadáveres había tendidos en el suelo sobre charcos de sangre. Los turcos habían pasado por allí.

Ya á punto de huir, se detuvo no obstante. Había oído el relincho de un caballo. Corrió á la cuadra. Y allí, en efecto, había un pobre jaco, tan miserable, que no despertara la codicia de los asesinos.

Para Ifigenia era un oportuno socorro.

Ponerle los arreos y montarlo, fué cuestión de un instante. Por endeble que fuera, quizás podría conducir á la joven al sitio en que se encontraba Risco.

Y llegó al fin. Dios la guiaba y protegía. Risco y sus amigos se hallaban en la casa de los leales patriotas, cuya morada extraviada les servía de punto de unión.

En pocas palabras, la joven dió el alerta, sin delatarse por esto.

En un abrir y cerrar de ojos, con la prontitud habitual en estos lances, los candiotas se prepararon para la marcha.

—Y sobre todo, separaos..... Todo lo saben..... Saben que Risco y Patroclo marchan juntos.

No tenían tiempo para preguntarla cómo había adquirido aquellas noticias. Apenas Risco pudo darla las gracias, decirla algunas de aquellas palabras que le eran tan dulces otras veces.....

—Date prisa, adiós..... Y suceda lo que suceda, no olvides á tu Ifigenia—dijo la joven sin poder retener algunas lágrimas.

Presentía que no volvería á verle.

—Adiós, hasta la vista..... Allá arriba, en el cielo, si no es aquí abajo, en la tierra—añadió, tratando de sonreir.

Cuando todos hubieron desaparecido, ella se volvió hacia los que les habían dado hospitalidad.

—Amigos míos: Los turcos estarán aquí dentro de una hora. Si no encuentran á los que vienen buscando, como están exactamente informados, darán una batida por el bosque, y quizás lograrán cogerlos. Es necesario darles tiempo para que ganen el abrigo seguro de la montaña.

—Sin duda, ¿pero cómo?

—Deteniendo al enemigo. ¿Estáis prontos á morir?

Había viejos, hombres de edad madura, algunas mujeres. Todos respondieron:

—Por la patria y los hermanos griegos, sí.

—La casa está bien situada para una defensa. Casi es una fortaleza; domina el camino..... Rocas por un lado..... Un arroyo por el otro..... Preparémonos á la resistencia.

Apenas estaban dispuestos, cuando á lo lejos apareció el enemigo.

Las mujeres se pusieron de rodillas; los hombres se descubrieron un instante. Cuando llegaron los turcos á tiro de fusil, cada defensor estaba en su puesto de combate.

—¡Rompan fuego!—ordenó el jefe improvisado de la pequeña y heroica tropa.

Hubo una descarga general. Cayeron algunos soldados. Los asaltantes se detuvieron un momento, luego se apresuraron á dar el ataque, arrebatados por su jefe.

Este había sido reconocido por Ifigenia.

—¡Dios mío!—murmuró la joven.—¡Haced, Señor, que yo no caiga viva entre sus manos!

La defensa fué larga. Llegó el momento, sin embargo, en que faltaron las municiones, en que el número iba á vencer á la bravura.

Ifigenia no quiso entonces que para expiar el crimen que ella había cometido, aquella gente pereciera.

—Ya basta—les dijo.—Los compañeros deben estar en salvo. Huid vosotros por el subterráneo.

—¿Y tú?

Pero antes que la heroica joven pudiese responder, una bala hirióla en la frente.

En su último esfuerzo, llevó á sus labios la crucecita de oro que brillaba sobre la seda roja de su camisa.

Cuando Hassan penetró con los suyos en la casa á hora silenciosa, su cólera no tuvo límites al ver que se habían fugado los audaces defensores.

—¡Vendido! ¡He sido vendido! ¡Ah! Aquí están algunos cadáveres. Van á pagar por todos..... Pero este joven candiota..... estas ropas elegantes..... estos cabellos negros y rizados..... ¿Será acaso Risco, Risco, en fin, que ha caído en mis manos?

Hassan, ebrio de odio, se acercó, y levantó la cabeza agujereada.

¡Oh Ifigenia! ¡Qué bien te habías vengado!

Y allí duerme la heroica cretense, expiando su traición sublime. Risco puede perdonarla. Ella ha muerto por él y por la patria.

El viejo Himetos no se separa de la tumba de su hija. Derrama lágrimas pidiendo á Dios ir pronto á acompañar á su hija, á su lado, bajo la tierra cubierta de flores.

Risco continúa en la montaña, bravo como un león. Sus compañeros le consideran como el futuro libertador de Creta.

Y si así sucede algún día, ¿la gloria le dará la dicha?

JORGE DEL VALLE.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Nicolasa, que viene de arreglar su cuarto, me dice que hace media hora escribe rápidamente; dejadle hacer: ¿quién sabe cuántas personas aguardarán con impaciencia noticias suyas?

ANDRÉS DE ERRAZU Á ERNESTO ULLOA.

Sin duda me has creído muerto, pobre amigo mío, y, á decir verdad, durante algunos días yo lo he creído como tú.

Una década entera he permanecido sin darme cuenta de nada, y pienso que en ella he hecho la mitad lo menos del último viaje, llegando justamente á los límites que un solo grano de plomo caído en la balanza la inclina al lado de la muerte.

16 á 25.—Abrigos de visita, de calle y de viaje.

Por fortuna, la naturaleza ha triunfado, hasta hacerme despertar una noche algo magullado de la caída, con la pierna derecha entablillada y la cabeza cubierta de vendajes.

¿Qué me ha sucedido? De deducción en deducción he llegado á comprenderlo, y te lo voy á referir en breves palabras.

Sin duda recordarás lo mal impresionado que estaba al pensar en nuestra separación: cuando el tren que te llevaba á reunirte con tu tío enfermo se perdió en el horizonte, quedé aterrado al considerar el fastidio de una ausencia cuya duración era imposible prever: después de estudiar y vivir juntos seis años, de filosofar, discutir, cuidarnos y querernos como Pílades y Orestes, quedar solo no tenía para mí encanto alguno, y sin los perjuicios que te hubiera ocasionado resistir á la voluntad de tu anciano pariente, puedes estar seguro de que te habría incitado á la rebelión, hasta conseguir que nos declarásemos en cantón independiente.

Perdona el exordio; pero es indispensable para la mejor inteligencia de los hechos: el caso es, que cuando te fuiste, pareció que te llevabas toda mi fuerza moral, y pasé tres días en el hotel, sin más ocupación que fumar y hacer planes descabellados para el porvenir. Por último, la idea de un viaje á la India surgió en mi mente, y la acogí con verdadero placer: Calcuta, Ceilán y Bombay me ofrecían múltiples atractivos, para resistir á los cuales no me encontré con valor; pero decidido á no embarcarme hasta el 1.º de Abril, quise entretanto recorrer los pueblos vecinos, satisfaciendo á la vez mis aficiones de paisajista y cazador.

Como sabes lo vehemente que soy para llevar á cabo mis resoluciones, no extrañarás si te digo que me apresuré á comprar un caballo, preparar la maleta y proveerme de álbum, lápices y pinturas á la acuarela; adicioné al equipaje una escopeta magnífica, me envolví en una excelente manta, y al mediar el día 20 de Marzo, emprendí el camino con buen ánimo y mejores disposiciones de copiar todos los puntos pintorescos que se ofrecieran á mi vista.

Había nevado hasta la tarde anterior, y sé que vas á decirme que era una locura aventurarme sin guía y con mal tiempo por caminos desconocidos; pero en suma no te sorprenderá demasiado, conociendo mi carácter excéntrico y aficionado á hacerlo todo al revés que los demás. Lo que no me perdono, es que se me ocurriera hacer el viaje á caballo, habiendo sido en todas ocasiones un jinete menos que mediano: debí siquiera tener presentes las frases de un profundo observador: «Lo único (decía) que aprenden bien los príncipes, es la equitación; porque como el caballo no tiene respetos á la ilustre cuna del que lo monta, ó éste se hace perfecto jinete, ó aquél lo arroja de la silla.» ¿No es imperdonable, que estando tal sentencia presente ahora en mi imaginación, la olvidara cuando más falta me hacía?

No vayas á creer por lo que digo que tengo pretensión de comparar mi cuna con otras más aristocráticas, no; sencillamente el resultado es el que ha sido fatal, y prueba hasta la evidencia que, para montar, el noble como el plebeyo deben saber lo que hacen.

Emprendí la marcha á un medio galope muy agradable; pero el corcel empezó á impacientarse, y aunque apuré cuantos recursos creí oportunos, creció la lucha sin conseguir nada; la impaciencia del bruto subía á la par de mi indignación: así, afiancé las bridas y ensayé el castigo; pero á la primera insinuación, el furioso animal emprendió una carrera tan desatinada, que fué preciso un milagro de sangre fría para no caerme de la silla.

¿Cuánto tiempo duró esta loca fuga? No podría precisarlo, porque hubo instantes en que cerré los ojos y me dejé llevar, sin más sentido que no caer. El día, corto en la presente estación, había concluído, y yo no

distinguía sino como sombras confusas los grupos de piedras ó retamas. Por fin sucedió lo que no podía menos de suceder, tratándose de un caballo cuyas condiciones me eran totalmente desconocidas: perdió pie al borde de una zanja, sentí una conmoción horrible, dolores agudos..... después nada.....

Como te decía al empezar, he dormido, según parece, diez días, pero con tan profundo sueño, que no recuerdo ni el acontecimiento más leve. Anteayer, y al dar el reloj las doce de la noche, desperté de mi letargo en la cámara donde te escribo, y que voy á describirte ligeramente.

Es grande como sala de hospital; alta de techo y ventilada por dos ventanas con rejas: tiene al fondo una chimenea enorme, y tanta escasez de sillas, que acaso no lleguen á media docena: una mesa colocada entre las dos ventanas que te indiqué, está llena de frascos, botellas, hierbas y tisanas, con otros mil objetos indispensables en el cuarto de un enfermo, tales como la maquinilla de espíritu de vino, una cafetera, vasos, cucharas, etc. Mi lecho es antiquísimo, de nogal ennegrecido y pulimentado por el uso, y á fuerza de observarlo, creo poder asegurar que tiene filetes de oro en las labores y una riquísima colgadura de damasco verde, igual á la colcha ó cubrecama.

Al abrir los ojos, un poco trastornado todavía, procuré hacerme cargo de lo que me rodeaba, y al resplandor de una vela, que colocada en modesta palmatoria de cobre ocupaba el ángulo izquierdo de la mesa, vi á la derecha del hogar un bulto replegado sobre sí, cuya naturaleza no pude al pronto explicarme, y enfrente de él, reclinada en un sillón (¿á que adivinaste que te iba á sorprender con el último detalle?) una mujercita rubia, con un rostro de diez y ocho años todo lo más, que hacía extraño contraste con su vestido, una horrible bata suelta, color rosa á la moda de 1680. ¿Cómo conciliar la frescura de la cara con la antigüedad del traje? Trabajé tanto en resolver este problema sin lograr conseguirlo, que la dama, que al parecer dormía con la tranquilidad de un niño, despertó con sobresalto y dirigió hacia mi lecho una ojeada temerosa; pero como á la distancia que nos hallábamos me juzgó dormido, se levantó y trató de reanimar el fuego medio apagado; para ello se arrodilló junto al hogar, reunió las ascuas, sopló con fuerza, y por último echó un leño casi tan grueso como la cuarta parte de un tronco de encina.

No puedes figurarte nada parecido á esta visión de antigua castellana: ¿quién sería? Lo más dulcemente que pude la llamé, pero se comprende que mi despertar no estaba en sus cálculos, porque dió un grito de sorpresa y permaneció algunos instantes sin tomar resolución alguna: por fin cruzamos breves explicaciones, me dió un cordial que me hizo sentir sueño otra vez, y no desperté hasta el siguiente día, para conversar con un médico viejo y bonachón, pero testarudo como yo, que me ha dado amplios detalles de mis padecimientos y de las causas que los han producido.

Ahora ¿quieres saber lo que tengo? La pierna derecha rota y una herida sobre la sien. ¿Hubieras creído nunca que mis huesos fueran tan frágiles? He aquí lo que debo al caballo que poseí menos de veinticuatro horas; aunque en honor de la verdad, él fué el peor librado en nuestra caída, pues murió como herido de un rayo.

Compadéceme, Ernesto: según declaración de este pacífico hijo de Hipócrates, me resta un mes de inmovilidad, que en el lenguaje de la ciencia significan lo menos dos. ¿Comprendes lo abrumador de este horizonte? Tú, que sabes mi carácter intranquilo, mi afición al movimiento y á cambiar de continuo los panoramas de mi existencia, ¿qué me aconsejas hacer en la presente situación?

Aunque parezco animado, rabio interiormente, y más aumenta mi enojo pensar que en esta obligada reclusión sólo puedo contar con la compañía de mi enfermera, á quien ayuda en sus cuidados el bulto que antes dije dormía junto al hogar, y que ha resultado ser una viejecita arrugada y fea, pero lista como una creación fantástica. ¡Seis semanas de inmovilidad y sin tí que me distraigas con recuerdos de nuestras locuras estudiantiles! Te confieso humildemente que es superior á mis fuerzas.

Estoy, según parece, en el castillo de Bazán, que habitan solamente dos damas, tía y sobrina, la primera de setenta años, y la segunda, de diez y ocho: llámanse las señoritas de Castrojériz y de Bazán, pero ignoro todavía á cuál de ellas pertenece cada uno de estos apellidos.

Mas perdona que concluya; oigo dar en la puerta un golpecito que sin duda viene de manos de mi encantada enfermera. Escríbeme pronto, pues deseo que el cartero rural haga conocimiento con este rincón de tierra, cuya existencia, según parece, ignora.

2 de Abril.

Después que se marchó ayer el médico, vacilé mucho antes de decidirme á entrar en la habitación del enfermo; quería dejarle escribir á su gusto, y temía incomodarle si me presentaba: así, llamar á la puerta y volver á ocupar un sillón al lado del fuego, me parecía obligarle á que me hablara, y por nada del mundo habría querido que cruzara por su cerebro tal idea. En cuanto á abandonarle indefinidamente, tampoco era posible, enfermo como se hallaba y sin otra enfermera que yo.

Pensé enviar á Nicolasa; pero mi tía la tenía tan sobrecargada de trabajo, que sólo por un esfuerzo de voluntad y heroicos sacrificios podía ayudarme á cuidar al herido; en cuanto á la señorita de Castrojériz, que no se dejó ver durante los días del peligro, y empezaba ya á personarse largas horas en la cámara de Errazu, aquel día había emprendido el arreglo de sus armarios, y permanecía encerrada desde que terminó el almuerzo: así tuve que discurrir algún medio para, sin molestarle, ponerme en comunicación con el convaleciente.

Escribí dos líneas en un papel; llamé á *Lolo*, le dije á la oreja lo que debía hacer, até el billete á su collar, llegué con él á la puerta de la cámara, dí un golpecito, le hice entrar, corrí y me volví á la mía.

Lo que escribí eran estas frases:

«Suplico al señor de Errazu que diga si desea alguna cosa ó prefiere continuar solo. El perro traerá la respuesta: es suficiente atársela al cuello, y decirle: *llévala*.»

No habían pasado diez minutos cuando sentí á *Lolo* arañar en mi puerta: volvía con el billete que envié, pero el enfermo había escrito como posdata:

«Apenas me atrevo á confesar que me muero de hambre y sed, y que al levantar sus patas nuestro fiel mensajero para acercarme el collar donde se hallaba la misiva que habéis tenido la bondad de dirigirme, ha echado á rodar la mesita, y lo que es peor, la escribanía; aumentando mi disgusto la imposibilidad en que me hallo de remediar tal desperfecto.»

No hay que decir si me daría prisa en acudir donde me llamaban; el enfermo me recibió con su eterna sonrisita burlona, que me choca lo que no es decible, y que parecía aumentar al ver mi torpeza cuando recogía la tinta y volvía á su sitio el malaventurado mueble.

Ninguna palabra se cruzó entre nosotros mientras duró la tarea; pero, cuando terminaba, me preguntó con exquisita cortesía:

—¿Sois la señorita de Bazán ó la de Castrojériz?

—La de Bazán—contesté vivamente, poco satisfecha de la equivocación.

Después le pregunté si tenía preferencia por alguna clase de alimento, advirtiéndole de paso que la cocina del castillo era, en fuerza de sencilla, enteramente campesina; pero me respondió que disponiéndose á emprender un viaje por tierras inhospitalarias, donde no estaba seguro de hallar muchos días qué comer, no tenía el derecho de ser exigente ni escrupuloso, y que se contentaría con satisfacer el apetito, cualquiera que fuere la comida.

Llamé á Nicolasa, que acudió en seguida; le dije de qué se trataba, y se marchó, volviendo al poco rato con una bandeja, en la cual traía un plato de sopa que exhalaba confortable aroma, medio pollo fiambre y una botella de vino.

Mientras comía con un apetito que me llenaba de satisfacción, pues era seguro indicio de notable mejoría, el señor de Errazu no dejaba de hacerme preguntas, siempre con su acento frío y sarcástico, que no sé por qué tiene el privilegio de crisparme los nervios: este acento y la risita burlona que ya he mencionado, me trastornan hasta el punto de hacerme contestar siempre al revés de lo que debo: así, me mira de cuando en cuando como si acabara de decir la mayor barbaridad, y no estoy lejos de creer que sea cierto.

De pronto, la campanilla del cuarto de mi tía vibró como loca, y Nicolasa tuvo que echar á correr antes que él terminara la comida: quedé sola para hacer el café, y confiada en las instrucciones que acababa de darme la sirvienta, me acerqué resueltamente al fuego donde hervía el agua en la cafetera.

A. Hermill.

(Continuará.)

LO INMUTABLE, LO ETERNO

I.

¡Qué afán mostraba Elisa por que los sentimientos fueran invariables!

¡Y qué pena la de su madre al tener que desengañarla, y decirle:

—Lo único que subsiste es el cariño maternal!

—De modo que si yo muriera, ¿tú sola llorarías siempre con igual dolor?

—¡No con igual, sino con cada vez mayor dolor, Elisa de mi alma!

—¿Y *nadie* más?

—¡Nadie!

—Lo confieso—seguía diciendo Elisa,—me vanaglorío de sentir cierta crueldad siempre que pienso en la muerte: quisiera que una vez cerrados mis ojos, los *vuestros* no cesaran de llorar; me horroriza la sola idea de que podáis reir algún día.

—Pero, Elisa, por Dios, ¿qué ideas son ésas?

Y Elisa, abrazando y acariciando á su madre, repuso entre triste y alegre:

—¡Ay, mamá de mi vida! ¡las ideas de la que vive demasiado, porque es demasiado feliz!

II.

¿Serán envidiosos los ángeles?

Se me ocurre este sacrilegio al considerar el afán con que han arrebatado á Elisa de la tierra para llevarla con ellos al cielo, donde no se conformaban sin duda á ver su puesto vacío. La corte celestial estaba incompleta: ¡faltaba ella! Pero ya ha entrado en su patria: está con los suyos, con los ángeles está.

¡Elisa ha muerto!

Los malogrados son los elegidos de Dios.

. . . .

Pidiendo que no la dejasen de llorar, exhaló el último suspiro.

—Tu dolor, madre mía, ¿será inmutable, eterno?—preguntó.

Y al fijarse en el hombre que era su ídolo, en su Mauricio, repuso:

—¡Llórame todo lo que puedas!.....

. . . .

Me parece que la estoy viendo cuando fué á un baile por primera vez.

¡Qué hermosa estaba!

¡Qué feliz era!

Juventud, amor, belleza, entendimiento, prestigio: todo lo reunía.

Pero ¡ay! que todo es nada.

Pour danser d'autres bals elle etait encore prête,
Tant la mort fut pressée a prendre un corps si beau!
Et ces roses d'un jour qui couronnaient sa tête
Se fanerent dans un tombeau.

III.

La madre de Elisa, María Arcos, mujer de peregrina belleza, casó con el Conde de Arzals cuando apenas había cumplido quince años, mientras él frisaba en los cincuenta. Fué un matrimonio de conveniencia que sus padres la obligaron á hacer; y si bien es verdad que no fué un idilio, tampoco fué un infierno..... Él no inspiraba amor, pero tampoco odio; al contrario, más bien afecto, y aunque puramente fraternal, afecto al fin. Hízola relativamente feliz; la consideró mucho, y jamás, por él, supo María lo que era un disgusto.

Ahora bien; que el corazón de María pidiera otras sensaciones y que su fantasía se hallara algo inquieta, es cuestión que no me compete, y cuestión delicada á par que disculpable.

El *sentir no es consentir*.

Tanto más, cuanto que María no dió lugar en lo más mínimo á que se hablara de ella. Hacía una vida retirada, y ya con esto hacía bastante para evitar esas hablillas de que no se libra, sea mala ó santa, toda la que *suena*.

A los cinco años de matrimonio enviudó, y esto hizo exclamar á varias casaditas impenitentes:

—¡Qué suerte tiene esa mujer!

Se dan casos de semejantes exclamaciones; pero son casos..... *sospechosos*.

Quedó María dueña de inmensa fortuna y de un tesoro inestimable, una hija, Elisa, que era su vida, su todo. A su educación se consagró por completo, sin necesidad de buscarle ayas ni maestros. Enseñóla á rezar, á leer, á coser, á bordar y tocar el piano; y cuando supo hablar y escribir en español, la instruyó en el francés y en el inglés, y fué, no sólo su madre, sino su profesora, su amiga.

Parecían hermanas cuando las conocí.

Y..... volviendo á María: respecto de aquellas otras sensaciones que el pedigüeño *corazón* reclamara y de aquellas inquietudes de la fantasía, ahora sí me compete decir que no bien pudo obedecer al uno y escuchar las otras, ni el corazón latió con igual violencia, ni la mente acarició más ilusión que las que inspiraba á su amor maternal el cuidado y el cariño á Elisa.

¡Es tan terco el corazón!

Digna hija de tal madre, Elisa era muy vehemente, muy apasionada; y cuando sonó para ella la hora del amor....., *sonó dando la hora*, puesto que la muchacha, dicho sea en el buen sentido de la palabra, se enamoró locamente.

Por fortuna, esta abundancia de sentimientos, esta generosidad de alma, no estaban mal empleados; Mauricio Santa Fe los merecía; era un joven de verdadero mérito; la adoraba con pasión, é iba, según creo haber dicho, á casarse con ella. Sólo esperaba el permiso de María, autorización que ésta retrasaba por considerar que, cuanto más pronto la diera, más pronto diría adiós á su única felicidad, su hija del alma, su Elisa adorada.

. . . .

¡Si el verdadero pesar puede medirse, si cabe en la mente la idea de un dolor intenso, si es posible que otro corazón se identifique al corazón de una madre que llora la muerte de una hija de diez y siete años, haceos cargo, todas las mujeres, de lo que sufriría la pobre Condesa de Arzals!.....

No tenía consuelo, estaba desesperada.

—¡Haber cifrado en ella todo lo santo que puede inspirar el cariño materno; haberla educado, cuidado, y haber creido que había de ser eterna, para que en un instante, de ser madre y tenerla á mi lado, quede reducida á no ser nada y á haberla perdido, es horrible, horrible!..... ¡Dios mío, ya que me la has quitado, aparta también de mí su mirada, el eco de su voz, todos sus movimientos, y aleja de mi corazón su muerte y de mi alma su alma!.....

Estas fueron las últimas palabras de María.

Poco después, cayó gravemente enferma, y cuando sanó, su dolor fué mudo.

Lloraba siempre, pero lloraba en silencio.

Los dolores, como la locura, tienen sus fases, y no siempre son los que más sufren aquellos que más deliran.

IV.

Si los griegos leyeran las cartas que Mauricio escribió á Elisa durante la época feliz de sus amores, también dirían, para definir la delicada esencia de esas líneas, impregnadas de amorosa ambrosía, que eran *nueve veces más dulces que la miel*.

¡Qué cartas y qué amor, Dios eterno!.....

Fuera tarea inacabable la de trasladar aquí algo siquiera de su contenido.

Apelo también al juicio de las que hayáis escrito con toda vuestra alma, y con el alma también hayáis leído esas líneas que siempre resultan lacónicas, que se trazan con extremados apasionamientos, anhelando empezarlas, pero retrasando este instante para que no transcurra, sin hallar jamás á mano el último párrafo; ¡líneas que se envían y se esperan temblando de emoción, ante las que sonreímos y lloramos, que inspiran bendiciones, alegrías, y que merecen ser releídas y besadas siempre!

Han pasado ya cinco años de la muerte de Elisa.

María, armándose de valor, llegó á poner en orden todos los objetos pertenecientes á su hija, los cuales ponían en desorden su resignación..... Pero no había más remedio; era forzoso impedir que otras manos tocaran tales reliquias. Y de un armario hizo un altar; guardó en él cuantos objetos conservaban su perfume, su forma, ó revelaran sus gustos y su carácter, para sostener de este modo el *culto de los recuerdos*..... Y todo, después de besarlo, fué colocándolo con verdadera veneración.

Al llegar á las cartas de Mauricio, mezcladas con diversas flores muy marchitas, lazos de cotillón, pañuelos, alfileres, retratos y otros varios objetos, se puso á leerlas.

El llanto desaparecía de sus ojos; repasaba con verdadera avidez aquellas hojas de papel, depositarias de tanta pasión, é iba emocionándose por momentos..... No perdía ni un punto, ni una coma; cuando concluía tornaba á empezar, y al pasar de una carta á otra, quedaba anonadada..... Una vez repuesta, seguía leyendo, hasta que, llegando á la última, exclamó:

—¡Siento haber concluído! ¡Qué dicha inspirar todo esto! ¡Hija del alma, cuán feliz debiste ser al dar y recibir tanto amor!

Y como si un vago sentimiento se agitara en su pecho, experimentó algo semejante á dulces sensaciones, á esos indescifrables avisos de un corazón necesitado, no de hablar, sino de gemir.....

—¿Amor?—pensó;—¿qué es?..... ¡No lo sé!..... De todos los afectos no he recibido sino frialdad: á mis padres les amé porque eran mis padres, pero no les perdoné que me casaran por reflexión; en mi marido vi un hermano, y á mi hija del alma la idolatré y por esto la perdí! ¡La frialdad de la muerte!

Luego, clavando sus hermosos ojos en un cuadro que representaba una de las escenas más dramáticas del cuarto acto de *I Capuletti e Monteschi*, la escena aquella de *Si tu dormi svegliati*, título también del cuadro, sintióse tan conmovida, que exclamó:

—¡Nunca me había fijado en ese lienzo! ¡Qué hermoso es!

María tenía entonces treinta y siete años.

V.

En cuanto murió Elisa, Mauricio salió de Madrid, decidido á no volver, y resuelto además á entrar en la Trapa. Pero pasó el tiempo, y aunque siempre recordaba á la pobre niña, no llegó á entrar en ese ni en ningún convento, y sí entró al fin en Madrid.

¡Muy tristes fueron las primeras impresiones que recibió al llegar!

¡Todos y todo le recordaban á Elisa!

Gran trabajo le costó decidirse á ver á María; envióle antes varios recados. La pobre madre le rogó que fuese, y fué.

¡Qué entrevista tan conmovedora!

Ella le recibió en sus brazos, y en los de él cayó luego desmayada.

No hubo palabra de consideración que Mauricio no le dijese, ni consuelos del alma que no la prodigase.

Aquel hombre sabía sentir. ¡Qué bueno, qué agradable era!

María fué reponiéndose poco á poco, y poco á poco también se alejaron del motivo que los reunía allí.....

Y llegaron á no hablar de Elisa, sino de ellos dos.

La de Arzals, con elocuencia tan encantadora como la expresión de su rostro, le refirió algunos detalles de su vida, á cual más interesantes. Sin darse cuenta, permitió á sus palabras que reflejaran toda la grandeza de su alma con todas las ambiciones de su corazón. Esta confidencia resultó el espejo más fiel de sus sentimientos.

Mauricio la contemplaba con agrado al principio, con deleite después y con entusiasmo luego.

Pero esto le pareció tan cruel para la memoria de Elisa, que, como movido por indomable impulso, se levantó de repente, prometiendo á María volver, y jurándose á sí mismo no pisar más aquella casa.

María, no acertando á explicarse ese arranque, y temerosa de abrigar la menor ilusión, si unas veces lo atribuía á cuanto pudiera halagarla, otras lo achacaba al efecto que en él hiciera aún el recuerdo de Elisa.....

Al pensar en su hija y contemplar su retrato, horrorizada de su propia conducta, se arrodilló ante el cuadro y le pidió perdón con verdadero dolor.

Pero ¡ay! que otro cuadro, no muy distante y sí muy distinto, ejercía magnética influencia en su ser, apartándola de todo lo que no fuera su contemplación.

¡Era el cuadro de la mujer dormida!

Y ella también creía oir que una voz muy grata á su oído le decía: *¡Si tu dormi svegliati!*

Aunque pensaba en Elisa, recordaba también á Mauricio, y exclamaba:

—¡Qué feliz hubieras sido con él, hija del alma!

Luego bajaba la cabeza, agobiada sin duda por una extraordinaria aglomeración de pensamientos, y con voz apenas perceptible, temerosa de oir su propio eco, la pícara flaqueza humana, la insaciable sed de un corazón joven todavía, la obligó á añadir:

—¡Y tu madre qué feliz sería también!

Mas le inspiró tal horror el formular esta idea, que hubiese querido acabar consigo misma.

—¡Qué infame soy! Esto es una monstruosidad, y yo no puedo vivir con este tormento en el órgano principal de la vida!—se dijo, señalando al corazón.

VI.

Mauricio no pudo dominarse.

Siguió visitando á María.

Y ambos llegaron al extremo de no poder vivir sin verse.

Justo es decir que hicieron todo lo posible por separarse; que, espantados de sí propios, sostuvieron verdaderas luchas con sus conciencias, y que el recuerdo de Elisa les dió mucho tormento al principio. Pero es justo también consignar que llegaron á poder prescindir de todo, y que jamás dos corazones se han mostrado más indómitos.

Bien decía él:

—Cuando las almas se acercan y se confunden, no hay medio humano de separarlas. ¡Yo adoro á esa mujer, la adoro sin alegría, entre ella y yo sólo hay tristezas, pero la adoro, y en estas mismas tristezas soy tan..... incomprensible que me embriago!

Ella, realmente desesperada, pero muy enamorada también, exclamaba:

—¡Esto es demasiado extraordinario! ¿A qué obedece? ¡A mi desgracia, es indudable; pero no á mi voluntad! ¡Soy una infame! ¡Haber aprendido de aquellas cartas el amor que mi corazón ignoraba! ¡Ello no tiene nombre! Su grandeza de alma, aquel culto tan ferviente al amor, ¿por qué estarían tan bien pintados? ¡Así le quería yo entonces para mi hija y..... así le quiero ahora para mí! ¡Qué manera de sentir, qué lealtad, qué afección tan tierna y tan viril! ¡Qué esbelto, qué guapo es!..... Amar, es preferir á todo y á todos á una determinada persona, no cansarse de verla, de oirla; cesar de vivir cuando se va y revivir cuando vuelve! Esto es lo que yo siento, ¡pero es también lo que no quiero sentir! Quiero lograr que me sea indiferente; no debo amarle como le amo, más que á mi conciencia, y hasta que á la memoria de.....

María no tuvo valor para acabar la frase.

Su desesperación era cierta.

....

Sentada junto á una de las ventanas que dan al jardín, quedó completamente abstraída en sus cavilaciones. Lloraba de vez en cuando.

Sólo turbaban tan profundo silencio sus sollozos y el tic-tac del reloj marcando el compás de la vida, y no sé si diciéndole que empleara mejor el tiempo, ó si advirtiéndole que no había tiempo que perder.

Tal era, pues, su abstracción, que no reparó en un hombre que atravesaba precipitadamente el jardín.

Y en el instante en que recogiendo todos aquellos ensueños para hacer punto final, ó más bien para hacer una pausa, exclamó dando un suspiro:

—¡Mauricio, no puede ser!

Mauricio se presentó, y apoderándose de sus manos y besándolas, dijo:

—Lo que no puede ser es que *tú* consientas en mi desgracia. ¡María, María de toda mi alma, no me abandones!

....

El destino quedó victorioso.

Realizó lo que parecía irrealizable.

A través de los tormentos, del llanto y de los tristes recuerdos, surgió la sonrisa del amor.

Y odiándose quizá á sí propios, amáronse más que á sí mismos.

Queriendo separarse para siempre, para siempre se unieron.

Pensaron en Dios, é imploraron su perdón pidiéndole que los bendijera.....

No dudes, lector, de la veracidad de mi relato.

Elisa, María y Mauricio han existido.

De estos interesantes *documentos humanos* yo no he hecho sino sacar copia.

....

María casó con Mauricio.

Mientras el sacerdote, en el templo, bendijo esta unión, y los acordes del órgano prestaban mayor solemnidad á la ceremonia, no cesé de llorar, recordando á Elisa.

La música, auxiliar poderoso de la fantasía, produjome cierto arrobamiento, verdadero éxtasis que elevó mi alma á Dios.

Aquellas notas me hacían el efecto de cánticos celestiales.....

Y creí hallarme en el mismo cielo, ver á Elisa, y que hasta mí llegaban estas palabras del Señor, señalándole la gloria:

—¡Angel mío, *lo inmutable*, *lo eterno* es esto!

Salomé Núñez Topete.

DOS EN UNA.

Dos gotas desde las nubes
Entre el rocío bajaban,
Y se juntaron en una
Para perderse en el agua.

Vagando por este mundo
Se encontraron nuestras almas,
Y en una se confundieron
Como dos gotas de agua.

Francisco F. de Prats.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 39.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición de lujo.

TRAJE DE RECEPCIÓN Y TRAJE DE VISITA.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Traje de «pekiné» de seda negro y tul negro bordado en oro.*—Esta elegante y sencilla *toilette* se compone de una falda de media cola, formando dos pliegues dobles, intercalados con grupos de pliegues sencillos, en forma de abanico. El delantero es liso y va cubierto con un delantal de tul negro bordado de oro. El cuerpo, muy corto de las caderas, termina en punta por detrás y por delante, y es de tul, abierto en forma de V. Mangas al bies, muy amplias en los hombros, ligeramente abiertas en la parte inferior y adornadas con una cartera de tul. Cuello de tul bordado, y aplicado sobre un segundo cuello de *pekiné*.

2. *Traje de lana fantasía gris plata, con anillos verde musgo. Visita de paño gris guarnecida de lince.*—Falda drapeada á la inglesa, y adornada en todo el rededor con un volante fruncido, de faya musgo, sobre el cual cae (en el delantero solamente) un ancho fleco de seda musgo con enrejado.—La visita de paño puede hacerse en todos colores. El centro de la espalda está formado por un pico de terciopelo gris más obscuro, al lado de la cual el paño va ligeramente drapeado y viene hacia delante, para plegarse en el cuello, donde forma un pequeño volante sujeto sobre un cuello recto de terciopelo.—Los delanteros, que terminan en punta, van fruncidos ligeramente en la cintura y se abrochan en el centro con ojales y botones interiores. La manga va formada por un gran pico de piel de lince, guateado de seda. El interior del abrigo va igualmente guateado.—Sombrero de fieltro gris, forrado de terciopelo musgo y adornado con tres plumas y una banda de terciopelo gris.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

A una antigua Suscritora.—Las señoritas suelen llevar generalmente abrigos cortos, y para este invierno son tantas y tan variadas las formas de ellos, que me es imposible explicárselas por escrito; pero quedará complacida examinando los modelos que en nuestros números últimos hemos publicado y que continuaremos publicando en los próximos.

Sí; se seguirán llevando las esclavinas.

Las cadenas para el reloj son cortas y con un dije caprichoso.

El peinado que más se sigue llevando es un cordón retorcido que sube (sujeto con horquillas fantasía) por el centro de la cabeza, y termina en la parte superior en nudos ó lazadas. Flequillo rizado formando pico en medio de la frente.

He aquí el modo de hacer las *patatas soufflées:* Se cortan en ruedas un poco más gruesas que el canto de un duro, y se fríen en aceite hasta que estén blandas, pero sin dorar; entonces se sacan, se escurren en un colador, y se dejan enfriar; se pone á calentar, en una sartén, bastante cantidad de manteca de cerdo, y cuando esté muy fuerte, se echan unas pocas patatas ya frías, cuidando de que no se toquen unas con otras, con

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

26.—Vestido de mañana.
Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 20 de a Hoja-Suplemento.

28.—Vestido de paño adornado con aplicaciones. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 27.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

29. Abrigo largo de paño. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 30.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

30.—Abrigo largo de paño. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 29.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

27.—Vestidode paño adornado con aplicaciones. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 28.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

33.—Vestido para señoras de cierta edad. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 34.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 45 á 52 de la Hoja-Suplemento.

31 y 32.—Paletó para niñas de 8 á 10 años. Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 53 á 59 de la Hoja-Suplemento.

34.—Vestido para señoras de cierta edad. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 33.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 45 á 52 de la Hoja-Suplemento.

objeto de que queden bien *soufflées:* cuando están un poco doradas, se sirven.

Siento mucho no conocer la receta de los mantecados que me pide, por ser especialidad del pueblo que les da el nombre.

Zoraida.—Aunque la colcha sea de encaje, debe dejarse fuera el embozo. Los almohadones son dos y de la misma tela que la sábana, y se colocan en la cabecera. Se dejan durante el día.

El cubrepiés debe hacerlo de raso azul, guatado y con un ramo ó con las iniciales enlazadas, bordadas en el centro.

Sí; debe poner cortinas en el despacho lo mismo que la sillería. También puede poner los transparentes, y éstos además en la galería.

El tarjetero ha de estar en el recibimiento ó antesala.

Sí; puede ofrecer la casa en nombre de su esposo.

Los *sachets* para perfumar la ropa se hacen de raso y rellenos de algodón en rama.

El perfume que indica es muy elegante, y con dos gramos de polvos, esparcidos en el algodón, es bastante.

Terminará la carta así: *S. a. s. s. q. s. m. b.*, y debajo la firma.

La fecha de su carta está bien puesta.

Siguen llevándose las faldas lisas, pero con tendencia á ondularse y recogerse, y todas se hacen ya bastante adornadas en su borde inferior.

No he visto las blusas á que se refiere.

R. A. P.—Me está prohibido contestar á consultas anónimas.

Á Rosa de Bengala.—La llamada *Crema de Saint Honoré* se hace así:

Se bate en fuente honda dos copas de nata bien fresca, hasta que crezca y tome consistencia, y entonces se le añade azúcar y vainilla, y se baña con ella un bizcocho redondo, adornándolo por encima con la misma crema.

Á una Inocente.—Cuando una puerta es demasiado estrecha para poder pasar de frente un caballero que lleva del brazo á una señora, el caballero debe pasar antes, para abrir camino, apartar el *portier*, etc.

Las desposadas no llevan alhajas para la ceremonia del casamiento.

Las alhajas de más novedad son las que imitan flores y frutas. Un racimo de uvas rodeado de hojas y pámpanos hace un broche encantador y un aderezo precioso, si hacen juego la pulsera y los pendientes. Tanto las flores como las frutas se imitan con piedras de colores, incrustadas y de un trabajo maravilloso.

Á Amelia.—Efectivamente, el traje color *beige* estará muy bien combinado con terciopelo verde, pero no verde musgo, sino verde esmeralda.

Sí; se llevarán siempre chaquetas de *peluche*, pero más las de paño liso ó brochado.

Para trajes se estila mucho un terciopelo inglés, nuevo este año, más fino que el de antes, y en colores gris plata, azul turquí, reseda, tabaco muy claro, verde almendruco, rosa viejo, y sobre todo amatista, y además el *beige* con marrón, verde lagarto y azul Sèvres.

El *peluche* y la piel se combinarán mucho en los trajes de señora, y en las chaquetas de abrigo formarán un adorno rico y elegante.

El astrakán se llevará muchísimo en esas chaquetas, para el cuello, solapas, chaleco y mangas enteras.

La piel, lo mismo para abrigos largos que para vestidos, irá puesta en tiras á lo largo, y nunca alrededor del borde, pues así lo ordena la moda.

Á una Ensimismada.—No tenga reparo en hacerse el traje que la gusta, aunque sea en Diciembre, porque es muy elegante, y además como publicamos las modas con mucha antelación, estará de moda durante el invierno.

Puede hacérselo de paño gris, con pasamanería gris más obscuro, pues las cintas que ha pensado ponerle no harán bien.

Las colchas de cuna son alargadas, y el cuadro estará mejor bordado con seda cruda que en colores. Hacen muy bien las iniciales de los apellidos.

Para la próxima estación es más propio llevar botas que zapatos.

Las chaquetas forma sastre se seguirán llevando este invierno.

Los grabados 20 y 21 de nuestro número del 14 del actual forman un elegante modelo de abrigo que puede hacerse esa señora.

Siguen llevándose los vestidos rozando el suelo.

Si quiere un elegante y sencillo traje de casa, copie la fig. 27 de nuestro número del 22 de Septiembre último, en los mismos colores que indica la explicación.

Á D.ª A. F. de I.—La tela que me indica, es muy pesada para una niña tan pequeña.

Estará mejor de franela, tricot ó cachemir, bordado con flores de torzal; y lo mismo unos que otros, puede adornarlos con faya blanca, pasamanería ó lazos de piel de seda. Sombrero como el del grabado 23 de nuestro número del 14 de este mes, de fieltro blanco con plumas y lazos de piel de seda blancos.

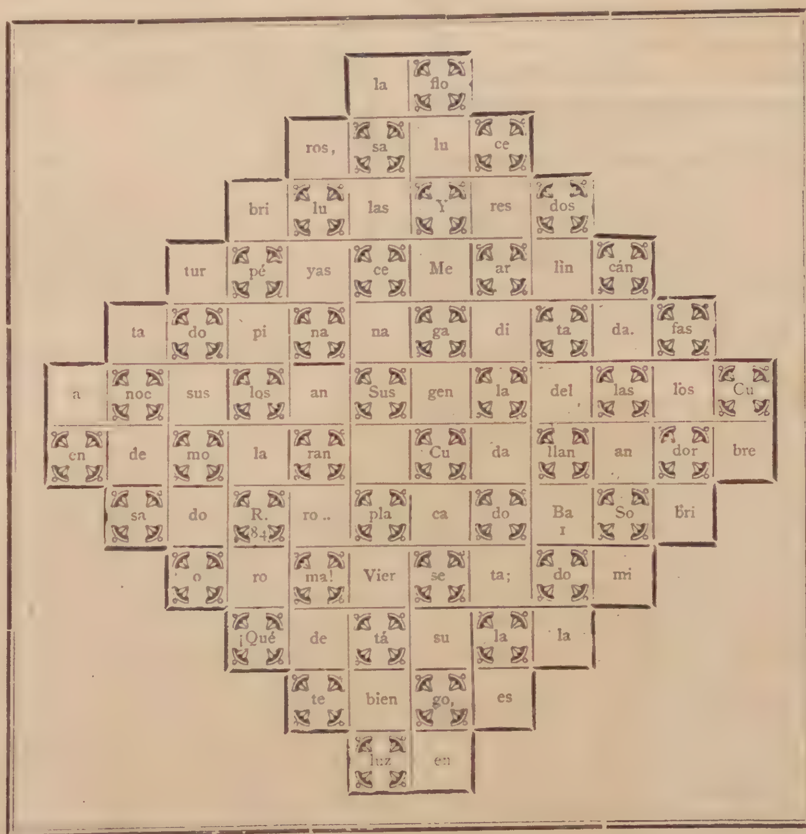
No es á propósito para traje de invierno, por ser demasiado fina la muestra de tela que me envía.

Es elegante para viaje el modelo que me incluye, y más propio, para ese objeto, de cuadros que liso. Los colores adecuados son *beige* con café ó gris claro y obscuro.

Adela P.

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR DOÑA MARÍA M. Y REVUELTA, DE AVILÉS.



EMPIEZA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 84

INFORME PARISIENSE.

Para ser bella y admirada no es bastante un talle esbelto y bien formado, sino que es necesario conservar en el rostro el brillo y la frescura de los primeros años de la vida.

¿Y cómo lograr esto sin recurrir á la *Velutina Fay?* Ella es un polvo diáfano é impalpable que deja en el rostro el aterciopelado del albaricoque; porque si la *Velutina Fay* revelase su presencia no sería sino un polvo de arroz ordinario, como tantos otros; pero es, por el contrario, adherente é invisible, y el cutis adquiere con ella la blancura nardo y un brillo juvenil, cuando se la usa con regularidad y constancia.

La fama de la *Velutina Fay* es hoy un hecho consumado, y es además universal: ninguna mujer elegante quiere otros polvos de arroz, y con tanto más motivo cuanto que nadie sabe si los usa.

Desde el punto de vista de la higiene, su mérito es incontestable, porque tiene base de bismuto y purifica y refresca la piel librándola de toda impureza.

La caja de *Velutina Fay*, con la borla, vale 5 francos, y sin borla, 4 francos. Se puede pedir á M. Charles Fay (9, *rue de la Paix*, en París), quien la remitirá inmediatamente con la dirección que se le indique: también se vende en las principales perfumerías y peluquerías de España y de América.

ADVERTENCIA.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscriciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscriciones á La Moda Elegante y á La Ilustración Española y Americana, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por su crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

Dentífricos de Rigaud y Cía

PERFUMISTAS EN PARIS

La generalidad de los polvos dentífricos rayan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisiense no emplea hoy más que los dos productos siguientes:

1º La **CREMA DENTIFRICA de RIGAUD** que, humedecida por el agua, forma un mucílago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la caries.

2º La **DENTORINA RIGAUD**, elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, disipa la irritación de las paredes bucales en los fumadores, activa la circulación sanguínea en las encías y les da el color sonrosado natural á la salud, previniendo la caries. Es un calmante excelente en los dolores de muelas más violentos.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

DIENTES BLANCOS

Higiene de la Boca

EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera *Agua de Botot*

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS

ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.

DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca Botot, *superior como primor y perfume.*

EXPOSICIÓN

de toda clase de muebles. Precios excepcionales.
PLAZA DE BILBAO, 6, BAJO, DERECHA, MADRID.

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK — *Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS

1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.*), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clorosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis**.

En fin, ofrecen á los practicos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes*.

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París. — Depósito en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, **3,50** ptas. Pequeña, **2** pesetas. — Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado. — Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. — En Madrid, Melchor García. — De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

MLLE. ALEXIS

acaba de llegar de París con los últimos modelos de sombreros para señora.

Puerta del Sol, 9, entresuelo izquierda.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

AGUA DIVINA

llamada AGUA de SALUD

E. COUDRAY

Preconizada PARA EL TOCADOR

Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**.

VERDADERAS PILDORAS DEL Dr BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace más de 50 años, por la mayoría de los médicos, para curar la **Anemia**, la **Clorosis** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes.

La inscripción de estas píldoras en el nuevo Codex francés, dispensa de todo elogio.

NOTA. — Estas píldoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100, al precio de **5** y **3** francos, y nunca sueltas.

Exíjase sobre cada píldora el nombre del inventor como en esta marca. BLAUD

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES

PARIS: 8, Rue Payenne. — *De venta en las principales Farmacias.*

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrando los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Países del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid**: *Plaza del Angel, 12 – entlo-dcha* — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

3 Medallas en las Exposiciones de 1878 & 1889

T. JONES

FABRICANTE DE PERFUMERIA INGLESA EXTRA-FINA

VICTORIA ESENCIA

El perfume mas exquisito del mundo. — Gran surtido de extractos para el pañuelo, de la misma calidad.

LA JUVENIL

Polvos sin ninguna mezcla química, para el cuidado de la cara, adherentes é invisibles.

CREMA IATIF

Se conserva en todos los climas; un ensayo hará resaltar su superioridad sobre los demas Cold-Cremas.

AGUA DE TOCADOR JONES

Tónica y refrescante, excelente contra las picaduras de los insectos.

ELIXIR Y PASTA SAMOHTI

Dentífricos, antisépticos y tónicos, blanquean los dientes y fortalecen las encías.

23, Boulevard des Capucines, 23
PARIS

Depósito en todas la buenas Perfumerias

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.

y en las seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

JULIA DE ZUGASTI. LAS DOS PALABRAS

FÁBRICA DE CORSÉS

HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI

CORSETERAS DE LA REAL CASA

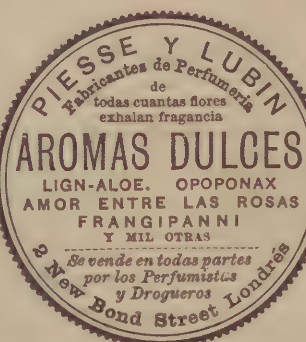
y premiadas en varias Exposiciones

Á LAS DOS PALABRAS
C. HORTALEZA, 4

Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud*, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad.

Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia.

Se remiten á provincias y al extranjero.



AVISO AL PÚBLICO. — Desconfiese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados.

Piesse & Lubin TRADE MARK — MUSK DEER

«AJUSTA COMO UN GUANTE.» THOMSON'S GLOVE-FITTING.

OCHO PRIMERAS MEDALLAS

MARCA DE FÁBRICA

CORSÉ

Perfección en la hechura, en los detalles y duración. **Aprobado** por todas las elegantes del mundo. Vendidos hasta la fecha: más de **un millón** por año. Pedidos hechos por Comerciantes de todo el mundo.

Fabricantes: W. S. THOMSON & Co., LTD., LONDON.

PASTA Y JARABE DE CARACOLES

DE MURE far. en Pont-St-Esprit (Gard). Curación cierta de CATARROS é irritaciones de pecho. Pasta, 1 f.; jarabe, 2 f. Todas farmacs.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá, 23, Madrid.*

HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS

para curar *Anemia, Pobreza de la Sangre, Dolores de Estomago.* – **50 Años de Exito.**

Exigir la firma QUEVENNE y el Sello de "l'UNION des FABRICANTS". — Paris, 14, r. Beaux-Arts.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigole, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en **cajas**, para la barba y las mejillas, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, el marmol. — **DUSSER**, Inventor, 1, **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerías*).

En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Octubre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 40.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Delicias del otoño.—El mes de Octubre en París y en el campo.—Comidas á la electricidad.—Recepciones infantiles.—El «término» de Octubre.—Lo que eran y lo que son las mudanzas en París.—La rutina en materia de teatros.—*El Arte de engañar á las mujeres*, comedia en tres actos de los Sres. Ferrier y Najac.—La obra y las actrices.

Si se pusiera á votación cuál es el mes más delicioso del año, yo creo que Octubre obtendría la mayoría de votos. En efecto, este es el mes en que todos los placeres y todas las diversiones pueden darse la mano, las del campo y las de la ciudad. En París la renovación de los carteles en los teatros constituye unas veladas llenas de atractivos, y el regreso del mundo elegante, que se produce diariamente, da por resultado la inauguración de los convites íntimos, tan propicios á la conversación.

Durante el día tenemos el Bosque, con sus hojas amarillentas y no por eso menos pintorescas, lo que permite aún los paseos tan poéticos como saludables. Las tiendas exhiben ya todas las novedades tentadoras de la estación de invierno, y, finalmente, una temperatura mitigada en que el sol brilla sin molestarnos con sus ardientes rayos y nos permite gozar cómodamente de todos los placeres de la estación.

En el campo, las partidas de caza ponen en movimiento á toda la *high life*, establecida provisionalmente en sus tierras señoriales. Las recepciones, los bailes, las *soirées* con intermedio musical y teatral, se multiplican en esta época del año. Como yo lo había pronosticado al principio de la temporada, las comidas *danzantes* están á la orden del día, y habría que hacer una extensa nomenclatura de las «castellanas» que han adoptado este género de recepciones, con gran satisfacción de sus huéspedes.

En algunos *chateaux*, en que se está siempre al acecho de las innovaciones, el comedor está alumbrado por la luz eléctrica, lo que evita el calor, que es uno de los escollos más desagradables de las grandes comidas de aparato. En cuanto al servicio, tiene lugar cada día con mayor rapidez, con demasiada rapidez quizás, para ciertos paladares refinados y para muchos estómagos perezosos.

Con el «tren express» de las comidas actuales, acabaremos por no saber lo que comemos ni lo que bebemos, y los anfitriones no piensan, como deberían, en sus convidados y convidadas, que no tienen ya sus dientes de veinte años—á pesar de las apariencias.

El exceso en todo es un vicio, y si nuestros padres se eternizaban á la mesa, en cambio sus hijos no la conceden el tiempo que conviene. Si no se pone un freno á este servicio al vapor, los convidados de los castellanos del día tendrán que imitar los de la corte de Compiègne, en la época del segundo Imperio, quienes, para corregir la reserva observada en los banquetes imperiales, se vieron obligados á tomar abundantes colaciones cuando volvían á sus casas.

1.—Abrigo de paseo.

Además de estas comidas á la electricidad, debemos hacer mención de otra moda de ciertos *chateaux* elegantes y en pleno movimiento de hospitalidad en la estación presente. Los niños de cada *chateau* de una provincia tienen señalado un día de recepción por semana, á la que acuden sus amiguitas y amiguitos de los castillos señoriales de la comarca. El lunes, pongo por ejemplo, pertenece á René y Margarita, del *chateau* de F.....; el martes, á Julia y Santiago, del *chateau* de Z....., y así sucesivamente durante la semana. De este modo los padres no sufren el menor impedimento en el orden de su existencia, y, por otra parte, los niños reunidos en mayor número pueden disfrutar de placeres más variados y mejor organizados. Además de los juegos que convienen á su edad, se organizan bailes, representaciones de Guignol, de linterna mágica y otras que no recuerdo en este instante, y una merienda, que no es el artículo menos apreciado del programa.

Si esta costumbre se extiende del campo á París, y si los *bebés* tienen á su vez un día señalado para recibir, como sus mamás, será el caso de repetir lo que se ha dicho tantas veces: que ya no hay niños.

***

Entretanto, París hubo de preocuparse la semana pasada del «término» ó vencimiento de alquiler de Octubre. Este «término» es la principal época de mudanzas para las parisienses, que desean hacer coincidir su nueva instalación con la apertura de la temporada de recepciones y de fiestas. Cuando se cambia de domicilio es costumbre actualmente enviar á los amigos y conocidos una tarjeta con las nuevas señas. Esta pequeña formalidad, de una utilidad indiscutible en una población como París, en que las mudanzas de domicilio son hoy tan frecuentes, la cumplen las señoras de casa á propósito del día que señalan para recibir visitas.

En otro tiempo, un cambio de domicilio era cosa muy diferente: la gente se preparaba con anticipación, y cuando por fin llegaba el término fatal, era casi un acontecimiento. Por el contrario, en la actualidad la escena pasa como en el teatro: un cambio de decoración. Una mañana nos despiertan los mozos de mudanza que vienen á anunciarnos que ha llegado el momento, y nos embalan y empaquetan los muebles

con una rapidez tal, que aquella misma noche nos sentamos á la mesa, sin haber echado de ver casi que nos hemos trasladado de un barrio á otro. Este modo de vivir se diferencia del *home*, tan grato á los ingleses, pero es nuevo, y esto basta á los parisienses que no quieren ser contados entre los «animales de costumbre», y como decimos en nuestra tierra, entre los «mulos de reata».

***

Existe un solo caso, en que no temen justificar semejante calificación: á propósito de teatro. Para convencerse de ello, no hay más que ir á la mayor parte de las salas de espectáculos donde se han estrenado nuevas producciones, y se verá que allí se celebran las verdaderas reuniones parisienses de la actualidad. El elemento extranjero, de paso en París para encargar las *toilettes* de invierno, añade un atractivo más á estas veladas teatrales de Octubre.

***

Y ya que de teatros me ocupo, diré dos palabras de *El Arte de engañar á las mujeres*, comedia en tres actos, por los Sres. Ferrier y Najac, estrenada últimamente en el Gymnase.

La primera noche, el público acogió con frialdad la nueva obra, que no se distingue ni por la originalidad, ni por la moralidad de su asunto. Es una comedia trivial é incoherente, como tantas otras que infestan el teatro moderno. Pero, á lo que parece, en las representaciones sucesivas el público ha ido tomando gusto á estas trivialidades, y ha aplaudido los chistes de cierto género que abundan en la obra. Puede asegurarse que parte de su éxito es debido al talento de Noblet y de la señorita Ugalde.

Los trajes, cuyos croquis insertamos en la pág. 472, son verdaderas obras maestras.

ACTO PRIMERO.

Vestido de calle, de Mlle. Depoix. Este vestido es de terciopelo color de *Oporto*. Falda recta. Casaquín con aldetas añadidas, abierto sobre un peto de tul bordado, formando el delantero de la aldeta. Vivo de azabache en el contorno del corpiño y en la cintura.

Vestido de visitas, de Mlle. de Marsy: espléndido trajede paño *azalea*, bordado de acero, estilo Luis XVI. Aldeta larga de encaje, cubierto casi enteramente de chispas de acero. Peto de terciopelo color de pensamiento, adornado con varias joyas.—Sombrero de ala ancha, de fieltro flexible, guarnecido de plumas del color del vestido, con rostrillo de cuentas de acero, que cae sobre los cabellos como una redecilla.

ACTO SEGUNDO.

Mlle. Ugalde luce un traje de crespón de la China azul pálido, guarnecido de pasamanería fina de oro y vivos muy estrechos de cibelina.

Mlle. Varly, vestido de cola larga, de paño color masilla, bordado de flores de colores naturales. El corpiño se abre, formando tres dientes de sierra, sobre un chaleco de terciopelo verde.

ACTO TERCERO.

Mlle. Ugalde, vestido de baile, de faya color de rosa con plegados del mismo color. Mangas anchas y plegadas de crespón, y boa de plumas color de rosa.

Mlle. de Marsy, vestido de terciopelo azul claro, con volante del mismo terciopelo, sujeto con clavos de azabache. Corpiño de gasa de seda negra fruncida, con un corselillo de pedrería.

Mlle. Depoix, vestido-funda de raso verde-agua con bordado de oro y cola de brocado.

***

No terminaré esta Revista sin presentar á mis lectoras los dos grabaditos que representan la elegante levita

larga *Hadji*, de piel de seda, y la linda chaqueta de paño azul, con alzacuello, que describí en el núm. 38, al cual las remito.

V. DE CASTELFIDO.

París, 23 de Octubre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Abrigo de paseo.—Núm. 1.

Este abrigo largo es de paño gris rayado, adornos de plumas grises y terciopelo negro. Se compone de un cuerpo de levita, con espalda y lados de espalda, que dan el vuelo para dos pliegues encañonados, y delanteros que se cierran en medio, con pinza de pecho y pinza que marca el ladito. Doble solapa de terciopelo. Una franja de plumas adorna la abertura de los delanteros, desde las solapas, y unas correas de terciopelo van puestas á lo largo de la misma abertura. Cuello alto de plumas. Manga de visita, redondeada en forma de manga pagoda, la cual va ribeteada de plumas y guarnecida de una cartera adornada con correas de terciopelo, encontradas como las de delante.—Sombrero de fieltro gris, guarnecido de plumas grises y de dos pájaros negros.

Tela necesaria para el abrigo: 5 metros 50 centímetros de paño, y un metro de terciopelo.

Cenefa bordada sobre tul.—Núm. 2.

Se ejecuta este bordado sobre tul grueso blanco, con algodón blanco, cordón y galoncillo blanco, siguiendo las indicaciones del dibujo. Se le puede ejecutar igualmente sobre tul negro, con seda negra, galoncillo y cordón de seda negra, para adornos de vestidos y confecciones.

Falda de lanilla.—Núm. 3.

Esta falda es de lanilla color de ceniza obscuro con filete blanco formando cuadros. El delantero es liso con unos cuantos pliegues en la cintura. La parte de detrás cae en pliegues rectos, y los lados forman un pliegue capucha, figurando la quilla, cuyo pliegue va apuntado en la parte superior con tres botones y tres ojales figurados.

Falda de cheviota.—Núm. 4.

Va adornada con quillas de terciopelo y ribeteada en su borde inferior, por delante y en los costados con una franja de astrakán. Tres botones cierran las aberturas por arriba.

Almohadón para diván.—Núms. 5 y 6.

Este almohadón, que tiene 43 centímetros de ancho por 52 de largo, va bordado sobre cañamazo de Java color crudo para la tira del medio, que tiene 15 centímetros de ancho, y sobre dos tiras de cañamazo de lana color reseda, que tienen 7 centímetros de ancho cada una. Se puede hacer el bordado sobre cañamazo de Java ordinario, y hacer el fondo de la tira del medio de color crudo y el fondo de las tiras estrechas de color reseda. Estas confinan con unas tiras de felpa color de cobre. La parte de debajo del almohadón va cubierta de raso color de cobre. Se ribetea el almohadón de un cordón grueso de seda, y se le guarnece en cada ángulo con unos pompones de lana.

El dibujo 6 representa la tira ancha del almohadón, de tamaño natural. El marco de los dibujos va hecho al punto de cruz con lana marrón rojiza; el interior de estos dibujos va lleno al punto plano con lanas azules, color de aceituna, bronce y cobre de varios matices. Las tiras estrechas se bordan del mismo modo. Se cosen las tiras entre sí y se cubre su unión con unas costuras en cruz, hechas con lana color de bronce. Las tiras de felpa que terminan cada lado del almohadón tienen 7 centímetros de ancho cada una.

Corpiño para señoras jóvenes.—Núms. 7 y 8.

Se hace este corpiño de terciopelo verde y piel de seda *beige*. Es ajustado y va abrochado bajo el brazo. Corselillo de piel de seda, rodeado de una pasamanería y cruzado en la espalda. Manga de piel de seda que cae sobre una manga de terciopelo abrochada. Guarnición de plumas en el cuello, puesta interiormente.

Corpiño para señoritas.—Núms. 9 y 10.

Viene á ser una chaqueta corta de paño azul *estandarte*, puesta sobre un chaleco de paño crema, abrochado en medio con corchetes y adornado en el borde inferior y en el pecho con un galón calado azul estandarte. Manga alta y ancha en lo alto y ajustada en la parte inferior.

Chaqueta larga para señoras jóvenes.—Núm. 11.

Es de paño rayado, color de piel, y se abre sobre un peto de bengalina mordorada. Se la guarnece de un cuello de astrakán negro, que cae formando solapas sobre la abertura de los delanteros. Espalda y lados de espalda estilo de sastre, lados de delante y delanteros con una pinza. Se cierran éstos por abajo, desde la cintura, con cuatro cordones ó alamares. Bolsillos abiertos en las caderas. Peto puntiagudo con cuello alto, añadido á cada lado bajo el borde de los delanteros. Manga alta de hombros.

Tela necesaria: un metro 70 centímetros de paño, y 50 centímetros de bengalina.

Abrigo-levita de paño.—Núm. 12.

Se hace esta levita de paño mordorado, y se la adorna con bordados y tiras de plumas del mismo color. Espalda y lados de espalda que dan el vuelo necesario para los pliegues de levita. Delanteros cerrados en medio, con una pinza de pecho y otra que marca el ladito. Por delante, un bordado figura un corselillo abierto, y otro bordado rodea los picos del delantero. Cuello alto de plumas. Guarnición de plumas en el cierre de los delanteros y en el borde de las mangas. La parte superior de éstas va adornada con un bordado.

Tela necesaria: 5 metros de paño.

Vestido de recibir.—Núm. 13.

Es de tela de lana azul verdoso, y va guarnecido de bordado Juana de Arco, de oro sobre transparente azul. Delantero de vestido plegado en lo alto, y delantero de corpiño ancho, montado sobre un canesú bordado y sujeto en la cintura con un medio cinturón bordado. El forro de los delanteros se ajusta con unas pinzas y se cierra en medio. Vestido Princesa, de lana, abierto sobre el delantero, y cuyo borde de delante forma dos pliegues encañonados, que se destacan del cuerpo del vestido desde las caderas. Los lados del vestido van plegados hacia abajo. La parte de detrás y los lados de espalda Princesa dan el vuelo para los pliegues encañonados. Canesú bordado en la espalda. Manga plegada al sesgo y terminada en un puño de bordado. Cuello alto bordado.

Tela necesaria: 10 metros de lana ligera, de un metro 20 centímetros de ancho.

Trajes de ceremonia.—Núms. 14 á 17.

Núm. 14. *Capelina Watteau.*—Este sombrero-capelina es de fieltro blanco, con ala ancha arqueada, y va guarnecido de dos penachos de pluma tornasolada, encarnada y color de rosa. Bridas de muselina de seda blanca, formando un lazo grande bajo la barba.

Núm. 15. *Traje de desposada.*—Vestido de faya blanca, guarnecido de punto de Alenzón y compuesto de una cola larga y redonda, con delantal de faya rodeado de una guirnalda de flores de azahar. La guirnalda forma festones sobre la cabeza de un volante de encaje. Corpiño terminado en puntas, con espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros cerrados en medio, ajustados con dos pinzas y cubiertos de un delantero de encaje. Cuello alto y plegado del mismo encaje. Manga ajustada, con manga semilarga de encaje. Velo largo de encaje y diadema de flores de azahar.

Tela necesaria: 19 metros de faya.

Núm. 16. *Vestido de ceremonia para señoras jóvenes.*—Este vestido es de seda listada color de maíz y mordorado y va guarnecido de encaje blanco. Fondo de falda de tafetán, y delantal estrecho y plegado de encaje. Falda de seda listada, abierta en forma de levita sobre el delantal de encaje y montada en el borde de un corpiño, que se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros abiertos y plegados en la cintura con una especie de cruce doble abrochado. Una aldeta cuadrada, de la misma tela, cae sobre lo alto del delantal. Camisolín de encaje, añadido sobre el forro de los delanteros, que se cierra en medio y se ajusta con dos pinzas. Cuello alto de pluma. Manga ajustada de seda listada, con manga corta de encaje que cae por encima y que va formada con un volante de encaje.—*Toque* de terciopelo blanco, adornada con plumas color de maíz.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 14 metros de seda.

Núm. 17. *Vestido para madre de desposada.*—Se hace este vestido de terciopelo camelia y encaje negro. Los adornos consisten en un bordado de oro y negro y un fleco lluvia de azabache. Delantal de terciopelo terminado en dientes, con pico de mantón plegado de encaje, en medio. Los dientes del delantal van rodeados de un bordado y descansan sobre un volante plegado de encaje. Lados de falda de encaje sobre transparente de seda negra. Cola larga y redonda de terciopelo. Espalda y lados de espalda de corpiño de terciopelo, y delanteros de corselillo del mismo terciopelo, recortado en puntas largas sobre un delantero plegado de encaje. Un fleco lluvia de azabache va puesto en la cintura bajo los dientes. Manga ajustada de terciopelo, cuya parte inferior va adornada con un bordado y la superior cubierta con una manga corta y bullonada de encaje. Cuello alto de encaje.—Capota de encaje de Chantilly y terciopelo camelia bordado de pedrería y adornado con pluma color camelia y pluma negra.

Sombrero Gilberta.—Núm. 18.

Este elegante sombrero es de fieltro gris. La parte de debajo del ala, que es ondulada y forma una punta por detrás, va forrada de crespón gris. Borde y penacho de plumas color crema. Lazos y bridas de terciopelo del mismo color.

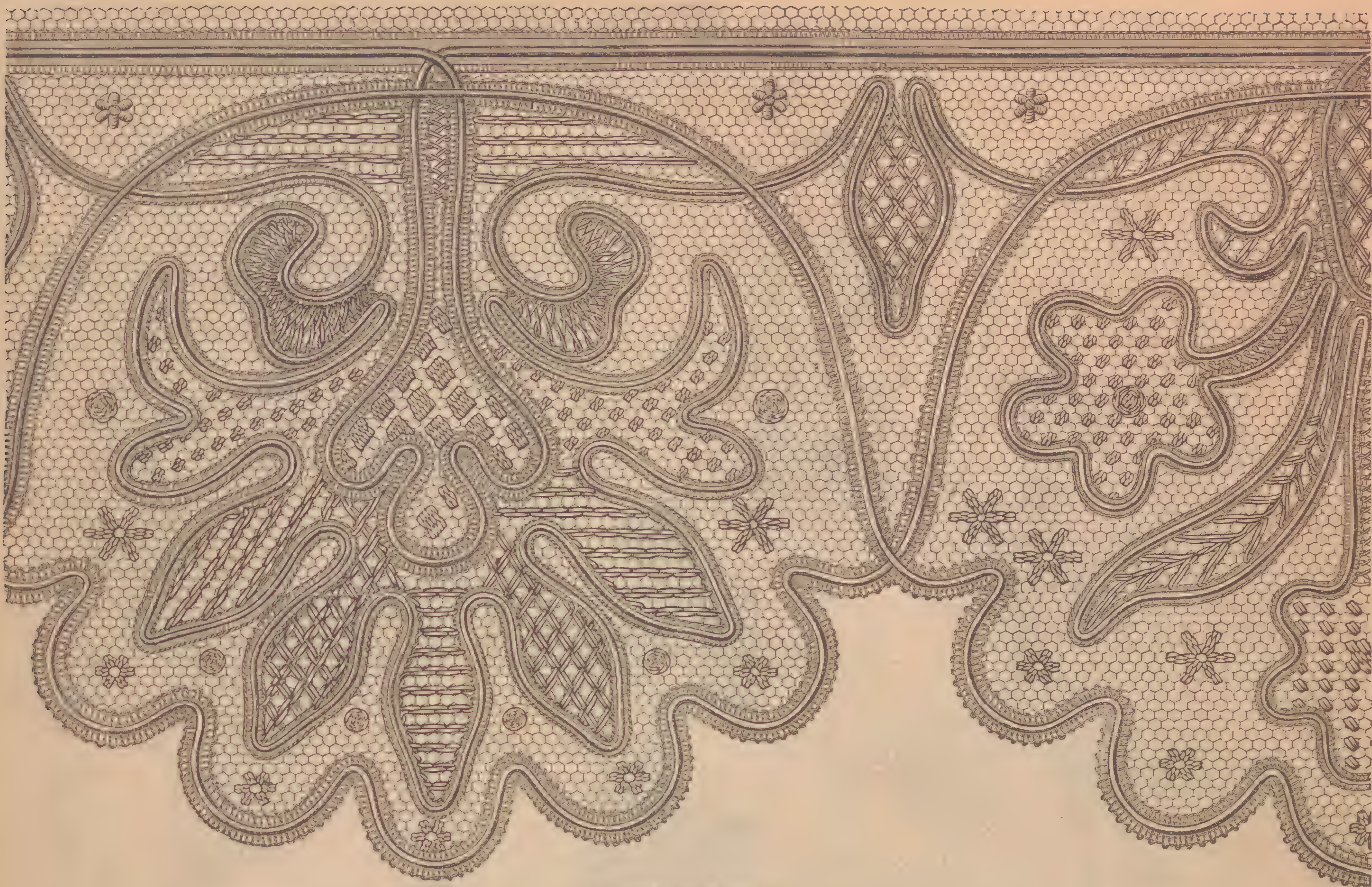
Deshabillé para señoras jóvenes. Núm. 19.

Es de crespón de la China azul. La espalda no tiene costura y va fijada en la cintura con una serie de fruncidos sujetos en el lado con una cinta encarnada anudada por delante, bajo cuya cinta va extendido el delantero, que se abrocha con corchetes en la derecha, bajo un grupo de pliegues, los cuales continúan para formar un delantal en conchas ribeteado de un festón de seda encarnada. Por debajo va otro delantal plano, adornado con un magnífico bordado, hecho con seda encarnada. El delantal, que forma conchas, se abrocha con corchetes en el lado derecho. Manga ancha y recta, festoneada en el borde. Cuello formado por una cinta cerrado bajo una roseta de cinta encarnada.

Tela necesaria: 10 metros 50 centímetros de crespón, de 60 centímetros de ancho.

Abrigo para niñas de 10 á 12 años. Núm. 20.

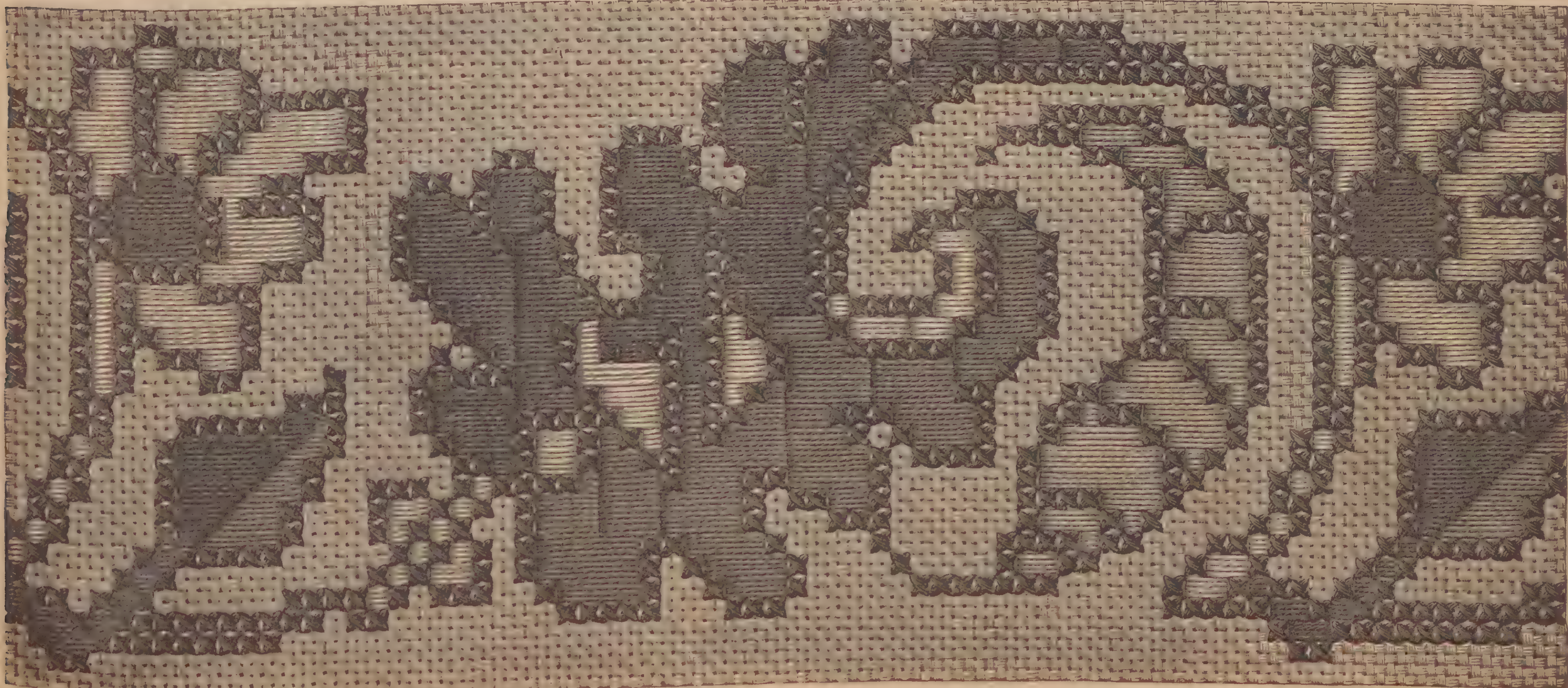
Este abrigo es de paño gris. Se compone de una espalda de levita, con pliegues redondos, y un delantero recto, al cual se añade la falda fruncida bajo un cinturón de terciopelo color de algarroba, abrochado, así como la falda, en la izquierda bajo un galón bordado. Manga estilo de sastre, adornada con pespuntes. Esclavina separada que se monta sobre un canesú de tercio-


2. Cenefa bordada sobre tul.

3. Falda de lanilla.

5. Almohadón para diván. *Véase el dibujo 6.*

4. Falda de cheviota.


6.—Tira ancha del almohadón. *Véase el dibujo 5.*

Croquis de los trajes más notables de Mlles. Depoix, Marsy, Ugalde y Varly.
(Véase la Revista Parisiense.)

pelo color de algarroba y se abrocha en medio bajo unos cordones. Galones bordados sólo por delante.

Abrigo-visita.—Núm. 21.

Este abrigo es de paño azul marino. Lado bordado. La abertura de la falda, así como el delantero, van adornados con una tira de plumas. Un fleco de rejilla forma quilla en el lado derecho. Cuello arqueado formando capucha.

Cofia de mañana.—Núm. 22.

El ala de esta cofia, hecha de tul fuerte blanco, forma una punta por delante y va guarnecida en el borde exterior de una cinta de latón; se reunen sus lados transversales. Se fijan sobre el ala, á 6 centímetros de distancia de estos lados, los bordes transversales de un rostrillo hecho de tul fuerte y latón, y dispuesto en punta en el centro. La guarnición del gorro se compone de un encaje blanco, de 12 centímetros de alto, dispuesto en presillas por delante y en pliegues largos en los lados; va fijado sobre el ala, y sus extremidades van condu-

cidas desde la costura de detrás del ala hasta la punta del rostrillo. La cofia va adornada con un lazo de cinta otomana color de salmón, de 6 centímetros de ancho, cuyas extremidades van dispuestas en forma de espirales; se continúan sobre el ala por encima del encaje y sobre el rostrillo.

Vestido para niñas de 8 años.—Núms. 23 y 24.

Este modelo es de paño color de piel, y va guarnecido de terciopelo mordorado. Se compone de una falda ancha, fruncida en la cintura y adornada con un bies de terciopelo figurando un entredós. Corpiño en puntas, terminado en un cinturón puntiagudo de terciopelo, que se pone sobre el corpiño, dejando sobresalir el borde de éste. Espalda ceñida; delanteros con una pinza y lados de delante abiertos sobre un peto de terciopelo. La parte superior del peto va guarnecida de un canesú puntiagudo, adornado con trencillas. Los mismos adornos en la esclavina, la cual va abierta en la espalda en forma de V y desciende sobre los delanteros, figurando tirantes muy altos de hombros. Cuello alto guarnecido. Manga de codo, cuya parte inferior va guarnecida de trencillas y de un bies de terciopelo, que forma punta encima del brazo.

Tela necesaria: 3 metros 80 centímetros de paño, y un metro 50 centímetros de terciopelo.

Vestido de recibir con esclavina.—Núms. 25 y 26.

Este traje es de paño fino azul antiguo. Sobre un forro ajustado, abrochado en medio con corchetes, va dispuesto un delantero plegado de crespón de la China color crema, bordado de seda y oro. El centro se abrocha con corchetes, pero no va pegado al forro. Espalda de levita, con pliegues redondos, y delantero de casaca de paño, adornado con botones gruesos de acero. Cuello Médicis, de terciopelo, que continúa formando un vivo ancho en los bordes de los delanteros. Mangas de crespón bordado, sujetas por abajo con una jareta, por la cual se pasa una cinta que se anuda. Esclavina corta, plegada en la manga y dando la vuelta bajo el brazo.

Tela necesaria: 4 metros 70 centímetros de crespón, de 60 centímetros de ancho, y 5 metros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho.

LA CORONA DE SIEMPREVIVAS.

En el cuarto piso de una casa de la calle de Toledo habitaba modesta familia de obreros, compuesta del padre, pintor y revocador de casas, y sus dos hijas, Ana, que tenía quince años, y Josefa, que no contaba aún siete primaveras.

La madre de estas niñas había muerto, y su ausencia eterna sentíase cruelmente en el hogar del pintor; mas la dulce criatura Anita procuraba reemplazarla en las faenas domésticas, en los cuidados que prodigaba á su padre, en el afán con que emprendía la educación de su hermanita Josefa.

Mas ¡oh fatalidad! el padre Luis, que no era hombre malo, sino de carácter débil, los días de paga tenía que pasar, como todos los días, al volver á su domicilio, por delante de muchas tiendas de vinos..... ¿y cómo resistir á la tentación, llevando dinero fresco, y honradamente ganado, en el bolsillo? Y además, ¿no le acompañaban, por la cuenta que les tenía, dos ó tres camaradas, que le hubieran empujado hacia la taberna, quisiera ó no quisiera?

Luis había idolatrado á su mujer y adoraba á sus dos hijas, mas era uno de esos hombres, honrados en el fondo, que se dejan arrastrar al vicio por las malas compañías, sin pensar entonces en su familia, ni (como se suele decir) en el día de mañana.

En vida de la difunta, que era excelente modista, no se conocieron las privaciones en aquella modesta casa, y Anita logró recibir educación esmeradísima, con arreglo á su clase; y luego, aunque Luis hizo firmes propósitos de corregirse, comprendiendo la nueva responsabilidad que contraía, su prudente resolución le duró apenas un par de meses, y la parte más importante de sus jornales quedábase todos los sábados en el mostrador de figones y cafés. ¡Milagro era á veces que las pobres niñas pudieran llevarse á la boca un pedazo de pan!

Ana entró de aprendiza en el taller de modista que había dirigido su madre, y si bien el primer año no ganaba jornal, tenía asegurado el almuerzo; su hermanita Josefa, merced á recomendaciones del buen cura de la parroquia, fué admitida en la clase gratuita del colegio del Corazón de Jesús, donde las caritativas hijas de San Vicente de Paúl la daban enseñanza y también almuerzo, alimento del alma y del cuerpo; y las dos niñas regresaban juntas á casa, al anochecer, y disponían la frugal cena para cuando llegara su padre.

Pero á un verano muy cálido sucedió un otoño lluvioso y frío.

¡Ah! Los felices de este mundo no conocen las angustias que sufren los necesitados al acercarse el invierno: la ropa de abrigo que se ha deteriorado por el uso, y hay que reemplazarla; noches larguísimas y tristes, que ocasionan gasto extraordinario en luz; el frío, el horrible frío, que esteriliza los mejores deseos de trabajar por la existencia, contrayendo los músculos y dejando ateridas y crispadas las manos.

Anita, por joven que fuese, educada en la escuela de la adversidad, preveía las dificultades de toda clase que entonces la rodeaban, y buscaba en su imaginación los medios de hacer frente á las eventualidades próximas y de equilibrar su reducido presupuesto: rica sólo de sus manos, que no descansaban nunca, tenía inquebrantable confianza en la bondad de la Divina Providencia.

Y todas las noches, al recogerse, después de acostado su padre y dormida la angelical Josefa, arrodillábase ante un crucifijo, y decía de todo corazón:

—¡Amparadnos, Dios mío, amparadnos!

***

Luis, en uno de los últimos sábados del mes de Octubre, al subir á su guardilla con inseguros pasos, quedó sorprendido de ver á la niña Josefa reclinada en el quicio de la puerta, esperando á su hermana Anita.

¿Qué motivo existía para que la joven no estuviera ya preparando la cena de la familia?

El pintor sospechaba que estaría ocupada aún en el taller, dando la última mano á alguna labor urgente; mas á poco tiempo la puerta se abrió, y Ana entró en el aposento.

—Perdóname, padre mío — dijo la interesante joven — si llego á casa un poco tarde..... Te diré el motivo: Luisa, mi antigua amiga de colegio, me ha hecho pasar un mal rato..... Figúrate, padre, que su mamá y su abuelita están enfermas hace ocho días, y ¡es claro! no pueden acabar las hermosas labores que tenían entre manos. ¡Ahora, precisamente, cuando esperaban no despreciables ingresos, que buena falta les hacen, á primeros de Noviembre!

—¿Cómo es eso?—preguntó Luis.

—Sentémonos á la mesa, padre, que hay preparada carne en fiambre, nueces frescas y pan tierno..... ¿Ves qué sueño tiene la pobre Josefina?..... Te lo contaré todo mientras cenemos, para que la niña no se duerma sin tomar algo.....

—Es verdad, *Minerva*—contestó Luis, quien daba con frecuencia ese nombre mitológico á aquel ángel custodio de su hogar.

—Pues figúrate, padre—dijo Anita, después de sentados todos á la mesa—que Luisa y su mamá estaban confeccionando un centenar de coronas y cruces de siemprevivas para venderlas á módico precio, porque hoy escasea el dinero, en el cercano día de Todos los Santos, y contaban con sacar de su trabajo una ganancia regular..... unas cien pesetas.....

—¡Una ganga para ellas..... como lo sería para nosotros!—interrumpió Luis.

—¡Ya lo creo! Pues bien: primero cayó enferma la abuelita, y después la mamá..... y la infeliz Luisa, que no puede acabar sola tanto trabajo, me ha rogado, con lágrimas en los ojos, que la ayude..... y he consentido, padre, en ayudarla.....

—¡Bien hecho, hija mía!—se apresuró á contestar el pintor, que nunca permanecía indiferente ante la expresión de un pensamiento generoso.—¡Bien hecho, hija mía! Es menester, en efecto, socorrerse mutuamente lo más que se pueda..... Pero ¿has pensado, Anita, en que te podría perjudicar el exceso de trabajo?

—¡No lo quiera Dios, padre!..... Pero te confieso que sólo he pensado en la visita que debemos hacer el día de los Fieles Difuntos á la tumba de mi santa madre.....

—¿Cómo? ¿qué quieres decir?

—Espera, padre—respondió Anita sonriéndose—que voy á acostar á este angelito..... porque se está cayendo de sueño.....

—¡Ah! ¡sí!—murmuró Luis casi llorando.—¡Y porque los ángeles no deben oir cosas tristes!

***

—Pues te decía, padre mío—prosiguió Anita, después de haber acostado á su hermanita Josefa—que iremos los tres, Dios mediante, en piadosa peregrinación al cementerio de Santa María, para colocar una corona de siemprevivas en la cruz de la sepultura de mi santa madre..... ¿y sabes, padre mío?..... yo misma he querido hacer esa corona en casa de mi amiga Luisa, y la he terminado esta noche..... ¡Oh! es mi primera obra de ese género, y te declaro ingenuamente que me ha valido muchas felicitaciones de mi maestra y de mis compañeras de taller.

—¡Hija de mi alma!— exclamó Luis, abrazando á Anita, y sin poder reprimir el llanto.

—¡Vamos, padre! no llores, y escúchame todavía..... ¿Cómo habríamos podido dedicar una corona tan bella á la memoria de mi madre, si yo no hubiese ayudado á Luisa en su trabajo? ¡Si nunca tenemos una peseta de sobra! Pues ya ves que la Providencia vela por nosotros, y que también la desgracia sirve para algo bueno..... Accedí á la súplica de mi amiga Luisa, y dije á ésta: «Bueno, te ayudaré, y entre las dos haremos la labor de tu mamá y de tu abuelita; pero te pongo una condición: no me darás un céntimo por mi trabajo, pero me darás la primera corona de siemprevivas que yo haga, para depositarla en el sepulcro de mi madre.... »

—¡Bendita seas, hija mía!

—¿Lloras otra vez, padre?

—Sí, pero lloro de alegría..... Tienes un corazón de oro, y doy gracias al cielo por haberme favorecido con una hija como tú..... Si tu hermanita Josefa se te parece más tarde, y no lo dudo, siguiendo tu ejemplo, seré el hombre más afortunado del mundo, á pesar del dolor de mi alma por la muerte prematura de mi buena esposa.

***

El día 2 de Noviembre, al amanecer, Ana vistióse de rigoroso luto, y vistió después, también de negro, á su hermanita Josefa.

—¿Estás dispuesto, padre?—dijo en seguida, llamando á la puerta del dormitorio de Luis.

—Heme aquí, hijas mías—respondió el pintor, saliendo al punto, vestido con el traje de los días de fiesta.

Abrazó á las niñas, y viendo en una silla la corona de siemprevivas, fruto del trabajo de Ana y tan noblemente conquistada, se puso de rodillas y besó muchas veces las amarillentas florecillas, regándolas con lágrimas.

—¡Padre, padre!—exclamaron á la vez Anita y Josefa, abrazando á Luis.

—¡Andando, hijas mías!—dijo el pintor levantándose.—Vuestra madre, que nos mira desde el cielo, debe estar contenta de ver cómo guardamos su recuerdo..... No la olvidéis jamás, y procurad imitarla para ser algún día esposas virtuosas y buenas madres de familia. ¡Así honraréis su memoria!

. . . .

Desde aquel día, Luis, que se acusaba de haber cedido con frecuencia á malos consejos, no volvió á separarse de la senda del deber.

Y Ana y Josefa, cuya conducta fué siempre irreprochable, encontraron, andando los años, esposo digno de sus virtudes y de sus nobles sentimientos.

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

LA DIVA.

Cuando el maestro de canto consideró terminada la educación musical de su discípula predilecta Angelina Ruiz, despidióse de ella con verdadera emoción, asegurándola que se separaba de su lado poseído del noble orgullo que siente todo artista al dar fin á una obra destinada á honrar su nombre.

—Sabe usted ya tanto como yo—le dijo con la debida modestia; añadiendo: Si algún día un revés de fortuna la dejara á usted en la indigencia, no olvide que lleva en su garganta una mina de oro, y que en el teatro lírico tiene usted envidiable porvenir.

—¡Una mina de oro!—repitió la madre de Angelina con expresión de asombro y de codicia á la par.

—¿De oro dije?—advirtió el maestro con gran aplomo;—pues me equivoqué, señora; de diamantes quise decir.

Y ya desde aquel día los diamantes se engarzaron de tal suerte en el cerebro de la buena señora, que el porvenir lo miraba á través de los deslumbramientos más centelleantes y fascinadores.

Era preciso cuidar á todo trance de aquel tesoro oculto, por si las circunstancias exigían ponerlo en explotación. De ahí que «abrígate, hija mía; quítate del aire; no bebas agua fría; cuidado con fatigarte», fuesen las observaciones que constantemente dirigía á su Angelina. Esta la atendía buenamente, y cuidaba de su garganta con sin igual atención, pues anticipándose á los golpes de la suerte, había echado por adentro sus cálculos, y ser *prima donna* ligera *de primissimo cartello*, cobrar cinco mil pesetas por salida, ver la escena constantemente alfombrada de flores, recibir soberbios y artísticos presentes de sus admiradores, poseer alguna *villa* que llevara su nombre, y desdeñar algún príncipe ó gran duque que se desviviese por ella, era su sueño constante, su permanente y seductora ilusión. Como ideal, no acreditaba mal gusto; como sueño, no era malo tampoco: lo dificilillo estribaba, sin embargo, en su realización, cosa que consideraba de una sencillez facilísima la diva del porvenir.

Segura de que en el teatro estaba su puesto, dedicóse á formar repertorio, y cuando consideró que *dominaba* debidamente algunas partituras, y hubo tomado parte en infinidad de conciertos caseros y de beneficencia, y la prensa de la localidad la hubo llamado la Patti, la Nilsson y el ruiseñor de nuestros salones, madre é hija abandonaron la ciudad natal, deudos y relaciones, y se dirigieron á Italia, dispuestas á explotar la prodigiosa mina.

Ya en Milán, avistáronse con famoso maestro, ex tenor de *cartello*, que se ofreció para perfeccionar los estudios de Angelina, y procurarla luego, mediante su valiosa influencia, una ventajosa contrata.

—¿Y usted supone que saldré bien en mi *debut?*—le preguntó Angelina con más zalamería que modestia.

—Estoy seguro de ello—afirmó el maestro.—Tiene usted excepcionales dotes; el porvenir es de usted.

—¿Qué ópera le parece que se adapta mejor á mis facultades?

—Esto depende de la preferencia que sienta usted por determinada partitura. La que más se *siente* es la que se canta mejor.

—Entonces, si á usted le parece, ensayaremos *La Traviatta.*

—No tengo inconveniente; es una obra un tanto trabajada en la parte dramática, pero con un poco de voluntad las dificultades se dominan sin sentirlo apenas.

—Voluntad no me falta..... además.....

—¿Además, qué, señorita?.....

—*La Traviatta* es una ópera que permite á la tiple vestirse y evidenciar su gusto á la par que sus facultades.

El ex tenor no contestó; limitóse á atusarse el bigote con la afeminada mímica de un tenor en ejercicio, en tanto que se decía para sus adentros: «¡Infeliz!»

Quedó acordado que Angelina debutaría en el Verme con *La Traviatta:* por supuesto que la noche del estreno no iba á percibir un céntimo; al contrario, era preciso regalar gran número de localidades y entradas, y agasajar luego á la prensa con un *lunch*.....

—¡Oh! la prensa de teatros es muy flexible en Italia—decía el maestro;—pero en encontrándola el pulso, ya nada hay que temer.

En tanto Angelina estudiaba la popular ópera de Verdi con verdadero calor, su madre mandaba pedir dinero sobre una finca bastante regular que poseía en

y 8. Corpiño para señoras jóvenes. Delantero y espalda.

11. Chaqueta larga para señoras jóvenes.

8 y 19.—Corpiño para señoritas. Delantero y espalda.

12.—Abrigo-levita de paño.

13.—Vestido de recibir.

14 á 17.—Trajes de ceremonia.

España. Es verdad que la suma pedida se la facilitaron mediante un interés rayano á la usura, pero antes de medio año habría ella cancelado la onerosa hipoteca.

Con lo que devengara su niña, su ruiseñor, como llamaba á Angelina, tendría ella de sobra para levantar el crédito y aun mejorar su hacienda. Escudada en tan optimista confianza, invirtió atolondradamente la suma recibida: se agasajó espléndidamente á los periodistas; se compraron lujosos trajes, abanicos de plumas, joyas, calzado, guantes, flores, abrigos, cuanto, en fin, debía la diva lucir en la ópera; se pagó con regia munificencia al maestro, y en pleno derroche de esperanzas y de dinero, llegó la noche deseada, el suspirado día del *debut*.

No: lo que es el escenario se diferenciaba extraordinariamente de los días de ensayo: los muebles cortaban el paso; aquellas mesas del acto primero embrollaban las salidas que era un primor; y luego, mirando la sala, las ondulaciones de centenares de cabezas, las figuras recortándose en contornos esculturales sobre el fondo rojo de los palcos, los fosforescentes chispazos de las joyas y el cabrilleo de las luces reflejándose en ellas, causaban verdadero vértigo, honda é imponente impresión.

Angelina percibió la magnética influencia de aquel deslumbramiento, y á pesar de sus buenos deseos, vivamente impresionada, no acertaba á moverse, ni á dominar su falsa situación. Cuanto á su voz, salía según le consentía su estado, ora simpática y espontánea, ora temblorosa y desigual.

Acabó el acto y la llamaron á la escena. «*¡Sola! ¡Sola!*» gritaba el público; y la debutante saludaba torpemente, y á la par que hacía por sonreir, nublábanse de lágrimas sus ojos, en tanto le latía fuerte y descompasadamente el corazón.

Aquel lisonjero estímulo le facilitó cierto calor y entusiasmo para cantar el acto segundo: sobre todo la frase *Amame, Alfredo*, la dijo con apasionada entonación.

Llegó el tercer acto: la fatiga era mucha; el trabajo que había que hacer superior á sus entusiasmos; su órgano vocal empezó á manifestarse rebelde, y para colmo de contrariedades, el traje que vestía tenía un manto atroz, lo cual la obligaba á volver la cabeza á cada instante, temerosa de ocasionar la caída de algún compañero de bastidor. ¿Y las guirnaldas de camelias? ¡qué mal prendidas estaban! Se le había soltado la que sujetaba los encajes del peto, y esta imprevista contrariedad aumentaba extraordinariamente su perturbación.

Así se llegó al gran concertante, esto es, cuando Angelina se sentía ya completamente desconcertada; de ahí que el acto acabara como Dios quiso, y con ansias vivísimas de la *diva* de que llegara el deseado instante de *morir;* y es que ya percibía, con toda su abrumadora acción, el cansancio físico y moral. Anhelaba la obscuridad: tanta luz y derroche de colores la cegaban. Deseaba estar sola en el dulce y sosegado retiro de su casa, dar rienda suelta á la emoción que la dominaba; llorar, llorar mucho, bien que no sabía por qué, si de gozo ó de pena, de felicidad ó de dolor; pero ello es que sentía oprimirse su pecho, anudarse su garganta, y dentro de la frente algo candente que la abrasaba, así como besos de fuego que dulcemente la martirizaban. Pero la ópera acabó en la escena, y ya fuera de ella, vióse precisada Angelina á continuar la fatigosa comedia.

Había invitado á cenar á los periodistas que el maestro le había indicado, y hasta muy entrada la noche no pudo recogerse.

Ansiaba el descanso, pero no pudo conseguir dar con él. Las fuertes y violentas emociones percibidas durante la noche que acababa; aquellos aplausos que partían siempre de un mismo lado de la sala; algunos siseos impertinentes, que repercutían en sus oídos como silbidos de serpientes; aquellas frases de ocasión: «La primera noche es natural el temor.—Ha hecho usted prodigios como debutante.—Estaba usted elegantísima.—Andando el tiempo será usted una notabilidad», todo acudía á su memoria en confuso y atropellado desorden, y así le ocasionaba ansias infinitas, consternación inexplicable, como arrobadores letargos de optimismo seductor.

La madre en cambio durmió á pierna suelta. Ya no abrigaba dudas ni temor alguno respecto á su porvenir; su ruiseñor anidaría en las primeras escenas líricas del mundo; la mina de diamantes estaba en perfecto estado de explotación.

Pero ¡lo que son los misterios de bastidores! A pesar del éxito de la primera salida y de los desmesurados elogios de la prensa, no se presentaba contrata alguna, siendo lo más grave que los medios de vida empezaban á faltar, y la finca hipotecada se perdía sin remedio si el día del vencimiento no se cancelaba el pendiente crédito.

El cielo de color de rosa que tan incautamente sedujo á las dos españolas empezó á nublarse, fluctuando densas y obscuras nubes en el de su porvenir. Con ánimo de conjurar la tormenta que amenazaba envolverlas, recorrieron varias agencias teatrales, cada vez con más deplorable y desastroso éxito. Había infinidad de tiples de *cartello* que estaban sin ajuste, y las novatas no tenían derecho alguno á mostrarse impacientes.

Se llamó al maestro, al que tan lisonjeras promesas le hiciera un día, y el buen italiano procuraba calmar los desalientos de la novel cantante asegurándole que todo se andaría.

Después de mil gestiones, pudo conseguir un ajuste para un teatro de Padua. Angelina figuraba en la lista de la compañía como *otra primera tiple*. Debutó con la Princesa del *Roberto*, y el público paduano—¡ingrato!—no hizo justicia á sus méritos y talentos. Además, la primera tiple se enceló en los primeros ensayos, y como tenía en Padua muchos amigos, consiguió que la silbaran.

Era Angelina muy digna y cabal y no sufría desaires de nadie: rescindió, pues, su contrata, y á Milán se fué en espera de otro ajuste. Allí sufrió nuevo paréntesis de algunos meses, al cabo de los cuales entró á formar parte de otra compañía. Dió con un público más tolerante que inteligente, que la aplaudía y agasajaba todas las noches, sintiéndose Angelina completamente feliz.

Renacían los entusiasmos de la *diva* á la par que la confianza de la madre, cuando, inesperadamente, la empresa quebró..... ¡Vaya, que se necesitaba paciencia y abnegación para continuar la carrera! Angelina y su madre consultaron su erario: su situación era, más que crítica, comprometida, y acordaron, con tardía precaución, poner término á ella cuanto antes. Pero ¿cómo? ¡Habían perdido su finca, y no les quedaba otra solución que cantar! ¿Dónde, sin embargo? En Italia no era posible; todo era allí convencional, farsa y compadrazgos nada más. Regresarían á España. «La zarzuela es muy bonita—se dijeron;—como que las hay que parecen óperas, teniendo la gran ventaja de permitirle á una vivir bajo su cielo y entre gentes de su país.» Con su voz iba á ser Angelina astro de primera magnitud de la zarzuela española; ¿cómo no se les había ocurrido antes tan lógica y razonable solución? Decididamente habían andando muy torpes, bien que, por fortuna, vislumbraban al fin la luz.

Ya en Madrid, se obtuvo el deseado ajuste; pero Angelina tropezó en su nueva carrera con una dificultad que le costó grandes disgustos superar. Recitaba de una manera deplorable sin arte ni estudio, sin conciencia de lo que hacía: papel por ella interpretado, resultaba siempre desaliñado y borroso; de ahí que los autores se negaran á confiarle aun las más insignificantes partes de sus obras.

Esta contrariedad imprevista hizo que nuevos desmayos y nuevos sinsabores acibararan su vida. En medio de sus desencantos y de su calvario artístico, perdió á su madre..... Luego, sola en el mundo, sin más apoyo que sus débiles fuerzas, ni otra renta que la que podía proporcionarle su garganta, el ruiseñor, enfermo y alicaído, colgó su nido en el último asilo que en su postrer vuelo le fué dado alcanzar.

¡En un café cantante!

ANTONIA OPISSO.

VEN, MI SULTANA.

Ven á mi lado, bella sultana,
Libre las auras á respirar;
Y á los albores de la mañana,
Desde la popa de mi tartana
Verás las crespas ondas del mar.

Verás las nubes que se levantan
Como cortinas de áureo color;
Blancas espumas que se abrillantan,
Y aves marinas que en coro cantan
Las ansiedades del pescador.

Y si en las noches de ardiente estío,
Ligeras redes logro tender
Sobre las aguas del mar bravío,
Como evocados del fondo frío,
Verás los peces aparecer.

Tras de la reja que te aprisiona,
Falta de aliento, falta de amor,
Tu frente ciñe regia corona;
Pero no es libre tu real persona
Como en la barca del pescador.

¿De qué te sirven, bella sultana,
Joyas, pebete, rico diván,
Y entre cojines de seda y grana
Pasar las horas de la mañana,
Si eres la esclava del musulmán?

Rompe la reja que te aprisiona,
Bella cautiva del regio harén;
Bajo otro cielo, bajo otra zona,
De finas perlas alba corona
Guardo en los mares para tu sien.
Ven, mi sultana;
Sultana, ven.

JOAQUÍN QUINTERO.
(Venezolano.)

CANTAR LLORANDO.

Ni el luto del vestido,
Ni del dolor la sombra,
Ni el llanto que del alma
Copioso se desborda,
Ni el lúgubre suspiro
Que en lastimera nota
De tempestad pasada
Recuerda la voz ronca,
Podrán, Amalia mía,
Robarte á tí, en mal hora,
De mi cariño eterno
Las rimas cadenciosas.
El cielo se sonríe,
Los campos se alborozan,
Sus pétalos entreabren
Los nardos y las rosas;
Aumenta su murmullo
La fuente bullidora;
Las aves me despiertan
Cantando dulces trovas,
Que el día en que naciste
El mundo toca á gloria.

Deténgase el suspiro
Que llega hasta mi boca;
El llanto que me anega
Sus cárceles no rompa;
Que cesen de la muerte
Tristísimas congojas,
Porque al nacer Amalia
Nació mi dicha toda.
....
....
Ya caen los espesos
Crespones que me agobian
Ya brilla la esperanza
Con luz encantadora;
Ya alegres y ligeras
Las blancas mariposas
Recorren de mi lira
Las tristes cuerdas rotas.....
¡Ya están las nueve hermanas
Cantando por tí sola!
El ave me da ritmos;
La flor me presta aroma.
Impropio es el que cante
Quien negra muerte llora,
Mas sé que con mi canto
No ofendo su memoria:
¡Cantando por Amalia,
Los muertos me perdonan!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Mas el asunto era tan nuevo para mí, que al ir á empezar, me apercibí con terror de que no recordaba ni una palabra de cuanto me habían dicho, y quedé inmóvil, arrodillada delante del hogar, con la maquinilla en una mano, el café en otra, y enfrente el agua hirviendo.

¿Qué hacer? ¿Dónde echar el aromado Moka, en la máquina ó en la cafetera? Lo más sencillo habría sido buscar á Nicolasa y pedirle nuevas instrucciones; pero la expectativa de una hora de gritos y reconvenciones de mi tía me aterraba, y por otra parte la mirada de tranquila curiosidad del Conde, que no perdía el menor de mis movimientos, me exasperaba cada vez más.

Resuelta á concluir, y embrollándome por el deseo de acabar pronto, vertí el café en el agua con tal priesa, que derramé la mitad en el fuego, levantando un humo espeso y desagradable; me desentendí de la máquina, que dejé sobre la mesa, y levanté triunfalmente la cafetera, después de haber dejado hervir el contenido más de diez minutos.

—¿Queréis que ya os lo sirva?—le pregunté.

—Con mucho gusto—respondió mi enfermo, á la vez que me alargaba la taza.

¡Ay! lo que empezó á salir por el pico de la cafetera era un líquido negro, fangoso y horrible, hasta causar repugnancia: detúveme abrumada, y murmuré:

—Sin duda me he equivocado: la verdad es que no sé hacer el café.

—Pero si está hecho—replicó sin retirar la taza;—aunque yo creía que se debe usar de ese otro objeto.

Y me señalaba la maquinilla, brillante como plata.

—¿Por qué no lo dijisteis antes?—pregunté sin poder contener mi despecho.

—Porque me figuré que os gustaba hacerlo á la turca—respondió.

El resultado fué que tuve que colar el líquido por un pañuelo de batista, y el Conde lo bebió sin tomar aliento.

Después de retirar todo lo que sirvió para su refacción, me dijo:

—¿Habéis recobrado al fin vuestra forma primitiva?

—¿Mi forma primitiva? ¿Qué queréis decir?

—Que anteanoche al despertarme os juzgué una fantástica aparición, y por extraño capricho del destino me creí transportado á un rincón de la tierra donde el reloj del tiempo estaba atrasado en dos siglos.

—¿Y os agradaba la idea?

—¡Ya lo creo! no conozco nada más tonto é insoportable que la época actual.

—Algo más tonto hay todavía—repuse con un suspiro que no me fué dado contener;—y es, no conocer absolutamente nada de esa época que tan mal os parece.

—¿Y quién se halla en tal caso?

—Yo.

—Estad tranquila—respondió irónicamente;—nada perdéis en ello.

Sin duda comprendió en seguida que sus palabras no tenían mucho de amables, y trató de variar de conversación.

—¿Y vuestro perro?—me dijo—¿por qué lo dejáis fuera?

—Temía que os molestase.

Y como hiciera un enérgico movimiento de negativa, llamé á *Lolo*, que estaba tendido en el umbral, y que se precipitó en la estancia dando saltos de alegría y colmándome de caricias delirantes.

—¿Le amáis mucho?—me dijo con más seriedad de la que emplea de ordinario.

—Mucho—le respondí;—es el segundo de mis cariños.

—¿Y el primero, entonces?

—Mi vieja Nicolasa.

—¿De modo que para vuestra tía queda sólo el tercer lugar?

Creo que me ruboricé hasta el blanco de los ojos, y sin saber qué contestar, balbuceé:

—Mi tía no quiere que la quieran.

—¡Extraño capricho! ¡Parece imposible que haya en el mundo seres tallados de esa madera!

Mediaron algunos instantes de silencio; luego me preguntó la hora que era, y al indicársela no pude menos que decirle:

—Temo, caballero, que os fastidiéis de tal modo en nuestro castillo, que los días hayan de pareceros horriblemente largos.

—No lo creáis—repuso vivamente;—mi único disgusto es la molestia que causo. ¡Qué carga tan insoportable debe pareceros un huésped impedido que cae en vuestra casa como llovido de las nubes para no dejaros ni un momento de tranquilidad!

Deseosa de probarle que se equivocaba, y sin reflexionar el sentido de mis palabras, le interrumpí exclamando:

—¡Molestarnos! estad seguro de que el poco trabajo que nos tomamos por vos nos divierte en extremo; particularmente yo, estoy muy contenta de lo sucedido.

Pensaba al hablar así en la rapidez con que había reemplazado á la monotonía de mi anterior existencia; pero el señor de Errazu no podía entenderme, y no me entendió. Púsose tan serio, que cubrió su rostro como un velo de tristeza, frunció las cejas con desagrado, y murmuró inclinando la cabeza ceremoniosamente:

—Vaya, tanto mejor; bien dicen que toda desgracia tiene su lado bueno, y me encanta que en este desagradable negocio haya alguien satisfecho.

Comprendí mi torpeza, y me arrepentí de ella; pero ¿qué hacer? Aquella mirada fría y aquella sonrisa irónica me trastornaban tanto, que me hacían hablar siempre lo contrario de lo que quería; y mi despecho era tal, que me asaltaban deseos de decir insolencias. Contúveme, sin embargo, y aproveché la ocasión de entrar Nicolasa para retirarme y dejarle á su cuidado.

Estoy segura de que este caballero y yo no seremos jamás buenos amigos; se ve claro que le disgusta mi vivacidad, que se burla de todo lo que hago, y de tal modo me domina la desagradable impresión de estos pensamientos, que si no fuera una gran falta de caridad, no ponía los pies en su cámara aunque me lo suplicara de rodillas.

ANDRÉS Á ERNESTO.

Si no recuerdo mal, concluí la carta anterior indicándote la visita de mi rubia enfermera, que se anunciaba con un discreto golpecito en la puerta; pero como en el castillo de Bazán las sorpresas se hallan á la orden del día, en vez de la señorita, penetró en mi habitación un gran perro de Terranova, negro como un diablo, y que, acercándose á mi lecho, se enderezó sobre las patas traseras con la gracia de un elefante del Hipódromo, y alargó la cabeza para que tomara un billete que traía atado en el collar.

Apresuréme á desatarlo y lo leí, deseoso de conocer las órdenes que probablemente querían darme; pero el desengaño no se hizo esperar: el dichoso billete sólo contenía la pregunta de si necesitaba algo, y estas breves frases escritas de modo que dan pésima idea de los estudios caligráficos de su autora. Figúrate que las letras corren una tras otra sin lograr alcanzarse, y que las últimas sílabas se aplastan sin compasión; todo lo cual prueba que, si la señorita se ha educado en colegio, la han robado el dinero de su educación.

En esto soy de una intransigencia absoluta: que una mujer no escriba jamás, se lo perdono; pero si llega á hacerlo, que lo haga bien. No hay nada tan ridículo como el trazo de una pluma parecido al fantástico paso de un cigarrón asustado. Quiero vencer este capricho, y no puedo lograrlo: tan pésimo efecto me hace una carta mal escrita, como si viese á una elegante señora sacar del bolsillo un pañuelo de los que llaman de hierbas, perfumado con pachulí.

Contesté pronto que me moría de hambre, y despaché al perro; pero el animal tuvo la feliz ocurrencia de volcar la escribanía, y fué preciso, con mil trabajos, añadir una posdata dando cuenta del percance.

La enfermerita no se hizo esperar: entró vestida con un traje de damasco antiguo y feo; las trenzas torcidas y sujetas sobre la cabeza con largos alfileres de plata, y un parecido tan marcado á no sé qué retrato de Velázquez, que me sorprendió verdaderamente. Sin apercibir el efecto que me causaba, fué y vino, recogió la mesa caída y la escribanía volcada, insustancial y ligera, hasta el punto de hacerme notar la gran analogía que hay entre su letra y ella.

Decididamente, y á pesar de los grandes favores que la debo, esta joven me desagrada, porque creo que tiene muchos de mis defectos. Paréceme que te oigo reir cuando leas esta sincera confesión; pues no lo dudes: para fealdad moral basta la mía, y todo lo que á ella se asimile me disgusta en alto grado.

La señorita de Bazán es altiva, pronta en sus resoluciones, quisquillosa y excéntrica; todo exactamente como yo, y, á mayor abundamiento, la mujer menos mujer que es posible imaginar. No sabe lo que son las más simples nociones de coquetería femenil, y cuando trata de hacer alguna faena doméstica, se embrolla de tal suerte, que si toma un plato está próxima á romperlo, si sirve el vino lo derrama, y si corta la carne hace saltar los pedazos.

Me dirás que todas estas fechorías son resultado de la timidez de una niña, á quien turban las miradas de mis endiablados ojos verdes: no lo creas; estoy seguro de que ni siquiera se ha apercibido del color que tienen, pues jamás la he visto fijarse en mí: habla conmigo como con un antiguo camarada, y siempre que puede me deja solo en este potro de tormento donde me hallo hace dos semanas.

Para probarte hasta qué punto es torpe, te referiré la última nota de mi comida: el café.

¿Cómo lo hizo? Como lo hace todo, sin pensar en ello, y el resultado fué deplorable, no era café lo que me presentó, sino un tósigo extraño, nauseabundo, lleno de granos, y que hasta el aroma había perdido. Me parece oirte disculpar á la pobrecilla, y hasta sentir el disgusto que le produciría su mala disposición; pues nada, querido, guarda tu lástima para otra vez, porque soporté la derrota con filosófica indiferencia; y creo ¡Dios me perdone! que al ver mis gestos para tragar aquella pócima, tuvo que dominarse para no reir á carcajadas. ¿Qué te parece? ¿Juzgas que una mujer así haría la felicidad de cualquier desfavorecido de la fortuna?

En cuanto á sus afecciones, no hace misterio de ellas: ama primero á su criada Nicolasa; luego á su perro *Lolo*, y después á nadie. Aunque esto lo comprendo: es imposible poder amar á su tía.

Y á propósito de la señorita de Castrojériz, quiero decirte algo de ella, por más que para trazar su retrato sería preciso la chispa y el talento de un caricaturista de primer orden. Figúrate una dama alta como un gastador de artillería, delgada como un alambre, morena, apergaminada, vestida con todo el lujo que falta á la sobrina, prendida siempre, perfumada y hecha un verdadero tipo. Desde que estoy mejor, invierte largas horas en hacerme compañía, y no puedes tener idea de lo que me reiría en su cara, si mi risa no fuese pecado de lesa ingratitud. Las mujeres debían aprender desde niñas el difícil arte de ser ancianas, y para obtener tal resultado eliminar desde luego en su trato lo que es afectación. ¿Hay nada más ridículo que una señora grave ataviada como una muchacha, y acompañando sus discursos con quiebros y monadas impropios hasta en una pollita de quince años? Pues considera que la señorita de Castrojériz es la primera entre las desgraciadas que han olvidado completamente la fecha de su partida de bautismo, y hay que oirla cuando refiere anécdotas que quiere hacer pasar por chistosas y son sencillamente soporíferas.

Su cuello es lo que más llama mi atención: hay, no sé por qué, la costumbre de comparar una hermosa garganta al cuello de un cisne; pero si al de algún bípedo pudiera compararse el de esta señora, sería á una grulla que pelaran viva, dejándolo cuajado de granos y tan lleno de músculos como si fuera un manojo de sarmientos. Para que todo en ella sea antipático, á pesar de la falsa dulzura que afecta y de su afán por parecer á mis ojos bonachona é indulgente, persigue á la sobrina con tal odiosidad, cual si fuera su mayor enemigo. ¿Qué causa tiene este encono? La ignoro completamente, y en balde me pierdo en conjeturas: lo cierto es que sus visitas me parecen insoportables, y que cuanto más procura ganar mi confianza, más repulsiva la hallo.

Ten lástima de mí, Ernesto, y ruega á Dios que me cure pronto; la inmovilidad en que estoy y los seres de que me ha rodeado el destino se unen para hacerme las horas días y los días años.

4 de Abril.

El doctor se halla muy satisfecho del estado del señor de Errazu: sobre todo la herida de la frente, ya cicatrizada, ha permitido quitar los vendajes, y parece sólo una hoja de rosa sobre el pálido cutis; despojada la cabeza de las bandas de tela que medio la ocultaban, tiene un corte artístico que antes no se veía; además, el perfil es correcto, y sin los ojos burlones, acaso este individuo llegaría á ser simpático.

Confiesa humildemente nuestro amigo Sangrán que la curación es tan rápida, que puede considerarse como milagrosa; lo que dará que hacer algún tiempo todavía es la pierna, cuya fractura parece difícil de arreglar. El doctor me ha dicho hoy mismo, en confianza, que continúa siendo precisa la absoluta inmovilidad. ¡Ojalá lleve el convaleciente con paciencia tan amarga medicina!

La primavera empieza á iniciarse y se ve al sol con frecuencia; todo, sin embargo, permanece á mi alrededor triste y frío: calmada la fiebre de actividad que me produjo el accidente del señor de Errazu, he vuelto á caer en mi desaliento anterior.

Aun me asaltan accesos de devoción, pero no ya con la dulce esperanza que me inspiró la anciana consejera de las orillas del Ur-epeel: ahora rezo para confiar mis penas á un corazón tierno y bondadoso como el de San José; pero las locas ilusiones han desaparecido, y ya estoy segura de que el libertador deseado tiene asuntos más importantes que venir á buscar en estas montañas una esposa sin fortuna.

Tan tristes pensamientos me arrancan frecuentemente lágrimas, y una de mis grandes mortificaciones es ocultar sus huellas á las miradas inquisitoriales del Conde: cuando he de presentarme á él y considero que tengo las mejillas encarnadas, y acaso la nariz hinchada y relumbrante de llorar, siento enojo conmigo misma y quisiera castigarme como á una niña mal educada. ¡Ay de mí! ¡qué dichosos serán los que nunca derramen lágrimas!

Y sin embargo, mi enfermo, á pesar de sus impaciencias, tiene momentos en que se despierta en él cierto espíritu conciliador.

—Soy muy gruñón, ¿no es cierto?—me decía ayer;—es una costumbre que tengo contraída desde que nací, y como nadie se ha cuidado de segar á tiempo esta mala hierba, ha crecido hasta convertirse en corpulenta encina.

—¿No han tratado de desarraigarla nunca vuestros amigos?—le pregunté.

—No; me aceptan tal como soy, y cuando les incomodo me abandonan sin escrúpulos.

—Es natural—respondí aturdidamente.

Frunció las cejas, y me miró de un modo que significaba claro: «¿Se os ocurre quizá imitarlos? Entonces idos á paseo.»

Fingí no entenderlo, y me apresuré á darle papel, tinta y pluma que me había pedido, después de lo cual le dejé solo y en libertad de escribir á su amigo, que es, según parece, lo que hace con más gusto.

Lo peor de todo es la parte activa que la señorita de Castrojériz toma en la asistencia del enfermo hará poco más de ocho días: apenas termina el desayuno, viene majestuosamente á instalarse en un sillón, al lado de la chimenea, y no abandona el puesto hasta la hora de comer, recobrándolo en seguida que concluímos para permanecer allí durante la velada.

A. HERMILL.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

Á UNA MORENA.—Para la jovencita de catorce años, la aconsejo el paletó señalado con el núm. 28 de nuestro número del 6 de Septiembre último. Los colores más de moda son *beige*, gris verde, barro cocido, verde reseda y azul Francia.

Para la señorita puede hacer una chaqueta como la del grabado 15 de nuestro número del 22 de Septiembre, y en vez de ser de lana, puede hacerla de pañete color berengena, con mangas *soutachées* de seda negra.

Las *toques* y capotas son del mismo tamaño que las del verano último.

Un sombrero de fieltro *beige*, adornado de plumas y cintas del mismo color, va bien con todos los trajes.

Se llevarán indistintamente sombreros todos negros ó adornados con plumas de colores claros y crespón azul pálido, hoja de rosa, malva, etc., aunque esto último para señoritas ó señoras muy jóvenes. El grabado 1 de nuestro número del 14 del mes actual es un modelo precioso en este género.

El específico á que se refiere es para teñir de negro el cabello. No puedo decirla si está falsificado ya, ni en qué se conoce el verdadero del falso; pero comprándolo en una buena perfumería no es probable que sea falsificado.

Como libros útiles, agradables y de perfecta moralidad, la recomiendo las obras de Fernán Caballero y las novelas científicas de Julio Verne.

CRITICONA.—El vestido como la muestra que me envía no es propio de la estación entrante, aunque esté adornado de terciopelo.

Las plumas debe mandarlas á teñir á una fábrica de plumas, porque en casa es imposible que resulten bien teñidas.

Las tarjetas que usan las señoritas son blancas y de un tamaño regular.

Las chaquetas-*smokings* son bastante cortas, y las casacas estilo Luis XV son largas. Ambos modelos se llevarán mucho este invierno, lo mismo que de otras hechuras, que, como verá, publicamos sin cesar, pues hay una gran variedad de abrigos para la estación próxima.

De ninguna manera son importunas sus preguntas, y tendré mucho gusto en contestarla siempre que me haga el honor de consultarme.

Á LES QUATRE ETOILES.—Haga el favor de leer, en contestación á su primera pregunta, la que doy *A una Presumida*, en este mismo número.

Se llevan para el reloj cadenitas cortas pendientes del cuello, ó un poco más abajo, en el centro del pecho, y la última novedad son las antiguas cadenas largas rodeando el cuello, con pasadores.

Estará muy elegante el cubrepiés con raso color malva.

Como las mangas de los vestidos se estilan bastante largas, los guantes se llevan más bien cortos. Para el teatro son de piel de Suecia en color claro masilla, gris perla, color Suecia, paja, etc.

Voy á describirle el traje de teatro que desea.

Estará elegantísimo de crespón color malva ó maíz. Falda ligeramente drapeada por delante, adornada al borde con un volante de encaje imitación de Chantilly, de 25 centímetros de ancho, sujeto de trecho en trecho con cinta estrecha de terciopelo del color del traje. Por detrás cae recta sin ningún adorno. Cuerpo un poco abierto, con cuello Médicis. Berta de encaje igual á la falda.

En nuestro número precedente acabamos de publicar unos patrones de corsé.

He aquí la receta de agua de Colonia.

En un litro de alcohol de 90 grados se echa:

Esencia de bergamota.......	62 gramos.
— de limón..........	31 —
— de néroli..........	8 —
— de romero..........	8 —
— de clavo..........	16 —
— de cidra..........	12 —

Después de mezclarlas bien, se dejan durante treinta días, y al cabo de ellos se filtra y echa en los frascos.

Á D.ª JOAQUINA MARÍA.—Los lambrequines más elegantes son de *peluche* granate, verde, hoja seca, azul, etc., con flecos de seda.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

18. Sombrero Gilberta.

19. *Deshabillé* para señoras jóvenes.

20. Abrigo para niñas de 10 á 12 años

21.—Abrigo-visita.

22.—Cofia de mañana.

23 y 24.—Vestido para niñas de 8 años. Delantero y espalda.

25 y 26.—Vestido de recibir con esclavina. Espalda y delantero.

Á UNA PRESUMIDA.—El peinado más elegante para señoritas es el que tiene el grabado 26 de nuestro número del 22 de este mes. También se lleva mucho el peinado alto, en forma de calabrote, que sube por el centro de la cabeza y termina en la parte superior con lazadas.

Las tarjetas que más se usan son de cartulina blanca mate, de un tamaño regular.

Á UNA CAMPESINA.—Manera de *conservar las trufas al natural.*

Después de limpiarlas y lavarlas varias veces, se meten en frascos de cuello ancho, echando luego en ellos agua clara hasta la quinta parte de su altura; se tapan los frascos provisionalmente con un corcho, y se los somete á la acción de un baño de sal, que se mantiene en ebullición el tiempo necesario para cocer las trufas, es decir, de treinta á treinta y cinco minutos para los frascos de medio litro, y de cuarenta á cuarenta y cinco minutos para los de litro, á contar desde el momento en que las trufas empiezan á hervir.

Pasado ese tiempo, y antes de sacar los frascos del baño de sal, se procede lo más pronto posible á taparlos herméticamente.

Se guardan en sitio fresco, pero de temperatura poco variable, porque las trufas buenas se alteran fácilmente.

Á D.ª C. R. DE S.—Se sirve la mesa por todo alrededor; un criado empieza por la derecha del dueño de la casa, y otro empieza por la derecha de la señora, y continúan siempre hacia la derecha.

Sí; vuelven á estar de moda las antiguas cadenas largas para el reloj, y muchas elegantes las han sacado hace tiempo.

Los visillos en fondo negro hacen bien para comedor, gabinete de trabajo y salón.

Á EMILIA.—A la tela de la muestra no le está bien ni el azul marino ni el pensamiento, sino el terciopelo verde esmeralda obscuro. Si este color no le agrada, puede adornar el traje con pasamanería y terciopelo negro, pero no hará tan elegante como con verde.

Á UNA CAPRICHOSA.—Puesto que quiere un gabinete lujoso, debe hacerlo de seda brochada, estilo japonés, en fondo claro, con plantas exóticas, pájaros, etc. de colores obscuros. Espejo y chimenea completamente vestidos con pabellones de la misma tela, bordados de flecos de seda en todos los colores de la tela. *Secretaire* y vitrina de *marquetería* con esmaltes y bronces. Columnas de *peluche*, y sobre ellas, figuras de Sajonia ó mármol, ó jarrones con flores y plantas. El fondo de la tela será muy elegante de color malva, rosa viejo, crema, ó verde agua.

En la alcoba, cama de madera, de palosanto, roble, limoncillo, etc., y mesas de noche y espejo de cuerpo entero de la misma madera.

Es costumbre que el novio regale á la novia dos trajes (el de boda y otro), un velo de Chantilly y una alhaja, bien sea ésta unos pendientes, un broche de brillantes, una pulsera, etc., de más ó menos valor, según su posición social. No hay regla ninguna para el regalo que deben hacer los hermanos.

Esa señorita debe llevar traje claro, azul pálido, rosa, maíz, etc., y sombrero en lugar de mantilla. Falda rozando el suelo.

La novia regala á su futuro una botonadura y doce pañuelos de jaretón, con iniciales bordadas, y si se quiere gastar más, un reloj.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm 40.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de banquete ó teatro.—Vestido Luis XV, compuesto de una falda de crespón de la China color Ofelia claro y una casaca Luis XV de terciopelo heliotropo, guarnecida de bordados de oro. Delantero de falda recogido á una altura de 50 centímetros con dos rosáceas de terciopelo heliotropo. Un volante de encaje negro termina la falda. Chaleco de crespón blanco abrochado con botones de oro y cuya aldeta va abierta sobre un plegado de encaje. Este chaleco se añade á la casaca en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. La casaca se compone de espalda con aldetas que forman un pliégue en la costura de los lados, y delanteros con una pinza de pecho y pinza que marca el lado de delante. Galón de oro alrededor de la casaca, y bordados de oro en torno de las sisas, en los lados del delantero, en el borde de las mangas y en el cuello en pie. Se pone un botón en el nacimiento de cada pliegue de la espalda.

Tela necesaria: 10 metros de crespón, y 5 metros 50 centímetros de terciopelo.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

1. Motivos, á punto de cadeneta, para trajes marineros de niños.
2. *Lola*, nombre para pañuelo.
3. BC, enlace para juegos de cama.
4. *Ernestina*, nombre para pañuelo.
5. A, B, principio de abecedario para sábanas.
6. A, B, C y D, principio de abecedario para almohadas.
7. FS, enlace para pañuelo.
8. Corona para ropa blanca.
9. FR, enlace para ídem.
10. Tira de *soutache* fino, para trajes de niños.
11. Viñeta y enlace JV, para pañuelos de caballero.
12. Tira de entredós, para camisola.

CELEBRIDAD PARISIENSE.

Con los vestidos de actualidad, ajustados al talle, es preciso que el corsé esté bien hecho, bien confeccionado, para que modele finamente las caderas y el pecho, y á la vez permita gran elasticidad en los movimientos.

El *Corsé Directorio* es muy pequeño y sienta admirablemente, ejecutándose para las modas de invierno, en las que el paño y el terciopelo exigen un corsé de correcta hechura. La casa DE VERTUS SŒURS, 12, *rue Auber*, en Paris, es el ideal del corsé; y las faldas de debajo, lo que en Francia se denomina *le juponnage*, ha llegado á tal extremo de lujo, que se hacen de brocado y de moaré, en colores claros, y adornadas con gasa de seda.

El *Corsé Dubarry* es la gran novedad entre las últimas creaciones de la moda, y por cierto que sienta perfectamente.

Para estos informes, y para otros del mismo género, todos interesantes, dirigirse á la casa DE VERTUS SŒURS, y apresurarse á hacer los pedidos, porque la estación de invierno se aproxima, y las señoras quieren obtener la primacía en el uso del corsé nuevo.

Más vale, por lo tanto, pedirlo en tiempo oportuno, porque esto siempre resulta en ventaja de la señora que le pide.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 36.

Obras son amores y no buenas razones.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Josefa Martín.—D.ª Emilia Cancio de Couto.—D.ª Rosalía Pérez Alcalde.—D.ª Micaela Ibáñez.—D.ª Carmen Soldevila.—D.ª Desamparados Vives de la Cruz.—D.ª María del Rosario Mayalde Tolosa.—D.ª Carolina Piña.—D.ª Teresa Rodríguez.—D.ª Vicenta C. Castro.—D.ª Rosa Amor y Racho.—D.ª Felicita Ruiz Torno.—D.ª Ana María Bugallal de Méndez.—D.ª Buenaventura de Sierra.

JEROGLÍFICO.

LA SOLUCIÓN EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 6 de Noviembre de 1890.	Año XLIX.—Núm. 41.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Cuestión de economía.—Lo que debe ser la moda.—Chaquetas cortas y chaquetas largas.—La elegancia bien entendida.—Petos á la moda —El cuello *Debureau*.—*Les amis des femmes*, comedia como hay muchas.—*Toilettes* de las actrices.

Reina grande alarma en el campo de las personas económicas, á propósito de la nueva moda de chaquetas-paletós. De todas partes se oyen alabanzas á la chaqueta larga, y no falta quien asegure que la chaqueta corta es una antigualla, y que ninguna señora que se precie de elegante podrá llevarla este invierno. Todo esto peca de exageración, y no hay que alarmarse en demasía por lo que puedan decir personas interesadas.

La chaqueta larga es la gran novedad del momento, no hay que negarlo; pero, por la misma razón, se ven muchas más chaquetas cortas que largas. Sería verdaderamente lamentable que, por obedecer á un nuevo capricho de la moda, se arrinconase desde luego todo lo que cada una posee en su guardarropa, para reemplazarlo con las últimas novedades.

Mi opinión es que una señora debe conformarse con la última moda cuando tiene que hacerse algo nuevo, y que debe también transformar, en cuanto sea posible, lo que ha pasado de moda; pero una señora económica, una señora de buen juicio, debe ante todo aprovechar lo que posee, cuando esto no es viejo ni ridículo.

Entiéndase, pues, que cuando yo señalo un nuevo modelo, no quiero decir que éste se imponga con detrimento de todos los demás, sino que hay que aproximarse á él todo lo más posible, y hasta aceptarlo tal cual es cuando se trata de una nueva adquisición.

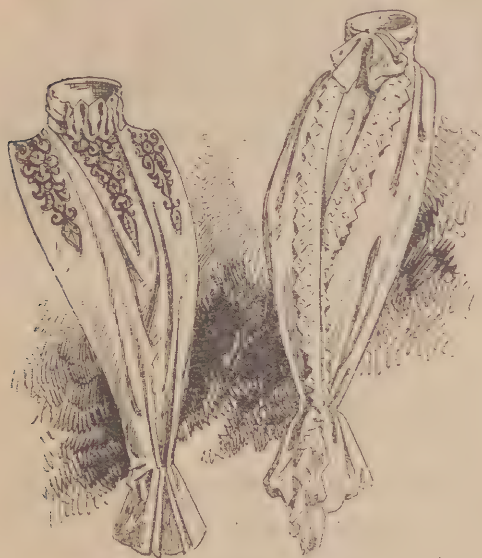
He aquí lo que aconsejo respecto á la chaqueta larga. Las que sean partidarias de esta forma, si tienen que hacerse una chaqueta, harán bien en adoptar este modelo. En el caso contrario, se puede llevar perfectamente una chaqueta corta.

***

1 y 2.—Trajes de visita.

Se hacen estas últimas de piel de nutria ó de felpa, con mangas de astrakán; se las hace también todas de astrakán, y, sobre todo, de paño bordado de diferentes modos.

No es posible imaginar la cantidad de bordados que


Núms. 1 y 2.

ahora se usa y la variedad de sus aplicaciones. Los vestidos, los abrigos y los sombreros van cubiertos de bordados.

Nada más lindo que un traje que tuve la suerte de admirar estos últimos días en una casa de las principales de París. Traje completo de paño negro de amazona, bordado de acero. En la falda, un magnífico bordado irregular, sin simetría, adorna la parte inferior por delante. En el corpiño, peto de bordado, y bordado en las mangas. Añádase á esto una pelliza bretona de paño igual al vestido, con un canesú bordado, y se tendrá un traje distinguidísimo y enteramente al gusto del día.

Núm. 3.

Núm. 4.

He visto también en la misma casa un vestido de faya color de lila, completamente bordado de trencilla negra, de un dibujo muy ligero que lo cubre casi todo. El efecto de este bordado es indescriptible.

***

Núm. 5.

Los camisolines y petos que son indispensable con las chaquetas y corpiños abiertos se hacen de varias maneras.

Núm. 6.

Uno de ellos (croquis núm. 1) es de crespón color crema con aplicaciones de pasamanería de oro; el otro (croquis núm. 2) es de crespón de la China Ofelia con solapas de encaje: en la parte inferior, que forma pechera de camisa, va adornado con unos botoncitos de oro. Un lacito de corbata completa los adornos de este peto.

El último modelo (croquis núm. 3) es de *surah* azul celeste, y va guarnecido de galoncitos de acero. Pero lo más elegante en este género es el cuello llamado *collerette Debureau* (croquis núm. 4).

Se hace generalmente este cuello de muselina de seda estampada de lunares negros formando orla. Se com-

Núm. 7

pone de dos volantes anchos que caen un poco sobre el delantero. El cuello propiamente dicho es de la misma muselina, plegada, con lazo de corbata por delante.

Se hace este mismo cuello de crespón negro festoneado de muselina de seda de todos colores, de crespón de la China y de crespón liso. Es una de las novedades del día. Algunas señoras elegantes lo llevan sobre los vestidos, escotado, para teatro ó en comidas de confianza, y su ejemplo será seguido por otras muchas.

***

En el teatro del Palais Royal se estrenó la semana pasada una comedia chistosa, en tres actos, con grande aceptación del público que frecuenta aquel teatro, lo que no extrañará á nadie cuando diga el título singular de la comedia en cuestión: *Les amis des femmes.*

Como sucede con la mayoría de las obras teatrales que se ponen en escena de algún tiempo á esta parte, me es imposible dar cuenta, en un periódico como La Moda Elegante, del asunto de la comedia, ni mucho menos de sus particularidades, más que escabrosas. Pero me desquitaré reseñando las elegancias de los trajes

Núm. 8.

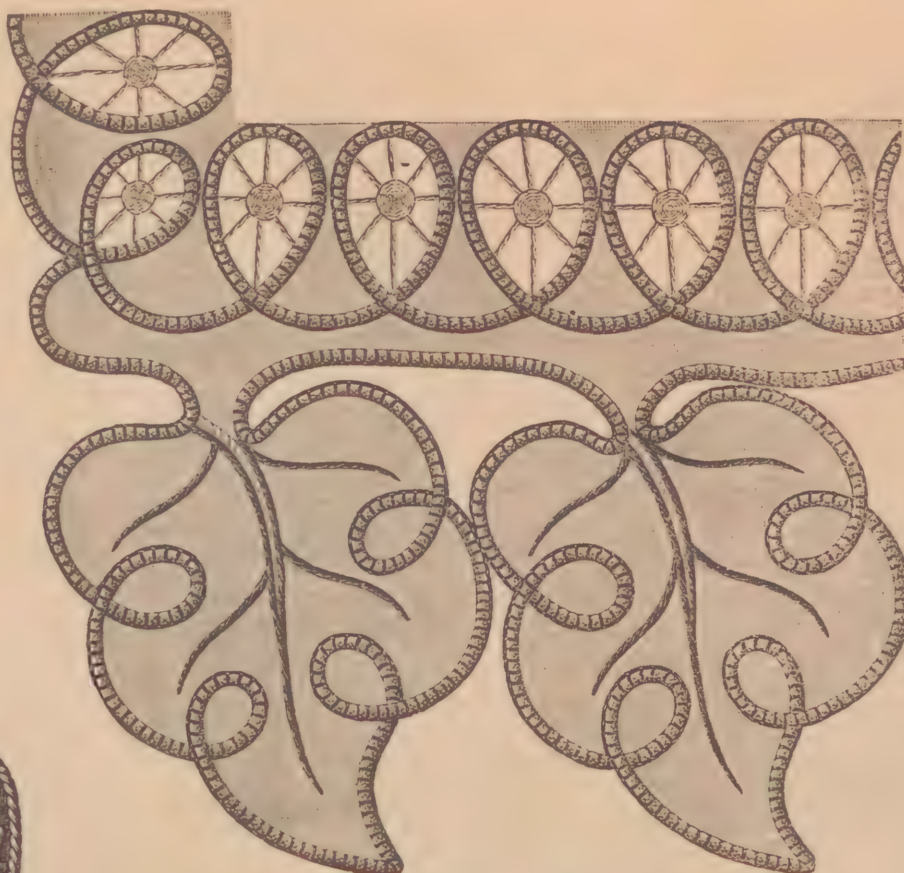
que lucían las principales actrices, lo que interesará más seguramente á sus lectoras que si les reseñase la comedia.

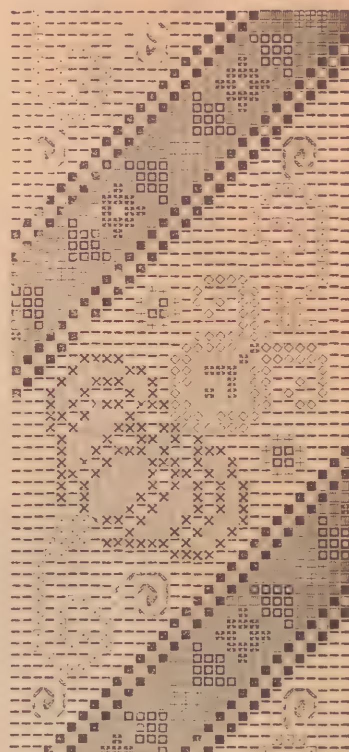
Acto primero.—Al principio Mlle. Lavigne, que representa el papel de una hija de portera, alumna de la escuela coreográfica de la Ópera, viste un traje de calle preciosísimo. El vestido, que es de paño rojo obscuro y terciopelo del mismo color, de cierre invisible, va hendido á cada lado sobre una quilla de terciopelo. Una V pequeña va puesta en la cintura. Manga larga con acuchillado de terciopelo cerca del hombro. Cuello y puños de hilo blanco, y corbata de fular negro con lunares encarnados (croquis núm. 5).

Núm. 9.

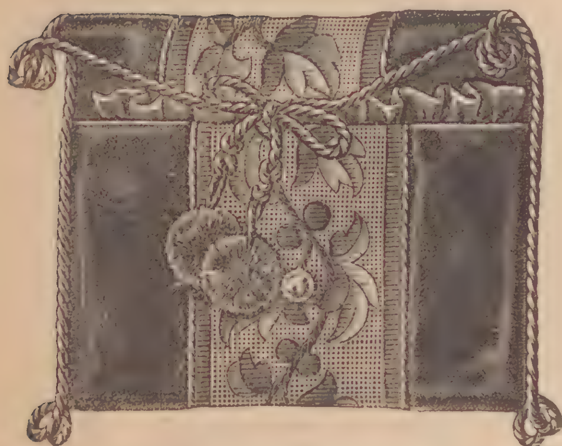
Mme. Magnier, elegantemente vestida, como siempre, saca un traje de raso verde cubierto de encaje Cluny. Todo el delantero del vestido va cubierto de este modo, con unos pliegues cerca del escote, tirantes alrededor de las sisas y bandas estrechas y plegadas

3.—Delantal con bordado. *Véase el dibujo 4.*


4.—Bordado del delantal (tamaño natural). *Véase el dibujo 3.*


10.—Bordado del tapete. *Véanse los dibujos 9 y 11.*

Explicación de los signos: ■ marrón obscuro; ▒ marrón claro; ◇ amarillo ocre; □ oro; ⊞ encarnado obscuro; ⊡ encarnado claro; ⊠ verde aceituna obscuro; ⊡ verde aceituna claro; ▣ azul obscuro; ⊞ azul claro; ▬ fondo.


5.—Bolsita de labor. *Véase el dibujo 6.*

7.—Bordado para almohadones ó tapetes. *Véase el dibujo 8.*

6.—Bordado de la bolsita de labor (tamaño natural). *Véase el dibujo 5.*

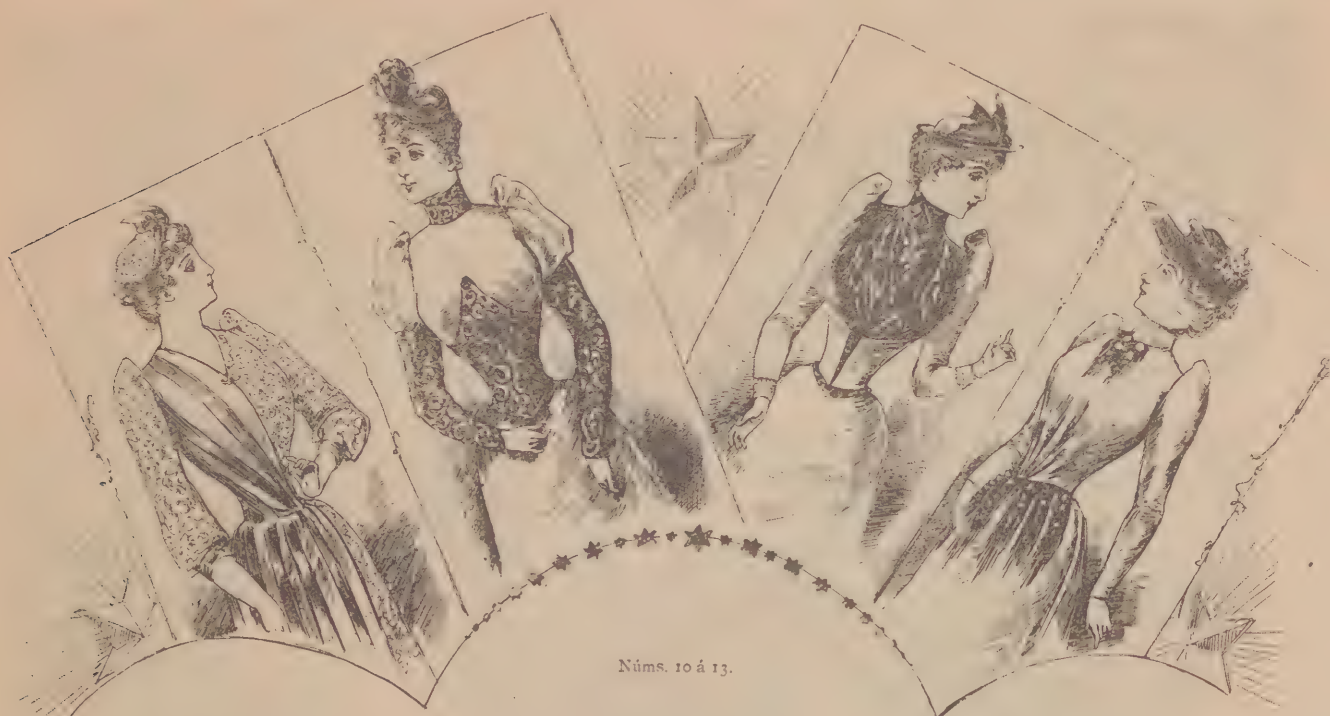
11.—Galón bordado del tapete para mesa de juego. *Véanse los dibujos 9 y 10.*

12.—Collar de muselina de seda.

8.—Ejecución del bordado para almohadones ó tapetes (tamaño natural). *Véase el dibujo 7.*

9.—Tapete para mesa de juego. *Véanse los dibujos 10 y 11.*

13.—Limpiaplumas bordado.


Núms. 10 á 13.

que salen de las costuras de debajo de los brazos para anudarse en la cintura. Mangas semicortas y bullonadas. Por detrás, el aspecto del vestido es muy diferente: una cola y espalda de magnífico brocado Pompadour (croquis núm. 6). Este y los otros dos vestidos de madame Magnier son verdaderas maravillas de elegancia.

Mlle. Bonnet.—Vestido de visita hecho de faya color de palo de rosa con disposiciones de terciopelo del mismo color. Falda recta, con orla ancha á disposición. Casaca ziszás, abierta sobre un peto de muselina de seda blanca. *Toque* adornada con banda de terciopelo á todo el rededor y guarnecida de plumas color de rosa (croquis núm. 7).

Mlle. Cheirel.—Vestido de dos caras, de pekín color anémona, de dos matices, y guipur color de pan moreno. Todo el lado derecho y la espalda de pekín, mientras que el lado izquierdo, así como las mangas, son de guipur. Capotita de guipur, guarnecida de terciopelo (croquis núm. 10).

Acto segundo.—Un solo traje notabilísimo hay en este acto, el que saca Mme. Magnier, que es superior á todo elogio. Todo el vestido es de raso color de rosa claro, cubierto de crespón de la China del mismo color. Como adorno, unos galones orientales de oro, con incrustaciones de turquesas y amatistas. No es posible describir este vestido, que nuestro croquis representa en todos sus detalles; haré notar únicamente una cola muy original, formando triángulos puntiagudos como una flecha, y sobre la cual van bordadas unas golondrinas negras del género japonés (croquis núm. 8).

Se ha visto pocas veces nada tan original, tan imprevisto ni elegante como este vestido.

Acto tercero.—Mlle. Bonnet.—Vestido de paño color masilla, con adornos de terciopelo angélica, recortado en forma de aplicaciones sobre el paño.—*Toque* de fieltro color masilla guarnecida de plumas (croquis núm. 11).

Mlle. Lavigne saca en este acto un vestido de paño color de muro y terciopelo escocés. Todo el delantero del corpiño es una banda plegada de terciopelo escocés, sujeto en la cintura con un corselillo de paño. Dos paños escoceses rodean la parte de detrás de la falda. Como tocado, un sombrero *Mercurio* de fieltro gris, con terciopelo color rubí y alas de golondrinas (croquis número 12).

Mlle. Cheirel.—Levita larga de piel de seda roja, con adornos en forma de dientes que caen alrededor de la cintura. Estos adornos son de cuentas de azabache y cuentas gruesas de color.—Sombrero de fieltro negro con fondo de pandero, de terciopelo negro, guarnecido de un ramo de flores (croquis núm. 13).

Para terminar esta serie de *toilettes* elegantes, describiré el tercer traje de Mme. Magnier. Vestido de raso azul Edison, enteramente bordado por delante de arabescos de cuentas de azabache. En el borde del delantal remonta un poco por los lados una franja de plumas negras. Casaca larga de terciopelo del mismo color, que descubre el delantero del corpiño, el cual es de raso bordado de azabache. Bolsillos florentinos figurados con un bordado de azabache.—*Toque* de terciopelo guarnecida de plumas (croquis núm. 9).

V. de Castelfido.

París, 1.º de Noviembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Trajes de visita.—Núms. 1 y 2.

Núm. 1. Vestido de paño color de fieltro, con bordado color de nutria. Adornos de terciopelo del mismo color. Fondo de falda de tafetán y falda de paño. Corpiño de bordado, puesto sobre un forro de corpiño ordinario, con espalda, lados de espalda y de delante y delanteros que se cierran en medio bajo el bordado y se ajustan con dos pinzas. Corselillo plegado de paño. Manga de bordado. Una cinta de terciopelo rodea la sisa, desciende formando tirantes sobre el delantero y sobre la falda, y termina en un lazo del mismo terciopelo. Cuello alto, de terciopelo color de nutria. Capotita de bordado, con escarapela de terciopelo color de nutria por delante y *pouf* de plumas por detrás.

Núm. 2. Vestido de seda gris acero, con lunares brochados de seda gris claro. Coraza de paño blanco bordado de oro. La parte inferior de la manga ajustada es de lo mismo, y termina una manga de seda de lunares bullonada dos veces. Fondo de falda de tafetán y falda de seda de lunares; abierta en el lado izquierdo sobre una quilla de terciopelo gris obscuro, y terminada en un rizado grueso de seda lisa. La parte superior de la falda va montada con dos ajaretados, cuya cabeza descansa sobre la coraza. Esta se compone de una espalda al sesgo y delanteros también al sesgo, cerrados en medio y adornados en forma de V, como la espalda, con un bordado de oro. Un peto puntiagudo y un cuello alto y abierto van añadidos en lo alto del corpiño. Pinzas de pecho y lados de delante. Una cinta de terciopelo ribetea la manga y remonta sobre la costura del codo.—Capota muy pequeña de terciopelo, con penacho de plumas. Un cordón de pedrería rodea la capota.

Delantal con bordado.—Núms. 3 y 4.

Este delantal, destinado á las señoritas para servir el té, es de linón. Se pasa á la tela el dibujo 4, se ribetean todos los contornos con cordón blanco, y se cubre éste de un punto de festón hecho con algodón azul. Como cinturón, una cordonadura de algodón azul y algodón blanco.

Las venas van ribeteadas de algodón azul. Las ruedas se ejecutan con algodón blanco.

Bolsita de labor.—Núms. 5 y 6.

Esta bolsita tiene 18 centímetros de largo por 13 de alto. Se ejecuta en primer lugar la tira del centro, hecha sobre un pedazo de cañamazo crudo, de 34 centímetros de largo, sobre el cual se borda el dibujo 6 con sedas de varios colores. Las hojas son alternativamente verdes y de color de *óxido*. Los tallos son verdes, y los granos de color de heliotropo. El borde se hace con seda verde obscura. Se forra el cañamazo de seda color de *óxido* muy pálido, y se le ribetea de una tira de felpa verde aceituna, de 5 centímetros de ancho, forrada de raso color de *óxido* muy pálido. Se cubre la costura de unión de la felpa con una trencilla fina de oro, y se corta al sesgo uno de los lados transversales, á fin de formar la vuelta. Se dobla el lado no cortado, sobre 11 centímetros de alto. Por el interior del otro lado (el que forma la vuelta) se fija un bolsillo con jareta, por la cual se pasa una cinta elástica. Se juntan los lados transversales; se ribetean los contornos de un cordón grueso de seda color de *óxido*, dispuesto en presillas en los ángulos, anudado por delante y terminado en unas bolitas. Se fija un botón y una presilla para cerrar la vuelta.

Bordado para almohadones ó tapetes.—Núms. 7 y 8.

La fig. 33 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 39 corresponde á este objeto.

Se ejecuta este bordado sobre cañamazo no dividido, con sedas de varios colores y lana fina gris. Se le rodea con felpa color de aceituna claro.

La fig. 33 representa la cuarta parte del dibujo. Se le traspasa á un pedazo de cañamazo de 46 centímetros de largo por 30 de ancho, y se fija este cañamazo sobre un pedazo de felpa de 60 centímetros de largo y 44 de ancho. Se recorta la felpa, siguiendo los contornos interiores del marco del dibujo, y por la otra parte se aplican los contornos exteriores del dibujo sobre la felpa. Las flores van bordadas con seda color de fresa y azul, de varios matices; las hojas van festoneadas con seda color de bronce de varios matices, y los tallos se bordan con seda marrón, al pasado y punto de cadeneta. Todos los detalles del dibujo van rodeados de un punto de cadeneta, hecho con seda negra (véase el dibujo 8, que representa una parte del bordado, de tamaño natural). Para el fondo, ejecutado por hileras ascendentes, se toma lana gris muy fina; se hace un punto sobre cuatro hilos de altura y un hilo de ancho, á la derecha, y se dirige la aguja hacia el exterior, á dos hilos de distancia del punto de partida. Cada hilera siguiente va hecha á un hilo de distancia. Este hilo del cañamazo va cubierto de cruces, ejecutadas, sobre dos hilos de altura, con seda amarilla.

Tapete para mesa de juego.—Núms. 9 á 11.

Se hace este tapete con tiras de cañamazo, reunidas por medio de tiras de tela. Se le da el largo requerido, y en general 47 centímetros de ancho. Se borda este tapete, con arreglo á los dibujos 10 y 11, empleando lanas de los colores que indican los signos, é hilo de oro al punto cruzado.

Collar de muselina de seda.—Núm. 12.

Se le ejecuta con un pedazo de cinta de un amarillo claro, de 57 centímetros de largo por 3 centímetros de ancho, á la cual se añade una tira de muselina de seda del mismo color, puesta doble, de 5 centímetros de ancho. Se cose la cinta bajo el escote del corpiño.

Limpiaplumas bordado.—Núm. 13.

La fig. 37 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Se corta de paño verde obscuro, verde claro, marrón obscuro y marrón claro un pedazo por la fig. 37. Se recorta el paño verde obscuro, con arreglo á los contornos del dibujo, y se añade el pedazo verde claro, haciendo un punto de cadeneta con seda verde obscuro. El pedazo verde claro va perforado antes con arreglo al dibujo, y se hacen en él unos puntos de cadeneta con seda verde obscura. Se recorta el contorno exterior de todos los pedazos, y se les juntan en el hueco de los dientes.

Paletó de piel de nutria y astrakán moaré.—Núm. 14.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Chaqueta-paletó adornada con bordados.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación, patrones y bordados, véase el núm. VII *(reverso)*, figs. 38 á 49 de la *Hoja-Suplemento.*

Traje para niños de 5 á 7 años.—Núm. 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 17 á 25 de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 26 á 33 de la *Hoja-Suplemento.*

Sombrero Lahire.—Núm. 19.

Este sombrero es de fieltro color de nutria, con ala ondeada y guarnecida de un entredós calado de azabache. Por encima va un torzal de cinta de terciopelo verde y un penacho de plumas del mismo color.

Sombrero Faliero.—Núm. 20.

Es de fieltro gris con ala enrollada y ribeteada de galón gris de seda. Una cinta de faya gris rodea la copa y se anuda en la derecha hacia adelante. Pájaro gris en la derecha.

Gorra para niñas de 2 á 3 años (crochet).—Núm. 21.

Nuestro modelo va hecho con lana azul marino de una variedad de crochet tunecino, el cual se compone, como es sabido, de vueltas que tienen cada una dos hileras que van, la primera, de derecha á izquierda, para levantar las mallas, y la segunda, de izquierda á derecha, para desmontarlas. El contorno de la gorra va guarnecido de una tira de conchas, ejecutada con lana gris. La gorra va forrada de seda encarnada.

Se preparan para el fondo cinco pedazos que se hacen aisladamente. Los cuatro pedazos de detrás, que son iguales, van hechos sobre una cadeneta de 20 mallas.

1.ª *vuelta.*—Al crochet tunecino ordinario. La variante de este crochet consiste en lo siguiente: en cada vuelta que sigue para la primera hilera, se levanta cada malla, no en el lado perpendicular de las mallas de la vuelta anterior, sino sobre la malla-cadeneta de la misma. Se hacen de este modo otras 29 vueltas, pero en la 7.ª, y en cada una de las 3.ª vueltas siguientes, se mengua una malla en cada extremo de la vuelta. Durante las 7 primeras vueltas de esta pieza (la cual desde la 8.ª forma una punta), para obtener su borde en línea recta, se pasa una malla al principio de la vuelta, y se crece de una malla al final de cada vuelta. La pieza de delante, que va hecha en línea recta, se principia por una cadeneta de 93 mallas, sobre las cuales se hacen 32 vueltas como las anteriores, siempre en el mismo número de mallas. Se juntan todas las piezas por la parte exterior, haciendo una vuelta de mallas-cadenetas.

Tira del contorno.—Esta tira, que imita la piel, va hecha al través, sobre una cadeneta de 8 mallas, de una variante del crochet tunecino. Esta variante consiste en que en la 2.ª hilera de cada vuelta se desmontan, como de costumbre, 2 mallas, y luego, para formar una concha, se hacen 3 veces, alternando, 3 mallas al aire, después de lo cual se desmontan las 2 mallas siguientes. En la misma hilera de la vuelta siguiente se desmontan 3 mallas; se hacen 3 mallas al aire, se desmontan 2 mallas, se hacen 3 mallas al aire, se desmontan las 2 mallas siguientes. Se repiten estas dos vueltas, alternativamente, tantas veces como sea necesario (en nuestro modelo 42 veces). Se unen después las mallas de la última vuelta á las mallas de orilla. En el borde inferior de la tira se hace, desde el revés, con la misma lana gris, una vuelta de mallas-cadenetas, y en el borde superior de la misma tira se hace la misma vuelta con lana encarnada obscura. Para hacer estas vueltas, se clava siempre el crochet en la parte de delante de cada malla. Se une esta última vuelta á las mallas de orilla del pedazo de seda, abrazando siempre una malla-cadeneta de la tira y una malla de orilla. Se frunce el borde inferior de las cinco

piezas ó pedazos, de manera que encajen con la tira del contorno, y se las pega á esta tira cosiéndolas con puntadas imperceptibles. Se frunce el borde superior de la gorra, y se fija un botón revestido de terciopelo. Para el forro, se juntan seis pedazos de raso encarnado de 10 centímetros de ancho cada uno en su borde inferior, y 18 centímetros de largo, formando una punta hacia su borde superior. Se forra la tira de lienzo fuerte y se fija después el forro.

Gorra para niñas y niños.—Núm. 22.

Para hacer esta gorra, que tiene la forma de una *toque*, se empleará un disco de terciopelo ó de felpa de unos 36 centímetros de diámetro próximamente. Se le frunce un poco por detrás y mucho por delante, y se le pega á un borde de la misma tela, de 55 centímetros de largo por 4 de ancho por delante y 3 por detrás. Este borde va forrado de lienzo fuerte. Se añade el fondo de manera que éste forme una especie de bullonado por delante. El borde va adornado de felpilla cosida, formando ziszás y con pompones de felpilla. Fondo de seda.

Cuello para traje de teatro.—Núm. 23.

Va hecho este cuello de un encaje antiguo bastante ancho, montado sobre terciopelo, que va casi todo cubierto por el encaje.

Vestido para niñas de 12 á 13 años.—Núms. 24 y 25.

Se hace este vestido de lana color de avestruz, y se le guarnece de terciopelo color de escarabajo. Se compone de una falda ancha plegada por delante y formando dos pliegues encañonados, con abanico de pliegues en medio. Corpiño con delantero de corselillo, abierto sobre una camiseta ancha de terciopelo y sujeto con unas correas fijadas con hebillas de plata. El forro de los delanteros se cierra en medio y se ajusta con dos pinzas. Cinturón de terciopelo formando puntas por delante y anudado por detrás. Manga ancha, muy plegada en lo alto y ajustada en su parte inferior. Espalda con tirantes reunidos en la cintura. Cuello alto.

Tela necesaria: 5 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, y 80 centímetros de terciopelo.

Traje para niñas de 11 á 12 años.—Núms. 26 y 27.

Este traje es de cachemir *beige* y seda escocesa. Falda plegada de seda escocesa, con entrepaños de cachemir plegado. Corpiño de cachemir plegado por delante sobre una parte de tela escocesa. Rosáceas de cinta en el corpiño y en las mangas, que son mitad de tela escocesa y mitad de cachemir.

Traje de recibir.—Núms. 28 y 29.

Se hace este traje de terciopelo azul turquí con listas de seda tornasolada azul pálido y oro. Delantero de encaje de seda color de paja, sobre transparente de seda del mismo color. El vestido se compone de una especie de levita de terciopelo listado, abierta sobre un centro de falda ancha de seda azul lisa. Espalda, pinza de pecho y pinza que marca el ladito de delante. En el centro de la espalda, capucha puntiaguda de terciopelo azul terminada en un lazo flotante de terciopelo del mismo color. Manga judía de terciopelo listado, y manga de codo de terciopelo liso, con acuchillados de encaje en la costura del codo. Delantero-blusa estrechado con un cinturón de terciopelo azul. El delantero-blusa se añade á la levita en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Cuello alto de terciopelo.

Bata para señoritas.—Núm. 30.

Se hace esta bata de lana azul eléctrico, y se la guarnece de galón bordado de plata. Manga bullonada y cuello vuelto de crespón blanco bordado. Falda ancha abrochada por delante, y corpiño fruncido sujeto con un cinturón puntiagudo de galón. La espalda y el delantero fruncidos van puestos sobre un forro de corpiño ordinario, cerrado en medio y ajustado con dos pinzas. Cuello grande vuelto de crespón blanco bordado. Manga corta ribeteada de galón sobre otra manga bullonada de crespón blanco, sujeta en un puño de galón.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de lana, y un metro de crespón bordado.

Paletó para niñas de 10 á 12 años.—Núms. 31 y 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 10 á 16 de la *Hoja-Suplemento*.

Collar de tejido de seda.—Núm. 33.

Los *collares* de este género (destinados á ribetear el escote de un vestido) se hacen con tiras de crespón de la China, de raso ó de gasa, cortadas al sesgo, de 4 centímetros de ancho por 60 de largo. Se les pliega y se les fija sobre un fondo de seda plano.

Delantales para niñas y niños.—Núms. 34 á 36.

El delantal núm. 34 es de *surah* color de rosa y encaje blanco; el núm. 35, de andrinopla encarnada, va adornado con bordados, y el núm. 36 es de satinete fondo crema con estampaciones azules.

Liga de surah y encaje.—Núm. 37.

Esta liga es de *surah* color de rosa y encaje color crema, y va adornada con cinta cometa color de rosa.

Vestido de lana brochada.—Núm. 38.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Esclavina-estola de piel.—Núm. 39.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 34 á 36 de la *Hoja-Suplemento.*

Paletó de terciopelo.—Núm. 40.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento.*

Vestido de paño.—Núms. 41 y 42.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 9 de la *Hoja-Suplemento.*

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

L «acontecimiento» de la semana última han sido las carreras de caballos.

Pero ¡qué acontecimiento tan triste, tan deplorable!

Porque ha puesto en evidencia que no se aclimatan entre nosotros; que en vez de aumentar su prestigio y su popularidad, decrecen cada año, y que si no desaparece completamente de entre nosotros la diversión—ó la especulación, que esto ha venido á ser—de las sociedades modernas, habrá de modificarse para seguir existiendo aquí.

La modificación ha de consistir en ser menos frecuentes: en limitarse á las de primavera, más animadas, más concurridas siempre que las de otoño.

En Abril y Mayo no se ha ausentado todavía la *high life* de la corte; en Octubre no ha regresado aún aquélla de sus excursiones veraniegas.

El supremo buen tono exige ahora que las familias principales no abandonen el campo—donde se mueren de tedio y de frío—ó París—donde se arruinan en los hoteles y en casa de las modistas—hasta principios de Noviembre.

De ahí que este año se cuenten por docenas los ausentes; de ahí que los palcos del Teatro Real se vean vacíos en su mayor parte, y de ahí que el *turf* de la Castellana estuviese tan triste, tan desanimado, las tardes de las tres últimas *reuniones*—que ésta es la palabreja oficial.

En la postrera, sin embargo, ocurrió un incidente que prestó cierto interés *sui generis* á la fiesta: el Marqués de Villamejor y su hijo el Conde de Mejorada retiraron los caballos que debían tomar parte en la lucha, y esto se prestó á toda clase de historias y de comentarios.

Los lectores saben por larga experiencia que no gusto de cultivar la chismografía, y, por ende, no extrañarán no profundice en la cuestión y me limite sencillamente á mencionarla.

Dicho esto, variaremos de asunto, porque éste *ne donne assez de oui*, como decía en Bayona cierta dama, pretendiendo hablar francés.

***

Lo cierto y positivo es que hay grandes dificultades para escribir las crónicas del gran mundo, porque éste no ha empezado á dar señales de vida.

Mucha parte de él reside en Zarauz, en Biarritz, en París y en otras partes, temeroso de las viruelas, que siguen reinando entre nosotros, y del cólera, que ya ha desaparecido, por fortuna.

La vuelta de la Corte ejercerá, empero, influjo poderoso sobre los pusilánimes.

Muchos han llegado en pos de la familia Real: otros, al ver que S. M. la Reina no ha vacilado en traer sus augustos hijos al centro de la epidemia variolosa, no tardarán en seguir el ejemplo y vendrán á hacer alarde de su energía y de su valor.

Son muy limitados, empero, los sitios donde, además del regio coliseo, se congrega la sociedad elegante.

La nueva Marquesa de Squilache—que hasta poco ha se llamaba la señora de Larios—reune á los amigos de confianza, primero en su mesa, después en su salón, donde se juega al tresillo.

La Duquesa viuda de Pastrana hace algo semejante, aunque en círculo más reducido, y sus ricos salones de la calle del General Castaños son punto de cita diariamente para cierto número de personas de su mayor intimidad.

Pero la Duquesa de Medinaceli continúa en París, sin pensar en trasladarse á nuestra capital, toda vez que recientemente ha cambiado de hotel, trasladándose desde el *Continental* al del Rhin: los Duques de Fernán-Núñez no han abandonado tampoco el *chateau* de Dave, dando hospitalidad á parientes y amigos; y, en fin, los de Alba no se encuentran más próximos á tornar á sus penates.

***

Los matrimonios concertados—y los *desconcertados*—son casi el único pasto de las conversaciones.

Se ha fijado la fecha del 2 de Febrero—día de la Purificación de la Virgen—para el de la bella señorita doña Paulina Baüer con el Marqués de Villamanrique, primogénito de los Duques de Baena.

Antes—acaso el 1.º de Enero—recibirán las bendiciones el Duque de Tarifa y la señorita D.ª María Medina y Garbey, hija de los Marqueses de Esquivel.

La ceremonia religiosa se efectuará en Sevilla, donde reside la interesante *fiancée;* pero los futuros esposos deben habitar Madrid.

Por último, el 1.º de Enero es asimismo el día señalado para el enlace del Vizconde de Roda, hermano del Marqués de Ayerbe, con la hija menor de los Marqueses de Castro-Serna.

Háblase mucho de otros consorcios arreglados ó *desarreglados;* pero debo repetir lo que es notorio: que la prudencia veda anunciar aquello que no es del dominio público.

***

En cada representación de las del regio coliseo se nota la presencia de alguna familia recién llegada.

—¡Ah!—dicen los espectadores—ya ha venido la Duquesa de A.

—¡Hola!—exclaman en otra parte—por fin ya tenemos aquí á la Marquesa de B.

Y así sucesivamenre se va haciendo uso de cada una de las letras del alfabeto.

La verdad es que los miedosos hacen su *rentrée* poco á poco, lentamente, para ver si «su acto de valor» no tendrá consecuencias desagradables.

Hasta ahora ni uno solo de los valientes ha sido atacado del cólera ni de la viruela, y eso animará sin duda á los restantes.

La sala de la plaza de Oriente se va animando, y cada noche se ven en ella mayor número de caras conocidas.

La empresa del Conde de Michelena lucha valerosamente con las dificultades y con la indiferencia del público.

La primera de aquéllas fué una indisposición de la Sembrich, que tuvo lugar al día siguiente de su primera salida; luego otra de la Stalh; por último, una nueva cantante, la *signora* Bordalba, rompió su escritura desde París, y fué forzoso reemplazarla con otra, la Sra. Mendioroz, española, que ya ha hecho su *debutto.*

Pero no adelantemos las cosas: hablemos de lo antiguo para tratar después de lo moderno.

Lo antiguo—relativamente—son *Aida* y *Amletto;* lo reciente, *Mephistophele.*

La ópera de Verdi ha sido desempeñada por la Tetrazzini, la Stalh, el tenor Durot, el barítono Tabuyo y el bajo profundo Borucchia.

Exito frío para la generalidad; honrosísimo para las dos *primas donnas*, que cada una en su esfera brillaron con luz propia.

El tenor Durot, tibiamente recibido en *Otello*, no ha conseguido levantarse más en el papel de Radamés.

Nuestro compatriota Tabuyo hace un Amonasro demasiado joven, aunque lo interpreta bien, y el Sr. Borucchia es más á propósito para partes tan secundarias como las de Faraón, que para otras tan importantes como la de Mefistófeles.

Hasta ahora la mejor, la más completa de las representaciones de la temporada, ha sido la de *Amletto*, el bello *spartitto* de Ambrosio Thomas, fiado á la Sembrich, la Stalh, Battistini y Borucchia.

La *diva* austriaca era ya conocida en el poético personaje de Ofelia, que caracteriza, dice y canta de la manera más perfecta y admirable.

Cada pieza la valió un triunfo y una ovación unánimes; pero donde el entusiasmo llegó á su colmo, fué en todo el cuarto acto, en el que la actriz y la *virtuosa* compiten en talento y en habilidad.

El auditorio la llamó al final á las tablas multitud de veces, prodigándola las muestras de satisfacción.

La Stalh presta gran importancia á la figura de la reina Gertrudis; y Battistini justifica los elogios que la prensa italiana le prodigó cuando años atrás interpretó en la Scala de Milán al Príncipe de Dinamarca.

Voz, figura, fisonomía, talento, todo lo posee el distinguido barítono para prestar vida y color á la doble creación de Shakespeare y Thomas.

Las diversas y difíciles piezas de que consta la parte de *Amletto* fueron ejecutadas por él con igual maestría, y en todas mereció aplausos y bravos unánimes.

***

Mephistophele no ha sido tan dichoso como *Amletto*, aunque la Sra. Mendioroz, que hacía su presentación en la parte de Margarita, obtuvo una acogida honrosa y favorable.

Conócesele á la nueva artista—en el semblante y en la inexperiencia—que es aún muy joven, defecto del que, desgraciadamente, se corregirá antes de lo que quisiera.

De órgano agradable en las notas agudas, carece de extensión en las graves; aunque lo suple todo con la expresión que logra dar á los acentos.

En el cuartetto del jardín y en todo el acto de la prisión es donde se distinguió más la Sra. Mendioroz, que, en suma, satisfizo las exigencias del público.

De la Sra. Petich vale más no hablar, aguardando otra ocasión en que acabar de juzgarla.

El tenor Lucigniani estuvo bien, sobre todo en la romanza del epílogo, que dijo con verdadero sentimiento.

El Sr. Borucchia, ya lo indiqué antes, no tiene fuerza ni facultades para la carga que había echado sobre sí. ¿Por qué, hallándose en la compañía Uetam, no se le ha confiado una parte en que tantos laureles ha conseguido?

***

El antiguo corral de la Pacheca ha hecho su reapertura el sábado de la semana anterior con la célebre comedia de Tirso de Molina *El Vergonzoso en Palacio.*

El principal atractivo de la función era la presencia de la Srta. María Guerrero en aquella escena, y en un género distinto de los que hasta ahora ha cultivado la joven y linda actriz.

El éxito fué completo, y el viejo coliseo está de enhorabuena por haber encontrado lo que buscaba—una estrella que ilumine sus tinieblas.

Pero ahora caigo en la cuenta de que las tinieblas han desaparecido, pues la nueva luz eléctrica alegra é ilumina perfectamente el recinto.

Lo que no desaparece es el frío que se siente en la sala, y que debería cesar merced á abundantes caloríferos.

Su vecino el coliseo de la Comedia ha estrenado en poco tiempo dos obras, *Los Estacionarios*, arreglo de *Les Ganaches*, de Sardou, hecho con inteligencia, y *La Vieja ley*, producción de D. Miguel Echegaray, que sin ser de las mejores del fecundo autor, ha conseguido buena acogida.

En esta—calorosa y espontánea, como en la otra, ca-

14.—Paletó de nutria y astrakán moaré.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

19.—Sombrero Lahire.

21.—Gorra para niñas de 2 á 3 años (crochet).

17.—Traje para niños de 5 á 7 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.

18.—Vestido para niñas de 5 á 7 años.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 26 á 33 de la Hoja-Suplemento.

20.—Sombrero Faliero.

22.—Gorra para niñas y niños.

15.—Chaqueta-paletó adornada con bordados. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 16.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 38 á 49 del reverso de la Hoja-Suplemento.

24 y 25.—Vestido para niñas de 12 á 13 años.
Espalda y delantero.

28 y 29.—Traje de recibir. Delantero y espalda.

30.—Bata para señoritas.

23.—Cuello para traje de teatro.

16.—Chaqueta-paletó adornada con bordados. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 15.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 38 á 49 del reverso de la Hoja-Suplemento.

26 y 27.—Traje para niñas de 11 á 12 años.
Delantero y espalda.

lificada de *succès d'estime*—se las debe adjudicar gran parte á los artistas.

Las Srtas. Martínez y Egea; la Sra. Guerra; los señores Mario, Balaguer, Mendiguchía, Ortega (padre é hijo), Sánchez de León y demás individuos de la excelente compañía acaudillada y dirigida por el primero de nuestros actores cómicos, han formado cuadros inimitables en las obras, así por el conjunto como por el desempeño parcial.

No terminaré sin decir que María Alvarez Tubau y su hueste dramática han obtenido una nueva victoria en el teatro de la Princesa con *Francillon*, la extraña comedia de Sardou, más célebre que por su mérito literario, por la receta de la famosa *ensalada japonesa*.

El Marqués de Valle-Alegre.

1.º de Noviembre de 1890.

CARTAS Á UNA MADRE.

VII.

Dios me castiga, y yo adoro sumisa su santa voluntad—me dices en tu carta. ¡Pobre Luisa! ¡Qué buena eres en el fondo, y cómo tu alma tierna y generosa se ha abierto á las grandes verdades de la religión! Sí, amiga mía, sí; Dios, más que castigarte, quiere probarte, quiere purificarte de tus pasados errores; pero sigue amando la humildad de corazón, la mansedumbre, y no dejes de adorar su soberana voluntad, sometiéndote á ella por completo: abandónate en sus manos, cumple con tu deber, y nada temas.

A un tiempo mismo, tu salud y la de tu marido se han quebrantado: los ataques nerviosos que sufres y que, según me dicen, han descompuesto la armonía de tus graciosas facciones, son producto de las fatigas que el mundo impone: de las noches sin sueño que traen la falta de apetito, del quebranto interior, de la pena que ha debido causarte el faltar á todos tus deberes. En los salones están los goces y el aturdimiento de la fiesta; pero al volver á casa, el pesar de todo lo que es injusto, la voz de la conciencia, el hastío de las horas perdidas que hacía falta emplear útilmente. ¡Cuánto más dichosa serás sabiendo vivir sola cuando sea preciso, ó paseando por el campo en compañía de tus hijas!

Respecto de tu marido, es gravísimo lo que me dices: no sólo tienes que cuidar de su salud, muy quebrantada, sino también de esa dolencia moral, que descuidada le llevaría á la demencia ó al suicidio; y cuando un hombre es víctima de cualquiera de estas dos terribles desgracias, la esposa queda á muy bajo nivel en la opinión pública, porque ningún hombre feliz pierde el juicio ni se da la muerte, y la obligación ineludible de la esposa es hacer dichoso á su marido.

Esos raptos de violenta cólera de que me hablas, son una prueba de su dolencia moral: sopórtalos con paciencia y con entereza de espíritu, y procura ser para él atenta, previsora, cariñosa: piensa en que no le has hecho nada feliz, y en que tu belleza, que él amaba, ha desaparecido quizá porque en sus altos juicios Dios ha querido llamarte al conocimiento de tus deberes, en cuyo cumplimiento hallarás la calma y la dicha que hasta aquí no has conocido.

Si cada mujer pudiera y supiera educar á su marido, ninguno sería grosero, violento, celoso sin motivo, despótico, etc. Pero, querida mía, nos los dan educados, y no siempre como deben estarlo, y no hay más remedio que ceder en algunas cosas, y en otras irles cambiando poco á poco, dulcemente y sin que ellos se aperciban de la transformación hasta que tocan sus beneficios. Hay que admitir también que los negocios, las agitaciones de la política y las decepciones de la ambición son elementos perturbadores en el carácter de los hombres, y les colocan en condiciones de existencia que deben hacernos indulgentes para sus sinrazones. Un medio casi seguro de dulcificar su mal humor, de atraer una manifestación de contento y de bienestar, es hacer el interior de la casa tan elegante y tan confortable como sea posible, según la situación de fortuna.

Yo tengo una amiga cuyo talento encantador es apreciado de todos, que profesa esta teoría y la pone en práctica con gran éxito: un día en que yo comía en su casa, hablábamos las dos sentadas al lado de la chimenea, sin acordarnos de hacer avivar el fuego. Un campanillazo violento nos sacó de nuestra quietud.

—Pronto—dijo mi amiga—anima el fuego; yo haré lo mismo con esos quinqués, cuya luz está muy triste. Mi marido viene de muy mal humor: la sesión de hoy en las Cortes no ha sido para él muy satisfactoria; pero un buen fuego, una luz alegre, y nuestros alegres semblantes, cambiarán su mal humor.

—Ponte al piano—le dije—entrando en comunión con la idea de mi amiga.

—No, no, eso sería demasiado—respondió con un tacto exquisito;—tal vez no traerá gana de oir música: los recursos se han de gastar por su orden y poco á poco.

Cuando el diputado entró en su alegre saloncito, pareció que aquel apacible cuadro de interior ejercía en él una saludable influencia; su frente se volvió serena, su mirada se suavizó; su mujer fué á él, le tomó la mano, le preguntó si tenía gana de comer, y le anunció un plato de que él gustaba mucho, y que en obsequio mío se había adicionado á la comida. Este conjunto de cosas alegres y de buenas cosas, nuestras fisonomías rientes, hicieron la comida deliciosa, y después tuvimos una velada agradable, en la que ya apareció muy en su lugar la habilidad musical de la esposa, que ejecutó las melodías preferidas por su marido.

Toma ejemplo en lo que te digo, mi querida Luisa, é imita á esta mujer, cuyo talento sabe dominar las mezquinas pasiones de la vanidad y del amor propio, porque es más que probable que el mal humor de su marido la contraríe y le parezca injusto muchas veces: y sin embargo, su gran inteligencia le aconseja no quejarse, y poner los medios para dulcificarlo, porque si ella también demostrase un descontento acaso más justo que el de su marido, la discordia sería continua, se pronunciarían por ambas partes palabras amargas, y de esta lucha de amor propio resulta el enfriamiento, y á veces la muerte de la afección más pura y más verdadera.

No solamente corresponde á la mujer el ceder, siempre que su dignidad quede á salvo, sino que cada día tiene que hacer más grande abnegación de sí misma, porque las gracias de su persona van desapareciendo con los años. Piensa en que las tuyas han huído, no con la edad, sino con las fatigas de una vida estéril y frívola, y no olvides tampoco que es en tí obligación sagrada el dar á tus hijas el ejemplo de la moderación y de la prudencia que tanto necesita la mujer.

María del Pilar Sinués.

SONETOS.

I.

LA RUBIA.

Es la flor virginal y perfumada
Que halló dosel bajo la selva umbría;
Nieve cuya blancura envidiaría
La espléndida y gentil Sierra Nevada.
Un rayo de la luna plateada;
De Verdi la sentida melodía;
Un tesoro de mágica poesía
Por la musa de Bécquer inspirada.
Un suspiro del mar que acariciado
Por los besos que el viento le procura,
Divide en ondas su cristal rizado.
Una queja de amor y de ternura,
Y un ángel por los cielos enviado
Con un rayo de sol por vestidura.

II.

LA MORENA.

Es lava del Vesubio desprendida
Y en sus rojas entrañas calcinada;
Es rayo que condensa una mirada
Por fuego de pasiones encendida.
La musa por Lord Byron escogida
Y en sus horas de insomnio acariciada;
Ola del mar que se revuelve airada
Por el furor del viento combatida.
Es realidad que al corazón halaga;
Rico perfume de olorosas flores
Que todos los sentidos embriaga.
Un astro de vivísimos fulgores,
Que ciega á la pasión, cuando naufraga
En un mundo de luz y de colores.

Narciso Díaz de Escovar.

LA VUELTA Á LA VIDA (1).

(Á LA NIÑA EMILIA.)

«Cargado de años y de penas llevo
Mi pobre corazón: el alma mía
Quiere dejar la cárcel que la oprime
Y volar á otra vida.
En ésta me ahogo: en ésta no he hallado
La verdad, ni el amor, ni la justicia:
Todo es convencional en ella, todo,
O farsa y vil mentira.
¡Cuánto amigo burlado! ¡Cuánto amigo
Burlador á su vez! ¡Qué hipocresía
Hay en la acción de la comedia humana!
¡Qué miel y qué perfidia!
Existen excepciones, que confieso
Y venero sumiso: almas benignas
En las que aun vive y reina Jesucristo
Con su santa doctrina.
Pero ¡qué pocas son! y ¡cuántas, cuántas
Las estoicas, las fieras, las inicuas,
Que ante el becerro de oro solamente
Queman incienso y mirra!
¡Oh, aquí me ahogo! ¡El aire envenenado
De este mundo me mata y aniquila!.....
Hora de los consuelos, ¡cuánto tarda
Tu vibración divina!.....»

Así pensaba yo; mas tu recuerdo
Brotó en mi mente, idolatrada Emilia,
Y, queriéndote tanto, ya no quiere
Mi alma volar arriba.
Porque temo que allí no hallaré un ángel
Tan bueno y bello como tú. ¡Bendita
Seas de Dios, que me haces llevadera
Esta penosa vida!

José Salvador de Salvador.

(1) Poesía inédita.—*(Nota de la R.)*

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Si las condiciones de mi tía fueran otras, su presencia sería una distracción para el señor de Errazu y un alivio para mis tareas de enfermera; pero, desgraciadamente, no es así. Su conversación, monótona como un día de lluvia, versada en los sacrificios que le cuesto y la ingratitud con que los pago, y en la enumeración de mis defectos, caprichos y malas cualidades, cansa al Conde y me produce un estado de irritabilidad nerviosa, que ni yo misma puedo sufrirme. He sorprendido más de una vez las miradas del enfermo fijas en mí con inquieta curiosidad, como preguntándose si soy yo, en efecto, el monstruo que tan detalladamente se toman la molestia de explicarle, y por más que procuro hacerme superior á tales miserias, estas dudas me mortifican.

¡Cuánto deseo el término de tal situación! Imposible me parece que ha de llegar el día en que las puertas del castillo se cierren detrás del huésped que tan inconscientemente me causa cada día mayores tormentos.

ANDRÉS Á ERNESTO.

Amigo mío: ¿Conoces un argumento más tonto y á la par más irresistible que las lágrimas? Es antiguo como el pecado; todo el mundo usa de él, aunque no ignora la sencillez de tal procedimiento, que sin embargo conmueve siempre, á pesar de cuanto se ha dicho para ridiculizarlo. Gracias á este líquido bienhechor obtuvo la pecadora Eva el perdón de su falta y selló con Adán la primera reconciliación.

Me sugieren mis reflexiones prehistóricas los acontecimientos de estos úttimos días, y para que no te extrañen voy á darte cuenta de todo, lo más brevemente que sea posible.

Te dije en mi anterior que su parecido conmigo era lo que más me chocaba en la señorita de Bazán; y en efecto, si no fuera por sus trajes de hace dos siglos, su cabellera rubia, que se remonta á la época belicosa de los merovingios, y la flor de candorosa sencillez que sería pura lisonja aplicarme, cualquiera nos creería hermanos gemelos.

Ahora bien: para una perfecta dama hay mejores modelos que tu humilde servidor, y seguramente ella ganaría en encantos lo que perdiera en semejanza: entre todos los géneros, el de muchacha varonil es el que me desagrada más; preferiría que fuera soñadora, nerviosa, coqueta y propensa á desmayarse; algo, en fin, que me permitiera estudiarla y distraer así mi forzada reclusión, que no ver siempre su tranquilidad jovial, su helada indiferencia, propia sólo de las hijas de la nebulosa Albión. ¿Qué quieres, Ernesto? No puedo prescindir de mi afición á lo antiguo, y me gustan las jovencitas humildes, tímidas, perezosillas y llenas de idealismo.

Pero en la vida de Eladia (que tal es el nombre de la señorita de Bazán) ocurre de poco tiempo á esta parte algo que modifica su manera de ser, manifestándose por signos que no pueden equivocarse. Había notado muchas veces sus ojos enrojecidos, sus mejillas brillantes, y, la verdad, no me extrañaba, porque los discursos de la tía harían llorar á una estatua de piedra. Estas señales de sensibilidad empezaron por hacerme interesar en la causa que las producía, y con poco tiempo de observación pude comprender que era la constante mortificación de su espíritu, humillado y escarnecido por la señorita de Castrojériz.

¡Qué víbora es la vieja castellana, amigo Ernesto! En las eternas visitas que me hace trato de profundizar los abismos de su conciencia, y confieso humildemente que tan adelantado estoy ahora como el primer día. Diríase que con la lengua muerde, araña, envenena y tritura. ¡Qué agudeza para hacer las heridas, y qué arte para mantenerlas vivas! ¡Qué finura en buscar todo lo más desagradable de los acontecimientos y derramarlo gota á gota en el corazón que por desgracia tiene que sufrirla! Te aseguro que su malicia me espanta, y que la considero como el aborto más horrible de toda la Naturaleza.

Como natural consecuencia de la antipatía que la señora me inspira, ha nacido en mi pecho una viva compasión hacia la pobre huérfana, que sólo tiene en el mundo tan cruel apoyo; y esta compasión se acentúa cada vez más. Las señales acusadoras de sus lágrimas fueron el primer móvil de mi sentimiento (y vuelvo á las reflexiones prehistóricas), pero una conversación que escuché anoche entre ella y la anciana Nicolasa me han hecho penetrar una parte de lo que constituye la intimidad de esta familia.

Para la mejor inteligencia de lo que voy á referir, conviene que sepas que anteanoche experimenté la invasión de una violenta fiebre, que me tuvo privado de sentido casi todo el día de ayer. Pero á las veinticuatro horas empezó la cabeza á despejarse, y abrí los ojos justamente á tiempo para ver á la señorita de Bazán que, sentada al fuego enfrente de Nicolasa, lloraba á lágrima viva, sin cuidarse de ocultarlo, segura como estaba de que yo permanecía ajeno á cuanto sucedía á mi alrededor.

Sorprendido primero y curioso después, aparenté seguir dormido por no alarmarla, pero agucé el sentido auditivo, á fin de no perder ni una frase de la conversación que sostenían en voz baja, y que, indudablemente, versaba sobre algún disgusto que había dado la tía.

—Créeme, Eladia—decía resueltamente la anciana;—si no fuera por tí, mañana mismo dejaba el castillo para siempre.

—No lo imagines siquiera—respondió la joven;—¿qué será de mí el día que no estés á nuestro lado?

—Es que van llegando los caprichos de la señora á un punto, que ni los santos pueden sufrirlos. ¡Cuidado con la escena de hoy!

Por estas frases comprendí que algo anormal había pasado durante el período álgido de mi calentura, y más me confirmó en tal idea el de raudal llanto que pareció aumentar en mi enfermera, maravillándome la destreza con que se valía de un pañuelo, pequeño como la palma de la mano, vuelto, revuelto y arrugado, para enjugarse las lágrimas. Plegado como lo tenía, llenaba justamente el hueco de un ojo, y como había que secar los dos, acudía de uno á otro con movimientos tan rápidos, que yo no podía menos de seguir curiosamente este hábil ejercicio.

—¿Será posible que no podamos romper nuestra cadena?—añadió la anciana con cólera.—Pídeselo á Dios, Eladia, y acaso logres tal milagro.

La señorita de Bazán movió melancólicamente la cabeza, y respondió:

—No mereceré que me escuche, porque ya le he rogado, poniendo á San José por intercesor de mis súplicas, y, sin embargo, nada he conseguido.

—Continúa en pedir, y vive segura de que tarde ó temprano tus plegarias serán atendidas. ¿No sabes que muchas veces no concede el Señor pronto los favores, porque gusta que le supliquemos?

—No es la fe lo que me falta, sino la esperanza—replicó muy bajo la afligida niña.

Hasta esta noche creo que no la he visto bien, amigo Ernesto. El fuego del hogar iluminaba de tal modo su rostro, le daba una trasparencia y un brillo que, en realidad, deslumbraba; hasta el pañolón de estambre blanco que la envolvía, y sobre el cual se deslizaban medio deshechas las trenzas rojas, la prestaba indecible atractivo. ¡Tan cierto es que el verdadero dolor tiene una poesía que embellece!

Mediaron algunos instantes de silencio, que al fin interrumpió la anciana para exclamar sentenciosamente:

—Anímate, niña, á reunir de nuevo las virtudes teologales, porque ellas y los dones del Espíritu Santo hacen falta para alcanzar el milagro que se necesita. Aunque D.ª Martina ha sido siempre el *non plus ultra* de la impertinencia, te advierto que de aquí en adelante va á ser peor, porque está celosa de tí.

—¡Celosa!—repitió Eladia como un eco.—¿Y por qué ha de estar celosa de mí?

—¡Toma!—replicó Nicolasa, con la franqueza brutal de las personas de su clase—¿pues no has comprendido que tiene pretensiones con el Conde de Errazu, y no puede soportar que te halles entre ella y él?

Un brusco movimiento, que no fuí dueño de dominar, casi me descubre. Eladia miró hacia mí, y se puso un dedo sobre los labios, con muestras de verdadero terror.

—¡Silencio, por Dios, Nicolasa!—balbuceó.—Si despertara y te oyera, me moría de vergüenza. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante locura?

—¡Locura!—replicó violentamente.—¿Pues hay más que verla? ¿No te dice nada el afán de desenterrar prendas de lujo, agotar todos los cachivaches de su tocador para embadurnarse, hacerse mimosa y tierna, para que D. Andrés no caiga en la cuenta de que tienes diez y ocho años y ella cerca de un siglo? ¿Hoy mismo no ha faltado poco para que te pegara, porque absolutamente no quería que estuvieras al cuidado del enfermo?

Esta conversación, que me aclaraba nimiedades en que acaso no hubiera reparado nunca, me causó gran asombro, y al mismo tiempo locas ganas de reir. Bien sabes que no soy pretencioso, pero si conocieras á la señorita de Castrojériz verías que es demasiado antigua para discurrir en tales devaneos. Comprendí que me sería imposible disimular mucho rato, y fingí que despertaba, con lo cual terminó el diálogo.

La sincera alegría que leí en los ojos, todavía húmedos, de la señorita de Bazán, me fué muy grata. ¡Luego mi alivio interesaba á alguien en el mundo! Conmovida y procurando tragarse los suspiros que pugnaban por brotar de sus labios, me dirigió algunas preguntas con aparente indiferencia, pero en realidad con viva alegría porque había desaparecido la fiebre. Respondí afectuosamente á sus interrogaciones, tomé los brebajes que quiso darme, y nos despedimos, mejores amigos que nunca.

Cuando me quedé solo, sin más entretenimiento que ver titilar la luz de la lamparilla, ó quemarse los troncos en la chimenea, no pude menos de reflexionar en mi situación y dolerme sinceramente del círculo de hierro en que la fatalidad me tiene encerrado. Cuando pensaba viajar por países cálidos, estudiando tipos extraños y razas originales; cuando preparaba el álbum para enviarte *notas é impresiones* desde las orillas sagradas del Ganges ó los picos del Himalaya, la rotura de mi pierna me entierra en un antiguo castillo, bloqueado hace tres meses por la nieve, y me coloca entre una vieja insoportablemente soberbia, á quien tengo la desgracia de no ser indiferente, y una joven extraña que tal vez me considera inferior á su simpático *Lolo*.

Te confieso, sin embargo, que, á pesar de sus defectos morales, mi enfermera agradaría á cualquiera que no fuese yo. Hay en toda ella una exuberancia de vida que se revela hasta en los más leves detalles. Hablar es para la señorita de Bazán un placer, y lo hace con tanta facilidad como si sencillamente se tratara de un ejercicio higiénico para la lengua; preguntas, hechos y reflexiones se precipitan á la vez en sus labios, porque toma las ideas y las arroja como se lanza el trigo á los gorriones. Pero no te figures que se trata de una charla vulgar, sino de un lujo de actividad verdaderamente asombroso. Mientras habla anda de un lado á otro, acomoda los objetos, arregla el fuego veinte veces en una hora, hasta medio apagarlo y llenar la cámara de humo; pero cuando esto sucede, el deseo de quitarme tal molestia la hace abrir las ventanas y soplar el hogar hasta convertirlo en hoguera, de tal modo, que es preciso acudir con jarros de agua para que el fuego no prenda en los objetos cercanos.

—Os encuentro febril—me decía un día el médico tomándome el pulso, después de haber visto bullir en torno mío á la señorita Eladia por espacio de más de dos horas.—¿Habremos hecho una locura dándoos alimento demasiado pronto, y será preciso poneros nuevamente á dieta?

—Quitadme de delante ese fuego fatuo, y dejaos de dietas; su actividad y mi inacción me atacan los nervios—tuve ganas de responderle.

¡Pobre criatura! En verdad, su existencia no tiene nada de risueña ni agradable. Te digo ingenuamente que si mi estrella me hubiera sentenciado á vivir siempre con la señorita de Castrojériz, las utopias más terribles me habrían parecido realizables, inclusa la del suicidio.

En cuanto al viejo castillo donde he recibido hospitalidad, mis conversaciones con la señorita Eladia me han informado de cuanto le concierne, y te lo voy á referir.

Su esplendor data de la época de los Reyes Católicos, y su decadencia desde la mitad del siglo pasado. Se parece á las decoraciones de teatro, en que detrás de la fachada que admira el público hay más de una decepción. Baste decirte que un ala entera se ha derrumbado, arrastrando en su caída dos gallardas torrecillas que coronaban los ángulos, y que han venido al suelo como dos buenas compañeras que, cansadas de estar de pie, toman asiento juntas. Las ruinas se han cubierto de hiedra, ortigas y plantas parásitas; los pájaros han anidado entre los sillares, y durante la primavera aquello debe convertirse en un agradable jardín.

¡Historia de castillo viejo, me dirás, la conozco sin verla! ¿Acaso no se parecen todas?

Es cierto, pero la manera que tienen los propietarios de tratar las fincas que se les hunden, ¿guarda semejanza con la que observan estas damas con la única que poseen? Cuando los desconchados y las grietas se multiplican, cuando los muros toman el aspecto de personas que van á dar el último suspiro, cada cual reune su bagaje filosóficamente, y se transporta á sitio más seguro. Así, han dejado la torre del Norte por la del Sur, y el ala derecha por el centro, y si éste flaquea (¡Dios mío, con el peso de la nieve hay que temerlo todo!), siempre les quedará el ala izquierda, con bastante espacio para asegurar un refugio hasta á los nietos de la señorita de Bazán.

¿No te parece tal indiferencia la última palabra de la filosofía, ó por mejor decir, de la locura? Al oir á la señorita Eladia se creería que el cambio de habitaciones era un acontecimiento tan sencillo como trocar el sitio en un jardín cuando el sol viene á molestarnos.

—¡Diantre!—me decía ayer, riendo de mi asombro—puesto que se cae, ¿os hubierais quedado quieto?

—No—le respondí;—pero trataría de reparar el daño.

—¿Y cómo? ¡Buena cuadrilla de albañiles estaríamos Nicolasa y yo, ayudadas de *Papalina* para que amasara la mezcla!

—¿Quién es *Papalina*?

—Una burra, decana de todas las del país, que nos sirve para sacar agua de la noria, y que os enseñaré algún día, porque tiene el número tres en mis afecciones.

—¿Pero no considera vuestra tía—exclamé, sin poder dominarme—que es una lástima dejar arruinarse de tal modo este hermoso castillo?

—¡Bah!—replicó sonriendo con algo de amargura—mi tía se halla cierta de que los últimos lienzos de muralla han de sobrevivirla; y pues tiene abrigo hasta el fin de sus días, ¿á qué preocuparse de más?

No me atreví á insistir, pero mientras continuábamos hablando de asuntos indiferentes, me asaltó la idea de que una persona inútil como yo era carga bien pesada para las dueñas de un castillo en estado de ruina.

Mas como si hubiera adivinado mi pensamiento la señorita Eladia, cortó de pronto la conversación que sostenía, me miró cara á cara, y dijo con triste dulzura:

—Temo que esteis preocupado, considerándonos poco favorecidas de la suerte, y por tanto obligadas á hacer con sacrificios la obra de caridad de vuestra asistencia; pero tranquilizaos: si el castillo carece de lo superfluo, abunda, gracias á Dios, en lo necesario, y por mucho que durase vuestro restablecimiento, de nada habríais de carecer.

—No me habéis comprendido—murmuré;—en quien menos pienso es en mí.

—Lo creo—repuso vivamente;—pero vuelvo á repetiros que os tranquilicéis; vuestra presencia no nos causa ningún trastorno, estad seguro de ello.

¿Puede darse mayor delicadeza? Decididamente, mi enfermera tiene algunas condiciones inmejorables, y no es la menor de ellas su generosidad. ¿Pensará del mismo modo la señorita de Castrojériz?

Sería curioso apuntar el contraste que ofrece el servicio de mesa en esta casa. Hay platos de porcelana de Sèvres y escudillas de barro; dos vasos de cristal de Bohemia tallado, que son preciosidades, y jarros de pedernal para el agua; cucharas de plata y tenedores de hierro: en cuanto á las servilletas, unas son de rica tela adamascada, y otras de lienzo grueso y moreno. Esta mezcla confusa de riqueza y miseria me aflige un poco, no puedo remediarlo. El porvenir de la pobre hada rubia y caritativa me parece más obscuro que la conciencia de un usurero.

10 de Abril.

¡Otro día de sol espléndido! ¡Bendita sea la dorada luz que se esparce á torrentes, para derretir el hielo y alegrar los corazones!

¡Con qué vivo placer contemplo desde mi ventana un horizonte tan distinto del que antes veía! Ya las colinas verdean á lo lejos, y por todas partes se deslizan plateados arroyos. Cada día disminuye la nieve y aumentan las corrientes cristalinas, ruidosas como los niños que han estado sujetos largo tiempo.

¿Qué pasa en mi alma? ¿Qué nueva sed de vida hace correr apresuradamente mi sangre y latir mi corazón de un modo violento, aunque no carece de dulzura? ¿Qué locas ideas danzan en mi cerebro como una brillante nube de mariposas?

¡Locas ideas!..... Es cierto; sin pensarlo he pronunciado la frase que mejor las califica; mas al querer trasladarlas al papel siento que el rubor enciende mis mejillas, y para que nadie llegue á sorprenderme mientras escribo, he cerrado la puerta con sus tres cerrojos.

¿Será posible que después de la antipatía que me inspiraba pueda interesarme el señor de Errazu? Muchos días llevo de hacerme esta pregunta, y aun no he podido hallar respuesta satisfactoria; debe ser una ilusión, porque tan lejos está de haber hecho nada por agradarme, cuanto que las filípicas que continuamente me dirige mi tía deben tenerme convertida á sus ojos en un monstruo horrible. ¡Oh! si al escucharla casi me creo yo misma con las imperfecciones que dice. ¿Cómo me juzgará el señor de Errazu?

Confieso que la paciencia dista mucho de ser mi virtud preeminente, y que mil veces pugnan por brotar de mis labios réplicas amargas, pero hasta ahora he logrado contenerme. ¿Qué juicio formaría de nosotros un extraño, si en su presencia emprendiéramos violentas disputas y mutuas recriminaciones? Mejor es callar y sufrir hasta que Dios quiera: de todos modos, la razón, aunque no esté siempre de parte del de más edad, le pertenece de derecho.

Tengo al menos que agradecer á nuestro huésped la perfecta neutralidad que observa; jamás inclina su opinión á la de mi tía; jamás conviene en lo que le habla, antes bien, recibe sus confidencias con silencio de esfinge: esto desagrada en extremo á la señorita de Castrojériz, y la prueba de su desagrado es que empieza á acortar la longitud de sus famosas visitas.

Pero, ¡Dios mío! ¿es la violenta situación en que me hallo razón bastante para que se despierte en mí una simpatía que ni quiero ni debo tener? ¿Qué ha hecho el Conde para merecerla? Nada absolutamente; porque jamás príncipe encantado fué menos encantador para agradar á la dama de sus pensamientos: su carácter continúa brusco, y bien se ve que, acostumbrado á hacer su voluntad, nada le importa la de los demás. Preso como se halla en el lecho, tiene cierta analogía con un dogo encadenado; dogo sabio y muy al corriente de los buenos modales, pero que no se divierte en su perrera; está claro como la luz del día.

¿Y es posible que se ocupe de continuo mi imaginación en un hombre de condición tan diferente de la mía? ¿Estará escrito que hayan de doblarse mis penas con una inclinación que no será jamás correspondida? Pues bien á tiempo estoy de ahogarla, y la ahogaré: no más cobardía; con los imposibles no debe razonarse, y nada hay más imposible sino que el señor de Errazu deje de considerarme como una chiquilla sin cabeza ni corazón.

A. Hermill.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR [1].

Á D.ª Martina A.—El vino blanco hay que usarlo todos los días, al tiempo de peinarse.

Esa señorita debe contestar sencillamente: «Lo siento mucho, pero no sé», ó: «Usted dispense, pero estoy muy cansada»; ó con cualquiera otro pretexto, para no decir que no quiere; pero durante la noche no debe bailar con nadie más, porque estaría mal visto si bailase después con otro caballero.

Para que una vajilla sea completa, debe tener: doce docenas de platos, seis fuentes largas y seis redondas, una sopera grande, dos más pequeñas, dos fuentes cubiertas, dos salseras, ocho fruteros de dos formas, bajos y altos, dos dulceras, dos ensaladeras y seis conchas para encurtidos.

Á una Morena soñadora.—Los cuellos Médicis continúan muy en boga, y se ponen lo mismo en sobretodos que en esclavinas y chaquetas.

Parece que esta moda durará más que la de los collares de tul y encaje, pues no está al alcance de todo el mundo por lo difícil que es hacerlos bien.

Para alargar la chaqueta de *peluche* que tiene, y que, según dice, es demasiado corta, puede ponerle á todo alrededor una franja ancha de piel de castor. Cuello y vueltas de mangas de la misma piel.

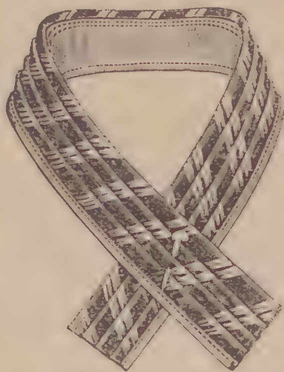
Una que se ve contrariada.—Está bien la fecha como la ha puesto; pero el papel es más elegante de la otra forma, y con iniciales enlazadas.

Las señoritas de esa edad llevan generalmente chaquetas, porque éstas son más á propósito que abrigos largos.

Los collares de coral no están de moda. Los de perlas siempre se llevan, siendo buenos; su forma es de cuatro ó cinco vueltas de perlas muy ceñidas al cuello, y cerradas con un broche de brillantes ó zafiros, esmeraldas, turquesas, etc.

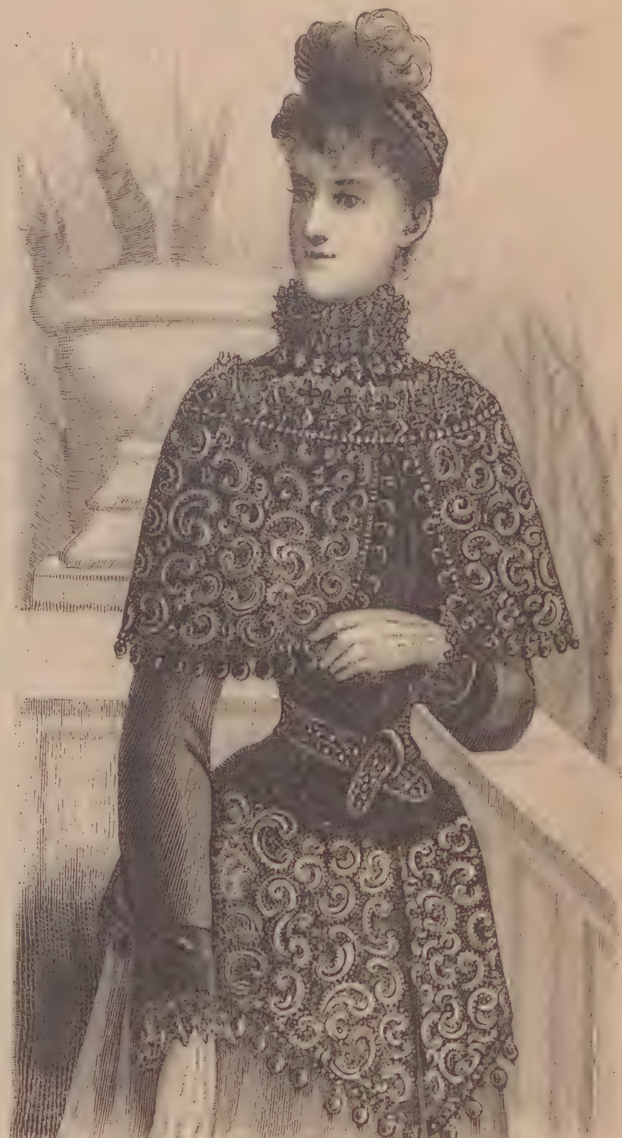
(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

31 y 32.—Paletó para niñas de 10 á 12 años.
Delantero y espalda.
Explic. y pat., núm. II, figs. 10 á 16 de la Hoja-Suplemento.



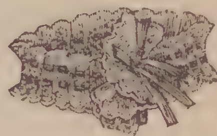
33. Collar de tejido de seda.

41. Vestido de paño.
Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 42.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.



40. Paletó de terciopelo.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

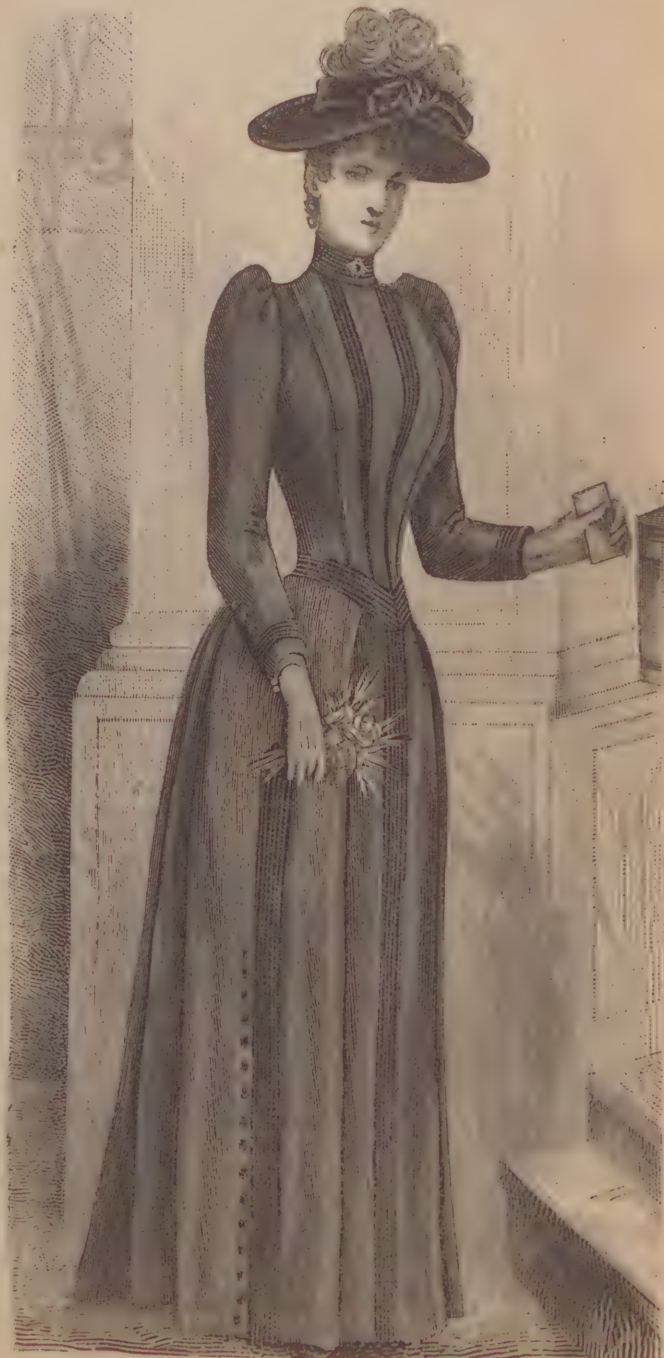
34 á 36.—Delantales para niñas y niños.



37.—Liga de surah y encaje.

38.—Vestido de lana brochada.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

39.—Esclavina-estola de piel.
Explic. y pat., núm. V, figs. 34 á 36 de la Hoja-Suplemento.



42.—Vestido de paño.
Delantero. VÉASE EL DIBUJO 41.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.

El mejor perfume para una señorita es el de violeta.

Para las pecas, lea mi contestación *A una Desesperada* (14 de Octubre de 1890), y á *Les quatre etoiles* (14 de Septiembre 1890); y para las espinillas, lea mi contestación *A una Ensimismada*, en nuestro número del 22 de Julio último.

Á una Económica.—El procedimiento mejor para *limpiar los encajes negros* es tenerlos un rato en vinagre caliente con un poco de agua, y en seguida plancharlos por el revés cuando aun están húmedos.

El perfume *Iris de Florencia* es preferible á todos para perfumar la ropa.

Es indispensable que el boa y el manguito sean de la misma clase de piel.

Á una Curiosa.—Las señoritas llevan chaqueta más que manteleta; así es que debe hacerle á su hija una chaqueta como indica el modelo núms. 11 y 12 de nuestro número del 14 de Octubre, de la misma tela, y adornada también, como dicho modelo, con piel ó pluma.

Es bonita la tela de que me envía muestra, y el abrigo resultará muy elegante haciéndolo como el modelo 24 de nuestro número de 22 de Octubre.

Se estilarán mucho los vestidos bordados en *soutache* y sedas, con toques de oro y acero.

Los peinadores son de la misma hechura que las *matinées*, y únicamente varían en la tela.

Como modelo, puede guiarse por uno que hemos publicado el 14 de Octubre en la *Hoja de dibujos*, y hacerlo de batista ó tela de algodón satinada, de dibujo.

Á una Provinciana de veinte años.—Voy á explicarle la manera de hacer un *pastel de conejo:*

Se escogen dos ó tres conejos tiernos, se les sacan los hígados, dejándolos aparte, y se ponen á rehogar, partidos en pedazos, en manteca mezclada con grasa de tocino. Se sazona con sal y pimienta y se añade una cucharada de harina. Cuando ésta se dora, se echa un vaso de vino blanco y otro de caldo, se sacan los conejos y se acaba de espesar la salsa con los hígados, muy picados con tocino y perejil, dejándola cocer hasta que quede muy reducida.

Se colocan entonces los pedazos de conejo formando pirámide en un plato que pueda meterse en el horno, se vierte por encima la salsa, se cubre con una capa muy fina de masa de hojaldre y se mete en el horno.

Cuando pasan veinte ó veintiocho minutos y el hojaldre está dorado, se sirve.

Á una Impertinente.—Debe hacerse el traje color gris perla ó malva rosada, que viene á ser el color hortensia, y es de última moda.

El traje de teatro estará elegantísimo, y muy á propósito al mismo tiempo para su estatura, haciéndolo de la forma del grabado 38 de nuestro número del 14 de Octubre, y adornado, como el modelo, con encajes negros y jaretitas.

Á Rosa de té.—Este invierno se llevará tanto el boa que rodea el cuello como el cuello Médicis de piel: es cuestión de gusto ó de comodidad.

Los trajes de paño se hacen con aplicaciones de terciopelo ó de paño de otro color, rodeando los contornos de esas aplicaciones con *soutache* y cordón de seda, oro ó plata.

La caprichosa moda ha vuelto á poner en uso un color que estaba casi desterrado: el azul en todos los tonos. Azul obscuro guarnecido de castor, azul Sèvres, azul de Francia, y los más variados azules grises.

Á una Señorita modesta.—La enagua más práctica, sobre todo para ir á pie, es la de seda negra con volantes pequeños, picados, de la misma tela, que tengan una altura de 6 á 7 centímetros, y sin mezcla alguna de encajes. Así, toda de seda, tal como la indico, se limpiará perfectamente con una esponja empapada en agua, estirándola después con la mano, y dejándola secar, sin plancharla.

El traje de medio luto debe hacérselo en color gris, adornado de pluma estrecha negra.

Para el de piel de seda, compre un brochado de seda negro ó un crespón de la India.

Nicaragua.—Las capotas son siempre pequeñitas, y se hacen preciosas de terciopelo amatista (el color de moda) y de seda del mismo color, bordadas de amatistas y con dos grupos de plumas, detrás y delante.

Para adornar los sombreros grandes: muchas plumas, cabezas de lechuza, alas grandes de pájaro; y sobre fieltro claro, pájaros negros, formando contraste, es la mayor novedad.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 41.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Abrigo largo de terciopelo carmelita y piel de seda del mismo color, adornado con bordados mezclados de perlas.*—Este abrigo llega hasta el borde del vestido, y los delanteros y la espalda son de terciopelo. Forma los costados una larga manga de piel de seda carmelita, rodeada de bordado, sobre la cual desciende una segunda manga de terciopelo, fruncida en la parte inferior y sujeta con un remate de pasamanería. Esta manga va montada de manera que deja al descubierto el bordado de la manga de piel de seda. La falda está plegada por detrás. Los delanteros tienen pinzas, y adorna el hombro un encaje bordado de seda y cogido con la pegadura de la manga. Sombrero Luis XI, de terciopelo carmelita, adornado con plumas del mismo color. Este abrigo puede hacerse también en negro y reemplazarse el bordado con piel ó pluma.

2. *Chaqueta de paño verde y bordados del mismo color, con aplicaciones de oro.*—Esta chaqueta se abre por delante sobre un chaleco largo independiente, de terciopelo verde. Los delanteros y las mangas van adornados de bordado, é igualmente los *jockeys* que figuran en los hombros. El cuello y las mangas se guarnecen de piel.—Sombrero de fieltro *beige*, muy levantado de detrás y adornado con *choux* de faya verde y con un penacho de plumas del mismo color.

3. *Traje de calle, de lana lisa color hoja seca, y lana del mismo color con lunares de terciopelo granate.*—Este traje se compone de un cuerpo y una falda recta de lana de lunares, sobre la cual cae una segunda falda de lana lisa formando polonesa y drapeada por delante, figurando delantal abierto sobre el cuerpo, con dos pliegues en cada lado, que se sujetan con botones.—La espalda, de lana de lunares, va lisa entre los costadillos de la polonesa, que forman corselete abierto. El centro de la falda es un abanico de lana liso, que sale de entre la falda de lunares.—Mangas de codo muy fruncidas en el hombro, y abrochadas en la parte inferior con botoncitos dorados.—Capotita de flores y hojas de terciopelo.

4. *Traje de baile, de bengalina rosa y crespón de la China blanco, con bordados y fleco de oro.*—Esta *toilette* es de forma Princesa, con gran cola. El delantero es de crespón de la China, drapeado y guarnecido al borde con un ancho fleco de perlas de oro. El cuerpo sube por detrás, con un cuello Médicis de encaje plegado, y por delante forma una especie de Fígaro, que desaparece en los costados del traje; los dos delanteros, de bengalina rosa, se reunen en el centro, sujetos por un corchete inglés. El borde va guarnecido de plumas negras.—Manga corta de crespón de la China drapeado.—Lazo y *aigrette* rosa en los cabellos.

5. *Traje de visita, de lana azul Francia y terciopelo azul obscuro, adornado con galones de pasamanería azul Francia.*—La espalda es de terciopelo azul, con un galón intercalado en el centro; el abanico de la falda es también de terciopelo, y los costados y el delantero son de lana cortada en almenas grandes, cuadradas y rodeadas de galón. Los delanteros del cuerpo están cubiertos casi del todo con Fígaro de terciopelo. Mangas amplias de lana azul.—Sombrero grande de fieltro *beige*, adornado con penachos de plumas.

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO,** á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En Madrid: *Plaza del Angel, 12* — entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

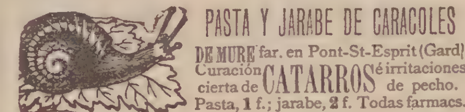
Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

VINO DE BUGEAUD

TONICO NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Cura Anemia, Clorosis, Fiebres, Males de Estómago, Convalecencias,
reconstituye la sangre, repara las fuerzas, despierta el apetito, falicita la digestión, conviene en una palabra á todos los temperamentos débiles ó fatigados.
EL **VINO DE BUGEAUD** SE HALLA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.



3 Medallas en las Exposiciones de 1878 & 1889

T. JONES

FABRICANTE DE PERFUMERIA INGLESA
EXTRA-FINA

VICTORIA ESENCIA
El perfume mas exquisito del mundo. — Gran surtido de extractos para el pañuelo, de la misma calidad.

LA JUVENIL
Polvos sin ninguna mezcla química, para el cuidado de la cara, adherentes é invisibles.

CREMA IATIF
Se conserva en todos los climas; un ensayo hará resaltar su superioridad sobre los demas Cold-Cremas.

AGUA DE TOCADOR JONES
Tónica y refrescante, excelente contra las picudaras de los insectos.

ELIXIR Y PASTA SAMOHTI
Dentífricos, antisépticos y tónicos, blanquean los dientes y fortelacen las encias.

23, Boulevard des Capucines, 23
PARIS
Depósito en todas la buenas Perfumerias

DIENTES BLANCOS
Higiene de la Boca

EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.

Exíjase siempre la Verdadera *Agua de Botot*

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS
ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.
DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase tambien el Vinagre de Tocador, marca **Botot**, *superior como primor y perfume.*

HIERRO QUEVENNE

Unico aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA DE PARIS

para curar *Anemia, Pobreza* de la *Sangre, Dolores* de *Estomago.* - 50 Años de Exito.
Exigir la firma **QUEVENNE** y el *Sello* de "l'UNION des FABRICANTS". — Paris, 14, r. Beaux-Arts.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra.
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confíen sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique,* París, 35, *rue du 4 Septembre,* la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche),* polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise.*

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lofont é Hijos.

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS
Para el Pañuelo
de RIGAUD y Cía, de PARIS
Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El KANANGA del Japón	*El MELATI* de China
El YLANG-YLANG de Manila	*El CHAMPACCA* de Lahore

que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidez del marfil.*
DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la caries.*
Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

AU

BON MARCHÉ

NOVEDADES
MAISON ARISTIDE BOUCICAUT

PARÍS — ALMACENES DE NOVEDADES, QUE REUNEN EN TODOS SUS ARTÍCULOS LA ELECCIÓN MÁS COMPLETA, MÁS RICA Y MÁS ELEGANTE.

PARÍS — EL SISTEMA DE VENDER TODO CON BENEFICIOS MUY MÓDICOS Y DE TODA CONFIANZA, ES ABSOLUTO EN LOS ALMACENES DEL BON MARCHÉ.

Tenemos el honor de anunciar á las Señoras que nuestro Catálogo de Novedades de la Estación de Invierno acaba de publicarse, y que se remite *franco de porte* á todas las personas que lo pidan.—A causa del acrecentamiento constante de nuestros negocios, los surtidos de la casa son muy considerables, y podemos asegurar que ofrecemos ventajas indisputables, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de la baratura de nuestras mercancías.—Aparte de nuestro Catálogo de la Estación, que da una idea de nuestras principales novedades, tenemos á disposición de las Señoras **Muestras** variadas de todas nuestras telas, así como Albums, Descripciones y Reproducciones de todos nuestros modelos de Artículos confeccionados.

La Casa del BON MARCHÉ hace remesas á todos los paises del mundo y sostiene correspondencia en todos los idiomas.

Todos los pedidos cuyo valor llegue á 25 francos, serán remesados, contra reembolso, franco de porte, hasta la frontera francesa y sin necesidad de designarnos la mediación de un corresponsal.—Los derechos de aduana, el porte desde la frontera hasta el punto á que la mercancía va destinada y la pérdida del cambio, son los únicos gastos á cargo de nuestros clientes.

El **BON MARCHÉ** *no tiene* **Sucursal** *ni* **Representante** *en Francia ni en el Extranjero, y ruega á sus Clientes que desconfíen de los comerciantes que toman su título para introducir una confusión.*

MLLE. ALEXIS

acaba de llegar de París con los últimos modelos de sombreros para señora.
Puerta del Sol, 9, entresuelo izquierda.

PIESSE Y LUBIN
Fabricantes de Perfumería de todas cuantas flores exhalan fragancia

AROMAS DULCES

LIGN-ALOE. OPOPONAX
AMOR ENTRE LAS ROSAS
FRANGIPANNI
Y MIL OTRAS

Se vende en todas partes por los Perfumistas y Drogueros
2 New Bond Street Londrés

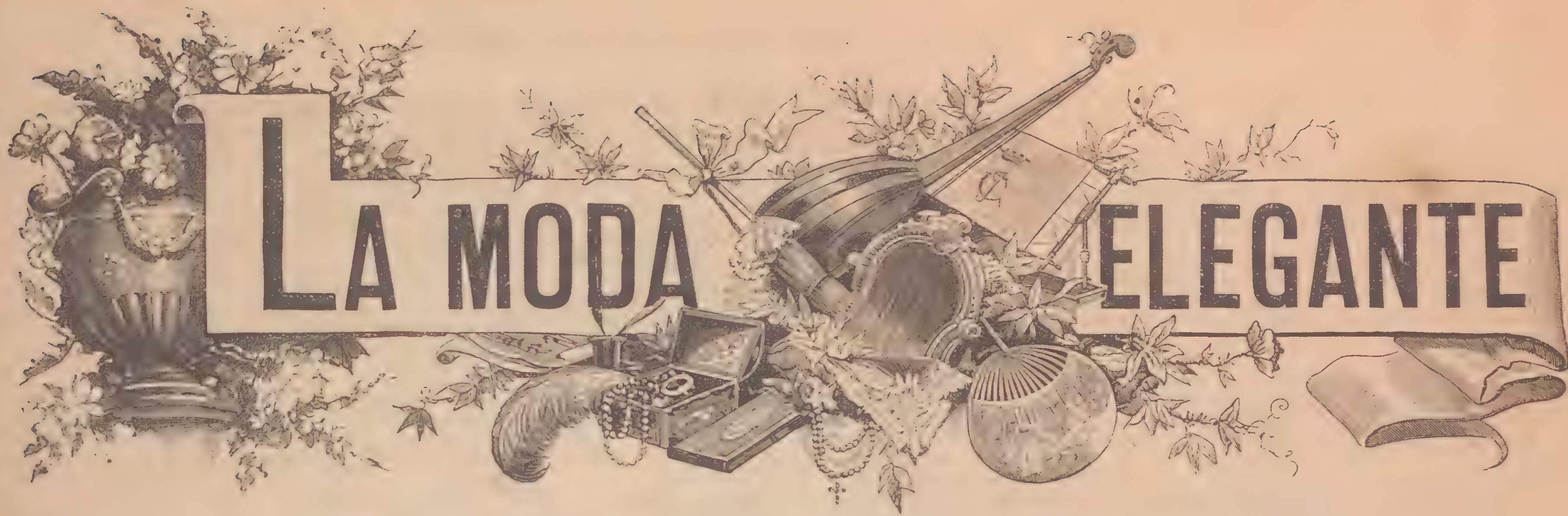
AVISO AL PÚBLICO.—Desconfíese de las falsificaciones! Nuestros productos van firmados.

Piesse & Lubin
TRADE MARK.—MUSK DEER

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. *¡Gran novedad!* — **DUSSER,** inventor ***Rue J.-J.-Rousseau, nº 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* MELCHOR GARCIA, y en las Perfumerias Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc.—*Barcelona:* VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 14 de Noviembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 42.

1.—Traje de visita. Delantero.
Véase el dibujo 3.

2.—Traje de desposada.

3.—Traje de visita. Espalda.
Véase el dibujo 7.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Transacciones con la moda.—Arreglos y restauraciones.—El luto atenuado.—La pelliza *Politécnica*.—Aparición de las pieles.—*Toques* y sombreros.—A propósito de azúcares.

Para dar satisfacción á algunas de nuestras abonadas, trataré hoy de lo concerniente al arreglo de las prendas pasadas de moda ó que, por estar á medio uso, exigen una restauración. Hay que advertir que en la actualidad no se necesita mucho ingenio ni largas investigaciones para realizar estas reformas. La moda misma se encarga de facilitar considerablemente lo que era antes ardua tarea.

Pongamos por ejemplo: una manga ha pasado de moda ó ha tenido una avería; el remedio está indicado, ahora que se llevan mangas de tela y color diferentes de los del corpiño. Este, á su vez, se ha quedado estrecho; pues se echa mano de uno de esos petos, de todos géneros y de todas formas que tan en boga están actualmente. Al contrario, conviene sacar un paño de la falda para componer el cuerpo; nada más fácil: se añade á aquélla un paño diferente.

Sabido es que hoy se amalgaman dos telas distintas; lana lisa y lana labrada, lana y seda, terciopelo y seda ó lana, seda y encaje, etc. Basta, pues, elegir entre los elementos de que se dispone varios que puedan combinarse, ó uno que se alíe bien con otra tela nueva. La moda actual se presta de tal modo á todas las combinaciones, que no haría sino repetir lo que todo el mundo sabe si insistiese acerca de las facilidades que da la moda para vestirse á poco coste, relativamente hablando.

Entremos ahora en algunas particularidades. Cuando se tiene, por ejemplo, un vestido de lana ó seda lisa ó rameada, y que la parte inferior de la falda está gastada, el cuerpo lustroso ó limado en las partes que se rozan más fácilmente, como la cintura, la parte de debajo del brazo y el borde inferior de las mangas, será fácil, con un crespón de terciopelo negro, ó con pedazos de terciopelo que hayan servido, hacer un cinturón de 8 á 10 centímetros de alto, cuyo borde superior irá cortado en línea recta ó bien formando curvas, puntas ú hojas. Si el corpiño antiguo era un cuerpo de aldetas, se le transforma en cuerpo redondo, por medio de un corselillo cualquiera, cuya forma disimulará los defectos del cuerpo primitivo. Se podrán adornar los hombros con *jockeys*, y el borde inferior de las mangas con puños altos como ahora se llevan. El cuello, que se hará de terciopelo, será recto, alto ó de forma arqueada (cuello Médicis). Este ejemplo puede aplicarse á un vestido de seda, lo mismo que á uno de lana.

Si una falda no es bastante ancha, ó si uno ó más paños están en mal estado, se añade una *quilla* de tela diferente, en el lado izquierdo, y si es necesario, otro paño por detrás, que se pliega en forma de abanico.

He aquí un vestido de fular superior rameado, que se ha llevado todo el verano último: el corpiño está inservible, y sólo se dispone de un poco de tela igual á la del vestido. Se sacan dos paños de la falda, que está en buen estado, para hacer el cuerpo, y se les reemplaza con dos paños de fular liso, de calidad inferior, del mismo color del fondo del vestido ó del color dominante en los ramos, cuyos paños, después de plegados, se colocan en medio de la falda, uno por delante y otro por detrás. El resto de la falda va dispuesto un poco de plano, á cada lado, á manera de faldones de levita. Un peto y un espaldar plegados, del mismo fular liso, forman la continuación de los paños plegados. Un puño alto y plegado, del mismo fular liso, guarnece el borde inferior de las mangas. Con 2 metros 75 centímetros de fular liso, á cuatro francos el metro, se habrá transformado completamente el vestido.

La gasa y la *leze*, ó tejido de encaje, puede cubrir perfectamente una tela de seda lisa un poco deslucida.

Para una señora de cierta edad, un vestido de seda negra quedará renovado si se dispone á todo el rededor de la falda un volante de encaje de Chantilly, recogido en forma de *baldaquín*. Si la falda va plegada en abanico por detrás, esta guarnición figurará únicamente en el delantero y los lados. Unas rosáceas de cinta ó unos golpes de pasamanería apuntan los pliegues del volante. En el corpiño se figurarán: un encaje, unos delanteros de chaqueta, cuadrados, cortos y estrechos. La manga podrá ser toda de encaje, ó bien guarnecida de encaje. La parte inferior del corpiño, cortada en aldeta redonda que sobresalga dos dedos de la cintura, irá guarnecida de un volante de encaje fruncido de 8 á 10 centímetros de alto.

Pero basta por hoy de transacciones con la moda rigorosa; ya tendremos ocasión de volver á tratar de tan interesante como útil materia.

***

Noviembre, triste y lluvioso, cuyos primeros días están consagrados á los difuntos, me parece el mes indicado para disertar sobre el luto.

No me refiero al luto rigoroso, que excluye hasta la más leve coquetería y que sólo se lleva de lana, con largos velos de crespón de aspecto lúgubre. Este luto angustioso se halla reglamentado de antemano; todo el mundo conoce sus leyes y no se las infringe sin exponerse á severa crítica.

Núm. 1.

Quiero hablar del luto que el tiempo suaviza, el que admite ciertos caprichos relacionados con la moda.

El crespón inglés, que era en otro tiempo lo que caracterizaba el luto rigoroso, se mezcla de algún tiempo á esta parte con la seda, el azabache y las pieles. Véase, si no, la chaqueta, cuyo croquis va adjunto (núm. 1), que es de paño negro, pero sólo el cuerpo y las mangas. La aldeta larga añadida es de seda mate cubierta de crespón inglés. En el interior, peto de crespón inglés, con chorrera festoneada y solapa larga de seda mate. Cuello vuelto de seda; manguito de crespón bordado, y *toque* de terciopelo negro con penacho de cinta y plumas.

Con esta chaqueta, la falda, de paño negro, es enteramente recta y un poco larga.

La pelliza *Politécnica* (croquis número 2) está muy de moda en la estación presente y es á propósito para los trajes de luto. El modelo, cuyo dibujo publicamos, es de paño negro bordado de cuentas gruesas de azabache. No es posible imaginar nada más lindo que estas cuentas, cuadradas ó rectangulares, que siembran de estrellas centelleantes el paño obscuro y triste. En los hombros, una cabeza fruncida en torno de un canesú de terciopelo.

Núm. 2.

Se hacen también estas pellizas, que vienen á ser unas esclavinas largas, de paño verde, color de berengena, color de pan tostado y otros. Es una de las novedades del día, como abrigo para salir en carruaje ó como salida de teatro.

Núms. 3 y 4.

Para luto se hacen unos adornos de corpiño de crespón festoneado ó muselina de seda, ligera como un céfiro y que sienta muy bien al semblante.

Como los adornos de pasamanería y cuentas son bastante caros, muchas elegantes económicas han tenido la buena idea de bordar ellas mismas los cuellos y los petos de sus vestidos. Se emplean, para esta labor, las cuentas gruesas de que he hablado, ensartadas en un bordado corriente de seda. Las que no están de luto, adoptan el oro, las turquesas y otras pedrerías. Unas veces se emplea un galón de oro, sobre el cual figuran unas estrellas de amatistas ó de turquesas; otras un cordoncillo negro y oro, sembrado de turquesas. Los vestidos, los abrigos, y sobre todo los sombreros, brillan como telas orientales, con los puntos azules de la turquesa.

***

Las pieles han hecho su aparición en forma de boas, de estolas y cuellos. Las estolas largas de piel de marta ó de zorro de Siberia es lo más elegante que hasta ahora se lleva. Pero la boa ha conservado numerosas partidarias. Se la lleva principalmente de *skuns*, de plumas de gallo ó de avestruz, ó de piel de zorro.

Algunas jóvenes elegantes reemplazan, en ciertas ocasiones, la boa con el cuello Médicis forrado de plumas y que sube hasta las orejas.

La chaqueta de astrakán continúa á la moda, dándole el aspecto confortable de las prendas del día, es decir, haciéndola más larga y ajustada al talle que las que se llevaban el verano último.

***

Para terminar, señalamos dos *toques* de luto sumamente graciosas y originales (croquis núms. 3 y 4).

Una de ellas es de paño negro y va ribeteada de astrakán y guarnecida de un adorno de plumas con pie de avestruz; la otra es de terciopelo negro, con borde de plumas y *pouf* «Príncipe de Gales».

Los sombreros redondos son de terciopelo, con fondo aplastado, sin otro adorno que unas flores de terciopelo puestas por detrás. Los adornos de plumas negras en los sombreros negros no están de moda este invierno. No se ven más que flores ó plumas de gallo.

***

Un vecino mío, que tuvo la mala suerte estos últimos días de romper la tapadera de un azucarero de cierto mérito artístico, dirigióse á la tienda donde lo había comprado.

—¿Podrá usted venderme un azucarero sin tapadera?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—El azucarero completo vale 15 francos, y la tapadera no tiene ningún valor. Con todo, le rebajaré un franco, por rebajarle alguna cosa.

—¡Cómo! un franco, ¿nada más que un franco la tapadera? ¡Eso es inverosímil, imposible!

—No, señor, no vale más, se lo aseguro.

Entonces mi vecino, dándose una palmada en la frente, exclama:

—¡Qué atolondrado! No ha sido el azucarero lo que he roto, ha sido la tapadera.

Y sacando un franco del bolsillo, lo echó sobre el mostrador y se lleva la tapadera, dejando al tendero con un palmo de narices.

V. DE CASTELFIDO.

París, 8 de Noviembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de visita.—Núms. 1 y 3.

Vestido de crespón de la China color de espliego y terciopelo del mismo color. Sobre un fondo de falda de tafetán va montada una falda, sólo por delante y en la derecha, de crespón de la China bordado en relieve con seda color de espliego. Sobre esta parte de falda cae una levita, cuyo delantero izquierdo forma corpiño bajo un cinturón de terciopelo fijado en el lado derecho bajo un broche. Este cinturón sostiene al mismo tiempo los pliegues de los delanteros. El lado derecho de la falda va doblado sobre sí mismo y forrado de terciopelo figurando como una solapa grande, cuya extremidad va á perderse en los pliegues de detrás. El lado izquierdo de la falda cae en línea recta. El corpiño va recortado por delante y en la espalda, sobre un camisolín ajaretado de muselina de seda color crema. Cuello alto y abarquillado, de terciopelo, con forro de muselina de seda. Manga semilarga, terminada en un bullonado de muselina de seda, el cual cae sobre una manga de terciopelo. Bullón en el codo y en el hombro, formando la continuación del camisolín.—Capota bordada de oro y adornada con plumas color de espliego.

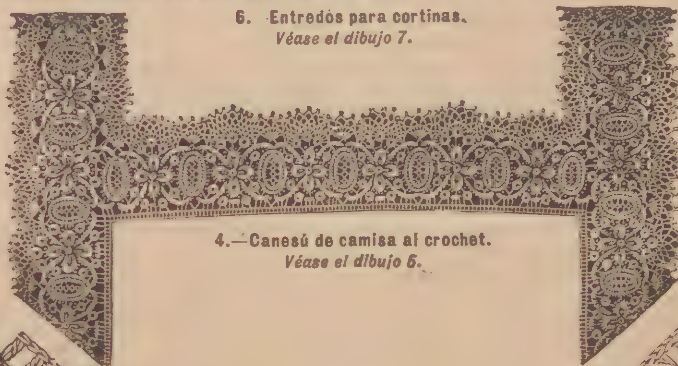
Tela necesaria: 14 metros de crespón de la China; 4 metros 50 centímetros de terciopelo, y 2 metros de muselina de seda.

Traje de desposada.—Núm. 2.

Este traje es de raso color crema. Sobre un fondo de falda va un delantal de raso dispuesto en pliegues y adornado en el borde inferior con un rizado grueso de gasa del mismo color, guarnecido de trecho en trecho de unos ramitos de flores de azahar. Por encima de este rizado va una guirnalda bordada sobre la tela. Cola semilarga plegada con cuatro pliegues echados en medio y dos á cada lado. La cola va salpicada de ramitos de flores de azahar bordados sobre el raso. Corpiño cuyos delanteros se cortan al sesgo, y su parte inferior termina en punta disimulada bajo un bordado que forma también punta sobre el pecho. La aldeta de detrás se recorta en hojas dobles, adornadas con un bordado. Rizado grueso de gasa en el escote. Manga de codo, montada bajo un bullonado. Bordado de flores de azahar en la hoja de encima de la manga, en el lado iz-

6. Entredós para cortinas.
Véase el dibujo 7.

5.—Labor del canesú de camisa al crochet.
Véase el dibujo 4.



4.—Canesú de camisa al crochet.
Véase el dibujo 5.

8.—Servilleta para quitar el polvo (punto de aguja y crochet).

9.—Cofia de mañana.

7.—Cenefa para cortinas. *Véase el dibujo 6.*

10.—Cubrecorsé.

quierdo del corpiño. Ramito de flores en la cintura.—Velo de tul de ilusión puesto sobre dos ramitos de flores de azahar.

Tela necesaria: 5 metros 50 centímetros de tafetán para el fondo de falda, y 12 metros de raso, de 60 centímetros de ancho.

Canesú de camisa al crochet.—Núms. 4 y 5.

Este canesú se hace con algodón núm. 70, y se compone de medallones ejecutados aisladamente, de rosáceas, de bordados de unión en forma de anillos y de curvas también de unión. Se guarnecen los bordes superiores é inferiores con varias vueltas ejecutadas á lo largo. Para hacer el canesú de delante y de detrás, se emplean 7 medallones, á cada uno de los cuales se unen 4 anillos; para cada medallón se hace, viniendo, sobre una cadeneta de 24 mallas al aire:

1.ª *vuelta.*—Una malla simple sobre la 16.ª de las 24 mallas al aire, — 3 veces, alternativamente, 4 mallas al aire,—una malla simple sobre la 5.ª malla siguiente.

2.ª *vuelta.*—8 mallas al aire, — una brida sobre la misma malla sobre la cual se ha hecho la malla simple anterior, — 3 mallas al aire, — una brida sobre las 4 mallas más próximas pasadas de la cadeneta, — 3 veces, alternativamente, 3 mallas al aire,—una brida sobre las 4 mallas pasadas siguientes de la cadeneta, — después 3 mallas al aire, — 2 bridas separadas con 5 mallas al aire sobre la 20.ª de las 24 mallas de la cadeneta, — 3 mallas al aire, — una brida sobre las 4 mallas al aire siguientes, — 3 veces, alternativamente, 3 mallas al aire, — una brida sobre las 4 mallas al aire más próximas,—después 3 mallas al aire, — una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 8 primeras mallas al aire de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor, y viniendo sobre las mallas anteriores, * 5 veces 4 mallas simples sobre las 3 mallas al aire siguientes, — después 9 mallas simples sobre las 5 mallas al aire más próximas, — se vuelve á principiar otra vez desde *, — después una malla-cadeneta sobre la 1.ª malla simple de esta vuelta.

4.ª *vuelta.*—(Al derecho de la labor.) Se vuelve la labor, — 3 mallas al aire, — 66 bridas en el lado de malla por detrás de las 58 mallas de la vuelta anterior, y además, sobre la malla del centro de las 9 mallas simples hechas sobre 5 mallas al aire, 3 bridas, — y sobre la malla que se encuentra en los dos lados de estas bridas, 2 bridas; — se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 3 primeras mallas al aire de esta vuelta.

5.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor, — 22 veces, alternativamente, para un piquillo, 2 mallas simples separadas con 4 mallas al aire en el lado de malla de detrás de la brida más próxima, — 2 mallas simples en el lado de malla de detrás de las 2 mallas siguientes; — pero en lugar del 2.º, 7.º, 13.º y 18.º piquillos, se ejecuta un anillo (para cada anillo se hace una malla simple sobre la malla más próxima, — 13 mallas al aire, 8 de las cuales van terminadas en círculo, uniendo la última con la 15. Se vuelve la labor, — 2 mallas al aire, pegadas á la 3.ª de las 13 mallas al aire — 18 bridas sobre el círculo, — una malla-cadeneta sobre la misma malla que se ha unido anteriormente; — se vuelve la labor, — 2 mallas al aire, — una malla simple sobre la malla sobre la cual se ha hecho la malla simple ejecutada antes de las 13 mallas al aire); — después de haber terminado las 2 últimas mallas simples, una malla-cadeneta sobre la 1.ª malla simple de esta vuelta, — uno de los medallones queda terminado. — Se hace como dibujo de unión en el lado que se encuentra en el borde exterior, en primer lugar 3 anillos, para los cuales se ejecutan 8 mallas al aire, cuya última se junta con la primera, — después 3 mallas al aire, — 18 bridas sobre el círculo y una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 3 mallas al aire anteriores, — después * 13 mallas al aire, cuyas 8 últimas van dispuestas en círculo, — 2 mallas al aire unidas á la 3.ª de las 13 mallas al aire, — 9 bridas sobre la mitad del círculo; — se vuelve á principiar otra vez desde *,— pero en lugar de 9 bridas, 18 bridas sobre todo el círculo y una malla-cadeneta sobre la misma malla que ha sido unida, — 2 mallas al aire, — una malla-cadeneta sobre la última de las 9 bridas del anillo del centro, — 9 bridas sobre la mitad todavía libre del círculo, — una malla-cadeneta sobre la malla ya unida, — después 2 mallas al aire, — una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 3 mallas al aire ejecutadas antes de las 18 primeras bridas; — se fija la hebra y se la corta. En continuación de cada medallón, se hace, para una curva de unión al revés, una malla-cadeneta sobre la 9.ª de las 18 bridas del anillo ejecutado en lugar del 7.º piquillo del medallón, — 8 mallas al aire, — una brida doble (cuyo lado superior de malla no se termina todavía) sobre la 5.ª de las 18 bridas del mismo anillo, — una brida doble, cuyo lado de malla superior se termina con el lado de la brida doble anterior, en el lado de malla del centro de la malla simple que se encuentra entre los 8.º y 9.º piquillos del mismo medallón, — 8 mallas al aire, — una malla-cadeneta en el lado de malla todavía libre de la malla sobre la cual se ha hecho la 2.ª malla simple del 10.º piquillo, — 8 mallas al aire, — una brida doble (cuyo lado de malla superior no se termina todavía) en el lado de malla del centro de la malla simple que se encuentra entre los 11.º y 12.º piquillos, — una brida doble, cuyo lado de malla superior se termina con el lado de la brida doble anterior, sobre la 14.ª brida del anillo más próximo, — 8 mallas al aire, — una malla-cadeneta sobre la 8.ª brida del mismo anillo; — se vuelve la labor, — 2 mallas al aire unidas á la 9.ª brida del anillo 1.º de un dibujo de unión que se compone de 3 anillos; después viniendo sobre las mallas anteriores, se pasan las 3 mallas más próximas, — 18 bridas sobre las 16 mallas más próximas, y 2 bridas sobre las 5.ª y 11.ª de estas mallas, — después una media brida, — una malla simple y una media brida sobre las 3 mallas más próximas, — 18 bridas como anteriormente sobre las 16 mallas siguientes, y después unidas á la 9.ª brida del último anillo de unión más próximo. En el lado del canesú fijado á la tela se ejecuta la unión del mismo modo, pero en lugar del anillo del centro del dibujo de unión, se ejecutan, yendo, 11 mallas al aire, y se hace, viniendo, el mismo número de mallas simples sobre estas mallas. Se termina con una malla-cadeneta sobre la malla indicada del anillo 1.º Cuando todos los medallones están reunidos de este modo, se llenan los huecos con una rosácea, para la cual se cierra en círculo 5 mallas al aire. En la 1.ª vuelta se hacen 8 mallas simples sobre el círculo y una malla-cadeneta sobre la 1.ª de estas mallas.

2.ª *vuelta.*—* Para una barreta, 14 mallas al aire unidas á las mallas iguales del anillo 1.º de un dibujo de unión ya unido á la curva de unión de la división del dibujo más próxima,—3 mallas al aire unidas á las mallas iguales del anillo correspondiente,—14 bridas sobre las 14 mallas al aire anteriores, — una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente de la 1.ª vuelta.—Para una hoja, 10 mallas al aire, — viniendo sobre las 8 últimas de estas mallas, se pasa la malla más próxima, — una malla simple, — una media brida, — 3 bridas, — una media brida, — una malla-cadenteta sobre las 7 mallas siguientes, — 3 mallas al aire, — 5 bridas adornadas cada una con un piquillo (es decir, 4 mallas al aire y una malla simple sobre el lado de malla vertical de la brida anterior) sobre los lados de mallas todavía libres de la 5.ª á la 9.ª de las 10 mallas al aire anteriores; — pero después de la 2.ª malla al aire del 4.º piquillo, se vuelve la labor y una brida doble sobre la brida todavía libre del centro del anillo ejecutado en lugar del 13.º piquillo, — después 3 bridas adornadas con un piquillo sobre la malla siguiente; — pero en lugar del 2.º piquillo se hacen 4 mallas al aire que van unidas al medallón, y 2 mallas al aire, — una malla simple sobre las 4 mallas al aire anteriores, — 2 mallas al aire, — una malla simple sobre el lado de malla vertical de la brida anterior, — después 5 bridas adornadas con un piquillo sobre las 5 mallas más próximas,—pero en lugar del 2.º piquillo, se ejecuta una brida doble como anteriormente sobre el anillo correspondiente, — 3 mallas al aire, — una malla simple sobre la 3.ª de las 10 mallas al aire de la hoja, tomando con esta malla la malla al aire que se encuentra contra ella, — 2 mallas al aire, — una malla simple sobre la misma malla sobre la cual se ha hecho la malla simple ejecutada antes de la hoja; — se vuelve á principiar otras 3 veces desde *, pero se une el dibujo, siguiendo las indicaciones del dibujo y de la división anterior del dibujo, á las mallas indicadas del medallón y á los dibujos de unión; se termina haciendo una malla-cadeneta la 1.ª malla de esta vuelta. Cuando todos los huecos van llenos con rosáceas, se ejecuta la manga, que se compone de 8 medallones, se cierra la manga en círculo, y se le da la forma de un pico bajo el brazo, siguiendo las indicaciones del dibujo: hay que notar también que en los dos lados de las 3 rosáceas del centro que se encuentran sobre el hombro se unen 3 dibujos de unión, que se componen cada uno de 3 anillos, mientras que la rosácea siguiente va fijada con uno de los bordes transversales del cauesú de delante y de detrás, sin que sea necesario unir anteriormente los dibujos de unión en forma de anillos.

Se guarnece el lado del canesú, que se une á la tela del modo siguiente:

1.ª *vuelta.*— * Una brida sobre la 4.ª última brida del anillo que se encuentra con las 11 mallas simples del dibujo de unión más próximo,—5 mallas al aire,—una brida sobre la más próxima de las 11 mallas simples del dibujo,—5 veces, alternativamente, una malla al aire,—una brida sobre la 2.ª malla siguiente;—después, 5 mallas al aire,—una brida sobre la 4.ª malla siguiente del mismo dibujo,—5 mallas al aire,—una brida sobre la 8.ª malla siguiente de la curva de unión más próxima,—2 veces, alternativamente, 2 mallas al aire,—una brida sobre la 3.ª malla siguiente;—después, 5 mallas al aire,—una brida doble, cuyo lado de malla superior no se termina todavía sobre la 3.ª malla siguiente,—7 mallas pasadas sobre la curva de unión;—sobre la malla siguiente, una brida doble, cuyo lado de malla superior se termina con el lado de la brida doble anterior;—5 mallas al aire,—una brida sobre la 3.ª malla siguiente,—2 veces, alternativamente, 2 mallas al aire,—una brida sobre la 3.ª malla siguiente,—5 mallas al aire;—se vuelve á principiar desde *,—pero se labra más flojo en el pico de la manga y en el hueco que va formado sobre el canesú con el principio de la manga; se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera brida de esta vuelta.

2.ª *vuelta.*—4 mallas al aire;—después, siempre alternativamente, una brida sobre la 2.ª malla siguiente,—malla al aire;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 4 primeras mallas al aire de esta vuelta. En el lado que forma el borde exterior se hace solamente una vuelta: * 7 bridas, separadas cada una con una malla al aire sobre las 7 mallas libres del centro del primer anillo del dibujo de unión más próximo,—una malla al aire,—una malla simple sobre el lado de malla que precede al anillo más próximo,—una malla al aire,—9 bridas, separadas cada una con una malla al aire sobre las bridas todavía libres del anillo siguiente,—una malla al aire,—una malla simple sobre el lado de malla que precede al anillo más próximo,—una malla al aire,—7 bridas, separadas cada una con una malla al aire sobre las 7 bridas del centro de las bridas todavía libres del anillo siguiente,—una malla al aire,—4 mallas pasadas sobre la curva de unión más próxima,—7 mallas simples sobre las 7 mallas siguientes,—5 mallas al aire,—sobre la 4.ª malla siguiente, una cuádruple brida, cuyos dos lados de mallas inferiores van en primer lugar terminados juntos sobre la 9.ª malla siguiente,—una brida doble, cuyo lado de malla superior va terminado con el lado de malla de la cuádruple brida más próximo; después, se terminan los lados de las mallas superiores de la cuádruple brida,—6 bridas sobre la brida doble anterior,—5 mallas al aire;—se pasan 3 mallas,—7 mallas simples sobre las 7 mallas siguientes,—una malla al aire;—se vuelve á principiar desde *,—pero en esta vuelta, como en cada vuelta siguiente, se labra más flojo en los huecos que van formados en el canesú con el principio de las mangas;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera brida de esta vuelta.—

2.ª *vuelta.*—2 mallas-cadenetas sobre las 2 mallas más próximas,—* una malla simple sobre la malla al aire que se encuentra entre las 2.ª y 3.ª de las 7 bridas más próximas;—2 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la 3.ª malla siguiente;—después, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la malla al aire que se encuentra entre las 2.ª y 3.ª de las 7 bridas más próximas,—2 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la 3.ª malla siguiente;—después, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la malla del centro de las 7 mallas simples más próximas,—5 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire más próximas,—una malla al aire,—7 bridas, separadas cada una con una malla al aire sobre las 7 bridas más próximas,—una malla al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes,—5 mallas al aire,—una malla simple sobre la malla del centro de las 7 mallas simples más próximas,—5 mallas al aire;—se vuelve á principiar desde *,—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—3 mallas-cadenetas sobre las 3 mallas más próximas,—* 11 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes;—después, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la 2.ª de las 7 bridas más próximas;—3 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la 3.ª malla siguiente;—después, 3 veces, alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire más próximas;—se vuelve á principiar desde *; la última malla simple va hecha sobre la 3.ª malla-cadeneta de esta vuelta.

4.ª *vuelta.*—3 mallas-cadenetas sobre las 3 mallas más próximas,—para una curva de piquillos, + 2 mallas al aire,—un piquillo (es decir, 5 mallas al aire, y sobre la primera una malla simple),—2 mallas al aire,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes;—se vuelve á principiar otras 8 veces desde +,—después, una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes *,—6 curvas de piquillos, como anteriormente,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes;—después, 10 curvas de piquillos, como anteriormente,—una malla simple sobre las 5 mallas al aire siguientes;—se vuelve á principiar desde *.—Se termina haciendo otra curva de piquillos, cuya malla simple va ejecutada sobre la 3.ª de las 3 primeras mallas-cadenetas de esta vuelta.

Entredós y cenefa para cortinas.—Núms. 6 y 7.

Este entredós y esta cenefa se hacen con algodón color crema, y se componen de medallones ejecutados aisladamente, de rosáceas, de dibujos de unión en forma de anillos, y de curvas de unión, que van ribeteadas en los dos lados con varias vueltas, ejecutadas á lo largo.

Esta labor se ejecuta del mismo modo que el canesú de la camisa descrito anteriormente, teniendo en cuenta las diferencias indicadas en el dibujo; se la puede hacer igualmente del mismo modo que la descripción, diferenciándose solamente en los lados transversales del entredós y en los picos de la cenefa.

Servilleta para quitar el polvo (punto de aguja y crochet). Núm. 8.

Se hace esta servilleta con algodón color crudo de mediano grueso. En el contorno exterior se hacen varias vueltas, alternativamente, con algodón igual y con algodón encarnado. Se montan 121 mallas sobre las cuales se labra, yendo y viniendo, 34 vueltas siempre al derecho.

35.ª *vuelta.*—18 mallas al derecho (en adelante no repetiremos la palabra *mallas*),—85 al revés,—18 al derecho.

36.ª *vuelta.*—(Al derecho de la labor.) 20 al derecho,—81 al revés,—20 al derecho.

37.ª *vuelta.*—18 al derecho,—2 al revés,—81 al derecho,—2 al revés,—18 al derecho.

38.ª *vuelta.*—20 al derecho,—2 al revés,—77 al derecho,—2 al revés,—20 al derecho.

39.ª *vuelta.*—18 al derecho,—2 al revés,—2 al derecho, una al revés,—8 veces, alternativamente, 3 al derecho, —3 al revés,—después, 3 al derecho,—25 al revés,—2 al derecho,—2 al revés,—18 al derecho.

40.ª *vuelta.*—20 al derecho,—2 al revés,—25 al derecho—(sobre estas 25 mallas, que en las 15 vueltas siguientes deben parecer al *derecho* de la labor siempre al derecho, se bordan las iniciales),—8 veces seguidas, alternativamente, 3 veces al revés,—3 al derecho,—después 3 al revés,—una al derecho,—2 al revés,—20 al derecho.

41.ª *vuelta.*—Las 18 primeras y las 18 últimas mallas van labradas al derecho. Las otras van labradas de modo que parezcan como la de la vuelta anterior en el lado de esta labor.

42.ª *vuelta.*—Como la 38.ª vuelta.

43.ª *vuelta.*—18 al derecho,—2 al revés,—2 al derecho, —77 al revés,—2 al derecho,—2 al revés,—18 al derecho.

44.ª *vuelta.*—20 al derecho,—2 al revés,—28 al derecho,—8 veces seguidas, alternativamente, 3 al revés,—3 al derecho,—después, una al derecho,—2 al revés,—20 al derecho.

45.ª á 49.ª *vueltas.*—Como la 41.ª vuelta.

50.ª y 51 *vueltas.*—Como la 43.ª y la 38.ª vueltas.

52.ª á 55 *vueltas.*—Alternativamente, como la 40.ª y la 41.ª vueltas.

56.ª *vuelta.*—20 al derecho,—2 al revés,—una al derecho,—12 veces, alternativamente, 3 al revés,—3 al derecho,—después, 3 al revés,—una al derecho,—2 al revés,—20 al derecho.

57.ª *vuelta.*—Como la 41.ª vuelta.

58.ª y 59.ª *vueltas.*—Como las 38.ª y 43.ª vueltas.

60.ª *vuelta.*—20 al derecho,—2 al revés,—una al derecho,—12 veces, alternativamente, 3 al derecho,—3 al revés;—después, 4 al derecho,—2 al revés,—20 al derecho.

61.ª á la 65.ª *vueltas.*—Como la 41.ª vuelta.

66.ª y 67.ª *vueltas.*—Como la 38.ª y la 43.ª vueltas.

68.ª *vuelta.*—Como la 56.ª vuelta.

69.ª á la 73.ª *vueltas.*—Como la 41.ª vuelta.

Se vuelve á principiar otras seis veces, de la 58.ª á la 73.ª vuelta,—después, otra vez de la 58.ª á la 63.ª vuelta. Se hacen cuatro vueltas como la 38.ª á la 35.ª vueltas, subiendo los números de estas vueltas hacia atrás;—después, 34 vueltas al derecho, y se desmontan las mallas.—Se hace en el contorno:

1.ª *vuelta.*—Una malla simple en cada malla, pero en cada ángulo se hacen varias mallas de más en cada malla;—en último lugar, una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta.

2.ª *vuelta.*—4 mallas al aire,—después, alternativamente, una brida sobre la 2.ª malla siguiente,—una malla al aire,—pero en los ángulos se hacen sobre la malla más próxima dos veces 2 bridas, separadas con una malla al aire;—en último lugar, una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las primeras 4 mallas al aire de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—Algodón encarnado. Como la 1.ª vuelta.

4.ª *vuelta.*—Algodón color crudo. Como la 2.ª vuelta.

5.ª *vuelta.* — Algodón encarnado. Alternativamente, una malla sobre la malla más próxima,—una malla sobre la 2.ª malla siguiente, y estas dos mallas van terminadas juntas;—6 mallas al aire, bajo las cuales se pasa una malla;—en último lugar, una malla-cadeneta sobre la primera malla de esta vuelta.

Cofia de mañana.—Núm. 9.

Se toma una tira de tul fuerte, de 54 centímetros de largo y 5 ½ centímetros de ancho en el centro de delante, y 2 centímetros de ancho por detrás. Se reunen las dos extremidades, y se ribetea el borde con alambre cubierto con una cinta. El fondo se hace de encaje blanco de 7 ½ centímetros de ancho, sujeto con barretas de latón y cubierto con dos encajes iguales plegados. El encaje de encima va cosido de tal modo que forme unas espirales en los lados y por detrás. Por delante, en el centro, el encaje plegado va puesto en pie, y se fijan tres escarapelas de cinta color granate, amarilla y verde, que tiene medio centímetro de ancho. El fondo va atravesado á intervalos regulares por cintas iguales, y el contorno de la cofia ribeteado de cocas también de las mismas cintas, puestas entre los encajes.

Cubrecorsé.—Núm. 10.

Se hace este cubrecorsé de *surah*, y se le pliega en la espalda y por delante. Encaje y entredós, por el cual se pasa una cinta cometa.

Traje para jovencitas de 12 á 13 años.—Núm. 11.

Vestido de lanilla escocesa verde de dos matices. Sobre un fondo de falda de tafetán va montado un borde de piel de chinchilla, sobre el cual cae la falda, recogida ligeramente en el lado izquierdo bajo el delantero redondo, y extendido en la cintura. La espalda forma levita, plegada en medio y en los lados. El corpiño va cerrado en el hombro izquierdo y debajo del brazo. Cuello de piel. Manga de codo, con una media manga guarnecida de piel.—Sombrero redondo de terciopelo.

Corpiño de paño y bengalina.—Núm. 12.

Este corpiño es de paño verde gris y bengalina color gris perla. El delantero izquierdo va recortado como indica el dibujo y apuntado con tres botones de plata sobre una camiseta de bengalina plegada, que rodea el pecho hasta la espalda. Esta es de paño, así como la parte superior del delantero, el cuello y la manga.

Corpiño de terciopelo y seda.—Núm. 13.

Se hace este corpiño de terciopelo verde y seda de un matiz más claro. Se le adorna con una especie de corselillo de encaje laminado de oro, puesto sobre terciopelo, que forma transparente. Un cinturón de terciopelo pasa por debajo. La manga, ancha y plegada, va guarnecida igualmente con un puño muy alto de encaje, abierto en la costura del codo.

Abrigo para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 14 y 15.

Este abrigo es de vigoña azul marino. Su forma es la de una blusa sujeta por delante y por detrás con una cordonadura de seda. Peto de terciopelo, y cuello vuelto formando capucha. Cuello en pie del mismo terciopelo, y manga alta que cae sobre un puño de terciopelo.

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 16 y 17.

Es de lanilla azul mosqueada de blanco. Falda plegada con pliegues finos por detrás y más gruesos en los lados, sobre un delantal de vigoña blanca bordada al estilo bretón. Corpiño plegado y cruzado sobre un peto bordado como la falda. Espalda plegada. Cinturón, cuello y puños bordados. El vestido se abrocha con corchetes bajo el delantero izquierdo.

Vestido para niñas de 7 años.—Núms. 18 y 19.

Se le hace de lanilla color de carmelita y se la guarnece de seda *beige*. Se compone de una falda plegada y un corpiño ancho, también plegado. La espalda termina en una aldeta bullonada, y el delantero se cierra en medio y termina en un cinturón con hebilla de plata. Cuello grande á la marinera de seda *beige* con corbata de la misma seda. Manga ancha con puño de seda abrochado.

Tela necesaria: 3 metros 59 centímetros de lanilla, y un metro 20 centímetros de seda.

Sombrero para señoras jóvenes.—Núm. 20.

Este sombrero es de fieltro afelpado mordorado. El ala va ondulada por detrás y levantada bajo una pluma amazona sombreada color de maíz y mordorado. Lazo torzal de terciopelo mordorado. Bridas también de terciopelo.

Sombrero para señoritas.—Núm. 21.

Es de fieltro negro, con ala doblada por detrás. Fondo abierto, con una corona de terciopelo azul claro retorcida en el borde de la abertura y anudada por detrás. Por delante, el sombrero va adornado con plumas negras.

Abrigo guarnecido de pieles.—Núm. 22.

Cuerpo de chaqueta de terciopelo verde azulado y faya azul antiguo. Guarnición de piel de zorro azulado, y bordados de seda del mismo color. Espalda, lados de espalda y de delante y delanteros con aldetas recortadas en almenas. Los delanteros van abiertos sobre un chaleco de faya, bordado y añadido á cada lado bajo el borde de los delanteros. Manga muy ancha, de faya, con puño bordado y ribeteado de piel. La misma piel ribetea los delanteros y parte de la espalda. Cuello alto de faya bordada.—Manguito de piel de zorro azulada.—Capotita de flores de geranio, hechas de terciopelo.

Tela necesaria: 2 metros 25 centímetros de terciopelo, y 3 metros de faya.

Chaqueta para señoritas.—Núm. 23.

Es de tela de lana con lunares y lana lisa, y se compone de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros de lunares. Los delanteros se ajustan con una pinza y se cierran en medio. Cuello alto arqueado y ribeteado de borlillas. Manga de lana lisa, abrochada en el antebrazo.

Tela necesaria: un metro de lana de lunares, y 70 centímetros de lana lisa.

Chaqueta de paño gris.—Núm. 24.

Se compone esta chaqueta de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con pinza de pecho. Cuello alto encañonado, con un collar de pasamanería al pie. Manga ancha, cuya parte inferior va estrechada por un abanico plegado y una cartera bordada de pasamanería. En las caderas, bolsillos con bordado de pasamanería. Solapa de terciopelo en lo alto del cruce.

Tela necesaria: un metro 60 centímetros de paño.

Adornos de corpiño y plegado de polonesa. Núms. 25 á 27.

Núm. 25. *Cuello y corbata D. Juan.*—Cuello muy alto y enrollado de terciopelo, con una corbata de crespón de la China, que rodea dos veces el cuello y se anuda en el lado izquierdo.

Núm. 26. *Adorno de pasamanería para corpiños.*—Se compone este adorno de un delantero escotado en redondo con aldetas recortadas, que se pone sobre un corpiño ordinario. Cuello Médicis de pasamanería.

Núm. 27. *Plegado para delantero de polonesa.*—El cruce plegado va sesgado de derecha á izquierda y fijado con unos botoncitos. El forro de los delanteros se cierra en medio, y se ajusta con dos pinzas. La parte de encima del vestido se pliega sobre el forro.

Matinée de lana.—Núm. 28.

Esta *matinée* es de lana gris pizarra con reflejos azules, y va adornada de felpa azul marino y encaje. Cuello María Estuardo y alzacuello de felpa. Alrededor de éste un encaje ancho fruncido que cae en punta sobre el pecho y la espalda. Aldeta añadida. Cinturón y puños de felpa.

Levita-funda.—Núms. 29 y 30.

Se hace este abrigo de diagonal color de platina. No lleva ninguna costura en la falda. Los laditos y pinzas terminan en las caderas. Tiene dos laditos y una pinza, la cual no estrecha completamente el talle. Otra pinza en medio del delantero. Una cartera vertical va puesta á cada lado y fijada con unos botoncitos de acero, así como los puños. Cuello en pie pespunteado como el contorno de la levita. Esta va abrochada por delante con cuatro botones de acero.

Tela necesaria: 3 metros 80 centímetros de diagonal.

Bata de lanilla.—Núm. 31.

Se hace esta bata de lanilla color de rosa pálido, con estampaciones color granate. Es recta y plegada en medio por delante, y se la recorta sobre un chaleco fruncido de la misma tela. La espalda es también recta y sin costura, y se la frunce por medio de una jareta interior. Cinturón cruzado de galón, que sale de las costuras de debajo de los brazos. El delantero recortado y el cuello van guarnecidos de galón. Manga bullonada y puño alto de terciopelo enlazado por encima.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho.

Abrigo para niñas de 5 á 6 años.—Núm. 32.

Es de vigoña gruesa color rojo. Consiste en una falda fruncida pegada en el borde inferior de un corpiño recto, ancho y sujeto al talle con un cinturón de piel de Córdoba. Esclavina adornada, así como el cuello, el borde de las mangas y la parte inferior del abrigo, con un bies de felpa negra. Alamares negros al través del pecho.

Batas sencillas.—Núms. 33 y 34.

Núm. 33. Es de lana rayada *beige* obscuro, y va adornada de bordado de lana y cordonadura también de lana color crema.

Núm. 34. Esta bata es de franela de fondo gris azul, estampada de lunares color marfil con cuadritos negros. Va guarnecida de terciopelo azul y encaje crema.

Grupo de adornos de corpiño.—Núms. 35 á 37.

Núm. 35. *Cinturón Regencia.*—Se hace de bordado, y se compone de una especie de faja suiza, con un cinturón que abraza las caderas y se cierra en medio del delantero con un broche, del cual pende una caída adornada con un fleco.

Núm. 36. *Manga Gran Duquesa.*—Manga ajustada de faya, y manga corta cubierta de galones de pasamanería, que se doblan hacia dentro en el borde de la manga. Unas trencillas adornan el borde inferior de la manga ajustada.

Núm. 37. *Cinturón Ascanio.*—Doble cinturón de pasamanería. El primero sale de debajo del brazo y se reune en la cintura, y el segundo cae sobre las caderas figurando un *panier* redondo.

Falda de lana nutria.—Núm. 38.

Esta falda es de lana color de nutria, y va adornada con trencilla, presillas y botones negros.

Traje de baile para señoras jóvenes.—Núm. 39.

Vestido de raso color de rosa pálido, formando funda muy estrecha de una sola pieza, que sale de debajo de los brazos y se prolonga para terminar en cola serpentina. Un bordado fino de plata rodea este elegante vestido y marca en los lados una doble quilla. En el borde inferior sobresale un bies de terciopelo color de rosa antiguo, que figura como un segundo vestido, sobre el cual va puesto el primero. Una guarnición plegada de gasa del mismo color adorna el escote y se extiende sobre los hombros para formar una especie de mangas. Una rosa coral se apoya sobre la guarnición en el hombro izquierdo.—En los cabellos, peinados á la Diana, se ponen simplemente unas medias lunas de diamantes para ajustarlos.

Abrigo para niñas de 8 años.—Núm. 40.

Se hace este abrigo de lana lisa y se le guarnece de pasamanería negra y de cinta de faya del mismo color. Falda plegada y corpiño compuesto de espalda ceñida y delanteros con pinza que marca el ladito. Pliegue redondo abrochado en medio del delantero. Tirantes de pasamanería y cinturón que pasa debajo de las mangas y se anuda por delante. Cuello alto y abarquillado. Manga de codo y manga ancha y larga como una manga judía, que termina en un lazo de cinta.

Vestido para niñas de 3 á 4 años.—Núm. 41.

Este vestido es de lanilla escocesa granate y crema. Falda plegada, montada bajo un cinturón de terciopelo granate formando punta. Corpiño abierto, dejando ver dos bandas plegadas y cruzadas sobre un peto de terciopelo. Se abrocha el vestido en el lado izquierdo, bajo un encaje crema. Manga de terciopelo adornada con un encaje, y cuello igual.

Blusa rusa para niños de 3 á 4 años.—Núm. 42.

Es de paño color de cobre; va fruncida en la espalda y por delante, y añadida á un canesú de astrakán. Se la abrocha por medio de una tapa, bajo un borde de astrakán que rodea la falda. Manga de codo un poco recta, adornada de astrakán. Cuello en pie, abrochado en la izquierda.

ABNEGACIÓN.

(APUNTES PARA UNA NOVELA.)

El crepúsculo de la tarde comenzaba: los últimos rayos del sol se despedían de la pequeña aldea de Noreña, bañando con su luz la torre de la iglesia y las crestas de la sierra lejana. Las calles del pueblo, desiertas durante el día, empezaban á animarse con la vuelta de los trabajadores del campo, y mientras los hombres se paraban á las puertas para hablar del estado de la cosecha y del tiempo probable del siguiente día, las mujeres se apresuraban á preparar la cena en el interior.

A la puerta de una casita, y sobre una piedra allí colocada, se hallaban sentados, viendo el regreso de los trabajadores, un anciano y una anciana. Era la casita de modesta apariencia, pero de aspecto agradable, y sobre la puerta se veía en una muestra este letrero: CARPINTERO-EBANISTA.

Los dos ancianos parecían sostener acalorada discusión, á juzgar por lo brusco de sus ademanes, y así era en efecto.

—¿Pero has reflexionado bien lo que vas á hacer, Julián? ¿Por qué te empeñas en no admitir los doce mil reales que te da el señor Pardiñas por la casa? ¿Acaso crees que vale más?

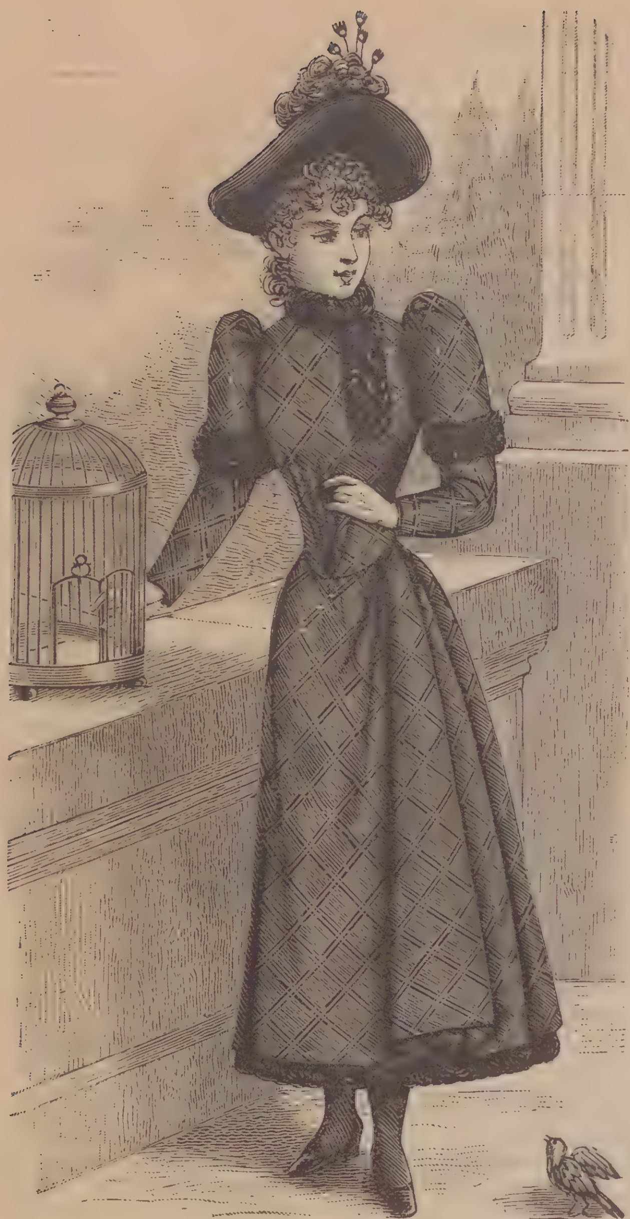
Todas estas preguntas eran dirigidas al anciano por su mujer.

—Yo tengo mis motivos para rehusar las proposiciones del vecino, y entre ellas, que á Santiago no le gusta dejar esta casa; ya sabes qué triste se pone cuando se habla delante de él de este asunto; y.... vamos, que no la vendo.

—Es verdad que á nuestro hijo no le agrada la idea de abandonar la casa..... En fin, haced lo que queráis; pero ya verás cómo se enfada el señor Pardiñas—replicó la anciana.

—Y á nosotros ¿qué nos importan sus enfados?

—¡Oh! ¡qué nos importan! ¿Te parece que no le has hecho bastante daño aún? ¿Quién sino tú ha tratado de


11.—Traje para jovencitas de 12 á 13 años.

14 y 15.—Abrigo para niñas de 8 á 10 años. Espalda y delantero.

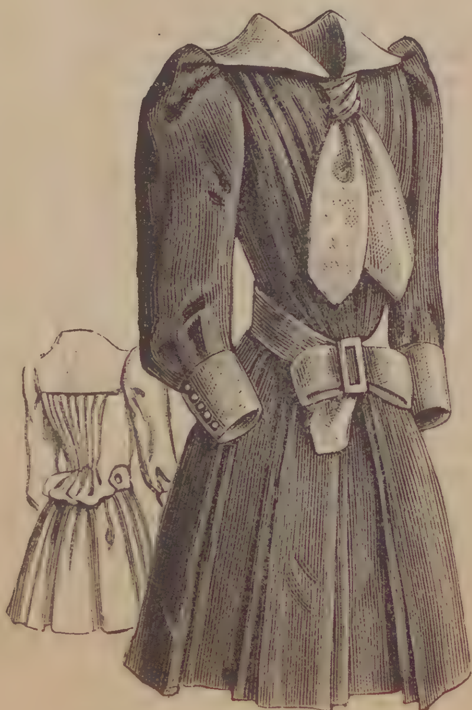
20.—Sombrero para señoras jóvenes.

12.—Corpiño de paño y bengalina.

16 y 17.—Traje para niñas de 7 á 9 años. Delantero y espalda.

21. Sombrero para señoritas.

13.—Corpiño de terciopelo y seda.


18 y 19.—Vestido para niñas de 7 años. Espalda y delantero.

22.—Abrigo guarnecido de pieles.

23. Chaqueta para señoritas.

25 á 27.—Adornos de corpiño y plegado de polonesa.

24.—Chaqueta de paño gris.

28.—Matinée de lana.

29 y 30.—Levita-funda. Espalda y delantero.

31.—Bata de lanilla.

32.—Abrigo para niñas de 5 á 6 años.

hacerle salir del país? ¿Quién le ha desacreditado más que tú?

—Para hacer todo eso he tenido mis razones—dijo Julián.

—Sí, ya lo sé; pero también tú le has hecho pagar sus malas acciones, y la verdad, Julián, creo que ya debéis estar en paz; además, ¿no terminó ya la guerra? ¿A qué continuar con esas enemistades?

—Calla, que podrían oirnos..... Pero piensa que me ha dirigido grandes insultos en el pueblo, que en la campaña me ha herido, y que no desperdiciará ocasión de perjudicarme: ¿quiere guerra? pues guerra tendrá.

La pobre vieja alzó los hombros y se calló; pero de pronto, y mirando á la esquina de la calle formada por la iglesia, exclamó, dando en el brazo de Julián un ligero golpecito para sacarle de su ensimismamiento:

—Mira, ahí viene Santiago.

Julián miró del lado que señalaba Marcela.

—¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué viene con la cabeza baja?—dijo.

—¡Dios mío, si parece que llora!

El anciano se levantó bruscamente.

—¿Qué es eso? ¿qué te pasa?—preguntó á un joven que en aquel momento llegaba con la cabeza baja, y de tiempo en tiempo se pasaba la mano por los ojos como para secarse alguna lágrima.

—¿Qué tienes, Santiago?—dijo Marcela cogiendo á su hijo dulcemente por un brazo.

—¿Yo, madre?..... nada.....—respondió el joven, cuya turbación era imposible disimular.

—¿Es que no tienes confianza en mí?—preguntó Julián.

—¡Oh! ya sabes que sí—replicó Santiago.

—Entonces cuéntame lo que te pasa.

Los tres entraron en la casa, cuidando la madre de cerrar bien la puerta. Cuando Santiago se encontró solo con sus padres se dejó caer en una silla, y no pudiendo ya contener sus lágrimas, prorrumpió en llanto.

—¿Qué tienes? habla—decía la pobre Marcela, sin poder contener la impaciencia propia de una madre que ve sufrir á su hijo querido.

—Déjale, mujer—decía Julián;—¿no ves que la pena no le deja hablar?

Pero á Santiago no era sólo la pena lo que más le acongojaba, sino la dificultad de explicar á sus padres la causa de su profundo dolor.

En cuanto á éstos, imposible es describir el sinnúmero de suposiciones que hacían para explicarse el sentimiento de su hijo; pero la madre, con el instinto que es peculiar á las madres cuando de sus hijos se trata, pensó que sólo el amor podría causar en su hijo tan intenso dolor, y pasándole un brazo por el cuello, le abrazó, preguntándole casi al oído:

—¿Es que estás enamorado?

Santiago ocultó su cara en el seno de su madre.

—¿Enamorado?—replicó Julián;—¡qué diantre! Cuando un muchacho se enamora, se casa, y en paz.

—¡Imposible!

—Pero, hijo, ¿no sabes que á toda costa buscaremos tu felicidad?—dijo Marcela cariñosamente.

—¡Oh! ¡madre, madre! ¡Si supieras.....

—Santiago, dime solamente su nombre.

Al oir esta pregunta, Santiago intentó desasirse de los brazos de su madre; pero ésta lo impidió, abrazándole aún con más fuerza.

—Su nombre, dinos su nombre—repitió Marcela con tono suplicante.

—Pues bién—balbuceó el muchacho;—es la sobrina del señor Pardiñas.

Dos exclamaciones de sorpresa y dolor se escaparon de los labios de Julián y de su mujer.

—¿Y ella lo sabe? ¿Y te corresponde?

—Sí, madre mía.

—¡Dios mío, si lo llegase á saber el señor Pardiñas!

—Ya lo debe saber, porque ha hecho salir del pueblo á Dolores.

—¿De veras?

—¡Y ya no la volveré á ver nunca más! ¡No sé dónde la han llevado!—murmuró entre sollozos Santiago.

—Ten esperanza, hijo mío—le dijo el anciano levantándose.—Pero ¿cómo diablos os habéis arreglado para que nadie se enterase?

—Hablábamos por el jardín—dijo tímidamente el desconsolado joven.

—Vamos, cuéntanos, dinos cómo has llegado á enamorarte de esa joven—dijo Marcela.

—Sí, os lo contaré todo. ¿Por qué me ha de dar vergüenza relataros mis amores?

A estas palabras los dos ancianos se sentaron, y después de un corto silencio, Santiago empezó así su narración:

—Cuando vinimos á esta casa, hace seis años, la guerra civil había terminado: el señor Pardiñas te había ofendido y hasta herido en la acción que tuvisteis en el monte del Cuervo; yo no podía ni verle; deseaba encontrar una ocasión de demostrarle mi odio y vengarme del hombre que había querido matar á mi padre.

Cuando él ó sus hijos estaban en el terrado y se asomaban á nuestro jardín no los saludaba, y si me hablaban, les contestaba con desprecio. Pero cuando Dolores estaba sola, me saludaba con una bondad y una dulzura que me impedían usar con ella la crueldad con que trataba yo á los suyos. Aquella joven me inspiraba mucha lástima, porque había oído decir por el pueblo que el señor Pardiñas la maltrataba mucho.

Estaba yo un día cogiendo uvas de la parra que está debajo de su terrado, cuando la oí llorar muy amargamente, y al señor Pardiñas regañarla con crudeza y hasta echarla en cara que la tenía en casa por caridad, y amenazarla con arrojarla de ella. Desde aquel día, la poca antipatía que yo tenía hacia ella desapareció por completo; me parecía que no era de la familia, despertándose desde entonces en mí el cariño que inspiran los seres desgraciados.

Por espacio de mucho tiempo venía á asomarse al terrado todos los días, y yo, sin darme cuenta, también iba todos los días á pasear por aquel lado del jardín: esto llegó á ser una necesidad para mí, como hubiera podido serlo el respirar; ella también parecía muy feliz cuando me veía.

Un día que había abierto la primera rosa de nuestro jardín, después de cortarla, quise dársela, y aproximando la escalera á la muralla, subí hasta alcanzar su mano; pero en aquel mismo momento, el señor Pardiñas aparecía en el terrado: arrebatándole la rosa que yo la había dado, la tiró á nuestro jardín, cogió bruscamente á Dolores de un brazo y la arrastró hacia adentro.....; luego la oí llorar mucho. No sé lo que pasó por mí entonces; pero me sentí con valor suficiente para luchar y vencer á aquel hombre feroz..... Mas el dolor que embargaba mi corazón no me permitió moverme de mi sitio..... ¡Aquella tarde lloré mucho!

Pasaron muchos días sin que volviese á ver á Dolores; yo no me separaba ni un momento de aquel lado del jardín, pero era inútil; la noche llegaba, y me veía obligado á volver á casa sin haberla visto. ¡Oh, cuánto sufrí en aquellos días!

Al fin llegó un día en que, al aproximarme á la tapia con los ojos fijos en la barandilla de su terrado, la vi ¡Dios mío, qué pálida estaba!

Al verme se sonrió, ¡pero con tanta tristeza! Me dijo que había sufrido mucho, que su tío la había regañado más cruelmente que de costumbre y prohibido que volviese á subir al terrado; pero sabía que me encontraría allí; sabía que yo á mi vez sufría, y no había dudado, aprovechando una pequeña ausencia de su familia, en venir á contarme sus penas; ¡lloramos mucho, madre mía, aquella tarde! Así pasamos un largo rato.

De pronto una idea vino á mi imaginación, y como quien encuentra una solución á un problema irresoluble, la dije:

—Si usted quisiera..... ¡mis padres son tan buenos!..... y usted sería tan feliz en mi casa.....

No sé lo que ella comprendió, pero poniéndose muy triste y mostrando gran confusión, se volvió como si quisiera alejarse de mí. Creí que la había ofendido, y mis ojos volvieron á cubrirse de lágrimas.

—Perdón, perdón—la dije;—he hablado como un loco. Ya sé que es imposible, que usted no puede vivir con nosotros; ¡somos tan pobres!

—¡Oh, no! Sería muy feliz, Santiago—replicó Dolores, mirándome con ternura.

—¿Será posible? ¿No me engaña usted, Dolores?

—No, Santiago, mi felicidad está con usted.

Sentí una nube que cubría mis ojos; creí desvanecerme; ¡era tan feliz oyéndola hablar así!.....

Pero ella me sacó de mi abstracción, diciéndome que sentía ruido y que tenía que huir para que no la viesen hablar conmigo; que volvería, siempre que la fuese posible, á verme; y con un adiós que me hizo estremecer, me envió un beso con la punta de sus dedos. ¡Ella me amaba: era feliz!

Esta situación continuó por espacio de un mes. Nos veíamos de tarde en tarde, y nos escribíamos á diario, ocultando nuestras cartas debajo de un tiesto de claveles que hay en el terrado. Ayer, según costumbre, fuí á dejar mi carta, cuando al bajar de la escalera salió el señor Pardiñas; yo me oculté con precipitación, para que no me viese y evitar infundir sospechas; por la tarde volví, y ya no estaba mi carta; supuse que Dolores la habría tomado, pero ¿y la contestación? Esperé inútilmente. Hoy he ido muy temprano con la esperanza de ver su carta, pero tampoco estaba; ya intranquilo, he salido á la calle y he acechado á los criados del señor Pardiñas. Hace un momento he visto al mozo de labranza, Pepe, y me ha dicho que Dolores ha partido con su tío hoy mismo.

—¿Y no sabes dónde?—preguntó Marcela.

—No me lo ha podido decir; sólo sabe que no volverá nunca..... pero yo la buscaré.

—¿Y si no la encuentras?

—¡Qué diablo, ya la olvidarás!—dijo Julián.

—¡Oh! eso nunca, padre.

—¿Qué vas á hacer entonces?

El joven no respondió, pero dirigiendo á su padre una mirada que le hizo estremecer, salió precipitadamente.

Todas sus pesquisas fueron inútiles; nadie podía indicarle el paradero de Dolores, y al cabo de dos meses de buscarla inútilmente, tuvo que desistir de encontrarla; pero no por esto cesó su dolor ni el amor que por ella sentía.

Inés B.

(Concluirá.)

AL PRECIOSO NIÑO F. E.

Lleno de aroma y color
Fijas en la tierra el vuelo,
Como una rosa del cielo
Que Dios le envía al amor.

De la dicha y del placer
Nuncio hermoso y peregrino,
Flor naciste, Florentino,
Y flor tenías que ser.

¿Si la virtud y el amor
Se unen con santo embeleso,
Al confundirse en un beso
No ha de nacer una flor?

Tu beldad mi canto inspira
Y te ofrezco, hermoso niño,
Esta nota de cariño
Que se escapa de mi lira.

Siempre puro, como ahora,
Crece alegre y sin enojos;
Mírate siempre en los ojos
De esa madre que te adora.

De tu inocencia querida
Goza alegre y sonriente,
Y que no anublen tu frente
Las tormentas de la vida.

Tu padre amoroso y fiel,
Y tu madre honrada y bella:
¡Copia la hermosura de ella
Y refleja el amor de él!

Fe y virtud, sobre tu cuna
Sonríen con dulce anhelo,
Y por verte pára el vuelo
La caprichosa Fortuna.

En tí la bondad se encierra
Y de gozo he de cantar;
¡Es tan difícil hallar
Un ángel sobre la tierra!

Dos sendas encontrarás
Al emprender tu jornada;
Sigue la más escarpada,
Que está la dicha detrás.

¡Con la cruz expiatoria
Sube el áspero camino!.....
¡Sin *calvario*, Florentino,
No se conquista la gloria!

José Jackson Veyan.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

ANDRÉS Á ERNESTO.

¡Ah, querido amigo! Has venido á caer donde yo esperaba, y tu última lo prueba hasta la saciedad: sacando falsas consideraciones de mis cartas, has forjado una novela, y me la envías en tren expreso, preguntándome al concluir si tus enhorabuenas llegarán antes ó después de la ceremonia.

El caballo que me arroja en un camino; el viejo castillo donde me transportan medio muerto; una joven huérfana y su anciana sirvienta; los cuidados que debo á estas dos almas caritativas....., todo esto te llena de ilusiones, y ya me crees enamorado perdido de la señorita de Bazán, dispuesto á arrodillarme á las plantas de mi bella (todo lo que un hombre con la pierna rota puede arrodillarse), y bendiciendo la desgracia que he tenido, en una soledad á dúo, que es, según afirmas, la más deliciosa de las soledades.

¡Ay, mi buen compañero! Preciso es decirte que te has equivocado, y que ni por un instante se me ha ocurrido imitar á Hércules á los pies de Onfala. Para ello hay dos poderosas razones: que ni tu temperamento es el mío, ni tu romántica imaginación es la mía; y baste para convencerte el recuerdo de que, cuando frecuentábamos juntos la sociedad, tú solías apasionarte dos ó tres veces en una noche, y yo apenas prestaba mi corazón una hora por semana.

Y ahora que estoy desengañado por completo del género humano; que he roto para siempre con mis alegres compañeros de club y las encantadoras Circes de la corte; que todo lo veo negro en torno mío; que soy un escéptico sin ilusiones ni esperanzas, ¿quieres que me enamore como un estudiante y eche á mi cuello la cadena del matrimonio, precisamente cuando he pulverizado los hierros que me detenían, y libre y feliz voy á cruzar el mar para engolfarme en las inexploradas soledades de la India?

¿Has olvidado, al escribirme en el sentido que lo haces, los dos últimos años que han transcurrido? Sí, porque son una prueba continua de tu abnegación, y tienes la feroz delicadeza de prohibirte estos recuerdos.

He sido tonto, amigo Ernesto, estúpidamente tonto y confiado, hasta el punto de creer todo lo que se me decía. Tenía treinta amigos íntimos, y los juzgaba sinceros, cariñosos y fieles como otros tantos Pílades: en veinte casas aristocráticas me abrían las puertas de par en par, celebraban mis ingeniosos chistes, y se me tenía por uno de los de la juventud dorada que llenaba los salones. Cuando el incienso de la adulación me dejaba entrever algo, creía que tales distinciones eran debidas á la memoria de mi buena madre, cuya sombra protectora me servía de apoyo y guía en el círculo de sus antiguas amistades.

¡Pobre loco! Entre tantas suposiciones sólo olvidaba una cosa: la renta de veinte mil duros que tenía á mi disposición, y derrochaba con la esplendidez de un huérfano millonario, que ni sabe lo que cuesta reunir un capital, ni conservarlo después de reunido. Así, tomaba como dirigidos á mí los obsequios que prodigaban á mi fortuna.

Pero el desengaño no se hizo esperar. ¿Te acuerdas, Ernesto, de aquel terrible cambio? Una mañanita me

hallé arruinado; mi banquero (antes mi tutor, y uno de los más cariñosos amigos), había comprometido mis bienes en negocios tan arriesgados, que no se atrevió á consultarme sobre ello, y tomó la determinación de huir con lo que quedaba, y formar en Nueva York una fortuna propia con los restos de la mía.

Ni el telégrafo transmite con más velocidad que se propagan las malas nuevas de boca en boca: cuatro horas después de sucedida mi desgracia, era pública en Madrid: del millonario Conde de Errazu me convertí en el *pobre Andres;* el rumor de mi caída duró una semana, y al cabo de ella fuí olvidado; pero no te extrañe. ¡Había tanto en que pensar á la vez que en mi fracaso! Figúrate que cambió un Ministerio; que se desafiaron dos altos personajes, y por último, que se descubrió un crimen misterioso en que se ocupó toda la prensa, y puedes comprender si la ola que me anegó pasaría sin ser vista.

Los salones de las familias que yo consideraba como mías, se me cerraron sin explicación alguna. ¿Para qué tomarse la molestia de invitar á un hombre que no está en la categoría de *buen partido?* Sólo entonces noté (y me admiro de no haber caído antes en ello) que en todas las casas había por lo menos una muchacha soltera, entre los diez y seis y los veinticinco años.

En cuanto á los amigos..... no puedo quejarme, porque todos se portaron correctamente: no hubo uno que al encontrarme en la calle, durante los primeros días, no atravesara de su acera á la mía para estrecharme la mano y atestiguarme su interés.

—¡Qué chasco, Errazu!—me decían unos.

—¡Valiente canalla está F.....!—añadían otros.—¿Quién lo hubiera creído de su formalidad? Y á propósito: ¿sale por fin á subasta tu hotel? Pues ten cuidado, porque vale bien, y es lástima que pierdas el dinero.

—¡Qué zambullón, querido mío! ¡Cualquiera sabe ya de quién fiarse!—exclamaban los más festivos.

Todas estas agudezas que hubieran debido hacerme reir á carcajadas, tenía el mal gusto de que se me clavaran como espinas en el corazón; por fin, á los pocos días de hallarme pobre, vendido el hotel, sin comidas en Fornos ni desayunos en casa de Lardhy, habría sido tan difícil que mis amigos dieran conmigo, como buscar una aguja en una carreta de paja.

Aquí hubiera podido concluir la historia, si por dicha no tuviera un amigo más de los treinta consabidos, que testarudo como buen aragonés, se empeñara en buscarme hasta descubrir mi retiro, y una vez en él, después de quejarse ruda, pero sinceramente de mi falta de confianza, me tomara del brazo y me llevara consigo para partir como hermano su pan y su hogar con el millonario arruinado, y esto no un día ni una semana, sino el dilatado espacio de dos años.

Pero no te agradeceré nunca bastante el acto de heroica generosidad que has realizado, y más que todo, la manera que has tenido de hacerlo. Pues ha llegado la ocasión, permite que te lo diga: la delicadeza de tu afecto es lo que me ha detenido á tu lado setecientos treinta días, viviendo como planta parásita sin recuerdos del pasado ni esperanzas en el porvenir.

Bien mirado, ¿á qué hubiera podido dedicarme? Cuando rico, todos me proclamaban artista; mas cuando quise explotar el arte, mis cuadros no valían nada; en cuanto á la música, no había que pensar en ella: para dar una serenata, era consumado guitarrista, y como profesor, no hallé ni un discípulo.

Aburrido de mi insuficiencia, sin lograr ni un mal destino, y desolado de ser para tí una carga irredimible, quise emigrar, y sin tu oposición me hubiera lanzado á buscar regiones desconocidas, bien lejos de figurarme que, si me quedaba, tendría pronto ocasión de completar mis estudios sobre la influencia del dinero en la manera de ser de la sociedad.

¿A qué recordar el desenlace de la comedia? Como una mañana me desperté pobre, en otra volví á hallarme rico: la vuelta de la rueda de la Fortuna había sido completa, y me traía en una mano lo que me llevó con otra. Un tío americano, que había muerto sin hijos, me legaba sus minas de petróleo y sus depósitos de millones en el Banco de Inglaterra. El testamento se hallaba en regla, y podíamos resarcirnos ampliamente de los trabajos y economías de los dos años.

Tres días después, las tarjetas y felicitaciones llovían en casa, y me asediaban por doquiera mis *consecuentes* amigos. A la verdad, lo pasado podía calificarse de un mal sueño, porque todo lo que juzgué perdido se entraba á la vez por la puerta: el dinero y la amistad.

Pero el cambio fué demasiado brusco, y no pudo engañarme: con alguna prudencia tal vez lo hubieran conseguido; mas recobrar de la noche á la mañana mi antigua existencia en el punto preciso que había quedado; el convite aceptado dos años antes que me reclamaba entonces; el vals que durmió dos inviernos en el librito de memorias, y que me recordaban con cariño; el cúmulo de ofrecimientos y enhorabuenas que me abrumaba era tan grotesco é infame á la vez, que si aparentemente reía de ello, mi corazón desbordaba de ira y de vergüenza.

Huir de las gentes me pareció poco, y quise antes vengarme de la conducta que observaron conmigo: así tuve la mala intención de alentar esperanzas, encender ambiciones, halagar soberbias y prestarme á todos los manejos, para hacer más sensibles las decepciones el día en que se me antojara romper la red de tela de araña en que me tenían envuelto.

Pero, cansado en breve, desilusionado, herido, y pareciéndome débiles todas las frases que se emplean para expresar el odio y el desprecio á la humanidad; separado de tí por la aguda enfermedad de tu tío, he sentido fiebre de viajar y el afán de oir mentir en chino, en árabe y en el lenguaje del Indostán, como había oído mentir en español, á fin de asegurarme de que mi patria no está ni más ni menos adelantada en esta ciencia que las demás naciones.

¡Y tal momento eliges para predicarme las dulzuras del amor, la paz del hogar y la tierna confianza que liga dos almas y las confunde en una para siempre!

Mi pobre Ernesto, eres un loco; y aunque la señorita de Bazán no sea peor que otras mujeres, basta que sea igual á la generalidad de ellas para hacerme huir espantado. Las pruebas con que tratas de convencerme de que estoy enamorado me han hecho reir cerca de una hora.

«Tú la ves de continuo—me dices;—la hablas, te compadeces de sus penas y la llamas *hada rubia;* vamos, Andrés, confiesa que la amas.»

Ven acá, entusiasta amigo, y respóndeme á dos preguntas: ¿tengo mis piernas sanas para poder huir de la señorita de Bazán? ¿He de hablarla volviendo la cabeza al lado contrario del en que se halle? ¿Por qué descifras mis cartas, ansioso de ver en ellas algo más que la narración de un viajero que cuenta sus aventuras?

En cuanto á llamarla *hada rubia*, confieso que es verdad; pero si realmente su cabello es una mezcla de oro y cobre, ¿cómo expresar el color sino del modo que lo he hecho?

Lo que más gracia me hace son las quejas que me das porque hasta ahora no te he descrito á mi enfermera.

«Me estás obligando—dices—á verla con la imaginación, porque, aparte del matiz de sus trenzas, no me das de ella ni el más leve detalle. ¿No es un delito que te extasíes en pintarme las torres caídas y el mueblaje de tu habitación, y nada hables de la que es alma y vida del castillo? ¿Cómo es? Descríbela puntualmente, porque me muero de curiosidad.»

¡Líbreme Dios de disgustarte, amigo mío! Lee y tendrás el retrato que deseas, tanto más parecido, cuanto que mis ojos no se hallan cubiertos por la tupida venda del amor.

La señorita Eladia es de corta estatura, ó al menos lo parece sin serlo en realidad: ¿consistirá en la finura incomparable del talle, en la cabeza, que como las de las buenas estatuas griegas es pequeña, ó en la viveza y multiplicidad de sus movimientos? No puedo decirlo; pero es lo cierto que vista de pie, en los raros momentos de hallarse inmóvil, se la creería alta, y muchas veces me he preguntado con verdadera sorpresa: ¿son mis ojos, ó ha crecido un palmo de ayer acá?

Pero cuando se mueve tan rápidamente, que no parece que anda sino que vuela, entonces pertenece á la familia de los silfos, y sabido es que los silfos no tienen estatura ni edad.

El óvalo del rostro es perfecto; el color moreno claro, pero no el moreno que tira á amarillo, sino un cutis transparente, bajo el cual parecen lucir rayos de sol; la frente ancha y bien cortada; la boca de labios finos y rojos como cerezas; la nariz corta y ligeramente remangada, lo cual da cierta gracia picante á su fisonomía; en cuanto á los ojos, te diría que son magníficos si no temiera que empezaras á formarte nuevas ilusiones, y á ver en ellos relámpagos de pasión: procuraré por tanto retratarlos sencillamente, como lo harían en una *cédula de vecindad*, sólo que añadiré sus señas particulares.

Grandes, rasgados, tienen un negro intenso y profundo, del cual sale una especie de fulgor incesante; cuando baja los párpados, su rostro tiene la suave tranquilidad de un niño dormido; cuando los alza, brotan rayos de las inquietas pupilas, y se creería que hay una luz reverberando en el iris que flamea. ¿Existen los diamantes negros? Lo ignoro, aunque he oído asegurarlo; pero desde que veo los ojos de la señorita de Bazán me figuro cómo deben ser.

Las pestañas son largas, y cuando se bajan, proyectan en las rosadas mejillas como la sombra del ala de un pájaro que vuela. Las cejas, rectas y finas; diríase una pincelada que no ha sido preciso retocar.

En fin, como sello á esta mezcla de gracia y de malicia, figúrate en el lado izquierdo, un poco más arriba del labio, un hoyito sin razón de ser, pero que armoniza perfectamente con el resto de la fisonomía; porque al levantar sólo un extremo de la boca, la hace reir como de contrabando, lo cual le da una expresión de alegría inexplicable.

No te diré que Eladia tiene pies y manos de niño, porque estos extremos gordinflones, llenos de roscas que encantan á las madres y nodrizas, serían horribles para terminar un cuerpo tan delicadamente constituído; en suma, el todo es una figura original, notablemente bella, ante la cual exhalarías gritos de admiración, y á quien dedicarías un soneto cada noche; figura ideal que un pintor copiaría con delicia, aunque no la sacara nunca tal como es. Si un día tengo humor de ello, le pediré permiso para retratarla, y dedicaré la primera página de mi álbum á la primer aventura de mis viajes.

¿Y bien?—dirás.—¿Y bien?—te respondo—¿estamos obligados á amar lo bello sólo porque lo es? Te detallo á mi enfermera como lo haría un artista y como te describiré dentro de algunos meses las flores de loto y las almeas (si hay almeas que no sean de teatro); pero si vas á forjarte más novelas por cada nuevo rostro de mujer que encuentre en mi camino, no tendré más remedio que escribirte con el laconismo de los partes telegráficos.

Hace falta, amigo mío, ver el mundo como es; y, la verdad, tanto tú como yo merecemos algo más que una muñeca llena de ambiciones, de trenes, carruajes y brillantes. Ninguna mujer vale gran cosa para quien las conoce bien; así, hace tiempo que hice voto de celibato en tu nombre y el mío; firma, pues, la obligación y no te entregues á sueños azules ni de color de rosa.

A. Hermill.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á Flor de Lis.—Sí, está bien puesta la fecha de su carta. El luto de padres es de dos años: al año y medio se alivia mucho el luto, y se va á todas partes; por lo tanto, esas señoritas pueden perfectamente concurrir á paseo.

Los géneros más á propósito para los trajes que desea hacer, son el paño amazona, cheviot y vigoña.

Cuanto á sus formas, en nuestro periódico se publica lo más nuevo y elegante que se usa. Puesto que tiene usted que acompañar á sus hijas, y ha transcurrido ya bastante tiempo de la muerte de su esposo, debe hacerse una capota de crespón inglés, que hace muy riguroso, pues el manto no es elegante ni propio para paseo.

Debe hacerse un abrigo como los grabados 11 y 12 de nuestro número del 14 de Octubre de 1890, suprimiéndole los adornos de terciopelo, es decir, hacerlo todo de paño negro y guarnecido de pluma negra.

Use para el cabello el específico llamado *Secreto chino*, que creo le dará mejor resultado. Escriba á una buena peluquería de Madrid ó París, dando la misma explicación que me da á mí, y le enviarán lo que desea.

Para vestir, bota de tafilete negro.

Á D.ª Adelaida T., viuda de B.—Para el trajecito de la niña de once meses hay franelas y *cachemires* á propósito, con flores bordadas en *soutaches* ó torzal blanco; y por único adorno debe ponérsele los *choux* de piel de seda negra, pues es el luto que llevan las niñas de esa edad.

Sombrero *capeline bonne femme*, de franela picada y *choux* negros.

El abrigo de la niña de cuatro años debe ser de vigoña negra, porque en edad como la suya el luto es más rigoroso. Los niños de ocho años llevan indistintamente pantalón corto ó largo.

Los calcetines y zapatos de la niña deben ser negros. La otra niña de cinco años puede llevar el abriguito gris.

A una recién casada M. S.—Lea mi contestación *A una Caprichosa*, de nuestro número del 30 de Octubre.

Para el salón, sillería de talla dorada y raso grana, verde-reseda ó rosa. Cortinajes de la misma tela. A los dos lados de la ventana del centro grandes espejos sobre consolas doradas, y sobre éstas, porcelanas de Sajonia, lámparas artísticas, bronces, etc. Mesa de centro igualmente dorada y araña de cristal y bronce, también dorado.

En el comedor, aparador, trinchante y mesa cuadrada, de encina ó roble tallado, y sillas de la misma madera tapizadas con cuero de Córdoba.

En la antesala, portiers imitando tapiz y divanes de paño del color del fondo de los portiers.

En uno de los testeros, mesita de *marqueterie* con bandeja para tarjetas.

Siento no poderla indicar la fábrica que desea, pues no conozco ninguna que reuna esas condiciones.

Á Rosa francesa.—A un banquete de tanto cumplido se va generalmente escotada. En la cabeza, flores ó plumas.

Vuelve á ponerse de moda el papel de colores para escribir, pero tan pálidos que apenas se distinguen: malva, azul cielo, gris, rosado.

El monograma es sumamente pequeño, y algunas veces se suprime por completo.

Las plumas, los pájaros y el terciopelo, tan pronto obscuro como de color, son los adornos casi exclusivos de los sombreros de este invierno.

Á D.ª Pilar P. de R.—La vaselina tiene que usarla pura, sin agua ni nada, y lavarse con ella como si se lavara con cold-cream.

Use los polvos de arroz de Violet, que dan buen resultado.

El hábito de casa debe hacerlo como el grabado 3 de nuestro número del 30 de Octubre último, y una chaqueta completamente lisa.

Para modelo del de calle la aconsejo la figura primera del figurín iluminado de nuestro número del 22 de Septiembre, supriméndole, por supuesto, el terciopelo y los bordados para que tenga la sencillez que un hábito requiere; y poniéndole únicamente en el borde de la falda cinco ó seis pespuntes.

Á Criticona.—La aconsejo el sombrero señalado con el núm. 1 en nuestro número del 14 de Octubre de 1890.

Para vestir, bota de tafilete negro con medio tacón Luis XV.

Siempre se estilan los pendientes pequeños.

Sí; siguen llevándose los vestidos rozando el suelo.

Á Carmen.—Los *cangrejos á la Bordelesa* se hacen así:

Se ponen á cocer los cangrejos un cuarto de hora en vino blanco, y aparte, en una cacerola, se pone aceite frito, y en él media cebolla, un ajo, sal, pimienta, laurel, perejil, una zanahoria y un tomate; cuando todo esto está bien rehogado, se añade el vino blanco en que se han cocido los cangrejos y un vasito de cognac; cuando la salsa está un poco espesa, se pasa por tamiz y se pone á hervir un momento, ya con los cangrejos.

Pueden también añadirse á la salsa algunos langostinos, que le dan un gusto exquisito.

Aficionada á jeroglíficos.—Los colores más de moda

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

33 y 34.—Batas sencillas.

35 á 37.—Grupo de adornos de corpiño.

39.—Traje de baile para señoras jóvenes.

38.—Falda de lana nutria.

41.—Vestido para niñas de 3 á 4 años.

40.—Abrigo para niñas de 8 años.

42.—Blusa rusa para niños de 3 á 4 años.

para abrigos son: verde-reseda, azul Francia, barro cocido y gris azul.

El vestido debe hacerlo como el grabado 1 de nuestro número del 6 de este mes, que es elegantísimo.

Los pañuelos de la mano, si son de colores, se bordan con los mismos colores del pañuelo, y si son blancos, en blanco.

Sí; puede usar el abrigo sin ir ridícula, pues todavía se llevan chaquetas de esa clase y forma.

SRA. CONDESA DE S.—Para el té de las cinco se vuelven á adoptar las teteras de plata, más prácticas y elegantes que las rusas.

Los manteles de té son también objeto de preocupación para las elegantes: los más *chic* son de seda de color, rodeados de entredoses y encajes gruesos, guipur, punto de Venecia, encaje Richelieu, *torchou*, etc. Las servilletas se guarnecen también de guipur.

Á CLOTILDE.—Nada hay tan elegante, al mismo tiempo que sencillo, que las almohaditas de cuna que ahora se hacen: son lisas, cuadradas y tienen por único adorno un volante festoneado, en el que van hechos ojales á festón para pasar cinta del número 6 y hacer cuatro lazos en las esquinas.

Para trajes de mucho vestir, los colores de moda son: violeta tirando á rojo, gris perla, verde Nilo y azul viejo.

Las pieles que con preferencia se estilarán este invierno son: en primer término, el castor y el zorro azul, y después el astrakán, la nutria y toda clase de pieles.

Los *deshabillés* elegantes siguen las variaciones de la moda, pues se hacen casi todos de color heliotropo, amatista y malva, ó maíz, verde gris y pétalo de rosa.

Los sombreros de fieltro de seda, de pelo largo, están muy de moda y se adornan mucho con lazos de raso y plumas negras. Las formas son un poco menos grandes que las de este verano.

Puesto que quiere usted un sombrero claro, hágalo de fieltro gris muy claro, adornado con terciopelo rosa viejo y con un penacho de plumas grises.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS

Núm 42.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

TRAJE DE OTOÑO É INVIERNO.

Vestido de paño color platina y paño color de plata.—Su forma es la de una polonesa, cuyos delanteros, que van ajustados con una pinza, se recortan en forma de corpiño sobre un delantal estrecho, bordado con hilo de plata en el borde inferior y en la cintura. Va dispuesto en plieges tendidos, para no abultar el talle. Peto bordado de plata. Una tira de plumas, del color del vestido, rodea el cuello, ribetea el delantero derecho, pasa por la pinza de la izquierda y sigue el borde de la falda. Los delanteros de forro se abrochan en medio, y el peto en el lado izquierdo, así como el delantal. Falda plegada por detrás, y correa abrochada por encima de los pliegues. Manga muy alta, plegada por encima y abrochada bajo el bordado.—Sombrero de fieltro gris plata, formando punta por delante, y levantado por detrás bajo un lazo de cinta de terciopelo platina; lazo en el lado izquierdo y plumas.

Tela necesaria para el vestido: 5 metros 20 centímetros de tafetán; un metro 30 centímetros de paño gris plata para el delantal y el peto, y 4 metros 50 centímetros de paño platina para la polonesa.

Núm. 42, extraordinario.

Sólo corresponde á las Señoras Suscritoras á la 1.ª edición de lujo.

Traje de calle.—Vestido de paño azul antiguo, guarnecido de castor. Fondo de falda de tafetán y falda de paño, que forma unos encañonados en los lados y por detrás, y unos pliegues al través por delante. Una tira de piel de castor va puesta en el borde de la falda. Chaqueta de paño, compuesta de espalda con aldeta plana abierta en medio, lados de espalda y de delante, y delanteros abiertos con pinza de pecho, y bolsillos en las caderas. Bolsillito en la izquierda sobre el pecho. Chaleco plegado de raso color de ocre, cruzado en la parte inferior del pecho y sujeto con una hebilla de plata. Este chaleco se dispone sobre unos delanteros de forro, ajustados con pinzas, cerrados en medio y añadidos á la chaqueta en las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Cuello Médicis, de piel de castor, que se prolonga en una tira ancha á cada lado, puesta bajo el borde de los delanteros, de manera que figure un forro de piel y se doble en forma de solapa estrecha. Manga alta ribeteada de piel.—Sombrero de fieltro con ala enrollada y guarnecido de plumas.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 8 metros de paño.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición de lujo.

Cortinas á la italiana y visillos.—Núms. 1 á 3.

Las cortinas, dispuestas á la italiana, se componen de un lambrequín de terciopelo bordado y de unas cortinas de seda de color, que van forradas de seda ligera de color más claro, y plegadas y recogidas como indica el dibujo.

Los visillos ó cortinillas, de tul blanco, van adornados, en su contorno de delante y en su contorno inferior, con una cenefa, cuyas ondas se continúan en el lado largo de detrás. El fondo de la cortinilla va adornado con unos bordados sueltos. Para ejecutar la cenefa, se pasa el dibujo al tul (véase el dibujo 2), y para el bordado del fondo, se pasa igualmente sobre el tul el dibujo 3, se fijan los contornos de los galoncillos blancos estrechos y se pone sobre ellos un cordón de hilo blanco fino. Se cosen, para terminar las ondas exteriores, unos piquillos. Se bordan los dibujos con algodón blanco, siguiendo las indicaciones de nuestros dibujos, y después de terminada la labor se recorta el fondo de tul que sobresale del contorno exterior.

Dibujos heráldicos.—Núms. 4 y 5.

Núm. 4. *El armiño*, bordado al pasado con seda ó torzal gris plata de tres matices.

Núm. 5. *La flor de lis*, bordada al pasado con seda color de oro de tres matices.

Estos dibujos pueden servir para almohadones, tiras de cortinaje ó lambrequines.

Tira de bordado al pasado.—Núm. 6.

Se ejecuta este bordado sobre raso maravilloso. Los capullos son de color de rosa, de dos matices, y verde amarillento, también de dos matices; las hojas de verde laurel, y las venas de color madera, así como los tallos. La cenefa estrecha se borda con lana y seda color de oro antiguo, de dos matices. Esta tira puede servir para adornar papeleras, cubiertas de libros y otros objetos análogos.

Despacho.—Núms. 7 y 8.

Núm. 7. *Testero de las bibliotecas.*—Biblioteca Luis XIII, con dos puertas, de nogal antiguo, columnas con capiteles y galería en lo alto.

Dos sillas Luis XIII, de nogal antiguo, revestidas de piel artística, con dibujo de colores.

Mueble credencia, estilo antiguo, de nogal tallado.—Biblioteca Luis XIII, de dos cuerpos, con columnas y capiteles, y remate de galería.

La decoración del testero, por encima de la credencia, se compone de una panoplia de armas y armadura, de rinconeras de madera dorada, con jarros, dos fuentes de loza y dos cuadros.

Núm. 8. *Testero de la puerta de entrada.*—Mueblecito de nogal con incrustaciones. Parte del centro con columnitas y adornos de talla. Sobre este mueble, un busto de barro cocido y dos jarros. En la pared un cuadro.

Escabeles de nogal tallado.

El cortinaje de esta puerta se compone de una cortina de felpa, recogida á la italiana en el lado izquierdo y apuntada en lo alto de la derecha con una rosácea.

Franja en forma de escuadra, de terciopelo antiguo, con bordado de aplicación.

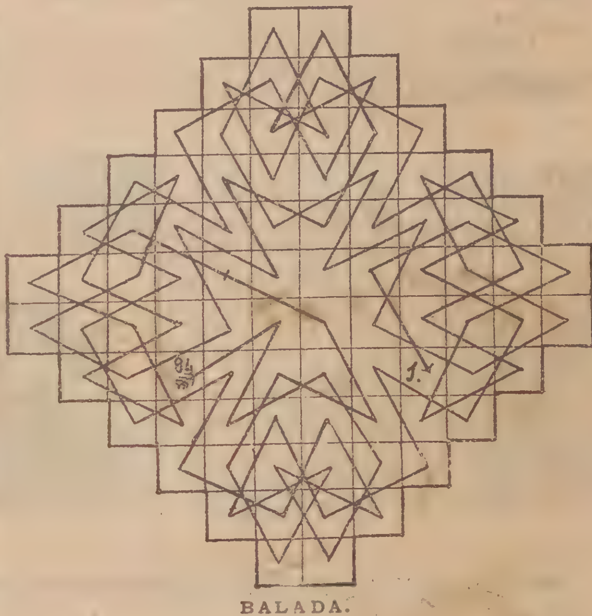
Cofre para leña, hecho de nogal tallado.

Las paredes de este lujoso despacho van tapizadas de una tela de lana al punto de tapicería, con cenefa de género antiguo.

En uno de nuestros próximos *Suplementos* daremos los grabados que representan: *Testero de la ventana* y *Testero de la chimenea*, completando la descripción del decorado del despacho.

SOLUCIÓN AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 39.



BALADA.

Cuando brillan los cándidos luceros,
Y la luna argentada
Sobre las linfas del dormido lago
Vierte su luz de plata;
Cuando amorosa la nocturna brisa
Mece las flores gayas
Suspirando en sus pétalos de oro...
¡Qué bien se está en la cama!

R.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Emilia Cancio de Couto.—Doña Carmen Carambot de Lázaro.—D.ª Consuelo Olmedo.—D.ª Soledad Martín y Ortiz de la Tabla.—D.ª Rita y D.ª Mercedes Arenillas.—D.ª J. Varela Menéndez de Limia.—D.ª Adelaida Iglesias Ramos.—D.ª Mercedes Díaz Varela.—D.ª María de las Heras y Alamo.—D.ª Celestina Morhaye de Brevers.—D.ª María y D.ª Estrella Domínguez de Feijóo.—D.ª María Quintana.—D.ª Josefa Plá.

También hemos recibido la solución al salto de caballo publicado en el número 31, por las Sras. y Srtas. D.ª María Trinidad Zuria (México).—D.ª Natalia y D.ª Juana de Echavarría y Maisonnave (Puerto Rico).—D.ª Estela Senior (Colombia).—D.ª Julia Jalón de Ruiz (Habana).—D. Nicolás Martínez Fernández (Isla de Cuba).—D. B. González, D. N. Espinosa, D. C. Corchado y D. M. Rebollo (Buenos Aires).

Igualmente hemos recibido la solución al salto de caballo publicado en el núm. 35, por la Sra. D.ª Buenaventura de Sierra.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 22 de Noviembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 43.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Alianza franco-rusa.—Un casamiento internacional.—*Toilettes* distinguidas.—Novedades.—TEATRO DEL VAUDEVILLE: *Le Député Leveau*, comedia en cuatro actos por M. Julio Lemaitre.—Trajes de Mme. Jane Hading y de Mlle. Caron.

El casamiento de Mlle. María Mohrenheim, hija del Embajador de Rusia en París y dama de honor de la Czarina, con el Vizconde de Sèze, descendiente de una antigua familia de la aristocracia francesa, ha dado motivo, ó mejor dicho pretexto, á una de esas manifestaciones rusófilas, como se repiten con frecuencia de algún tiempo á esta parte en París, á propósito de todo y de nada. A juzgar por las demostraciones de amistad y cariño, cada día más entusiastas, que tributan los patriotas franceses al autócrata moscovita en la persona de sus representantes, diríase que la alianza franco-rusa — singular mescolanza—es un hecho, y que no tardaremos en ver á los cosacos del Dom, esos guerreros melenudos, pasearse á orillas del Sena dando el brazo á los atildados demócratas de nuestros días, que no piensan ya en la destrucción de los imperios, siquiera se trate de un Imperio tan liberal y civilizado como el del Norte.

Pero sea de ello lo que quiera —y aquí entro en mi terreno, de que me había levemente separado—la afluencia de gente á la iglesia de Santa Clotilde, donde tuvo lugar la celebración de este principio de alianza franco-rusa, fué extraordinaria y de las más brillantes. Excusado es decir que las *toilettes* ricas y elegantes abundaban.

La desposada, de una distinción incomparable, llevaba un vestido de moaré blanco sumamente sencillo, casi todo cubierto de un gran velo blanco.

Entre los trajes más notados en esta ocasión, citaré un vestido de raso *antique* color de canela, enteramente bordado de azabache y ribeteado de una tira de marta cibelina. Una casaca larga de terciopelo del color del vestido, con peto bordado de cuentas, y una capota de terciopelo color de geranio, completaban el traje.

Llamaban igualmente la atención las *toilettes* siguientes:

Un vestido de brocado azul *Lobelia*, de cola larga. Chaqueta Luis XVI, de terciopelo negro, con bolsillos dentados. Las mangas, también de terciopelo, iban cubiertas de cuentas de azabache y de un bordado menudo de seda. Tira de plumas de avestruz en el cuello y en el borde de las mangas.

Un vestido de paño color de rana, guarnecido de astrakán.

Una levita de terciopelo color de «anchoa», salpicada de lazos de terciopelo ribeteados de azabache. La levita cruzaba de derecha á izquierda, y un borde estrecho de plumas puesto por debajo sobresalía del borde de la abertura. Acompañaba á esta levita una capota de terciopelo color de naranja, bordada de oro y plata, y adornada con un ramo de flores de terciopelo y un borde de plumas negras.

Vestido de terciopelo esmeralda, guarnecido de una tira ancha de marta cibelina.

Traje de señorita. Vestido de paño color de trigo, con aplicaciones de terciopelo negro, formando orla sobre una tira de astrakán. Sombrero redondo, de terciopelo negro, guarnecido de plumas y cintas de terciopelo color de naranja.

***

Entre las novedades que he tenido ocasión de admirar en los establecimientos de modas que visito todas las semanas, es digno de mención un precioso vestido de paño gris y terciopelo color de amatista. La falda, que era de paño gris é iba bordada de una trencilla muy fina de acero, formando orla, se abre por detrás, sobre un paño de terciopelo color de amatista, rodeado de dos tiras de astrakán. El corpiño iba guarnecido, por delante, de dos solapas bordadas sobre un peto de terciopelo. Por detrás, dos tiras de paño bordado, puestas en forma de tirantes, acompañadas de unas puntas de terciopelo. Mangas bordadas con hombreras de terciopelo. Gola de terciopelo amatista (croquis núm. 1).

Según ya lo he hecho observar en mis anteriores revistas, se lleva mucho este invierno el terciopelo y las pieles, así como los bordados de oro, de plata, de acero, de azabache y de cuentas de mil colores.

La última novedad son las magníficas cuentas de azabache, llamadas «adoquines», á causa de su forma, que se ponen sobre el terciopelo y el paño.

Lo que es también muy lindo y elegante son los delanteros de corpiño, hechos en dos partes distintas. Ejemplo: con un vesti-

1.—Capota Sarah.

do de bengalina negra he visto un corpiño abierto sobre un peto fruncido de crespón de la China negro, bordado de florecillas negras y montado en el borde de un canesú de terciopelo acribillado de adoquines de azabache. Se puede hacer este peto de muselina de seda azul celeste, con canesú de terciopelo bordado de turquesas.

***

Siguen llevándose los vestidos largos para salir á pie, á despecho de la economía y del buen sentido. He aquí un traje de este género, más propio para salir en carruaje que á pie. Era un vestido de alivio de luto, de paño negro, guarnecido de una tira ancha bordada de cuentas de acero. Las mangas iban bordadas de un lazo grande, todo de cuentas de acero, que salía del hombro para terminar más abajo del codo. Toda la parte inferior de la manga iba bordada de cuentecitas de acero.

Los lazos bordados ó lazos Luis XV son uno de los adornos más á la moda actualmente. Los hay tejidos

Núm. 1.

sobre magníficos brocados, recortados en terciopelo sobre paño ó aplicados sobre tul, como también bordados de cuentas de todas clases, formando preciosos dibujos en el borde de una falda, sobre un delantero de corpiño, en las mangas, etc.

***

Para terminar esta enumeración de novedades, mencionaré una *toque* pequeña, que cubre en parte la frente. Es de terciopelo negro, y va ribeteada de un borde

Núm. 2.

de plumas de avestruz. Plumas pequeñas por delante y por detrás, como dos penachitos, y dos alas puestas hacia atrás, que avanzan sobre el fondo (croquis núm. 2).

No salimos de los extremos en materia de sombreros y capotas: ó muy grandes ó muy pequeños. Sin embargo, puede decirse que lo que domina es la *toque*, la *toque*

Núm. 3.

rusa, horizontal sobre la cabeza, bien á plomo é inclinada un poco sobre la frente. Hecha de paño bordado de azabache, de acero ó de pedrería, es muy elegante y muy parisiense.

***

La moda se impone, no sólo al corte de nuestros vestidos y á sus colores, sino que modifica á su capricho el porte de nuestra persona.

Unas veces nuestro busto es rígido y estirado, otras es flexible y lleno de gracia y abandono. En este último caso, la confección del corsé es un verdadero arte, y Mme. Léoty, con sus corsés ligeros y admirables de elegancia, posee este arte en alto grado.

Para quien no conoce por excelencia los corsés de la casa Léoty, 8, place de la Madeleine, es muy difícil formarse una idea de lo que difieren de los demás corsés. En lugar de compresión, de rigidez y molestia, los

Núm. 4.

corsés de que voy tratando dan la libertad de los movimientos, el abandono y la belleza de las formas.

El dril de seda, esa tela original que Mme. Léoty manda fabricar especialmente para ella, y que interrumpe la monotonía del raso, de la seda y demás telas conocidas, sigue obteniendo el mismo éxito entre las elegantes.

El brocado Gran Duquesa y el dril de seda son dos creaciones dignas de los preciosos corsés á que están destinadas.

***

Una comedia en cuatro actos estrenóse la semana pasada con extraordinario éxito en el teatro del Vaudeville. Es verdad que el autor de esta comedia, titulada *Le Député Leveau*, es M. Julio Lemaître, crítico de indisputable talento y uno de los más autorizados de Francia. La obra está magistralmente escrita, y revela mucho ingenio y una profunda aptitud de observación. Su argumento está sacado de las costumbres políticas actuales.

Siguiendo la adoptada por La Moda de algún tiempo á esta parte, publicamos la descripción de los trajes estrenados por las actrices Mme. Hading y Mlle. Caron, descripción ilustrada con sus correspondientes dibujos.

Acto primero.—Vestido de baile. Mme. Hading saca un vestido maravilloso de brocado blanco y oro, guarnecido de marta cibelina. Tirantes de cibelina, uno de los cuales llega hasta el borde de la falda. Mangas de muselina de seda (croquis núm. 3).

Mlle. Caron luce un precioso traje de señoritas, hecho de bengalina blanca. Falda enteramente recta, y cuerpo escotado, con dos volantes de crespón liso alrededor de la escotadura. Cinturón alto, compuesto de galones de oro bordados de turquesas. El cinturón se abre sobre el delantero, y se reune por medio de dos escarapelitas de cinta blanca. En el lado derecho, por encima del cinturón, un ramito de flores blancas (croquis número 4).

Acto segundo.—Traje de visita de Mme. Hading. Una magnífica levita de terciopelo color de topacio, completamente bordada de cuen-

Núm. 5.

tas de azabache y acero. Cuello y mangas de encaje negro sobre las mangas de terciopelo.—Capota de terciopelo color de rana, guarnecida de azabache (croquis núm. 5).

Mlle. Caron saca en este mismo acto un vestido de recepción, de bengalina gris plata. Falda lisa; corpiño

Núm. 6.

abierto, con solapas sobre un peto de terciopelo gris obscuro, montado sobre un alzacuello de guipur. Este traje es muy sencillo, pero muy distinguido y de mucha novedad (croquis núm. 6).

Acto tercero.—Traje de recepción. Este vestido, de Mme. Hading, es de brocado gris plata, con ricos dibujos en forma de festones. En el borde del delantal, fleco

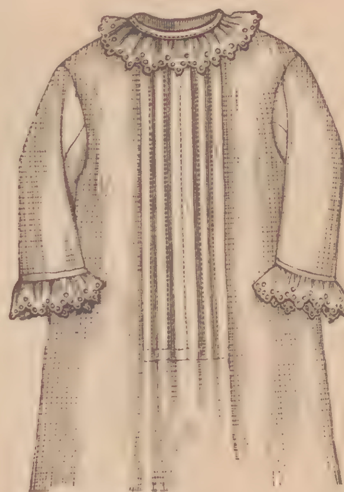
2.—Camisa para niñas de 9 á 11 años.
Explic. y pat., núm. XVI, fig. 69 de la Hoja-Suplemento.

3 y 4.—Pantalones para niñas de 3 á 5 y de 10 á 12 años.
Explic. y pat., núm. VII, fig. 37, y núm. XV, fig. 68 de la Hoja-Suplemento.

5.—Camisa para niñas de 5 á 7 años.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 33 á 36 de la Hoja-Suplemento.

6.—Camisa de dormir para niñas de 11 á 13 años.
Explic. y pat., núm. XII, figs. 55 á 59 de la Hoja-Suplemento.

7.—Enagua para niñas de 7 á 9 años.



8.—Vestido de dormir para niñas y niños de 3 á 5 años.
Explic. y pat., núm. V, figs. 30 á 32 de la Hoja-Suplemento.

9.—Camisa de dormir para niñas de 6 á 8 años.
Explic. y pat., núm. XIV, figs. 63 á 67 de la Hoja-Suplemento.

10.—Bordado de la zapatilla (talón). *Véase el dibujo 12.*

11.—Bordado de la zapatilla (pala). *Véase el dibujo 12.*

largo de seda y cuentas. Corpiño cubierto de lentejuelas de oro, y recortado en punta sobre un corselillo de brocado. Faja de crespón de la China color de oro termina en un fleco de seda y cuentas. Mangas de crespón blanco, abiertas sobre una manga bordada de lentejuelas de oro (croquis núm. 7).

Acto cuarto.—Vestido de crespón negro de la China, guarnecido de una tira sobresaliente de terciopelo amatista con bordado de azabache. Este vestido es majestuoso y sienta admirablemente bien á la bella Mme. Hading (croquis núm. 8).

V. de Castelfido.

París, 16 de Noviembre de 1890.

EXPICACION DE LOS GRABADOS.

Capota Sarah.—Núm. 1.

Esta capota es de terciopelo plegado color de coral, con plumas negras por encima. Borde estrecho de encaje blanco y

Núm. 8.

Núm. 7.

galón estrecho de coral. Bridas de terciopelo negro.

Ropa blanca para niñas y niños.—Núms. 2 á 6, 8 y 9.

Para las explicaciones y patrones de estas prendas, véanse el *anverso* y *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Enagua para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 7.

Esta enagua, que tiene 43 centímetros de alto, se hace de franela blanca, y va guarnecida en el borde inferior con una cenefa bordada de seda blanca de 3 centímetros de alto y con curvas festoneadas; se la pega entre las dos telas de un cinturón de percal de 3 centímetros de alto, pespunteado por detrás para formar una jareta y provisto de un ojal por delante y en los lados.

Zapatilla bordada.—Núms. 10 á 12.

La fig. 77 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Se hace esta zapatilla sobre cañamazo no dividido al punto llano, con sedas de diferentes colores. Después de pasar los contornos de la fig. 77 á un fondo que tenga las dimensiones necesarias, se ejecuta el bordado con arreglo á las indicaciones de los dibujos 10 y 11. Se bordan las flores y los capullos con seda azul gris y color de aceituna; las hojas y los tallos con seda marrón y seda verde de varios matices, y la ramita con seda color de bronce claro y aceituna. El fondo se compone de hileras, cada una de las cuales se hace sobre 5 hebras de altura, después de un intervalo de una hebra. Para hacer el fondo, se emplea seda de uno de los colores del bordado. El fondo de nuestro modelo es de color de aceituna.

Manteleta de terciopelo del Norte y astrakán moaré. Núms. 13 y 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 13 á 16 de la *Hoja-Suplemento*.

Esclavina larga.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 27 á 29 de la *Hoja-Suplemento*.

Toque de terciopelo y astrakán.—Núm. 17.

El ala de esta *toque* va forrada de terciopelo color de ciruela, y se la cubre por el exterior de astrakán negro. La copa va cubierta de terciopelo, de modo que éste forme unos bullonados en el centro por delante; se dispone el terciopelo por detrás en una presilla, cuya extremidad va fijada por dentro del ala. La *toque* va completada con un pájaro negro y verde, puesto por detrás en el lado izquierdo.

Toque de vigoña y piel.—Núm. 18.

La copa de esta *toque* va cubierta de vigoña color de masilla claro, ligeramente plegada en los lados y en el centro, y dispuesta en bullonado por delante. Se cubre el interior del ala con terciopelo marrón, y el exterior con piel marrón. Se fijan en los bullonados de delante dos cabezas de oso, y se clavan al través de la vigoña dos alfileres largos de concha.

Manguito de terciopelo.—Núm. 19.

Se corta un pedazo de terciopelo verde musgo, de 50 centímetros de alto y 52 centímetros de largo, uno de cuyos bordes transversales va cubierto por el interior, sobre 10 centímetros de alto, con raso azul pálido; se le pliega á 7 centímetros de distancia del borde transversal, y á 12 centímetros de uno de los lados largos, de modo que quede en 16 centímetros de ancho, y se le cose sobre el otro borde plegado transversal dejando una cabecita de 7 centímetros de altura. Se forra el manguito de raso algodonado azul claro; se guarnece su borde exterior con un rizado de cinta de raso verde musgo, dispuesto en pliegues huecos y forrado de una cinta de raso azul claro. Los adornos se componen de lazos de cinta de raso azul claro y verde musgo.

Manguito de terciopelo y astrakán.—Núm. 20.

Se toma una hoja de guata, dispuesta entre muselina, que tiene 18 centímetros de ancho, sesgada hacia las extremidades, y cuyo largo es de 32 centímetros, y se cierran en redondo sus lados transversales. Se cubre la parte de detrás del manguito con una tira de astrakán, de 35 centímetros de largo, plegada en los lados de modo que forme al mismo tiempo un bolsillo forrado de moaré negro. La parte de encima del manguito va guarnecida de terciopelo plegado color de ciruela, al cual se unen por delante dos bullonados plegados del mismo terciopelo; el principio de estos últimos va cubierto con una tira de astrakán. Se pasa al través del manguito una cinta de terciopelo color de ciruela, de 2 ½ centímetros de ancho.

Cuello de pasamanería.—Núm. 21.

Se hace este cuello de pasamanería calada, negra ó de color. Se le emplea para adornar un corpiño abierto en forma de corazón, ó un corpiño semiescotado.

Vestido de cheviota de cuadros.—Núms. 22 y 35.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paño y lana labrada.—Núms. 23 y 34.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 12 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de paseo.—Núm. 24.

Vestido de terciopelo color búlgaro, guarnecido de piel de nutria del Canadá. Fondo de falda de tafetán y paño de terciopelo por detrás y en el lado derecho. Una tira de piel ribetea la parte de detrás de esta falda fruncida. Polonesa de terciopelo, con delantero plegado, redondo en la derecha y abierto sobre la falda. Los delanteros se pliegan en el sitio de las pinzas, sobre un forro ajustado y cerrado en medio. Cuello alto de terciopelo, que deja ver un peto pequeño de la misma tela, añadido sobre el forro del corpiño. La parte superior de los delanteros va abierta en forma de V sobre el peto y guarnecida de un cuello de piel, cerrado con un lacito de cinta de terciopelo bordada de cuentas. Un lazo igual en la cintura. Manga alta de hombros, y cuyo borde inferior, abierto, va guarnecido de piel. Una tira de la misma piel ribetea la polonesa.—Sombrero de fieltro del color del vestido, guarnecido de terciopelo color de maíz y adornado con un ramo de plumas negras.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 16 metros de terciopelo.

Traje de recepción.—Núm. 25.

Este vestido es de terciopelo color de cobre y seda color de maíz obscuro. Adornos de piel de zorro negro y bandas plegadas de tul negro bordado de lunares. Unos botones gruesos de oro fijan las tres bandas del corpiño. Fondo de falda de tafetán, y delantero liso de seda. El delantero del corpiño, que es de la misma tela, va ajustado con pinzas, abrochado en la derecha, abierto en forma de V y guarnecido de un fichú plegado de tul y de dos bandas del mismo tul. Estos delanteros se añaden á los delanteros de terciopelo, por medio de las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Espalda Princesa, de terciopelo, y lados de espalda, que dan el ancho necesario para la falda. Una tira de piel adorna el borde inferior, y una pinza marca los lados de delante. Delanteros de chaqueta semilarga, abiertos sobre el delantero de seda y guarnecidos de un cuello Médicis. Manga semilarga, de terciopelo, terminada como una manga pagoda.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de seda ligera, y 12 metros de terciopelo.

Vestido de brocado y bengalina.—Núm. 26.

La falda se hace de faya verde, va cubierta por detrás con brocado verde obscuro con dibujos de color más claro y por delante con bengalina de un verde más claro que el brocado. La bengalina va adornada en el borde inferior con una cenefa bordada. El corpiño, que es de brocado, va guarnecido de un chaleco de bengalina adornado con bordados estrechos. Las solapas fijadas sobre los delanteros van adornadas con bordados. Mangas fruncidas de brocado. Cuello Médicis de bengalina bordada.

Vestido de paño.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 41 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Delantal para niñas de 2 á 4 años.—Núms. 28 á 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIII, figs. 60 á 62 de la *Hoja-Suplemento*.

Enagua para niñas de 2 á 4 años.—Núm. 31.

Se corta de piqué blanco el paño de delante, que tiene 26 centímetros de ancho en lo alto y 36 centímetros en el borde inferior; los paños de costado tienen 19 centímetros de ancho en lo alto y 23 centímetros por abajo; el paño de detrás tiene 38 centímetros de ancho. Se reunen las piezas, se festonea la enagua y se hace por detrás una abertura de 12 centímetros de largo. Se frunce la enagua y se la guarnece con un cinturón, que tiene 3 centímetros de alto y va provisto de ojales.

Traje escocés para niños de 3 á 5 años. Núms. 32 y 33.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 17 á 26 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de recepción.—Núm. 36.

Este vestido se hace de faya azul pálido y de faya brochada azul pálido con dibujos verde musgo. Se cortan los paños de delante y de los lados de la falda de faya; se les cubre con un pedazo de faya brochada ligeramente recogido, cuyo borde inferior va cubierto con un bullonado de la misma tela y adornado con una cinta de terciopelo verde musgo. Se une á estos pedazos el paño de detrás de faya lisa que forma una cola pequeña, va fruncido en el borde superior y guarnecido de una cinta de terciopelo. Los delanteros de tela de forro van cubiertos en lo alto con faya lisa plegada, que continúa en forma de peto hasta el borde inferior de los delanteros y cuyo principio va cubierto con un corselillo de faya brochada sujeto por delante con co-

rreas de terciopelo. El borde superior del corselillo, la primera correa y el borde inferior del corpiño, cuyos lados y la espalda se hacen de faya brochada, van guarnecidos de un volante estrecho fruncido de faya lisa, cuya parte superior va cubierta con una cinta de terciopelo. Se completa el vestido con un cuello vuelto, con tirantes de terciopelo y mangas bullonadas.

Abrigo guarnecido de pieles.—Núm. 37.

Este abrigo se hace de vigoña gris pálido, va algodonado y forrado de raso gris; la espalda y los delanteros, como también el exterior del cuello Médicis, van adornados con una pasamanería de oro y con borlas-cascabeles. El interior del cuello y el borde exterior del abrigo van guarnecidos de piel de zorro azul.

Traje de visita.—Núm. 38.

Vestido de bengalina de cuadros escoceses, compuesto de falda recta y plegada y corpiño amazona, terminado en punta por delante y en aldetas postillón por detrás. Va abrochado en medio con botoncitos de plata. Por encima de este vestido va una elegante casaca de terciopelo color de rubí y brocatel color de marfil, con forro de raso del mismo color. El cuerpo de la casaca, que es de terciopelo, va todo adornado de golpes de pasamanería de oro y fleco de oro y cuentas de rubí. Un broche de cuentas de rubí y oro cierra el cuello, que va cubierto de pasamanería de oro, y del cual salen dos paños plegados de brocatel, que se prolongan hasta el borde de la falda, como dos largas caídas de manteleta, y van sujetos en la cintura con dos placas de pasamanería, que sirven al mismo tiempo para cerrar la casaca. La manga, ancha y bullonada, es de brocatel, y pasa apenas del codo, yendo estrechada, á la mitad de su altura, con una especie de tirante de pasamanería de oro, que sale del hombro y termina en una placa.—Sombrero de terciopelo y brocatel de los colores del vestido.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

El veranillo de San Martín.—Los paseos y los teatros.—Salones.—El de la Duquesa de Medinaceli.—El de la Marquesa de Squilache.—Los tresillos.—*Five o'cloks.*—El asunto eterno —Los matrimonios.—TEATROS: En el REAL, *La Traviata* —*La Gioconda.*—Marcela Sembrich.—Battistini —En el ESPAÑOL, *Lo Positivo* —María Guerrero.—En la PRINCESA, *Las Sorpresas del divorcio.*—*El Guardián de la casa.*—En la COMEDIA, otro sainete de Ricardo de la Vega.—*La Viuda del interfecto.*

Nos hallamos en pleno veranillo de San Martín, y este año es más que nunca espléndido y alegre.

Días de sol, tardes suaves y apacibles, noches estrelladas y de luna, he ahí el cuadro de la presente estación.

Pero preparémonos:—no tardará en venir el invierno con sus fríos, sus huracanes y sus nieves; pronto la gente circulará de prisa y corriendo por las calles, envueltos los hombres en la nacional *pañosa;* cubiertas las señoras de magníficas y abrigadas pieles.

Estamos á 18 de Noviembre, y es de rigor que para Santa Bárbara ó para la Concepción hayan caído ya algunos nítidos copos de agua congelada.

Dispongámonos, pues, á recibir al cruel invierno que se avecina, y aprovechemos, entretanto, las postreras sonrisas de la Naturaleza.

***

La *high life* cortesana está casi entera de regreso: por las tardes en el Retiro y en la Castellana; por las noches en el regio coliseo aparecen unas tras de otras todas las celebridades del gran mundo, que van llegando poco á poco.

Ni uno solo de los recién venidos ha sido atacado de la viruela, lo cual animará á los demás para tornar en breve á sus penates.

El jueves último regresó ya la Duquesa de Medinaceli, una de las últimas señoras que han abandonado las orillas del Sena por las del Manzanares; pero aun quedan allí las Duquesas de Fernán-Núñez y de Alba, la esposa del poeta Cavestany y su familia, y algunas otras no menos conocidas.

La corte de las Españas va presentando poco á poco sus hábitos de invierno.

Ya hay banquetes semanales en las moradas aristocráticas; ya se juegan tresillos por la tarde y por la noche; ya, en fin, se celebran en algunas partes agradables *five o'clock tea.*

La Condesa de Verdú, la de Casa-Sedano, la Marquesa viuda de Valdeiglesias, la señora de Sickles, han dado el ejemplo, el cual será sin duda imitado, seguido por otras damas.

***

En cuanto se instaló en su antiguo palacio de la plaza de las Cortes, reanudó la Duquesa de Medinaceli su costumbre de sentar diariamente á su mesa cierto número de sus amigos íntimos, y abrir por la noche sus salones á los restantes.

Nada más delicioso que aquellas reuniones de confianza, presididas por la hermosura, donde brilla el ingenio de los comensales y tertulianos—en su mayoría hombres políticos, literatos y artistas—en que se juega al tresillo en dos mesas distintas y en que pasan tan rápidas las horas.

Muy cerca de allí, frente por frente, reside otra señora amable, discreta, hospitalaria, que hoy se titula Marquesa de Squilache, y poco ha se llamaba la viuda de Larios.

También en el palacio de los Duques de Villahermosa, donde ella habita, hay cotidianas y elegantes comidas, tresillos concurridos y animados.

Los dos salones son hasta ahora los únicos sitios en que se cita y congrega el gran mundo, sobre todo las noches que no da función el teatro Real.

El asunto favorito de las conversaciones es en ellos el de los matrimonios, más que nunca abundantes ahora.

En las clases elevadas, como en la clase media; entre la aristocracia, como entre banqueros y comerciantes, se cuentan multitud de enlaces próximos á verificarse.

La hija segunda del difunto Marqués de Aguila Real, la gentil señorita D.ª Matilde Iranzo, se unirá dentro de algunos meses al Sr. D. Francisco Chavarri, perteneciente á una familia muy apreciada y distinguida; la hija mayor de los Condes de Rascón dará la mano próximamente en Barcelona á un rico capitalista catalán, el Sr. Jaumar y Domenech; el hijo del antiguo comerciante Sr. Martín Esteban será muy luego esposo de una hija del famoso industrial D. Matías López; una nieta del anciano hombre público D. Vicente Vázquez Queipo se casa con el Sr. Romero, hijo de un ilustre magistrado difunto; en fin, el Sr. D. Luis Villate, hermano del Conde de Valmaseda, contraerá vínculos eternos con su prima la señora de Villar.....

Me detengo aquí, dejando para otro día la conclusión de tan larguísimo catálogo.

Tengo prisa además por hablar de los teatros, que en la última quincena han ofrecido gran número de novedades.

***

El primero, el más importante de todos, el Real, presenta ya su aspecto ordinario.

Los palcos, que durante el primer mes de la temporada estaban desiertos, vacíos, se ven ya poblados de mujeres hermosas, de jóvenes hechiceras, ataviadas con gran lujo, con exquisita elegancia.

Los del *Veloz-Club*, de *La Peña*, de la *Sociedad de Caza* tienen ya su contingente de personajes ilustres y de mancebos distinguidos; y en las butacas y en el Paraíso no hay un asiento desocupado las noches que canta Marcela Sembrich.

Esta es, como siempre, la favorita de los espectadores, que admiran su voz armoniosa, su agilidad sorprendente, su gracia en lo cómico, su sentimiento en lo dramático.

La Traviata ha sido para la *diva* ocasión de un nuevo triunfo, que lo mismo ha alcanzado en el *aria* final del primer acto, llena de dificultades y escollos, que en la escena terrible del desenlace, cuando dice con verdadero acento de desesperación:

Gran Dio! Morir si giovine!

El público multiplicó los aplausos y las ovaciones en ambas piezas, enviando además á la artista tres *corbeilles* de perfumadas flores como tributo á su talento peregrino.

Battistini ha sido el digno compañero de la Sembrich, y en el *aria* del acto segundo fué llamado varias veces á las tablas.

La Gioconda ha servido para acrisolar el mérito y las facultades de la Tetrazzini, y para poner en evidencia la insuficiencia del otro primer tenor de la compañía, el Sr. Massin, «que no dió gusto á los señores», según decía el legendario bedel de la Universidad de Alcalá.

Il povero debutante sólo ha cantado una noche, y habrá de marcharse «con la música á otra parte», donde las exigencias del público sean menores, ó donde no sea aquél tan severo.

En cambio, la Tetrazzini y la Stalh fueron aplaudidas con delirio en el famoso dúo del segundo acto, y en el cuarto logró la primera conmover profundamente al auditorio.

Ahora se preparan *Simón Bocanegra*, refundido por Verdi, que será casi una novedad para la presente generación, pues no se ha cantado desde el año de 1861; *La Stella di Norte*, por la Sembrich y Uetam, haciendo Baldelli su primera salida en esta bella obra de Meyerbeer; en fin, el 24 deben llegar la Bellincioni y Stagno, que no tardarán en darnos á conocer *Cavalleria rusticana*, la composición del joven maestro Mascagni que hace *la pluie et le beau temps*, cual dicen los franceses, en los teatros en Italia.

***

El Español comienza con suerte su campaña de 1890-91. *Don Juan Tenorio*—ó más bien María Guerrero—atrajo la gente á la sala de la calle del Príncipe, antes desierta y abandonada, y ahora la joven y donosa actriz ha conseguido una segunda victoria en *Lo Positivo*, comedia en que debía luchar con los temerosos recuerdos de Teodora Lamadrid, creadora del papel dificilísimo de Cecilia, de Elisa Mendoza Tenorio, y otras actrices notables.

La que ahora lo desempeña se distingue por la sencillez, por la naturalidad, dotes las más preciosas de cualquiera artista, y los oyentes, embelesados, han aplaudido desde el principio hasta el fin á la que parece destinada á recoger la herencia de las que han desaparecido de la escena por defunción, matrimonio ú otras causas.

Este año se advierte en el coliseo de la plaza de Santa Ana ese vivo deseo de complacer al público, que siempre produce felices resultados; en la compañía sólo figuran tres celebridades, cada una en su género: la Guerrero, Ricardo Calvo y Donato Jiménez; y, sin embargo, el conjunto resulta acertado, por el celo y la eficacia de los demás.

***

Otro tanto puede decirse de la Princesa, donde en torno de María Tubau se agrupan modestas medianías, que sin embargo constituyen cuadros armoniosos y bellos.

En *Las Sorpresas del divorcio*, composición francesa, de brocha gorda, pero llena de gracia y de *vis cómica*, y sobre todo en *El Guardián de la casa*—la mejor comedia de Ceferino Palencia—se ha visto perfectamente lo que voy diciendo: el cuadro que presentan los artistas de ambos sexos llama la atención por la regularidad, por el efecto, no habiendo ninguno que lo descomponga con su incompetencia ó su desacierto.

María Tubau brilla entre todos y sobre todos, y cada noche obtiene un triunfo ruidoso, tributado á la vez á su buena voluntad y á su talento.

***

No está tan feliz como otros años el coliseo de la calle del Príncipe, pues hasta el día no ha logrado ninguno de los éxitos brillantes y duraderos de que tiene tiempo ha la costumbre.

Los Estacionarios sólo vivió seis noches en el cartel; *La Vieja ley* no ha correspondido tampoco á la historia literaria de su autor, y ahora Ricardo Vega no ha sido completamente feliz con el sainete en dos actos *¡Bonitas están las leyes! ó La Viuda del interfecto.*

Un sainete en dos actos es una verdadera novedad, que no tiene precedentes.

Ni D. Ramón de la Cruz, padre del género, ni los que lo han cultivado después, se han atrevido á dar semejantes proporciones á lo que no pasa de ser *un fin de fiesta.*

Acaso es lo que ha perjudicado á *La Viuda del interfecto*, que carece de importancia para figurar como parte principal del espectáculo, y además no encierra el gracejo ni el interés de otras composiciones del propio autor.

Mucho debe agradecer éste á la eficacia de las intérpretes, quienes se esforzaron para prestar color á los personajes y relieve á las situaciones, consiguiendo que el resultado fuese favorable; aunque de seguro *La Viuda del interfecto* no tendrá el número de representaciones de *La Canción de la Lola*, de *El Café de la Libertad*, ni de otras de las muchas piezas que han señalado á Ricardo de la Vega como heredero del que al fin del siglo XVIII logró tanta fama con *La Casa de Tócame Roque*, *La Comedia de Maravillas* y la tragicomedia *Manolo.*

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Noviembre de 1890.

ABNEGACIÓN.

(Conclusión.)

Sus pobres padres, viendo que de día en día se desmejoraba, llegaron á temer por la salud de su hijo querido. En vano intentaban distraerle; á cada frase de consuelo sólo respondía con un ligero movimiento de cabeza y hombros, acabando por alejarse sin decir nada si trataban de insistir.

Viendo Julián que no había medio de llevar el consuelo á aquel corazón herido, decidió ir á ver al señor Pardiñas. Así lo hizo.

El señor Pardiñas, al saber que era Julián quien le buscaba, frunció las cejas con muestra de disgusto. Fué á la sala, en que le estaba esperando el pobre padre, confuso y temeroso del resultado que de su entrevista con su rival podría obtener, y sin más preámbulos y con gran sequedad, le preguntó qué quería.

—Quisiera hablar con usted—respondió Julián, balbuceando.

—Bien, pues hable usted, que tengo mucho que hacer y poco tiempo que perder—dijo Pardiñas.

—Desearía que nadie nos escuchase—añadió el pobre padre, dirigiendo una mirada á un gabinetito próximo.

—Aquí no hay nadie, puede usted hablar.

El anciano daba vueltas entre sus manos al sombrero, y en vano trataba de recordar el discurso que de antemano había ensayado: hizo inútiles esfuerzos por hablar, y de su boca huían las palabras.

—Cuando sepa usted lo que ha de decirme, puede volver—dijo Pardiñas con altanería.

Al oir esto, Julián sintióse enrojecer.

—¡Ah! ya sé lo que tengo que decir, pero busco el modo de decirlo con cortesía.....

—¡Cortés usted!..... Vamos, es que me necesita usted para algo.

—Yo no necesito á usted, ni á nadie.

—Entonces, buenas tardes.

—Poco á poco—replicó Julián, que á medida que las palabras de Pardiñas le hacían subir la sangre al rostro, iba recuperando su aplomo ordinario;—poco á poco; ya que usted quiere, le explicaré el motivo de mi visita sin rodeos. ¿Podría usted decirme por qué ha mandado fuera á su sobrina?

Esta vez fué Pardiñas quien se puso rojo hasta lo blanco de los ojos.

—¿Con qué derecho me hace usted esa pregunta?

—Si no quiere usted decírmelo, yo se lo diré á usted: porque la señorita Dolores ama á mi hijo Santiago.

—¡Silencio!

—¡Ca, no! ¿No me decía usted hace un momento que hablase?

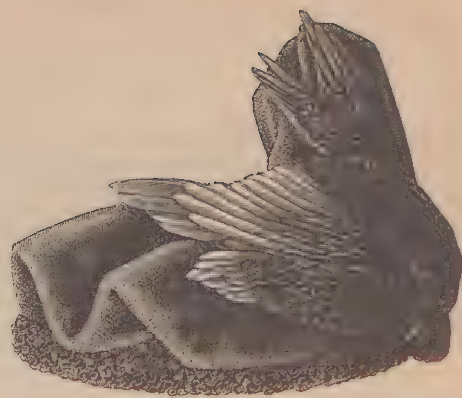
Pardiñas hizo un movimiento de cólera.

—En fin—dijo—¿qué quiere usted?

—Por eso he venido, para hacerle á usted la misma pregunta. ¿Qué, quiere usted separar á los dos jóvenes? ¿Acaso usted cree que por eso dejarán de querer-

13.—Manteleta de terciopelo del Norte y astrakán moaré. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 14.
Explic. y pat., núm. II, figs. 13 á 16 de la Hoja-Suplemento.

14.—Manteleta de terciopelo del Norte y astrakán moaré. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 13.
Explic. y pat., núm. II, figs. 13 á 16 de la Hoja-Suplemento.



17.—Toque de terciopelo y astrakán.

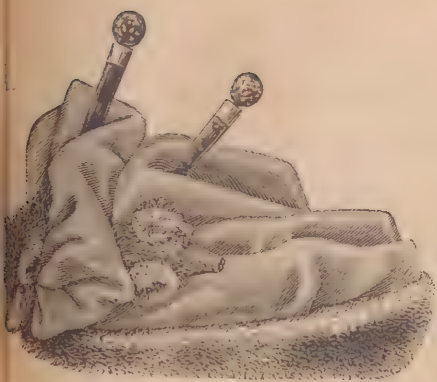
12.—Zapatilla bordada. *Véanse los dibujos 10 y 11.*

15.—Manguito de terciopelo.

22.—Vestido de cheviota de cuadros. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 35.
Explicación en el anv rso de la Hoja-Suplemento.

24.—Traje de paseo.

25.—Traje de recepción.



18.—Toque de vigoña y piel.

16. Esclavina larga. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 15.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.

15.—Esclavina larga. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 16.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.

20.—Manguito de terciopelo y astrakán.

21. Cuello de pasamanería.

26.—Vestido de brocado y bengalina.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

27.—Vestido de paño.
Explic. y pat., núm. X, figs. 41 á 49 de la Hoja-Suplemento.

23.—Vestido de paño y lana labrada. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 34.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 12 de la Hoja-Suplemento.

se? ¡Oh! no, eso no; se morirán, pero dejar de amarse no es posible.

—¿Y á mí qué me importa?

—Nada, estoy seguro. ¿A usted qué le importa deshacerse de una sobrina para la cual en esta casa no hay sino malos tratamientos? Pero puesto que á usted le es indiferente desprenderse de esa niña, yo vengo á proponerle un medio..... déjela usted casarse con Santiago.

Pardiñas dió un paso hacia atrás, y dijo:

—¿Usted se burla? ¿Mi sobrina casarse con un carpintero? ¡Usted está loco, buen hombre!

—No tan loco; ese carpintero es honrado; ese carpintero hará feliz á la señorita Dolores, mientras que usted, señor Pardiñas, la hará morir de dolor.

—Preferiría arrojarla al río con una piedra al cuello á verla casada con un carpintero.

—¡Ese es el mundo! Y en cambio se la entregaría usted á un libertino, á un banquero, cuya fortuna hubiese sido hecha á fuerza de lágrimas y bancarrotas..... pero á un joven honrado no, ¡es carpintero!

—Basta, basta; salga usted de aquí—le dijo Pardiñas, señalándole la puerta.

—Así, pues, ¿usted rehusa?

—He dicho á usted que se vaya. ¡Miserable!

Julián palideció, y poniéndose derecho y dirigiendo una mirada de desafío á Pardiñas, dijo:

—¡Miserable!..... sí, es verdad; un miserable hay aquí, pero ese miserable eres tú, Juan Pardiñas; tú, que á fuerza de bajezas llegaste á oficial del ejército; tú que por la ambición te pasaste al enemigo; tú que entrabas en las poblaciones al saqueo; ¡así te has enriquecido! ¡Haces bien en ser tan orgulloso! Tú me desprecias porque soy pobre; yo, en cambio, te desprecio por traidor y por cobarde. Niegas la mano de tu sobrina á mi hijo; pues ten cuidado, que en mi vida de militar he hecho cosas más difíciles que casar á dos enamorados.

A estas palabras salió de aquella casa Julián, dirigiendo á su dueño una mirada de amenaza y de desprecio, mientras éste quedaba anonadado por el recuerdo de su pasado.

***

Un mes más tarde se hallaban reunidos los jóvenes de Noreña á la puerta del Ayuntamiento, el día del sorteo. Era un espectáculo singular y curioso á la vez el que presentaba aquella multitud apiñada, en que los gestos y las actitudes revelaban los más distintos sentimientos. Entre ellos estaba Santiago, porque también él entraba en quintas aquel año; le acompañaba su padre, triste y afligido sólo por la idea de que á su hijo pudiera tocarle en suerte ir al servicio.

Al fin se abrieron las puertas de la casa consistorial, y aquella multitud se precipitó en la anchurosa sala, en cuyo fondo se veía una larga mesa, detrás de la que se hallaban sentados todos los prohombres del pueblo, bajo la presidencia del Alcalde. A la derecha otra mesita, sobre la que se había colocado un bombo conteniendo las bolas que habían de servir para el sorteo.

Empezó el sorteo, y con él la serie de manifestaciones de alegría y dolor de los sorteados. Como la mitad de bolas habrían salido, cuando con mucho sigilo se aproximó á Santiago un forastero y le dijo que le siguiese, pues tenía que hablarle muy en reserva.

Algo extraño pareció esto á Santiago, pero al fin se decidió á salir, quedando su padre presenciando el sorteo.

Una vez en la plaza, le dijo el forastero:

—Caballero, usted dispense este misterio; pero no hago más que cumplir un encargo. Soy viajante de comercio, tengo una hermana en un colegio de Madrid, y al despedirme de ella, me ha dado esta carta de otra señorita que es compañera suya, para usted, con encargo expreso de que nadie absolutamente se entere de ello. Ahí tiene usted su carta, y dispénseme, caballero, si la casualidad me ha hecho llegar en ocasión tan inoportuna. Dentro de dos meses pasaré de regreso; si en algo puedo serle útil, no dude en hacer uso de mis servicios.

Y dicho esto, saludó muy cortésmente, retirándose.

Santiago, tan pronto como recibió la carta, quedó perplejo; había reconocido la letra de Dolores.....

Al fin se decidió á abrirla, y leyó lo siguiente:

«Querido amigo.

»Mi tío ha descubierto todo: me ha traído á este colegio, donde me ha dejado muy mal recomendada, y se me trata con mucha crueldad. Desde mi llegada busco ocasión de escribirte, sin haber encontrado medio de hacerlo hasta hoy, que sale para esa el hermano de mi mejor amiga, única persona buena que he encontrado aquí. ¡No llores por mi ausencia, Santiago! Tal vez á ella debamos nuestra felicidad. Sin ella, no me hubiese atrevido á confesar á mi tío mi amor hacia tí; pero ya que él le ha descubierto, nada temo. Por otra parte, mis únicos parientes son mis enemigos; no me queda nadie más que tú, Santiago; tú decidirás, pues, de mi suerte.

»Soy mayor de edad, libre, y resuelta, si es necesario, á llamar en mi auxilio á la justicia. Piensa bien si me amas, y si es así, ven con tu madre; os espero y os seguiré; mi felicidad depende de mi casamiento con el único hombre que he amado.

»Te espera.

Dolores Pardiñas.»

A medida que Santiago leía esta carta, su semblante se iluminaba por la alegría; dió un grito y fuése corriendo á su casa á participar á su madre la feliz noticia: ésta se hallaba sentada á la puerta esperando saber el número que en suerte había tocado á su hijo.

—¡Madre, madre! si supieses..... está en Madrid, me ama..... me ha escrito.....

—¿Es posible?

—Me dice que quiere casarse conmigo..... que vaya..... Abrázame, madre mía; nos espera, ven, ven..... ¡Oh! ya no temo nada.....

—¿Ni un mal número?—preguntó una voz angustiosa.

Marcela y Santiago se volvieron: era Julián que traía en la mano una papeleta con el núm. «5».

Marcela se entró en la casa llorando y seguida de Santiago con la cabeza baja: la noticia que llevaba su padre le había sorprendido; la vida y el pensamiento parecían detenidos en él.

—¡La suerte es bien cruel con nosotros! ¿Qué hemos hecho, Dios mío, para merecer tanto mal?—exclamaba la pobre Marcela entre sollozos.—¡Y precisamente cuando Santiago iba á ser feliz!

—¡Oh! cuando viene la desgracia á una casa, no pasa hasta aniquilarla—dijo Julián.

—¡Y pensar que con el dinero que se gastó en mi enfermedad de este invierno habría bastante para redimirte! ¿Por qué no me habré muerto, Dios mío!

—¡Oh! calla, madre mía, no digas eso.

—¡Soldado tú, hijo mío! No, eso no puede ser.....

Y como si hubiese tenido una feliz idea, su rostro se animó, y sin decir una palabra, corrió á casa del señor Pardiñas, el cual se encontraba á la puerta, y al verla, retrocedió algunos pasos.

—Señor Pardiñas, usted nos ofreció doce mil reales por la casa, ¿se acuerda usted? pues bien, aceptamos.

—Sí, pero ahora no es ya tiempo.

—¡Yo se lo ruego, señor; no nos rehuse usted esa suma, por favor!

—Entonces, si ustedes me hubiesen cogido la palabra, sí; pero ahora ya no quiero la casa.

—Bien, señor, dadnos al menos..... diez mil, ocho mil, lo que usted quiera.

—No.....

—¡Cinco mil!

—No, no..... nada.

Marcela se retorcía las manos con desesperación.

—Madre mía—dijo Santiago acercándose;—no supliques de ese modo.

Y mientras, la atraía á sí, y la abrazaba.

—Dejadle—decía Julián;—dejadle que se goce en su obra; ¡ha ganado la batalla! justo es que se regocije.

—Esta es una lección que debéis aprovechar—dijo Pardiñas con una risa sardónica..... Dentro de ocho años venís á pedirme la mano de mi sobrina.

—Es inútil—dijo el anciano;—está dispuesta á prescindir de vuestro consentimiento.

El Sr. Pardiñas se echó atrás como si fuese á caer desvanecido.

—Enséñale la carta, Santiago, enséñasela—dijo su padre.

Apenas la hubo visto el Sr. Pardiñas, ciego de cólera, preguntó al muchacho:

—¿Quién te ha traído esta carta?

—¿Qué importa quién la haya traído?—dijo Julián.

—En fin, si estoy loco..... ¿acaso se puede efectuar este matrimonio?—dijo riendo nerviosamente Pardiñas.—Santiago tiene que entrar en caja.

—¿Y si no entrase?—preguntó Julián.

—¿Queréis redimirle?

El anciano retrocedió con la vista extraviada, el cabello erizado.....

—Pardiñas—le dijo—ya te he dicho que he hecho cosas más difíciles que unir á dos enamorados. ¡Acuérdate bien! ¡Dolores se casará con mi Santiago, á pesar tuyo! No se opone más que su rescate..... y yo le rescataré.....

—¿Tú, padre mío?

—Sí, hijo mío; abrázame..... más fuerte.....; y tú, pobre vieja, ven también á mis brazos..... Ya he encontrado el medio de haceros felices.

—¿Cuál?—preguntaron á un tiempo Marcela y Santiago.

—Vais á saberlo—dijo.

Y corriendo como si sus años se hubiesen borrado de su existencia, entró en su casa.

Santiago, Marcela y Pardiñas le siguieron; pero apenas habían llegado á la puerta, sonó un tiro en el interior.

Julián, cubierto de sangre, vino á caer á sus pies.

Todos dieron un grito horrible; pero el viejo les hizo seña de callar.

—¡Dejadme! ¡he apuntado bien!.....

Y volviéndose á Pardiñas, mientras con una mano temblorosa señalaba á Santiago, le dijo con voz entrecortada:

—Ya está libre..... hijo único de viuda..... libre..... sé feliz.....

Y dejando caer la cabeza en los brazos de Marcela que se había arrodillado á su lado, exhaló su último suspiro.

Inés B.

AL MAR.

¿Por qué, al rugir la tempestad, al cielo,
Réprobo, lanzas tus gigantes olas,
Si tu soberbia en sacrificio inmolas
Y tu vano poder niega tu anhelo?

El rayo cruza del espacio el velo,
Y con su luz tus aguas arrebolas;
Bramando caes, furioso te enarbolas,
Y el huracán te empuja con su vuelo.

También el hombre á Dios hizo la guerra,
Sintiendo la ambición con que batallas,
Y Dios al hombre esclavizó en la tierra.

Tú, menos dócil, contra Dios estallas,
Y Dios siempre en tus límites te encierra,
Y siendo inmenso te esclaviza y callas.

Leopoldo López de Sáa.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

En cuanto á los delicados consejos que me prodigas, respecto á que si no amo á la señorita Eladia no le manifieste interés alguno, vive tranquilo; si yo soy de bronce para el amor, ella es de piedra; jamás he visto criatura más indiferente; pero ¿qué sentimientos pueden caber en quien no sabe sino reir de todo? Las lágrimas que una noche vi en sus mejillas y que me inspiraron el primer destello de viva compasión, desaparecieron como lluvia de verano. Eladia no es mujer, sino una campana que repica sin cesar, y al verla podría jurarse que nuestra existencia es lo mas divertida del mundo.

En cuanto á la respetable señora de Castrojériz, tengo la satisfacción de anunciarte que ha vuelto á su primer sistema de retraimiento y que no aparece por esta parte de la casa. La hada rubia y su vieja sirvienta continúan infatigables la penosa tarea de asistirme, y creo, ¡Dios me perdone!, que la alegría de la primera se halla más acentuada desde que la tía no nos favorece con su *agradable* presencia.

Ayer contemplaba á la señorita de Bazán ir y venir con rapidez de prestidigitador, arreglando algunos juguetes de porcelana con evidente riesgo de descabezar á las pobres figuras (á quienes miraba en mi fuero interno como se mira á sentenciados á muerte); ojala en tanto cantar á media voz con tan envidiable regocijo, que no pude menos de decirla:

—¡Dios mío, qué alegre estáis! ¿Cómo hacéis para tener siempre ganas de reir?

—¿Os fastidia mi buen humor?—preguntó con timidez.

—Al contrario, lo admiro.

—La verdad es que vuestro carácter no se parece al mío—replicó vivamente;—y si me permitís interrogaros á mi vez.....

—Interrogadme; tendré sumo gusto en contestaros.

—Entonces, decid: ¿por qué no reís nunca?

—Porque sufro—respondí secamente.

Y un poco avergonzado del despecho que me hacía proferir tan descarada mentira, añadí:

—Aunque no sufriera, tampoco reiría, pues como atinadamente suponéis, nuestros genios se diferencian cuanto puede diferenciarse el mal humor del bueno.

La señorita de Bazán levantó los ojos, y me preguntó sonriendo:

—¿Luego confesáis que el vuestro es el malo?

—La confesión no tiene gran mérito—respondí;—porque no cabe negar lo que se ve: de humor negro y atrabiliario me calificarán sin duda cuantos juzgan la risa por señal cierta de buen carácter y no mueca ó simple contorsión de familia, como la llaman los que afirman que el hombre desciende del mono.

—¡Del mono!

Y retrocedió con un hechicero gesto de horror, mientras de una rápida ojeada abarcaba en el espejo su imagen, que, á la verdad, desmentía en absoluto las teorías darwinistas.

—¡Jamás había oído decir tal cosa!—exclamó.—¿Será verdad, señor de Errazu? ¿Cómo lo habéis sabido?

Y viéndome mover negativamente la cabeza, continuó:

—¿Luego estáis convencido de que no es cierto? ¡Bien segura estaba yo! ¡Desatino semejante no lo he oído nunca!

Y tornó á reir con tan buena gana, que su acceso de hilaridad duró largo rato: mas como yo continuara serio é indiferente, logró ponerse grave y murmuró casi para sí:

—Perdonad la intempestiva alegría, que es más fuerte que mi voluntad; cuando llegue á vieja probablemente seré formal.

¿Comprendes la indirecta, Ernesto? Eladia cree sin duda que tengo los años de un patriarca de la antigua ley. ¿Has notado muchas canas en mi cabello para que forme tal idea de mi partida de bautismo?

En fin (y sirva esto para tranquilizarte del todo), la señorita Eladia es, en mi opinión, una linda cabeza sin pizca de juicio, y el Conde de Errazu es para la castellana de Bazán el más respetable y respetado de los abuelos. Conque, amigo, no inventes novelas, y duerme sin soñar con el matrimonio: mi nieta y yo te deseamos buena noche.

18 de Abril.

Si dijera que mi amistad con el señor de Errazu ha progresado desde el momento que volvió en sí del letargo producido por la caída, faltaría á la verdad: continúa político como un rey y áspero como un oso, burlón siempre, y tan dispuesto á contrariarme, que nuestras conversaciones más sencillas se convierten en escaramuzas de guerra.

—¿Por qué disputas á todas horas con ese caballero?—me decía ayer Nicolasa, testigo mudo, pero no sordo, de nuestras entrevistas.—No vale la pena de que le hagas caso.

—¡Qué quieres, viejecita mía!—le respondí.—Él ve negro y yo blanco, y no puedo dejarle decir enormidades, y aprobarlas callando, sólo por la gracia de que se halle enfermo: además él critica despiadadamente cuanto hago, y el sentimiento que me causa puede más que la voz de la prudencia.

Lo cierto es que todos los días formo propósito de enmendarme, y de callar y sufrir; pero cuando estoy á su lado y escucho aquel tranquilo acento motejar con indi-

38.—Traje de visita.

esa prenda en algún taller. Se venden varios líquidos que, bien aplicados, suelen dar resultado; pero no se los recomiendo, porque no dándolos bien queman la ropa. Se prepara el almidón de una manera especial, con cierta cantidad de bórax, la cual depende de las entretelas que tenga la pechera y lo fuertes que sean; pero repito que para esto no hay *medidas* especiales: lo hace todo la práctica. También se recomiendan mucho unas planchas combadas, de níquel, que ayudan mucho á sacar el brillo cuando la camisola está bien preparada.

Á D.ª Aurora B.—El agua de quina es sencillamente una infusión de polvos de quina en alcohol: se deja la infusión durante quince días, luego se filtra y se pone en frascos.

Á D.ª Filomena G.—Sírvase leer mi contestación *A Doña Elvira A.*, en este mismo número, y quedará complacida.

Á D.ª Cármen M.—Puede hacer la túnica de nazareno de terciopelo morado, bordado á todo alrededor con una cenefa de oro; cordones también de oro anudados en la cintura; en la cabeza peluca larga, rizada, y corona de espinas.

Con la anticipación debida publicaremos los figurines de máscara.

Para diario llevan los *bebés* trajes de franela blanca, rosa ó azul pálido, y capotita de la misma franela.

Á una Lugareña joven.—Los encajes negros se lavan con cerveza muy caliente. Después de tenerlos una hora en ella se exprimen varias veces con la mano, y se planchan con un paño encima.

Los volantes de tul blanco quedan perfectamente arrollándolos bien estirados en una botella, y echándolos á cocer durante una hora en agua y jabón. Después se aclaran y se planchan entre dos paños.

Sí; puede poner el espejo donde dice.

Á C. C.—Córdoba.—En nuestro número del 6 de este mes, y señalado con el núm. 17, hemos publicado un traje para niños de 7 años, por el que puede guiarse para el trajecito de diario, lo mismo en la tela que en la hechura.

Para el de vestir, el grabado núm. 19 de nuestro número del 6 de Agosto último es muy bonito modelo, haciéndolo de la misma forma, pero de *cheviot* color nutria.

Además le diré que tanto para vestir como para diario, se siguen usando con prefencia los trajes marineros, de los cuales hay infinidad de modelos en nuestro periódico y que no reproducimos por no repetir, pues no ha variado en nada la moda en estos trajes.

Á una Hacendosa.—La fecha en las cartas se pone un poco más esquinada que la ha puesto en la suya.

Sólo se envía una tarjeta cuando no se quiere visitar á las personas que envían la participación.

Es más elegante poner almohadones cuadrados y en el centro de ellos, indistintamente, iniciales ó escudos, pues ambas cosas se usan. El almohadón largo de debajo se marca en los extremos.

El festón se usa más para los juegos de cama de dario. Siendo el juego lujoso, debe adornarse con encaje.

No se llevan aceros en los vestidos, sino una pequeña almohadilla.

Ya no se llevan los vestidos tan ceñidos como este verano.

No son de moda los abrigos con las mangas que indica.

Haga el favor de revisar los números de nuestro periódico, y verá las últimas novedades.

Cuanto al regalo á que se refiere, no hay regla ninguna; pero si existe mucha amistad, suele regalársela un objeto religioso.

Á Agapita de Celis.—Para la comida debe dejarse el traje blanco, y después de terminada, se cambiará de traje. Si va de viaje, póngase el destinado para ello, y si no uno de los que la haya regalado el novio.

Adela P.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Noviembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 44.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las chaquetas largas.—Abrigos de carruaje y salidas de teatro. —Lo que reluce.—Los carriks.—Teatro de *Variétés: Ma Cousine*, comedia en tres actos, de Meilhac.—Un émulo del doctor Koch.—Colmos de fin de siglo.

No hay que darle vueltas: la chaqueta larga es el modelo resueltamente adoptado por nuestras elegantes, con preferencia á todos los demás. Y en verdad sea dicho, es una innovación feliz, dada la forma ceñida de las faldas; viene á ser como una compensación de la moda, ó si se quiere, una reparación de las ofensas hechas en su nombre al buen sentido y al buen porte. Con sus aldetas anchas y fruncidas, la chaqueta á la moda cae sobre la falda, y disimulando su pobreza, viste de una manera conveniente y razonable.

Se hace la chaqueta larga de diferentes modos, y á veces con doble hilera de botones, cruzando sobre el pecho y un poco ajustada. Otras veces es completamente ajustada, y va cerrada solamente con una hilera de botones. Se la lleva también de tela igual á la falda y formando traje. Lo más general es que constituya una prenda separada, que se lleva con todos los vestidos.

Cuando la tela no es piel, ni felpa, ni paño grueso, se hace la aldeta añadida á los delanteros, hasta los laditos de espalda, y se la frunce ó se la pliega; pero cuando el grueso de la tela ó de la piel se opone, se hace la chaqueta sin añadidos, como las chaquetas ordinarias, y el largo es lo único que la diferencia de las que hemos llevado hasta ahora.

Entre las que hemos visto de este género hay tres que merecen describirse.

Una de ellas es de paño azul marino, toda bordada de negro y cerrada con una sola hilera de botones. Los delanteros van abiertos en forma de corazón hasta el medio del pecho, con solapas también bordadas. La abertura de estas solapas va guarnecida de un peto de astrakán negro.

Otra forma parte de un traje de lana del Thibet, gris claro. La aldeta va añadida al-

1.—Sombrero redondo.

rededor de un cuerpo muy ajustado; es muy ancha; sobre todas las costuras de la espalda corre un vivo de hilo de acero, puesto solamente hasta la cintura, y terminado en una especie de borla á cada extremidad.

La tercera es de astrakán, y va abierta sobre un chaleco de terciopelo negro bordado de cuentas gruesas y triangulares de azabache.

Por lo general, estas chaquetas no tienen las mangas diferentes del cuerpo, sino de la misma tela, lisa ó bordada. Ejemplo: una chaqueta de paño liso puede tener las mangas del mismo paño, bordado ó cuajado de cuentas gruesas de azabache. Pero se ha renunciado, al parecer, á esas mangas de terciopelo, ó de damasco, ó de seda con una simple chaqueta de paño.

En resumen, puede decirse que esta chaqueta de estilo Luis XVI es la novedad del día.

***

Para carruaje, así como para salidas de baile y teatro, la pelliza ó la esclavina larga son las que más se llevan.

Núm. 1.

Citaré una pelliza de paño azul Edison, bordada de «adoquines» de azabache. El vuelo forma cresta en los hombros. Canesú de pasamanería de azabache, con lluvia de cuentas, que caen sobre el pecho y sobre la falda.

Asistimos á una invasión de cuentas. Todo lo que brilla, reluce, centellea, está de moda este invierno, dando á nuestros trajes un carácter particular, que participa de las modas de Oriente.

Hay quien asegura que esto es encantador; lo cierto es que tanto brillo cansa la vista, y que, por consecuencia, no puede ser duradero.

Para calle, es decir, para lucirlos á la luz del día, se hacen galones de oro, de plata, de acero ó de cóbre incrustados, como un mosaico, de «adoquinitos» de mármol y de pórfido. Los hay de todas formas: cuadrados, ovalados, triangulares, en forma de bellota y mezclados de color.

Núm. 3.

Los vestidos de *soiree* y los sombreros se adornan con turquesas, amatistas y toda clase de piedras preciosas, perfectamente imitadas; llegándose hasta engastar en oro ó doublé, como verdaderas alhajas, diamantes blancos y negros, topacios de color de rosa, á cual más finos y delicados, que matizan como brillantes luciérnagas los vestidos de baile y los sombreros de teatro.

***

Bajemos de este empíreo de constelaciones para observar cosas más sencillas y modestas. Por ejemplo: este carrick (croquis núm. 1) para señoritas, hecho de paño *beige* con tres esclavinas, cada una de las cuales va ribeteada de un borde de plumas de avestruz naturales. El cuello va adornado del mismo modo.

No hay nada más fácil de hacer, ni más cómodo de llevar que estos carricks. Ni costuras ni pinzas; las tres esclavinas ajustadas en el escote y montadas alrededor de un cuello Médicis, recto ó enrollado. Dos metros de paño bastan para hacerlo, y es fácil formarse una idea de las ventajas de semejante prenda. Cualquiera señorita, por inexperta que sea en materia de costura, puede llevar un carrick cortado y cosido por ella.

Núm. 2.

***

Los estrenos continúan en los teatros de París. La semana pasada tocó el turno al teatro de *Variétés*, donde se estrenó la comedia-vaudeville, en tres actos, de Meilhac, titulada *Ma Cousine*, con un éxito extraordinario. Sin negar el mérito de la obra, cuyo diálogo chispeante de gracia y de ingenio honra al autor de tantas obras célebres, hay que reconocer que los artistas encargados de interpretarla han contribuído poderosamente á este triunfo casi colosal. Con decir que estos artistas se llaman Réjane y Crouzet, Baron, Raymon y Cooper, se comprenderá fácilmente que el público llene todas las noches el afortunado coliseo, y que las localidades estén vendidas para quince ó veinte representaciones anticipadas.

Excusado es decir que la elegancia de las actrices que representan *Ma Cousine* están al nivel de su mérito artístico. Júzguese por la descripción de sus trajes más notables.

Acto primero. — *Deshabille* de Mlle. Réjane. Vestido de brocado blanco y plata, forrado de raso azul. El delantero de la falda va formado todo de volantes de encaje. Manga de encaje plegada por encima de la sangría del brazo, bajo una escarapela de terciopelo azul (croquis núm. 2).

Mlle. Crouzet. Vestido de visita, de paño color de heliotropo, guarnecido de estrellas de azabache dispuestas en columnitas. Aldeta larga, rodeada de estrellas. Solapas guarnecidas del mismo modo, y peto plegado.—Capota de cuentas de azabache con alas verdes por delante (croquis núm. 3).

Núm. 4

Acto segundo.—Traje de Mlle. Crouzet. Vestido de recepción de paño gris, bordado de oro y guarnecido de plumas negras. El delantero del corpiño es una coraza de bordado de oro con aplicaciones en medio y fleco de cuentas de oro alrededor de la cintura (croquis núm. 4).

Núm. 5.

Mlle. Réjane. Magnífico traje de crespón y terciopelo negro. Delantero de crespón de la China bordado en la derecha de un ramo de mimosas de colores naturales. Todo el resto de este delantal va bordado de cuentas de azabache. Cola de terciopelo negro. Corpiño abierto en cuadro con un camisolín de encaje negro. Bordado de mimosas alrededor de la escotadura y formando un ramo en el lado izquierdo. Mangas *Edad Media*, hechas de barretas de terciopelo que se abren sobre una manga tam-

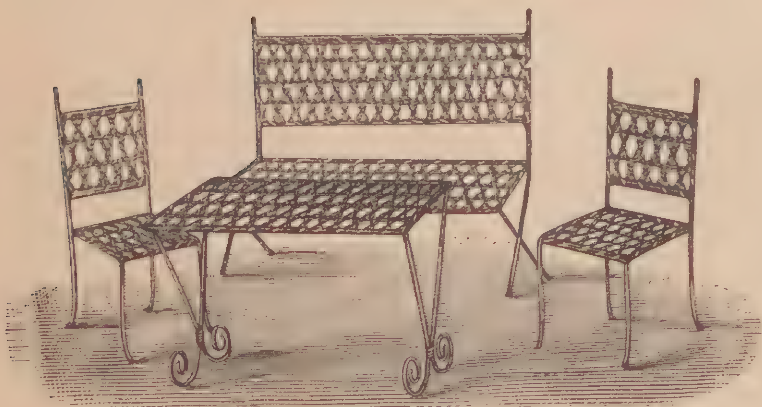
2 y 3.—Muñecas (nodriza y bebé).

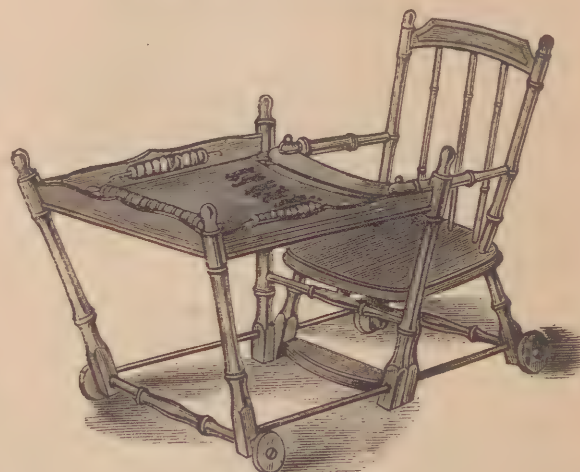
5.—Fondo para petos, puños y canesús.

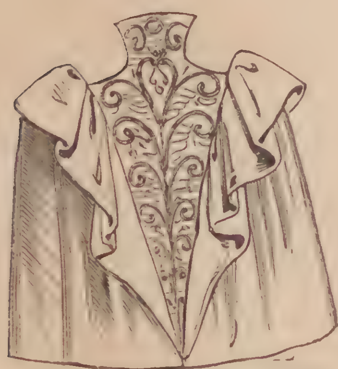
6.—Fichú de encaje bordado.

8.—Canastillo con labores empezadas para niñas.

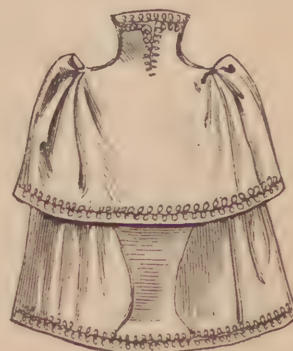
4.—Muñeca (bebé sentado). *Véase el dibujo 9.*

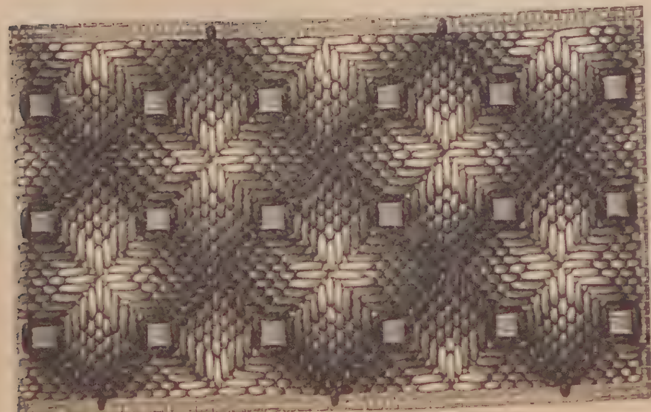

7.—Muebles de muñecas.


9.—Sillón con ruedas para muñecas. *Véase el dibujo 4.*

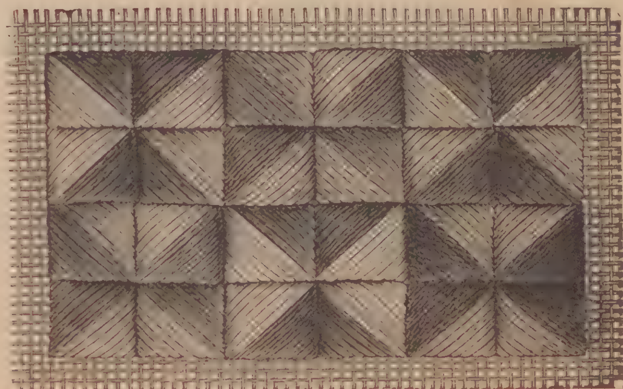

15.—Manteleta Victoria. Espalda. *Véase el dibujo 17.*

10.—Biombo para muñecas.


16.—Manteleta Elvira. Espalda. *Véase el dibujo 18.*


11.—Bordado para almohadones, escabeles, etc.

13 y 14.—Vestido de muñeca (crochet).


12.—Bordado para almohadones escabeles etc.

Núm. 6.

bién de terciopelo.—A guisa de *toque*, una bandeleta de azabache y un pájaro del paraíso (croquis núm. 5).

Mlle. Lender. Vestido de visita, hecho de lana labrada verde azulado. Mangas de terciopelo á la italiana, con paño de terciopelo bordado. Cuello del mismo terciopelo bordado. Dos tiras de terciopelo bordado de oro

Núm. 7.

bajan por detrás á lo largo de la falda.—*Toque* de terciopelo adornada de plumas (croquis núm. 6).

Acto tercero.—Otro traje de Mlle. Réjane. El delantero del vestido es de terciopelo color de ámbar, bor-

Núm. 8.

dado de perlas. Banda plegada de terciopelo negro en torno de la escotadura. Espalda del corpiño y cola de terciopelo color turquesa. Mangas de terciopelo color de ámbar, enteramente bordadas de perlas. Tocado de terciopelo negro, género oriental, guarnecido de cuentas en forma de pera (croquis núm. 7).

Mlle. Lender. Vestido de piel de seda color de anémona, bordada de cuentas de acero. Cuello *Marion Delorme*, de guipur de Génova. Mangas cortas y guantes que suben por encima del codo (croquis núm. 8).

***

Un quídam entra en una farmacia y dice al farmacéutico:

—Quisiera que me diera usted una medicina para el estómago..... No sé lo que tengo aquí, que sube, que baja, vuelve á subir..... y así constantemente.

El farmacéutico reflexiona un momento, y pregunta con gravedad:

—¿Se habrá usted tragado, por ventura, un ascensor?

***

Colmos de fin de siglo.

El colmo del amor al arte en un músico: Ahorcarse con una cuerda vocal.

El colmo de la habilidad en un peluquero: Rizar la superficie de un lago.

El colmo de la usura: Reclamar veinte por ciento de interés por haber prestado el oído.

V. de Castelfido.

París, 24 de Noviembre de 1890

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero redondo.—Núm. 1.

Es de fieltro negro con bordes enrollados y ribeteados de terciopelo verde musgo. Banda plegada de terciopelo color de musgo alrededor de la copa, cuya banda forma un lazo grande sobre el delantero, con un adorno de pasamanería. Un ramo de plumas negras va puesto por detrás, sobre el fondo.

Muñecas (nodriza y bebé).—Núms. 2 y 3.

La muñeca en traje de nodriza va vestida de una camisa, un pantalón, una enagua, una blusa, un corselillo, una falda y un delantal. Las medias son blancas, y los zapatos negros de charol. Como tocado, un pañuelo dispuesto en lazo alsaciano. La camisa, de mangas largas, y el pantalón, van guarnecidos de encaje. La enagua es de percal, y va adornada con una tira bordada. La falda tiene 23 centímetros de alto por 178 de ancho; se la corta de tela de lana encarnada y forro, y se la adorna con una cinta de terciopelo negro y un galón de oro estrecho; se la dispone en pliegues huecos, de 5 centímetros de ancho, y se la añade un cinturón.

Camiseta-blusa. Se corta la blusa y cada manga, enteras, de batista por las figs. 70 y 71; se fija cada cruz sobre un punto, y se hace la costura desde 62 hasta 63. Se adorna la manga con encaje, y se la dobla hacia el exterior. La blusa va provista de una jareta en el borde superior y otra en el inferior.

Corselillo. El corselillo, cortado de terciopelo negro y forro por las figs. 72 y 73, va ribeteado de raso encarnado. Se le guarnece de un galón de oro estrecho. El escote y las sisas van guarnecidas de encaje negro. Para completar el traje, se prepara un delantal de batista, de 30 centímetros de alto por 94 de ancho, y un pañuelo triangular, adornado con bordado y puesto en torno del cuello. El delantal va adornado con una tira de bordado y dispuesto en dos pliegues huecos. Se le fija entre las dos telas de una tirita doble de 36 centímetros de largo, cerrada por detrás bajo un lazo hecho con tiras bordadas. Se cose un bolsillo en la mitad derecha del delantal. El pañuelo de cabeza va hecho con un pedazo de batista adornado con un bordado estrecho, plegado y fijado sobre un casco de gasa. Se le guarnece de un lazo grande de batista.

Muñeca (bebé sentado).—Núm. 4.

Las figs. 74 á 76 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 43 corresponden á este objeto.

Esta muñeca va vestida de una camisa, de dos enaguas de percal y de un vestido largo de velo blanco. La primera enagua tiene 38 centímetros de alto, y la segunda 47 centímetros también de alto. Se adorna esta última en el borde inferior con una tira bordada de 3 centímetros de ancho; se pliega el borde superior de las dos enaguas, y se las guarnece de una jareta. Para hacer el vestido, se corta el delantero, entero, por la fig. 74, y dos pedazos por la fig. 75. Se les cubre por delante de velo fruncido, y por detrás de velo dispuesto en pliegues estrechos. El escote va adornado con un rizado de velo. Se corta la manga por la fig. 76, se la frunce una vez en lo alto y sobre la primera línea, y se la frunce después varias veces desde la segunda línea hasta el borde inferior, el cual va guarnecido de una tirita cubierta de encaje. Se hacen los pliegues y se pegan las mangas á las sisas. Se añade en el borde del corpiño una falda de 53 centímetros de alto por un metro 36 centímetros de ancho, guarnecida de plieguecitos en la parte inferior, y dispuesta en cuatro pliegues anchos huecos. Cinturón escocés.—Capota de velo, adornada con lazos de cinta de seda, de 2 centímetros de ancho.

Fondo para petos, puños y canesús.—Núm. 5.

Este fondo va ejecutado con torzal de seda color de paja y cuentas negras talladas. Se ensarta primero un gran número de cuentas en las hebras de seda, y se hace sobre una cadeneta que tenga el largo necesario, siempre yendo:

1.ª *vuelta.*—Se pasan las 7 mallas más próximas—* intercalando una cuenta contra la malla anterior,—una brida sobre la malla más próxima,—una malla al aire,—se pasa una malla,—se vuelve á empezar desde *.

2.ª *vuelta.*—Una brida sobre la malla más próxima,—una malla al aire,—* intercalando una cuenta contra la malla anterior,—una brida sobre la malla al aire siguiente, hecha sobre la malla más próxima,—una malla al aire,—se vuelve á empezar desde *.—Se vuelve á empezar siempre la vuelta anterior.

Fichú de encaje bordado.—Núm. 6.

Se emplea para hacer este fichú un encaje negro bordado, de un metro 5 centímetros de largo, cuyos lados transversales terminan en punta. Se le dispone en el centro superior, de manera que forme un pliegue de 2 centímetros de profundidad. Se guarnece el lado largo superior, partiendo del medio, con un pedazo de pasamanería de cuentas negras de 7 centímetros de ancho por 52 de largo. Se reune el encaje por debajo de la pasamanería con un lazo hecho de cinta de gasa negra, de 2 ½ centímetros de ancho. El centro de detrás del fichú va adornado con un lazo igual.

Muebles de muñecas.—Núm. 7.

El armazón de estos muebles va hecho de alambre grueso; los asientos y los respaldos van ejecutados al crochet con algodón. Se ejecuta yendo y viniendo sobre una cadeneta que tenga el largo del espacio que hay que llenar:

1.ª *vuelta.*—5 mallas al aire,—una brida cruzada, para la cual se hace una brida triple (terminando únicamente el lado de malla inferior) sobre la segunda malla siguiente de la cadeneta (las 5 primeras mallas al aire de esta vuelta no van contadas),—una brida sobre la 2.ª malla, pero se terminan el lado de malla superior de esta brida con el lado de malla del centro de la brida triple y se terminan después uno después de otro los lados de mallas siguientes de esta misma triple brida,—una malla al aire,—una brida sobre el lado de malla del centro de la brida triple,—siempre alternativamente, una malla al aire,—una brida cruzada como anteriormente. Cada vuelta siguiente se ejecuta del mismo modo que la vuelta anterior; pero el dibujo va contrariado, á fin de que la brida cruzada más próxima vaya siempre hecha sobre el segundo lado de malla de brida cruzada más próxima y sobre el primer lado de malla de la brida cruzada siguiente. Para los asientos se hacen 4 vueltas; para los respaldos 3 vueltas, y para la mesa 5 vueltas.

Canastilla con labores empezadas para niñas. Núm. 8.

Esta canastilla con pies va llena de varias labores empezadas para niñas. Se hace de mimbre y bambú; se la guarnece con cinta de seda azul claro, de 8 centímetros de ancho. El interior va cubierto con seda brochada azul pálido (el fondo va guarnecido de un cartón y de una hoja de algodón).

Sillón con ruedas para muñecas.—Núm. 9.

Este sillón se hace de madera, como los sillones para niños; se le puede emplear como sillón bajo, con mesita para poner los juguetes, ó bien como silla alta (véase el dibujo que representa el *bebe* sentado).

Biombo para muñecas.—Núm. 10.

Este biombo se hace de madera marrón pulimentada, con hojas de cartón grueso; las hojas van cubiertas con papel moaré blanco, sobre las cuales van aplicadas unas figuras de diferentes colores.

Bordado para almohadones, escabeles, etc. Núms. 11 y 12.

Este bordado y el siguiente van ejecutados sobre cañamazo no dividido, con sedas de diferentes colores y lana fina.

Núm. 11.—Se ejecutan con seda ó lana negra las tiras con los cuadritos, que se componen cada una de dos hileras, y rodeando los dibujos; estas tiras van bordadas en parte sobre dos y en parte sobre cuatro hebras de tela. Se llenan los dibujos, alternativamente, con lana encarnada, color de bronce y gris de tres matices (se puede emplear seda para el color más claro). Se llenan los cuadritos con seda blanca.

Núm 12.—Se bordan los dibujos, que se componen cada uno de cuatro cuadritos, con dos matices de un color. Se emplea para nuestro modelo seda verde, marrón y color de fresa: los cuadros de cada color forman una tira al sesgo.

Vestido de muñeca (crochet).—Núms. 13 y 14.

Las figs. 39 y 40 de la *Hoja-Suplemento* al núm. 43 corresponden á este objeto.

Este vestido se hace de lana azul claro, y va guarnecido en el borde inferior de un corpiño con una cinta de moaré de 3 ½ centímetros de ancho, anudada por delante en el lado; se pasa una cinta igual, pero más estrecha, por una de las vueltas que ribetean el escote. Las extremidades de esta cinta van anudadas en el centro por detrás.

Se ejecuta primero el corpiño, cuya fig. 39 representa el patrón (por delante y por detrás); se principia desde el borde de la derecha por detrás haciendo una cadeneta que tenga el largo necesario, sobre la cual se labra, yendo y viniendo, del modo siguiente:

1.ª vuelta.—Se pasa la malla más próxima,—después siempre una malla simple sobre cada malla.

2.ª vuelta.—2 dos mallas al aire,—* una malla levantada sobre la primera de las 2 mallas al aire anteriores,—2 mallas levantadas sobre los lados de las mallas de detrás de las dos mallas más próximas de la vuelta anterior, y se reunen en una malla todas las mallas que se encuentran sobre el crochet,—una malla al aire,—se vuelve á principiar desde *,—pero se levanta siempre la

primera malla en el lado de malla de delante de la última malla levantada anteriormente.

3.ª vuelta.—Una malla al aire,—siempre una malla simple sobre el lado de malla de delante de la malla más próxima de la vuelta anterior.

Se vuelve á principiar, siempre alternativamente, las 2.ª y 3.ª vueltas, pero se ejecutan, siguiendo las dimensiones del patrón, unos crecidos ó varios menguados y unas vueltas intercaladas. Sobre el hombro se reunen las mallas de orilla por el revés con puntos transversales. La manga va ejecutada del mismo modo por la figura 40, reunida bajo el brazo y cosida á la sisa.

Para la parte inferior de la manga, se ejecuta sobre una cadeneta de 6 mallas al aire, 14 vueltas al crochet tunecino, el cual va formado de vueltas compuestas de dos hileras en la hilera viniendo; se toma siempre con cada malla la malla de orilla más próxima; en las vueltas del centro, se toma, según que es necesario, con cada malla 2 mallas de orilla de la manga; se reunen las mallas de la última vuelta con las mallas de la cadeneta, ó se guarnece el borde inferior de la manga con una hilera de dientes del modo siguiente:—una malla simple sobre la malla más próxima,—* 3 mallas al aire,—2 mallas levantadas sobre las 2.ª y 1.ª de estas mismas mallas,—una malla levantada sobre el lado más próximo de malla vertical que se encuentra antes de las 3 mallas al aire, y 2 mallas levantadas sobre las 2 mallas de orilla siguientes;—todas estas mallas van reunidas en una malla que se termina;—se vuelve á principiar desde *.

En el escote, sobre los lados de delante de las mallas de orilla, se hace una hilera de dientes que se dirigen por abajo, como la hilera descrita anteriormente; después se hace por el revés una vuelta de mallas simples en los lados de mallas todavía libres de la hilera de dientes. Se ejecutan yendo y viniendo sobre esta hilera 3 vueltas, por la primera de las cuales se pasa una cinta de moaré, y para las cuales se hacen, siempre alternativamente, 5 mallas al aire,—una malla simple sobre la 2.ª malla siguiente.—En la vuelta siguiente, se hacen 2 mallas al aire, después siempre 2 mallas simples sobre las 5 mallas al aire más próximas. Se hace después una hilera *de dientes*, como la hilera descrita anteriormente, y con la cual se guarnecen también los bordes del corpiño por detrás; estos últimos van reunidos hasta la mitad de su largo, de modo que los dientes de la espalda de la derecha crucen sobre los dientes de la espalda de la izquierda. Se hace primero en el borde inferior del corpiño una vuelta de mallas simples, después una vuelta de curvas compuestas de mallas al aire, por la cual se pasa una cinta de moaré, y para la cual se hace, siempre alternativamente, una malla simple sobre la malla indicada, 4 mallas al aire.—La falda se hace en redondo en el borde inferior del corpiño del modo siguiente:

1.ª vuelta.—3 mallas al aire,—se levantan 2 mallas sobre las 2.ª y 1.ª de estas mallas, y 2 mallas sobre las 2 mallas más próximas de la penúltima vuelta. Todas las mallas van reunidas en una malla que se termina,—* una malla levantada sobre el lado de malla que se encuentra por encima de todas las mallas reunidas anteriormente en una malla,—una malla levantada sobre el lado de delante de la última de las 4 mallas levantadas anteriormente,—una malla levantada sobre la misma malla sobre la cual se ha levantado la última de las 4 mallas anteriores,—una malla levantada sobre la malla siguiente,—todas las mallas van reunidas en una malla que se termina.—Se vuelve á principiar desde *,—pero en la última división del dibujo se levantan las 3.ª y 4.ª mallas sobre las 2.ª y 3.ª de las 3 primeras mallas al aire.

2.ª vuelta.—Una división del dibujo como en la vuelta anterior, pero la 4.ª malla va levantada solamente sobre el lado de malla de detrás,—* 2 mallas levantadas como las 2 primeras mallas de la división del dibujo anterior,—después una malla levantada sobre la malla con la cual se han reunido las mallas de la división más próxima del dibujo,—una malla levantada sobre el lado de malla por detrás de la malla siguiente,—todas las mallas van reunidas en una malla que se termina;—se vuelve á principiar desde *. Se hacen otras 4 vueltas como la vuelta anterior, desde *.

Continuando la última vuelta, se hace en el sentido transversal, sobre una cadeneta de 6 mallas al aire, una tira al crochet tunecino como la de la manga, y se reunen las mallas de la última vuelta con las mallas-cadenetas de la tira. Se hacen otras 2 vueltas del mismo modo que las 6 primeras vueltas de la falda y una hilera de dientes como la descrita anteriormente. Se ejecutan sobre las mallas del crochet tunecino 3 hileras hechas contrariándose, compuestas de puntos de cruz aislados con seda floja.

Manteleta Victoria.—Núms. 15 y 17.

El canesú es de paño blanco bordado de seda esmeralda. Esclavina fruncida de paño verde esmeralda, con un volante de terciopelo del mismo color puesto por encima. Guirnalda bordada en el borde.

Manteleta Elvira.—Núms. 16 y 18.

Esta manteleta es de paño color de ladrillo. Se compone de dos esclavinas, con bastante vuelo en los hombros, ribeteada de una guirnalda de trencilla de un matiz más claro. Cuello recto, bordado del mismo modo.

Visita corta de terciopelo.—Núm. 19.

Se hace esta visita de terciopelo color de nutria obscuro, y va guarnecida de un cuello grande, un delantero y unos puños de piel de oso. Saliendo de la cintura y rodeando la manga, va una pasamanería ancha con fleco, formando aldeta.

Abrigo de mañana.—Núm. 20.

Este abrigo, sumamente sencillo, es de lana gruesa azul pálido, y va adornado con unas palmas grandes de cachemira y un cuello boa y puños de piel de cabra del Thibet.

Abrigo de calle ó de viaje.—Núms. 21 y 22.

Este abrigo, que es de paño azul labrado, se compone de un cuerpo de levita con espalda recta, sujeta en la cintura por medio de una correa de paño abrochada. Delantero cruzado y abrochado con dos hileras de botones. Una pinza marca el lado de delante. En las caderas se abre un bolsillo con carteras abrochadas. Esclavina corta, alta de hombros, con una costura y una pinza que pasa en redondo por encima del hombro. Capucha puntiaguda, forrada de seda, y cuello alto abarquillado. Forro de *surah* glaseado. Manga ancha, con puño alto abrochado.—Capota de terciopelo, guarnecida de plumas ó de alas de pájaro.

Tela necesaria para el abrigo: 5 metros 50 centímetros de paño, y 12 metros de *surah*.

Sombrero Marquesa.—Núm. 23.

Se hace este sombrero de terciopelo negro, con borde de plumas á todo el rededor. Plumas negras por detrás, y cocas de cinta de faya color de rosa por delante.

Chaqueta para señoritas.—Núm. 24.

Se hace esta chaqueta de paño *beige*, con aldetas semilargas, y se compone de espalda y lados de espalda, con aldetas abiertas en la costura de los lados, lados de delante y delanteros con una pinza y un cruce añadido en medio y abrochado en la cintura, donde se recorta en forma de tapa. Cuello alto, abrochado en el lado izquierdo. Manga de codo, abrochada en el codo y recogida sobre una parte inferior de manga ajustada. Tres galoncillos ribetean la chaqueta.

Traje de convite.—Núm. 25.

Vestido de crespón de la China color de rosa pálido, bordado de lunares verdes. Adornos de cinta de terciopelo verde. Fondo de falda de tafetán, y falda recta de crespón. La parte inferior del delantero va guarnecida de cinco hileras de cintas de terciopelo, que terminan por los lados en unos lacitos de la misma cinta. Corpiño de talle redondo ajaretado en lo alto, de manera que forme un canesú pequeño y redondo. Tirantes de cinta, que guarnecen la espalda y el delantero, y se fijan en los hombros y en la cintura con lazos de cinta. El forro del corpiño es plano, y se compone de espalda enlazada en medio, lados de espalda, lados de delante y delanteros con pinzas. Manga ancha, plegada, que llega un poco más abajo del codo.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 15 metros de crespón.

Abrigo de ceremonia.—Núm. 26.

Se hace este elegante abrigo de piel de seda gris obscuro y terciopelo negro, bordado de azabache. Espalda de levita ordinaria, con lados de espalda que dan el vuelo para los pliegues. Los delanteros se cruzan y se pliegan en forma de fichú sobre un peto plano de la misma tela, añadido sobre el forro de los delanteros, que se ajusta con pinzas y se cierra en medio. Los faldones de la levita abierta se pliegan hacia delante y se añaden en la cintura. Unos paños de terciopelo bordados por abajo se añaden á cada lado bajo el borde de los delanteros. Corselillo de terciopelo bordado, que termina en un fleco de azabache. Esclavina abierta, de terciopelo bordado en las esquinas, la cual se añade en lo alto del abrigo. Gola de plumas color de violeta, cerrada con un cordón de seda. Manga de codo.—Sombrero de terciopelo gris, guarnecido de plumas del mismo color de la gola.

Tela necesaria: 12 metros de seda, y 2 metros 60 centímetros de terciopelo.

Capota Lidia.—Núm. 27.

Es de terciopelo color de maíz, y va bordada enteramente de azabache. Los adornos se componen de encaje negro plegado, que va puesto en lo alto por delante, y cae sobre los lados formando cascadas de plumas negras, y bridas de cinta de terciopelo negro.

Chaqueta de vestir.—Núms. 28 y 29.

Es de paño color de rosa antiguo, y va ajustada con dos laditos y una pinza. Pliegues en la aldeta de detrás. Cuello abierto y un poco abarquillado. Esta chaqueta va bordada de cordón de seda negra mezclado de hilos de oro.

Tela necesaria: 2 metros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho.

Trajes de calle.—Núms. 30 y 31.

Núm. 30. Vestido de cheviota rayada, azul y crema. La falda es recta, y va plegada por detrás en forma de abanico. El corpiño-chaqueta se abre sobre un peto de la misma tela, plegado y estrechado en la cintura, con cinturón de terciopelo azul con hebilla. En el peto, un cuello alto de cheviota. La chaquetilla va guarnecida de un cuello vuelto de terciopelo y ribeteado de una trencilla de lana azul.

Núm. 31.—Vestido de lana gruesa color de nutria claro, con cuadros formados por unas rayas color de musgo. Este vestido se compone de una falda recta y un corpiño de talle redondo, plegado en la cintura con un cinturón de terciopelo color de musgo. El corpiño va cerrado de una manera invisible en el lado izquierdo debajo del brazo y en el hombro. Las mangas son anchas y terminan en un puño alto de terciopelo, abrochado con botoncitos. Cuello alto del mismo terciopelo.

Traje de paseo.—Núm. 32.

Vestido de terciopelo liso color de rubí, guarnecido de piel de castor natural en el delantero, formando boa en el borde inferior de la falda y en las mangas. Abrigo de terciopelo cincelado color rubí y color marfil. Este abrigo, que tiene la forma de una esclavina larga, ancha y redonda, va forrado de raso de seda color de marfil y guarnecido de marta cibelina. Unos golpes de pasamanería de oro adornan este abrigo en lo alto de la espalda y por delante. Se le puede recoger, como indica el dibujo, por medio de un broche que va unido á la pasamanería.

TOM Y TONI.

Es muy curioso el espectáculo que presenta Bruselas, cuando por primera vez se visita la ciudad, ver el desfile de los carritos que en las madrugadas conducen al mercado las verduras y las leches, tirados por hermosos perros de diferentes clases, tamaños y colores.

Entre las capitales modernas, sólo Bruselas posee el atalaje especial de los perros, oyéndose durante algunas horas el aullido de los dóciles animales, motivado por el látigo del conductor.

Algo más tarde van al mercado los panaderos y vendedores de huevos, frutas, etc., llevando todos, si no conducen carga para un caballo, su correspondiente perro.

A veces se ve un carretón tirado por cinco perros, transportar un fardo de gran peso y andar doce kilómetros por hora.

Empléanse también los perros en Bélgica para batir la manteca, por medio de una rueda y unos cilindros con su engranaje particular, que produce la rotación continua, siendo el perro el motor que la obtiene con una precisión admirable.

Prescindiendo de estos usos de pura utilidad, en las familias se le destina también para las diversiones públicas, siendo objeto de una explotación continua, á lo que se prestan la inteligencia, la lealtad y el instinto de estos preciosos animales.

Los mismos medios de preparación que con los caballos se emplea con los perros; la única diferencia que existe en la pista es que, en vez de ser circular, es recta, y que el macadan reemplaza á la arena.

Las carreras de perros tienen allí tanta importancia como la de los caballos; asiste á ellas un público numerosísimo, y formando los espectadores dos largas filas en toda la línea del trayecto que recorren los perros, presencian un espectáculo tan nuevo como divertido.

Empezadas las carreras, suben los conductores á los carros, y al oir la señal parten como rayos, procurando adelantarse unos á otros, antes del término de la carrera, que suele ser de 3.000 metros. Los vencedores son llevados en triunfo, y ganan premios muy importantes.

En una de estas fiestas que presenciamos, vimos ganar el primer premio á un perro negro, hermosísimo, de raza rusa, que son muy apreciados en el país; se llamaba *Tom*, y su conductor, Toni, era un muchacho de unos quince años, alto, esbelto, con magníficos cabellos y ojos negros, y una apostura tan gallarda y arrogante, que parecía español. Todo el mundo se interesaba por él y por su perro; el pueblo de Bruselas le adoraba, siendo cada triunfo suyo una ovación inmensa, aclamándole como á un rey.

—¿Qué hace ese muchacho para que así le quieran?—preguntamos.

—¡Ah! ¿no sabe usted quién es Toni?—me contestaron, asombrándose de que no le conociera.

—Lo ignoro; es la primera vez que vengo á Bruselas. ¿Podría usted darme algunos detalles?

—Con mucho gusto.

Mi anciano interlocutor se sentó conmigo en un banco del boulevard á presenciar el desfile de los perros vencidos y vencedores y de la concurrencia, contándome la siguiente interesante historia de Toni.

—En una de las florestas que rodean á Bruselas había un antiguo guarda que tenía seis hijos, todos pequeños; el mayor, que contaba diez años y era el único varón, estaba contrahecho, y siempre tan enfermo, que no servía para nada.

Habitaban, en la orilla de una carretera que atravesaba por el monte, una casita rodeada de un huerto muy frondoso, con muchos árboles frutales, donde en un establo se albergaba una vaca y varias gallinas, que sustentaban á la familia del guarda con sus huevos y riquísima leche. *Tom* tenía su cama en el establo, y era el conductor de un carrito que se veía á la puerta de la casa, debajo de una magnífica noguera que la daba sombra.

Un día, estando Tomás con su mujer y sus hijos almorzando á la puerta de su casa, se presentó ante ellos un niño andrajosamente vestido, que tendría unos ocho años, pidiéndoles por Dios un pedazo de pan, porque se moría de hambre.

—Eramos pocos.....—exclamó la mujer, al ver que Tomás le hizo hueco en la mesa para que almorzase con ellos.

—Para todos habrá, pobre niño—decía el caritativo guarda, viendo que la infeliz criatura devoraba cuanto le dieron, confesando ingenuamente que llevaba tres días alimentándose sólo de hierbas que encontraba en el camino.

—¿Cómo te llamas?—le dijeron los niños, cogiéndole de la mano y acariciándole.

—Toni—contestó sonriendo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre, no sé; mendiga la llamaban las gentes que nos daban limosna.

—¿Y no tienes padre ni hermanitos?

—No, nadie; sólo mi madre, que se durmió allá abajo; la llamo y no me responde; yo tenía hambre, y como no despierta, me vine por ese camino.

17.—Manteleta Victoria. Delantero.
Véase el dibujo 15.

19.—Visita corta de terciopelo.

18.—Manteleta Elvira. Delantero.
Véase el dibujo 16.

20.—Abrigo de mañana.

21 y 22.—Abrigo de calle ó de viaje. Delantero y espalda.

23.—Sombrero Marquesa.

24.—Chaqueta para señoritas.

25.—Traje de convite.

26.—Abrigo de ceremonia.

Tomás intervino en la conversación que sus hijos tenían con el pobre huérfano, compadeciéndose del infeliz, que no tenía á nadie en el mundo.

—Vente conmigo—le dijo;—vamos á buscar á tu madre, y sabremos quién eres.

Tomás encontró en el monte vecino, debajo de una carrasca, una mujer muerta, que ya estaba medio comida por las aves de rapiña. Toni dijo que era su madre, y que pedían limosna de pueblo en pueblo. Nada más se pudo averiguar.

El buen guarda hizo que se la diera sepultura; y con el niño de la mano volvió á su casa por la noche, diciendo á su mujer:

—Mira, Marta, teníamos seis hijos; pues ahora tenemos siete.

Y presentándole al pobre jorobadito y á las cinco chicas, exclamó:

—Abrazadle, hijos; es un hermanito que os manda Dios.

—¡Toni, Toni!—exclamaban todos, abrazándole y llorando de alegría.

Tom, levantándose del sitio donde dormía, se acercó á Toni, acariciándole y lamiéndole la mano como si fuera un antiguo amigo.

—Pues éramos pocos.. ..—refunfuñaba Marta, arrastrándose con su pierna coja por la cocina, y sentándose en el suelo para dar de mamar á su niña pequeña.

—Mujer, Dios nos lo dará por otro lado, no gruñas; ya ves que el pobrecillo no tiene á nadie en el mundo.

—Pues llévale al Hospicio.

—Si no le querrán; ¿no ves que es extranjero? Debe ser español, según su traza y su acento; apenas si nos comprende.

—Ya ves que trabajando mucho no podemos casi mantener nuestros seis hijos; y yo cada día peor con esta pierna, que me tiene imposibilitada y no puedo ni aun llevar al mercado los productos de nuestra huerta.

—Pero el jornal no nos falta, hija; deja que ese pobre niño, ya que vino á buscar nuestro amparo, viva con nosotros.

Mucho le costó á Marta tener un hijo más que mantener y vestir; pero al cabo de cierto tiempo, aquel ser escuálido y flaco, que no tenía ni fuerzas para hablar, empezó á desarrollarse, haciéndose un muchacho robusto y fuerte como un roble, lleno de bondad y de cariño hacia la familia que le recogió en su seno.

Como Marta seguía mal de su pierna, la ayudaba en las faenas de la casa, vestía y cuidaba del jorobadito, llevaba las chicas mayores á la escuela, que estaba un poco distante, por lo cual enganchaba á *Tom* al carretoncillo, y, haciéndolas montar, las llevaba, volviendo por la tarde á buscarlas.

Todos los días iba un hombre á comprar las verduras y frutas de la huerta, y se llevaba también los huevos de las gallinas y la leche de la vaca, pagándolos bastante mal, porque necesitaba después de vendidos que le quedase á él un ciento por ciento.

Toni se cuidaba de todo en la casa; llevaba la vaca al valle, y la ordeñaba por la mañana y por la tarde; preparaba la comida para el guarda y para la familia, porque Marta no podía ya moverse de la cama.

Un día, el médico declaró que era indispensable amputarle la pierna, llenando esta fatal noticia de consternación á toda la familia. El peligro era inminente, y no hubo más remedio que llevarla al hospital.

El pobre Tomás lloraba como una criatura, y Toni, á su lado, procuraba consolarle, siendo la Providencia de aquella casa.

Más de dos meses permaneció Marta en el hospital, de donde volvió con una pierna de menos y apoyándose en dos muletas, encontrando su casa en perfecto orden. Toni y Luisa, la niña mayorcita, trabajaban incesantemente para subvenir á todas las necesidades de la familia; el jornal de Tomás se empleaba casi todo en la enfermedad de Marta.

Toni iba él mismo al mercado, con *Tom* enganchado al carretoncito, á vender los productos de la huerta; así, la ganancia era mucho mayor. Además, el simpático huérfano se hizo querer de todas las personas que le conocían y que no ignoraban el destino que daba á su dinero, consagrando hasta el último céntimo á la familia que le había adoptado como hijo. Así es que en cuanto se presentaba en el mercado le arrebataban cuanto llevaba, pagándolo á muy buen precio.

Después de la primera venta, emprendía otra muy productiva: iba recogiendo flores por los jardines, que se las daban muy baratas, ó de balde muchas veces, y las vendía por las casas de la ciudad, realizando una ganancia fabulosa que iba íntegra á depositarse en el fondo común.

No eran bastantes las desgracias de esta pobre familia, á la que sin duda el Señor había condenado á ruda prueba, pues un día Tomás se subió á una noguera para recoger las nueces que quedaban en la copa más alta, con tan mala suerte, que se rompió la rama y cayó de cabeza, quedando muerto en el acto. Toni y las niñas, que estaban recogiendo del suelo las nueces que caían, prorrumpieron en grandes gritos y exclamaciones de dolor, siendo muy sentida en el país esta inmensa desgracia, porque Tomás era un guarda muy honrado y llevaba muchos años sirviendo su cargo.

Ya se consideraban despedidos de la casa y de la huerta, y faltándoles el jornal de su padre, parecía segura la miseria de esta pobre familia; pero Toni tenía que seguir siendo su Providencia.

El chico tenía ya quince años y Luisa trece, y entre los dos cuidaban á su madre, coja y enferma, atendían al jorobadito, que estaba baldado, y á las cuatro chicas más pequeñas.

Un día se presentó el nuevo guarda que había nombrado el propietario del bosque, diciéndoles que desalojaran la casa. Este fué el trance más amargo: la pobre Marta lloraba sin cesar ante la idea de abandonar la casa donde habían nacido todos sus hijos, y que les facilitaba los únicos recursos con que hubieran podido vivir, aprovechando los frutos de la huerta.

Toni no durmió en toda la noche, oyendo los suspiros y lamentaciones de Marta y de Luisa, pues la demás gente menuda dormía á pierna suelta.

Al amanecer se levantó: fué á dar de comer á la vaca, que tenía unos hermosos ternerillos, acarició á *Tom* y le dió su almuerzo, poniéndole después los arreos y enganchándole al carretoncillo. Fué á buscar á las chicas y al jorobado, haciéndoles montar como si fueran á la escuela. Él y Luisa iban á pie á los lados del carruaje.

—¿Dónde vamos?—le preguntaban viendo que torció por distinto camino del que conducía á la escuela.

—Luego lo veréis—les contestaba Toni, siempre pensativo y cabizbajo.

Luisa le miraba con profundo cariño y no le decía nada, siendo inmensa la confianza que le inspiraba el pobre huérfano.

Marta, rendida de cansancio, se había quedado dormida, ignorando el improvisado viaje de sus hijos.

Tom, orgulloso con su carga, iba contoneándose muy ufano por los senderos del bosque; salieron á la carretera y á poco entraban en la ciudad, deteniéndose en la plaza de la Moneda ante la verja de un hermoso palacio.

—¡Hola, Toni!—le dijo el portero.—¿Vienes por flores? Entra, ya sabes que el Sr. Blondel y la señorita Leonor han dado orden al jardinero para que te deje coger de balde todas las que quieras. Pero ¿dónde las vas á llevar, si traes lleno de muchachos el carretón?

Toni, sonriendo, los hizo bajar á todos y entraron en el jardín.

A la sombra de un cenador estaba el Sr. Blondel, dueño de aquella morada espléndida, y propietario también del hermoso bosque donde había estado veinte años de guarda Tomás.

Leonor acompañaba á su padre á tomar chocolate, rodeándola varias amigas, que, como versátiles mariposas, habían despojado el jardín de sus más hermosas flores.

—¡Ah! ¡Toni, Toni!—exclamó Leonor viendo llegar al muchacho.—¡Qué tarde vienes! ¡Apenas si han quedado flores!

—Señorita—exclamó el pobre muchacho con la gorra en la mano y las lágrimas en los ojos.—Hoy vengo á implorar la piedad de usted.

Se arrodilló, y á una señal suya todos los niños se pusieron también de rodillas, juntando las manos en ademán de súplica.

Blondel y todas las amigas de Leonor contemplaban aquel cuadro conmovedor.

—¿Y quiénes son estas pobres chicas?—dijo Leonor.

—Son los hijos del guarda Tomás.

—¡Ah, sí! el del bosque. Ayer me dijo el mayordomo que había ido ya un nuevo guarda—exclamó Blondel.

—¿Y qué queréis?—les dijo Leonor.

—¡Señor..... señorita..... señoritas!.....—balbuceaba Toni sollozando, dando vueltas á su gorra entre sus dedos temblorosos.—Estos infelices han quedado sin recursos; su madre, impedida, se ve echada de la casa donde han nacido todos sus hijos, en la calle, sin auxilio humano..... Su marido ha servido veinte años con honradez.....

—¡Sí, sí, tienes razón, hijo mío!—exclamó Blondel.

—¿Y tú vienes á pedir su recompensa?—añadió Leonor llorando también.—¿Qué quieres?

—Señorita, quisiera que la pobre Marta no fuese arrojada de la casa. Con los productos de la huerta, que *Tom* y yo venderemos en el mercado, podremos mantener á esta pobre familia.

—¡Ah! ¡qué bueno es este pobre Toni!..... ¡qué bueno!—decía Leonor abrazándole, y mirando á su padre como si le suplicara.

—Hija mía, tú puedes hacer lo que quieras; que te lo deban á tí—dijo el Sr. Blondel, contestando á la muda súplica de su hija.

—Pues bien—les dijo Leonor haciéndolos levantar del suelo, donde permanecían de rodillas;—seguid habitando la casa como si no hubiera muerto vuestro padre. Toni se encargará de guardar aquella parte del bosque, y al otro guarda se le dará la casilla que está en el lado opuesto. Tú sólo vigilarás de noche; se te dará un sueldecito, y de día vendes tus frutos: las flores de nuestros jardines son para tí, ¡y que Dios bendiga tu noble corazón!

—¡El de usted, señorita, el de usted!..... ¡el de su noble padre!.....—decía Toni con las más vivas muestras de gratitud.

—Voy á dar las órdenes, hijos míos—dijo el Sr. Blondel;—y cuando tengas veinte años, te nombraré guarda mayor del bosque, como lo era Tomás.

—Nosotras queremos contribuir á la obra de caridad—exclamaron las amigas de Leonor, vaciando sus bolsillos, y todas las flores que habían cogido, en el carretoncillo.

Leonor añadió una cantidad para lutos, con todo lo cual reunieron una suma importante.

Cuando Marta supo lo que había hecho Toni, le abrazó con la mayor ternura, y fueron todos reunidos á rezar á la noguera donde había muerto Tomás, en cuyo sitio habían puesto una cruz de madera, que adornaban de flores diariamente.

—Él, él, el buen Tomás—exclamaba Toni llorando—es el que nos protege desde el cielo. Yo seré guarda mayor, así me lo ha prometido el Sr. Blondel, y aquel día me casaré con Luisa. ¿Quieres tú?

—¿Puedes dudarlo?—murmuró la muchacha con el rubor en las mejillas, escondiendo el rostro en el seno de su madre.

—¡Dios te bendiga, hijo del alma!—exclamó Marta, soltando las muletas y cayendo en brazos de sus hijos.

Tom, que los había seguido, lanzaba expresivos aullidos, acariciando á unos y otros, como si comprendiese el júbilo de la pobre familia, tomando parte en sus alegrías y sus dolores como uno de tantos.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Madrid, Octubre 1890.

PODER DE LA VIRTUD.

De manso río en la feraz ribera
Hallćla sola un día:
Quise hablarla un momento, y dijo:—«Espera,
No es tiempo todavía.»—

Alza la vista, se arrodilla y ora,
Cual virgen de Sión,
Que en su abandono fervorosa implora
Del cielo protección.

El suave aroma del boscaje umbrío,
La luz al fenecer,
Y la imponente soledad..... y el río.....
Y una hermosa mujer.....

Todo en conjunto halagador convida
Al joven corazón:
Surge el deseo, y se levanta erguida
La indómita pasión;

Mas cuando quiero con afán creciente
Vencer en lance tal,
Veo circuida su virgínea frente
De aureola celestial.

Entonce absorto ante la faz divina
De aquel divino ser,
Le dije apenas:—La virtud domina;
Perdóname, mujer.

JOAQUÍN QUINTERO.
(Venezolano.)

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Y emprendió el panegírico de su amigo con una animación que jamás había notado en él. Incorporado en el lecho, hablaba de prisa. ¡Era Ernesto tan bueno, tan noble, tan digno de ser amado! A poco de escucharle, concluí porque me interesara el personaje que describía, aunque me pareciera su retrato inverosímil, como esos cuentos de hadas donde los arroyos son de leche y miel, las montañas de azúcar cande, y hay para los días de calor rocíos perfumados con canela y vainilla. Así, cuando el señor Errazu, cansado de su discurso, volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada, era tan profunda mi convicción respecto á las virtudes cívicas y morales del ausente Sr. Ulloa, que no pude menos de exclamar:

—¡Me parece que amaría sinceramente á vuestro amigo!

Volvió la cabeza bruscamente, frunció las terribles cejas, y mirándome cara á cara, replicó con un tono mordaz hasta el extremo:

—Sería muy lisonjero para él, y estaría orgulloso si os oyera.

Siguió un silencio molesto y pesado, y sin saber cómo interrumpirlo me refugié en mi labor, pensando, mientras contaba los puntos del cañamazo, en el extraño carácter de mi huésped: después de soportar sin contradecirle sus galantes calificaciones, que casi me ponían á nivel de los tigres y lobos, también le llenaba de cólera que cantase á dúo con él las alabanzas de aquel modelo de amigos que respondía al nombre de Ernesto Ulloa. ¿Podía ser un ente más raro é imposible?

En tanto el Conde de Errazu se había vuelto hacia la pared, con aire de hallarse tan extraño á lo que le rodeaba como si acabase de caer de la Luna; entrecerró los ojos y se puso á silbar un paso doble, que acompañaba dando golpecitos con los dedos sobre la cubierta del lecho; sufrí un rato, pero pronto sentí que la sangre hervía en mis venas, y que aquel ritmo vibraba desagradablemente en mis oídos: era imposible que esto siguiera, y tal llegó á ser mi despecho, que me creí capaz de hacer todo género de simplezas.

Ajena á cuanto pasaba, y quizá muy satisfecha porque no nos escuchaba discutir como teníamos por costumbre, Nicolasa andaba de un lado á otro, ocupada en preparar medicinas y acomodar diferentes objetos, con tanta serenidad como si se hallase sola. Evidentemente, la endiablada música del señor de Errazu no incomodaba más que á mí..... Deseosa de interrumpirla, tosí primero bajo..... después más fuerte, y nada.....

La..... la..... tra..... la..... la.....

¡Siempre lo mismo! Á la tercera vez le interrumpo, me dije; pero como llegó la cuarta repetición del malaventurado paso doble sin haber podido formular ni una idea, no hallé medio mejor que enganchar disimuladamente con el pie un velador colocado junto á mí, y dejarlo caer con todo lo que tenía encima, produciéndose espantoso ruido.

Pero no había contado con la flema del señor de Erra-

zu, que ni se volvió al estrépito; acabó tranquilamente su música, y se disponía á comenzarla de nuevo, cuando le dije, aparentando gran confusión:

—He sido una torpe; dispensadme.

—Estáis dispensada—replicó solamente.

Nicolasa, que había salido un instante para traer no recuerdo qué, entró entonces, y al ver el fracaso, extremó los aspavientos.

—Cállate—le dije á media voz—y ayúdame á ponerlo todo en orden.

Obedeció, mientras el Conde empezaba por centésima vez el famoso *ritornello* de su marcha: despechada del poco éxito de mi diablura, iba á recoger el contenido de una taza que se había roto, cuando entró mi perro, y me pareció más oportuno que secara con su lengua el vertido jarabe.

—Anda, *Lolo*—le dije.

—Tened cuidado—exclamó entonces mi huésped;—es morfina, y vuestro amigo va á dormir hasta mañana.

Y volvió á tararear, sin ocuparse más de nosotros.

Asustada por su prudente advertencia, separé á *Lolo*, y aun le reñí para que se alejara, mientras me daba prisa en hacer desaparecer la peligrosa bebida; pronto estuvo terminado, y entre despechada y confusa me retiré á mi habitación.

He aquí un leve perfil de la buena inteligencia en que vivimos: aunque las flores de la galantería no han brotado jamás de los labios del señor de Errazu; aunque no podemos trocar dos palabras sin que nuestra conversación tome el tono de molesta disputa; aunque se extrema en contrariarme y hasta parece hallar placer en ello, el hecho es que no siento cólera, y que si alguna vez me aparto de su lado con indicios de enojo, éste se desvanece tan de prisa, que si en la soledad de mi alcoba trato de interrogarme y ver si existen en el corazón centellas de odio, sólo hallo confusa mezcla de temor y simpatía. ¿Qué extraño atractivo tiene para mí este carácter indescifrable, que no es capaz de amar á nadie sobre la tierra?

¡Oh, señor de Errazu! Si algún día sucediera (que no sucederá) que sintieseis por mí algo semejante á una pasión, ¡cómo os haría pagar caro lo mucho que me debéis! ¡cómo os haría desear las sonrisas que ahora os sería tan fácil provocar!

Pero es locura pensar en ello; no soy yo la mujer destinada á encontrar una chispa de fuego en el montón de cenizas de sus muertas ilusiones. ¡Tal vez sea mejor así, pero es muy triste!

A veces tiene el capricho de preguntarme sobre mi vida pasada, y me hace referir el tiempo que estuve en el convento, así como detalles del genio y condiciones de mi tía. Ayer mismo creí que hasta llegaría á informarse de mis estudios; casi me examinó de Historia y Geografía; por cierto que no me lucí en las explicaciones.

Cuando me permitió hablar, le interrogué acerca de su proyectado viaje. ¡Dios mío, cuántas cosas va á ver! Debe ser muy hermoso ir donde uno quiera; no esperar órdenes de nadie; cazar elefantes como aquí se cazan liebres; escalar montañas tan altas, que se ven las nubes bajo de los pies; navegar por el Ganges, un río sagrado (como si dijeramos de agua bendita) donde se encuentran cocodrilos del tamaño de barcos, y cadáveres de indios que bajan la corriente para ir derechos al Paraíso (porque éste es, según parece, el camino que ellos conocen, y entre tanto no es mal sistema para enterrarse de balde). ¡Qué agradable sueño realizar todos los días nuevas exploraciones; ser llevado en palanquín, abanicado con plumas, y hallar cada mañana en las ostras del desayuno perlas bastantes para ensartar collares de reinas!

Al escucharle sólo tenía un pensamiento. «¡Oh amigo le habría dicho, llevadme con vos, como paje, como compañero ó como cocinera; llevadme de cualquier modo, y dejadme ver las maravillas que vos veréis; os prometo ser dócil, animosa, audaz, sufrida, dura para el trabajo, y darme por satisfecha de todo con cenar á vuestra mesa un asado de chacal!»

¿Pero cómo explicar en palabras mis sentimientos? ¿Cómo los entendería él, que tan pésima idea tiene del género humano? Viéndome sin embargo suspendida de sus labios, con los ojos brillantes del entusiasmo que en mí despertaban sus narraciones, y las manos temblorosas de emoción, sonrió y me dijo con el tono burlón que adopta para matar mis ilusiones:

—Todo esto os parece soberbio, ¿no es verdad, señorita?

Cuando se oye á hombre tan singular, se creería con gusto en la metempsícosis: lo cierto es que parece haber vivido en tres ó cuatro épocas anteriores á la nuestra, y que el ensayo de existencia que ahora hace le cansa como un libro viejo que se sabe de memoria. «En tal página (debe decir) hallaré esto, y en tal otra aquéllo»; y como en ninguna parte encuentra el placer de lo desconocido, de aquí ha de venirle el aburrimiento de todo. Esta idea explica su indiferencia, y algunas veces me dan ganas de preguntarle: ¿Pensabais esto ó lo otro en vuestras *vidas* anteriores á la presente? Pero como estoy segura de que me creería loca, guardo para mí las observaciones que hago, y me contento con decirle cuánto envidio y cómo me atrae la existencia que va á llevar.

—¡Bah! pronto os cansaríais de ella—me dijo, levantando las espaldas con un movimiento desdeñoso.—No hay en la India las fruslerías de modas que hay en París, y esto es lo que encanta á las mujeres.

—¡Cansarme yo!—exclamé indignada.—¿Tantas preciosidades me rodean? Si las veis, tened la bondad de mostrármelas para que las admire.

Fijó en mí los ojos con expresión indefinible y respondió lentamente:

—Tenéis razón; lo que ilumina al artista no puede ofrecer atractivos á la imaginación de una niña como vos. ¡Niña con diez y ocho años y tres meses! Enojadísima de que lo creyera, respondí con sequedad:

—No es cuestión de edad, sino de carácter; jamás me han parecido bellos los muros que se caen á pedazos, ni las plantas parásitas, que son las *fruslerías* que me rodean. Debe ser mi sino, pero desde la infancia parezco sentenciada á desear lo que no puedo conseguir: empezó por atraerme la flecha dorada de la cortina de mi cuna, y ahora ese viaje á la India, que sólo en sueños me será dado realizar.

—Como los malayos de Timor—repuso mientras me miraba curiosamente, cual si estudiara un fenómeno.

—¿Y qué tienen de semejanza conmigo esos señores malayos?—le repliqué.

—Que veneran solamente lo que es más fuerte que ellos, y cifran sus deseos casi siempre en imposibles. Para probaros lo absurdo de sus ideas os diré que adoran como dioses á los cocodrilos, porque dicen que «un cocodrilo se traga á un hombre, y un hombre no puede tragarse á un cocodrilo.»

Nada le respondí, por más que el argumento se prestara bastante á ser controvertido; pero sí me dije *in peto* que acaso los malayos, á pesar de sus extrañas teorías, serían más fáciles de contentar que el señor de Errazu.

ANDRÉS Á ERNESTO.

Amigo mío: Preciso es confesar que la señorita Eladia tiene talento; pero su vehemencia y sus entusiasmos me asustan.

¿Podría serte agradable un cohete que en vez de subir y perderse en el espacio, bailara perpetuamente delante de tus ojos? De mí puedo asegurar que me aturde y me marea, aunque en justicia diga que el tal cohete tiene colores deslumbrantes y bellísimos.

Empezaré por decirte que mis conversaciones con ella son frecuentes y que jamás la he encontrado apurada para contestarme: posee una dosis de seguridad pasmosa en una niña, y agudezas de ingenio que verdaderamente me admiran.

Lo que hemos charlado desde hace algunos días no podrás figurártelo nunca, y merced á estos diálogos he multiplicado mis descubrimientos respecto á las condiciones morales de mi enfermera.

Siento decirlo, pero mis estudios me han hecho llegar á una conclusión desoladora: Eladia vive en absoluta ignorancia hasta de las futilidades que otras señoritas han olvidado á su edad. Pero si te diese lástima de ella, perderías bonitamente el tiempo, porque soporta su desgracia con la más amable indiferencia. De lo poco que ha estudiado hay en su imaginación una ensalada sin pies ni cabeza, pero que le basta, según su extraña filosofía, para estar satisfecha.

Sus conocimientos de historia de España son notables, y harían reir al carácter más tétrico del mundo. ¿Los ha aprendido en esas novelas que sus autores bautizan con el pomposo título de *históricas*, y son el sartal de desatinos más extravagantes que pueden leerse? No me extrañaría, pues he oído á señoras y señoritas hablar doctoralmente, citando como ciertos episodios completamente apócrifos, y á que ellas, por respeto al novelista, daban más fe que al mismo Evangelio. El hecho es que sus noticias más lejanas son las del rey Pelayo, dando saltos inmensos hasta D. Ramiro, D. Alfonso el de las Navas, octavo de su nombre, extasiándose en las figuras del Cid y Bernardo del Carpio, tal como las describen los romances populares, que me parece han sido las fuentes de su instrucción. Barajados á la diablesca, danzan en sus relatos D. Pedro el Justiciero, D.ª Blanca de Navarra, la hebrea Raquel, D. Juan de Austria, D.ª Isabel la Católica, D.ª Inés de Castro, y cuantas mujeres han sido célebres por sus amores, hermosura ó desgracias.

Francia y los franceses le disgustan: esta parte de Europa es en el mapa una barrera que Eladia no pasa por nada del mundo. Como los italianos tampoco le son simpáticos, la misma barrera existe en la cima de los Alpes. En cambio se interesa mucho por Suiza, sólo porque es patria de Guillermo Tell, y llora cuando refiere el episodio del padre, obligado por un tirano á disparar flechas á su hijo para probar la destreza que tenía en el manejo del arco. La misma simpatía por los que sufren le hace odiar á Rusia, llorar por sus amigos los slavos, y sobre todo por la infeliz Polonia, habiéndome dicho, en confianza, que posee un aderezo de *lágrimas* de la destruída nación.

Añade á esto un *potpourri* de conocimientos diferentes, que ha adquirido no sé dónde; versos, cuyos autores ignora, pero que declama con sentimiento; anécdotas del tiempo de Felipe II; un aplomo maravilloso y extrema viveza de comprensión, y podrás formarte vaga idea de esta criatura, capaz de desesperar á un pedagogo y de entusiasmar á un romántico.

Pero como yo no soy ni una cosa ni otra, me divierto con sus candideces, sin parecer que me apercibo de ellas, y me limito á comunicártelas con la misma exactitud que si te las transmitiera por teléfono.

Como no sospecha el mal, ni pueden llegar á sus castos pensamientos las miserias de la vida, se encuentra sedienta de emociones y tan soñadora de imposibles, que estoy seguro de que si le propusiera acompañarme en mi viaje á la India, era capaz de aceptar.....; y cuenta que no hablo como presuntuoso, porque en tal asunto lo de menos era yo. Lo de más serían los cocodrilos, las serpientes de cascabel y otras alimañas por el estilo: por satisfacer esta curiosidad, creo que se atrevería á hacer el viaje á nado.

Es increible, y sin embargo nada más cierto: todas las mujeres experimentan la misma sed de emociones y curiosidad de aventuras, que si llegaran á verlas realizadas, las harían morir de miedo algunas veces. No puedes imaginarte cuánto hago por desencantarla y mostrarla el mundo tal como es (en la medida que á su inocencia puede hablarse); pero se halla decidida á verlo todo hermoso, y hay tanto azul en la paleta de sus ilusiones, que desespero de llegar nunca á poner manchas negras. Tú dices que mi conducta es indigna y abominable porque trato de hacer despertar de su letargo á esta alma soñadora; pero dime: ¿no me será permitido pagar á mi enfermera la deuda que con ella tengo contraída, enseñándola que el agua moja y el fuego quema? Pero tranquilízate, valiente campeón de la sencilla ignorancia: la señorita de Bazán no pierde el apetito por mis escépticos discursos, y si pudieras verla comer, gozarías de un espectáculo encantador.

Figúrate que, al dar las cuatro en el reloj del castillo (una vieja matraca que anda á su gusto, con desprecio de todas las reglas de la exactitud), mi enfermera deja precipitadamente la labor que hace y se aleja corriendo; ni su conversación conmigo, ni lo delicado del trabajo, que ejecuta con ligereza de hada, logran detenerla; es la hora en que le dan su merienda, y ni los náufragos de la fragata *Medusa* irían con más prisa á tomar el deseado refrigerio.

El primer día aguardé su vuelta con tanta sorpresa como ansiedad; creía que sólo una catástrofe podía dar motivo á tan arrebatada fuga; pero diez minutos después la vi entrar con paso tranquilo, trayendo en el delantal sus provisiones, tomar de nuevo el bastidor y continuar la interrumpida conversación en el punto que la dejara, mientras despachaba su merienda; ¡y qué merienda, amigo Ernesto!

A. HERMILL.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á D.ª ADELAIDA S.—Siento no poderle dar ninguna receta para las manchas que indica, pues como es comido el color, no se quita ni aun con el tinte.

Á PENSAMIENTO.—Siempre se llevan los abrigos de nutria.

Debe adornar el traje negro con astrakán ó piel de lince.

La pasamanería que más se emplea es la de azabache negro, pues las de oro, acero y piedras son exclusivamente para adornar trajes de teatro ó *soirée*.

Para levantarse del lecho se usan unos peinadores muy originales: son de batista blanca con florecillas de color, forrados de franela del color de las flores, que se transparenta al través de la batista.

Á UNA TORPE.—Sólo se ponen fundas en las sillas de las salas de recibir cuando se desalfombra ó se cierra la casa para irse fuera; es decir, únicamente para preservarlas del polvo.

Se hacen de dril asargado, con iniciales enlazadas en el respaldo, ó de cretona francesa á rayas blancas y azules, rosa y blancas, gris y blancas, etc.

Á GEORGINA.—La agradezco que confíe en mi opinión para poner su elegante cuarto de soltera.

El lecho, armario y mesa de noche deben ser de limoncillo ó *pich-pin*, y las cortinas, *chaise-longue* y butaquitas, de brochado gris-plata y ramaje hortensia.

Chimenea y espejo vestidos de la misma tela, y sobre la primera figuras de porcelana de Sajonia.

Pasamanería y cordones de color gris hortensia, y el transparente de la colcha de guipure, que usted tiene, de raso hortensia.

De este modo quedará la habitación muy elegante.

MARTA CIBELINA.—Es más propio para señorita llevar trajes de lana que de seda, pues la hacen más joven y son más *chic*. Para reunión puede hacerse, si quiere, un traje de seda cubierto de crespón, que es muy elegante; pero la mayoría se hace de paño claro bordado de oro ó plata, rosa hortensia, turquesa, blanco y amatista.

El boa se ha hecho un objeto de primera necesidad, y creo que á pesar de las fluctuaciones de la moda, el boa va á ser tan preciso como el manguito y el pañuelo de bolsillo.

Hace muy elegante llevar el boa del mismo color que el traje.

«Á UNA MORENA DE OJOS VERDES».—Sí; se lleva mucho el terciopelo. Para plancharlo, se pasa el terciopelo repetidas veces por el revés en una plancha caliente, sostenida en el aire, hasta que el pelo aplastado se levante.

Se sigue llevando las mangas muy fruncidas en el hombro.

Traje de paño verde, guarnecido de astrakán; *toque* de terciopelo color paja, bordado de oro, con plumas negrás en *esprit*, por detrás, y borde de terciopelo negro.

Guantes mastic y botas ó zapatos de tafilete negro.

Á ROSA PÁLIDA.—Sí; la franela sigue siendo lo más elegante para sencillo traje de casa. La indicaré dos bonitos modelos: *deshabillé* de franela azul turquesa, festoneado en todo alrededor, con esclavina igualmente festoneada y con cordones ajustando el talle. Otro, también precioso, de franela-vigoña rosa-viejo, guarnecido de un volante fruncido, bordeado de encaje crema. Cordones también ajustando el talle, pues éstos ó el cinturón bordado de oro, acero ó sedas de colores, son in-

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

27.—Capota Lidia.

28 y 29.—Chaqueta de vestir. Delantero y espalda.

30 y 31.—Trajes de calle.

32.—Traje de paseo.

dispensables para esta clase de *deshabilles*. Cuando se trata de que sean lujosos, el *peluche*, terciopelo, seda y encajes de oro es lo que más se estila.

Voy á indicarle otros dos de esta clase:

1.º Bata Princesa, de *peluche* heliotropo, abierta por delante sobre un delantero de raso blanco, con canesú bordado de turquesas muertas y plata.

2.º *Deshabillé* de *peluche* nacarado, con chaleco de seda adamascada blanca y color paja.

El rosa-viejo hace bien con plumas grises, pero si se quiere que sea más original, hágase un sombrero de fieltro negro, con fondo de terciopelo rosa-viejo y penacho de plumas negras.

Á una Aldeana.—Tengo el gusto de ofrecerla las tres recetas.

1.ª *Pollo á la Marengo.*

Se prepara y corta el pollo en pedazos y se pone en una sartén poco honda, evitando que estén unos trozos encima de otros; se añade un decilitro de aceite, 3 polvos de sal, 2 pizcas de pimienta, 15 gramos de cebolletas sin picar, 8 gramos de ajos sin mondar, una hoja de laurel, 3 gramos de tomillo, y 25 gramos de perejil en rama.

Se hace cocer durante veinticinco minutos, y si está bien tierno se coloca en una fuente y se mantiene al calor.

Se ponen entonces en la sarten 40 gramos de harina y después 5 decílitros de caldo, y se pone á hervir durante diez minutos sin dejar de mover la salsa con cuchara de madera.

Se cuela la salsa, y después de arreglar el pollo en la fuente, se le vierte aquélla por encima, y se sirve.

Para guarnición se pueden añadir setas.

2.ª *Riñones á la «brochette».*

Se compran 6 riñones para que puedan formar dos *brochettes* ó agujas; se abre cada uno en dos pedazos, pero sin separarlos; se les quita el pellejito que los cubre; se ensartan al través con la aguja de metal, y á falta de ésta con una de madera; se espolvorean por todas partes con sal y pimienta; se les unta ligeramente de aceite y se asan á la parrilla, á fuego vivo, durante tres minutos por cada lado; se retiran del fuego, y se arreglan en un plato.

Se preparan 100 gramos de salsa *maître-d'hôtel*, que se divide en seis partes, para guarnecer los riñones en el interior, y se sirven.

Para hacer la salsa *maître-d'hôtel* se ponen en una cazuela 100 gramos de manteca de vacas, 15 gramos de perejil picado y lavado, un polvo de sal, 2 pizcas de pimienta y media cucharada de zumo de limón; se aproxima la cazuela á la hornilla para ablandar la manteca, moviéndola con la cuchara, y cuando dicha manteca tiene la consistencia de una nata espesa, se retira para guarnecer.

3.ª Las *chuletas á la Milanesa* son simplemente chuletas empanadas; es decir, rebozadas con huevo, pan rallado y perejil, y fritas con manteca.

Á una Rubia.—Para el caso que indica es más propio llevar capota que sombrero grande, sobre todo siendo casada; pero también se lleva mucho el sombrero como le explica en su carta.

Á una Campesina.—Voy á decirle otra manera de *conservar las trufas*, también excelente.

Las trufas que se quiera conservar deben ser muy frescas y escogidas. Se mondan y ponen en una cacerola con manteca, sal y jugo de limón, dejándolas así cocer un cuarto de hora. Se dejan después enfriar, y se colocan en frascos de cristal con el jugo en que se han cocido. Entonces se tapan los frascos, y se ponen á cocer al baño de María durante media hora.

Á D.ª Francisca D.—Voy á darle una receta (de la que me han hablado muy bien) *para evitar la caída del cabello.*

Se pone en infusión durante dos días medio gramo de sulfato de quinina en un cuarto de litro de alcohol rectificado, cuidando de que la botella esté herméticamente cerrada; transcurridos los dos días se añade medio litro de ron añejo y 50 gramos de quina amarilla en polvo; se vuelve á dejar así durante tres días, y se añaden luego dos quintas partes de agua; se filtra por papel de filtrar, y se pone en frascos. Se usa al tiempo de peinarse.

La nata se compra fresca y se tiene los días necesarios hasta que se ponga agria, y entonces se usa.

Adela P.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS.

Núm. 44.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de soiree para señoritas.—Vestido de *surah* color de malva y crespón del mismo color; cinturón-corselillo de terciopelo plegado de matiz más obscuro; el delantero del cinturón va fruncido y forma dos cabecitas; ramo de rosas remetido en el corselillo. Fondo de falda de tafetán, y falda recta de *surah*, terminada en un volante fruncido, con cabeza, de crespón liso. Corpiño fruncido de la misma tela, va también fruncido en el escote y puesto sobre un corpiño ordinario de *surah*, con espalda, lados de espalda y de delante, y delanteros cerrados en el centro y ajustados con dos pinzas. Cuello alto plegado, de crespón. Manga enteramente plegada de la misma tela.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 10 metros de *surah*, y 6 metros 50 centímetros de crespón.

Núm. 44, extraordinario.

Sólo corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de calle.—Vestido de tela de lana azul verdoso, con motitas azules y *beige*. Tiene la forma de una levita plegada en el centro por detrás y abrochada muy atrás en la izquierda; los ojales van figurados con cordoncitos de seda. Las dos pinzas que ajustan el delantero dan á éste el aspecto de un peto abrochado, bajo el cual se pliega el delantal, cuya abertura va en la izquierda bajo una tapa abrochada, la cual sigue la abertura de la levita que se encuentra bajo el brazo. En la derecha, ojales figurados y botones hasta media falda. Cuello recto y alto, abrochado en la izquierda, como también el hombro. Manga muy alta, plegada en el hombro y abrochada en la sangría del brazo. Boa larga de piel de castor natural.—Sombrero Luis XI, de fieltro *beige* ribeteado de un galón de oro y adornado con dos penachos de plumas verdes.

Tela necesaria: 4 metros 80 centímetros de tafetán, y 6 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

1. C, D, continuación de abecedario para sábanas.
2. M, H, letras para pañuelos.
3. Flor de lis á punto de tapicería. (Se borda con seda color oro viejo, sobre fondo azul.)
4. *Marcelina*, nombre para pañuelo.
5. *Caridad*, nombre para pañuelo.
6. AM, enlace para pañuelo.
7. VS, enlace para pañuelo.
8. HT, enlace para pañuelo.
9. CR, enlace para pañuelo.
10. Viñeta con letra N, para pañuelo de caballero.
11. Viñeta para pañuelo de cazadores. (Se borda con algodón rojo y muy fino.)
12. Volante en bordado inglés, para enagua.
13. Bajo de enagua de encima, en piqué blanco y modelo sencillo. (Se borda á festón, punto de rosa, cordoncillo y bodoques calados.)
14. Tira y ángulo para delantal de niña, vestido de fantasía, *matinée*, etc. (Se borda á punto cruzado, con algodón rojo ó azul, sobre lienzo ó piqué, según el objeto á que se destine. También se puede bordar con seda para falda de debajo, de muletón ó de fular.)
15. Angulo con enlace AC, á punto de cadeneta, para traje marinero de niño.
16. Angulo de almohadón, al plumetis, festón, cordoncillo y bodoques.

IMPORTANTE.

Con el presente número recibirán las Señoras Suscritoras á La Moda Elegante el *Prospecto* para 1891, en cuyo año nos proponemos continuar la serie de mejoras que venimos realizando en esta publicación.

Rogamos á nuestras constantes favorecedoras fijen bien su atención en dicho *Prospecto* y recomienden la lectura del mismo á las familias de su amistad, á las cuales prestarán con ello un verdadero servicio; porque hoy no existe, ni aun en París mismo, una Revista para Señoras y Señoritas, tan completa, con modelos y lectura tan escogidos, como La Moda Elegante.

Como en años anteriores, las Señoras Suscritoras á cualquiera de las ediciones de La Moda Elegante podrán adquirir, con la rebaja que expresa el *Prospecto*, una suscrición á La Ilustración Española y Americana, que es propiedad de la misma Empresa. Esta acreditada publicación, verdadera enciclopedia ilustrada de nuestra época, se recomienda por modo especial á las madres de familia, por ser de un valer inapreciable para que los jóvenes se familiaricen con las cuestiones literarias y artísticas, que son hoy día complemento indispensable de una educación esmerada.

Agradeceríamos á las Señoras Suscritoras, cuyo abono termine en fin de Diciembre próximo y piensen seguir favoreciéndonos con su concurso, que se sirvan pasar el aviso á esta Administración con la mayor anticipación posible; pues siendo muchas las que se hallan en ese caso, es de temer que experimenten algún retraso en recibir el periódico las que dejen para última hora el hacer la renovación.

Para llenar este requisito ó hacer una reclamación cualquiera, es conveniente acompañar á la carta una de las fajas con que se recibe el periódico.

El Administrador.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 40.

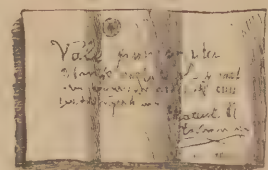
El que no llora, no mama.

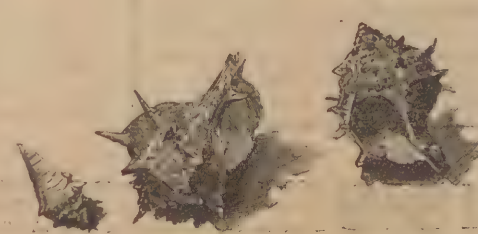
La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Aline Neuville.—D.ª Dolores Melgares de Mata.—D.ª Paz Fernández.—D.ª Carmen Carambot de Lázaro.—D.ª Manolita Piña.—D.ª Desamparados Vives.—D.ª Soledad Martín y Ortiz de la Tabla.—D.ª María del Rosario Mayalde Tolosa.—D.ª Joaquina Mata Vigil.—D.ª Vicenta de C. Castro.—D.ª Carmen de Benito.—D.ª Rosalía Pérez Alcalde.—D.ª Emilia Cancio de Couto.—D.ª Clotilde Carlés de Cordero.—D.ª Rosa Amor.—D.ª María Pardiñas.—D.ª Josefa Martín.—Doña Micaela Pérez.—D.ª Petra Yagüe.—D.ª Francisca Soto.—D.ª Hermenegilda Sabater.—D.ª Petronila Godoy.—D.ª Feliciana Cifuentes.—D.ª Saturnina de la Ballesta.—D.ª Concepción Martín.—D.ª Sinforosa Melgar.—D.ª Asunción Guijarro.

Tambien hemos recibido solución al jeroglífico publicado en el núm. 36, por las Sras. y Srtas. D.ª Consuelo Olmedo.—D.ª Ana Merino y Cancio (Isla de Cuba).—D.ª Natalia y D.ª Juana de Echavarría y Maisonnave (Puerto Rico).—D.ª Matilde B. de Bengoa (Puerto Rico).—D.ª Abigail Electa Senior (Colombia).

Del mismo modo hemos recibido solución al jeroglífico publicado en el número 33, por la Sra D.ª Ana Merino (Isla de Cuba) y D. Enrique Barinaga y Fernández Pellón.

JEROGLÍFICO.





La solución en uno de los próximos números.

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Dubet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral., izq.; Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

ESS BOUQUET
y otros
SELECTOS PRODUCTOS
de
PERFUMERÍA

BAYLEY Y CO.
CASA FUNDADA EN 1739
PERFUMISTA Y FABRICANTES DE JABONES DE TOCADOR
17, COCKSPUR, ST., LONDON, S. W.

SPERMACETI
JABONES
DE OTRAS CLASES
y todos
los artículos de tocador
Proveedores de las más altas
clases sociales en todo el mundo

MARI-SANTA
POR
D. ANTONIO DE TRUEBA

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

PILDORAS DE BLANCARD
CON
Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK — *Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.* — PARIS
1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos*, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tisis**.

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes*.

Blancard

Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

PERFUMERÍA - ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ		ORIZALINE,	tintura instantánea
CRÊME-ORIZA	Hermosura del Rostro.	ESS-ORIZA,	todos olores.
ORIZA-LACTÉ		ORIZA-HAY,	Agua de tocador.
ORIZA-OIL	Conservacion de los Cabellos.	ORIZA-POWDER	Polvo de arroz á base de
ORIZA-TONICA		ORIZA-VELOUTÉ	

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.
Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

Catálogo-Bijou ramitese gratis y franco.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.
De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. Senet, Administrador, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

El mejor dentrífico, mas agradable y, sobre todo, mas Higiénico:
Agua de Philippe
empleada con la
Odontalina
PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA
PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.
De venta, en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, *Alcalá*, 23, *Madrid.*

Proveedores de SS. MM. el Rey y la Reina de España
PERFUMERIA LAFERRIÈRE
Secreto de Juventud

PRODUCTOS HIGIENICOS para la conservacion de la belleza del rostro y del cuerpo

AGUA	LAFERRIÈRE
POLVOS DE ARROZ	LAFERRIERE
CREMA	LAFERRIERE
JABON	LAFERRIERE
ACEITE Y ESENCIA	LAFERRIERE

París, faub. Poissonière, 30, y en todas las Perfumerías de España.
Medalla en la Exposición Universal de París de 1889.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA
de
E. COUDRAY
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

FALTA DE FUERZAS
ANEMIA — CLOROSIS
el HIERRO **BRAVAIS**
Reconstituye la sangre de las personas debilitadas
DESCONFÍESE DE LAS IMITACIONES

ANTIGUA CASA
DE PLUMENT-FEDOU
Thérèse FEDOU, Sucesora
Privilegiada S. G. D. G. — (Marca depositada: P. P.)
PARIS, 33, Rue Vivienne, 33, PARIS
Corsé-Sultane
y
Corsé-Directoire
PROVEEDOR DE LA CORTE DE MADRID
y de las principales cortes de Europa
MEDALLA DE ORO
A LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

Perfumería Victoria

EXTRACTOS CONCENTRADOS
Para el Pañuelo
de RIGAUD y Cía, de PARIS
Proveedores de la Real Casa de España

Los Perfumes adoptados por la Aristocracia parisiense son:

El XANANGA del Japón	El MÉLATI de China
El YLANG-YLANG de Manila	El CHAMPACCA de Lahore

que existen bajo la forma de Esencia, Agua, Jabón, Polvos, etc.

Extractos selectos de la Moda:

BOUQUET de PARIS	LILAS
CÉFIRO de las PAMPAS	LIRIO
HELIÓTROPO Blanco	MAGNOLIA
IXORA de AFRICA	NEW-MOWN-HAY
JAZMIN	OPOPONAX
JOCKEY-CLUB	RESEDÁ

CREMA DENTIFRICA DE RIGAUD *forma un mucilago untuoso y da á la dentadura la blancura y la nitidez del marfil.*
DENTORINA RIGAUD, *perfuma la boca, previene la cáries.*
Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,
en la **Perfumeria central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS**
y en las seis Perfumerías sucursales que posée en París, así como en todas las buenas perfumerías.

SOLUCION CUNAUD al *Lactofosfato de Cal Creosotado* y con *Glicerina* — Tos rebelde, Bronquitis, Catarros antiguos, Tisis y enfermedades del Pecho. París, Casa Marchand, 13, r. Grenier-St-Lazare, y todas Fías de las Américas.

PASTA Y JARABE DE CARACOLES
DE MURE far. en Pont-St-Esprit (Gard)
Curación cierta de CATARROS é irritaciones de pecho.
Pasta, 1 f.; jarabe, 2 f. Todas farmacs.

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

MANUAL DE LA MODA ELEGANTE
ESCRITO Y CONFECCIONADO
POR
LA REDACCIÓN DEL PERIÓDICO

Tratado de costura, bordados, flores artificiales, corte de prendas de vestir, labores de adorno para señoras y señoritas; es un libro de tanta utilidad y tan excelente enseñanza, que debía encontrarse en toda casa de familia.

Está ilustrado con numerosos grabados y figuras, explicación gráfica del texto, y con varias láminas al cromo.

Véndese, á 4 pesetas en rústica, y 5,50 pesetas encuadernado en tela, con una bonita plancha dorada.

Diríjanse los pedidos, con su importe, á la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la **EMULSION MARCHAIS.**—Madrid, Melchor García. Buenos-Ayres, Demarchi hos.-Montevideo, Las Cases.-Mexico, Van Den Wingaert.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 6 de Diciembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 45.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las hijas de Santa Catalina.—Una cofia legendaria.—Quedarse para vestir imágenes.—Procedimiento de la moda.—Los modelos más elegantes.—Abrigos y vestidos.—Los sombreros que se llevan.—Una coquetería.—Solución á un problema de cortesía.—Cuestión geométrica.

¡SANTA Catalina! El día de esta santa tutelar de las solteras que aspiran á mudar de estado habrá hecho palpitar este año, como siempre, multitud de corazones. Mis lectoras saben, sin duda, que en Francia «*coiffer* Santa Catalina» es lo mismo que entre nosotros «quedarse para vestir imágenes», y por consecuencia, comprenderán sin dificultad que todas las jóvenes indistintamente, desde la humilde sirvienta á la descendiente de los cruzados, desde la modesta trabajadora hasta la opulenta heredera, se encomiendan con fervor á la santa, á fin de que les permita encontrar un buen marido antes de llegar á la edad de veinticinco años, época fatal en que se disfruta por derecho propio del poco envidiado privilegio.

Sucede, por una anomalía, al parecer inexplicable, que las jóvenes poseedoras de las más pingües dotes son las menos distantes de «*coiffer* Santa Catalina». Y es que antes de decidirse á contraer el santo vínculo, temen los peligros á que las expone el nuevo estado. A no ser que el pretendiente sea tan rico como ella, una joven acaudalada abriga siempre la sospecha invencible—y no sin fundamento—de que las riquezas que posee son el principal objetivo de los que aspiran á su mano: idea persistente que viene á ser el abejorro que turba sus sueños de ventura, el escollo en que se estrellan sus doradas ilusiones; llegando á dudar del amor en la edad en que el amor es todo en la vida, y á maldecir aquella riqueza que tantos la envidian, puesto que le roba la única satisfacción que podría ambicionar: el convencimiento de ser amada desinteresadamente, por sí propia.

1.—Vestido de terciopelo y paño. Delantero.

VÉASE EL DIBUJO 20.

Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 14 de la Hoja-Suplemento.

Por otra parte, en muchos casos el celibato prolongado más de lo regular, y en condiciones en que todo parecía conspirar contra él, inspírase en los motivos más nobles y meritorios. Con frecuencia proviene de una abnegación sublime por los padres amados exclusivamente, de un sacrificio absoluto de las aspiraciones de la propia existencia en aras de la felicidad de otros seres queridos. Ante estas hijas de Santa Catalina, guiadas por un sentimiento de deber y abnegación, hay que inclinarse respetuosamente, pues la santa les ha puesto en la frente una aureola á trueque de su cofia legendaria.

***

La moda procede este año, como casi siempre, de una manera paulatina, no de un golpe; es decir, que sus nuevas creaciones no salen todas á luz á principio de la estación, sino por etapas, siendo las más originales, las más nuevas, las más elegantes las que aparecen en este momento, ó sea casi mediada la estación. Y la razón de esto es fácil de comprender: en Octubre y Noviembre las modistas, los sastres, las confeccionadoras de París trabajan para la «exportación», esto es, para provincias y el extranjero; y sólo á fines de Noviembre, cuando el mundo de la elegancia ha regresado á sus hogares, cuando los teatros, lo mismo en la sala que en el escenario, son brillantes exposiciones de *toilettes* del mejor gusto, los creadores, ó más bien los propagadores de la moda, comienzan á trabajar para las parisienses y..... para las provincianas y extranjeras que han tenido la paciencia de aguardar.

Así, á pesar de la multitud de modelos de abrigos y confecciones que vengo registrando de un mes á esta parte, tengo que dar cuenta hoy de otra multitud de ellos enteramente nuevos y elegantísimos, que forman, puede decirse, el caudal de la última semana.

Citaré, en primer lugar, una chaqueta larga, «Duquesa de Longueville», de paño azul *Edison*, completamente bordada de trencilla negra y cordón negro, mezclados de oro. El dibujo, combinado con mucha habilidad, baja en forma de V en la espalda hasta la cintura. Por el interior de los delanteros lleva una tira ancha de astrakán. Mangas de astrakán, y cuello Médicis forrado de astrakán y bordado por encima. La aldeta es larga y de un corte perfecto.

Otra chaqueta, de estilo Luis XV puro, recuerda las bellas casacas de las grandes damas del siglo XVIII. El teatro nos ha representado con frecuencia lindas amazonas que llevaban la chaqueta de que voy hablando, con bolsillos en los lados y chaleco de terciopelo listado de pasamanería de oro. El modelo que nos ha recordado aquellas elegantes cazadoras era de paño color de «lenteja», de forma muy larga y guarnecido en los delanteros y los bolsillos de un rico bordado recortado, de oro y terciopelo, y daba un carácter de autenticidad á esta prenda. Las mangas eran de paño é iban bordadas con seda de colores de un dibujo menudito. No es posible imaginar restauración más exacta.

Entre los abrigos largos es digna de mención una pelliza de piel de seda color de rosa antiguo, forrada de *huatina*, lo que da al abrigo suma ligereza. Como adorno, un canesú muy ancho, cortado de una sola pieza y de una forma en extremo elegante. Una punta cae sobre el pecho, otra sobre la espalda y otras dos sobre los hombros, donde van sostenidas con el vuelo de la pelliza, fruncida en este paraje. Este canesú es de terciopelo color de rosa obscuro, bordado de varios colores y ribeteado de un borde estrecho de plumas del mismo color del terciopelo.

Otro modelo que merece describirse es una esclavina de un género sumamente original. Forma visita por detrás, con mangas de esclavina que pasan en redondo sobre el hombro, y va adornada con una guarnición formando conchas que sigue todo el largo de estas mangas. El delantero de este abrigo va ajustado como una chaqueta, con un cinturón en forma de V. No es posible comprender, sin haberle visto, toda la gracia elegante de esta prenda, que es de paño color masilla, bordado de color café.

La descripción de todas las maravillas que he tenido la suerte de admirar en esta semana, fecunda en novedades de todos géneros, sería interminable.

Baste añadir á la lista anterior dos modelos de vestidos:

Un vestido de baile, de una riqueza extraordinaria, hecho de terciopelo azul de Francia y raso celeste, con bordado de flores de oro recortadas y aplicadas sobre el raso.

Otro, de brocado verde agua rameado de grandes hortensias color de rosa, conquilla de raso verde velado de tul negro bordado de plata y oro.

***

Los sombreros siguen paso á paso las invenciones caprichosas de la moda, como los vestidos y los abrigos. Los hay centellantes de cuentas, salpicados de cuentas de azabache y sobre todo de moscas pequeñas, diminutas, cuyas alas y cuerpos son de azabache y van sembradas sobre el fondo de un sombrero, sobre las cintas y hasta sobre las alas. No es posible decir cuál es la forma de sombreros que la moda prefiere, pues todos son lindos y todos se llevan: capotas diminutas, *toques* minúsculas, sombreros Luis XI y sombreros grandes de forma singular, de alas anchas y onduladas y fondos flexibles.

***

Pero no es sólo la *toilette* lo que apasiona á las coquetas refinadas y aguza su imaginación:

Me han mostrado estos días un almohadoncito, inventado por una bella elegante, y que le sirve para recostarse en la cama los días que está indispuesta. Para leer, por ejemplo, lo coloca cerca del hombro y apoya en él el brazo.

Este almohadoncito es de una coquetería incomparable, como se puede juzgar por nuestro dibujo. La parte de encima es de guipur de seda blanca, especie de guipur de Irlanda forrada de *surah* color de rosa. En el contorno va un doble rizado deshilachado de *surah* color de rosa y verde agua. Unas cintas del mismo color forman las rosáceas y el lazo que sirve para fijar el almohadón en el ángulo de la cama, cuando su dueña no lo necesita.

***

El perfumista Guerlain es uno de los que no se duermen sobre sus laureles. Constantemente en busca de la novedad y de la perfección, investiga, trabaja, y cada uno de sus descubrimientos es acogido con entusiasmo del público y de las personas competentes.

El agua de tocador la *Hégémonnienna*, que ofrece hoy á sus clientes, es una composición análoga al agua de Colonia, cuyas propiedades posee; pero su perfume, tan fresco como el de esta última, es más persistente, menos insípido. Y dentro de poco, este nuevo producto de Guerlain figurará entre las aguas de tocador mejor reputadas.

Otro tanto puede decirse de los dos extractos para el pañuelo que el mismo perfumista ha descubierto recientemente, y son: el *Jichy*, perfume de los trópicos, original y embriagador como las hermosas flores que lo destilan, suave y delicado al mismo tiempo; y el *Guildo*, de un aroma exquisito, que excita como los perfumes de las plantas marítimas, arroba y encanta. Hasta ahora no se había compuesto un extracto parecido.

No es extraño que las clientes del célebre perfumista de la rue de la Paix, núm. 15, le otorguen su confianza y prefieran sus productos á todos los demás.

***

Simple pregunta:

—Entre iguales, ¿quién debe saludar primero?

—El mejor educado.

Al salir del café, á la una de la mañana:

—No sé por qué, pero no puedo soportar la bebida. Bebo primero un vaso, después dos, luego tres, y cuando me retiro á casa no puedo tenerme en pie.

—Eso procede de un error de tu construcción geométrica. Bebe primero tres vasos, luego dos, y finalmente uno, y verás como tu pirámide será más ancha por la base y andarás naturalmente derecho.

V. DE CASTELFIDO.

París, 2 de Diciembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Vestido de terciopelo y paño.—Núms. 1 y 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 14 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lana labrada.—Núms. 2 y 25.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Bata de lana roja y lana blanca.—Núms. 3 y 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 50 á 59 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lana escocesa.—Núms. 4 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 38 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo para niñas.—Núms. 5 y 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 32 á 36 de la *Hoja-Suplemento*.

Guarnición de corpiño de crespón de la China.—Núm. 7.

Se emplea para hacer este adorno cinta otomana blanca, de 6 centímetros de ancho, y una tira de crespón de la China blanco, de 16 centímetros de ancho y del largo necesario. Se dispone primero una cinta otomana de un metro 50 centímetros de largo en pliegues huecos dobles, de 1 ½ centímetro de ancho. Se cose sobre el borde exterior de esta cinta un volante fruncido de crespón de la China, formando una cabecita de 4 centímetros, que se continúa en las puntas de las cintas, cuyas extremidades se reunen por medio de un lazo de cinta estrecha.

Peto de crespón de la China.—Núm. 8.

Para ejecutar este peto, se emplea una tira de crespón de la China blanco, de 16 centímetros de alto, terminada por los lados en un galón de seda de un centímetro de ancho, y una tira del mismo crespón, de 10 centímetros de ancho, adornada en el lado con un bordado de seda blanca, de un centímetro de ancho. Estas tiras van dispuestas en forma de peto sobre otra tira de gasa, de 36 centímetros de largo. Se las guarnece de lazos de cinta de seda blanca, de 2 centímetros de ancho.

Vestido para niñas de 2 á 3 años.—Núms. 9, 28 y 46.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figuras 66 á 68 de la *Hoja-Suplemento*.

Mantelitos para fondo de bandejas.—Núms. 10 á 12.

La fig. 37 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á uno de estos mantelitos.

Núm. 10.—Para ejecutar el mantelito ovalado se pasa el dibujo, cuya cuarta parte va representado por la figura 37, sobre un fondo de lienzo grueso blanco. Se cose en los contornos del dibujo un cordón blanco, sobre el cual se ejecuta un festón de puntos *espaciados*, hecho con algodón de color obscuro (marrón en nuestro modelo). Se ejecutan los demás puntos con algodón del mismo color y de matiz más claro.

Núm. 11.—Mantelito de lienzo blanco, de 30 centímetros de largo por 20 de ancho, sin contar el fleco. Este mantelito lleva un borde calado, ribeteado de dientecitos azules tejidos, que termina en un fleco de 4 centímetros de ancho. El fondo del mantel va adornado con un bordado que se ejecuta con algodón blanco al punto de cordoncillo, punto anudado, punto de festón y punto de espina. Se emplea algodón azul para los puntos que rodean el mantel, y algodón blanco para los puntos del fondo.

Núm. 12.—Este mantelito es de lienzo color crema, de 32 centímetros en cuadro, con borde calado tejido, guarnecido de unas tiras rojas que ribetean el dibujo calado. Se emplea para el bordado del mantel algodón rojo y algodón blanco.

Dos mitades de cuadros de guipur.—Núms. 13 y 14.

Estos cuadros van bordados sobre un fondo de red ordinario, al punto de lienzo, punto zurcido y punto de espíritu, con algodón blanco. Para el marco, así como para los dibujos aislados, se tiende la hebra varias veces, yendo y viniendo, sobre las mallas. Se pueden emplear, en vez de cordón, sedas de diferentes colores. Se hacen con estos cuadros cabeceras de canapé ó de butaca; se les rodea de tiras de terciopelo ó felpa.

Paletó para niños de 9 á 11 años.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 21 á 27 de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó para niños de 5 á 7 años.—Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 60 á 65 de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó de terciopelo del Norte y tiras de plumas.—Núm. 19.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Sombrero Futura.—Núm. 21.

Es de fieltro gris claro y va adornado con plumas rectas matizadas. Ala doblada por detrás, con varias plumas negras. En el lado derecho, corona de plumas negras.

Traje de paseo.—Núm. 22.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con esclavina para señoritas.—Núm. 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 28 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de reps de seda y terciopelo del Norte.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 15 á 20 de la *Hoja-Suplemento*.

Corpiño, mangas y adornos de corpiños.—Núms. 29 á 38.

Núm. 29. *Corpiño de soirée y teatro.*—Se hace este corpiño de paño color de amatista, y se le abre sobre un chaleco ajaretado de crespón color de carne. Espalda ajustada y plegada en forma de abanico en medio de la aldeta y en los lados. Manga bullonada de crespón, sobre la cual cae una manga corta y ancha, bordada como el borde de la aldeta. Cuello grande de pasamanería.

Núm. 30. *Adorno de corpiño ó de vestido Princesa.*—Se compone de una pasamanería calada que forma canesú. La manga va guarnecida de una pasamanería igual.

Núm. 31. *Cuello Médicis.*—Este cuello es de pasamanería de forma cuadrada, y va pegado á un cuello á la marinera. Hombrera de la misma pasamanería.

Núm. 32. *Cuello Enrique II.*—Es de pasamanería calada negra, formando punta por delante y por detrás. Hombreras rectas.

Núm. 33. *Manga de visita.*—Esta manga es de *surah* gris plata, y va plegada bajo un biés al sesgo, apuntado con hebillas de plata. La parte inferior de la manga es de crespón bordado.

Núm. 34. *Manga de calle.*—Esta manga es de paño, y la hoja de encima es muy ancha. La hoja de debajo, que es plana, se recorta en forma de barretas plegadas y estrechadas con una rosácea pequeña en cada punta. Pespuntes y botones en el lado.

Núm. 35. *Manga de soirée y teatro.*—Esta manga es de tul bordado color de paja, y va cubierta á medias por un plegado de muselina de seda color de paja.

Núm. 36. *Manga de baile.*—Bullonado de crespón blanco, con tres guirnaldas de florecillas.

Núm. 37. *Manga de ceremonia.*—Es de crespón de la China azul antiguo. La forma es ancha y cae sobre un puño alto de terciopelo abrochado. Bullonado y hombrera de crespón bordado.

Núm. 38. *Manga de convite.*—Esta manga es de tul bordado sobre trasparente de raso color de rosa. Sobre la parte de encima va una cascada de encaje y un lazo también de encaje.

Chaqueta Betzy.—Núm. 39.

Se hace esta chaqueta de paño color de cobre. La aldeta se abre en todas las costuras, y va adornada con una cenefa estrecha de plumas negras, así como los delanteros, que se abren sobre un chaleco estrecho de crespón color de cobre. Botones de acero cincelado. Solapas de seda color crema. Cuello alto ribeteado de plumas. Manga alta de hombros, ancha por abajo y abierta en la costura del codo.

Tela necesaria: un metro 90 centímetros de paño, de un metro 20 centímetros de ancho.

Traje escocés para niños de 3 á 5 años.—Núms. 40 á 42.

Falda y chaleco plegado de lana escocesa verde obscuro y encarnado. Casaca de paño verde obscuro con unas correas añadidas en forma de aldetas y apuntadas con botones de cobre. Banda plegada, sujeta en el hombro con una hebilla de cobre. Cuello y cartera de la manga de tela escocesa.

Accesorios: cinturón de piel; sable y escarcela.

Traje para niños de 4 á 6 años.—Núms. 43 y 44.

Este traje es de lanilla escocesa color azul marino y azul claro. Falda plegada con delantal de paño azul marino; chaleco de tela escocesa, abrochado con botones dorados, y chaqueta larga de paño azul marino rodeada de un galón de lana negra. Cuello vuelto y manga larga, adornados con un galón.

Toque de terciopelo.—Núm. 45.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Collar de felpilla y cordón de oro.—Núm. 47.

Este collar, que tiene 5 centímetros de alto por 45 de largo, se compone de una cenefa de felpilla azul obscuro y un cordoncillo de oro. Se le cierra por delante con cintas de raso azul, de 2 ½ centímetros de ancho.

Capota de terciopelo.—Núm. 48.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

2.—Vestido de lana labrada.
Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 25.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

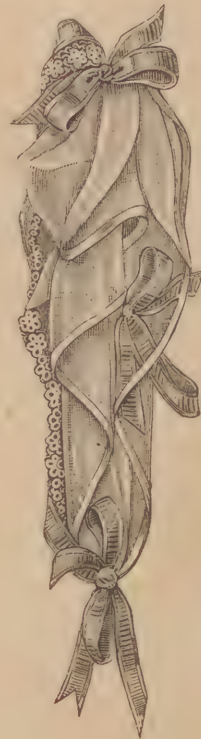
3.—Bata de lana roja y lana blanca.
Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 24.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 50 á 59 de la Hoja-Suplemento

5.—Abrigo para niñas.
VÉASE EL DIBUJO 6.
Explic. y pat., núm. V, figs. 32 á 36 de la Hoja-Suplemento.

4.—Vestido de lana escocesa.
Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 26.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 38 á 49 de la Hoja-Suplemento.

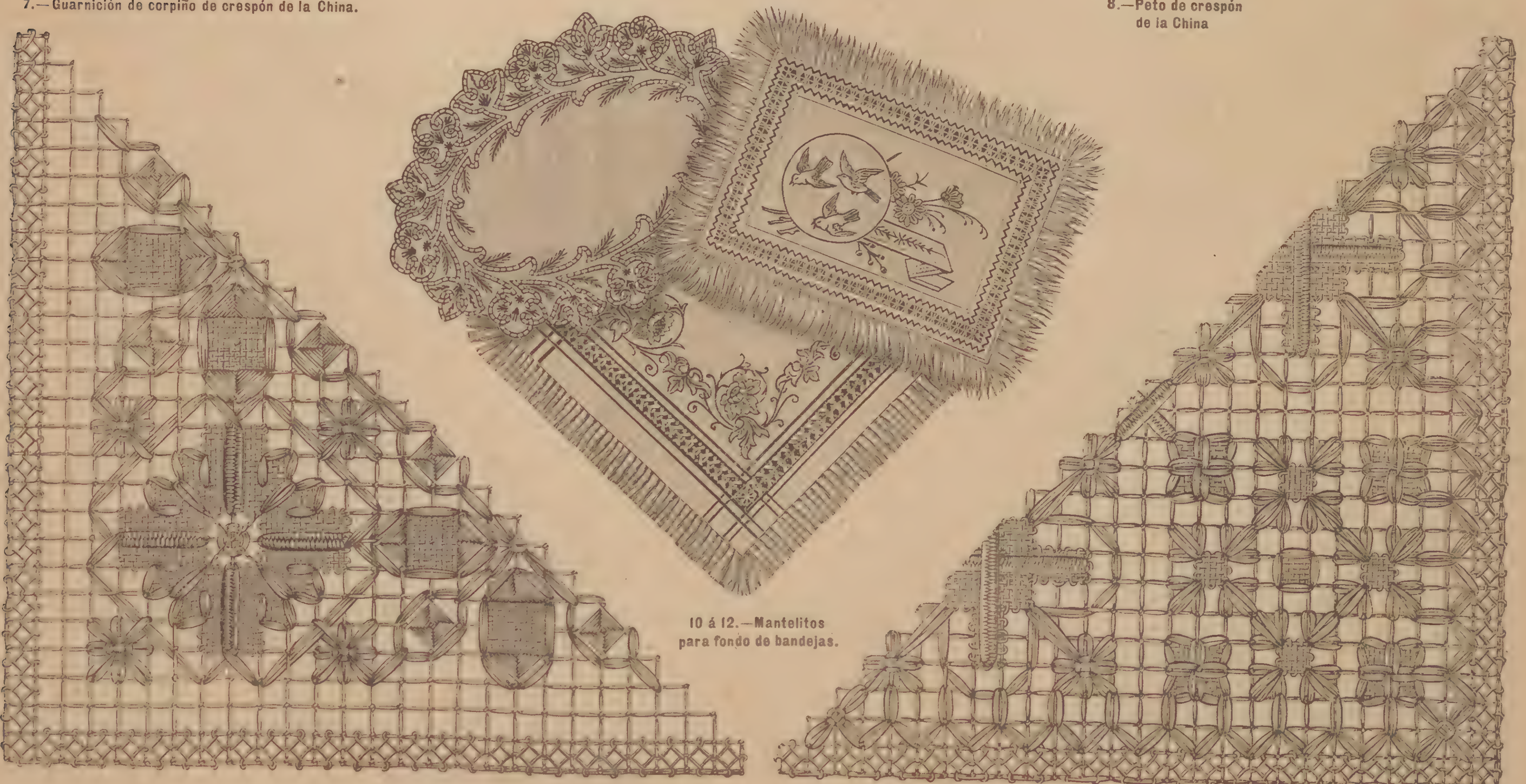
7.—Guarnición de corpiño de crespón de la China.

9.—Bordado del vestido para niñas.
Véase el dibujo 28.



8.—Peto de crespón de la China

6.—Bordado del abrigo para niñas.
Véase el dibujo 5.



10 á 12.—Mantelitos para fondo de bandejas.

13.—Mitad de un cuadro de guipur sobre red.

14.—Mitad de un cuadro de guipur sobre red.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

El frío.—En Siberia.—La *high life* y su sueño.—Salones cerrados y salones abiertos.—Lo que en ellos se hace.—Comidas y tresillos.—Bodas.—Una realizada.—Otra en perspectiva.—Ausentes y presentes.—LOS TEATROS.—En el REAL, *Simón Bocanegra*.—*La Stella dil Nord*.—La Sembrich, Uet m y Baldelli.—En el ESPAÑOL, *Los Irresponsab es*.—En la PRINCESA, *Serafina la Devota*.—En LARA, *La Gente de pluma* y *Nuestra Señora*.—

L asunto general de las conversaciones en los presentes días es la durísima, la áspera temperatura que ha sucedido sin transición á la dulce y suave que hemos disfrutado durante la mayor parte del mes de Noviembre.

El termómetro ha descendido de pronto hasta los 12 grados bajo cero, cosa extraordinaria en nuestro clima, donde, por lo común, baja á lo sumo 7 ú 8.

Los coches abiertos han desaparecido; las capas y las *pelisses*—ó abrigos de pieles—han reemplazado á las manteletas y á los paletós ligeros; y en todas las casas se consume gran cantidad de leña, de cok y de carbón de piedra.

El invierno se anuncia cruel y rigoroso: ¡así fuera también rico en promesas para lo porvenir!

Pero no ha caído desde la primavera una gota de agua; los campos ofrecen la perspectiva más triste, y los propietarios, como los labradores, hacen dolorosos vaticinios de la futura cosecha.

A todas estas causas reunidas puede atribuirse el aspecto desanimado que ofrece la sociedad de la corte.

Jamás ha habido menos banquetes, menos reuniones; jamás se han hecho menos cálculos de fiestas y de saraos.

Hasta el Cuerpo diplomático extranjero parece dominado del propio desaliento: Sir Clare Ford, el simpático embajador de Inglaterra, no habla de abrir sus salones; M. Cambon, el digno representante de la República francesa, no se halla aún restablecido de la caída que sufrió días atrás; en fin, el Barón Stumm aguarda el regreso de la bella compañera de su vida, para reanudar sus comidas y sus recepciones.

Sin embargo, ya tenemos entre nosotros á la Duquesa viuda de Bailén, que si bien no quiere ser la primera en inaugurar el movimiento social, será de fijo la segunda en abrir las puertas de su palacio á sus amigos.

El viernes ha comenzado ya sus banquetes, y las emana actual seguirán los de los domingos y miércoles, dedicados á los hombres políticos y á los antiguos compañeros de armas de su difunto esposo.

No sé si he dicho que la Marquesa de Squilache se propone prolongar un año más su luto y su retraimiento. Así, no habrá en su suntuosa morada del hermoso palacio de Villahermosa sino comidas íntimas y tresillos de confianza.

Tampoco se han aumentado los *five o'clok tea*, y sólo se celebran media docena de ellos en días diferentes.

Hasta las conversaciones decaen por falta de asuntos, y á no ser por las bodas, no habría casi de qué hablar, como no fuese de enfermedades y defunciones, en que no me ocuparé para no afligir á mis habituales lectoras.

El jueves anterior han contraído matrimonio una hija del conocido hombre político D. Antonio Cantero y Seirullo, con el joven D. Federico Pérez de Castro y Villalain.

La ceremonia nupcial se celebró solemnemente en la parroquia de San José, y después los concurrentes fueron obsequiados con espléndido almuerzo en casa del padre de la novia.

En los primeros días del presente mes se unirán con vínculos eternos la señorita D.ª María Fesser, hija del difunto capitalista que nadie ha podido olvidar, y el distinguido escritor D. Juan Valdemoro, conde de las Navas.

En fin, ha sido pedida por la Marquesa viuda de la Romana, para su hijo menor D. José Caro, la mano de la bella señorita D.ª Angela Carvajal, marquesa de Mejorada, hija de los Duques de Abrantes y de Linares.

El enlace se verificará tan pronto como termine el luto que aquélla lleva por la muerte de su padre.

***

Aun no han vuelto todos los tránsfugas del verano: el temor á la epidemia variolosa tiene en distintos puntos de España y del extranjero á los Duques de Fernán Núñez, de Alba, de Santo Mauro y Vibona; la enfermedad del Vizconde de Bahía Honda detiene igualmente á toda su familia en las orillas del Sena; y allí se encuentran también los Condes de Villagonzalo, la familia del distinguido poeta Cavestany, y los Marqueses de Linares.

Asegúrase, sin embargo, que éstos regresarán en breve, y lo que es más, con el propósito de congregar la Noche Buena á sus íntimos para oir la Misa del Gallo y cenar opíparamente.

***

Tornemos ahora los ojos á los teatros, y veamos lo que en ellos sucede.

El Real ha recobrado el aspecto de sus mejores días, —esto es, de sus mejores noches.

Ya no hay en él palcos vacíos; ya las señoras se presentan con ricas y lujosas *toilettes*; ya, por último, se ven hasta mangas cortas.

La empresa se afana por complacer á los abonados y por atraer al público en general, y para ello multiplica las novedades.

Como una de ellas nos ha ofrecido *Simón Bocanegra*, ópera de Verdi que se cantó sin gran éxito en la plaza de Oriente ha cerca de treinta años, y que ahora, á pesar de las reformas introducidas en la *partittura* por su autor, no se ha oído con mayor entusiasmo.

En balde la joven soprano signorina Mendioroz ha hecho esfuerzos heroicos para arrancar aplausos; en balde Uetam ha ostentado todos los tesoros de su voz privilegiada.

Únicamente Battistini ha conseguido en ocasiones sacar al público de su indiferencia, merced al calor, al sentimiento con que desempeñó su parte, la de mayor importancia de la obra.

Es posible, es casi seguro, que *Simón Bocanegra* volverá al sepulcro de donde ha salido, porque la casa de Ricordi impone á los teatros donde se canta el *Otello*, del mismo maestro, la obligación de dar en la temporada la poco feliz composición de Verdi.

***

Mayor fortuna ha conseguido *La Estrella del Norte*, tanto por su mérito como por haberla interpretado artistas tan ilustres como la Sembrich, Uetam y Baldelli.

La ópera de Meyerbeer y Scribe, que en sus primeras audiciones sólo obtuvo entre nosotros un éxito tibio, ha acabado por conquistar la aprobación y las simpatías de la generalidad, que la escucha atentamente y la aplaude con empeño.

Verdad es que la ejecución ha contribuído mucho en los últimos tiempos á semejante resultado, y á Uetam y Baldelli corresponde en primer término el honor de haberse rehabilitado obra tan bella.

Tres años ha la cantaron los dos en unión de la Gárgano y del tenor De Lucía, y ahora, acompañando á una de las estrellas del arte lírico—Marcela Sembrich—han logrado todavía victoria más completa.

En efecto, la *diva* austriaca es una Catalina incomparable, y la actriz y la cantante son dignas de iguales elogios.

Toda su difícil y fatigosa parte la dice con inteligencia y sentimiento, siendo su triunfo más brillante en el aria del acto último, donde su voz emula con la flauta en suavidad y dulzura.

Uetam es un Pedro magnífico, y en la escena de las vivanderas ostenta cualidades verdaderamente maravillosas de talento y habilidad.

Baldelli es uno de los favoritos del público madrileño, que le echa de menos cuando no le ve; que le aplaude con entusiasmo al escucharle.

¡Lástima que el repertorio moderno no ofrezca más frecuentes ocasiones al eminente caricatò para desplegar todos los recursos de que con él se mostró pródiga la Naturaleza!

Mención honrosa para el tenorino Tanzi y para la orquesta, que tanto cooperaron al conjunto de la representación.

***

El Español ha estrenado un drama del Sr. Dicenta—*Los Irresponsables*—que por su género, por lo violento de las situaciones, por lo espinoso del asunto, no ha tenido la fortuna de agradar, desapareciendo del cartel á la cuarta representación.

El Sr. Dicenta posee grandes facultades literarias y poéticas, pero sigue una senda que no conduce seguramente al triunfo.

Sectario del Sr. Echegaray, quiere alcanzar por iguales medios el favor, la popularidad que el maestro consiguió.

Pero el gusto ha cambiado mucho: el mismo autor de *Locura ó santidad* y de *El Gran Galeoto* ha visto recientemente disminuir el número de sus sectarios y sufrido sensibles derrotas: su último drama sólo se puso en escena tres noches, y es posible que para lo sucesivo varíe ó modifique sus antiguos procedimientos.

El Sr. Dicenta no debe imitar á ninguno, sino obedecer los propios instintos; escribir según le dicte su clara razón y superior entendimiento, y de fijo entonces logrará lo que no ha alcanzado ahora: el aplauso del público y la aprobación de la crítica.

***

La gente, que había olvidado el camino del coliseo de la Princesa, ha vuelto á él con afán, y casi todas las noches llena la sala más linda y más cómoda de las de la corte.

Semejante cambio pertenece en primer término á la Tubau, y después á su marido el Sr. Palencia, que ha sabido organizar una excelente compañía cómica, la cual dirige con sumo acierto.

A esos dos factores principalmente se deben los lisonjeros resultados obtenidos, pues ni una sola de las composiciones estrenadas ha sido rechazada por el público.

El último éxito es el de *Serafina la Devota*, comedia de Sardou, traducida por Enrique Gaspar, si no con esmero, con inteligencia.

No me queda espacio para analizar esa obra, que se apodera desde el principio del espectador y le domina, y que después un examen frío y severo no permite absolver de numerosos defectos y de profundos errores.

María Tubau, la Bardo, los Sres. Vallés, Amato, García, Osuna y otros actores igualmente apreciables forman un cuadro bello y armonioso, y á ellos se debe principalmente la acogida favorable hecha á la obra del dramaturgo francés.

***

Sólo como memoria citaremos, entre las últimas novedades del coliseo de Lara, dos juguetes titulados *La Gente de pluma*, en que brilla y resplandece el ingenio de su autor, Javier de Burgos, y otro de D. Carlos Arniches, *Nuestra señora*, que aunque muy inferior al anterior, entretiene gratamente á los que concurren á la linda bombonera de la Corredera de San Pablo, tan afortunada en el presente invierno como en los precedentes, así en sus novedades como en la interpretación de ellas por la Valverde y la Rodríguez, por Rubio y Ruiz de Arana.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

1.º de Diciembre de 1890.

MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO.....

(PROVERBIO REPRESENTABLE.)

Gabinete bien amueblado. Al fondo, puerta de salida; á la derecha, puerta cerrada, que se abre; á la izquierda, puerta de un dormitorio. Armario-espejo, mesa de despacho con libros, sillón y sillas, un reloj de pared.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantarse el telón, el reloj da las nueve.)

MAURICIO *solo*.

¡Las nueve! ¡Dios me valga! ¡Pero si no es posible! ¡Si no hace una hora que han dado las seis!..... Veamos. (Mira al reloj.) Las nueve..... no hay que dudarlo!..... El hecho es que he vuelto á dormirme, y he cometido falta horrible..... ¡Diantre, diantre!..... Debía estar hoy, entre nueve y diez, en el barrio de Salamanca, en casa del alto personaje que me ha ofrecido un buen empleo, y no llegaré á la cita..... ¡Ea! ¡A darse prisa, Mauricio!..... ¿Dónde están mis cuellos y puños?..... ¡Ah, ya! (Abre el armario espejo, y saca puños y cuellos, mientras silba una canción popular.) ¡Pero si no tengo uno bueno! (Los mira, y los va tirando al suelo uno á uno, después de mirarlos.) ¡Ni uno sano! ¡Todos los ojales desgarrados! ¿A ver éste? ¡Uf! Peor que los otros..... ¡Es cosa de desesperarse! ¡Parece que la planchadora los ha dejado rotos adrede!..... Pero aquí tengo hilo y agujas, y no será muy difícil coser un ojal..... Las nueve y diez..... ¡No hay más remedio que gastar una peseta en coche! ¿Cómo he de llegar á la cita si no tomo una berlina? (Empieza á coser, y se pincha.) ¡Vive Dios! ¡Me he atravesado un dedo! (Tira el cuello y la aguja enhebrada.) ¡Por vida de la planchadora! ¡Malditos sean los cuellos, los puños, los muebles, el reloj, todo, todo!..... (En el colmo de su furor derriba las sillas y el sillón, y lanza un libro contra la puerta cerrada, que se abre.)

ESCENA II.

MAURICIO, LUCÍA.

LUCÍA.—(Asomando la cabeza por la puerta.) Caballero, ¿queréis que llame á la portera para que avise á la pareja del orden?

MAURICIO.—¿Eh? ¿Qué decís?..... ¡Ah, perdonad! (Aparte.) Es mi hermosa vecina.

LUCÍA.—¿Dónde creéis estar, caballero? Hace media hora que producís un ruido intolerable, y ahora queréis echar abajo la puerta de mi cuarto. ¡Esto ya pasa de castaño obscuro! ¡No se puede sufrir!

MAURICIO.—Otra vez os pido perdón, señora..... ó señorita..... No sabía que estabais ahí......Creed que ha sido casualidad, pura casualidad..... Ese libro que he arrojado á ciegas, en un momento de cólera muy excusable.....

LUCÍA.—¿Excusable, caballero?

MAURICIO.—Muy excusable, señorita..... ó señora..... ¡Si supieseis el motivo!

LUCÍA.—No quiero saber nada, caballero..... Quedad con Dios. (Se oculta.)

MAURICIO.—(Corriendo hacia ella.) ¡Señora! ¡Señorita!

LUCÍA.—(Dentro.) ¿Qué queréis?

MAURICIO.—No me consolaría nunca si os retiraseis enojada..... si hubieseis formado mala opinión de mí..... Os ruego que me escuchéis.

LUCÍA.—(Dentro.) No quiero escuchar nada.

MAURICIO.—Me hacéis desesperar, y no sé cómo..... (Apoyándose en la puerta.) Figuraos que esperáis un buen empleo, del cual depende vuestro porvenir, y figuraos también que os ha de proporcionar el empleo un alto personaje, quien os ha dado cita para su casa, á las diez..... Os levantáis, empezáis á vestiros, dan las nueve..... cogéis los cuellos y los puños..... ¡Ah, señorita..... ó señora! ¡Ni uno siquiera encontráis en buen estado! La planchadora los ha traído todos con los ojales rotos..... ¿No hay motivo para enfurecerse, desesperar, perder la cabeza y arrojar al suelo cuellos y puños, sillas y sillones? ¿Qué habríais hecho en mi caso?

LUCÍA.—(Asomando.) ¿Eh? ¡Pues yo no hubiera hecho nada de eso! No, señor: no hay motivo suficiente para demoler una casa. (Mira los muebles y libros derribados, y lanza una carcajada.)

MAURICIO.—(Serio.) Pues ya no me queda cosa mejor que felicitarme de mi desgracia, porque os procura tan franco acceso de risa.....

LUCÍA.—Perdonad, caballero..... Ahora me toca á mí pediros perdón..... ¿Pero es verdad que no hay otro motivo? ¡Ja, ja, ja!

MAURICIO.—(Fingiendo encolerizarse.) ¡Eh, señorita! ¿Queréis que llame á la portera?

LUCÍA.—Ya no me río, caballero; os prometo que no me río..... ¡Ja, ja, ja!..... ¡Se acabó! ¡ya no me río!..... Hablemos formalmente: ¿podréis llegar todavía á la cita?

MAURICIO.—(Mirando el reloj.) Las nueve y media..... Creo que llegaría á tiempo tomando un coche y dando buena propina al cochero.

LUCÍA.—(Saliendo.) Vamos, ¡pronto! dadme el cuello y los puños.....

MAURICIO.—¿Cómo? ¿queréis?..... ¿seréis tan buena?.....

LUCÍA.—No hagamos frases inútiles..... no hay que perder tiempo. (Mauricio la da un cuello, y Lucía le cose.) ¡Perfectamente!..... «Ayudarse unos á otros es ley de la Naturaleza.»

MAURICIO.— (Con sorpresa.) Estáis recitando axiomas del sabio economista Béntham..... ¿Habéis seguido estudios serios, señorita?

LUCÍA.—En la Escuela Modelo, sí, señor.

MAURICIO.—¿Os habéis examinado?

LUCÍA.—Vos lo decís.

MAURICIO.—¡Ah! ¡Muy bien! ¿Luego sois profesora?

LUCÍA.—¿Y qué más, caballero?

MAURICIO.—Nada más, por ahora..... Perdonad mis preguntas indiscretas, y permitid que me presente á vos: Mauricio López de Aguilar, abogado..... para serviros.

LUCÍA.—Muchas gracias, señor abogado, y os cojo la palabra: he aquí el servicio que exijo de vos.....

MAURICIO.—Hablad.

LUCÍA.—Que al bajar ahora mismo, roguéis á la portera que haga subir á un cerrajero para clavar esta puerta de mi cuarto, y cerrarla her..... me..... ti..... ca..... men..... te.

MAURICIO.—(Inclinándose.) Lo haré como deseáis, señora..... ó señorita.

LUCÍA.—Señorita.

MAURICIO.—(Vivamente) ¡Mejor, mejor!

LUCÍA.— Con severidad.) ¿Qué decís, caballero?

MAURICIO.—Nada..... Expreso una opinión mía, exclusivamente mía.....

LUCÍA.—(Dándole el cuello y los puños) Tomad, caballero; ya están cosidos.

MAURICIO.—Mil gracias, señorita..... ¡Ah! ¡Cómo podré pagaros este servicio!

LUCÍA.—Marchándoos inmediatamente á la cita.

MAURICIO.—Es justo..... (Al entrar en su cuarto, vuelve.) ¡Oh, señorita! ¡Sois la más adorable de las hadas!

LUCÍA.—¿Todavía más? ¡No llegaréis á tiempo, no!

MAURICIO.—Obedezco, señorita, obedezco. (Entra en su cuarto.)

ESCENA III.

LUCÍA *sola.*

Es muy amable mi vecino..... un poco aturdido, pero muy amable. (Mirando por la puerta) Ya se pone el cuello, gracias á Dios..... ¡Qué desorden! (Levanta los muebles derribados, y los pone en su sitio) ¡Esto parece el cuarto de un loco! ¡nunca he visto semejante baturrillo! (Se acerca á la mesa.) ¿Libros de estudio?..... «Yo soy curiosa, como mujer», según cantan en la zarzuela *El Loco de la guardilla*..... ¡Veámoslos! (Coge sucesivamente algunos libros) *La Dama de las camelias*..... ¡Pues vaya un libro de Jurisprudencia!..... *Madame Bovary*..... No la conozco..... *Poesías de*..... ¡No me importa saber de quién son!..... ¡Excelente abogado que no tiene en su mesa un libro de Leyes!..... ¡Ah! ¿una carta? ¿y arrugada? ¡Sin duda de mujer! Será muy curiosa, digna de ser leída..... y está abierta..... (La coge, y la recorre con la mirada.) «Mi querido sobrino.....» Una carta de familia. (La lee en voz alta y baja, alternando.) ¡Tiene una prima! Pues claro es: todos los muchachos tienen primas, y todas las muchachas tienen primos..... ¡Será joven y bella!..... ¡Ah! Le acusan de perezoso..... «.....Y ya que no puedes venir, por tus muchas ocupaciones, como dices, no te olvides de enviar á tu prima Amelia, para el día de su santo, tres retratos tuyos: uno, en actitud grave, seria, con la toga; otro sonriente, de levita; el tercero, de frac y apoyado en el fuste de una columna. Debes tal prueba de cariño á tu prima Amelia.....» (Deja la carta en la mesa, antes de volver la hoja) ¡Oh! Esto ya lo suponía yo: una prima que le destinan..... para esposa. ¡Dios mío! No sé qué pasa en mi corazón..... Diríase que ese descubrimiento le desagrada. (Llaman en la puerta del fondo) Alguien llega..... Corro á mi cuarto. (Vase, y la escena queda sola.)

ESCENA IV.

Las voces de MAURICIO *y de la* PORTERA.

PORTERA.—¡Don Mauricio! ¡Don Mauricio!

MAURICIO.—¿Quién es?

PORTERA.—Soy yo, la portera..... Tengo una carta para vos, D. Mauricio.

MAURICIO.—Bueno..... Pues me estoy vistiendo para salir..... Echadla por debajo de la puerta.

PORTERA.—¿Que la eche al correo?.....

MAURICIO.—¡No seáis estúpida! Echadla por debajo de la puerta, que ya la cogeré dentro de unos instantes. ¿Entendéis?

PORTERA.—Sí, señor. ¡Allá va! (Se ve pasar una carta por debajo de la puerta.)

MAURICIO.—¡Ah! ¡Señora portera!

PORTERA.—¿Qué mandáis, Sr. Mauricio?

MAURICIO.—Que busquéis un cerrajero, y le hagáis subir aquí lo más pronto posible.

PORTERA.—¿Qué diablos vais á hacer con ese cerrajero, Sr. Mauricio?

MAURICIO.—Señora portera, sois una indiscreta, ó una imbécil, ó las dos cosas juntas..... Haced subir al cerrajero in-me-dia-ta-men-te.....

PORTERA.—¡Vaya un compás de palabras! Y vos, señor Mauricio, sois un burlón.

MAURICIO.—¿Eh? ¿cómo? ¿faltáis al respeto? ¡Ah, señora portera! Ya está cerca la Nochebuena, y el aguinaldo que yo os diere..... me lo claven en la frente.

PORTERA.—Bueno, bueno, Sr. Mauricio: vendrá el cerrajero in-me-dia-ta-men-te..... Perdonad si os he ofendido.....

ESCENA V.

MAURICIO, *después* LUCÍA.

MAURICIO.—(Saliendo de su cuarto en mangas de camisa.) Ea, ya estoy dispuesto..... Las diez menos cuarto..... ¡No tengo más remedio que tomar un coche!..... ¿Y mis puños? (Los coge de la mesa y los mira) ¡Muy bien cosidos! (Se los pone.) Es mi vecina amabilísima, y graciosísima, y gentilísima..... (Al abotonarse el chaleco salta un botón.) ¡Magnífico! ¡Pues ya no puedo salir! (Busca el botón.) ¿Le encontraré? (Le coge del suelo y se dirige hacia la puerta de Lucía) ¿Señorita, señorita?

LUCÍA.—(Dentro) ¿Qué queréis, hombre, qué queréis?

MAURICIO.—¡Ah, señorita! Que pongáis el colmo á vuestras bondades: se me ha saltado del chaleco este infame botón.

LUCÍA.—(Saliendo de su cuarto.) ¡Dádmele!

MAURICIO.—(Mientras Lucía pega el botón) ¡Cuántos favores os debo! ¡Sólo por vos llegaré á la cita! Le diré al cochero que reviente el caballo, y le daré buena propina, sí, buena propina..... ¡diez céntimos!

LUCÍA.—Tomad el chaleco.

MAURICIO.—¡Gracias, señorita! (Acaba de vestirse y se dirige hacia la puerta del fondo.) Adiós, señorita, adiós..... es decir, hasta luego..... ¡Ah! La carta que me ha traído la portera..... (La coge y la abre)

LUCÍA.—¿Pero otra vez volvéis? ¿no os dais prisa? Leedla por el camino..... ¡Parece mentira que os levantéis tarde y tengáis tanta calma, debiendo acudir á una cita importante!

MAURICIO.—¡Bah! La fortuna viene durmiendo..... (Lanza una exclamación de alegría en leyendo la carta) ¡Ah! ¡Oh! ¡Uh! No creía yo estar diciendo la verdad..... ¡Tomad, señorita, y leed!..... (Cantando y bailando.) ¡Tra, la, ra, la; tra, la, ra, la!.....

LUCÍA.—¿Estáis loco?

MAURICIO.—Leed, leed, os lo ruego..... Mi protector escribe participándome que ha conseguido ya mi empleo..... que vaya cuando quiera á recibir la credencial..... ¡Viva mi protector! ¡Soy jefe de negociado en el Ministerio de Gracia y Justicia!

LUCÍA.—(Después de leer la carta) Os felicito, caballero.

MAURICIO.—Muchas gracias, señorita. ¡Tengo un protector incomparable!

LUCÍA.—Y muy perspicaz.....

MAURICIO.—¿Cómo?

LUCÍA.—Pues claro es: adivinando que no llegaríais oportunamente á la cita, os adelanta la credencial.

MAURICIO.—¿Y quién tiene la culpa?

LUCÍA.—Yo no..... me parece, caballero.

MAURICIO.—¡Distingo, distingo, señorita!

LUCÍA.—¿Qué queréis decir?

MAURICIO.—Pues quiero decir..... que desde el momento dichoso en que una bendita casualidad os ha hecho poner los pies en esta sala.....

LUCÍA.—¡Ah, ya! ¿vais á hacerme una declaración? Pues llegáis tarde, porque la esperaba. ¡A todo llegáis tarde! Empezad, que os ayudaré.....

MAURICIO.—Burlaos, burlaos; pero os confieso que no he llegado á la cita porque sentía dolorosa pena en alejarme de este cuarto..... donde vuestra presencia.....

LUCÍA.—(Sacando del bolsillo una cartera) Esperad, que yo continuaré. ¡También llegáis tarde! Carta número 12 de mis admiradores: «.....donde vuestra presencia.....» ¿no es eso? «.....me sujetaba como en un círculo mágico que hubiera trazado alrededor de mí la varita de una hada.....» ¿No es eso?

MAURICIO.—¡Justamente! ¿Pero qué significa?.....

LUCÍA.—¿Otra vez? Pues esa carta es una de las muchas declaraciones que se me han dirigido, en prosa y en verso, desde hace dos años. ¡Tengo una colección, caballero! Y ya veis que pueden ser útiles alguna vez.....

MAURICIO.—¡Oh, señorita! Hacéis mal en burlaros de mi amor. ¿Es posible que os riáis de un sentimiento nobilísimo, puro, elevado? ¿Cómo podéis responder con ironía cruel á la expresión de mi ternura, sincera y respetuosa? Porque..... desde que os he visto.....

LUCÍA.—(Volviendo á sacar la cartera.) Desde que me habéis visto..... Esperad: epístola número 15, que dice así: «Desde que os he visto, he comprendido que sois la mujer que el cielo me destinaba, y..... ¡os amo!»

MAURICIO.—¡Bien dicho! ¡Precisamente yo pensaba deciros lo mismo! Continuad, señorita, continuad.

LUCÍA.—Pues continúo..... «Sin vos no seré feliz, porque en vano intentaré alejar de mis ojos vuestra adorable imagen.....»

MAURICIO.—¡Bien dicho, bien dicho! Continuad todavía.

LUCÍA.—(Cerrando la cartera y guardándola.) ¿Que continúe? ¡Vamos! (Pausa) ¿Y qué diría vuestra prima Amelia si me oyese?

MAURICIO.—(Con exaltación.) ¿Eh? ¿qué decís de mi prima Amelia? ¡Ah! ¡ya comprendo! Es decir, señorita, que leéis mis cartas.....

LUCÍA.—(Confusa) Caballero..... estaba abierta, y sin quererlo.....

MAURICIO.—(Cogiendo la carta, y poniéndosela delante de los ojos.) Pero leéis mal, señorita, muy mal..... Escuchad lo que aquí me dicen: «.....Debes tal prenda de cariño á tu prima Amelia (Volviendo la carta.), como también á su marido y á sus hijos.....»

LUCÍA.—¡Ah! (Con alegría.)

MAURICIO.—Repito que leéis mal: no disteis vuelta á la carta, y ¡es claro! ¿cómo habíais de ver que mi prima Amelia tiene á la espalda una familia? Además, aunque mi prima hubiera sido libre, os lo repito, yo no lo soy: he visto esta mañana una graciosa hada que me ha tocado con la punta de su varita mágica, y sólo á esa hada quiero ofrecer mi nombre y mi mano..... (Se arrodilla.) y ponerme de rodillas á sus pies, y rogarla que sea la dulce compañera de mi vida, mi único bien, mi único amor.....

LUCÍA.— Vuelve á sacar la cartera.) ¡Levantaos! ¡Dios mío!

MAURICIO.—(Dirigiéndola mirada suplicante) ¡Oh! ¡no leáis papeles viejos! ¡Mis palabras, mis protestas de amor son sinceras! (Llaman á la puerta del fondo)

LUCÍA.—¡Ah! (Haciendo ademán de huir)

MAURICIO.—(Dirigiéndose á la puerta. ¡Mal rayo te parta!

ESCENA VI.

LOS MISMOS *y la voz de la* PORTERA.

PORTERA.—(Dentro.) ¡Señor Mauricio!

MAURICIO.—¡Tú habías de ser, imbécil! ¿Qué ocurre

PORTERA.—Aquí está el cerrajero.

MAURICIO.—¡Quedo enterado! (Dirigiéndose á Lucía.) Pero me parece inútil, señorita, condenar esa puerta..... ¿Qué decís?

LUCÍA.—Digo que ahora vais muy de prisa, quizá para vengaros de llegar tarde á otras partes..... Os recuerdo que soy una señorita honrada, y que debéis dirigiros á mis padres..... Su casa tiene la única entrada conveniente para vos y para mí.

MAURICIO.—Señorita, esta tarde tendré el honor de ser presentado á vuestro padre.

LUCÍA.—Os doy gracias, caballero.

PORTERA.— Dentro) ¡Señor Mauricio! ¡que el cerrajero se impacienta, y no quiere esperar más!

MAURICIO.—¡Idos al diablo él y vos!

LUCÍA.—¡Pobre mujer! (Riéndose)

MAURICIO.—(Con dulzura, y tomando una mano á Lucía.) ¡Con razón se dice que el destino del hombre está pendiente de un hilo!

LUCÍA.—(Riendo.) De hilo y aguja.....

MAURICIO.—Esta mañana era yo soltero, y ahora me encuentro en vísperas de casarme..... ¡Hasta la tarde, señorita!

LUCÍA.—¡Hasta la tarde, caballero!..... Pero no olvidéis el antiguo proverbio: *Más vale llegar á tiempo.....*

MAURICIO.—¡No le olvidaré!..... *que rondar un año.*

(Telón.)

FLAVIO.

¡DIFÍCIL OCUPACIÓN!

En qué se ocupa esa señora ó señorita?

—En literatear.

—¡Qué horror! Si se ocupara en sus labores, es mujer que me entusiasmaría.

Cuéntase de un crítico notable, enemigo de las mujeres marisabidillas y pretenciosas, á quien, estando en una tertulia, preguntó una que presumía de literata:

—¿Qué opina usted de Homero?

—Según—respondió;—¿es para casarlo con su hija de usted?

Otro diálogo:

—¡Bonita mirada tiene esa mujer!

—No me gusta; sé que es literata, y sólo veo en sus ojos el reflejo de las cuartillas.

Sí, lectoras, es muy difícil á una mujer escribir para el público, en España sobre todo, donde se tolera á las que son eminencias, pero donde siempre existe cierta prevención contra la generalidad de las del oficio. Es género que no gusta, no hay que hacerse ilusiones. Es forzoso purgar lo hartos que dejaron á nuestros ascendientes aquellos discreteos, latines y tiquismiquis de las damas de Calderón; y de ahí que nuestros padres y abuelos condenaran el saber en las mujeres, denigraran á las mujeres sabias con los apodos de licurgas y marisabidillas, y pusieran el ideal femenino en la más crasa ignorancia.

—Ya ve usted—me decía

Un homme,
Un homme,
Un homme,
Digne de ce beau titre là,

—yo no puedo soportar que mi mujer sepa más que yo, ni transigiría con que me corrigiera faltas de ortografía, pongo por caso, ni con que hablara, delante ni detrás de mí, de lo que yo no sé hablar. Y por esto, aun cuando esa mujer me gustara más que un dulce, en vez de casarme con ella, la dejaría con sus escritos. No estoy con Molière, y por tanto no deseo *qu' une femme ait des clartés de tout*, sino que viva ignorante de todo lo que se relacione con la sabiduría; no quiero que entienda de otra claridad que la de no dejarme á obscuras, léase no engañarme.

—Aspiro á que mi mujer entre por el piano y salga por la cocina; pero sin leer más libro que el de solfeo ó el arte culinario—añadía otro.

Traslademonos á una velada literaria, aquella donde más culto se rinda á Minerva, diosa de la sabiduría; y por bien educados que sean los dueños de la casa y sus visitantes, no podrán, los primeros, impedir que, si una señora ó señorita se lanza á recitar algo de su cosecha, en prosa ó verso, no impedirán, insisto, que con todo el posible disimulo y toda la posible urbanidad, estén en mayoría quienes hagan mofa de ella.

15.—Paletó para niños de 9 á 11 años.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 16.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 27 de la Hoja-Suplemento.

17.—Paletó para niños de 5 á 7 años.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 18.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 60 á 65 de la Hoja-Suplemento.

16.—Paletó para niños de 9 á 11 años.
Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 15.
Explic. y pat., núm, III, figs. 21 á 27 de la Hoja-Suplemento.

19.—Paletó de terciopelo del Norte y tiras de plumas.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

20.—Vestido de terciopelo y paño.
Espalda
VÉASE EL DIBUJO 1.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 14 de la Hoja-Suplemento.

21.—Sombrero Future.

22.—Traje de paseo.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

23.—Vestido con esclavina para señoritas.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 28 á 31 de la Hoja-Suplemento.

24.—Bata de lana roja y lana blanca.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 3.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 50 á 59 de la Hoja-Suplemento.

25.—Vestido de lana labrada.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 2.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

26.—Vestido de lana escocesa.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 4.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 38 á 49 de la Hoja-Suplemento.

28.—Vestido para niñas de 2 á 3 años.
VÉANSE LOS DIBUJOS 9 Y 46.
Explic. y pat., núm. X, figs. 66 á 68 de la Hoja-Suplemento.

18.—Paletó para niños de 5 á 7 años. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 17.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 60 á 65 de la Hoja-Suplemento.

27.—Abrigo de reps de seda y terciopelo del Norte.
Explic. y pat., núm. II, figs. 15 á 20 de la Hoja-Suplemento.

Y si la anfitriona ruega á sus contertulios que den conversación á la literata, abundarán también los que contesten:

—¿Y de qué vamos á hablarla, si no sabemos de memoria á Virgilio, y nos aburrimos leyendo el *Quijote?*

Y estos mismos *oradores* añaden *sotto voce:*

—A la verdad, preferimos á tan erudita plática, el picante diálogo que sostenemos con casi todas las demás mujeres; puesto que, hoy por hoy, rara es la que no se ocupa en averiguar la vida y milagros que hacen las de vida disipada; para saber, no ya cómo van vestidas, sino á quiénes miran y por quiénes son miradas..... Y esta conversación, amén de la á la estadística de *casos* de maridos engañados habidos durante la semana, resulta, francamente, más amena..... ¡Líbrenos Dios de las literatas!

—Es verdad; casi todas son unos marimachos—exclama precisamente el marido de la que no ha querido criar á sus propios hijos, padre, además, de una jovencita que sólo piensa en montar á caballo, guiar buen tronco de ellos, cazar y jugar al billar.

....

Pero en estricta justicia, forzoso es reconocer que las mismas literatas tienen gran culpa de todo eso.

La que escribe para el público, sea por devoción ú obligación, debe hablar, particularmente, como con su familia, aun cuando el más sabio de los humanos sea su interlocutor. Y si es erudita de verdad y quiere remontarse á las regiones de la sabiduría, elévese en buen hora, pero solita, en su cuarto, sin otro testigo que el papel donde derrame la luz más ó menos clara de su entendimiento; que si esta luz es radiante ó no, ya cuidará el público de hacérselo comprender.

Vuelvo á citar á Molière para recordar que en sus *Femmes savantes* no ataca á las instruídas, sino á las licurgas, como en *Tartufe* escarnece, no la verdadera devoción, si la hipocresía.

Léanse en la *Historia de Santa Paula* aquellos capítulos consagrados á relatar los estudios publicados por las señoras romanas sobre la Sagrada Escritura, y conste que esas damas fueron modelo de modestia.

A una mujer se le puede exigir que hable poco, pero no puede impedírsele que escuche mucho cuando de algo bueno se trata. ¡Escuchar! ¡el arte difícil y liberal por excelencia! como decía no recuerdo quién.

Nada tan admitido y plausible, ni nada *viste más*, como vulgarmente se dice, que poseer dos ó tres lenguas vivas, sobre todo entre las clases elegantes y abastadas, quienes aristocratizan la lengua castellana por la pronunciación gangosa de las erres; pero ¡cuidadito con pensar siquiera en las lenguas muertas! ¡Dejadlas que descansen en paz! No olvidemos este consejo de Fenelón: «Si sabéis algo de latín, ocultadlo como si fuera pecado, si es que no queréis que os llamen *bas-bleus*», ú os motejen, esto lo digo yo, con lo de: «Mujer que sabe latín, tiene mal fin.»

Un distinguido autor nos habla de la mujer indispensable, de la agradable y de la de talento; clasificando del primer modo á la hacendosa, del segundo á la que brilla en sociedad, y del tercero á la que sabe instruirse y conducirse..... Y juzga que lo necesario para la mujer es reunir estas tres cualidades, que Jaubert llama *les sens exquis*.

El dictado de *bas bleus* designa á la mujer que fija todas sus pretensiones en ser y parecer erudita, y habla de lo que ignora; en una palabra, la que es pedante.

Días pasados, se presentaba en una velada literaria una señorita, que causó la admiración general por su hermosura, mas no por su elegancia, pues sabido es que las literatas suelen incurrir en algunas excentricidades en el adorno de su persona, sólo por el afán de singularizarse; y unas llevan el pelo desgreñado; otras, trajes del tiempo de Mari-Castaña, mientras muchas hasta usan lentes sin necesidad, amén del perrillo faldero (algo en desuso ahora), compañero inseparable de la escritora romántica.

Pues como iba diciendo, todos los concurrentes á la reunión quisieron ser presentados á la recién llegada..... Pero todos, una vez cumplidas las reglas de cortesía, fueron poco á poco desfilando del lado de la joven, porque ésta, sin poder contener el raudal de su pedantesca sabiduría, hablóles de sus propios escritos primero, y luego de si debía ó no pasar como un axioma, entre los que se ocupan del mundo intelectual moderno, que Schopenhauer fuera ó no el padre del pesimismo actual. Y disertó también sobre la educación é independencia de la mujer, y también sobre política en general; pero siempre hablando de sí misma y poniéndose por las nubes, sin darse cuenta, de seguro.

Mas lo cierto fué que se hizo el vacío en torno suyo, y que poco á poco fué quedando reducida á dos ó tres ancianos sabios, tolerantes y *coquetones*, que le hicieron la tertulia y también la corte.

Por eso no hay ni que romper lanzas en favor de las literatas, ni disculpar la idea en que las tienen los que miden á todas por el mismo rasero, pues de todo hay, y no es justo que paguen las humildes por las soberbias.

La que por necesidad ó afición siente plaza de escritora, debe siempre tener en cuenta que no le es dado hablar de literatura ni de política.

Espero, lectoras, que me comprenderéis, y que antes de confesar que sois literatas, penséis cómo y en qué ocasión lo declaráis. Es de esperar también que optéis por hablar de lo superfluo antes que de lo serio, convencidas de que vuestra conversación, por sencilla que sea, ha de parecer siempre retumbante. En cuanto discutáis sobre la novela más sentida, resultaréis sabiondas insoportables; si demostráis predilección por una política amplia y liberal, os tacharán hasta de *petroleras;* y si os inclináis al régimen contrario, se reirán de vosotras llamándoos *rezagadas*.

—¿Usted escribe?—os preguntarán.

—Sí, á mi familia—debéis contestar, aun cuando escribáis para el público más que el Tostado.

Una actriz, en cambio, puede hablar de su profesión y referir cuanto se le antoje siempre sobre el mismo tema, sin que, por lo general, nadie se aburra de oirla.

Que vaya una devota de Minerva á la Biblioteca Nacional á revisar ó estudiar cualquier obra..... Y á más de que no sé si le permitirían la entrada, no creo que le fuera dable leer con tranquilidad.

En cambio, la pintora puede ir al Museo y copiar cuantos cuadros guste, sin que nadie la critique, ni aun la mire con extrañeza siquiera.

Así es que la pintora puede hablar de su arte y discutir sobre él, sin temor á causar mal efecto; como también á la pianista le es dado tratar de música, y á la cantatriz del *bel canto;* ¡y persona alguna dirá de ellas lo que de las escritoras! Éstas, pues, que escriban norabuena, pero que no hablen, á fin de que no las manden noramala. Nada de alardear que saben mucho; más vale aparentar que lo ignoran todo. Ausencia de ademanes y gustos varoniles, de trajes y costumbres *sui generis;* mujer, muy mujer ante todo, y luego literata..... si es preciso, pero jamás *bas-bleu*. Antes morir que pronunciar palabras pomposas; primero nombrar mil veces á Satanás que citar una sola á cualquier clásico, sea el que sea. No llamar tonto á nadie, sino hallar que todos dicen agudezas y saben mucho. No menospreciar la inferioridad de las mujeres, y decir que todas valen. No encomiar ni criticar en pleno teatro las obras dramáticas. Y, en fin, hasta debe ocultarse la afición á viajar, para no ser consideradas como demasiado independientes.

Estos avisos que me permito daros al correr de la pluma, amén de otros que callo y de seguro adivinaréis, os darán idea, lectoras mías, de que si es difícil siempre escribir para todo público, lo es aún más para el español, repito.

Y yo puedo hablar así porque no soy escritora. Emborrono cuartillas, como podría pespuntear á medio real vara, para ganar *el pan nuestro de cada día*. Así es que ni en el pro ni en el contra puedo darme por aludida. Veo la función desde una modesta localidad cualquiera; y hago lo que la mayoría de las que se llaman aficionadas: hablar quizá más de lo debido, y no servir ni para meritoria. Me considero, sin alardear falsa modestia, la última en el oficio. Y únicamente, cuando se haga mención de las mujeres que no tienen un céntimo, es cuando podré exclamar:

—¡Soy la primera!

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

OROPEL.

(CUENTO.)

HACE ya largo tiempo (aunque también ha podido ocurrir hace poco la verídica historia que voy á contar) el aplaudido maestro compositor y á la vez empresario de un teatro de zarzuela, D. Cosme, tan preocupado estaba en cierta noche, al subir la escalera de su casa, que tropezó rudamente con la hija de la portera, que bajaba, y la dió un pisotón mayúsculo.

—¡Ay!—gritó la muchacha.

—Usted dispense, señorita—contestó D. Cosme, quitándose el sombrero.

Y en seguida, cuando aquélla pasó, volvióse el maestro para contemplarla, y dijo:

—¡Bonita voz! Precisamente es la que necesito.

La muchacha se llamaba Lola, tenía diez y seis abriles, y era linda, sonrosada y esbelta.

—¿Y por qué no?—murmuró D. Cosme, respondiendo con esa pregunta á una inspiración repentina que asaltaba su espíritu.

Y exclamó:

—¿Eres tú, Lolita? Perdona mi distracción.....

—Perdonado, D. Cosme; pero ¡todavía estoy viendo las estrellas!

—¡Bah! No hay mal que por bien no venga.

—¿Por qué lo dice?

—Porque tu exclamación en *sí* agudo demuestra que tienes en la garganta una mina de oro.

—¡Qué risa!

—Lo que oyes, niña..... ¿quieres subir á mi cuarto para probar tu voz al piano?

—¡Vaya una aventura!—respondió Lola, siempre riendo.—Se lo diré á mi madre, D. Cosme.....

—Bueno: pídela permiso, y arriba te espero. ¡Que no lo tomes á broma!

Lolita bajó á la portería canturriando una romanza de *Jugar con fuego* (que era entonces la zarzuela de moda), mientras D. Cosme subía á su habitación frotándose las manos, y diciendo:

—¡Encontré mi reina!

***

D. Cosme tenía fama de honrado caballero, y lo era; así es que Lolita no tuvo dificultad en conseguir de su madre el solicitado permiso.

Subió la niña inmediatamente al cuarto del maestro, quien la esperaba sentado al piano, y la dijo:

—Vamos á ver, Lolita..... Canta con toda tu voz la romancita que tarareabas cuando te dí el pisotón.....

—¡Que todavía me duele, D. Cosme!—interrumpió la muchacha.

—Ya se te pasará el dolor con la música..... Ea, niña: á cantar esa romanza.

—¿La de *Jugar con fuego?*

—Cabal: empieza.

Y la niña cantó, acompañándola al piano el maestro, con voz agradable y entonada, aunque poco extensa.

—¡Bravísimo!—aplaudió D. Cosme.—Ahora prueba repetir lo que yo canto en voz baja.

Lolita volvió á cantar muy discretamente lo que el maestro quería, y éste, cuando hubo terminado, exclamó con regocijo:

—¡Ya tengo mi reina!

—¡Jesús!—gritó la muchacha.—¿Qué dice usted, don Cosme?

—Que harás la parte de reina en la zarzuela mía, que están ensayando en el teatro.

—¡Qué gusto!

—¡Una parte magnífica, Lola! Un poco breve, eso sí; mas para empezar..... Con que consientes, ¿eh?..... Porque precisamente es la parte que me falta.....

—Consiento, consiento..... ¿Qué debo hacer?

—Mañana irás conmigo al teatro, y te lo diré.

—Bueno..... Pues hasta mañana, D. Cosme.

Y la niña bajó la escalera saltando y cantando, para referírselo todo cuanto antes á su madre.

—¡Seré reina!—la dijo con alegría.—¡Seré reina, madre! ¿Comprendes? ¡Porque sé cantar!

La buena portera se entusiasmó con la relación que la hizo su Lola, y ésta soñó aquella noche con espléndidos trajes, corona de oro y piedras preciosas, palacio suntuoso..... y también con un príncipe enamorado, guapo, arrogante, de grandes bigotes rubios.....

***

Al día siguiente D. Cosme acompañó á Lolita al teatro en carruaje, como la había prometido, y mientras caminaban, dióla algunos consejos.

—Cuando el príncipe se dirija hacia tí—la decía—y te declare su amor, le contestarás: «¡Oh, príncipe! ¡Si yo os adoro! ¡Qué felices seremos con nuestro amor!» ¿Me entiendes? Y se lo dirás con mucho fuego, pero también con mucha dignidad..... ¿Entiendes?

—Sí, señor, entiendo; ¡verá usted!—dijo Lola.

Y repitió su breve contestación, suspirando con languidez en la frase «¡Yo os adoro!», y entornando los ojos picarescamente al repetir «¡Qué felices seremos!»

—¡Muy bien! ¡Bravísimo!—gritó D. Cosme, dando recias palmadas.

Bajaron del carruaje á la puerta del teatro, pasaron por angostos y obscuros corredores, subieron una escalera desvencijada y sucia, y entraron en el escenario, alumbrado por un mechero de gas.

—¡Qué feo es todo esto!—dijo Lola.—¿Dónde está mi palacio de reina?

D. Cosme no la respondió: sonrióse, y confióla á una camarera, que la guió hasta un cuartucho tan lóbrego y sucio como los pasillos, y empezó á vestirla el traje de reina.

Lolita, suspirando tristemente, observó que la amplia falda y larga cola del vestido no eran de terciopelo, ni siquiera de seda, sino de ajada percalina, y las franjas y los adornos que parecían de oro y plata sólo eran de talco.....

¡Empezaba á perder sus ilusiones!

Pero se reanimó la pobre muchacha al ver que la camarera la ceñía los negros cabellos con reluciente corona, y la torneada garganta con un collar de gruesas piedras verdes y brillantes.

—Pero, señora—dijo con timidez;—¡si yo perdiese alguna de estas joyas!

—¡Pues no perderías gran cosa, muchacha!—respondió la camarera con burlón acento.—¡Son de hoja de lata y vidrio!

D. Cosme llamaba desde el escenario, y Lola bajó, arrastrando su larga cola de percalina roja con lágrimas de trapo blanco, que figuraba manto de púrpura y armiño.

—¡Vamos á ver!—dijo el maestro.—Canta la romanza, chiquilla.

Lola cantó, pero no produjo el mismo efecto de la víspera, porque sus ilusiones se desvanecían por momentos.

El maestro frunció el ceño, y la dijo con áspera voz:

—A ver la contestación..... Ya sabes: cuando el príncipe te haga su declaración de amor.

El príncipe entró en el escenario, y Lolita quedóse estupefacta: era el príncipe con quien ella había soñado, el de vestido de terciopelo y gorra de blanca garzota, el de rostro sonrosado y fino bigote rubio.

Inclinóse el príncipe delante de ella, cantando la estrofa de amor, y al punto la improvisada reina dióle amorosa respuesta, con el fuego y la dignidad que había recomendado el maestro.

—¡Bravo, bravo!—exclamaron los actores que presenciaban el ensayo, batiendo palmas.—Es una reina como nos hacía falta.

***

Lola, al regresar á su casa con D. Cosme, empezó á desahogarse del coraje que guardaba en su pecho desde que puso los pies en los obscuros pasadizos del teatro.

—¿Con que mi palacio—dijo enfadada á D. Cosme—es de tela y cartón?

—Pero en cambio—respondió irónicamente el maestro-empresario—tienes vestidos de seda y oro.

—Oropel, señor mío, que los vestidos son de percalina, y el oro es talco.

—¿Y las joyas, ingrata?

—Falsas también: de vidrio de colores. ¡Puro oropel el palacio, los vestidos y las joyas!

Y después de un rato de silencio, animóse para decir al maestro:

—Por fortuna, el príncipe es joven, guapo y esbelto..... y me ha dicho que me ama con tan gentil delicadeza, que olvido por él los otros desengaños.

D. Cosme sentía que ciertos escrúpulos le arañaban la conciencia, y contestó:

—Ea, Lolita; hay que decirlo todo, para no tener remordimientos: también el príncipe es falso.

—¿Cómo? ¿qué dice usted?

—La verdad, porque no quiero engañarte: tiene cincuenta y cinco años, y lleva un aparato ortopédico que le obliga á ir derecho.....

—¡Dios mío! ¿Y sus cabellos rubios? ¿y su fino bigote? ¿y el color sonrosado de sus mejillas?

—Todo falso, muchacha; sus cabellos rubios, peluca; su fino bigote, postizo; sus mejillas sonrosadas, colorete..... Y además, no debo ocultarte que tiene mujer é hijos..... que es casi abuelo.....

—¿Y sus protestas de amor?

—Falsas también: ¿has salido del escenario? Pues cuenta con que él habráse dicho: «Si te he visto no me acuerdo.»

Lola no respondió.

Pero cuando los dos bajaron del carruaje, á la puerta de su casa, D. Cosme dijo á la muchacha:

—Conque hasta mañana, ¿eh?

—No, gracias—contestó Lola.—Buscad otra reina.

—¿Cómo, ingrata?

—Sí, señor; más quiero vestir de percalina y morar en humilde guardilla, que fingir vestido de seda y palacio de cartón..... Buscad otra reina, D. Cosme.

—¿Y tu porvenir, desdichada?

—¿Mi porvenir? Pues creo que no ha de faltar un obrero, como mi padre, que me quiera por esposa..... y que no tenga bigotes postizos ni colorete.....

D. Cosme estaba contrariado.

—¡Pero si parecía que estabas tan contenta, que eras tan feliz en el teatro!

Y Lolita respondió con malicia:

—Pues también mi contento era falso, D. Cosme. ¡Oropel! ¡puro oropel!

EMILIA DE S***.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

REGULARMENTE (y lo digo muy alto en su alabanza) siempre se ofrece á partirla conmigo; pero veo que la ataca sola con tan buen ánimo, que se me haría escrúpulo de conciencia ayudarle en la tarea, y me contento viéndola partir nueces con los dientes, con tanta facilidad como si fuesen pompas de jabón; triturar castañas secas, que parecen guijarros, ó hacer desaparecer galletas de pasta, duras como bronce. Sólo una vez he aceptado sus convites, y precisamente porque lo que comía excitaba mi apetito: escondidas entre los pliegues del delantal de labor, y además de un canto de pan enorme, Eladia sacaba, una tras otra, hasta cinco manzanas, rojas y amarillas como flamantes banderas españolas. ¡Cinco manzanas, amigo Ernesto! ¿Comprendes estos estómagos de niñas que hacen ascos á un buen *beefteak* de jugosa carne medio cruda, y se tragan en dos minutos cinco frutas verdes y desabridas?

Como puedes suponer, rehusé la primera invitación que me dirigió para que participara de aquel festín de Baltasar, y sin insistir se dedicó al importante asunto que tenía entre manos: cada vez que tomaba una manzana la frotaba con fuerza contra la lana del vestido hasta darla tal brillo, que reflejaban sus ojos en tan extraño espejo; sólo entonces la llevaba delicadamente á la boca y la hacía desaparecer en breves instantes. Divertido por este manejo, la miraba con insistencia á pesar mío, y tan abstraído, que al concluir de pulimentar la tercera manzana, se apercibió de mi atención. ¿Leyó en los ojos que la contemplaban deseos de probar la brillante fruta, ó fué que ella se lo figuró? No lo sé; pero el hecho es que me la presentó sonriendo.

—Vaya, comedla—dijo;—¡si se os conoce á la legua que tenéis apetito! No digáis que no, porque hoy poseo nada menos que cinco, y bien puedo daros una.

Y como no la respondiera, aturdido de su generosidad, la señorita de Bazán añadió:

—¿Queréis que la dé más brillo?

—Tiene bastante, y os la agradezco de veras—contesté por decir algo.

Con una gratitud proporcionada al obsequio comí el insípido fruto, que por lo simbólico me asustaba, hasta el punto de que mis inquietas miradas recorrían la estancia buscando la serpiente por todos los rincones: felizmente no estaba..... ó al menos yo no la vi.

Esta escena me trae á la memoria una apreciación psicológica de la señorita Eladia, que, por lo excéntrica, ha de llamarte la atención, y que es el complemento de su bagaje científico.

Era ayer, á la hora fatídica de que te hablaba: al dar las cuatro se ausentó mi enfermera, y á las cuatro y cuarto no había vuelto.

—¿Qué traerá, justo cielo!—pensaba durante su ausencia.—Escogidos han de ser los manjares cuando tarda quince minutos en componer el festín.

La curiosidad me hacía no quitar los ojos de la puerta, y por fin, después de esperar cerca de media hora, vi volver á Eladia con las manos llenas y el paso grave del que lleva la bandera en una procesión.

¿De qué se trataba? Mi sorpresa no tuvo límites cuando vi que traía un trozo de pan caliente, que humeaba entre sus dedos, un canto de hogaza entero, en medio del cual había hecho un hueco en la compacta miga, rellenándolo con manteca de vacas fresca, la que se derretía exhalando un perfume de los más suculentos.

La señorita de Bazán se sentó enfrente de mí, dió un suspiro que parecía expresar descanso, inclinó la cabeza con aire confidencial, y, mostrándome su merienda, dijo con un gesto muy expresivo:

—¡Está ardiendo!

Después atacó el fabuloso regalo, mordiendo y soplando á la vez.

—¿Os vais á comer todo eso?—le dije con asombro.

—¿Por qué no, si está excelente?—me contestó.

—Excelente no lo dudo—le repliqué;—pero es pesado como el plomo, y os va á doler el estómago.

—¡El estómago!—exclamó con aire de superioridad;—¿qué ha de importarle al estómago la merienda?

Y se echó hacia atrás para reir á su gusto con la idea de que media libra de masa ardiendo pudiera disgustar á su estómago.

—Os puede torcer la digestión y causaros sufrimientos muy grandes—le dije con bastante sequedad.

Y al verla abrir, en señal de admiración, dos ojos como tazas, pensé que acaso no entendía lo que le hablaba, porque nadie se había tomado el trabajo de hacérselo comprender, y llamando en mi auxilio las descripciones clásicas que oí en la niñez:

—El estómago—continué con tono doctoral—es una especie de bolsillo que tiene la forma de una cornamusa; su extremidad más ancha está colocada en el lado izquierdo y superior de.....

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la señorita Eladia, interrumpiéndome sin cumplidos.—No es así como yo entiendo el estómago.

Y como el pan continuaba quemando, lo puso en una esquina del bastidor, y prosiguió sin hacerse rogar:

—He aquí del modo que yo entiendo esa parte del cuerpo humano: me lo figuro un viejecito inquieto, jorobadillo, vestido de negro, con peluca rizada y un junco de puño de oro, que va y viene continuamente por un gabinete pequeño, en medio del cual hay una chimenea, por la que arroja todos los cargamentos que le envían; cuando lo que recibe le parece bien, se ríe enseñando los dientes, al par que se baja frotándose las manos de placer al examinarlo; mas si, al contrario, lo cree malo, se enoja, alza despreciativamente los hombros y murmura: «*Imbéciles, tontos, ¿qué me envían aquí? ¿qué quieren que haga con esto?*» Y empuja todo aquello á un rincón donde echa lo que no le sirve; al í puede ser que vaya mi pan caliente, pero nada más. En cuanto á lo que decís de bolsillo y cornamusa, jamás he oído hablar de tales cosas ni quiero ocuparme en ellas; mi viejecito basta para el asunto, y él y yo nos entendemos perfectamente: si frunce un poquillo las cejas cuando le regalo fruta verde, tiene sin embargo la atención de no reconvenirme jamás.

El pan había dejado de humear: la corteza, reblandecida, se resquebrajaba, y la manteca olía mejor que nunca; la señorita de Bazán lo tomó con la punta de los dedos y acabó de comerlo, persuadida de que me había convencido de la existencia del viejecillo. He aquí su lógica; ¿no te parece un poco extraña?

Pero oyéndola contar su vida se explican bien las rarezas de Eladia: muchas veces la interrogo sobre su infancia, buscando en el pasado la sombra de un aya, institutriz ó profesora, alguna dirección, en fin, de este carácter original y como nunca soñé que existiera. Excuso decirte que no he hallado ni rastro de tan venerables figuras, y dudoso todavía, me atreví en una ocasión á preguntarle:

—¿Quién os ha educado?

—Nadie—me respondió con viveza;—he hecho siempre mi gusto, y esta ha sido la compensación de la eterna soledad en que he vivido.

¿Qué juicio formas de una niña que crece como la avena silvestre, entre su vieja criada y su perro, más olvidada que éste, y con veinticuatro horas delante de sí cada día para hacer todas las simplezas que se le antojaran?

Hay, sin embargo, en tan salvaje existencia muchas horas tristes, que la señorita de Bazán refiere con una sencillez que prueba desconoce su valor. La tía de que te he hablado es una calamidad sobre la tierra, y cuando por la falta de sus visitas creía tener la dicha de haber sido olvidado, la amable señora ha tenido la atención de probar que se acordaba de mí.

Hace poco más de dos horas que la señorita Eladia, con su eterno guardia de corps, Nicolasa, se hallaban en mi habitación, sentadas al lado del fuego; la primera bordando como de costumbre en la banda de tapicería, que parece hermana de la labor de Penélope, y la segunda acomodando y limpiando los muebles con una pulcritud que raya en manía; al par que trabajaba, la señorita de Bazán mandaba hacer á *Lolo* todas las gracias que sabe, y el perro daba tales vueltas y saltos, que, á pesar de lo grotesco de la diversión, me hacía reir de veras, cuando la puerta se abrió para dar paso á la extraña figura de la dueña Quintañona, personificada en la dama de Castrojériz, más fea, más soberbia y más antipática que la había visto nunca. Aunque debiera mostrarme resentido por su anterior abandono (que no cabía ser más ridículo), quise parecer generoso, y como buen príncipe, dirigirla un saludo por respetos á la sobrina; pero sin darme tiempo de nada, me dijo ceremoniosamente:

—Señor de Errazu, hace cinco semanas que os halláis en el castillo de Bazán, y como supongo que está próximo el día de vuestra marcha, he querido veros por última vez.

¿Puede darse mayor descaro para poner á un huésped en la puerta? ¿Se figuraba quizás esta arpía que estaba en su casa por mi voluntad? Nicolasa, asustada, me miraba como boba; *Lolo* había suspendido sus piruetas, y colocado delante de su dueña, enseñaba los dientes, como dispuesto á arrojarse sobre la señora de Castrojériz. En cuanto á Eladia, no podría, por mucho que hiciera, explicar lo que su semblante expresaba: vergüenza, dolor y cólera, todo brillaba á la vez en sus encendidas mejillas y en los ojos, que lanzaban rayos.

—Tía—dijo al fin, mientras la emoción hacía temblar ligeramente sus labios—permitidme haceros observar que este caballero está en el castillo por necesidad imprescindible, y que vuestras palabras son impropias de las circunstancias en que nos hallamos.

Quisiera que la hubieses podido ver cuando hablaba de este modo, porque nada recordaba en ella á la niña; era una mujer digna, grave, gran señora en toda la acepción de la palabra: sin duda te habría entusiasmado siendo tan impresionable como eres; pero creo que la misma sensatez del razonamiento de la sobrina hizo subir de punto el enojo de la tía, que adelantó hacia ella con ademán amenazador, y si no hubiera sido por la enérgica actitud de *Lolo*, creo, Dios me perdone, que le habría pegado.

—Nada me importan tus bachillerías—gruñó furiosa la de Castrojériz, que haciendo caso omiso de mi humil e persona, se encaró resueltamente con Eladia, tratando de confundirla por sus gestos de supremo desdén;—hace cuarenta días que, sin deber hacerlo, estoy por prudencia tolerando el ridículo papel de enfermera que te has impuesto, sólo por el afán de ser Doña Precisa, cuando Nicolasa bastaba para los cuidados que habían de prodigarse á este señor.

—El médico es quien me ha impuesto el papel que decís, y más que el médico mi deseo de aliviar al que sufre. ¿Por qué no habéis compartido conmigo este sagrado deber?—replicó la señorita Eladia, que hacía esfuerzos increíbles para no estallar en sollozos.

—¡Yo! Líbreme Dios de mezclarme en tal aventura, ni dar un paso para acercarme al lecho donde se halla un hombre que no está unido á nosotras por ningún vínculo de sangre.

—Lecho que deploro haber ocupado ni un día, puesto que era contra la voluntad de la dueña de la casa—exclamé sin poder contener más tiempo mi cólera;—pero tranquilizaos, señora, os prometo que hoy mismo abandonaré el castillo.

Te aseguro, Ernesto, que esta escena me había puesto fuera de mí, y que las insolencias me abrasaban los labios. La tía de Eladia me dirigió una mirada de irónico despecho, y sin contestarme, volvió á decir á su sobrina:

—Celebro mucho que la docilidad de este caballero al deseo que le he indicado, te enseñe al fin á obedecer.

Y juzgando que había dicho bastante, y que el asunto estaba terminado, se dirigió hacia la puerta con largos pasos, como una fragata desarbolada cuyo viejo casco dejan abandonado sobre la arena para que sirva de juguete á las olas.

Mas no había llegado á la mitad de la cámara, cuando entró en escena el quinto personaje, con cuya aparición seguramente no contaba la señorita de Castrojériz. Era mi doctor, que llegaba como una tromba, con las cejas erizadas, los labios fruncidos, y que sin cumplimientos asió de un brazo á la tía de Eladia.

—¿Quién es—dijo rudamente—quien habla de obediencia en el cuarto de un enfermo, cuando el médico no está?

Sin duda había escuchado desde la puerta y sabía á qué atenerse.

—En cuanto á vos, señorita—continuó dirigiéndose á la de Bazán, permaneced aquí, os lo ruego, y si es menester, os lo mando:—vos, señor de Errazu, recordad nuestra conversación y estaos tranquilo; prohibo en absoluto que os mováis, y tenéis que estar quieto hasta que vuestra fractura lo permita; y vos, mi encantadora amiga—añadió tomando cortésmente del brazo á la de Castrojériz—concededme el honor de acompañaros á vuestras habitaciones; tengo algo muy importante que deciros

Y llevándose á la tía de Eladia, que estupefacta por este manejo no había hallado una frase con que desbordar su enojo, iba á salir; pero al llegar al umbral se detuvo, y volviéndose á nosotros, dijo con una amable sonrisa:

—No toméis en serio, señor de Errazu, las bromas de mi excelente amiga; así como así, la que os concede generosa hospitalidad no es ella, sino la última de los Bazán.

Y se alejó llevándose á la indigesta vieja.

Si te dijera que sentía rugir en mi pecho una tempestad de cólera, sería poco para lo que experimentaba; baste como muestra que mis manos trazaban en el aire vagos molinetes, y que ansiaba atrapar alguien con quien desahogar mi rabia. Nicolasa, más muerta que viva, fijaba en mí sus espantados ojos, y se conocía que hubiera preferido estar siete estadios bajo tierra, á ser testigo de la escena anterior: miré á Eladia creyendo hallarla anegada en llanto, y me sorprendió su cabeza erguida y sus ojos brotando fuego.

—¡Oh, qué mal corazón! ¡qué mal corazón!—balbuceaba, como si no pudiera expresar su pensamiento sino con estas frases.

De pronto la faltó el aparente valor que la sostenía, y cayó en el sillón exclamando con acento vibrante:

—¡Y pensar que hace diez y ocho años que estoy á su lado!

—¿Ha sido siempre como ahora?—le pregunté.

—¡Siempre!

—¿Pero cuál es la causa de ese carácter insufrible? ¿Qué tiene en el alma para odiar al prójimo en vez de amarle?

—¡Qué sé yo! Nicolasa dice que ha criado gusanos en el corazón, y que por eso no ha querido ni quiere á nadie. Lo que yo creo es que hay personas que nacen malas como las ortigas.

—Y aparte de mi presencia aquí, ¿qué es lo que la enoja contra vos?

A. HERMILL.

(Continuará.)

29.—Corpiño de soirée y teatro.

33.—Manga de visita.

34.—Manga de calle

30.—Adorno de corpiño ó de vestido Princesa.

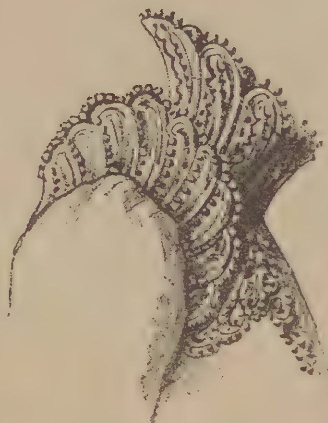
31.—Cuello Médicis

35.—Manga de soirée y teatro.

36.—Manga de baile.

40 á 42.—Traje escocés para niños de 3 á 5 años. Delantero, espalda y accesorios.

39.—Chaqueta Betzy.


32.—Cuello Enrique II

37.—Manga de ceremonia.

38.—Manga de convite.

43 y 44.—Traje para niñas de 4 á 6 años. Espalda y delantero.

45.—Toque de terciopelo.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

46.—Bordado del vestido para niñas de 2 á 3 años.
Véase el dibujo 28.

47.—Collar de felpilla y cordón de oro.

48.—Capota de terciopelo.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Á ROSA.—Sí; hacen bien en los trajes obscuros los chalecos en color claro. Hemos publicado en nuestro número de 14 de Noviembre un figurín iluminado extraordinario, en ese estilo, que puede servirle de modelo, poniendo el terciopelo en lugar de piel, y las mangas de la misma tela del vestido, con vueltas de terciopelo.

Para hacer la chaqueta de paño puede guiarse por el grabado 24 de nuestro número de 30 de Noviembre, que es muy elegante modelo.

No es posible complacerla en la publicación de los versos.

Á LOLA.—Se llevan indistintamente los boas cortos de pluma y los largos hasta el borde del vestido, aunque éstos tienen la preferencia por ser para más vestir y hacer más elegante.

El figurín más elegante es el que está en papel de seda.

Los colores de moda son: beige, dalia, gris-acero, azul-Francia y verde-mirto.

Se sigue llevando el pico rizado en la frente.

Para la forma del peinado, tenga la bondad de repasar los figurines y grabados de nuestro periódico.

Los dos adornos que me dice, se llevan igualmente.

Á CLAUDIA.—Timbre usted el papel con sólo el nombre de pila.

Para su edad, no siendo huérfana ó no teniendo madre, no se usan tarjetas.

La fecha en las cartas se pone como encabeza la carta.

En las cartas de confianza se firma con el nombre sólo, y en las de cumplido, con el nombre y apellido.

SRTA. D.ª U.—Sí; estarán muy bien los pañuelos con la letra en blanco.

Para suplir el largo que deben tener las sábanas, debe añadir en el embozo un entredós de encaje *torchou*, después un jaretón postizo de seis dedos, y por último un encaje ancho haciendo juego con el entredós.

Á las otras sábanas debe cambiarles la guarnición por volantes de hilo festoneados, ó por tiras bordadas anchas.

Las toallas afelpadas se marcan á punto de cruz, ó poniendo un pedazo de cañamazo, ó realce con algodones gordos de colores; las mantelerías y mantas, á realce.

Las camisas buenas no están bien con los canesús que dice. Deben ser bordados á realce.

Á D.ª FRANCISCA S.—Voy á indicarla tres formas de abrigos para niñas de la edad que desea.

Uno precioso hemos publicado en el número de 14 de Noviembre último y señalado con los números 14 y 15, que es muy elegante. Otro también bonito para más diario, grabados 41 y 42, en el número del 14 de Octubre de 1890, y por último, otro también de vestir en el del 30 del mismo mes de Octubre, señalado con el número 20.

Sí; se estilan mucho los sombreros de terciopelo, pero adornados con cintas ó plumas y á veces ambas cosas, ó también con pájaros.

Se siguen llevando para diario las chaquetas á que se refiere.

Á D.ª MARÍA B.—Debe preguntar á su prometido si es de su agrado el regalo que ha pensado hacerle, pues no siendo costumbre hoy día esa clase de regalos, sólo un capricho del interesado podría explicar la alteración.

Cuanto á la inscripción, según tengo entendido, no lo permite el reglamento.

En España, generalmente sólo se usaba el traje blanco de desposada cuando la ceremonia se celebraba en casa de la contrayente. Sin embargo, ahora empieza á generalizarse también el uso de dicho traje para la iglesia.

De alhajas, sólo debe ponerse pendientes pequeños, pulsera y collar de perlas, si lo tuviera. Sujetando el velo, debe llevar una pequeña ramita de azahar.

Puesto que el *lunch* no es en su casa, debe cambiar el traje de desposada por uno de vestir de los que le haya regalado el novio.

No hay inconveniente en que salga á la calle por la tarde, y en este caso debe llevar el mismo traje que le indico para el *lunch*. Para viaje, traje de paño sin ningún adorno.

Á MARUJITA.—La chaqueta que hemos publicado en nuestro número del 6 de Noviembre puede servirla para la que quiere bordar, porque es muy elegante la chaqueta bordada, con mangas y solapas de terciopelo liso.

Sí; puede llevar sombrero verde obscuro con vestido color cuero. Los sombreros de pelo largo se estilan y son elegantes, pero también se llevan de castor, y sobre todo de terciopelo.

Siguen llevándose los vestidos rozando el suelo.

AL HIJO DE UNA SUSCRITORA.—Las esquelas para dar parte de boda se ponen así:

«D..... y D.ª..... participan á usted su efectuado enlace, y ofrecen su casa, calle de..... núm.....»

Con esta esquela se incluye otra de su señora madre, en la forma siguiente:

«D.ª Dolores R., viuda de S., participa á usted el efectuado enlace de su hijo N., con D.ª......»

Está bien puesta la fecha de su carta.

Á ROSA DE TÉ. — Una señorita no puede ofrecer su casa en nombre de sus padres, como no sea en ausencia y por encargo de éstos, verbalmente, en alguna visita ó casa en que sea presentada. En este caso sólo debe decir: «En nombre de mis padres, tengo el gusto de ofrecer á usted su casa, calle de..... núm.....» Si no tiene madre, entonces como representación de la dueña de la casa, la ofrecerá, y usará tarjetas con las señas de su domicilio.

Para salir de teatro ó *soirée*, las señoritas llevan generalmente abrigo corto, y para su confección la recomiendo el grabado 22 de nuestro número del 14 de Noviembre último, y que debe hacer en las mismas telas que se indican en la explicación.

Sí; vuelven á ponerse almohadones con profusión en sofás, divanes, etc.; pero no en los salones, sino en los gabinetes *boudoirs* ó salitas de confianza. Se hacen éstos de telas diversas: en *peluche* bordado ó con aplicaciones, telas antiguas, *pompadour*, rasos de colores, etc., etc., y se colocan en el centro del sofá (y en este caso son de forma alargada), ó en cada uno de los extremos, y entonces son completamente cuadrados.

Los retratos se colocan de diferentes maneras: en caballetes, biombos, marcos de telas antiguas ó de piel que se abren como los albums, porque éstos y los marcos á que se refiere están completamente pasados de moda.

ADELA P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 45.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.

TRAJES DE TEATRO.

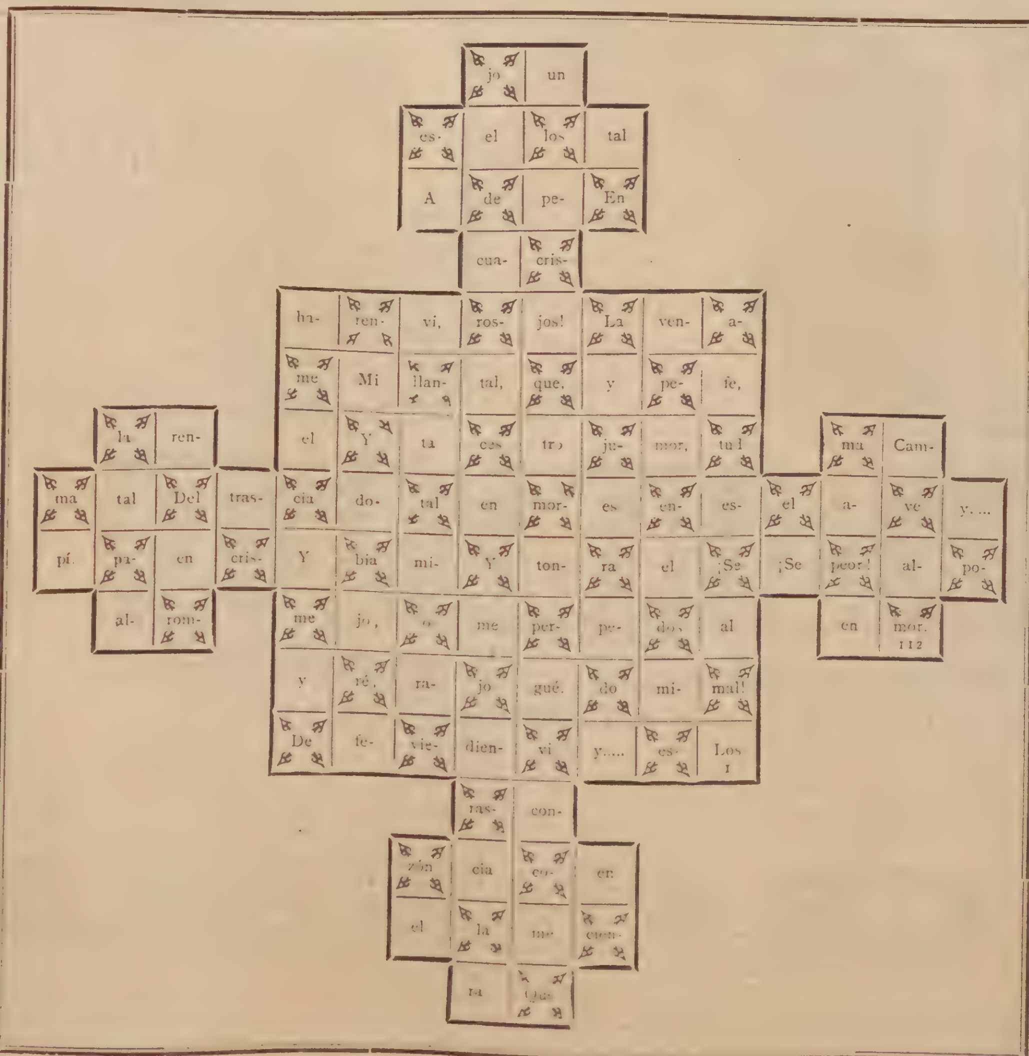
(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

Núm. 1. *Traje de bengalina color caña, adornado con gasa y bordados negros.* — Falda de cola fruncida arriba, y rodeada de una *ruche* de gasa; delantero bordado al borde, con una ancha greca en seda negra; el cuerpo es fruncido en el talle, por delante y por detrás, y va adornado con dos solapas de terciopelo negro, sobre las que cae un *fichú* formando cascada, de gasa negra, que rodea un cuello Médicis color caña con bordados negros, y termina en punta en la parte inferior del cuerpo, la cual va bordada.—Manga de gasa muy amplia, sujeta con dos cintas estrechas color caña, que se cierran con un *chou* pequeñito.—Sombrero de terciopelo negro, adornado con plumas amarillas y negras.

Núm. 2. *Traje de señorita y señora joven, de lana rosa, sembrado de libélulas de terciopelo negro.*—Falda lisa drapeada en las caderas, con un poco de cola por detrás y plegada en abanico. El cuerpo es liso, abierto sobre una camiseta de *surah* rosa, fruncida en el cuello y terminada por un cuello Médicis de terciopelo negro. La espalda, escotada en redondo sobre la camiseta, va adornada con vueltas de terciopelo negro. Manga de lana, dejando escapar un bullón de *surah* rosa, y adornada en la parte superior é inferior con dos vueltas de terciopelo negro.

SALTO DE CABALLO

PRESENTADO POR D. JORGE DE MATEO, DE TAFALLA.



PRINCIPIA EN LA CASILLA NÚM. 1 Y TERMINA EN LA 112.

ADVERTENCIA.

Rogamos á las Señoras Suscritoras, cuyo abono termine en fin del corriente mes, y piensen seguir favoreciéndonos con su concurso en el año próximo, que se sirvan pasar el aviso á esta Administración con la mayor anticipación posible; pues siendo muchas las que se hallan en ese caso, es de temer que experimenten algún retraso en recibir el periódico las que dejen para última hora el hacer la renovación.

Para llenar este requisito ó hacer una reclamación cualquiera, es conveniente acompañar á la carta una de las fajas con que se recibe el periódico.

EL ADMINISTRADOR.

ANUNCIOS.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | **Madrid, 14 de Diciembre de 1890.** | **Año XLIX.—Núm. 46.**

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El terciopelo á la moda.—Trajes de ceremonia y trajes de baile.—Las esclavinas y las *toques*.—TEATRO FRANCÉS: *La Parisienne*, comedia en tres actos de M. Becque.—Ruidoso fracaso.—Un muerto tranquilo.—Entre bolsistas.

El terciopelo, casi abandonado en estos años últimos, triunfa el presente invierno, y el vestido de terciopelo no es ya un vestido solemne limitado á los colores clásicos, de los cuales no salía jamás: verde, negro, granate ó zafiro. Ahora el vestido de terciopelo se hace de los colores más delicados y más finos, ni más ni menos que el tul y el crespón de la China. Una señorita ó una señora joven llevarán al baile un vestido de terciopelo azul, color de maíz ó de rosa, como llevaban antaño vestidos de gasa ó de muselina. Estoy segura que no tardaremos en ver desposadas vestidas de terciopelo blanco.

Para adornar los magníficos terciopelos de Lyon, cuando la persona que ha de llevarlos no es muy joven, es decir, cuando ha pasado de los treinta, deberá añadir unos bordados de seda de color ó de azabache, ó, si lo prefiere, unos adornos de piel de lujo. Se llevan martas pequeñas enteras, con cabeza y cola, enrolladas, unas á continuación de otras, en el contorno de una falda y de las diferentes piezas del corpiño.

Un vestido de terciopelo azul celeste irá bordado de crisantemas del Japón con sus pétalos abundantes y sus colores mezclados, tan lindos como originales.

Sobre un vestido de terciopelo color de maíz, unos lirios soberbios se elevan sobre sus tallos, y unos lirios de terciopelo, que imitan la flor natural, erizan el contorno del corpiño; todo lo cual ofrece un aspecto indescriptible. No se verá nada más selecto ni más elegante que estos

1.—Traje de recepción.

vestidos en los banquetes y en los bailes de la Ópera.

Unas cuantas flores, un bordado, bastan para enriquecer estos vestidos, ya ricos de por sí; pero lo que es necesario, ante todo, es la corrección del corte.

Todas las elegantes, enemigas de lo vulgar, se muestran entusiasmadas de estos vestidos de terciopelo, que no estarán nunca al alcance de todo el mundo.

Para visita y para asistir á ceremonias nupciales, he aquí un vestido de terciopelo negro, enteramente acribillado de azabache. Delantal largo hecho todo él de bordado y cuentas. Casaca Luis XV, con una coraza de azabache y hojas de cuentas gruesas que rodean los delanteros de la aldeta y forman por arriba como un alzacuello, mientras que toda la espalda, falda, casaca y corpiño son de terciopelo negro liso, y dan al traje un aire majestuoso. Acompaña al vestido que acabo de describir un sombrerito de terciopelo negro plegado, con aureola de cuentas gruesas de azabache *(cabochons)* y pájaro del paraíso puesto por detrás (croquis núm. 1).

El terciopelo de caza ó terciopelo rayado (nuestro clásico velludo) beneficia de la boga del terciopelo de seda, y sirve para trajes de calle sumamente distinguidos. Falda lisa, un poco larga y muy plana, casi ceñida. Chaleco de bordado ó de tela rameada de color claro, y chaqueta larga ajustada con su aldeta plegada ó fruncida. Con este vestido se lleva una *toque* muy pequeña de paño ó de muselina de seda, de un color que se destaque bien sobre el color del vestido, ó se armonice con un punto cualquiera del traje.

Véase un modelo de *toque* (croquis núm. 3) de paño rojo, ribeteada de astrakán con cuentas de azabache. Por detrás van una guarnición plegada de paño y un cigarrón de azabache.

* *

La esclavina de todas formas, sobre todo larga, continúa haciendo las delicias de las jóvenes. El modelo cuyo dibujo insertamos más adelante (croquis núm. 2) es de paño color de piel, con canesú ó más bien alzacuello de terciopelo mordorado incrustado de cuentas, de *cabochons* y de lentejuelas de varios colores. En el interior del cuello se pone una tira de plumas que llegan hasta el borde y dan al rostro un marco de una dulzura sin igual.

El tocado que acompaña á esta esclavina es un sombrerito redondo con fondo de fieltro y bordes holandeses, enteramente ondulados. Una bandeleta de terciopelo bordada de cuentas se apoya sobre los cabellos. Como adorno, un hermoso pájaro de plumaje gris, como el fieltro y el terciopelo, descansa en el lado izquierdo y va sostenido con una

Núm. 1.

banda plegada de terciopelo y una mariposa de cinta color de musgo.

***

El suceso teatral de la semana ha sido la representación en el Teatro Francés de la comedia en tres actos titulada *La Parisienne*. Su autor, M. Becque, que es uno de los jefes de la «nueva escuela», fundaba grandes esperanzas en la representación de su obra en el primer coliseo de París; pero estas esperanzas han salido fallidas: el resultado ha sido lo que en lenguaje de bastidores se llama un *four*.

Este resultado era de prever. Dejando aparte los defectos literarios y escénicos de la obra, el autor naturalista no se ha contentado con retratar un tipo particular, mal ó bien estudiado, sino que ha puesto en escena un ser pervertido, vicioso, una mala madre, una esposa infiel, sin corazón, sin pudor, sin dignidad, sin conciencia, y á este tipo lo ha llamado *La Parisienne;* es decir, que ha tomado el individuo por la colectividad, diciendo á todo un público numeroso y respetable: «Así han sido vuestras madres, así son vuestras esposas, vuestras hijas.» Tan audaz é injusta suposición ha arrancado un grito de protesta de todos los pechos; lo cual explica el ruidoso fracaso de la comedia de M. Becque.

Las razones que preceden nos eximen de analizar una obra en mal hora aceptada por el director del Teatro Francés; pero no de tributar merecidos elogios al talento y á la elegancia de su protagonista Mlle. Reichemberg,

He aquí los dibujos y la descripción de los tres trajes de esta simpática artista:

Núms. 2 y 3.

ACTO PRIMERO.—Vestido de paño color de albaricoque, bordado de ramas de margaritas echadas sobre unas cintas de terciopelo gris. Bordado igual en el corpiño.—*Toque* de paño como el vestido, con un borde de marta cibelina (croquis núm. 4).

ACTO SEGUNDO.—Vestido de bengalina color de rosa, guarnecido de flores de azabache y de un encaje ancho bordado igualmente de azabache. Adorno de azabache figurando una chaquetilla, tirantes de lo mismo y dos aldetas por detrás.—Capota de tejido bordada de *cabochons* de azabache (croquis núm. 5).

ACTO TERCERO.—*Deshabillé* de faya azul celeste, con delantero de falda de muselina de seda. Volantes de la misma muselina en el escote. Mangas iguales, y solapas grandes de faya sobre la falda con guarnición de muselina de seda (croquis núm. 6).

***

Núm. 4.

Tomado de una novela cuya acción pasa en la Edad Media.

—El Duque, atravesado de mil *bayonetazos*, cayó en el fragor de la pelea.....

..... Al día siguiente, cuando sus servidores lo encontraron, estaba muerto, pero *tranquilo*.

En el peristilo de la Bolsa, entre especuladores poco escrupulosos:

—¿Vienes á tomar algo?

—¿A quién?

V. DE CASTELFIDO.

París, 8 de Diciembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recepción.—Núm. 1.

Este traje es de damasco de seda rameado, verde agua y terciopelo verde, y va guarnecido de pasamanería de oro y seda verde agua y de zorro marrón. Quilla y mangas de terciopelo. Pasamanería en los bordes de esta quilla, en el corpiño y en las mangas. Tira de piel en la orla del vestido y en el cuello.

Mantel de aparador.—Núms. 2 á 6.

Tiene este mantel 75 centímetros en cuadro, y se compone de un fondo de lienzo crudo y una cenefa cosida en el borde inferior del fondo. El lado superior de la cenefa va adornado con varios puntos. La cenefa se compone de dos tiras caladas de cañamazo grueso de 13 centímetros de ancho, reunidas por medio de un entredós hecho al crochet, y terminadas en un encaje hecho también al crochet. Las tiras de cañamazo van bordadas con algodón encarnado (véanse los dibujos 5 y 6) y galoncillo de algodón de color igual, de ½ de centímetro de ancho, fijado con unas costuras cruzadas, que se hacen con algodón azul.

Para ejecutar el entredós al crochet (dibujo 3), se hacen, yendo y viniendo, sobre una cadeneta de 21 mallas al aire:

1.ª *vuelta.*—Se pasan las 3 mallas más próximas,—18 bridas sobre las 18 mallas siguientes.

2.ª *vuelta.*—6 veces, alternando, 4 mallas al aire,—una malla simple sobre la 3.ª malla siguiente.

3.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—5 veces sobre las 4 mallas al aire más próximas dos bridas separadas por un piquillo,—y una brida sobre las 4 mallas al aire siguientes.

Núm. 5.

4.ª *vuelta.*—5 mallas al aire,—4 veces, alternando, una brida sobre el piquillo más próximo,—3 mallas al aire,—una brida sobre el piquillo siguiente,—una malla al aire,—una brida doble sobre la malla al aire más próxima.

5.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—una malla simple sobre la malla al aire más próxima,—5 veces, alternativamente, un piquillo,—una malla simple sobre la malla al aire siguiente hecha sobre la brida más próxima.

6.ª *vuelta.*—Como la 4.ª; pero al empezar, en vez de 5, sólo se hacen 4 mallas al aire,—y al final no se ejecuta la malla al aire que precede la última brida doble.

Núm. 6.

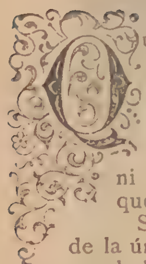
7.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—se pasa la malla más próxima,—18 bridas sobre las 18 mallas siguientes. Se vuelve á empezar siempre de la 2.ª á la 7.ª vuelta.

Para el encaje al crochet (véase el dibujo 4), que se ejecuta al través y va guarnecido en su borde superior de una vuelta á lo largo, se hacen: * 30 mallas al aire, y

PERIQUILLO ROMPEGALAS.

(HISTORIA DE ALDEA.)

I.



UIÉN era Periquillo? El muchacho más travieso, listo, pendenciero y valiente que había en Santa María de N... y en más de diez leguas á la redonda. Sus caprichos eran órdenes para sus compañeros, porque le temían; ninguno le había vencido, ni los que tenían tres ó cuatro años más; él quedaba siempre triunfante.

Su padre se había casado, siendo sacristán de la única iglesia que allí había, con una huérfana, de la que fué primero tutor, luego administrador, después marido, y, por último, heredero, porque ella abandonó este pícaro mundo apenas nació Periquillo. La criatura tuvo la de suerte que le encontraran una nodriza excelente; pero no podía estar en la casa del padre, porque era casada y con cinco hijos, todos pequeños. Los informes de aquella mujer no podían ser mejores; así es que el buen padre no vaciló, tomó al chico en sus brazos, le hizo mil caricias, y luego se lo entregó á la nodriza. Rebujóle ésta en un pañolón de lana, después le cubrió con la afelpada sayaguesa, y sentada cómodamente sobre una bien aparejada caballería, tomó el camino de su pueblo, distante de Santa María poco más de dos leguas.

Dos años cumplidos estuvo el niño lejos de su padre, pero éste le visitaba siempre que sus ocupaciones se lo permitían, y al cabo de ese tiempo le fué entregado por la nodriza, sano como una manzana y desarrollado prodigiosamente.

—Aquí se lo traigo á usted, señor Pablo—dijo, abrazando y besando al muchacho con los ojos llenos de lágrimas.—Puede usted creer que le he cuidado y le quiero como á mis hijos, y si no le tengo conmigo más tiempo es porque no podría cuidarle como hasta ahora lo he hecho.

¿Usted no sabe lo que son cinco chicos pequeños? cinco pecados mortales, que dan más guerra que Napoleón, y dentro de siete meses serán seis, sí, señor, un enjambre de chiquillos.

El señor Pablo la gratificó espléndidamente, y no hizo nada de más, porque el muchacho estaba que daba gloria mirarle; era una alhaja.

Pero ¿qué iba á ser de aquella criatura sin los cuidados de una persona interesada? Dos sirvientas tenía el señor Pablo, que una no hubiera bastado habiendo el trajín de dar de comer á los mozos del campo, y puede decirse con verdad que venía á resultar sólo una y media, porque la señora Teresa, antigua ya en la casa, era mujer que se acercaba á los sesenta, y se alejaba todo lo que podía del trabajo. Cada día le gustaba más la comodidad, y pasaba las horas muertas haciendo calceta, sentada fuera de la puerta á la sombra del emparrado cuando hacía buen tiempo, ó junto al hogar si estaba lluvioso y arreciaba el frío.

La otra era una moza de veinticinco años, zafia, brusca y desvergonzada, tanto como dispuesta para el trabajo, capaz, como vulgarmente se dice, de coger la casa en peso; por eso era allí indispensable.

Ninguna de las dos servía para cuidar de Periquillo, sabido se lo tenía el señor Pablo; por eso, después de profundas reflexiones, había tomado la determinación de contraer segundas nupcias, y desde luego visitó con frecuencia la casa de una vecina que tenía una hija honrada y bondadosa. Encantado de su angelical carácter, se decía con satisfacción: «Será una segunda madre para mi pobre hijo, y si ella me los da, á todos los querrá de igual manera.»

Apenas hacía un mes que le pertenecía, y ya el ángel plegaba las alas y se convertía en mujer un tanto exigente y caprichosa.

¡Qué desilusión! ¡qué desencanto! Y á pesar de este triste desengaño, de este lastimoso cambio, no se arrepentía de su elección. «Si ésta, pensaba, que parecía tan perfecta, suele sacar los pies de las alforjas, ¿qué sería de mí si hubiera elegido una de esas que siempre los tienen fuera?» Y con esto quedaba tranquilo y resuelto á sufrir pacientemente todas las contrariedades mortificantes que fueran presentándose. No tuvo que sufrir mucho tiempo, porque á los ocho años fué á reunirse con su primera esposa, dejando á Periquillo completamente huérfano.

Cuando conoció que aquella sería su última enfermedad, hizo testamento, dejando por tutora de su hijo á la viuda. Mas como no fiaba mucho en sus bondades ni en su fidelidad, le dejaba una pensión por los cuidados que prestara al niño, pero nada de separar para ella ni tercio ni quinto de la parte de que era dueño por habérselo dejado su esposa.

Periquillo quedaba único heredero y en libertad de pedir otro tutor, teniendo la viuda en este caso que hacer entrega de todos los bienes, dar cuenta de lo administrado y perder la pensión, como era consiguiente.

El testador creyó con esto sujetar á la viuda y obligarla á dar buen trato á su hijo.

Periquillo era dueño de la mejor viña, de dos hermosos pares de mulas de labranza, y de la mayor extensión de tierra de pan llevar.

Hacía dos años que la plaza de sacristán, vacante por muerte del señor Pablo, la ocupaba un vecino del pueblo llamado Miguel, hombre interesado y ambicioso, que se había propuesto ocupar también la otra plaza que su antecesor había dejado vacante, pretendiendo con gran insistencia á la viuda, á la que al fin logró interesar.

Pero he aquí que, sin saber cómo ni de qué manera, el sagaz Periquillo, que desde que vió entrar en su casa al señor Miguel le había gustado poco, se enteró de las relaciones amorosas que sostenía con su madrastra y de los bellos planes que ambos hacían para el porvenir, y un día le dijo con el mayor aplomo:

—Señor Miguel, si usted viene á esta casa porque quiere casarse con mi madrastra, yo le digo que para que eso suceda tiene que pasar antes otra cosa, y es, que yo me vaya; me equivoqué, quise decir que se marche mi madrastra, porque me parece que esta casa es mía, porque era de mi padre, y por eso mismo yo no quiero ver ocupado su sitio por otro hombre.

—Muy bien—le había contestado el señor Miguel, tratando de ocultar el despecho y la ira que habían hecho nacer en él las resueltas palabras de Periquillo.—Eso está muy bien que tú lo digas, que así se conoce lo que á tu padre querías, pero.....

—Aquí no hay pero que valga—le interrumpió el huérfano con violencia;—usted puede hacer lo que quiera y yo también.

—Tú — repuso el sacristán sin poder contenerse—eres un chiquillo malcriado; no sabes lo que dices ni lo que te conviene.

—Si no lo supiera, no le hubiera hablado á usted tan claro.

—A tí te hace falta lo que yo sé.

—¿Quiere usted decírmelo?

—Sí—contestó el sacristán rojo de ira, levantando la mano con ademán de amenaza.

Periquillo, en vez de huir, se le puso delante, diciéndole con violencia:

—¡Atrévase usted á ponerme la mano encima!

El sacristán conoció que se había dejado llevar imprudentemente de la soberbia, y que así no lograría realizar su plan. Hizo un supremo esfuerzo, y dijo con toda la tranquilidad que le fué posible fingir:

—¿Conque has creído que yo te amenazaba de veras? ¡Vaya, muchacho, qué disparate! Era una broma.

—Me alegro—repuso Periquillo sin dejar el tono de desafío con que antes hablaba;—sí, me alegro que haya sido broma, porque si llega usted á tocarme.....

—¡Qué, hombre! ¿qué hubiera sucedido?

—Que tan grandón y todo como es usted, se acuerda de mí el resto de su vida.

—¿Eres bravo?

—¡Ya lo creo!

—Como que tu padre se llamaba Valiente.

—Y yo lo soy; por eso me lo llaman también.

—Y otra cosa más.

—¿Qué cosa?

—Pues, sí; te llaman rompegalas.

—Mías son; á nadie se las debo.

—Es una vergüenza; si no fueras pendenciero, no irías tan destrozón, y nadie se atrevería á ponerte motes.

—Que me llamen como quieran mis amigos ó compañeros, que yo vaya con la ropa destrozada ó nueva, á usted no le importa nada, y no tiene que meterse en ello: ya lo sabe usted, y que no se le olvide.

—Ni tú tampoco has de olvidar lo que voy á decirte—exclamó el sacristán sin poder contenerse.

—¿Y es?

—Que no permitiré que vuelvas á poner los pies en la sacristía ni ayudar á misa; aquella es mi casa y allí mando yo.

—Hasta que me dé la gana.

—No te dará—añadió el sacristán con burlona sonrisa.—Te guardarás muy bien de asomar por allí las orejas, porque pudieras perderlas.

—Lo veremos—repuso el muchacho con tono firme.

Pasaron algunas semanas. Era un domingo; se acercaba la hora de la segunda misa; el monaguillo se preparaba á tocar la campana para llamar á los fieles, cuando se presentó el hijo del alcalde preguntando por el sacristán.

—Ahora vendrá á la sacristía—le contestó el monaguillo.

—Pues mira, yo tengo mucha prisa y no puedo detenerme; dile que mi padre le espera, que él no ha podido venir porque está en la cama hace dos días, ya lo sabe el señor Miguel, que tiene un dolor en una pierna que no se puede tener derecho. Que no falte, que es cosa de importancia lo que tiene que decirle.

Estaban en la plazoleta de la iglesia delante de la gran cruz de piedra, y detrás de ella escondido, no el diablo, sino Periquillo, que había escuchado con atención lo que habían hablado el hijo de la primera autoridad del pueblo con la última personalidad de la iglesia.

El monaguillo entró en casa del sacristán; el otro echó á andar calle arriba con paso apresurado: tenía prisa por volver á su casa, para dar cuenta de haber desempeñado su comisión y ocuparse en otros asuntos que le estaban encomendados.

A poco el sacristán y el monaguillo salieron de la casa.

—No sé—decía el primero—qué se le habrá ocurrido al alcalde para llamarme á esta hora; estoy por ir después de la misa.

—Haga usted lo que quiera, señor Miguel—repuso el muchacho;—pero él venía muy sofocado y me dijo: «Que vaya en seguida, que es cosa de importancia.»

—Bueno, allá voy, y tú da el primer toque, y ayuda la misa con atención, y cuando llenes las vinajeras no me viertas el vino en el suelo ni en tu boca.

—No, señor; tendré cuidado.

—Sí, sí, no te distraigas, y toca la campana, que allí viene ya el Padre Antonio y no le gusta esperar.

Así diciendo, enderezó los pasos hacia la casa del alcalde, que estaba algo distante.

Entonces se adelantó Periquillo, y cogiendo al muchacho por la manga de la raída chaqueta, le llevó detrás de la iglesia, diciéndole:

—Ven, tengo que hablarte y no quiero que lo oiga la gente.

El monaguillo, algo temeroso y acobardado, dijo:

—Suéltame, que voy á tocar á misa.

—Mira, Juan José—repuso Periquillo sin soltarle—no quiero dejarte marchar, porque tengo que decirte una cosa.

—Bueno, pues dila pronto y suéltame—exclamó impaciente el muchacho.

—Yo voy á ser quien ayude la misa.

Al decir esto, dejó en libertad á Juan José; pero éste quedó tan sorprendido y asustado, que no se movió.

—¿No te vas á dar el primer toque?

—Ya voy, sí; pero tú no irás.

—¡Vaya si iré! y ayudaré la misa.

—El señor Miguel te lo ha prohibido.

—A tí no te importa.

—Sí que me importa, y mucho; que me daría una paliza por haberlo permitido, y se lo diría á mi madre para que me diera otra; me las ha prometido.

—¿Me dejas ir y ayudar la misa?

—No, y no, y no.

—Pues mira, á mí no me gusta prometer, me gusta dar.

Y así diciendo, empezó á darle golpes; trataba el otro de corresponder con la misma fuerza y acierto, mas apenas si conseguía volver uno por diez. Los dos cayeron á tierra hechos una pelota.

El reloj empezó á dar la hora que era la de la misa.

Periquillo soltó á Juan José y se puso en pie, diciendo:

—Ya tienes bastante para convencerte. Da los tres toques seguidos.

Y con aire resuelto se dirigió á la iglesia, y cruzando por entre la gente, penetró en la sacristía.

Los dos habían quedado en un estado lastimoso, é impresentables. Del pantalón y la chaqueta de Periquillo colgaban varios jirones, arrancados por los dientes de Juan José, única defensa que le había quedado al caer debajo de su adversario.

Cuando entró Periquillo en la sacristía, el Padre Antonio no le vió, porque tenía la cabeza inclinada para echarse la estola al cuello.

—Señor cura—le dijo con tono humilde—¿quiere usted que ayude la misa?

La campana había dado ya los toques correspondientes; el monaguillo se había puesto la raída sotana de burdo paño sobre la que le había dado Periquillo, y nadie podía saber su estado interior; pero en lo exterior se notaba á primera vista profundos arañazos en la cara y abultados chichones en la cabeza. Había echado el vino en las vinajeras y se preparaba á llevarlas al altar, en donde se iba á celebrar el Santo Sacrificio; pero Periquillo se adelantó con presteza, se las quitó de las manos y repitió lo que antes había dicho y que sin duda no lo oyó el sacerdote:

—¿Quiere usted, señor cura, que ayude yo la misa? Juan José no puede, porque está malo.

—¿Qué tienes, muchacho?—le preguntó sin mirarle.

—Tiene—se apresuró á decir Periquillo—que jugando ha tropezado y ha caído, haciéndose mucho daño con unas piedras.

—Lo siento, hombre; vaya por Dios; vete á tu casa y que te pongan unos paños de agua y vinagre, y tú ayudarás la misa.

Periquillo iba detrás; cuando llegaron al altar, puso las vinajeras sobre la mesita inmediata. Luego se arrodilló al lado del celebrante con gran recogimiento.

Lo que el alcalde con tanta prisa quería comunicar al sacristán era que el señor Obispo de la diócesis, nombrado para desempeñar su cargo en Ultramar, estaba en camino, y que, si no tomaba el más largo, lo cual no era probable, pasaría por el pueblo, y había que estar dispuestos para hacerle un recibimiento digno de su categoría. El sacristán se despidió del alcalde, y corrió á buscar cohetes á casa del herrador, que tenía siempre disponible la cantidad que se le pidiera; pero no tuvo necesidad de comprarlos, porque allí le aseguraron que el señor Obispo no pasaría por Santa María de N....., que iría por el otro camino, también de buena carretera y que estaba más próximo á la estación del ferrocarril, donde tenía que tomar el tren que pasaba con dirección á Santander, en cuyo puerto se embarcaría Su Ilustrísima.

Poco faltaba para acabar la misa cuando el sacristán entró en la iglesia y pasó á la sacristía. Allí, en un banco, estaba el monaguillo. Su indignación no tuvo límites.

—¿Que haces aquí, tunante?—exclamó sacudiéndole con fuerza.—¿Quién está ayudando la misa?

El muchacho no tuvo aliento ni valor para contestar. El sacristán no se detuvo á repetir la pregunta; volvió á la iglesia, vió á Periquillo, y á él se dirigió, echando chispas por los ojos; le cogió por un brazo y cruzó la iglesia, llevándole casi arrastrando, injuriándole y repitiendo á media voz:

—¿Cómo has tenido osadía de presentarte en este estado en la casa de Dios? Esto es una burla, un sacrilegio; yo te enseñaré á respetarla, pillete, rompegalas, miserable.

Las gentes se apartaban para dejarle paso.

Periquillo no pensaba en defenderse; la manaza del sacristán oprimía su brazo como una tenaza de hierro.

Cuando traspasó la puerta, le soltó y empujó con tal violencia, que fué tropezando hasta el pie de la cruz, donde cayó casi desvanecido.

Algunos muchachos que allí jugaban, y los que empezaron á salir de la iglesia, le rodearon lanzando pullas y desvergüenzas.

Del árbol caído todos hacen leña.

Era la primera vez que Periquillo había sido maltratado y vencido. Al levantarse resonó una carcajada general, y luego gritaron:

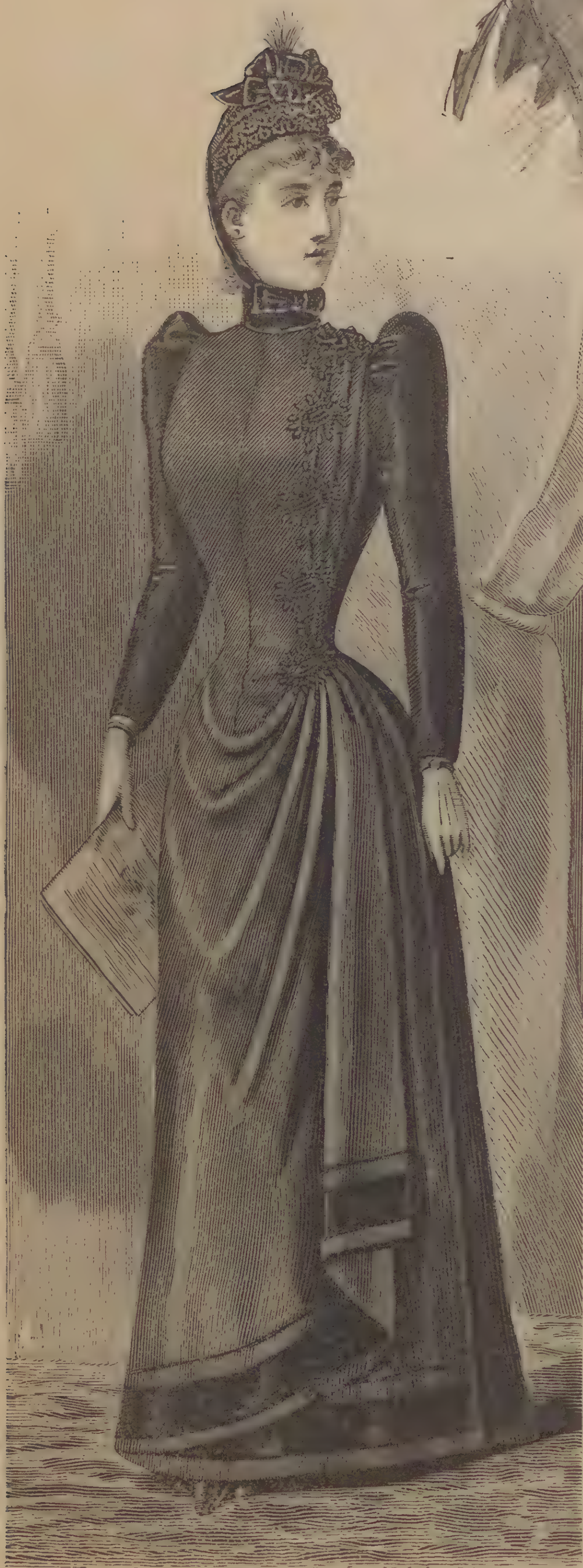
—¡Aquí está D. Rompegalas! Te han zurrado, te han zurrado.

Juan José, que había acabado de ayudar la misa, salió y se unió al corro, repitiendo:

15. Manga de soirée.

14.—Sombrero de terciopelo.

16.—Manga de teatro.

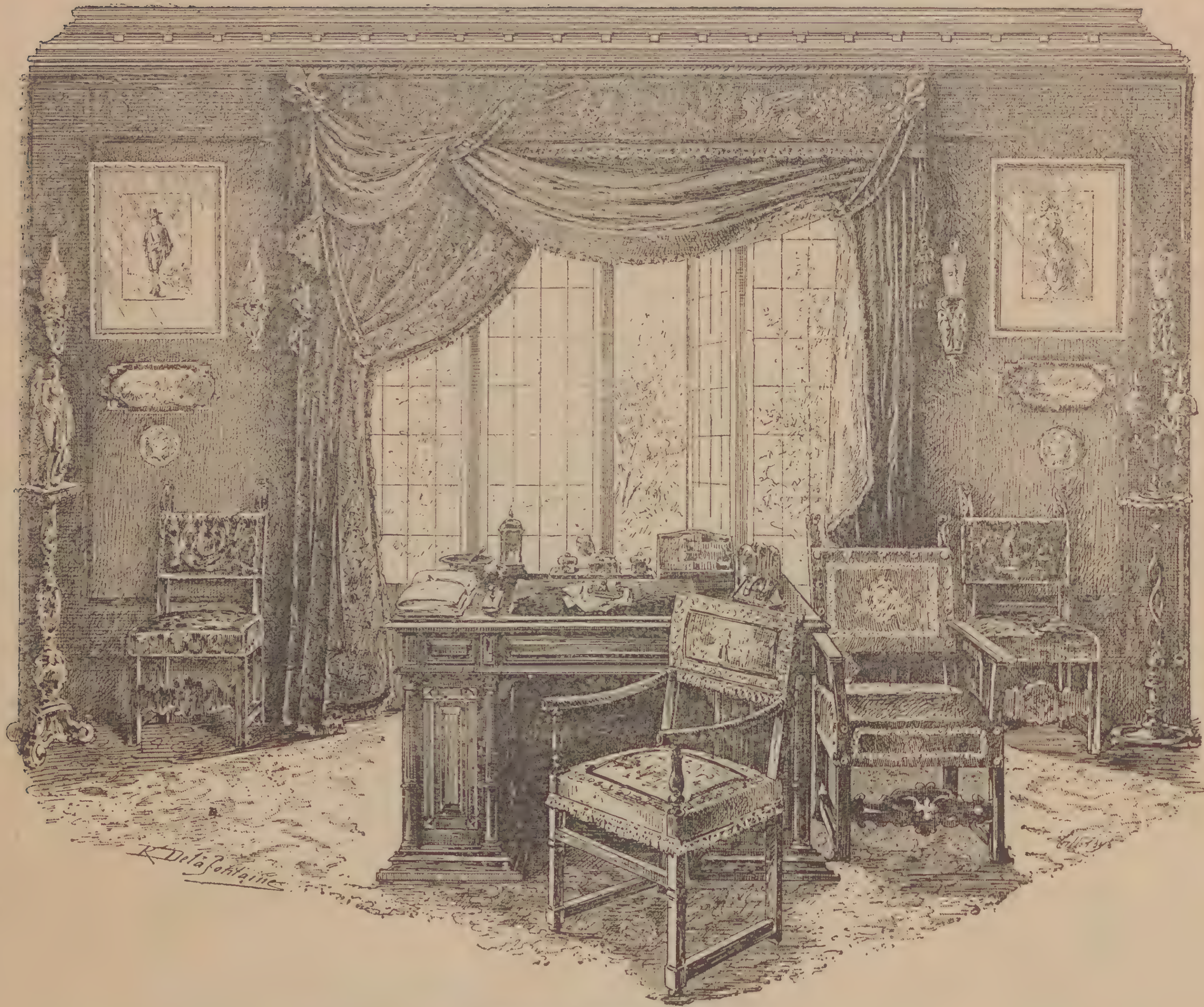


19.—Ves do de vigoña y terciopelo.

18.—Falda para traje de calle

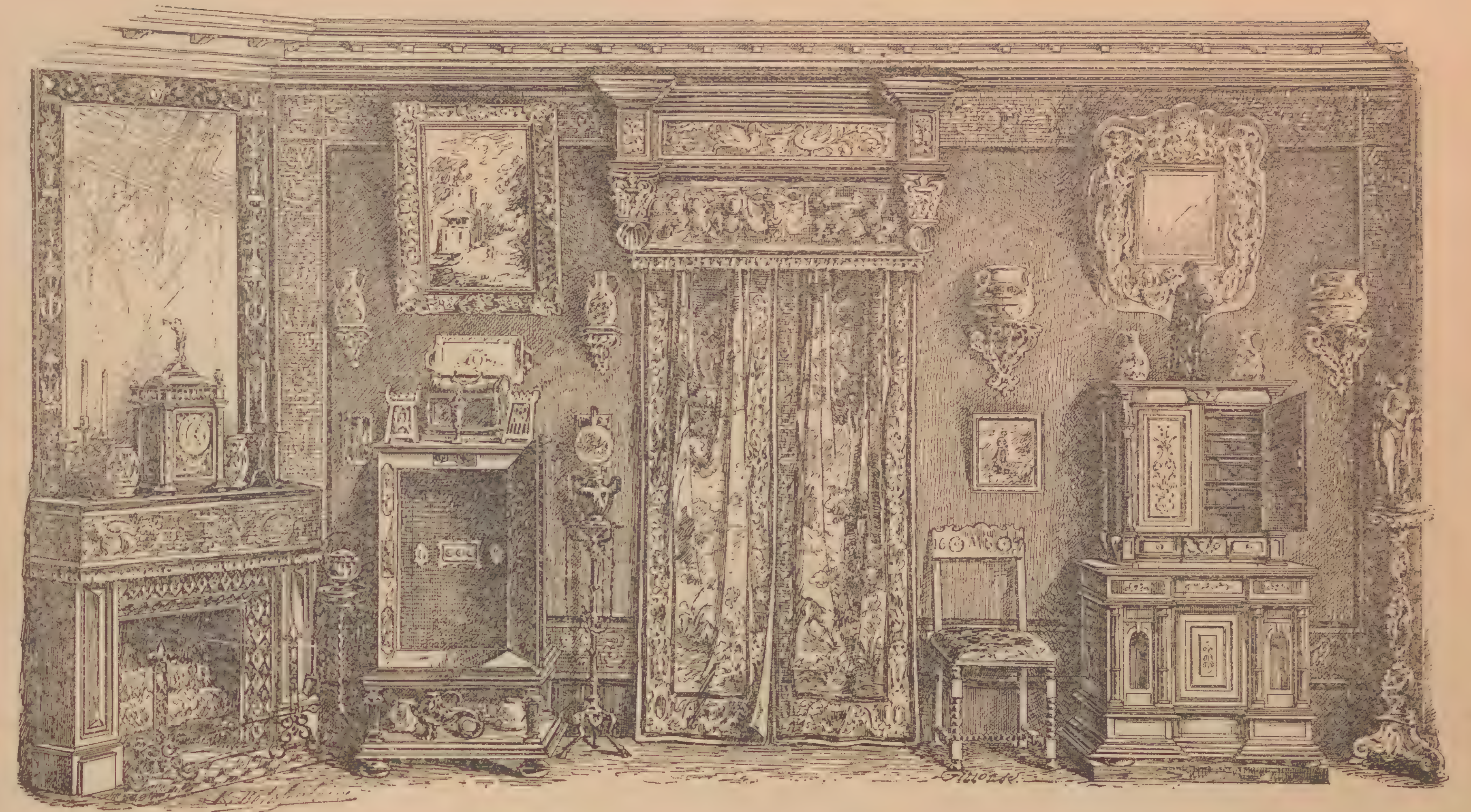
17. Manga Luis XIII.

20.—Vestido de baile.

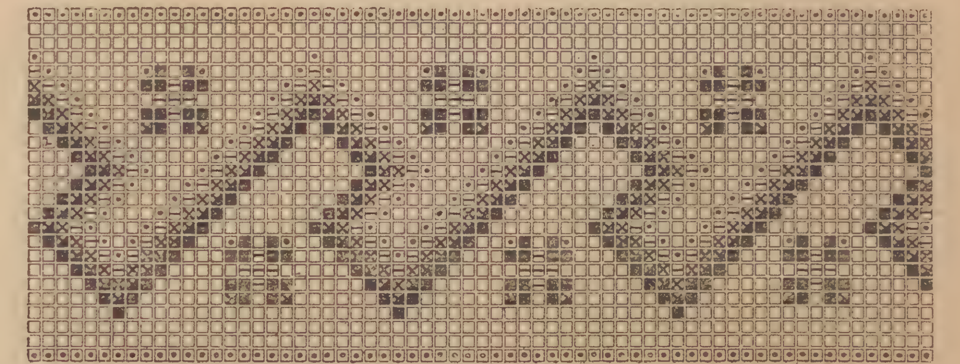


1. Despacho: testero de la ventana.

3 y 4.—Grupo de petos.

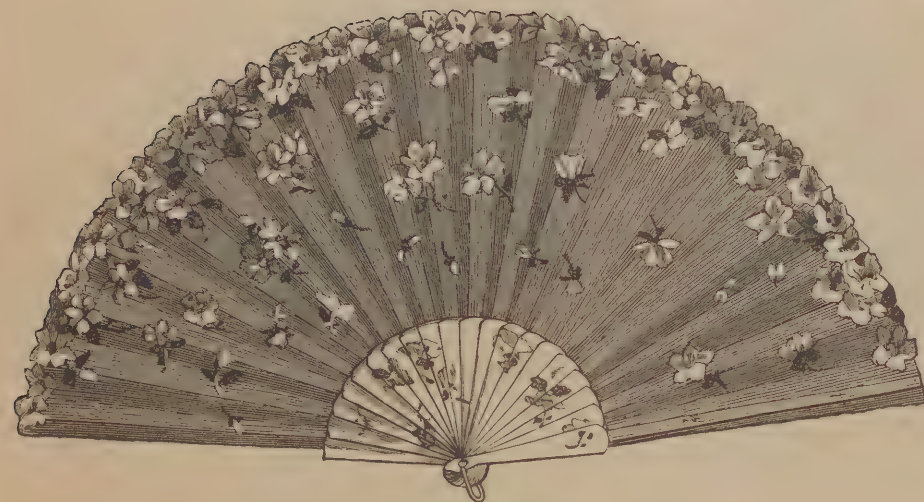


2.—Despacho: testero de la chimenea.

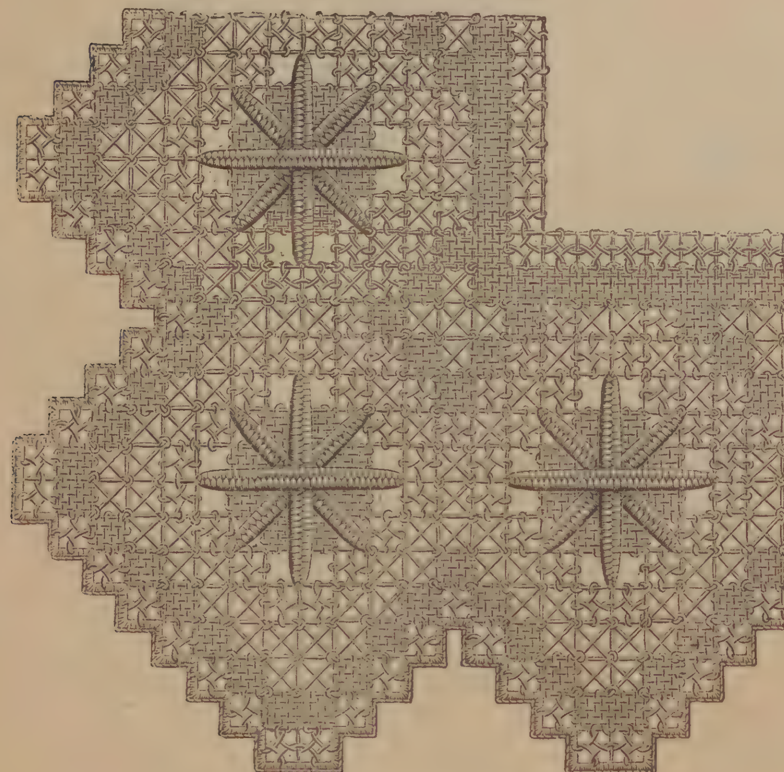


6.—Tira de tapicería.

Explicación de los signos: ■ color de nutria muy obscuro; ◪ nutria obscuro; ☒ nutria mediano; ⊟ nutria claro; ⊡ seda dorada; □ fondo rojo.

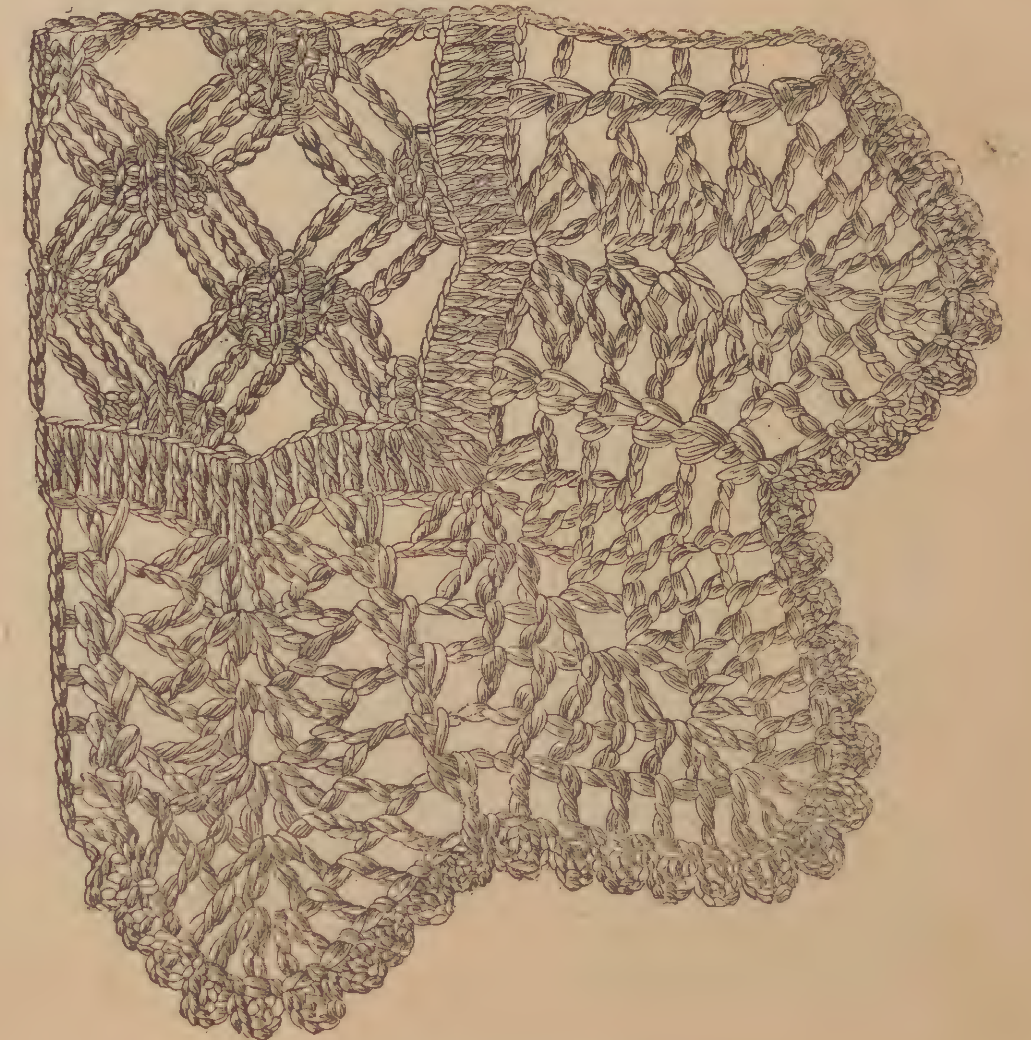


5.—Abanico Violeta.



7.—Angulo de cortinas ó cubrepiés (guipur sobre malla).

9.—Cortinilla.



8.—Encaje al crochet para fichús de lana.

21.—Capota para señoras.

23.—Sombrero Cleopatra

22.—Sombrero redondo para señoritas.

24.—Corpiño de bengalina y terciopelo.

25.—Corpiño de raso negro.

26.—Abrigo para niñas de 12 años.

27.—Sombrero Dalila.

28.—Chaqueta madrileña.

—Donde las dan las toman; á cada puerco le llega su San Martín. Anda, valiente, atrévete á pegarme ahora.

—¿Qué judiada has hecho para que te echen de la iglesia?—dijo otro muchacho.

A este tiempo se presentó el P. Antonio, y enterado de lo que allí ocurría, dirigió á Periquillo algunas palabras cariñosas, é hizo que los muchachos que le cercaban le dejaran libre.

Aquellas criaturas eran unos cobardes: se habían atrevido á insultarle confiados en que eran muchos y no se atrevería con ellos; entre aquellos bribones vengativos no faltaba algún leal y verdadero amigo de Periquillo; pero ¿qué podría hacer entre tantos contrarios? Sólo lamentar y sentir lo ocurrido.

Periquillo echó á andar con paso acelerado, y salió del pueblo. A poco sintió que le seguían; entonces echó á correr, y los otros le imitaron lanzando gritos y alguna que otra piedra que afortunadamente no le alcanzó. ¡Qué vergüenza! ¡Verse así maltratado y arrojado de la iglesia por aquel hombre, que era un infame! Él no quería volver á ver á aquel malvado. Los dos no cabían en el pueblo. Esto iba pensando, en tanto que huía. Luego se dijo:

—¿Y para qué estoy yo en el mundo? No tengo padres, no tengo á nadie que me quiera y me defienda. ¿A dónde he de ir?

Al hacerse estas reflexiones se había detenido, porque sonaban muy lejos las voces de sus perseguidores.

—¿Á dónde he de ir?—volvió á preguntarse.

Estaba á corta distancia del río; su plácido murmullo le pareció como una voz misteriosa que le decía «ven á mí». Se acercó y contempló un momento sus tranquilas aguas; luego, con un movimiento rápido, se arrojó á ellas.

El río era caudaloso; el cuerpo de Periquillo desapareció llevado por la corriente.

Antonio María.

(Concluirá.)

CARTAS Á UNA MADRE.

VIII.

Con mucho afán espero tus cartas, querida amiga mía, porque veo que el horizonte de tu vida va serenándose, y anhelo que adelantes por el camino del bien: la paciencia, la santa y noble paciencia, es el báculo que nos sirve para apoyarnos en la escarpada vía que lleva á las comarcas donde la luz es eterna y donde el sol no se pone jamás. Ten paciencia para sufrir, y piensa en aquellas dulces palabras de Jesucristo: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

«Sufro mucho con mi marido—me dices;—su carácter se ha agriado de una manera indecible; parece que todo el cariño que me tenía se ha convertido en hastío y aversión; se queja del excesivo gasto de la casa, del mal servicio de las criadas, de mi falta de vigilancia; sólo no se queja de mis hijos; los quiere mucho, más que á mí, y cuando yo los reprendo, los defiende y excusa.

»Pero yo pienso, para tener paciencia, en lo que tú me has repetido tantas veces: en que le he ofendido, le he desdeñado, y, ocupada sólo de mí misma, de mis fiestas y diversiones, para nada he pensado en su dicha ni en su bienestar.»

No sé qué profundo pensador ha dicho que *de todas nuestras desgracias debemos pedir perdón al cielo;* lo que quiere decir que de todas ellas tenemos nosotros la culpa.

Desarma el mal humor de tu marido con tu paciencia y sumisión, y, sobre todo, nunca te quejes de él delante de tus hijos; que éstos guarden y agradezcan el cariño que les profesa, cariño que debes mirar para ellos y para ti como un bien supremo.

¿Sabes la razón de ese afecto que parece extraño, dada su actual actitud de indiferencia para ti? Pues es que la niñez es inofensiva é indefensa, y la ternura de tu marido para esos niños es la prueba más evidente de que posee un gran corazón, un corazón generoso y tierno. Por medio de esas inocentes criaturas puedes volver á conquistar su afecto: en cuanto vea cambiar tu modo de ser, dominante é imperioso, por una condición prudente y dulce, dejará de considerarte como á su tirano, y sólo verá en ti una criatura débil y que necesita cariño y protección: el hombre es siempre impresionable, y tu marido lo es más que otros muchos, porque tiene talento; sólo los tontos son los que no cambian.

Cuanto más procures que tus hijas sean buenas, amables, encantadoras, más bien moral harán á tu marido, y éste las amará más, y á ti con ellas: que las gracias y el afecto de Blanca y de Laura le compensen de tus desdenes y de tu desamor; y para lograr este fin, educa á tu lado á tus dos hijas: así como la educación doméstica no conviene á los varones, así la de los colegios es inferior á la que puede dar á sus hijas una madre ilustrada y tierna.

Creo verte ya asustada ante una vigilancia que, por ser constante, consideras muy penosa; pero el cumplimiento de este deber ha de serte más fácil de lo que supones. Una sola cosa hay de importancia: el que obtengas de tus hijas una obediencia pasiva: el acostumbrar á la infancia á aceptar, sin la sombra siquiera de una vacilación, todas las decisiones maternales, es dotarla de un humor dulce é igual, es evitarle los funestos accesos de la cólera, el disimulo y la mentira. Para las niñas, el saber obedecer es siempre *obrar bien*, sin esfuerzo y sin violencia; es alcanzar la más grande medida de mérito, evitando esas correcciones tan penosas para los culpables como para los que les corrigen.

Cuando una madre llega con sus hijas á este resultado, puede gozar en paz del fruto de sus esfuerzos y de su perseverancia; oye elevarse en derredor suyo un concierto bien dulce de elogios sinceros acerca del amable carácter de sus hijas, de su gracia, de sus maneras, y tiene la inmensa satisfacción de ver á los tiernos objetos de su constante solicitud dichosos completamente, y mil veces más satisfechos de su suerte que esas criaturas indóciles, á las que siempre se les está reprendiendo y castigando, sin poderlas corregir jamás.

Las dulzuras de la educación maternal son perjudiciales para los hijos varones; sus estudios deben hacerlos al lado de otros niños, que un día serán hombres como ellos: la educación en común es la sola fuerte y viril; mas las niñas deben aprender las virtudes domésticas dentro del hogar y bajo la dirección inmediata de su madre: los más santos preceptos, las más sabias observaciones, no valen tanto como el espectáculo de la aplicación práctica y constante de esas virtudes domésticas que son para la mujer la base de su felicidad. Aconsejar á una jovencita que se muestre buena y caritativa, que sea humana y benévola para sus inferiores y criados; decirle que debe saber dirigir su casa con inteligencia, que debe ser económica sin avaricia, generosa sin prodigalidad; que debe ser modesta y agradable, digna y afectuosa, es lo que hacen todas las personas cuya profesión es educar niñas; pero es mejor que el precepto, el ejemplo de una madre, con la cual se vive de corazón á corazón, y ninguna lección puede ser más provechosa que la que sale de una boca que sólo desea recompensar á su hija con un beso por su docilidad: una niña así educada recibe mayor castigo con la tristeza que ocasiona á su madre, con la privación de sus caricias, que con la más severa reprimenda de la directora de la pensión.

Ahora que ya has visto cuán vacío dejan el espíritu los placeres que el mundo ofrece; ahora que ya sabes que con tu belleza y tu fortuna se han ido las simpatías que creías verdaderas y entrañables, y que no eran más que una ficción, haz de tu hogar el puerto del descanso, y de tus hijas tus únicas amigas. No es un retiro absoluto lo que conviene ni á ellas ni á ti; llévalas á paseo, al teatro, al campo, y que participen de tus impresiones, que conversen contigo en la dulce intimidad del cariño; que os una el lazo del amor, pero también el lazo del *pensar*, que es el más fuerte é indestructible.

De esta suerte al interés sagrado de la familia se unirá el dulce de la simpatía, y tu marido no tardará en ir á pedir su sitio en tan delicioso concierto de venturas.

María del Pilar Sinués.

EPIGRAMA GRIEGO.

TRADUCIDO POR «IPANDRO ACAICO» (1).

Plátano seco soy ¡oh caminante!
Mira mi tronco deshojado y yerto,
Por el follaje y pámpanos cubierto
Con que en redor me enlaza vid amante.
Mis propios ramos extendí arrogante;
Asombro fuí del monte y del desierto:
Ni aunque prestada y nueva, es hoy por cierto
Mi veste menos rica y abundante.
Sírvate de modelo mi ventura,
Y al enlazarte con humana esposa,
Busca virtud y amor, más que hermosura.
¡Feliz si tu consorte cariñosa
Te abriga fiel en la vejez madura
Y presta sombra á tu funérea losa!

Antipatro Sidonio.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Eladia no respondió; mirábame con aire indeciso, y una como sombra de sonrisa dilataba sus rojos labios; yo la contemplaba esperando que hablase, y al contemplarla no pude menos de notar el contraste que hacía su rostro encantador con la vieja caricatura de la desgarbada señora que acababa de despedirme; por esto dije de pronto, sin pensar acaso en la significación de mis palabras:

—¿Será quizá porque tenéis diez y ocho años, mientras que ella.....?

La sonrisa se acentuó, y la señorita de Bazán se puso á jugar distraídamente con las rizadas lanas del perro; luego me miró á hurtadillas, y respondió á media voz:

—¡Dios mío, también ella los ha tenido!

Callóse de nuevo, tornó á bajar los ojos, y sus largas pestañas rozaron las mejillas como un abanico de plumas: la cortedad es rara en ella, pero le sienta bien, y sin poder contenerme, acabé de formular el pensamiento.

—Convengo en que los ha tenido, pero estoy seguro de que la primavera de su vida no fué tan rica en flores como la vuestra.

¿De qué modo llegué á madrigal tan romántico? El diablo que lo averigüe; pero la verdad es que la señorita Eladia me había defendido valientemente, y en compensación la debía siquiera una frase galante. Pero ella la aceptó sólo como confirmación de un hecho, y riendo con naturalidad, levantó los ojos como si dijera: «Habéis adivinado.» Después sin transición, y ansiosa de confiar á alguien lo que sentía, dejó correr la ola de sus amargos recuerdos, contándome todos los episodios de su infancia que se relacionaban con la terrible tía, así como sus terrores de niña, sólo con la aparición de tan antipático personaje: hablaba ligeramente, sin recargar de sombras los cuadros, pero con una gracia cómica que daba toques vivos y perfiles burlescos al retrato de su tutora. *Egoísmo y celos*, el instinto natural de la bestia, lo resume en sí esta mujer, y voy á pintártela con un solo rasgo.

Golosa y avara al mismo tiempo, sabe ingeniarse para que los módicos recursos con que cuentan basten al gasto ordinario de la casa, sin dejar de hacer extraordinarios para ella; pero nunca lucen más estas disposiciones que los días de vigilia, en que se manda servir platos suculentos, preparados hábilmente por Nicolasa.

—Mi estómago no puede resistir las hierbas—dice á Eladia;—preciso es que las comas por ti y por mí.

Y la sobrina traga pacientemente las espinacas y cardos, el bacalao y las sardinas saladas, al perfume de los pichones y alondras que devora la tía.

¿Quién librará á esta niña de las garras de tal furia? ¿Quién la dará el cariño que la ha faltado en tantos años y la educación que no ha recibido?

Créelo, Ernesto: lo que se propone la dama de Castrojériz es nada menos que ocultar á Eladia de tal modo, que nadie tenga conocimiento de su existencia, y como el hecho en sí constituye *secuestración de menor;* está previsto por la ley, y la ley es la que yo invocaré para que la defienda.

Me parece oirte reir de mis quijotescas ideas, y sobre todo extrañas que después de haber sido muchos años el más positivista de los Sancho Panzas, desbarre ahora queriendo *desfacer entuertos*, *amparar doncellas* y hacer más por el bien de la humanidad que trató de hacer nunca el famoso hidalgo manchego; pero si presenciaras lo que estoy presenciando desde que mi herida me retiene aquí, acaso tu entusiasmo sería mayor que el mío. ¿Cómo llamarías, si no quisieras llamar *secuestro*, á enterrar una criatura entre cuatro paredes y aprisionar su juventud y hermosura de tal suerte, que nadie sospeche lo que ocultan las ruinas de Bazán?

Mas para deshacer tan maquiavélicos planes, ha querido la Providencia que yo me fracture un hueso, y que la caridad de Eladia me recogiera medio muerto de entre la nieve: tengo con ella una deuda sagrada y se la pagaré, cueste lo que cueste. Mi primer paso el día que salga de aquí, será reunir un consejo de familia, reclamar auxilio de las autoridades y volver para sacarla del poder de su feroz parienta. ¿A quién puede pertenecer mejor el carácter de justiciero, sino á los que como yo conocen el mundo y lo desprecian cual merece?

En cambio de las veladas, cuidados, honestas distracciones y tesoros de paciencia que ha gastado conmigo la señorita de Bazán, le devolveré la libertad, y yo mismo abriré la puerta de su jaula. ¡Vive Dios! Ernesto amigo, cuando lo aseguro, puedes creerlo.

....

Media hora después de haber salido en compañía de la de Castrojériz, tornó á entrar el médico, ligeramente sofocado, sin duda por la discusión que había sostenido.

—Doctor—le dije al verle—quiero marcharme hoy mismo.

—Señor de Errazu, no volvamos á las andadas—me respondió con su flema habitual.

—Es que he de irme con permiso vuestro ó sin él.

—¡Jamás! Comprometeríais el éxito de la cura y.....

—¿Pero no veis que es imposible permanecer aquí, después de lo que ha pasado?

—Vamos, no os acordéis más de ello; D.ª Martina está loca, y el día menos pensado será preciso firmarle un pasaporte en regla para San Baudilio de Llobregat.

Y como yo volviera á insistir:

—Caballero—concluyó secamente—tengo bastante edad para saber lo que hago, y cuando digo que no os podéis ir, no os queda otro recurso que la resignación.

Y me volvió la espalda sin ceremonia de ningún género.

Por fin se ha comprometido á darme el alta dentro de diez días, y yo le he dado palabra de no tratar de evadirme en este plazo; pero, en resumen, me hallo desesperado, irascible y nervioso de la falsa posición en que me tienen las circunstancias; las almibaradas atenciones de la señorita de Castrojériz, sus interminables visitas, su charla monótona, la exageración de sus adornos, sus remilgos y monadas, todo debía hacerme sospechar; pero fuí tan imbécil, que sólo con los rayos de su enojo he comprendido lo que debí adivinar desde el primer día. Esta incorregible soltera abrigaba sin duda la esperanza de prenderme en la red de sus encantos. ¡Horror mil veces! Si el asunto no hubiese tenido tal resultado, sería cosa de morir de risa; pero mi estoica indiferencia, desvaneciendo sus ilusiones, la ha convertido en enemiga, y ha querido significarme el odio que me profesa arrojándome del castillo: en la inquietud que me domina, el menor ruido me parece que es ella, y me estremezco de rabia como un estudiante, porque no sé hasta dónde llegaría mi paciencia si volviera á presentarse.

20 de Abril.

Esto es hecho; los bellos días se van como una alegre bandada de golondrinas, y, sin saber cómo ni por qué, todas mis meditaciones acaban en lágrimas.

(1) El Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, obispo mejicano.

Sin apercibirme de ello, y sin voluntad de que suceda, la verdad es que me siento en el diván, como otras veces, para pensar lo mismo que pensaba, y lo que ayer me hacía reir tan alegremente, que escondía la cabeza en los almohadones para que no se oyeran mis carcajadas, ahora me entristece de tal modo, que cuando oculto la cara en el mismo sitio, al levantarme hallo la tela húmeda, y sólo entonces me apercibo de que he llorado.

¡Qué escena la del otro día, y cuánto ha debido sufrir con ella el señor de Errazu! Hubieran podido ahogarme con un cabello: tal era mi temor de que el enfermo se dejara llevar á algún acto violento, por la insolencia de mi tía. Afortunadamente, el doctor apaciguó los ánimos; pero el Conde sigue contrariado, á pesar de que hace cuanto puede por disimular la mala impresión que ha recibido. ¡Qué miedo tengo de que extienda á todos los de casa la antipatía que mi parienta debe inspirarle!

Sólo una semana le queda que pasar en el castillo. ¡Dios mío, jamás hubiera creído que una fractura grave se curase tan pronto! No es esto decir que el padecimiento haya sido breve, sino su estancia aquí. Al presente todo ha concluido. Dentro de ocho días la puerta se cerrará tras de mi huésped, y éste no volverá á acordarse de su forzada estancia en el castillo de Bazán. Eladia quedará sola de nuevo, pero más sola que nunca, así como es mayor la obscuridad en el sitio donde se apagan las luces. ¿Era de este modo como debía terminar aventura tan inesperada, si triste por las causas que la produjeron, encantadora por la actividad, movimiento, contrariedades, alegría y cuidados que han ocupado mi solitaria existencia durante el último mes?

¡Siempre la loca idea de esperanza queriendo iluminar lo sombrío de estas últimas horas! ¡Esperar! ¿Pero el qué y por qué? ¿Soy yo para el señor de Errazu algo más que uno de los átomos que flotan en el aire?

El solo consuelo que tengo es que mi huésped no sospecha estos sentimientos ó debilidades indignas de una Bazán; á su lado me muestro más risueña que nunca, y no tengo que hacer grandes esfuerzos para ello. ¡Hay tanta luz y alegría en aquella gran cámara! Los confidentes de mi pena son el cojín del canapé y el cuaderno donde escribo. Cuando he llorado bastante sobre el primero, lo pongo á secar en la chimenea, y tomo el segundo para cubrir sus páginas de dos letras, siempre las mismas, al largo, al ancho, enlazadas, torcidas, separadas y juntas: ayer mismo estaba ya tan apurada por la falta de papel, que escribí su nombre todo entero, una letra sobre cada uña de la mano izquierda y dos sobre el pulgar. Es una tontería, bien lo sé, y comprendiéndolo desde luego me eché á reir; pero, como siempre, brotó la tonta lagrimilla que tantas impaciencias me causa, y borró parte de lo escrito. ¡Así se borra todo lo más bello de la vida!

Esta mañana tuve una inspiración. Corrí al parque y me detuve junto á un viejo castaño, solitario Matusalén de aquella selva prehistórica. Muchas veces, reclinada á su pie sobre el musgo florido, he soñado con el libertador que anhelaba; y todavía en las hermosas tardes del último otoño trepaba á su copa y tendía la mirada por todo el terreno que abarcaba mi vista, pensando de qué parte vendría la aventura á que debería mi felicidad. Como estoy cierta de que no soñaré más en adelante, he querido confiar á este mudo amigo la cifra que voltea sin cesar en mi imaginación, y con la punta de un cuchillo he grabado en su corteza una A y una E. No hay otro medio de contar á un árbol lo que se piensa, y creo que lo ha entendido perfectamente.

Al volver de mi excursión entré en la cámara del señor de Errazu, y éste notó pronto que llevaba el traje húmedo y algo de tierra en las botinas.

—¿Habéis salido?—me preguntó.

Y yo contesté:

—Sí, vengo de dar una carrera.

¡Si supiera cuál!

ANDRÉS Á ERNESTO.

«¡Amigo mío, sois un tonto!»

¿Por qué el principio de esta carta, que hace trescientos años escribía Enrique IV de Francia á su fiel Sully, acude hoy á mi memoria? Por analogía sin duda, y porque, á lo menos desde cierto punto de vista, te pareces en tu postrera misiva á la perla de los ministros de allende los Pirineos.

De veras, Ernesto, que esta vez has conseguido ponerme colérico contra tí. ¡Pardiez! creo hallarme ya en edad de razón para saber lo que pienso y lo que quiero, y tus bromas no tienen sentido común.

Tengo el pulso tranquilo, la cabeza fresca y el corazón libre, á pesar de lo que afirmas en contrario; y vuelvo á asegurarte, bajo mi palabra de honor, que en la campaña que voy á emprender en beneficio de mi enfermera no llevo ni un átomo de segunda intención.

«¿A qué mezclarte en cosas que no te interesan? (me dices). ¿Por qué sufrir millones de majaderías, atraerte odios y exponerte á que jueces y notarios te pongan bonitamente á la puerta, cuando los informes del asunto que te lleva á consultarlos, y todo por una persona que no te inspira el menor interés? Y sobre todo, ¿cómo he de creer en tu indiferencia, cuando sé que la persona en cuestión es una joven y linda criatura? Vamos, confiesa que la amas y cásate con ella; es lo *más sencillo* que puedes hacer.»

Mi pobre Ernesto, veo que resuelves las cuestiones difíciles á palos, como alcanzabas los frutos en tu niñez. Así, tu *más sencillo* es para mí tan difícil, que toca en lo heroico.

Empezaré por decirte que no me guía el interés, sino la justicia; que, como los antiguos paladines, trabajo por amor al arte, y convendrás conmigo en que si los caballeros que otras veces amparaban y defendían al huérfano y la viuda, y acometían empresas como el paso honroso de Suero de Quiñones, ó las hazañas de Hernán Pérez del Pulgar, se hubieran creído obligados á casarse con todas las prisioneras que libertaban, habrían llegado á reunir un verdadero harén; ¿y dónde se hallaría entonces la moral de sus actos?

Reflexiona que aun no he empezado á dar la vuelta al mundo; que me esperan quizás las aventuras más divertidas que pueden soñarse, y que la paz del hogar doméstico me causa horror. En fin, si consideras á esta señorita rubia como joya de inestimable precio, ¿por qué no te determinas á hacerla tu esposa?

En confianza, y si quieres saberlo todo, Eladia siente hacia tí verdadera inclinación. El temor de despertar en tu cabeza ideas demasiado volcánicas, me ha impedido darte cuenta antes de ahora de tan favorables disposiciones. Puesto que estás al corriente de ellas, haz lo que juzgues conveniente, en la seguridad de que si llegas á determinarte á venir, yo mismo te presentaré.

A. HERMILL.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á DOS HERMANAS.—Voy á darles el *menu* que desean para cena, así como también las recetas que también me piden:

Ostras con limón.
Vinos: Chateau-Iquem ó Sauternes blanco.
Entremeses.
Consommé.
Truchas con salsa tártara.
Chuletas de carnero á la Soubise.
Cardo con salsa blanca.
Jamón á la gelatina.
Pollos asados.
Ensalada.
(Burdeos. Jerez.)
Postres: Flan á la vainilla, queso, pastas, dulces y frutas.
Café y licores.

«CONSOMMÉ» DE AVE.

Se ponen en una marmita una gallina, sin la pechuga, y un kilo de ternera deshuesada y atada: se añaden dos litros de caldo y la sal necesaria, y se pone á hervir, espumándolo al primer hervor. Después se añade una cebolla con dos clavos de especia y un manojito de puerros con una rama de apio, y se deja cocer suavemente al lado de la hornilla hasta que las carnes están cocidas, en cuyo caso se sacan.

Se cuela el *consommé* por una servilleta, se desengrasa perfectamente y se pone en la sopera, echándole, cuando se va á servir, la pechuga que se había reservado, cocida y partida en pedacitos, y un trozo de jamón, igualmente partido y cocido.

SALSA TÁRTARA.

Se bate en un cazo de porcelana una yema, y se van mezclando poco á poco 100 gramos de aceite con una cucharita de café, teniendo cuidado de no echar otra mientras la anterior no esté completamente mezclada.

A cada octava cucharada de aceite se añade una de limón, un polvo de sal y dos pizcas de pimienta.

Se continúa echando aceite y limón, batiendo siempre hasta que los 100 gramos de aceite estén completamente agotados, y entonces se añade una cucharada grande de ravigote (perifollo, estragón y pimpinela), otra cucharada de mostaza inglesa, 15 gramos de cebolletas picadas, 15 gramos de pepinillos picados, una cucharadita, de las de café, de vinagre, y media pizca de pimienta de Cayena.

Las truchas se cuecen al natural, es decir, con agua y sal, y se sirve aparte, en una salsera, la salsa tártara que acabo de explicarle.

CHULETAS DE CARNERO Á LA SOUBISE.

Se preparan las chuletas y se espolvorean por ambos lados con sal y pimienta; se pone manteca en una sartén chata, y se fríen cuatro minutos por cada lado.

Se pone en la fuente un decilitro de jugo de carne caliente, se colocan las chuletas formando corona y se sirven. También pueden adornarse á todo el rededor con una guarnicion de hortalizas.

SALSA BLANCA.

Por si no sabe cómo se hace la salsa blanca para el cardo, voy á explicárselo:

Se ponen en una cacerola, de cabida de un litro, 30 gramos de manteca y 30 de harina, y se mezclan ambas cosas hasta hacer una especie de pasta.

Se le añade sal y pimienta, y 2 ½ decilitros de agua caliente.

Se le da vuelta en la lumbre hasta que rompa á hervir. Se retira entonces, y se le echan 60 gramos de manteca de vacas, moviendo sin cesar la salsa hasta que la manteca se derrita; se le añade un poco de limón, y se sirve.

Á D.ª BRÍGIDA S. Y M.—La manteleta á que se refiere puede arreglarla en forma de chaqueta, y quedará elegante, guiándose por el grabado 15 de nuestro número del 6 de Noviembre último; y para que resulte así, debe suprimir el azabache, y hacerla lisa, con las mangas y vueltas de astrakán negro.

Manguito de astrakán negro, haciendo juego con el adorno de la chaqueta.

LA TANGEREÑA.—Siendo la boda tan temprano, no es á propósito nada frío, ni refresco ni *lunch;* es mejor un té ó chocolate, con pastas, y además *sandwich* (emparedados), *plum-cake*, etc., etc.....

Para contestar con acierto sobre la colocación de puestos en la mesa, necesitaría saber el parentesco y respetabilidad de las personas que han de concurrir. Como regla general, le diré que las cabeceras corresponden á los dueños de la casa; la derecha del dueño de la casa á la novia, y á la derecha de ésta el padrino: izquierda del dueño, la señora de más respeto de la familia del novio. Derecha de la señora de la casa, el novio, y á su derecha la madrina: izquierda de la señora de la casa, el caballero de más respetabilidad de la familia del novio.

Para los demás puestos, la regla es que las personas de más cumplido ó respetabilidad ocupen los más cercanos á los dueños de la casa.

La novia regala al novio una botonadura de más ó menos valor, según su posición social, y otra alhaja á gusto del novio.

Á UNA RECIÉN CASADA.—A ese señor debe ponérsele en la mesa á la derecha de la recién casada, que es el sitio de honor.

Los manteles blancos son más elegantes para comida de etiqueta, pues los de colores se ponen únicamente para comida de campo ó de familia.

Á UNA PORTUGUESA.—Sí; aun siguen llevándose los adornos de pasamanería en los vestidos.

En nuestro número del 22 de Septiembre de 1890 hemos publicado una chaqueta señalada con el núm. 15 con patrones del cuello que desea.

Á UNA GOLOSA.—Voy á darle la receta de unos exquisitos caramelos de chocolate.

Se ponen al fuego cuatro onzas de chocolate, dos copas de leche, dos bolas (del grueso de dos nueces) de manteca de vacas fresca, dos cucharadas de miel y dos vasos llenos de azúcar en polvo. Se deja hervir todo durante veinticinco minutos sin dejar de moverlo, y luego se vierte sobre una tabla de mármol, untada de aceite, y antes de que se acabe de enfriar, se parten los caramelos, á cuadros, con la hoja de un cuchillo.

Á GALATEA.—Se hacen muchos trajes, para reunión, de pañete fino, blanco, rosa, gris mastic, *beige* y reseda, bordados de seda con toques de oro.

Los cuerpos, á fin de que hagan vaporosos, se adornan con volantes de crespón de la China.

También se hacen preciosos trajes de terciopelo de color, adornados únicamente con *ruches* de tul del mismo color.

Á CAROLINA.—La indicaré, como desea, la manera de hacer el *puré Rafael.*

Se hace un *consommé* de ave, se desgrasa y se pasa por una servilleta.

Se vuelve á poner á cocer, y se añade sémola gruesa hasta que forme un *puré* muy claro.

Se cuece durante diez minutos, se pasa por tamiz y se echa en la sopera, donde ya se tienen preparadas una pechuga de gallina, partida en pedacitos, y trufas, también partidas en pequeños pedazos.

Á ELISA, PARA SU PRIMER BAILE.—He aquí los accesorios que una señorita puede llevar á una *soirée:*

Un abanico del color del traje; pendientes pequeñitos (las perlas son preferibles siempre); un aro de oro en el brazo izquierdo (ninguna sortija); en el cuello nada ó una *ruche* de tul ó de flores; en los cabellos un lazo con florecillas, una mariposa ó un insecto, un poco de tul con *esprit* de flores, y por último, cerrando el escote, un broche pequeñito y sumamente sencillo.

Nada de collares de perlas ni cadenas; para esa primavera de la juventud, la sencillez es su mejor adorno.

ADELA P.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

EXPLICACIÓN DE LOS FIGURINES ILUMINADOS.

Núm. 46.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Traje de desposada.—Vestido de raso blanco y crespón de la China bordado; adornos de tiras de plumas, de flores de azahar y punto de aguja. Delantero de falda de raso ribeteado de una tira de plumas, y delantal de crespón bordado plegado en cada cadera. Unas guirnaldas de flores de azahar sujetan las bandas plegadas en las caderas. Parte de detrás de vestido Princesa, de raso, que forma una cola cuadrada y estrecha. La parte superior de la espalda va escotada en forma de corselillo sobre un camisolín de crespón bordado fruncido en el escote y añadido sobre el forro de la espalda. Lados de espalda y de delante, y delanteros abiertos y ajustados con una pinza; un punto de aguja ribetea el corselillo. Delanteros anchos de crespón bordado, fruncidos en el escote y en las costuras del hombro; estos delanteros van plegados entre el corselillo y estrechados con bridas de cinta que se anudan en el centro. El forro de los delanteros se ajusta con dos pinzas. Manga bullonada de crespón bordado muy alta de hombro y estrechada con un puño alto de raso con brazaletes de cinta en lo alto y por abajo; un volante de encaje termina la manga. Lazos en los hombros; cuello alto de pluma. En el pecho rama de flores de azahar.

Tela necesaria: 15 metros de raso; 8 metros de crespón, de 60 centímetros, y 2 metros 50 centímetros de tira de plumas.

29 á 32.—Trajes de baile y soirée.

Núm. 46, extraordinario.

TRAJES PARA NIÑAS Y NIÑOS.

Núm. 1. *Abrigo para niñas de 12 años.*—Levita larga de paño azul Mónaco, guarnecida de felpa labrada negra. Delantero Princesa, cerrado en el centro con un pliegue grueso rodeado de tirantes que forman un volante de felpa labrada. Una pinza indica el lado de delante. Espalda lisa, con tirantes que terminan en una parte de detrás de falda ancha, añadida en la cintura. Cuello alto y enrollado de felpa. Manga recta, estrechada en forma de puño plegado, con un brazalete doble de felpa.—Sombrero de terciopelo azul, adornado con cintas de terciopelo azul y alas mordoradas.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de paño, y un metro 25 centímetros de felpa.

(Croquis del figurín de niñas y niños, 1.ª, 2.ª y 3.ª figuras, vistas de espalda.)

Núm. 2. *Vestido para bebe.*—Pelliza Directorio, de paño verde pálido, guarnecida de seda rayada del mismo color. Delantero Princesa, cruzado y cerrado en la izquierda, y estrechado en la cintura con un cinturón de terciopelo negro cerrado con una hebilla de plata. La parte superior de los delanteros va abierta sobre un peto de terciopelo negro, añadido en cada lado bajo el borde de los delanteros. Cuello vuelto, que cae en forma de cuello á la marinera sobre la espalda. Espalda sin costuras, terminada en una falda encañonada y añadida en la cintura. Una tira de seda rayada, cortada al sesgo, ribetea el delantero. Manga, cortada al sesgo, de la misma tela.—Gorra vizcaína, fruncida de terciopelo negro y adornada con una pluma negra.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de paño, y 3 metros de seda rayada.

Núm. 3. *Abrigo para jovencitas de 13 á 14 años.*—Se hace este abrigo de paño rizado y rayado color de madera y nutria. Delanteros de levita recta, con cruce doble y pinza que indica el lado de delante. Espalda de levita encañonada y lados de espalda. Esclavina alta de hombro, con costura en el hombro. Una capucha puntiaguda adorna la espalda y va forrada de seda color de nutria. Cuello alto y enrollado. Manga de codo.—Sombrero de fieltro color de madera, adornado con cintas de terciopelo color de nutria y plumas del mismo color.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de paño, y 50 centímetros de seda color de nutria.

Núm. 4. *Vestido para señoritas de 16 años.*—Se hace este vestido de paño color de palo de rosa, y va guarnecido de bordado de trencilla negra. Falda ancha, guarnecida de un bordado alto de trencilla. Corpiño con cinturón bordado de trencilla, compuesto de una espalda lisa con tirantes bordados de trencilla, delantero de corselillo, que forma tres pliegues, y parte superior de corpiño, bordada de trencilla de una sola pieza. Cierre invisible. El forro de los delanteros se ajusta con dos pinzas y se cierra en el centro del delantero. Manga de codo, guarnecida de trencilla.

Tela necesaria: 5 metros de paño.

(Croquis del figurín de niñas y niños, 4.ª, 5.ª y 6.ª figuras, vistas de espalda.)

Núm. 5. *Traje para niños de 5 años.*—Falda plegada al sesgo, de lana escocesa azul y blanca. Cinturón de piel amarilla, que termina un corpiño pequeño, de paño azul, sin mangas, que figura una camiseta plana. Chaqueta corta, de paño azul, adornada con dos hileras de galoncitos azules. Se compone de la espalda recta con delanteros Fígaro. Manga de codo, guarnecida de dos galoncitos. Cuello vuelto de lienzo blanco, y lazo de corbata de *surah*.—Gorra de paño azul.

Tela necesaria: 2 metros 25 centímetros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro de paño.

Núm. 6. *Traje para niños de 8 años.*—Pantalón corto y bullonado de terciopelo negro, y paletó de paño de librea compuesto de una espalda recta; con delanteros que cruzan y se cierran con una tapa abrochada. Cuello de piel de nutria. Manga de codo. *Toque* de piel de nutria.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de terciopelo y un metro 25 centímetros de paño.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª y 2.ª edición de lujo.

Despacho.—Núms. 1 y 2.

Núm. 1. *Testero de la ventana.*—Columna de portaestatuíta de peral encerado natural con esculturas.

Dos sillas estilo *Renacimiento*, de nogal antiguo, revestidas de terciopelo, también antiguo, con aplicaciones de paño de oro.

Cuadros, fuentes de loza, rinconeras y jarros.

Cortinaje de la ventana, compuesto de una franja de tapicería antigua, un flequito en el borde inferior; una banda plegada de raso cincelado, apuntada en un extremo con una flor de lis de bronce y recogida en medio y con cordones en el extremo opuesto, después de lo cual cae para guarnecer el lado derecho. La cortina del lado izquierdo es de tapicería antigua, y va recogida á la Metternich y forrada de sarga de lana.

Mesa de despacho, estilo Luis XIII, de nogal antiguo tallado. Las puertas figuran cajones; la parte de encima es de paño.

Sillón de despacho, de nogal antiguo, cubierto de tapicería.

Sillón estilo *Renacimiento*, del mismo modelo de las sillas descritas anteriormente.

Columna de nogal antiguo, cuya parte superior forma bandeja.

Núm. 2. *Testero de la chimenea.*—En el lado izquierdo, chimenea de madera de encina tallada.—Tira ancha de tapicería antigua, adornada de pasamanería, con tablero cubierto de terciopelo inglés.—Espejo con marco del mismo terciopelo y aplicaciones de los colores de la tapicería. Encima de la chimenea, un reloj, dos candelabros de cobre y dos jarros. El interior de la chimenea va guarnecido de azulejos.

A la derecha de la chimenea la caja, disimulada en una especie de cofre antiguo de nogal encerado, con incrustaciones de mármol. La parte inferior va abierta, con columnas talladas.

Por encima del cofre, un cuadro con marco de tapicería y dos rinconeras con jarrones. Sobre el cofre mismo, varias curiosidades. A la derecha, un trípode de hierro forjado, con una lámpara. Después, la puerta disimulada bajo una cortina antigua. La parte de encima de la puerta es de encina tallada.

Silla de madera de encina torneada, con respaldo tallado y asiento guarnecido de tapicería á la mano.

Armario de estilo *Renacimiento*, de nogal antiguo con adornos de bronce.

Estatuítas, jarrones, rinconeras de madera dorada, espejo de marco de madera tallada y fondo dorado.

En el ángulo, columna portaestatuíta de peral encerado natural con esculturas, del mismo género que la del núm. 1.

Estos dos grabados completan la descripción del *Despacho* que hemos comenzado en la *Hoja-Suplemento* del núm. 42.

Grupo de petos.—Núms. 3 y 4.

Núm. 3. *Peto Laura.*—Se le hace de crespón liso blanco y guipur artística, y se compone de bullones de crespón atravesados de entredoses de guipur. Cuello alto ajaretado.

Núm. 4. *Peto Marieta.*—Se compone de una especie de bullonado de crespón liso color crema, con bordado calado en la parte superior é inferior. Cuello alto de crespón liso.

Abanico Violeta.—Núm. 5.

El varillaje es de hueso liso con unas violetas pintadas. En el país, que es de granadina color crema, se repiten las mismas violetas finamente pintadas y que forman en el contorno una guirnalda recortada.

Tira de tapicería.—Núm. 6.

Este modelo, que es muy sencillo, se ejecuta sobre cañamazo ordinario. La explicación de los signos designa los colores. Aunque el fondo está indicado de color rojo, se le puede reemplazar con granate ó verde amarillento muy obscuro.

Ángulo de cortinas ó cubrepiés.—Núm. 7.

Se ejecuta este bordado sobre un fondo de malla ordinaria, al punto de zurcido, punto de lienzo y punto de espíritu. Este adorno sirve para cortinillas, cubrepiés, etc.

Encaje al crochet para fichús de lana.—Núm. 8.

Se le ejecuta con lana escocesa y un crochet de hueso muy fino. Se principia por el fondo, montando una cadeneta del largo requerido.

1.ª *vuelta.*—5 medias barretas y 7 mallas al aire en toda la vuelta.

2.ª *vuelta.*—Sobre las 5 medias barretas, se hacen otras 3,—3 mallas al aire,—media barreta,—en medio de las 7 mallas al aire de la vuelta anterior, 3 mallas al aire,—3 medias barretas.

3.ª *vuelta.*—Una media barreta en medio de las 3 primeras mallas de la vuelta anterior,—3 mallas al aire,—3 medias barretas,—3 mallas al aire,—una media barreta, y así sucesivamente en toda la vuelta.

4.ª *vuelta.*—Como la primera, y así alternativamente en toda la labor. Se hace luego á todo el rededor una vuelta de barreta, y luego el encaje, siguiendo las indicaciones del dibujo. Entre cada diente se hacen 2 barretas á caballo sobre la hilera anterior, cuyas barretas van reunidas para no formar más que una en la cabeza. El piquillo del borde se compone de 5 mallas al aire y media barreta á caballo en cada claro de la última vuelta.

Cortinilla.—Núm. 9.

Es de cañamazo blanco calado, con entredós y encaje de guipur de hilo, llamada encaje del Puy. Se la ejecuta como indica el dibujo.

ADVERTENCIA.

Rogamos á las Señoras Suscritoras cuyo abono termine en fin del corriente mes, y piensen seguir favoreciéndonos con su concurso en el año próximo, que se sirvan pasar el aviso á esta Administración con la mayor anticipación posible; pues siendo muchas las que se hallan en ese caso, es de temer que experimenten algún retraso en recibir el periódico las que dejen para última hora el hacer la renovación.

Para llenar este requisito ó hacer una reclamación cualquiera, es conveniente acompañar á la carta una de las fajas con que se recibe el periódico.

El Administrador.

ANUNCIOS.

NINON DE LENCLOS

Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Dubet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral., izq.; Aguirre y Molino; perfumería Oriental, Preciados, 1; Federico Gros, perfumería Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

PASTA Y JARABE DE CARACOLES DE MURE far. en Pont-St-Esprit (Gard) Curación cierta de CATARROS é irritaciones de pecho. Pasta, 1 f.; jarabe, 2 f. Todas farmacs.

CABELLOS

largos y espesos, por acción del **Extracto capilar de los Benedictinos** del Monte Majella, que destruye la caspa, detiene la caída de los cabellos, les hace brotar con fortaleza y retarda su decoloración. E. SENET, ADMINISTRADOR, 35, *rue du 4 Septembre*, París.—Depósito en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

LAS MANCHAS DE PECAS

y el curtido del aire del mar se evitan y aun desaparecen por el uso del *Agua Brisa Exótica (Eau Brise Exotique)* de la *Parfumerie Exotique*, París, 35, *rue du 4 Septembre*, la cual embellece y blanquea la epidermis, sin perjudicarla. Se la añade, ó no, la *Flor de Albaricoque (Fleur de Pêche)*, polvo de arroz especial de la misma casa, que lo tiene de cuatro colores: blanco, rosa, natural y crema ó *bise*.

Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, principal, izq.; Pascual, Arenal, 2; Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro inalterable

NEW-YORK — PARIS

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo medical de San Petersburgo.

1853 — 1855

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro,** estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el gérmen escrofuloso (*tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.*), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clórosis** (*colores pálidos*), **Leucorrea** (*flores blancas*), la **Amenorrea** (*menstruación nula ó difícil*), la **Tísis,**

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard,** exsíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la *Unión de Fabricantes.*

Blancard

Farmacéutico de Paris, calle Bonaparte, 40

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

MARI-SANTA

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Kananga del Japon

RIGAUD y Cía, Perfumtas

Proveedores de la Real Casa de España

8, rue Vivienne, PARIS

El Agua de Kananga es la loción más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga Suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga Tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.

Jabon de Kananga El mas grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

MARCA DE FABRICA

Loción vegetal de Kananga limpia la cabeza, abrillanta el cabello y evita su caída, tonificándolo.

Madrid: Romero Vicente.
Barcelona: Conde Puerto y Cía.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

MANUAL DE LA MODA ELEGANTE

ESCRITO Y CONFECCIONADO

POR

LA REDACCIÓN DEL PERIÓDICO

Tratado de costura, bordados, flores artificiales, corte de prendas de vestir, labores de adorno para señoras y señoritas; es un libro de tanta utilidad y tan excelente enseñanza, que debía encontrarse en toda casa de familia.

Está ilustrado con numerosos grabados y figuras, explicación gráfica del texto, y con varias láminas al cromo.

Véndese, á 4 pesetas en rústica, y 5,50 pesetas encuadernado en tela, con una bonita plancha dorada.

Diríjanse los pedidos, con su importe, á la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

ESS BOUQUET y otros SELECTOS PRODUCTOS de PERFUMERÍA

BAYLEY Y CO. CASA FUNDADA EN 1739 PERFUMISTA Y FABRICANTES DE JABONES DE TOCADOR 17, COCKSPUR, ST., LONDON, S. W.

SPERMACETI JABONES DE OTRAS CLASES y todos los artículos de tocador

Proveedores de las más altas clases sociales en todo el mundo

SOLUCION CUNAUD al *Lactofosfato de Cal Creosotado y con Glicerina* — Tos rebelde, Bronquitis, Catarros antigos, Tisis y enfermedades del Pecho. PARIS, Casa Marchand, 13, r. Grenier-St-Lazare, y todas Fas de las Américas.

KARILPA

ESENCIA DE LOS ALPES MARÍTIMOS

Esta nueva producción de perfumería es una de las más delicadas hasta el día conocidas, por reunir las buenas condiciones de las mejores esencias, y ser, no obstante, un aroma completamente nuevo cuya adquisición se encnentra al alcance de todas las fortunas.

Se vende en todas las buenas Perfumerías.

Pídanse siempre, con preferencia á otras, las **Esencias de los Alpes Marítimos.**

OBRAS DE TRUEBA.

MARI-SANTA.—Un tomo 8.º mayor francés, 4 pesetas.

NUEVOS CUENTOS POPULARES.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

DE FLOR EN FLOR.—Un tomo 8.º mayor francés, 3 pesetas.

De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, *Alcalá*, 23, *Madrid*.

ANTIGUA CASA

DE PLUMENT-FEDOU

Thérèse FEDOU, Sucesora

Privilegiada S. G. D. G. — (Marca depositada: P. P.)

PARIS, 33, Rue Vivienne, 33, PARIS

Corsé-Sultane

Y

Corsé-Directoire

PROVEEDOR DE LA CORTE DE MADRID

y de las principales cortes de Europa

MEDALLA DE ORO

Á LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

Proveedores de SS. MM. el Rey y la Reina de España

PERFUMERIA LAFERRIÈRE

Secreto de Juventud

PRODUCTOS HIGIÉNICOS para la conservacion de la belleza del rostro y del cuerpo

AGUA LAFERRIÈRE
POLVOS DE ARROZ LAFERRIÈRE
CREMA LAFERRIÈRE
JABON LAFERRIÈRE
ACEITE Y ESENCIA LAFERRIÈRE

París, faub. Poissonière, 30, y en todas las Perfumerías de España.

Medalla en la Exposición Universal de París de 1889.

PERFUMERÍA-ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (ántes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ — *ORIZALINE,* tintura instantánea

CRÈME-ORIZA, *ORIZA-LACTÉ* — Hermosura del Rostro. — *ESS-ORIZA,* todos olores.

ORIZA-HAY, Agua de tocador.

ORIZA-OIL, *ORIZA-TONICA* — Conservacion de los Cabellos. — *ORIZA-POWDER*, *ORIZA-VELOUTÉ* — Polvo de arroz a herente

Última Novedad

PERFUMERIA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.

Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentifricio á la VIOLETA DEL CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápices y Pastillas, 12 Olores.

De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

Catalogo-Bijou remítese gratis y franco.

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS. Curación por la EMULSION MARCHAIS.—MADRID, Melchor Garcia. BUENOS-AYRES, Demarchi hos.-MONTEVIDEO, Las Cases.-MEXICO, Van Den Wingaert.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,

en la Perfumeria central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas perfumerias

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA — CLOROSIS

el HIERRO BRAVAIS

Reconstituye la sangre de las personas debilitadas

DESCONFIESE DE LAS IMITACIONES

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

El mejor dentrifico, mas agradable y, sobre todo, mas Higiénico:

Agua de Philippe

empleada con la

Odontalina

PASTA DENTARIA, VERDADERO CARMIN DE LA BOCA

PARIS: Hermelin, 24, r. d'Enghien

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 22 de Diciembre de 1890.	Año XLIX.—Núm. 47.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

El triunfo del paño.—El astrakán y los bordados.—Varios modelos.—*El Último amor*, drama en cuatro actos por Ohnet.—Algo sobre corsés.

Después del triunfo de la muselina, tenemos ahora el triunfo del paño. Ambos de aspecto sencillo, de modesto origen, son, á pesar de esto, el ídolo de muestras elegantes, y, como sucedió con la muselina el verano pasado, el paño ha ganado este invierno todas las voluntades.

Lo que dije ya del terciopelo puede aplicarse al paño.

Se le ve por donde quiera y se le lleva en todas circunstancias: el vestido de mañana es de paño, ni más ni menos que el vestido de baile y el de desposada. Hasta los sombreros van guarnecidos de paño. Hasta ahora se habían hecho *toques* de paño igual al vestido ó diferente. Hoy se emplea el paño sobre los sombreros grandes de fieltro ó de terciopelo, formando guarniciones lindísimas.

Pondré por ejemplo un sombrero «Lamballe», de fieltro color de almendra, cuyos adornos consistían exclusivamente en una guarnición de paño color de rosa marchita, formando por delante un lazo de una disposición completamente nueva. Otro sombrero de fieltro gris obscuro llevaba una banda plegada de paño verde muy claro, con plumas de ánades hechas de astrakán; dos plumas rectas como las que sirven para escribir, cuya forma va reproducida por una tira de astrakán. Se necesita todo el arte de las modistas parisienses para hacer de estos sombreros, especie de tocado ruso ó esquimal, que parecen inspirados en el crudo invierno que se prepara, un objeto elegante y á la moda.

No hay que creer por esto que las cintas y las flores están abandonadas. Nada de eso; se llevan muchos sombreros cubiertos de flores y guarnecidos de cintas de terciopelo de los colores más alegres.

1.—Traje de recepción. 2.—Traje de visita.

Citaré un sombrero de fieltro color de pan tostado, guarnecido de cinta de terciopelo morado y de un verdadero *parterre* de violetas de terciopelo, de matices graduados. La cinta rodeaba el contorno de la copa y formaba un lazo doble por delante. En la izquierda, un poco hacia delante, iba un ramo de violetas y un cordón grueso de las mismas flores que se extendía por todo el contorno del sombrero.

Núm. 4.

Núm. 1.

Las capotas más elegantes son de terciopelo de color claro, con adornos de azabache y plumas negras. Se llevan también algunas muy lujosas, adornadas con los diamantes negros y otras piedras montadas de que he hablado. Sobre un fondo de encaje de Chantilly se siembran topacios *tostados*, zafiros, esmeraldas y diamantes negros y blancos. El efecto es magnífico y mucho más modesto de lo que esta descripción induce á creer.

***

El astrakán y los bordados componen lo más general el adorno de nuestros trajes. Se emplea el astrakán negro en todo, y hasta los cocheros guarnecen con él sus libreas, lo que, entre paréntesis, no añade gran prestigio á este adorno, algo vulgar de por sí.

Núm. 5.

Núms. 2 y 3.

Cuando la chaqueta es elegante y está bien bordada, se guarnece de astrakán sólo el interior de los delanteros y del cuello, dejando sobresalir un borde estrecho. En mi juicio, esto es más rico, menos ordinario que la chaqueta toda de astrakán.

Como abrigo para ir en carruaje y para salida de teatro, citaré el siguiente (croquis núm. 1):

Paño y terciopelo color de tizón. Los delanteros son de paño, y van guarnecidos en la parte inferior de una tira de marta cibelina, con bordado de oro, mezclado de cuentas gruesas (*cabochons*) de azabache. Un cinturón bordado de lo mismo sujeta el abrigo al talle. En la espalda va un pliegue Wateau de terciopelo de color igual. La esclavina-manga es también de terciopelo bordado de oro y azabache, con fleco lluvia de cuentas variadas. Canesú-cuello incrustado de cuentas de oro y *cabochons* y ribeteado de un cordón de cuentas de azabache tallado. Es difícil encontrar un modelo más rico y de un corte más original.

Núm. 6.

Hay que reconocer que la estación presente nos ofrece todas las maravillas imaginables. Bordadores y cordoneros trabajan de consuno el oro, la plata y las piedras preciosas como los maestros cinceladores del siglo XVI, y queda una deslumbrada al ver los tejidos, los galones, las aplicaciones que salen de sus telares. Corselillos de oro incrustados de pedrería, salpicados de lentejuelas centellantes, realzan la esbeltez de los talles, y franjas del moderno estilo brillan en la orla de las faldas.

Los encajes de valor, como los puntos de Venecia y las guipures de Génova, van también engastados de oro y plata. No hay nada demasiado opulento para las elegantes del día, y en los tiempos mismos de las nobles venecianas, cuando las piedras preciosas cubrían el terciopelo y el raso, no se vió nada más seductor ni más espléndido.

Véase, en prueba de ello, este otro abrigo (croquis núm. 2) de terciopelo negro cuajado de *cabochons* de azabache, con dos semiesclavinas, altas de hombros y fruncidas en el cuello, que visten de una manera elegante y salen de lo vulgar. A este abrigo acompaña el sombrerito Montgomery, de terciopelo extendido, adornado con una cordonadura de acero y un ramo de plumas. Se le hace de todos los colores; pero nuestro modelo es de terciopelo negro, y las plumas de un gris muy lindo.

Núms. 7 y 8.

3. Delantal para niñas de 7 á 9 años.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 30 á 32 de la Hoja-Suplemento.

5.—Vestido adornado de astrakán. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 23.
Explic. y pat, núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

4.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 10.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 56 á 64 de la Hoja-Suplemento.

8.—Traje de baile para señoras jóvenes.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

6.—Vestido adornado con bordado turco. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 15.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

7.—Vestido adornado de pasamanería. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 13.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

9.—Traje de baile para señoritas. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 22.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

Junto á este sombrero se encuentra otro también de terciopelo negro, muy levantado por detrás y completamente guarnecido de plumas de gallo arqueadas (croquis núm. 3).

***

El Último amor, del empalagoso Jorge Ohnet, ha tenido la suerte que merecía, la suerte de todas las obras teatrales que faltan á la verdad de la vida, que es lo que el público busca, y con razón, en el teatro. El nuevo drama del autor de *Jorge Panine* habrá desaparecido del cartel cuando salgan á luz los croquis de las principales actrices del teatro del Gimnasio, tan elegantes como siempre:

ACTO PRIMERO.—Dos preciosos disfraces. En primer lugar, un traje de marquesa. Falda y corpiño de pekín

Núm. 9 y 10.

color de malva y paja, guarnecidos de volantes de encaje de oro con lazos-agujetas de cinta de raso color de malva y paja. Por delante del corpiño, un peto estrecho de terciopelo negro (croquis núm. 4).

El segundo es de puro capricho; una «mejicana fin de siglo». Este traje se compone de falda de gasa listada blanca y azul, guarnecida de un fleco de pompones, y una banda plegada de tela de raso rojo con listas de cachemir. En torno de las caderas, una banda de los mismos colores anudada en la derecha. Camiseta de gasa listada de cintas azules, puestas como tirantes. Chaquetilla Fígaro de raso encarnado y cachemir, con mangas

Núm. 11.

de gasa como la falda, con fleco largo blanco y azul, terminado en pompones. Cinturón de piel gris, del cual pende un yatagán. Sombrero mejicano de fieltro gris, ribeteado de pompones rojos (croquis núm. 5).

En el mismo acto notamos un magnífico traje de baile que saca Mme. de Tessandier. Vestido de terciopelo color de turquesa, bordado de crisántemos de color. En el borde inferior, una guirnalda de martas enteras. El delantero del corpiño es de guipur antigua, y va rodeado de dos martas, cuyas cabezas descansan sobre los hombros. Mangas cortas, terminadas en una tira de marta y una tira de guipur que llega hasta el codo (croquis núm. 6).

ACTO SEGUNDO.—Confección de visita de Mme. Tessandier. Es de paño *prelado*. Los delanteros son de paño, bordados de azabache, con adornos de terciopelo negro, que sube sobre el borde del abrigo y de la esclavina, y cubierto de una lluvia de azabache. Por delante de la esclavina, tiras de piel negra. La espalda es de paño liso. La capota bordada de *cabochons* de azabache con diamantes y topacios (croquis núm. 7).

Traje de luto de Mme. Rafaela Sisós. El delantero de la falda es de gasa bordada con seda mate. Cola de crespón de la China, rodeada de dos quillas de seda bordada de azabache. Corpiño plegado de gasa bordada, guarnecido de dos puntas de seda bordadas de azabache. Mangas de gasa bordada de azabache (croquis núm. 8).

ACTO TERCERO.—Mlle. Sisós. Vestido de playa, de paño blanco, bordado de rosas mezcladas de arabescos de varios colores. Corpiño de paño con peto de terciopelo morado. Manga de terciopelo, con puño cubierto de encaje. Aldetas añadidas de terciopelo cubiertas de encaje (croquis núm. 9).

Mme. Tessandier.—Vestido de bengalina color de trigo maduro, guarnecido de un volante de encaje blanco, recogido de trecho en trecho con unas abrazaderas de encaje. La cola es de bengalina lisa con volante de encaje. Casaca de terciopelo color de naranja. Mangas de encaje (croquis núm. 10).

ACTO CUARTO.—Mme. Tessandier.—Vestido de casa; es de raso negro velado de gasa. Cinturón y sisas de mangas hechas de un galón de oro y azabache. Pliegue Watteau de gasa; mangas de encaje con volante ancho de encaje (croquis núm. 11).

***

Terminaré esta revista, dedicada exclusivamente á la moda, con un recuerdo de los corsés de Mme. Léoty, plaza de la Madeleine, 8. He aquí el último género decretado por la célebre corsetera, y adoptado por todas las señoras del gran mundo:

Para casa, el corsé ligero de batista, guarnecido de tul y Valenciennes.

Para *soirées*, el corsé de forma Luis XV, con delantero guarnecido de ballenas y terminado en punta, como los antiguos corpiños. Este corsé se hace de tela Pompadour con florecillas, ó bien tela de flores y rayos. Los colores son el salmón, el rosa, el amarillo y el blanco. El fondo negro con flores de colores vivos se hace sobre todo con los corsés usuales.

V. DE CASTELFIDO.

París, 16 de Diciembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de recepción.—Núm. 1.

Este traje se hace de lana color Ofelia bordada de lunares de oro. Adornos de pasamanería de oro, compuestos de un cuello ancho que forma solapa, de un cinturón abierto sobre el delantero que sale de debajo del brazo, y de unos puños altos. Fondo de falda de tafetán, y falda abierta en el centro del delantero, bajo una vuelta de pasamanería de oro que disminuye en lo alto. Corpiño compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros que cruzan y van guarnecidos de un cuello ancho abierto en forma de V. Manga ancha estrechada con el puño.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 7 metros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

Traje de visita.—Núm. 2.

Este traje se hace de paño color de aceituna, y va adornado con alamares y bordados de trencillas negras. Una tira de piel de castor del Canadá ribetea la falda, el contorno de la chaqueta y el cuello alto. Fondo de falda de tafetán y falda semilarga guarnecida en la izquierda de un dibujo bordado. Chaqueta semilarga con espalda y lados de espalda, lados de delante y delanteros con pinzas cerrados en el centro con alamares. Manga alta de hombros y ribeteada de pieles. Cuello alto.—Sombrero de terciopelo verde, adornado con alas negras, y manguito de paño con una tira de piel en el centro.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 7 metros de paño, y 7 metros de pieles.

Delantal para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 3.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 30 á 32 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 4 y 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 56 á 64 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido adornado de astrakán.—Núms. 5 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 11 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido adornado con bordado turco.—Núms. 6 y 15.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido adornado de pasamanería.—Núms. 7 y 13.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de baile para señoras jóvenes.—Núm. 8.

La explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de baile para señoritas.—Núms. 9 y 22.

La explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de cachemir bordado y terciopelo. Núms. 11 y 26.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Levita de felpa y seda.—Núm. 12.

La explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Blusa de raso maravilloso.—Núm. 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 44 á 55 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de muselina de lana.—Núm. 16.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 21 á 29 de la *Hoja-Suplemento*.

Trajes de baile y soirée.—Núms. 18 á 21.

Núm. 18. *Traje de soirée.*—Corpiño para señoritas. Se hace este corpiño de terciopelo azul obscuro bordado de oro y seda azul lisa. Cuello Médicis de oro y azul. Espalda y lados de espalda con aldetitas planas; delantero con pinzas, y lados de delante con aldetas iguales. Los delanteros se cierran en el centro, se abren en forma de V, y van guarnecidos de un cuello grande abierto. El delantero derecho va atravesado por una banda plegada de seda, que termina en la derecha con una hebilla de oro. Mangas bullonadas de seda, estrechadas con puntas bordadas de terciopelo y terminadas en un puño de terciopelo bordado. Un bordado igual rodea el corpiño. Falda de seda azul.

Tela necesaria: 3 metros de terciopelo, y 2 metros 73 centímetros de seda.

Núm. 19. *Vestido de baile para señoras jóvenes.*—Este vestido se hace de muselina de seda blanca; va guarnecida de encaje, y se compone de un fondo de falda de tafetán, de un delantero plano de falda de muselina, con delantal plegado de la misma tela, rodeado de encaje que forma conchas. En la derecha, quilla plegada de muselina con pliegues de acordeón, rodeada de encaje que forma conchas. En la izquierda, quilla ancha de encaje. En el centro de detrás, abanico de muselina plegada con pliegues de acordeón. Corpiño terminado en puntas, fruncido en el centro del delantero, escotado en redondo con una berta de encaje que se levanta en forma de cresta en los hombros. Espalda de una sola pieza, escotada y estrechada en la cintura con pliegues. Cierre invisible.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 12 metros de muselina de seda, y un metro 20 centímetros de tela de encaje, de 70 centímetros.

Núm. 20. *Traje de baile.*—Vestido largo Princesa de terciopelo color de paja; adornos de muselina de seda del mismo color, seda gruesa bordada estilo antiguo, y tira de pluma color de berengena. Delantero de terciopelo color de paja, abierto irregularmente sobre un peto pequeño de seda bordada. Paño de seda igual que forma en la izquierda un lado de levita, guarnecido de plumas. La tira de plumas rodea la abertura del delantero y la parte superior de la espalda, que va abierta en forma de V. Un volante de muselina, fruncido con cabeza, termina el delantal. Pinzas de pecho y pinza que indica los laditos. Espalda de vestido Princesa de terciopelo, y lados de espalda que forman el vuelo para la cola. Manga corta y bullonada de seda bordada.

Tela necesaria: 16 metros de terciopelo; 3 metros 50 centímetros de seda bordada, y un metro 50 centímetros de muselina de seda.

Núm. 21. *Traje de baile.*—Vestido Imperio de seda azul celeste, guarnecido de fleco de paja y de *marabout* del mismo color. Bordados de oro. Cola de seda lisa guarnecida de un entredós bordado de dos quillas de *marabout* de paja. Delantal funda de seda bordada. Corpiño sin aldetas, escotado en redondo, con berta de paja. Unas cintas de terciopelo forman cinturón y van dispuestas en el delantero como un corselillo puntiagudo y anudado en el centro. Espalda y delantero fruncidos en el escote y estrechados en la cintura con las cintas. Cierre invisible. El forro es plano y compuesto de la espalda y lados de espalda, delanteros con pinzas y lado de delante. En el brazo derecho, brazalete doble de cinta de terciopelo cerrado con un lazo. Collar igual en el escote.

Tela necesaria: 15 metros de seda.

Vestido de cheviota y paño.—Núms. 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 12 á 20 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para señoritas.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 34 á 43 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta para señoras de cierta edad.—Núms. 28 y 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 65 á 70 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Madrid despierta.—Concierto en Palacio.—Una *sauterie* y varias recepciones.—La Nochebuena y las Pascuas.—Aspecto de la población.—Las confiterías y las tiendas de flores.—Cenas supuestas y banquetes seguros.—Bautizos.—El de la señorita de Baüer.—Los de los hijos de los Condes de Bernar y de los señores de Uhagón.—LOS TEATROS.—REAL: *Cavallería rusticana*.—ESPAÑOL: *Los ídolos de barro*.—COMEDIA: *El señor Cura*.—PRINCESA: *Genoveva*.

PARECE que Madrid despierta de su largo, de su penoso sueño.

Ya hay recepciones vespertinas en cada uno de los días de la semana; ya la gente elegante se congrega por las noches en torno de numerosas mesas de *besigue* y de tresillo; ya, en fin, ha habido una brillante, una magnífica fiesta.

A S. M. la Reina Regente corresponden el honor y la gloria de haber inaugurado la temporada de los placeres sociales, y de proteger á la par la industria y el comercio, abatidos por causas de nadie ignoradas.

Es de esperar que el ejemplo será fecundo en consecuencias; que las principales familias de la aristocracia se apresurarán á seguirlo, y que en los días que median hasta el 10 de Febrero, en que el año próximo termina el Carnaval, se multiplicarán los saraos y las reuniones.

***

La efectuada el sábado de la semana anterior en el regio alcázar fué un concierto, en el que tomó parte principal la *diva* Marcella Sembrich; figurando igualmente en el programa nuestro campatriota el insigne bajo profundo Uetam, el Sr. Verger y el joven y ya distinguido violinista Arbós.

Desde antes de la muerte del inolvidable rey D. Alfonso XII no se habían abierto las estancias del Real palacio para ninguna clase de reuniones; pero transcurridos cinco años de aquel doloroso suceso, su augusta viuda, que tanto se desvela por el bienestar de los súbditos de su hijo, ha creído deber—y ha creído perfectamente—que era llegada la hora de romper el hielo, de hacer la señal para que comience el movimiento de la sociedad.

Quinientas ó seiscientas personas fueron invitadas la noche del 13 á gozar de los encantos de escogida música, interpretada de modo admirable por cuantos figuraban en el programa.

Los honores de la función fueron empero para la Sembrich, que acababa de romper la escritura con el teatro de la Plaza de Oriente, y que debía alejarse de nosotros en seguida, para no volver ¡ay! nunca á Madrid.

La gran artista estuvo á su altura de siempre en el dúo de *Il Barbiere*, que cantó con Verger; en las melodías alemanas, y sobre todo en el vals de Arditi, *Parla*, que dijo de modo incomparable.

Uetam y Verger no desmintieron sus antecedentes; y en cuanto al joven violinista Arbós, supo probar que no los años, sino el talento, forma los artistas ilustres.

La Patti había llegado á los veinte años al apogeo de su gloria: Arbós á los veintisiete se encuentra en el mismo caso.

***

Asistieron á la reunión de que voy hablando los principales personajes de la corte; los Ministros y ex Ministros; el Cuerpo diplomático extranjero; representantes de las Cámaras y de la milicia.

¡Cosa notable!—No se invitó á ninguna señora que no fuese casada, aunque sí á muchos hombres solteros.

Es de esperar que en las fiestas que S. M. se propone dar en lo sucesivo haya puesto para la hermosa parte de la sociedad que no ha doblado aún la cabeza bajo el yugo nupcial.

***

La juventud ha bailado ya sin embargo, y confía ver repetida la *sauterie* celebrada el 2 del corriente en uno de los más elegantes hoteles de Madrid: en el del señor ministro de Guatemala, D. José Carrera, quien, con motivo de ser el santo—ó la santa—de su amable consorte y de su linda sobrina, convocó á sus amigos de mayor intimidad á un banquete y á un baile, que resultaron deliciosos.

Un cronista ha llamado á aquélla «la fiesta de la juventud», y la calificación es exacta, porque en ella aparecieron por primera vez varias jóvenes que hacían «su entrada en el gran mundo».

Entre ellas citaré á la hija de los Marqueses de Guadel-Jelú, que llamó la atención por su belleza y su dulzura.

***

Al propio tiempo han comenzado los *five o'clock tea* en diferentes casas y palacios.

La Duquesa viuda de Bailén dió el primero de los suyos la tarde del jueves 11, figurando en él la *fine fleur* de la elegancia madrileña.

La Duquesa recibía en la *serre*, profusamente iluminada con la luz eléctrica, y en la sala de música tomaba té la gente de pocos años, entregándose á alegres y animadas conversaciones.

Pero pronto se tornarán lanzas las cañas, pues la Duquesa se propone dar algunos bailes en cuanto adelante algo más la estación.

Otro *five o'clock* notable fué el que el lunes último tuvo en su casa la bellísima señora de Benítez de Lugo, quien además agasaja todos los miércoles con suntuosas comidas á las personas de su círculo íntimo, en tanto que repite los grandes banquetes con que otros años obsequia á elevados personajes y á distinguidas familias.

La Condesa de Verdú, la de Valmaseda, la Marquesa de Valdeiglesias, las señoras de Magáz, Madrazo, Lamoneda, Salvany y otras muchas *se quedan en casa* en días fijos de cada semana; y en fin la Condesa de Casa-Sedano recibe también *en petit comité* los domingos.

***

Hay otro sitio que visita en tropel el gran mundo, como siempre en semejante época del año: la confitería del diputado á Córtes por Madrid D. Cárlos Prast, verdadero centro artístico de toda clase de objetos propios de la época.

Los dulces, á pesar de ser exquisitos, son allí un pretexto para exhibir toda clase de maravillas procedentes de diversos países de Europa: el Sr. Prast hace durante el otoño un largo viaje á Francia, Alemania é Italia, y de allí trae lo más precioso que produce la industria de aquellos países.

Luego lo expone, con gran conocimiento de la estética, en el piso principal de su casa, y allí acude la *high life*, durante los presentes días, á comprar relojes magníficos, jarrones de bronce soberbios, cajas admirables por su delicado trabajo, en las que los dulces son un accesorio, y lo principal es el mérito de cada cosa.

También Anselmo Abajo, el florista de la *fashion* y del gran mundo, ofrece verdaderos prodigios en la *vitrina* de su establecimiento de la calle del Caballero de Gracia.

En *corbeilles* y cestas de mimbres y de porcelana, en ramos y *bouquets*, expone los caprichos más raros y nuevos, con ejemplares preciosos de la flora moderna.

La población presenta ya el aspecto bullicioso de otras veces, y la Plaza Mayor continúa siendo el *pandemónium* donde se agitan intereses de índole distinta y aun opuesta.

***

En la última quincena han abundado más los bautizos que las bodas; siendo entre los primeros el que llamó particularmente la atención el de la bella señorita doña Paulina Baüer, hija del opulento representante de los Rothschild en esta corte, quien ha abrazado el culto católico para unirse al elegido de su corazón, el joven y simpático Marqués de Villamanrique.

Otras dos ceremonias religiosas de igual género han tenido lugar: una niña de los Condes de Bernar y un niño del Sr. D. Francisco de Uhagón han recibido el agua bautismal con gran pompa en las parroquias de San Jerónimo y de San José, en presencia de numeroso concurso de deudos y amigos de ambas familias, obsequiados después espléndidamente.

***

Escasísimo espacio resta para dar cuenta de las novedades de los teatros, que han tenido bastante importancia.

El Real ha estrenado anoche *Cavallería rusticana*, la ópera del joven maestro Mascagni, que parece señalar el renacimiento de la música en Italia.

Su éxito entre nosotros ha sido igual al que ha alcanzado en Roma, en Florencia, en Liorna, en todas las principales ciudades de aquella Península.

Madrid es la primera capital de Europa donde se pone en escena, y de seguro que no se arrepentirá la empresa del Regio coliseo de su actividad y diligencia, porque el resultado habrá excedido á sus esperanzas.

La *partittura* y los cantantes han sido aplaudidos con idéntico entusiasmo, repitiéndose el preludio y la siciliana, que canta Stagno dentro; y mereciendo iguales honores el brindis ejecutado por el insigne tenor.

Pero lo que produjo mayor efecto fué el dúo del mismo con la Belincioni, soprano dotada de singulares cualidades y que ayer se ha revelado como artista de primer orden.

La Belincioni posee cuanto se necesita para llamar la atención: figura esbelta; fisonomía expresiva; voz, si no muy potente, agradable, y gran dominio de las tablas.

El auditorio la aplaudió sin cesar, tributándola después numerosas ovaciones en compañía de Stagno.

Las Sras. Morelli y Garrido, y el barítono Tabuyo, en partes secundarias, han contribuído al resultado general.

***

Los teatros «de verso»—según se les llamaba antes, acaso porque dramas y comedias se escribían en rima, hoy teatros de declamación, hablando con mayor propiedad—no han estado felices las dos últimas semanas.

En el Español naufragó en su estreno la titulada *Los ídolos de barro*, que sólo pudo ejecutarse una noche; y en la Comedia estuvo á punto de suceder lo mismo con *El Señor cura*, en la que ha sufrido el primer fracaso en su ya larga vida literaria el Sr. Vital Aza.

Pero cortes abundantes é inteligentes hechos en la composición han mejorado su conjunto, y sigue poniéndose en escena todas las noches con aplauso de los espectadores.

Más dichoso que los demás, el coliseo de la Princesa nos ha dado la primera producción de un periodista distinguido—el Sr. Urrecha—quien, aunque trata muy mal en su obra á los cronistas de salones, á los que llama con desdén *revisteros*, no merece que con él tomen ellos represalias negando mérito á su primer ensayo dramático.

Deseámosle, pues, porque somos generosos, que *Genoveva* sea la primera de una serie de triunfos, semejantes al que ha obtenido con ella, y al que han cooperado poderosamente María Tubau, la Bardo, los Sres. Amato, Vallés y Manini, y muy particularmente también el director de la compañía y distinguido autor dramático, D. Ceferino Palencia.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Diciembre de 1890.

LA MEJOR MODISTA.

I.

«Amiga Visitación:
Por tu porte y distinción
Eres mi envidia constante,
Y eres del mundo elegante
La fama y la admiración.

Tu hermosura extraordinaria
Al buen gusto se acomoda,
Y es mi pregunta diaria
Cómo, sin ser millonaria,
Eres reina de la moda.

Su asombro la gente expresa
Y por inquirir se afana
Si tu modista es inglesa,
Ó si es austriaca ó francesa,
Ó si es rusa ó alemana.

Yo abuso de tu amistad,
Y espero de tu bondad
Que en la presente cuestión
Me contestes la verdad,
Amiga Visitación.

¿En qué tu lujo consiste?....
Contéstame sin ambajes
Cómo el triunfo conseguiste.
Dime, amiga, quién te viste,
Para encargarle mis trajes.»

II.

«Mi buena amiga María:
Tu extraña carta recibo
Y te contesto en el día:
Dispénsame que me ría,
Pues río cuando te escribo.

Ni es mi lujo extraordinario,
Ni mi esposo es millonario:
Y extraño, naturalmente,
El que se fije la gente
En mis trajes de diario.

¿Dices que quién me vistió?.....
¿Esa es tu pregunta sola?
Pues no es extranjera, no.
Mi modista es española,
Pues quien me viste soy yo.

Busco en LA MODA ELEGANTE
El figurín más flamante:
Á mi capricho lo ajusto;
Pongo un espejo delante
Y me hago el traje á mi gusto.

La fama que tú me diste
Fácilmente se conquista
Y en poca cosa consiste:
¡La que á sí misma se viste,
Esa es *la mejor modista!*»

Por la copia,

JOSÉ JAKSON VEYAN.

PERIQUILLO ROMPEGALAS.

(HISTORIA DE ALDEA.)

(Continuación.)

II.

SU Ilustrísima viajaba con toda comodidad en un ancho y bien acondicionado carruaje; seguíale un gran faetón que llevaba encima los equipajes del señor Obispo y de las personas que le acompañaban. Eran éstas un secretario, un paje y un limosnero. El faetón lo ocupaban el ayuda de cámara, el cocinero y un magnífico perro de Terranova, al que cuidaban con gran esmero, por ser regalo que á Su Ilustrísima había hecho persona que él tenía en gran estima.

La mañana estaba hermosa. Su Ilustrísima no tenía prisa; tiempo había de sobrar para llegar á la estación á hora de tomar el tren que le conducía á Santander.

Las cuatro mulas que tiraban del vehículo marchaban ligeras, haciendo sonar los cascabeles y campanillas de sus colleras.

El conductor recibió la orden de parar, porque el señor Obispo quería andar un rato para estirar las entumecidas piernas y respirar el aire puro cargado de perfumes que recogía al acariciar las hierbas aromáticas.

10.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Espalda.
Véase el dibujo 4.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 56 á 64 de la Hoja-Suplemento.

11.—Vestido de cachemir bordado y terciopelo. Delantero.
Véase el dibujo 26.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

12.—Levita de felpa y seda.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

13.—Vestido adornado de pasamanería. Delantero. Véase el dibujo 7.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

14.—Blusa de raso maravilloso.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 44 á 55 de la Hoja-Suplemento.

15.—Vestido adornado de bordado turco. Delantero.
Véase el dibujo 6.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

16.—Vestido de muselina de lana
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

17.—Vestido para niñas de 5 á 7 años.
Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 29 de la Hoja-Suplemento.

18 á 21.—Trajes de baile y soirée.

Por un estrecho sendero, donde éstas á uno y otro lado crecían verdes y lozanas, caminaba Su Ilustrísima, cuando se detuvo de pronto, extendiendo la mano en dirección al río, que estaba á corta distancia:

—Aquello que allí se ve sobrenadando como una boya—dijo—parece un cuerpo humano, si no me engaño. ¡Dios tenga piedad de su alma!.

Los tres que le acompañaban exclamaron:

—Efectivamente, no se equivoca Su Ilustrísima.

—Si está vivo, mal lo va á pasar—repuso el conductor, que hacía marchar las mulas con paso perezoso para que no se adelantaran, y acababa de pararlas al oir lo que decía el señor Obispo. Luego añadió:

—Si llega al molino, ó se ahoga, ó se hace pedazos.

El ayuda de cámara y el cocinero, que se habían apeado también, se mantenían á respetuosa distancia: el perro daba vueltas y levantaba la cabeza respirando el aire con satisfacción y regocijo.

—La Divina Providencia—dijo Su Ilustrísima—nos da quizá el medio de salvar á esa criatura.

Y volviéndose hacia donde estaba el perro, le llamó. El animal acudió moviendo la cola en señal de contento.

—Mira, *Leal*—le dijo su amo—allí, allí.....

Y le señalaba con la mano el sitio hacia donde avanzaba el casi inerte cuerpo de Periquillo, ya sin fuerzas, esperando la muerte que había ido á buscar.

El animal fijó en su dueño la inteligente mirada, luego en el sitio que le indicaba; y debió ver y comprender lo que tenía que hacer, porque partió como una flecha y saltó al río.

Sus lanudos brazos batían el agua, levantando espuma y avanzando con brío hacia aquel cuerpo que estaba próximo á perecer, tanto, que todos lanzaron un grito de angustia: unos minutos más, y los remolinos que formaba el agua cerca de la aceña le envolverían sin remedio.

Dios no quiso que pereciera. El valiente animal le asió por la ropa con sus enormes dientes, y nadó con brío hasta ganar la orilla. Entonces soltó á Periquillo, tendiéndose á su lado, jadeante y fatigado, después de sacudir el agua que caía en abundancia de sus lanas.

Periquillo no estaba muerto: su afligido corazón latía aunque débilmente. Le desnudaron y secaron; después le friccionaron el cuerpo con aguardiente y le envolvieron en una manta, trasladándole al faetón y colocándole lo más cómodamente posible.

Leal fué acariciado por todos, principalmente por Su Ilustrísima, que le decía con enternecimiento:

—Has hecho un gran servicio: has librado de la muerte á esa pobre criatura. ¡Te debe la vida! Dios se la conserve para honrarle y servirle.

Su Ilustrísima volvió á subir al carruaje, seguido de los que le acompañaban.

Leal subió también al faetón, acomodándose al lado de Periquillo, que, vuelto en sí, le miraba con extrañeza, sin comprender ni darse cuenta de nada. Su Ilustrísima no había querido quo se le hiciera pregunta alguna; hubiera sido peligroso, y ordenó que se le dejara descansar. Ya le interrogaría cuando conociera que se hallaba en estado de pensar y responder.

Leal, con la cabeza levantada, tenía la vista fija en el muchacho, lamiéndole la cara cuando le veía cerrar los ojos.

En el primer pueblo que encontraron, Su Ilustrísima dispuso detenerse y descansar un par de horas. El ayuda de cámara compró una camisa, zapatos, un pantalón, una blusa y una gorra, el traje completo para Periquillo. Acababa éste de cumplir doce años, pero estaba muy alto y representaba quince. Su figura era en extremo simpática. Tenía el color moreno, pálido, la frente ancha y despejada y la mirada franca y profunda.

Se presentó á Su Ilustrísima, y produjo en el virtuoso Prelado agradable impresión. Se arrodilló y le besó el anillo y las manos; pero estaba tan turbado que no pudo pronunciar una palabra.

—Hijo mío—le dijo el Obispo—la Divina Providencia te ha salvado milagrosamente. ¿Has dado gracias al Todopoderoso?

—Sí, señor, las he dado.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro.

—¿Cómo te ocurrió la desgracia de caer al río?

—No caí, señor, yo me tiré.

—¿Es posible? En este país en el mes de Octubre hace demasiado frío para tomar un baño al aire libre, por más que el día esté tan despejado y agradable. Fué una locura.

—No pensaba en bañarme.

—Entonces..... ¿fué un mal pensamiento?

—Señor, me arrojé al agua porque me ahogaba en la tierra.

—¿Qué dices, hijo? explícame eso, que es grave. ¿Por qué te ahogabas en la tierra? ¿Cuál era tu desgracia?

Periquillo bajó la cabeza y guardó silencio.

—¿A mí—repuso el Obispo—no quieres abrir tu corazón y aliviarlo contándome tus desdichas?

—Señor—dijo Periquillo, levantando hasta el ilustre Prelado sus ojos preñados de lágrimas—soy un niño, pero he sufrido como un hombre: como á un culpable me han tratado, y yo no he dado motivo; me arrojé al río porque me perseguían, me insultaban y me tiraban piedras, como si fuera un perro rabioso.

—¿Nadie te defendió?

—Nadie.

—¿De qué pueblo eres?

—De Santa María de N...

—Yo haré venir á su alcalde, y él te proporcionará los medios para que vuelvas al lado de tu familia protegido por la autoridad.

—Si me llevan allá, volveré á tirarme al río—dijo el muchacho con voz temblorosa, pero con tono resuelto—y no saldré sino cuando me saquen muerto.

—Tu familia te buscará y tendrá un gran sentimiento.

—No tengo quien se interese por mí. Vivía con mi madrastra y nada la debo; allí le queda lo que me dejaron mis padres; no hará por encontrarme, ni me echará de menos.

El Obispo reflexionó un momento; luego repuso:

—¿De modo que estás resuelto á no volver?

—Resuelto—contestó el muchacho con firmeza.

—¿Y qué harás?

—Si me atreviera..... diría al señor Obispo.....

—Vamos, dí lo que quieras.

Periquillo cruzó las manos, y rompió á llorar sin poderse contener.

—Señor, le diría que me llevara consigo: yo haría todo lo que me mandara y cuidaría á mi salvador y amigo—añadió volviéndose y abrazando á *Leal*, que, sentado sobre sus patas traseras, pasaba su inteligente mirada de uno á otro, como si comprendiera de lo que se trataba y esperara un buen resultado.

El Obispo estaba profundamente conmovido.

—Te lo concedo—dijo;—te quedarás conmigo; pero has de saber que voy muy lejos.

—Señor—exclamó el muchacho con regocijo, secando sus lágrimas con la ancha manga de la blusa—ir lejos deseo, cuanto más me aparte de esta tierra, mejor. Señor Obispo, ya sé que no valgo tanto como *Leal*; pero prometo ser tan fiel como él.

Periquillo se consideraba feliz. Su Ilustrísima estaba satisfecho de su determinación.

¿Qué hubiera sido de aquel pobre niño abandonado y solo?

Tres días después de estos acontecimientos se embarcó Su Ilustrísima, acompañado del secretario, el paje, el limosnero, el ayuda de cámara, el cocinero, Periquillo y *Leal*.

Llegaron al término del viaje, que fué en extremo feliz.

Periquillo no quiso tener secretos para su bienhechor, y le contó la infame venganza que de él había tomado el malvado sacristán, y el motivo que la había ocasionado.

El tiempo pasaba, aumentando cada día el afecto que Su Ilustrísima había cobrado al huérfano. Su claro entendimiento se desarrollaba prodigiosamente con la lectura de los libros que su protector con gran cuidado y acierto le escogía, satisfecho siempre del ardor con que los estudiaba.

Llegó á quererle como hubiera querido á un hijo. Se propuso hacer de él un hombre de provecho, y antes que cumpliera trece años le puso en clase de interno en un excelente colegio de Padres Jesuítas.

ANTONIO MARÍA.

(Concluirá.)

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Continuación.)

Pero dejemos este asunto, que me irrita. Sólo me queda una semana que pasar aquí, y poniéndome de mal humor me vas á hacer buscar querellas con la señorita Eladia, aunque le deje pésimo recuerdo de mi estancia en el castillo. ¡Ernesto, por Dios, déjame en paz, y no me persigas con tus previsiones sentimentales!

No te niego que una imaginación entusiasta, un corazón juvenil y algunas ilusiones frescas todavía, hubieran podido conmoverse aquí; este cuadro extraño..... esta forzada intimidad..... estos bellísimos ojos.....

Pero no es culpa mía el no tener veinte años; hace nueve justamente que los cumplí, y hay dos cosas que no vuelven: la juventud y las ilusiones. ¡Si pudieras dármelas de nuevo, á fe de escéptico, te pagaría el favor tributándote gracias de rodillas!

Nuestros últimos días pasan muy agradablemente. La señorita de Bazán está más alegre que jamás la he visto, y no hay á su lado contrariedad posible.

Hace ocho días que me levanto, ayudado por Nicolasa, cuyo robusto hombro me sirve de muleta. Cerca de la ventana me espera un grande y cómodo sillón de roble y cuero de Córdoba, dorado y labrado, donde me instalo, extendiendo la pierna en otra silla colocada enfrente de mí.

Desde tal puesto, y sirviéndome de *cicerone* la señorita Eladia, paso revista al patio y á los diferentes puntos del castillo que se divisan desde mi observatorio.

—Allí—me dice ella—está la biblioteca, allí el comedor, aquí la capilla, y allá (mostrándome un montón de ruinas) había galerías, una gran sala de armas, oratorio y diversas cámaras, amplias y alegres.

El total de la construcción es soberbio; estilo gótico puro, elegante y severo á la vez. Hay estatuas que me hacen soñar, y por las cuales he cumplimentado á la castellana, que las juzga y aprecia con su acostumbrada originalidad.

En fin, si te digo que he tenido el gusto de conocer á *Papalina* (único de los vivientes del castillo que no había podido analizar todavía) y que es la tercera afección de la señorita de Bazán, convendrás en que las semanas proféticas se han cumplido, y puedo ya alejarme de aquí.

Hacía ayer una tarde magnífica, y á pesar de la temperatura algo fresca, tenía abierta la ventana de par en par, respirando las perfumadas auras de las sierras, cuando vi atravesar de prisa el patio á la señorita Eladia. Sin detenerse me hizo un ligero saludo y se dirigió hacia una puerta mal formada con cuatro tablas y dos barrotes.

—Voy á mostraros á *Papalina*—me gritó.

Y salió un minuto después, llevando del ronzal una burra vieja, medio ciega, con los huesos salientes y el pelo escaso de un blanco amarillento.

Indiferente á su fealdad, la castellana de Bazán le hablaba dulcemente, y le daba pan y azúcar, todo tan de prisa, que la pobre bestia no podía comer lo que le ofrecían.

En fin, cuando concluyó me dijo:

—Todavía trota, y no muy mal; vais á verlo.

Echó una manta sobre el lomo del animal, la hizo acercarse á un poyo de piedra que ocupaba el testero izquierdo del patio, y ligera como una sílfide saltó sobre su extraña montura, excitándola con la voz hasta hacerle tomar una semicarrera; pero la pobre bestia, no acostumbrada á tales calaveradas, daba saltos y corcovos que me hacían estremecer.

—Vais á hacer que os rompa la cabeza—grité á la señorita de Bazán.

—¡Bah!—me respondió, sin dejar de obligarla á correr—nos conocemos de tiempo, para que me juegue tan mala pasada.

Á la décima vuelta se deslizó al suelo tan rápidamente, que juzgué se había caído, y volvió á llevar á la cuadra á *Papalina*, con el mismo cariño que mostró al traerla.

Según todas las probabilidades, no volveré á escribirte hasta que me traslade al pueblo; regularmente pasaré en la fonda algunos días, el tiempo preciso de restablecerme para poder volver aquí, dar gracias á mi huéspeda y despedirme de ella. Creo que su caridad bien merece esta atención. ¡Ah! también quiero despedirme de mi excelente amigo el doctor Lorenzo Sangrán.

Cierra el libro, Ernesto, porque la aventura ha terminado, y hasta muy pronto. Han partido tantos vapores sin mí, que tengo ganas de dejar todavía los de este mes y emplear el tiempo en darte un buen abrazo.

28 de Abril.

Ayer tarde marchó el Conde de Errazu, y aunque he conocido el castillo vacío y silencioso, nunca, seguramente, ha estado como ahora.

Lo que hoy siento no es fastidio, sino una gran tristeza, y parece imposible la diferencia que hay de uno á otra. De vez en cuando procuro hacerme valiente, y juego conmigo misma la comedia de la indiferencia. Arreglo mi cuarto, voy, vengo, leo mis libros favoritos; acudo al bastidor, al mundillo y á la red; repito las alegres canciones de otros días, y, por último, me siento, llamo á *Lolo*, que apoya su cabeza en mis rodillas y fija en mí sus ojos tristes é inteligentes; pero, si para distraerme ensayo hablar con él, siempre acabo por decirle:

—Seis semanas para curar una fractura, mi buen perro, ¿quién hubiera creído que durase tanto? ¿Por qué extrañar entonces que se haya ido?

Nicolasa me sigue con inquietas miradas: quizá adivina lo que sufro, y estoy cierta de que desearía consolarme. Pero no quiero consuelos; ya que el dolor de su ausencia es lo único que me resta de él, que me dejen mi tesoro.

El último día que pasamos reunidos fué mejor que ninguno: sin embargo, me atrevería á jurar que el señor de Errazu experimentaba una emoción imperceptible.

Por la mañana, al entrar en su habitación, vi cerca de él una mesita cargada de lápices, papel, una caja de colores y un mazo de pinceles. Nicolasa le presentaba en aquel momento un vaso de agua.

—¿Tendríais la bondad—me dijo mi enfermo—de permitirme hacer vuestro retrato en dos pinceladas? Acabo de dibujar el ángulo del castillo, pero los recuerdos de mi estancia en él quedarían incompletos si mi enfermera no figurara en primera línea.

Acepté desde luego, y me aproximé á ver qué hacía, preguntándole al mismo tiempo:

—¿Cómo hace falta colocarme? ¿de pie, sentada, de cara ó de perfil? Y sucesivamente ensayaba las posiciones que le decía.

Se echó á reir, y despues de reflexionar un momento, respondió:

—Sentaos junto á la chimenea en ese gran sillón, justamente como estabais la noche que volví de mi letargo.

—Menos el vestido.

—Desgraciadamente teneis razón.

—¿Cómo desgraciadamente? ¿Os contraría que no lo tenga?

—Os aseguro.....

—Sed franco; ¿queréis que me lo ponga?

—No me atrevería á pedirlo.

—Esperad; es negocio de un segundo.

Y antes que hallara una frase que contestar, ya estaba lejos.

Como se lo dije, volví en seguida; pero el vestido de mi abuela me estaba demasiado largo, y aunque procuraba levantarlo por los dos lados, al andar se me enredaba en los pies; por fin, al pasar delante del señor de Errazu, quise hacerle una cortesía á la francesa, y hube de exagerarla en términos, que las faldas se me trabaron, y caí pesadamente sobre las rodillas.

Mi huésped exhaló una exclamación, que era casi un grito, de tan sincero interés, que me hizo palpitar el corazón de gozo; al mismo tiempo quiso levantarse impetuosamente para darme auxilio.

—No os movais—le grité;—tened cuidado de vuestra pierna.

Me puse en pie y tomé asiento en el sillón, pero el Conde estaba inquieto.

—¿Os habéis lastimado?—preguntaba,—¡Dios mío, qué idea tan absurda he tenido al mostrar preferencia por ese traje! ¿De veras no os duele nada?

Moví la cabeza negativamente, porque me hubiera sido difícil hablar; sentía viva emoción, no del susto de la caída, sino de oir aquella voz que me interrogaba ansiosa: dejóme tranquilizar un rato, y después empezó la acuarela.

A cada instante me miraba con una persistencia que llegó á molestarme, y de diez en diez minutos suspendía la sesión, para que hablara y me moviera un poco. En fin, á las dos de la tarde el retrato estaba concluído; entonces me llamó para que viera su obra, y me sorprendió de modo que no pude menos de exclamar:

—¡Soy yo! ¡Ah! ¡pero qué bonito!

La verdad es que aquella figura vestida color de rosa pálido, que sonreía desde el sillón de roble, y á la que servía de fondo el mármol gris de la chimenea y los zócalos de encina tallada, formaba un cuadro delicioso, y no podía dominar mi admiración.

—¿A qué llamáis bonito?—me preguntó burlonamente el señor de Errazu—¿al retrato ó al total de la acuarela?

—Pues al retrato.

Miróme un instante sonriendo: después, con una voz distinta de la que yo le conocía, replicó:

—El retrato es vuestro, porque, afortunadamente, está parecido; pero no cambiéis nada á vuestra exclamación.

No supe qué contestar; era la segunda vez que sus labios se abrían para dirigirme una frase de elogio.

Al mismo tiempo entró el doctor; sentí que el corazón se me oprimía, y aprovechando un pretexto cualquiera, me apresuré á salir de la estancia: al cruzar la galería oí en el patio el ruido del carruaje que el Conde había mandado buscar, y llena de angustia corrí á mi habitación.

Un cuarto de hora después oí que el doctor me llamaba y acudí inmediatamente: el señor de Errazu estaba en pie, apoyado en dos muletas negras que me hicieron un efecto horrible. ¡Cuán viva compasión me inspiró aquella arrogante figura á quien juzgué sentenciada para siempre á tener que valerse de tan detestable apoyo! Miré al doctor, y éste, que leyó en mis ojos los temores que me angustiaban, me dijo con una sonrisa:

—Tranquilizaos, no las usará mucho tiempo.

Nicolasa entró á despedirse del viajero, y hasta tuvo la oportunidad de dirigirle un discursito, deseándole feliz viaje y buena suerte: el señor de Errazu la dejó acabar, y luego, apoyando la pierna fracturada en un sillón, soltó las muletas y abrió los brazos.

—No es con palabras—dijo alegremente—como se os pueden dar gracias por vuestra abnegación; permitid que os dé un abrazo.

Y uniendo el dicho al hecho, estrechó cariñosamente á mi pobre vieja, deslizándola á la vez en la mano un bolsillo, por entre cuyas mallas brillaba el oro de que estaba lleno.

El doctor, que acababa de salir, gritó entonces desde el patio:

—Señor de Errazu, apresuraos; si no, vamos á llegar de noche.

Dejando á Nicolasa, que muda de asombro trataba en vano de devolver el regio regalo que la hacían, el Conde se volvió á mí, diciendo con exquisita cortesía:

—Nuestro excelente amigo el doctor se ha encargado de ofrecer mis respetos á la señorita de Castrojériz y á la vez de despedirme de ella; no he querido molestaros con esta comisión.

Detúvose un poco, y luego, lentamente, como si buscara las palabras que debía emplear, añadió:

—Permitid, señorita Eladia, que os exprese toda mi gratitud, no sólo por vuestra generosa caridad y los cuidados que os he debido, sino por la gracia y el talento con que habéis distraído y animado mi larga y penosa convalecencia: ser como sois, es una doble y encantadora bondad.

Incapaz de encontrar ni un eco en mi garganta, que me parecía sentir estrechar como si quisieran ahogarme, tendí por toda respuesta mi mano al señor de Errazu, que la tomó delicadamente y vaciló un minuto como si quisiera hablar..... pero nada dijo; solamente se inclinó con respeto y selló con un beso la punta de mis dedos.

La emoción que recibí fué tan profunda, que me obligó á cerrar un instante los ojos. Cuando los abrí, el Conde pasaba el umbral de la puerta, y Nicolasa le seguía con el saco de noche: bajó la escalera bastante bien, atravesó el patio, subió al carruaje sin pronunciar ni una palabra, y sólo cuando el caballo iba á emprender el trote se asomó á la portezuela, inclinó la cabeza, se descubrió respetuosamente, y exclamó:

—¡Adios, señorita de Bazán!

¡Ay! me pareció al oirle que sellaban mi corazón con una piedra de peso insoportable, y sentí una angustia mil veces mayor que el día en que vi á las jóvenes religiosas bajo el velo funerario en el acto de la profesión: involuntariamente recordé la zanja donde faltó poco para que hallara sepultura una mañana de invierno, y hasta se me ocurrió el horrible pensamiento de que tal vez hubiera sido una felicidad morir allí.

Mientras pude ver el carruaje, permanecí inmóvil, siguiéndole con los ojos; cuando desapareció en un recodo del camino, creí que la vida me abandonaba, y tuve que apoyarme en la pared, pues mis piernas no querían sostenerme.

Nicolasa, que, á pesar de la alegría que le causaba el tesoro de que era poseedora, comprendía lo que pasaba en mi alma, se acercó y me dijo con aparente indiferencia:

—¿Vienes á calentarte? el día se ha puesto demasiado fresco.

—Sí;—le contesté—allá voy.

Y eché á correr hacia el parque para buscar á mi viejo amigo, el castaño en cuyo tronco había grabado las cifras del ausente.

A. Hermill.

(Concluirá.)

EL ZAPATO DE NOCHEBUENA.

(ANÉCDOTA HISTÓRICA.)

Circulaba en París triste noticia: Nicolás Paganini, el violinista insigne, había caído gravemente enfermo después de un concierto, uno de aquellos conciertos de violín que entusiasmaban al público.

Y era verdad: la fiebre de los artistas que abusan del talento y del estudio, postró en el lecho al maestro, quien parecía no vivir sino artificialmente, á juzgar por la demacración excesiva que amenazaba de continuo su preciosa existencia.

Los tres médicos más famosos de la corte de Luis Felipe I le prescribieron, después de examinarle detenidamente, que cambiase en absoluto, durante algunos meses, de método de vida, y se retirase á una casa de campo, lejos de los entusiasmos artísticos, que eran el verdadero origen de su dolencia de carácter nervioso; y Paganini, aceptando de mala gana la prescripción facultativa, optó por retirarse á la *Villa Luteciana*, célebre Casa de Salud de la capital de Francia, en el *faubourg* Poissonnière, espaciosa, cómoda, tranquila, rodeada de inmenso parque de tilos y castaños, y de magníficos jardines siempre esmaltados de flores.

Paganini era, entre todos los enfermos y convalecientes de la *Villa*, el único que buscaba la soledad, y ellos le perseguían sin cesar con frases de maledicencia.

—¿Habéis observado al gran artista?—decía uno.—No saluda á nadie, ni habla una palabra..... huye cuando alguien se le acerca.....

—Eso depende de su enfermedad—respondía otro.—Dícese que hay en su vida un terrible misterio, un amor cruelmente contrariado..... Sabe el infeliz que ha de vivir pocos meses, y es natural que busque la quietud, la soledad de los árboles y las flores.

—¡No lo creáis!—añadía algún malicioso.—Eso consiste en que Paganini es monstruosamente avaro, y huye de la gente para que nadie le pida favores..... Y además, se afirma que está furioso, porque aquí todo cuesta enormemente.

¿Estos y otros comentarios y murmuraciones llegaban á oídos del insigne violinista? Indudablemente: contábaselos su camarera, la hermosa Julieta, muchacha de diez y ocho años, locuaz y desenvuelta, pero honrada y simpática, única persona que entonces tenía el privilegio de hacer brotar una sonrisa de los labios de Paganini, aquella sonrisa dulce y melancólica que tan admirablemente ha descrito Hoffman en su *Violino di Cremona*.

Pero tales murmuraciones importaban poco al maestro: paseábase siempre solo bajo los árboles, y sentábase á la sombra para leer cien veces sus viejas cartas, su tesoro de amor; y poco á poco recobraba la salud perdida, y algún relámpago de alegría iluminaba la profunda tristeza de su alma.

***

Una tarde Julieta no tenía su acostumbrado buen humor, y el violinista, que á la sazón se entretenía en labrar un pedacito de marfil, levantó la cabeza y preguntó á la muchacha:

—¿Has llorado? ¿tú también eres infeliz?

—¡Oh! ¡soy tan infeliz, señor!

—¿No quieres decirme la causa?

Y fijó la mirada de sus grandes ojos negros en el semblante apenado de Julieta, que se puso más roja que una amapola.

—¡Adivino!—continuó Paganini.—Se trata de un amante, ¿eh?..... Veamos, Julieta: ¿no podré hacer algo para librarte de tus penas?

Julieta calló, enjugándose los ojos con una punta de su blanco delantal.

—¿Te ha abandonado?—añadió Paganini.

—¡Jamás, señor, jamás!..... Pero me abandonará pronto, sin culpa suya..... ¡Pobre Antonio!

—¿Cómo es eso?

—Porque tiene veinte años..... y ha sacado mal número. ¡Irá á un regimiento!

—¿No puede encontrar un sustituto?

Julieta sonrió tristemente.

—¿Un sustituto? ¡Ah, señor! Corren voces de guerra, y un sustituto cuesta un tesoro..... ¡mil y quinientos francos!.....

El maestro cogió una mano de Julieta, y dijo con emoción:

—No llores, muchacha, y continúa alegrando mis tristezas con tu sabrosa charla..... Mil y quinientos francos no son una gran cantidad..... Ya pensaré en eso.

Y sacando del bolsillo una cartera, apuntó en ella estas palabras:

«*Memorandum*.—Dar un concierto á beneficio de Julieta.»

***

Acercábase la Nochebuena del año 1832, y el médico de la *Villa Luteciana* había dicho á Nicolás Paganini:

—Habéis mejorado mucho, ilustre maestro; pero no saldréis de aquí hasta Marzo ó Abril del año próximo, y entonces será completamente curado.

—Obedeceré—respondió Paganini.

Pero no se olvidaba de su promesa á Julieta.

Pocos días antes de la Nochebuena, cuando los niños se disponían ya á colocar sus zapatos y sus bandejas en los balcones y el hogar de la casa de sus padres, para que el santo niño Jesús les regalase juguetes y confites, resonaron fuertes pisadas y rumor confuso de voces en la galería inmediata al salón de lectura de la Casa de Salud.

Allí estaba Paganini, sentado en un diván y rodeado de otros pensionistas del establecimiento.

—¿Qué ruido es ése?—preguntó uno de aquéllos.

—Un recado para el Sr. Paganini—contestó Julieta, entrando en el salón.

Y apareció detrás de ella un mozo de cuerda, con una gran caja forrada de terciopelo azul, y en cuya tapa se leía: «Al Sr. Nicolás Paganini»

—¿De dónde viene esa caja?—preguntó el artista al mandadero.

—De Lyón ó de Orleans, señor.

—Lo extraño—murmuró Paganini—porque no conozco á nadie en esas poblaciones.....

—No importa, señor—interrumpió dulcemente Julieta.—Sea quien sea, debéis aceptar el obsequio.

—Es justo—contestó el violista, entregando una moneda de cinco francos al mandadero, quien se retiró muy satisfecho de su viaje.

Todos los circunstantes miraban con curiosidad la misteriosa caja.

—Un regalo de Navidad—dijo una señora.

—Quizá un precioso *Stradivarius* ó un *Amati*—añadió un caballero.

—¡Bah! una caja de mazapán del Mediodía—indicó un goloso.

Paganini levantó la tapa con sus largos dedos nerviosos, y sacó de la caja un envoltorio lacrado y sellado; y rompiendo los sellos y los papeles de la envoltura, entre las burlonas carcajadas de las gentes maliciosas que le rodeaban, mostró un enorme zapato de madera de roble, una almadreña que parecía hecha para el pie de un cíclope.

El infeliz Paganini murmuró con tristeza:

—¡Es una alusión á mi supuesta avaricia! ¡Me comparan con los niños, que piden siempre y no dan nunca!

Y después de algunos minutos de silencio, añadió en voz alta:

—¡Ah! Yo demostraré al hombre ruín que ha pretendido burlarse de mí que esta caja es un tesoro. ¡Sí, señores! Dentro de pocos días valdrá este zapato más oro que pesa.

Y salió del salón sin saludar á nadie, llevándose la almadreña y la caja.

***

Transcurrieron tres días sin que el maestro pasease por el parque, ni apareciese en los salones de conversación y lectura de la *Villa Luteciana*, y los pensionistas mejor informados decían que se ocupaba sin cesar en hacer un magnífico violín para estrenarle en su próximo concierto.

Y era verdad, revelada por Julieta: habilísimo en el difícil arte de construir violines, como Stradivarius y Amati, y deseando cumplir en breve su oferta empeñada, Nicolás Paganini llegó á transformar en ligero y armonioso instrumento aquel enorme zapato de roble que le habían remitido de Lyón como objeto de burla.

El día de Navidad, á las diez de la mañana, apareció en la puerta de la *Villa* un cartel manuscrito que decía así:

«*Concierto en la noche de Pascua, en el salón de honor de la «Villa Luteciana».*—Nicolás Paganini *ejecutará diez piezas, las cinco primeras en su violín y las cinco últimas* en un zapato de roble.—*Localidades disponibles: 200; precio de cada una: 10 francos.—El producto total se destina á una obra benéfica.—A las ocho en punto.*»

El anuncio, llegando también á noticia de la Sociedad artística de París, produjo impresión vivísima. «¿Pero el gran Paginini (decíase en los círculos y salones) está loco? ¿Por qué nos sorprende ahora, después de cuatro meses de silencio, con la promesa de ejecutar piezas de concierto en un zapato de roble?»

Y los doscientos billetes fueron adquiridos, mejor dicho, arrebatados en pocos minutos

***

A las ocho de la noche de la Pascua de Navidad, el amplio salón de honor de la *Villa Luteciana* estaba ocupado por los primeros artistas y literatos parisienses.

Paganini se presentó en seguida, sonriente, rejuvenecido, esbelto, y ejecutó en su violín las cinco piezas primeras, produciendo, como siempre que tocaba, inmenso entusiasmo en aquel auditorio inteligente.

Calmados los estruendosos aplausos, aumentó la ansiedad: el maestro abrió la famosa caja de terciopelo azul, sacó de ella la ciclópea almadreña de roble transformada en violín, y mostró al público el extraño instrumento.

Y en seguida, cogiendo el arco, hizo brotar de las cuerdas y del ánima de aquel zapato su grandioso drama lírico dividido en cinco partes, y titulado *Il ritorno di un coscritto (El regreso de un quinto)*.

Los aplausos llegaron al delirio, y lluvia de flores cayó á los pies del insigne violinista, mientras en el ángulo más obscuro del salón lloraba la gentil Julieta.

Terminado el concierto y retirados los oyentes, Paganini contó el dinero que su hermosa acción había producido, y encontró dos mil francos.

—Toma, Julieta—dijo entonces á la emocionada muchacha;—mil y quinientos francos para el sustituto de tu prometido Antonio, y quinientos francos más para tus galas de novia. ¡Cumplí mi promesa, hija mía!

22. -Traje de baile para señoritas. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 9.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

23. -Vestido adordado de astrakán. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 5.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.

24.—Vestido de cheviota y paño. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 25.
Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 20 de la Hoja-Suplemento.

25.—Vestido de cheviota y paño. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 24.
Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 20 de la Hoja-Suplemento.

26.- Vestido de cachemir bordado y terciopelo. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 11.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

27.—Vestido para señoritas.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 34 á 43 de la Hoja-Suplemento.

28.—Manteleta para señoras de cierta edad. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 29.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 65 á 70 de la Hoja-Suplemento.

29.—Manteleta para señoras de cierta edad. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 28.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 65 á 70 de la Hoja-Suplemento.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid. | Madrid, 30 de Diciembre de 1890. | Año XLIX.—Núm. 48.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Crece el frío.—El Sena helado.—El Club de los Patinadores.—Los niños en el Bosque de Boulogne.—Las pieles.—*Toques* y capotas.—El peinado á la griega.—Un vestido original.—Los casamientos del día.—Talegas por pergaminos.—Venganza de las solteras.—Entre marselleses.

Con el frío intenso que estamos pasando de quince días á esta parte, todos los lagos del Bosque y todos los estanques y fuentes de París se han congelado. El hielo empieza á invadir el Sena en la embocadura de los canales, y si el tiempo no varía, lo cual no es probable, á la hora en que aparezcan estas líneas el gran río estará completamente inmovilizado.

Como siempre, el punto de cita del mundo elegante es el lago del Club de los Patinadores, admirablemente situado en el Bosque de Boulogne, que viene á ser un certamen de distinción y de gracia, y los preciosos trajes que allí se exponen ofrecen verdadero atractivo.

Excuso decir que las pieles dominan: pieles en el vestido, en los abrigos, en forma de boa, en las *toques*. La marta cibelina, el zorro y el astrakán se reparten el favor público.

La semana pasada llamó la atención una magnífica pelliza de paño *prelado*, enteramente redonda y muy ancha, destacada de la cintura. Por encima, un *carrick* triple de terciopelo del mismo color, que cubría poco más de los hombros, é iba guarnecido de tres ribetitos de marta cibelina.

***

Hasta los niños pequeños llevan esta pelliza acompañada de la capota *Greennaway*, y están lo más encantadores del mundo envueltos así entre pieles y medio escondidos por el ala de la capota.

Citaré la preciosa nietecita de Sarah Bernhardt, que encontré días pasados en el Bosque, con una pelliza de este mismo género, hecha de paño color masilla, y guarnecida de tres esclavinas bordadas de piel de carnero de la China.

Otra niña, no menos linda que la anterior, llevaba la misma pelliza de bengalina color de rosa, guarnecida de marta cibelina, y la capota grande igual á la pelliza.

***

Se guarnece todo de pieles, lo mismo los trajes de mañana que los vestidos de baile. El valor de la piel es lo único que constituye la diferencia.

En cuanto al astrakán, sigue haciendo más furor que nunca. Todo el mundo tiene su chaqueta de astrakán, y muchas elegantes llevan la *toque* de lo mismo.

Para adornar estas *toques*, lo mejor es un pájaro ó lo que llaman una *fantasía* de pájaro, que viene á ser un pájaro arreglado con plumas, alas y cabeza de diferentes clases. La *toque* es la verdadera *toque* rusa, enteramente redonda, con un borde un poco alto. Los adornos se colocan por delante ó por detrás, según el tipo ó el gusto de la persona.

Unas veces el adorno consiste en una cabeza de gallo puesta en la parte de delante, con una cola que se alza formando penacho; otras veces, en una cabeza de mochuelo, puesta hacia atrás y que sirve de apoyo á dos plumas hechas de astrakán.

Por lo demás, las modistas inventan cada día adornos más extraños y originales.

1.—Sombrero de fieltro y terciopelo.

Vi la otra noche en el teatro de *Nouveautés*, una de las más bellas señoras de la colonia hispano-americana, con una lindísima capota de tul bordada de pedrería, por encima de la cual se elevaban dos cuernos, dos cuernos verdaderos de corderillo, hechos de cuentas de azabache.

Merece citarse también una capotita de tejido de oro, cubierta de tul negro, detrás de la cual se adaptaba una moña de torero. Esta rareza no sorprenderá si se tiene en cuenta que todo lo que se refiere á los trajes y usos de los toreros está hoy de moda en París, sobre todo en la colonia hispano-americana.

Lo que está también muy de moda son los alfileres de concha que se clavan en los rodetes á la griega (croquis núm. 1).

Las rubias adoptan la concha jaspeada, y las morenas la concha rubia, y el contraste es de muy buen efecto.

No se ven más que agujas y peinetas de concha en los escaparates de los peluqueros y en la cabeza de las más lindas parisienses.

Los cabellos van retorcidos á la griega, con un mechón que sale del medio como una llamarada. En el lado derecho se pone un puñal de concha, además de las agujas, lo cual moderniza el peinado (croquis núm. 1).

***

Voy á describir, para esta reseña de modas, un modelo de vestido muy nuevo y elegante (croquis núm. 2).

Este vestido es de paño *Ofelia* y va guarnecido de lazos de terciopelo morado. El borde de la falda va guarnecido con una magnífica pasamanería morada y oro. Unos lazos de terciopelo con colgantes de oro penden del lado izquierdo de la falda, del corpiño y de las mangas. Se forman de pasamanería el cinturón, las hombreras, el cuello y la escarcela.

***

Los casamientos continúan haciendo únicamente los gastos del movimiento del mundo elegante de París, no obstante lo adelantado de la estación, y la mayor parte de estas uniones se verifican entre un individuo de la aristocracia y una joven de la burguesía ó clase llana, pero poseedora de una pingüe dote.

Es cada día más raro el ver al pie del altar desposados de la misma alcurnia. Lo corriente hoy es que los pergaminos se alíen con las talegas; y si bien la ma-

yor parte de las señoritas Martín, Simón ó Poirier ascienden ahora á la categoría de condesas ó marquesas, en revancha las hijas de los condes y marqueses se quedan por lo regular para vestir imágenes.

Núm. 1.

No tiene, pues, nada de particular que entre este enjambre aristocrático condenado fatalmente á la soltería, el corazón no sea muy caritativo ni la lengua muy indulgente para con esas robustas plebeyas que vienen á conquistar los maridos á fuerza de billetes de Banco. Se las trata con implacable severidad, y se las proporciona todo género de vejaciones. Así, en los salones ortodoxos del *faubourg* Saint Germain y en sus sucursales de provincias, se ha convenido en resucitar la moda, abolida en Francia mucho tiempo ha, de escribir á las señoras nobles añadiendo al título la mención de su estado civil original, ó sea del apellido propio ó de familia. Es fácil imaginar la polvareda que ha levantado esta pérfida restauración entre las Princesas, Duquesas, Marquesas ó Condesas cuyos antepasados no figuraban en las cruzadas sino como simples peones que por desgracia no han pasado á la posteridad, y la risa y chacota que suscitan entre la gente lacayuna los sobres de estas cartas reveladoras.

Núm. 2.

Como la vanidad y la maledicencia del gran mundo encuentran en ella satisfacción, puede decirse que esta nueva moda se extenderá.

***

Distracciones marsellesas:

—Figúrate—decía un marsellés á otro—que tengo una criada que el primer día que la mandé á echar una carta al correo puso la carta en el suelo y se metió por el buzón.

—Pues eso no es nada, *¡pecaire!*—replicó el segundo marsellés;—yo tengo un zapatero á quien mandé el otro día un par de botas para que le echara tacones, diciéndole que me urgían. Estaba almorzando, ¿y qué hace? en la precipitación, clava el *beefsteack* en las botas y se come las suelas.

V. de Castelfido.

París, 24 de Diciembre de 1890.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero de fieltro y terciopelo.—Núm. 1.

Este sombrero redondo es de fieltro gris con un fondo de terciopelo negro. El ala, que es recta por los lados y un poco inclinada en el lado izquierdo, forma punta por delante y va forrada de terciopelo negro. Los adornos consisten en un bullonado de encaje negro que rodea la copa y forma dos cocas por delante y un lazo alto en la parte de detrás; completan los adornos de este sombrero unos crisantomos de color de rosa.

Fleco al crochet para cubrepiés, etc.—Núm. 2.

La cenefa de este fleco se hace de lana de Hamburgo: se fijan en las mallas caladas unas borlas de varios colores. Se hacen sobre una cadeneta que tenga el largo necesario, ó bien, como en nuestro modelo, en el borde de la tela: 6 mallas al aire,—una malla simple sobre la malla más próxima ó sobre el borde de la tela,—2 mallas al aire, bajo las cuales se deja el intervalo necesario,—una malla simple sobre la malla más próxima ó sobre la tela;—se vuelve la labor,—4 mallas al aire,—2 bridas separadas con 3 mallas al aire sobre la más próxima de las 6 mallas al aire ejecutadas anteriormente.—* Se vuelve la labor, y viniendo sobre las mallas anteriores, una malla simple,—una media brida,—4 bridas sobre las 3 mallas al aire hechas anteriormente,—una brida sobre la brida más próxima,—5 bridas sobre las 4 mallas al aire ejecutadas anteriormente.—Se deja bajo los lados de mallas verticales de la última de estas bridas el intervalo necesario,—una malla simple sobre la malla más próxima ó sobre el borde de la tela,—2 mallas al aire, bajo las cuales se pasa el intervalo necesario,—una malla simple sobre la malla más próxima ó el borde de la tela;—se vuelve la labor,—4 mallas al aire,—2 bridas separadas con 3 mallas al aire sobre la brida hecha anteriormente sobre una brida,—se vuelve á principiar desde *. Sobre las 2 mallas al aire de cada división del dibujo que se encuentra entre 2 mallas simples, se pone un fleco de lanas de diferentes colores que tiene 24 centímetros de largo y 8 hebras de grueso; se anudan todas las extremidades por debajo de las 2 mallas al aire; se pasan las extremidades por el revés entre la brida de la misma división del dibujo separada con 3 mallas al aire.

Canesú de camisa para niñas (crochet).—Núms. 3 y 4.

Este canesú de camisa se hace con algodón núm. 50. Se compone del delantero, de la espalda y de las mangas; se la cierra en el hombro por medio de cintas estrechas de seda de color, que van pasadas por el canesú.

Nuestro dibujo 4 representa una parte del canesú de tamaño natural: se ejecuta, en primer lugar, para cada uno de estos pedazos, en el sentido transversal, un galoncito que tenga el largo necesario,—8 mallas al aire,—4 bridas sobre la primera de estas 8 mallas;—* se vuelve la labor,—7 mallas al aire,—5 bridas, cuyas 1.ª y 2.ª van separadas con 3 mallas al aire;—sobre la malla al aire siguiente una brida hecha sobre las 4 bridas más próximas;—se vuelve á principiar desde *, 90 veces para el delantero y 81 veces para la espalda, 55 veces para cada manga; pero al ejecutar las mangas se unen las curvas de mallas al aire de las 6 primeras y últimas divisiones del dibujo, con las curvas correspondientes de la espalda y del delantero. Cuando todos los pedazos van reunidos se hace para el encaje en el borde anterior del canesú:

1.ª *vuelta.*—Alternativamente, una malla simple sobre las 7 mallas al aire más próximas del galón,—5 mallas al aire;—ejecutando el hombro hay que tener cuidado de que los picos no se extiendan; se ejecuta una hilera recta compuesta de mallas al aire y de mallas simples;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la primera malla simple de esta vuelta.

2.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—una brida sobre la 3.ª malla siguiente,—5 mallas al aire,—una brida sobre la brida anterior,—* 2 mallas al aire,—para una brida *cruzada* una brida triple sobre la 3.ª malla siguiente, terminando en primer lugar solamente el lado de malla inferior de esta brida;—una brida sobre la 3.ª malla siguiente, terminando el lado de malla superior de esta brida con el lado más próximo de malla de la brida triple anterior,—y se terminan también los otros lados de mallas de esta misma brida,—2 mallas al aire,—una brida en el lado de malla del centro de la brida triple;—se vuelve á principiar desde *; ejecutando el hombro se hace en esta vuelta y las vueltas siguientes el mismo dibujo solamente por delante, mientras que se hace en la espalda una hilera de bridas; se termina haciendo 2 mallas al aire,—una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 5 primeras mallas al aire de esta vuelta.

3.ª *vuelta.*—Una malla simple sobre la malla más próxima,—6 mallas al aire,—después, siempre alternativamente, una malla simple sobre las 2 mallas al aire de brida cruzada más próxima,—6 mallas al aire;—se termina haciendo 4 mallas-cadenetas sobre las 4 primeras mallas de esta vuelta.

4.ª *vuelta.*—5 mallas al aire,—un piquillo (es decir, 5 mallas al aire, y sobre la primera una malla simple),—3 mallas al aire,—una brida sobre la misma malla en la cual se ha hecho la última malla-cadeneta,—* una brida sobre la 3.ª de las 6 mallas al aire más próximas,—2 mallas al aire,—un piquillo,—3 mallas al aire,—una brida en la misma malla sobre la cual se ha hecho la brida anterior;—se vuelve á principiar desde *;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 5 primeras mallas al aire de esta vuelta. Se hace en el lado fijado á la tela una vuelta como la 1.ª vuelta, pero siempre 6 mallas al aire en lugar de 5; se labra un poco más *flojo* en el hueco de la manga. Se hace una vuelta, en la cual se ejecuta, siempre alternativamente, una brida sobre la malla más próxima,—2 mallas al aire, bajo las cuales se pasan 2 mallas,—pero al principio se hacen 5 mallas al aire, cuyas 3 primeras equivalen á una brida;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 5 primeras mallas al aire de esta vuelta.

Folgo.—Núm. 5.

Este folgo, forrado y guarnecido de pieles, va cubierto por encima con paño obscuro color de aceituna; el borde, que tiene 8 centímetros de ancho, sesgado hacia el centro inferior, de modo que quede en 4 centímetros de ancho, va cubierto con piel negra; la parte de encima va adornada con un bordado ejecutado con el mismo paño; la parte de debajo va cubierta con torzal de seda color de aceituna de varios matices, al pasado, punto de cordoncillo y punto ruso. El asa se hace de piel y va guarnecida de fieltro.

Cestita al crochet.—Núm. 6.

Esta cestita, hecha al crochet con algodón, va untada de goma, y cuando la goma está seca, se la adorna con botoncitos de bronce dorado. Se completa la cestita con un saco de raso marrón que forma igualmente el forro, y cuyo borde superior va provisto de una jareta; se la adorna con dos lazos de cinta de raso marrón. Se principia desde el centro inferior viniendo sobre una cadeneta de 50 mallas:

1.ª *vuelta.*—Se pasan las 3 mallas más próximas, que equivalen á una brida,—4 bridas sobre la malla siguiente,—45 bridas sobre las 45 mallas más próximas,—5 bridas sobre la malla siguiente,—45 bridas sobre los lados de mallas todavía libres de las mismas 45 mallas sobre las cuales se han hecho 45 bridas,—una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 3 mallas al aire, que equivalen á una brida.

Se hacen á todo el rededor otras 6 vueltas de bridas (siempre una brida sobre cada malla), pero al principio de cada vuelta se hacen 3 mallas al aire,—y en las 4 primeras vueltas, por encima de las 5 bridas ejecutadas sobre una malla, se hacen varias bridas sobre una malla, á fin de que el fondo de la cestita sea plano.

8.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor por el revés, y viniendo sobre las mallas de la vuelta anterior,—* 4 mallas al aire,—una malla simple sobre la 4.ª malla siguiente,—4 mallas al aire,—una malla simple sobre la 5.ª malla siguiente; se vuelve á principiar desde *; la última malla simple se encuentra de 2 á 3 mallas antes del principio de esta vuelta.

9.ª *vuelta.*—* 4 mallas al aire,—2 mallas levantadas sobre las 2 mallas del centro de las 4 mallas al aire más próximas;—se las reune en una malla que se termina;—se vuelve á principiar desde *.

10.ª á la 19.ª *vuelta.*—Como la vuelta anterior.

20.ª *vuelta.*—Se vuelve la labor al derecho, y viniendo sobre las mallas de la vuelta anterior, siempre alternativamente, 4 mallas al aire,—una malla simple sobre la 2.ª de las 4 mallas al aire más próximas;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 1.ª de las 4 mallas al aire de esta vuelta.

21.ª *vuelta.*—3 mallas al aire,—después siempre una brida sobre la malla más próxima;—se termina haciendo una malla-cadeneta sobre la 3.ª de las 3 primeras mallas al aire de esta vuelta.

22.ª *vuelta.*—Como la vuelta anterior.

23.ª *vuelta.*—* Un piquillo (es decir, 4 mallas al aire y una malla simple sobre la primera),—6 bridas dobles separadas cada una con un piquillo sobre la 5.ª malla siguiente,—un piquillo,—una malla simple sobre la 5.ª malla siguiente;—se vuelve á principiar desde *.

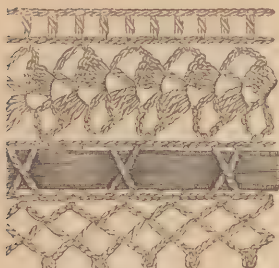
Para cada una de las asas, que tienen 30 centímetros de largo, se terminan en círculo 9 mallas al aire y se hace sobre la 1.ª vuelta, desde el interior, siempre una malla simple sobre cada malla. En cada vuelta siguiente, igualmente desde el interior, se hace siempre una malla simple sobre cada malla (65 vueltas sobre nuestro modelo). Para dar forma á la cestita, se introduce, antes de que esté completamente seca, un objeto cualquiera que tenga la forma que se la quiera dar.

Red para compras, adornada con bordados.—Núm. 7.

Esta red, hecha de bramante grueso, color crudo, va unida á un asa de metal y provista de una envoltura de lona recortada en curvas en el borde superior y en el inferior, ribeteada de galoncillo de lana y adornada con un bordado que se ejecuta al punto de cordoncillo con algodón encarnado.

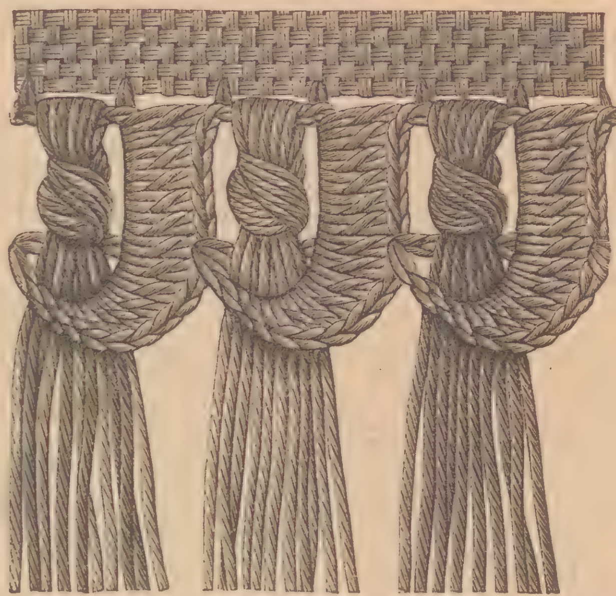
Almohadón para los pies (imitación de Esmirna).—Núms. 8 á 11.

Este nuevo género de labor se hace con más rapidez y facilidad que la imitación antigua de Esmirna; se hacen de esta labor tapetes, taburetes y almohadones. En lugar de emplear unas hebras de lana anudadas, se sirve para esta labor de estrellas pequeñas de paño perforado, provistas de dos agujeros y que van cosidas sobre el cáñamo con una hebra de lana; se labra por hileras, y para cada punto (véase el dibujo 11, que representa la ejecución de la imitación de Esmirna de tamaño natural) se pasa la hebra de la labor por el través de un agujero del cañamazo, del revés al derecho; después (véase el dibujo 8), para cada cuadro se clava la aguja por el través del segundo agujero de la estrella, y se la pasa por el través de la misma vuelta del cañamazo, de nuevo por el revés de esta última; después de un intervalo de una hebra doble, se hace el punto más próximo del mismo modo; cada nueva hilera se empieza después de una hebra doble de intervalo. Después de haber terminado el bordado se le fija sobre el almohadón y se cubre el borde del almohadón con felpa ó con paño de color. Se cose una piel sobre la parte de debajo y se guarnece el almohadón con borlas de lana.—Para hacer



4.—Labor del canesú de camisa para niñas (tamaño natural).
Véase el dibujo 3.

9. Estrella del almohadón para los piés (imitación de Esmirna).
Véase el dibujo 8.



2. Fleco al crochet para cubrepiés, etc.

6.—Cestita al crochet.

5. Folgo.

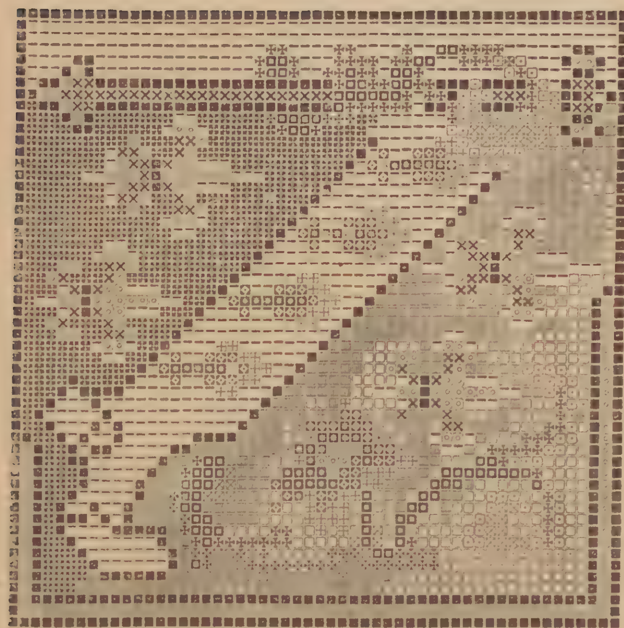
3.—Canesú de camisa para niñas (crochet).
Véase el dibujo 4.

8.—Almohadón para los pies (imitación de Esmirna).
Véanse los dibujos 9 á 11.

12.—Velo para globo de lámpara.

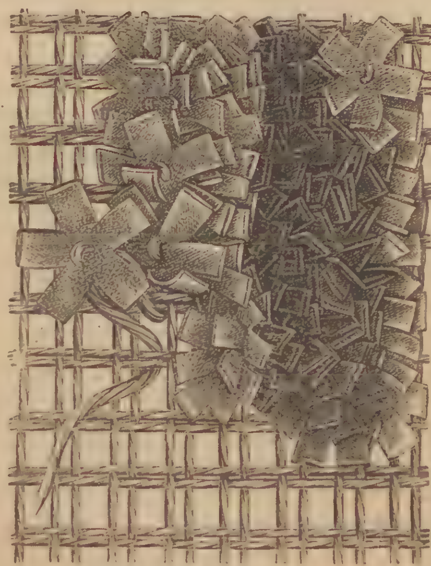
7. Red para compras adornada con bordados.

13.—Velo para globo de lámpara.

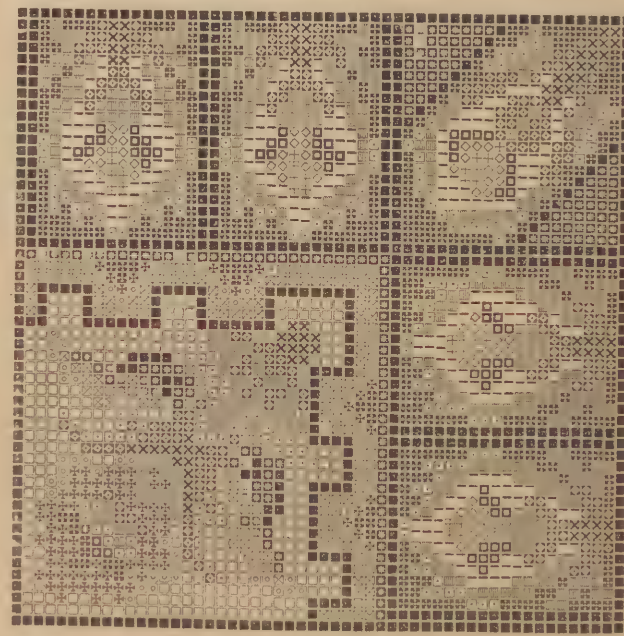


10.—Dibujo del almohadón de imitación de Esmirna.
Véase el dibujo 8.

Explicación de los signos: marrón obscuro; marrón mediano; marrón claro; azul obscuro; azul mediano; azul claro; verde muy obscuro; verde obscuro; verde mediano; verde claro; encarnado obscuro; encarnado mediano; encarnado claro; masilla.



11.—Ejecución de la imitación de Esmirna.
Véase el dibujo 8.



14.—Dibujo para almohadón ó escabel de imitación de Esmirna ó punto cruzado.

Explicación de los signos: lila obscuro; lila mediano; lila claro; aceituna muy obscuro; aceituna menos obscuro; aceituna mediano; aceituna muy claro; marrón obscuro; marrón claro; mahón obscuro; color masilla; encarnado obscuro; encarnado mediano; encarnado claro; blanco.

un almohadón de 43 centímetros en cuadro, se emplean aproximadamente 250 estrellas pequeñas, que van recortadas, de todas clases de colores: se puede utilizar de este modo un gran número de pedacitos de paño de varios colores; estas estrellas van recortadas siguiendo las indicaciones del dibujo 9.

Velo para globo de lámpara.—Núm. 12.

Se emplea para hacer este velo un encaje de tul bordado, verde pálido, de un metro 80 centímetros de largo y 29 centímetros de ancho; se le da la forma requerida plegándole por el revés desde el borde inferior hacia el borde superior, de modo que quede en 21 centímetros de ancho; se guarnece su borde superior con una cinta estrecha de seda verde claro, á la cual se une un anillo de metal. Se cubre el velo con un rizado del mismo color.

Velo para globo de lámpara.—Núm. 13.

Este velo se hace de tela de encaje azul claro con dibujos en forma de hojas, guarnecidos de hileras caladas tejidas; entre las hojas se recorta el fondo liso desde cada hueco entre dos curvas, y se ribetean con una cinta de seda estrecha; las hojas, sujetas solamente en el borde inferior y en el borde superior; se pasa esta cinta por el través de las dos hileras de agujeros puestas una sobre otra, y se la dispone en un lacito en el borde inferior. Se pasa una cinta igual por el través de una hilera de agujeros que se encuentra por encima de las hojas. Se frunce el velo de modo que quede en 26 centímetros de ancho, á fin de que el encaje que sobresale forme un rizado. Se pueden formar estas hojas y bordarlas.

Dibujo para almohadón ó escabel de imitación de Esmirna ó punto cruzado.—Núm. 14.

Este dibujo va ejecutado sobre cañamazo de mediano grueso, de imitación de Esmirna, ó bien al punto de cruz ordinario. Se le emplea para cubrir almohadones, escabeles, etc.

Trajes de calle, de recepción y de visita.—Núms. 15 á 21.

Núm. 15. *Traje de calle.*—De lana escocesa, color de madera y *beige* mezclada de azul obscuro. Chaqueta de paño azul y adornos de terciopelo del mismo color. Fondo de falda de tafetán y falda escocesa, al sesgo, ribeteada de una tira de terciopelo. Delantero de corpiño de la misma tela, que forma un peto plano, terminado en un delantero de cinturón puntiagudo de terciopelo; va añadido á la chaqueta con las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Chaqueta con aldetas largas, compuesta de espalda y lados de espalda que forman unas aldetas encañonadas; delantero abierto, con pinza de pecho y pinza que indica el ladito; la aldeta del delantero va recortada en la cintura en forma de aldeta de frac. Solapas de terciopelo que adornan la parte superior de los delanteros; manga de terciopelo alta de hombros. Cuello alto de la misma tela.

Tela necesaria: 4 metros de tafetán; 5 metros de lana escocesa, de un metro 20 centímetros de ancho; 3 metros de terciopelo, y 2 metros de paño.

Núm. 16. *Traje de recepción.*—Vestido de seda verde obscuro y terciopelo del mismo color, con adornos de bordado verde y oro. Fondo de falda de tafetán y delantal de seda rodeado de un entredós de bordado; va estrechado en la derecha sobre un lado de falda de la misma tela, con parte inferior guarnecida de un bordado alto. Parte de detrás de vestido Princesa de terciopelo, de cola semilarga, con espalda y lados de espalda que forman el vuelo para la cola. Delantero de corpiño ancho, de seda, de una sola pieza, escotado en forma de corselillo, sujeto con dos tiras bordadas que forman tirantes; este delantero va plegado en la cintura con un cinturón puntiagudo de terciopelo. Parte superior de corselillo adornada con un bordado que forma entredós. Cuello alto de terciopelo con un vivo de plumas. Manga alta de hombros con vivo igual. El forro de los delanteros se cierra en el centro y va ajustado con pinzas; cierre invisible en los delanteros del corselillo. Canesú en cuadro de terciopelo, que se pone en la parte superior de los delanteros.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 10 metros de terciopelo.

Núm. 17. *Traje de recepción.*—Vestido de cachemir gris chinchilla, guarnecido de un bordado de plata sobre terciopelo color de esmeralda. Fondo de falda de tafetán y falda ancha y plegada de cachemir. El delantero y la parte de detrás de la falda caen en pliegues muy anchos; los lados van plegados en forma de *paniers* redondos. Corpiño que termina en puntas y va escotado en redondo sobre un canesú de terciopelo bordado de plata y añadido sobre el forro del corpiño. Espalda de cachemir, de una sola pieza, con vuelo plegado en la cintura. Delantero dispuesto en pliegues flojos, con bandas plegadas, atravesadas por una especie de tirante bordado, que atraviesa al mismo tiempo el delantero del corpiño. Cinturón puntiagudo y cuello alto de terciopelo bordado. El forro de los delanteros se ajusta con unas pinzas y se cierra en medio. Cierre invisible en los delanteros plegados. Manga bullonada, terminada en un puño alto bordado, que forma en lo alto dos dientes largos y puntiagudos. La parte superior de la manga va dispuesta en forma de lazo bullonado.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán; 9 metros de cachemir, y 2 metros de terciopelo.

Núm. 18. *Traje de calle.*—Vestido de paño color de chocolate, guarnecido de bordados negros. Fondo de falda de tafetán y falda de paño, que se abre en la derecha sobre una quilla puntiaguda del mismo paño. Unos bordados estrechos forman entredós en los lados de la abertura. Corpiño de forma coraza, terminado en puntas, con cierre invisible y compuesto de espalda, lados de espalda y de delante y delanteros con pinzas y costura en medio. Un bordado ribetea el borde inferior del corpiño, y tres adornos de bordado se ponen en la terminación de las primeras pinzas y en la costura del medio. Forro del delantero, cerrado en medio. Cuello alto de plumas. Manga bullonada, con puño alto bordado.—*Toque* de terciopelo verde, con guarnición plegada del mismo terciopelo liso formando turbante. Por delante se pone un pájaro, con cabeza de oro y alas blancas.

Tela necesaria: 4 metros 50 centímetros de tafetán, y 6 metros 50 centímetros de paño.

Núm. 19. *Traje de visita.*—Vestido de piel de seda verde aceituna, guarnecido de encaje de Chantilly negro y de bordados de azabache. Fondo de falda de tafetán y falda de piel de seda, que va recortada en correas puntiagudas sobre un volante de encaje de Chantilly, puesto sobre un transparente de piel de seda verde. Corpiño con aldetas largas añadidas, compuesto de espalda de piel de seda, que forma dos aldetas largas encañonadas, lados de espalda y de delante y delanteros con pinzas, que terminan en aldetas añadidas de encaje de Chantilly, adornadas con correas de pasamanería negra bordada de azabache. Centro de delante, que se abre sobre un chaleco figurado de encaje, añadido sobre el forro de los delanteros, que se cierran en el centro. Manga de codo, con bandas plegadas de encaje de Chantilly en lo alto, estrechadas con un adorno bordado de azabache. Parte inferior de manga, guarnecida de un galón bordado de azabache y de una banda plegada de encaje de Chantilly. Cuello alto plegado, de Chantilly, y cuello Médicis de la misma tela.—Sombrero redondo de fieltro, adornado con plumas negras y con una banda plegada de terciopelo color de oro.

Tela necesaria: 4 metros 25 centímetros de tafetán, y 15 metros de piel de seda.

Núm. 20. *Vestido para niñas de 8 años.*—Se hace este vestido de paño azul *coballo*, y se le guarnece de galón de felpilla negra y botones de oro. Falda plegada con centro de delante, que figura una levita abierta sobre un centro estrecho, ribeteado de dos hileras de galón de felpilla. Corpiño ancho, terminado en punta por delante y por detrás, y sujeto con un cinturón puntiagudo rodeado de galones. Un galón igual ribetea los puños y el cuello alto y figura una chaquetilla muy corta. El corpiño se pliega en las costuras de los hombros y de la sisa, y forma pliegues en la cintura. El forro de este corpiño se compone de espalda ceñida con delanteros cerrados en medio y ajustados con dos pinzas. Cierre invisible en los delanteros de paño. Cuello abrochado en la izquierda, cerca del hombro. Manga ancha terminada en un puño abrochado.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho.

Núm. 21. *Chaqueta de paño verde obscuro, guarnecida de astrakán negro.*—Unos alamares de cordón de seda negra completan los adornos. Espalda y lados de espalda con aldetas largas y planas, y delanteros cerrados en medio con pinzas y lados de delante. Una tira ancha de astrakán rodea las aldetas. Manga de astrakán, alta de hombros. Cuello alto de paño, y cuello vuelto de astrakán.—Sombrero de fieltro verde obscuro, ribeteado de terciopelo negro, y guarnecido de plumas negras y de una mariposa de astrakán.

Tela necesaria: un metro 50 centímetros de paño, y 80 centímetros de astrakán.

Chaqueta de paseo.—Núms. 22 y 23.

Esta elegante chaqueta es de paño azul húsar. Va ajustada con dos laditos y una pinza. Aldeta cerrada. Bordado negro por delante, en las mangas y en las solapas. Cuello de terciopelo azul. Mangas altas de hombros, plegadas por encima y bastante anchas.

Tela necesaria: 2 metros de paño, de un metro 30 centímetros.

Corpiño de raso azul.—Núm. 24.

Va hecho este corpiño de raso maravilloso azul, forrado y adornado con un bordado á la mano por delante y por detrás. Los puños se adornan con el mismo bordado.

Corpiño de faya.—Núm. 25.

Es de faya negra enteramente plegada en el pecho y en la espalda, cuyos pliegues van fijados por delante con cuatro cintas de moaré, que se reunen en medio con unos lazos de la misma cinta. Por encima de la parte plegada va un canesú bullonado, que termina en cuello alto y plegado como el corpiño. El borde inferior remetido en forma de blusa. Mangas anchas, terminadas en un puño alto y plegado.

Collar de tul y cintas.—Núm. 26.

Se compone este collar de dos tiras de tul azul claro de lunares, que tienen 3 metros de largo por 5 centímetros de ancho. Se las dispone en pliegues dobles huecos, de 2 centímetros de ancho, de manera que queden reducidas á 48 centímetros de largo. Se las ribetea con una cinta otomana azul claro, de un metro 60 centímetros de largo y 2 centímetros de ancho, cuyos extremos se anudan por delante. Uno de los lados del collar va adornado con lazos de cinta igual.

Cuello de muselina y encaje.—Núm. 27.

Este cuello se hace de muselina blanca y encaje blanco bordado, que tiene 10 centímetros de alto. El encaje va aplicado sobre la muselina con arreglo á las indicaciones del dibujo. La tela va recortada bajo el encaje. Se reune el cuello por delante con unos lazos de cinta de moaré blanco, de 3 centímetros de ancho.

Paletó de paño y terciopelo.—Núm. 28.

Este paletó, que tiene unas aldetas largas y añadidas, va hecho de paño, forrado de seda y guarnecido de solapas color de nutria. Estas solapas van adornadas con una pasamanería de seda color de nutria mezclada de oro.

Falda y corpiño estilo de sastre.—Núms. 29 y 30.

La falda se hace de paño azul almirante, y tiene una cola pequeña y un delantal plegado con pliegues sujetos en la izquierda bajo una hilera de botones. El lado derecho va muy recogido. Unos galoncitos metálicos adornan todos los contornos de la falda. El corpiño, de paño del mismo color, va recortado de un modo original bajo un peto abrochado de paño color crema. La parte inferior del corpiño forma un cinturón que rodea la cintura por detrás y cruza formando una correa. Cuello abrochado en la izquierda. Manga estilo de sastre abrochada en el codo.

Falda de paño.—Núm. 31.

Se hace esta falda de paño de cuadros color marrón y verde musgo. La parte de delante es lisa con varios pliegues en la cintura, y la parte de detrás es recta y forma tres pliegues anchos y huecos. Un rizado de moaré recortado adorna el borde inferior del delantero de la falda.

Batas y matinée.—Núms. 32 á 34.

Núm. 32. *Bata de cheviota.*—Esta bata es de cheviota lisa con delantero plegado hasta la cintura y guarnición bordada formando fichú. Cuello del mismo bordado. Mangas anchas sujetas con un puño también bordado. Se abrocha la bata de arriba abajo con botones de plata antigua.

Núm. 33. *Matinée de franela.*—Se hace esta *matinée* de franela estampada con listas y ramas de dos colores. En el borde de la falda va un volante de tul bordado. Guarnición del mismo tul en el corpiño por delante, en el borde de la aldeta y en las mangas. Cuello formando canesú de tul bordado.

Núm. 34. *Bata de paño.*—Esta bata es de paño color de amatista. Va fruncida en el borde de un canesú de bordado del mismo color, pero de dos matices, el cual termina en punta por delante y por detrás. El cuello y las mangas son del mismo bordado.

PERIQUILLO ROMPEGALAS.

(HISTORIA DE ALDEA.)

(Conclusión.)

III.

Empezaba á clarear el día cuando se oyó al otro lado de un túnel el agudo y fatigoso silbido de la locomotora, apareciendo luego por aquella boca obscura resoplando con estrépito y echando á borbotones el humo negro, que, como larga bandera transparente, quedaba siempre atrás, ondulando y desvaneciéndose. Detúvose al llegar á un apeadero. Un solo viajero bajó de un coche de primera; sonó luego la campanilla, la máquina volvió á ponerse en movimiento, y arrastrando con violencia los vagones, penetró en otro túnel, desapareciendo con vertiginosa velocidad.

Dos estrechas sendas, una á derecha y otra á izquierda, conducían á un ancho camino de carretera que allá á lo lejos se divisaba.

El viajero, que era un sacerdote, dudó un momento cuál había de elegir; al fin se decidió por el de la derecha, porque advirtió á corta distancia un sombrajo, delante del que un hombre preparaba dos caballerías, colocando la reja y el arado.

Llegó hasta allí y se detuvo.

—Buenos días—dijo al campesino.

—Muy buenos los tenga usted, señor cura—contestó el hombre.

—¿Podrá usted decirme si por este sendero llegaré más pronto que por el otro á Santa María de N...?

—¡A Santa María de N...!—repitió con tono extraño, frunciendo el entrecejo.

—Sí, ¿no es aquella aldea que se ve allí enfrente?

—Sí, señor; aquel es el pueblo.

El cura miró al hombre con atención, recordando algo de aquella voz que oía y de aquellos ojos que le miraban, y le preguntó:

—¿Es usted de Santa María?

El hombre guardó silencio algunos momentos. Luego, dando un profundo suspiro, contestó:

—Sí, señor; pero hace tiempo que no vivo allí. Y usted perdone, señor cura, pero quisiera hacerle una pregunta.

—Haga usted las que quiera—contestó el cura con bondad.

—Si no tuviera usted prisa en llegar allá.....

—No la tengo.

—Pues entonces he de aprovecharme de esta ocasión, que Dios sin duda me presenta.

Diciendo así, penetró bajo el sombrajo y sacó una silla de madera que ofreció al cura, al mismo tiempo que colocaba sobre unos sarmientos y hojas secas la maleta que el viajero llevaba en la mano.

—El curato de Santa María está vacante; quisiera saber si usted es.....

—Sí, yo soy el que viene á ocuparlo.

—Me lo había figurado; pues mire usted, padre, allí de seguro le hablarán de mí, y le dirán una infamia.

—Hombre, eso es grave; si usted no ha dado motivo.....

—Me levantaron una calumnia, pero yo tuve la culpa.

Quedó un momento pensativo, y luego repuso:

—Si usted quisiera oirme, yo le confesaría toda la verdad. Usted me da gran confianza, y siento ánimo para ello. ¿Consiente usted en oirme?

Su voz suplicante y su actitud humilde impresionaron al sacerdote.

—No debo negarme—contestó;—estoy dispuesto á escucharle.

El templo donde iba á recibir la extraña confesión no podía tener más ancha nave ni bóveda más alta.

—Hace diez y seis años—empezó diciendo—era yo sacristán de aquella iglesia.

El cura se estremeció, y le miró de un modo tan singular, que si el ex sacristán no hubiera tenido los ojos bajos le habría hecho enmudecer.

—La viuda de mi antecesor—prosiguió—era rica, y, la verdad, la maldita ambición me picó, y me propuse casarme con ella: yo no la quería ni poco ni mucho; me gustaba menos que la última moza del pueblo, pero fingí tan bien mi cariño, que se lo creyó, y estaba resuelta á casarse conmigo: por mi parte era una mala acción, porque lo que yo codiciaba era el dinero, para gastar, triunfar y divertirme. Pero fué el caso que un hijastro que tenía, y que era el dueño de todo, se opuso, es decir, me declaró que yo no entraría como amo en aquella casa, porque el amo era él. No tenía más que doce años, pero era entero y duro como una peña. Desbarató mis planes; y yo, la verdad, juré vengarme de modo que le doliera. Se me presentó una ocasión y la aproveché; el diablo anduvo en ello, porque se me había metido en el cuerpo.

Aquí contó el acto brutal que había cometido con Periquillo, maltratándole y arrojándole de la iglesia.

Después de un corto silencio, prosiguió con voz alterada:

—¡A él le eché yo de la iglesia, y á mí del pueblo todos los vecinos! Periquillo, que así se llamaba, fué buscado por todas partes: indagatorias por aquí, investigaciones por allá, todo inútil, no pareció; fué una gran desgracia. Sospecharon de mí, señor; de mí, que ignoraba como los demás el paradero de aquella criatura; hasta en el río lo buscaron, pero, nada, ni pelo ni hueso. Tanto creció y se afirmó la sospecha contra mí, que un día fuí preso; al cabo tuvieron que soltarme, porque la justicia no consiguió hallar las pruebas de mi delito. Habían provisto mi plaza de sacristán; todos se apartaban de mí; la viuda era mi peor cuchillo. Así no podía yo permanecer en el pueblo, huían de mí como de un leproso, llamándome asesino; pero soy inocente, señor—prosiguió, cayendo de rodillas ante el sacerdote;—no soy asesino, señor; lo juro, yo no maté á Periquillo.

—Estoy seguro de ello—dijo el cura, y sus labios se movieron con una leve sonrisa.—Levántese usted y cálmese, que Dios le habrá perdonado y Periquillo también—añadió, poniéndose en pie.—Tomemos el camino, y lleguemos á Santa María lo antes posible.

—Acompañaré á usted hasta la entrada del pueblo—dijo el sacristán, cogiendo la maleta.

—Llegará usted hasta mi casa. Deje las caballerías descansando, que lo que pierdan ahora ya lo ganarán luego.

—¡Pero, señor, si hace diez y seis años que no piso las calles del pueblo! ¡diez y seis años que ando por sus alrededores, ya con un amo, ya con otro, labrando la tierra y durmiendo casi al raso para ganar un pedazo de pan! Y con todo esto puedo asegurar que la mala vida que llevo me hace sufrir menos que el nombre de asesino que allí me dan; por eso.....

—Venga sin temor—le interrumpió el cura.—Yo le prometo que no han de volver á llamárselo.

—Señor, no logrará usted convencerlos.

El cura no replicó.

Los dos caminaron en silencio hasta llegar al pueblo.

—Acompáñeme usted á la casa de mi antecesor; yo no acertaría á ir solo.

—Esa casa, señor cura, ya no pertenece á él ni á su familia, se ha vendido; lo sé por haberlo oído decir en la era el otro día á uno de los mozos.

—Por eso mismo voy á ella, porque se puso en venta y yo la compré, por medio de un amigo.

El señor Miguel le miró un tanto sorprendido; empezaba á sospechar algo que no podía explicarse, pero guardó silencio.

—Ahora—dijo el cura, cuando hubieron llegado—vaya usted á casa del alcalde, y dígale que le espero.

Y sacando una llave, abrió la puerta y entró en la casa.

Poco tardó el alcalde en presentarse.

Después de saludarle cortésmente, le dijo el sacerdote:

—Espero de usted un servicio.

—Mándeme lo que quiera el señor cura, que mi deseo es servirle.

—Pues haga usted saber inmediatamente á todos los vecinos del pueblo que ha llegado y tomado posesión del curato D. Pedro Valiente.

—¡Me parece que no he comprendido bien!—exclamó el alcalde estupefacto.—¡Ha dicho usted?.....

—Mi nombre, Pedro Valiente, hijo de Pablo Valiente y de su esposa María Rivas.

—Pero ¡Dios mío! si parece imposible que sea cierto; no vuelvo de mi asombro. ¿Usted es aquel travieso muchacho que una mañana desapareció para no volver?

—Hasta ahora—acabó de decir el cura.

—¡Y todos creimos que había sido asesinado por el vengativo Miguel, que era entonces sacristán!

—Por eso quiero que se haga pública su inocencia.

—Confieso que estoy admirado, que siento la mayor satisfacción que he tenido en mi vida, y que quiero darle un abrazo, que el corazón me lo está pidiendo á voces.

—Uno y dos le daré, mi buen alcalde—repuso el cura;—en ello tengo una satisfacción.

Y le abrazó cordialmente, añadiendo:

—Ahora, á publicar la inocencia de Miguel.

—Voy, voy en seguida á hacer que todo el mundo sepa que el señor Miguel no es un asesino, y la milagrosa resurrección de.....

—Periquillo—añadió el cura sonriendo.

—Sí, señor—repuso el alcalde;—Periquillo hecho un sabio y un santo, esto se conoce en seguida; honra y admiración va á ser el nuevo párroco de Santa María de N...

Y salió á la calle respirando con satisfacción y todo lo de prisa que le permitían sus piernas de setenta años, y al paso decía á las personas que encontraba y á las que veía en las puertas ó asomadas á las ventanas:

—Gran noticia, gran suceso; los que quieran saberlo que vengan á la plaza, que allí á todos he de manifestarlo.

***

La hacienda de Periquillo había aumentado considerablemente. La señora Josefa, apenada y llena de escrúpulos por la parte que hubiera podido tener en la desgracia sucedida á su hijastro, cuidaba de los bienes con más interés que hasta entonces lo había hecho.

Una vez le dijeron:

—Señora Josefa, hoy es usted la más rica del pueblo, porque claro está que, muerto el chico, todo le pertenece á usted.

Y ella contestó:

—No reza eso el testamento de mi difunto: lo que dice es «todo para mi hijo»; y como no era mío, no puedo heredarlo; y como puede salir por ahí algún pariente que lo reclame porque le corresponda, á mí me toca conservarlo, para que vean que he cumplido con mi deber y que he sido mujer de buena conducta. Antes me equivoqué, pero como dicen que el que se enmienda no yerra, trato de enmendarme; no hago nada de más.

Esta manera de proceder le valió que el nuevo párroco le confiara, como ama absoluta, el cuidado y la dirección de la casa. En cuanto al dinero que había ido guardando de rentas y cosechas, y que formaba una respetable suma, como el señor Obispo había muerto dejándole por único heredero, aquella cantidad la destinó á fundar un asilo de huérfanos; y como en diez y seis años de trabajos y arrepentimiento había purgado bien su falta el señor Miguel, le nombró administrador del benéfico establecimiento.

ANTONIO MARÍA.

UN «JOCKEY».

El doctor Antonio acabó de leer la carta, y se le cayó de las manos.

Era, en verdad, una carta cruel la que le aguardaba desde las primeras horas de la mañana, encima del libro de Medicina que el joven doctor había dejado abierto sobre su mesa de estudio, cuando se dirigió al Hospital general para hacer la visita.

¡Qué inmensa desgracia! ¡Qué ruina de la casa! ¡Toda la fortuna de sus padres destruída en un solo día! ¡Cien mil pesetas perdidas en un momento!

¿Y por qué? Porque la casa de banca donde estaban colocadas aquellas economías de treinta años, una de esas casas á las que se confía ciegamente, de padres á hijos, la fortuna de las familias, habíase declarado en quiebra.

¿Era acaso el banquero un desgraciado? No: ¡era un culpable! Disipaba el dinero de sus clientes en costosas excentricidades de gran señor, haciendo viajes á París y Londres con pretexto de favorables negocios, y en realidad para jugar en la Bolsa y arriesgar enormes cantidades en las carreras de Longchamp y de Epson, y también en las ruletas de Montecarlo y Spa.

Antonio, con el sudor de la angustia en la frente, pensaba en su padre, y sobre todo en su santa madre, caídos repentinamente en la desgracia, en la dura necesidad de ganar en la vejez el pan de mañana, después de haber disfrutado un bienestar envidiable que honrosamente conquistaron en tantos años de trabajo y economías.

Y también pensaba con dolor en su hermana adorada, hermosa doncella de veinte abriles, casi prometida á un primo suyo que la amaba, no rico, pero sí muy honrado y laborioso.

¡Y toda aquella sonriente aurora de realidades y esperanzas había sido cubierta de tristes nubes por el huracán de la desventura!

Antonio nada temía por él mismo, y con el tiempo atendería á las necesidades de sus queridos padres y hermana, porque la suerte le premiaba por su aplicación, y su clientela aumentaba de día en día; pero ¿y entonces, en aquellos angustiosos momentos?

Resolvió en el acto enviar á sus padres la modesta suma de mil duros que poseía, heredados pocos meses antes de un tío materno, con la cláusula especial de que los destinara á establecerse como médico en Madrid; y por casualidad no había gastado todavía ni siquiera un céntimo de aquella pequeña manda.

Corrió á la Caja de Ahorros, donde tenía depositado el dinero, retirólo en el acto, entró en un café, escribió á sus padres, metió en doble sobre la carta y cinco billetes de mil pesetas cada uno, y dirigióse inmediatamente al despacho de certificados de la Administración de Correos.

Pero la rejilla estaba cerrada.

—No es hora de certificar—le dijo un empleado—porque se cierra el despacho á la una.

—¿Y esta tarde?—preguntó Antonio.

—Estará abierto de tres á cinco.

—Volveré..... Gracias, caballero.

Y Antonio regresó á su domicilio, porque tenía consulta pública á las dos, entrando antes en el despacho de Telégrafos, y dirigiendo á sus padres el siguiente parte:

«Mañana recibirán ustedes mi contestación á su carta de hoy.—*Antonio.*»

***

Estaba el joven doctor en su cuarto, sentado á su mesa de estudio, apoyando la cabeza entre las manos y entregado á los más tristes pensamientos.

Oyó el timbre de la puerta de entrada, se levantó, y vió acercarse un hombrecillo cuyo rostro no desconocía, aunque no pudo en los primeros momentos determinar con exactitud dónde le había visto.

—¿El doctor Antonio, médico del Hospital general?—preguntó aquel hombrecillo, con marcado acento inglés.

—Adelante..... ¿Qué desea usted?—contestó el doctor.

—Decirle algunas palabras, si me lo permite.

Y adelantándose hacia el médico, añadió con emoción:

—¡Ah, doctor! ¿No me reconoce usted? Soy Archibald, el *jockey* que usted ha asistido y curado en el Hospital hace un año.....

—Sí, sí; me acuerdo ahora perfectamente. ¡Está usted muy mejorado!

—¡Ya lo creo, doctor! Gracias á usted, estoy completamente curado..... y vengo á pagarle mi deuda.....

—¡No me debe usted nada, Archibald!—se apresuró á decir Antonio.

—¡Creo que sí, doctor! ¡Le debo la vida!—contestó sonriendo el *jockey*.—Caí de cabeza..... se me declaró una fiebre cerebral violentísima..... y usted pasó tres noches á la cabecera de mi lecho, hasta que logró con su ciencia y sus cuidados dejarme fuera de peligro..... ¡Le debo la vida! ¡Todo, todo lo supe antes de salir del Hospital!..... ¿Y se acuerda usted de lo que dije, estrechando y besando su mano al abandonar aquel lecho de dolor? Estas fueron mis palabras: «¡Juro á Dios que algún día sabré demostrar á usted mi gratitud!» Y á cumplir mi juramento vengo esta tarde.

—Pero no puedo, ni debo, Archibald, aceptar nada.....

—Dinero, no; ya lo sé, porque lo que usted hizo por mí no se paga con dinero..... y además, nunca me atrevería á ofrecérselo..... ¡Pero un consejo, sí!

—¿Un consejo? ¿cuál?—dijo Antonio con extrañeza.

—Escúcheme usted: el domingo próximo se correrá en París el *Gran Premio*.....

—¡Ah! ¡No voy nunca á las carreras!..... Y por ningún concepto á París.

—Pues es preciso ir, doctor, y jugar todo el dinero que usted pueda sobre el caballo *Chevalier*..... Yo montaré ese caballo, y ganará el *Gran Premio*..... por usted. ¡Así pago mi deuda de gratitud!

—¿Pero cómo puede usted saber?.....

—Eso es cuenta mía..... *Chevalier* vencerá; nadie le conoce, nadie habla de él, nadie apostará en su favor ni un céntimo..... y aseguro á usted que se pagará su triunfo á mil por uno..... Con que á París, doctor, y permítame repetirle la expresión de mi agradecimiento.

El hombrecillo salió de la estancia, seguido por el doctor, y cuando llegó á la escalera, añadió en voz baja:

—¡Espero á usted el domingo en París!..... ¡Ah! Y no apueste con un sólo *bookmaker*, sino con varios, dividiendo la suma; eso es lo más seguro..... He aquí la lista de los principales.

Y el *jockey* estrechó de nuevo la mano al doctor Antonio, y bajó la escalera con paso apresurado, murmurando:

—¡Cumplí mi juramento!

***

Un sol esplendoroso luce sobre el *turf*, y las tribunas aparecen henchidas de señoras elegantemente ataviadas; suena una campana, y siete soberbios caballos avanzan lentamente hacia la pista, entre dos nutridas filas de espectadores, que examinan á la vez, con ávida mirada, los músculos y nervios de acero de los corceles y los semblantes enigmáticos de los *jockeys*.

Los nombres de aquéllos circulan de boca en boca, y nadie menciona á *Chevalier* sino desdeñosamente.

—¡Es un mal jamelgo!—dice un espectador, al verle pasar el último de los siete.

—¿Y pretenden que *eso* compita con mi arrogante *Charmeuse*?—exclamó un opulento aristócrata, muy conocido en el mundo del *sport*.

Cerca de *Chevalier* se detiene un joven pálido, serio, con los brazos cruzados sobre el pecho, y mira al *jockey* que monta al caballo: aquel *jockey* es Archibald.

Los dos, el joven y el hombrecillo, cruzan una rápida mirada, y sus labios murmuran algunas palabras incomprensibles para la muchedumbre que les rodea.

¡Se han reconocido!

Suena otra vez la campana, y los siete corceles, alineados en el punto de salida, parten con la velocidad del rayo.

—¡Se juega el *Gran Premio* de París! ¡Tres minutos! ¡tres siglos de angustia para los que han apostado una fortuna por el triunfo de *Charmeuse* ó de *Gandin*, de *Vaillance* ó de *Walter*!

Nadie pensaba en *Chevalier*.....

Y de repente un escalofrío se extiende como chispa eléctrica por la apiñada muchedumbre que presenciaba la carrera, y cien mil voces gritan á la vez:

—*¡Chevalier! ¡Chevalier!*

Y aquel joven pálido que había cruzado una mirada de inteligencia con el *jockey* del caballo vencedor, cayó

15 á 21.—Trajes de calle, de recepción y de visita.

sin sentido cerca de la estacada de la pista: era el doctor Antonio.

—¿Qué ha sido eso?—preguntaban los curiosos.

—Sin duda una insolación—decían los que rodeaban al joven desmayado.

El primero que llegó á socorrerle fué Archibald, con la sonrisa en los labios y el fulgor del triunfo en los ojos; y el doctor recobró el conocimiento cuando escuchó la voz del *jockey*, que le decía al oído:

—Pagada mi deuda de gratitud al sabio médico que me libró de la muerte.

***

Diez minutos después, el doctor Antonio dirigía á sus padres el siguiente despacho telegráfico:

«Dentro de tres días recibiréis una letra de cien mil francos, la mitad para vosotros, y la otra mitad para dote de mi hermana.»

Antonio había jugado sus 5.000 pesetas sobre el caballo *Chevalier*, que se pagó á 40 francos por uno.

Y supo luego que los había perdido el ex banquero de sus padres.

RICARDO M. DE BRETÓN.

PLEGARIA Á MARÍA.

Recuerdo, Virgen pía, la hermosa edad de niño,
En que la vida fácil se siente resbalar;
Mi madre en su regazo, con maternal cariño,
Tu nombre me enseñaba sagrado á pronunciar.

Recuerdo aquellas horas de eterna venturanza,
De mágicos encantos, que nunca han de volver;
Mi labio balbuciente, con plácida bonanza,
Tu nombre pronunciaba con infantil placer;

Tu nombre misterioso de celestial ternura,
Que al corazón infunde magnético solaz,
Y cuya melodía dulcísima murmura,
Entre vapor de aromas, el céfiro fugaz;

Tu nombre sacrosanto, de inspiración divina,
Que las canoras aves intentan preludiar,
Cuyo sonido ensayan la fuente cristalina
Y las rugientes ondas del anchuroso mar;

Tu nombre, Virgen santa, á cuyo dulce acento
Se calman los dolores y el angustioso afán;
Tu nombre á cuya cifra se humilla el firmamento,
Los ángeles se postran y tiembla Leviatán.

Tu nombre pronunciaba mi lengua entusiasmada,
En la risueña aurora de la primera edad,
Cuando tu santa imagen en el altar guardada,
Aun niño veneraba con mística piedad.

Recuerdo en esos días contáronme tu historia,
Hermoso panorama de luz y de zafir:
Al contemplarte entonces llena de inmensa gloria,
El alma te miraba tranquila sonreir.

En esa edad dorada de amor y de inocencia,
Postrado en tus altares, con flébil oración,
Alzado me creía triunfante á tu presencia,
Y extático adoraba *tu santa aparición*.

Pasó esa edad bendita; siniestros nubarrones
Cubrieron mi horizonte de fétido vapor.
El corazón fué presa de míseras pasiones,
Y déspota crüento, me destrozó el dolor.

Perdí mi paz risueña, mi plácida ventura,
En el primer embate del choque mundanal;
El corazón transido de penas y amargura,
Ante el poder tremendo se prosternó del mal.

Perdí las ilusiones que avaro el pensamiento
Quimérico forjara de gloria y de virtud;
Sin galas, sin adornos, y del placer sediento,
Se marchitó bien pronto mi pobre juventud.

En pos de tal tormento, la destructora duda
Rasgó con mano airada del corazón la fe;
Entonces delirante, con mi dolencia aguda,
Mendigo miserable, tu amparo demandé.

Recuerdo, Virgen pía, que al pie de tus altares,
Acongojado el pecho, llorando te pedí
Un bálsamo que alivie mis íntimos pesares,
Volviéndome de nuevo la calma que perdí.

El llanto derretido de mi dolor gemía,
Hundido en el abismo de mísera orfandad;
Entonces tú, Señora, la angustia y la agonía
Borraste de mi seno con célica bondad.

Mis lágrimas ardientes se alzaron hasta el cielo,
Y mi plegaria humilde benigno oyó el Señor:
Brilló la bella aurora de dicha y de consuelo,
De paz y de ventura, de glorias y de amor.

Purificada el alma de pertinaz malicia
En la piscina santa de la triunfal Salén,
Pude llamarte ¡Madre!..... con férvida delicia,
Alzando con orgullo mi fatigada sien.

Mas ahora, Santa Virgen, que triste peregrino
Transito por el mundo sin miedo al huracán,
En medio á los horrores del áspero camino,
Me acojo á tu sagrado, castísima Miriam.

Estrella de los mares, claro esplendor del día,
Inunda con tu gracia mi pobre corazón:
Escucha mi plegaria, concede al alma mía
La fe con la esperanza, la paz y la oración.

Allaname, Señora, de la virtud la senda,
Lejos del torpe vicio, del criminal error;
Ni el corazón, ni el labio, ni el pensamiento ofenda
Los santos y benditos decretos del Señor.

Escucha mis gemidos, atiende á tu criatura
Desde tu excelso trono, María celestial;
Enciende en mí la antorcha de fe sagrada y pura,
Mientras aliente el seno mezquino y terrenal.

Y cuando suene la hora fatal de mi partida,
En ese horrendo trance de espanto y confusión,
Cabe á mi lecho vela, y el alma combatida
Arranca de las garras del infernal dragón.

En medio á los rigores del espantoso juicio,
Te encuentre cariñosa junto á mi juez allí;
Mitiga la sentencia de mi eternal suplicio,
Los cargos disipando que pesan sobre mí.

Con fe, con entusiasmo te adoro, Virgen pura;
Concédeme tu amparo, tu excelsa protección,
La paz en esta vida, la gloria en la futura,
Por esa que venero, tu SANTA CONCEPCIÓN.

Y en la mansión eterna, con dulce melodía,
Ensalzaré tus glorias, en cántico triunfal,
Madre de Dios y Virgen, espléndida María,
¡EN GRACIA CONCEBIDA, SIN MANCHA ORIGINAL!

BENJAMÍN BLANCO.

LA ÚLTIMA DE LOS BAZÁN.

(NOVELA.)

(Conclusión.)

La savia del árbol brotaba con abundancia por las cortaduras, y parecía que cada una de las letras lloraba por sí; apoyé mi frente en la corteza helada, y miré con angustia en torno mío: todo estaba mustio, solitario y triste como una ilusión perdida; sellé con mis labios aquellas letras piadosas que de tal modo se asociaban á mi dolor, y lloré en silencio como ellas lloraban.

ANDRÉS Á ERNESTO.

Te escribo desde la posada del pueblo, donde estoy hace dos días.

Decirte que esto vale lo que el castillo de Bazán, sería engañarte: no tengo ni un lecho de roble antiguo con columnas salomónicas y colgaduras de damasco rojo, ni una chimenea estilo Luis XIII. Mi cama se compone de dos bancos de hierro y una serie de tablas, y encima de ellas dos pomposos jergones llenos de paja, que á veces parecen de guijarros. En vez de las paredes cubiertas de zócalos de encina, tengo muros blanqueados con tan gruesas capas de cal, que mi traje se resiente de tan polvorosa blancura. Al pronto parezco un molinero que trabaja á conciencia en su oficio.

Lo principal de todo es que mi pierna funciona mejor cada día, lo que prueba que la ciencia de un médico de aldea es á veces más positiva que la de muchas eminencias cortesanas: la curación de mi fractura es, en su género, una obra maestra.

La mañana del día en que iba á dejar el castillo, me propuse copiar la fantástica y graciosa cabeza de la señorita Eladia, y lo conseguí mejor de lo que creí. La acuarela es un borrón, pero no me atrevo á tocarle, pues me parece que perdería en gracia lo que ganara en conclusión. No se copia una sonrisa por reglas de arte, sobre todo una sonrisa como la de la última de los Bazán. Ya la verás, y teniendo en cuenta el color y el parecido, acaso confesarás que es una obra maestra.

Durante la despedida, quien más emoción ha mostrado ha sido la anciana Nicolasa, á la que abracé con verdadero cariño: estoy seguro de que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se las tragó heroicamante. ¿Qué otra cosa podía suceder entre individuos del temple de la señorita Eladia y yo? Nuestra sangre fría ha helado su entusiasmo.

En seguida me he despedido de la castellana de Bazán por medio de un cumplimiento muy cortés y muy gracioso, que ella ha acogido con tal indiferencia, que ni una palabra ha contestado, limitándose á tenderme la mano..... Después, ¡hala, cochero!

¿Qué papel te parece que hubiera hecho la declaración que me aconsejabas hacer en el último instante? ¿Comprendes al fin lo ridículo de la situación? Figúrate un hombre que habla de amor, insta, suplica, y abre enteramente su alma para obtener una mirada ó una promesa, y es acogido por las carcajadas de una cabeza loca y un corazón seco; porque Eladia se hubiera reído de mí, estoy seguro de ello.

A la verdad, nunca me he hallado más contento de haber pasado la edad, el tiempo y el gusto de las aventuras sentimentales, y encontrarme tan tranquilo como un guerrero que se retira de la gloria para tomar plaza en un cuartel de inválidos. ¿Te parece pequeña ventaja dormir sin soñar, aunque sea en almohadones de paja?

Mi despedida á la señorita de Castrojériz ha sido respetuosamente hecha por medio de embajador: el médico fué el encargado de esta comisión espinosa, pues no tuve suficiente confianza en mi prudencia para ver á la detestable furia y no decirle algo que le dejara de mí recuerdos bien desagradables. En cuanto al pobre *Lolo*, no te digo nada de él; ¿no se ha escrito hace mucho tiempo que lo que hay más fiel para el hombre es el perro?

Perdona que termine; pero es la hora en que vuelve el ganado, y me distrae ver pasar los rebaños en busca del abrigado establo, proporcionándome ocasión de tomar al vuelo croquis magníficos.

ANDRÉS Á ERNESTO.

¿No me creías, verdad, amigo Ernesto? Tú, aunque ausente, has visto lo que pasaba, y sabes que miento hace un mes, á tí que eres mi conciencia viva, á mi cabeza, á mi corazón, y hasta al amor que me domina y que ocultaba, como si la dicha sin igual de amar con delirio fuese cosa que debiera avergonzarme.

Sí, la amo, la adoro; ¿estás contento? La carta de inútiles bravatas que recibirías ayer, será la última: lo repito, ¿estás contento?

No estaba á cien pasos el muchacho que llevaba al correo mi postrer misiva, cuando le llamé para recogerla, pero no me oyó: mi orgullo se hallaba vencido, y tan deshecho, que en balde buscaba sus huellas. Preguntábame cuál era este sentimiento imbécil que me prohibía confesar que amaba hacía seis semanas; sólo porque antes había jurado odio mortal al género humano y cerrado el pecho á todo cariño, tuve el capricho de sellar mi corazón y escribir encima: *de profundis*. ¿Qué extraño que el ser derrotado por una niña encendiera mi orgullo y me hiciera cometer notorias injusticias?

¿Has pensado de buena fe que desde hace dos días el Conde de Errazu se ocupe en bosquejar corderos y pastoras? Pues te confieso con humildad que lo que hago es escribir cartas sobre cartas, y que he roto ya la que hace veinte, sin perjuicio de empezar otra en seguida, y que si no logro expresar en ella todas las locuras que el amor me inspira, iré esta misma tarde al castillo de Bazán para arrodillarme á los pies de Eladia, en la gran cámara donde tan bien me ha asistido, y decirla que la amo.

¿Me preguntas por mis muletas? He hecho una hoguera con ellas, y en las llamas he arrojado mis dudas y vacilaciones; no quiero conservar recuerdos de los días pasados, sino del de hoy y el de mañana; y en cuanto á subir á la montaña donde se asienta el castillo de Bazán, ¿crees que no tengo bastante con las alas que presta el amor?

¡Cuánto desearía que la conocieras! He sido tan perezoso al describirla, que estoy seguro de que no has llegado á formar idea de cómo es. Debes, sin embargo, haber comprendido que su inocencia, sus niñadas, la ausencia de coquetería y hasta su indiferencia, que tanto le he criticado, son las atracciones que me hán llevado á amarla. Una mujer artificiosa sería despreciable á mis ojos; una sencilla y recatada como la señorita de Bazán, hará mi dicha. Precisas eran su originalidad y su frescura para reanimar mi juventud y mi vida, ahogadas bajo el peso de crueles desengaños.

Eladia, amigo mío, es una flor silvestre y encantadora que entre el cielo y la tierra se ha criado para mí solo: que hasta ahora no ha amado sino á las estrellas y á sus sueños de adolescente; cuyos labios sólo han tocado las brisas de las montañas, y que reune en sí las gracias de la mujer y la exuberancia de lozanía de esta virgen naturaleza.

Con su mano en la mía, creo desafiar al destino, y el mundo está lleno para mí: siento una dicha tan grande, que sólo á una cosa puedo compararla, y es..... ¡al infinito!

Piensa en mí esta noche, amigo Ernesto; voy allá, no á verla, porque á tales horas sería imposible, sino porque tengo ansia de respirar las auras que orean el castillo de Bazán. Si hace falta escribir, ya buscaré algún rincón donde guarecerme; aunque para trazar frases de amor, ¿no hay bastante luz con los rayos de la luna?

1.º de Mayo.

¡Dios mío, mi felicidad es demasiado inmensa, demasiado inesperada, y me abruma; dadme fuerzas para poder soportarla!

He aquí mi súplica en el primer momento, y sin embargo, media hora después ya no me acordaba de haber llorado nunca, y la alegría se había posesionado de tal suerte en mi corazón, que no parecía haberle abandonado jamás.

Ayer noche, cerca de las diez..... ¿Cómo habían pasado mis días, desde que el Conde de Errazu abandonó el castillo? No podría precisarlo, porque he tenido verdadera existencia de somnámbula: levantarme, acudir á mil quehaceres, ¡siempre lo mismo! Sentarme á las horas de comer frente á mi tía, para escuchar, como el zumbido de los moscardones, sus burlas despiadadas acerca de mis inclinaciones al estado de Hermana de Caridad, mezcladas de irónicas enhorabuenas por el buen pago que habían dado á mis servicios; trabajar luego, procurando á través de las lágrimas ver los puntos del canevas ó las mallas de la red; vagar otras veces por el parque, yendo siempre á buscar á mi confidente el castaño, y, por último, pasar horas enteras en la cámara donde estuvo el enfermo sentado en el sillón al lado de la chimenea, desde donde lo velaba, y fijos mis ojos en el lecho vacío: he aquí mi vida, si tal nombre puede darse á tan inútil vegetar.

Sólo un rayo de consuelo se deslizaba en mi alma á través de la sombría noche que sentía en derredor: había vuelto á adornar el altar de San José, y en esta ocasión con todas las galas de risueña primavera; lirios blancos, jacintos y violetas formaban á sus pies artísticos ramos y perfumaban mi habitación con penetrantes aromas. Cuando la aflicción se me hacía insoportable,

cuando las más negras ideas invadían mi cerebro y mi pecho se levantaba á impulso de los sollozos que en vano trataba de reprimir, corría á buscar mi bendita imagen, como el niño se ampara en los brazos maternos al primer amago de tormenta; arrodillada allí, sintiendo bañado mi rostro por la suave luz de una lámpara constantemente encendida, mezclaba oraciones y súplicas, sin saber acaso por qué rezaba, ni lo que pedía.

Eran, como decía, las diez de la noche. Nicolasa se retiró cerca de las nueve, después de procurar inútilmente distraerme con su sencilla verbosidad. Cuando quedé sola, oré largo rato, y al concluir mis fervorosas plegarias, me levanté con una paz interior que hacía tiempo no disfrutaba: la noche estaba deliciosa; miré algunos instantes por la ventana, admirando la profunda quietud de la Naturaleza, y luego me senté junto á la apagada chimenea. Ni el más leve rumor turbaba el silencio del castillo, y poco á poco llegué á considerarme tan sola, que un vago terror paralizó mis movimientos: sentía miedo del ruido que pudiera hacer.

De pronto oí fuera, por el camino del pueblo, rodar algunas piedrecillas, y poco después percibí claramente el paso de un hombre.....

El corazón me empezó á latir con tal violencia, que contaba uno á uno sus golpes..... Algún montañés que se le ha hecho tarde, pensé; el cartero rural acaso..... Mas al llegar bajo mi ventana, el hombre se detuvo, y mi emoción creció de suerte que la madera del sillón, que apreté involuntariamente, se marcó en la palma de mis manos.

—¡Es él!—dije á media voz.

¿Él? ¿quién? Andrés Errazu, que ocho días antes había marchado sostenido en dos muletas. ¡Imposible! y sin embargo, al cabo de un minuto, una voz contenida, pero vibrante, y que yo conocía perfectamente, pronunció estas frases:

—¡No tengáis miedo!

Aunque se hubiera tratado de salvar mi vida, no habría podido moverme ni hablar. Hubo algunos segundos de silencio, largos como siglos. Después, una piedra del tamaño de una nuez, lanzada con suma destreza, atravesó un cristal de la ventana, cuyos restos cayeron con terrible fracaso, y vino á rodar á mis pies.

Alrededor tenía arrollado un papel, y repuesta de mi asombro, le tomé con ansia.

La letra era del Conde, y estaba escrito por las dos carillas. Acerquéme al altar, desde donde San José y el Niño Jesús parecían sonreirme en su trono de flores, y leí palpitante de emoción:

«Eladia, perdonadme la locura de esta carta, y perdonadme sobre todo la manera con que os la envío; pero entre nosotros nada puede parecerse á lo que hacen los demás.

»Aunque seguro de que, en la hora que voy á llegar á él, es un castillo encantado el castillo de Bazán, donde se hace imposible ver ni hablar á nadie, no he querido remitir al día de mañana la confesión que voy á haceros. Eladia, esta confesión está en mi alma y en mis labios hace seis semanas, repitiéndola muy bajo para que no llegara á vuestros oídos: ¿seréis bastante buena para perdonar mi incalificable locura?

»Os amo, Eladia; pero no quiero decir ahora cómo os amo. Prefiero que lo sepáis cuando, sentados el uno al lado del otro, pueda ver vuestra sonrisa y mirarme en vuestros ojos. No quiero perder ni una de vuestras emociones ni de vuestras palabras.

»Creo firmemente que hay cosas escritas en el cielo desde la eternidad; son raras, pero perfectas, porque Dios mismo las dispone, y nuestro matrimonio es de este número. No temo que acojáis con desdén la expresión de mi sincero cariño; sois demasiado buena para no sentir siquiera compasión por quien os ama como no ha amado jamás.»

A medida que recorría estos renglones, una delirante alegría se apoderaba de mi corazón. Apenas podía creer la realidad de tanta dicha. ¿Era verdaderamente él? ¿Era á mí á quien se dirigía aquella carta? ¡Me amaba, y hacía tiempo que me amaba! Mi sueño estaba cumplido, y los sufrimientos que me habían atormentado podía considerarlos como una fatigosa pesadilla.

Agitada y enternecida, me dirigí resueltamente á la ventana. Lloraba y reía al mismo tiempo, como esos días de primavera en que luce el sol á través de la lluvia; puse la mano en el pestillo y le dí vuelta. Al ruido, una silueta perdida en la obscuridad adelantó algunos pasos; veíala mal, porque me hallaba colocada de cara á la luna y ella hundida en la sombra. Adiviné sin embargo que iba á hablar, y la extrañeza de esta entrevista me hirió tan vivamente, que me devolvió toda mi alegría.

—¡Señor de Errazu!—exclamé.—¿Estáis ahí?

—Eladia—me respondió con dulzura—contestadme, os lo suplico; ¿qué debo esperar?

Para mostrarme desdeñosa no había contado con el eco de esta voz, que, como él deseaba, vibró en el fondo de mi corazón, y turbada, anhelante, no encontrando una palabra, me puse á repetir maquinalmente la frase que tenía en la imaginación un momento antes.

—Me había propuesto dejaros en la incertidumbre, porque.....

—¿Por qué?—interrogó con ansiedad.

—Porque hace ocho días que os espero.

Quizás no me oyó, porque le hablaba bajo y además ¡temblaba mi voz de tal modo! Aguardó un instante, y luego volvió á decir con aquel acento dulce y triste que tanto me impresionaba:

—¡Eladia! ¿no me amáis?

Sintiéndome incapaz de sostener una conversación, me retiré precipitadamente de la ventana, diciéndole:

—¡Esperad!

En mi cuaderno quedaban todavía dos hojas blancas; arranqué una, y escribí á la carrera:

«Andrés, en balde querría mostraros indiferencia; si los buenos matrimonios están escritos en el cielo, como vos decís, debo creer que el nuestro tiene tan divino origen, según las extrañas circunstancias que lo han determinado.

»Desde que os habéis propuesto tomar por esposa á *la última de los Bazán*, mirad compasivamente las ruinas de su pobre castillo, ruinas que ahora le son muy amadas, y que desde luego declara no querer abandonar. ¿A qué buscar la dicha en otra parte, sino en el lugar que os he conocido?

»Cuando vuestra mano protectora restaure la mansión de mis antepasados, no olvidéis, os lo ruego muy encarecidamente, no olvidéis la capilla; quiero venerar en el mejor altar de ella la bendita imagen de San José, á cuyos pies trazo estos renglones; él ha sido mi protector, mi único consuelo, y á su poderosa intercesión creo firmemente que debo la felicidad de mi vida.

»Es una historia que os contaré alguna vez á la luz de la luna, desde luego porque amo en extremo esta dulce claridad, y después, en recuerdo de que en una noche de luna he recibido con vuestra carta la mayor alegría que Dios podía enviarme.»

ANDRÉS Á ERNESTO.

Amigo del alma, Eladia y yo somos ya prometidos; dame la mano, sígueme y entrarás en el cielo.

El párroco de la aldea próxima va á venir al castillo para darnos las bendiciones, y entretanto, una nube de obreros trabaja en restaurarlo á toda prisa. La capilla estará terminada antes de tres semanas, y tendremos para adornarla las últimas flores de Mayo. ¿Cómo he arrancado el consentimiento de mi boda á la señorita de Castrojériz? No me acuerdo, y hasta me hallo dudoso de si habré empleado algunas palabras violentas: así se venga de nosotros, y bajo pretexto de conveniencias sociales, no deja á Eladia ni á mí un punto de reposo. Cuando éramos extraños el uno al otro, afectaba abandonarnos. Prometidos y próximos á desposarnos, se nos vigila con refinada crueldad. Te aseguro que esta vieja es mi suplicio.

He convenido con Eladia en señalar á su respetable tía una decorosa pensión, siempre que consienta en dejarnos solos. La señorita de Castrojériz puso al principio algún reparo; amaba el castillo donde había vivido tantos años, y sobre todo amaba á su sobrina, y le costaba mucho separarse de ella.

¿Comprendes, Ernesto, el amor de esta tía? Por mis cartas anteriores puedes formarte idea de él. Aumenté la pensión, y sus escrúpulos se desvanecieron, hasta convenir conmigo en ausentarse apenas el buen párroco haya terminado la misa de velaciones.

Para evitar su continúa intervención en nuestros diálogos, enseño á Eladia á hablar en latín, y has de saber que progresa maravillosamente; aunque, á la verdad, no necesitamos gran repertorio de palabras, porque no hacemos sino repetir siempre las mismas.

En las reparaciones del castillo sólo hay una cámara á la que he prohibido tocar. ¿Adivinas cuál es? Aquella donde una tarde de invierno me trajeron sin sentido, y en la cual recibí los caritativos cuidados de mi hermosa prometida.

Procura venir, Ernesto; es preciso que seas uno de los testigos de mi boda. Eladia y yo lo deseamos, como el complemento de nuestra felicidad.

FIN.

A. HERMILL.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1).

Á CARMEN.—Sí, es costumbre que el día de la petición se cambien regalos entre los novios.

La novia suele regalar un alfiler de corbata, cadena y reloj, un dije ó cualquier otra alhaja.

Á UNA ANDALUZA.—Se usan indistintamente las iniciales enlazadas y sueltas, ó el nombre entero, para bordar las sábanas y almohadas; así que se hace á capricho ó gusto de la interesada.

En cuanto al nombre ó iniciales que deben ponerse, son los de la novia sólo.

Las sábanas se bordan en el centro, á 8 centímetros de distancia del jaretón, y los almohadones, si son cuadrados, en el centro, y si son largos, en los dos extremos.

Á UNA SUSCRITORA.—Si visita usted á esa amiga, debe usted corresponderla, aun cuando no le haya dado parte.

Sí, aun es tiempo de que pueda usted hacer el regalo, y para ello es propio cualquier adorno de chimenea, tocador, servicio de mesa, etc., etc.

Á CONCHA.—Las señoritas solteras no usan tarjetas.

Todavía ha pasado poco tiempo para llevar piedras de color.

La moda es llevar el reloj pendiente de una cadena larga. Puesto que está de luto, puede usarla de azabache.

En el periódico del 22 de este mes hemos publicado los patrones de una manteleta, señalada con los números 28 y 29, y un vestido con el núm. 23, y ambos modelos tienen cuello Médicis.

Al terminar de bailar, cuando el caballero da las gracias, la señorita hace una simple inclinación de cabeza.

(1) Exclusivamente serán contestadas en esta *Correspondencia Particular* las consultas que, versando sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo.

SRA. D.ª MARÍA B. DE A.—El luto que indica, se lleva dos años riguroso y medio de alivio.

Á D.ª R. DE O.—El nogal encerado está más de moda que el roble; pero casi es preferible este último, sobre todo para comedor.

Para alcoba, el peral, el palo santo ó el palo rosa mezclado con palo santo.

Los cortinones del comedor debe hacerlos de reps, con dibujos Renacimiento, y los de la alcoba, de la misma tela que el mobiliario; los primeros se drapean á lo Enrique II, y los segundos con pabellones á la flamenca ó baldaquines Luis XV.

Las alhajas, excepto las que tengan perlas, quedarán perfectamente limpias dejándolas un rato sumergidas en alcohol, y frotándolas con un cepillito fino. Después se meten en serrín ó salvado grueso para que se sequen, y luego se frotan con una gamuza.

Á D.ª RAMONA L.—Para que las lámparas den buena luz, es conveniente, una vez al mes, poner al fuego una cacerola con medio litro de agua y un pedazo de cristal de sosa del grueso de una nuez, y dentro de ella los depósitos volcados (después de haberlos vaciado). Se tienen éstos en ebullición durante cinco minutos, y en seguida se aclaran en agua fría.

Es bueno meter las torcidas, antes de usarlas, en vinagre muy fuerte, y dejarlas secar completamente, y después se ponen en el mechero. Siguiendo este procedimiento, la llama resulta más clara y viva, y rara vez da tufo.

Á UNA ABONADA NUEVA.—Para hacer desaparecer ó atenuar las manchas de los guantes picados por la humedad, se coge una caja cualquiera, se prenden los guantes en el interior de la tapadera, y en el fondo de la caja se pone una jícara con amoníaco; se cierra la caja, y se pega en la juntura una tira de papel de goma, á fin de interceptar el aire; al cabo de algunos días, se renueva el amoníaco, repitiendo así varias veces esta operación hasta que desaparezcan las manchas.

Á UNA ASTURIANA.—El *pollo á la Pecci* se hace así:

Se cortan en pedazos una zanahoria y una cebolla, y se doran lentamente con manteca, añadiendo un ramillete surtido, un pedacito de pimiento rojo picante (en vez de pimienta) y medio litro de caldo sin grasa; se deja hervir hasta que quede el líquido reducido á una tercera parte, pasando entonces el caldo, que se conserva al calor; se mondan 400 gramos de *champignons* y se doran en una cacerola con manteca, un diente de ajo, sal y un poco limón, y se echan en el caldo.

Se prepara aparte el pollo y se cuece durante una hora con manteca á fuego lento, añadiéndole poco á poco caldo del que se ha apartado, y se deja dorar, y se pone en el caldo con las setas.

Media hora antes de servirlo se pone á fundir en una sartén un pedazo de manteca, y en ella se fríe una cucharada de harina, y echando este espeso en el *consommé*, se deja cocer á fuego lento todo ello.

Cuando va á servirse se saca el pollo en una fuente, se baten dos yemas de huevo, se deslían en unas cucharadas de nata espesa, se vierten en la salsa y ésta inmediatamente sobre el pollo, y se sirve.

SENSITIVA.—El peinado á la griega que ahora se estila es fácil de hacer.

Se levanta el pelo de los costados, y todo junto se retuerce fuertemente y se lía, formando un rodete redondo por encima de la nuca.

En la parte superior de la cabeza se riza el pelo que haga bastante alto, y de este mismo pelo, que va cortado, se baja un mechoncito, para formar pico en el centro de la frente.

BOTÓN DE ORO.—Para dar el apresto al crespón que lo ha perdido con el uso ó mojándose, se pone á cocer agua en una cacerola ancha de boca, y se tiene extendido un rato por encima del vapor que se desprende, teniendo cuidado de no omitir ningún trozo del crespón; y de este modo recobra en seguida todo su apresto.

Para dejar bien blancos los guantes de militar, se lavan con agua fría y jabón, y después de aclarados y exprimidos, se prepara una solución compuesta de un litro de agua, 10 gramos de blanco de zinc en polvo, 5 gramos de magnesia calcinada y 6 gramos de alumbre pulverizado.

Cuando está bien disuelto todo, se sumergen los guantes, y se ponen á secar lejos del fuego ó del sol, y de esta manera quedan como nuevos.

SRA. D.ª R. L.—Receta para lavar y desengrasar el cabello:

Agua........................	200	gramos.
Carbonato de potasa.......	10	—
Yemas de huevo...........	3	

Se disuelve la potasa en el agua, y después se echan las yemas y se bate todo junto hasta que esté completamente mezclado.

Á FANNY.—Los muebles del comedor estarán bien de roble encerado, esculpido al estilo bretón, y tapizado con tela imitando tapices antiguos.

El paño rojo bordado de negro (de que me habla) no estará mal tampoco, y pondrá en relieve con su sencillez la belleza del mueblaje. Puesto que la chimenea del salón es de bonita forma, puede dejarla sin vestir.

El sombrero grande es siempre de moda, sobre todo para una señorita; no es necesario que sea exagerado, porque el sombrero de alas moderadas es infinitamente más distinguido.

Voy á describirle dos modelos de este género.

Uno es de fieltro verde almendra, adornado con un lazo grande de terciopelo rosa, encima del cual se mue-

22 y 23.—Chaqueta de paseo. Espalda y delantero.

26. -Collar de tul y cintas.

28.—Paletó de paño y terciopelo.

24.—Corpiño de raso azul.

25.—Corpiño de faya.

29.—Corpiño estilo de sastre.

27.—Cuello de muselina y encaje.

32.—Bata de cheviota. 33.—Matinée de franela. 34.—Bata de paño.

31.—Falda de paño.

30. -Fald a estilo de sastre.

ven unos escarabajos de oro sujetos sólo por un débil alambre.

El segundo es de fieltro gris guarnecido con una *draperie* de terciopelo verde esmeralda y plumas negras. Una bola gruesa de azabache negro va sujeta como un broche sobre el ala, que está bordada en todo alrededor con azabache negro.

Á Micaela.—Las faldas, tanto en los trajes de calle como en los de *soirée*, teatro y comidas, se llevan adornadas en la parte inferior con bordados muy ligeros de pasamanería y tejidos (según la riqueza ó circunstancia del traje), con hilos de oro, perlas, metal, plata, etc. También se llevan completamente lisas, y sólo ligeramente drapeadas por delante y en los costados.

Las faldas de crespón deben montarse sobre viso de seda del mismo tono del crespón.

Para comida y reuniones de confianza, está siempre bien visto el traje de *Chantilly* negro, adornada la falda con una *ruche* de encaje ó cinta de raso, y los recogidos del encaje con *choux* de cinta de raso.

El cuerpo va abierto en pico, y fruncido en la cintura, sujeto con tres ó cuatro cintas formando corselete. Mangas amplias, recogidas con dos cintas y cerradas con *choux*.

Para salir del baile ó reunión se llevan unas deliciosas caperuzas de gasa de seda nevada de bordados de oro, plata y acero, y forradas de seda, sujetas al cuello y en lo alto de la cabeza con lazos de terciopelo.

Se hacen en todos colores; rosa y plata, azul y oro, verde agua y acero, etc., etc.

Sra. D.ª Elena D.—Voy á darle una receta de *Patatas rellenas*.

Se escogen patatas gordas, se cuecen, se pelan y se preparan para rellenar, es decir, se les hace un agujero hondo y se rellenan con picadillo de ave ó de carne de cerdo: en el primer caso se mezcla con el picadillo un poco de manteca, se cubre el picadillo con un pedacito de patata, y se meten á asar en el horno en una cacerola con manteca, y cuando están doradas se sirven.

Á una Fastidiosa.—Se llevan mucho, sujetando el peinado, horquillas de concha y de pedrería.

Los manguitos se llevan sujetos al cuello con una cinta de terciopelo negro, cerrada con un botón ó un broche de pedrería. También con trencillas anchas de seda, cerradas con corchetes de oro; y por último, con una cadena de oro, de plata ó de clavos de azabache, cerrada con una hebilla.

La pluma es uno de los adornos más usados, pues al traje, por sencillo que sea, da elegancia y distinción. Se ven muchas plumas negras en trajes claros, porque son de un efecto seguro sobre malva, azul, verde, turquesa, amarillo y blanco.

Á Paquita.—Los pantalones y las enaguas se marcan en la cintura.

Se siguen llevando los medias negras ú obscuras, aunque los trajes sean claros.

Los manguitos que más se llevan son los de piel y plumas, haciendo juego con el boa ó guarniciones del vestido. También se llevan, aunque algo menos, los de *peluche*; pero nunca adornados con encajes, sino con lazos de cinta y galones.

En el cuerpo del traje de baile, flores naturales.

Se lleva el reloj suspendido de una larga cadena de oro puesta en el cuello, ó en un broche sujeto en la cintura.

Á Luciana.—Sí, está muy admitido el día del bautizo dar una comida de familia, á la que se invita al padrino y á la madrina. El padrino (aun cuando sea muy joven) se pone á la derecha de la madre, y la madrina á la derecha del padre.

Es indispensable llevar flequillo rizado, pues los encajes, terciopelos ó flores del sombrero hacen muy mal cayendo directamente sobre la frente.

La señora y el señor de la casa deben tener tarjetas separadas y otras colectivas.

Las señoritas solteras no usan tarjetas, á menos que no sean de cierta edad; sólo se añade con lápiz su nombre debajo del de la madre.

Á una Lectora hacendosa.—La coliflor al gratin se hace así: Se pone á cocer la coliflor durante media hora, y se parte en pedazos; se bate un huevo en una fuente que pueda ponerse al horno, con sal, pimienta y tres cucharadas de queso rallado; se añaden los pedazos de coliflor, se revuelven bien, se aclara esta salsa con medio litro de leche y 100 gramos de manteca de vacas fresca, se espolvorea de queso de Parma, rallado, y se mete en el horno, donde debe tenerse dos horas cociendo á fuego lento.

Á una Suscritora.—El manjar blanco á que se refiere es una especie de gelatina como voy á explicarla.

Se mondan en agua caliente 500 gramos de almendras dulces y veinte almendras amargas, y se machacan muy bien en un mortero, echándolas de vez en cuando una cucharada de agua fría.

Se deslíe en seguida esta pasta en una sopera con tres cuartos de litro de agua fría, se pasa esta leche por una servilleta, y se le echa azúcar á gusto de las personas que han de comerlo; se disuelven aparte, en un poco de agua tibia, 40 gramos de gelatina, se mezclan con la leche, se perfuman con un vaso de ron, kirsch, marrasquino ó cualquier otro licor, y se vierten en un molde bien cubierto de hielo.

Se deja cuajar, y cuando va á servirse se moja vivamente el molde en agua caliente, y se vuelca sobre una servilleta doblada.

Adela P.

EXPLICACIÓN DEL FIGURIN ILUMINADO

Núm. 48.

Corresponde á las Señoras Suscritoras de la 1.ª edición de lujo.

Vestido de soirée.—Este vestido es de terciopelo gris liso y terciopelo más claro bordado de plata. Cuello Médicis y cinturón puntiagudo de bordado de plata. Cola cuadrada de terciopelo liso y delantal plegado de terciopelo bordado. *Paniers* plegados de terciopelo liso. Corpiño de terciopelo liso, con espalda y lados de espalda de cintura redonda; delantero y lados de delante de talle puntiagudo. Los delanteros se abren sobre un peto de terciopelo bordado, abierto en forma de V y añadido bajo una banda plegada de muselina del mismo color bordada de lunares. Manga corta y bullonada. El forro de los delanteros va ajustado con pinzas y cerrado en el centro.

Tela necesaria: 15 metros de terciopelo liso, y 4 metros 50 centímetros de terciopelo más claro.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscritoras á la 1.ª edición de lujo.

1. E, F, continuación de abecedario para sábanas.
2. Volante en bordado inglés para enaguas y juego de cama.
3. HO, enlace para pañuelo.
4. S, inicial para pañuelo.
5. L, P, letras para pañuelo.
6. *Desamparados*, nombre para pañuelo.
7. *Ernestina*, nombre para pañuelo.
8. J, V, letras para servilletas, toallas, etc.
9, 10 y 11. Principio de abecedario para servilletas.
12. Bordados é iniciales para juego de cama.
13. *Herminia*, nombre para pañuelo.
14. *Carmen*, nombre para pañuelo.
15. *Consuelo*, nombre para pañuelo.
16. *María*, nombre para pañuelo.
17. MD, enlace para pañuelo.
18. *Gertrudis*, nombre para pañuelo.
19. *Concha*, nombre para pañuelo.

CELEBRIDAD PARISIENSE.

Para presentar un talle largo, flexible, esbelto, y las formas y contornos de un busto sin rigidez y elegante, nada mejor que los corsés de Mmes. De Vertus *sœurs* (12, *rue Auber*, en París).

Todas las mujeres aparecerían irreprochablemente modeladas si hicieran uso de los corsés de la casa De Vertus *sœurs*.

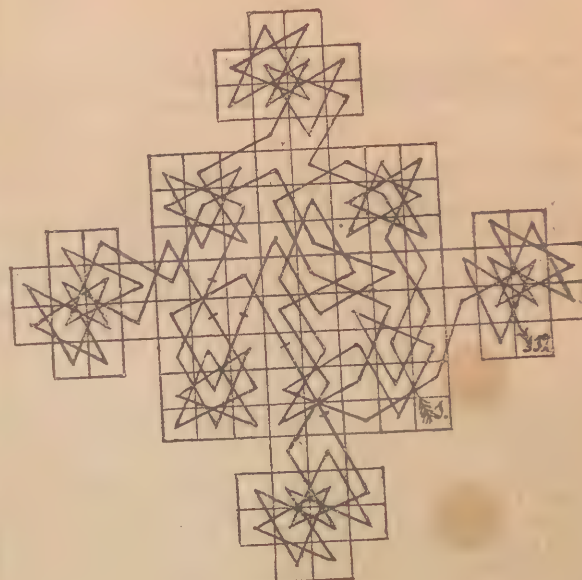
Precisamente el *Corsé Infanta*, bajo, flexible, delicadamente gracioso, es el que ha puesto de moda el talle largo y delgado.

Su *Cintura Regente*, su *Corselete Infanta*, todos sus corsés diminutos, tan ligeros y graciosos que parecen hechos para niñas, son hermosas creaciones de Mmes. De Vertus *sœurs*, y ninguna señora podrá presentarse verdaderamente elegante sin el talle flexible y libre en sus movimientos, como sólo pueden proporcionarlo con facilidad admirable aquellos corsés.

Mmes. De Vertus *sœurs* son muy complacientes, y basta dirigirlas una sencilla carta para que contesten en seguida comunicando los consejos é informes que se necesiten.

SOLUCIÓN AL SALTO DE CABALLO

PUBLICADO EN EL NÚM. 45.



LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la trasparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazón me rasgué.
Y es que, en perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y..... mal!
¡Se ve en el alma, y..... peor!

Campoamor.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Luisa Pérez.—D.ª Joaquina Alvarez.—D.ª María Salvá y Varela.—D.ª Emilia González.—D.ª María Coco Delgado.—D.ª Vicenta de Cáceres de Sánchez.—D.ª María del Carmen Sánchez Cáceres.—D.ª Socorro Cáceres López.—D.ª Rita y D.ª Mercedes Arenillas.—D.ª Emilia Cancio de Couto.—D.ª María Francisca Belloso.—D.ª María M. y Revuelta.—D.ª Adelaida Iglesias Ramos.—D.ª Antonia Topete de Peñalver.—D.ª J. Varela y Menéndez de Limia.—D.ª Salvadora Piñol de Jimeno.—D.ª Estrella y D.ª María Domínguez Feijóo.

Igualmente han presentado soluciones á los saltos de caballo siguientes:

Al del núm. 31, D. Ricardo Carozo (Cartagena).

Al del núm. 35, D.ª Natalia y D.ª Juana de Echevarría y Maisonnave (Puerto Rico).

Al del núm. 37, D.ª Julia Jalón de Ruiz (Habana).

Al del núm. 39, D.ª Buenaventura de Sierra.—D.ª Josefa C. de Cruz.—Doña Natalia y D.ª Juana de Echevarría y Maissonnave.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 47.

La Dirección y Administración de «La Moda Elegante Ilustrada» y «La Ilustración Española» desea á los suscritores felices pascuas y buena entrada en 1891.

Han presentado soluciones á los jeroglíficos siguientes:

Al del núm. 40, las Srtas. D.ª Natalia y D.ª Juana de Echevarría y Maisonnave.

Al del núm. 44, D.ª Salvadora Piñol de Jimeno.

Al del núm. 45, las Srtas. D.ª Emilia y D.ª Fernanda González.—D.ª Consuelo Sáinz.

ADVERTENCIAS.

Repartimos con el presente número la *Portada* é *Indices generales* correspondientes al tomo de La Moda Elegante de 1890 (año XLIX).

Séanos permitido enviar desde estas columnas á nuestras constantes favorecedoras del antiguo y del nuevo continente, la expresión de los sinceros votos que hacemos por que Dios haga reinar la ventura en sus hogares, en el nuevo año.

Rogamos á las Señoras Suscritoras cuyo abono termine en fin del corriente mes, y piensen seguir favoreciéndonos con su concurso en el año próximo, que se sirvan pasar el aviso á esta Administración con la mayor anticipación posible; pues siendo muchas las que se hallan en ese caso, es de temer que experimenten algún retraso en recibir el periódico las que dejen para última hora el hacer la renovación.

Para llenar este requisito ó hacer una reclamación cualquiera, es conveniente acompañar á la carta una de las fajas con que se recibe el periódico.

El Administrador.

FIN DEL TOMO XLIX.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid.	Madrid, 6 de Octubre de 1891.	Año L—Núm. 37.

SUMARIO.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Aprovechamiento de los trajes de verano.—Un vestido en el teatro.—El dominio de lo gris.—Un modelo elegante.—Los vestidos sembrados de cuentas.—Siguen los vestidos en punta y las chaquetas largas.—Los cuerpos de debajo.—Las capotas de siempre.—Perfumes distinguidos.—Aforismo.—Los desolladores de la Bolsa.

A inauguración, en la mayor parte de los teatros, de la temporada de invierno, da ocasión á nuestras elegantes para lucir en estas reuniones nocturnas los trajes claros de la estación que expira, y que no pueden llevarse ya en la calle desde mediados de Septiembre.

Hace pocos días asistí en el teatro del Vaudeville á una de las representaciones de miss Rehan, y tuve el gusto de ver un precioso vestido de piel de seda gris plata brochada de dibujos pequeños más obscuros. Su forma era la de una especie de levita abierta sobre un delantal de guipur blanca. Una guipur ancha iba puesta de plano á todo el rededor de la levita. En la espalda, una puntilla de guipur, terminada un poco más abajo de la cintura en un lazo de terciopelo gris. Un fichú grande de muselina de seda blanca, compuesto de tres volantes muy ligeros, muy vaporosos, cubría todo el delantero del cuerpo. Acompañaba á este vestido una capotita deliciosa de cerda amarilla, adornada con flores de paja, lazos de terciopelo color esmeralda y rama de cerezas, que dos pajarillos se preparan á picotear.

***

Se lleva mucho el gris, que es, en verdad, un color exquisito, modesto, cómodo, que viste sólo por su distinción, y con más motivo pasa á ser elegante por poco que el vestido esté bien hecho.

Citaré, como ejemplo, un vestido de paño gris sembrado de cuentecitas de acero (croquis núm. 1).

Falda completamente recta, cortada en puntas, con esa costura al sesgo por detrás que da un movimiento tan lindo á las faldas. Como corpiño, una casaca de terciopelo gris, que es una verdadera novedad. Se entreabre, con dos solapas de encaje antiguo, sobre un peto de crespón de la China bordado de cuentas de acero. Lo alto de las mangas es de paño bordado de acero, y una manga-mitón de terciopelo gris, con cabecita fruncida, va montada sobre la manga de paño, por encima del codo. Un brazalete de acero sujeta la manga de este punto. Un galón de lo mismo rodea la cintura, por encima de la aldeta, que es ancha y fruncida.

Este modelo puede reproducirse de una manera más sencilla, reemplazando el terciopelo con paño liso. En cuanto á la falda, aconsejaré á mis lectoras que la dejen bordada. No hay señora un poco hábil que no sea capaz de hacer este bordado, de una sencillez extraordinaria.

Se harán este invierno muchos vestidos bordados del mismo modo. Sobre paño negro se ejecutará un bordado de cuentas de azabache, no ya esos cabochones gruesos de que tanto se ha abusado, sino cuentas talladas sumamente pequeñas, que brillan como polvo de diamante. En la orla de las faldas, para acompañar á estos sembrados, se bordarán unas guirnaldas.

1.—Traje de entretiempo. Espalda.

Véase el dibujo 2.

He visto unos magníficos delantales de vestidos, hechos de piel de seda y bordados de dibujos grandes que se extienden en forma de ramas, con lentejuelas de azabache echadas unas sobre otras, que producen el efecto más extraño que es posible imaginar.

Estos bordados de lentejuelas serán la última palabra de la moda.

Por el momento permanecemos fieles á los vestidos en puntas, que forman cola poco prolongada, y á las chaquetas largas, que visten tan bien.

Para estas chaquetas, lo mismo que para los vestidos, el azabache hará furor, y se le mezclará con aplicaciones de terciopelo, en combinaciones maravillosas, como saben inventarlas los bordadores parisienses.

Núm. 1.

En materia de corpiños tenemos siempre los dos extremos: la aldeta larga, ó la cintura redonda, rodeada simplemente de una cinta que se anuda al gusto de cada cual, lo que es más lindo y menos estirado que la rígida cinta de gro abrochada con una hebilla, que da al talle un aire vulgar, mientras que la cinta anudada al capricho de cada una puede variarse de muchas maneras, dejándola más ó menos larga y flotante por detrás ó en un lado, según se quiera.

***

Los cuerpos de debajo son de una coquetería en extremo refinada. No se conoce ya el clásico guardacorsé, alto ó escotado, con sus medias mangas y su aire aviejado, ese cubrecorsé desairado é incómodo. Dos modelos se disputan nuestros favores.

Uno de ellos es el pequeño *Imperio*, plano por detrás y plegado en forma de fichú por delante. Estos pliegues van guarnecidos de entredoses y se abren sobre el pecho, en el cual van sujetos con un brochecito ó una correíta. El otro es el *Torero*, de que hemos publicado ya un modelo. Es el más sencillo y cómodo; no tiene más costuras que las de los hombros y se anuda en medio del pecho, dejando bien libre el talle. Es inútil añadir que todos estos cuerpos de debajo, como las camisas, no tienen mangas, sino una simple guarnición alrededor de la sisa. La tendencia de la moda actual es á simplificarlo todo, aligerando las prendas de debajo de todo lo que puede hacernos parecer más gruesas y comprometer las formas ajustadas de nuestros corpiños.

Núm. 2.

***

Mientras llegan las formas de invierno, continúan llevándose las capotas pequeñas género *toque*.

He aquí un lindo modelo, hecho de un fondo de terciopelo color de paja, bordado de cuentas de azabache (croquis núm 2). Banda plegada de crespón color de paja, y encaje de azabache en torno del ala. Espigas de azabache erizando el fondo de la capota con sus puntas agudas.

***

Hace tiempo que no nos hemos ocupado de los productos de la casa de perfumería de Guerlain, *rue de la Paix*, núm. 15. Nuestras elegantes lectoras lo habrán echado de menos. Ahora voy á hablarles de tres nuevos productos de esta reputada casa, que las elegantes parisienses han puesto á la moda, y con razón. Trátase, en primer lugar, del *Agua hegemoniana*, análoga á las aguas de Colonia, cuyas propiedades posee y cuyo aroma es tan fresco, pero menos común y más persistente. Unas cuantas gotas en el agua la perfuman de una manera sumamente agradable é impregnan el cutis de un olor muy suave.

Los otros dos productos son unos extractos para el pañuelo de los olores *Ficky* y *Gnildo*. El *Ficky* es un perfume de los trópicos, suave y original, que no tiene analogía con ninguno de los perfumes conocidos.

El *Gnildo* es muy agradable y persistente, y produce una impresión viva y excitante como las plantas marinas. Gusta mucho á las personas aficionadas á los olores pronunciados.

Mencionaré otros dos perfumes discretos y delicados, que su inventor ha dedicado á las señoritas: la *Primavera*, de España, y la *Verbena*, fina y de una frescura deliciosa.

Ultimamente, para combatir los perniciosos efectos del aire y del sol, debo aconsejar á mis lectoras que hagan uso por la mañana y por la noche, antes de acostarse, de una aplicación de la *crema emoliente* de zumo de cohombros, que enjugarán al poco tiempo, poniendo encima una ligera capa de polvos de *Cypris* que se extienden con la mano; lo cual es el mejor preservativo contra los ardientes rayos del sol y contra el aire demasiado vivo.

***

Aforismo:

En un salón compuesto de idiotas—caso muy frecuente—un hombre discreto es naturalmente el que pasa por un imbécil.

***

Un inglés entra ayer en la Bolsa y pregunta á su vecino, en medio del vocerío acostumbrado:

—¿Desuellan ahí á los hombres vivos?

—Sí, señor; sólo que aquí no son los desollados los que gritan, sino los desolladores.

V. DE CASTELFIDO.

París, 2 de Octubre de 1891.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Traje de entretiempo.—Núms. 1 y 2.

Vestido Princesa, de paño gris perla, con cuello, mangas y falda de debajo de terciopelo azul obscuro. La parte inferior del vestido de paño va guarnecida de pasamanería del mismo color, y de un vivo de terciopelo azul, así como el borde de detrás, de arriba abajo. Los bullonados de los hombros y el fichú, anudado por detrás, son de pekín blanco. La manga, de terciopelo, parece fijada á estos bullonados con unos corchetes de plata puestos en las sisas, dos por detrás y dos por delante. El vestido se abrocha por detrás con corchetes, y va abierto desde media falda sobre el fondo de terciopelo.—Sombrero de fieltro, adornado con plumas de gallo.

Cinturón elástico.—Núm. 3.

Se compone este cinturón de dos cenefas de latón reunidas por medio de botones de azabache grandes y pequeños. Se cierra el cinturón con un broche de azabache que forma punta por delante.

Sombrero de fieltro.—Núm. 4.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Portaperiódicos (bordado sueco).—Núms. 5 y 6.

La fig. 58 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Se le hace de lienzo grueso gris. Tiene 30 centímetros de ancho por 40 de alto. Sus lados transversales, fijados en el borde inferior, van reunidos. Se le adorna, en la parte delantera, con un galón bordado de cañamazo *beige*, terminado en un borde de 6 centímetros de ancho, tejido con lanas de diferentes colores é hilillos de oro. Se guarnece el contorno del portaperiódicos con un cordón grueso retorcido hecho con lana marrón claro é hilos de oro, y dispuesto á cada esquina en tres presillas. Se cuelga el portaperiódicos con un cordón igual. Se pasa por la tela puesta doble del portaperiódicos, en el borde superior, un palo redondo barnizado de negro y terminado en unas conteras doradas. El portaperiódicos va adornado, además, con borlas cortas ejecutadas con lanas de diferentes colores, y rodeadas de curvas de mallas al aire hechas con hilos de oro. El bordado se ejecuta por la fig. 58 con lanas, sedas y cordoncillo de oro fino. Se cuentan, para cada cuadrito, dos hebras de la tela de alto, y se ejecutan dos puntos después de un intervalo de una hebra de la tela (véase el dibujo 6, que representa el bordado de tamaño natural).

Almohadón colgante.—Núm. 7.

La fig. 29 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Este almohadón, lleno de plumas, termina en punta en los lados. Se le cubre de seda gruesa de canutillo marrón claro, sobre la cual se pone, por un lado, una tira de felpa color de aceituna, de 17 centímetros de ancho. La parte todavía libre de la seda va adornada con una rama, que se ejecuta con seda marrón, aceituna y azul claro de varios matices, por la fig. 29, que representa el dibujo. Un cordón retorcido, hecho con hilos de oro, seda marrón y aceituna, y dispuesto á cada esquina en dos presillas, sirve para rodear el almohadón. Se le dispone en forma de asa en el lado superior del almohadón.

Abrigo de vigoña.—Núms. 8 y 20.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó con esclavina.—Núms. 9 y 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 30 á 39 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de seda rayada con esclavina de pasamanería. Núms. 10 y 15.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de lluvia.—Núms. 11, 12 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 40 á 45 de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó bordado.—Núms. 13 y 19.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 18 á 24 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de cheviota.—Núms. 14 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 46 á 53 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de paño y seda.—Núm. 16.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de terciopelo del Norte.—Núm. 21.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó para niños de 2 á 3 años.—Núms. 22 y 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 25 á 28 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo para niñas de 9 á 11 años.—Núms. 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 11 á 17 de la *Hoja-Suplemento*.

Chaqueta para niños de 2 á 3 años.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 54 á 57 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paño bordado de acero.—Núms. 28 y 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 10 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de tela de cuadros y terciopelo. Núms. 30 y 31.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de viaje.—Núm. 32.

Vestido de vigoña color de tabaco. La falda se abrocha en la derecha con botones gruesos, y el paño de detrás se pliega en pliegues echados. El vuelo que resta forma un pliegue redondo en el costado. Sin embargo, toda la falda es muy estrecha, y va adornada en el borde inferior con una cinta de terciopelo color de nutria. Cuerpo con aldetas recortadas en forma de correas, entre cada una de las cuales se hace un pliegue hueco, que se aplasta bien con la plancha. El género de este cuerpo es de tres laditos, y los delanteros se ajustan con una sola pinza, que continúa en costura hasta el hombro. El delantero derecho cruza y se abrocha en la izquierda. Cuello recto de vigoña. Gola y alzacuello de encaje. Manga no muy alta de hombros, pespunteada en el borde inferior.—*Toque* de terciopelo color de nutria, adornada con alas rojas.

Tela necesaria: 6 metros de vigoña, de un metro 20 centímetros de ancho.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

De regreso.—Los tránsfugas del verano.—*Desapointement.*—Calor en lugar de fresco.—La corte en Septiembre.—Bodas en todas partes.—En Madrid y afuera.—En París y en Berlín.—Suspensión de un enlace.—La nueva campaña teatral.—La compañía del regio coliseo.—Tres tenores célebres.—La *signora* Butti.—Los otros teatros.—Apertura del de LARA.—Idem del de la COMEDIA.

COMENZAREMOS diciendo con el héroe trágico-cómico de un sainete de D. Ramón de la Cruz:

«¡Ya estamos en Madrid y en nuestros barrios.»

Sí:—ya se encuentran de regreso en la corte de España la mayoría de los que han salido en busca de fresco, de placeres campestres..... ó de moños y trapos.

Y ¡qué chasco tan cruel les ha deparado el tiempo!

Creían — creíamos todos — encontrarlo aquí suave, delicioso, fresco; y, por el contrario, el termómetro marca treinta grados diariamente; el sol brilla sin nube

3.—Cinturón elástico.

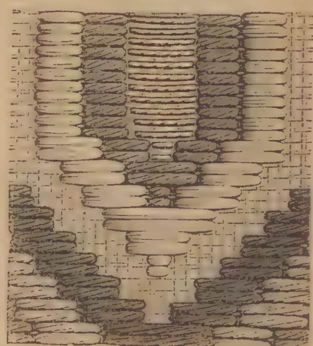
4.—Sombrero de fieltro.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

8.—Espalda del abrigo de vigoña.
Véase el dibujo 20.

5.—Portaperiódicos (bordado sueco).
Véase el dibujo 6.

2.—Delantero del traje de entretiempo.
Véase el dibujo 1.

9.—Espalda del paletó con esclavina.
Véase el dibujo 17.


6.—Bordado del portaperiódicos.
Véase el dibujo 5.

10.—Espalda del abrigo de seda rayada con esclavina de pasamanería.
Véase el dibujo 15.

11 y 12.—Abrigo de lluvia (sin esclavina). Espalda y delantero.
Véase el dibujo 18

7.—Almohadón colgante.

alguna en el cielo transparente y espléndido; las noches son tan calorosas como las mañanas, y no las refresca ni «el blando céfiro» ni la «dulce brisa» de que hablan los poetas.

Casi toda la alta sociedad madrileña se halla de regreso, doliéndose de haber abandonado tan pronto las orillas del mar, las verdes montañas de Guipúzcoa, ó los bulevares parisienses.

Allá, lo mismo en San Sebastián que en París, llovía, venteaba y hacía frío: aquí nos achicharramos, especialmente los que han ó hemos pasado algunos meses en climas más clementes.

***

Lo cierto y positivo es que gran parte de los emigrados del estío pasean ya en el Retiro y en la Castellana; que en las calles y en los teatros encontramos muchas caras conocidas, y que á principios del mes de Octubre llegarán los que aun andan á vueltas con modistas y sastres en «la capital del mundo civilizado».

Los cronistas han expuesto unánimes que este año no han sido tan numerosos como otros los viajes al extranjero, atribuyéndolo á lo elevado del cambio, que hace aún más costosa la residencia en Francia.

Además de esto, ó quizás también por esto, el retorno á la patria se realiza más temprano que de costumbre, pues á la hora presente no son muchas las familias que permanecen en Biarritz y en París.

Aun no ha fijado S. M. la Reina Regente la fecha de su vuelta á Madrid; pero cuando la señale tornarán en confuso tropel lo mismo aquellos que permanecen al lado suyo, que los que todavía veranean en la Granja.

***

La Duquesa de Medinaceli y su hija la Condesa de Valdelagrana han sido las primeras que se han instalado en sus respectivas moradas: verdad es que á la ilustre y hermosa dama á quien cito antes, la trae su traslación al nuevo palacio del Paseo de Recoletos, donde vivirá en lo sucesivo, abandonando por su estado ruinoso el de la plaza de las Cortes, en el cual han transcurrido los mejores años de su vida.

Mientras tanto, ha reanudado sus diarios banquetes y sus cotidianos tresillos: cuantos arriban á la corte corren á saludar á la Duquesa, y á pasar gratamente á su lado las calorosas veladas.

Otros vienen atraídos por un interés particular:—por ejemplo, los matrimonios que deben efectuarse próximamente.

El 19 se celebrará el de la señorita D.ª Matilde Iranzo y Daguerre, hija segunda de los Marqueses de Aguila Real, con el joven ingeniero D. Francisco Chavarri, perteneciente á opulenta familia muy conocida y estimada en Madrid.

Es este uno de los casamientos de recíproco amor, que van siendo tan raros en la sociedad moderna.

Compañeros de niñez y de adolescencia, los que van á contraerlo han aguardado para unirse á que el señor Chavarri acabase su noble carrera.

Así, todo les promete largo y venturoso porvenir.

Otra boda que debía verificarse igualmente un día de estos, se ha aplazado por una desgracia de familia: aludo á la de una hija del rico propietario D. Braulio Fernández Arnedo con un hijo del difunto general Topete.

En cambio, ha pedido y obtenido la mano de la señorita D.ª Dolores Vázquez y Armero el joven arquitecto D. Tomás Gómez Acebo y Retortillo, pariente muy cercano del poeta Cavestany.

***

En el extranjero se celebrarán hacia la misma época dos consorcios entre personas distinguidas: el hijo segundo de los Duques de Fernán-Núñez, á quien sus padres han cedido el ducado de Montellano, se unirá en París á la bella señorita de Escandón, de ilustre abolengo mejicano; y el Marqués de Valladares, viudo de la hija mayor del Sr. Elduayen, se casará en Berlín con la Srta. D.ª Antonia Bañuelos, hija de nuestro Embajador cerca del Emperador de Alemania.

Aun podría prolongar mucho las noticias de próximos matrimonios, si no temiese que algunos de los que se anuncian como seguros sean producto de la fecunda imaginación de los noticieros.

***

Nada todavía de fiestas, de reuniones de mayor ó menor intimidad.

La Marquesa de Squilache, cuyo salón es diariamente uno de los centros de la animación y del movimiento sociales, no se abrirá hasta fines de mes, porque su amable dueña se halla en París, desde donde irá á Zaragoza para asistir á las fiestas de su excelsa patrona la Virgen del Pilar.

***

Sin embargo de lo dicho arriba, los teatros empiezan á abrir sus puertas.

Pero el Real será esta vez el último que las franquee á sus abonados y al público en general.

¿Por qué?—Porque en 1892 la Cuaresma viene tarde, y no hay necesidad de adelantar, como el año último, el principio de la campaña musical.

El 24 ó el 26 se dará la primera representación, compuesta—según mis noticias—de *I Puritani*, cantados por la Paccini, el tenor Marconi, el barítono Cotogni y el bajo Uetam.

Con semejante reparto puede vaticinarse un éxito completo.

Los tenores serán al parecer la parte más notable de la compañía, pues además del citado arriba, figuran en aquella Tamagno y De Lucía.

Háblase asimismo ventajosameute de una joven prima-donna—la *signorina* Butti—que debe llamar la atención por sus cualidades personales y las de su talento.

Los restantes artistas son muy conocidos: la Tetrazzini y la Pasqua; Durot y Tabuyo; etc., etc.

El programa de la temporada no puede ser más atractivo: ofrécese el *Edgar*, de Puccini; *El Buque fantasma*, de Wagner, como novedades; y respecto del repertorio ordinario, alternarán las óperas que siempre se oyen con deleite: las de Rossini, Bellini y Donizetti:—la música del pasado junto á la del porvenir.

Ocioso é inútil es decir que el abono es tan considerable como siempre; que hay más pretendientes de palcos que localidades, y que de París, de Biarritz y de San Sebastián se expiden de diario telegramas solicitando turnos.

***

Los teatros veraniegos se han cerrado: no hablamos del jardín del Buen Retiro, cuya clausura data de Agosto: aludimos á Felipe, Tívoli y Recoletos, los cuales acaban de despedirse de sus favorecedores.

De los de invierno, al de Lara corresponde la gloria de ser el primero en comenzar los espectáculos.

Y las ha principiado con fortuna, exhibiendo al lado de sus mejores actores, otros que ha reclutado en diferentes partes; robando Rossell al Sr. Mario; trayendo de Eslava á Larra, y de no sé dónde á una interesante actriz llamada la señorita Alcalde.

El público ha festejado lo mismo lo antiguo que lo nuevo, llamando á las tablas á la Valverde y á la Rodríguez, á Rubio y Ruiz de Arana, juntamente con los que vienen á trabajar á su lado.

La primera novedad, *El Señor Conde*—juguete del Sr. Ansorena—ha sido bien acogido por los espectadores, que llamaron á la escena al autor y le colmaron de aplausos.

L'elite de la troupe ayudó al triunfo del autor, y *El Señor Conde* promete que le saldrán canas en la linda sala de la Corredera de San Pablo.

***

En la calle del Príncipe ha habido una verdadera revolución.

El elemento cómico se ha debilitado; el dramático se ha robustecido allí.

Vico ha reemplazado á Rosell, Perrín ha sustituído á Sánchez de León, y los cuadros de ambos géneros han sufrido grandes modificaciones.

¿Quiere decir esto que el drama alternará con la comedia en el templo dedicado á ésta?

No lo creo: no hay más sino que Vico, cansado de su vida errante por las provincias, ha pedido hospitalidad á Mario, quien se la ha otorgado gustoso; que aquél, teniendo dos cuerdas en su arco, esto es, poseyendo aptitudes para dos géneros diferentes, hará reir, como hasta ahora ha hecho llorar; en fin, *aliquando* nos hará admirar su talento en algunas de las composiciones que caben dentro del marco especial de la escena en que ahora debe ocupar lugar distinguido.

***

La primera función se ha compuesto de *La Escala de la vida*, obra del inolvidable difunto Rubí, que estrenó en el antiguo Circo de la plaza del Rey otro inolvidable muerto:—el gran Julián Romea.

Ahora como entonces, el auditorio ha escuchado con gusto la obra casi olvidada de Rubí, distinguiéndose en el desempeño todos los principales artistas de la compañía, para hacer sin duda alarde de las fuerzas con que cuenta.

Otra viejísima y deliciosa pieza—*Mi Secretario y yo*—completó el espectáculo, dejando satisfechos á cuantos asistieron á él.

***

Ahora faltan los teatros Español y de la Princesa, cuya apertura no se verificará hasta dentro de algunos días.

Ricardo Calvo figura actualmente, en unión de Donato Jiménez, al frente del Corral de la Pacheca, habiendo reemplazado la Calderón á la Guerrero, que aspira á convertirse en actriz francesa.

¿Lo conseguirá?—*Ai posteri l'ardua sentenza.*

***

María Tubau será en 1891 como en 1890 la estrella del hermoso coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada.

También la compañía que dirige y acaudilla ha experimentado numerosas modificaciones, conservando empero los principales actores que el año último la secundaron dignamente.

En el actual habrá desaparecido lo que alejaba de allí á muchas personas: el frío glacial que se sentía.

Las empresas han reconocido la necesidad de abrigar los locales, y en todos se han establecido aparatos de calefacción.

El Marqués de Valle-Alegre.

1.º de Octubre de 1891.

MARIA.

(Continuación.)

Los parajes en que vivimos ejercen gran influencia sobre nosotros. Quizá mi desordenado espíritu, mi inquieta imaginación y la falta de fijeza en mis proyectos, son debidos, hasta cierto punto, á la vida errante que he llevado con un padre enfermo y raro, y á las múltiples é incompletas sensaciones que impresionaron mi niñez.

La señorita de Bazán ha visto deslizarse la mayor parte de su existencia entre esas antiguas paredes, donde el pasado tiene á sus ojos más importancia que el presente y el porvenir; así es que cierto sello de gravedad es el prematuro distintivo de su carácter dulce y encantador, abierto á la sombra de estos tranquilos lugares. Ha sabido evitar los escollos de esa educación; por lo tanto, su inteligencia no se ha limitado, se ha contenido tan sólo; la soledad y la calma han desenvuelto en sentido reflexivo una de las imaginaciones más desarrolladas que he conocido. Deseo y temo á la vez el efecto que el carácter madrileño pueda hacer en ese encantador temperamento. Lo que gane en un sentido, ¿no lo perderá en el otro? Conocerá el mundo, y admirará lo bello; mas esta experiencia algo banal, ¿equivaldrá al sagaz instinto de su alma, todavía sencilla, y á las soñadoras aspiraciones que nacen frescas y perfumadas de su sanísima imaginación?

Luisa, quisiera casarme mañana mismo, y pasar la vida con ella en el último rincón del mundo. Me da miedo exponer esa delicada flor al soplo brutal de una sociedad que ella desconoce del todo; ¡el ideal que se ha formado de las cosas ha de verlo herido tan á menudo!

Creo que me ama..... Ella tampoco había olvidado aquel episodio de su niñez, en el que representé tan importante papel, y me ha enseñado el dibujito del cementerio que, accediendo á su deseo, tracé. Algunas veces, mientras juego al ajedrez con su abuelo, María deja de bordar, y encuentro su mirada fija en mi frente, vendada aún, y sus ojos brillan humedecidos por el llanto.....

—La verdad es que doy miedo de puro feo, y esto ya es por toda la vida—le dije un día señalando mi herida.

—No—me contestó;—las facciones no han variado lo más mínimo..... Y aunque así fuera, usted mismo ha dicho en otra ocasión que en la fealdad misma puede existir la belleza.....

No es tímida ni osada. Cierta soberbia aristocrática (su única debilidad) le inspira, frente á sus iguales, tanta altivez como sencillez y ternura muestra con los humildes y los desheredados. No conoce del mundo más que el círculo de antigua nobleza que la rodea, y en tan reducido ambiente ha sabido, no obstante, hacer exactas y profundas observaciones.....

Ayer hemos descubierto que somos parientes lejanos, y el buen Bazán me llama su primo.

¡Qué tipo tan original el de este señor, algo rudo en apariencia, que ha sabido guiar el joven y femenino corazón de María, de quien ha sido único apoyo y único cariño! Es un carácter entero, de esos que ya no existen en nuestra bastardeada y moderna sociedad. Sirvió en el ejército, pero ha tiempo que colgó la espada; sus convicciones políticas son su segunda religión; consecuente consigo mismo, siempre lógico, ha consagrado á la causa que le fué querida la mejor parte de su fortuna.

—Ha despojado usted, pues, á su nietecita—le dije un día, á propósito de eso, sonriendo.

Sus grandes ojos brillaron, y María exclamó, con mal reprimida vehemencia, que la mejor riqueza es la tradición del honor y de la lealtad.

Tal es el ambiente que respiro..... Bien distinto del de esa sociedad de interesados banqueros, de artistas sin inspiración y de escritores realistas, entre los cuales rara vez se encuentra un poco de genio y otro poco de abnegación..... ¡La impresión que experimento quizá no sea duradera! Pero dejará, espero, en mi alma algo de bienhechor y bendito, y..... sobre todo, quedará el amor de la mujer que ha de ser mi ángel tutelar.....

No intentes hacerme desistir de ese propósito. Cuando recibas esta carta, la suerte estará echada: ó seré su venturoso prometido, ó habré abandonado por completo la idea del matrimonio.....

....

V.

DIARIO DE MARÍA.

Villagarcía, Diciembre 18.....

Cuando hoy entré en la sala, mi abuelo, que estaba sentado cerca de la chimenea, hízome seña de que fuera á su lado. Luego fijó en mí su bondadosa y querida mirada, más grave que de costumbre.

—María, niña mía, ¿quieres casarte?

—¿Casarme?

No pude seguir hablando. Pasó por mí algo indefinido; me sentí desfallecer, presa de inquietud, de angustia, de vagos temores, y..... me eché á llorar.

—¡Tontita!—dijo mi abuelo sonriendo.—¡Cualquiera creería que intento casarla contra su voluntad!..... Acércate más, hija del alma.

Me senté más próxima á él todavía, en una banqueta, y apoyé la cabeza en sus rodillas, como cuando era niña.

No acierto á escribir esa conversación tan solemne y prolongada y tan llena del cariño de ese querido anciano, en la cual me hizo entrever el porvenir bajo el aspecto que yo hasta entonces ni había previsto. Oí cosas muy tristes: mi abuelo es muy anciano, más de lo que me figuré y parece al verle tan rozagante y animoso..... ¡Oh! ¿es posible que se sobreviva á los que se aman? El ha conseguido, por el cariño que me consagra, afligirme al hablar de su muerte, que, según dijo, puede estar muy próxima; y por esto también, añadió, debes decidirte á buscar otro protector.....

—¡Abuelo!—contesté llorando—yo no puedo dejarte.

—Sí, me dejarás durante el invierno, y vendrás aquí en verano; es cosa convenida..... Vamos, niñita, dame la alegría de verte bien casada antes de que mis ojos se cierren..... ¿No preguntas el nombre del futuro? Levanta la vista, cuento con que estará alegre.....

El abuelo había penetrado en el corazón de su querida nieta, antes quizá que ella misma se diera exacta cuenta de lo que sentía.....

—Es Enrique de los Ríos quien pide tu mano.

No pude reprimir una exclamación de alegría, y en vez de mirar á mi querido viejecito, me tapé la cara con las manos..... No, yo no podía pensar en que Enrique me amara así; yo, una provinciana, tan sencilla, tan exenta de hermosura..... Y él tan bueno, tan generoso, que desde la infancia quedó grabado su recuerdo con extraña fidelidad en mi alma; él, que ha expuesto su vida por salvar á unos pobres y desconocidos marineros; él, en fin, que es tan admirado, tan célebre en el mundo del arte!.....

La más profunda satisfacción y cierto misterioso pesar se confundían en mi alma.

—Le diremos que *sí*, ¿no te parece?—repuso el abuelito acariciando dulcemente mis cabellos.—No pienses en el viejo tronco que el cercano huracán ha de tronchar..... Querida y lozana planta, crece bajo abrigo más seguro..... ¡Qué quieres! Es la ley de la Naturaleza..... Tu padre también me dejó para fundar una familia..... Te bendigo como bendije á su joven compañera. ¡Dios te conceda los años de vida que á ellos les negó! María, serás feliz, y cuando yo falte, el dulce calor de nuevas afecciones secará tus lágrimas.

Después de unos instantes de silencio, continuó con acento más tranquilo ya:

—Enrique es un muchacho leal.... Es algo débil de carácter. Sus principios, sus convicciones no están lo arraigados que yo deseara; pero me han dado los mejores informes de él, y, cosa principal á mis ojos, no es un ocioso, como muchos de los que conocemos. Serás feliz, repito, y moriré tranquilo.....

Después de tan imprevistas emociones, sentí necesidad de estar sola..... Y pude apenas recoger mis confusas ideas..... Me parece que un período de mi vida desaparece hoy para siempre, y que la juventud queda muy lejos. Me preocupa el vacío que dejaré en esta querida casa, y siento impulsos de llorar mi ausencia.

Le espero esta noche..... He rezado mucho, á fin de que, si Dios me llama á nuevo estado, me conceda su gracia y su bendición.

Diciembre 18.....

Él comió ayer con nosotros..... Continúo en una gran confusión de ideas; parece que vivo, que hablo, que me muevo como si soñara..... Sin embargo, soy dichosa.

Hemos hablado largamente, y todo cuanto me ha dicho me ha llegado al alma. Algo así muy radiante, muy embriagador parece que penetra poco á poco en la atmósfera que me rodea, y una especie de poesía y de bellezas desconocidas, que emanan de mi corazón, ilumina para mí sola todo cuanto miro.....

.....Bendigo el pasado..... Mil risueños recuerdos se me presentan confundidos; y evoco con ternura, casi con pena, los días que ya no pueden volver. Pero el porvenir no me asusta.

Enero 18.....

Las semanas pasan como un sueño, y la época de mi casamiento se acerca á pasos agigantados..... La hermana de mi marido no vendrá..... Esto me ha causado pena. ¡Había forjado tantos planes de intimidad, y sentía por ella tan tierna simpatía!..... Su cartita, escrita con más ingenio que sentimiento, me entristeció, y no he podido ocultar á Enrique la poca fe que me inspiran esas negativas..... Él movió la cabeza (veo bien claro que la conducta de su hermana le ha ofendido), y me dijo con cierta amargura:

«Luisa está bastante delicada para hacer en esta estación un viaje tan fatigoso..... Y, sobre todo, Villagarcía no le parecerá sitio digno de su elegancia.»

Yo confío, no obstante, en que me tomará cariño.

Enero 18....

Mi equipo, elegido por la señora de Sandoval, mi futura cuñada, llegó ayer, y estoy confundida, y al mismo tiempo deslumbrada, ante las magnificencias que contiene. Cachemires finos y flexibles, encajes soberbios, verdaderos tejidos de hadas, brillantes y turquesas..... todo esto ocupa mi reducida habitación; y mis amigas se divierten en probarse todas esas galas.

Soy mujer, que es como decir que no puedo ser insensible á tales dones; pero me parecen más preciosos aún porque vienen de una persona tan querida..... Se me figura que vivo en un país encantado, y que mi alma se halla inundada de luz. ¡Qué hermoso es verse querida así! ¡Con qué embriaguez voy descubriendo en el corazón de Enrique inagotables tesoros de indulgencia y bondad!

Febrero 18.....

Quiero escribir aquí algunas líneas el día de mi casamiento..... ¡Soy tan feliz!..... ¿Por qué estas encantadoras alegrías han de tener un triste reverso? Me iré bien pronto, ¡ay! y por más que mi abuelo parezca muy animoso, veo lágrimas á través de sus sonrisas. Y yo también lloro por este asilo querido de mi infancia, de donde la felicidad huye conmigo.....

He rezado mucho esta mañana..... Si bien estos nuevos deberes están ornados de flores y se me aparecen como el ideal de la felicidad en la tierra, no desconozco que puede haber nubes para este cielo, y que lo mismo en la adversidad que en la dicha, debo ser para mi marido una mujer tierna y abnegada. Sí, me impondré siempre la misión que hoy comienzo á ejercer; que la vida sea obscura ó brillante, que el alma esté contenta ó desolada, el fin es el mismo, y es preciso llegar á él, bien por caminos sembrados de flores, ó por senderos erizados de espinas..... ¡Espinas! ¿Las mismas rosas no las tienen?

Pero en este momento todo me sonríe, y en mi corazón rebosan el amor y el reconocimiento.

VI.

María no olvidará nunca los días tan felices que siguieron á su matrimonio. El invierno parecía interminable, y la triste y pequeña población resultaba más sombría que de ordinario á causa de las incesantes lluvias y los continuos nublados; pero le fueron concedidas alegrías puras y radiantes como para fortificar el alma en los umbrales de una nueva vida, dejando en lo más íntimo de su ser recuerdos llenos de dulzura.

Enrique no era el hombre lleno de perfecciones que su confiado afecto soñó, dotándolo de cualidades sublimes..... Grandes transformaciones habíanse operado en él después de la época en que, embriagado de puras y juveniles esperanzas, su alma se abría á todos los impulsos nobles y generosos. No es esto decir que aquel fondo de bondad y desinterés no existiera ya, sino que la innata debilidad de su carácter, la mundana influencia que en él ejercían su hermana y sus amigos, habían adulterado muchos preciosos gérmenes de bellas cualidades, ¡y la brillante luz de otras veces no aparecía sino en forma de relámpagos!..... Sin opinión propia, de naturaleza inquieta y poco sólida, acomodábase fácilmente al ambiente en que vivía, y por esto sus defectos quedaron adormecidos durante la luna de miel. La compañía de un carácter lozano y encantador, la novedad de una vida seria, el placer de leer en aquel amoroso corazón que se abría á él con tímida reserva y no le descubría sino una á una sus puras y tranquilas profundidades; todo eso le hizo olvidar durante dos meses otros asuntos y todo cuanto hasta entonces había ocupado su existencia.

—Pasaremos aquí todo el verano—decía con entusiasmo.—Concluirán aquí los detestables cuadritos que me daban dinero, y volveré á la gran pintura que me ha de dar gloria. Mi María, esperaremos al próximo invierno para ir á Madrid.

María escuchaba estas palabras con verdadera satisfacción. ¿No era para ella muy halagüeño que su marido dejara todo cuanto hasta entonces le interesara por vivir á su lado? Los placeres tan ponderados, á los que su cuñada se entregaba en cuerpo y alma, ¿podían compararse á la lectura de una sana y dulce poesía, á las horas consagradas á una música inteligente, sentida, bien interpretada y mejor oída, á los embriagadores paseos á través del campo, en el que mil indecibles satisfacciones hacían olvidar la austera desnudez á que lo condena el frío?

Pero una mañana Enrique quedó pensativo después de haber recibido una carta de su hermana Luisa, carta que no dió á leer á su mujer. Esta, recorriendo luego con él el antiguo jardín de la casa, enseñábale los hinchados botones de los árboles que abrían á los primeros rayos del sol de Abril sus hojitas muy arrugadas; pero Enrique permanecía distraído, despreciando la primavera que ella ansiaba admirar con él.

—Decididamente—dijo al fin—es preciso que veas Madrid en esta su mejor época. Una compañerita tan adorable como tú, necesita, para aclimatarse más pronto, entrar con las flores..... Después de todo, yo debo trabajar formalmente; ya ves, no expongo ningún cuadro este año..... Me hace falta verme en mi estudio, y emprender la interrumpida costumbre de trabajar.

María no contestó. Había sido tan dichosa, su felicidad le parecía tan completa, que desconfiaba de todo lo que pudiera introducir el menor cambio en su vida. Al pensar en su abuelo, no pudo contener el llanto.

—¿Qué es eso, lloras, loquita mía?—díjole Enrique con cariño, pasándole el brazo por la cintura y llevándola hacia la casa.—¿Hallándote á mi lado, no estás bien en todas partes? ¿Tu inteligencia no aspira á ver otras escenas, y á saber cuál es esa vida deliciosa y especial de Madrid? Vamos, enjuga esas lágrimas, ponte el sombrero, y vayamos á decir adiós á este querido pueblo, que tornarás á ver en verano..... Mira, sale el sol, iremos al cementerio, y hablaremos de aquella época en que tu encantadora presencia quedó profunda y singularmente grabada en mi corazón.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

(Continuará.)

EL RIZO.

¡Cuán hermoso era su hijo! Un angelote rubio de dos años, con ojos azules y resplandecientes de luz y alegría, con mejillas que semejaban rosas y azucenas, con labios sonrientes que parecían hechos para dar besos..... Y un funesto día ¡oh dolor! sorprendióle la horrible meningitis, este rayo que siempre mata, y á pesar de la ciencia y de los amorosos cuidados maternales, el pobre niño murió.

¡Qué inmenso vacío en la casa, antes siempre llena de la vocecita argentina del angelote, de sus dulces carcajadas, de sus caprichosos y encantadores lloriqueos!

El padre, mi amigo Emilio, ocupado incesantemente en los negocios, en ganar con su trabajo el amargo pan de la vida, distraía fácilmente, aunque no olvidaba, su profunda pena; mas la pobre madre, la afligida Inés, siempre sola y siempre con el recuerdo de su hijo adorado, no encontraba consuelo sino en el llanto, aunque su esposo procuraba distraerla, llevándola con frecuencia á teatros y á reuniones de buena sociedad.

Por entonces, en los días más tristes de su aflicción, Emilio recibió carta de su hermana Francisca, residente en Santiago de Cuba, con una mala noticia: aquella hermana, casada allí con un empleado de corto sueldo, se había quedado viuda, sin recursos, sin medios de subsistencia..... y hablaba á su hermano con tanto dolor, que su carta parecía un grito de suprema desesperación, un adiós fúnebre.

Emilio no se la ocultó á su esposa Inés, y ésta, después de leer la triste carta, exclamó:

—¡Que venga á nuestra casa, á nuestro lado! La consolaremos y la amaremos.

Alma generosa y tierna, deseaba encontrar, en aquel arranque de abnegación, la paz, si no el olvido, porque éste era imposible.

Y así fué, porque durante los preparativos para la llegada de Francisca, las ocupaciones hicieron desaparecer la tristeza de Inés, y Emilio se congratulaba de un cambio que había reanimado el ambiente de su hogar doméstico: Inés reunió en las habitaciones destinadas á su cuñada muchos y ricos objetos artísticos y útiles, y además, el día de la llegada de Francisca, mientras su marido iba á la estación del Norte para esperar y recibir á la triste viuda, ella adornó el gabinete con ramos de flores y macetas de hermosas plantas.

Francisca llegó tan lúgubre, con su semblante compungido y su negro vestido de luto, que Inés no se atrevió á recibirla con demostraciones de alegría y cariñosas palabras, sino que, al contrario, estremecióse en un escalofrío doloroso.

Inés apenas sabía qué decir, acongojada por el llanto de la viuda; pero Emilio, para dar fin á escena tan triste, dijo á su hermana:

—¡Ea, basta de lloriqueos, y á vivir! Sólo tengo que decirte, hermana mía, que lo que hacemos por tí, acogiéndote con amor en esta casa, lo harías tú por nosotros en igual caso, ¿no es verdad?

—Sí—dijo Francisca suspirando.

—Bueno—concluyó Emilio;—pues para demostrarme tu agradecimiento, sólo deseo que quieras mucho á mi esposa, como se debe querer á una hermana. ¡Ayúdame á hacerla olvidar dolorosas memorias, á hacerla feliz!

Pero Francisca, aunque inclinando la cabeza en señal de afirmación, pensaba:

—¡Imposible! No he ganado sus simpatías.....

Y era verdad: Francisca, con su rostro lánguido y demacrado, sus ojos hundidos, sus labios delgados y tersos, que sólo expresaban amargura y sarcasmo, casi inspiraba miedo á aquella madre infeliz que la había invitado cordialmente á venir á su casa.

***

Francisca, de más edad que su hermano Emilio, dominó á éste en otro tiempo, antes de casarse ambos, y aun existía un resto de la sumisión del niño á su hermana mayor.

Pero no bastaba á la viuda semejante deferencia: ella se había echado la cuenta de llegar á ser el ama de gobierno de la casa, y la tutora de su joven cuñada Inés, y ésta, si bien agotó las frases cariñosas, las manifestaciones más expresivas de afecto, no obstante la poca simpatía que la inspiraba, convencióse de que la viuda no la amaría nunca.

Porque Francisca era una de esas mujeres que envidian la superioridad de otras, y no las perdonan por poseer lo que á los envidiosos falta: la juventud y la belleza de Inés la inspiraron celos; el amor de Emilio á su esposa la inspiró un odio profundo; el sagrado culto que la madre desgraciada tenía por la memoria de su hijo la inspiró desdén y sarcasmos.

Y sin embargo, no renunció á dominar en casa de su hermano, sino que eclipsó, por decirlo así, algún tiempo sus deseos, para sacarlos de nuevo, más poderosos, en ocasión oportuna.

Inés fué una noche al teatro Real en compañía de sus amigos, los Marqueses de Z***, y allí debía ir su esposo Emilio después de las horas del Bolsín, para regresar juntos á casa.

—¡Es un ángel mi Inés!—dijo el amante esposo, al ver marchar á su mujer en el coche blasonado de los Marqueses.

—¿Tienes algún secreto para ella?—le preguntó Francisca con voz melíflua.

—¡Qué pregunta tan extraña! Mi mujer y yo no tenemos secretos: yo conozco hasta su pensamiento, y ella sabe leer en el mío.

Francisca prorrumpió en una carcajada estruendosa.

—¿Lo jurarías?—dijo.

—Lo juraría—contestó Emilio con firme voz.

—Pues harías mal—dijo Francisca con una especie de silbido.

Emilio se levantó enojado: no dudaba de la fidelidad de su esposa, ni creía que su hermana era una malvada; pero entonces, ¿qué significación tenían las insidiosas palabras de Francisca?

Pidió á ésta una explicación categórica, y ella, rehusando dársela durante largo tiempo, dijo después, como vencida por los ruegos de su hermano:

—Tu mujer es incapaz de engañarte, lo sé; pero debes ponerte en guardia contra algunas ligerezas que pueden comprometerla.

—¡Francisca!—gritó Emilio con furia.—¡Tú me ocultas algo! ¡Dímelo!

—No..... nada.....

Y el acento con que pronunció Francisca las dos negaciones, revelaba que podía transformarlas Emilio en dos afirmaciones absolutas; y en seguida, aparentando que cedía á las instancias de su hermano, como hacen las madres con sus hijos mimados, añadió:

—¡Pero si no es nada!..... Sólo que..... pide á tu mujer que te enseñe lo que guarda en un estuchito que tiene en su neceser.

—¡Bah! Conozco el estuche: es un recuerdo de su madre, y siempre está abierto.

13.—Paletó bordado.
Delantero.
Véase el dibujo 19.
Explic. y pat., núm. III, figs. 18 á 24 de la Hoja-Suplemento.

14.—Manteleta de cheviota.
Delantero.
Véase el dibujo 26.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 46 á 58 de la Hoja-Suplemento.

15.—Abrigo de seda rayada con esclavina de pasamanería. Delantero.
Véase el dibujo 10.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

16.—Manteleta de paño y seda.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

17.—Paletó con esclavina.
Delantero.
Véase el dibujo 9.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 30 á 39 de la Hoja-Suplemento.

18.—Abrigo de lluvia (con esclavina).
Véanse los dibujos 11 y 12.
Explic. y pat., núm. VII, figs. 40 á 45 de la Hoja-Suplemento.

19.—Paletó bordado.
Espalda.
Véase el dibujo 13.
Explic. y pat., núm. III, figs. 18 á 24 de la Hoja-Suplemento.

20.—Abrigo de vigoña.
Delantero.
Véase el dibujo 8.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

21.—Manteleta de terciopelo del Norte.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.

—¿Eh? Como es de doble fondo..... éste se abre por medio de un mecanismo secreto.....

—¡Calla, Francisca, calla!

—¿No has deseado saberlo? Recuerda que yo no quería decirte nada..... Además, ¿no hablo así por tu interés? ¡Yo lo he visto, Emilio!

—Pero ¿qué has visto? ¡Habla! ¡Dilo terminantemente!

—Una carta, un billete..... ¿qué sé yo?..... que ella besaba ardientemente.....

Emilio se puso pálido: aquello le explicaba, primero, la tristeza de su mujer, y luego, su afán de ir á teatros y reuniones que antes aborrecía.

Y sin embargo, respondió á su hermana con voz muy serena:

—¡Me has causado un gran dolor, Francisca! Que tengas razón ó no la tengas..... ¡me has hecho mucho mal!

—¿Cómo? ¿Dudarás de mí?..... —gruñó la pérfida mujer.

Emilio, abatido y triste, salió del aposento diciendo:

—¡Déjame!

El golpe estaba asestado, y Francisca se retiró también, pero satisfecha.

***

Inés volvió á su casa con el sentimiento de que Emilio, fingiendo una indisposicion súbita, no había ido al Real para acompañarla.

Entró en su gabinete muy despacio, sin hacer el menor ruido, para no molestar á su esposo, y ¡cuál no fué su asombro al ver á Emilio registrando el misterioso estuche!

—¿Qué haces, Emilio?—preguntó desde la puerta, corriendo hacia él.

Su voz temblaba, y Emilio dijo brevemente:

—¡Ya lo ves!

Luego, mirando á su mujer, que estaba profundamente conmovida, prosiguió:

—Ignoraba yo que este estuche tenía doble fondo..... Ábrele, ya que conoces el secreto de abrirle y cerrarle.....

Inés respondió lentamente:

—No le conozco.

—¡Mientes!—gritó él con voz ronca, exasperado con la negativa de su mujer.—¡Ábrele! ¿Entiendes? ¡Lo quiero!

Inés, sin moverse ni alterarse, respondió:

—¡Ah! ¡no me equivocaba! Esta desconfianza no es propia de usted, caballero..... Su hermana Francisca no se contenta con habernos traído sus tristezas para aumentar las mías, sino que anhela sembrar en esta casa la perturbación, la discordia, tal vez el odio.

—¡No acuse usted á mi hermana, señora!

—¿Pues no he de acusarla? Sólo ella me ha visto abrir el estuche.....

—¿Luego confiesa usted?

—¡Confieso, caballero!

—¿Qué hay dentro de él?

—Un secreto mío..... Le revelaré si usted lo quiere así, pero esa revelación será el fin de nuestra felicidad.

—¡Ah! ¿Conviene usted en que.....?—exclamó con rabia el marido.

—¡Me comprende usted mal, caballero!—interrumpió Inés, irguiéndose con altivez.—Si alguien me hubiese dicho que mi esposo me engañaba, yo le habría contestado que mentía; luego si usted insiste en la sospecha, ya se acabó nuestra felicidad.....

Emilio vaciló un instante.....

Pero en seguida pensó en que la calma de su mujer podía ser una escena de habilidad femenil, y volvió á gritar:

—¡Ábrale usted!

Inés, pálida, altiva, fría, tomó el estuche, oprimió un botón y abrió el misterioso fondo.

—¿Qué es esto?—exclamó Emilio furioso, sacando de allí un abultado sobre.

—¡Un rizo de nuestro hijo muerto!—contestó Inés.

Y sintiendo que sus fuerzas se agotaban, cayó desplomada en una butaca.

***

Cinco minutos después recobró el conocimiento aquella madre amantísima y fiel esposa, y sus primeras palabras fueron éstas:

—¡Dame mi reliquia! ¡dame el rizo de mi hijo! ¡Él me dará fuerzas para sufrir estos nuevos dolores!

Emilio se le dió, cubriéndole de besos, y la buena Inés, tendiendo la mano á su marido, murmuró frases de perdón.

Pero en la mañana del siguiente día, Emilio expulsó de su casa á la ingrata mujer que había hecho todo lo posible para turbar la felicidad de aquel matrimonio.

Condesa de Campoblanco.

LA INSTRUCCIÓN CIENTÍFICA DOMÉSTICA.

Las sociedades modernas han comprendido desde hace tiempo que la misión social de la mujer consiste en algo más que dar ciudadanos á la patria, y han ido reuniendo elementos de educación que no existían, elementos que se van aumentando y desarrollando lentamente, á veces con más parsimonia quizá de lo que conviniera.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, y muy especialmente en los Estados Unidos, la mujer que no tiene fortuna encuentra un porvenir en su propia educación. Con esto no sólo puede evitar las estrecheces de la vida, sino que hasta se libra de ciertos compromisos de fatales consecuencias en que influye generalmente la incertidumbre en el porvenir y las tenciones de la miseria.

En España también se va haciendo mucho en este sentido; pero no es el examen de esta cuestión social la que hoy pone la pluma en nuestra mano. Vamos sólo á tratar de la instrucción que se requiere dentro de la familia.

La mujer de nuestro siglo, ilustrada para contribuir á la general cultura, y además para ser la maestra de sus hijos, ha de traer la felicidad doméstica y ha de cooperar á los grandes resultados del progreso social, que si en épocas pasadas reinaron corrientes opuestas á su instrucción para reducirla á la crianza material de sus hijos, negándole toda aspiración á mayores desenvolvimientos sociales, en la nuestra ha sido preciso buscar en sus aptitudes nuevos elementos de ilustrada actividad que vinieran á cooperar á la prosperidad general en el orden económico, y sobre todo al mejor cumplimiento del ideal de la familia, tal como le comprendemos y le practicamos en las sociedades cristianas.

Uno de los factores principales de ese ideal es la higiene, la higiene fundada y cimentada en el hogar mismo, sobre la base de que á las madres de familia toca conocer, no sólo las enfermedades de su sexo, sino las que pueden afectar á sus hijos, á fin de prevenirlas, y en caso necesario, curarlas.

La mujer es el centinela del hogar, y debe estar siempre alerta en este punto. Para que no la coja desprevenida ninguna enfermedad, necesita poseer algunos conocimientos científicos bien ligeros, verdaderas nociones, que es ocasión de consignar aquí, aunque sea en somero índice.

Debe conocer algo de fisiología y la estructura general del cuerpo humano; debe saber distinguir los diferentes alimentos que le son necesarios, y la influencia que éstos tienen en el organismo, sobre todo cuando está lactando á sus hijos. En esta época peligrosa, su ignorancia puede traer fatales resultados, como el raquitismo de los niños, con su séquito de piernas torcidas, espinas dorsales defectuosas y espaldas jorobadas. Teniendo los conocimientos necesarios, puede hacer desaparecer como por encanto esos peligrosos inconvenientes.

Después de la estructura del cuerpo humano, debe investigar los medios de mantener en todas las estaciones una temperatura igual en la habitación; saber cuándo es preciso renovar el aire; poseer un plano de su casa que indique perfectamente la instalación de las cañerías del agua; aprender el análisis químico del agua, de manera que pueda determinar si es potable ó no, y en este último caso, por qué medios puede purificarse; vigilar que la humedad no penetre en las habitaciones, etc.

La mujer debe dominar bastante el arte de cocina, no sólo para saber hacer los condimentos necesarios, aunque tenga criados especialmente destinados á este servicio, sino para poder elegir los platos que son preferibles en cada estación, según la edad y la constitución de las personas de la casa. También debe ser maestra en distribuir los alimentos en justa proporción y medida, ni mucho ni poco, lo necesario.

No debe ignorar la mujer el nombre exacto y los principales caracteres de las diferentes enfermedades contagiosas, especialmente las que amenazan á los niños. Debe conocer los mejores tratamientos preventivos, las disposiciones higiénicas de la alcoba de un enfermo, grados de temperatura y de humedad, aireación y saneamiento por medio de los mejores agentes desinfectantes.

Esto no quiere decir que la mujer deba sustituir al médico, sino sencillamente ser su principal auxiliar, y á veces su guía. Ha de prevenir la enfermedad, no curarla, y el médico tendrá mucho que agradecerle por los servicios que en este punto puede prestarle.

Es indispensable igualmente en la mujer la noción de los síntomas característicos de los diversos temperamentos. El niño sanguíneo, lleno de salud, de ojos azules, de cabellos rubios, de músculos fuertes, de movimientos vivos y turbulentos, no debe entregarse demasiado al estudio en los libros. La madre debe poner un dique á sus disposiciones para el estudio, porque pueden ser peligrosas. El niño bilioso, de ojos tiernos, de cabellos negros, de expresión incierta, de mirada vaga y soñadora, debe estudiar preferentemente en el libro de la existencia diaria; los libros reales y efectivos le matarían; los ejercicios físicos pueden salvarle, pero sin hacerle violencia, sin obligarle demasiado. El niño nervioso, de piel blanca, de ojos azules, de cabellos claros, de movimientos prontos pero débiles, de mirada tímida, de ambición ilimitada, requiere que se hable dulcemente á su imaginación; es preciso tenerle siempre en el fiel de la balanza entre el ejercicio físico y el trabajo moral, sin exceso de uno sobre el otro. El niño linfático, de ancha corpulencia, ojos azules ó grises, cabellos castaños, movimientos pesados, determinaciones lentas, debe activar mucho el trabajo del cuerpo y del espíritu, y la madre persuadirse de que ningún exceso en ambos sentidos puede perjudicarle. En todos los casos, ella evitará cuidadosamente excitar demasiado las jóvenes imaginaciones, poniéndolas en guardia de una manera absoluta contra la superstición y lo sobrenatural.

En resumen, en el tratamiento físico y fisiológico de la niñez, la mujer debe penetrarse de la idea de que un niño maravilloso es un fenómeno de la Naturaleza, y que la precocidad, de cualquier género que sea, sólo se obtiene en detrimento de la salud. No pierda de vista que, como ha dicho el sabio Dr. Pietra Santa, la herencia de la enfermedad se transmite á las generaciones siguientes por el matrimonio, y la precocidad es una enfermedad que el niño comunicará á sus descendientes. La precocidad se perpetúa en las mismas condiciones que la locura, la consunción, el cáncer, la escrófula, etc.

Con todos estos datos la mujer juzgará siempre de la responsabilidad que le corresponde en el porvenir de su familia, y su corazón le inspirará el propósito de estudiar todo lo que puede relacionarse con la higiene.

Tales son algunas bases de la instrucción que debe darse á la mujer. No desconocemos que en gran parte ya la tiene actualmente, pero acaso empíricamente adquirida en algunos casos. Quizá fuera conveniente en este punto la generalización de los métodos y procedimientos educadores que en algunas familias y colegios se siguen con grandes resultados; pero mientras se extienden, mientras hacen su camino, vamos ayudando á la obra común.

La mujer tiene obligación ineludible de cuidar y desarrollar su belleza, como que es uno de los principales elementos con que contribuye á la vida social; pero, al hacerlo, ha de tener presente que no hay belleza sin salud, ha de procurar no equivocarse encomendando á los adornos lo que debe esperar de la higiene. El secreto de su hermosura está en que su sangre sea rica en principios vitales, que no tengan entrada en su organismo esas pequeñas afecciones que poco á poco van minando su existencia, y que á veces las marchitan cuando apenas cuentan treinta años. Tengan ó adquieran una salud perfecta, y poseerán con ella todo lo que necesitan para estar bellas.

De la sociedad actual se va desterrando por fortuna una gran falta que amenazaba á la generación del porvenir; la mujer, destinada á ser el origen y manantial fecundo de la vida, padecía bastante por la rutina, y envejecía prematuramente; pero todavía hay que hacer por que acabe de modificarse ese estado, y á ello van encaminándose los conocimientos higiénicos que hemos mencionado y otros que son naturales consecuencias.

La mujer que siente dolor de cabeza, inquietud de nervios ó cualquiera de esas pequeñas molestias que le parecen pasajeras, no debe nunca despreciar esos síntomas en apariencia insignificantes. En sus conocimientos higiénicos encontrará su remedio, ó por lo menos saludable guía mientras encomienda al médico su cuidado. Con esas pequeñas disposiciones suele entrar, si hay descuido y negligencia, el enemigo más poderoso de la belleza y de la salud. Nunca puede ser bella una mujer enferma.

La medicina inventa constantemente específicos para combatir, con mayor ó menor éxito, tanta enfermedad como tiene su origen en el empobrecimiento de la sangre, precisamente en el momento en que la Naturaleza ha menester más que nunca de todo su vigor. No cabe negar el excelente concurso que prestan las píldoras de hierro ó el vino de quina; pero preciso es convenir en que la primera juventud de la mujer necesita más el auxilio de la higiene que el de la medicina.

Al mismo tiempo que se ayuda la educación moral y la de adorno, hay que atender muy especialmente al desarrollo físico. En Inglaterra es donde se concede más importancia á la educación física de la juventud, de tal modo, que marcha paralelamente á la intelectual, si es que no la aventaja. Los padres prefieren tener hijos robustos á hijos sabios.

En España tenemos mucho que aprender de los ingleses, y la prueba de que así se va reconociendo es que muchas de nuestras familias, especialmente las aristocráticas, han adoptado en este punto las costumbres inglesas que se basan en la higiene, muchísima higiene. Grandes paseos al aire libre, baños frescos, vida apacible, trajes cómodos y de abrigo, aun dentro de las prescripciones de la moda, con medias largas y calzado fuerte, aireación y limpieza de habitaciones, alimentación sana y suficiente, pero nunca excesiva, son las bases principales de esas costumbres higiénicas que deben extenderse cada vez más.

Aun fuera del círculo higiénico á que hemos procurado contraer nuestras observaciones, hay quien recomienda al bello sexo conocimientos someros en las ciencias físicas y naturales, que también creemos muy convenientes como auxiliares poderosos de su misión educadora, física y moralmente considerada. En Física, por ejemplo, hallará la mujer la explicación de muchos fenómenos, entre los que se encuentran las maravillas de la electricidad en sus múliples aplicaciones, no menos dignas de encomio por ser más conocidas. La Historia natural le ofrecerá también en sus diversas ramas vasto campo, si ha de comprender el significado y trascendencia de la mayor parte de los objetos que le rodean. La Botánica con sus bellezas, dice el doctor Olmedilla, la Mineralogía con sus portentos, la Geología con sus maravillas y la Zoología con sus brillantes hechos, le proporcionarán gran número de ocasiones de admiración, simpatía, instrucción, recreo y utilidad en los diversos períodos de la vida. La Química, por último, le indicará la composición de muchas sustancias que se emplean como alimentos, ó se manejan con extraordinaria frecuencia, la coloración de las telas conque adorna su traje, la naturaleza del aire que respira, los secretos de los perfumes y cosméticos que emplea.

Todo, por supuesto, no nos cansaremos de decirlo, sin exageraciones, sin la pretensión de hacer mujeres sabias, como algunos quisieran. La sabiduría, lo mismo en la mujer que en el hombre, sólo es posible dedicándose á profundizar especialidades determinadas, y esa no es la misión del bello sexo, que precisamente se encamina, por modo lógico y natural, á la generalización, á la enciclopedia, á los conocimientos generales de todo.

Circunscribiéndonos ahora á la esfera de la higiene que nos hemos impuesto, llamaremos, para terminar, la atención de nuestras lectoras sobre una de las necesi-

dades más perentorias de sus cuidados en la vida moderna: la evitación, en lo posible, de la obesidad.

El tranvía es ya de un uso general. Con las facilidades de locomoción que existen en las ciudades se anda poco, se va perdiendo la saludable costumbre de hacer ejercicio. La cómoda butaca sustituye al paseo, los alimentos vegetales á las carnes, y la obesidad llega fácilmente con toda su fatídica cohorte de inconvenientes, achaques y enfermedades.

Enfermedades y achaques para los cuales no hay más remedio, supuesto que no existen lesiones en el organismo, que volver á empezar con las prácticas higiénicas olvidadas. Pero como no es lo mismo remediar que prevenir, no siempre se obtienen verdaderos resultados.

Hay, pues, que fijarse mucho en la importancia de la higiene preventiva.

E. Medina.

JUANA WAGNER.

Tres magníficas óperas del gran maestro Ricardo Wagner serán cantadas en el teatro Real de esta corte, en la próxima temporada: *Lohengrin*, *Tannhäuser* y *El Buque fantasma*, nueva en nuestro regio coliseo.

¡Cuántas figuras bellas y sublimes ha creado, en el mundo del arte, la poderosa fantasía de Wagner! Lohengrin y Elsa, Tannhäuser é Isabel, Senta y Eochen, Walter y Sachs, Tristan é Isolda, Siegfried y Brunehilda, Parsifal y Gurnemanz; y todas estas figuras amadas y admiradas parece que son como la esencia del pueblo alemán, de la patria alemana.

Wagner, después de su largo, triste y amarguísimo destierro, saludó al suelo sagrado de su patria con estas ardientes palabras:

«¡Oh sublime patria, cuánto debo amarte! ¡Cuánto debo amar al pueblo que comprende y ama el *Freischutz*, *Lohengrin*, y *El Buque fantasma!* ¡Cuánto debo amar á los que se extasían con las maravillosas relaciones de los cuentos de hadas, á los que sienten los murmullos dulces y misteriosos que vibran en su corazón, en los días felices de la juventud! Himnos de las florestas y de los bosques, de la noche y de las estrellas, de la pálida luna y de los melancólicos tañidos de la campana de la aldea, tocando á la oración al despuntar el día y al caer la tarde, ¡cuán feliz es el que os comprende, el que pueda creer, sentir, soñar, entusiasmarse con vosotros!»

Y es que Wagner, el más inspirado artista, el maestro más poderoso desde que la lira cayó de las manos de Beethoven, ha dominado por igual la poesía y la música, las ha reunido, las ha obligado á armonizarse mutuamente; y por eso ha creado esos grandiosos dramas musicales que hacen resucitar, digámoslo así, las leyendas de los tiempos heroicos y las caballerescas empresas de la Edad Media.

***

En la vida de Ricardo Wagner, en su inspiración, en su genio, ha tenido parte principal una mujer, una hermosa é inteligente artista: Juana Wagner, alma fuerte y corazón generoso.

Era hija de Alberto, hermano mayor del maestro, músico también y director del teatro de Würtzburg.

En esta ciudad habitó el futuro autor de *Lohengrin* en los años 1833 y 1834, y en casa de su hermano compuso entonces su primera ópera, *Las Hadas;* tres hijas tenía Alberto, y Juana, la mayor, produjo impresión vivísima en el ánimo del joven compositor; ella contaba á la sazón diez y seis años, y era alta, esbelta, elegantísima, con espléndida cabellera rubia y grandes ojos azules, de mirada penetrante y á la vez tímida y dulce.

Dotada de gran energía de carácter y de mucha delicadeza de sentimiento, salió de la casa paterna en edad temprana, y figuró primero en una compañía dramática y después en un teatro de ópera, desempeñando papeles modestísimos, porque apenas había estudiado el canto; pero sus aptitudes para la música eran tan poderosas, que una noche, en el teatro de Würtzburg, por grave indisposición repentina de la *prima donna*, tuvo que sustituir á ésta en la parte principal de *Los Hugonotes*, y recibió del público una ovación entusiasta.

«Tenía entonces mi sobrina Juana (ha escrito Wagner) una voz dulcísima, apasionada, ardiente, y tan extensa, que abrazaba sin esfuerzo tres octavas.»

Wagner la aconsejó que marchara á Dresde, la insigne capital de Sajonia, y una de las poblaciones alemanas donde reina verdadero amor al divino arte de la música, y á los pocos días Juana Wagner hacía su *debut* en el teatro Real, con éxito colosal.

Su tío Ricardo escribió para ella la parte de Isabel, en *Tannhäusser*, y él mismo refiere en sus *Memorias:* «Cuando oí por primera vez á la joven artista mi famosa plegaria, nos abrazamos los dos llorando de emoción, en medio del escenario, y en presencia del inmenso público.»

Ninguna otra cantante ha sabido interpretar aquel poético personaje wagneriano con tanto sentimiento, con dulzura tan exquisita, y el maestro presentaba á su sobrina como ejemplo y modelo á las más renombradas artistas que después, y bajo su dirección, interpretaron la misma ópera.

Seducía á Juana Wagner la música italiana, especialmente la de Donizetti, y entre las óperas de este maestro, sentía verdadera pasión por la *Favorita*, y deseaba cantarla.

Una tarde, en el mismo teatro Real de Dresde, aconteció una escena que produjo grave disgusto al tío y á la sobrina.

Anhelaba ésta cantar la *Favorita*, y no podía vencer, á pesar de sus ruegos, la oposición de Wagner.

—Pero ¿por qué?—preguntó Juana con vivo acento.

—¿Por qué?—la contestó el maestro.—Porque sólo debes aparecer ante el público, que tantas ovaciones te hace, como sacerdotisa del arte ideal: la que ha estrenado la parte de Isabel de mi *Tannhäuser* no debe asemejarse, ni por un momento, ni siquiera por ficción escénica, á una cortesana.....

Ella no insistió, y aunque contrariada en su deseo, y tal vez resentida por la tenaz oposición de su tío, no cantó jamás la *Favorita*.

La revolución de 1849 rompió las cariñosas relaciones que existían entre el tío y la sobrina: Wagner, republicano y conspirador, tuvo que huir al extranjero, y pasar cerca de veinte años de proscripción, de penalidades, casi de hambre y miserias.....

En 1861 se estrenó en París, en el antiguo teatro de la Opera, su *Tannhäuser*, con éxito desgraciado; tan desgraciado, que cierto famoso periódico le dedicó una cruel caricatura, representándole en el fondo de oreja colosal, clavando á martillo una barra de hierro en el conducto auditivo, del cual chorreaba sangre..... Y Wagner se vengó más tarde de aquel insulto y de las amarguras que sufrió en París, llamando á Francia, después de la sangrienta guerra franco-alemana, «país de monos y papagayos».

Y aquí la causa de todas las algaradas que algunos *patriotas* de París, el pueblo más cosmopolita del mundo, han promovido recientemente, con el pretexto de la representación de *Lohengrin*, ofreciendo un grotesco espectáculo.

***

Cuando se puso la primera piedra del teatro de Bayreuth, en 1872, el maestro llamó á su sobrina: hacía más de diez años que Juana Wagner estaba retirada de la escena, y sin embargo, aun poseía su apasionada y extensa voz para el canto, y cuatro años después, al inaugurarse el teatro, ella fué la reina de la artística fiesta.

Juana Wagner nació el 13 de Octubre de 1818, y fué discípula de canto, en París, del célebre maestro español Manuel García, hijo del no menos célebre tenor del mismo nombre y apellido, y hermano de las ilustres cantantes María García de Malibrán y Paulina García de Viardot; en 1853 fué nombrada cantante de cámara de los Reyes de Prusia, y en 1856 contrajo matrimonio con el Sr. Jachmann, consejero de provincia en aquel reino; á la muerte de su esposo, que casi coincidió con la inauguración del teatro de Bayreuth, reapareció en la escena de éste, como dicho queda, para estrenar la *tetralogia* intitulada *El Anillo de los Nibelungen*.

Ignoramos si aún vive en Munich.

Emilia de S***.

REMEMBRANZAS.

Como el avaro guarda su oro,
Guardo retratos de dulce edad,
Que al par me ofrecen rico tesoro
De hondos amores, pura amistad.
Nunca al olvido darlos podría,
Mi vida en ellos se compendió,
Y ellos recuerdan al alma mía
Sueños de glorias y de alegría
Que el tiempo alado desvaneció.

Mira, esta es Carmen; fué la primera
Á quien mis versos le dediqué,
En quien cifraba mi vida entera
Y la primera por quien lloré.
Nos envolvieron tornasolados
Cielos de nácar y de arrebol,
Y recorrimos montes y prados
Y seculares bosques dorados
Por los fulgentes rayos del sol.

Miguel, el franco, fiel compañero
Con quien los juegos yo compartí,
Era en estudios mi consejero,
Y en sus amores el suyo fuí.
¡Lola! mi alegre linda modista,
Que cuando el alma me cautivó,
Juzgué difícil grata conquista,
Y al celebrarse nuestra entrevista
El conquistado resulté yo.

¡Mi Ángela hermosa! ¡Recuerdo tanto
Su alabastrino griego perfil,
Y el dulce rostro, del alma encanto,
Y aquel su talle breve y gentil!
Conservo el rizo de su cabello
Que entre mis manos depositó,
Y el collar rojo que ornó su cuello,
Donde la nieve puso su sello,
Cuya blancura luego envidió.

¡Un sacerdote! Ya su cabeza
Hilos de plata ves esmaltar;
Corona augusta de una grandeza
Que sólo el tiempo puede otorgar:
Es el maestro de cuya ciencia
Arduos problemas logré aprender,
La paz mostrando de la conciencia
Y con las leyes de su experiencia
Dudas y errores me hizo vencer.

¡Juan! de la vida los anchos mares
Juntos quisimos ambos surcar,
Y se fundieron nuestros cantares
En un modesto triste cantar:
La dura suerte con sus rigores
Sus esperanzas desvaneció;
Encontró espinas en vez de flores,
Y más eternos fieles amores
En otros mundos tal vez gozó.

¡Mira esta anciana! ¡ay, madre mía!
¡Murió, y mis goces deshechos vi!
¡Tal vez del cielo besos me envía
Que en buenas obras tórnanse en mí!
Como el avaro guarda su oro,
Estos retratos quiero guardar;
¡Está mi madre que tanto adoro!
¡Qué mayor joya, qué más tesoro
Sobre la tierra puedo encontrar!

Narciso Díaz de Escovar.

EN EL CUMPLEAÑOS DE AMALIA.

Reloj de repetición
Era, Amalia, mi pasión;
Y hoy tanto á tu amor me ciño,
Que se paró el corazón
En la hora de tu cariño.

¡La hora de tu amor!..... No des
Cuerda al *cronómetro inglés!*.....
¡Que no pase de esa hora
Tan dulce y encantadora
Donde clavado lo ves!

Corre el tiempo sin sentir,
Y le dejo transcurrir,
A su marcha siempre esquivo.
Si mientras que vivas vivo,
¿Para qué lo he de medir?

Mientras cumpla tus antojos,
Y sonrías anhelante,
Y me mire sin enojos
En el cielo de tus ojos,
Tengo la vida delante.

Si al mirarte enamorado
Observo que no me miras;
Si huyes mi amante cuidado
Y cuando cante suspiras,
Tendré la muerte á mi lado.

Correr de tu amor detrás,
Fijo en tus ojos serenos;
Vivir lo que vivirás:
¡Ni quiero un minuto menos,
Ni quiero un instante más!

José Jackson Veyan.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 37.

Corresponde á las Sras. Suscritoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.

ABRIGOS Y TRAJE DE INVIERNO.

(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. Abrigo de paño color beige, adornado con soutache ancho color marrón, para jovencita de catorce á diez y seis años.—Este abrigo, que es recto, lleva un forro ajustado sólo con tres costuras y una pinza en el delantero, y por la parte de detrás va plegado desde un poco más

22.—Paletó para niños de 2 á 3 años. Delantero.
Véase el dibujo 23.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 25 á 28 de la Hoja-Suplemento.

24.—Abrigo para niñas de 9 á 11 años. Delantero.
Véase el dibujo 25.
Explic. y pat., núm. II, figs. 11 á 17 de la Hoja-Suplemento.

30.—Espalda del vestido de tela de cuadros y terciopelo.
Véase el dibujo 31.

27.—Chaqueta para niños de 2 á 3 años.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 54 á 57 de la Hoja-Suplemento.

25.—Espalda del abrigo para niñas de 9 á 11 años.
Véase el dibujo 24.

23.—Espalda del paletó para niños de 2 á 3 años.
Véase el dibujo 22.

26.—Espalda de la manteleta de cheviota.
Véase el dibujo 14.

28.—Espalda del vestido de paño bordado de acero.
Véase el dibujo 29.

29.—Vestido de paño bordado de acero. Delantero.
Véase el dibujo 28.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.

31.—Vestido de tela de cuadros y terciopelo. Delantero.
Véase el dibujo 30.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

abajo de la cintura; la esclavina está picada en todo alrededor y adornada con dos picos, uno en la espalda y otro en el delantero, bordados en *soutache*, y rodeados de un volante que va guarnecido con tres hileras de *soutache*, lo mismo que el borde del abrigo. Manga de codo.—Sombrero de fieltro *beige*, adornado con plumas del mismo color y un lazo grande de terciopelo marrón.

2. *Traje de terciopelo gris acero, adornado con pluma del mismo color y pasamanería con acero.*—Este elegante traje es de forma Princesa, y se abre por detrás sobre una falda de velutina de un tono más obscuro. Los costados van adornados con cuatro hileras de pasamanería gris y acero, y dos de ellas suben adornando los costados del cuerpo. El delantero está adornado con una franja de pluma que, rodeando al cuello, forma luego escote cuadrado, desaparece bajo un corselete de velutina cubierto de pasamanería, y vuelve á aparecer después sobre el delantero de la falda, cayendo hasta el borde de ésta. Manga de codo con vueltas de pluma.—Sombrero *Imperio*, contorneado de galón de acero y guarnecido con plumas y lazos de terciopelo negro.

3. *Abrigo de seda y terciopelo recortado, formando grandes lunares.*—Este abrigo no es sino una *redingote* muy larga, fruncida por delante en el talle y con manga de codo, y cubierta de una especie de capa de piel de seda, que va fruncida por detrás en la cintura y en todo alrededor de un canesú de pasamanería. Esta capa forma por delante una especie de manga que cae en forma de cascada y deja ver el forro, de *surah* oro viejo, y cuyo borde va adornado de un galón de fina pasamanería de seda. El cinturón es igualmente de pasamanería. Cuello Médicis, de terciopelo. Este abrigo puede hacerse guatado ó entretelado de franela.—*Toque* de terciopelo negro con penacho de plumas oro viejo.

32.—Traje de viaje.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscritoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscritoras, no serán contestadas.

Á D.ª PURA C. Y N. DE P.—Las camisas se marcan en el lado izquierdo, sobre el corazón, lo mismo que las chambras, camisas de dormir, cubrecorsés y peinadores; los pantalones, enaguas y refajos, en el centro del canesú; las sábanas y almohadones, si son cuadrados, en el centro, y si son largos, en los extremos; los manteles, delante de los cubiertos de los señores de la casa, y las servilletas, en el centro de uno de los lados, menos las de té ó refresco, que se marcan en el centro de ellas; por último, las toallas, en el centro de uno de sus extremos.

Cuanto á la hechura de toda clase de ropa blanca haga el favor de revisar la colección de nuestro periódico, pues continuamente estamos publicando modelos de todo lo más nuevo y elegante referente á *trousseaux*.

Á D.ª ISABEL DE R.—El gabinete estará elegante amueblado con tela de seda persa en fondo claro, y los cortinones, estilo *Pompadour*, cubriendo la puerta de la alcoba con una especie de *store* de batista de seda, fruncida y guarnecida de encaje ancho. Los muebles que generalmente se ponen son: un tocador vestido, un *secretaire*, costurero y armario de luna (todo esto de palo santo natural), dos marquesitas y dos ó cuatro sillones cubiertos.

Los muebles del comedor deben ser de roble tallado: mesa cuadrada, uno ó dos aparadores y un trinchante. Los *portiers* imitando tapices, y las sillas cubiertas de cuero de Córdoba.

En la sala, colgaduras y sillería de tabinete de seda, color malva, paja, azul claro, verde musgo, etc., con talla dorada, lo mismo que el centro, vitrinas, espejos, etc.

Si quiere el salón más modesto, en vez de talla dorada puede hacerlo de palo santo natural y tela oriental de lana con mezcla de seda.

Á UNA CASTELLANA.—El vestido de boda debe adornarlo con pluma, pues con este adorno hará muy elegante, suprimiendo en tal caso la tela brochada, que no combina bien.

No se pone pechero blanco.

Á UNA ECONÓMICA.—Los *huevos rellenos* están excelentes de este modo:

Se cuecen, y cuando están duros se parten por la mitad, á lo largo, y se quita la yema con precaución para no estropear la clara; se machacan todas las yemas, á las que se les incorpora miga de pan empapada en leche, un trozo de manteca de vacas, finas hierbas, sal y pimienta: con esta pasta se rellena el hueco de la yema y se van colocando los huevos en una fuente de *gratin* untada de manteca; se meten en el horno á fuego lento, y cuando están dorados se sirven.

Están exquisitos sirviendo al mismo tiempo una salsa de tomate.

Á PURA Y DIGNA.—Generalmente en el día de la petición el novio regala una pulsera de más ó menos valor, según su posición, con la fecha grabada en el interior; y la novia, correspondiendo, hace también un obsequio á su prometido, alfiler de corbata, dije, cadena, etc.

En los ocho días que siguen á la petición, la familia de la novia, y también ésta, deben ir á visitar á los padres del novio.

Respecto á su última pregunta, le será útil leer mis contestaciones *Á Doña Pura C. y N. de P.* y *Á Doña Isabel de R.*, ambas insertas en esta misma página.

Á MANUELA.—Lo mismo las rayas que los cuadros, se llevarán este invierno sumamente grandes, y muchos formados por rayas peludas.

Las chaquetas se hacen, unas abiertas, con solapas y no muy largas, y otras cerradas, ajustadas y largas.

Hay abrigos, también muy elegantes, que van abiertos hasta la cintura en forma de V, con vueltas de terciopelo, pluma, y piel más adelante.

Para las niñas de diez á catorce años se harán abrigos con esclavina que recuerda la época de Francisco I, y adornadas de pasamanería.

Las lanas brochadas con flores de relieve se llevarán también mucho, y son muy á propósito para el traje á que se refiere su consulta.

Los sombreros de fieltro se adornarán con cintas de terciopelo y con plumas.

Á AMALIA.—Aunque poco, empiezan á indicarse ya las modas de otoño: las lanas lisas y con ancha franja, formada por lunares de terciopelo negro, pues los lunares parece que van á ser de gran moda.

En sombreros, los fieltros de medios colores en tonos grises, adornados con *draperies* de gasa y de crespón.

Los fieltros serán del mismo color del traje.

Á UNA NERVIOSA.—Muchas señoras llevan, aunque no se ha generalizado el uso hasta ahora, la bolsa llamada *ridículo*, hecha de seda, *peluche*, tela antigua, etc., con cintas para cerrarlo formando el asa. Se usa para llevar el pañuelo, portamonedas, etc.

Los abrigos de entretiempo que más se llevan son las chaquetas ajustadas y las esclavinas.

Á MARIANA.—Por asistir á una boda no se está obligado á regalar. Así, pues, si el parentesco ó la amistad exigen hacerlo, aun cuando no se asista al casamiento es preciso hacer dicho regalo.

El anillo de boda se lleva en el anular de la mano izquierda.

Los guantes de la desposada deben ser de piel de Suecia blancos.

Á OFELIA.—Este invierno se empleará mucho en abrigos el terciopelo recortado y adornado con encajes, pieles y pluma.

Un modelo de abrigo, muy elegante, para señorita, es una chaqueta de pañete, plegada, montada en un canesú y sujeta en la cintura con un cinturón *castellana*. Su único adorno es una capucha forrada de terciopelo más obscuro que el paño.

Aconsejo, para la señora de edad, una chaqueta de otomana, semisuelta por delante, y cortada en almenas, de las que las dos delanteras bajan hasta las rodillas. Contorneando las almenas se pone pasamanería, y en el cuello y las mangas pluma negra.

ADELA P.

DE DÓNDE VIENEN LOS FANTASMAS.

¿Usted *cree* en fantasmas? Puede que la idea haga reir á un hombre tan valiente como usted. Sin embargo, si *hay* que ir á un cementerio, usted prefiere ir durante el día. ¿Por qué? Porque se ve mejor. ¿Es ese el motivo? Tontería. No. Es porque tiene usted miedo de los muertos y de la obscuridad. Casi todo el mundo lo tiene. Cuando es de día y estamos entre gente, la damos de valientes. Nosotros estamos libres de esas cosas. Por lo menos así lo decimos.

Conocí á uno que cuando era joven llevó tal susto con un fantasma, que no se le olvidó en cincuenta años. No era cobarde ni melindroso, sino uno de los oficiales más valientes del ejército. Cuando llegó á tener ochenta y dos años hablaba de esta experiencia en los siguientes términos: «Durante diez minutos sufrí tal terror, que hasta ahora me ha acompañado siempre un temor constante. Ruidos inesperados me hacen temblar, y los objetos que no puedo distinguir bien á la media luz de la tarde me infunden un deseo irresistible de escapar. A la verdad, la noche me da miedo.»

Es curioso que otro haya usado recientemente esta misma expresión sobre que la noche da miedo. Dice que los nervios se habían desarreglado por completo. No podía dormir. No hacía más que volverse y revolverse en la cama. No había matado á nadie, ni lo perseguía ningún espíritu del otro mundo. Sin embargo, la vida no le parecía que podía valer lo que le costaba. Más de seis veces se había decidido á abandonarla, sufriendo las consecuencias. Mucha gente llega á este punto todos los días, sin que sus amigos lo sospechen. Por supuesto que hacen mal; pero ¿qué remedio tiene? ¿Pues qué quiere decir vivir cuando no se saca de la vida placer ni bienestar?

Bien; este hombre sigue diciendo que la cabeza le dolía muchas veces como si fuera á hacérsele pedazos, y otros dolores se sucedían unos á otros por todo el cuerpo. La piel la tenía amarilla como un pergamino, no tenía apetito, y la menor excitación hacía que el corazón le latiese como un reloj á cuyo péndulo se ha quitado la bola. Para vivir es preciso comer, y sin embargo cada vez que este hombre comía se le castigaba como si hubiera cometido algún crimen. El estómago recibía lo que le echaban, por supuesto, pero nada más, y rehusaba digerirlo. De aquí que el pobrecillo estuviera como un sepulcro, con el pan y la carne muertos y corrompidos en su interior. Los gases y ácidos ponzoñosos que salían de esta masa de corrupción venían hasta la boca y lo fatigaban. Luego se mezclaban con la sangre, dando lugar á incomodidades y enfermedades locales en todos los sitios débiles de su cuerpo.

El efecto de esto en los nervios era lo que hacía que nuestro amigo tuviese miedo á la noche. Las manos y los pies fríos, el cansancio, la falta de ánimo, mal gusto de boca, tos seca, escalofríos, debilidad, mareos; todos estos y otros que no podemos nombrar ahora con señales y consecuencias de una causa y de una sola indigestión. Ninguna otra cosa de este mundo arruina tanto el cuerpo y el espíritu. Ninguna otra cosa hace que la gente vea más fantasmas. Las fantasmas y las voces misteriosas no son más que los ecos de lo que hay en nuestra mente. Los que están saludables ven las cosas en su estado natural, y cuando llega la noche se echan á dormir.

La persona que motiva nuestras observaciones es un francés que se llama Jean Marie Hervé. Vive en Yvais, cantón de Pompol, Francia, y en una carta reciente dice que después de muchos años de padecer indigestión, está ahora perfectamente bueno con el uso del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. «Considero á ustedes, nos escribe, mis bienhechores. Los nervios están bien, y ya no me da miedo de la noche.»

Miles de personas en este país, que han estado tan malos como él, gozan ahora de una mente sana en un cuerpo sano, con la ayuda del Jarabe de la Madre Seigel.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

colorchecker CLASSIC

calibrite